

SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL.

FUNDADO EN 1836.

AÑO XXI.

1856.

MADRID.

Imprenta á cargo de JOAQUIN RENÉ, calle de la Union, núm. 3, cuarto bajo.

MDCCCLVI.

SEMANARIO PINTORESCO

ESPAÑOL.

PRIMERA EDICION

AÑO XXI

1856

INDICE.

TABLA DE ARTICULOS.

HISTORIA.

Apunte histórico; *página* 135.—Las órdenes de Caballería, *por* don Manuel de Assas; 275.—Las Amazonas, *por* A.; 290.—Fortificación. Rápida reseña histórica; 291.—Episodio histórico de la América española; 299.—Notables particularidades del casamiento de los Reyes Católicos; 301.—La armada invencible de Felipe II; 308.—Fiestas de la orden del Toison de Oro; 314.—Justas y Torneos. Apunte histórico, *por* don Emilio Tamarit; 364.—De la guerra de Durango con el linaje de Zaldivar, *por* don C. de V.; 393.—Origen de la costumbre de quemarse las mujeres viudas en el Mogol, *por* don Emilio Tamarit; 402.—Carta federativa del siglo XIV, *por* don Evaristo Escalera; 402.

ANTIGÜEDADES.

Estudios de Antigüedades. Armas. Catapultas, Cervatanas, *por* don José Muñoz Gaviria; *página* 220.—Estudios de antigüedades. Armas defensivas, *por* don José Muñoz Gaviria; 244.

BIOGRAFIA.

Adelaida Ristori, *por* don Leopoldo Augusto de Cueto; *página* 12.—Bernardo de Palissy, *por* don Luis de Castro; 34.—Biografía de Anibal Rinaldy, *por* don Pedro Antonio de Alarcon; 53.—Antera Baus, *por* don Diego Luque; 57 y 97.—Don Pedro Atanasio Bocanegra, *por* don J. Jimenez Serrano; 89.—Nuch de Fullalguer, *por* don Julian Saiz Milanés; 109.—Don Vicente Gutierrez de los Rios, *por* don L. M. Ramirez y de las Casas-Deza; 137.—Alfonso Alvarez de Villasandino, *por* don Carlos de Pravia; 157.—Almeida. Garrett; 161.—Vien, *por* don J. Muñoz Gaviria; 201.—El doctor don Francisco de Paula Seijas y Patiño, *por* don José Gonzalez de Tejada; 217.—Lorenzo Ghiberti, *por* el conde de Fabraquer; 225.—Pintores célebres. Pedro Francisco Mola, *por* el conde de Fabraquer; 233.—Eustaquio Le Sueur, *por* el Conde de Fabraquer; 241.—San Lorenzo mártir, *por* don José Muñoz Gaviria; 249.—Doña Juana Pacheco mujer de Velazquez, *por* don Agustin Bonnat; 265.—Don José Nicolás de Azara y Perera, primer marqués de Nibbiano, *por* don Basilio Sebastian Castellanos de Losada; 289.—Juan de Mal-Lara, *por* don José Amador de los Rios; 329.—Fray Antonio de Villacastin, *por* A. 369 y 380.—Juan Bautista de Toledo; 377 y 386.—El Ilmo. Sr. don José Mariano Vallejo, *por* don Juan Bautista Peyronnet; 409.

ESPAÑA MONUMENTAL.

El Convento de Santa Engracia, *por* don Luis de Castro; *página* 4.—El Castillo de Fontecha, *por* don Remigio Salomon; 17.—Iglesia de San Roman en Toledo; 25.—Puerta del Cuarte en Valencia; 33.—El Convento de San Francisco en Orense, *por* don Pio de la Sota; 42.—Santa María de la Vega en Oviedo, *por* don Nicolás Castor de Caunedo; 60.—Velilla de Ebro, *por* don J. Alvarez y Adé; 68.—El Castillo de Baena, *por* don L. M. Ramirez y de las Casas-Deza; 73.—Puerta de Serranos en Valencia; 105.—El Claustro de la Catedral de Oviedo, *por* don Nicolás Castor de Caunedo 113.—Casa de la Cadena en Navalcarnero, *por* don Julian Saiz Milanés; 124.—San Gerónimo de Madrid; 129.—Colegio de Corpus Cristi ó del Patriarca en Valencia, *por* don José Pastor de la Roca; 142.—Medina Azzahra, *por* don F. Javier Simonet; 169, 178, 186, 193, 210 y 237.—Una lágrima sobre las Ruinas de Numancia, *por* don Manuel Ibo Alfaro; 202, 222 y 228.—Las Ruinas de Itálica, *por* A.; 269.—El Castillo de Pontejos, *por* A.; 277.—Uceda. Historia. Antigua iglesia de la Virgen de la Varga, *por* don Manuel de Assas; 305 y 333.—Casa en que murió Cristóbal Colon en Sevilla, *por* don D. M. Noguera; 321.—El Faro de Santander, *por* A.; 333.—El Castillo de Simancas, *por* don V. García Escobar; 337.—El Castillo de Bayona de Galicia, *por* don M. Murguía; 339.—Restos del Teatro de Sagunto; 348; 354 y 361.—Iglesia de Santiago en Luna, en Aragon, *por* don Julio Alvarez y Adé; 385.—El Castillo de Fuen-saldaña, *por* don V. García Escobar; 395.—La Colegiata de Vitoria, *por* don Remigio Salomon; 401.—Castillo de Castro de Rey; 411.

ESPAÑA PINTORESCA.

Murcia; *página* 97.—Desfiladeros de la Coruña; 169.—El Nacimiento del Ebro, *por* don Manuel de Assas; 313.—La Isla de los Faisanes, *por* A.; 324.—Llodio, *por* don Manuel de Assas; 345.—Azcoitia, *por* A.; 361.—San Martin de Valdeiglesias, *por* don A.; 416.

BELLAS ARTES.

Un Cuadro de Rivera; *página* 9.—Grabado de El Drama de 1793; 77.—La Estatua de Mendizábal, *por* don Agustin Bonnat; 121.—Fuente de los Tritones; 157.—Urna de San Sebaldo, *por* M.; 177.—Cama de Riballier, estilo del Rena-

cimiento; 209.—Museo Real de Pinturas de Madrid, *por* don José Muñoz Gaviria; 252.—La Arquitectura Ogival ó Apuntada, llamada generalmente Gótica; 273 y 281.

ESTUDIOS LITERARIOS.

Don Ramon de la Cruz, *por* don Antonio Ferrer del Rio; *página* 3.—El Poeta, el Escritor, la Literatura actual, *por* don J. Heriberto García de Quevedo; 151.—La Lengua Sanscrita en España, *por* F.; 298.—Discurso pronunciado en la inauguración de la Enseñanza de Lengua Sanscrita, en la Universidad Central de Madrid, *por* don Manuel de Assas; 322, 346 y 387.—Sobre la Poesía Oriental, *por* don F. Javier Simonet; 333, 372 y 394.

CIENCIAS Y ARTES DIVERSAS.

Estudios heráldicos, *por* don Antonio Moreno Pausen; *página* 166.—Semeiología é Idiogramas; 283.—Fenómenos extraordinarios; 364, 373, 381, 388 y 389.—Geroglíficos egipcios, *por* don F. Bermudez y Sotomayor; 410.

INDUSTRIA.

Taller de Habanos peninsulares; *página* 215.

USOS Y COSTUMBRES.

La Cuestacion de Jueves Santo, *por* don José Muñoz y Gaviria; *página* 81.—Ermita de San Isidro, *por* V. B.; 153.—El Toreador, *por* don Antonio Flores; 261.—De la Caza en la corte de Felipe IV, *por* don Manuel de Assas; 297.—La Virgen de los Alfileritos, *por* don Diego Montaut y Dutriz; 307.—Artes y oficios á principios del siglo XVI, *por* don Manuel de Assas; 316.—Festejos Reales, *por* don Manuel Ibo Alfaro; 378 y 398.—El Aguinaldo, *por* don Julio Alvarez y Adé; 393.—Danza del siglo XVI, *por* don Manuel de Assas; 404.

VIAJES.

De Madrid á Sevilla, *por* don R. Rua Figueroa; *página* 10.—Impresiones de viaje á Lisboa y sus contornos, *por* don Juan Antonio de la Corte; 26.—Viajes. Islas Jónicas, *por* don J. Heriberto García de Quevedo; 59, 66 y 74.—París físico y moral, *por* don José de Castro y Serrano; 75, 94, 102, 110, 117, 126, 130, 149, 155 y 165.—La Gran Plaza de Méjico; 116.—Viajes. Bombay, *por* don Pedro de Prado y Torres; 132.—Iglesia de Santa Cruz en las Islas Azores; 133.—El valle de Chamouni, *por* don Fidel de Sagarminaga; 154.—El Rodano, *por* don José Muñoz y Gaviria; 185.—La Roca Tarpeya, tal cual hoy existe, *por* el Conde de Fabraquer; 193.—Pisa, *por* el Conde de Fabraquer; 235.—Nazareth, *por* don José Muñoz Gaviria; 252.—Un Niño misionero, *por* don José Muñoz Gaviria; 259.—Recuerdos de un viaje, *por* don Agustín Bonnat; 282.

AMENA LITERATURA.

Novelas, Cuentos, Anécdotas, Tradiciones y Baladas en prosa.

A vista de pájaro. Historia de unos amores, *por* don Luis de Eguilaz; *páginas* 5 y 13.—Un capricho de Cleopatra, *por* don Agustín Bonnat; 15 y 22.—La Calle del Mal consejo. Tradición segoviana, *por* don Carlos de Pravia; 17.—Balada en prosa. El Hidalgo de Arjonilla, *por* don Pedro de Madrazo; 20.—Causas célebres. El Clavo, *por* don Pedro Antonio de Alarcón; 23, 31, 37, 46, 54 y 69.—La Señora escondida, *por* don Luis de Castro; 28.—Balada en prosa. El Conde de Belalcázar, *por* don Pedro de Madrazo; 33.—

Anécdotas; 39.—La Sombra del Caballero, *por* don Eduardo Gasset; 41.—La Deuda mas olvidada, *por* don J. E. Hartzenbusch; 43.—Anécdota histórica. El Gran Capitan; 48.—Las que hacen los vestidos y las que los usan, *por* don Luis de Castro; 49.—El Conde don Julian, *por* don L. M. Ramirez y de las Casas-Deza; 51.—Anécdotas históricas. Ardid de un Judío. Cortes en Toledo; 52.—Anécdotas históricas. Duque de Alba. Berruguete; 64.—Anécdotas históricas. Gran Capitan. Avila. Don Bernardino de Velasco; 66.—Nostalgia, *por* don Antonio de Trueba; 77, 94, 99, 111, 118 y 126.—Anécdotas históricas. Diego Beltran de la Cueva. El Rey Católico; 84.—Tabita. Novela religiosa, *por* don Joaquin José Cervino; 85.—Anécdotas; 104.—Una representacion en Lila. Anécdota histórica, *por* don Luis Mariano de Larra; 105.—Anécdota, *por* don Luis de Castro; 107.—Historia de amores, *por* don Juan de Ariza; 122.—La Locura por amor, *por* don José Pastor de la Roca; 147.—Un capítulo de las Memorias de Julia, *por* doña Josefa San Roman; 163.—Anécdota; 168.—Diez y ocho años despues, *por* don Agustín Bonnat; 173, 184, 189, y 197.—Un capricho, *por* don Ramon de Espinola; 175.—Amparo. (Memorias de un loco), *por* don Manuel Fernandez y Gonzalez; 183, 190, 198, 208, 214, 230, 234, 246, 254, 278, 302, 309, 325, 340 y 406.—Capítulo XIV. El Préstamo, *por* el Baron de Illescas; 205.—Dos ramos de flores, *por* don Agustín Bonnat; 251.—Dos amores, *por* don Francisco de Espinola; 267, 286 y 294.—Anécdota; 272.—Algunas apariciones extraordinarias; 283.—Los ahorros de una Condestabla de Castilla, *por* A.; 300.—Rasgo de generosidad de los moros; 302.—Personas que leyeren muchas veces un libro, *por* M. C.; 302.—Anécdotas; 302.—Una Violeta, *por* don Manuel Ibo Alfaro; 317, 334, 349, 358; 366, 374, 382 y 389. Singular coincidencia; 324. El Monte del Ermitaño, tradicion popular, *por* don Juan de Dios Montesinos y Neyra; 405.

Composiciones en verso.

Soneto, á la muerte de la señora Doña María de... *por* don J. E. Hartzenbusch; 8.—A Pilar, *por* Fray Gerundio; 8.—Poesía, *por* don Antonio de los Rios Rosas; 8.—Falderos y tagarninas, Romance, *por* don José Gonzalez de Tejada; 16.—Soneto, *por* don Ventura de la Vega; 16.—La Vaquera de la Finojosa, *por* don Luis Eguilaz; 24.—Soneto, *por* don Ventura Ruiz Aguilera; 24.—Décimas, *por* don Juan Eugenio Hartzenbusch; 32.—El último y el primer día del año, *por* Augusto de Lima, *traducido por* doña G. G. de Avellaneda; 40.—Una flor árabe, *por* don Antonio Arnao; 48.—Balada, *por* don Agustín Bonnat; 56.—Serenata, A...; *por* don Luis Eguilaz; 56.—Desafío, *por* don Manuel del Palacio; 64.—Cancion, *por* don Eduardo Gasset; 64.—En medio del Atlántico, *por* don Leopoldo Augusto de Cueto; 72.—Traducción de Goethe, *por* don E. Florentino Sanz; 72.—La gira, *por* don Mariano Z. Cazorro; 79.—Jesus en el Calvario. Himno sagrado, *por* don Antonio Ferrer del Rio; 83.—Al monasterio denominado de la Peña, *por* don Francisco Martinez de la Rosa; 96.—La primera lágrima, *por* don Eduardo Gasset; 96.—Delicias domésticas, *por* don José Gonzalez de Tejada; 104.—Camino del cielo. Balada, *por* don Pedro Antonio de Alarcón; 112.—Las tres hermanas del Cielo, *por* don Pedro de Madrazo; 120.—De un drama idéntico titulado La Flor del valle, *por* don Luis Mariano de Larra; 128.—Madrigal, *por* don Manuel Murguía; 128.—Mañanas de Abril y Mayo, *por* don Gregorio, Romero Larrañaga; 136.—Plegaria, *por* don Juan Valera; 143.—La Esperanza mejor, *por* don Antonio Arnao; 144.—Décima, *por* don J. E. Hartzenbusch; 152.—Soneto, *por* don Ventura Ruiz Aguilera; 152.—Al amigo desconocido, *por* don J. Heriberto García de Quevedo; 160.—Lo que sobra en el mundo, *por* don José Gonzalez de Tejada; 160.—Poesía, *por* don Luis Mariano de Larra; 168.

—En la muerte de una niña, *por* don Juan Valera; 176.—La Felicidad, *por* don Juan Nicasio Gallego; 176.—Madrigal, *por* don D. V. Barrantes; 184.—A... *por* don José J. Villanueva; 184.—Madrigal, *por* don Antonio Hurtado; 192.—La Verbená de San Antonio, *por* don Francisco Zea; 192.—Flores, *por* don Luis Barreda; 200.—Soneto. De la completa felicidad, *por* don J. J. Cervino; 224.—En la temprana muerte del doctor don Francisco de Paula Seijas. Soneto, *por* don Joaquín José Cervino; 224.—En el Album de la señorita doña Dolores Muñoz Gaviria, *por* don Eugenio de Ochoa; 224.—Egloga urbana, *por* don Joaquín José Cervino; 232.—A Dolores, *por* el Barón de Illescas; 232.—En el Album de la marquesa de Nevares. A... *por* don Luis Mariano de Larra; 232.—El Último Beni-Omeja, leyenda morisca, *por* don Ventura García Escobar; 240, 248, 256, 272, 311, 327, 343, 351, 360, 368, 376, 384 y 392.—Soneto, *por* don J. de Dios de Mora; 240.—Romance dedicado á los Emperadores de Francia Napoleón III y Eugenia, *por* don A. Duran; 263.—En la primera página del Album de una niña recién nacida, *por* don M. de A.; 272.—Epigramas, *por* don H. Munárriz; 280.—Soneto, *por* don Amós de Escalante; 288.—Sonetos. 1.º Paneracia la Solterona; 2.º La Pepa; *por* don David Acebál y de Rochambeau; 296.—Fantasía, *por* don Bienvenido V. Cano; 304.—Epigramas, *por* don H. Munárriz; 317.—Dar posada al peregrino, *por* don Fausto López Villabrille; 319.—A bruto, bruto y medio, *por* don F. L. Villabrille; 320.—Los amores de Aben-Zaide, *por* don Manuel Fernandez y Gonzalez; 336.—A Juana,

por don David Acebál y de Rochambeau; 351.—La vuelta de la vacada, *por* don Benito Vicens y Gil de Tejada; 359.—Epigramas, *por* don David Acebál; 376.—Amor del Cielo, *por* don Juan Valera; 392.—Los lunares de la vida, *por* don José Gonzalez de Tejada; 399.—A la muerte de Carolina. Soneto, *por* don Serafín Olave; 400.—Anacreónticas de Jacobo Vittorelli, *traducidas por* don José Gonzalez de Tejada; 408.—Serenata en Pinto, *por* don José Gonzalez de Tejada; 412.

VARIEDADES.

Los Lectores del SEMANARIO, *por* don Angel Fernandez de los Rios; *página* 1.—Las mujeres y los niños, *por* don Antonio de Trueba; 19.—Mi vuelta al mundo, *por* don Juan de Ariza; 29.—Un día de estos, *por* don Enrique de Cisneros; 37.—El nido de águilas; 65.—Auto-biografía, *por* don Joaquín Maldonado y Macanaz; 133 y 139.—El Cigarro, *por* don Eduardo Gasset; 141.—Escena X del acto cuarto de El Tejado de vidrio; 144.—La Caza, *por* don Eduardo Gasset; 145.—Artículo histórico, crítico, recreativo para el que lo lea sobre un viaje, etc., *por* J. G. H.; 163.—Las uñas y los guantes, *por* don Ramon de Espinola; 243.—Al amigo desconocido, *por* don J. Heriberto García de Quevedo; 270.—Excentricidad inglesa; 301.—Fantasía, *por* don Evaristo Vigil Escalera; 357.—Epístola á don Rafael Coronel y Ortiz, *por* don Manuel Ibo Alfaro; 367.—Máximas; 8, 63, 84, 128 y 148.

TABLA DE GRABADOS.

ANTIQUEDADES.

Antigüedades encontradas en Velilla; *página* 69.—Capitula; 220.—Cervatana; 221.—Armadura de don Diego García de Paredes; 244.—Armadura de Cristóbal Colon; 245.—Galeón de la Armada invencible; 308.—Galera de la Armada invencible; 309.

RETRATOS.

Adelaida Ristori; *página* 12.—Don Francisco Pizarro; 21.—Bernardo de Palissy; 36.—Aníbal Rinaldy; 53.—Antera Baus; 57.—Don Pedro Atanasio Bocanegra; 89.—Don Vicente Gutierrez de los Rios; 137.—Almeida Garret; 161.—El doctor don Francisco de Paula Seijas y Patiño; 217.—Doña Juana Pacheco, mujer de Velazquez; 265.—Don José Nicolás de Azara y Perera, primer marqués de Nibiano 289.—Juan de Mal-Lara; 329.—Fray Antonio de Villacastin; 369.—Juan Bautista de Toledo; 377.—El Ilmo. Sr. Don José Mariano Vallejo; 409.

ESPAÑA MONUMENTAL.

El Convento de Santa Engracia; *página* 4.—El Castillo de Fontecha; 17.—Interior de la iglesia de San Roman en Toledo; 25.—Puerta del Cuarte en Valencia; 33.—Santa María de la Vega en Oviedo; 60.—Sepulcro de doña Gontroda; 61.—San Nicolás de Bari en Velilla del Ebro; 68.—El Castillo de Baena; 73.—Puerta de Serranos en Valencia; 105.—El Claustro de la Catedral de Oviedo; 113.—Casa de la Cadena en Navalcarnero; 124.—Ermita de San Roque; 125.—S. Gerónimo de Madrid; 129.—Ermita de S. Isidro; 153.—Las Ruinas de Itálica; 269.—El Castillo de Pontejos; 277.—Puerta de la casa del Cordón en Burgos; 301.—Antigua iglesia de la Virgen de la Varga en Uceda; 305, 353,

y 357.—Casa en que murió Cristóbal Colon en Sevilla; 321.—El Faro de Santander; 333.—El Castillo de Simancas; 337.—Castillo de Bayona de Galicia; 341.—Restos del Teatro de Sagunto; 348.—Iglesia de Santiago en Luna, en Aragon; 385.—Castillo de Fuensaldaña; 397.—La Colegiata de Vitoria; 401.—Castillo de San Martín de Valdeiglesias; 412.

ESPAÑA PINTORESCA.

Murcia; *página* 97.—Desfiladeros de la Coruña; 169.—El Nacimiento del Ebro; 313.—La Isla de los Faisanes; 324.—Llodio; 345.—Azcoitia; 361.

BELLAS-ARTES.

Un cuadro de Rivera; *página* 9.—Monumento de Jueves Santo en las Calatravas; 101.—La Estatua de Mendizábal; 121.—Fuente de los Tritones; 157.—Urna de San Sebaldo; 177.—El Ermitaño dormido, (de Vien); 201.—Cama de Riballier, estilo del Renacimiento; 209.—Lu Huida á Egipto, cuadro de Francisco Mola; 233.—La Predicacion del Doctor Raimundo, copia del cuadro de Eustaquio Le Sueur; 241.—San Lorenzo mártir, copia de Eustaquio Le Sueur; 249.—Museo Real de Pinturas de Madrid; 257.—Sepulcro de Azara en Barbuñales; 293.

MONUMENTOS EXTRANJEROS.

La Gran Plaza de Méjico; *página* 116.—Iglesia de Santa Cruz en las islas Azores; 133.—El Baptisterio de Florencia; 225.—La Torre inclinada de Pisa; 236.—Iglesia de San Francisco en Nazareth; 253.—Ruinas de la abadía des Vaux-de Cernay; 273.—Iglesia de Lery. (Departamento de l'Eure); 281.—Monumento conmemorativo de Azara, ejecutado en Roma por Canova; 292.

Fenómenos extraordinarios. Figura del potro con cara humana; *página* 264.—Figura del mónstruo de Ravena; 264.—Figura de la mujer con dos cabezas; 373.—Figura de las dos niñas unidas por la espalda; 373.—Figura del hombre de cuyo vientre colgaba otro; 381.—Figura del niño monstruoso que tenía dos cabezas, dos brazos y cuatro piernas; 381.—Figura del mónstruo que salió de un huevo; 388.—Figura de los gemelos unidos en una sola cabeza; 389.

USOS, COSTUMBRES Y TRAJES.

La Cuestacion de Jueves Santo; *página* 84.—Trajes de Portugal; 149, 165 y 229.—Montería de jabalíes con horquilla; 297.—Doña Mencía de Mendoza; 300.—Estudio de pintor del siglo XVI; 316.—Taller de zapatero en el siglo XVI; 317.—El Aguinaldo; 393.—Danza del siglo XVI; 403.

VIAJES.

El Ródano; *página* 185.—La Roca Tarpeya tal cual hoy existe; 193.—Un niño misionero; 260.

La sombra del caballero; *página* 41.—La Deuda mas olvidada; 43.—Tabita; 85.—Anécdota de don Luis de Castro; 109.—Acto cuarto de El Tejado de vidrio; 144.—Diez y ocho años despues; 173, 181, 189 y 197.—El Préstamo; 205.

GRABADOS VARIOS.

Los lectores del SEMANARIO; *página* 1.—La Señora escondida; 28.—Peligros de Madrid. Alvolver una esquina; 32.—Las que hacen los vestidos y las que los usan; 49.—El nido de águilas; 65.—La nueva campana de Velilla; 69.—De El Drama de 1793; 77.—Peligros de Madrid; 93.—El Cigarro; 141.—La Caza; 145.—Taller de habanos peninsulares; 213.—Portada de la casa en que estubo la Redaccion y Administracion del SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL; 215.—Escudo de armas de la casa de Ponjejos; 285.—Geroglíficos egipcios; 410.

GEROGLÍFICOS.

Páginas; 16, 40, 48, 56, 64, 72, 88, 104, 120, 136, 152, 160, 176, 184, 200, 248, 296, 304, 312, 328, 352, 368, 384 y 400.

TABLA DE GRABADOS.

El Ródano; *página* 185.—La Roca Tarpeya tal cual hoy existe; 193.—Un niño misionero; 260.

La Cuestacion de Jueves Santo; *página* 84.—Trajes de Portugal; 149, 165 y 229.—Montería de jabalíes con horquilla; 297.—Doña Mencía de Mendoza; 300.—Estudio de pintor del siglo XVI; 316.—Taller de zapatero en el siglo XVI; 317.—El Aguinaldo; 393.—Danza del siglo XVI; 403.

Los lectores del SEMANARIO; *página* 1.—La Señora escondida; 28.—Peligros de Madrid. Alvolver una esquina; 32.—Las que hacen los vestidos y las que los usan; 49.—El nido de águilas; 65.—La nueva campana de Velilla; 69.—De El Drama de 1793; 77.—Peligros de Madrid; 93.—El Cigarro; 141.—La Caza; 145.—Taller de habanos peninsulares; 213.—Portada de la casa en que estubo la Redaccion y Administracion del SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL; 215.—Escudo de armas de la casa de Ponjejos; 285.—Geroglíficos egipcios; 410.

Páginas; 16, 40, 48, 56, 64, 72, 88, 104, 120, 136, 152, 160, 176, 184, 200, 248, 296, 304, 312, 328, 352, 368, 384 y 400.

Los lectores del SEMANARIO; *página* 1.—La Señora escondida; 28.—Peligros de Madrid. Alvolver una esquina; 32.—Las que hacen los vestidos y las que los usan; 49.—El nido de águilas; 65.—La nueva campana de Velilla; 69.—De El Drama de 1793; 77.—Peligros de Madrid; 93.—El Cigarro; 141.—La Caza; 145.—Taller de habanos peninsulares; 213.—Portada de la casa en que estubo la Redaccion y Administracion del SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL; 215.—Escudo de armas de la casa de Ponjejos; 285.—Geroglíficos egipcios; 410.

Páginas; 16, 40, 48, 56, 64, 72, 88, 104, 120, 136, 152, 160, 176, 184, 200, 248, 296, 304, 312, 328, 352, 368, 384 y 400.

SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL.

LECTURA DE LAS FAMILIAS. — ENCICLOPEDIA POPULAR.



LOS LECTORES DEL SEMANARIO.

Veinte años de publicidad no interrumpida, en medio de los horrores de una guerra civil, en medio de las grandes vicisitudes de una revolucion política, han llegado á granjear al SEMANARIO un público especial, un puesto privilegiado en el seno de muchas familias, donde todas las semanas se espera con impaciencia al repartidor ó al cartero que trae la lectura para el domingo, la página suelta del libro en que halla gratos recuerdos el anciano, saludable enseñanza el jóven, honesto recreo la doncella, fecunda diversion el niño, cuyos primeros pensamientos de hombre se inspiran no pocas veces en esta publicacion, de todos querida.

El artista ha reproducido hábilmente en el grabado que va al frente de este artículo uno de esos cuadros que forman aquellas familias donde el SEMANARIO tiene conquistada la preferencia en el velador de reunion y en la biblioteca del padre, y una acogida benévola y cariñosa en corazones sanos, que aun conservan amor á las glorias españolas.

Un pequeño pliego impreso tiene el privilegio de embargar la atencion de esas siete cabezas, en las cuales se hallan representadas todas las edades, y acaso todas las ilusiones y todos los desencantos que en revuelto torbellino forman los capítulos del libro de la vida.

La niña que al cumplir los quince años acaba de salir del colegio con la reputación de leer correcta y graciosamente, se ha encargado de entretener a sus oyentes con el número del SEMANARIO, reservado para esta hora de tranquilo reposo. Uno de esos cuentos morales de ingeniosa trama y de acción complicada que frecuentemente llenan las páginas de este periódico, preocupa ahora á esa pequeña asamblea; no es maravilla que lea con entonación animada la pobre niña, que no sabe aun del mundo mas que la vida de los santos y los libros de enseñanza que la han hecho aprender de memoria desde la infancia; pero ved con qué atención escuchan tambien las dos hermanas mayores, que ya están avezadas á los efectos de los dramas franceses, y hasta el estudiante de leyes, que antes ha dado su voto sobre la fábula de Hartzenbusch y la letrilla de Breton, y aun ha emborrinado algunas cuartillas con renglones de diversos tamaños, teniendo delante una canción morisca de Zorrilla.

Un fatal (*se continuará*) viene de pronto á cortar el cuento cuando mas apurado se encontraba el principal personaje, y á correr el telón sobre la escena que con tan vivos colores acaba de describir el autor; la impaciencia se pinta en todos los semblantes; es preciso esperar á otro domingo para saber en que paró el enredo; es preciso resignarse á un entreacto que dure una semana; la niña recorre de mal talante los títulos de otros artículos del SEMANARIO, el padre la manda leer la descripción de un antiguo monumento olvidado en un rincón de provincia, y la vida de un español célebre, cuyo nombre es conocido, pero cuyos hechos ignora el auditorio. Al escuchar la tradición poética por la cual se fundó el edificio, las grandes ceremonias que en él se celebraron y la triste soledad y doloroso abandono en que se encuentra, las mujeres se olvidan del cuento interrumpido, el padre nubla su frente, y el joven medita en la tradición, viendo desfilar en su fantasía los personajes que figuran en aquella historia; y sumiéndose en meditaciones sobre las vicisitudes que traen consigo la sucesión de los siglos, la variación de costumbres y las diversas tendencias de la humanidad. Al oír los crímenes del tirano y la degradación vergonzosa del favorito; al escuchar los arranques de hidalguía y valor del guerrero, los triunfos y las conquistas del caudillo, los sufrimientos y la constancia del navegante, que tuvieron por premio el descubrimiento de tierras ignoradas, los actos de virtud y filantropía del bienhechor de la humanidad, y las contrariedades y las glorias del poeta, la imaginación de todos los que atienden se interesa en que aquellas figuras evocadas de los sepulcros, donde descansan hace siglos, tengan al fin la recompensa que merecen, y el padre siente que su corazón, que creía gastado, se rejuvenece, y los ojos del mancebo se animan y su imaginación trabaja, y se siente ya capaz de atajar la carrera de los hombres funestos, y ambiciona acometer grandes empresas para adquirir la gloria inmarcesible que rodea en la posteridad á hombres verdaderamente grandes.

Pero ¿qué hace en el grupo de nuestro grabado ese rapaz, dando vueltas con sus pequeñas manitas á un número atrasado del SEMANARIO y pugnando por leer del revés el título de una lámina? ¿Qué prodigio se ha obrado en él para que haya abandonado sus juegos estrepitosos y permanezca en esa postura, casi grave, hace un cuarto de hora? El retrato de un guerrero á caballo ha hecho este milagro; aquella imaginación virgen, que no acierta aun á compaginar las ideas, ha reconcentrado todas sus facultades perceptivas en la representación de aquella figura, y tras de exámen tan prolijo viene la curiosidad de leer la línea que hay al pie, y tras de la curiosidad, el intento de aprovechar sus rudimentos en el abecedario para combinar las letras, y tras del intento, el resultado. Ese niño, que parece una figura postiza entre los lectores del SEMANARIO, tiene ahí su representación propia: es uno de tantos como le deben la primera lectura de afición; un renglón no mas, es verdad, pero nunca habian conseguido otro tanto los maestros; y este resultado, que satisface el instinto del amor propio aun no desarrollado, le lanzará á otras tentativas, y tras del afán de leer los títulos de los grabados, vendrá el intento de copiarlos, y al fin deberá al

SEMAMARIO su primer dibujo (que no aconsejo á mi amigo Gasset reproduzca en este periódico), como le ha debido la primera lectura.

Estas diversas impresiones, graves y ligeras, serias y festivas, tristes y alegres, que el SEMANARIO produce en sus lectores habituales, forma en ellos un orden de pensamientos y de sensaciones, cuya iniciativa le pertenece, y cuya influencia, lejos de borrarse con el dia, crece y toma nuevas proporciones á medida que pasan los años y se suceden los diversos periodos de la vida.

El niño que deletrea la primera línea en el SEMANARIO no olvida jamás la página en que está impreso aquel renglón que le valió un beso de sus padres y hermanos, el primer premio de aplicación en la penosa carrera que debía emprender para ser útil á la sociedad. La doncella, que leyó en el SEMANARIO la primera cantiga de amor, no tendrá dificultad en repetirla de memoria, sin equivocarse un solo verso, muchos años despues, aunque el otoño de la vida haya secado ya su corazón, encanecido su cabeza y velado los recuerdos de su juventud. El estudiante que debe al SEMANARIO la primera opinión sobre tal ó cual periodo histórico, sobre este ó el otro grande hombre, sobre un monumento cualquiera, no leerá nunca un historiador sin la prevención de aquel juicio primitivo; no oirá pronunciar un nombre célebre sin recordar la primera apreciación que de él hizo; no concluirá un viaje, no penetrará en un edificio notable, sin acordarse del SEMANARIO, *ciceronne* de confianza, que sin sacarle de su casa le llevó de la mano á recorrer todas las curiosidades del monumento, y se lo dió á conocer mucho tiempo antes de que lo viera.

A estas impresiones indelebles, claramente consignadas en el SEMANARIO, se unen otras que no están escritas en él: vagas, indeterminadas, caprichosas; pero exactas, solemnes é impercederas.

Cada tomo del SEMANARIO es no pocas veces la clave de la historia individual del lector durante un año; cada número es una memoria de un hecho privado; cada artículo, cada dibujo, es el recuerdo de observaciones y de situaciones que no expresan ni representan allí mas que para el que las ha oído ó ha pasado por ellas. La madre que le leyó aquel cuento moral y le explicó los pasajes oscuros no existe ya; jamás abrirá el hijo sin respeto aquellas páginas casi sagradas en que se encuentra la leyenda; jamás las contemplará sin recordar las impresiones de la voz cariñosa que iba comentando los pensamientos del autor. El hermano con quien discutia sobre la inteligencia de un hecho histórico ó sobre la propiedad de un grabado, vive en remotos climas hace muchos años; pero al abrir el libro por el mismo sitio que él le abrió, aun parece que oímos el eco lejano de su voz, querida, y nos parece que hay en aquellas hojas un lazo de unión que salva la distancia que nos separa: la lámina que representa tal población nos recuerda de pronto todo un periodo de nuestra existencia; esta poesía coincidió con tal suceso crítico; en el espíritu de aquel artículo estaba identificada nuestra situación cuando le leímos su vez primera; casi todos los números de la colección nos recuerdan los juegos de la niñez, el germen de nuestros pensamientos, el origen de nuestras amistades, la época de nuestros amores, los tiempos de nuestras ilusiones ó la fecha de nuestros desencantos.

Así el SEMANARIO, que imprime las primeras imágenes en la infancia y las primeras ideas en la juventud, que es la obra de consulta forzosa en la edad madura y el libro de recuerdos en la vejez, viene á ser al cabo el compañero leal, el amigo constante, el archivo completo de datos y memorias para sus habituales lectores.

Tal es para ellos este gran repertorio literario y artístico; tales son para el SEMANARIO aquellas familias, no escasas en verdad, que tienen probada su afición á este periódico, transmitiéndose de padres á hijos el interés en hacer buena acogida á esta lectura del domingo; tales al menos he llegado á comprender que son los lazos que le unen con su clientela en los diez años que he sido mediador de sus recíprocas relaciones.

ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

DON RAMON DE LA CRUZ (1).

.... Ya se ve adonde llegaron los autores dramáticos españoles de la época de Carlos III. Tanto el marqués de Grimaldi como el conde de Aranda obraron en el mismo sentido que ellos, mandando traducir para los teatros de los sitios reales y de la corte comedias y tragedias francesas; pudo serles propicia la division radicada entre *chorizos* y *polacos*, si interesaran á unos ó á otros en su proyecto de reforma: dotes dramáticas no faltaron á algunos; pero echaron por mala senda, y pagólo especialmente su propia fama. No solo fracasaron en la temeraria empresa de arrumbar á Lope, Calderon y sus buenos imitadores, sino que se hicieron tan poco lugar en el teatro, que no alcanzaron á evitar los ruidosos y continuados triunfos escénicos de Comella. Siendo esencialmente popular la dramática poesia, desdenáronse de calzar al pueblo zueco ni coturno, y parece como que aspiraron á proscribirle de las tablas.

Vengóle á maravilla de tamaño desman un madrileño illustre, D. Ramon de la Cruz y Cano, que, nacido en 1731 de buena familia, gozó el favor del público desde que se dió á conocer en la escena, y verosímilmente no lo perderá nunca. Duélenos haberle de juzgar no mas de pasada. Al imprimir varias composiciones suyas por consecuencia de una crítica injusta de Signorelli, dijo en el prólogo lo siguiente: «Los que han paseado en el día de San Isidro su pradera; los que han visto el Rastro por la mañana, la plaza Mayor de Madrid la víspera de Navidad, el Prado antiguo por la noche y han velado en las de San Juan y San Pedro; los que visitan por ociosidad, por vicio ó por ceremonia..... en una palabra, cuantos han visto mis sainetes reducidos al corto espacio de veinticinco minutos (después de rebajar el punto de vista con la decoración á veces nada á propósito, y las actitudes tan mal estudiadas como á veces los versos), digan si son copias ó no de lo que ven sus ojos y de lo que oyen sus oídos; si los planes están ó no arreglados al terreno que pisan, y si los cuadros no representan la historia de nuestro siglo.» Nadie se aventuró á desmentirle. ¿Qué se ha de añadir en su elogio?

Para observar tenia privilegiado talento, imaginacion fecunda para dar vida á sus observaciones, suelto pincel para dibujar caracteres, natural donaire para dar á cada uno su tono. Excederle en la facilidad del diálogo es árdua empresa, y mas todavía en la dote privilegiada de caminar siempre á un fin moral y jugueteando y divirtiéndolo. Petimetres almiarados y petimetres casquivanas, majos temerones y jaraneros y majas zumbonas y ariscas, payos pazguatos ó maliciosos y payas pizpiretas ó simples, falsas devotas, abates cortejadores, maridos pacaños y mujeres desperdiciadas, pajes entremetidos y con infulas de señores, criadas locuaces y ventaneras, usías menesterosas, viejas linajudas, niños picoteros, viejos verdes, mayordomos de cofradía que se arruinan con rumbo, viudas que se cansan de serlo, y otros cien tipos con que D. Ramon de la Cruz tropezaba á la vuelta de cada esquina, pasaron á su impulso del mundo al teatro, para que se viera allí la sociedad en variadísimo panorama, y se avergonzara de sus vicios y convaleciera de sus ridiculeces. Tal fué el grande objeto de este poeta insigne. Un ejemplo valga por todos.

Cuando Feijóo no dejaba á vida ninguno de los entes imaginarios á quienes daban cuerpo las preocupaciones del vulgo, dijo en unas de sus *Cartas eruditas*: «Aunque afirmo y afirmaré siempre que comunísima y regularísimamente las travesuras que se atribuyen á duendes son efecto, no de la malicia de los demonios, sino del artificio de los hombres, admito la excepción de uno ú otro caso.» Cruz los desecha todos, y para hacer mas ridiculas tales patrañas, las combate por medio de los mas patanes ó débiles que saca á la escena. *El Duende* titula uno de sus sainetes; y la accion pasa de modo que temen al supues-

to ser sobrenatural un sacristan, un soldado y hasta un sargento, y un rústico pastor le hace cara y descubre que es un barberillo, novio de una hermana suya. Todavía en la *La Fantasma del lugar* resalta mas la intencion del poeta. Aquella trae espantados á los vecinos, la justicia tiembla de salirle al encuentro, los mozos no se atreven á rondar á las mozas, y estas son las que sin apension ni susto la acometen á pedradas, con lo que se viene á averiguar que la vision nocturna procede simplemente de que el herrador se envuelve en una sábana para requiebrar á sus anchuras á la hija del alcalde.

¿Qué importan algunas incorrecciones de Cruz, si en cambio apenas se pueden citar palabras suyas ofensivas á oídos castos? A veces deja á medio trazar sus graciosos cuadros; pero no adolecen de este defecto *La Comedia de Maravillas*, *Los Gutibambas* y *Mucibarrenas*, *El Duelo*, *Inesilla la de Pinto*, *La Fineza de los ausentes*, *La Oposicion á cortejo*, *Las Señorías de moda*, ni otros varios bien concluidos. Si le afean algunos que generalmente deja airosa á la gente del bronce, ya en *Los Majos vencidos* contesta al reparo por boca de D. Jaime:

Los majos solo dan miedo
A los usías, que temen
Les descompongan el pelo
O les rompan los encajes;
Pero á mí se me da un bledo.
..... No hay en Madrid
Hombre que tenga mas miedo;
Pero esta gente, que todo
Lo compone hablando recio,
Mirando de rabo de ojo
Y doblando ansina el cuerpo,
En tropezando con quien
Los entiende, se caen muertos.

Insultó fuera detenerse á inquirir si hay verdad en tan bellos cuadros: *La Pepa y la Juana* ó *el Buen casero*, llamó Cruz á uno de sus sainetes; pero reconociendo el público en punto determinado de Madrid el original de tan fiel copia, le pareció título mejor *La Casa de Tócame-Roque*, y ya no se le conoce por otro.

¿Qué pensaba D. Ramon de la Cruz del teatro español antiguo y del de su tiempo? El esclarecimiento de esta cuestion no cabe en la presente reseña; basten algunas indicaciones. *La Venganza del Zurdillo*, *El Muñuelo*, *El Marido sofocado*, *El Manolo*, son parodias chistosísimas de tragedias que se aplaudieron mucho, y de las cuales se retienen como proverbios diversas frases. *Don Mamerto*, poeta, y *Don Rosendo*, abogado, sostienen un diálogo animadísimo en el sainete que se titula *El Café extranjero*, y de allí se traslada el siguiente pasaje:

MAMERTO. No es lo que hay de profesion
A profesion nada.
ROSENDO. Es cierto,
Lo que hay de un arte de locos
A una ciencia de discretos.
MAMERTO. ¡Cómo loco! Diga usted,
Hablando con tono sério,
¿Qué tiene mas que hacer? ¿una
Comedia ó un pedimento?
ROSENDO. ¿Y qué poeta hace hoy
Una buena?
MAMERTO. No empecemos
Con la costumbre maldita
De torcer el argumento,
Porque, si no hay quien las haga,
Ha habido quien las ha hecho.

(1) El autor nos ha facilitado este artículo que forma parte de la conienzuda *Historia del reinado de Carlos III*, que hace años escribe, y terminada ya está á punto de publicarse.

En suma, el único poeta dramático verdaderamente nacional y célebre de la época de Carlos III es D. Ramon de la Cruz y Cano. Conocedor de nuestro teatro, que aventaja en riqueza á

todos, dotado de natural festivo, «dedicándose particularmente á la composicion de piezas en un acto, llamadas sainetes, supo «sustituir en ellas, al desaliño y rudeza villanesca de nuestros «entremeses, la imitacion exacta y graciosa de las modernas costumbres del pueblo.» Como precursor de Moratin hijo, ocupa tambien una página señalada en la historia de la poesia dramática española.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

EL CONVENTO DE SANTA ENGRACIA.

A los Reyes Católicos de feliz memoria y que tantos y tan notables recuerdos de su reinado han dejado en España, se debe este precioso convento, visitado por artistas y eruditos como una de las mas preciosas construcciones de su época.

El tiempo y los azares de la guerra han contribuido á que las miradas de los curiosos se fijen con sentimiento al par que

con veneracion en lo que antiguamente llamado obra de arte hoy solamente lleva el triste nombre de ruinas.

Muchas veces se ha hablado, muchas se ha citado con elogio el magnífico claustro adornado de una preciosa columnata de mármol blanco como una de tantas pruebas que podian alegarse de su riqueza y antiguo esplendor.

La ciencia de la heráldica ha estudiado con gusto é interés la oculta historia que en los diferentes escudos de armas y alegorías estaba escrita, y fijada con ellos en las vastas paredes del claustro.

Hombres ilustres han hallado sepulcro entre aquellas grandiosas paredes; y en medio de las diferentes obras que el arte religioso habia amontonado en él, se destacaban mudos los sepulcros de Gerónimo Blancas y de Zurita.

El de este último, colocado en medio de la iglesia, era notable por su magnificencia.

Blancas el historiador y cronista de Aragon, reposa á la sombra de los inmensos claústros del convento.



Ruinas de la iglesia de los santos mártires en el convento de santa Engracia de Zaragoza.

La portada, hecha á uso de retablo, se componia de dos cuerpos: el primero, compuesto de cuatro columnas, estaba adornado con magníficas estatuas de piedra que representaban los cuatro doctores de la iglesia.

En el segundo ocupaba el centro una estatua del niño Jesus, y á los costados de ella las de los dos Reyes Fernando é Isabel, sus fundadores, humildemente puestos de rodillas y en señal de adoracion.

Dominaba á estos dos cuerpos del pórtico, una gran cruz de piedra, á cuyos costados se elevaban las estatuas de la Virgen y de San Juan.

La puerta era de arco y todo el compuesto de multitud de cabezas de serafines hábilmente colocadas en agradable simetría.

En los costados laterales habia embutidos dos medallones grandes de piedra, en los que se leian estos nombres esculpidos.

Numa Pompilius.

M. Antonius.

En el interior de la iglesia, adornado con mucho arte, mármoles de diversos colores combinados con oro, tapizaban sus muros, imprimiendo á la augusta mansion del Señor un carácter severo al par que rico y agradable.

Una puerta lateral, siempre cerrada, daba paso á la bóveda de 12 pies de altura en que estaban colocadas las reliquias de los santos Mártires.

Se llamaba *las Santas Masas*.

Era una verdadera catacumba en la que el cristiano podia

estudiar las persecuciones tiránicas de que sus primeros correligionarios habían sido víctimas.

Se dividía en seis naves formadas por 30 columnas pequeñas de mármoles variados como los de la iglesia y bien pulimentados.

El techo pintado de azul hacia destacar infinidad de estrellas de oro que con su brillo y el de los mármoles de la columnata, alejaban del espectador las tristes impresiones que siempre producen en el alma estos tétricos lugares.

En diferentes vasijas de cristal, de distintos tamaños y hechuras, se conservaban preciosas reliquias.

Unas contenían sangre de los mártires.

Otras encerraban sus preciosas y santas cenizas. Dominaba á todas la cabeza de la patrona Santa Engracia metida en una urna de plata bien cincelada.

El cuello de la Santa estaba adornado con un magnífico collar de piedras preciosas.

Las demas cenizas y restos de los mártires segun tradicion del país, se conservaban en un pozo sombrío, que habia en medio de la iglesia y al que rodeaba una barandilla de hierro.

Estaba dedicada á los Santos Mártires de Zaragoza, y sus moradores eran de la órden de San Gerónimo.

No ha mucho se elevaba esta iglesia en todo su esplendor, hoy solo presenta el desconsolador aspecto de unas ruinas.

La memorable guerra de la Independencia la ha destruido. Célebre es en los anales de nuestra historia contemporánea la gloriosa resistencia de los zaragozanos.

Grande ha sido la heroica defensa de su ciudad.

Immortal su sitio.

Entre los edificios que mas contribuyeron á estas glorias, está colocado el nombre de Santa Engracia.

Aun se ven en sus restos las señales de las balas de los enemigos.

Cuando los franceses entraron en él, pisaron escombros y humeantes ruinas.

Hoy en medio de la campiña desolada que le rodea, asombra aun con sus restos y da idea de lo que debió ser la obra de los Católicos Reyes de España.

LUIS DE CASTRO.

A VISTA DE PAJARO.

HISTORIA DE UNOS AMORES.

A AGUSTIN BONNAT.

I.

DE ALTO Á BAJO.

La boardilla de Félix caía sobre los jardines del duque de Campo-Bello, unos jardines magníficos, acaso los únicos que en Madrid son dignos de llevar este nombre.

Porque ahora se llama jardín á cualquier cosa: á un pedazo de tierra de ocho ó diez pies cuadrados con una fuente sin agua, un raquitico castaño de Indias, dos lilas moribundas y un espectro de rosál. Esto nos recuerda aquello de

«Paris est pour les riches un pays de cocagne

Sans sortir de la ville il trouve la campagne.»

Pues sin embargo, en este punto Paris es tan malo como Madrid; solamente que los españoles somos mas francos.

Todo esto no obsta para que la duquesita de Campo-Bello fuera una niña encantadora, y su tia una vieja horrible, una tia en fin, con cara de tia.

Félix las solia contemplar cuando por el jardín paseaban, á vista de pájaro como quien dice, y á pesar de la inmensa altura que los separaba, no se le habia escapado el mas leve rasgo de sus fisonomías, porque los pobres tienen por lo regular muy buena vista.

Esto consiste en que carecen de dinero para comprar anteojos.

Hemos hecho la observacion de que la vista es el sentido de los pobres, el sentido democrático por excelencia, en fin aquel que puede recibir mayor número de impresiones gratis.

Como Félix no podia oir el murmullo de las fuentes, ni aspirar la fragancia de las flores, ni gustar de las frutas, ni gustar nada de lo que el jardín contenia, se contentaba con mirarle; y en esto no disfrutaba mas su dueño, es decir, disfrutaba menos, porque Félix, además de ver el jardín, veia á la Duquesita, la mas bella de sus flores, como diria un pollo poético ó un poeta con cañones.

II.

Si alguna vez habeis sido niños ó jóvenes siquiera, cosa que dudo bastante, porque en estos tiempos nacen los chicos con un cigarro en la boca y un quintal de desengaños en el corazon, sabréis lo que son ilusiones.

En cuanto á Félix, puedo aseguráros que lo sabia perfectamente. ¡Vaya si lo sabia! ¡Como sabe el banquero lo que son letras de cambio, como el mercader lo que son varas de tela! ¡Como que vivia de ilusiones, como que comia ilusiones, como que ellas eran su único caudal!

¡Bonito caudal!

No os admireis, hombres-cifras. Las ilusiones son un género de comercio como otro cualquiera, una cosa que se compra y se vende, y quizá la mas positiva del mundo. El cuadro de las meninas es la ilusion de Velazquez; el *Quijote*, la del principe de los escritores; la Alhambra no es al fin y al cabo mas que la ilusion de un arquitecto.

¡Oh! Y todo esto vale mucho dinero.

Una ilusion es ni mas ni menos que una mina: necesita ser explotada. No hay nada mas material en la práctica que lo mas ideal en teoría, y vice-versa. ¿No es una parte de las matemáticas, la ciencia exacta por antonomasia, el cálculo de probabilidades? En cambio, Alfonso Kaar ha calculado las letras que podria sacar de su tintero y los francos que este podia valerle.

Si, caro lector español, hay una raza de hombres, tú lo ignoras como ignoras otras muchas cosas, á quienes Dios condenó á ganar el preciso sustento con el sudor de la pluma, como á ti con el sudor de tu frente, y estos hombres sacan una porcion de cosas de un tintero, de donde tú no sacarías mas que tinta. Para estos hombres de que te hablo, unas botas son un artículo de costumbres, la corbata una poesía lírica, el gaban un acto del drama que anoche te hacia llorar en el teatro, y se comen una tragedia y duermen sobre una novela histórica.

El cura tambien vive del altar.

De esto sé yo mucho. ¡Vaya si sé! Tanto al menos como Félix sabia de ilusiones.

El que tiene ilusiones no es pobre; las vende, y vive de ellas.

Lo malo es que no pueden ponerse á rédito, y así es que hoy un pedazo, otro mañana, van desapareciendo poco á poco. Cuando un escritor ha vendido á su editor, en forma de novelas, dramas ó poesías, sus recuerdos de la niñez, sus amores, sus creencias, sus esperanzas y hasta sus desengaños, no le queda un cuarto de ilusiones, y tiene que presentarse en quiebra. Por eso has oido tú que muchos han muerto en el hospital, á pesar de ser grandes hombres; porque habian despachado sus géneros á poco precio, y como á cierta edad ya no se tiene de eso y ellos vivieron mas de lo que les hubiera convenido.... Pero veo que no te diviertes ni yo tampoco me divierto.

Todo esto te lo he dicho porque Félix vendia ilusiones para comprar patatas.

No sé de fijo si era pintor ó músico ó poeta. Pertenecía á una de estas tres clases de vagamundos; no importa á cuál. Vendia por la mañana lo que soñaba por la noche, y así iba tirando, mal, porque el pobre chico era avaro y guardaba cuidadosamente escondido en lo mas recóndito del corazon la mejor parte de su caudal de pobre.

¿Qué piensa asomado á su ventana mientras sus miradas va-

gas é indecisas cruzan en todas direcciones los magníficos jardines de que al principio hemos hablado? ¡Necio! Si vendiera lo que está pensando, podría comprar un excelente par de botas. No le tengamos lástima pues porque las que lleva estén agujereadas.

Pero Félix no se cuidaba de eso. Miraba y miraba, y solo veía los árboles y las fuentes y las flores, cuando lo que sus ojos buscaban era la flor mas bella de aquellos jardines, como hubiera dicho el poeta pollo.

Porque me habia olvidado de deciros que Félix estaba enamorado de Luisa.

Luisa, como supondréis, era la sobrina. En literatura las tias nunca se llaman Luisa.

El nombre de la tia no hace al caso, ni vosotros lo queréis saber, ni yo os lo diria caso de que lo supiera.

Porque yo no pondria nunca sobre las tumbas el nombre del que en ella reposa; que tumba que necesita que digan de quien es, á nadie importa sino á quien va á llorar sobre ella, y á ese no le hace falta leer el epitafio para conocerla.

¡Oh! Y en eso de llorar sobre las tumbas hemos adelantado mucho en España. Cuando miro esos cementerios en que se disputa á la muerte los cinco ó seis piés de tierra que Dios le dió, acinando los cadáveres unos sobre otros en esos infernales nichos, que semejan la anaquelaría de una tienda de quincalla; cuando miro esos cementerios en que la palabra *enterrar* es un sarcasmo, porque, contradiciendo las leyes de la naturaleza y robando sus sagrados derechos á los muertos, no se les entierra, sino que se les encajona, horror me da esta raza raquítica y degradada de que formo parte, y horror me diera la misma muerte, si la muerte no fuera el olvido. ¿Cómo quereis que la madre venga á llorar sobre el sepulcro de su hijo, si habeis colocado su tumba en el cuarto piso de vuestra colmena de difuntos?

¡Oh! Felizmente las madres llevan en el corazon las tumbas de sus hijos muertos. Si no, ¡pobres madres! la sociedad os haria economizar vuestras lágrimas, como ha economizado el sagrado campo de la muerte. Felizmente para vosotras, pobres criaturas, únicas almas sensibles que quedan todavía, todo el mundo es la tumba de vuestros hijos, y el santo rocío de vuestros ojos en todas partes les alcanza.

Esto no quiere decir que la tia de Luisa fuera la imagen de la muerte; que á esta nos la pintan flaca como ella sola, y la buena señora era gorda como una señora buena.

Yo me figuro siempre gorda y rolliza á la gente honrada; porque, á pesar de cuanto me dicen, creo que no hay nada que dé de comer tanto en el mundo como la honradez.

Pero ello es que hay mucho pícaro, y no sé cómo lo son tantos *gratis et amore*: ya no vale la pena de ser malo lo que el ser malo produce; que es un principio de comercio que los géneros abaratan con la concurrencia.

En esto se fundaba un escribano amigo mio (yo tengo amigos hasta en el infierno) para ser hombre honrado, interin sus colegas no dieran en explotar el filon de la hombría de bien; que una vez que todos poseyesen esa cualidad, cosa era de echarse á pícaro.

Si este escribano hubiera cometido un crimen castigado con pena de muerte por la ley, salvado le hubiera aquella antiquísima de España que indulta al que es único en su oficio.

Esta es la primera vez que de algo me sirve la jurisprudencia, y he gastado en estudiarla catorce ó quince años. No hay cosa como saber la legislación de su país, y aconsejo á todos los padres que se la hagan aprender á sus hijos.

Félix tambien creo que era bachiller en leyes. Sin embargo de esto, Luisa no asomaba por el jardin, y eso que era ya la una del dia poco mas ó menos; no lo sé de fijo, porque desde que el Gobierno me quitó mi reló, nunca acierto con la hora que es. ¡Oh! ¡Los gobiernos!...

Tambien le habian quitado á Félix el suyo, y eso que el pobre chico, á quien consumia la impaciencia, hubiera dado por un reló la mejor alhaja de su cara, su magnifico bigote. No os ha-

bia dicho todavía que nuestro héroe tenia un magnifico bigote negro, y eso que á algunas de las que lean estos renglones les gustarán así.

Es que mi memoria anda mala. Tampoco me he acordado de dar las gracias al Gobierno por haberme quitado mi reló, que era sin embargo uno de los mejores de España.

¡Oh! Y se lo agradezco mucho.

Desde entonces no sé nunca la hora que es, como os he dicho, y esto es algo.

Nunca comeria en una fonda un cubierto de precio fijo; me haria el efecto de comer cuartos ó pesetas.

Esos hombres que consultan el horario veinte veces al dia, no viven por años, sino por horas, por minutos.

Y la vida no es tan bella que yo quiera gozarla en dósis infinitesimales y continuas; creo seria contar las onzas de oro españolas por *reis* portugueses.

Era la una poco mas ó menos, repito, y Luisa, que acostumbraba dejarse ver á las once, no habia parecido todavía.

¡Qué agitado estaba Félix!

— ¿Si vendrá? ¿Si no vendrá?

De repente apareció una sombra en la puerta del palacio.

Por lo que en aquel momento pasaba en la cabeza de Félix hubiera dado un editor quinientos cuarenta y cuatro reales, algunos maravedises (maravedies dicen en Andalucía, y me gusta mas, á pesar de la Academia) y cuarenta ejemplares finos de la obra.

— ¡Es ella! dijo, comprendiendo lo que significaba el fuerte latido que le dió el corazon.

¡Oh! Cuando el corazon late, bien sabe por qué. A creer eso os tienen acostumbrados las novelas modernas.

¿Creeis que era ella? Pues no hay tal: era la tia.

III.

No hay tu tia.

El corazon, sin embargo, no se engañaba: cuando *latia* estudiado tenía que era *la tia*.

IV.

Félix pasó toda la tarde asomado á su claraboya, sin que Luisa se dignase bajar al jardin.

En cambio, pudo contemplar á su sabor la hermana del papá, que corría como una loquilla tras de las mariposas y aspiraba el perfume de los jazmines.

Los poetas te han enseñado, oh caro lector español ó americano, que solo las jóvenes bonitas corren tras de las mariposas y aspiran el perfume de las flores.

Pero los poetas te han engañado miserablemente.

Por supuesto que Félix estaba enojadísimo con Luisa, que no le daba el espectáculo de su persona, á pesar de que debia estar muy convencido de que la Duquesita ni aun sospechaba su existencia.

Esto no te extrañará, lector amigo, porque tú tienes cara de estar enamorado, y debes saber por lo tanto lo que son estas cosas.

Pero es el caso que vino la noche, y la tia se fué, y Luisa no salió.

Félix permanecía firme en su observatorio, y si no digo que dando quejas á los vientos y suspiros á las auras, es porque ya ha pasado la época en que se usaban estas frases.

¡Qué delicioso no seria para tí, oh niña romántica, tibiamente bañado por la pálida luz de la luna!

Pero es el caso que aquella noche no alumbraba la luna, porque estaba en menguante.

Las ventanas que al jardin caian se fueron sucesivamente iluminando, y las horas corriendo, dejaron de estar iluminadas todas menos una. Era muy tarde.

— Esa es la de Luisa, murmuró Félix.

Entre las cosas entretenidas con que se divierten los hombres, ninguna lo es tanto como la de contemplar el rayo de luz

que sale por la ventana de la mujer que se quiere, ver su sombra á través de las cortinillas y querer figurarse desde las tinieblas lo que pasa dentro de aquella atmósfera de luz.

No se figure V., señora de mis pensamientos, que esto lo digo por V. No, señora; por la sencilla razón de que su ventana de V. no cae á la calle.

Pero Félix era mas afortunado. Por eso el feliz mortal se constipó pasando la noche entera en su claraboya, fijos los ojos con febril insistencia en el iluminado balcon que él creía del dueño de su alma.

Y sin embargo, ¿por qué no había de ser de su tia?

Pues sí que debía de ser. Las niñas duermen mas que las viejas, y es mucho mas natural que esta entretuviese la noche con el *Monte-Cristo* ó *Los Siete pecados capitales*.

Pobre Félix, ¡cuántas ilusiones cruzaron por su cabeza!

¡Y qué malas! Ningun editor le hubiera dado por ellas un maravedí.

Acaso os parezca trivial y manoseado todo lo que voy escribiendo; es, lector español, que tú no entiendes una jota de lo que es bueno, porque creo ser el primer escritor que hace constiparse á su héroe por pasar la noche suspirando á las rejas de su amada. (El poeta Agustín Bonnat pide la palabra con su deliciosa historia de amores *Rubias y morenas*, en la mano.)

Cuando las madrugadas estan frias los galanes de capa y espada se constipan muy á menudo, sobre todo si carecen de capa como nuestro Félix.

¡Ah! Tú eres médico. Sí, lo conozco en que no te disgusta eso de que se propaguen los constipados, aun en la literatura.

El autor no puede menos de consagrar aquí un recuerdo á una capa que tuvo, por supuesto antes de hacerse hombre de letras, muchísimo antes.

Los hombres de letras no suelen tener capa, y si acaso la tienen, es de buenos bebedores. Por eso has oido tú decir muchas veces, lector español, que los poetas tienen el alma fria y gastada; porque suelen abrigarse con ella.

Pero á todo esto había amanecido.

Félix se dirigió maquinalmente á la novela histórica, es decir, al blando lecho. Un instante despues le habia pasado lo que ahora te está pasando á tí. ¿Qué? ¿No te has dormido todavía? Pues hombre, me alegro. Así como así yo tengo gana de proporcionarte beleño.

V.

PRÓLOGO.

Ya que á la cabeza de estos renglones no he puesto unos cuantos que te digan cuál es mi objeto al escribirlos, diréte ahora, oh lector español ó americano, que ha sido solo el de decirlo que se me ocurra cuando los escriba; que hartos he escrito para darte gusto, pues que los pagas, y es justo. De modo que si buscas argumento ó cosa que lo valga, te equivocas de medio á medio.

VI.

Eran las once, y Félix seguía durmiendo á pierna suelta, soñando que veía á Luisa.

VII.

Se me olvidaba decir que Luisa se acostó la noche anterior á las ocho porque se sentía indispueta, y que estuvo durmiendo hasta las idem de la mañana. Por lo tanto, la luz que desveló á Félix no alumbraba el insomnio de la niña.

Si yo deseara ser algo, querría ser insomnio de una niña bonita y enamorada.

VIII.

Luisa estaba á las once paseándose en su jardín.

IX.

De modo que si Félix, en lugar de pasar la noche en vela pa-

ra ver una luz que creía salida de su cuarto, hubiera dormido tranquilamente, á las once vería desde su ventana el rostro hechicero de la Duquesita.

¡Y qué hechicero! ¿Recordais la niña de ojos azules de nuestro poeta Antonio de Trueba? Pues así era Luisa.

Un revistero (entonces se escribían esas revistas de Madrid que tanto le gustaba á V. leer, señorita lugareña); un revistero, famoso por cierto, encubriéndole bajo el pseudónimo (¿para qué servirá esta p?) de la señorita H., la comparó á Minna Troel, á esa hada que tanto le enamora á V., señorita de los quince abriles, que lee á Walter Scott á hurtadillas de papá.

Y ¡cosa extraña! como diría Eugenio Sue, caso de que este apreciable señor dijera algo, el revistero tendría razón.

Pero Félix seguía soñando que la veía, y los sueños, sueños son, como dijo el maestro.

Luisa, cansada de pasear, desapareció del jardín.

Un instante despues saltaba Félix de la cama y corría, medio dormido aun, á su querida claraboya.

—Está visto que ya no quiere venir, exclamó tristemente, recorriendo los jardines con la vista.

Mas vale dormir á tiempo que velar un año.

X.

Vengo del café Suizo, donde una muchedumbre de jóvenes se prepara para asistir á un baile de máscaras del teatro Real. ¡Oh! Los recuerdos que la escena que acabo de presenciar despiertan en mi corazón, sí que no os los vendería por todo el oro del mundo, y eso que mi oficio, como el del pobre Félix, es ir vendiendo al primero que llega pedazos de mi alma, lágrimas y sonrisas, suspiros y carcajadas.

Sí, los artistas, los escritores somos muy independientes. El qué está sujeto, el que necesariamente tiene que pasar seis ú ocho horas del día en un taller ó en una oficina, ese es muy desgraciado. Nosotros de nadie dependemos, somos libres como el aire; solo que nuestro pasado, nuestro presente, hasta nuestro mismo porvenir pertenecen á todos los que quieran gastar algunos cuartos en comprar lo que escribimos.

Pero este recuerdo no os le daría yo por todas las riquezas de la California, esa hermosa miniatura de la sociedad del siglo XIX, sociedad de *mercachifles*, que no val: siquiera lo que pesa; pero á quien el mas virtuoso de sus miembros vendería por mucho menos.

Nuestro gobierno ha resuelto un problema, y esto podría ayudarnos para evaluar á la sociedad presente. Segun el dato oficial, un hombre vale seis mil reales. (Véase la ley de quintas.)

¡Seis mil reales! Hombres de estado, preguntadle á una madre cuánto quiere por su hijo. No; á vosotros mismos os dirijo la pregunta: ¿Cuánto quereis por el hijo á quien habeis dado el ser?

Pero no se hable del tráfico de negros; ese es inmoral. Comerciar en carne blanca eso es otra cosa, eso es muy lógico, y todo el mundo lo encuentra razonable; las balas de Sebastopol es necesario que encuentren huesos que romper y sangre que deramar; si no, se desperdiciaría mucho hierro y no están los tiempos para despilfarros, ni es cosa de gastar la pólvora en salvas.

XI.

La carta decía así:

«Le he visto á V. en su ventana, y comprendo su amor y su timidez. ¿Será necesario decir á V. que quien comprende, agradece, y quien agradece, paga?»

Si el pobre muchacho se volvió loco ó no, á tu discernimiento lo dejo.

Me olvidaba decirte, porque á tí es necesario decírtelo todo, que acabo de copiar una carta que Félix recibió, poco despues de levantarse, por el correo interior.

Si el que una vez ha sido dichoso debe morir, Félix debió morir en aquel momento.

(Concluirá.)

LUIS DE EGUILAZ.

El mundo hace lo mismo con la juventud, que el sol con las plantas, ó la alimenta ó la mata.

Un motivo no es mas que una excusa.

La paciencia dulcifica nuestras penas, expia los pecados y pone á prueba nuestra virtud.

El malvado siente estar solo y teme á la sociedad.

Una duda en materia de fé conduce á dudar de todas las verdades.

La educacion es un seguro para la vida, y un pasaporte para la eternidad.

El mundo es ligero en sus suposiciones y casi siempre verdadero en sus juicios.

El dolor que se siente es el que parece mayor de todos.

Entre un héroe y un hombre que pasa desapercibido, no suele haber mas distancia que la ocasión.

La dicha es como un avaro de mala fé, que no salda exactamente sus cuentas nunca.

En la muerte de la señora Doña María de.....

Soneto.

Como alta vid que en heredad cercada
fruto de bendicion fecunda cria,
tal descollabas tú, dulce María,
vid por el huracan hoy destrozada.

Se ve tu lisa fúnebre bañada
con abundante lloro noche y dia:
cinco voces te dicen: ¡Madre mia!
otra dice á la par: ¡Consorte amada!

Mitigad el dolor. Decreto santo
marcó su fin á la fugaz carrera
de la que os deja en soledad y llanto.

Ella fue vuestro bien, vuestro consuelo;
angel mortal para vosotros era:
Dios lleva al ángel de la tierra al cielo.

J. E. HARTZENBUSCH.

A PILAR.

Yo que tanto he gustado de pilares,
que si arquitecto fuera,
sin pilar nada hiciera,
y aun los pusiera á pares,
y ningun edificio levantara
que un pilar á lo menos no llevara:
confiésote, Pilar (bromas á un lado),

que si no me encontrase, ¡caso horrendo!
un padre reverendo,
ya casi jubilado;
que si cual otro tiempo yo me viera
intonso colegial, jóven novicio,
hiciérate pilar de mi edificio,
del templo de mi amor pilar te hiciera,
aunque por ello fuera
castigado una vez, y veinte, y ciento
por el padre guardian de mi convento;
y aunque me condenara
con saña peregrina
á ayuno, y á cilicio, y disciplina,
y sobre mí lanzara
excomunion mayor, y otras sentencias
y duras penitencias
como oveja leprosa del aprisco
de mi glorioso padre San Francisco.
Yo sufriera estas penas afrentosas,
y otras que en tu talento imaginares
con paciencia ejemplar; porque á pilares
de esbeltas formas, bellas y graciosas
tan dado he sido siempre y estoy siendo,
que si en lugar de ser un reverendo,
ya casi jubilado,
me viera por milagro transformado
en un jóven novicio,
hiciérate pilar de mi edificio,
del templo de mi amor pilar te hiciera,
pese á frailes franciscos,
y antes llevará el huracan los riscos
que mi templo se hundiera,
si tal pilar mi templo sostuviera,

FRAY GERUNDIO.

POESIA.

Luenga cabellera leve
en su espalda renegrea,
como la endrina en la nieve;
y resplandece y se mueve
como la llama en la tea.

Del nitido mar hirviente
mas flexible que la ola,
á su pudorosa frente
rizándose blandamente
cine mágica aureola.

Y partida en bucles mil,
de su pecho de marfil
bebe balsámico olor,
cual arroyuelo sutil
el aliento de la flor.

Ardiente como la grana
y tersa como el cristal
es su mejilla lozana,
que templá sombra liviana,
de tinte meridional;

sombra de luz vibradora
que su tierno pecho ceta,
vaga sombra que se ignora
si en su fino cutis mora,
ó si al aire en torno vuela.

ANTONIO DE LOS RÍOS ROSAS.

Director y propietario, D. EDUARDO CASSET.

Imprenta de la VIUDA DE PALACIOS.



UN CUADRO DE RIVERA.

Muchas biografías se han escrito de este pintor, una de las mas esclarecidas glorias artísticas de España tan fecunda en grandes hombres.

Por eso no es nuestro objeto apuntar datos y hechos de la vida aventurera del ilustre discípulo del Caravaggio y de Corregio.

El carácter sombrío del primero de estos dos pintores ha quedado impreso en las obras del *Espagnoletto*.

Ningun asunto por horrible que fuese su representación detenían la mano del artista.

Prometeo encadenado á la roca con las entrañas desgarradas y el hígado palpitante, el suplicio de San Bartolomé, cuadro de una verdad horrible y en el que dos sayones desuellan al santo vivo, el martirio de San Pedro etc. vienen á confirmar la verdad de nuestro aserto.

Las aventuras de su vida, los azares y contratiempos de ella, han contribuido no poco al sello de sus obras.

Rivera se ha mantenido de limosna, se ha vestido de andra-

jos, ha estudiado la miseria en todas sus fases y por experiencia propia, quizás á eso se debe su afición á los viejos mendigos y pordioseros que ha pintado como nadie.

El grabado que precede á estas líneas es una prueba de ello.

Nadie le ha igualado en este género.

Nadie ha reproducido como él las arrugas de la vejez, las callosidades de la incuria y de la miseria, las facciones rudas del pueblo.

Las barbas y cabellos desordenados y grises son en sus cuadros fiel imágen del natural.

Y á pesar de esto, todos los tipos de sus pobres tienen algo de digno, algo de severo.

Hay en ellos mas inteligencia, mas distincion aun que en los tipos del mismo género de los pintores flamencos y holandeses.

Véase si no el grabado, no falta ningun detalle; el estudio mas concienzudo ha presidido á la obra, y sin embargo está hecho con soltura, con seguridad.

Parece mas bien que un mendigo, un soldado viejo y aventurero, por la expresion de su semblante.

Su frente despejada, sus ojos vivos é inteligentes, su encanecido bigote, lo dan á entender así.

Lleva la firma del autor y la fecha, fué ejecutado en 1640.

De Madrid á Sevilla.

Pocos habrá sin duda, que nacidos en el suelo de España y lejos del antiguo reino de Andalucía, no deseen visitar este hermoso pais, cuna de la civilizacion española, que sus antiguos pobladores llenaron de recuerdos, que las guerras de conquista cubrieron de ruinas, y que los rayos de un sol meridional inundan de una vegetacion frondosa y variada. Esos recuerdos han producido una de las obras mas brillantes del cantor de Childe Harold; esas ruinas, la oda mas sublime de la poesia española y esa vegetación hermosa, las páginas de nuestros poetas, como las orillas del lago de Ginebra, las apasionadas cartas de Wolmar y Julia.

Destinado á recorrer ese pais privilegiado por el hombre y la naturaleza, encerréme una mañana en el estrecho espacio de una diligencia, lo cual pudiera retraerme de mis viajes si un efecto de mi organizacion, mas bien que de mi destino, no me impulsara á ello. A la inversa de Larra, la inconstancia de mi carácter ha engendrado en mí, si no la necesidad, el deseo al menos de viajar. Sepultado, pues, en ese incómodo vehículo, consagréme á la observacion de los lugares que ibamos recorriendo; pero esa observacion rápida como el pensamiento, en que desaparece la tranquilidad del raciocinio por el sucesivo y tumultuoso cambio de las ideas.

Hay dia el trayecto de Madrid á Aranjuez ofrece un nuevo punto de vista á los viajeros, siquiera le recorran por el camino ordinario, dejando á un lado y cruzando varias veces el mal llamado ferrocarril, que ha sido hasta ahora un solemne mentís al descubrimiento de Stephemon. Los pueblos de Pinto, Valdemoro y Ciempozuelos se presentan al observador con sus mezquinas casas y sus tostados habitantes que llevan pintado en su rostro el sello de la incapacidad si no de la estupidez. Los extremos se tocan. Despues del lujo la miseria; al lado de la civilizacion el atraso; cerca del saber que ilustra, la ignorancia que deprime. No es Madrid el corazon que arroja hacia todas las partes de un cuerpo social la sangre vivificadora, es la úlcera que atrae esa sangre á un centro corruptor para convertirla en dañosa pus. Semejante á ciertas plantas, todo lo que nace á su sombra es efímero y raquítico. Preguntad en esos rostros oscuros como sus viviendas, á esas inteligencias estériles como el terreno que pisan, qué han adelantado con la marcha de la civilizacion que atravesó sus umbrales en alas del vapor..... Pero no le preguntéis, leed su respuesta en la sonrisa diogénica que discurre por sus labios al clavar sus atónitas miradas en el largo tren de numerosos vagones.

Las verdes aguas del Tajo anuncian en este viaje la proximidad de nuestros Versailles. Una vegetacion gigantesca, hija mas bien del arte que de la naturaleza, cubre las orillas de ese rio, testigo de los amores que perdieron á España. Arboles de poblada copa se elevan por todas partes cerrando el espacio con el tejido de sus ramas para presentar de repente los encantos de una nueva vista. De paisaje en paisaje, pronto llega á descubrirse el palacio real de Aranjuez, dibujándose en las aguas del Tajo que parece detener allí su curso para gozar de tan sublime perspectiva. Un elegante puente de madera da entrada á esa villa que está llamada á rivalizar algun dia con la que hoy le presta sus capitales y sus hijos. A los ojos de Victor Hugo, Aranjuez ofrece lo imprevisto de un tablero de damas y todas las bellezas de la motonia. Para el pintor de *Paris á vista de pájaro*, nada puede haber digno de su rica paleta mas que el anárquico desorden de las calles de la capital de Francia; pero entre este *poético* laberinto y la *prosa* de la regularidad de las calles de Lisboa, por ejemplo, yo prefiero la segunda. Esos soberbios edificios que ve-

mos erigir en nuestras ciudades al lado de otros mas humildes, parece que pretenden confundirlos con su mole y alzanse orgullosos sobre su base como la usura sobre la indigencia, como el poderoso sobre el débil.

Despues de Aranjuez la decoracion cambia completamente, y un terreno arenoso y desierto se presenta á nuestra vista. ¡Triste prólogo del pais que muy luego va á recorrerse! Pronto la Mancha extenderá delante de nosotros sus inmensas llanuras, página la mas sangrienta de nuestras discordias civiles. Ocaña es el primer pueblo; despues la Guardia que se destaca entre las grietas de un pequeño cerro como un panal de barro fabricado por sus incultos moradores. Numerosas y sucias covachuelas ocultan aquellos infelices, que asoman su cabeza al ruido de la diligencia como un asqueroso reptil que acecha desde su guarida algun acontecimiento extraño. Niños completamente desnudos surgen de todas partes y acosan al viajero con gritos guturales que despiden mas bien por mecanismo que por conviccion de sus necesidades. Del estado natural al grado de civilizacion de aquellos habitantes no hay siquiera un adelanto, y ajenos á todas las exigencias sociales les sobran acaso todos los recursos. ¡Masa humana arrojada en las aguas de un oceano social y que solo un cataclismo puede elevar á la superficie, como el fango de un estanque que solo se presenta á nuestros ojos cuando sus aguas son conmovidas por la tormenta! Esos hombres nada lamentan en su ignorancia, y el no saber es sin duda un elemento de la felicidad. ¿Qué importan sus harapos y su miseria?...
¡Quei che felici son non an camicia!

Menos pronto de lo que quisiera desaparecieron de mi vista aquellas barracas insalubres, infancia de la construccion civil, y aquellos habitantes que revelan al viajero la masa de que el hombre fué formado antes de animarle el soplo divino. Despues, el horizonte cerró nuestras miradas por todas partes y la noche nos ocultó en sus sombras, como si fuera inútil la luz en un pais sin objetos y sin colores.

A media noche cruzamos la ciudad de Manzanares y pareciórame un contrasentido no ver allí luz alguna en este siglo que llamamos de las luces, si no estuviera acostumbrado á semejantes antifrasis. *Le nom ne fait rien á la chose.....* Por eso se ha llamado cabo de Buena esperanza al cabo de las tormentas; santo tribunal á un tribunal maldecido; justicia al favor; estimacion á la indiferencia; acatamiento al servilismo; servidumbre á la esclavitud; guerra al asesinato.....

Hay un fondo de melancolia en el corazon del hombre que viaja, y que no basta á disipar el efecto de nuevas vistas, ni la esperanza de nuevas emociones. Acaso si no la realizacion de un deseo, la exigencia de nuestras necesidades sea la explicacion de ese principio psicológico. De ahí el que, cuando desde el interior de una diligencia vemos borrarse con la luz del crepúsculo la forma de los objetos exteriores, cada viajero recoge sus ideas, y á la espontaneidad del dia sucede el silencio de la noche; ese silencio que es la muda historia de otras tantas existencias. El cansancio del espíritu con estas y otras reflexiones y el del cuerpo con los insufribles vaivenes del carruaje, rindieron al fin mis miembros, y el sueño intermitente del desasosiego cubrió mis pupilas cansadas de vagar durante el dia por un horizonte sin límites y sin verdura.

Los rayos de un sol brillante vinieron á despertarme para presentar ante mis ojos en primer término los enormes picachos de una elevada sierra y á lo lejos las pintorescas y dilatadas llanuras de un paisaje de Pousin. Aquel sol era el sol de Andalucía; aquella sierra Despeñaperros; aquellas llanuras la antigua Bética. Extendíase por primera vez á mi presencia ese pais tan codiciado en otro tiempo por las naciones del norte, que fundian soldados para su conquista, y por las que acampaban en las orillas del mar Rojo y del oceano índico. Duplicaban sus atractivos los reflejos de un sol naciente que teñía al suelo con los colores de la aurora; el punto de vista desde el que le contemplaba y el encanto de la distancia que le hacia aparecer á mis miradas como al través del vidrio venticular de un cosmorama. El divino Camoens no ha imaginado semejante perspectiva al des-

cribir en estos sublimes versos la famosa isla de su inmortal poema.

*Para vulgar difícil cousa fora,
no ceo vendo e na terra as mesmas côres,
si daba as flores côr á bella aurora
ou si lha dão á ella as bellas flores.*

Sorprendente bajo otro aspecto era el país que atravesábamos. A la derecha veíase cortada perpendicularmente aquella sierra por el camino que nos conducía, como una inmensa culebra arrollada á la falda de una montaña; á la izquierda erguían su desnuda frente hasta las nubes colosales pirámides de granito, que el viento de las tempestades descarnaba incesantemente para hundirlos en la sima que los rodea. Delante de este gran libro escrito por Dios y abierto á todas las inteligencias; en medio de estos espectáculos imponentes de la naturaleza agreste, el corazón palpita temeroso; los recuerdos del pasado, la realidad del presente, los sueños del porvenir, todo se reconcentra en un punto de nuestra existencia para pensar tan solo en la pequeñez de la vida humana. ¡Respetuoso homenaje que desde el fondo del corazón vuela hasta el trono de la divinidad! Esos enormes promontorios que la mano del eterno ha sembrado sobre nuestro globo, son las vallas de esta inmensa heredad que llamamos tierra, que detienen á los conquistadores en sus ideas de dominación omnímoda, á las naciones en sus utopías de fraternidad universal, á las provincias en la avenencia de sus mezquinas rivalidades. Si la fuerza del vapor rompe esa valla insuperable para hacer de la humanidad una familia, el orgullo humano la exige de nuevo en la frontera de sus sordidos intereses.

Al descender de la sierra reposamos un momento en el primer pueblo de Andalucía por aquella parte, en santa Elena: esa pequeña perla de esta corona territorial que el colonizador Olavide depositó al pie de Despeñaperros. Entonces observé con Victor Hugo que *el clima se escribe en la arquitectura*. Poco tiempo antes había yo cruzado las frescas y pobladas montañas de Asturias y Galicia, las calurosas y desiertas llanuras de Castilla y la Mancha, y el carácter de la construcción civil y rural de cada país se presentó á mi imaginación en conjunto extraño. Esas casas de pizarra del norte de España, con sus techos puntiagudos y cerrados á todos los vientos, parecen á propósito para absorber los rayos de un sol triste y apagado y para arrojar de sí las frecuentes lluvias de un clima nebuloso y frío; esas chozas de barro, sembradas en el centro de nuestra península, como el montón de tierra que oculta la madriguera de una legión de topes, intentan desafiar con su deleznable masa las aguas de un país seco y agotado; estas hermosas viviendas del mediodía, blancas como la túnica de sus antiguos dueños, pretenden devolver al cielo los rayos de un sol abrasador y lento. Si de la obra pasais al hacedor, vereis también que el carácter de los habitantes de cada país se graba en su arquitectura. Casas rurales del norte os darán á conocer la taciturnidad y la reflexión de sus moradores; las del centro, la rusticidad y la llaneza; las del mediodía, la frivolidad y la expansión.

*La terra molle e lieta e cilettosa
simili á se gli abitator produce.*

Después de Santa Elena un pueblo triste y miserable se nos ofreció al paso: las Navas de Tolosa, con mas vida en el terreno de la historia que en los campos de Andalucía. Población que solo vive de recuerdos por haberse decidido en sus llanuras el triunfo de la cruz sobre la media luna, del Evangelio sobre el Corán, del lábaro de Cristo sobre el estandarte de Mahoma. Las Navas de Tolosa fue el Waterloo del islamismo.

La antigua capital de la colonia de Olavide se nos presentó como un nuevo punto de descanso, y lo que principalmente llama la atención del viajero en la Carolina es sin duda la igualdad *fanalsteriana* de sus edificios. Creeríase que á últimos del siglo pasado intentaban ya ponerse por obra las doctrinas de Cabot ó de Considerant. El rey Carlos III ha dejado por dó quiera señales inequívocas de su protección á las artes y á la industria, y en sus días ni se hubieran derribado las casas de Hernán Cortés y de Ceryantes, ni se permitiera cubrir con yeso los equi-

sitos afligranados del alcázar de Sevilla. ¡Para un monarca que erige, millares que destruyen!

Después de la Carolina aparece Bailén para recordar con su nombre un hecho de armas en que mas brilla la ignominia de los vencidos que la gloria de los vencedores.

¿A dónde dirigiremos nuestros pasos que los ejércitos invasores no hayan puesto ya los suyos? *La España es el bosque de Boloña de los desafíos europeos*. ¡Espantosa verdad de quien tan amargas verdades dijo! Y si no buscad en el mapa del antiguo continente, desde los hielos del norte hasta los desiertos tropicales, una nación, una tribu que no haya mandado aquí sus legiones á desafiar la independencia española; buscad en la cronología de los conquistadores, desde Alejandro hasta Napoleon, un nombre que no esté escrito con sangre sobre el suelo de nuestra patria. Por eso la España es una grande y noble ruina, como ha dicho Foy: por eso dó quiera tendamos nuestras miradas, solo vemos escombros hacinados como el solemne *sic transit gloria mundi* de un vasto cementerio.

No tardamos mucho tiempo, después de salir de Bailén, en avistar á lo lejos una ciudad, al parecer notable, tendida á la falda de una montaña como una sábana de nieve desprendida de Sierra Morena, y cerniéndose sobre las aguas de un ondulado río que se perdía en el horizonte, ávido de mas bellezas. Aquella ciudad se llamaba Córdoba; el río Guadalquivir. La antigua corte de los califas, centro de civilización de la edad media, aparecía en toda su brillantez bañada por los rayos de un sol casi vertical, que arrebatando á la tierra una nube de perfumes devolvía en cambio otra nube de fuego y de colores. Es preciso contemplar siquiera de lejos esa ciudad rica en poesía, para poder descifrar la eterna lucha de los Abassidas ó de los Omeyas, para evaluar el precioso tesoro de los hijos de Oriente. A cada paso que nos acercábamos descubría en ella nuevos encantos como si leyera en sus murallas la historia de sus recuerdos. Cruzamos por sus calles estrechas y tortuosas, y un silencio profundo reinaba en todas ellas. ¡Parecía que habíamos retrocedido 4045 años, y que el cruel Alhaken I acababa de ejercer su horrible venganza!

Aun cuando de paso no podíamos dejar de visitar la famosa Aljama ó Mezquita, y un *cicerone ad hoc* nos condujo á sus umbrales para entregarnos en manos de otro *cicerone*. La idea que yo tenía formada de este edificio era soberbia, como pudiera tenerla del famoso Partenon de Atenas, y mis ilusiones cayeron por tierra al golpe de una perspectiva inesperada. Sucede con esto lo que con las pinturas al fresco, lo que con las afecciones de los hombres: la impresión lejana nos seduce, llegadas á tocar son abominables.

La catedral de Córdoba carece de la suntuosidad de los templos cristianos vaciados en la turquesa de la arquitectura gótica. La obra humana es allí antes que la majestad divina: el hombre antes que Dios. Aquella multitud de columnas raquíticas y deformes hace asemejar su interior mas bien á un bosque de piedra que á las naves simbólicas de una basílica. El entusiasmo de la conquista hizo sin duda que S. Fernando en Córdoba, como el abad de Sahagun en Toledo, erigiese el altar de Cristo sobre el libro de Mahoma, como clavaron los soldados de Alarico el símbolo de la fé cristiana sobre las bóvedas del Capitolio.

Despedímonos de la obra de Hisem I, y proseguimos nuestro interrumpido viaje. Encerrado de nuevo en el estrecho recinto de la diligencia, el mal estado de nuestros caminos quería ceñir continuamente á tan corto espacio los límites de mi imaginación por medio de multiplicados tropiezos. ¡Inútiles tentativas! Mi pensamiento cruzaba los siglos, como el vapor las distancias: abandonaba una edad de corrupción por otra no menos corrompida..... no había entre ambas mas diferencia que el ropaje histórico. Recordaba los reyes de Castilla, Leon y Navarra, los emires de Córdoba, Valencia y Sevilla, en lucha todos, todos destrozándose como los soldados de Cadmo para fundar el vencedor un nuevo reinado, una nueva Tebas, germen de futuras guerras. Pisando estaba el terreno de las victorias de los unos, de las derrotas de los otros, de los crímenes de todos. ¡Desdichada España!

¿Cuál ha sido el fruto de tantas discordias? La sangre de las conquistas ¿qué ha producido en tu fértil suelo? ¡Bibliotecas que hemos reducido á cenizas, alcázares que abandonamos á la intemperie, ruinas aun palpitantes, rencores todavía no apagados!

Después de Córdoba todo es pálido hasta llegar á Sevilla, si hay algo pálido en este país clásico de la hermosura.

Eoija, que atravesamos de noche, ocultaba sus deformidades y sus bellezas entre los pliegues de una oscuridad tenebrosa.

Carmona, la oriental Carmona, brillaba sobre una colina á los rayos del sol naciente como un cisne sacudiendo sus plumas del rócio de la noche. Su lema era una verdad.

Alcalá de los Panaderos nos ofreció el placer de un descanso y la satisfacción de ver pronto satisfechos nuestros deseos.

Al descender de este punto no se tarda mucho tiempo en divisar á Sevilla, la reina del Betis, que como dice Alejandro Dumas parece en medio de la España un ramillete sobre el seno de una hermosa. ¡A tanto alcanza el poder de la belleza sobre el corazón de nuestros detractores! ¿Hay algo mas seductor que esa ciudad enseñoreándose á la orilla izquierda del Guadalquivir,

con sus blancas casas como copos de nevada espuma, sus bosques de naranjos que esparcen en la atmósfera oleadas de embriagador azahar, sus torres dibujadas en un cielo claro y sereno y un sol radiante que baña este conjunto de delicias que á su pesar abandonaron los hijos del Yemen? Pronto llegamos á tocar sus murallas, y la ciudad de Hércules, la moderna Cnido nos abrió sus puertas.

Al descansar por última vez de mi viaje, un letargo doloroso sobrecogía todos mis miembros, y el ruido del carruaje turbaba todavía mis oídos con tal tenacidad cual si fuera ya inseparable de mi organismo. El encanto de mis impresiones de viaje desapareciera con los objetos que le inspiraran, y rodeado de una turba de curiosos para ver al que llega solo me acordaba del buen estado de nuestros caminos, del cortés lenguaje de nuestros mayores, de la comodidad de nuestras diligencias, de la limpieza de nuestras posadas, de la inviolabilidad de nuestros equipajes....

R. RUA FIGUEROA.



ADELAIDA RISTORI.

Pocas serán sin duda las personas á cuyos oídos no haya llegado el renombre de *Adelaida Ristori*, la eminente actriz italiana que ha sabido conquistar repentinamente en Francia una de las coronas artísticas mas gloriosas que pueden ser blanco de la ambición de una mujer. Paris ha visto con asombro y con en-

tusiasmo en el flexible y maravilloso talento de la señora Ristori esa feliz alianza del arte con la naturaleza, que es la condición mas rara y mas alta á que puede aspirarse en la escena. Calor de alma, noble y elegante ademan, dignidad escénica, continente trágico, voz de seductora armonía y de inflexiones infinitas.

tas capaz de reproducir todos los acentos del alma, inteligencia profunda y delicada; nada falta á esta mujer extraordinaria de cuanto alcanza en la esfera del arte á cautivar, á alucinar, á conmover.

La *Francesca di Rimini*, de Silvio Pellico, la *Maria Stuardo*, de Schiller traducida al italiano, y la *Mirra*, de Alfieri, han sido las producciones dramáticas que mas han hecho resaltar en la *Salle Ventadour* de Paris las incomparables prendas de la Ristori. Pero en la tragedia del gran poeta piamontés es donde halla mas vasto campo para desplegar los tesoros de su admirable instinto teatral. La Ristori ha sido, en estos tiempos, para Alfieri lo que la Rachel para Racine y Corneille: un espíritu evocador, una rehabilitación literaria, una vivificación completa.

El papel de Mirra es uno de los caracteres mas delicados y escabrosos que pueden confiarse á una actriz. Todos conocen la transformación elevada que ha experimentado bajo la pluma de Alfieri la grosera y repugnante tradición mitológica de los amores del rey Cíniro, que sirve de fundamento al asunto de esta tragedia. Todo el genio, todo el decoro ático de Alfieri han sido apenas suficientes para mitigar el profundo horror moral que inspira el frenesí de amor incestuoso con que la fatalidad alige el corazón de Mirra. Y aun así, son indispensables todo el arrebatado impetuoso, todo el hechizo de melodiosa entonación, todo el tacto escénico de la Ristori para hacer aceptable y casi simpática la infernal pasión que avasalla su alma. ¿Quién podría pronunciar como ella aquellas palabras en la apariencia tan sencillas y naturales

La mia madre FELICE,

que llenan de espanto á Cíniro porque son para él una revelación entera?

La Ristori posee la facultad, triunfo supremo en las artes, de dar á las creaciones ideales todas las apariencias de la realidad sin apartarlas no obstante del mundo del pensamiento y de la poesía. Abriga uno de esos corazones privilegiados, que recorren á su antojo todo el diapason de los sentimientos humanos. Pasión, ventura, odio, desesperación, inocencia, ira, melancolía, astucia, resignación, venganza.... todo lo comprende, todo lo siente, todo lo expresa: en todo pone algo del destello eterno que Dios depositó en su alma. Con su voz, con su elocuente y sublime silencio, con sus magníficas actitudes, que solo tienen igual en el Vaticano y en el palacio Pitti, la Ristori hace olvidar al poeta por la actriz. Perteneció al corto número de artistas que para comprender el fondo de las pasiones que reproducen en la escena, miran al fondo de su propio corazón con miradas que todo lo abarcan, que todo lo convierten en lágrimas ó en fuego.

La Ristori, rival casi triunfante, en Paris mismo, de la eminente actriz francesa Mademoiselle Rachel, no podía dejar de granjearse la admiración y los aplausos de los poetas. Como muestra de los homenajes literarios que se han tributado á tan insigne artista, copiaremos á continuación los delicados y elegantes versos que, en lengua italiana, escribió en el album de la señora Ristori nuestro esclarecido compatriota el Sr. Martínez de la Rosa:

Della figlia di Cyniro infelice

L'orrendo á un tempo ed innocente amore (1)

Rappresentar ti vidi, ed io sentiva

L'immenso tuo dolore,

E dell'offesa diva

La tremenda vendetta ed il furore.

Non é l'arte; natura

Ti fu, donna gentil, sola maestra;

Ella i teneri affetti, il dolce pianto,

Della voce l'incanto

Generosa ti diede; é quando vide

Nell'tuo capo la trágica corona,

Tra plausi ella gridó: «paga son io;

La Ristori e mia figlia, il triumpho é mio.»

FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

Paris 19 de Setiembre de 1855.

(1) Versos de Alfieri.

También juzgamos oportuno insertar la siguiente traducción para dar á nuestros lectores alguna idea de las bellísimas estrofas que, al salir de una representación de la Ristori, escribió el célebre poeta Mr. de Lamartine:

De Alfieri en nuestro espíritu derramas

la amarga hiel, las iras y el dolor,

y á las páginas mudas de sus dramas

das entusiasmo y luz, vida y color.

Das tu sangre á sus sombras altaneras:

tú logras ser su intérprete, su igual;

y al vivir con tu vida sus quimeras,

el genio os liga en vínculo inmortal.

El drama agitador encierra en vano

cuantos ecos da el alma á la pasión:

de él no brota el dolor sin que tu mano

las cuerdas venga á herir del corazón.

A Francia el Arno trágico te envía

de Alfieri el triunfo á compartir con él:

á él le hizo Dios poeta, á tí poesía:

la gloria os debe idéntico laurel.

Tus acentos de dicha ó de quebranto

sin júbilo ó dolor nadie escuchó:

lloramos, sí; pero antes ese llanto

de tu abrasado corazón salió.

ALPHONSE DE LAMARTINE.

Ocioso nos parece advertir que esta traducción no merece tal nombre. Nos hemos limitado á imitar los principales pensamientos del original. Creemos, como hemos creído siempre, que la poesía se imita; pero no se traduce. Traducir versos de Lamartine, que emplea tan hábilmente su propio idioma para dar encanto á sus divagaciones poéticas, no es solamente ingrato: es imposible.

LEOPOLDO AGUSTO DE CUETO.

A VISTA DE PAJARO.

HISTORIA DE UNOS AMORES.

A AGUSTIN BONNAT.

(Conclusion.)

XII.

Pasaron quince dias, durante los cuales Félix no dejó de recibir epístolas semejantes, cada vez mas tiernas, cada vez mas apasionadas; quince dias de delirio, que invirtió en vestirlas y en mirar desde su observatorio á Luisa, que siempre acompañada de la implacable tia, no dejaba, sin embargo, de dirigirle miradas furtivas, y de sonreírse á hurtadillas cuando sus ojos se encontraban.

Una cosa podía aun desear Félix en el mundo: hablarla un instante, besarla una mano y morir de felicidad.

XIII.

«CASAMIENTO. Mañana debe verificarse el de la hermosa señorita de Campo-Bello con el hijo del rico banquero don N. de N.»

Debo advertirte que esto fué lo que Félix leyó en un periódico al décimosexto dia de haber recibido la carta que acabo de copiar, y dejó á tu discernimiento el pensar lo que pasó por la mente del pobre jóven.

Si alguna vez se muere de un pesar, Félix debió morir al leer estas líneas, escritas, sin embargo, con la frialdad mas glacial por un su amigo, cuarto poder del estado (léase gacettillero).

XIV.

Y á despropósito de lo que vamos hablando, una comedia que gusta mucho en España produce generalmente mil duros á su

autor, y una comedia que gusta suele llevar cincuenta aplausos poco más ó menos. Como hasta ahora todas las que he escrito han gustado, y me lisonjeo de que suceda lo mismo con la que estoy escribiendo, y en este momento se me ocurre una cosa para ella que creo ha de ser aplaudida, no pienso que es cosa de perder quinientos reales por seguir al bueno de Félix. Aquí lo dejo pues por ahora.

Diránte que los aplausos son humo; di á quien te lo diga que los aplausos, como todo en la actualidad, son dinero; que es lo que significa la palabra *gloria* literalmente traducida.

Y ¿sabes tú, público indiferente, que asistes al estreno de una comedia, lo qué estriba en que guste ó que disguste? No; por empedernido que tengas el corazón, por de mala índole que seas, no regatearías tanto tus palmadas si lo supieras, no te ensañarías tanto con las obras que tienen la desgracia de no hacerte gracia, de haberte hecho malgastar tus diez y nueve reales en una butaca, para no divertirse luego del modo que creías. ¡Oh! Y ¿cómo te diviertes en silbar, sin comprender que aquellos silbidos no solo matan al autor, sino que quitan el pan á muchas bocas!

Me apresuro á decirte que hasta ahora, feliz ó desgraciadamente, nunca he sido silbado.

¿Sabes lo que significa ese rato de honesto solaz á que de vez en cuando te entregas? No, no lo sabes; yo voy á decirte lo.

Una obra que gusta no significa solo que su autor adquiera posición social, que al día siguiente le señalen con el dedo por la calle como á un objeto curioso, que tenga pan que llevar á la boca. Significa que de eso vive su familia; que la empresa del teatro linche sus arcas, y que de estas arcas sale el sustento de los cómicos, de los pintores, de los músicos, de los tramoyistas, de los sastres, de los comparsas, etc., etc.; de cien y cien individuos mas, que tienen madres y hermanos é hijos. Y luego esa obra se imprime y dá de comer á los fundidores, á los cajistas, á los prensistas, al regente, á los correctores, y va á los teatros de provincias, y reparte el maná á otro sin número de familias que no tienen mas Dios ni mas Santa María que ella; y luego pasa los mares, y también derrama por América su benéfico rocío, y acaso es traducida, y en el extranjero, como en la patria de su autor, por donde quiera va esparciendo la vida. Sin contar con que de ella sacan su sustento los porteros, los acomodadores, los contadores, toda esa inmensa multitud que nunca te has preguntado de qué vive. Y los traperos que recogen los pedazos de tu traje para hacer papel, y los que fabrican este, y las telas para las decoraciones y los vestidos de los cómicos, y los alumbradores, y los armeros, y.... Si sigo la lista, resultará que la mitad de los hombres viven de divertir á la otra mitad.

Y pensabas tú que al silbar solo castigabas el arrojo del necio que osó hacerte perder tres horas, que valen por lo menos tres napoleones, y un napoleon en efectivo. No; cuando tú contraes la boca para silbar se cierran muchas bocas, porque pierden la esperanza de encontrar pan, muchos padres lloran por el mañana de sus hijos, muchos.... Te repito que á mí nunca me han silbado, sin embargo de que he puesto muchas obras en escena.

Y á propósito, si quieres comprar alguna, son muy bonitas y te divertirás un rato. En Madrid se venden en la librería de Cuesta; en las provincias en casa de los representantes de los señores Guyon y Regoyos, mis administradores.

Seguramente que tú no te figurabas ni remotamente en cuánta cantidad de pan se podría valuar una comedia.

Y sin embargo, las obras no se silban siempre porque sean malas. Mi sublime maestro, el hijo inmortal de la virgen América, el genio del teatro mas grande que cuantos fueron, son y serán, el imponderable ALARCON, vió caer á silbos todas sus coloradas creaciones porque era jorobado.

Y siglos han pasado sobre él, y casi nadie conservaba de él un recuerdo, porque los silbidos, justos ó injustos, son el sambenito de los poetas, hasta que un día yo, pobre jóven oscuro y casi desconocido, convoqué á un público, hice correr un telon y se

lo presenté como pude, y Dios me ayudó en aquella obra de regeneración y justicia.

Si otra cosa no hago en mi vida, bastante habré hecho. El drama puede ser malo; pero de la intención con que lo escribí estoy orgulloso. Si los muertos saben lo que en este mundo pasa, el alma de Alarcon, que está en el cielo de los mártires, me perdonará el haber puesto en boca del gran hombre á quien perteneció mis desaliñados versos, y será amiga de la mía, porque sabe que gloria para él, y no para mí, era lo que yo buscaba.

Hablo con los muertos por si los vivos no me creen ó no se toman el trabajo de leerme.

Dios me ayudó entonces poniendo de mi lado á la fortuna, y despues me lo ha pagado.

No hablemos mas de silbidos, que yo ando por el camino en que suele tropezarse con ellos.

XV.

Los artistas, los hijos malditos de Dios, no tienen asiento señalado en el banquete de la humanidad, como diría el poeta Eugenio Pelletan; en cambio pillan por asalto el que pueden, y así van viviendo. No pertenecen por lo tanto á ninguna de las clases de la sociedad, y así los veis en las boardillas del pueblo como en las salas de la clase media, como en los salones de la aristocracia. Tribu nómada, que en ninguna parte se halla bien, en todas las atmósferas respira lo mismo.

No extrañaréis pues que os presente á Félix, sacándole de su boardilla, en uno de los mas aristocráticos salones de Madrid, aunque debo deciros que aquel frac que lleva se lo ha prestado un amigo suyo, á quien él en semejantes casos suele prestar sus pantalones negros.

Mucho ha variado desde que no le vemos; parece un muerto escapado de su tumba.

Es que ha sabido que lo que leyó en el periódico era verdad, y hace de esto una semana, y no se ha muerto todavía.

Con ese valor salvaje de que todo hombre es capaz en sus instantes supremos, se habia hecho presentar en casa del duque de Campo-Bello el día en que este celebraba con un magnífico baile las bodas de su hija. Le quedaba una esperanza, y por su esperanza venia; se lisonjeaba con la idea de que Luisa, que le habia escrito aquella misma mañana como si tal cosa sucediera, que habia bajado al jardín como todos los días, no se casaba por su gusto, y esto estaba seguro de leerlo en sus ojos, y entonces aun podía vivir recordando su pasada dicha ó morir pensando en que á sus lágrimas respondían las lágrimas de la mujer amada. ¡Pobre Félix!

Aun no habia aparecido Luisa en los salones; estaba un poco indispuesta, y esto venia á afirmar en su esperanza á nuestro pobre muchacho.

De repente Luisa apareció al lado de su respetabilísima tia, mas bella que nunca, mas risueña, mas encantadora.

Un vértigo se apoderó de la cabeza de Félix, y sin reparar lo que hacia corrió á su encuentro, abriéndose paso por medio de la asombrada muchedumbre, que lo miraba estupefacta.

— ¡Imprudente! ¿No le he dicho á V. en mi carta del sábado que toda reserva es poca, ó en tan poco tiene V. mi amor?— Murmuró en su oído una voz femenil cuando cerca de ellas llegó.

¡Era la tia!

Los amigos de Félix no han vuelto á saber de él. Antes de desaparecer del mundo destruyó una obra maestra que habia hecho; no sé si un libro, ó una estatua, ó un cuadro.

¡Pobre Félix!

P. D. Han pasado bastantes días desde que escribí estas líneas. Félix no ha muerto.—

LUIS DE EGUILAZ.

UN CAPRICHIO DE CLEOPATRA.

A ENRIQUE CASSOU.

I.

La reina de Egipto se aburre en medio de su lujo y de su magnificencia.

En sus innumerables ratos de ocio ha agotado toda clase de placeres, ha hecho pasar su corazón por todas las sensaciones que su caprichosa cabeza ha podido discurrir.

Las danzas de sus esclavos la fastidian.

Los gestos voluptuosos y las excitantes posturas de sus sirvientas, no arrancan un gesto á aquella marmórea figura.

Los ecos armoniosos de sus músicos no pueden hacer palpitár aquel corazón frío como el de las esfinges de granito de su palacio.

No hay una sonrisa para nadie.

Ni una palabra para ninguna de sus esclavas favoritas.

Lesia, Anandria y Zeisa no pueden turbar la desapacible tranquilidad de su régio semblante.

Ninguno de los tesoros enviados para encantar sus ocios atrae sus miradas.

Su corazón está tranquilo, inmutable, fijo como el azul implacable del cielo de su corte.

Como el mar en días de calma.

Como las olas cenagosas y tardías del Nilo.

Anandria agita en torno de su señora las sonrosadas plumas de un abanico de Ibis.

Privilegio real y que nadie puede compartir con la soberana, porque el ave es sagrada.

La pobre esclava envía oleadas de aire mas fresco á las mudas facciones de la Reina, por ver si el calor sofocante de aquel clima influye en el mal humor de su señora.

Pero esta no ha aspirado una sola de aquellas olas.

Se ha cansado.

A una señal suya la fiel sirvienta se ha ido á colocar en su sitio dejando el régio abanico sobre los grifos de oro del trono.

Lesia ha desplegado ante los cansados ojos de Cleopatra todas las riquezas del tocador.

Todos los perfumes del mundo conocido.

Todos los reflejos múltiples y cambiantes de infinitas piedras preciosas, que han iluminado la estancia con mil rayos variados, con mil fulgores deslumbrantes.

La soberana los ha hecho retirar.

Su blanca túnica no admite pedrería.

El oro de su manto de púrpura es su mejor distintivo, no necesita mas adornos; ¿para qué mas riqueza?

¿Qué lujo equivale á la obediencia de sus esclavos, que tiemblan y vacilan ante su mirada, y que obedecen mudos á la mas pequeña indicación suya?

Tended la vista por sus monstruosos palacios, contemplad las innumerables columnas de sus pórticos, de sus salones; admirad la multitud de esfinges de granito y de basalto que tienen por ojos las piedras mas esplendentes de la comarca; los grifos de plata maciza con alas de oro, los caprichosos monstruos que dominan las columnas, ¿qué mas señal de grandeza puede deseár una reina?

¿Qué le falta para ver satisfecho su orgullo de mujer?

Y sin embargo, su corazón está frío.

Acostumbrada á ello, vive aburrída en medio de su palacio, sin notar su grandeza, como los pobres remeros del Nilo en sus nauseabundas chozas.

¡Ay del despertar!

¡Ay del momento en que la reina salga de su letargo y culpe á los suyos que no han sabido entretenerla y calmar su fastidio!

Por eso Zeisa ha presentado en magníficos vasos, en soberbias copas de oro incrustadas de piedras y cinceladas por los grandes joyeros de la Grecia, una colección variada de venenos.

Los ha mirado y un pliegue se ha marcado en su frente tersa y pura como el alabastro.

Lágrimas han brotado de los ojos de los esclavos y esclavas, ¿quién será el destinado á demostrar los crueles efectos de aquellos mortíferos licores á los ojos aburridos de la reina de Egipto?

Sus blancas y afiladas manos, con las que ninguna puede competir, han cogido una caja misteriosa hecha de dos conchas de tortuga de Lesbos, unida por una línea de oro en que el artista habia incrustado con plata toda la genealogía de los dioses del Egipto.

Una esmeralda formaba el cierre.

Zeisa ha temblado.

Lesia y Anandria se han mirado furtivamente.

Los esclavos han bajado la vista al mármol del pavimento para no tropezar con los ojos altivos de su soberana y señora.

Aquella caja contiene unos polvos venenosos.

Icaleon, el mas bello de sus súbditos, murió de ellos.

La reina probó en él su ponderado efecto.

A una señal suya las copas y vasijas desaparecieron.

—Abrid, dijo señalando las ventanas de su palacio.

—Ya es tarde, el sol va á hundir su inflamada cabellera en los mares, pronto vendrá.

Así dijo la reina y su palabra resonó clara y única por las galerías de su palacio.

Entonces dirigiéndose á las tres esclavas que rodeaban su trono las miró diciéndolas:

—¡Quiero flores!

—¡Traedme flores!

La sala quedó desierta, solo Zeisa y Anandria permanecieron á su lado.

La reina habia hablado.

Quizás se contentaria con envenenar flores para verlas morir marchitas é incoloras.

¡Ay! Quizás haría aspirar su perfume á las que la rodeaban.

Las esclavas se estremecieron como las hojas volubles del álamo blanco cuando las agita un viento fuerte.

La reina descendió del trono y fué á colocar la caja emponzoñada encima de una magnífica mesa de pórfiro.

Los esclavos obedientes no se hicieron esperar mucho.

Grandes brazadas de flores fueron colocadas en el sitio que se dignó mandar Cleopatra.

Innumerables eran.

Rosas perfumadas, sindrimales magníficos, pálidos nenúfares, esplendentes lotos, y cuantas podían reunir los jardines de la antigüedad se ostentaron frescas y lozanas, puras y perfumadas á los ojos de aquella mujer.

—¡Esclavas! dijo la reina, y veinte mujeres vinieron á ejecutar sus órdenes.

—Todas esas flores me son inútiles, hacedme una corona de rosas de Alejandría con la que pueda adornar mi frente.

Las mujeres obedientes se pusieron con tesón á la obra.

A los diez minutos estaba concluida.

II.

Cleopatra era hermosísima.

Las infinitas descripciones que de su blancura y correctas facciones, de su afilada y tenue nariz nos han dejado los antiguos, nos la representan como un portento.

La fábula ha embellecido con sus ricas ficciones la corte de la cruel reina de Egipto.

Nadie podía competir con ella en hermosura.

Si alguna mujer se atrevía á ser hermosa y á parecerlo ante la reina, su voluntad de hierro borraba de la vida su nombre.

Una víctima mas era sacrificada á su orgullo.

Y sin embargo las mujeres que la rodeaban eran hermosas.

(Concluirá.)

AGUSTIN BONNAT.

FALDEROS Y TAGARNINAS.

Romance.

Digno es de eterna memoria
el que inventó en nuestros días
los cándidos falderillos
y las duras tagarninas.

¡Las tagarninas! ¡los perros!
consuelo de las desdichas,
para los hombres las unas,
los otros para las niñas.

Que si Dios al sexo feo
le dió la melancolía
también le dió en el cigarro
el humo que la disipa;

Y si tal vez á la hermosa
del amor las glorias quita,
del falderillo le deja
las inocentes caricias.

¿Dónde hay gusto como el gusto
de chupar puros ó pipas?
quien no fuma no conoce
si hay en la tierra delicias.

¡Feliz quien hace besarse
lo interior de las mejillas,
y sorbe, como los niños
el nectar de la nodriza.

Y saca y mete el cigarro
entre los labios, y admira
el rojo fuego que alienta
entre cándida ceniza;

Y por boca y por narices
humo á torrentes vomita,
cual rauda locomotora
que va á emprender la partida.

Y descollando entre el humo
que el ambiente aromatiza
parece un dios del olimpo
cercado de nubecillas.

Ya á bocanadas derrama
torrentes de claras linfas,
que á trechos bordan la alfombra
de líquida argentería;

Ya inobservada se escapa
alguna luciente chispa,
dejando eternos recuerdos
en el frac ó en la levita.

Ya en torno los circunstantes
parece que se constipan;
el grato aroma ensalzando
con sus toses repetidas.

Y si el hombre en el tabaco
el gozo encuentra y la dicha,
por el perrillo la hermosa
novios y penas olvida.

Miradle puesto en su falda
lamer con lengua atrevida
ya la nieve de sus manos
ya el carmin de sus mejillas.

Si hoy Melendez escribiera
no la insulsa PALOMITA
sino EL FALDERO DE FILIS
cantára en tiernas letrillas.

¿Qué cosa tiene en el mundo
mas gracia, mas poesia
que el ver un perro jugando
con una niña bonita?

¡Cuál en sus lanas rizadas
el labio purpúreo fija!

¡Cuál en sus brazos le estrecha

y á su seno le reclina!

Vedla en calles y paseos
despreciando las conquistas,
porque el alegre cautivo
en pos de sus huellas siga.

¡Qué gritos, qué maldiciones
si algun bárbaro le pisa!
¡cuántas lágrimas si un coche
se le convierte en tortilla!

En fin: al can la doncella
sus ilusiones confía,
y la que de treinta pasa
sus esperanzas perdidas.

Y su ventura y sus glorias
en el fiel lanudo cifra,
mientras conserva al cigarro
invenible antipatía.

Y el hombre humea y adora
al perrito ó la perrita,
y con el pié cuando puede
fuertes ósculos le endilga. —

Ahora bien, lectores míos,
tal odio y tales caricias
¿denotarán por ventura
amor, ó celos ó envidia?

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

Soneto.

«Ese tronco que mayo adorna y viste
donde grabas tu nombre idolatrado,
Laura, veráslo pronto deshojado
que á la furia del tiempo no resiste.

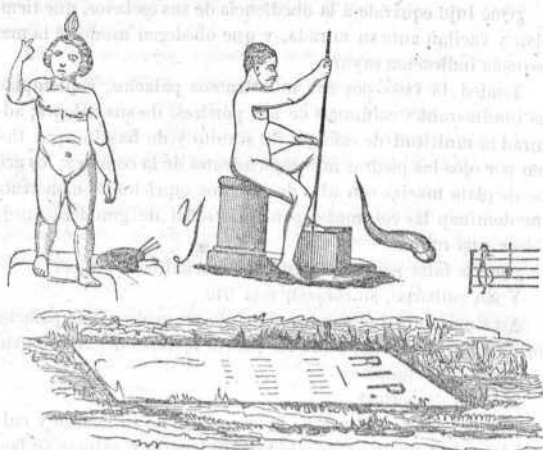
Vendrá diciembre con sus lluvias triste
y cubrirá de escarcha el tronco helado,
ó el huracán á desgajarle airado
arrebatando el nombre que esculpiste.

Templo mas digno que tu nombre lleve;
do no lo borre el viento enfurecido
ni el invierno lo cubra con su nieve,
un corazon será que te ame ciego: —

Dijo así, y en mi pecho estremecido
grabólo amor con su burl de fuego.

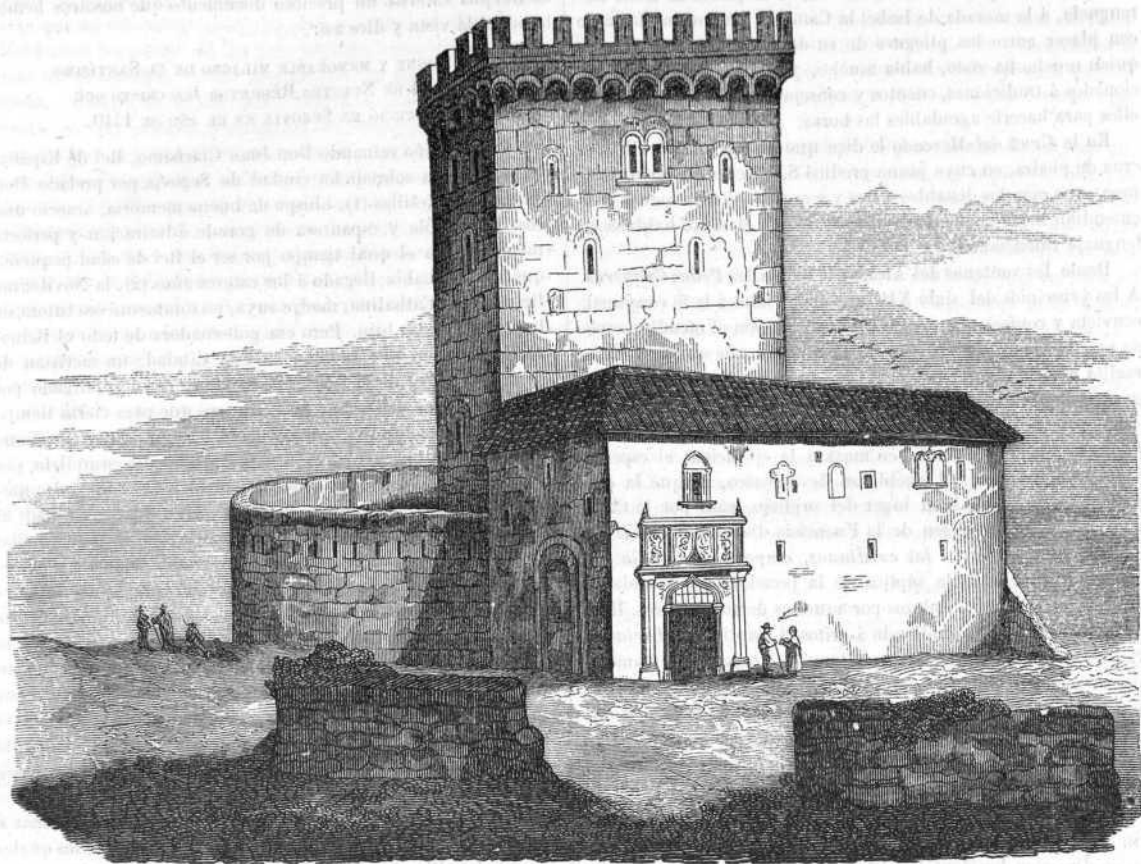
VENTURA DE LA VEGA.

GEROGLÍFICO.



Director y propietario, D. EDUARDO GASSET.

Madrid. — Imprenta de la VIUDA DE PALACIOS.



EL CASTILLO DE FONTECHA.

A un paso de Puentelarrá, á orillas del Ebro, cuyo río queda á la izquierda, en los confines de Vizcaya y Castilla, en territorio eminente; pero muy abrigado, y al principio ó cabecera de una fértil y deliciósima campiña se halla situada la antigua villa alavesa de Fontecha, que pertenece á la Hermandad de Bergüenda y que de día en día va mejorando y engrandeciéndose pues la cruz y atraviesa la nueva carretera de Bilbao á la Rioja, por la que los cien vecinos de que se compone exportan sus frutos con ventajas imponderables.

Esta poblacion existia ya en el siglo XI, como consta del fuero que dió á Miranda de Ebro D. Alonso el VI en 1095, y que amplió en 1137 D. Alonso VIII, en el que se dice que confirmaba Miranda, además de otros pueblos de Alava que se mencionan, con la Barrera de Fontecha.

Fué señor de esta villa Juan Hurtado de Mendoza, prestamero mayor de Vizcaya, y merino mayor de Guipúzcoa, desde 1457.

Su nieto D. Alvaro Hurtado de Mendoza por testamento otorgado en 15 de junio de 1533, fundó varios mayorazgos, uno con solos los bienes que tenia en esta referida villa, que eran muchos y buenos y que hoy posee y disfruta su descendiente el ilustre conde de Orgaz.

Al Excmo. Sr. duque de Frias pertenecen tambien otros bienes en Fontecha, entre ellos una torre fuerte que se divisa desde muy lejos; pero lo que mas llama la atencion del viajero es el solidísimo, elegante y aun magnífico castillo del de Orgaz, precioso y envidiable florón de sus estados, construido frente á aquella, á la sola distancia de dos tiros de bala, á mano derecha de la carretera y pegando á la misma.

La exacta vista de este monumento artístico que ofrecemos á nuestros lectores, suplirá la descripcion que pudieramos hacerles si nuestra insuficiencia y escaso talento no fuesen tan gran-

des, y si las varias veces que le hemos visitado y admirado no hubiese embargado el dolor nuestra alma viendo que el tiempo y la incuria van desmoronándole y haciendole desaparecer lentamente, pero sin descanso.

REMIGIO SALOMON.

LA CALLE DEL MAL CONSEJO.

TRADICION SEGOVIANA.

Segovia, antigua capital de los arevacos, famosa corte de los reyes de Castilla, ciudad célebre en la guerra por sus tercios siempre vencedores, en las artes por su admirable acueducto, y en la industria por sus paños de eterna duracion, es hoy un conjunto de casas y palacios medio arruinados que se estrechan y sostienen unos á otros como los individuos de una familia amenazada de exterminio. El Eresma y el Clamores, que humilde lamen los pies de la roca sobre que se levanta la poblacion, en vuelta en sus ruinas como un hidalgo pobre en la capa de su abuelo, parecen formarse con las lágrimas que aquella vierte al comparar su pasado brillo con su actual decadencia. Los elevados muros que cual la hiedra al olmo ceñian la ciudad con su descarnados brazos, se desmoronan y vienen á tierra diariamente: mientras Segovia fué reina, la sirvieron de diadema; ahora que la soberana ha descendido de su trono, se desprenden piedra á piedra de su cabeza y van á sepultarse entre la yerba de los valles.

Segovia es una noble anciana cargada de años y cubierta de arrugas; el sol de muchos siglos ha dado á su rostro un color

pardo oscuro que infunde respeto y veneración. Cuando el viajero la vé á lo lejos, saluda conmovido á la patria de Doña Berenguela, á la morada de Isabel la Católica. La anciana le acoge con placer entre los pliegues de su desgarrado manto, y como quien mucho ha visto, habla mucho, y como los viejos son aficionados á tradiciones, cuentos y consejas, le refiere multitud de ellos para hacerle agradables las horas.

En la *Cruz del Mercado* le dice que en 1411 habia allí una cruz de piedra, en cuya peana predicó S. Vicente Ferrer un sermón «que oían los distantes á tres y á cuatro y á mas leguas, y le entendían todas las naciones á pesar de que el santo hablaba en lenguaje valenciano (1).»

Desde las ventanas del Alcázar le señala las *Peñas Grageras*. A los principios del siglo XIII una judía faltó á la fé conyugal: convicta y confesa, los de su raza autorizaron al ofendido esposo para castigar á la adúltera de la manera que quisiese. El israelita meditó algun tiempo, buscando el medio de que la venganza fuera tan terrible como grande era el crimen, y por último condenó á su esposa á ser despeñada desde lo alto de las *Peñas Grageras*. El pueblo acudió en masa á la ejecución: el espectáculo prometia; pero el pueblo se llevó chasco, porque la culpable al ser conducida al lugar del suplicio, pasó por la Catedral é invocó á la Virgen de la Fuencisla diciéndole: —*Virgen María, pues amparas las cristianas, ampara una judía*. La Virgen oyó la sencilla súplica de la pecadora arrepentida, y esta, lejos de hacerse pedazos por aquellos derrumbaderos, llegó al fondo sana y salva pidiendo á gritos el bautismo. *María del Salto* se hizo en efecto cristiana y tomó este nombre en memoria del suceso; y todavía se vé en el claustro de la catedral una lápida con esta inscripción: *Aquí está sepultada la devota Marisaltos con quien Dios obró este milagro en la Fuencisla. Hizo su vida en la otra iglesia: acabó como católica cristiana año de 1237. Trasládose año de 1538*.

Delante de la casa que habitó S. Juan de la Cruz se eleva un ciprés casi pelado, cuyas ramas superiores se desvían del tronco en direccion horizontal. El santo plantó aquel árbol y dijo: —*Este ciprés me servirá de corona*. La profecía se ha cumplido; la copa del ciprés termina en una corona.

En la calle Real el viajero se detiene á contemplar un capricho arquitectónico de pésimo gusto. Es la fachada de una casa construida toda de piedras exactamente iguales, labradas en forma de puntas salientes, que la hacen asemejarse á un erizo. Segovia, la buena y complaciente vieja, toma la palabra y dice: —Los marqueses de Quintanar compraron esta casa que habia pertenecido á judíos. Aderezáronla con gran lujo y vinieron á morar en ella. El pueblo, apegado á sus usos y costumbres como la ostra á su concha, continuó dándole el nombre de *casa de los judíos*, sin consideración á la nobleza y gran poderío de los señores que la ocupaban, los cuales perdían los estribos al oír que los segovianos les llamaban indirectamente judíos á boca llena. Consultaron el caso con un jesuita, su confesor, y por su consejo hicieron demoler la antigua fachada y construir la que en el día existe. Nadie volvió á mentar la casa de los judíos; por un sentimiento unánime los segovianos todos pusieron á la vivienda de los marqueses de Quintanar el apodo de *casa de los picos* que conserva.

Próxima á la cuesta de S. Bartolomé hay una calle estrecha y solitaria. Los edificios que la forman son tristes y de mezquino aspecto; algunos de ellos ofrecen á la vista la armazon de madera, que blanquea entre los mohosos ladrillos como los huesos de un esqueleto sobre un fondo oscuro. En una esquina tiene escrita en gruesos caracteres negros su fé de bautismo: CALLE DEL MAL CONSEJO. Quien sabe que en Segovia hay una tradicion para cada piedra, segun acertadamente ha dicho un escritor extranjero, adivina al punto que el extraño nombre de aquella calle debe de correr unido á alguna historia maravillosa y terrible, y entra en deseos de conocerla. La buena vieja satisfará su curiosidad por boca de cualquiera de sus atentos hijos, y en

confirmacion de su relato le hará leer en el convento de monjas de *Corpus Christi* un precioso documento que nosotros hemos tenido á la vista y dice así:

EL INSIGNE Y MEMORABLE MILAGRO DE EL SANTÍSIMO
CUERPO DE NUESTRO REDENTOR JESUCRISTO QUE
ACONTECIÓ EN SEGOVIA EN EL AÑO DE 1410.

«En este año reinando Don Juan Clarísimo, Rei de España: estando en la sobredicha ciudad de Segovia por prelado Don Juan de Tordesillas (1), obispo de buena memoria, acaeció una cosa admirable y espantosa de grande admiracion y perfecta memoria: En el qual tiempo por ser el Rei de edad pequeño, que aun no habia llegado á los catorce años (2), la Novilísima Reina Doña Cathalina, madre suya, no solamente era tutora de la persona de su hijo. Pero era gobernadora de todo el Reino: acaeció que en este tiempo, en esta Ciudad, un sacristan de sa fagun (dice) de la Iglesia de sa fagun estando fatigado por una deuda que debia de ciertos dineros que para cierto tiempo sopena de excomunion era obligado á pagar á otro cristiano viejo, viendo que por su gran pobreza no podia cumplirlo, por temor de la excomunion determinó de pedillos á un judío mé dico que habia por nombre Domair, vecino de esta Ciudad; al qual despues de habelle saludado habló de esta manera: has de saber que yo estoy puesto en muy grande angustia y extrema necesidad, y si en ella me socorres harisme la mayor merced del mundo y mas agradable; por tanto yo te ruego, que ciertos dineros que debo me los prestes, tomando de mí la obligacion que mas firme y valedera segun vieres, y segun tu juicio. Amigo, todo lo que pides y mucho mas te daré si por prenda de ello, me das el cuerpo de Jesuchristo que vosotros decís que es Dios. Entónces el sacristan prometióselo y dióselo en la Custodia muy guardado y recibió el sacristan los dineros y se fue muy alegre.

«Hecho esto, el judío, muy alegre y gozoso mandó llamar á otros judíos amigos y propinquos suyos secretamente, los quales ayuntados dijo: que él tenia la Ostia, que los christianos adoraban por Dios, y les dijo que sobre tal negocio, que determinasen lo que se habia de hacer con deliberacion: pasado el concilio, tomaron con sus sucias manos el excelentísimo cuerpo de nuestro Salvador y Redemptor Jesuchristo, y menospreciándole, le llevaron á la Sinagoga, á donde hicieron gran fuego, y en medio de él pusieron una gran caldera de agua, otros dicen de resina, y estando muy cociendo determinaron y procuraron echar dentro de ella á nuestro Salvador y Redemptor Jesuchristo.

«Mas, mira el misterio grandísimo: en soltando la Ostia de la mano para echarla en la caldera, luego fué volando por el aire y ellos tras ella, pensando de asirla, y luego en un momento comenzó á temblar la Sinagoga, y dió un gran trueno y estallido que todos los postes y arcos se abrieron, y hoy día están así, fué tan grande el ruido, que casi todo el edificio se venia al suelo, entónces viendo los malvados la grandeza del milagro determinaron tomar un paño muy limpio, y envuelven en él la sacratísima Ostia, y lleváronla al monasterio de Santa Cruz órden de los Predicadores que es en la dicha ciudad de Segovia, y allí llamaron al prior, y tomáronle juramento de lo que le querian, que les tuviese secreto, y contaron por órden todo lo que les habia acaecido, y diéronle el cuerpo de nuestro Salvador, y luego el prior con todo el convento le llevaron al altar con gran solemnidad. En este tiempo enfermó un fraile, en vida y costumbres acepto, que por nombre se llamaba Espinar, al qual el prior dió en comunión aquella Ostia sagrada, y al tercer día

(1) Segun Ferrant Perez de Guzman en sus *Generaciones y Semblanzas*, la causa de la ruidosa caída del cardenal de España D. Pedro de Frias, en el reinado de Enrique III, fué haber mandado apaleár á este obispo de Segovia, cuyo verdadero nombre era D. José Vazquez de Cepeda. Fué electo en 1397 y murió á 14 de noviembre de 1437. (*Theatro de las Iglesias de España*, por Gil Gonzalez Dávila.)

(2) D. Juan II nació en la ciudad de Toro en dos seiscientos é mas dias é tres, segun dice un trovador de la época, Micer Francisco Yuperial, ó lo que es lo mismo, en 1405.

«de la comunión acabó la vida gloriosamente, y luego el prior como vió este milagro, remordiéndole la conciencia, pareciéndole que no era razón callar tan gran milagro, ni que los judíos fuesen sin castigo de tan gran maldad, contólo todo al prelado de esta ciudad arriba mencionado, lo qual oyéndolo el obispo, armado de celo de la fe, dixo á la reina que entonces estaba en esta ciudad, y acordaron de comun consejo, hacer muy grande inquisición de este negocio, y echaron en prisión á todos los mas principales de los judíos; entre ellos al sobredicho Don Mair que en esta causa fue el principal; los quales despues de grandísimos tormentos confesaron la verdad del hecho, y Don Mair, entre otras cosas que habia muerto con veneno al rey Don Enrique, padre del rei Don Juan (1), que entonces reinaba con su madre; por los quales delitos este primero y todos los que se habian hallado en este delito fueron sacados arrastrando por la ciudad y con pregon y luego hecho cuartos.

«Acabada la justicia el obispo con toda la clerecía y cofradías en solemne procesion vinieron á esta casa, donde acaeció el milagro y la consagró por iglesia que hoi se llama de Corpus Xpti, desde el qual tiempo el dia de Corpus Xpti cada año se verifica una solemnísimá procesion por toda la ciudad á esta iglesia (2).» El obispo aun no cesaba de hacer inquisición sobre los que habian quedado. Los judíos temerosos de la muerte y castigo que habian de pasar si se descuidaban, trataron de hablar con el maestresala del obispo, al qual dieron gran cantidad de dinero porque echase veneno en el manjar del obispo y lo matase, el qual recibido el dinero prometiéndolo. Así un dia, siendo ya hora de comer, el maestresala entró en la cocina y con palabras engañosas hizo al cocinero que saliese de la cocina, y viéndose solo, tomó el veneno y mezclólo en la salsa que se aparejaba para el obispo, y luego salióse de allí y mandó poner la mesa al obispo. El cocinero volviendo á su oficio comenzó á menear la salsa para echarla en unos platillos, y cayósele una gota en la mano, y luego comenzó á hacer tal llaga, que no solamente la mano, mas todo el cuerpo se le emponzoñaba. Como vió esto, comenzó á dar grandes voces diciendo: ninguno coma hoi de lo que está aparejado en la cocina. El obispo oyendo estas voces haciendo presurosa inquisición de este negocio, ántes que hubiese otro confesó, y así halló la verdad y luego el maestresala fue preso y atormentado de recios tormentos y confesó la verdad de lo que pasaba y fue hecho cuartos y muchos de los judíos que fueron en esta traición, fueron quemados, otros arrastrados y descuartizados, otros que no tenian tanta culpa fueron reciamente azotados, otros desterrados perpetuamente.

Para dar testimonio de lo qual todas estas cosas por orden como estan contadas el egregio doctor de Espina, informado de hombres que se hallaron presentes al negocio, lo escribió en latin en un libro que se llama *Pináculo de feé* que está hoy dia en la librería de S. Francisco de Valladolid.

Y porque esto sea notorio á todos los fieles christianos, el muy reverendo señor Francisco Martinez, conónigo de la iglesia colegial de Nuestra Señora de Santa María de Parraces, mandó sacar este tratado de latin en romance.

Laus Deo.

Benévolo por devoción y con la prisa de despedida y viage el

(1) Nada dicen nuestros historiadores de este supuesto envenenamiento del rey D. Enrique III. Es de suponer por lo tanto que el manuscrito que copiamos se refiere á D. Enrique II, bisabuelo de D. Juan, que unos treinta años ántes (1379), fue envenenado por un moro, á creer á Mariana:

«Acordó (el rey de Granada) valerse de arte y maña. Persuadió á un moro que con muestra de huir de Granada se pasase á Castilla, y procurase dar la muerte al rey. El moro era sagaz como la pretension lo pedía: procuró ganar la gracia del rey ya con servicios á propósito, ya con ricas joyas y preseas que le presentaba. Entre los demas presentes le dió unos borcegués á la morisca muy vistosos y primos; pero inficionados de veneno mortal.»

(2) Todavía se celebra esta funcion religiosa en desagradio de las ofensas hechas al Santísimo Sacramento. Llámase de la *Catorceña*, porque ántes contaba Segovia catorce parroquias y cada año salia la procesion de una de ellas por riguroso turno, como sucede en el dia.

P. P. Francisco Xavier de Oñate de el orden Premostatense. Año de mil ochocientos siete.

El lector habrá adivinado ya que la calle donde el sacristan de San Facundo y Don Mair tuvieron la plática y acordaron lo que con tanta minuciosidad se refiere en el documento que dejamos trascrito, no era otra que la conocida desde entonces por CALLE DEL MAL CONSEJO.

En la iglesia del convento de *Corpus Christi* se ven aun anchas y profundas grietas (1) en muros, arcos y pilares, tan considerable alguna de ellas, que permite el paso á la luz de las habitaciones interiores. Al lado de uno de los altares, que cubre sin duda una antigua entrada del templo, hay dos figuras bárbaramente dibujadas en la pared: la una tiene una custodia en la mano y está en ademán de cambiarla por una bolsa que le alarga la otra. Encima de las cabezas se lee la siguiente inscripción: *Esta es la puerta por donde salió el Santísimo Sacramento, y este es el sacristan que dió por prenda el Santísimo Sacramento á D. Mair, médico de esta ciudad: renovóse año de 1624.*

Hemos buscado en vano la relacion de este suceso en la *Crónica de Don Juan II* que escribió Alvar García de Santa María. El autor del *Pináculo de feé* cita por testigo á Fr. Juan de Canalejas, dominicano, que estuvo presente cuando los judíos entregaron la hostia.

CÁRLOS DE PRAVIA.

Las mujeres y los niños.

Ciertamente conmueve y consuela el alma la tierna simpatía que une á los niños y las mujeres, ya sean estas madres, ya desconozcan los dolores y los gozes de la maternidad.

Un pobre niño desamparado acude en vano al corazón del hombre, pero jamás al de la mujer. Cuando cubierto de harapos, tiritando de frio y estenuado de hambre implora la caridad pública en una calle ó á la orilla de un camino, contemos los hombres y las mujeres que se acercan á socorrerle y veremos que el número de los primeros es mucho menor que el de las segundas. ¡Qué palabras tan dulces se deslizan entonces del labio de la mujer!

—¿No tienes madre?

—¡Pobre hijo del alma!

—¡Angelito de Dios!

—¡Ay de las madres que tienen hijos para verlos así!

Tales son las palabras que el labio femenino hace resonar en torno del niño desamparado.

Volvamos la vista á los serenos dias de nuestra niñez, recordemos qué ser enjugaba nuestras lágrimas, acariciaba nuestras mejillas con sus labios, nos arrullaba con sus cantares, velaba nuestro sueño, tomaba parte en nuestros juegos, adivinaba nuestros deseos para satisfacerlos, lloraba en nuestras dolencias y se regocijaba en nuestras alegrías. El nombre de una mujer irá siempre unido á estos recuerdos, sea ó no el de nuestra madre.

¡Dios ha dado al niño una madre en cada mujer!

Vayamos por esas calles, recorramos esas aldeas, entremos en la morada del rico, pasemos luego á la del pobre, y aunque Dios nos haya dado una alma vulgar y un corazón insensible, encontraremos la esencia de la poesía y el sentimiento en la multitud de nombres con que en todas partes expresan las mujeres su ternura á los niños.

—¡Amor mío!

—¡Sol mío!

—¡Embeleso mío!

—¡Gloria de su madre! exclaman besando con delirio la sonrosada mejilla de un ángel.

Y estos nombres no estudiados, sino salidos espontáneamente

(1) Colmenares, que escribió en el siglo XVII su *Historia de Segovia*, dice que en su tiempo se taparon; pero nosotros las hemos visto hace pocos meses.

te del corazón y emanados del mas puro de los sentimientos, ¿no valen tanto como todas las frases amorosas que pueden inventar los poetas?

El sentimiento que los niños inspiran á las mujeres arranca á estos de la esfera vulgar, sublima su espíritu en alas de la poesía. Cuando veamos á la mujer mas vulgar en el colmo de ese sentimiento, preguntémosla, por qué quiere á los niños, y nos contestará con estas u otras palabras semejantes:

— Quiero á los niños porque busco ángeles en la tierra y solo los encuentro en ellos.

Si por otros sentimientos, si por otras virtudes, si por otros encantos no mereciesen las mujeres el amor y el respeto de todas las almas sensibles, y generosas, y buenas, los merecerán por esa santa simpatía que encuentran los niños en su corazón.

¡Benditos y amados sean los que comprenden y experimentan el sentimiento que movió el labio del divino Nazareno cuando dijo:

— Dejad que los niños se acerquen á mí.

ANTONIO DE TRUEBA.

BALADA EN PROSA.

EL HIDALGO DE ARJONILLA.

En la villa de Arjonilla vive un hidalgo mozo y alegre, rico y gastador, amigo de sus gustos y libertad, poco temeroso de Dios y gran burlador de mujeres.

El dinero facilita amigos y aplauso, y la lisonja hace al pródigo mas duro y perverso. ¡Ay de la infeliz en quien clave sus ojos el seductor de Arjonilla!

Camino del olivar vecino, día de San Roque, salen á pasear las recatadas doncellas. Allí va tambien el venturoso hidalgo. Cebando en ellas la mirada, como el milano ladron en las blancas palomas, resuelve hacer presa en la mas hermosa.

Mucho le cuesta rendirla: billetes, dádivas, festejos, todo lo ha despreciado ella; ronda su calle, soborna á sus criadas, hace que su caballo se arrodele á su puerta, cántale de noche endechas de pasión extremada, lidia y mata gallardamente bajo sus balcones los toros mas bravos de la tierra; todo es en vano.

Un año entero la obsequia inútilmente; nunca conoció resistencia tal el hidalgo de Arjonilla; nunca se le conoció igual constancia.

Pero la mujer que desespera al constante corona al voluble: la que es duro mármol al agasajo, suele ser blanda cera al desprecio: la que no es débil es vanidosa.

Un año habia pasado: día de San Roque era: camino del olivar vuelven á encontrarse la bella desdeñosa y el galán despreciado. El galán pasa de largo: no clava ya en ella sus negros ojos apasionados.

— No soy yo la preferida, piensa en su corazón la doncella: se acabaron para mí los festejos, las músicas nocturnas, los públicos triunfos. Y palidece, y por primera vez suspira.

La mujer es misteriosa: campana, que suena cuando nadie la toca. La doncella antes tan recatada, admite ya las dádivas del corruptor. Los públicos obsequios, ya bien recibidos, hacen murmurar á toda la villa.

— Pues se perdió la opinion, piensa entre sí la mal aconsejada, no se pierda todo. Tuya será, dice al hidalgo seductor, si me das palabra de casarte conmigo.

¡Pobre doncella! Mal viento corre, el diablo es el que sopla. El hortelano no espera fruto cuando el huracán arrebató la flor.

Juró el hidalgo, día era de San Juan.... Moros y cristianos lo festejan con zambras y cañas y carreras. Las iglesias de la villa echan sus campanas á vuelo: hierve en las calles el gentío: todos se entregan al público alborozo.

Tambien se alborozó gozando de su conquista el inicuo burlador de casadas y doncellas. Día era de San Juan: el santo oyó su juramento; ¡pero él se propuso no cumplirlo!

El bebedor vicioso muda á menudo de copas: hoy prefiere la

de vidrio esmaltado; mañana la de cincelada plata; otro día la de tersa porcelana; otro la de fresco búcaro. Siempre se le figura que la última le hace mejor el vino, y luego la arroja para tomar otra.

Así era el hidalgo con las mujeres. En vano la burlada doncella le exigió el cumplimiento de su promesa: fuéla entreteniéndola algunos meses con nuevas palabras. Por fin la infeliz desesperada le puso demanda ante el juez de la villa.

Acudió el burlador á la querrela. Muchos vecinos depusieron de oídas á favor de la agraviada; pero su dicho no hacia prueba. — No prometí cosa alguna, contestó impávido el mal caballero. Y la malhadada mujer se mesaba los cabellos.

— Presentad testigos del juramento, le decían á una el juez y el hidalgo perjuro. — No los tengo, respondió ella, y sollozaba cada vez mas amargamente.

— Si, uno tengo que vale por muchos, añadió recobrando su serenidad repentinamente. Testigo mío es San Juan, que escuchó su juramento.

Este dicho hizo sonreír al juez y á los curiales; no se sonrió el depravado hidalgo de Arjonilla. — Juro que no es cierto, exclamó con fingida entereza; ¡y permita Dios, si miento, que me vea arrastrado la primera vez que monte á caballo!

Con este nuevo perjurio y con la incompleta prueba de la pobre burlada, le dieron por libre de la demanda. Pero Dios tomó á su cargo la venganza, y el santo testigo citado por la mujer, la confirmacion de su dicho.

Salió el hidalgo á caballo algunos días: loco estaba de contento: Dios no le tomaba razon de la sentencia que él mismo contra sí habia proferido.

Llegó el día de San Juan: moros y cristianos lo festejan. El desventurado caballero, olvidado de su juramento, hacia sus preparativos para lucir en la fiesta. Solo lo tenían presente su anciana y afligida madre, y una contristada novicia del convento de Santa Rosa.

Manda el hidalgo á un criado que le ensille su caballo. Era el caballo noble y manso: estrenaba aquel día jaeces nuevos y una cómoda silla nueva para montar su dueño á la gineta. La madre del caballero fue á verle vestir llorando.

Présago su corazón, dábale voces sinistras dentro del pecho: su boca se negaba á darles salida por no conturbar á su hijo. — Madre, ¿qué teneis que así llorais? le preguntó el hidalgo de Arjonilla.

— No montes hoy á caballo, hijo mío, ella responde. Si quieres festejar á San Juan, vé á oír misa; otro día irás á la carrera.

— ¡Qué dirían los demás jóvenes de la villa! Vaya, vaya con Dios, la buena madre: déjenos divertir y no sea agorera. Y vuelve el hidalgo la espalda á su madre y sigue vistiéndose para la fiesta, y ella vuelve á su aposento sollozando.

Jubon de terciopelo carmesí acuchillado con puntales de oro, gregüesco y bota flamenca, sombrero de plumas rojas, valona de encaje y talabarte bayo recamado de oro y verde, herruero blanco, son el traje nuevo del hidalgo. ¡Qué bien iba á parecer con él á las mujeres de la villa!

Al llegar al zaguan advierte que le faltan las espuelas. Nuevas tambien y de oro las tenia, que las habia comprado la vispera. — Vé por ellas, dice á un criado, que las he dejado en mi aposento.

Vuelve el criado, y por traerle las espuelas le trae un escapulario que inadvertidamente se habia quitado al mudarse. Sonríe el hidalgo haciendo donaire del disparate y le dice: — Te pido unas espuelas que estan colgadas en la cabecera de mi cama.

Vuelve el criado, y por traerle las espuelas le trae un crucifijo que estaba en el mismo clavo que ellas. Búrlase de él el hidalgo, y dilele por tercera vez: — Las espuelas te pido: vé y trae las espuelas.

Vuelve el criado, y le trae en vez de las espuelas una vela de cera. Enfadado el caballero la arroja con brio contra las piedras del zaguan, y dando una voz á otro criado le pide sus espuelas.

Traidas las espuelas se las calzó, y montó á caballo ufano. Su

desventurada madre y los criados salieron á los balcones á verle. Picó el caballo y partió como el rayo.

Allá va el infeliz hidalgo como arrebatado por una legión de espíritus. Síguenle los suyos con sus miradas afanosas: lejos va, y no camino de San Juan, sino camino del olivar.

Los descompuestos saltos del caballo denotan que no es su amo el que le domina. Otros mas diestros acicates le impulsan en aquella direccion sin poder ser detenido.

Día de San Juan, camino del olivar, va disparado como una saeta el descreído. Los mozos y las doncellas de la villa van por otro camino. Por donde él va nadie le divisa; solo una contristada novicia le mira desde una alta galería del convento de Santa Rosa.

Entrase por el olivar el desbocado caballo, y métese con el desgraciado hidalgo por debajo de una rama, tan baja y tiesa, que el arzon delantero se le entra por los pechos y le sale á las espaldas.

Llevóle el caballo arrastrando de un estribo por el camino del olivar y por toda la villa; hasta que vino á parar por sí mismo á la puerta del tribunal donde el malhadado hidalgo habia proferido su perjurio.

Honrado testigo es San Juan. Al día siguiente doblaban las campanas por la desgraciada muerte del hidalgo de Arjonilla. Llegó el día de San Roque, y doblaron tambien las de Santa Rosa por la profesion de una hermosa convertida.

PEDRO DE MADRAZO.



DON FRANCISCO PIZARRO.

El grabado que va al frente de estas líneas es copia de un retrato del célebre conquistador del Perú, que posee el museo de Lima.

Hemos creído oportuna su publicación en el SEMANARIO por ser una curiosidad histórica y artística de la época mas afortunada de nuestro país.

UN CAPRICHO DE CLEOPATRA.

A ENRIQUE CASSOU.

(Conclusion.)

La reina, pálida casi siempre, tenue de aspecto y de formas delicadas, estaba siempre rodeada de mujeres de varonil figura.

Anandria era rubia y sonrosada.

Zeísa, cetrina.

Lesia, arrogante.

Los perfumados cabellos negros como el azabache que adornaban la régia frente de Cleopatra hacían resaltar el brillo de su cutis terso y transparente á fuerza de óleos perfumados de jugos de ciertas plantas.

Sus uñas estaban como las aletas de su nariz ligeramente sonrosadas por los polvos carmíneos á que tanta afición mostraron las damas antiguas.

Sus labios eran mas rojos que la cereza.

Concluida la corona de rosas, que había de sujetar su cabello peinado á usanza griega, la soberana se la puso.

Estaba bien, habían adivinado sus deseos.

Un gesto imperativo fué el pago de aquel servicio.

Las esclavas salieron llevándose las flores inútiles para alombrar con ellas los baños de la reina.

A una seña suya, dos esclavos bruñidos como el bronce y casi desnudos se acercaron.

— Envenenadme esas flores con esos polvos, y Cleopatra abrió la caja de que hemos hablado.

Solo la aspiracion de aquel veneno dañaba.

Los dos esclavos pálidos y sudando bajo la impresion mortífera de aquella ponzoña, estuvieron separando hoja por hoja, pétalo por pétalo, la diadema que su caprichosa señora iba á ponerse.

El mayor esmero y la mayor habilidad y prontitud presidieron á la escena; á pesar del contacto de sus dedos, ni una sola hoja cayó ni un pétalo fue torpemente arrancado.

Concluida la operacion la reina salió de la sala de su trono.

Fué á esperar al que había dicho que vendría, al circo en que jugaban sus leones y tigres.

Estuvo un rato entretenida en ver la lucha de un magnífico león con dos tigres, y cuando los animales jadeantes y heridos echaban chispas de lumbre por las torvas pupilas de sus sangrientos ojos, mandó que les arrojaran un esclavo.

Iba la órden á cumplirse cuando Zeísa se presentó á hablarla.

— El que ama tu pecho, el incomparable romano que no tiene igual entre los hombres y que se asemeja á los dioses pregunta por tí.

Así dijo Zeísa y la fiesta del circo quedó interrumpida.

Cleopatra fué en busca del que amaba.

Marco Antonio la salió al encuentro.

El héroe romano, el competidor de César y de Pompeyo tendió los brazos á la reina de Egipto.

Un beso voluptuoso, ardiente y enamorado sonó en aquel recinto.

El que se alababa de dominar al pueblo rey, se complacía en decir que era dominado por los caprichos de una mujer.

Abrazados y en dulce conversacion caminaron los dos amantes hasta la pieza del sόlio.

Nunca los muros egipcios del palacio de Cleopatra habían visto un grupo mas hermoso.

Ella, que como ya hemos dicho era la mas hermosa de las egipcias, parecia la Venus de Fidias.

El, que conservaba puro el primitivo tipo romano, el mas hermoso de ellos, cubierto con una túnica de lana suave y blanca rodeada de una greca de púrpura teñida dos veces, calzaba sandalias de púrpura con cordones de oro, una cinta de oro ribeteada de púrpura sujetaba sus rizos cabellos; parecia en lo noble y majestuoso de su porte el Apolo de los griegos, el mas hermoso de los dioses.

Cleopatra miraba voluptuosamente á su amante, pero no con el cariño de enamorada.

Hasta en sus miradas de amor se revelaba el carácter despótico de la mujer á quien todos obedecían.

Un esclavo vino á anunciar que la cena estaba servida.

Otros ocho arrastraron un carro de oro y Cleopatra y Marco Antonio subieron en él para ser trasladados al comedor.

La luna de oriente brillaba ya en el cielo.

III.

El comedor de Cleopatra estaba colocado á la otra extremidad de su palacio.

Abierto por los cuatro costados y sostenido por inmensas columnas en que su arquitectura había aglomerado toda la explosion de sus fantásticas monstruosidades, estaba rodeado de jardines que le embalsamaban con sus aromas.

Alumbrado por infinitas lámparas en las que ardían aceites y esencias de grato perfume, con el suelo tapizado de las flores de olor mas voluptuoso, era imposible entrar en él sin sentir ese desfallecimiento de la voluptuosidad que convida á los placeres.

En el fondo una *clepsida* marcaba con la monótona caída de sus gotas de agua los minutos que huían á confundirse en el pasado.

La mesa estaba espléndida y rica, el oro, la plata, los vinos mas apreciados, los manjares mas costosos la cubrían, las luces y las piedras preciosas con sus rayos de colores la iluminaban.

En el testero un lecho de marfil con colchones de púrpura estaba dispuesto para que se reclinasen los amantes y comiesen.

En uno de los dos lados del otro frente estaba colocada una música de liras é instrumentos de metal, arpas y flautas de cañas desiguales.

Al otro lado bailaban esclavas.

Ninguno de los refinamientos que los países en decadencia pueden inventar, faltaban.

Ni las lenguas de ruiseñor, ni los sesos de faisán, ni las tenecas alimentadas con leche de camella y sangre humana, ni las cabezas de tortuga, ni los pies de jabalí se echaban de menos.

El vino de Falerno espumaba abundante en anchas copas de oro incrustadas de piedras.

Marco Antonio era feliz.

Cleopatra estaba ligeramente sonrosada por los vapores del vino.

El banquete tocaba á su fin.

Ya habían traído los esclavos grandes brazadas de flores para cubrir con ellos los voluptuosos placeres de su ama vertiéndolos sobre su cuerpo y ocultando el lecho, cuando Cleopatra hizo traer la mejor y mas magnífica de sus copas.

Era de oro, se la habían traído de Grecia, el joyero había representado en su contornó el Olimpo natal, con todos sus dioses y diosas y hasta sus héroes que por sus hazañas han merecido un nombre en la historia y un puesto en el Olimpo.

Hizo echar en ella vino de Chipre y se la tendió á Marco Antonio.

Este levantándola en alto fue á beber, cuando la reina le detuvo.

Llevaba puesta la diadema de rosas de Alejandría que habían preparado sus esclavos.

Arrancó de ella algunos pétalos y los echó dentro.

A estos siguieron otros que ella lanzaba al aire, y que Antonio se entretenía en recoger con la misma copa.

El juego duró bastante.

Hasta que la mayor parte de las flores venenosas pasaron á la copa.

Concluyó el juego.

Las esclavas palidecieron.

Marco Antonio levantó la copa y la dirigió hacia su boca.

Tendió los labios para beber.

Cleopatra se inmutó.

— No bebas, no bebas, gritó asiéndole del brazo, esas flores estan envenenadas.

Marco Antonio dejó espantado la copa, encima de la mesa.

Cleopatra la cogió.

— ¿Qué vas á hacer? dijo este queriéndosela arrebatarse de las manos.

— Nada, murmuró impasible la reina, y alargando la copa envenenada á Zeísa que estaba á su derecha.

— Bebe, la dijo.

La esclava dejó asomar dos lágrimas á sus ojos, y sorbió de una vez el licor.

Todos enmudecieron.

Todos palidieron.

La música y la danza cesaron.

Zeísa se revolcaba en el suelo con las horribles torturas y convulsiones de aquel atroz veneno.

— Música, danza, gritó Cleopatra.

Y tendió sus brazos á Marco Antonio que cayó en ellos ebrio de voluptuosidad.

— Rosas, volvió á gritar Cleopatra.

Y los esclavos ocultaron sus impuros abrazos bajo una alfombra de flores.

Zeísa quedó fría, inerte, livida.

AGUSTIN BONNAT.

CAUSAS CELEBRES.

EL CLAVO,

POR PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

PRÓLOGO.

Felipe encendió un cigarro y habló de esta manera.

I.

EL NÚMERO 1.

Lo que mas ardientemente desea todo el que pone el pie en el estribo de una diligencia para emprender un largo viaje, es encontrarse con unos compañeros de amena conversacion, que tengan sus mismos gustos, sus mismos vicios, pocas impertinencias, buena educacion y una franqueza que no raye en familiaridad.

Porque, como ya han dicho Larra, Kock, Soulié y otros escritores de costumbres, no deja de ser original esa improvisada é íntima reunion de dos ó mas personas que nunca se han visto ni quizás vuelvan á verse sobre la tierra, y destinadas, sin embargo, por un capricho de la suerte, á codearse dos ó tres dias, á almorzar, comer y cenar juntas, á dormir una encima de otra, á manifestarse, en fin, recíprocamente con ese abandono y confianza que no penetramos ni aun en nuestros mayores amigos; esto es, con el genio, con las rarezas, con las costumbres de familia, de casa, de interioridad.

Al abrir la portezuela, acuden tumultuosos temores á la imaginacion. Una vieja con asma, un diputado gallego que ronque, un sacerdote venerable que ocupe asiento y medio, un inglés que ignore el español (supongo que ignorais el inglés), tales son los tipos que temeis encontrar. Alguna vez — muy pocas veces — albergais la dulcísima esperanza de hallaros con una hermosa compañera de viaje, una viudita, una deidad de entre quince y treinta.... aunque tuviera treinta y ocho.... con quien compartir las molestias del camino. Pero esta idea no hace mas que sonreiros fugitivamente, y la desechais con amarga sonrisa, puesto que seria demasiada ventura para un simple mortal, y la mayor parte de los mortales simples y compuestos son anti-

podas del *Cándido* de Voltaire. — ¡Ay! ¡Eso de pasar cincuenta ó sesenta horas empaquetados estrechamente con una semejante criatura, no es muy comun en esta miserable vida donde el leñador halla siempre caza, mientras el cazador solo encuentra leña!

Con tan alarmantes recelos ponía yo un pie en el estribo del interior de la diligencia de Granada á Málaga á las once menos cinco minutos de una noche del otoño de 1833, noche oscura y tempestuosa por mas señas.

Al penetrar en el coche con el billete número 2 en el bolsillo, mi primer pensamiento fue saludar á aquel incógnito número 1 que me traía inquieto antes de conocerlo.

Porque es de advertir que los otros asientos de interior no estaban tomados, segun confesion del mayoral en jefe.

— Buenas noches, dije no bien me senté, enfilando la voz al rincón donde suponía á mi compañero de jaula.

Un silencio tan profundo como la oscuridad que reinaba á bordo, se siguió á mis «buenas noches.»

— ¡Zape! pensé: ¿Si será sordo.... ó sorda mi epiceno cofrade?

Y, alzando mas la voz, repetí:

— ¡Buenas noches!

Igual silencio sucedió á mi salutación.

— ¿Si será mudo? murmuré en m's adentros.

Mis dudas y mi embarazo subieron de punto.

¿Con quién iba?

— ¿Será varón? ¿Será hembra? ¿Será vieja? ¿Será jóven?

¿Quién es este número 1 tan silencioso? ¿Se habrá dormido?

¿Estará ebrio?

Iba por aquí en mis reflexiones cuando me ocurrió hacer una escursión con el sentido del tacto, ya que tan infeliz era el sentido acústico de mi colega.

Con mas tiento, pues, que el que emplea un rufian para robarnos un pañuelo en la Puerta del Sol, extendí una mano hácia aquel ángulo del coche.

Mi dorado deseo era tropezar con una bata de seda....

Avancé....

¡Nada!

Avancé mas; extendí todo el brazo....

¡Nada!

Avancé de nuevo, palpé con mas desenfado, en un lado, en otro, en los cuatro rincones, debajo de los asientos, en las correas del techo....

¡Nada.... nada!

En este momento brilló un relámpago; pues ya he dicho que habia tempestad, y á su luz sulfúrea ví que iba completamente solo.

Solté una carcajada, burlándome de mí mismo, y en aquel instante se detuvo la diligencia.

Estábamos en el primer parador.

Ya me disponia á preguntar al mayoral qué habia sido del viajero que faltaba, cuando se abrió la portezuela, y á la luz de una linterna, que llevaba el zagal, ví que se disponia á subir al interior, á mi departamento, una hermosa y elegante jóven envuelta en un elegante capuchon blanco, y vestida toda de negro. Era bellísima. Por lo demas solo tuve tiempo para distinguir que sus ojos y sus cabellos eran tan negros como blanco y descolorido su semblante. Es decir: *¡el non-plus ultra!!!*

¡Y aquella dama era el número 1, mi problemático compañero de viaje, la balagüeña ilusion que apenas habia osado concebir!....

Creo inútil deciros que volví su honor al *Cándido* de Voltaire.

II.

JUICIO CRÍTICO DEL CAPÍTULO ANTERIOR.

— Hé aquí un capítulo primero enteramente inútil, exclamará el que leyere.

En efecto, mi historia pudo empezar en este punto, y las

tres leguas que hemos andado desde Granada hasta el primer parador han sido un despilfarro de tiempo y de papel.

Pero, ó esta reflexion es sofismática, ó la vida humana es un sofisma.

¿Qué sería de todo lo que llamamos *placer* sin los rodeos y los circunloquios de que va precedido?

¿Cuál es vuestro objeto al coger un libro?

Pasar el tiempo, entretener el ocio de la existencia, llenar de algo los momentos de fastidio que median entre el nacimiento y la muerte.

Pues bien: si habeis leído con interés el anterior capítulo; si ha logrado distraeros, ¿qué os importa que no conduzca á nada?

La parte inútil de la ventura constituye por lo regular todo su encanto.

¿Sabe lo mismo el faisan servido en plato de barro toscos, sobre una mesa sin mantel, que en un plato chino ó de plata entre adamascado lino, tallado cristal, olorosas flores y elegantes bugías?

Quitad las hojas á los árboles y parecerán esqueletos.

Quitad su hojarasca á la vida y tropezareis con una calavera.

El amor no es otra cosa que un laberinto que recorremos gustosos antes de llegar á un punto dado.

El placer tiene crepúsculos: amanecer, penosa subida por el cielo y descenso rápido hácia un abismo.

Yo gusto mas de una mujer con vestido alto, envuelta en un manton, que de una bailarina de la ópera.

Si el placer consistiera solamente en un écnit momentáneo, en un crítico mediodía, yo pasaria fastidiado veintitres horas y media diarias; puesto que el sol no puede llegar á nuestro meridiano sino de veinticuatro en veinticuatro horas.

III.

ESCARAMUZAS.

Luego que hube dado la mano á la desconocida, y esta tomó asiento á mi lado, murmurando un —*Gracias*— *Buenas noches* — que me llegó al corazón, me ocurrió una idea, una idea tris-trisima, esta idea desesperadora.

— ¡De aquí á Málaga solo hay diez y ocho leguas! ¿Qué no fuéramos á la península de *Kamczatka*!

Entre tanto se cerró la portezuela y quedamos á oscuras.

Esto significaba *no verla*.

Yo pedía relámpagos al cielo, como el Alfonso Munio de la señora Avellaneda, cuando dice:

¡Horrible tempestad, mándame un rayo!

Pero ¡oh dolor! la tormenta se retiraba ya por el mediodía.

(Continuará).

LA VAQUERA DE LA FINOJOSA. (I)

Monólogo de una comedia inédita, que lleva este título.

En este valle
vi al caballero
de lindo talle,
mirar artero.
¡Qué gallardía!
¡Cuántos primores!
¡Qué ojos tenia
tan habladores!

Vientecico que vagas perdido
por esa montaña
tan fresca y tan verde,
por tu madre la brisa te pido
que busques al ido

y de mi cabaña

hagas que se acuerde.

— Al tornar de esa roca

le hallé que en sed ardía.

Aquí puso su boca; (En la del cantarillo).

¡aquí pondré la mía!

Agüica de Fontabras, (Después de beber).

mas dulce estás que suele.

Es que cual sus palabras

su boca tiene mieles.

¡Como á placer la bebo!

¡Placer!... Ya non es mio.

Desde que ví al mancebo

ni duermo ni sonrío.

Cuando aun el sol abrasa

aquí vengo: con luna

tórnome siempre á casa

plañendo mi fortuna.

Diez soles ha que espero

con alma congojada.

No vuelve el caballero

sediento otra vegada.

¿Por qué tantos dolores

desque marchar le ví?

— Fuéronse otros pastores

y yo no lo sentí.

Ni hilar sé en las veladas

ni guardo mi ganado.

¡Hijo será de fadas

y mal me habrá fadado!

Si viniendo continuo sin calma

por agua corriente

diz que al cabo tendré que quebrarte.

¿Para qué, cantarico del alma,

te traigo á la fuente,

si de lágrimas puedo llenarte?

LUIS DE EGUILAZ.

Soneto.

Céfiros, que vagais de la enramada,

en caprichoso giro indiferente,

al áspera montaña y limpia fuente,

y césped blando, y flor abandonada;

Si quereis ver mi vida reanimada

que yerta hoy clama por su bien ausente,

¡Oh céfiros! volad al inocente,

al casto seno de mi Elvira amada.

Mi delirante juicio mal sofoca

esta pasión que me arrebató ciego;

volad, mi acento débil os invoca;

Y despues que bebais todo aquel fuego,

y despues que robeis el de su boca,

tornad alegres, y abrasadme luego.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

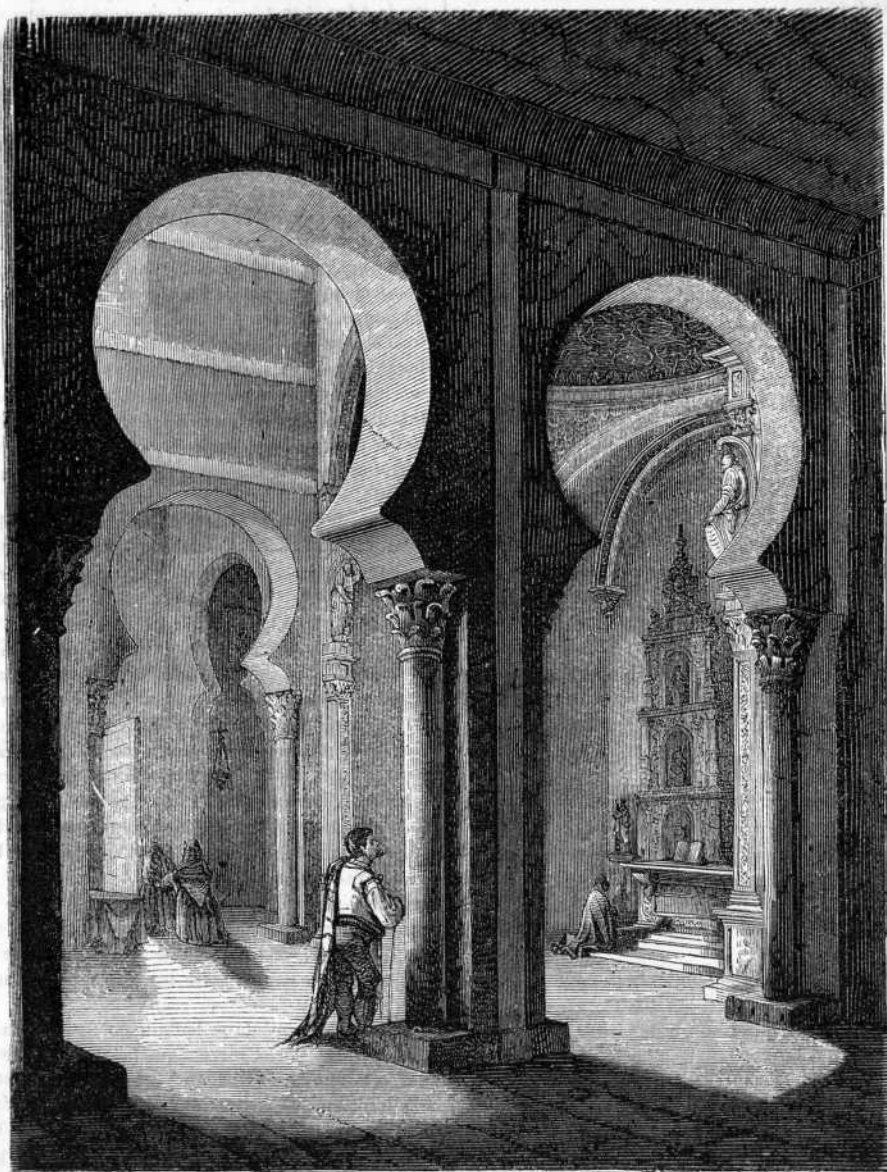
SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Genio y figura hasta la sepultura.

Director y propietario, D. EDUARDO GASSET.

Madrid.—Imprenta de la VIUDA DE PALACIOS.

(1) El protagonista de esta obra es el famoso marqués de Santillana.



Interior de la Iglesia de S. Roman en Toledo.

Entre los monumentos curiosos que encierra la pintoresca ciudad de Toledo, merece sin duda alguna fijar la atención del observador el templo de que hoy vamos á ocuparnos.

Siñ dilucidar la cuestion de la época en que se construyó, y sin meternos en averiguar la verdad que pueda tener la cita histórica de Mariana, debemos dejar consignado que la tradicion le considera como una de las mas antiguas parroquias de la metrópoli.

Todos los indicios hacen creer, segun afirma el erudito literato Sr. Amador de los Rios, que su fundacion data del siglo XIII ó fines del XII.

Varias restauraciones ha sufrido este monumento, segun puede observarse á su simple vista; pero á pesar del sello que en él han dejado impreso, nadie desconoce en su arquitectura el estilo árabe.

Así lo indica su planta y la forma de los arcos que aun se conservan, á pesar de haber perdido estos la mayor parte de sus adornos, y hasta algunos la forma de herradura.

La Iglesia consta de tres naves, siendo dignos de notarse los

arcos que en número de cuatro la dan el aspecto que representa el grabado que precede á estas líneas.

Están estos sostenidos en pilastras de preciosa moldura sobre las cuales se asientan cariátides.

En los cuatro frentes y en igual número de medallones están representados los evangelistas.

El arco próximo al altar mayor ostenta todos los arabescos orientales, hábilmente combinados, formando delicioso adorno.

La media naranja, reputada como una joya de la arquitectura plateresca, consta de varios florones bien tallados, y está rodeada de un friso precioso.

El retablo mayor, obra del renacimiento, se compone de dos cuerpos de arquitectura, con varios medallones de escultura y pintura: en ellos se ven dos personajes que se supone ser los fundadores, y detrás S. Gerónimo y S. Juan Bautista.

Los demas representan varios asuntos de la vida de Jesucristo, acabando estos cuerpos laterales con dos escudos de armas y que deben ser los de las casas de los fundadores.

Los cuerpos del centro pertenecen al órden dórico, jónico y

corintios, compuestos de cuatro columnas y adornados con estatuas de los apóstoles.

En los extremos del retablo hay seis figuras en sus correspondientes nichos; estando exornado el zócalo sobre que asientan, de cuatro relieves representando los cuatro evangelistas.

Al lado de la epístola del altar hay una estatua de la Virgen notable por la antigüedad de su ruda construcción.

La capilla mayor está alumbrada por dos claraboyas y dos ventanas.

También son dignos de mención los dos retablos de las segundas naves, de orden jónico, varias pinturas y diversos enterramientos, con infinidad de memorias sepulcrales.

La torre del templo pertenece al género árabe y se compone de tres cuerpos.

IMPRESIONES DE VIAJE Á LISBOA Y SUS CONTORNOS.

El campo de Lisboa.

Pocas ciudades podrán envanecerse tanto como la metrópoli de Portugal en punto á situación, abundancia y pureza de aguas; benignidad de clima, feracidad de suelo y fijeza de temperatura en cada una de las estaciones del año. Pocas reunirán tantas y tan favorables circunstancias, tal cúmulo de apropiadas condiciones; ofreciendo, cual ofrece Lisboa, una vegetación vigorosa, robusta y lozana, que ostenta las mas bellas galas de la naturaleza en sus árboles de las tierras cálidas y en sus plantas de las tierras frías, haciendo germinar á los unos y á las otras con tal fuerza y pujanza, cual si brotasen en el país mismo en donde por siglos vivieron espontáneos y agrestes, derramados acá y allá por la mano del supremo autor del universo.

Las encinas umbrosas de Europa, las erguidas palmeras del Asia, los naranjos y limoneros del Africa y los acopados castaños del Nuevo Mundo cruzan recíprocamente sus troncos, mezclan sus ramas, sus flores y frutos en aquel terreno que sirve á todos de madre común, y que abraza con solicitud igualmente tierna á los hijos que vinieron de apartadas regiones á nutrirse de la propia sustancia.

Es cosa de ver en aquellas quebraduras y torrentes, á la falda de las apacibles colinas que sustentan á la vieja Lisboa, y en mitad de los valles risueños que la ciñen de verdor y fragancia, cómo se destacan agrupados los bosquecillos espesos contra las macizas paredes de los barrios antiguos, y cómo las flores mas bellas tornan sus cálices al sol naciente, que vibrando sus rayos de oro á través de una atmósfera de purísimo azul, reviste á los palacios de los magnates y á los amenos suburbios de las cercanías de un colorido imposible de concebir por los habitantes de los climas del Norte.

«Estas poblaciones que rodean á Lisboa (dice un veraz escritor), están llenas de casas de campo de *Fidalgos* portugueses y de ricos habitantes de la capital, edificadas aquellas frecuentemente con el mejor gusto, cercadas de agradables jardines, prestan á los arrabales de Lisboa un encanto especial, que entre todas las capitales de Europa apenas puede reproducir. «Vienen, aunque de una manera pálida y fría; porque faltan á las márgenes del Danubio el brillo meridional, el azul oscuro del cielo lusitano, y aquel esplendor de la naturaleza semejante al de un montón de piedras preciosas de todos colores. Para un morador de las comarcas septentrionales es objeto de la mayor sorpresa ver allí medrar libremente y con robustez á todas las plantas, que mereced al trabajo y á costa de mil cuidados se cultivan en otros países en tiestos mezquinos dentro de estufas de reducida extensión. Las mas hermosas magnolias..... cargadas de flores brotan al aire libre; el *Géranium* del Cabo, todas las especies del *Cereus* americano..... y la *Mesembryanthema* trepa á lo largo de los muros y los cubre con espeso follaje..... Las plantas mas singulares se encuentran en todas las quintas; pero veladas misteriosamente á los ojos del público, según la costumbre verdaderamente morisca, tras de

«altas murallas armadas de cascos de vidrio, que estorban la entrada á los visitantes á quienes no se convida.

«Estos muros dan una apariencia triste y medio oriental á muchos caminos de las cercanías de la ciudad y de los arrabales, que se cruzan en todas direcciones. Corre peligro cualquier de extraviarse en ellos y de andar horas enteras sin descubrir otra cosa que el color parduzco de la mampostería y alguna que otra puerta, cuidadosamente cerrada..... Las quintas de los individuos de la clase media tienen grande extensión, y en ellas se procura mejor lo crecido del producto que la ventaja del recreo, á pesar de que son necesariamente bellas en una tierra en que los naranjos y las vides sustituyen á nuestras plantaciones de patatas. Regularmente hay un pabellón ó casa de campo, edificado dentro de la hacienda, y entonces recibe todo el nombre de *quinta*. El idioma portugués tiene muchos vocablos para expresar la palabra alemana *garten*. Los terrenos labrados que se encuentran en la parte posterior de las habitaciones se llaman *quintaes*; los que tienen un destino especial se nombran *jardins*, y *hortas* aquellos en que se cultivan hortalizas y están, ó abiertas del todo, ó débilmente cercadas de vallados.»

No puede pintarse el aspecto del campo de Lisboa con mayor exactitud que lo hace el escritor de quien hemos tomado los antecedentes pasajes; y todas las observaciones de nuestra excursión de 1845 se avienen perfectamente con las del ilustre viajero, coincidiendo aun mas todavía nuestra opinion con la suya, cuando recordamos la elegante casa de campo del señor *marqués de Fronteira*. El palacio está edificado al gusto italiano, y tiene una apariencia exterior muy agradable. El jardín dispuesto con extrema elegancia, según el antiguo gusto francés, realza el valor de la quinta y se comunica con ella por medio de gradearias espaciales, desde las cuales se domina un grande estanque de mármol, rodeado de estatuas y grupos mitológicos, grutas y otros mil objetos naturales y artísticos que contribuyen al solaz y contentamiento del rico señor de la hacienda. En ella merecen ser examinados bajo el aspecto histórico unos bustos de los reyes de Portugal, y el relieve del comedor, que representa en tamaño natural la figura ecuestre de *D. Pedro de Mascarenhas* (último prior de Crato, que no descendía de familia real), cuyo nombre se ostenta entre los respetables abuelos del noble marqués.

Frente á esta quinta se halla la de S. A. R. la señora infanta doña Isabel María, regenta que fué del reino de Portugal después de la muerte de D. Juan VI. Vive allí la ilustre princesa, y en la tarde en que visitamos este ameno retiro, acababa de salir de él en compañía de su augusta sobrina la reina doña María de la Gloria, cuyos carruajes habíamos visto en la puerta principal de la quinta á tiempo que nos dirigíamos á la del marqués de Fronteira en las primeras horas de aquella misma tarde.

El palacio de la señora infanta es de sencilla arquitectura. Lo embellecen frondosos bosquecillos, largas calles de arrayanes cortados cuidadosamente, trazando caprichosas labores, y ofrece un excelente punto de vista entre todos los de aquella risueña mansión el cenador que asienta por cima de la graciosa cascada. Doña Isabel se complace en criar melancólicas tórtolas ó inocentes palomas dentro de espaciosos viveros; y es cosa muy grata escuchar en aquella plácida soledad el dulce arrullo de las pobres avecillas, que armoniza con las impresiones que siente el viajero al cruzar en silencio las sombrías alamedas del jardín de la infanta ex-regente.

Era una magnífica tarde del mes de mayo cuando visitamos la quinta. El viento dormía entre las copas de los árboles; el sol matizaba de color de naranja las nubes de Poniente, esparcidas como una gasa fantástica á través de sus últimos rayos: el ruiseñor, saltando de rama en rama á orillas de un manso arroyuelo, cantaba con voz argentina sus querellas y sus amores. Aspirábamos una atmósfera cargada de deliciosos perfumes; y el reposo de la naturaleza, la ausencia de la sociedad, del bullicio y de esa agitación febril que constituye la vida de las grandes ciudades, fueron sumergiendo á nuestra alma en una especie de ar-

robamiento beatífico, en medio del cual flotaban ante la preocupada fantasía cien imágenes de seres vaporosos y transparentes ostentando un brillo sobrenatural y la mas radiante belleza. Gozábamos de una felicidad, para nosotros desconocida hasta entonces, cuando hé aquí que todos aquellos agradables objetos se apartaron con violencia á derecha é izquierda, de la manera misma que rompe y separa el recio soplo del huracan una gruesa columna de humo, é hicieron lugar al mas espantoso endriago que pudiera vomitar el averno. Soñad, amables lectores, dos piernas con honores de ojiva, y por cima de esta ojiva una jiba envuelta en el primer frac verde que usó D. Juan VI antes de su expedición al Brasil: poned sobre el cuello del frac una cabeza disforme, jaspeada de rojo y violado, hendida como el cráter de un volcan para hacer espacio á la boca, mostrando á sus costados dos orejas del tamaño de las pantallas de chimenea; y mirad por último, si á ello os atreveis, entre dos ojos de rana la nariz-promontorio que se destaca fuera de su base, como esos peñascos horribles que avanzan sobre los abismos del mar y sirven de sepulcral monumento al náufrago infeliz en noche borrascosa.

Tal nos pareció, como lo hemos descrito, el venerable conserje de la quinta de doña Isabel, y tal se mostrará al curioso en medio de los cenadores, descansos y merenderos, cada vez que recorra la hermosa finca de S. A. R. Diríase que la exquisita prevision de aquella ilustre dama ha querido colocar en derredor de tantas perfecciones naturales y artísticas una deformidad visible á los ojos de todos, para producir ese efecto que se obtiene siempre cuando se recurre á la ley de las compensaciones en el orden moral, ó á la fuerza del claro oscuro en el orden físico. Diríase que ganosa la augusta infanta de realzar su sexo á costa del nuestro, ofrece en la persona del horrendo fauno de aquella selva encantada la antítesis mayor que puede existir entre el macho y la hembra del género humano. Diríase, en fin, que tuvo en memoria la noble princesa al pueblo de Roma, cuando en la fastuosa ceremonia del Triunfo colocaba un esclavo en la carroza del vencedor, para que este no se cegara con homenajes casi divinos, y recordase siempre que era hombre y nada mas que hombre. De la propia manera doña Isabel María, cada vez que recorra los apartados retiros de su preciosa morada, cada vez que esté á punto de enorgullecerse, meditando en la cumplida felicidad de su vida apacible, sin sombra de pesar, sin tempestad de pasiones y sin borrascas del corazon, llamará en nombre de una cristiana filosofía al conserje simbólico, cuya extraña y nunca vista catadura parecerá decir con voz muda, pero elocuente. ¡Acuérdate que eres mortal!....

Viniendo de Bemfica á Lisboa se pasa por *Quintella*, á la que llaman tambien *As Laranjeiras*; y es la posesion magnífica de su especie que admiran los extranjeros, cuando recorren las frondosas campiñas de la metrópoli lusitana. Se ve á la izquierda del camino una gran puerta de entrada con verja de hierro, la cual flanquean dos baluartes que sostienen la coronacion del frontispicio y en ella una Q colosal, emblema del titulo del fundador y tambien de la quinta. El rico banquero, *baron de Quintella*, padre del conde de Farrobo, actual poseedor, fué quien dió su nombre á este prédio. En su recinto no echará cosa alguna de menos, el que nutrido en las costumbres de la sociedad distinguida, ame con ardor los placeres y sienta las necesidades de la vida *confortable* de nuestros tiempos, que apellidamos un tanto epicureos, si el lector no há por enojo que le anunciemos lo que ya sabe. Parques hermosos, extendidos jardines, confuso y bien trazado laberinto, artificiales montañas, templetos que dominan el paisaje, lagunas de verdes márgenes rústicos puentes, y en una palabra, todo lo que el buen gusto y la riqueza de un dueño ilustrado saben reunir sobre un terreno favorecido por la mano de Dios, otro tanto se halla en la quinta *Das Laranjeiras*. El obelisco dedicado á las víctimas de la guerra de la independencia contra Napoleon es un pensamiento patriótico de noble y sencilla estructura. El cortijo inglés (*Cottage*) cubierto interiormente de cristales y revestido por defuera de un aspecto agreste, que caracterizan mejor todavia las breñas, matorrales y

espeso arbolado de los contornos, predispone al espíritu á la meditación de la naturaleza primitiva antes de tocar á sus puertas; pero en pasando el umbral la rapidez de las nuevas impresiones y la viveza del contraste nos elevan de un golpe desde lo positivo á lo fantástico, de lo material y terreno á lo vaporoso é ideal.

En mitad de los jardines se halla la casa de fieras, con hermosos tigres, panteras y un leon de grande tamaño. Los invencibles son de un gusto caprichoso, y están levantados á mucha costa, revestidos de magníficas portadas de mármol y cubiertos de cristales de varios colores. Los principales son tres, que contienen flores rarísimas, perfectamente conservadas. Hay uno que se destina exclusivamente á la aclimatacion de las piñas de América, de modo que se reproducen con grande abundancia.

Pero lo que muestra mejor la opulencia y el refinado gusto del propietario es el hermoso palacio donde habita cuando reside en la quinta, los salones de baile y descanso donde ofrece placeres continuos á sus numerosos amigos, y mas que todo el precioso teatro con su pórtico de piedra, sus columnas, pedestales y esfinges, digno templo del arte, en el cual da á menudo funciones líricas y dramáticas, formando sus criados la orquesta, merced á la extraordinaria afición y á los crecidos gastos del conde, que no perdona medio alguno á trueque de obtener tan sorprendente resultado.

Háiriamos interminable este artículo si quisiéramos describir una á una las preciosas moradas campestres que poseen para su solaz y recreo los ricos habitantes de la corte portuguesa, mas entendida en achaque de goces y contentamientos de lo que piensan sus vecinos peninsulares. Fuerza será, por lo tanto, que regresemos á Lisboa y que echemos una ojeada rápida á los principales paseos en donde ostentan sus gracias las bellas lusitanas, que comienzan á salir poco á poco de sus impenetrables retiros, arrastradas por el espíritu del siglo XIX, siglo exigente y torcido, que hace respetar sus menores caprichos en la Europa entera con tal donaire y desembarazo como el niño mimado que reina y gobierna despóticamente en el hogar doméstico, convirtiendo sus importunidades en gracias, sus antojos en leyes, y sus desacordados y necios desvarios en otros tantos preceptos que se apresuran á obedecer humildemente todos los miembros de la familia.

Detrás del *Teatro Nuevo* y á corta distancia de la *Plaza del Rocio*, se halla el paseo de este nombre, al que llaman tambien *Paseo Real*, y su aspecto no guarda la debida armonía con el campo vecino, porque si bien es aquel frondoso y ameno, no deja por ello de imprimir en la frente del extranjero que lo visita por primera vez un leve tinte de melancolía, debido al efecto que producen sus compactas y oscuras alamedas, á lo llano del espacio que ocupan, á la falta de horizonte por donde dilatar la vista, á la circunstancia de no estar sus calles bordeadas de flores, y á la reprensible costumbre de cerrar sus verjas al toque de oraciones, dejando reclusos á los distraídos (en cuyo número tuvimos el honor de contarnos) que no escuchan el toque de cierta campana destinada á evacuar el paseo en la mejor ocasion de gozarlo.

Llamó nuestra atencion el escaso número de asientos que existen en el *Rocio*, y tambien las fuentes, que son de razonable estructura con figuras esculpidas por artistas portugueses, no muy severos á la verdad en la correccion del dibujo, ni en dar movimiento y expresion á sus concepciones, un tanto pesadas y frias.

Aunque menos frecuentado del público es infinitamente mas bello el paseo de *S. Pedro de Alcántara*, que si mal no recordamos, fue construido en tiempo del Emperador, cuyo nombre lleva, sobre un terreno abandonado que domina á la mayor parte de la ciudad y sus cercanías. Bastara esta condicion solamente para ofrecer magníficos puntos de vista que causan al viajero las sensaciones mas gratas, cuando al fijar sus ojos en las colinas y en los valles que sirven de lecho á Lisboa, abarca de un golpe el encantador panorama que describimos en el artículo 2.º del presente viaje. Pero la traza misma de los parterres de *S. Pedro de Alcántara*, la variedad de sus yerbas cortadas por la mano de entendidos jardineros, la visualidad y fragancia de sus plantas y

flores le señalan también el primer lugar entre los sitios públicos de campestre recreo que exornan el interior de la corte vecina.

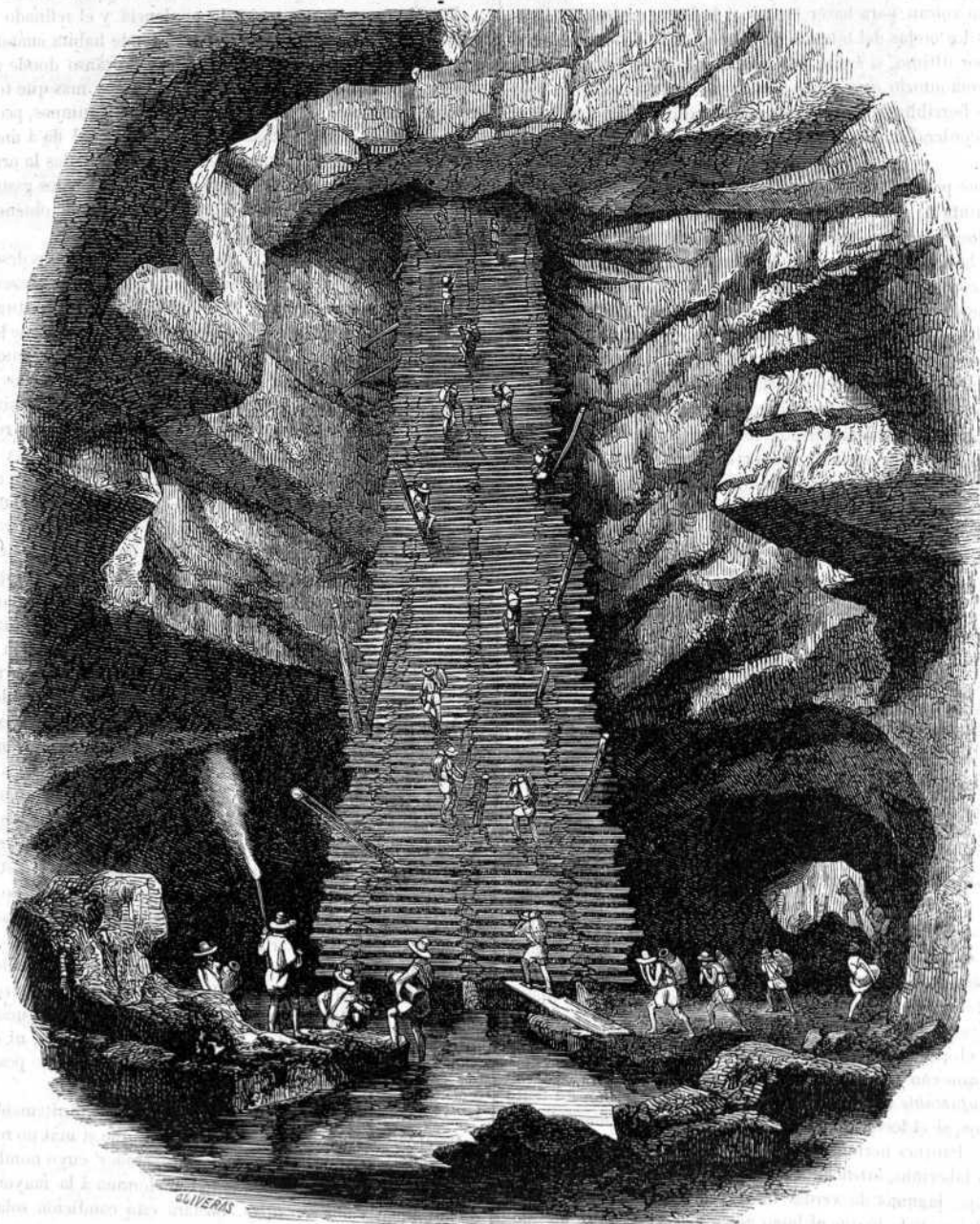
Antes de soltar la pluma que hemos tomado gustosamente para describir el campo de Lisboa, queremos recomendar al curioso que visite el *Cementerio protestante*, erigido á fines del último siglo por un privilegio especial que se otorgó á los ingleses, y le aconsejamos también que dé una vuelta por el *Campo Santo*, creado por D. Pedro, duque de Braganza, á los principios del reinado de doña María su hija. Hallará el viandante en el primero algunos monumentos apreciables y el esmerado arreglo de los jardines ingleses. Contemplará la tumba del poeta *Fielding*, y se conmovirá al leer este conciso

epitafio. *Luget Britannia gremio non dari fovere natum.*

En el segundo nada verá mas notable que el nombre mismo de aquel triste recinto, singular en verdad, pues le apellidan *Cementerio de los placeres* á causa de llevar este título de tiempo atrás una quinta cercana.

Tanto en el uno como en el otro podrá el cristiano filósofo entregarse á meditaciones profundas sobre la inestabilidad de las cosas humanas, y para ello le damos nuestra licencia de buen talante, á condición de escuchar despues la sabrosa lectura que le ofrecemos en el artículo próximo, en el cual se dirá lo que ha de ver, quien tuviere paciencia para examinarle.

JUAN ANTONIO DE LA CORTE.



LA SEÑORA ESCONDIDA.

A poca distancia de las ricas minas de Chunhuhu y de Ysimpe, en el Yucatan (India), se eleva la ciudad de Balonchen. Su nombre derivado de la lengua *maya* hablada, desde tiempo inmemorial, en estas regiones tan poco visitadas, signi-

fica los *nueve pozos*. Porque efectivamente la poblacion que es bastante numerosa y que habita las áridas y secas regiones á que aludimos, se surte del agua que de esos pozos se saca.

Nadie recuerda la época en que por primera vez fueron des-

cubiertos; su gran antigüedad es innegable como la prueban las varias ciudades en ruinas que cubren la comarca.

El mayor cuidado, el mayor esmero presiden al fomento de estos nueve pozos, porque siendo los únicos manantiales de donde se surte la población de Balonchen, su buen entretenimiento es indispensable.

Pero esta vigilancia no basta: por uno de esos misterios de la naturaleza tan frecuentes, suele faltarles el agua seis ó siete meses del año.

Entonces los naturales del país tienen que acudir para buscar ese elemento, tan necesario á la vida, á una media legua de la población.

En ese sitio el misterio crece.

El pozo de donde hay que sacarla y que no es ninguno de los nueve de que tenemos hablado, es una gruta imponente.

Como en todos los pueblos primitivos una tradición se une á esa gruta misteriosa.

Es una debilidad agradable y poética.

Quizás tiene todos sus fundamentos de verdad; en casi todas las tradiciones la hay.

El nombre de la gruta es español, esto no es nuevo en la India, ni chocará á nuestros lectores.

Se llama la *Señora escondida*, y es tal como la representa el grabado que precede á estas líneas.

La tradición es poética.

Una muchacha linda y constante en amores se había prendado de un indio de aquellos pueblos primitivos y que hoy no ofrecen mas que el desconsolador espectáculo de unas ruinas.

El indio, á juicio de la madre de la muchacha, no merecía el amor de su hija.

Esto es europeo, muchas de esas leyendas tenemos por acá.

Lo cual prueba que en todas partes hay mamás terribles y niñas enamoradas.

El caso es que la niña huía de su casa para ver y esperar á su amante.

Pero la madre vigilaba y el sitio de la cita tenía que variarse todos los días.

Las madres indias son terribles.

En una de aquellas variaciones la niña se extendió hasta la gruta.

Aquel sitio era conveniente.

Una mañana la muchacha esperaba, su amante no venía.

La curiosidad de mujer se despertó en esta y penetró en la cueva misteriosa.

Insensiblemente se halló sumergida en un dédalo de galerías formadas por gigantescas estalactitas, tan iguales unas á otras que la salida era imposible.

Su amante vino y no la halló.

Oyó voces en la gruta y al llamarla creyó que le contestaba.

El miedo se apoderó de él, y huyó á contar el suceso á su semi-suegra.

Mil pesquisas se hicieron, la *Señora* siguió *escondida*.

Solo se oyen aun los ecos de sus lamentos.

Que no echen en olvido las madres españolas la moraleja que de este castigo impuesto á una niña desobediente puede sacarse.

El caso es, que los que en la cueva penetraron, hallaron un rico y abundante pozo de agua potable.

Hoy subsiste aun.

Para penetrar en las profundidades de doscientos pies de la gruta se necesitan antorchas.

Varios viajeros movidos por la curiosidad la han visitado.

Sus relaciones están conformes con las de los indígenas del país.

Hay que penetrar por unos escalones toscamente labrados por mano de la naturaleza, despues de los cuales se baja por unos troncos de árbol sin pulimentar á una profundidad de noventa, pies.

De tronco á tronco hay bastante distancia.

Mil catástrofes se cuentan de resultas de estas expediciones tan peligrosas como necesarias.

En el fondo de la caverna despues de haber bajado los referidos escalones, las monstruosas estalactitas de piedra y el contorno del inmenso pozo hecho de sillería hábilmente combinada, despiertan el recuerdo de las ruinas que se ven en las inmediaciones.

Así al menos lo ha descrito la ciencia despojándolo de su misterio y de su poesía.

Este pozo, según sus observaciones, debía surtir de agua á los habitantes de la comarca, como lo prueba su gigantesca construcción, en la que se descubre la mano del hombre mas utilitaria que la de la naturaleza.

Es tanto mas creíble esto, cuanto que la gruta da paso á unas galerías de torcida figura que guían á la fuente natural que lleva sus aguas á los nueve pozos antes descritos.

El estado en que hoy se encuentra hace sospechar como indudable que las ciudades antiguas hoy en ruinas debieron perecer por una de esas catástrofes tan frecuentes en la naturaleza.

Pero esta explicación, aunque satisface, no quita nada á la tradición de la *Señora escondida*, cuyo nombre lleva esta gruta.

Los amores de la niña y el indio pueden ser tambien verdad.

La ira de la madre es creíble.

El castigo puede ser impuesto á la desobediencia.

Como se cuenta, lo he contado.

Créalo el que quiera.

LUIS DE CASTRO.

MI VUELTA AL MUNDO.

Podrá ser que los antiguos suscritores del SEMANARIO PINTORESCO recuerden que desde el año de gracia de 1848 hasta el no menos gracioso año de 1852, cinco años poco mas ó menos, existió un ciudadano articulista que firmaba con el mismo nombre y apellido que ha de suscribir este artículo, y que el mencionado ciudadano tenía la humorada de entretenerlos ó cansarlos con cuentos de viejas, novelas, articulejos de costumbres y alguna que otra poesía inculca, para demostrar que era ambidestro y que lo mismo manejaba el verso que la prosa. Podrá ser tambien que hayan pensado en la repentina desaparición del ya referido ciudadano, y hasta podría ser que hubieran sentido su pérdida, como sensible la de un juguete que nos ha entretenido algun tiempo. Si recuerdan lo uno, si han pensado y sentido lo otro, yo les doy las mas cordiales gracias, les saludo con la familiaridad de un amigo antiguo, íntimo y cariñoso, les anuncio mi resurrección, no al tercero día, como dice el Credo, sino al cuarto año, como es verdad, y me preparo á seguir con ellos las amistosas relaciones que mantuvimos largo tiempo sin ruidos ni desavenencias.

Yo tendria muchísimo placer en empezar mi nueva vida dándoles minuciosa cuenta de todo lo que me ha pasado durante el larguísimo período de tres años y algunos meses; pero yo tengo la desgracia de hacer pocas veces mi gusto, aunque no siempre haga el ajeno, y en vez de contar á mis lectores lo muchísimo que me ha pasado, me contentaré con decirles que no puedo ser expansivo, que mi secreto no me pertenece, porque es el secreto de otros, que me resigno á callar hoy, como he callado tantas veces, aunque muchas de ellas hubiera debido hablar alto para escarmiento de los pícaros y los hipócritas, que tanto abundan por desgracia, y para enseñanza de tontos, que tampoco faltan en el mundo. Pero en vez de tocar clarines y de publicar mi infausta ó fausta historia de tres años, me contentaré con envolverla cuidadosamente en una tela de araña, digno crespon de tal matrona, y la enterraré con el sudario que la corresponde de derecho, como se entierran los caballeros con los mantos de las órdenes que los adornaron cuando vivos.

Cualquiera que lea este preámbulo creará que me han sucedido grandes cosas y que me las callo muy buenas; pero el que tal crea se engaña lastimosamente, porque no me ha sucedido nunca nada, ó lo que es lo mismo, soy la negación de los sucesos. ¿Y cómo habia de suceder cosa alguna á un hombre que tiene la

arraigada opinion de que no sucede nada en el mundo? El mundo á mis ojos es una gran jaula de locos, cada loco tiene su manía, y convierte en hechos consumados los momentáneos extravíos de su imaginacion enferma. Cuando en esta jaula existe una sola individualidad que ve las cosas por el prisma de determinada manía, cuenta lo que ve con la energía de la mas profunda conviccion; pero nadie le da entero crédito, porque no encuentra ni un solo loco que atestigue su dicho; pero cuando veinte, ciento, mil ó un millon ven las cosas por el mismo prisma, tienen una sola manía, lo que sucede con frecuencia, como se apoyan mutuamente, como predicán el error, creyendo decir la verdad, y es muy difícil rechazar lo que tantos cuentan á la vez, todos los demas locos dan crédito á la mentira proclamada por un millon de bocas, y pasan por hechos consumados livianas imaginaciones de cerebros faltos de seso. Por eso en la jaula de locos, que vulgarmente se llama mundo, se dan por ciertas tantas cosas que no han pasado en realidad.

Esta aprnsion universal, esta ridícula manía de dar por hechos consumados las mas falaces imaginaciones, los mas caprichosos delirios, no deja de ser utilísima para entretenimiento de un mundo que por lo comun se fastidia. Si se suprimen los soñadores, si se reducen los delirios á la categoria de ensueños, si no se permite hablar de lo falso como probable y de lo dudoso como cierto, será necesario suprimir la sociabilidad humana, cuyo alimento cotidiano consiste en la amable murmuracion. Para murmurar hoy, mañana, pasado mañana, siempre y siempre, es preciso tener á mano un gran tesoro de sucesos, y cuanto mayor es la carencia de realidades, mas se pone en juego la ficcion. La imaginacion mas fecunda no puede inventar un dia y otro lo necesario para el uso de sus especiales consumidores, y forzosamente se dedica á reunir, corregir y aumentar los cien millones de invenciones que otras imaginaciones forjan, cien millones de chismes ó engaños que se enganchan como los turbillones de Descartes, para formar el revuelto mundo del error.

Antes de ausentarme del mundo, ó lo que es lo mismo, de dejar de escribir en el SEMANARIO, tenia yo, como algunos otros, mi buena dosis de fé humana, creia que no me engañaban los ojos acerca de los objetos que veian, que habia dicho el principe Talleyrand una blasfemia al sostener que Dios habia dado al hombre la palabra para disfrazar el pensamiento; estaba persuadido de que sucedian muchas cosas, y, antes de hablar ó de escribir, procuraba siempre distinguir lo verdadero de lo falso. Esta fé humana, bella creacion de mi locura, hija quizás de una organizacion defectuosa, me daba un ímprobo trabajo, porque me habia empeñado en decir la verdad y siempre la verdad, ya me concretara á la expresion de los sentimientos de mi alma, ó ya me extendiera á la apreciacion de otros sentimientos ó á la consignacion de los que yo entonces creia hechos ciertos y consumados. Pero una vez libre de esta fé, de esta falsa antorcha que en vez de luz extendia nieblas; enteramente persuadido de que forma el prisma del mundo una imaginacion universal, caprichosa y calenturienta; voy á escribir con notable desembarazo, no creyéndome responsable de los engaños que produzca, supuesto que he dicho muy alto que todo es mentira y delirio.

Lectoras jóvenes y amables, ufanas con la persuasion de la belleza y el talento que el prisma de la locura humana os ha dado; vosotras que estais persuadidas de vuestros encantos, del irresistible poder que sobre los hombres ejercen y de las violentas pasiones que no pueden menos de inspirar; preparaos á leer las historias de amor mas seductoras que podais forjar en vuestros sueños; porque voy á ser un soñador que no deje que desear á los mas ardientes soñadores. Como Diógenes con su linterna iba en busca de su hombre, yo voy á ir en busca de aventuras contadas y sin meterme á averiguar si me engañan ó no me engañan, si son verdaderas ó fingidas, las voy á trasladar al papel, exornándolas cuanto pueda para que parezcan mas bonitas. Yo prometo de hoy en adelante no procurar leer bajo el antifaz de la virtud las páginas que haya escrito el vicio, y lejos de creer despreciable á la traidora hipocresía, la tomaré como un adorno de la sociedad en que vivimos, y la llamaré sin rodeos una gran virtud,

la enemiga irreconciliable del escándalo, la hermana mayor de la prudencia. Si en mis artículos anteriores habeis leído algunas páginas inspiradas por la fé, destellos del mas profundo sentimiento, hijas legítimas de una verdadera pasion, olvidadlas por amor mio, porque os van á parecer frias, descoloridas, insoportables en comparacion de las páginas calorosas, entonadas y verdaderamente encantadoras que voy á escribir para contaros pasiones que no son pasiones, sino transacciones comerciales, sentimientos que son hojarasca, y creencias que no son la duda porque llegan á la negacion de la fé.

Amabilísimas lectoras, el mundo real, si es que hay algo real en el mundo, es nada en comparacion del mundo ideal, del mundo de las apariencias, del mundo de la hipocresía, del mundo que ha formado el delirio, la mala fé y la locura universal. No podia yo haber vuelto al mundo á mejor tiempo. Ya estamos tocando con la punta del pie, tocarlo con la mano seria expuesto, al bullicioso Carnaval, y por consiguiente es la mejor época del año para entrar con resolucion y con banderas desplegadas en el mundo de farsa que los locos del mundo han creado. A propósito del Carnaval. Yo quisiera saber ¿para qué se ponen las gentes mascarillas en este tiempo, para darse bromas y engañarse, cuando durante todo el año se están engañando sin careta? Yo creo, y es una opinion mia, que el Carnaval dura todo el año, y que le época de menos farsa es la que se llama Carnaval, porque en este tiempo las gentes tienen la cortesía de avisarse que están dispuestas á engañar, razon para que engañen menos, y en lo demas del año engañan sin este previo aviso, y naturalmente engañan mas.

Despues de lo que llevo dicho todo el mundo comprenderá que debe cambiar radicalmente mi antiguo modo de escribir, y que mi vuelta al mundo debe señalar el segundo periodo de mi existencia literaria. Mis lectores tienen el indisputable derecho de preguntarme si al presentarme de nuevo en la palestra vengo abastecido de mejor ó de peor humor, si pretendo hacerles reir ó si traigo la pérfida intencion de hacerles llorar, aunque sea á golpes. Tranquícense mis lectores. Yo vuelvo al mundo con el mas delicioso humor que puede tener el animal llamado hombre: vuelvo resuelto á hacerles reir á carcajadas, y tan es esta mi intencion, que he escrito el artículo titulado MI VUELTA AL MUNDO para que empiencen por reirse de la incomprensible locura de su afectísimo seguro servidor

JUAN DE ARIZA.

CAUSAS CELEBRES.

EL CLAVO,

POR PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

(Continuacion.)

Y no era lo peor *no verla*, sino que el aire triste y severo de la jóven me habia impuesto de tal modo, que no me atrevia á hablarla.

Sin embargo, pasados algunos minutos, la hice aquellas primeras preguntas *de cajón*, que inquieren poco á poco la intimidad entre los viajeros.

- ¿Va V. bien?
- ¿Se dirige V. á Málaga?
- ¿Viene V. de Granada?
- ¿Le ha gustado á V. la Alhambra?
- ¡Está la noche húmeda!

A lo que respondió ella.

- Gracias.
- Sí.
- No señor.
- ¡Oh!
- ¡Oh!
- ¡Ph!

Seguramente la joven tenía poca gana de hablar.

Yo me dediqué á coordinar mejores preguntas, y viendo que no se me ocurrían, me puse á reflexionar.

¿Por qué había subido aquella mujer en el primer parador y no desde Granada?

¿Por qué iba sola?

¿Era casada?

¿Era viuda?

¿Era....

¿Y su tristeza? ¿Cuál era su causa?

Sin ser indiscreto, no podía hallar la solución de estas cuestiones, y la joven me gustaba demasiado para que yo no temiese parecerla un hombre vulgar.

¡Como deseaba que amaneciese!

De día se habla con mas libertad.

La conversacion á oscuras tiene algo de tacto, habla al bulto, ruboriza, hace pensar.

La desconocida no durmió en toda la noche, segun deduje de su respiracion y de los suspiros que se le iban de vez en cuando.

Creo inútil decir que yo no pude coger el sueño.

—¿Está V. indispuesta? la pregunté una de las veces que se quejó.

—No señor; gracias. Ruego á V. que se duerma descuidado, respondiendo con seria afabilidad.

—¡Dormirme! exclamé.

Luego añadí.

—Cree que sufría V....

—¡Oh! no.... yo no sufro, murmuró blandamente; pero con un acento en que llegué á percibir cierta amargura.

Pasó el resto de la noche en diálogos como el anterior.

Al amanecer, la ví.

¡Qué hermosa era!

¡Pero siempre el vestigio del dolor sobre su frente!

Sus bellos ojos tenían una mirada profunda é inquieta que revelaba la agitacion de su alma.

Algo de grande y angustioso había en aquella vida.

Y, sin embargo, no era una de esas mujeres excepcionales, misantrópicas, que viven lejos del mundo devorando algun pesar.

Era una mujer de moda, una elegante mujer, de porte distinguido, cuyo menor movimiento dejaba traslucir una de esas reinas de la conversacion, cuyo trono es una butaca próxima á una chimenea, un palco en la ópera ó una carretela; una de esas mujeres, en fin, que callan lejos de su elemento brillante y fascinador, á la manera de ciertos pájaros que solo cantan en las noches de luna.

Con la llegada del día se alegró algo la encantadora viajera, y ya fuese que mi circunspeccion de aquella noche ó la gravedad de mi fisonomía le inspirasen una buena idea de mi individuo, ya fuera que quisiese ser algo amable con un hombre que no había dormido por su causa, ello es que inició por su parte las cuestiones de ordenanza.

—¿Dónde va V?

—¡Va á hacer buen día!

—¡Qué hermoso paisaje!

A lo que yo respondí algo mas extensamente que ella.

Almorzamos en el Colmenar.

Los viajeros de la berlina y de la rotonda eran personas de poco trato.

La joven se redujo á hablar conmigo.

Yo estaba enteramente consagrado á ella.

De vuelta al coche nos tratábamos ya con alguna confianza.

En la mesa habíamos hablado de Madrid, y hablar bien de Madrid á una madrileña que se halla lejos de la corte, es la mejor de las recomendaciones.

Porque nada es tan seductor como Madrid perdido.

—He aquí la mía, me dije entonces: quedan ocho leguas. Abordemos la cuestion amorosa.

IV.

SAN JUAN DE ACRE.

¡Desventurado! No bien dije una palabra galante á la desconocida, pareció que había puesto el dedo en una herida dolorosa. En un momento retrocedí todo lo que había adelantado en su corazon.

Una mirada indefinible cortó la voz en mis labios.

—Gracias, señor, gracias, me dijo al ver que abandonaba aquella cuestion.

—¿He enojado á V., señora?....

—Sí, el amor me horroriza. ¡Qué triste es inspirar lo que no se siente! ¿Qué haría yo para no agradar á nadie?

—Bien vé V., repuse, que no es culpa mia: verla á V., señora, es amarla: vivir con V. un día, es enloquecer: perderla dentro de cinco horas, será morir. Yo me arrepiento de haber hecho este viaje. Yo vivía tranquilo.... Yo la adoro á V. ya....

¡Sin esperanza!

—Tiene V. un consuelo, amigo mio.

—¿Cuál?

—Que si no admito el amor de V. no es por ser suyo, sino porque es amor. Podeis, pues, convenceros de que ni hoy, ni mañana, ni nunca obtendrá otro hombre la correspondencia que os niego. Yo no amaré jamás.

—¿Por qué, señora?

—Porque el corazon no quiere, porque no puede, porque no debe luchar mas: porque he amado hasta el delirio.... y he sido engañada. Porque tengo bastante orgullo para ahogar con él todos los sentimientos de mi alma.... Porque aborrezco el amor, en fin.

¡Magnífico discurso! Yo no estaba enamorado de aquella mujer ni mucho menos. Yo hubiera estado soberbio de su conquista. Yo tenía curiosidad de ella. Significábame una aventura y nada mas. La codiciaba como á un hermoso objeto.

Su repulsa me contrariaba; pero no me hería.

Así, pues, al escuchar aquellas notabilísimas palabras, cesó en mí el amor de hombre y empezó el de artista. Acabó mi desseo y principió mi curiosidad.

—¡Tipo! exclamé para mí: estudiémosle.

Y dejando á un lado mi papel de Tenorio, adopté el de Balzac, el de fisiólogo.

Estas transiciones son en mí muy frecuentes.

Mi compañera, luego que me vió tan formal y filosófico, se hizo mas comunicativa.

Sus ideas se reducían á aborrecer el amor, los hombres, la vida y el cielo: creíase sin corazon: amaba locamente el opio y no podía escuchar una nota de música.

Mi admiracion rayaba en frenesí.

Estaba en frente de una creacion de Shakespeare....

Y mi rutinaria elocuencia del siglo XIX se le hacia imposible derretir aquel hielo de desengaños.

Y mi novelesca imaginacion se le hacia muy duro perder de vista aquel ente tan poético.

Así llegamos á Málaga.

Era el instante mas oportuno para saber el nombre de mi desconocida.

Al despedirme de ella en el parador, la dije mi nombre, la casa donde iba á parar y mis señas en Madrid.

Ella me contestó con un tono que nunca olvidaré.

—Caballero, doy á V. las gracias por la amabilidad y fineza que ha empleado conmigo durante el viaje, y le suplico que me dispense si le oculto mi nombre en vez de engañarle con un fingido, como he hecho en la administracion al pedir el billete.

—¡Ah! respondí: ¡Luego nunca volveremos á vernos!

—Nunca, y esto no debe pesarle. He conocido que aun soy lo bastante desgraciada para inspirar alguna simpatía, y no quiero lacerar el corazon de V. —Quizás V. es literato; quizás le seduce mi extraña aparicion; acaso piensa seguirme.... yo le ruego que continúe digno de mi aprecio y de mi consideracion.

(Continuará.)

DÉCIMAS con que concluye la loa titulada Derechos póstumos, que se representó en el teatro del Principe el día 17 del corriente, aniversario del nacimiento de D. Pedro Calderon de la Barca, escrita en honor de aquel esclarecido ingenio por el Sr. D. Juan E. Hartzzenbusch.

D. ANTONIO DE GUZMAN.

Señores, una vejez
os damos por novedad;
ninguno ha visto en mi edad
funcion como esta otra vez.
A un ingenio de alta prez
rendimos veneracion:
la benévola atención
de tanta dama y galán
implore el viejo Guzman
para el viejo Calderon.

D. JULIAN ROMEA.

¡Vive Dios que pudo ser!
exclama en *La vida es sueño*
Segismundo, que hace empeño
de reinar por su querer.
Calderon dijo al poner
esa frase donde esta:
«Rey ¡vive Dios! me alzaré
de la escena Segismundo;»

y ¡vive Dios, grita el mundo,
que lo fué, lo es y será!

D. JOAQUIN ARJONA.

Si está seguro un joyero
de una pieza de valor,
se la enseña al comprador
sin alabarla primero.
Joya ilustre considero,
que deja á muchas atrás,
la que á ver, público, vas:
mostrémosla pues aquí:
hable Calderon por sí;
que no necesita mas.

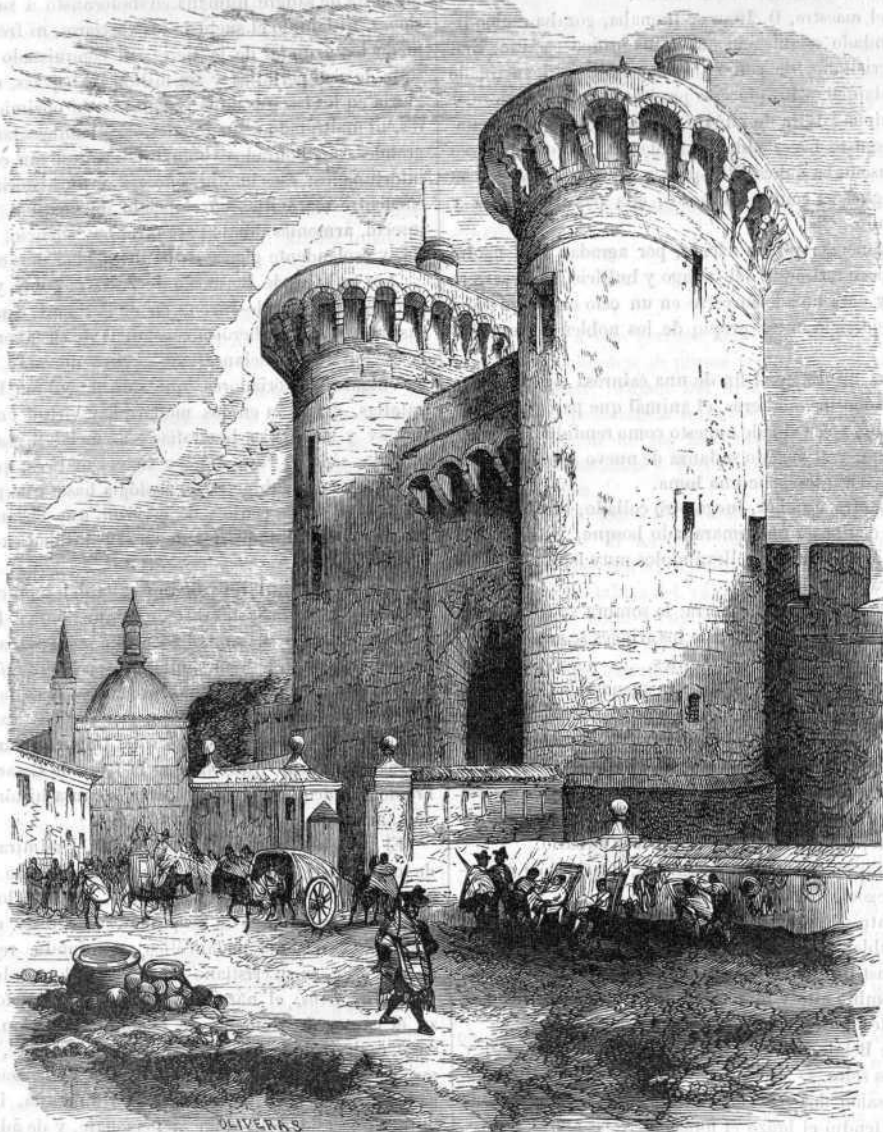
DOÑA TEODORA LAMADRID.

Asegúrase del Duende
(yo en verdad ninguno he visto)
que es ente que por lo listo
se sale con lo que emprende.
Por si hasta mí no se extiende
tan dichosa propiedad,
con la indulgencia escuchad
que es del entendido prenda,
y lo que falte á la *Duenda*
súplalo vuestra bondad.

PELIGROS DE MADRID.



Al volver una esquina.



PUERTA DEL CUARTE EN VALENCIA.

Construida en 1444 su solo mérito consiste en ser un monumento muy bien conservado y que revela á las claras la arquitectura de su época. — Antes daba entrada á la ciudad por el camino de Castilla; pero desde que se abrió al público la carretera de las cabrillas, la menor afluencia de pasajeros ha privado á los alrededores de aquella de la animación del concurso popular. Al presente, sin embargo, es un cuadro de tipos muy á propósito para estudiar las costumbres del país. Allí se ven en un círculo lo mismo el chalan y el tejedor que el mozo de la huerta y el tartanero.

A todos les hace iguales la ligereza de sus pies, la volubilidad de sus pensamientos y el arte de manejar el cuchillo. El carácter valenciano, si fuera constante como es activo, excedería al catalán; si no tuviese sus arranques de alevosía, en negocios de arrojo, pudieran escogerse ejemplares hoy mismo de almas tan bien templadas como la del héroe que sirve de apellido á su capital — el Cid campeador. La estadística criminal de Valencia es desconsoladora.

BALADA EN PROSA.

EL CONDÉ DE BELALCÁZAR.

Donde juntan sus murmullos Guadamatilla y Zuja hay un llano rodeado de montañas. En el llano descuella una población; en una de las montañas se destaca sobre el azul del cielo un elevado castillo.

Aparece el castillo, cuando el sol se hunde en el golfo de líquida púrpura del ocaso, como un gigante formidable, aunque mutilado.

Este castillo es el de Belalcázar; fundóle un insigne caballero maestro de la Orden de Alcántara. D. Gutierre de Sotomayor se llamaba, y el alcázar mereció el nombre de bello, porque no había en toda la tierra aldeaña fortaleza que pudiera compararse en lo primoroso de su estructura.

Mil varas de extensión ocupa aun hoy su muro de fuerte cantería; veinticuatro cubos lo guarnecen; defiéndele un castillo con ocho torres y un foso de treinta piés de anchura.

3 DE FEBRERO DE 1856.

D. Gutierre de Sotomayor era dueño de la villa que dominaba la fortaleza. La villa mereció ser erigida en condado: el alcázar era la residencia habitual de sus condes.

Un nieto del maestro, D. Juan se llamaba, gozaba espléndidamente el condado establecido en su magnífico castillo. Era, aunque buen cristiano, de genio alegre y bullicioso, inclinado al juego, al galanteo, á los placeres propios de la gente moza.

Su madre doña Elvira de Zúñiga, dama juiciosa y timorata, le veía con disgusto hacer vida de soldado. Cuando el joven caballero se ausentaba del castillo para servir á los reyes en su corte y en sus guerras contra los moros, ella pasaba los días y las noches orando.

El conde, generoso y bien nacido, por agradar á su madre se iba poco á poco retirando del tráfico y bullicio de la carrera de las armas, y para no adormecerse en un ocio estéril se dió á la montería, ejercicio muy propio de los nobles de aquellos tiempos.

Salió de caza un día, y al fin de una calurosa siesta hirió á un venado. Acuden los monteros, el animal que parecía muerto saltó un barranco, y cae al lado opuesto como rendido. Los monteros le persiguen, y el venado se lanza de nuevo á la carrera, y ligero como el viento traspone una loma.

Salva luego otra quiebra, luego otro collado, luego un torrente, luego se oculta en un enmarañado bosque, y así de trecho en trecho los va huyendo, llevándolos muy lejos del punto donde los espera el conde.

Ya el sol traspone la vecina sierra: la sombra va invadiendo la montaña. Se acerca la hora en que los árboles se engrandecen y sus ramajes dibujan fantásticos perfiles.

El conde está solo: la trompa de caza suena todavía muy lejos, el ladrido de las traillas apenas se percibe. Dirigese lentamente hacia su castillo, y á poco rato advierte que le sigue á cierta distancia un hombre por la vera del monte.

Era el hombre alto y amulatado, andaba muy ligero: cerca del conde se mantuvo largo trecho. — Pasad adelante ó quedaos atrás, le dijo este, viéndole ya muy junto á su caballo.

— Deseo tratar en secreto con su señoría, respondióle el desconocido, un negocio de grande importancia.

— Quedaos atrás, replicó el caballero, y en llegando al castillo podremos hablar despacio. Y metió espuelas al caballo.

Llegó á su castillo, bajáronle el puente: tras él entró el desconocido. El hombre alto y moreno pidió al conde permiso para hablarle sin testigos.

El conde de Belalcázar despidió á sus criados presentes, y quedaron los dos solos.

Había en el salón dos velas encendidas, porque ya iba cerrando la noche: tendió el brazo el forastero, y las apagó, y bastaron su rostro de ascua y sus ojos de azuladas llamas para dar luz al aposento.

Lo que entre los dos allí pasó, no se sabe. El efecto sí; y fué, que el conde de Belalcázar, D. Juan de Sotomayor, siendo mozo mimado por la fortuna, renunció el condado en su hermano D. Gutierre, y dejando el mundo se hizo religioso.

La misma tierra que había sido teatro de su alegre mocedad, le vió, siendo Fr. Juan de la Puebla, vestido de franciscano ejercitarse en los oficios mas viles y penosos.

La ermita de Nuestra Señora de los Angeles fué fundación suya, y antes de morir el conde santo, ya la sierra por aquella parte se había transformado en un nuevo Carmelo.

PEDRO DE MADRAZO.

BERNARDO DE PALISSY.

I.

Esos hombres modestos, que en la humilde atmósfera donde nacen, encuentran por doquier gravísimos obstáculos para el desarrollo de su genio; esos hombres, insignificantes al parecer, pero cuya historia encierra inagotables tesoros de sensibilidad,

de pureza, de talento; esos hombres, que apenas son conocidos por el vulgo de las gentes eruditas, porque no han derramado torrentes de sangre humana en holocausto á sus bastardas pasiones, ni lamido el suelo de los alcázares, ni frecuentado el trato de los grandes de la tierra, ni conquistado una posición á costa de cien perfidias y un millon de bajezas, ni rebuscado su gloria en los bazares de la ignominia, ni oprimido á sus inferiores, ni maltratado á sus iguales; esos hombres tan sencillos como grandes, tan honrados como inteligentes, tan constantes como infortunados; esos hombres necesitan un historiador-poeta, que encuentre maravillas en el pétalo de una flor, prodigios en un insecto, armonías donde para otros hay silencio, oro en la arcilla, y esplendente gloria en la obscuridad mas completa.

Los trabajos de Bernardo de Palissy, pobre y obscuro alfarero de la Chapelle-Biron, en el Perigord, sus meditaciones, sus infortunios, la heroica constancia de su laboriosa existencia; la unión de sus melancólicos escritos no están al alcance, no, de vulgares historiadores, que solo descubren heroísmo en las batallas, grandeza en los monarcas y virtud en los hipócritas; Palissy y su poética biografía se asemejan á esas mariposas de pintadas alas, de riquísimos y suaves matices, que yacen abandonadas en los gabinetes de zoología hasta que penetra en ellos un naturalista de genio y de corazón, que las analiza y examina con el brillante prisma de su sensibilidad exquisita y de su claro talento.

Entonces, el humilde alfarero salta del sepulcro, radiante de belleza, y los entusiastas de todo lo que honra á la humanidad, contemplan bajo su verdadero punto de vista al pobre artífice cuya grandeza no habian siquiera sospechado; entonces se comprende que las gerarquías, las posiciones, el esplendor de la gloria, las magnificencias del lujo, son innecesarias para obtener un puesto honroso en los anales del linaje humano; entonces se persuade el mismo que sin tener la fama de César, ni el renombre de Napoleón, se puede inspirar la musa histórica de Alfonso de Lamartine.

El gran historiador, el gran poeta, el admirador entusiasta de todo lo bello, de todo lo noble de todo lo que descubre progreso, civilización, virtud, heroísmo; de todo lo que eleva al hombre sobre el fango de las pasiones groseras y de los apetitos materiales; el genio melancólico y profundo, religioso y elocuente, que, en su cristiano celo, adora el mundo porque es el poema de Dios; el narrador sublime, el filósofo de la belleza, el cantor de Homero, de Sócrates, de Colón, de Juana de Arco, es decir de la poesía, de la virtud, de la fé, del patriotismo, ha tenido tambien inspiraciones, y alabanzas, y recuerdos para Bernardo Palissy: ha escrito su biografía, imponiendo al lector la necesidad de amar al personaje, y de admirar con generosa envidia al biógrafo: ¡gloria al insigne historiador!

He aquí algunos fragmentos de la biografía de Bernardo Palissy, que tomamos de *El Civilizador*, porque sería jactanciosa vanidad redactarla nuevamente despues de Lamartine.

II. Los años 1521-1522.

«Llamábase Bernardo de Palissy: trabajaba en el tejat de su padre, amasando la tierra y cociendo las tejas; pero atormentábase esa pasión de hacer bien lo que se hace, que conduce al hombre reflexivo á hacer mejor lo que vé hacer, y que acaba por ponerle en posesion de todos los descubrimientos en los trabajos del espíritu ó de las manos. Manejando su grosera arcilla, y contemplando sus tejas endurecidas, enrojecidas, transformadas en fuego del horno, pensaba en las formas, en los relieves, en las asas, en los adornos, en las figuras de los vasos que se modelaban ya en su pensamiento, en la pasta y en el esmalte con que habia de colorear un día sus obras maestras de alfarería.»

Mas adelante continúa:

«Pero mientras el Occidente creaba, perdía y se esforzaba por recobrar la alfarería, el viejo Oriente fabricaba sin que la Europa lo supiese, desde hace millares de años, las porcelanas

transparentes pintadas, y coloreadas, lujo secular de los chinos y japoneses. Habían estos llegado á tal perfección en la pasta, en las formas, en los colores de esta industria, que apenas podemos rivalizar con ellos imitándolos: si la prioridad en el arte de dar formas á la arcilla, hubiera de tomarse como medida de la civilización material, sería forzosó humillar el Occidente ante el Oriente. Los anales mas remotos de la China han perdido hasta la fecha de la antigüedad de las porcelanas.»

«Pero estas maravillas del Oriente eran todavía desconocidas para el Occidente en el siglo XIV. El barro barnizado se presentó por primera vez en los pavimentos de la granadina Alhambra y en las mezquitas de los moros españoles. La Arabia introdujo este arte en la Europa. Un siglo mas tarde se dió á conocer en Italia.»

«En tal estado se hallaba la alfarería, cuando trabajaba en su tejear Bernardo Palissy sus tejas, sus ladrillos, y sus vasijas para agua, vino y aceite. Pero ¿qué podía saber de los secretos del artista, el pobre bracero, ignorante, sin modelos, sin libros, sin guías, en la choza de rudos campesinos, en medio de los bosques y pantanos de la Saintonge! Y sin embargo, el arte que se dedicó en todas partes, al culto deífico, como si quisiera volver á su origen y divinizar á sí mismo mezclándose con las cosas santas, se presentó al joven alfarero á través de todos los esplendores de los dibujos góticos de los pintados vidrios de su iglesia.»

«Comprendió que el vidrio, que dejaba pasar los rayos del sol hasta el templo, y que incrustaba las maravillosas escenas de la Biblia y del Evangelio no eran otra cosa que una tierra ó una arena mas trabajada por la mano del hombre, mas endurecida por el fuego, y que han llegado á tener la transparencia del cristal de roca, merced á procedimientos que parecen una magia del trabajador. Desde aquel día parecióle fango la tierra que manejaba, porque se presentaron á su imaginación una magia que imitar, y otra que describir. Dejó el taller paterno y empezó su aprendizaje con artistas vidrieros, asimilados á la sazón con la nobleza por la ciencia y dignidad de su origen.»

«Los cristales eran el poema de la vista para el pueblo que frecuentaba las iglesias.»

«Bernardo Palissy para hacerse capaz del arte que había adoptado, aprovechó horas de la noche y lo superfluo de su salario para instruirse en todas las ciencias del cálculo y de la mecánica que tenían relación con su oficio. Su espíritu, á la vez ardiente é infatigable, se formó al mismo tiempo que sus dedos. Aprendió rápidamente la geometría, el dibujo, la pintura y la escultura elemental.»

«Haciéndose alfarero se había hecho poeta y escritor.»

«Un instinto desconocido conduce al niño de genio y al artesano que ambiciona la perfección, á dejar su país natal y viajar. El uno como el otro creen sin duda encontrar mas allá de su horizonte material otro horizonte moral en el que se les aparecieran cosas ignoradas.»

«Palissy fué á trabajar de ciudad en ciudad hasta llegar á Tarbes, situada en un llano frente á los Pirineos, y donde á la sazón florecía la pintura sobre cristal. Encantado por aquel pintoresco panorama que delante de él se extendía, sintióse pintor contemplando aquel cuadro de la naturaleza.»

«Causóle fastidio la uniformidad del taller de Tarbes, y viajando como dibujante y diseñador de imágenes, ganó su vida perfeccionando su mano y ensanchando sus ideas. Recorrió pintando todas las provincias de Francia, desde Marsella á Flandes, y las márgenes del Rin.»

«Hijo solitario de la naturaleza, ella era á la vez su maestro y su paleta.»

«Pero si un instinto aleja en la primera juventud de su país al trabajador, otro instinto le hace regresar cuando ya ha visto lo que tenía que ver. Aunque el hombre es un ser nómada, tiene sin embargo, como el árbol, raíces invisibles en el corazón y en la memoria que le retienen en su cuna ó le hacen volver á ella.»

«Palissy había llevado de su país natal, al partir para dar su

vuelta por Francia, una de esas imágenes vivas que le llamaban á la patria.»

«Se casó y fundó una familia, con escasos bienes de fortuna, con un trabajo asiduo.»

Trató primeramente de atender á ella, empleándose como geómetra en la medición de tierras de la Saintonge.»

«Este trabajo no le separaba del objeto de su constante estudio, la tierra.»

«Cansado al fin del oficio lucrativo, pero temporal y estéril de agrimensor, volvió á su casa, y al lado de su mujer, decidido á intentarlo todo por ella y sus amados hijos, y á inventar ó morir trabajando.»

III.

Al llegar á este periodo de la vida de Bernardo Palissy el gran historiador deja su pluma y se transforma en oyente: abre el libro de Palissy, titulado *Del arte de la tierra*, y lee.

Nosotros quisieramos imitarle; pero el espacio nos falta.

La narración de sus desventuras y contrariedades, de su inagotable constancia y heroicos esfuerzos es un modelo de elocuente sencillez.

Como casi todos los grandes hombres fué horriblemente perseguido por la fortuna: sus conocidos consideraban justa la miseria que sufría; teníanle por loco, y cuando quemaba sus mesas y las tablas del pavimento de su casa para conservar el fuego de su horno y engrandecer su arte, decían que era muy natural muriese de hambre quien abandonaba su oficio. La injusticia de los extraños, lejos de encontrar compensación en el seno de su familia, se agravaba y hacia mas acerba.

Diez años transcurrieron entre mofas y sarcasmos: posteriormente se maravillaba de que no le hubiese consumido la tristeza.

IV.

«Dios y el arte,—continúa Lamartine,—que quieren ser vencidos, el uno por la paciencia, el otro por el trabajo, le cedieron al fin, en edad avanzada, la victoria. Su nombre se extendió con sus obras, y el precio de sus libras de tierra esmaltada y de sus esculturas de arcilla volvió á levantar su casa y su familia. La gloria y la fortuna á un tiempo mismo visitaron aunque tarde sus hornos. Sus obras, al principio imperfectas, pero en las que se revelaba el vigor de un nuevo arte, producto de sí mismo y no de ninguna rutina, adornaron las quintas y los palacios. Paris, á donde Catalina de Médicis había llamado al genio y las artes, le atraía.»

«Los grandes le acogieron; los pequeños le envidiaron; el mariscal de Montmorency le protegió; Catalina le dió un local para sus hornos é iba á verle trabajar.»

«En aquella época feliz y honrada de su vida fué cuando hizo sus innumerables obras maestras de alfarería.»

«Una sala del Louvre está dedicada casi entera á las minucias maravillas de Palissy. La proximidad de los lienzos de Rafael y de los mármoles de Miguel Angel no obscurece la gloria del alfarero.»

«Pero aquella gloria, aquel favor de las cortes, aquella popularidad de sus obras en toda la Francia y hasta en España é Italia, aquella fortuna descanso de su ancianidad y herencia de sus hijos, no satisfacían al obrero. Sentía que tenía dentro de sí mismo otra cosa que formar su alma.»

«La vida inmortal le ocupaba mas á medida que avanzaba en años, que la vida mortal.»

«Desde su infancia y durante todo el curso de su aprendizaje, de sus viajes y de sus luchas cuerpo á cuerpo con la tierra, la pasión de Dios le había conducido, sostenido y consolado.»

«En aquella época, la reforma nacida de los abusos introducidos por los Médicis, preludiaba la libertad de pensar. La familia de los Palissy, y él mismo, eran de la religión reformada; y sufrían las persecuciones de la dominante.»

«Su genio le preservó de la matanza de Saint Barthelemy, y

tal vez tambien la humildad de su condicion y la dulzura de su carácter.»

«Las protecciones de la corte salvaron á Palissy; ocupó primeramente sus ocios, y luego su cautividad, en escribir sobre su arte, su alma y su fé. El estilo se engrandecia en él con la experiencia y con los años. No reconocemos ninguno en francés mas bíblico y mas moderno al mismo tiempo.»

«El principal libro de Palissy, en su edad madura es una coleccion de meditaciones filosóficas, religiosas, artísticas, y sobre todo agrícolas, que titula *Mi jardín*. Es el Salomon de los obremos; descansando á la luz del sol poniente de su penosa y santa vida.

«El alfarero llega hasta el lirismo, y el cántico del profeta se mezcla con el trabajo de sus manos.» — *La tierra seria bendecida si el hombre la trabajara. — No hay tesoro igual á las yerbecitas de los campos mas despreciadas.*



Bernardo de Palissy.

viviérais en vuestra religion entre los fuegos y matanzas; pero estoy ahora tan apremiado por los de Guisa y por mi pueblo, que me veó obligado á ponerlos en manos de mis enemigos, y sino os convertís seréis quemado mañana.

— Señor, — contestó, — estoy pronto á dar el resto de mi vida por el honor de Dios. Me habeis dicho muchas veces que os compadeçais de mí, y yo á mi vez os tengo compasion á vos, que habeis pronunciado estas palabras *me veo obligado*! Eso no es hablar como rey, señor; y son palabras que ni vos, ni los Guisas, ni vuestro pueblo podrán jamás hacerme pronunciar. ¡SÉ MORIR!

«Los cortesanos que acompañaban al rey, se indignaron cuando debían admirarse.»

«Enrique III, mejor que su corte, en consideracion á las hermosas obras de Palissy, que adornaban sus palacios, y en memoria de su madre, no consintió en entregarle á los Guisas y dejó á la vejez y á la naturaleza que concluyeran con el condeñado. Espiró mártir voluntario, en los calabozos de la Bastilla, y no recibió su libertad sino con la muerte.»

«¡Ah! Palissy estaba dentro de los muros y de los fosos de una prision, separado de su mujer por la tumba, y de sus hijos por el cautiverio, de los horizontes del Sena por la proscripcion, del trabajo de su oficio por la vejez, de sus hermanos de religion por el martirio, cuando escribía esto, y consolábase en su pensamiento de su ruina, de su prision y de su cercana muerte.»

«Montaigne no le excede en libertad; ni Rousseau en vigor; ni la Fontaine en gracia; ni Bossuet en energia lírica. Como ellos, sueña, medita, llora, escribe y canta.»

«Su antiguo patrono se compadeció de aquel anciano próximo á morir en las cadenas y á cambiar únicamente de sepulcro. El rey Enrique III fué á visitarle en su prision, desoso de ponerle en libertad concediéndole perdon á cambio de una ligera condescencia respecto á su fé.»

— Buen hombre, le dijo el rey, hace cuarenta y cinco años que estás al servicio de mi madre y al mio; hemos tolerado que

«Bernardo Palissy es el modelo mas perfecto del obrero; por su ejemplo, mas que por sus obras, ha influido en la civilizacion. Es el patriarca del taller, el poeta del trabajo manual de los tiempos nuevos, el alfarero de la Odisea, de la Biblia, del Evangelio.»

«Algunos dirán: No manejó mas que arcilla.»

«¿Qué importa? La grandeza no está en el oficio, sino en el carácter. Si este hombre es pequeño, ¿quién es grande!

Luis de CASTRO.

UN DIA DE ESTOS.

El hombre, el inventor de la cama, del sofá, de la litera, del coche, de la hamaca, de la poltrona y hasta de la albarda, es el mas perezoso, el mas haragan de todos los animales, que se hospedan en esta posada redonda. No lo dudes, lector de mis pecados; si eres astrónomo y te desojas escudriñando las estrellas, lo haces por el gustazo de estar panza arriba; si eres farmacéuti-

co y te despetañas herborizando en los valles, lo haces por el placer de estar panza abajo. Hasta en el ejercicio mas activo por su naturaleza, en la caza, procuras no lastimar el decoro de tu pereza; un jaco te lleva al puesto, un reclamo te entrega la pieza, un plomo te la mata, un perro te la trae; y por fin de fiesta, el jaco te devuelve á los brazos de tu esposa á la hora de cenar y dormir.

Todas las obras, que hasta hoy te has atribuido, pueden dividirse en tres grupos, designándolas con estos adjetivos: insignificantes, considerables y maravillosas. Preciso es confesar que las primeras, tales como desdoblar un pañuelo, partir una avellana ó encender una pipa, las ejecutas tú con una precision y una maestría sorprendentes; salvo si eres colono americano, en cuyo caso encomendarás esas faenas á una ingeniosa máquina llamada esclavillo. Por obras considerables entiendo aquellas cuya ejecucion no está al alcance de la multitud, como un campanario de monjas ó una zarzuela de brocha gorda; estas son hijas de la casualidad, ó nacen espontáneamente y por virtud propia; no siendo otra cosa el que llamamos autor de ellas, sino el arcaduz por donde pasaron. Las maravillosas, escasas en número, tienen distinto origen: tú, lector mio, si has viajado, habrás visto aquí un castillo, allá un puente, acá un acueducto, acullá una catedral: la curiosidad te debe haber movido á preguntar el nombre del autor de cada uno de esos prodigios; y mozos y viejos te habrán respondido unánimes que el artífice fué el diablo. ¿Lo entiendes? El diablo, no el hombre. No hay que darle vueltas, lector repantigado; el ser racional vive holgando, como el pez nadando; y todo nuestro trabajo, desde Adam hasta Faustino I, estaria espléndidamente retribuido con un puñado de calderilla.

A semejantes reflexiones, absurdas, si así lo quieres, me condujo dias pasados la observacion de lo que está ocurriendo en mi casa desde tiempo inmemorial. Si cada casa es un mundo, yo puedo forjar un mundo modelado por mi casa. Ello es que mis amables convecinos son ineptos, holgazanes, poltrones; pero en cambio acogen con entusiasmo cualquier pensamiento de trabajo, y se deciden á ponerlo por obra *un día de estos*. Sobradamente sabes tú, lector de mi vida, que *un día de estos* quiere decir *un día de estos* que pasamos mano sobre mano; *un día de estos* aprovechados en roncar; en fin *un día de estos* que por aquí se usan.

Figurate la mas provista y regalada lonja de ultramarinos, que en el lienzo de tu imaginacion pueda bosquejar el pincel de tu deseo, y alcanzarás una copia de la que me cabia el honor de ver en el piso bajo de mi casa. El lonjista, hombre diligentísimo, si los hay, notó, hará cosa de año y medio, el mal estado de sus tubos de gas, y para evitar un incendio, resolvió componerlos *un día de estos*. Pero el diablo del gas se inflamó *una noche de estas*, y tuvimos que huir por los tejados en paños menores. El edificio no sufrió detrimento que de contar sea, pero las mercancías ardieron como Judas de sábado santo, y no se salvó ni un triste abadejo para narrar la catástrofe. —Don Epifanio, decíamos todos al lonjista, ¿es tolerable que por un descuido de V. ? —Mi mala estrella, señores, mi mala estrella: yo habia pensado componer los tubos *un día de estos*. —Eso ya varía de aspecto; si V. lo habia pensado, no se le puede exigir mas; y bien mirado, todavía está V. á tiempo. Con que á dormir, que es gran recurso. Todos los vecinos volvimos satisfechos á nuestras respectivas alcobas, y yo oí á dos, que iban diciendo por la escalera: —¡Este don Epifanio está en todo! ¡Mire V. como echó de ver la rotura de los tubos! —¡Bonito es él! ¡Ya verá V. como los pone á la vela *un día de estos*!

Nuestro casero don Fidel se ha reservado el entresuelo: de este buen señor no he de murmurar, porque los caseros han sido siempre mi debilidad, y pasión quita conocimiento. Desde el año 40, sin ir mas lejos, me está ofreciendo poner *un día de estos* chimenea francesa en mi gabinete; sin embargo, ahora dice que lo ha suspendido, porque en vista del fuego de la lonja, lo que corre mas prisa es asegurar la casa de incendios *un día de estos*.

Por lo que hace á D. Marcos, el vecino del cuarto principal,

no hay razon alguna que me obligue á callar sus defectos. Don Marcos está empleado en treinta mil reales: perdona, lector mio, la locucion, porque no sabia cómo decirte la cosa, ignorando el nombre del destino: tampoco lo sabe D. Marcos, pero él lo averiguará *un día de estos*. Vive con su esposa, que es toda una matronaza, y con un primo de esta, oficial carlista, que vino á pasar una temporada en la corte cuando lo de Maroto, y siempre ha dicho que se irá *un día de estos*. Dió nuestro marido en sospechar no sé qué de su huesped, y determinó esclarecer sus dudas *un día de estos*. La casualidad le metió por los ojos lo que habia en el asunto, y juró D. Marcos plantar al primo en la calle *un día de estos*. De la señora solo te puedo decir que es un tesoro de respeto y amor á su marido: no se cansa de predicarle al otro: —Primo, es preciso que *un día de estos* concluyamos.

El cuarto segundo es mi morada, aunque mas parece mi negra, porque no tiene otra luz interior que la que recibe por una angosta y fementida ventana, que me ha servido para adquirir los datos de este articulejo. Vamos yo vivo con suma incomodidad, y hace trece años que estoy resuelto á marcharme *un día de estos*.

Nuevos son los inquilinos del cuarto tercero, y aun no he podido enterarme de sus mañas; sin embargo, la otra tarde oí á marido y mujer este corto diálogo. —Pancracio, en cierta ocasion me dijiste que ibas á presentarte á un ministro. ¿Por qué no lo haces ahora que estamos á la cuarta pregunta? —Tienes razon, Eduvigis; ya veré *un día de estos* á D. Felipe. —¡Desventurada de mí! ¿Con que era D. Felipe! ¿Pues no sabes que murió asmático en el pasado invierno? —Cierto, querida mia; y eso no deja de ser un inconveniente para que S. E. me coloque; pero no te apures, su yerno será ministro *un día de estos*.

Las bohardillas estan habitadas por gente un tanto soez y desalmada, que, cuando me saluda lo hace con una mano en el sombrero y otra en la navaja; contestando yo siempre con la mayor urbanidad, y sin perjuicio de montar una pistola por debajo de la capa. Toda esta mimica va á parar en camorra *un día de estos*. Como el lenguaje de estos ciudadanos es distinto del nuestro, nunca dicen lo que con tanta frecuencia repiten los demas vecinos; pero se valen de otra frase que en sustancia significa lo mismo. Ayer subia á su camaranchon una odre de vino en figura de zapatero de viejo. Su dulce esposa le asistia, pellizcándole de lo lindo, mientras así conversaban: —¡Morrat! ¿Son estos los pespuntes que has echao? —Déjalo estar, Alifonasa; *mas dias hay que longanizas*. —¡Esa es muestra caena; que si hubiera *mas longanizas que dias* otro gallo mos cantara!

Burla burlando he subido noventa y tres escalones, y necesito algun reposo. Echarás de menos, lector atentísimo, la moraleja de mi discurso, pero yo me excusaré, haciéndote notar, que la ensalada ha de de servirse limpia y enjuta, para que cada quisque la aderece á su sabor. Ensalada dije, y como tal has de tirarte al colete este articulo entre las exquisitas viandas con que la Sra. *Avellaneda* y los Sres. *Castro*, *Madrazo* y *Alarcon* han regalado tu paladar. Adios, y cuenta con otro articulo excelente que pienso escribir *un día de estos*.

ENRIQUE DE CISNEROS.

CAUSAS CELEBRES.

EL CLAVO,

POR PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

(Continuación.)

Ruborizado quedéme al ver adivinados mis pensamientos.

—Señora, repliqué: fui un necio al decir á V. las galante-rías que cualquier hombre prodiga á la primera mujer bonita que se encuentra. Ahora conozco cuánto vale V., y cuánto debio crecer á sus ojos. Creo que no se le ocultará á V. el nuevo

y mas profundo sentimiento con que la hablo. Señora, no me diga V. su nombre: me bastará con que no olvide el mio. ¡Dios haga á V. mas feliz de lo que es actualmente!

La jóven sonrió con melancolía; tendiome una mano con exquisita gracia y murmuró:

—Hasta nunca.

Yo estreché aquella mano linda y delicada, mano de virgen, de encantadora, de serafín, y terminé con un saludo aquella escena que tanto daño me hacia.

En esto llegó un coche al parador.

Un lacayo con librea negra avisó á la desconocida.

Subió ella al carruaje; saludóme de nuevo y desapareció por la parte del mar.

Dos meses despues volví á encontrarla.

Sépanos dónde.

V.

OTRO VIAJE.

¡Silencio! las campanas

tocan á muerto.....

¿Si habrá muerto la niña
de ojos de cielo?

TRUEBA.

A las dos de la tarde del 1.º de noviembre de aquel mismo año, caminaba yo sobre un mal rocin por el arrecife que conduce á ***, villa importante y cabeza de partido de la provincia de Córdoba.

Dirigíame á *** con el objeto de arreglar unos asuntos de familia y permanecer tres ó cuatro semanas casa del juez de primera instancia, íntimo amigo mio, á quien conocí en la universidad de Granada cuando ambos estudiábamos, él el sexto y yo el primer año de jurisprudencia. Allí simpatizamos, cultivamos nuestra amistad y fuimos inseparables. Despues no nos habíamos visto en siete años.

Segun iba aproximándome á la poblacion, término de mi viaje, llegaba mas distintamente á mis oídos el melancólico clamoreo de muchas campanas que tocaban á muerto.

No sé por qué me estremecí.

Y en verdad que es muy extraño entrar en un pueblo al son de un doble fúnebre. Créese que se arriba á una necrópolis, á una ciudad habitada por finados y henchida de sollozos. O tèmese, como yo temia, que aquella coincidencia augurase algun acontecimiento aciago.

Sin embargo, aquel lúgubre repique era muy natural, en atención á ser la víspera del día de Difuntos.

Mas no por esto dejé de llegar á los brazos de mi amigo con un humor de todos los diablos.

El conocí al momento mi preocupacion.

—¿Qué tienes? me dijo.

—Hombre, seré franco, le contesté. Nunca he merecido, ni pienso merecer que me eleven arcos de triunfo á mi entrada en alguna poblacion; nunca he experimentado ese inmenso júbilo que llenará el corazon de un grande hombre en el momento que un pueblo alborozado sale á recibirle, mientras las campanas se desgañitan á vuelo, y....

—¿A dónde vas á parar?

—A la segunda parte de mi oracion. Y es: que si no he experimentado los honores de la entrada triunfal, acabo de ser objeto de otra muy parecida, aunque enteramente opuesta. Confiesa, querido amigo, que esos clamores funerales que me saludan á mi entrada en *** hubieran ennegrecido el humor mas jovial del universo.

—¡Bien por mi vida! replicó el jóven juez, á quien llamaremos Joaquín del Zareo. Vienes muy á mi gusto. Esa melancolía cuadra perfectamente á la tristeza de que me siento poseído....

—¡Tú triste!.... ¿De cuándo acá?

Joaquín se encogió de hombros.

En esto penetramos en su elegante y modesta casa.

—¡Diantre, amigo mio! no pude menos de exclamar: vives muy bien alojado.... ¡Qué orden, qué gusto en todo! ¡Necio de mí.... ¡Ya caigo! Te habrás casado....

—No me he casado, respondió el juez con la voz un poco turbada; no me he casado, ni me casaré nunca....

—¡Qué variacion tan estupenda, Dios mio! ¿Con que nunca te casarás? ¡A la verdad que no te comprendo! ¡Tú.... tan partidario del séptimo sacramento! ¡Ah! sí.... ahora recuerdo.... Por eso me escribirías el año pasado aquella carta fatalista en que me recomendabas el celibato como el mas corto y seguro camino del cielo.... Luego te me pintabas sumido en la mas negra desesperacion.... —Esto es hecho: á tí te ha sucedido algo que merezca oírse.

—¡A mí! respondió Zareo, estremeciéndose.

—¡A tí! repliqué yo. Y vas á contármelo. Tú vives aquí solo, encerrado en esa grave circunspeccion que requiere tu destino, sin tener un amigo á quien contar tus debilidades de mortal. Ya sabes que soy tu amigo: ve si puedo servirme de algo.

El jóven juez me estrechó las manos con un movimiento convulsivo.

—Sí.—Sí.... murmuró; lo sabrás todo, amigo mio; ¡soy muy desventurado!

Luego se serenó un poco y añadió.

—Lo mejor que puedes hacer es vestirme: esta tarde sube toda la poblacion al cementerio: está en el campo.... Si te parece iremos juntos, y por el camino te contaré la historia de unos amores que han marchitado toda mi vida.

Hice lo que me aconsejó mi amigo; me vestí, y una hora despues caminábamos por una calle de cipreses con direccion al panteon de ***

Zareo me habló en estos términos.

VI.

MEMORIAS DE UN JUEZ DE PRIMERA INSTANCIA

I.

—Hace dos años que estando de promotor fiscal en ***, obtuve licencia para pasar un mes en Sevilla.

En la fonda en que me hospedé vivía hacia un mes una hermosísima jóven que pasaba por viuda, cuya procedencia, así como el objeto que la retenia en Sevilla, era un misterio para los demas huéspedes.

Su soledad, su extraña vida, cierto velo de tristeza que la envolvía y sobre todo su peregrina habilidad para el canto, eran objeto de mil conversaciones, de mil conjeturas, y no tardaron en despertar en mí una invencible inclinacion hacia aquella mujer.

Sus habitaciones estaban exactamente encima de las mias.

Esta circunstancia hizo que nos viesemos con alguna mas frecuencia; nos saludamos en la escalera dos ó tres veces; hablamos alguna que otra palabra en nuestros encuentros ya en el pascio, ya en el teatro, y al poco tiempo nos aperecimos ambos del placer con que nos veíamos.

Yo habia sufrido.... tú lo sabes. Yo era grave y triste. Esta tranquilidad mia cuadraba perfectamente á la rara existencia de aquella mujer.

Ni nunca busqué medios de hacerme visita suya, ni la perseguí con una enojosa curiosidad como otros inquilinos de la fonda.

Este respeto á su misantropía ¿no decia á las claras que yo comprendia todos sus dolores y desesperaba de curarlos?

Tal idea debió halagar su orgullo de paciente, y me miró desde entonces con cierta deferencia, como si ya nos hubiésemos revelado uno á otro.

Quince dias habrían trascurrido de esta manera, cuando una casualidad me acercó mas á la desconocida.

Un factor de un almacen de música dejó en mi cuarto la *Cenerentola*, en ocasion que yo habia salido.

A mi vuelta vi los papeles; pregunté y comprendí que el factor había equivocado el piso, dejando en mi cuarto aquella ópera en vez de subirlo al de la joven.

Me encaminé, pues, al cuarto segundo con la *Generentola* en la mano.

La desconocida me recibió perfectamente: yo la expliqué aquella equivocación; la hice un elogio de sus disposiciones musicales; permanecí circunspecto aunque afectuoso, y me levanté para irme.

—Caballero, me dijo entonces; pues que V. no sale después de comer y tan aficionado es al canto, no tiene necesidad de oír desde tan lejos mi pobre voz. Tendré una satisfacción en que venga V. á mi casa siempre que guste.

Yo oculté mi placer; la dí las gracias y salí.

Pasaron ocho días, durante los cuales no me atreví á aprovechar el ofrecimiento de la desconocida, aun á riesgo de pasar por descortés á sus ojos. Y era que estaba perdidamente enamorado; era que conocía que en una pasión con aquella mujer no había término medio, sino delirio de dolor ó delirio de placer; era que le temía, en fin, á la atmósfera de tristeza que la rodeaba.

¡Ah! Yo sabía que el amor que empieza por una lágrima acaba por un océano de llanto y de amargura.

Sin embargo, después de aquellos ocho días, subí al piso segundo.

Permanecí allí toda la velada: la joven me dijo llamarse Blanca, cantó, habló y me enajenó siempre y en todo.

A la noche siguiente volví, y á la otra noche también, y ya en fin todas las noches.

Nos amábamos, y ni una palabra de amor nos habíamos dicho.

Pero, hablando del amor, había yo tenido lugar de establecer toda la importancia que daba á este juego, toda la vehemencia con que yo amaría, todo lo que necesitaba mi corazón para ser feliz.

Ella, por su parte, me había manifestado que pensaba del mismo modo, añadiendo que una impremeditación en asuntos de amor abre un río de llanto para toda la vida.

—Yo, dijo una noche, me casé sin amor á mi marido..... Poco tiempo después le odiaba..... ¡Hoy..... ha muerto! Mi corazón teme, sufre y calla. Yo comprendo el amor de esta suerte; es la gloria ó el infierno.

Aquella noche no dormí.

La pasé analizando las últimas palabras de Blanca.

¡Qué superstición la mía! Aquella mujer me causaba vértigo.

Entre tanto espiraba el mes de licencia.

Podía pedir otro pretextando una enfermedad; pero ¿debía hacerlo?

Yo consulté á Blanca.

—¿Por qué me lo pregunta V. á mí? repuso ella cogiéndome una mano.

—Mas claro, señora, respondí: yo la amo á V..... ¿Me voy de Sevilla?

—¡No! respondió Blanca palideciendo.

Y sus ojos negros dejaron escapar un torrente de voluptuosidad.

Tal fue la conquista de una de las mujeres mas difíciles que he encontrado: dos palabras.

Para rendir á las débiles, necesitas apurar el diccionario de la lengua y de las majaderías.

II.

Pedí dos meses de licencia y me fueron concedidos.

Mis relaciones con Blanca no fueron amor, fueron delirio, locura, fanatismo.

Lejos de atemperar mi pasión la posesión de aquella mujer extraordinaria, exacerbóla mas y mas: cada día que pasaba descubría nuevas afinidades entre nosotros. En mi alma como en la suya brotaban á cada instante misteriosos temores.

Temíamos perdernos.

—Un amor cualquiera necesita esta duda para alimentarse, para no decaer; por eso se ha dicho que toda relación ilegítima es mas vehementemente que el matrimonio; pero un amor como el nuestro hallaba recónditos pesares en su precario porvenir, en su inestabilidad, en su carencia de lazos indisolubles.

Blanca me decía:

—Yo nunca esperé ser amada por un hombre como tú, y después de tí no veo amor ni dicha posibles para mi corazón. Joaquín, un amor como el tuyo es una necesidad en mi vida: moriría ya sin él; sin él moriría mañana..... Dime que nunca me olvidarás.

—Casémonos, Blanca, respondía yo.

Y Blanca inclinaba la cabeza con angustia.

—Sí, casémonos, volvía yo á decir, sin comprender aquella muda desesperación.

—¡Cuánto me amas! replicaba ella: otro hombre en tu lugar rechazaría esa idea si yo se la propusiese: tú, por el contrario.....

—Yo, Blanca, estoy orgulloso de tí: quiero ostentarte á los ojos del mundo; quiero perder toda zozobra acerca del tiempo que vendrá; quiero saber que eres mía para siempre. Tú conoces mi carácter: sabes que nunca transijo en asuntos de honor. La sociedad en que vivimos llama crimen á nuestra dicha..... ¿Por qué no hemos de redimirnos al pie del altar? Te quiero pura, te quiero noble, te quiero santa. Te querré entonces mas que hoy..... Acepta mi mano.

No puedo, respondía aquella mujer incomprensible.

Y este debate se reprodujo mil veces.

Un día que yo peroré largo rato contra el adulterio y contra toda inmoralidad en asuntos de amor, Blanca se conmovió extraordinariamente; lloró, me dió las gracias, y me dijo como siempre.

—¡Cuánto me amas! ¡Qué bueno, qué grande, qué noble eres!

A todo esto espiraba la prórroga de mi licencia.

Eramé necesario volver á mi destino.

Así se lo anuncié á Blanca.

—¡Sepárenos! exclamó.

—Tú lo has querido, contesté.

—¡Eso es imposible!.... Yo te idolatro, Joaquín.

—Blanca..... yo te adoro.

(Continuará.)

Un título de Castilla regaló á Carlos V un magnífico caballo de raza andaluza. El rey mandó á su bufon que le dijese la edad que tenía; pero este se quedó pensativo rascándose detrás de la oreja izquierda, hasta que el rey le dijo: ¿Qué haces? Estoy calculando, señor, por dónde le encontraré á este animalito la edad, pues mirándole la boca creo que no cumplo con el refrán que dice: «A caballo regalado no hay que mirarle el diente.»

Tenía Francisco I, padre de Enrique II de Francia, un bufon llamado Tribulet, á quien un conde amenazó con darle muerte por haberle hablado con mucha desvergüenza. Fuése Tribulet á quejarse al rey, y le contestó S. M. No temas nada, vive tranquilo, que al que tenga el atrevimiento de quitarte la vida, le mandaré ahorcar al cuarto de hora después; ya ves que la justicia no puede ser mas pronta. Señor, suplico á S. M., replicó el bufon, que le mande ahorcar un cuarto de hora antes de que me mate.

Un sugeto se presentó á cobrar una letra girada á la vista contra un cambiante ciego de nacimiento, el cual se negó á pagársela. El acreedor le citó ante un juez y fué condenado el cambiante al pago de la letra con las costas del juicio; pero este puso pleito al acreedor, y lo ganó alegando que no podía pagar á la vista siendo ciego.

Creemos que nuestros lectores leerán con gusto los siguientes fragmentos de un poema del Sr. Lima, jóven escritor de la patria de Camoens, ya por lo desconocidos que son entre nosotros los modernos poetas portugueses; sin embargo de ser nuestros hermanos, como por estar puestos en verso castellano por la distinguida poetisa Doña GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA, una de las plumas á quien debe mas la buena literatura contemporánea y no escasos favores las columnas del SEMANARIO.

EL ÚLTIMO Y EL PRIMER DÍA DEL AÑO.

Es media noche... la postrera hora
de un año que nos huye moribundo....
¡Cuántas ruínas y recuerdos lleva! —
á hundir de lo pasado en lo profundo!....

Es media noche.... del placer la hora.... —
hora de amor, y de misterio y calma.... —
que una vez á lo menos se consagre
al pensamiento y al sentir del alma!

¡Hélo allí!.... ¡llega el postrimer minuto
del año que se abisma en el olvido!.... —
¡el instante que llama al año nuevo
que va á salir de juventud vestido!

Se encuentran en un punto sus dos astros,
que contempla á la par mi alma medrosa;
surgiendo el uno de horizonte puro,
cayendo el otro en sima tenebrosa.

En aquel punto indefinible y rápido,
que apenas puede percibir la mente,
en el seno infinito de los tiempos
se unen el espirante y el naciente.

Dos eslabones de cadena inmensa
allí se enlazan.... casi se confunde
aquel pasado, que el olvido aguarda,
con el futuro que temor infunde....

Es solemne este momento....
¡pensad, mortales, pensad!....
que mas rápidas que un año
¡cuántas vidas pasaran!....

¿No sentís dentro del alma
profundo acento gritar: —
¡con esos años que vuelan
vosotros tambien os vais! —

Las ciudades, los imperios
destruye el tiempo voraz,
y hombres, y generaciones,
se suceden sin cesar.

Naturaleza y el mundo
tambien término tendrán....
¡la creación es caduca!....
¡de Dios es la eternidad!

De la existencia en la senda
ya dimos un paso mas....
que es solemne éste momento
¡pensad, mortales, pensad!

Al porvenir por doquiera
veo altares levantar....
¡demostrando culto á lo pasado
volviendo la vista atrás.

Con ciprés, que no con rosas,
vuestras frentes coronad;
que no hay nadie que no tenga
un recuerdo que llorar.

Es un instante solemne....
¡orad, mortales, orad!....
porque en las alas del tiempo
nuestra existencia se va!

¡Ya llegas, ¡oh año nuevo! y bien llegado
si te destina el cielo á ser propicio!

se fué tu antecesor, y por él tiene
la vida un mojon mas en su camino;
una hoja mas la historia del pasado;
la cadena del tiempo un nuevo anillo.
¡Huyó un año veloz!.... un año entero
hundióse de la nada en los abismos;
donde le has de seguir, tú, que comienzas,
cual el incierto, y breve, y fugitivo.
Aquel grano de arena imperceptible
en los mares inmensos de los siglos;
instante de la vida de los pueblos;
espacio de un mirar del infinito....
aquel año, que es nada para el mundo,
¡casi es la vida del mortal mezquino!....
¡y un año, un año entero ya reposa
en los helados senos del olvido!
Un año en el lenguaje de los hombres
solo indica del tiempo un breve giro;
pero es de la guirnalda de la vida
(aun para el jóven de esperanzas rico),
una flor mas que desprendida cae;
una fe mas que en humo se deshizo;
un desengaño mas que se atesora;
un sentimiento mas que se ha extinguido;
un trago mas del néctar ponzoñoso....
un paso mas para el sepulcro frio!

ARGENTO LIMA.

Version castellana por G. G. DE AVELLANEDA.

GEROGLÍFICO.



Director y propietario, D. EDUARDO GASSER.

Madrid. — Imprenta de la VIUDA DE PALACIOS.



La sombra del Caballero.

BALADA.

A LUIS DE EGUILAZ.

Encabeza este artículo una copia del cuadro mas notable de William Collins que es una balada en el pincel.

Dos niños de una aldea cansados de correr por las lindes de los centenos, sin otro afán que cazar mariposas ó celando pájaros adivinar sus nidos, van á abrir la rústica portilla que da entrada al prado para poner con las manos presas de arena al reluciente arroyo que se arrastra sin cauce tan jugueton como ellos; pero en el recodo que al llegar á la portilla forma el camino se presenta de pronto una sombra que avanza y ante la cual su atención se fija, obligándoles á dirigir los ojos hácia el cuerpo que la proyecta.

Es la sombra de un caballero.

La miran los dos niños con temor y alegría.

El temor que infunde siempre la superioridad.

La alegría de la curiosidad satisfecha.

Un caballero se dicen para sí, ¡quién fuera él!

—Tiene espada y espuelas.

—¡Quién fuera él!

—Será valiente é irá á la guerra.

—¡Quién fuera él!

—Ó vendrá de la guerra. No que va muy contento.

—¡Quién fuera él!

El ginete camina abandonado á su caballo que lleva buen paso como si conociese los pensamientos de aquel.

Es jóven el caballero, de esbelta apostura, por el traje revela ser principal, sus hermosos ojos brillan como en el combate; pero les falta la dulzura de la tranquilidad; quizá están en lucha sus ideas.

Queda la prenda de su corazón en la ventana del castillo que acaba de dejar, y ya no alcanza á ver el pañuelo blanco que se agita en señal de despedida, pero que al flotar en el aire se vuelve formando círculos hácia el castillo como para llamarle hácia él. Va á la guerra para comprar quizá con la muerte tan solo un triste recuerdo para los suyos. Le hace falta acreditar la primera cualidad del amor propio del hombre. Su valor cree que le hará regresar con un título ilustre á los brazos de su amada. Sueña el jóven caballero con el estruendo del combate y los deliciosos paseos por la alameda llevando del brazo el suave y torneado de la que lleva en el alma; sueña con volver victorioso precedido de clarines y rodar por el cerro herido ya y arrollado por la caballería enemiga.

Al ver á los niños que arrimados á la portilla le contemplan palpita dulcemente su corazón.

—Dichosos ellos, dice, que respiran el aire que ella respira.

—Dichosos ellos, que viven en amistad con las flores y los pájaros.

Se para el caballero para dar el último adiós á su amada.

Tiemblan los niños.

Repuestos un tanto del susto abren precipitadamente la portilla y echan á correr por el prado.

Al girar aquella, los goznes de madera que la sujetan forman un sonido que parece una queja, y al caer da un fuerte golpe en el tronco en que encaja.

La primera traspasa de dolor el corazón del ginete, el segundo espanta al caballo que parte á galope.

Dichosos ellos, va diciendo el caballero.

¡Quién fuera él! exclaman los niños que se han quedado inmóviles al verle partir.

EDUARDO GASSET.

EL CONVENTO DE S. FRANCISCO EN ORENSE.

D. Pedro Yañez de Novoa, chantre de la Santa Iglesia catedral de Orense, fué electo obispo de esta diócesis en el año de 1276, á la muerte de D. Juan Diaz; proponiéndole el cabildo á Su Santidad como el único sugeto capaz de reformar los graves abusos de las órdenes religiosas, y especialmente de los regulares de S. Francisco recientemente establecidos en la ciudad. Era el electo persona de carácter violento y poco sufrido, y tenía á su lado dos sobrinos de condicion fiera y de valerosa audacia; y así todos los que habian adquirido una prepotencia indebida en la poblacion temieron que el nuevo prelado, ya por sí mismo, ya auxiliado por sus parientes, adoptara medios de rigor propios para ordenar los asuntos públicos y para dirigir á los disidentes religiosos. Conocieron estos prontamente cuánto daño podria causarles un obispo tal como D. Pedro, y se dedicaron á impedir su confirmación, á cuyo efecto enviaron comisionados á Viterbo y á Roma, en donde residieran entonces los papas Juan XXI y su sucesor Nicolás III, y á la corte de D. Alonso X, que á la sazón gobernaba el territorio de las coronas de Castilla y de Leon.

Hallábase el Pontífice Juan gravemente ocupado en sosegar algunos estados de la Iglesia, harto turbados por las diferencias entre el poder eclesiástico y el temporal, y no le fué posible prestar atención á la causa de preconización de D. Pedro Yañez; dejando aquel papa sin resolver este punto cuando falleció en 19 de mayo de 1277.

Trataba el célebre monarca autor del código de las *Siete Partidas* de asegurar la herencia de sus hijos menores habidos en Doña Violante, hija de D. Jaime I de Aragon y hermana de Don Pedro III, y al efecto queria separar á los infantes Pedro, Juan y Diego de su hermano mayor D. Sancho, cuya ambicion temia; y esta fué la razon de que no tomara calor en el asunto de la confirmación de Yañez de Novoa para obispo de Orense.

La vacante por estas consideraciones se prolongaba, puesto que si bien habia prelado electo no llegaba su eleccion á ratificarse por la Santa Sede; y en este estado de cosas los abusos iban en aumento, los ánimos se enconaban, y las malas pasiones tomaban cuerpo. Los partidarios del chantre insultaban con frecuencia á los mendicantes franciscanos, apellidándolos con los nombres mas ofensivos; y estos religiosos devolvian las injurias, y tenían á su devocion otro partido poco menos numeroso y casi tan osado como el de los canónigos. Era de temer una pronta colision entre los dos bandos, tanto mas cuanto que los sobrinos de Yañez de Novoa agitaban á sus secuaces y los excitaban á tomar una venganza decisiva. Presagios funestos turbaban el reposo de los habitantes pacíficos de la capital y de la diócesis, y tenían afligidos á los hombres de prudencia y de juicio.

La exccision armada tuyo por fin lugar, comenzando en 1279; y aunque bien aconsejado D. Pedro la anatematizó saliéndose de la poblacion y marchando á Roma á activar el negocio de su preconización, sin embargo no se puso fin á la lucha, sostenida por los dos sobrinos, que se dieron á perseguir á los franciscanos y á todos sus afiliados de un modo cruel y sanguinario. Los atacados procuraron rechazar la fuerza con la fuerza; y la guerra empezó á producir sus tristes y naturales consecuencias de horror y de desgracias.

Inútilmente varones piadosos procuraron apaciguar aquel alterado y tormentoso mar, haciendo á cada uno de los contendientes cargos severos y juiciosas observaciones; porque, ciegos y desatentados unos y otros turbulentos solo trataban de ofenderse, no cuidándose del bien público, ni de lo que debian á su profesion y á su clase. La guerra puede decirse que se hacia de una parte por el clero secular y de otra por el clero regular; de modo que los individuos que por sus votos y juramentos debian dar el ejemplo de resignacion y santidad, provocaban los mayores escándalos é irrogaban notorios y trascendentales perjuicios.

Al cabo, la llegada en 1281 de un legado del papa Martino IV, que habia sucedido en 22 de febrero de aquel año á Nicolás III, quien era portador de órdenes severas para poner fin á la guerra eclesiástica de la diócesis de Orense y á la vez para ente-

rarse de la conveniencia ó inconveniencia de colocar en la silla episcopal á D. Pedro, calmó la tempestad asoladora que pesaba sobre los *aurienses*, y dió esperanzas de que pudiera venirse á un acomodamiento racional y prudente. El legado inquirió las causas y motivos de la oposicion de los frailes á la confirmacion del obispo electo, se informó de la conducta y de las circunstancias de este, tomó noticia de las pretensiones de los franciscanos, y oyó cuanto convenia saber acerca de los móviles é intereses que sostenian la division. Concedor de todo cuanto debia averiguar partió para Roma en fines de 1284.

Esperaban los orensanos pronto remedio en sus cuitas; y así hubiera sin duda acontecido si la muerte no se apoderara del pontífice Martino en 28 de marzo de 1285; mas este suceso, que motivó la eleccion de Honorio IV en 2 de abril siguiente, y el tener el nuevo jefe de la Iglesia necesidad de acudir con preferencia á las disputas entre los latinos y los griegos, agravadas por este tiempo, y de procurar la terminacion de la guerra existente en Sicilia y en Italia entre los reyes de Francia y de Aragon, detuvo la resolucion, prolongándola hasta un tiempo indefinido. Este llegó al fin, y en mayo de 1286 fué confirmado en el obispado de Auria D. Pedro Yañez de Novoa, consagrándose en junio y haciendo su entrada en la ciudad en el siguiente julio.

Durante la lucha entre los partidarios del prelado y los de los frailes franciscanos ocurrieron hechos terribles, que demuestran la barbarie de los tiempos; y uno de ellos fué el quebrantamiento del convento de aquellos regulares. Era la noche del 24 de noviembre de 1280, y un centenar de hombres comandados por los mismos sobrinos de Yañez atacaron el asilo religioso, se apoderaron de él, acuchillaron á los habitantes y arrebataron cuanto habia; saliendo luego fuera y poniendo fuego al edificio, que se quemó casi en su totalidad. Este atentado fué el que retardó la preconización de D. Pedro, porque le achacaban haberse ejecutado de su órden. La causa inmediata del quebrantamiento é incendio del convento parece que fué la siguiente. Uno de los secuaces del partido de los regulares dió muerte en la calle á un pariente del chantre, retirándose inmediatamente el homicida al convento, en donde halló amparo y defensa. Los sobrinos de aquel, parientes asimismo del asesinado, pidieron la entrega del asesino, y habiéndose negado los frailes á entregarlo se consumó el hecho del quebrantamiento y del incendio. Los religiosos hacian servir á sus intereses y peticiones el mal efecto que semejante acto causó en todo el país, y la corte de Roma se detenia en su decision ante la sospecha de que D. Pedro hubiera podido tener parte en el suceso. Yañez, sin embargo, demostró que estando él ausente y ya en la capital del orbe católico no pudo ser participante en el hecho ocurrido en Orense, y el cual habia llegado á su noticia por primera vez mucho tiempo despues de consumado. La demostracion del prelado pareció concluyente, y destruyó toda prevencion. Consagrado y posesionado ya el obispo, los padres de S. Francisco no descansaban ni se daban aun á partido, y ya que no podian molestar al prelado de otro modo, pedian al papa y al rey que obligara á los incendiarios á reedificar el convento que habian destruido. Nicolás IV, elevado á la silla de S. Pedro en 15 de febrero de 1288, y D. Sancho el IV de Castilla, que ocupaba el trono desde 1284 por muerte de su padre el rey D. Alfonso X y de su hermano mayor D. Fernando, llamado el de la *Cerda*, escucharon las reclamaciones de los inquietos religiosos, y despacharon Breves y Privilegios dirigidos á la restauracion del edificio, ordenando en ellos que sin levantar mano se construyera aquel convento. El obispo y el cabildo se oponian con teson á fabricar casa á los mendicantes, persuadidos de que estos siempre habian de ser enemigos de la autoridad episcopal y adversarios del capitulo; y por su parte acudian al pontífice y al monarca solicitando la derogacion de estos Breves y Privilegios.

Tal era el estado de la cuestion cuando el papa Bonifacio VIII, electo en 24 de diciembre de 1294, expidió letras, llamando á Roma á D. Pedro Yañez, y allí se entabló pleito formal sobre la edificacion del convento, en el cual recayó sentencia en 1307. Por esta se previno que el cabildo diera el sitio para el convento

y que el obispo le levantara á su costa. La sentencia fué mandada observar por D. Fernando IV, que habia sucedido á su padre D. Sancho en 1295. El cabildo obedeció dando el terreno; el obispo cumplió suministrando los fondos; y el convento comenzó á edificarse.

Restituido á su Iglesia el obispo Yañez de Novoa, murió al poco tiempo en 1308.

Tal es la historia de la construccion del convento de S. Francisco en Orense, cuya descripcion vamos á hacer de un modo breve. Está situado al Este de la ciudad, en un punto muy elevado cerca del cerro de Monte-alegre, y forma un gran cuadrilongo, que ocupa un terreno dilatado de mas de 1800 piés de circuito. Su fábrica es sencilla, de piedra sillar, con tres cuerpos, bajo, principal y segundo. Tiene dos claustros cuadrados, el viejo con arcos ojivos sobre columnas agrupadas, y sus bóvedas nerviosas están perfectamente trabajadas. La fachada principal mira al Norte; y en ella están la puerta de la Iglesia, que encaja en un arco abocinado de bastante mérito, y la entrada á la portería, que es un arco ojivo sencillo. Sobre los claustros habia corredores, á cuyos lados estaban las celdas; y en el ángulo de la Iglesia estaban las cátedras y la biblioteca. El templo es de gusto y de exquisito trabajo. Tiene una sola nave con columnas ojivas empotradas en el muro, desde las cuales arrancan los nervios que sostienen la bóveda; y los capiteles de las columnas agrupadas tienen caprichos originales que recuerdan el origen de la edificación del convento. En uno de ellos hemos visto el incendio del antiguo convento: en otro una figura de obispo trabajando á las órdenes de un fraile: en otro alegorías maliciosas; y en otros figuras raras y caprichosas que acaso en su día tuvieron su representación. Estos capiteles están estropeadísimos y cuesta gran trabajo reconocer las formas de los objetos esculpidos. La Iglesia recibe luces por diversas ventanas situadas en los costados, entre las cuales hay dos gemelas de rara construccion, y por un roseton que está sobre la puerta y que en algun tiempo debió tener vidrios de colores. En el arco de entrada, que tambien tiene mucha labor, sin duda, existe un bajo relieve alusivo á las luchas de los frailes con el prelado de la diócesis, porque se ve un fraile imponiendo á un eclesiástico; pero como á este arco le han cubierto modernamente con cal y le han blanqueado, no se distinguen bien los objetos.

Por lo que llevamos dicho conocerá el lector que el convento de S. Francisco de Orense es un monumento histórico y artístico; pero en él se han hecho tales obras con posterioridad al siglo XIV, en que se empezó, que apenas se conoce la fábrica primitiva. Solo en el arco de entrada, en la Iglesia y en uno de los claustros quedan vestigios muy notables de la antigua fábrica puramente ojival. Los agregados son de diversas épocas, y de distintos géneros de arquitectura por consiguiente; pero es tan tosco y pesado todo lo moderno, que no merece nos ocupemos de ello. Si pudieran limpiarse los capiteles de las columnas de la Iglesia y del claustro viejo, estamos seguros que proporcionarían materia para conocer el odio que los frailes de S. Francisco tuvieron al obispo D. Pedro Yañez de Novoa, porque en todos ellos se ven alegorías mas ó menos marcadas á este prelado.

Hoy el convento está sirviendo de cuartel, y se halla bastante deteriorado. Sin embargo, como su fábrica es de notable fortaleza, tiene aun largos años de vida. La Iglesia se halla bien conservada y está cuidada por exclaustros de la órden que habitaron en el convento hasta 1836.

PIO DE LA SOTA.

La deuda mas olvidada.

Pocos años há que vivia en Madrid un pobre castellano viejo, que siendo aun mozo y con regular salud, carecia del bien que mas general y seguramente disfrutan los pobres, un sueño tranquilo.

Don Alfonso Zamora dormia siempre mal: tardaba en visitar sus ojos el apetecido descanso, despertábase pronto, y le ator-

mentaba durante el sueño una pesadilla importuna. Tenia deudas Alfonso, le faltaban medios para pagarlas, y esta idea le perseguia en términos de no permitirle reposar ni una sola noche con sueño apacible y seguido.

Verse libre de deudas, pagar lo que debia, era el único deseo de Alfonso, la sola ventura que ambicionaba. «¡Cuán feliz seré (decia á cada paso) desde el instante en que no tenga acreedor á quien satisfacer! ¡Qué bien dormiré la noche que me acueste sin deudas!»

No eran muchas ni grandes las que desvelaban á D. Alfonso; mas para el pobre no hay deuda chica: deber mucho y roncar á pierna tendida es un privilegio que solamente disfrutan los ricos. Alguno de ellos ha dicho con sobrada razon que no debe pasar inquietud el deudor que no paga, sino el acreedor que no cobra.

Ignorando Alfonso tan cómoda máxima, se afanaba de día para cumplir sus obligaciones, y acongojábanse entre la sombra nocturna, considerando que no se le lograba dejarlas cumplidas.

Los apuros de Alfonso provenian de tres causas diferentes y análogas: desgracia, vanidad y debilidad de carácter. Esta última resume las otras: la vanidad es una flaqueza; el débil siempre suele ser desgraciado.

Padeció Alfonso una grave dolencia, durante la cual consumió sus limitados recursos y se empeñó.

Crecieron sus empeños con gastos que hizo, por no ser menos que algunos camaradas suyos, mas pudientes que él.

Perdió ocasiones de remediar sus necesidades, trabajando poco y dando lugar, con su excesivo encogimiento, á que le pagaran tarde, mal ó nunca.

Era pues D. Alfonso un hombre de bien, salvos algunos pecadillos de que pocos escapan. Con deudas que trampear, ¿cómo le habian de faltar embustes de que avergonzarse? La deuda es madre de la mentira en su enlace bígamo con el deudor y el acreedor: aquel miente para probar que no puede, y este para manifestar que necesita.

De otros dos pecadillos acusaba su conciencia al insomne Zamora; pero eran tales que á muchos lectores parecerán escrúpulos necios.

Hay en cierta parte montuosa de España unas poblaciones pequeñas, donde los vecinos dan de comer por semanas á tres oficiales públicos de la villa, que son un mastin, un pastor, y el maestro de escuela. El mantenimiento del primer servidor de aquellas repúblicas, el perro para la custodia de los ganados, se determina sin objeciones en el concejo; en lo que se ha de suministrar al pastor, ya se buscan ahorros; el ajuste del maestro de niños ofrece siempre dificultades: no se repara en libra de pan mas ó menos para el mastin; para el instructor de la infancia todo parece mucho. Así cuando vaca una de estas escuelas, que se conocen con el nombre de incompletas, á falta de otro mas expresivo, el pretendiente que se contenta con menos (y regularmente suele ser el que menos vale) se lleva de seguro la plaza. Un candidato con mujer y con hijos quiso alzarse con una de estas codiciables prebendas á tiempo que Alfonso, recién emigrado del pueblo de su naturaleza, buscaba un modo de subsistir: la dotacion de la escuela, ademas de la mesa, se extendia á unas cuantas medidas de frutos, cantidad insuficiente para alimentar á la familia del primer aspirante; Alfonso ofreció servir el cargo con una rebaja de tres fanegas, y el maestro mas exigente fué pospuesto al mas comedido, segun convenia á los intereses del pueblo. Alfonso confesaba despues haber hecho dos males con tan infeliz competencia, uno al maestro, y otro á los niños, porque el derrotado competidor era mas á propósito para la enseñanza.

Moraba en aquel pueblo una jovencita de catorce abriles llamada Rosa, fresca y linda como la flor de su nombre, hija de una viuda verde y aun agria, madre severa, mujerona fornida. Pretendió á la madre un viejo rico de aquellos contornos; y la honrada dueña, mirando por su hija primero que por sí, propuso al novio que dirigiera sus pretensiones á Rosa, que, ya casadera, tal vez no hallaria nunca partido tan bueno. Convino sin ha-

cerse rogar el anciano; y la madre, omitiendo preámbulos, mandó á la niña prevenirse para la boda, poniendo buena cara al novio so pena de recibir alguna advertencia desapacible. Mas era el caso que nuestro Alfonso, el cual enseñaba á escribir á la montañesa Heloisa, habia dado en mirar, con mas curiosidad que debiera, el hermoso perfil que presentaba su discípula con la pluma en la mano, su torneado cuello, su moño abultado donde se recogia en repetidos dobleces una larga y pobladísima trenza; y de ver y contemplar devotamente la perfilada imagen, habia pasado á escribir para Rosa unas gallardas muestras de carácter cursivo, cuyo texto no se hallaba en ninguna de las colecciones aprobadas para uso de las escuelas; y escritas, habíaselas entregado á Rosita en secreto, y ella las guardaba no con menos cuidado. Supo el maestro por la contristada alumna el desigual consorcio que le proponian; cogieron las vueltas á la viuda, pues aunque nada lerda no podia estar en todas partes á un tiempo; se hablaron, se juraron fé eterna; y Rosa, á pesar de no haber en su vida ni imaginado siquiera el desobedecer á su madre, prometió calabazas al novio machucho y cumplió su palabra al pié de la letra.

Tal habia sido la segunda picardigüela de Alfonso, la cual produjo inmediatamente resultados funestos. Al otro día de haber declarado Rosita á su madre que se consideraba muy niña para contraer matrimonio, salia la infeliz muy temprano del pueblo, encendidos los ojos, las mejillas cárdenas, desgreñado el cabello y con merma. Un deudo cercano la llevaba á servir fuera de la provincia.

Al primer domingo siguiente publicaba el cura de la parroquia la primera amonestacion de la viuda con el zarandeado Matusalén, y aquella noche misma el conductor de Rosa, asistido de varios vecinos crédulos, encajaba en la cárcel á Alfonso, despues de haberle molido á palos, achacándole conato de conversacion criminal con su inocente cónyuge, mujer en efecto la mas inocente y fea de aquel partido. La madre de Rosa, arrepentida ya de haber puesto violentamente las manos en su hija, no halló consuelo hasta que el pariente consabido le ofreció discurrir un medio para zurrar de firme al seductor maestro y lanzarle de la poblacion entre los gritos de un general anatema. La viuda en vísperas de desviudar habia dado con las cartas de Alfonso á Rosita.

Alfonso tuvo en efecto que fugarse de allí con grave riesgo de su persona; sus tiernos discípulos, á instancia de la rencorosa viuda, le despidieron afectuosamente á pedradas.

El fugitivo preceptor se vino á Madrid por lo pronto, mas con decidida intencion de buscar á su Rosa por todos los ángulos de la Península. Vano propósito, porque la cauta madre, luego que celebró las segundas nupcias, trajo á la niña al pueblo, donde Alfonso no podia estampar los piés. Rosa fué recibida con gran benignidad por su madre, que se obligó con formal promesa á no volver á tocarla ni en un cabello, á no ser que se rebelase cuando le mandara tomar esposo.

Y como Rosita era hermosa, y excelente criatura, tenia un novio cada tres meses; á todos les daba la misma respuesta que al viejo; y si este se descuidaba en defender á la pobre hijastra, que se habia granjeado su afecto, cada novio le costaba una imposicion de manos poco apostólica.

Entre tanto Alfonso llegó á saber que Rosa vivia con su madre; escribió y no tuvo respuesta, porque sus cartas cayeron en manos de la obstinada casamentera. Pasaron meses y años, perdió Alfonso la esperanza de ver á Rosa, perdió mas adelante la memoria de su amante promesa, y por fin vino á perder el sueño como queda contado.

De nueve horas largas le disfrutaba cada noche un rico rentista que ocupaba el cuarto principal de la casa en que habitaba tambien Alfonso, altamente alojado, esto es, en el último piso. Hubo de saber los pervigilios que padecia, hubole de oír su ordinaria exclamacion «¡qué bien dormiré cuando pague todas mis deudas!» y hubo de ocurrirle el caritativo pensamiento de facilitar el reposo al atribulado deudor.

Trataba de sorprenderle con obsequio tan dulce, cuando el propio rentista fué de otra manera sorprendido por la visita que

mas debiéramos esperar y que menos prevenidos nos halla, la de la muerte.

No fué sin embargo la sorpresa tan repentina que el rico benéfico no dispusiese de una hora para testar.

Era el invadido el postrer vástago de su familia, y sin escrúpulo de conciencia dejó por universal heredero á su vecino, el del alojamiento sublime.

Y he aquí al pobre Alfonso Zamora convertido repentinamente en el respetable Sr. D. Alfonso, poseedor legítimo de unos cuantos millones, que proporcionaban á su amo anterior un sueño á prueba de cañonazos, de pronunciamientos, de gritos de suegra si acaso la tuvo.

Tomar posesion de la herencia y llamar á todos sus acreedores fué obra de pocos minutos.

Concurrieron á la cita los mas, pero no todos, y el opulento Sr. D. Alfonso no durmió por eso mejor que solia.

Buscó al dia siguiente y pagó á los acreedores que le quedaban. «¡Esta noche si que duermo como una estatua!» dijo al ocupar el mullido lecho del rentista difunto. «Ya no debo nada á nadie, por fin.»

Sin embargo, Alfonso durmió como si debiese hasta la camisa.

«Ya lo entiendo,» exclamó al levantarse. «Debo una reparacion al maestro casado, á quien dejé perdido cuando me establecí en el pueblo de Rosa. Sé dónde para, y me es fácil favorecerle.»

Cumplió Alfonso este noble propósito, descansó medianamente unos dias, y siguió durmiendo lo mismo que antes.

«Pero, señor, se preguntaba incesantemente, ¿qué me falta pagar aun? ¿Qué debo yo?»

«¡Ah! sí: un rico debe un tributo de proteccion á las artes y letras.»

«Le concederé hasta donde mi renta me lo permita.»

«Debe servir por sí mismo á su patria, si no es físicamente inhábil ó imbécil.»

«Trabajaré para mi pais en mejorarsu sistema de agricultura.»

Practicó Alfonso cuanto decia, y continuó desvelado siempre, siempre diciéndose: «Algo me falta que pagar, algo debo: ¿qué es?»

Pensó en Rosa por último.

«Yo le ofrecí mi mano, es verdad; pero no ha respondido á las cartas que le escribí. Voy á escribir de nuevo.»

Tampoco obtuvo contestacion.

Aburrido, malísimamente humorado, salió Alfonso á pasear una tarde fuera de puertas, oprimiendo el lomo de un caballo de estampa admirable.

Pasó varias veces del camino real á una senda, y tornó de la senda al camino real.

Y hé aquí, lectores, que en una de estas entradas ó salidas se halló Alfonso frente á frente deam asno, en el cual venia descuidadamente montado aquel impostor, consanguíneo de Rosa, que por poco no descostilla á nuestro héroe en el pueblo.

El propósito fijo del buen Zamora era satisfacer sus deudas de todo género.

En cuanto vió al pariente de Rosa, recordó la paliza insigne que habia recibido de él, y á la cual aun no habia correspondido volviéndole otra.

«Esta es la deuda que me faltaba satisfacer, prorumpió colérico; hagamos finiquito, y dormiré bien por primera vez esta noche.»

Alzó Alfonso el látigo y restituyó generosamente al labriego los golpes de antaño; pero aquella noche durmió peor que nunca.

«¿Qué deberé yo todavía?»

«Soy rico y soltero: ¿deberé casarme?»

«Tal vez. Mañana me planto en el pórtico de esa Iglesia inmediata, á la cual concurren preciosas jóvenes: voy á ver si alguna me agrada.»

Madrugó Alfonso al otro dia para ir á la Iglesia.

Colocado en el pórtico, sintió un fuerte impulso de pasar mas allá.

Con todo, no se determinaba: hacia años que no frecuentaba Iglesia ninguna.

Habían tocado á la misa primera. Dos jóvenes, al parecer, señorita y criada, muy modestamente vestidas, cruzaron la calle y se acercaron al pórtico.

Miró Alfonso á la señorita, que se quedó parada por un momento, como dudando si entraría en el templo ó si retrocedería; volvió Alfonso á mirar, y con pasmo infinito conoció á su antigua discípula.

Rosa era en efecto, la misma Rosa, con menos frescura de tez que antes, pero con mas gracia en sus facciones y movimientos, convertida de zagala del valle en elegante habitadora de nuestra corte.

— ¡Rosa!

— ¡Alfonso!

— ¿Cuándo ha venido V. á Madrid?

— Hace mas de tres años.

— No la he visto á V. nunca.

— Yo á V. sí, varias veces.

— Y ¿no ha querido V. hablar á su antiguo maestro?

— El maestro ni siquiera miraba á su alumna.

— ¿Y madre?

— Enviudó otra vez y vino á establecerse en Madrid.

— Y V., Rosa, ¿está ya establecida?

— Hice una promesa en mi pueblo, y aunque me ha costado aflicciones el mantenerme fiel á ella, no la he quebrantado.

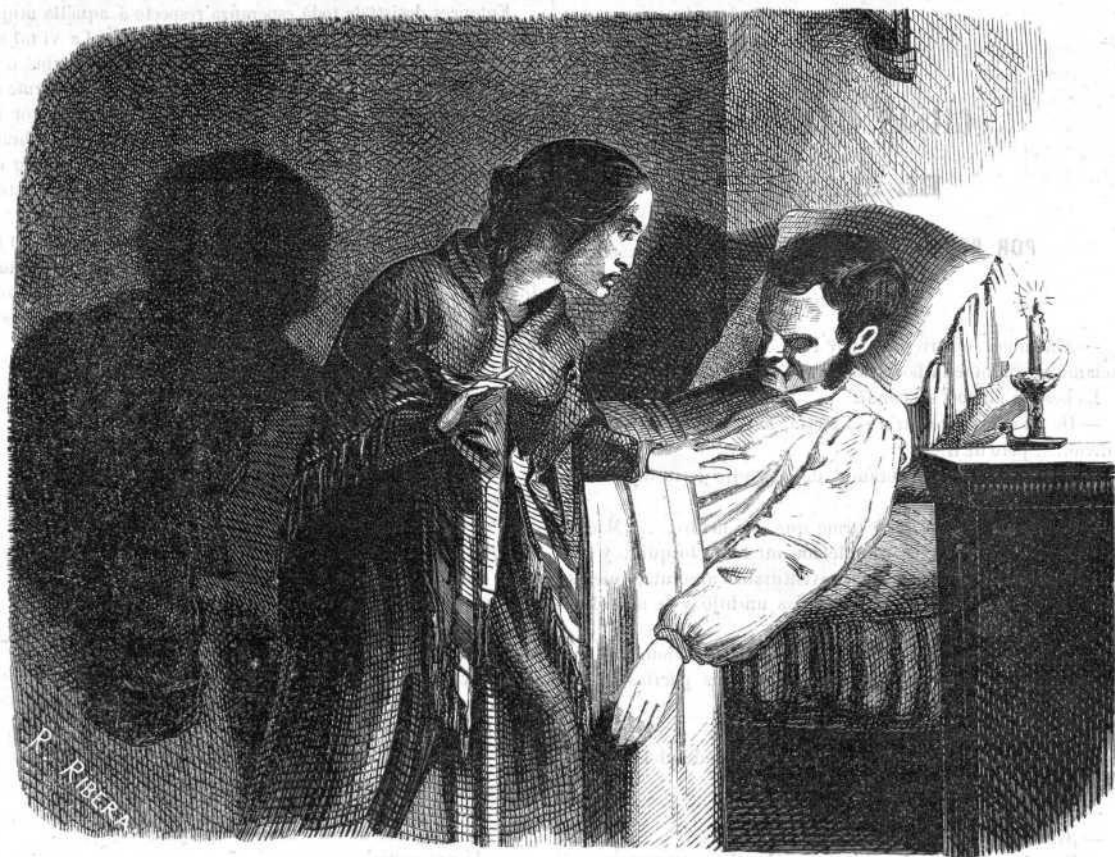
— ¡Rosa! ¡Rosa! V. será mia: yo no he podido amar sino á V.; V. sin duda no ha recibido mis cartas.

— Ahora sé que V. me haya escrito.

— Es preciso que sepa yo si su madre de V. las ha interceptado. Es necesario que satisfaga mi postrera deuda, para que descanse tranquilo. No sabe V., Rosa, con qué desasosiego vive el que fué su maestro de V. y tambien su primer amante, su primer amor.

— Primero sin segundo, Sr. D. Alfonso.

— ¿Es verdad, Rosa de mi vida? ¿Es posible?



¡Alfonso! gritó fuera de sí de espanto.

— Mi madre podrá informar á V. mejor de las ofertas que he rehusado. El pobre maestro de mi lugar ha sido para mí preferible á los mas ricos hacendados de mi país.

— Ya soy rico yo, Rosa mia; tengo una gran casa, criados, caballos, aduladores, envidiosos y reputacion de talento, porque la riqueza es capacidad ó pasa por ella. Para ser feliz no me faltan mas que siete horas de sueño cada noche.

— ¿Qué le desvela á V?

— Es largo de contar. Yo he tenido muchas deudas, Rosita, me quitaba el sueño la imposibilidad de pagarlas; creo haber satisfecho cuantas he contraído, y á pesar de eso no hay noche que no sienta junto á mis oídos una voz que no cesa de repetirme: «Tú debes y no pagas, aun debes y no pagas, Alfonso.» Rosa, Rosa mia, dignese V. aceptar esta mano que Alfonso le debe, para que pueda preguntar mañana á esa fantasma que me persigue: «¿Qué debo ya?»

Rosa levantó aquí hácia Alfonso sus ojos hermosísimos, llenos de indecible ternura; y, acentuadas con singular y casi divina expresion, fluyeron suavemente de sus rojos labios estas pocas palabras: «Alfonso, ¿ha pagado V. lo que debe á Dios?»

Inclinó Alfonso la cabeza cubriéndose con las manos el rostro, y en unos instantes no pudo hablar.

«¡Ah!» prorumpió despues, y no acertaba á proferir palabra ninguna.

En esto la campana de la Iglesia dejó oír el último toque para la misa.

Volvió Alfonso de su momentáneo trastorno y dijo á Rosa con acento agitado: «Entremos, Rosa, entremos; guíeme V.»

A la misma hora ocho días despues el velo de los desposados envolvía en aquella iglesia la cabeza de Rosa y los hombros de su maestro.

A la madrugada siguiente, incorporada la novia en el lecho

nupcial escuchaba con gozosa curiosidad la plácida respiración de su esposo dormido.

Percibió de repente como un dulce suspiro.

Tras el suspiro se apagó la respiración, y la tierna consorte se turbó sin saber por qué.

«¡Alfonso!» dijo en voz amorosa y baja.

«¡Alfonso!» repitió ya sobresaltada echándose fuera del lecho.

«¡Alfonso!» gritó fuera de sí de espanto.

El dormido no respondía.

No respondió.

El vehemente deseo de Alfonso quedaba cumplido: pagada su última deuda, el sueño mas feliz había cerrado sus párpados, el sueño de la eterna paz, recompensa del justo.

¡Bienaventuradas las vigiliás que tuvieron su término en tan envidiable descanso!

¿Por qué, aun entre pagadores puntuales, aquella deuda, tan preferible á todas, habrá de ser la sola desatendida, la sola olvidada?

J. E. HARTZENBUSCH.

CAUSAS CELEBRES.

EL CLAVO,

POR PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

(Continuacion.)

—Abandona tu carrera; yo soy rica..... viviremos juntos..... exclamó tapándose la boca para que no replicara.

La besó la mano y respondió:

—De mi esposa aceptaría esa oferta, haciendo todavía un sacrificio..... pero de tí.....

—¿De mí! respondió llorando; de la madre de tu hijo!

—¿Quién? ¡tú! Blanca.....

—Sí..... Dios acaba de decirme que soy madre..... ¡Madre por vez primera! Tú has completado mi vida, Joaquín; y no bien gusto la fruición de esta bienaventuranza absoluta, quieres desgajar el árbol de mi dicha. Me das un hijo y te me robas tú.....

—Sé mi esposa, Blanca, fué mi única contestación. Labremos la felicidad de ese ángel que llama á las puertas de la vida.

Blanca permaneció mucho tiempo silenciosa.

Luego levantó la cabeza con una tranquilidad indefinible, y murmuró.

—Seré tu esposa.

—¡Gracias! ¡Gracias, Blanca mía!

—Escucha, dijo ella. No quiero que abandones tu carrera.....

—¡Ah! ¡mujer sublime!

—Vete á tu juzgado..... ¿Cuánto tiempo tardarás en arreglar allí tus negocios, en solicitar del gobierno mas licencia y volver á Sevilla?

—Un mes.

—Un mes..... repuso Blanca. Bien, aquí te espero. Vuelve dentro de un mes, y seré tu esposa. Hoy somos 15 de abril.....

¡El 15 de mayo sin falta!.....

—¡Sin falta!

—¿Me lo juras?

—Te lo juro. —

—Aun otra vez, replicó Blanca.

—Te lo juro.

—¿Me amas?

—Sí.

—Pues vete y vuelve. Adios.

Dijo y me suplicó con un gesto que la dejara.

Despedime de ella, y partí á

III.

Llegué á

Preparé mi casa para recibir á mi esposa; solicité y obtuve otro mes de licencia, pretestando que debía tomar los baños, y arreglé todos mis asuntos con tal eficacia, que al cabo de quince dias me ví en actitud de volver á Sevilla.

Debo advertirte que durante aquel medio mes no recibí una sola carta de Blanca, á pesar de haberle yo escrito cuatro. Esta circunstancia me tenía vivamente contrariado; así, pues, aunque solo habia trascurrido la mitad del plazo que mi amada me concediera, salí para Sevilla, á donde llegué el dia 30 de abril.

Inmediatamente me dirigí á la fonda en que vivíamos mi prometida y yo.

Blanca habia desaparecido dos dias despues de mi partida, sin dejar razon del punto á que se encaminaba.

Conceptúa la enormidad de aquel desengaño.

Indagué, la busqué por toda la ciudad, y no pude dar con ella.

Entonces desistí de toda esperanza respecto á aquella mujer; aparecíeme revestida de los mas negros colores: La ví tal como debía ser; una mujer liviana é hipócrita, que me amó ó no me amó; pero que, presintiendo que habia de abandonarme algun dia, rechazaba toda idea de matrimonio. Ostigada por mí últimamente, habia ejecutado una torpe comedia para librarse de mi serio amor. Aquel hijo anunciado con tanto júbilo era quizás una nueva farsa. ¡Oh! ¡Cuánta doblez en una criatura tan bella!

Volvíme á; donde estuve algun tiempo desempeñando mi fiscalía hasta que fui promovido á este juzgado hace año y medio. Desde entonces vivo aquí, como me ves, triste, fastidiado, amando quizás á aquella ingrata, ó aborreciéndola, que es lo mismo.....

¿Comprendes ahora mi oposicion al matrimonio?

VII.

¡ANDA! ¡ANDA! ¡ANDA!

—¿Y EL CLAVO? dirá el lector.

¿Por qué se titula esta historia EL CLAVO?

¿Qué relacion hay entre los seis capítulos publicados y una causa célebre.

¿Por qué se engaña así al público anunciándole.....

—¡Un momento mas, lector querido! ¡Un momento mas de paciencia!

Si el capítulo siguiente no excita tu interés, te autorizo para que nos abandones á mí y á mi historia, calificándonos de todo lo malo que se te ocurra:

de empresarios de teatro,

de ministros responsables,

de padres predicadores,

de abogados de los tribunales nacionales,

de prospectos,

de anuncios,

de mujeres,

de programas de candidato,

de patronas de huéspedes,

en fin, de todo lo que quieras y creas oportuno para significar que te hemos prometido mas de lo que te hemos dado.

VIII.

EL CUERPO DEL DELITO.

Poco tiempo despues de terminar mi amigo Zarco la relacion de sus amores llegamos al cementerio.....

IX.

INTERRUPCION.

¿Qué tierno espectáculo ofrecen los sepulcros á los ojos de la religion la tarde del primero de noviembre!

Convenido.

Pero prescindamos por un momento del purgatorio.

¡Qué irrisión hay á los ojos de la filosofía en esa visita que los vivos hacen á los muertos!

¡Los que son compadecen á los que han sido!

La ilusión de la vida se coloca ante la realidad de la muerte.

Figuraos que estamos no ya en *** , sino en Madrid.

— ¿Dónde va esta tarde la gente, fulanito?

— A los cementerios.

— Mamá, yo quiero ir.... — Me pondré mi vestido de gró negro. — Fulanito, ¿estoy bien peinada?

Hé aquí la tarde en que las castañeras hacen su negocio.

¡Qué alegres están los bollereros!

Yo gusto de ver comer á los vivos en el campo santo.

Cuando los reyes madrileños visitan el Escorial oyen una misa á media noche: véseles tristes y sombríos.... Allí está la tumba hueca, con hambre de una víctima....

¡Los simples madrileños van al cementerio de Fuencarral (por ejemplo) á procurarse un cólico de castañas!....

Y aquella tarde ¡allí! se crean proyectos para el año próximo.

Los frívolos mortales dan vueltas al rededor de su patíbulo, sin recordar que están sentenciados.

— Mire V., papá, á los diez y ocho años.... ¡pobre jóven! ¡Y qué epitafio tan bonito!

Yo gusto de una mujer inclinada sobre una tumba, llorando delante de Madrid entero, máxime si esta mujer ha pasado el año de salon en salon, de teatro en teatro, de *Capellanes en Oriente*, de Rodolfo en Rodolfo!

¡Cáspita! ¡Qué socorrida es la filosofía!

— ¡Hola! ¡Aquí yace el *Excelentísimo Sr. D.... Muerto!*

Adios, señores, hasta el año que viene, ó hasta el año que venga.

¿Me hace V. el favor del fuego?

Mi... i... ra, ó nor... or... má..., ... á tuoi..., ginoooo... celi ques... ti ca... ari... i... pargole... eti

X.

EL CUERPO DEL DELITO. — CONTINUACION.

El cementerio de *** no es otra cosa que un campo yermo y solitario, sembrado de cruces de madera y rodeado por una tapia. Ni una lápida, ni un sepulcro turba la monotonía de aquella mansion. Allí descansan en la fria tierra pobres y ricos, grandes y plebeyos nivelados por la muerte.

En estos pobres cementerios, que tanto abundan en España, y que son acaso los mas poéticos y dignos de sus moradores, sucede con frecuencia que para dar sepultura á un cuerpo es menester exhumar otro; ó mejor dicho, que cada dos años se echa una nueva capa de muertos sobre la tierra. Consiste esto en la pequeñez del recinto, y da por resultado que al rededor de cada nueva zanja se ven mil blancos despojos, que de tiempo en tiempo son conducidos al comun osario.

Y esto es tan positivo y tan corriente, que hemos visto mas de una vez estos osarios.... Y ¡vive Dios que merecen verse! Figuraos una montaña de huesos, una montaña de multiforme marfil, un hacinamiento de cráneos, fémures, homóplatos, canillas escueltas, clavículas rotas, columnas espinales desgranadas, dientes sembrados acá y allá, costillas que fueron armaduras de corazones, dedos diseminados partidos en falanges, todo pulcro, todo frio, todo revuelto, todo árido. ¡Figuraos, figuraos aquello! ¡Qué contactos! ¡Qué contactos! Los enemigos, los rivales, los esposos, los padres y los hijos se golpean allí unos á otros.... ¡Y qué crujidos, cuando se desprende de la cima una avalancha de huesos! ¡Y qué risa tan insultante tienen las calaveras!

Pero dejemos el osario y volvamos al enterramiento.

Andáhamos Joaquín y yo dando sacrilegamente con el pié á aquellos restos inanimados, pensando en el dia en que otros pies hollarían los nuestros; atribuyendo á cada hueso una historia: procurando hallar el secreto de la vida en aquellos cráneos

donde acaso moró el genio ó donde bramó la pasión, y ya vacíos como una celda abandonada por un fraile; adivinando otras veces por la configuracion, por la dureza y por la dentadura si tal calavera perteneció á una mujer, á un niño ó á un anciano, cuando las miradas del juez quedaron fijas, horriblemente fijas en una de aquellas frentes de marfil.

— ¿Qué es esto? exclamó poniéndose muy pálido: ¿qué es esto, amigo mio?

Y así hablando, daba vueltas con el baston á un cráneo todavía algo fresco, y que conservaba algunos restos de una larga melena negra.

Yo me quedé estupefacto.

Aquella calavera estaba atravesada por un largo *clavo* de hierro.

La chata cabeza de este clavo asomaba por la parte superior del hueso coronal, mientras la punta salía por el sitio que antes debió ser bóveda de la boca, ó sea por los huesos palatinos.

Un frio horror nos quitó el uso de la palabra.

Luego que Zarco se repuso:

— ¡Dios mio! exclamó; reconozco como siempre tu providencia. Hé aquí un espantoso crimen que iba á quedar impune y que tú haces brotar del seno de la tierra ante los ojos mismos de la ley. ¿Quién sería este desdichado? ¡Ah! yo juro desentrañar este misterio tenebroso. ¡Yo juro no descansar hasta que el autor de tan execrable delito, expie su maldad en un cadalso!

XI.

PRIMERAS DILIGENCIAS.

Mi amigo Zarco era un modelo de jueces.

Recto, infatigable, aficionado, por decirlo así, á la administracion de justicia, vió en aquel asunto un campo vastísimo en que emplear toda su inteligencia, todo su celo, todos sus afanes.

Creo inútil decirlo que inmediatamente hizo buscar un escribano y dió principio al proceso.

Después de poner un testimonio de aquel enœntro, llamóse al enterrador.

El lúgubre personaje se presentó ante la ley pálido y tembloroso; porque á la verdad, entre aquellos dos hombres, cualquier escena debía ser horrible.

EL JUEZ. ¿De quién podrán ser estos restos?

EL SEPULTURERO. ¿Dónde los ha encontrado V. S.?

EL JUEZ. En ese mismo sitio.

EL SEPULTURERO. Pues entonces pertenecen á un cadáver que por estar ya pasado desenterré ayer, para sepultar á una anciana.

EL JUEZ. Y ¿por qué se ha exhumado ese cadáver?

EL SEPULTURERO. Ya lo he dicho á V. S.; para poner otro en su lugar. El ayuntamiento no quiere convencerse de que este panteon es muy pequeño.

EL JUEZ. Y ¿podrá saberse el nombre del mortal que llevó esa cabeza?

EL SEPULTURERO. De ningún modo, señor.

EL JUEZ. Sin embargo, ello ha de ser. Reflexionadlo.

EL SEPULTURERO. Encuentro un medio.

EL JUEZ. Decidlo.

EL SEPULTURERO. La caja de este muerto se hallaba en buen estado cuando la saqué de la tierra, y me la llevé á mi habitacion para aprovechar algunas tablas. Acaso conserven alguna señal, como iniciales, galones, ó tantas otras cosas como se estilaban ahora para adornar los atahudes.

EL JUEZ. Veamos esas tablas.

Mientras el sepulturero apartaba los despojos del atahud, Zarco mandó á un alguacil que envolviese el cráneo misterioso en un pañuelo, á fin de llevárselo á su casa.

El enterrador llegó con las tablas.

(Continuará.)



LAS QUE HACEN LOS VESTIDOS Y LAS QUE LOS USAN.

A RICARDO RIVERA.

Amigo mío: Antes de conocer á V. sabía que era poeta, y me maravillaba de que no confiase á la pluma sus pensamientos.

Desde que le conocí comprendo el por qué.

Es que no ha querido V. hacer lo que todos los españoles, sean ó no poetas, tengan ó no algo de caletre, gocen de patentes de ciencia ó hayan colgado los manteos á las primeras calabazas de la cosecha primera de filosofía.

Es que aun decidido á comprar cuadernillos y á romper cuartillas, no ha querido V. arrostrar las penalidades que cuesta el verlas convertidas en pliegos.

Es que sabe V. que en España escriben por vicio Hartzenbusch, Lafuente, Breton, Ferrer del Río, Zorrilla, la Abellana, Fernán-Caballero etc. etc., y tienen que hacerse empleados, hombres políticos ó morir de hambre Florentino, Ayala, Egui-laz, Cazorro, Selgas, Cisneros, Trueba, Cea etc.

Sabe V. que Mellado por una novela original que haga un tomo dá 25 duros, y que Mellado pierde en la empresa.

Porque en España aprenden inútilmente á leer las cuatro quintas partes de los que saben.

He averiguado que se ha hecho V. pintor, porque el pincel escribe en todos los idiomas.

Después he sabido que casi abandona V. el pincel, porque no sabe el castellano, al menos para los españoles.

Ha afilado V. el lápiz como único recurso de poner sus pensamientos al alcance de todos, esto es, de que se tome la gente el trabajo de conocerlos.

Ha hecho V. bien: en España se escribía mas de lo que se lee, se venden cuadros, pero no se compran, se miran los grabados, porque se dan á precio de fábrica, los lleva á la puerta el repartidor, distraen la imaginación sin cansarla, divierten á los niños, y por último, en una casa siempre encuentra aplicación el papel impreso.

Obra V. con juicio y solo al dibujar el anterior grabado me encuentro en desacuerdo con V.

Si al acabar la obra, hubiese tomado la pluma para consignar las ideas que por su imaginación discurrían, esta segunda plana del SEMANARIO sería tan agradable como la primera y evitaria á los lectores, el artículo que ocupa su lugar, tan insulso y de escaso valer.

EL PRIMER CUADRO.

A pesar de que los pobres, que tienen sus flaquezas lo mismo que los ricos, han hecho grandes esfuerzos para expulsar de la capital de España el nombre de boardilla, sustituyéndole por el compuesto *sotabanco*, restan muchas que si se observara lo que en ellas acontece, como lo que en los palacios pasa, daría lugar á interesantes historias. — No es esto decir, que los *sotabanco* no encierran también otra riqueza histórica, tan parecida á la de las boardillas, como la mala educación de un hijo al punible abandono de su padre.

Examinemos el primer cuadro.

Aquella joven trabajando de sol á sol, si tiene habilidad, podrá ganar seis reales cada día. De ellos ha de pagar la casa, costear la enfermedad de su madre, mantenerse y vestirse. Trabaja y se afana por concluir, para poder llevar al almacén, un vestido, por cuya hechura recibirá algunos reales, los que necesita para traer un alimento á la enferma y la frugal comida del día inmediato. Pero en su desgracia tiene resignación: cada puntada le acerca el momento de poder aliviar á la que le dió el ser; redobla su actividad y su esmero y se consuela al pensar que la maestra le proporcionará todo el trabajo que necesite, atendiendo á estas cualidades: la rectitud de su proceder la eleva el alma á Dios y reza para suplicarle el remedio de la pobre anciana.

Aquella la mira y la bendice con sus ojos.

La joven al par que cose, sueña también con sus ilusiones dulcísimas.

Las puntadas son la péndola que cuenta los minutos que fal-

tan, para que llegue la hora de ver á su amante, y de tiempo en tiempo su corazón palpita y su imaginación calcula.

Ya serán las siete, se dice, hasta las ocho no acaba la vela, un cuarto de hora que tardará en venir, lo mas, lo mas, á las ocho y media está aquí; solo me resta la guarnición de la falda y poner los agremos, de modo que tengo el tiempo justo para acabar la obra y vestirme. ¡Oh! Juan no se hará esperar; sabe que no dejó nunca sola á mi madre y que á las nueve se cierra la tienda.

Entretenida así su imaginación, el trabajo se hace solo, y la poesía del alma presta á las manos esa gracia y esa coquetería para colocar los adornos del vestido, tan original como variada y caprichosa.

Por eso no piensa en que puede haber otra mujer mas feliz que ella en el mundo, siendo así que ninguna le aventajará en desdichada, porque si esto pensase, sabe muy bien que el vestido no se acabaría aquella noche, que vendría su amante antes de darla tiempo á recogerse la trenza, y que su madre no podría tomar la sémola que ella le condimenta, que la enferma riega con lágrimas de ternura y que Dios bendice desde el cielo.

Acabado por fin, la niña ufana de su labor, colocando el velón en la mesita al lado de la cama, deja encima de esta el vestido, que examina la madre orgullosa de su hija.

No hay tampoco otro lugar donde colocarlo sin temor de que se manche.

Se acicala en un *sancti amen*, porque el atavío exento de mirriñaques y arreboles es cosa breve, y para que no se hagan tan largos los instantes que Juan tarde en llamar al picaporte, entretiénese la costurera en acabar la bastilla de un pañuelo del cuello, que borda para regalar á aquel el día de su boda.

La pobre anciana está muy triste; solo se la oye pronunciar esa especie de levísimo silbido que producen algunas personas cuando rezan.

¡Si supiera la niña el pesar que agobia el corazón de la madre! ¡Cuánto tarda esta noche Juan! exclama la joven: ¿qué le habrá sucedido?

— Estará ocupado, hija mía: ya sabes que en la imprenta ocurren á lo mejor prisas; y como él es esclavo del trabajo....

— Pero esta noche que le dije que viniera pronto.... Y un suspiro sin fin se escapó de su alma.

Se oyen pasos precipitados en la escalera, y la niña corre á la puerta para abrir al que aguarda, que jadeando y loco se va derecho á la cama de la enferma, diciendo: «Ya estoy libre, soy feliz, madre mía, Dios la ha oído.»

Atónita, espantada la impaciente joven, con esa penetración que tiene el corazón de las mujeres, y de las mujeres enamoradas sobre todo, comprendió en un instante todo el cariño de su amante, toda la felicidad de su madre, la magnitud de la desgracia que sobre ella pesaba sin saberlo, el poder de esa providencia que vela por los buenos; y en vez de revelarse la risa y el placer sin igual en su semblante; palideció, brotaron de sus ojos lágrimas, arrojándose ante una imagen á orillas del lecho, dijo una breve oración, besó á su madre, indicó á Juan con los ojos que cuidara de ella, y cogiendo el pañuelo en que cuidadosamente había doblado su obra, se dirigió al taller. Su placer necesitaba abundantes lágrimas y mas aire del que en aquel recinto había para poder respirar.

Juan que reveló anteriormente á la enferma que era quinto, se acababa de librar, porque un caballero tan rico como generoso, que vivía en su barrio y cuyo hijo entraba aquel año en suerte, pagó de su bolsillo el contingente de los seis soldados que correspondían al distrito.

Juan había abrazado en su arrebato la cabeza de la anciana y colmádola de besos. La niña se fué porque no debía abrazar á Juan, y Juan era el ángel tutelar de su madre. Aquella man-sión de la desgracia cambió de faz completamente; eran felices.

EL SEGUNDO CUADRO.

Hasta hace algunos años, cuando nuestra aristocracia habla-

ba el español mejor que el francés y el francés tan mal como ahora el español; cuando entre otras la palabra *gracias* tenía aplicación propia y no había suplantado al monosílabo de la afirmación; entonces que el lujo se concretaba á proteger las industrias españolas, y las niñas solteras se abstendían de usar vestidos que eran *impropios*, y las casadas temían que por su porte pudiera ponerse en duda la honra de su casa; entonces no sucedían la octava parte de las desgracias que cercan hoy á la familia española.

Es verdad que las niñas no sabían idiomas, ni estudiaban ciencias, ni empleaban su memoria en retener el catálogo de las novelas francesas, ni poseían el arte de la coquetería al grado que hoy; pero sabían religion, que es la ciencia verdadera que necesitan las madres, cuidaban en la casa de los negocios domésticos, útil aprendizaje que la que lo ha hecho con fruto, lleva con él al matrimonio una pingüe renta, y con virtud y recato se granjeaban el cariño de un hombre, cariño verdadero, no fútil y del instante como el que engendra el capricho.

Entonces.... pero dejémoslos de entonces, para ocuparnos del segundo cuadro que representa el dibujo de Ricardo Rivera.

Dos señoras, se encuentran en una sala al rededor de un velador, la una entreteniéndose en arreglar una maceta y la otra haciendo caricias á un perrito.

Ambas son madres de una abundante prole.

La una, que se llama Luisa, está casada con un brigadier de carabineros, y la otra, Amalia, con un abogado con pleitos.

Las reúne en casa de una de ellas un gravísimo negocio; se trata del vestido que han de llevar al baile de....

No será fuera del caso que el lector á manera de taquígrafo apunte algo del diálogo que mantienen.

LUISA. No puedes figurarte hija, el dineral que me ha llevado Madame Bernós por las manteletas que le mandé hacer para las niñas. Se lo he ocultado á mi marido, porque es una atrocidad.

AMALIA. Pues, hija, has hecho mal; yo no comprendo ese lujo en los niños. Se me figura dinero tirado á la calle, porque como todo lo echan á perder en seguida, remuerde la conciencia de gastar nada con ellos: yo hago lo contrario que tú. Mi marido es tacaño hasta no mas, pero con los niños tengo siempre la mina en productos: hoy le saco para una gorrita, mañana para un gaban, al otro día para una chaqueta: les hago lo menos que puedo, y con esos recursos, y lo que yo le saco para mí, voy trampeando.

LUISA. Hija, hija, que gana de mortificarse: pídele para los niños y que se lo haga la modista, y pídele para tí tambien: ¿qué remedio ha de tener sino darte lo que le pidas?—Vamos, veo que eres una infeliz.

AMALIA. Y tanto, si tú supieras que desgraciada soy.—Mi marido es de lo mas celoso que has visto.

LUISA. Esa tambien; pues di que no tiene el diablo por donde desecharle. Curale como yo curé al mio.—Por ese lado soy completamente dichosa.—Lo único que me aflige es, te lo confieso, el que mi marido no tenga mejor posición, porque cada vez que veo á la condesa de.... y á la marquesa de.... que no tienen gusto ni gracia para vestir, y aunque gastan riquísimas cosas me sería tan fácil sobrepujarlas sin necesidad de mucho dinero, te aseguro que sufre mucho mi amor propio.

AMALIA. ¡Ay! Luisa, quién estuviera soltera para pensar como tú piensas, y los niños ¿no te dan nada que hacer, para que todavía te mantengas tan en tus trece?

LUISA. A mí nada; yo desde que nacen les doy un beso todos los días y nada mas; ahora me mataría yo por ellos para que mañana.

En fin, mi pluma taquígráfica, lector amigo, se resiste á continuar.

Estas mujeres que posponen al amor de la moda el de los hijos, el de su marido, el que dirán de las gentes sensatas, estas

mujeres viven fuera de la ley; por la veleidad de su imaginación por el torcedor continuo de no tener nunca bastante para gastar, por la lucha doméstica, que es de todos los desastres el mas desdichado, son mas infelices que la pobre modista que gana su sustento y que tiene la conciencia de su trabajo.

El lujo, ha dicho un economista francés, es la tiranía que ejercen los pobres sobre los ricos.

El lujo, digo yo, es para las mujeres lo que el juego para los hombres; el germen de todos los errores.

Cuando una dama de elevada alcurnia se ve en la precision de emplear un caudal en un traje, que á la hora de vestirlo ha de hacer girones el frenesí de los danzantes, si tiene corazon, es necesario compadecerla; porque es víctima de esas leyes ridículas de la sociedad, de que no nos es dado desprendernos; pero la mujer que excitada por la vanidad arruina su familia, y seducida por el pueril deseo de lucir, desoye la voz de la razon, y se lanza en el camino del despilfarro, no puede exigir compasion del mundo. Los necios son los primeros que la ridiculizan; los hombres sensatos la desprecian.

Al ver un traje que muere en una noche y ha costado una gran cantidad, ¿Quién no recuerda la estrechez en que viven infinitad de familias honradas, que con aquella suma quizá se labrarian un cómodo bienestar; las penalidades que arrastra el hijo de las montañas que sufre los peligros de largas navegaciones y contrarios climas, para volver á su patria, enfermo, y por todo caudal con la mitad de lo que vale aquel vestido? ¿Quién no vé la miseria, el abandono y la desesperacion, cuyos quejidos ahoga el mundo con la algaraza de su loco frenesí, y cuyas sombras esconden los débiles tabiques de todas las casas!

Las figuras que representa el segundo cuadro, interin perdemos el tiempo en estas consideraciones, te han dado á conocer su mútua infelicidad: un solo deseo sin límite y sin objeto las domina, el lujo, olvidando por él, las dulces emociones de la vida, que solo es dable disfrutar á una madre, las caricias de sus hijos.

Amigo Rivera, la interpretacion contraria del dibujo se le ocurrirá á cualquiera, dándole la que se le ha dado, pretende acercarse mas al pensamiento de V.

LUIS DE CASTRO.

EL CONDE DON JULIAN.

CONSEJA CORDOBESA.

Grande nombradía debió de dejar en este pais el famoso conde D. Julian, á quien el vulgo atribuye por entero la perdida de España. ¿Sería natural de esta tierra, ó poseería en ella algunos bienes ó estado, y de aquí haberse originado la conseja que de él se cuenta? Es pues indudable que por lo comun no hay tradicion popular por absurda que sea, que no haya tenido algun principio cierto, aunque sea imposible rastrear cuál haya sido este, porque de un suceso ordinario se ha formado un largo cuento desfigurándole, y se le han agregado las mas portentosas circunstancias.

Por los años de mil quinientos y tantos un alguacil de Córdoba llamado Morales iba á una comision á los Pedroches, y habiendo perdido el camino en medio de la sierra, fué á dar en un colmenar donde solo halló un hombre con su mujer. Así que estos le vieron quedaron admirados de que un hombre á caballo hubiese llegado hasta aquel sitio donde jamás habían visto otro que el dueño del colmenar. Preguntáronle á qué iba por aquellas asperezas tan fuera de camino, á que respondió que le había perdido, y que no había encontrado persona alguna á quien preguntar, y como ya espiraba el día, les pidió le permitiesen pasar allí la noche. Díjole el colmenero: De buena voluntad os recibiremos en nuestro albergue; pero sabed que no tenemos cama para vos, ni un grano de cebada para la mula, y ademas, que si sois hombre de poco ánimo os morireis de espanto oyendo lo que pasa todas las noches cerca de esta choza. ¿Pues que es lo que pasa? preguntó el alguacil. Yo os lo diré, dijo el

colmenero. A un tiro de escopeta de aquí hay una fortaleza que dicen fué del conde D. Julian, por quien se perdió España, y todos los días siendo la media noche son tantos los lamentos, voces, ruido y sonar de cadenas que se oyen, y llamas de fuego que se ven, que es maravilla subsistamos nosotros aquí, y el dueño de estas colmenas cuando viene á verlas jamás pasa la noche en este sitio. Pues ¿cómo tienen aquí este colmenar, dijo el Morales, pasando las cosas que decís? Le tienen, respondió el colmenero, porque es este sitio tan bueno, de tan apacible temple, y tan fértil, que todo el año hay flores con que las abejas tienen muy buen pasto, y se coge abundante cosecha de miel. Y ¿no hay por aquí algunos ganaderos? preguntó el alguacil. Ningunos, dijo el colmenero; porque si acaso se acercan alguna vez, en oyendo lo que he dicho todos huyen. Pues sin embargo de todo, no tengo otro recurso que pasar aquí la noche, aunque no tengais provision alguna, cuanto mas que me habeis puesto deseo de experimentar lo que me habeis contado. Pidió le hiciesen merced de venderle cuatro panes para la mula, y él cenó con el colmenero y su mujer buenas tajadas de venado y jabalí de las reses que en aquellos sitios tan ásperos y montuosos solia matar el colmenero. Luego compusieron al alguacil un cadalecho y se acostó, habiendo encargado antes que le despertasen cuando se oyese el ruido.

Llegada, pues, la media noche, principiaron á oírse las voces, el gran estruendo, el ruido de las cadenas y los lamentos, y cuando en cuando salían llamas, y repetían lo que sigue: ¡Conde D. Julian, venid que ya es hora! Ea, ¡criados, disponed los lebreles y sabuesos, aparejad los adherentes de la caza, estad prontos! ¡Maestresala! que esté á punto la comida del conde.... miren que viene.... que viene.... Y dicho esto se oían unos gemidos trísticos y dolorosos que retumbaban en la montaña. Todo lo cual oyó el alguacil Morales, y aunque hombre de valor se hincó de rodillas y pidió á Dios perdon de sus pecados, y esfuerzo para salir de aquel lugar. Así que amaneció cesó todo, y el alguacil rogó al colmenero le llevase á ver la fortaleza donde aquella terrible escena pasaba. Llévóle, y vió que era un fuerte castillo rodeado de torreones que tenia varias piezas, y un aljibe, y subiendo á lo alto descubrió desde allí un hermoso paisaje; pero aquel solitario edificio abandonado solo servia de albergue de fieras y de aves nocturnas y de rapaña. El colmenero sacó de aquellas breñas al alguacil y habiéndole puesto en camino le despidió y se volvió á su choza.

Por aquellos mismos tiempos habia en Córdoba un honrado labrador llamado Baltasar de Ahumada, el cual cultivaba un lugar en la sierra, y teniendo mucho que hacer un día en su heredad, se levantó muy temprano y salió al campo por la puerta nombrada del Rincon, que le abrieron los porteros porque era conocido de ellos. Iba el Ahumada en su caballo y armado de lanza, y llegando cerca de la puerta del convento de nuestra señora de la Merced, que dista corto trecho de los muros, encontró un hombre tambien á caballo armado de pies á cabeza que llevaba lanza y adarga, el cual le dijo: Señor hidalgo, ¿á dónde va vuestra merced tan temprano? Léguense acá y hablaremos un rato, pues aun no han dado las dos. El lagarero, que no estaba en que fuese tan temprano, se llegó á donde estaba el caballero y le saludó: entonces este le dijo: Parece que vais á la sierra: ¿decidme ¿hay en ella las hermosas huertas, los grandes naranjales y amenos jardines que en otro tiempo? Porque en opinion de hombres entendidos no hay en el mundo terreno que se pueda comparar á este. El lagarero respondió: Parte de eso ha quedado, porque todo va en decadencia, y los servicios y pechos son tantos, que los esquilmos no bastan para pagarlos, y así se va perdiendo todo: solo las heredades de los mayorazgos y de los canónigos que tienen rentas, son las que están mejor tratadas. La ciudad, dijo el caballero, debe de permanecer en el mismo estado que en tiempos antiguos. Así es, dijo Baltasar de Ahumada; nada va en aumento; antes en los pocos años que cuento hecho de ver que se arruinan edificios que ennoblecian esta ciudad, los cuales no se reedifican, y todo va á menos por la estrechez del tiempo, que harto se hace con vivir. Entonces el cabal-

lero dando un gran suspiro dijo: ¡Cuán floreciente conocí yo á esta famosa ciudad! ¡Qué de gente principal, y qué de nobleza habia en ella! ¡Qué contento reinaba en sus habitantes! ¡Qué de ejercicios de armas habia, y que de danzas y saraos! Era tal la grandeza y magnificencia de esta ciudad, que en oscureciendo se iluminaba desde la puerta de ella hasta el puente que se llama de Alcolea, que hay ocho millas, y se comunicaba toda la gente que se iba paseando á pié y á caballo de una parte á otra que era cosa de ver. ¡Válame Dios! ¿Pues tan anciano sois que habeis visto todo eso? ¡Oh! Sí soy, respondió el caballero: há mas de ochocientos años que pisaba yo estos lugares.... Al oír esto el lagarero se le erizó el cabello de espanto, y no sabia qué hacer, si permanecer al lado, ó huir del que así le hablaba. ¿No habeis oído alguna vez, continuó, el nombre del conde D. Julian? Pues yo soy ese desventurado conde gobernador de Ceuta, por quien se perdió España, que estoy padeciendo tormentos increíbles en el infierno; y diciendo esto dió un terrible estampido y desapareció el caballero y el caballo, dejando un fuerte olor sulfúreo. Baltasar de Ahumada quedó tan espantado con tan terrible vision, que pensó espirar de susto y, no teniendo ánimo para continuar su camino, se volvió malo á su casa y á los cuatro días murió.

L. M. RAMIREZ Y DE LAS CASAS-DEZA.

ANÉCDOTAS HISTÓRICAS

entresacadas de un manuscrito anónimo del siglo XVI.

ARDID DE UN JUDÍO.

Un judío venia de Valladolid á Medina del Campo en una mula, alcanzó á un hidalgo pobre que iba á pié, y apiadándose el judío dél dijole que cabalgase en la mula, y lo hizo así; y el hidalgo dióse tanta prisa que dejó al judío, y como llegó á Medina, anduvo toda la noche por los mesones y no lo pudo hallar, y otro día por la mañana topóle en un meson, y requirió al mesonero que le guardase la mula que era suya, y fuese al corregidor, y dió queja del hidalgo, y mandóle llamar, el cual negó la mula ser del judío; y como tenia buena persona y el judío muy ruin, dijo al corregidor: ¡Cómo, señor, hombre soy yo que habia de tomar la mula á este judío! Y como no hizo otra prueba el judío fué sin ella, y como es gente sutil, pensando sobre la pérdida de su mula, volvió al corregidor y dijole que le suplicaba mandase traer ante sí la mula, que ella diria cuya era, y el corregidor la mandó luego traer, y traída el judío le echó la capa sobre la cabeza y dijo: Señor, esta mula tiene una nube en un ojo; diga el hidalgo en cuál, pues dice que es suya: el hidalgo dijo en el derecho, y el judío quitando la capa, dijo al corregidor: Mire vuesa merced como no es suya, que no tiene nube ninguna, y así llevó el judío su mula.

CÓRTEZ EN TOLEDO.

El año de 1539 hizo Córtes el emperador Carlos V en Toledo, donde se juntaron los grandes y prelados del reino, y allí se propuso lo de la sisa de los hijosdalgo de Castilla: los prelados se juntaron en el monasterio de S. Juan de los Reyes; y como gente que les importaba poco vinieron y firmaron todo lo que la I. M. pretendia. D. Pedro Fernandez de Velasco, condestable de Castilla lo defendió valerosamente y no consintió que se pagase. Entre los prelados que persuadian que se otorgase lo de la sisa fué el mas principal fray García de Loria, cardenal que á la sazón era de Sigüenza, y hablando un día sobre ello en presencia de algunos señores contradecíale el conde de Simela; dijole entonces el cardenal: Señor conde, ¿qué cosa es sisa? A lo que este respondió: Señor, la Iglesia de Sevilla. Dijole porque entonces estaba vago el arzobispado de Sevilla por fallecimiento de D. Alonso Manrique, y fray García andaba en pretensiones de aquel mendrugo.

BIOGRAFIA.

ANIBAL RINALDY.

Con asombro general
á todo extranjero en Roma
le hablaba en su propio idioma,
no hace mucho, un cardenal.

Pagó la deuda mortal;
mas de tí, Anibal, espero
que pronto, á una voz, entero
te aclame atónito el mundo,
el *Mezzofante* segundo,
que deja atrás al primero.

J. E. HARTZENBUSCH.

Hoy que el famoso niño, cuyo retrato encabeza este artículo, se dispone á abandonar á España, su patria adoptiva, creemos,

no solo oportuno, sino hasta necesario, consagrarle una página del SEMANARIO PINTORESCO.

Anibal Rinaldy, de edad de doce años, ciudadano del mundo, cristiano, turco, empleado español, viajero, dibujante, casi políglota, pobre, recibido y estimado por monarcas, por sabios, por toda clase de eminencias, calígrafo sin rival, huérfano sin familia, es una figura demasiado notable, y promete ser una reputación por demas respetada, para que pase desapercibida á nuestros ojos, para que vuelva al Asia, de donde vino, sin que su historia quede inscrita en los anales de la civilización.

Anibal (*Selim* en árabe) nació el día 7 de octubre de 1844, en Damasco, donde recibió el agua del bautismo, por ser hijo de católicos.

Fué su padre Miguel Rinaldy, natural de Nápoles, residente en la Siria, á donde fué como médico á la guerra de Ibrahim-Bajá. Allí contrajo matrimonio con Teresa Fabre, maltesa, cristiana, hija de árabes. De este enlace nació Anibal.

Cuatro años despues murió Miguel Rinaldy. Anibal manifes-



ANIBAL RINALDY.

taba ya uno de esos talentos fenomenales que se revelan no solo en la fisonomía, sino en una sola palabra, en un ademan insignificante; pero quedó solo, pobre y abandonado.

Un hombre extraordinario, cuya instrucción no tiene límites, y de un talento clarísimo, cuya profundidad en vano ha querido medir el que esto escribe; Mustafá Abderraman, médico árabe, comprendió de una sola ojeada todo el desamparo y todo el mérito de Anibal, y adoptándole como pupilo, como discípulo, como hijo, se hizo cargo de su educación y le unió á su vida errante y aventurera.

De Tulehía, donde murió Miguel Rinaldy, partieron su hijo y Mustafá para Beyruth, en la Siria, de modo que la lengua nativa del jóven, la que balbuceó en su cuna, fué la arábiga; y aun hoy mismo es el idioma que hablan familiarmente el maestro y el discípulo.

Mas como el padre de Anibal habia sido italiano, aconteció una cosa extraña, y es que el niño, á los seis años de edad, empezó á recordar palabras que habia oído á su padre en su primera infancia y á unir las á otras que de tiempo en tiempo salían de los labios de su preceptor. Aquellas palabras eran italianas. Un año despues Mustafá hablaba con Anibal el tierno idioma de Dante y de Petrarca.

Este hecho reveló al sabio árabe una verdad que debió hacerle palpar de júbilo: Anibal habia traído al mundo, ni mas ni menos que él, una predisposición asombrosa para la filología. Mustafá Abderraman hablaba mas de veinte idiomas y sobre cuarenta dialectos: pudiera decirse que habia presenciado la ruina de la torre de Babel. Por consiguiente, concibió la esperanza de transmitir todos sus conocimientos á Anibal, y para ello creyó que lo mas oportuno era adoptar el plan de en-

señanza con que él había aprendido cuanto sabía. — *Los viajes.*

Después del árabe y del italiano, Anibal aprendió el griego moderno, y por la sola razón, razón tiernísima por cierto, de haber vivido mucho tiempo Miguel Rinaldy y Teresa Fabre en la Valaquia, aprendió el válico; y porque su madre fué maltesa, aprendió el maltés; y porque era súbdito del gran Señor, aprendió el turco; y de esta manera, cuando á la edad de diez años llegó á Jerusalem hablaba seis idiomas, el árabe, el italiano, el griego, el válico, el maltés y el turco, empezando á conocer el inglés.

En Jerusalem le oyeron con pasmo los sabios religiosos que pueblan sus conventos; el patriarca armenio le colmó de distinciones; visitó los santos lugares, y alcanzó el título de peregrino.

A todo esto había acabado de aprender el inglés y empezaba á dibujar de un modo admirable. En caligrafía era un portento. Entonces decidió Mustafá traerle á Europa.

Embárcanse en Alejandría con dirección á Malta, naufragan cerca de Candía; pierden todo su equipaje con libros, papeles y preciosidades antiguas; pero cuando, tras largos afanes, logran arribar á Malta, Anibal sabe un idioma mas; el francés, ese talisman necesario para recorrer las naciones civilizadas.

De Malta salen para Gibraltar, donde el joven políglota tiene ocasion de hablar las nueve lenguas que sabe, puesto que Gibraltar es en esto de idiomas una Babel.

De Gibraltar pasan á Málaga y Velez-Málaga. Permanece tres meses en estos dos puntos, y cuando llega á Granada, habla el español tan correctamente como un castellano viejo, ya que no como un académico de la lengua.

En Granada conoce al joven literato D. José Salvador de Salvador, quien maravillado ante aquel prodigio de precocidad, le presenta á la academia de ciencias y literatura de aquella capital, donde luce Anibal todos sus conocimientos con asombro de cuantos le escuchan. El Sr. Moreno Nieto, catedrático de árabe, le examinó ante un numeroso concurso, y el joven damasquino es nombrado académico por aclamacion.

Pero Granada es un ámbito estrecho para tal capacidad. El Sr. Salvador de Salvador envía á Anibal á Madrid, recomendándole á varios jóvenes literatos que viven en la corte asociados bajo el nombre de *Colonia granadina*.

Llega el niño filólogo á Madrid y no pasa mucho tiempo sin que S. M. la reina no le haya oído con profunda admiracion y el gobierno le acepte y proteja, dándole una plaza en el ministerio de Estado, en la interpretacion de lenguas.

De esta manera instalado, no por eso se duerme en sus laureles: el joven traduce viejos manuscritos; enseña lenguas orientales á la *Colonia granadina* que, en cambio, solo puede darle lecciones de *latin*. Anibal habla al poco tiempo la lengua de Virgilio.

Pero Portugal está un paso; el joven logra una real licencia y parte para Lisboa; á los doce dias habla el portugués como el mas finchado luso. Reside allí dos meses y es recibido por el regente y por Pedro V. El joven y erudito monarca traduce el griego mirando por encima del hombro del oriental. Reúne el cuerpo diplomático en la secretaría de Estado, y Anibal habla á cada embajador en su idioma. Lluévenle honores, distinciones, títulos y regalos. Pero espira la licencia. Es preciso volver á Madrid. En el camino recoge el título de académico de la de Badajoz. El arzobispo de Toledo le da títulos, cartas, bulas; el joven va de biblioteca en biblioteca, dejando indelebles recuerdos de su ciencia peregrina. En el colegio de cadetes de Toledo logra una ovacion inolvidable. Llega á Madrid. La prensa se ocupa de él con insistencia. Asiste al colegio de sordo-mudos y á los pocos dias sabe este idioma mas. Mustafá, que le sigue á todas partes le enseña entre tanto las primeras nociones del hebreo y del armenio. Pasa el tiempo, y el peregrino se siente mal en la quietud de su vida de empleado. El oriente le llama con las lenguas que el joven no conoce todavía. El sanscrito, el chino ¿quién sabe?.... Anibal alcanza una pension para Jerusalem, donde debe traducir manuscritos importantes, y este es el momento en que ese niño de doce años que habla trece idiomas, y cuya fisonomía fran-

ca, hermosa é inteligente es una prediecion y un aviso de su grande porvenir, pone el pié en la nave que ha de llevarle al Asia, de donde tornará á España enriquecido con nuevos conocimientos.

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

CAUSAS CELEBRES.

EL CLAVO,

POR PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

(Continuacion.)

Como esperábamos, encontráronse en ellas algunos girones de galon dorado, que sujetos á la madera con tachuelas de metal, habrian formado letras y números.

Pero el galon estaba roto, y era imposible ver aquellos caracteres.

Mas ni aun así se desconcertó Zarco: hizo arrancar completamente el galon, y las tachuelas, y por las puntadas de estas en la tabla tradujo las siguientes cifras.

A. G. R.

1852

R. I. P.

Zarco radió de entusiasmo al hacer este descubrimiento.

— ¡Es bastante, es demasiado! exclamó: asido de este cabo, daré vuelta al laberinto. ¡Lo descubriré todo!

Cargó el alguacil con la tabla, como había cargado con la calavera, y así enriquecidos con una historia, regresamos á la ciudad.

Sin descansar un momento, nos dirigimos á la parroquia mas próxima.

Zarco pidió en nombre de la ley el libro de sepelios de 1852.

Recorrióle el escribano hoja por hoja, partida por partida, sin encontrar ningun difunto de aquellas iniciales A. G. R.

Pasamos á otra parroquia.

Cinco tenía la villa: á la cuarta que visitamos, halló el escribano esta partida de sepelio.

En la iglesia parroquial de San.... de la villa de..., á cuatro de mayo de 1852, se hicieron los oficios de funeral, conformes á entierro mayor, y se dió sepultura en el cementerio general á D. ALFONSO GUTIERREZ DEL ROMERAL, natural y vecino que fué de esta poblacion, el cual no recibió los Santos Sacramentos ni testó por haber muerto de una apoplejia fulminante en la noche anterior, á la edad de treinta y un años. Estuvo casado con Doña Gabriela Zahara del Valle, natural de Madrid, y no deja hijos. Y para que conste, etc.

Tomó Zarco un certificado de esta partida, autorizado por el cura, y regresamos á nuestra casa.

Por el camino me dijo el juez.

— Todo lo veo claro. Antes de ocho dias habrá terminado este proceso que tan oscuro se presentaba.

— ¿Cómo?

— Sí: esa *apoplejia fulminante* es de hierro; tiene cabeza y punta, y va dentro de ese pañuelo. Ya tengo el *clavo*. Ahora solo me resta encontrar el martillo.

XII.

DECLARACIONES.

Un Vecino dijo: Alfonso Gutierrez del Romeral, joven y rico propie-

tario de aquella población, residió algunos años en Madrid, de donde volvió en 1849 casado con una bellísima señora llamada Gabriela Zahara:

Que el declarante había ido algunas noches de tertulia á casa de los recién casados, y tuvo ocasión de observar la paz y ternura que reinaban en el matrimonio:

Que cuatro meses antes de la muerte de D. Alfonso había marchado su esposa á pasar una temporada en Madrid con su familia, según aseguraba el mismo marido:

Que la joven regresó en los últimos días de abril, tres meses y medio después de su partida:

Que á los ocho días de su llegada ocurrió la muerte de Don Alfonso:

Que la esposa estuvo mala á consecuencia del sentimiento que le causó esta pérdida; y habiendo manifestado á sus amigos que le era insoportable aquel pueblo donde todo le recordaba á su querido esposo, le abandonó para siempre á mediados de mayo, diez ó doce días después de quedar viuda, dejando un administrador al cuidado de sus bienes:

Que era cuanto podía declarar, y la verdad, á cargo del juramento que había prestado, etc.

Un CRIADO del difunto Gutierrez dijo:

Después de repetir los datos de la vecindad, que la paz del matrimonio no era tanta como se decía de público:

Que la separación de tres meses y medio que precedió á los últimos ocho días que vivieron juntos los esposos, fué un tácito rompimiento, consecuencia de profundos y disimulados disgustos que mediaban entre ambos jóvenes desde el segundo año de su matrimonio:

Que la noche en que murió su amo, se reunieron los esposos en la alcoba nupcial como lo venían haciendo desde la vuelta de la señora, contra su antigua costumbre de dormir en diferentes habitaciones:

Que á media noche los criados oyeron sonar violentamente la campanilla, á cuyo repiqueteo se unían los desaforados gritos de la señora:

Que acudieron y vieron salir á ésta de la cámara nupcial, con el cabello en desorden, pálida y convulsa, gritando entre sus sollozos.....

— ¡Una apoplejía! ¡Un médico! ¡Alfonso mío! ¡El señor se muere!.....

Que penetraron en la alcoba y vieron á su amo tendido sobre el lecho ya cadáver, y que habiendo acudido un médico confirmó que D. Alfonso había muerto de una congestión cerebral.

El MÉDICO. Preguntado al tenor de la cita que precede, dijo: Que era cierta en todas sus partes.

Un CIRUJANO. Habiéndosele puesto de manifiesto la calavera de D. Alfonso, y preguntado si la muerte recibida de aquel modo podía aparecer á los ojos de un médico como apoplejía, dijo que sí.

Entonces dictó mi amigo el siguiente auto.

•Considerando que la muerte de D. Alfonso Gutierrez del Romeral debió ser inmediata y subsiguiente á la introducción del *clavo* en su cabeza;

•Considerando que cuando murió estaba solo con su esposa en la cámara nupcial;

•Considerando que es imposible atribuir á suicidio una muerte semejante, por las dificultades materiales que ofrece su perpetración;

•Se declara reo de esta causa, y autora de la muerte del Don Alfonso á su esposa Doña Gabriela Zahara del Valle, para cuya captura se expedirán los oportunos exhortos etc. etc. »

— Dime, Joaquín, pregunté yo al juez; ¿crees que dé la justicia con Gabriela Zahara?

— Indudablemente, me respondió mi amigo.

— Y ¿cómo? ¿Por medio del administrador en esta?

— No; puesto que el administrador declara que ignora su paradero hace muchos meses.

— Pues ¿de qué modo?

— No sé: lo único que puedo decirte es que en medio de es-

tas rutinas judiciales, de este materialismo, de esta frialdad oficial, hay cierta lógica de tradición, una especie de *quid divinum* que nunca falla. En su consecuencia te aseguro, que cuando un proceso llega á este estado, se termina siempre; que cuando Dios da la punta del hilo es porque cumple á su justicia desenredar la madeja, y, en fin, que cuando las calaveras salen de la tumba á declarar, poco les queda que hacer á los tribunales.

XIII.

DICTÁMEN FISCAL.

El lector de este periódico, fiscal nato de esta *causa célebre*, en vista de lo dicho, opina: que el autor se manifiesta demasiado curial, debiendo por consiguiente, amenizar un poco su estilo, so pena de fastidiar al bello sexo si persiste en ajustarse á la ley de procedimientos criminales.

V., no obstante, señor autor, siendo servido, podrá acordar lo que estime mas conveniente. etc.

XIV.

AUTO.

Como se pide. Lo mandó etc.

XV.

EL HOMBRE PROPONE.

A pesar de las esperanzas de mi amigo Zarcó, Gabriela Zahara no pareció.

Exhortos, requisitorias, edictos, todo fué inútil.

Pasaron tres meses.

La causa se sentenció en rebeldía.

Yo me despedí de mi amigo y abandoné la villa de ..., no sin prometerle á Zarcó volver al año siguiente.

XVI.

UN DUO EN *MI* MAYOR.

Aquel invierno lo pasé en Granada.

Una noche me hallaba en un baile, casa de la distinguida señora de C.....

Serian las dos de la madrugada.

A mí me gusta mucho bailar; yo he bailado mucho; yo he walsado hasta el suicidio, porque de todos los bailes ninguno me gusta como el *wals*. Yo he apostado con una mujer á que la ponía tísica walsando, antes que ella á mí, y hemos walsado á todo Straus, al mismo Weber sin que ni ella ni yo hayamos enfermado del pecho. Yo sé de memoria la sátira de Byron contra el *wals*; pero también sé de memoria que Byron era inglés y cojo, circunstancias poco idóneas para seguir en su vertiginoso giro á Amaury y Magdalena. Yo, en fin, creo en Terpsícore, amo á mas de una bailarina y espero que Lola Montes, Petra Cámara, la Cerito, Flora Fabrí y demas notabilidades coreográficas justificarán con su belleza estas mis extravagantes afecciones.

Sin embargo, yo no bailé aquella noche en casa de la señora de C.....

Era ya poeta, y no quería parecer un simple mortal.

Me aburría, pues, como una dama de mostrador.

De pronto reparé en una bellísima mujer, cuyo rostro hubiera distinguido entre mil rostros semejantes, dado caso de que pudiera haber ni uno solo que se le pareciera.

¡Era mi desconocida, mi mujer misteriosa, mi tipo, mi desengañada de la diligencia, mi compañera de viaje, el núm. 4111!

Lleguéme á saludarla.

— Señora, la dije, he cumplido á V. mi palabra no buscándola. Hasta ignoraba encontrar á V. aquí. A saberlo, acaso no hubiera venido, por temor de ser á V. enojoso. Una vez ya delan-

te de V., espero que me diga si puedo reconocerla, si me es dado hablarla, si ha cesado el entredicho que me alejaba de V.

— ¡Oh! amigo mio, respondió la hermosa tendiéndome la mano; le reconozco á V.... sobre todo en su severa formalidad.... ¿como está V.?

— En verdad que lo ignoro, señora. Mi salud, la salud de mi alma, — pues no otra cosa me preguntará V. en medio de un baile — depende de la salud del alma de V. Esto quiere decir que mi dicha no puede ser sino un reflejo de la suya. ¿Se ha curado V. el corazon?

— Aunque la galantería le prescriba á V. desearlo, contestó la dama, y mi aparente jovialidad suponerlo, V. sabe.... mejor que yo.... pues es V. cirujano del alma, ó sea novelista, que las heridas del corazon no se curan.

— Pero se *tratan*, señora, como dicen los facultativos; se hacen llevaraderas; se da elasticidad á la sangre coagulada, se tiende una piel rosada sobre la roja cicatriz, se edifica una ilusion sobre un desengaño....

— Pero esa edificación es falsa....

— Como la primera, señora, como todas. Querer creer; querer gozar.... He aquí la ciencia. Mirabeau moribundo no aceptó el generoso ofrecimiento de una jóven que quiso pasar toda su sangre á las empobrecidas arterias del grande hombre.... No sea V. como Mirabeau. Beba V. nueva vida en el primer corazon virgen que le ofrezca su rica savia. Y pues no gusta V. de galanterías, le añadiré en abono de mi consejo, que al hablar así no defiende mis intereses....

— ¿Por qué dice V. eso?

— Porque yo tengo tambien algo de Mirabeau.... no en la cabeza, sino en la sangre. Necesito lo que V.... ¡una primavera que me vivifique..!

— ¡Somos bien desdichados! En fin.... V. tendrá la bondad de no huir de mí en adelante....

— Señora, iba á pedir á V. permiso para visitarla.

Nos despedimos.

— ¿Quién es esa mujer? pregunté á un amigo mio.

— Una americana.... Mercedes de Méridanueva, me contestó.

XVII.

OTRO CAPÍTULO INÚTIL.

Al día siguiente fui á visitar á mi nueva amiga.

La encantadora Mercedes me recibió *sans façon*, como á un compañero de viaje.

Yo quedé prendado del trato de aquella mujer, cuya belleza me habia ya cautivado.

Fuimos amigos, verdaderos amigos.

Un día.... no sé por qué incidencia.... sí — ahora recuerdo — hablando de sus desengaños, le conté la historia de los amores de mi amigo Zarco.

Ella la oyó con suma atencion, con tierno interés.

Al día siguiente me anunció que partia de Granada.

Yo sentí esta separacion, pues aquella mujer me inspiraba una profunda y respetuosa simpatía.

¿Quién era? No sé por qué me pareció siempre que su vida envolvía un misterio impenetrable.

Ella no me contó nunca sus pesares sino muy vagamente.

Dejéla ir, pues, sin comprenderla mucho mas que el día que nos bajamos juntos de la diligencia en Málaga.

(Concluirá.)

BALADA.

Perfida como la ola.

(SHAKESPEARE.)

EL HIJO.

«Madre mia, me muero; ya la fiebre

«con su fuego interior mi pecho abrasa.

«¡Di á mi Elena que venga, que me muero!....

«¡Ay! Madre mia, tráela.»

LA MADRE.

«Olvidala, hijo mio, yo te adoro;

«con el cariño de una madre basta;

«¡quién en el mundo te querrá como ella!

«No pienses en la ingrata.»

EL HIJO.

«Aun mas que tú me adoras, yo la adoro,

«sin el amor de Elena no soy nada;

«si quieres á tu hijo, ve por ella.

«No vuelvas sin mi alma.»

La madre salió al punto,

en lágrimas bañada:

vió á Elena y.... ¡pobre madre!

Sin ella volvió á casa.

AGUSTIN BONNAT.

Serenata.

A....

Aunque me abrumen

tu saña fiera,

luz de mis sentimientos,

como al perfume

de una flor hechicera

besan los vientos

besar quisiera

tus pesamientos.

Lirio gallardo,

rosa temprana,

¡quién fuera nardo

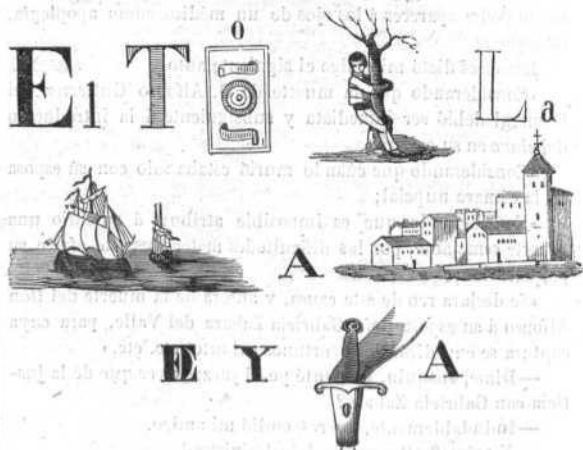
de tu ventana!

LUIS DE EGUILAZ.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Roma y Cartago á muerte se declararon guerra; mas la suerte fué contraria á Cartago en la lucha.

GEROGLÍFICO.



Director y propietario, D. EDUARDO GASSET.

Madrid. — Imprenta de la VIUDA DE PALACIOS.



ANTERA BAUS.

A MI QUERIDO AMIGO D. ISIDORO GIL Y BAUS.

Artículo primero.

Dirigiéndose á su amiga la célebre actriz Doña Teodora Lamadrid dice el poeta Luis de Eguilaz en la dedicatoria de su magnífico drama *El caballero del milagro*: «Todos los grandes artistas legan á la posteridad obras que puedan hacer pasar sus nombres á través de los siglos: el poeta sus versos, el pintor sus cuadros, el escultor sus estatuas. Solo los actores, por eminentes que sean, no pueden dejar tras de sí mas que un vago recuerdo que poco á poco va borrando el tiempo, hasta que su memoria se confunde para siempre en el olvido.» Exacto es esto por demas tratándose de la mayoría de los actores por grandes que sean. La inspiración de un momento que nada deja tras sí, que no se imprime sino en los corazones de los circunstantes, de donde el tiempo ú otras nuevas impresiones habrán de borrarla muy presto; por necesidad ha de ser fugitiva y perecedera. Pero tratándose de la eminente artista con cuyo nombre encabezamos este artículo, las palabras de Luis de Eguilaz pierden completamente su fuerza. Antera Baus no fué solamente una actriz que representó deliciosamente este ó aquel papel, no fué solo una artista que supo vencer á fuerza de entusiasmo y estudio esta ó

aquella dificultad, no: sus títulos á la inmortalidad son mas relevantes; el nombre de Antera Baus simboliza la resurrección, del teatro antiguo, el renacimiento del buen gusto literario que Comella y sus compañeros, acaudillando una turba de cómicos ignorantes y dedicados enteramente á explotar la cándidez de un público de *benditos*, parecían haber matado para siempre.—Comella murió mas tarde de hambre pescando en el Manzanares; no tenemos noticia de que ninguno de los *inimitables* para quienes escribió sucumbieran á los ímpetus de esta enfermedad; y sin embargo Luciano Comella valia mucho mas que sus intérpretes. ¡Pobre Luciano, para quien tan pródigos somos en invecitivas, si no hubieran desaparecido de la escena, gracias á la guerra de buena ley que los hizo la artista objeto de este artículo, aun veríamos tus producciones en el teatro, aun los nombres de Alarcón, Calderón, Tirso y Lope estarían en olvido! Tus abortos, hijos del hambre, son disculpables por la madre en que los hubisteis: el método de declamación que tus intérpretes fundaron, el afán con que por halagar los groseros instintos del vulgo, hicieron desaparecer cuanto habia de bello y de sublime en nuestro repertorio los *galanes* y las *damas* cuando cobraban pingües *partidos* y de nada crecían, si ya no es de sentido comun, no tiene mas disculpa á nuestros ojos sino la avaricia y la estupidez!

Eran los tiempos de la barbarie de la literatura y el arte

drámatico. Los vándalos del comellismo habían destruido ó enterrado entre cenizas los mas hermosos monumentos poéticos: los cómicos que hacían de su arte un vil oficio habían á su vez aniquilado las buenas tradiciones de Amarilis, de Josefa Vaca, de la Lavelant, de Prado, de toda aquella pleyada de artistas en cuyas manos nunca se marchitaban los laureles de nuestros grandes dramáticos, de los primeros ingenios del mundo. Las comedias á que aun la tradicion teatral conserva el ridículo nombre de *Federicas* porque era necesario que en todas ellas se glosasen las hazañas de Federico el Grande, los dramas de *sensibiliteria*, que no de sensibilidad, las malisimas imitaciones de Kostbue, todo lo mas absurdo y extravagante, todo lo mas contrario á lo bueno que imaginarse puede, aderezado con los mas infernales romances que de boca de ciego ó trovador de portal á duras penas pudiera salir, he aquí lo que atraía la multitud á los *coliseos*, como con razon se les llamaba entonces, que así se diferenciaban de nuestros antiguos teatros, de nuestros gloriosos corrales. El arte de declamar corría parejas, generalmente hablando, con el de escribir. En cuanto á la propiedad escénica baste decir que con uno de aquellos trajes que aun de vez en cuando vemos en los días de Carnaval y que aun se llaman á la *antigua española*, como si alguna vez se hubieran llevado en España tan ridículos arreos, el indispensable vestido á la *federica* y un traje de *aldeano francés* estaba completo el guardarropa del artista que mas se excedía á sí mismo. Las decoraciones y maquinaria marchaban al nivel de este progreso teatral, á pesar de que uno de los recursos que se adoptaron para estragar el gusto del público fué el de representarle hasta la saciedad comedias de *tramoya y vuelos* que causaban tal sensacion que de Juana la Rabicortona ó el asombro de Jerez, despreciable engendro que en lo malo no puede tener igual, se escribieron y representaron sucesivamente con gran éxito hasta siete partes. Los carteles, anzuelo con que se pescaba á los incautos, contenían á veces mas lectura que la obra que en ellos se representaba, y de esta farsa de anuncios aun nos queda un resto en la *aplaudida*, la *muy aplaudida*, la *tan aplaudida* y hasta la *muy aplaudidísima* con que los directores de teatro califican á toda obra, siquiera haya sido silbada, que no es de un individuo de la Sociedad de Autores dramáticos, que los que á esta respetable corporacion pertenecen deseosos de evitar este *puff* han impuesto entre otras condiciones á las empresas teatrales que sus obras cualquiera que sea el éxito que obtengan se han de anunciar lisas y llanamente.

Eran los tiempos, volviendo á nuestro relato, en que no habia comedia buena si en ella no moria un viejo de hambre ó no se perdian los amantes en un bosque en donde eran pasto del *sota-despabilador* del teatro, que envuelto en una botarga de tigre manchada de aceite, se presentaba por entre los mugrientos bastidores, por cuyos agujeros tenia el público el placer de admirar la figura del segundo *apunte* que con una vela de sebo en la mano izquierda y un manuscrito largo y angosto, á guisa de libro de contabilidad fregonil, en la derecha, le gritaba desaforadamente «fuera.» Eran en fin los tiempos en que daba grandes entradas una obra titulada «*Quitar el cordel del cuello en la mas justa venganza ó sease el mas pobre fundador del hospital mas famoso, el venerable Anton Martin*»; y con esto basta.

Los esfuerzos de los Moratines, de Iriarte, de Huerta, de la Galvez y de toda la erudita y glacial academia del café de S. Sebastian eran impotentes para rehabilitar el gusto literario. El teatro venia decayendo desde principios del reinado de Felipe V, y ni la comedia clásica, que repugnaba á la imaginacion exaltada y novelasca de los españoles, ni la tragedia importada de Francia, bebida por sus autores así en la fuente de nuestro teatro antiguo como en las del griego y romano, podia avenirse bien, mas por su forma que por su esencia, con el gusto tradicional de nuestro pais. En vano declamaban contra el mal presente con los buenos modelos en la mano: los *chisperos*, que habían sustituido á los antiguos y *sesudos mosqueteros*, seguían atronando el teatro aplaudiendo las mas desatinadas concepciones, y los *curru-tacos*, y los abates, y los majos, y los toreros tiraban confites so-

bre las sillas de manos de las comediantas desde que salían del vestuario hasta que llegaban á su casa, sin pasárselos por las mientes que pudiera haber un mas allá en el arte de declamar, despues de las contorsiones, gritos desaforados é insufribles llo-riques de sus ídolos.

Nunca el público español habia mostrado mayor aficion por los espectáculos, de cualquier especie que fueran, desde los venturosos tiempos del rey poeta, en que los teatrales llevaron á todos la preferencia. Los Caños del Peral, el Príncipe y la Cruz se veían una y otra noche henchidos desde la luneta á la cazuela, y lo mismo sucedía á los coliseos de las provincias, cada día mas numerosos. Las comedias comellescas, los sainetes no siempre morales, el baile español y la tonadilla, último y miserable resto de la antigua zarzuela, hé aquí con insignificantes excepciones todo lo que los *autores ó formadores de compañías* presentaban en escena para atraer á un numeroso concurso. El público hasta ignoraba generalmente que existían los escritores, y si alguna vez lo sabía era solo para tratarlos con el mismo soberano desden con que los cómicos los trataban, desden de que, entre paréntesis, eran bien dignos por mas de un concepto casi todos los que por entonces se dedicaban á *hacer comedias*. Aunque en mucho mejor posicion no eran por eso mejor tratados los actores: el pueblo y la clase media los miraba como á unos párias, y si bien la grandeza alternaba con ellos, lo hacia como con los toreros y gitanas que formaban su embeleso. Al artista mas eminente se le llamaba *fulanillo ó el tio fulano*, y pocas eran las actrices que de la *fulana* á secas ascendían á llamarse la *señora fulana*.

Con razon sobrada aun los mismos que comían aquellos detestables manjares veían con desprecio á los que los condimentaban. El teatro así puede ser la mas noble de las artes como el mas vil de los oficios, segun ha dicho un actor, por mil conceptos venerables: los *cómicos* en cuyas manos estaba el cetro de la escena, viciando su elevada institucion le habían reducido á este último extremo.

Estabamos en plena época de *pan y toros*.

Maiquez, el gran Maiquez, único actor que de muchos años á esta parte ha logrado que su nombre le sobreviviera, luchó en vano por aclimatar la tragedia en nuestro suelo: la tragedia en España no podia pasar sino como un relámpago por la razones que dejamos dichas. El teatro español habia muerto: lo que de él restaba no era su tumba; eran los gusanos que royeron su cadáver. Ese mismo Maiquez tenia muy á menudo que emplear su genio en los mas estúpidos dramones: cuando vemos la lista de las obras que ejecutaba, de su *caudal*, como entonces se decia, y aun se dice en la tecnologia teatral, porque entonces las obras no eran caudal de sus autores, nos espantamos. Imposible parece que tal hombre pudiese resignarse á ejecutar muchas de aquellas obras. Lo repetimos: del gran monumento nacional levantado por nuestros mayores nada quedaba. El triunfo de los vándalos era completo.

En tales circunstancias para regenerar el gusto del público, para apartarle de la senda por donde tan errado caminaba, apareció sobre la escena una mujer singular, una artista de esas que ligán su nombre al de las obras que ejecutan, y que con ellas hacen su gloria imperecedera. La hora del renacimiento literario y artístico habia sonado. Antera Baus con la fé y el entusiasmo de una creyente, radiante de genio, de juventud y de belleza, habia pisado las tablas.

A contar de ese día data el renacimiento del buen gusto: por eso su nombre no podrá nunca dejar de escribirse en la historia del teatro español; por eso antes de bosquejar á grandes rasgos la vida artistica de la moderna *Amarilis*, hemos necesitado dar una idea del estado en que la escena se encontraba cuando como un sol apareció la gran artista en el horizonte teatral.

Pero la estrechez de las columnas de nuestro SEMANARIO PINTORESCO, libro sagrado en que una por una van escribiéndose todas las glorias nacionales, nos obliga á dejar lo mas interesante de nuestro trabajo para un segundo artículo.

DIEGO LUQUE.

VIAJES.

ISLAS JONICAS.

En el viaje á las regiones de Oriente, tan á la moda hace ya algunos años y cuya boga subió de punto há pocos meses con la gigantesca lucha de las dos mas grandes naciones occidentales con la Rusia, á que servian de teatro las playas de la Crimea, pocos son los viajeros que se detengan algunos dias para visitar las islas del archipiélago jónico, olvido indisculpable, ya se atiende á las producciones de su suelo, ya á sus bellezas naturales que igualan cuando no sobrepujan á cuanto puede ofrecer de mas grandioso ó pintoresco la Grecia continental.

Proponémosnos conducir al curioso ó desocupado lector á quien su estrella condenase á recorrer estas nuestras desaliñadas páginas, al través de aquellas afortunadas comarcas, cuyos nombres evocarán indudablemente en su memoria el grato recuerdo de los felices dias de sus tempranos estudios; los dias puros y serenos de la infancia, que nunca olvidamos despues ni aun en medio de las mas deshechas tempestades del proceloso mar de la vida.

No hay ninguna de aquellas islas que no haya sido teatro de algun suceso ó aventura contada por el divino Homero; no hay en ellas peñasco, ni arroyo, ni ruina que no recuerde alguna accion gloriosa ó leyenda interesante. — Por tanto, si en este nuestro paseo no acertamos á interesar al lector, defecto nuestro ha de ser, sin duda, no de la materia, en sí amenísima y agradable.

Las islas jónicas son en número de siete: las mas importantes, situadas á la entrada del golfo adriático, parecen pedazos separados por alguna erupcion volcánica de las costas de la Albania y de la Grecia; las otras, algo mas al Sur, forman como un apéndice de las playas de la Moréa. Sus nombres son: *Corfú*, *Cephalonia*, *Zante*, *Santa-Maura*, *Itaca*, *Paxo* y *Cérigo*. Todas forman una república, bajo el protectorado de la Gran Bretaña, que en 1817 les dió una Constitucion, un Senado y un poder legislativo. Su poblacion total subia en 1843, época de nuestra visita, á 242,000 habitantes, divididos de este modo; Corfú 75,000; Cephalonia 65; Zante 45; Santa-Maura 25; Itaca 8,000; Paxo 9,000; y Cérigo 15,000. — Hé aquí un epitome de su historia desde la division del imperio romano en oriental y occidental.

Han pertenecido á los emperadores griegos, á los lombardos, á los venecianos y á los turcos. Fueron ocupadas por los franceses en 1797, hasta que despues de la pérdida del combate naval de Abukir, fueron aquellos expulsados de su territorio, con ituyéndose las islas en república independiente bajo la proteccion de Rusia; esta cedió aquel derecho á Francia, despues de la guerra de 1807 que concluyó con la paz de Tilsit; pero los ingleses no tardaron en apoderarse de ellas, á excepcion de Corfú, que no se rindió hasta 1814; y finalmente en 1817, como antes dijimos, se constituyeron de nuevo en república bajo el protectorado, ó mejor dicho, bajo la dominacion inglesa.

Al llegar á Corfú (antiguamente *Coreyra*, habitada en tiempo de Homero por los ricos y voluptuosos *pheacios*, que como el lector recordará dieron á Ulyses un velero buque en el cual abordó á las playas de Itaca, despues de diez años de aventuras y peligros); no hay viajero, por insensible que sea á las bellezas de la naturaleza, que no se sienta agradablemente conmovido. La costa de la Albania con sus verdes colinas y sus montañas coronadas de alabastrina nieve, destacándose al Este; las fortificaciones del islote de Vido; la ciudadela de Corfú, construida sobre dos rocas escarpadas que se adelantan hacia el mar, como los brazos de un gigante que quisiera abrazarle. — Mas lejos el palacio del lord gran-comisario; la ciudad con su masa compacta de casas blanquecinas, en forma de anfiteatro, y en segundo ó tercer término las pintorescas montañas de la isla. — El puro azul del cielo y el no menos trasparente y bellissimo color de las aguas, forman un panorama de inexplicable encanto y armonía.

Los viajeros desembarcan cerca del foso de la ciudadela y su-

ben unas escaleras que dan á una explanada, embellecida por los lados con frondosas alamedas, y cuyo centro enteramente libre, sirve de plaza de armas. Desde aquel punto se goza de una perspectiva verdaderamente encantadora: en el fondo de la explanada y de frente al mar se levanta el palacio del lord gran-comisario, adornado con dos hermosas puertas llamadas de S. Miguel y S. Jorge, sostenidas por nobles columnas dóricas y que parecen puestas allí para servir de marco al bellissimo cuadro de los nevados montes de la Albania, alumbrados en lontananza por el vivificante sol del Oriente. Mirase al lado opuesto un terrado que domina el mar, limitado por una parte con una línea de casas sumamente elevadas, por bajo de las cuales hay un paseo cubierto; y por la otra, con los anchos y profundos fosos de la ciudadela, que aislada enteramente de la ciudad, se alza muda é imponente como un descomunal gigante de piedra.

Lejos de debilitarse la primera impresion que se siente al llegar á Corfú, se sostiene y se aumenta á medida que se va conociendo mejor, por decirlo así, aquella pintoresca ciudad. Esa hermosa colina, formada por dos conos y á cuyo pie se despliega la poblacion, es el *Acrías arces* de Virgilio; sobre la otra eminencia que se descubre al Este, surge la antigua ciudadela, en cuyo recinto están el antiguo palacio, varios cuarteles, el párque de artillería, un hospital militar, dos iglesias griegas y varias casas ocupadas por los empleados del gobierno.

Si se exceptuan la calle que desemboca en la explanada que antes mencionamos, otra que atraviesa la ciudad de Este á Oeste y dos ó tres mucho menos considerables, lo restante de la poblacion solo presenta un laberinto de callejuelas sin mas direccion que la que le permite la desigualdad suma del terreno. En medio de aquel dedalo de callejuelas en su mayor parte estrechísimas, si bien no poco limpias, el viajero no debe dejar de visitar las numerosas iglesias que están como enterradas en aquella compacta aglomeracion de casas, pues muchas de entre ellas están costosamente decoradas y merecen un detenido exámen. La principal es la de S. *Spiridion*, patron de la isla y cuyo cuerpo se conserva en una especie de féretro cubierto de cristales, para que los fieles puedan contemplarlo á su sabor.

Posee Corfú solo un pequeño teatro, en el cual suele haber compañías detestables de ópera italiana; pero por lo comun el espectáculo consiste en comedias griegas ó italianas, siendo simultáneo el uso de ambas lenguas en aquellas islas. Corfú es la mas considerable del archipiélago jónico é indudablemente la antigua *Coreyra*, en donde estaban los jardines de Alcinoos, tan celebrados de Homero, y cuyo príncipe, segun el mismo poeta, ofreció á Ulyses una de sus galeras para regresar á su ansiada patria.

En lugar de aquellos famosos jardines, de los cuales ni un vestigio siquiera guarda la memoria, debe el viajero visitar el delicioso paseo llamado por los ingleses *one gun battery*, situado á corta distancia de la ciudad, y frecuentado por la sociedad mas escogida de la isla. La campiña es magnífica, y en aquellas inmediaciones se encuentran olivos de enormes dimensiones, habiendo algunos que tienen hasta 25 pies de circunferencia.

La casa de recreo del Gobernador está en un sitio tan pintoresco y ameno, que vulgarmente es llamada el pequeño paraíso. Muy cerca de allí y entre el follaje de un bosquecillo de olivos, vense los restos todavía imponentes de un templo de Neptuno, sobre un peñasco escarpado que se inclina hácia el mar.

A 16 millas de Corfú está *Paléo-castrizza*, antigua fortaleza erigida sobre una empinada roca, cuyos piés baña el mar: trocése en la edad media la fortaleza en convento, el cual, aunque muy maltratado de las injurias del tiempo, dura aun. Solo una parte de aquel desmantelado edificio está habitada por algunos frailes: lo restante sirve de cuartel, ó mejor dicho, hospital para los soldados convalecientes.

Sobre uno de los picos mas elevados de las montañas de la isla, y situado casi en la mitad de ella se ve una especie de puerto, llamado *Pantaleone*, desde cuyo punto se extiende la vista por toda su parte septentrional, que como una inmensa sabana

de verdura se desarrolla á los piés del viajero. También se descubre desde allí un pequeño y desnudo islote llamado por los naturales *Vela de Ulyses*, tradición de Homero, el cual cuenta que la galera de los pheacios que condujo á aquel príncipe á Itaca, fué petrificada por el vengativo Neptuno á la vista del puerto. No deja en verdad de tener aquel peñasco alguna semejanza con un buque griego; pero nosotros recordamos haber visto entre las Antillas y las Vírgenes otro, llamado por los que surcan aquellos mares *el bergantin de piedra*, absolutamente semejante á un buque de esta clase navegando con todos los trapos al aire, y sobre el cual no hemos oído ninguna leyenda; bien es cierto que el *bergantin* está en los mares del Nuevo-Mundo, país sin tradiciones y... sin Homeros—sea dicho sin propio ni ajeno agravio.

La religion dominante en Corfú es la católica, según el rito griego. Sus habitantes, como todos los de aquel archipiélago, son vivos, alegres é ingeniosos,—sobre todo excelentes marineros y

adoradores de su patria. Las mujeres hermosísimas.—No recordamos haber visto una fea.

Las producciones de su suelo son, como en la antigüedad más remota, aceitunas, naranjos, uvas, limones y otros muchos sazonados y succulentos frutos; el trigo y cebada son allí abundantísimos. Su comercio, ya muy importante, toma cada día mayor incremento con las navegaciones de los vapores.

El forastero que quiere detenerse algo en Corfú, debería no ir allí sino provisto de buenas recomendaciones para el Gobernador ó algun oficial de la guarnición, pues no solo son abominables las fondas del país, sino que el ser presentado por un inglés es el mejor pasaporte para ser desde luego bien acogido, considerado y festejado por aquellos naturales.

En un artículo próximo hablaremos de las restantes islas jónicas.

J. HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.



SANTA MARIA DE LA VEGA EN OVIEDO.

Asturias, que atesora un riquísimo depósito de bellezas naturales y de recuerdos vivos de nuestras glorias, es sin duda el país más olvidado hoy por la pluma y el pincel. Tan solo el *SEMANARIO*, fiel á su misión patriótica y artística, reparó algun tanto esta incalificable injusticia, reproduciendo varios de los venerandos monumentos, elocuentes muestras de la civilización que en los tiempos remotos floreció en la noble tierra de Pelayo. Al consagrar una leve memoria al viejo Monasterio, cuyo título sirve de epígrafe á estas líneas, elegimos sin pensarlo el momento en que la osada mano de nuestro descreído siglo, apagando la devota lámpara, que lucía ante el altar há mas de 700 años, y destrozando con la desapiadada piqueta el retirado asilo de las vírgenes del Dios de la paz, va á cambiarle en bulliciosa fábrica de armas y pertrechos de guerra (1), peripezia

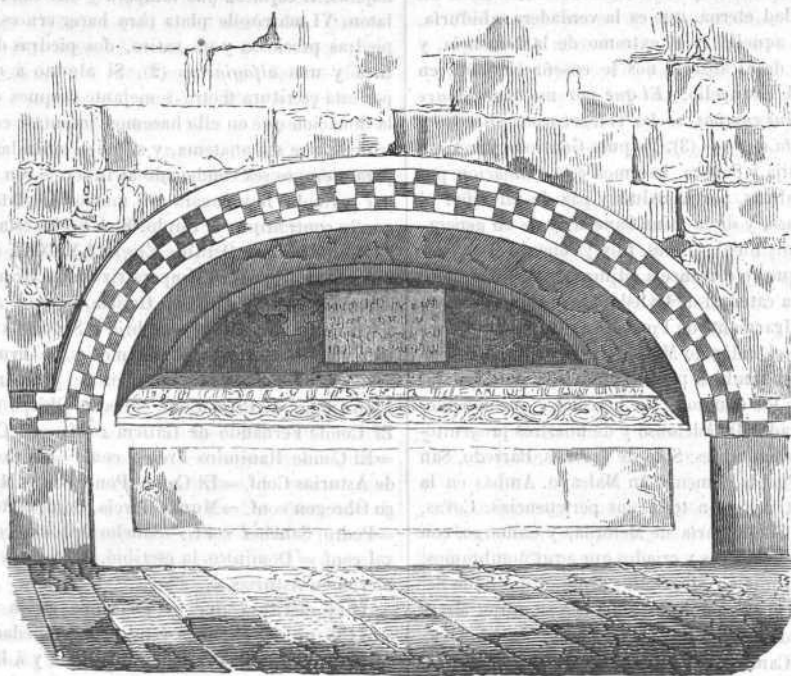
que no ofrece novedad en los días que alcanzamos; pero que ni aun podían presumir nuestros piadosos abuelos.—El origen de Santa María de la Vega fué una pasión desgraciada, que relataremos someramente. Corrían los años de 1132 y hacia largo tiempo que el fuego de las discordias civiles desolaba los risueños campos asturianos. El turbulento rico home Gonzalo Pelaez, conde de Asturias, del Vierzo, Babia, Astorga, Luna y Gordón, habia tremolado su rebelde bandera contra el emperador D. Alfonso VII, y sus partidarios ocupaban los fortísimos castillos de Tudela, Gozon, Alva de Quirós, Gordón, Luna, Buango y Proaza, que los antiguos reyes de Oviedo habian alzado para la defensa de su estado contra los moros y los piratas.—En la última de las fortalezas que acabamos de enumerar, se encastilló el soberbio caudillo, á la sazón que el emperador, vista la gravedad

(1) Por acuerdo de la Junta de gobierno de Oviedo en julio de 1854 fueron trasladadas las religiosas de Santa María de la Vega al Monasterio de S. Pelayo, y el edificio que ocupaban, destinado á fábrica de armas.

Es la tercera vez que aquellas son despojadas del asilo en que habian querido vivir y morir. La primera fué en la guerra de independencia, la segunda en la del pretendiente D. Carlos.

y prolongación de la revuelta, abandonando una expedición que disponía contra los moros de Atienza, corrió á Asturias y se puso al frente de la numerosa hueste que cercaba á Gonzalo. Los obcecados defensores de Proaza, lejos de desalentarse con la presencia del irritado monarca, dispararon contra este sus ballestas, y mataron de un saetazo el corcel en que cabalgaba, y á varios de los caballeros que iban en su compañía. No cumple á nuestro propósito relatar aquí todos los sucesos de aquella guerra; solo diremos, que escuchando Alfonso VII las instancias de sus mas leales servidores, volvió á Castilla dejando encomendada la prosecución del cerco al valiente conde Pedro Alfonso de Cangas, alférez real, que logró por fin reducir al rebelde (1).—Al pasar el emperador por el agreste valle de Aller, se alojó en el castillo de Pelugano, ordinaria morada del anciano conde D. Pero Diaz, animoso guerrero que poco tiempo antes del que vamos recorriendo, se habia, como Gonzalo Pelaez, levantado contra su rey y señor. La esposa de Pero Diaz era Doña María Ordoñez, nobilísima matrona de sangre real (2), que poseía grandes territorios en Asturias y la Liébana, y de ella tenia, entre otros hijos, á la bella Gontroda.—Alfonso VII quedó prendado al mirar la

hechicera aunque inexperta hija de las montañas, y esta no acertó á resistir á un amante tan esforzado, y galán, y que ostentaba dignamente los títulos de rey de Castilla y de Leon, emperador de España y conquistador de Almería. Ignoramos el tiempo que duraron estos amores; pero sabemos dieron por resultado el nacimiento de una niña, á la que se impuso el nombre de *Urraca*, muy comun en aquel tiempo, y que fuera el de la madre del emperador.—Reconocida por este solemnemente, confió su crianza á la infanta Doña Sancha su hermana, y Urraca llegó á ser el mas brillante ornato de la corte imperial, y á desposarse con el rey de Navarra García Ramirez, celebrándose las bodas con desusada magnificencia en Leon el 24 de julio de 1144.—Alfonso VII conservó siempre el mas cariñoso recuerdo á la madre de su hija predilecta, y dispuso con largueza mercedes á todos sus deudos y compatriotas. El dictado de *noble* que desde muy antiguo lleva el concejo de Aller, la misma calidad adquirida por todos los que nacen en su territorio, y el título de *real* que aun en nuestros dias usa la humilde parroquia de Santa Maria de Pelugano, donde señala la tradición fueron bautizadas Gontroda y Urraca, son otros tantos testimonios vivos de lo que aca-



Sepulcro de Doña Gontroda.

bamos de asentar.—Realizadas las bodas de Urraca, á quien se dió el sobrenombre de *la Asturiana*, con que le designa siempre la historia, concibió Gontroda (3) el pensamiento de fundar un Monasterio donde acabar devotamente sus dias. Al dirigirse á Oviedo con este objeto, visitó con dos hermanas suyas el célebre templo de S. Isidoro de Leon, y suplicó á los canónigos que en él moraban, la mirasen como uno de los miembros de su comunidad; y aquellos y el abad, que se llamaba Menendo, acce-

dieron gustosos prometiéndola en vida y en muerte mirarla como hermana.—Poco después dió principio Gontroda, con la ayuda y proteccion de su antiguo amante, á su piadosa obra; eligiendo para fundar el Monasterio un lugar «á tiro de arcabuz de la ciudad de Oviedo, en una vega amena, y deleitosa, y llena de arboleda,» como dice un historiador, no lejos de la antigua Iglesia de S. Julian de los Prados y del *Campo de los Reyes*, donde batallaran un día encarnizadamente Alfonso el Casto y el menguado bastardo Mauregato.—El solar de que hablamos era del patrimonio particular de Alfonso VII, circunstancia de que nos instruye un privilegio de Fernando II otorgado en Leon en 1139 cuando dice: «Damos estas villas al Monasterio de Santa Maria, sito en las cercanías de Oviedo, que nuestro padre el emperador de buena memoria con respeto de piedad, mandó fabricar en su propia heredad, y tambien á vos Doña Gontroda, fundadora de este lugar.»—En 1150 murió García Ramirez de Navarra, y su jóven viuda volvió á Leon al palacio de su padre, quien le confirió en 1153 el señorío de Asturias con título de reina. Para ins-

(1) Vencido y preso Gonzalo Pelaez, intercedieron varias personas en su favor, en especial D. Arias, obispo de Leon, y el emperador se contentó con desterrarle á Portugal, donde murió. Algunos de sus parciales que no le abandonaron en su desgracia, trajeron su cadáver á Oviedo.

(2) Era descendiente del infante D. Ordoño llamado el ciego, hijo ó nieto de D. Fruela II y de su mujer la infanta Doña Cristina, hija de Bermudo II, fundadora del Monasterio de Cornellana.

(3) Morales y algunos otros dan á esta señora el apellido de *Obrigón* que llevaba tan solo un hermano suyo, y que probablemente seria de algun feudo que poseyese.

talarla solemnemente en tan encumbrada dignidad, la acompañó á Oviedo el emperador, y toda la familia imperial, y en la misma ciudad se reunieron Córtes (1).

Era á la sazón celebrado en Europa por la santidad de costumbres y rigurosa observancia de la regla de S. Benito un Monasterio de Francia llamado de *Fuente-Ebraldo*, habitado por monjes y monjas, y de este quiso Doña Gontroda fuese filiación el de la Vega de Oviedo. Desde luego hizo venir de allí religiosos de ambos sexos para que formasen el núcleo de la nueva comunidad, que no tuvo abadesa propia, sino priora, como dependiente de la de Fuente-Ebraldo. Fué pues la Vega, como aquel, un Monasterio de los llamados *Dúplices* que eran muy comunes á la sazón. — Uno de los primeros actos públicos de la nueva reina de Asturias fué, en unión de su madre Gontroda, otorgar la carta de dotación del reciente Monasterio, que trascribimos aquí íntegra traducida del latín, como curiosa muestra del espíritu y costumbres de aquel siglo.

«Por cuanto son breves los días del hombre, y el rápido curso del tiempo acaba con todo lo visible: para llegar á aquella mansion en la que el sol de la justicia nos ilumine con el mismo esplendor de claridad, sin que jamás la noche pueda oscurecerle, y consigamos con la fé y con las buenas obras (2) el fin que es el gozar felicidad eterna, que es la verdadera sabiduría, porque el despreciar aquella es el extremo de la demencia, y puesto que el modo de alcanzarla nos le enseña el Señor en aquellas palabras del Evangelio: «*El que por mí abandonare su casa, sus hijos, y sus campos, se los volveré centuplicados y además poseerá la vida eterna*» (3). Yo pues Gontroda Perez, en unión de Urraca mi hija y Señora, hacemos esta fundación por la salud de nuestras almas, por la salud y paz de mi señor el Emperador D. Adefonso, y de la reina Sancha, y de su generación, y también por mis bienhechores. Doy y concedo el Monasterio de Santa María que yo comencé á edificar desde los cimientos, situado cerca de la catedral de Oviedo, al convento de santa María denominado vulgarmente de Fons-Efrandi, y con tal pacto le damos, para que el indicado Monasterio sirva de morada á las mujeres religiosas y también para sus cultos, y para que las posean perpetuamente les donamos las heredades que tenemos por dádiva del Emperador D. Adefonso y de nuestros progenitores, las que tienen estos nombres: Soto de Torenes, Barredo, San Andrés de Hebia en Tudela, Amenes en Maleayo. Ambás en la ribera del Sella, é Intriago, con todas sus pertenencias. Covas, Stora, Jovio, Pelcera, Santa María de Melorda, y Camargo, con todas sus heredades y los siervos y criados que aquí nombramos: Juan, Lesta, Pedro, Fuste, Gonzalo, Spila, hijos é hijas de la Señora Pizca, Diego Perez, Miguel de Teramos con su mujer María Alvarez y con sus hijos é hijas. Alvaro de Loujo, Martín Alvarez, Martín Perez de Camangó, Martín Sanchez con su mujer; Domingo Martín con su mujer, Pedro Cristoval con su mujer, Martín Cortella con su mujer; Domingo Perez, Jimena Vermundiz, Marina Sanchez, Martín Vagar, Pelayo Barbero, Domingo Perez de Sarazalva, María Petriz de Loujo y Sancha con su hija Jimena Seca. Todos estos con sus hijos é hijas y cuanto las pertenecía en tierra de Oviedo y Celagut. Antolino, Melendo y Cidez Melendez en Rocas, Juan Pelabriz y Miguel de Faro en Villanova, Juan Ectaz, Pedro Miguel, Pelayo Juanes y Pedro Juanes en Maliaio. Pelayo Perez de Arrendo y Miguel de Mogoio en Gijón, Pelayo Rodriguez de Berhora, Sancho Centfontes, Pelayo Vicente de Caones, y Nuño de Pedreda en Villacaneza. Pelayo Thoro, García Perez, Juan Perez, Pelayo Pipiru y Pelayo Ferrero de Torens en Lorian, Martín Perez y Pedro Juanes en S. Pedro de Otero. Pedro Pelaez y Juan Ordoñez de

Cuenzes. Todos estos hombres con sus mujeres, hijos, hijas, y heredades. — Para que se cumpla y respete lo dicho en otro lugar, y en obsequio del culto, donamos los moros y moras que pertenecían por tercera parte al fisco Real, que aquí se expresan: Braham-Mahomet y Mahomet-Alí, Mariem-Axa-Fatima, Fatima-Memonahet y Mariem-Vilhemín: también damos la casa que poseemos en Oviedo con su huerto; y añadimos á todo esto C. vacas bravas, excepto las crías que tengan en este año y puedan tener en lo venidero, X bueyes mansos, y en las heredades XXX vacas mayores con las crías que puedan tener en el presente año y en adelante; en obsequio de las Señoras que estén enfermas y para el sostenimiento de la casa hospital donamos, III vacas con sus crías, II bueyes, y X yeguas bravas con VII potros; para el servicio y luminaria de la Iglesia V vacas, II yeguas bravas con sus potros y una mula tasada en sesenta maravedís. Para ornato de la Iglesia, un caliz tasado en tres marcos, III frontales, dos de ellos de *acaton in folas* (1), un paño de *acaton* para el Palio, dos dalmáticas, una capa de *acaton*, y dos albas de lino con estolas y manipulos; de libros: un misal, un libro de oficios, otro de responsos, y otro de colección de oraciones para encima del altar; III tazas, III patenas, II vinajeras, II cojines, una lámpara y dos candeleros; todo esto de latón: VI marcos de plata para hacer cruces; una custodia con piedras preciosas y un satio, dos piedras de jaspe, una amatista y una *alfagiarum* (2). Si alguno á quien sea conocida por esta escritura ú otra semejante después de nuestra muerte, la donación que en ella hacemos, intentase contradecirla, ó destruirla, que sea anatema, y si no se emendase dignamente, que para siempre sea condenado al Infierno con Judas el traidor, y por parte del Rey pagará mil marcos de plata, y cualquier otro que lo contradijere el duplo. Fué hecha esta Carta en Oviedo á III de los Idus de Octubre Era MCLXXXI, reynando el Emperador y su esposa la Emperatriz Doña Rica en Toledo, Leon, Zaragoza, Najara, Castilla, Galicia, Baeza y Almería. = Yo Gontroda Perez en unión de mi hija y Señora la Reyna Urraca confirmamos esta carta que hicimos y la firmamos con nuestra mano: †† = S. Infanta hermana del Emperador, Confirmo. = Juan Obpo. de Leon Conf. = Pedro Obispo de Astorga conf. = El Conde Fernando de Galicia conf. = El Conde Jandus conf. = El Conde Ranimiro Frolen conf. = El Conde Pedro Alfonso de Asturias Conf. = El Conde Poncio de la Minerva conf. = Diego Obregon conf. = Munio Garcia Conf. = Rodrigo Garcia conf. = Pedro Sanchez conf. = Sancho Ordoñez conf. = Pelayo Quezal conf. = Dominico la escribió, La Señora Reyna Urraca gobierna en Asturias.»

Otra escritura que se guardaba en la Vega expresa que en 1155 un tal *Verardo* vendió una heredad que obtuviera de sus padres «á la Priora Señora Aleayda y á la Señora Gontroda, y al Prior Don Angot y á los otros moradores y moradoras de aquel lugar (3).» — El mismo rey D. Fernando II que antes hemos nombrado, acrecentó en unión de su hermana Urraca la Asturiana, en 1159, las propiedades del Monasterio con las haciendas que poseían en la villa de Gijón. — Créese en Asturias que la prerogativa que tenían las jóvenes naturales de Pelugano, de poder tomar el velo en la Vega sin necesidad de dote, tuvo origen en esta época por especial concesión de la ilustre Gontroda. Esta se consagró con tal ardor á la devoción y la penitencia, que fué mirada casi como santa por sus contemporáneos, y aun-

(1) Ni por haber examinado varias crónicas é instrumentos de aquel tiempo, con todo detenimiento, ni por tener á la vista el glosario de Ducange, y otras obras análogas, hemos logrado encontrar el significado de este nombre que tal vez designaría alguna especie de tisú ú otra tela preciosa.

(2) Sobre el significado de esta palabra que parece de origen árabe, véase la nota anterior.

(3) Estos nombres del prior y priora de la Vega, supone el M. Yepes en su Crónica de la orden de S. Benito, y á nuestro modo de ver con fundamento, que pertenecían á los monjes benitos de Fuente-Ebraldo, puesto que á la sazón eran muy usados en Francia y nunca oídos en Asturias.

(1) Celebráronse en el Capítulo de la catedral segun antigua costumbre, y concurrieron á ellas la emperatriz, la infanta Doña Sancha, hermana del emperador, los dos hijos de este D. Sancho y D. Fernando, la nueva reina Doña Urraca la Asturiana, los condes D. Pedro Alfonso de Cangas, Ramiro Florez, Sancha Vela, Diego de Obregon, hermano de Doña Gontroda, y otros muchos ricos homes.

(2) Fides sine operibus mortua est. (S. Agustín.)

(3) S. Mateo, cap. XIX, vers. 29.

que fundadora parece rehusó siempre el honor de ser prelada. A despecho de sus grandes austeridades llegó á una edad avanzada, pues su muerte consta no acaeció hasta 1186. — También doña Urraca la Asturiana despues de gobernar á Asturias hasta 1163 vistió la cogulla en la Vega (1); mas no aparece averiguando el tiempo y lugar de su muerte. Su sepulcro se ve en la catedral de Palencia. Entonces Fernando II, que reinaba en Leon, recobró el dominio de Asturias y confirmó las antiguas donaciones del emperador é hizo otras nuevas. En 1220 su hijo Alfonso IX «hizo merced á la casa de Santa María de Vega y á su abadesa Doña Berengaria del Portazgo de Ulluniego.» De aquí deduce un historiador que por entonces cesara ya la antigua dependencia de Fuente-Ebraldo, puesto que ya la Vega tenia abadesa. — Enrique II el de las Mercedes, á quien su tutor D. Rodrigo Alvarez de las Asturias dejara en herencia el condado de Noreña, con la largueza que le caracterizaba, donó en 1352 cuantiosas haciendas al Monasterio «por hacer bien y merced,» dice, «á Doña María Lopez, Abadesa, y á Doña Sancha Alvarez de Aguilar» con gravámen de sufragios por el citado D. Rodrigo Alvarez de Asturias y por Alvar Diaz su hijo, expresando el rey haberlas heredado del primero. Doña Sancha Alvarez de Aguilar, que habia sido manceba de D. Rodrigo, fue sepultada en la Vega igualmente que Alvar Diaz, de quien era madre. Durante las porfiadas guerras entre el nombrado D. Enrique y su hermano Pedro el Cruel, se reunieron en la Iglesia de la Vega los principales partidarios que el último tenia en Asturias, como representantes de varias villas y lugares, y formaron «Hermanidad, Ayuntamiento, confederacion y jura» como dice el acta que tenemos á la vista, para defender la causa de su rey.

En la última guerra civil contra D. Carlos, con muy escaso acierto, por su desventajosa posicion militar, fué designado para fuerte el Monasterio de Santa María y convertido á poco en cuartel, y las religiosas se trasladaron como ahora á S. Pelayo de Oviedo. En 1845 tornó á su primitivo destino, y finalmente en el pasado año fué destinado para fábrica de armas. Mas antes de dar principio á las obras necesarias, el terrible azote del cólera invadió á Oviedo por dos veces, y la antigua fundacion de Doña Gontroda Perez sirvió de asilo á los atacados. — Recorrida brevemente la historia del Monasterio, consagraremos algunas palabras á su descripcion. — Aunque grandioso, de buenas proporciones y cómoda distribucion, poco de notable ofrece hoy al arqueólogo, pues producto de repetidas restauraciones, presenta escasos fragmentos de la arquitectura bizantina á que pertenecia la primitiva fábrica, y pueden reducirse al campanario, á la antigua portada hoy tapiada, varias columnas y orlas esparcidas en los modernos claustros, y el severo sepulcro de Doña Gontroda, el que y el de Doña Sancha Alvarez de Aguilar, hubieran desaparecido á no ser por el laudable celo de la Comision de monumentos históricos, que los restauró cuidadosamente. La Iglesia, que consta de una sola nave, es espaciosa, de altas bóvedas y en forma de cruz latina. La época de su construccion no puede remontarse mas allá del reinado de Carlos V, pues sus armas se ven en las claves y tambien en la actual portada del Monasterio. Tenia ocho altares, y el mayor ostenta aun su mismo retablo muy recargado y de mal gusto, y que muestra ser obra del siglo XVII. A uno y otro lado se ven los sepulcros que antes mencionamos. El de Doña Sancha está ornado con varios escudos pequeños con el blason de los Alvarez de Asturias y Aguilar y este epitafio:

*Laudari digna, satis generosa benigna
Sanctia hera colens cum virginitatis honore
Quæ precatæ foret mervit cum pacis honore,
Hac inde Dei pius almæ Bartholomei,
Hic hacet cum vicinis mortalibus aspera finis,*

(1) Dedúcese de una escritura que cita Risco (España sagrada, tomo 38) del Monasterio de Corias, en que se da á Doña Urraca el título de *Regina-Freira*, esto es, reina-monja.

Ut præsens sit ei gloria summæ Dei.

Era dabat undecima tercentum mille viginte (1).

El enterramiento de Doña Gontroda es mas sencillo y tipo exacto del gusto del siglo XII. Su cubierta en forma de caballeta está ricamente esculpada, y en ella se lee:

IC REQESSET FAMULA DEI GONTRODO ERA MCCXXIIII.

A uno y otro lado de estas letras, hay varios lebreles y tortolillas besándose, graciosamente ejecutados. ¿Seria el pensamiento del artista presentar aquí el símbolo del amor y la fidelidad que ostentó en vida la hermosa enamorada de Alfonso VII? — En el fondo del arco de medio punto que cubre el sarcófago, se lee la muy poética inscripcion que recuerda la belleza y virtudes de Gontroda, que aquí reproducimos con la traduccion que hizo de ella el erudito M. Florez.

*Heu mors æqua nimis, nec cuiquam parcere docta,
Si mimus æqua, fores, poteras magis æqua videri,
Guntrodim relinquis meritis distantibus æquas
Et minus æqua nocet; perimis quæ parcere debes.
Nec tamen ipsa perit, sed te mediante revivit
Spes Deus, et speculum, generis patriæ mulierum,
Non Gontrodo cadit, fogit hoc, cadit hoc, latet illud.
Eccellit meritis hominem, mundumque reliquit
Mundo passa mori, vitam sibi morte parasit,
Sex quater et mille Era C. geminato.*

¡Oh muerte igual que á ninguno perdonas!
Con menos igualdad mas justa parecieras.
A Gontroda mides por méritos de otras.
Dañas por menos justa: cortas lo que no debes.
Mas no muere. Por tí ó Dios revive
El espejo de mujeres mas nobles.
No cae Gontroda: se oculta solamente:
Fue en merecer mas que hombre: dejó el mundo:
Para este murió: la muerte la dió vida.
Seis veces cuatro duplicando el ciento
Con mil encima te darán la Era.

(Era 1224. Año 1186.)

Terminaremos haciendo observar una notable coincidencia; una revolucion fué la causa indirecta de la fundacion de Santa María de la Vega, otra lo fué igualmente de su destruccion; el alzamiento de Gonzalo Pelaez en 1132, y el nacional de julio de 1834.

NICOLÁS CASTOR DE CAUNEDO.

El honor es el exterior de la probidad y la elegancia del vicio.
LAMARTINE.

La esperanza es una flor que no se marchita nunca en nuestros campos.

CHATEAUBRIAND.

¡El *viático*! ¡palabra sublime! idea mas sublime aun que la palabra y que posee en sí sola toda la religion apostólica de la Iglesia Romana.

BALZAC.

El hombre prefiere arrojar en brazos de los que le pierden, á buscar su salvacion en el seno de los que le humillan.

LAMARTINE.

La oracion es uno de los gritos de la esperanza.

A. DE MUSSET.

(1) El P. Carballo en su Historia de Asturias, con su acostumbrada sencillez, dice no puede creer sea esta Doña Sancha Alvarez de Aguilar, la madre ilegítima de Alvar Diaz, puesto que el epitafio la llama *casta y doncella*; mas nosotros que tenemos á la vista otras inscripciones semejantes de aquel tiempo, aplicadas no menos injustamente, no podemos participar de su opinion, no dejándonos alguna duda el testamento de D. Rodrigo Alvarez de Asturias.

ANÉCDOTAS HISTÓRICAS

entresacadas de un manuscrito anónimo del siglo XVI.

DUQUE DE ALBA.

El duque de Alba, el viejo, al principio que vinieron los flamencos á España, para hacer sus negocios y por lo que traían al prior de S. Juan, su hijo, dió un banquete á ciertos señores flamencos con que les había de brindar y hacer obsequio, y hizo de tal manera, que se levantó de la mesa y llamó á su camarero, y acostóse en la cama, y no despertó hasta otro día á las doce, y levantóse amarillo y descolorido del trabajo pasado, y ellos le llevaron livianamente como bien acostumbrados, y así de la beodez de los flamencos á la de los españoles hay diferencia, que los flamencos como acostumbrados desde la niñez, otro día se levantan buenos y dispuestos para volver al combate; mas los españoles se levantan rendidos y sin color, y están algunos días sin volver en sí.

BERRUQUETE.

Berruquete, pintor famoso, entró una vez en un obrador de otro pintor donde estaba pintada una imagen, y pintóle una mosca á un lado de la frente, y fué. El otro pintor vino y comenzó á soplar, y á echarla con la mano, y á levantarla, y como no le aprovechase, entendió la burla. Y sabido quién la había hecho quiso hacerle otra, y pintó en una tabla un perro con una cuchillada, corriendo sangre, y entró sin que Berruquete lo sintiese, y púsole en su casa. Y como él entrase descuidado y viese el perro, tomó un palo y comenzó á darle, y luego conoció la burla.

DESAFÍO.

LA AMADA.

En vano á mirarme tus ojos se atreven:
yo soy el abismo sin fondo y sin luz:
de vértigos ciega quien mide mis sombras...
¿Por qué ese destino buscando vas tú?

EL AMANTE.

Si tú eres abismo sin luz y sin fondo,
yo soy del invierno la lluvia tenaz:
yo filtro los montes; yo horado las penas...
mi llanto á tu abismo también llegará.

LA AMADA.

Si tú eres la lluvia que horada la Peña,
yo soy entre rocas la encina senil:
jamás la gacela trepó hasta mi asilo...
¿por qué, loco, intentas llegar hasta mí?

EL AMANTE.

Si tú eres la encina que brota en la cumbre,
yo soy pura nieve dispuesta á caer,
y apenas extienda mi manto de encaje,
cubriendo tus ramas, tu dueño seré.

LA AMADA.

Si tú eres la nieve que dobla las ramas,
yo soy duro hielo que cae sobre ti;

cogida en mis redes, esclava te secas...
¿por qué con mi aliento pretendes vivir?

EL AMANTE.

Si tú eres el hielo que todo lo seca,
yo soy rayo ardiente del fulgido sol,
y el fuego que ablanda la nieve y los hielos
también ablandarte podrá el corazón.

MANUEL DEL PALACIO.

Cancion.

Ingrato de mi vida,
¿para qué me dijiste con los ojos,
que era flor escondida,
entre espinas y abrojos
el alma sin amor?
¿Para qué seductora,
fingió tu voz del alma enamorada
la frase adulatora,
que en aroma bañada
me inundó el corazón?
¿Para qué con artera
palabra cariñosa, me ofrecías,
una existencia entera,
de esos rápidos días
de gloria terrenal?

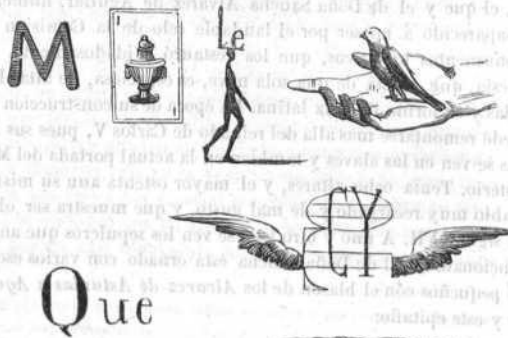
¡Ay! para que muriendo
al llegar el albor de tu desvío,
no me olvides, sabiendo
que es tuyo el amor mío
por una eternidad.

EDUARDO GASSET.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO DEL NUMERO ANTERIOR.

El Tasso ha sido la maravilla de Italia.

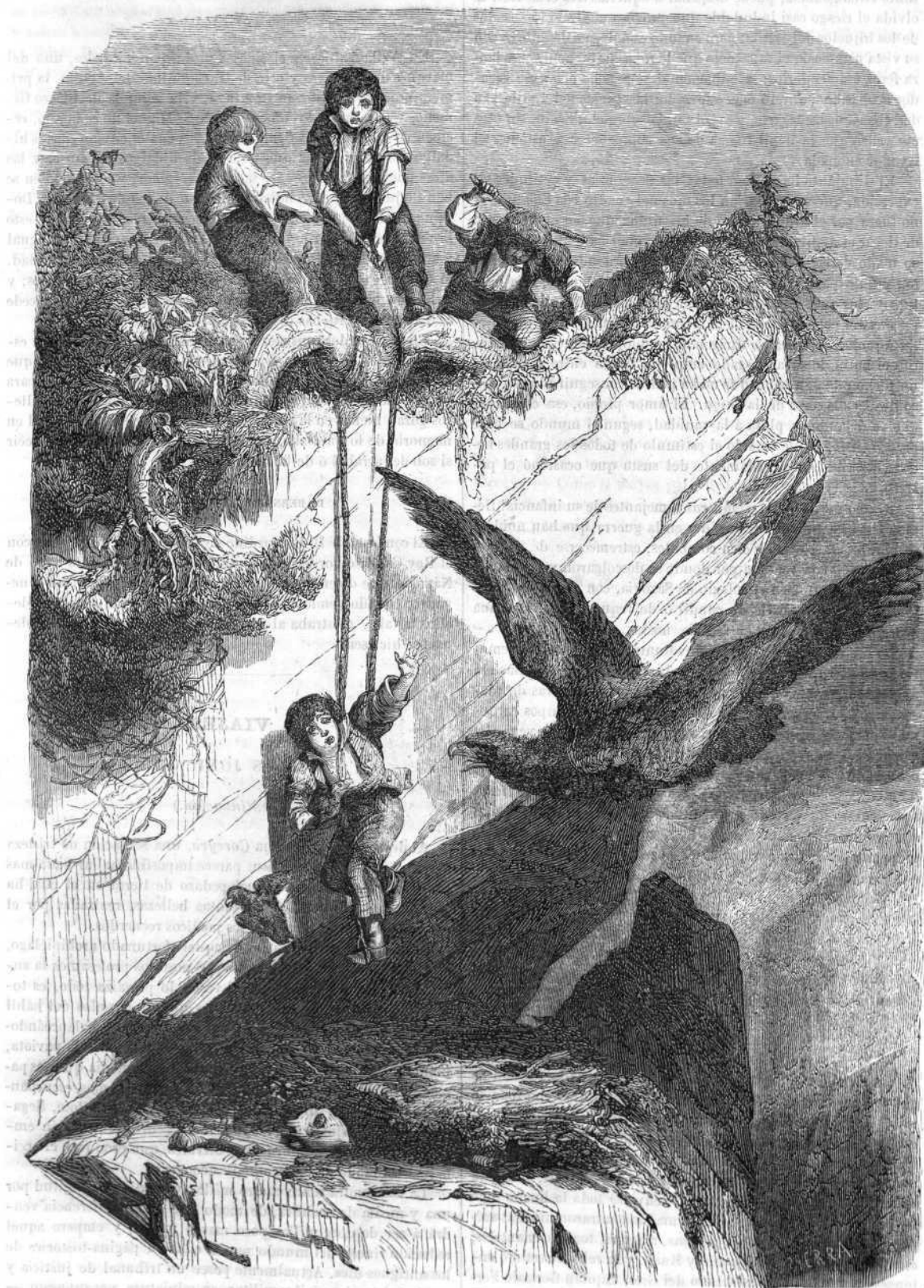
GEROGLIFICO.



Que

Director y propietario, D. EDUARDO GASSET.

Madrid.—Imprenta de la VIUDA DE PALACIOS.



EL NIDO DE AGUILAS.

2 DE MARZO DE 1856.

El anterior grabado representa admirablemente, una de esas escenas de temeridad infantil, tan arriesgada como improductiva.

Considerando que el mas leve descuido ó la mas insignificante circunstancia, puede despeñar á aquellas tres criaturas, se olvida el riesgo casi indudable que provoca el atrevido cazador de los hijuelos del águila; pero cuando esta llega á descubrir, con su vista perspicaz, el rapazuelo que le roba sus pichones y se lanza feroz á defenderlos, la situación desesperada del niño cazador acobarda el ánimo mas esforzado; las garras del águila van derechas á despedazarle, y se columpia sobre el abismo, sin otra esperanza que la débil fuerza de sus compañeros á quienes el estupor anonada.

El dibujante ha dado á todas las fisonomías y actitudes tal expresión, que se apartarian los ojos del cuadro con espanto, sino fuera por el ardid de uno de los niños, que en el momento de llegar el águila, la asesta un golpe con el palo que blande en su mano derecha, derribándola al abismo, donde no se repone tan pronto para levantar el vuelo y llegar á su nido, que falte lugar á los que sostienen la cuerda para salvar al compañero.

Pasó el peligro y con él la memoria del miedo que produjo.

Aquellas criaturas se dirigen al pueblo, radiantes de alegría, con el botín de su arriesgada empresa; llevan entre los brazos un pichon de águila, lo que no ha podido conseguir ningun chico de los mayores de la *miga*. El amor propio, esa condicion que va dejando su plaza á la vanidad, segun el mundo se hace *materialista*, y que ha sido el estímulo de todos los grandes hechos, les satisface sobradamente del susto que ocasionó el peligro.

¡Quién no recuerda *diabluras* semejantes de su infancia! Hemos visto á hombres encanecidos en la guerra, que han unido á su nombre la gloria de cien combates, estremecerse de espanto al contemplar la ventana por donde se descolgaron y por donde volvieron á entrar en el colegio de Segovia, con el efímero objeto de asistir á un baile de candelil ó de requerir amores á una cancila que no se abrió en toda la noche.

La lámina anterior refresca involuntariamente en la memoria los recuerdos de los días de la juventud, aquellos días sin ayer y sin mañana que ya no volverán, aquellas horas de placer purísimo, aquellas horas sin dudas ni contratiempos en que solo aparece el obstáculo para tener la satisfacción de vencerle, y vuelve á representarse con ellos la fisonomía siempre placentera de una madre que ya no existe ó de un hermano queriendo que hace largos años partió para remotos países. ¡Qué tristes son siempre los recuerdos por dulcísimos que parezcan! Y mas si se comparan con la vida de hoy, en que el mas apreciable momento se dedica á calcular el porvenir, olvidando que con esos cálculos ajustamos la cuenta al resto de la vida.

ANÉCDOTAS HISTÓRICAS

entresacadas de un manuscrito anónimo del siglo XVI.

GRAN CAPITAN.

Siendo el Gran Capitan, en la guerra de Granada, capitan de ginetes, se quemó la tienda de la reina doña Isabel con toda la ropa blanca, tuvo la reina particular cuidado de un cofre de escrituras que hizo salvo, lo demas se perdió. El Gran Capitan tomó á las ancas de una mula á la reina y la llevó á otra tienda, y siendo recién casado en Ilora, cuatro leguas de allí, á la hora mandó un posta á su mujer que le enviase toda la buena ropa blanca que tenia, y al otro día de mañana entraron muchas acémilas cargadas con muchas camisas, sábanas, toallas, manteles, servilletas y piezas de Holanda y Ruan, y la reina lo estimó entonces en mucho. Un despensero del Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba, habiendo traído por competencia de otros despenseros de Señores una trucha por nueve ducados, que podía valer cuando mas dos ducados, dijo que el despensero lo habia

hecho bien, empero que él no la queria comer, y así la envió á un monasterio. Otro tanto pasó al mayordomo Castillo con una aguja paladar que dió por ella 30,000 maravedises.

AVILA.

En Avila habia en el siglo XVI dos parcialidades, una del marqués de las Navas y otra de D. Gerónimo del Aguila, la primera procede de Estevan Domingo, y la segunda de Blasco Gimeno, y para hacer los oficios día de S. Miguel de cada año, reciben en ciertas iglesias por cédulas, las cuales envian ciertos hidalgos ancianos, y las que no son de hidalgos rasganse, y las otras puestas en un cántaro saca el corregidor, y los que salen se han de justificar descendientes de uno de los dos Estevan Domingo ó Blasco Gimeno, al que piensa ser mas cercano, y este hecho se prueba por los libros del coasistorio, y estando en igual grado se prefiere el mas anciano, y siendo de la misma edad, el que es casado; y siendo casados, el que ha tenido oficios; y habiendo tenido oficios se echan suertes entre los dos. Sucede acabarse estas pruebas dias despues de la funcion.

En el libro del consistorio tienen todos los que vienen de estos apellidos, y allí se escribe desde son de 16 años, lo que hacen estos notables. Los nobles tenian casas en el arrabal para guarda de la ciudad, y aunque el marqués y los otros caballeros gozan bienes en la ciudad, sustentan las casas del arrabal en memoria de lo ya dicho, y aun ha habido lanzadas sobre decir si son del arrabal ó de la ciudad.

D. BERNARDINO DE VELASCO.

El condestable D. Bernardino de Velasco tenia tanta parte con el Rey Católico por haberle metido en el reino cuando vino de Nápoles, que dicen que solia llevar un memorial de diversos negocios: cuando yendo á palacio para despacharlos, si alguno de ellos faltaba, mostraba al rey mal gesto, aunque todos los demas se hiciesen.

VIAJES.

ISLAS JONICAS.

(Continuacion.)

Al dejar atrás la antigua *Corcyra*, una sensación de tristeza indefinible asalta el espíritu: parece imposible hallar nada mas ameno y encantador que aquel pedazo de tierra en el cual ha reunido la mano del Criador tantas bellezas, realizadas por el no menos mágico hechizo de los poéticos recuerdos.

Para visitar las otras islas de aquel afortunado archipiélago, el medio mas agradable, puesto que nosotros profesamos la anticivilizadora creencia de que el vapor lo prosaiza todo, es tomar una de aquellas embarcaciones que al impulso del hábil remero jónico hienden las olas con rapidez suma, balanceándose sobre sus espaldas con la gracia y blandura de la paviota, blanca aventurera de los mares. — En hora y media que nos pareció un brevísimo instante, engolfados como íbamos, escuchando la pintoresca y animadísima charla de nuestro piloto, llegamos á *Paro*, islote cuyo suelo árido y pedregoso, está sin embargo cubierto de frondosísimos olivares, que producen el aceite mas estimado de todas aquellas comarcas.

La isla tendrá sobre cuatro millas y media de longitud por una y media de anchura, de modo que su circunferencia vendrá á ser de doce millas poco mas ó menos, y empero aquel reducido rincón del mundo puede citar su página histórica de los antiguos días. Actualmente posee un tribunal de justicia y su administracion civil y militar, en miniatura, por supuesto. — Su capital *Porto-Gai* (S. Nicolás) puede ser visitada en pocos minutos, y no encierra nada que merezca llamar la atención del

viajero. — La población total de la isla sube hasta 9,000 almas, como dijimos en nuestro anterior artículo.

Al Sur de Paxo se encuentra *Antipaxo*, islote desierto, que en los dos últimos siglos sirvió de guarida á los piratas que infestaban aquellos mares.

Desde Paxo á *Santa Maura* hay cerca de veinticinco millas, viaje agradableísimo, pues á la derecha se costean las verdes riberas de la Albania, cuyas pintorescas colinas encantan y recrean continuamente la vista. Hasta casi tocar á las playas de la isla, el viajero cree dirigirse al continente, pues el canal que la separa de él es muy estrecho.

Los antiguos la llamaron *Leucadia*, sin duda por la blancura de sus costas, así como mas tarde dieron los romanos el nombre de *Albion* á Inglaterra por una razón análoga. Está separada del próximo continente de la Acarnania por un canal artificial, cuya longitud tiene cerca de tres millas, variando su anchura desde cien metros hasta dos mil y setecientos, y tan poco profundo, que solo embarcaciones que calen muy poco pueden navegarle. Su profundidad media es de dos á tres pies. La isla tiene cerca de 20 millas de largo, y su anchura varía desde seis hasta diez, subiendo á poco mas de 18,000 almas su población.

El lugar ordinario de desembarque es *Amaxichi*, capital de la isla. Esta ciudad está situada sobre una península poco elevada, á cuya extremidad descuella un olivo gigantesco que es como el centinela avanzado de las verdes montañas que limitan aquel risueño panorama. El puerto es pequeño; pero bastante seguro. — Sus calles, sin ser bellas, están bastante limpias, y aunque carece absolutamente de monumentos, su movimiento mercantil y las vistosas tiendas, rellenas de varias mercaderías europeas y orientales, hacen su mansión en extremo animada y agradable. *Amaxichi* posee un arzobispado griego y contiene una población de 6,000 á 6,300 almas.

Con motivo de su activo comercio, las calles de *Amaxichi*, ofrecen en pequeño el mismo aspecto carnavalesco de *Smyrna* y *Constantinopla*: griegos, albaneses, venecianos, ingleses, judíos etc. se confunden y codean en los estrechos parajes, y la mayor parte de las lenguas vivas vienen á herir simultáneamente el tímpano del curioso peregrino en aquella *Babel* abreviada.

A unas tres millas de *Amaxichi* se encuentran los restos ciclopéos de la antigua ciudad de *Leucadia*; y á la extremidad Sud-Oeste de la isla se levanta el gran promontorio del cabo *Ducato*, afamado por haber sido el lugar desde donde se arrojaban los amantes mal correspondidos para curarse de su desgraciado amor. Una masa compacta de rocas cortadas á pico sirve de base al famoso salto, el cual se eleva á una altura de doscientos pies sobre el nivel del mar. — Desde su cima, según la tradición, se precipitó *Sapho*, teniendo en las manos el arpa en que cantara tantas veces el amor del infiel *Phaon*; y ciertamente no nos queda duda de la eficacia del remedio contra el mal amoroso; pues considerada aquella altura, parece imposible que pudiera sobrevivir ninguno de los que desde allí se arrojaban á buscar el olvido en las espumosas olas de aquel bullicioso mar. Entre las víctimas de aquella superstición se cuentan, además de *Sapho*, al poeta *Nicostrato*, á *Deucalion* y á *Artemisa*, reina de *Caria*.

Esta isla es una de las que mas papel hacen en los cantos de *Homero*; sus habitantes con los de las demas del archipiélago jónico formaban la mayor parte de las tropas que capitaneaba *Ulyses* en el sitio de *Troya*.

El aspecto general de las islas es excesivamente estéril y montuoso, si bien hay muchos valles aislados comparables á los mas amenos de *Corfú*. Carece absolutamente de rios; pero en cambio á cada paso se encuentran quebradas y manantiales de agua purísima. — Además de la capital hay hasta treinta y dos pueblos y aldeas diseminados en toda la isla, algunos de los cuales, situados en la cima de las montañas, parecen mas á propósito para nidos de águilas que para vivienda de criaturas humanas. Los temblores de tierra suelen allí, como en todas las demas islas del archipiélago, ser frecuentes y fuertes; pero es rara la vez que causan estragos.

Las únicas distracciones que ofrece *Santa Maura* se reducen á la pesca y á la caza: las águilas, los pelicanos y otras aves son allí muy comunes, y hay además una gran variedad de aves acuáticas en sus pantanosas lagunas.

Desde *Santa Maura* á *Cefalonia* hay á lo menos 35 millas de navegación; por lo cual el viajero prudente debe esperar el paso de alguno de los vapores ingleses que van de *Malta* á *Corfú*. A gran distancia de la isla se descubre el famoso monte *Enos*, de que habla *Estrabon*, y que es la montaña mas elevada de *Cefalonia*. El lugar de desembarco es por lo comun *Argóstoli*, capital de la isla, la cual posee por junto un mal parador llamado del *Lirio* (*Locanda del Giglio*), y en el cual, sea dicho de paso, no hay nada que recuerde la gentileza, olor y hermosura de la mas interesante entre las flores. — La ciudad está situada en una pequeña península á la orilla del mar y en la parte opuesta al puerto. Tiene cerca de tres millas de circunferencia, y todos los dias se vá engrandeciendo. Las calles son generalmente muy estrechas, pero limpias y bien empedradas; cualidad bastante rara en aquellas regiones. — La calle principal que desemboca en el puerto tiene mas de una milla de longitud; hay otra tambien muy larga, que atraviesa de Norte á Sur la ciudad, y las demas son calles de travesía y callejuelas tortuosas y de piso muy desigual. Las casas son de piedra y hay muy pocas que tengan mas de dos pisos. *Argóstoli* es sede arzobispal; posee un liceo, y su puerto es afamado por su marina mercante y su comercio; pero su antiquísimo recinto no encierra nada que llame justamente la atención. — Como la mayor parte de las ciudades orientales, pierde mucho en ser vista por dentro. Su aspecto exterior es sobremanera pintoresco por la parte del puerto, y su población no excede de 4,000 almas.

A la entrada del brazo de mar en que está situada *Argóstoli*, se encuentra la ciudad de *Lexoun*, que aunque de mayor población, pues tiene 3,000 habitantes, es mucho menos importante que la anterior atendido su menor movimiento mercantil.

A cinco millas S. E. de *Argóstoli*, se halla el fuerte de *S. Jorge*, único punto fortificado de la isla, pero demasiado lejos del mar para poder servir de gran utilidad. — Al pié de la montaña que corona este fuerte, se extiende la ciudad del mismo nombre, población muy poco importante; y á cinco millas N. E. de la capital, al Norte de un fértil y risueño valle se encuentra la célebre ciudad de *Samos*, tan decayda de su esplendor antiguo, que apenas podíamos dar crédito á las repetidas aseveraciones de nuestros guías, y á pesar de la dolorosa experiencia que veníamos haciendo desde la primera playa jónica que nuestros pies pisaron.

El viajero no debe dejar á *Cefalonia* sin visitar un receptáculo muy curioso que se encuentra cerca de la aldehuela de *Catarocho*. Este receptáculo puede tener unos 50 metros en todos sentidos y no tiene fondo. — Una corriente considerable de agua límpida y dulcísima se lanza á borbotones fuera de aquel gigantesco vaso, y despues de alimentar las acequias de muchos pequeños molinos, va serpenteando al través de un romántico valle, á confundir sus cristalinas aguas con las amargas olas del *Adriático*.

A tres millas de *Argóstoli*, y en la misma direccion del fuerte de *S. Jorge*, se ven unos informes vestigios de la antigua ciudad de *Cranii*; y un poco mas allá, al S. O. están las catacumbas, abiertas por primera vez por los venecianos cuando se apoderaron de las islas jónicas en 1647.

Cefalonia es la mas considerable de las islas jónicas: tiene 32 millas de longitud y 18 de latitud. Es afamada por sus vinos, de los cuales se cuentan hasta 18 clases distintas, y se cosecha tambien en su suelo gran cantidad de las pasas llamadas de *Corinto*, cuya exportacion se estima en siete millones de libras; pero la mayor celebridad de esta isla consiste en haber resistido sola por largo tiempo al poder romano, cuando *Atenas*, *Corinto*, *Esparta* y todas las demas repúblicas de la *Grecia* se habian sometido á sus armas. Finalmente despues de una lucha tan obstinada como heroica fué conquistada por el consul *Fulvio*. Empero los cefaloniotas de hoy, si bien se han conducido como va-

fientes en la última guerra contra los turcos, son mas dados al culto de Mercurio que al de Marte, siendo tal vez los primeros comerciantes de Levante. El estudio favorito de la juventud mas granada de Cefalonia es la medicina, ciencia que van á cursar á Padua y otras célebres escuelas de Italia.

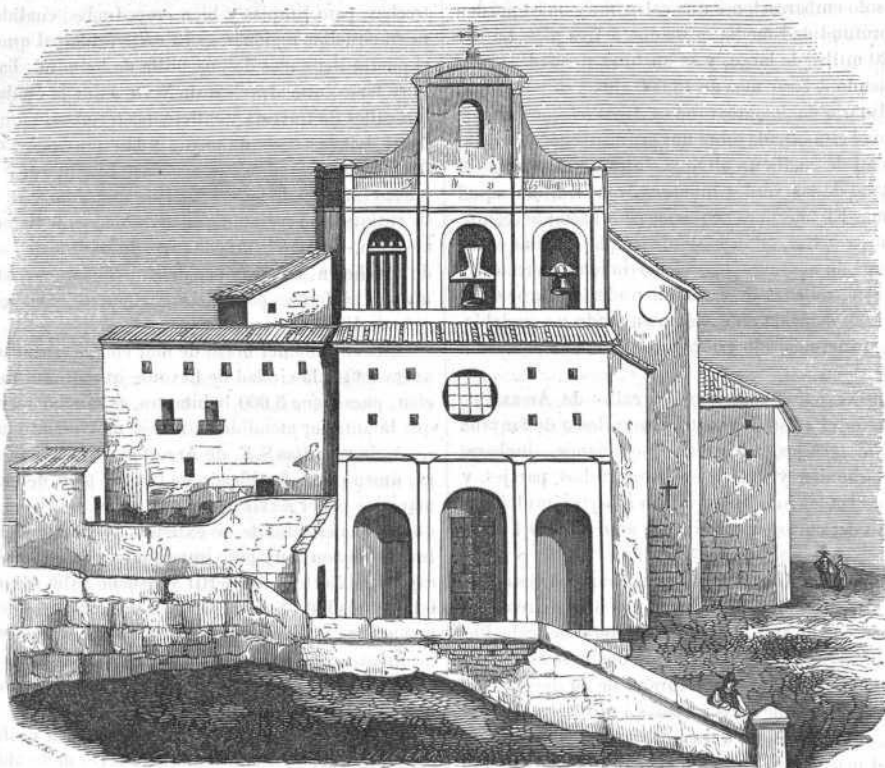
J. HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

VELILLA DE EBRO.

Esta antíquisima villa, que se encuentra á nueve leguas de la ciudad de Zaragoza y á la margen izquierda del rio Ebro, está situada á la falda de una colina sobre la cual se halla fundada la bonita iglesia de su patrono S. Nicolás de Bari.

Algunos escritores, y entre ellos el célebre cronista aragonés Zurita, pretenden que esta villa tenga su origen en las ruinas de la

antigua colonia *celsense*, conocida con el nombre de *Julia Celsa*. Otros creen que la capital de dicha colonia fué en su tiempo la villa que hoy día se conserva con el nombre de *Jelsa*, distante una hora de la primera é igualmente en la margen izquierda del mismo rio: y aun suponiéndola de hecho en Velilla ó Vililla como dice Zurita, todavía están discordes algunos autores acerca de su situacion, creyendo unos que estuvo en la parte alta de la colina, y otros en el punto que hoy precisamente ocupa la poblacion. Nosotros á fuer de imparciales, y juzgando tan solo por lo que hemos visto, podemos decir que en la villa de Jelsa no hemos encontrado restos que atestigüen de un modo auténtico (como los hemos visto en Velilla) la existencia en aquel punto de la antigua ciudad romana: en la parte alta de Velilla, sitio donde hoy se encuentran las eras de trillar las mieses, se ha tropezado mas de una vez con objetos y vestigios que lo pudieran justificar: podemos citar entre otros una pequeña habitacion.



San Nicolás de Bari en Velilla del Ebro.

que hoy día se conserva debajo de una era, la cual se halla compuesta de dos pequeños departamentos, varios trozos de columna y pavimentos, vasijas de vidrio, ámphoras de barro, baldositas de enlosado de figura romboéideica y algunas monedas de aquella época. No hace muchos años que hallándose el criado de una casa haciendo una escavacion, acertó á dar con una pared sobre la que habia recostadas hasta cuatro ó cinco ámphoras; llegando su estupidez al extremo de hacerlas pedazos con la azada por el solo placer de romperlas. ¡Lástima por cierto que semejantes curiosidades toquen por lo general en manos profanas como las que acabamos de citar!

La villa de Velilla de Ebro fué conquistada del poder de los sarracenos, siendo fortificacion notable, por el rey de Aragon D. Pedro I *el feliz y victorioso*, en el año 1101. Es célebre por la campana que de tiempo inmemorial se conserva, á la cual se le atribuye la cualidad de tañerse por sí sola como vaticinadora de los sucesos de los reyes, bien sean aquellos adversos ó bien favorables: esta supersticion ha durado hasta tiempos harto modernos, á pesar de lo combatida que fué por el mismo Zurita. El origen de ella se pierde en la oscuridad del tiempo, y el vulgo,

siempre inclinado á lo maravilloso y sobrenatural, ha creído que la referida campana habia venido Ebro arriba contra todas las leyes de la naturaleza. Afírmase haberse tañido por sí sola en varias épocas: principalmente un día antes de ser vencido y preso en Génova el rey D. Alonso V, el día 6 de agosto de 1436: poco antes de ser puesto en libertad el inmediato año día 6 de enero; y posteriormente en otras muchas (1).

Los modernos vecinos de Velilla, sobradamente despreocupados, procedieron á su refundicion en 1841, segun se lee en la misma campana, la cual, á pesar de esta transformacion, conserva siempre el nombre de *Campana del milagro*: la antigua era bastante prolongada y se hallaba rajada y recompuesta con algunas gafas: habia en ella dos crucifijos en relieve, y las imágenes de la Virgen y S. Juan evangelista, en su derredor se veia en caracteres casi ininteligibles el siguiente verso:

Christus Rex venit in pace, et Deus homo factus est.

(1) Pueden verse los números 36 y 37 del tomo 7.º del SEMANARIO en los que se trata mas por extenso acerca de la campana de Velilla.

La moderna tiene en su circuito:

Maria del Pilar, Nicolasa del milagro.

Y en uno de sus lados

SE FVNDIO A ESPENSAS DE LA COFRADIA
DE S. NICOLAS DE BARI, SIENDO MAIOR-
DOMOS JOSE RODA I BENITO GISO, PRIOR
ANTONIO PVIOLIS: AÑO 1841:

El dibujo siguiente representa la referida campana, tal co-



La nueva campana de Velilla.

CAUSAS CELEBRES.

EL CLAVO,

POR PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

(Conclusion.)

XVIII.

ELUCUBRACIONES DEL DESTINO.

Pocos dias despues, llamáronme de nuevo mis asuntos al lado de mi amigo Zarco.

Llegué á la villa de ...

Joaquin seguia siendo el mismo hombre severo y desengañado.

La noche del mismo dia en que llegué estabamos en su despacho leyendo las ultimas diligencias practicadas para la captura de Gabriela Zahara, todas ellas inútiles por cierto, cuando entró un alguacil y entregó al joven juez un billete concebido en estos términos.

En la posada del Leon hay una señora que desea hablar con el Sr. Zarco.

—¿Quién ha traído esto?

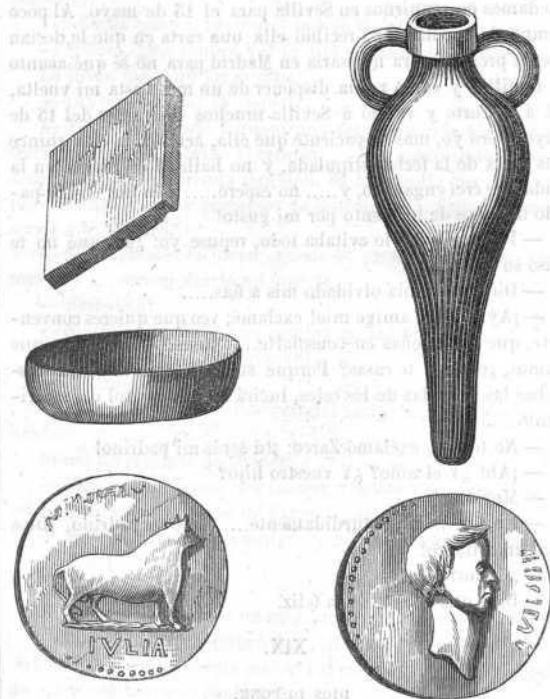
—Un lacayo.

—¿De parte de quién?

—No me ha dicho nombre alguno.

mo nosotros la vimos en el año 1845. La reja que hay por delante es para impedir que el vulgo se llegue hasta ella, como sucedia con la antigua, de la cual rompian trocitos y los conservaban con supersticion como las mas preciosas reliquias: asimismo los objetos arqueológicos que la acompañan están copiados de sus respectivos originales. La hermita ó santuario de S. Nicolás (con cuya copia encabezamos esta descripcion) se fortificó en 1836 para defensa del pueblo, habiendo tenido que hacer uso de ella la M. N. mas de una vez.

J. ALVAREZ y ADE.



Antigüedades encontradas en Velilla.

—¿Y ese lacayo?

—Se fué al momento.

Joaquin meditó un rato.

Luego exclamó.

—No sé lo que significará esta cita.... ¿qué te parece?

—Que tu deber de magistrado es asistir á ella.

—Iré, dijo Zarco.

Y, cogiendo un par de pistolas, envolvióse en una ancha capa y partió sin permitir que le acompañase.

Dos horas despues volvió.

Venia agitado, trémulo, balbuciente....

Pronto conocí que una vivísima alegría era la causa de aquella agitacion.

Zarco me estrechó convulsivamente entre sus brazos, murmurando con un acento entrecortado por el júbilo:

—¡Ah! ¡Si supieras!.... ¡Si supieras, amigo mio!

—Nada sé, respondí. ¿Qué te ha pasado?

—¡Ya vuelvo á ser feliz!

—¿Cómo?

—¡Ya creo en las mujeres!....

—¡Hombre!

—Sí.... ¡ya me puedo casar!

—¿Estas loco?

—Sí; debo estar loco; pero es de ventura....

—¿En fin?....

—La esquila en que me llamaban hace dos horas....

—Y bien....

—Era de ella.....
 —Y ¿quién es ella?
 —¡Blanca!
 —¡Blanca! exclamé recordando la historia de los amores de mi amigo; pues ¿no te había engañado?
 —No, fué una alucinación mía.
 —¿La que sufres ahora?
 —No; la que entonces padecí.
 —Explicáte.
 —Escucha, Blanca me adora.
 —Adelante. El que tú lo digas no prueba nada.
 —Cuando nos separamos Blanca y yo el día 15 de abril, quedamos en reunirnos en Sevilla para el 15 de mayo. Al poco tiempo de mi marcha, recibí ella una carta en que le decían que su presencia era necesaria en Madrid para no sé qué asunto de familia, y como podía disponer de un mes hasta mi vuelta, fué á la corte y volvió á Sevilla muchos días antes del 15 de mayo. Pero yo, mas impaciente que ella, acudí á la cita quince días antes de la fecha estipulada, y no hallando á Blanca en la fonda, me creí engañado, y..... no esperé..... y en fin..... ¡he pasado dos años de tormento por mi gusto!

—Pero mi carta lo evitaba todo, repuse yo: ¿por qué no te avisó su marcha?

—Dice que había olvidado mis señas.....

—¡Ay! ¡Pobre amigo mío! exclamé; veo que quieres convencerte, que te empeñas en consolarte..... ¡mas vale así! Con que veamos, ¿cuándo te casas? Porque supongo que una vez deshechas las tinieblas de los celos, lucirá radiante el sol del matrimonio.....

—No te rías, exclamó Zarco: ¡tú serás mi padrino!

—¡Ah! ¿Y el niño? ¿Y vuestro hijo?

—Murió.

—En fin..... dije aturdidamente..... seré tu padrino. ¡Dios haga un milagro!

—¿Cómo?

—Digo que Dios te haga feliz.

XIX.

DIOS DISPONE.

En aquel mismo instante oímos unos fuertes golpes en la puerta de la calle.

Eran las dos de la madrugada.

No sé por qué me estremecí.

Abrieron, y poco después entró en el despacho de Joaquín un hombre cubierto de sudor que decía cuando podía respirar:

—Compañero..... lo he conseguido.

Era el promotor fiscal del juzgado.

—Pero repórtese V., repuso Zarco; ¿qué hay, amigo mío?

—Gabriela Zahara..... murmuró el fiscal.

—Y bien..... ¿qué? exclamamos á un tiempo Joaquín y yo.

—Acaba de ser presa.

Dimos un grito.

—¡Presal!

—Sí, acaba de llegar á esta ciudad, ignorante del proceso que se suscitó el año pasado. Viajaba de incógnita; pero la policía, que estaba avisada, la acaba de echar mano.

Entregado Joaquín á su alegría de juez (permítaseme la frase), al ver que aquel delito no quedaría impune, no pudo concebir la horrenda sospecha que cruzó por mi imaginación.

Quizás yo me engañaba.

Zarco quiso dar á aquel asunto toda la solemnidad que requería, y aprovechando la ocasión de tener citada audiencia pública para el día siguiente, en la sala capitular del ayuntamiento, ordenó que allí fuese conducida la acusada, á fin de que compareciese en juicio á presencia de todo el pueblo.

Aquella noche no dormimos ni Zarco ni yo.

Al otro día nos vestimos rigurosamente y partimos al tribunal.

Zarco hizo conducir la siniestra calavera taladrada por el clavo.

El público inundaba el salón.

Llegó la hora ansiada por todos.

—Que entre la acusada, dijo el juez.

Abrióse la puerta y apareció en el dintel una mujer pálida, vestida de negro, de una belleza indescriptible.

Zarco tembló al verla, cual si encontrase con un cadáver.

Llevóse las manos á la garganta; ahogó allí un rugido de dolor próximo á escaparse, aseguróse en el asiento, y después de un instante de horrible lucha, recobró la calma de una piedra, la frialdad de un magistrado, y tocó la campanilla.

En seguida se volvió hacia mí con la tranquilidad mas absoluta y me dijo:

—Es Blanca.

Pero la sonrisa con que acompañó estas palabras, quería decir: ¡Me muero!

En cuanto á mí, figuraos mi sorpresa, mi turbación.

Gabriela Zahara no era solamente la querida de Zarco, su Blanca, la viuda de Sevilla, sino también mi desconocida de Málaga, mi amiga de Granada, la linda americana Mercedes Méridanueva.

Todas aquellas encantadoras mujeres se reasumían en una sola.....

¿Sería aquella mujer inocente?

Hé aquí mi última y suprema esperanza.

XX.

EL JUICIO.

El juez es una ley que habla, y la ley un juez mudo.

La ley debe ser como la muerte, que no perdona á nadie.

(MONTESQUIEU.)

Gabriela Zahara produjo una favorable impresión en todos los espectadores.

¡Era tan bella!

Luego ostentaba una tranquilidad tan absoluta, que hacía dudar del crimen horroroso que se le imputaba.

Yo, y solo yo, comprendía el tremendo drama que se desenvolvía en aquel salón.

Zarco y Gabriela se adoraban.

La acusada y el juez se miraron frente á frente.

Ella parecía decirle:

—¿Me juzgarás tú á mí? ¿Tendrás valor de condenarme?

El respondía con sus ojos.

—Blanca..... Gabriela..... ¿eres inocente?

Pasado un momento de silencio, la joven murmuró con una voz dulce y reposada:

—¿Qué me quereis?

El juez ahogó otro gemido, y preguntó con acento ronco y entrecortado:

—¿Cómo os llamais?

—Gabriela Zahara del Valle de Gutierrez del Romeral.

Zarco tembló de nuevo.

Era visible que aquella lucha entre el hombre y el magistrado destrozaba el corazón de mi amigo,

—Traed aquella caja, repuso el juez.

Gabriela no pestañeó.

Acaso no sospechaba el contenido de aquella caja.

Un uñier la puso delante de Gabriela.

—Abridla, señora, murmuró el juez.

La joven se adelantó con paso firme y alzó la cubierta de ébano que ocultaba la calavera.

La cabeza del clavo fue lo primero que miró.

Retrocedió espantada..... llevóse las manos á la cabeza, meiose los cabellos y quedó como estúpida.

—¡Ella es! murmuró el pueblo.

—¡Ella es! me dije yo con angustia.

—Señora, exclamó el juez, se os acusa de haber dado muert-

te á vuestro esposo D. Alfonso Gutierrez del Romeral. Escribano leed el proceso.

Gabriela escuchó como un autómatas la lectura de la causa.

El crimen era evidente, palmario, irremisible.

— ¿Teneis algo que contestar, señora?

Gabriela levantó la frente, y replicó:

— Tengo mucho que decir: mi confesion será mi defensa; mi defensa me llevará al patíbulo. Escuchad todos.

Yo soy la autora de ese horrendo crimen; pero un hombre me instigó á cometerlo.....

Zarco se puso lívido al escuchar estas palabras.

Luego se repuso, y exclamó:

— Su nombre, señora; decid su nombre.

Gabriela miró al juez con fanática adoracion, como una madre á su hijo.

— Pudiera arrastrarle en mi caída; pudiera llevarle conmigo al cadalso, respondió la acusada; pero no quiero; callaré su nombre, porque le amo..... y le amo aunque ha sido la causa de mi muerte.....

El juez extendió las manos hácia ella.....

Ella le reprendió con una mirada que queria decir: — ¡Ve que te pierdes!

Zarco inclinó la cabeza.

Gabriela continuó.

— Casada á la fuerza con un hombre que aborrecia, con un hombre que se me hizo aun mas aborrecible despues de ser mi esposo, por su carácter, por su conducta, por su vergonzoso estado, pasé tres años de martirio, sin dicha, sin amor; pero resignada. Un dia, que daba vueltas por el infierno de mi existencia, llegué por casualidad á las puertas del cielo. El ángel que las guardaba, un hombre digno de toda la idolatria que le consagré, me dijo: «No entrarás aquí: no serás nunca dichosa, porque ayer no lo fuiste; es decir, aquel que te hizo desgraciada antes, se opone á tu dicha venidera.» Este ángel me amaba; pero no sabia que yo no era libre. Era un hombre excepcional, un hombre de honor, un hombre que no transigia con la mas ligera de las faltas. Si yo le hubiera dicho: *mi esposo vive*, él me hubiera odiado. ¡Oh! ¡Y yo no queria que me odiara! — ¡*Sé mi esposa!* me dijo..... Yo no podia serlo; me opuse, y empecé á odiarme. Lloré; supliqué; me resistí.....; pero aquel hombre no me daba su amor sino á trueque de mi mano. Mi mano estaba atada á la de un hombre inicuo..... Decidí cortar aquel lazo. Entre ser adúltera ó ser homicida, opté por esto último. Maté á mi marido..... y — ¡Dios me castigó! — me abandonó mi amante..... He vuelto á encontrarle..... ¿para qué? ¿Para qué, Dios mio? ¡Ah! que yo muera pronto..... sí, ¡que yo muera pronto!

Calló Gabriela un momento.

Zarco habia dejado caer la cabeza sobre las manos y se estremece como un epilético.

Yo no sabia donde estaba.

— Señor juez, continuó Gabriela, ¡que yo muera pronto!

Zarco hizo una seña para que se llevasen á la acusada.

Gabriela salió del salon con paso firme.

No me habia visto.

XXI.

Zarco falló el proceso, sentenciando á muerte á Gabriela Zahara.

Al dia siguiente partió la causa á la audiencia del territorio.

Zarco me dejó el cuidado de su casa, y, á pesar de mi oposicion, abandonó el pueblo de..., sin decirme á dónde iba; pero ofreciéndome volver pronto.

La audiencia confirmó la sentencia de muerte.

Gabriela Zahara fué puesta en capilla.

XXII.

PROYECTO DE VIAJE.

Entonces quise hablar por última vez con la que llamaré siempre mi desconocida de la diligencia.

Fuí á la capilla al anochecer del segundo dia, y á la tenue claridad de las velas de un altar, distinguí á la jóven recostada en su lecho y sumida en un letargo que no era seguramente el reposo.

Deliraba.

— Está dormido..... decia; sus cabellos tapan la cabeza del clavo..... ¿Duermes, Alfonso?..... ¡Cómo pesa este martillo!.....

— Gabriela, despierte V., exclamé yo con los cabellos erizados.

— Ha muerto..... ¡ni una gota de sangre!..... Bien..... ¡Ah! ¿Quién me llama?

La sentenciada se pasó las manos por la frente y acabó de despertar.

Temblaba como si tuviese el frio de la calentura.

— Señora, ¿me conoce V.? la dije con respetuoso acento.

La jóven me miró largo rato.

— ¡Ay! respondió; ¡V. aquí!

— Yo nunca olvido á quien una vez en su vida me da á estrechar su mano. Olvido el crimen..... y lo comprendo. Amo la desgracia y la comprendo tambien. El Evangelio nos da ejemplos de abnegacion y preceptos de misericordia. Señora, ¿puedo servir á V. de algo?

— Sí, respondió la jóven: puede V. prestarme dos servicios: uno hoy..... otro el dia de mi muerte.

— ¡Gabriela!

— Sí, de mi muerte; esta palabra no me horroriza.

Sé que mi destino es irrevocable.

— ¿Y Dios, señora?

— ¡Dios!..... Dios es muy grande, amigo mio, respondió Gabriela.

Reinó un instante de silencio.

— Puede V. hacerme dos favores, continuó la jóven. Implorar hoy para mí el perdon de Zarco..... del juez.....

— Señora, Zarco es mi amigo..... sé esa historia..... Zarco la perdona á V.

— Quiero verle.....

— Es imposible. Hace un mes que abandonó esta poblacion.

— ¡Ah!..... suspiró Gabriela..... ¡Dios le haga muy feliz! El otro favor es acompañarme mañana al cadalso..... ¡Será el segundo viaje que haremos juntos!

Dos lágrimas corrian por mis mejillas.

Gabriela me dió á estrechar su mano.

— Está manchada por el crimen, dijo.

— Está purificada por el arrepentimiento, respondí.

— Pronto la sublimará el martirio, replicó con voz solemne. Yo abandoné la prision.

XXIII.

EL JUEZ Y EL HOMBRE.

Llegó la hora de la ejecucion sin que Zarco volviese, ni yo tuviera noticia de él.

Un numeroso concurso esperaba la salida de la sentenciada.

Yo la aguardaba en la puerta de la cárcel.

Al salir, me buscó con la vista.

Corrí á su lado.

Estaba blanca como la cera: habia enflaquecido horriblemente, y sus descarnados huesos se transparentaban al sol, bajo la palidez de su frente, de su cuello y de sus manos.

Era la estatua del remordimiento.

— Aquí me teneis, señora, murmuré.

— Gracias, amigo mio; respondió balbuceando. ¿Y él?

— No ha vuelto.

— Decidle que le amo todavía.....

— Os quiero ver resignada.

— Lo estoy. ¡Cuánto deseo llegar á los pies de Dios! ¡Cuántos siglos he de pasar llorando delante de él hasta que me perdone!.....

— Dios es muy grande, hermana mia, exclamé: vos me lo habeis dicho.

Con diálogos como este llegamos á la escalera fatal.
Allí fué preciso separarnos.
Una lágrima, tal vez la última que quedaba en aquel corazón, humedeció los párpados de Gabriela.

Yo me alejé sollozando.
En aquel momento sintióse una viva algazara entre la multitud.

— ¡Perdon! ¡Perdon! gritaron á un tiempo diez mil voces.
Y apareció un hombre á caballo, con el perdon en una mano y un pañuelo blanco en la otra.

Era Zarco.
Gabriela, que había subido ya dos gradas del patíbulo, se detuvo, miró intensamente á su amante, y murmuró:

— ¡Bendito seas!

En seguida perdió el conocimiento.

Leído el perdon se le desataron las manos á la sentenciada.

Zarco fué el que cortó aquellos cordeles.

— Es inútil, murmuró la joven incorporándose: mientras tú desatas esas ligaduras, la muerte me aprisiona con otras indisolubles.

Dijo y quedó muerta sobre las gradas del suplicio.

XIV.

MORALEJA.

Zarco es hoy uno de los mejores magistrados de la república de la Plata.

Se ha casado, y es feliz.

El hijo que acaba de darle su esposa borrarla la última nube de tristeza que oscurece la frente de mi amigo.

Yo fui, vine, y no me dieron nada.

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

EN MEDIO DEL ATLÁNTICO.

Emblema fiel de la soberbia humana,
si sigues, pobre bajel, tu rumbo audaz,

y eres, aunque gigante y poderoso,
punto perdido en el inmenso mar.

En tu ciencia y tu arrojo no confíes,
ni en tus alas de lona y de metal;
si la deja de Dios la augusta mano,
¡ay de la nave que arrogante va!

Que Él no te salve del oculto escollo,
ni del rayo en la récia tempestad,
ni al incendio que llevas en tu seno
límites ponga y freno al huracán;

y el insondable abismo de los mares
bajo tu quilla errante se abrirá,
y en vez de nave osada y ostentosa,
féretro inmenso y lúgubre serás.

Exhalarán los míseros que llevas
el ¡ay! horrible del postrer afán;
voz de la muerte, aterrador gemido
que ningún ser humano escuchará.

Casi al instante el remolino undoso
las inconstantes olas borrarán,
y ¿quién el lance infausto sospechará
del golfo al ver la aleva majestad?

A veces son las apacibles ondas
de estragos mil la máscara falaz,
cual suele en labio femenino la risa
ser de impostura y de traicion señal.

Así es el mundo: afectos y memorias
borra del tiempo el ímpetu voraz....

Si á la espléndida nave el mar sepulta,
¿quién en mi oscuro nombre pensará?....

Sobre algun rostro de mujer — ¿quién sabe? —
lágrimas solitarias rodarán;

pero ¡ay!... del mundo halagador el soplo
pronto el divino llanto secará.

LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO.

A bordo del *steamer* anglo-americano *Franklin*, 15 de mayo de 1854.

Naufragó el *Franklin* al siguiente viaje.

Traducción de Goethe.

En tí pienso, mi bien, cuando los rayos

del sol quiebran la mar;

y en tí, cuando el reflejo de la luna

repite el manantial.

Véote, cuando el polvo en las veredas

arrolla el huracán;

y en la sombra sin fin, cuando el que pasa

se estremece, al pasar.

Oigo tu voz, cuando las ondas suben

en sordo rebramar;

y aun en la muda calma de las selvas

la escucho con afán.

Por mas lejos que estés, yo estoy contigo,

¡y tú conmigo estás!

Va descendiendo el sol... pronto habrá estrellas;

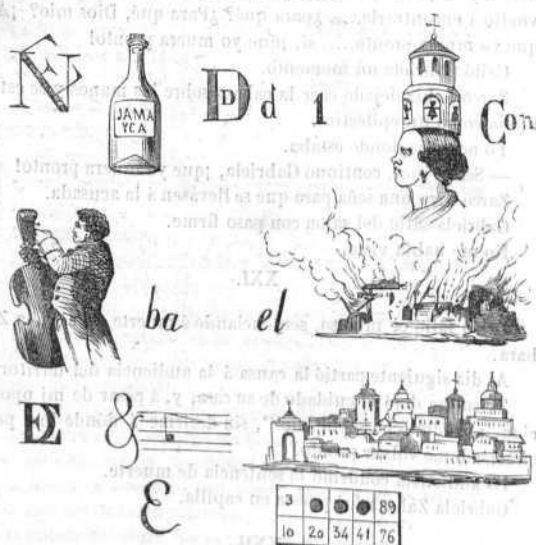
¡Si aquí estuvieras... ay!

E. FLORENTINO SANZ.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

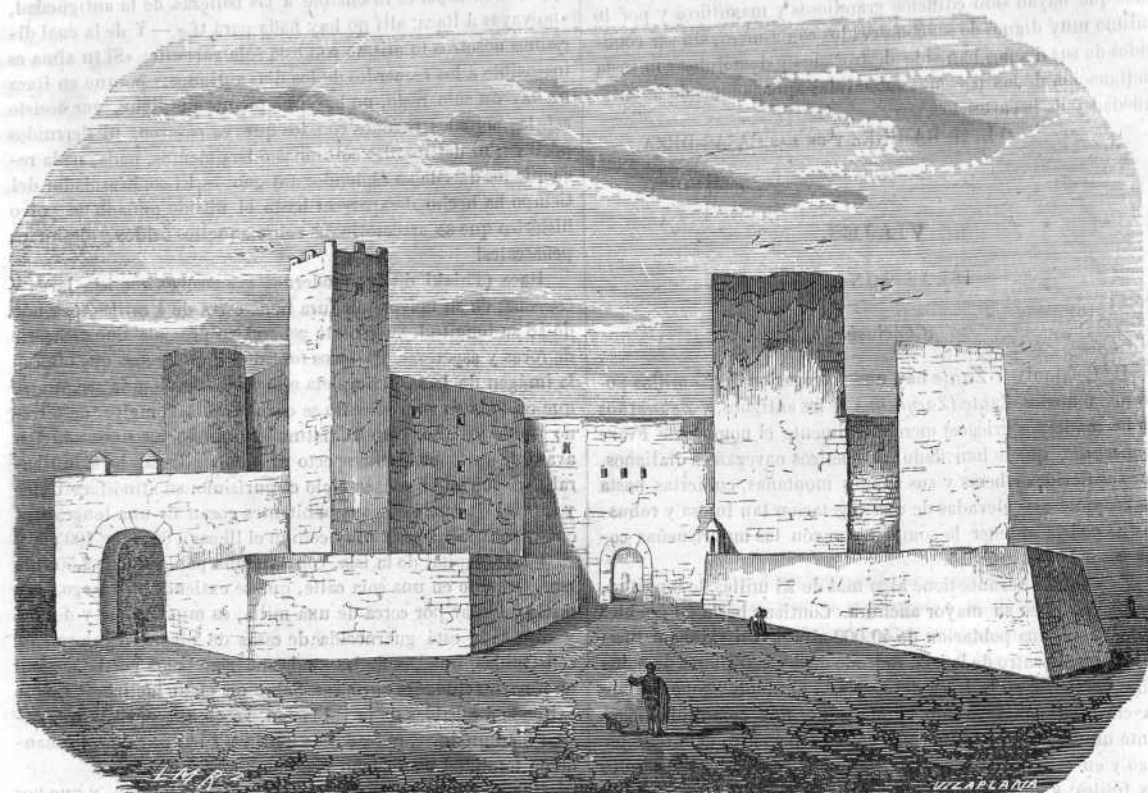
Mas vale pájaro en mano que ciento volando.

GEROGLÍFICO.



Director y propietario, D. EDUARDO GASSET.

Madrid.—Imprenta de la VIDA DE PALACIOS.



EL CASTILLO DE BAENA.

Esta villa, distante ocho leguas de su capital Córdoba, está situada por la mayor parte en la pendiente septentrional de un elevado cerro, siendo muy corta la población que por los demas lados se extiende.

Resolver cuál fuese su nombre en los tiempos antiguos ofrece no poca dificultad. Algunos han escrito que fué fundada por los túrdulos, los cuales le dieron el nombre de Mértola; pero sin alegar fundamento alguno. Otros han querido que fuese la Julia Myrtilis de Pomponio Mela, apoyados en que Oliverio, en las anotaciones de este cosmógrafo, dice que Myrtilis es Baena; pero lo cierto es que la Myrtilis de Mela corresponde á la Lusitania. Unos se han figurado que es la Castra Vinaria de Plinio; otros pretenden que se llamó Virtus Julia. El Sr. Cortés en su Diccionario geográfico quiere que Baena sea la Baniana ó Biniana que pone Tolomeo en la region de los túrdulos, acaso llevado principalmente de la semejanza del nombre. Suponen otros que fué la Regia Latinorum de Plinio, de que dicen hace mencion en el cap. 1.º, del lib. 3.º, y que la repobló Julio César dándole el sobrenombre de Julia; mas es lo cierto que en las ediciones de Plinio que hemos visto no se menciona tal Regia Latinorum, leyéndose únicamente en el lugar citado lo siguiente: «*gaditani conventus civium romanorum Regina, Latinorum Laepia, Ulia etc.*» Ignoramos si se encontrará en otras ediciones diversa leccion, pues esta no solo pone Regina en lugar de Regia, sino que, como se ve, separa la palabra Latinorum. Pero á falta de este apoyo tenemos el de Lucio Marineo Sículo, que en el libro 2.º de rebus Hispaniae memorabilibus, hace memoria de una inscripcion hallada en Baena con el nombre de Julia Regia: «*nobis occurrunt, dice, Vahenenses quorum patria Julia Regia dici potest ex antiqua inscriptione in eo loco reperta.*» Si damos fé al testimonio de este distinguido escritor, habremos de reconocer en Baena esta antigua poblacion. El sobrenombre de Julia, si nó se le impuso Julio César porque la repobló, acaso se le diese por haber sido una de las poblaciones inmediatas á Atubi, Axegua, Ulia y otros en que logró victorias de los pom-

peyanos, á que le debieron ayudar los de Regia. Si este fué el nombre que tuvo en tiempo de los romanos, ¿de dónde le viene el actual nombre de Baena? Dicen que ocupada la poblacion por los árabes, á la parte principal llamaron, segun acostumbraban, Almedina, y al resto mas bajo, como arrabal, dieron el nombre de Benna, palabra á que atribuyen la significacion de mercado; mas acaso no indique otra cosa que constructor ó arquitecto, y ni lo uno ni lo otro parece pueda tener relacion con la parte baja de esta villa.

Lo que no podemos dudar es su mucha antigüedad, y que desde los tiempos mas remotos debió existir allí alguna fortaleza, como lo indica su elevada posicion; y así es que el cerro que ocupa estuvo ceñido de una doble muralla: la interior fortalecida á trechos de torres, muchas de las cuales existen todavía, especialmente por la parte del Sur, como asimismo la exterior que parece ocupar el sitio de la barbacana.

El castillo, aunque haya sufrido las alteraciones que son consiguientes á las diversas épocas por que ha pasado, debió ocupar el mismo sitio, que es lo mas eminente de la villa. Los árabes le hubieron de reedificar, y es muy probable fuese ampliado por sus primeros señores de la casa de Córdoba, los cuales y sus sucesores habitaron en él.

Por el año de 1485 hallándose el conde de Cabra en este castillo, se trasladó á él la reina Doña Isabel acompañada del príncipe D. Juan, la infanta Doña Isabel y el gran cardenal de España D. Pedro Gonzalez de Mendoza, y el rey pasó á Alcalá la Real para hacer tala en el reino de Granada.

En el día sirve de palacio donde mora el contador del estado y otros dependientes de la casa del duque de Baena. Hay en él espaciosas habitaciones y graneros. Rodéanle siete torres: las cuatro se nombran de los habitantes porque pertenecen á los departamentos de estos, y las otras tres la del secreto, la de los casacaes y la de las argueras, que es hermosa y fuerte.

El conservarse esta fortaleza en buen estado se debe sin duda á haberla primero habitado sus dueños, y despues los adminis-

tradores del estado; pues las que no han tenido esta suerte, por mas que hayan sido edificios grandiosos y magníficos y por lo mismo muy dignos de ser conservados con esmero, sin ser conocidos de sus dueños han sido destrozados y demolidos con justa indignación de las personas entendidas apreciadoras de la antigüedad y de las artes.

L. M. RAMIREZ Y DE LAS CASAS-DEZA.

VIAJES.

ISLAS JONICAS.

(Conclusion.)

De Cefalonia á Zante hay una navegacion de 25 millas poco mas ó menos. Zante (*Zacynthus* de los antiguos, y *Zakynthos* de los modernos griegos) merece realmente el nombre de *Fiore di Levante*, que le han dado los poéticos navegantes italianos, por sus floridas riberas y sus fértiles montañas, cubiertas hasta las cúspides mas elevadas de una vegetacion tan lujosa y robusta que podria sostener la comparacion con las mas risueñas comarcas del viejo-mundo.

Esta flor de Levante tiene algo mas de 25 millas de longitud, y cerca de 12 en su mayor anchura. Contiene hasta 48 pueblos y aldeas con una poblacion de 40,000 almas. Un valle amenísimo ocupa el centro de la isla, rodeado de dos cordilleras de montañas paralelas; en la línea del Este está el monte *Skopo*, en cuya cima hay un convento habitado por una comunidad bastante numerosa. En Zante como en las demas islas del archipiélago y en el continente griego, son muy respetados y queridos los frailes; y en honor de la verdad, por lo poco que de ellos conocemos, los creemos dignos de aquella veneracion y cariño. La ciudad capital, que lleva el mismo nombre de la isla, es la mas grande y poblada del archipiélago jónico.—Se extiende por mas de una milla á lo largo de la costa elíptica que forma su soberbia bahía.—A su espalda se levantan como para servirle de gigantesco muro una cadena de altas montañas casi perpendiculares, á excepcion de un corto espacio descubierto que parece la puerta de una extensa llanura cubierta en totalidad de viñas, cuyo fruto es la célebre uva con la cual se hacen las pasas llamadas de Corinto, tan estimadas en Inglaterra y en todo el norte de Europa.

Las calles de Zante son por lo comun estrechas; pero mejor construidas y mas limpias que las de Corfú; las casas son al estilo italiano, y sus numerosas iglesias están ricamente adornadas de dorados y esculturas, lujo desconocido casi absolutamente en aquellas comarcas.—La de S. Dionisio, patron de la isla, es la mas bella é importante. Zante es sede episcopal del culto católico romano, y posee una iglesia de dicha religion, aunque el número de los fieles es muy limitado; pero en cambio no hay ni una capilla, ni siquiera un ministro protestante para la guarnicion y los numerosos súbditos ingleses establecidos allí.—En estos últimos años se ha fundado por suscripciones voluntarias una escuela *lancasteriana*, en la cual aprenden á leer y escribir el griego moderno, el inglés y el italiano hasta 60 niños de ambos sexos.

Ademas de las iglesias posee Zante un monumento ejecutado en Roma, y erigido á la memoria de Sir M. Maitland, el cual está situado en una de sus plazas que da al mar, y sirve de paseo al público zantiota. La figura del protagonista es bellísima; y las tres que adornan la base, que representan á Minerva protegiendo á la inocencia y desenmascarando al vicio, son de lo mas acabado y perfecto que hemos visto en este género.

Todas las islas jónicas están sujetas cuál mas, cuál menos á temblores de tierra; pero en Zante es extremada esta calamidad, puesto que apenas pasa una semana sin sentir alguna sacudida.

Hénos, por fin, divisoando desde lejos las áridas riberas de la patria de Ulyses, de aquella Itaca tan celebrada por Homero, y de la cual ha dicho un poeta célebre de nuestros tiempos: «Via-

jero, si tu alma es insensible á las bellezas de la antigüedad, «no vayas á Itaca; allí no hay nada para tí.»—Y de la cual diríamos nosotros lo mismo con esta sola variante: «Si tu alma es insensible á los recuerdos de los días antiguos;» porque en Itaca no hay un solo resto, no hay una piedra que ligue, por decirlo así, los actuales tiempos con los que ya pasaron; ni derruidos pórticos, ni destrozadas columnas ó basamentos, nada, nada recuerda los días de su esplendor antiguo.—¡El soplo asolador del tiempo ha hecho desaparecer hasta el último puñado de polvo histórico que se arremolinaba sobre aquellos áridos y desnudos peñascales!

Itaca (Thiaki de los modernos griegos) es una isla larga y estrecha; en su mayor anchura tiene cerca de 4 millas, pasando de 18 su longitud. Su aspecto general no presenta sino una serie de rocas y asperezas, de secos torrentes y quebradas que ofrecen la imagen de la mas completa esterilidad; pudiendo asegurarse que en toda su superficie no se encuentran 100 metros de terreno unido y llano; pero la naturaleza que se ha mostrado tan avara de sus dones con respecto al suelo de Itaca, ha sido liberal para con su clima: su cielo es purísimo; su atmósfera dulce y serena; de modo que sus habitantes gozan de una longevidad envidiable, siendo allí muy comun el llegar á 80, 90 y 100 años.

Vathi, capital de la isla, contiene una poblacion de 2,500 almas. Consiste en una sola calle, que se extiende á lo largo de la orilla del mar por cerca de una milla; es muy limpia y de uno y otro lado está guarnecida de casas de piedra regularmente construidas, muchas de las cuales podrian pasar por bellas aun en nuestras ciudades europeas. Sobre un plano inclinado, que se extiende á espaldas de la poblacion, vense una multitud de casitas blanquísimas, rodeadas de jardines y bosquecillos, formando en totalidad un risueño y agradabilísimo cuadro.

Una de las diversiones mas originales del mundo, y que por otra parte es comun á varias de las islas jónicas, es la *pescuía de las golondrinas*. Nosotros la vimos en Zante y en Itaca, y no podemos resistir á la tentacion de dar aquí una idea de ella á nuestros lectores. He aquí el modo de hacerla: se colocan cañas como las que se usan para pescar en lo alto de las casas y en los campanarios de las iglesias; á la extremidad de la línea ó cordel se ponen unas moscas gigantes que abundan en aquel suelo, las cuales ocultan un pequeño anzuelo; el aire bastante vivo en aquellas alturas hace revolotear las moscas, y las golondrinas atraídas por la vida aparente de aquellos insectos les dan caza, encontrándose luego cogidas por el anzuelo.

Cérigo, es la mas meridional de las islas jónicas, y está situada á la embocadura del archipiélago, separándola no breve distancia de las demas. Desde Zante á Cérigo se navega á lo largo de las risueñas costas del Peloponeso; se pasa por delante de *Navarino*, teatro del célebre combate que lleva su nombre; é igualmente *Coron* y su vasto golfo se desvanecen como una sombra fugaz á los ojos del viajero, antes de llegar á *Kapsali* (san Nicolás), capital de la isla. La ciudad no encierra nada que pueda llamar la atencion; ni en toda la extension de la isla, que será de mas de 20 millas de longitud por 12 de anchura, se encuentra cosa que indemnice al viajero de los gastos y fatigas del viaje. Y sin embargo esta misma Cérigo es la antigua *Cytheres* ó *Cythera*, tan famosa en la antigüedad mitológica por haber sido la mansion favorita de Venus y la cuna de la hermosa Helena, tan fatal á los troyanos. Si en aquellos tiempos estaba tan desierta Cytheres como al presente, maldita la necesidad que habia de que interviniese la liviana diosa en el rapto de su digna protegida; pues París pudo robarla á mansalva, y sin temor de que ninguno le incomodase en su retirada. De todos modos, ó ha variado mucho aquel suelo, ó Venus tuvo malísimo gusto en la eleccion de su principal residencia.

En Cérigo como en todas las demas islas de aquel archipiélago, la moneda mas corriente son los pesos columnarios españoles y mejicanos, y las medias coronas inglesas; las monedas de oro son muy raras; y á nosotros nos ha sucedido, sobre todo en las pequeñas islas, encontrarnos muy embarazados para cambiar un doble-napoleon (40 francos),

Antes de despedirnos de las islas jónicas no podemos dejar de mencionar la belleza de sus mujeres, entre las cuales se conserva aun si no en toda su pureza, al menos en gran parte aquel tipo primitivo de la belleza griega que tanto admiramos en las estatuas que animaron en tiempos mas felices los inspirados huriles de los Phidias y de los Praxiteles, y que forman al mismo tiempo las delicias y la desesperacion de los mas aventajados escultores de los tiempos modernos.

J. HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

PARIS FISICO Y MORAL

estudiado durante la exposicion de 1855 por un español.

PRELIMINAR.

No esperen los lectores del SEMANARIO que vayamos á hacerles la descripción y pintura de los edificios, monumentos, calles, plazas y paseos de París. Librenos Dios de incurrir en la torpeza de publicar la milésima edicion de esas preciosidades, tan dignamente estudiadas y descritas por autores nacionales y extranjeros. Desde que *Fray Gerundio* publicó sus viajes; desde que *El Estudiante* imprimió su Guia, y desde que circulan en nuestro pais con mas profusion que *El Amigo de los niños* y el *Ripalda* las novelas de Sue, Balzac, Dumas y compañía, en las que casa por casa, piedra por piedra y arenilla por arenilla todo está rebuscado y descrito, fuera tarea impertinente, y por demas ociosa, el reproducir con torpeza y machacotería lo que otros con tanta exactitud como gracia han demostrado en sus obras.

Ademas que los franceses con ese espíritu de nacionalidad, que bien pudiera llamarse en muchas ocasiones de *nacionaleria*, hace largos años se encargaron de dibujarnos, grabarnos, litografiarnos, cromatizarnos, daguerreotiparnos y galvanoplastiarnos cuanto de notable y maravilloso encierra la gran ciudad á que con una modestia sin ejemplo apellidan *la capital del mundo civilizado*.

¿Queréis, si no, lector, trasladaros en un vuelo á París?— Echad una ojeada sobre la envoltura del jabon con que os afeitais (si teneis barbas) ó con que aclarais vuestro cutis (si sois hermosa), y vereis el magnífico *boulevard de los Italianos*, de donde procede la susodicha mercancía; apartad con la cuchara la sopa que vais á comer, y distinguireis en el fondo de vuestro plato *El Arco de la Estrella*; mirad con detencion la caja de vuestros botones, y en una de sus faces encontrareis el *Hotel de Ville*; examinad vuestra petaca, vuestro baston, vuestro abanico, vuestra sombrilla en fin, y en cada espacio, en cada hueco hallareis un obelisco, una columna, una fuente; y en cada puño y cada mango, la *vera efigies* respectiva de tal hombre político ó escritor ó artista, de los que á centenares pululan por esa *patria del ingenio y la chispa*, que es como nosotros queremos llamarla.

No hagais, pues, un viaje á París si no habeis de hermanar el estudio de lo físico con el de lo moral; de lo que vive con lo que está muerto; de lo que se mira con los ojos de la cara, y de lo que solo se percibe con los de la razon. No hagais un viaje á París como lo hacen comunmente los extranjeros, para detenerse, alzar la vista y abrir la boca ante un almacén que despidе luces como el sol, ante una fonda cuyo aspecto infunde tanta veneracion como una iglesia, ó ante un jardin que parece trasplantado de los maravillosos paises en que se representan las *Mil y una noches*. Entrad, por el contrario, en ese almacén y ved lo que se vende; pedid de comer en esa fonda y ved lo que se come; tomad entrada para ese jardin y ved lo que se baila; haced, en una palabra, lo que nosotros hemos hecho para borrar estos cuadros, mas nutridos de pequeñeces, fruslerías é imperceptibilidades, que de cosas portentosas y enormes. Y sobre todo, haced ese viaje y ese estudio en la época de la gran exhibicion de la industria; época clásica de los franceses; ocasion y lugar de todos sus alardes; punto céntrico á donde han hecho

confluir todos los recursos de su travesura; inmenso teatro desde donde han representado la gran comedia que por espacio de medio siglo ensayaban: hacedlo, pues, ahora y si ya no es posible, seguid con la vista las líneas de este escrito, que si no con la escrupulosidad, talento y ensenanza con que vosotros personalmente lo hubieseis hecho, se ha redactado, al menos, con la detencion, verdad y truhanería de que el escaso entendimiento de su autor ha sido susceptible.

París se ha vuelto loco con su Exposicion de la Industria. Ni el sitio de Troya, ni el Diluvio universal, ni la Correccion gregoriana, ni todas esas cosas que entre el padre Petavio y otros amigos se encargan de recordarnos cada año en la primera página de nuestro almanaque, son ni han podido ser fecha tan célebre, punto histórico tan estudiable, portento de los siglos tan indescriptible como la fecha, el punto y el portento de la Exposicion universal de París. Y ahora que de almanaque hemos hablado, justó será decir, por lo que de comprobante tiene para nuestra idea, que el calendario francés del año pasado decia á su cabeza: «Calendario oficial del imperio francés, para el año de la Exposicion, 1855.» —¿Á qué mejor razon de nuestras palabras?

Volvemos, por consiguiente, á repetirlo: París, nunca muy cuerdo, se ha vuelto completamente loco con su Exposicion universal de la Industria. Fuerza será seguir á París en su locura. La enajenacion de los grandes hombres es siempre mas variada y divertida que la de los entes vulgares; y París, aunque no un grande hombre, es un gran pueblo.

Dos partes abraza nuestro estudio: la primera comprende el París físico y moral que observamos antes de visitar la Exposicion; en la segunda se mencionan las consideraciones á que ha dado lugar la Exposicion misma para el viajero, para el curioso y para el crítico.—Nada de tecnológico ni académico en estas columnas, nada de filosofía ni de historia, nada de ciencia ni de arte: un poco de observacion, algo de exámen, y mucho de decir sobre todas las cosas lo que se ha venido al pico de nuestra pluma.

He aquí el trabajo que ofrecemos.

CUADRO PRIMERO.

Resúmen.—*Primeras impresiones del español en Francia.*—*Primeras impresiones de París.*—*Cosas que echa de menos.*—*Cosas que echa de mas.*—*Se baña, se afeita, se corta y se riza el pelo.*—*Busca habitacion y no la encuentra.*—*Va al teatro.*—*Va al café y toma chocolate.*—*No busca novia y la encuentra.*

I.

Cuando el carruaje toma un movimiento cómodo y tranquilo; cuando en las posadas se encuentra mesa abundante, pronta y limpia; cuando el viajero principia á dormir en buena cama; cuando deja de oír decir «no hay» por todo cuanto pregunta; cuando se sale de nuestra España, en fin, lo primero que experimenta el español, si es verdadero amante de su patria, púdoro é hidalgo, es un sentimiento de vergüenza, de lástima y de indignacion.

Desde que pisa el suelo francés y ve por todas partes la comodidad, la pulcritud, la abundancia; respeto á la propiedad, á la persona, á las leyes; órden, administracion, justicia; poblaciones crecientes y prósperas á cada paso; grandes eriales metidos en cultivo; lagunas utilizadas, rios acanalados, caminos vecinales, carreteras, ferro-carriles, líneas telegráficas que se cruzan en todas direcciones; actividad y trabajo por do quiera; mil chimeneas que tocan á las nubes vomitando el humo denso y civilizador del carbon de piedra; cuando despues de haber atravesado en su pais cien leguas de desierto, de pereza, y de holganza; cien leguas de desgobierno y de inaccion; cien leguas de sueño y de letargo, toca luego desde el límite mismo de su patria otro pais que vive, se engrandece y ensancha artificiosamente, merced á la actividad de sus hijos y á la solicitud de sus go-

hiernos, lo primero que experimenta, repetimos, es rubor, porque presume la burla que se nos hará constantemente; lástima, porque reflexiona los tesoros dormidos que se pierden y que nadie se adelanta á buscar; indignacion, en fin, cuando recuerda que en España no piensa ningun hombre de talento mas que en ser empleado ó en ser ministro.

Extasiado el viajero, admirado, asombrado de ver que es realizable todo lo cómodo y lo bello que soñaba respecto á las cosas de la vida, atraviesa la Francia en algunas horas á impulsos del vapor, llevando en su cabeza, como recuerdos de una noche de fantasmagoría, vistas de poblaciones, ciudades y campiñas en cada una de las cuales se convendría á vivir, y que le indican lo grande y portentoso del país que se propone visitar.

Así las cosas, un agudo silbido de la máquina advierte que se aproxima á la gran ciudad moderna, á la Atenas del siglo de las luces: recoge su equipaje, se embute en un carromato de alquiler, y hételo á los pocos minutos en medio del torbellino y la agonía de un pueblo por demas industrioso que se lanza á servirle de cabeza, en expectativa de las primeras y siempre generosas dádivas del viajero.

Hé aquí la primera impresion del español en París: el ver divinizado el interés, el ver rendir un culto delirante y fanático al dios oro, sin que se omitan genuflexiones, cortesías, cantos gratulatorios y panegiricos, en cambio de las monedas que el hombre desprendido arroja con desden por excusar la abyeccion de sus semejantes.

Todos cuantos rodean en los primeros dias al viajero, se le declaran humildes servidores, siervos reconocidos, esclavos obedientes, y practican, en efecto, por cuenta del salario que se ajusta, cuanto de ridículo y verboso escribimos por fórmula al pié de nuestras cartas, y en el «Excmo. Sr.» de nuestros memoriales. Bien podeis tratar á los que os sirven con malos modos; bien podeis incomodarlos por una fruslería y llamarles salvajes y perderles el respeto de hombres; que si vuestra paga anda lista, si vuestro desprendimiento es una verdad, á todos los insultos, vejámenes y provocaciones, os contestarán con un gesto de benevolencia, ó con perdones y excusas humillantes, que os causan tanta risa como desprecio.

Acostumbrado el español á llegar de noche á una de sus ciudades, por grande y populosa que sea, y hallarse sin parador donde detenerse, sin mozo que le lleve la carga y sin fonda donde hospedarse; acostumbrado á que el dueño de una casa, si quiera sea de huéspedes viajeros, conteste desde el fondo de sus colchones que está la puerta cerrada y no se puede abrir; acostumbrado á ver que donde le abren incomoda y fastidia, que donde hay cama y alcoba falta cena; acostumbrado á que si se queja le echen á la calle, ó á que si pide mas le digan que no hay; acostumbrado tambien á que si falta al respeto á su criado, este le pida una satisfaccion en el campo, si no le ha enseñado el puño de primeras; acostumbrado, decimos, á esa mezcla de bueno y malo, de digno y reprensible, de loable y absurdo que hay en nuestra España, pero que tan diferente es de lo de Francia, comienza á conocer que si ha visto un pueblo diverso por lo físico, es tambien muy diverso por lo moral.

París, y al decir París hablamos de la Francia en su mas genuina expresion, es un pueblo en el que todo está previsto y acordado; no puede decirse «¿dónde?», sin que contesten «aquí»; no puede preguntarse «¿cuándo?», sin escuchar «ahora.» Principiase á hacer, pues, desde el primer día la vida material mas agradable que el sibarita pudo prever en sus ensueños. Cuanto se cambia por el dinero en el mundo, y sabido es que en el mundo muy poco deja de cambiarse por metal, todo lo hay á todas horas, en todos los lugares y á disposicion de todo el que lo compre. Mercado perenne, así de objetos materiales como de afecciones, amistades y sentimientos, lo mismo adquirireis un lacrimon que lllore en vuestro entierro, que una sirena que os adore, ó una pipa turca para fumar. Todo es fácil, sencillo y axequible; hasta el hallar los medios de realizar tales milagros.

¿Queréis saber por qué?

II.

En París trabaja todo el mundo. El pobre en las faenas mas groseras, el de la clase media en la industria, el de claro talento en las artes, el rico en la fabricacion, el potentado en el comercio, el noble en perfeccionar los ramos del trabajo, el príncipe en el recreo y cultivo de lo que se inventa y analiza; todos buhlen, todos progresan, todos se ocupan. Esta suma de ocupaciones y trabajo constituye la grande producción, y la producción en grande es la abundancia.

Examinad ahora ciertas pequeñeces de que el observador curioso se apercebe con solo recorrer las calles de París.

Un español echa de menos en Francia, desde el primer día, esa caterva de ganapanes que invade las aceras de nuestras poblaciones con el nombre de mozos de cuerda; y esta falta es tanto mas sensible, cuanto que se ve embarazado con sus compras sin hallar fácilmente quien se las conduzca á su casa. Y ¿por qué esta omision tan importante?

Mientras está un hombre parado en una esquina, dicen los franceses, puede hallarse en el pescante de un omnibus, dirigiendo dos caballos y conduciendo veinte pasajeros (ninguno lleva menos), con veinte cargas ademas: esos pasajeros cargados podian pagar á razon de diez cuartos cada uno, con lo cual hay bastante para mantener al hombre y á las bestias, para resarcirse del capital empleado y para reembolsar una buena ganancia; al paso que producen al transeunte mayor comodidad, mayor presteza, y la ventaja de ser conducido á la vez. Existe pues el hombre; las artes se encargan del carruaje, la industria proporciona las bestias, el capital adquiere todo esto, y á la vez que la mercadería y el transeunte van cómodamente por solo diez cuartos á su casa, marchan tambien unidos la fabricacion, la industria y el comercio, con el ahorro de brazos y de holganza. — Hé aquí por qué no se encuentran en París ni en otras capitales de Francia, tan pequeñas como la mayor parte de las nuestras, esos tagarotes de esquina, con sus brazos tan robustos como inútiles. — Si por un sistema semejante se moviesen los tres mil asturianos (quizá mas) que en Madrid retozan por las calles aguardando una peseta para conducir un melon, no habria ciertamente tal distancia entre Madrid y París como la que hay.

Otra cosa que el español echa de menga en la corte de Francia, aunque á decir verdad maldito lo que le importa, es esa procesion sempiterna de muebles y trebejos de casa que los habitantes de Madrid sacan á todas horas para trasportarse y trasportarlos de un punto á otro. — Con ser Madrid la octava parte de París, cuenta sin duda otro tanto mas de carros de transporte para el movimiento contingente de la poblacion, lo cual da una diferencia de sesenta y ocho por ciento en movilidad. Y ¿qué revela esto?

La gran mayoría de los habitantes de Madrid no se ocupa de nada de provecho. Constituyenla empleados con destino que por consiguiente no trabajan; empleados cesantes que se entretienen en no haber trabajado; y aspirantes á empleos que invierten su desidia en ver de qué manera no trabajarán: de aquí el hallarse á todas horas familias con los trastos á cuestras, variando de vivienda como de camisa, porque entra por mucho en los fceeros, el de cambiar el panorama de los balcones.

En París sucede lo contrario: ocupado todo el mundo en trabajar, cada familia necesita un crédito y una clientela; esta clientela y este crédito se adquieren en algun lugar; y una vez alcanzados este lugar de donde parte el crédito y á donde refluye la clientela, el vecino tiene un gran interés en no mudarse; las leyes le protegen la perpetuidad, y es muy comun que el hombre muera en la misma casa en que nació. Por eso el español que recorre á París, y entre el sinnúmero de carros de transporte que le interceptan su marcha á cada momento, no ve asomar la silla desvencijada, ni el mortero enmohecido, extraña que los franceses lo muden y trasladen todo, menos sus personas y sus trastos.

Obsérvese tambien la desaparicion absoluta de tablillas y rótulos pintados (donde tantos y tan diversos hay) que anun-

cien, como en Madrid se nota en cada puerta, *agencia de préstamos y empeños*. ¿Es acaso que en París no hay miseria ni desgracia? ¿No se toma dinero prestado? ¿No se empeñan *alhajas y ropas en buen uso*?

Lo que en París no se acostumbra, es á establecer como base de comercio la desgracia del pueblo menesteroso. En Francia y en París se ha pensado primero en comerciar con la riqueza pública que con la desgracia privada. Sino hay gran caridad, no hay tampoco una criminal é inícuca explotación. — Reservado el negocio de los préstamos y empeños á la administración civil, esta ha cuidado de establecer en cada barrio una sucursal siempre abierta, en donde por un interés insignificante se socorre la desgracia de cuantos llegan, á veces con perjuicio del establecimiento. Tal y tan previsora institución, de la que en España conservamos el nombre, pero no la índole ni la forma, al paso que alivia la miseria y proporciona respiro al infortunio, tiene cerradas las puertas por completo á la avaricia, para que esta no

ejerza sus maldades con el infeliz que se priva de sus ropas para proporcionar alimento á su familia. — Nosotros mas católicos, mas caritativos, mejores en la esencia, pero gobernados siempre á nuestro gusto, esto es, como vaca sin cencerro, que dice el vulgo, toleramos el incalificable abuso de una usura valuada en cinco por ciento al mes (¡sesenta al año!) sobre ropas y alhajas tasadas en la tercera parte de su valor probable (¡ciento ochenta al año!), alhajas y ropas sin embargo que proceden del infeliz que no tiene que comer. — Por esto hay en Madrid en cada esquina una agencia de préstamos y empeños con su rótulo pintado: por lo otro no se encuentra en París ni una siquiera.

Pero al paso que vamos, y si en discurrir de tal manera nos entretenemos, cosa será de convertir estas páginas en artículo de fondo periodístico, cuyo fin y usos postreros nos espantan: abandonemos consideraciones lacrimosas, y volvamos á la hilación de nuestro cuento. (Continuara.)

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.



Llamamos la atención de nuestros suscritores, hácia el grabado que precede á este artículo; trabajo puramente español, y que prueba, que en nuestro país hay quien haga las cosas con perfección y conciencia, cuando se procura poner los medios necesarios para ello.

En la primera entrega de la obra que con el título de *El Drama de 1793* está publicando D. Fernando Gaspar, hay varios como este, bastantes para dar una idea muy aventajada de su autor el Sr. Rico, que con una ejecución esmerada y concienzuda, ha querido probar la ninguna razón de los pesimistas al decir que en España no pueden hacerse obras de mérito en todas clases de artes.

La estampación, hábil y esmerada, no deja nada que desear, y el Sr. Gaspar merece nuestros sinceros elogios por haber emprendido la publicación de una obra, que honrará la tipografía española, como honraria la de cualquier nación, puesto que en el extranjero no se hace un grabado en madera mejor que el á que aludimos.

Estos elogios merecidísimos son tanto mas imparciales, cuanto que no conocemos ni aun de vista al Sr. Gaspar, ni con el señor Rico nos unen mas relaciones que el haberle encargado algunas obras.

Hemos publicado el grabado en nuestras columnas porque apreciamos el mérito de la obra, y para aprovechar la ocasión de unir nuestra voz á la de los artistas, que han solicitado se prohíba la introducción de los *clichés* extranjeros, ó al menos, se les imponga en los nuevos aranceles un derecho regulador.

De ese modo nuestros periódicos tendrían que echar mano de artistas españoles, y los que como el Sr. Rico valgan, ocuparían el puesto que á su mérito corresponde.

NOSTALGIA.

POR

D. Antonio de Trueba.

Las páginas que vamos á escribir no constituirán una novela ni de tal tendrán pretensiones. Tendránlas sí de un cuadro de costumbres fielmente copiado del natural, mérito que nadie podrá negarles, ya que no pueda concedérseles otro. Si las calificásemos de novela, diríase, con sobrada razón, que hacíamos novelas sin piés ni cabeza.

Como sabemos muy bien que de cada cien lectores los noventa buscan asuntos graves, mirando con soberano desden los asuntos triviales, debemos advertir, para que nadie malgaste el tiempo, que estas páginas no están acordes con el gusto dominante en la grave sociedad actual.

Los que pertenezcan, pues, á la *inmensa* mayoría de la sociedad actual, no pierdan tiempo en leerlos, porque al fin y al cabo nos han de abandonar con cara de vinagre. Y verdaderamente tendrán razón para ello: el héroe de nuestra narración es un pobre niño que se muere de tristeza lejos de su patria y su familia, y.... ¡bah! ¡quién hace caso de niños!

Los niños son hombres *pequeños* y *débiles*, y en el siglo XIX los que merecen historias y epopeyas son los hombres *grandes*, y el interesarse por los *débiles* estaría muy en su lugar allá en tiempo de la andante caballería, cuando un hombre con mas barbas que su padre y mas muertes de moro sobre su conciencia que Ruy-Díaz de Vivar, vertía la lágrima tan gorda y no se barataba de dar tajos y lanzadas por una dueña dolorida.

Es verdad que Cristo era amigo de los niños; pero ¿qué tienen de comun con Cristo los hombres del siglo XIX? Cristo era el hombre del Evangelio, y la *inmensa* mayoría de nuestros lectores son los hombres de Fourier y de Proudhon. ¡El Evangelio! ¡Un libro en que se dice que todos los hombres son hermanos! ¡Un libro en que se manda dar al César lo que es del César! ¡Un libro en que se ensalza á los pobres de espíritu y á los ricos de corazón! ¡Un libro en que se insulta á la lógica y al sentido comun llamando bienaventurados á los que lloran y á los que creen! ¡Bah! es cosa convenida que el hombre del Evangelio no sabia lo que se pescaba. ¡Como que por meterse á redentor le crucificaron!

Pero volvamos á nuestro cálculo. Si de cada cien lectores los noventa buscan asuntos *graves*, diez debe haber que no desdeñen los asuntos *triviales*, y para esos diez escribimos estas páginas. Esos diez no encontrarán en ellas *piés* ni *cabeza*, pero tal vez encontrarán *corazon*. Esos diez serán los que no conocen á Proudhon ni á Fourier, y si solo el Evangelio; esos diez serán los pobres de espíritu y los ricos de corazón, únicos á quienes puede interesar un pobre niño que se muere de tristeza lejos de su patria y su familia; únicos que pueden recorrer, sin poner cara de vinagre, unas páginas en que se trata de un niño que llora, que tiene frio, que tiene hambre, que tiene sueño, que lleva uno que otro tornison como á todos nos ha sucedido cuando niños.

¡Pero vamos á nuestro cuento, que en verdad tiene mucho de historia!

II.

Nuestro cuento empieza el 10 de noviembre de 1836.

Hacia en Madrid un frio cruelísimo: el día anterior habia nevado, y antes que la nieve se derritiese en las calles, habia sobrevenido una escarcha muy fuerte, lo que, unido á un cierzo sutil y glacial que soplabá de la parte de Guadarrama, daba á la temperatura de nuestra insigne villa el carácter de la temperatura de una poblacion de Siberia.

D. Juan de Quijano, rico banquero que habitaba en la calle de Toledo; estaba en su despacho, situado en el piso bajo de la casa, con su sobrino D. Lucas, y en una pieza inmediata trabajaban en silencio colocados en sendos bufetes dos dependientes dedicados á la contabilidad y la correspondencia. El despacho del banquero tenia una ventanilla con vidriera que daba á la oficina general, y por donde tío y sobrino miraban con frecuencia, cuidando que los dependientes atendiesen cada cual á su negocio, frase de que se valia D. Lucas para reconvénirlos cada vez que los oia hablar de cosas extrañas á los asuntos comerciales de la casa.

D. Juan era un hombre como de cincuenta años, colorado, robusto, de nariz prolongada y de pulcra y disimulada peluca, tan disimulada que sus dependientes no hubieran notado que la gastaba á no ser por las bachillerías de su mujer Doña Juana que en sus frecuentes reyertas se lo echaba en cara llamándole *tío peluca*.

D. Lucas tendria de veintiocho á treinta años; su estatura era poco mas que la de un perro sentado, y nada habia en su cara ni en sus palabras que revelase genio ni bondad de corazón. Sin embargo, su tío toleraba sus defectos y hasta le queria, porque hacia muchos años que estaba en la casa, y podia decirse que era quien llevaba el peso de esta.

—Tío, dijo D. Lucas á D. Juan alzando la vista á un reloj colocado en la pared, frente al bufete del banquero, no se descuide V. si ha de ir á la bolsa, que van á dar las dos.

—Me parece que lo dejaré por hoy, contestó D. Juan. ¿Quién ha de salir de casa con un día tan cruel? Anda, que en muriéndome yo, campana por gaita. Además no tardará en llegar el chico y tengo ganas de verle. Me dice mi hermano Martín que el día 1.º salió de allá en la galera de Chomin, y según mi cuenta debe llegar hoy. Mejor sería mandar á Rosendo á la posada.

—Ande V., tío, que el vendrá si es de ley.

—El pobre debe venir aterido.

—No se apure V., que no es digno de compasión el que viene á comer buen pan y buena carne en Madrid, en vez de comer buen maíz y buenas patatas en su pueblo.

—Sin embargo, estoy seguro de que querria mas encontrar hoy al bajar de la galera la cocina de sus padres con suescaño y su excelente fuego rodeado de manzanas puestas á asar, que no esta habitacion con sus lujosos muebles y su chimenea francesa.

—¿Con que le parece á V. que le dediquemos á recados y á la compra?

—No creo que sus padres le envíen á Madrid para que desempeñe tan humilde destino. Hay que colocarle en el escritorio para que se vaya instruyendo poco á poco.

—¡Poco á poco! Verá V. como le hago yo saber mas que Merlin antes de un mes. La letra con sangre entra, tío.

—No soy de tu parecer, Lucas. Cuidado con que le toques al pelo de la ropa; no suceda con él lo que con otros, que á fuerza de maltratarlos los entonteciste y hubo que hacerlos volver al país.

Iba D. Lucas á tomar la defensa de su bárbaro sistema de educacion, cuando sonó la campanilla del recibimiento, y tío y sobrino callaron, aplicando el oido hácia aquel sitio.

—¡Ahí está! exclamaron ambos á la par al oír en el recibimiento la voz del que habia llamado que saludaba al criado que habia salido á abrir.

—Señor, dijo este con cierta sonrisa, presentándose en la puerta del despacho, ahí está Chomin con el *rocín-venido*.

D. Juan frunció el entrecejo como descontento de que el criado se hubiese permitido usar el necio equivoquillo que hemos puesto en bastardilla, al paso que D. Lucas soltó una ruidosa carcajada, celebrando la gracia de Rosendo, que era un asturiano tonto con pretensiones de *pillo*.

—Que pase, contestó D. Juan.

Y en efecto, Chomin, que era uno de los ordinarios de las provincias Vascongadas, apareció en el despacho acompañado de un niño de doce á trece años.

III.

No se habia equivocado D. Juan al suponer que aquella pobre criatura llegaba muerta de frio.

Angel, que así se llamaba el nuevo dependiente de los señores Quijano y sobrino, estaba tiritando de frio: sus manos y su cara estaban amoratadas y sus ojos indicaban que la noche anterior mas bien que cerrarse al sueño se habian abierto al llanto. El pobre niño se quedó á la puerta del despacho con la gorrita en la mano, inclinada la cabeza como cortado, y con dificultad pudo articular un torpe saludo.

—Con que aquí tener VV. mutil, dijo Chomin, despues de los saludos de ordenanza. Desde que pasar puertos no parar de llorar. Acordarse mutil de sus cabras y sus vacas de Vizcaya y yo decirle que en despabilando unos cuantos panecillos de Madrid que son muy blancas no volverse á acordar del *artoa* de su tierra.

D. Lucas se acercó á Angel y le dijo pasándole la mano por la cabeza:

—Vamos, hombre, ¿con que qué tal te parece Madrid? ¿Te gusta mas que tu pueblo?

—No señor, contestó el niño con los ojos arrasados de lágrimas.

—¡Bien, hombre, bien! exclamó D. Juan echándose á reir y haciendo una mera caricia al niño. Así deben ser los hombres: la mejor tierra es aquella en que uno ha nacido.

—Sí, sí, riase V., tío, dijo D. Lucas haciendo un gesto de enojo; riase V. de la sandez de ese bruto. ¡Vaya, que el muchacho promete! ¡Como hay Dios, tenemos buena mano para echar pollos!

—Andar V., señor D. Lucas, dijo el ordinario, que mutil despabilar con unos cuantos zurriagazos al día.

—Sí, así le iremos desasnando, contestó D. Lucas.

—Hombres, no sean VV. majaderos, replicó D. Juan. Qué ha de hacer el niño sino acordarse de sus padres si nunca se ha separado de ellos. Con que vamos, añadió dirigiéndose á Angel, ¿traes gana de comer?

—No señor, contestó el niño deshaciéndose en lágrimas.

—Vamos, no llores, le dijo D. Juan; acércate á la chimenea y caliéntate hasta que sea hora de comer, que luego tomarás posesion de tu destino y verás cómo antes de un año te haces un verdadero comerciante.

El niño se acercó á la chimenea con la gorra en la mano; pero como las lágrimas le cegaban, tropezó con una silla y cayó al suelo derribando unos papeles que estaban sobre aquella.

—¡Torpe! ¿no ves? exclamó D. Lucas cogiéndole del brazo y levantándole con violencia.

Una reaccion inesperada se verificó en aquel instante en el ánimo del niño. El que un momento antes apenas se atrevia á alzar la vista ni articular una palabra, alzó la frente con altivez y dijo á D. Lucas con desembarazo:

—Puede V. echarme de su casa, pero no maltratarme. Aquí me ultrajan y en mi pueblo me lloran. ¿Cómo quiere V. que me guste mas esta tierra que la mía?

(Continuará).

LA GIRA.

ORILLAS DEL GUADARRAMA.

¿A dónde va la inquieta carabana de Narcisos y ninfas bulliciosas que así se apresta y á partir se afana, ceñidos á la sien nardos y rosas? Mirad ya parte y la campiña gana del sol las iras sin temer furiosas. ¡Nereidas de las verdes espesuras celos os van á dar sus hermosuras!

Vedlas en muchedumbre prolongada, al son de alegres cantos populares, coronar de una senda recortada los secos y arenosos valladares; ved cuál surcan en gárrula bandada cruzando entre viñedos y olivares, cual bandada de tímidas palomas, de aquellas navas las tostadas lomas.

Sotos floridos de la orilla amena del turbio y perezoso Guadarrama, que filtrando sus aguas entre arena en menudos arroyos se derrama; alamedas sombrías que en cadena ceñísle un eslabon en cada rama, tildo les prevenid bajo el follaje de vuestro espeso y mugidor ramaje.

Vuestra alfombra les dad, frescos egidos tapizados de juncos y espadañas, do brotan con la hiedra entretejidos verdes carrizos y amarillas cañas. Vosotros, arenales guarnecidos del musgo que les roba á sus montañas esa escasa y pacífica coriente, lágrima de los ojos de aquel puente:

Sea alcalifa de sus plantas bellas vuestro guijo menudo y esponjado, que en vuestra húmeda faz tan leves huellas nunca mas lindos pies han estampado: vuestros sargazos al pisarlos ellas, su tallo elevarán ya prosternado; y al asomar del rio hasta las cauces con ronco arrullo aplaudirán los sauces.

Ya llegan, sí; los pálidos tarayos mecen alegres ya las ramas sumas de sus copas que el sol baña en sus rayos dorado tornasol dando á sus plumas; de los verdes llorones los desmayos baten de los arroyos las espumas, y las trenzadas aguas transparentes duplican el rumor de sus corrientes.

Negros endrinos, ásperos zarzales que separais las lindes convecinas, setos de madreselvas y rosales, zarzamoras y acacias peregrinas, apartad de sus plantas virginales de vuestros rudos tallos las espinas, que ya en alegres grupos desbandadas penetran en las frescas enramadas.

¡Cármén, Juana, Matilde! ¡amor tirano! la ribera sus galas seductoras en vano ostenta á vuestra vista; en vano estas silvestres parras trepadoras mecidas por el céfiro liviano, con las hojas del álamo sonoras chocan, y en sordo y zumbador arrullo de las aguas se mezclan al murmullo.

En vano, sí, los pardos ruiseñores, las verdes y amarillas filomenas, de estas oscuras selvas trovadores entonan sus amantes cantilenas, solo de vuestros tiernos amadores en las miradas descifrais las penas, y entre frases de amor de dulces giros solo escuchais sus lánguidos suspiros.

Idos en paz: los bosques de esta orilla grutas tienen sombrías y apartadas donde canta la ronca tortolilla quejas con vuestras cuitas acordadas: imágen os darán de fé sencilla las hiedras á los olmos enlazadas, y *album* en que escribir vuestras firmezas de los troncos las húmedas cortezas.

¡Joaquina, de recuerdos seductores! ¡cuánto tu gracia realzó hechicera el bello ramo aquel de incultas flores que prendiste en tu blonda cabellera! El otoño en botánicos primores émulo de la hermosa primavera, para prestarte tan gentil adorno.

brotar las hizo de tu planta en torno:

Silvestres minutas carmesés;
bellosos y azulados anapelos;
énulas con estrías de rubies
de sus blancas corolas en los velos;
digitales, rojizas y turquíes
símbolos de pasiones y desvelos.
¡qué ufanos que ostentaban su belleza
sobre el lindo perfil de tu cabeza!

¡Te vast... y tú también, bella María,
la del negro lunar en la preciosa
garganta que á la nieve desafia?
¡cuánto envidio la dichosa
suerte de aquellos, ay, á quienes flama
vuestra pupila su mirada ansiosa!
¡Oh! quién pudiera en amorosos duelos
la envidia que me dan pagar con celos.

Ved otra, bajo un sauce reclinada,
presa de su dolor en cruda pena,
toda á tristes recuerdos entregada
y á toda alegre confusión ajena;
no temais si con mano apresurada
borra la cifra que escribió en la arena;
que en fé de una pasión honda, infinita
dentro del corazón la lleva escrita.

Vueltos al cielo los dolientes ojos
de su tranquilo azul hermosa afrenta
de sus penas los bárbaros enojos
con dulces ayes aplacar intenta,
y sonrien tal vez sus labios rojos
al placer del dolor que la atormenta
que amor sin esperanza es de tal suerte
que goza en el pesar y dá la muerte.

Venid á mí las cándidas corderas
indóciles aun de amor al yugo,
vosotras que ignorais las sañas fieras
de ese del corazón cruel verdugo;
sobre el verde tapiz que á estas praderas
presta la grama que rebosa en jugo,
al blando son del murmurar del río
alegres acorred en torno mío.

Petra gentil, ¡tan niña y tan hermosa!
¡ves en las verdes parras columpiados,
los agrios tirsos de la vid frondosa,
por los rayos del sol aun no mimados?
Pronto, muy pronto de su luz dichosa
de su vivo calor acariciados,
en dorados y diáfanos racimos
frutos al labrador darán opimos.

Pronto, pronto también, la niña bella
será hermosa mujer, y el albo seno
que hoy en contorno virginal descuella,
donde pulsa pacífico y sereno
el tierno corazón, bajo la huella
del primordial amor, de encanto lleno
palpará agitado y conmovido;
¡feliz quien cause su primer latido!

¡Oís en lo interior de la enramada,
estrepitosa, cándida, inocente,
una alegre y sonora carcajada?
¡Ay Josefa feliz! ¡que eternamente
guarde para tí el cielo esa envidiada!

alegría del alma, y que elemento
jamás amor con bárbaro quebranto
trueque tu risa en congojoso llanto!

Venid, danzad, mientras el sol declina
bajo estos enramados paramentos:
cantad si no, y al aura vespertina
acordes entregad vuestros acentos;
de la opuesta ribera en la colina
vuestros cantos en alas de los vientos
fieles devolverán en ecos dobles
del rudo Batrés los ancianos robles.

Venid todas, venid; y en breves ruedas
las horas de la infancia recordadas,
resuenen estas vastas alamedas
con vuestra voz; ó en torno reclinadas,
mientras contemplo vuestras facés ledas,
para hacerlos reir á carcajadas
os contaré, si lo queréis, á cientos
los alegres romances y los cuentos.

¡Mas ved! ya toca el sol al horizonte
de la vecina sierra en la alta cumbre,
y del trémulo incendio en que arde el monte
flota en los aires la purpúrea lumbre;
la luz del moribundo Faetonte
irradiando de cielo la techumbre,
las nubes de su ocaso cortinajes
tornasola con vívidos celajes.

Deshaced esos círculos graciosos
en que danzáis asidas de las manos
al son de los romances caprichosos
de los antiguos tiempos castellanos.
Venid, grupos de amantes perezosos,
que ya cubiertos de manjares sanos
esperan entre gayos mirabeles
tendidos en la yerba los manteles.

Reid, bebed; brindando á la hermosura
corra el campestre vaso el circuito,
mas.... ¡jamántes! ¡pardiez, se me figura
que también el amor tiene apetito!
volved de la enramada á la espesura,
y si el poder de amor es infinito,
en banquetes allí de encantamientos
trinchad promesas y bebed alientos.

Aun del sol al poniente en oro y grana
marca un tibio crepúsculo las huellas,
y ya del sonreír de la mañana
parodiando en oriente luces bellas
roja la luna se levanta ufana,
y tímidas se asoman las estrellas,
fuerza es partir, mas del pasado día
conservad un recuerdo de alegría.

MARIANO Z. CAZURRO.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Neron desde una torre en Roma contemplaba el incendio de la ciudad eterna.

Director y propietario, D. EDUARDO GASSET.

Madrid. — Imprenta de la VIUDA DE PALACIOS.



LA CUESTACION DE JUEVES SANTO.

Oyente, si tú me ayudas
Con tu malicia y tu risa,
Verdades diré en camisa
Poco menos que desnudas.

QUEVEDO.

Vamos á trazar á grandes rasgos un cuadro de costumbres de actualidad. ¡Y por Dios que no sabemos con qué tintas cargar nuestra paleta! Quisiéramos presentar dos figuras, que aun cuando para muchos son iguales, son tan distintas, que se rechazan la una á la otra. La Caridad y la Filantropía.

Cuando la filosofía del siglo pasado trastornó todas las creencias, y semejante al ángel rebelde, echó sobre la obra de su ignorancia y de su orgullo una mirada de satisfacción y de alegría, conoció, sin embargo, que le faltaba algo á aquella obra de destrucción. La insociabilidad de sus doctrinas debía comprometer su duración: vió que siendo el egoísmo el principio de su organización, había roto todos los vínculos que unen al hombre con el hombre: comprendió en fin que había sofocado en él todos los sentimientos, cuyo auxilio no pueden repudiar la debilidad

de su larga infancia y las miserias de su vida. Este resultado de los preceptos de la escuela enciclopédica era lógico é inevitable.

La irresistible progresión de estas fatales ideas aterró á la filosofía. La sociedad, parándose á la entrada del árido desierto que querían hacerle cruzar, podía romper el yugo que le imponían, y sustraerse al influjo de semejantes doctrinas por el hastío que inspiran. La filosofía pensó seriamente en crear una virtud, ó á lo menos una práctica, cuyo origen estuviese en el egoísmo, y que sin embargo satisficiera algunas de las necesidades sociales del hombre, halagando al mismo tiempo su amor propio y su orgullo. La filantropía fué llamada á resolver este problema: su destino era reemplazar á la caridad cristiana; como si dependiera de los hombres cubrir los vicios de la tierra con la blanca túnica de las virtudes celestiales! Pero la filantropía y la caridad nunca han podido confundirse: en ambas doctrinas ha quedado profundamente estampado el sello del principio de que emanan, formando en la moral dos polos opuestos con un carácter especial, cuyo punto de convergencia no puede hallarse, porque no existe. La filantropía se glorifica con

sus propias obras; la caridad al contrario se desconoce á sí misma, y sigue el precepto del divino legislador que ha dicho: *que tu mano izquierda ignore lo que ha dado la derecha: si haces una buena accion y te jactas de ella, tú te habrás pagado á tí mismo.*

Este es el sentimiento de la caridad, hacer el bien en secreto y por sí mismo; y el de la filantropía hacer el bien públicamente y por su propia conveniencia: así se explican de un modo lógico el carácter y los fines divergentes de la filantropía y de la caridad.

Si se pidiese á las artes la personificación alegórica de estas doctrinas opuestas, sería menester representar á la filantropía bajo la figura de un anciano, que va públicamente derramando algunas monedas de oro, á fin de que no piensen en robarle el tesoro que lleva en el seno; y á la caridad bajo la de una virgen con los ojos vendados y la mano abierta.

La caridad ha formado en Madrid una asociación de las mas nobles señoras, que con el mas puro sentimiento, todos los dias descienden, llevando en los labios la sonrisa de la esperanza, al asilo, donde yacen entre los dolores y los infortunios de la abandonada infancia, las víctimas de la corrupcion de la sociedad, rechazadas por sus padres en el momento de nacer. La caridad cristiana brilla con toda su celestial belleza en esta asociación, cuyo objeto no adivina la filantropía, porque no comprende su valer. Pero las señoras, que conocen el siglo *positivo* en que vivimos y en que desgraciadamente están debilitadas las creencias origen de la caridad, no desdennan, porque su fin es el hacer el bien, acudir á la filantropía y arrancar de los secarios de esta lo que no darian á la caridad que desconocen.....

Insensiblemente vamos haciendo una meditacion cristiana, cuando lo que nos proponemos es pintar un cuadro de costumbres. Manos á la obra, y veamos á ver las figuras que salen de nuestro pincel.

Estamos en Jueves Santo. Ha cesado todo ruido. El mundo permanece en silencio. No se oye en lo alto de las torres el tañido de las campanas, ni en las calles el rumor de los coches. La democracia ve por solo este dia realizados sus ensueños. El grande y el pequeño, el poderoso y el miserable, todos andan á pié. Todos tienen un solo punto á donde ir, porque las diversiones han cesado, las sociedades se han interrumpido: están cerrados los tribunales, las oficinas públicas, la asamblea; solo están abiertos los palacios del pobre, los templos. ¡Allí acuden todos á rodear el sepulcro del que hace diez y ocho siglos anunció por la primera vez, á la tierra oprimida bajo el yugo de Tiberio, la libertad, la igualdad, la fraternidad verdaderas! No esa libertad, esa igualdad y esa fraternidad con que abusando los hombres en diversas épocas han cubierto de sangre la tierra.

En cada templo hay, cerca de la puerta, una mesa en donde una señora, elegantemente vestida, rodeada de unos infelices niños cruelmente abandonados por la sociedad, implora la caridad del cristiano, excita la filantropía del incrédulo. Ingeniosos para el bien se dirigen á todos los corazones, á aquellos en quienes domina la caridad de Jesus y á aquellos que en este dia quieren ostentarse generosos en hacer el bien.

La bandeja que tienen delante de sí está llena de monedas de plata, brillan algunas de oro, y se ven tambien de esos papeles delgados que con tres firmas representan un valor superior á la plata y el oro. Jóvenes elegantes, con rostro alegre y risueño, hombres de edad madura y continente grave, acuden presurosos á llenar la bandeja y recibir una graciosa sonrisa de la elegante cuestadora en pago de su ofrenda. ¿Qué acceso de caridad ó de filantropía se ha apoderado de los cristianos y de los hombres de mundo en este dia? ¿Estamos en los tiempos de los primitivos fieles, en que se agolpaban para depositar sus bienes al pié de los apóstoles, para el sosten de la naciente sociedad cristiana? ¿Por qué hoy y no otros dias acude la juventud y la ancianidad á entregar su ofrenda para la desvalida infancia, en manos, no del apostol y sus sucesores, sino de esa linda y engalanada señora, cuya sonrisa al recibir-

la es capaz de distraer al mas austero de los tristes misterios que en aquel momento, cubierta de dolor y de luto, celebra la iglesia?

¡Hay en esta generosa cuestacion como en todas las cosas del mundo hay, lo que en los teatros antiguos llamaban los romanos el *Deus ex machina*!

Todas esas gentes que depositan sus limosnas para la desvalida infancia van impulsadas, arrastradas, por anticipadas invitaciones de las señoras, cuyo celo es tan ingenioso como superior á todo elogio, y aun así no es poco el mérito que contrajeran los filántropos si lo hiciesen por Dios, pues los trabajos, fatigas y pasos que les cuestan ademas de los gastos, son para algunos de consideracion.

Unos cuantos dias antes de la Semana Santa, en todas las tertulias, en todas las sociedades hay una misma y única conversacion. La señora de la casa dice á sus tertulios, visitas y conocidos: el Jueves Santo de cinco á seis de la tarde pido para las niñas de la inclusa en S. Sebastian. ¡Con que no lo olvide V.!!

Como cada cual no limita su trato únicamente á una casa, que concurre á muchísimas, y en todas oye la misma idéntica y sempiterna invitacion, le hace el mismo efecto que la papeleta del cobrador de contribuciones, cuando anticipadamente nos avisa, que dentro de tres dias pasará á domicilio á cobrar la cuota señalada ó por contribucion ordinaria, ó por los anticipos, que se van haciendo ya tan ordinarios como las mismas contribuciones.

Y ya que hablamos de papeletas, no podemos menos de alabar la feliz ocurrencia de algunas señoras que no contentas con poner en contribucion á los que se colocan bajo el fuego de sus ojos, llevan la persecucion hasta el interior de las casas de los perezosos y poco amigos de visitas. Una papeleta impresa viene á sorprenderle á uno en su casa, participándole que la señora de tal ó cual pide para la inclusa en S. Marcos de tres á cuatro de la tarde. ¡Después llega otra papeleta igual, y otra, y otras!!!.....

¿Qué hacer en estas circunstancias, despues de maldecir la incontinencia de la sociedad, que es tanta, que nunca hay bastantes medios para sostener las víctimas de sus desórdenes? ¿Cómo se ha de gobernar el Jueves Santo el hombre que no tiene recursos cuando inexorablemente ha de corresponder á las invitaciones de tantas y tan lindas señoras como le han dispensado sus atenciones en todo el año? Lo menos que puede hacer, es contribuir con la cuota mas pequeña; y ¡cuenta, que la cuota mas pequeña es un napoleon!!!

Contra esta plaga de invitaciones hay un remedio, el remedio heroico de los grandes males. ¡La emigracion!

Muchos se van á pasar la Semana Santa á Toledo ó á Sevilla, y tambien al Escorial, con lo que de seguro ganan dinero ademas de pagar los gastos del viaje. Otros no pueden pagar estos gastos, y parodian las costumbres de los lores pobres de Inglaterra, que en cierta estación del año, cierran herméticamente las ventanas y puertas de su casa y se refugian en lo interior de ellas, como los monjes de la Tebaida, para aparentar que se hallan en sus casas de campo. Aquí algunos desgraciados se encierran entre las cuatro paredes de su casa, desde el Domingo de Ramos, y no salen hasta que las campanas, mudas estos dias, han tocado á gloria, y la iglesia rasgando sus vestiduras de luto, lanza el alegre *aleluya*.

Otros hay tan impertérritos, que ni emigran, ni se encastellan en sus casas, y aunque resueltos á no pagar el impuesto de la cuestacion de Semana Santa, tienen gran curiosidad de ver cómo está la señora tal ó cual, si ha sacado mucho ó poco: estos son grandes tácticos: hacen en el templo varios movimientos estratégicos para ver y no ser vistos, procurando ponerse siempre fuera del tiro del cañon de la plaza, es decir, fuera del alcance del ojo de la señora que pide, mas listo que el de un carabinero de costas y fronteras en su atalaya avistando un alijo. — Alguna vez no les sirve su táctica, han sido descubiertos, y un repiqueo sobre la bandeja dado con un duro, advierte á los torpes que no hay fuga posible, y entonces con tardo y perezoso paso se acercan y tienen que trocar un napoleon por

una amable sonrisa, y un Dios se lo pague, que de seguro no pagará el Señor que conoce á fondo la espontaneidad y voluntad de los mortales.

Si estos son los trabajos de la cuestacion de Semana Santa para los que tienen poco dinero, no dejan de tener trabajo y no flojo los *felices de la tierra* á quienes les ha sonreído la fortuna. El dinero para ellos es poca cosa: ¡tienen tanto!.... Pero examinemos sus fatigas. Hombre hay cuyos piés, acostumbrados á descansar en la mullida alfombra de una elegante berlina ó carretela, no ha pisado el maldito empedrado de Madrid. Pues bien, ese opulento señor hace en este día por amor, no de Dios, sino de las lindas y elegantes peticionarias de la inclusa, ejercicio para todo el año. Lo galante, lo cortés es el llevar personalmente la ofrenda, el mandarla por un dependiente ó un lacayo es de mal tono, prosaico, y sobre todo poco lisonjero á la señora.

El que tiene que acudir casi á unas mismas horas á la parroquia de S. José en la calle de Alcalá, á la de S. Marcos, á la de S. Sebastian y á la de Santa María, y la Encarnacion, aristocrática parroquia de palacio, ya puede decir que ha hecho un curso de andarín. Si tiene obesidad, calidad casi inseparable de una gran fortuna, y en vez de un Jueves Santo hubiera algunos mas en el año, de seguro lograria volver á ver esbelto y flexible su abultado talle.

En las mesas petitorias sucede lo que en todas las cosas del mundo. Decían los antiguos: *Habent sua sidera lites*. Cada parroquia tiene su estrella, su época. Parroquia hay donde apenas van algunos modestos bienhechores de la inclusa. Otras en que se apiñan, agolpan y se precipitan á depositar su ofrenda, que algunos por cierto necesitarán tanto ó mas que el establecimiento que van á socorrer, y á mendigar una sonrisa, una mirada de la señora que allí los atrae, porque su marido es una de las influencias de la época.

Hace pocos años S. Sebastian y S. Marcos presentaban mayores sumas para el socorro de la inclusa. ¡Hoy eclipsará á las demas mesas de las parroquias la de S. José!!!....

En fin, gracias á la caridad, gracias á la filantropía, aunque tan diferentes entre sí, y sobre todo gracias al celo de la asociacion bienhechora de las damas de la inclusa, el bien se habrá hecho, y un establecimiento tan útil como el de los niños expósitos, podrá tener un ligero respiro en sus ahogos.

Las señoras tendrán materia de conversacion para dos dias en sus sociedades, y para reconvenir y dar gracias á sus adoradores y amigos.

Este es el cuadro de la cuestacion para la inclusa del Jueves Santo en Madrid.

Si no está bien dibujado, si no es tan entretenido como debiera, pues el asunto lo merece, tendrá la culpa, lector amigo, tu atento servidor

JOSÉ MUÑOZ Y GABIRIA.

JESUS EN EL CALVARIO.

HIMNO SAGRADO.

¡Oh cruz, escala mística!
Jacob te vió entre sueños:
por tí nos traen los ángeles
mensajes halagüenos;
por tí van los espíritus
al trono del Señor.

Tú acallas el estrépito
de la suada guerra,
que al cielo hizo sacrilega
y contumaz la tierra;
ya con estrecho vínculo
juntales el amor.

Nuestra historia en dos árboles

se representa escrita:
bajo uno cae sin hálito,
sobre otro resucita
limpia de vicio y mácula
toda la humanidad;

allí engañosa vibora
nos roba el paraíso;
aquí sagrada víctima
sacrificarse quiso,
y al cielo por el Gólgota
nos lleva su bondad.

Dos mujeres el símbolo
son de muerte y victoria;
una en valle de lágrimas
torna el verjel de gloria,
otra muda benéfica
las tinieblas en luz:

Eva, madre de frágiles,
dicha y candor empaña;
María es flor de vírgenes
y fruto de su entraña
el que rige el empireo
y agoniza en la cruz.

Venid los que decrepitos
Abandonais la vida;
venid los tristes huérfanos,
á goces os convida
el Dios del Paralítico,
el Padre celestial:

venid, si os dañan úlceras
el afligido pecho,
los que vestís de púrpura,
los que dormís sin lecho;
aquí teneis de bálsamo
fecundo manantial.

¿Hubo en campiñas fértiles
tronco de mas verdores?
¿Dieron sus tiernos vástagos
mas olorosas flores?
¿Se cuajó entre sus cálices
fruto de mas virtud?

Gustémoslo y de súbito,
libres de aciaga pena,
seremos como náufragos
que, sobre playa amena,
truecan la angustia en júbilo,
la zozobra en quietud.

Ved, tesoro de lástima
nuestro Dios enclavado
los brazos tiende, y bríndanos
allí contra el pecado
escudo y contra el réprobo
dominio de Satán.

A los terribles ímpetus
de mundanas pasiones,
¿cómo ceder frenéticos
si atrae los corazones
ese leño santísimo
mas que al hierro el iman.

Ved, allí pende exánime
Jesus por darnos vida:
de su Padre la cólera
sufre, porque, extinguida,
sendas nos lleven fáciles
al eternal verjel.

Inmolándose el cándido
cordero nos perdona,
y es, por ajenos crímenes,
De espinas su corona,
y su trono el patíbulo,
y su regalo hiel.

Ved esas puntas férreas
sus carnes taladrando:
con palabras irónicas
su martirio insultando,
torpes lenguas como áspides
aun le traspasan mas.

¡Oh cuánto su amor íntimo
las potencias embarga!
Todos nuestros escándalos
sobre sus hombros carga,
y su piedad ingénita
No se agota jamás.

De toda culpa es túmulo
ese tronco lozano;
de salvacion es áncora
y enseña del cristiano;
allí derrama gérmenes
Jesus de bendicion.

Benigno con sus bárbaros
verdugos se nos muestra:
á su Madre purísima
declara Madre nuestra:
oyendo humilde súplica,
salvo hace al Buen Ladrón.

Por sus divinos méritos
Toda mancha se borra:
fervorosos pidámosle
que blando nos acorra
á la hora en que su tránsito
consumándose está.

¡Ay! ved cómo la atmósfera
se entolda y se ennegrece,
y se desata el ábrego,
y el mundo se estremece,
y aun las piedras quebrántanse.....
¡ay! ¡Quién resiste ya!

Señor, ninguna rémora
mi paso ya detiene;
del Calvario una ráfaga
á iluminarme viene;
vos sois Pastor solícito,
oveja huida fui.

Ya del redil ampárome
y á vuestros pies me postro:
dolor traigo en el ánimo,
llanto surca mi rostro,
voz os dirijo trémulo.....
¡tened piedad de mí!

ANTONIO FERRER DEL RIO.

ANÉCDOTAS HISTÓRICAS

entresacadas de un manuscrito anónimo del siglo XVI.

DIEGO BELTRAN DE LA CUEVA.

Diego de la Cueva, natural de Baeza, fué padre de D. Beltran de la Cueva, maestre de Santiago, conde de Ledesma, y duque de Alburquerque, y aunque tenía hijo tan gran señor, no quiso

mudar el traje que solia traer, que era un capuz de burriel, queriendo probar si lo desconocería su hijo, vino á la corte, donde estaba, y así con su toca de camino y capuz largo se fué á la posada de su hijo, que entonces estaba en palacio, é informado quién era, el camarero del maestre le habló, y dijo que ¡el padre del maestre! y aunque le miraba de mal rostro por la honra de su señor, porque no le viesen en aquel hábito, desautorizado le metió en la recámara en lo mas escondido, y dejándolo allí, fuése á su amo, y como estaba con el rey, aunque le envió á llamar no quiso salir, hasta que de importunado salió, y el camarero le dió parte de lo que pasaba, y como hombre cuerdo dijole: que se fuese que luego iría, y desde á poco fué á su posada, y reconociendo á su padre le besó la mano, y á otro día convidó á comer á todos los grandes de la corte, é hizo poner una silla muy ruin, y asentados todos hizo salir á su padre, y le hizo sentar en aquella silla y dijo á aquellos señores que aquel era su padre y estaba vestido del hábito en que habia venido; y ese mismo día estando el rey en visperas en una iglesia, le llamó para que le besase la mano, y otro día le puso casa como á un señor con todos sus aderezos y oficiales y entonces mudó el hábito en que habia venido.

EL REY CATÓLICO.

El rey Católico D. Fernando, fué herido de una cuchillada en Barcelona que le dió un loco, diciendo que muerto el rey habia él de ser rey, trajo muchos dias una espada con media vaina cubierta de un papel negro que parecia toda una, corona de papel en el gorro. Dió un golpe grande al rey que le derribó y cayendo el rey dijo: *á mi y por qué*, y luego mandó á los de la guarda que no le matasen. Guarecióle para que no le cortase la cabeza un collar de un jubon de brocado que traia y una cadena de oro. Habiendo curado los cirujanos al rey y dádole ciertos puntos en la herida, parece que de turbados quedaron unos poquitos de cabellos dentro en la herida y el rey estaba cada dia peor, visto esto un gran cirujano, que allí vino, determinó de le cortar los puntos de la herida, y uniéndosela mandó traer unas hormigas, y puestas de cabeza sobre la herida, como mordian cortábales los cuerpos, y quedaban las cabezas, y así, con las veinte hormigas le tomó la herida y en medio dia estuvo junta y así sanó: en el trance de la herida, mostró la Reina Católica gran corazon y prudencia, y sin mostrar flaqueza alguna, estuvo presente y puso todo lo necesario, y acabado se retrajo y comenzó á llorar como mujer, dejando á la naturaleza hacer su oficio. En el arco de Málaga se escribe que salió un moro que decian santo, y quiso matar al rey.

La riqueza es á la virtud, lo que el bagaje á los ejércitos; una cosa muy necesaria, pero que embaraza las marchas y estorba para vencer.

BACON.

Un discurso que conmueve á oyentes de distinta edad, sexo, estado y educacion, es como una llave con la que se abren todas las cerraduras.

PETIT-SEENER.

Los poetas son como los pájaros, cualquier ruido les hace cantar.

CHATEAUBRIAND.

La amistad conserva la pureza del alma, y la guia á la inmortalidad.

ECCLESIASTÉS.

La causa principal de los sufrimientos de un pueblo consiste en su debilidad intelectual y moral.

PASSY.

La historia no es útil porque se lee lo pasado, sino porque se lee el porvenir.

SAY.



Tabita había escuchado el último suspiro y la postrera imprecación de Gamul.

TABITA.

NOVELA RELIGIOSA.

¡Hija de los cielos! ¡hermana de los ángeles! ¡musa que inspiraste al tierno cantor de Eudoro y Cimodocea! Tú, que moras en las alturas eternas adornada con la brillante estola de la inocencia, desciende á mí en el día de la realización de las misericordias del Altísimo; desciende á mí, como el rocío que llenaba de perlas la rubia cabellera de la esposa en los pensiles de Salomón, como la brisa que encendió lenguas de fuego sobre las frentes de los elegidos de Dios en el Cenáculo santo. No me iniciés hoy sino en aquellos de tus misterios encantadores que tengan alguna relación con el inefable misterio de la salud humana, recordado con especialidad en este día por todos los que sintieron bañada su frente con el agua vivificante.

No lejos de la ciudad de David, y hacia la parte por donde el sol se manifiesta cuando el ángel de la mañana le ha preparado sus brillantes caminos, se veía, diez y ocho siglos hace, una pequeña población que parecía reclinada blandamente en la falda de una graciosa colina. Esta población era Beta-

nía; y dijérase que el monte Olivete estaba sosteniendo sobre ella, como un amante para guardar el sueño de su querida, gracioso pabellón de pintadas flores. Tal era el aspecto que formaban los olivos, las palmeras, los sicomoros y abedules de su cumbre, con enlazadas vides y rosales silvestres, proyectando su sombra, á los primeros fulgores del astro rey, sobre la adormida aldea. En ella moraba Tabita; Tabita, ejemplo de la mujer fuerte que el libro de los Proverbios nos describe; Tabita, que mostraba en su frente todavía el sol de la juventud, y sin embargo, en sus mejillas aparecían mustias ya, si no de todo punto agostadas, las rosas de la belleza. Frisaría á duras penas con los seis lustros, y aunque era esposa y madre, el velo de las viudas aprisionaba los rizos de azabache de su luciente cabellera. Sus negros y hermosos ojos estaban avezados á mirar al cielo con una expresión de tristeza indefinible, ó á brillar un momento (como el relámpago que nace en el alquilon, y muere al tiempo mismo en el austro) para dirigirse á lo alto, acompañar hasta allí un suspiro, y cubrirse de lágrimas: sus labios se comprimían de vez en cuando como si quisieran saborear el cáliz de amargura que al parecer apuraba; y su túnica de lino, blanca y

sin manecilla, como la cumbre nevada del Carmelo al nacer una de las auroras del *Thebet* (1), flotaba descénida con gracioso descuido, y dejaba apenas adivinar que cubría un talle flexible y esbelto como las palmas de la Idumea.

¡Pobre flor! El jardinero que debe cultivarla no se cura de ella, ni del capullo lindísimo que á su lado crece: Abed, niño de doce años, que ha apartado de Tabita la ignominia de la esterilidad. Gamul, su padre, háse olvidado de la joya que debió al cielo para ornamento tal vez de su casa, y embriagado con el vino de la distraccion, anda errante, como el jacal por las orillas de los torrentes. Abed há ya dias que no ha recibido una caricia de su padre: Tabita há ya dias que no se ha oído llamar esposa; por eso sus labios se comprimian de vez en cuando como si quisiera saborear el cáliz de amargura que al parecer apuraba.

¿Qué espíritu del abismo pudo ofuscar la razon de Gamul, y apartarle de la senda de felicidad que su morada le ofrecia, desde que los mancebos y las vírgenes cantaron por siete dias en ella las glorias que le esperaban por sus desposorios con Tabita? ¿Quién le convirtió de tierno amante en desabrido é indiferente, de natural y sencillo en reservado é hipócrita, de padre solícito en padrastro desamorado, de esposo venturoso de Tabita en esposo que ocasiona sus tristezas? Uno de los mas perniciosos demonios de las profundidades infernales; peor que la ambicion, peor que la vanidad, y el orgullo, y el odio y el fanatismo, porque es todo junto; el ánsia, en fin, de mando público, la política; ese vértigo, esa enfermedad del alma que le arranca á veces sus mejores afecciones, destruye sus mas dulces sentimientos, desvia sus mas rectas tendencias, apaga sus goces mas vivos. Ella descarrió á Gamul, tan feliz con su mujer y su hijo, cuando imprimiendo un beso en la frente de los dos, se levantaba con la aurora para ir á cultivar su campo, envidia de los ricos de Betania: ella manchó la túnica de felicidad con que se vió adornada Tabita por muchos años, cuando al dorar el sol los romeros de las colinas de Thamna, veia llegar al padre de su hijo que le traía la primer flor de la primavera, la primer espiga del verano, el racimo primero del otoño. Pero un dia en que Gamul habia ido á Jerusalem, con ánimo de vender á mercaderes de Tiro las dos mas hermosas becerrillas de su ganado, encontró al entrar en la ciudad por la puerta del Valle de las Aguas dos ancianos que trabaron conversacion con él, y le acariciaron y obsequiaron en gran manera y por súbita simpatía al parecer, aunque ya le conocian sin saberlo él, y disimulándolo ellos, á quienes mezquinos cálculos é interesadas miras impulsaban á tan afectuosas demostraciones. En resolucion, Gamul volvió á Jerusalem un dia y otro dia, y vió á los dos ancianos una vez y otra vez; y entre tanto sintió Tabita irse apagando poco á poco la luz de su contentamiento, del mismo modo que la lámpara de su morada al consumirse el aceite que le daba la vida. Hacia tres años que no era dichosa: hacia tres años que su marido estaba afiliado en la hipócrita secta de los fariseos.

En la ocasion á que nos referimos, Gamul habia ido tambien á Jerusalem, alegando un pretexto frívolo para abandonar su casa, y habiendo prometido á su mujer que volveria en breve por ella y por el niño, á fin de concurrir juntos, cumpliendo con la ley, á celebrar la Pascua que se acercaba á toda prisa, y comer en los átrios del templo de la ciudad santa el misterioso cordero, segun las órdenes de Moisés. Era la noche que precedia á la víspera de la romería indispensable; las vírgenes y los jóvenes de Betania habian abandonado la poblacion, acompañados del címbalo y del pandero, á cuyos alegres sonidos mezclaban sus voces, entonando los salmos con que Asaph y los hijos de Coré celebraron las maravillas del Eterno; las madres habian ya salido llevando á sus hijos de la mano, ó defendiendo á los mas pequeños de las auras matinales de marzo, abrigándolos contra el pecho, y envolviéndolos con las extremidades de sus mantos; los ancianos habian ido en pos, apoyados en sus báculos de cedro; y

los pastores se habian dirigido á la capital de la Judea saltando por atajos y vericuetos, como los cabritillos de sus ganados. Desierta apareció Betania; á la indecisa luz de las estrellas que tachonaban las alturas del cielo, no se veia ni la sombra mas leve divagando por sus calles; solo por entre las celosías de las ventanas de Tabita se escapaban algunos rasgos de una claridad temblorosa, prontos á desaparecer con los primeros fulgores del alba que no podia tardar. En efecto, el primer canto del gallo sacó bien pronto á la madre de Abed de la especie de estupor con que velaba al lado de su adormecido niño, sentada sobre un cogen.

— ¡Oh, Dios mio! no puedo mas, — dijo levantándose impaciente, corriendo á la ventana y abriendo con impetu de par en par las celosías. Miró á un lado y otro, y sin duda que no vió llegar al que esperaba su alma, porque en el instante dejó escapar un suspiro. Paró atentísimo oído por unos momentos, y escuchando solo muy á lo lejos el cantar de la codorniz madrugadora, comprimíó suavemente los labios uno contra otro, levantó los ojos al cielo, llevó en seguida su mano izquierda al corazon como para apretarle, y con la derecha asió los bordes de su flotante y nevada túnica, y cubrióse el rostro como enjugando una lágrima.

— No (dijo despues de un ademan de resolucion); no quiero, no puedo, no debo esperar mas. Me engañará como me está engañando hace tanto tiempo; faltará á su promesa de venir para llevarme con ese inocente á la festividad de la Pascua..... ¡Y yo que he nacido entre las hijas de Sion, faltaré por débiles consideraciones á tan santo deber en tan solemne dia! ¿Qué mas hicieran las hijas de los incircuncisos? ¡Oh! No será. Abed, Abed, hijo mio, despierta, levántate.....

Y el niño se levantó radiante de alegría y de belleza, como el lucero de la mañana que aparecia al mismo tiempo sobre la cumbre del monte de las Olivas, trayendo una de las alboradas mas hermosas que suele regalar á la Palestina el equinoccio de las flores.

— ¡Hijo mio! ¡mi consuelo!..... ¡qué hermoso eres! — dijo la madre recibiendo en sus brazos, dándole un beso en la frente, y aliñándole los blondos rizos de su rubia cabellera, que partida á un lado y otro caía sobre su cuello de alabastro, con mas gracia que los caireles de oro de los pontífices de Israel sobre la blanca túnica, en el dia de las festividades del templo.

— ¿Y mi padre? — preguntó Abed con inocencia infantil.

Tabita no pudo reprimir otro suspiro. — ¿No me dijiste (continuó), no me dijiste en la vigilia vespertina, antes de que el sueño cerrase mis párpados, que al despertar le encontraria á mi lado para ir á comer del corderillo escogido y de la lechuga silvestre?

— Sí..... pero tu padre no ha venido.

— ¿Quién le detiene?

Tan sencilla interrogacion despertó de pronto y por primera vez en el alma de la esposa de Gamul una sospecha terrible. Faltaba que el pasador de los celos hiriese su corazon; y la súbita palidez que apareció en sus mejillas, y el fulgor que despidieron sus ojos quedando fijos en Abed por unos momentos, indicaban que habia sentido ya las primeras punzadas de tan funesta gúmia. Volvióse precipitadamente, tomó una ropa que doblada estaba encima de una mesa de cedro, y entregándosela á su hijo exclamó con acentos entrecortados:

— Pronto, Abed, pronto..... Vístete esa túnica de lana de Bether que te prepararon mis manos para este dia..... y vámonos.

— ¿A dónde?

— A Jerusalem.

— ¿Sin esperar?.....

— Sí, sí; sin esperar: allí le encontraremos..... allí le sorprenderemos..... allí lo sabremos todo.

Y Abed saltaba por el aposento con alegría infantil, riendo sin poderse contener, desdoblado su flamante vestidura, y diciendo como si hablara consigo mismo:

— Allí le encontraremos, como los hijos de Jacob encontra-

(1). Diciembre entre los hebreos.

ron á su hermano José en la corte de Faraón. Tú me contaste esa historia, madre mía....

— O como el profeta Natan encontró á David después de la muerte de Uriás, añadió Tabita por lo bajo, y procurando reprimir su agitación.

— Y me pareceré á Benjamin, cuando reciba las caricias de mi padre después de ocho días de ausencia.... y....

Tabita no escuchó mas. Salió del aposento apresurada, ó con designio de tomar algunos óbolos para la súbita partida, ó (lo que creemos mejor) para que su hijo no viera el llanto que la infeliz tenía apremiante necesidad de verter. Abed continuó vistiéndose con indecible contento su nueva túnica de lana de Bether, y aun no había acabado de mirar el efecto que hacía sobre su delicado talle, cuando volvió Tabita trayendo un pan (*principio de la vida del hombre*, como dice el Eclesiástico) y un tarrito de miel de Engadi con que le endulzó, le entregó á su hijo, y salieron de su casa, y á poco de la preciosa aldea, al mismo tiempo que el sol de las apartadas regiones que acababa de visitar.

¿A quién los compararé cuando descendian de las colinas de Betania, cuando pasaban por debajo de las palmeras, agitadas suavemente por el aura de la mañana, cuando vadeaban el torrente Cedron para entrar en el valle de Josafat, y vencer después la cuesta de la pomposa Solima? Si la pluma en mi mano fuera como el pincel en las del inspirado artista, pintaría á Tabita como Esquivel nos ha representado á Agar reprochada por Abraham, llevando de la mano á su hijo, y caminando llorosa á la tierra de proscripción; y dibujaría á Abed conducido por su madre y con el pan bajo del brazo, del mismo modo que nos ha hecho ver á Ismael en el precioso lienzo á que aludimos.

Tabita caminaba con una precipitación tal, que hacía correr á su hijo; pero, cerca ya de la ciudad, paróse de repente viendo el camino cubierto de ramas de palma y oliva que, aun no del todo mustias, indicaban al parecer que pocos días antes había hecho su entrada triunfal en Jerusalem algun famoso conquistador. La esposa de Gamul recordó entonces lo que la fama acababa de esparcir por todos los pueblos circunvecinos: le pareció escuchar aun los gritos de entusiasmo del pueblo judío, y el *Hosanna al hijo de David: bendito el que viene en nombre del Señor*; y como herida de súbita inspiración, empezó á abrazar y á besar á su niño, quien sorprendido con tales demostraciones y rendido con el precipitado viaje, apenas podía respirar ni articular una frase para saber el motivo de tan repentina alegría, cuando Tabita exclamó levantando los ojos al cielo:

— Gracias, Dios de mis padres, gracias. Tú has conducido mis pasos: tú has tenido compasión de ti sierva: tú has escuchado el clamor de mi alma: tú vas á darme la felicidad en este día. Gracias: bendito seas.

Y acariciando á Abed:

— ¿Te acuerdas, hijo mío, prosiguió: te acuerdas que hará un año, cuando sonaban las trompetas anunciando la *neomenia*, viniste conmigo también á esa santa ciudad, y recibiste tantas caricias, tantos halagos de aquel enviado de Dios, de aquel profeta, de aquel que decía á las madres con sin igual ducedumbre: *Dejad que los pequeñuelos vengan á mí?*

Abed miraba fijamente á su madre como procurando recordar, y callaba: Tabita proseguía:

— ¿Te acuerdas que curaba á los leprosos, daba vista á los ciegos, oído á los sordos, movimiento á los paráliticos, y vida á los muertos, y alegría á los tristes, y consuelo á los pobres, y pan á los hambrientos? ¿Te acuerdas?....

— ¡El Hijo del hombre! ¡Jesus de Nazareth!

— ¡El! ¡el mismo!

— ¿Y qué?

— ¡Y qué! Hace buenos á los malos, entre los milagros que hace: vuelve al redil la ovejilla descarriada: nos volverá un padre á tí y un esposo á mí.

Su voz es irresistible: su voz detendría el curso del Jordan, arrastraría los montes de la Judea, haría callar al trueno que hubiera empezado á rugir.

El niño principiaba á confundirse.

Yo le buscaré: yo le veré: yo le diré: *Rabbi*, haz que Gamul torne á ser lo que fué para mí siempre. Señor, dile que se aparte de las vías de la impiedad y no seguirá en ellas. Señor, dame la felicidad en este día.

Dijo: y tomando otra vez la mano del pequeñuelo, avanzó hacia la ciudad, que muy cerca se mostraba no ya como Agar cuando marchaba por el desierto, sino como Judith cuando volvía vencedora á Betulia, irradiando en su frente la hermosa luz de la esperanza y del contento. ¡Cuán fácilmente se deja arrastrar el corazón humano por las ideas que le son gratas ó que le prometen consuelos si, como Tabita, padeces! Tan embebecida caminaba esta, que no vio á un anciano de calva y respetable frente, el cual, con los ojos llorosos, pasó por su lado; ni le oyó exclamar casi al mismo tiempo entre profundos suspiros: — ¡Pedro, Pedro! ¿Qué es lo que hiciste? Te has cubierto de oprobio: ¡cobarde! ¿Tendrás ahora bastantes lágrimas para llorar tu pecado?.... ¡Ah! — Ni reparó tampoco en el terrible estremecimiento con que el mismo anciano vaciló de repente en medio del enramado camino de Betania, como si el canto de un gallo que se escuchó en las cercanías hubiera sido la punta de una flecha clavada de repente y en aquel mismo instante en medio de su corazón. Tabita adelanta algunos pasos mas, absorta en sus proyectos y en sus meditaciones, cuando se encuentra ya en la puerta de la ciudad de David. Miró y vió desiertos los bancos de piedra del tribunal en que los ancianos de Israel hacían justicia al pueblo: miró y vió cerradas las tiendas de los artífices, negociadores y comerciantes: miró y no vió á los hijos de Betania, de Rama, ni de Emaus, que solían vender palomas y corderillos para los días de los *ácimos*: miró y solamente se encontraron sus ojos con la adusta faz de un soldado del pretorio, que con brusco ademán, hiriendo el suelo con el cuenco de su lanza, y en lengua medio hebrea y medio latina:

— Adelante, dijo: adelante. No es permitido pararse hoy, ni esperar, ni observar....

— Pero, ¿qué sucede?....

— ¡Adelante, hebreo! ó juro por los dioses del imperio, y por el mismo Hércules....

Antes de que el soldado romano acabase de hablar, estaban ya distantes de él la madre y el hijo, asustado y temeroso este, sorprendida aquella, que no había entendido mas que las dos primeras palabras del guerrero. Principieron á caminar por las calles de la ciudad, con ánimo de dirigirse á los átrios del templo, donde Tabita esperaba encontrar entonces á Gamul, ó cuando menos á María la de Magdalo, amiga íntima del profeta de quien tanto esperaba nuestra heroína, la cual había trabado alguna amistad con aquella pocos días antes en Betania, donde supo lo que en casa de Simon el *leproso* había hecho la Magdalena con Jesus. Pero al cruzar las calles desiertas, al ver cerradas las casas, que por costumbre y ley debían en aquellos días estar francas para todo forastero judío, Tabita añadió una zozobra mas á las zozobras de su espíritu, y principió á temblar como la hoja en el árbol! Llegaba ya á la vía de los Caballos é iba á subir la cuesta del templo, cuando una súbita gritería que se escuchó hacia Occidente, le indicó que toda Jerusalem se encontraba en los átrios del *Gabbatha*, ó palacio del pretorio, y dirigióse por la calle de Benjamin. A poco sintió gente que llegaba corriendo, apartóse á un lado con Abed, y dejó pasar una turba armada con palos, y en la mas completa embriaguez, según coligió por las cortadas palabras que pudieron llegar á sus oídos.

— El vino me ha vuelto las fuerzas que agoté azotando al rey de farsa. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!....

— Corramos, que ya debe ir á morir....

— Pero, ¡qué! nadie tan decidido como Gamul el de Betania....

— Gamul es el mas digno fariseo....

— ¡Hosanna á Gamul!

Indescribible es el estado en que quedó Tabita cuando pasó aquella gente desalmada. Ya no podía dudar: su esposo estaba con ellos; su esposo era uno de sus jefes; su esposo, beodo tam-

bien, se había olvidado de ella y de su hijo, y..... ¡pobre corazón humano! Tabita se alegraba de que solo el vino hubiera sido causa de la indiferencia de Gamul. ¡Pobre Tabita! Maquinalmente siguió las huellas de los alborotadores, y al desembocar de una calle, encontró la inmensa multitud de Jerusalem que se estrechaba, se empujaba, se comprimía, cedía ó avanzaba como las olas del mar en un día de tormenta. Tabita iba á preguntar á unos samaritanos que estaban á su lado; pero una oleada de la multitud la apartó de aquel sitio juntamente con Abed, y no le dejó que hablase. De repente mira alzarse tremebundo clamoreo; ve que todas las frentes se vuelven hácia el punto mismo, como las ramas de los sauces impelidas por el viento del mediodía; oye el roncó sonido de las trompas, mezclado con las imprecaciones y blasfemias de los mas, con los suspiros de los menos, con los gritos de casi todos; distingue los estandartes del imperio, las águilas de las legiones, las picas de los soldados, los palos de los judíos dementes; y sin saber dónde estaba, ni si lo que veía era ensueño, se dirige á tres ó cuatro doncellas que la casualidad había puesto á su lado, y les dice:

— ¡Virgenes de Sion! yo os conjuro por lo que mas queráis: ¿qué es esto?

— ¡Mirad al infeliz, mirad como le llevan..... á morir!.....

Y mostrando con el dedo al *Hijo del Hombre*, del que apenas quedaba la figura, y que ensangrentado, coronado de espinas, jadeando, herido, escarnecido, martirizado; llegaba en medio de todo aquel aparato diabólico, conduciendo sobre sus hombros la pesada cruz en que debía espirar.

— ¡Mi esperanza!..... — clamó Tabita.

— ¡Desgraciado! dijeron sus compañeras. Y una y otras empezaron á llorar amargamente. Jesus las vió, y derramando sobre ellas con una mirada inefable toda la caridad que no pudieran abrigar las legiones reunidas de los mismos ángeles del Señor, les dirigió la voz, aquella voz á cuyos ecos se inflamó el sol en los espacios de la inmensidad; mugieron las olas del mar sin traspasar su débil valla de arena; se vistió la tierra su hermoso manto de flores, como una esposa para aguardar á su esposo; y las aveillas cantaron, y saltaron los cabritillos, y el hombre sintió latir su corazón; y levantó su frente coronada de resplandores por la primera vez como rey de la naturaleza. ¡Bondad divina! Aquella voz que había dicho á Lázaro, enterrado de tres días, *levántate*; y á cuyos ecos se había Lázaro levantado; aquella voz que hubiera podido disparar los verdugos, como el huracán las mas livianas aristas; sonaba solo para derramar consuelos, diciendo á Tabita y á las que estaban á su lado:

— Hijas de Jerusalem, no lloreis por mí: llorad por vosotras mismas, y por vuestros hijos.

— Pero ¡Dios mio! ¿qué es lo que ha visto Tabita, que de repente se han secado las lágrimas de sus ojos, ha abandonado la mano de su hijo, ha lanzado un grito de dolor, venciendo los gritos de rabia y de maldición de los judíos, y ha caído desmayada en brazos de las doncellas? ¡Oh! ya ha visto, ya ha encontrado á su esposo: un fariseo cubierto de polvo, bañado en sudor, manchado con la sangre del justo, blasfemando, maldiciendo, tirando con toda su fuerza de las cuerdas con que iba atado el Santo de Israel, es Gamul, Gamul el de Betania, Gamul consorte de Tabita y padre de Abed, Gamul ebrio de vino, de iniquidad y de coraje.

Cuando la infeliz israelita volvió en sí, merced á los cuidados de las hijas de Jerusalem que no la habían abandonado, ya estaba la calle enteramente desierta, había pasado la infernal comitiva, y solo se escuchaba un confuso rumor, como si estuviera cercano el mar, y mugiesen las olas después de una deshecha borrasca. Abed lloraba y decía:

— Madre, despierta, despiértate.

Y Tabita abrió los ojos desencajados, abrazó á su hijo sin derramar una lágrima, mostró su gratitud á las piadosas mujeres inclinando la cabeza, y les dió á entender por señas que ya no necesitaba su socorro. Estas partieron. Tabita no sabía qué hacer, no podía pensar, estaba también embriagada, pero de do-

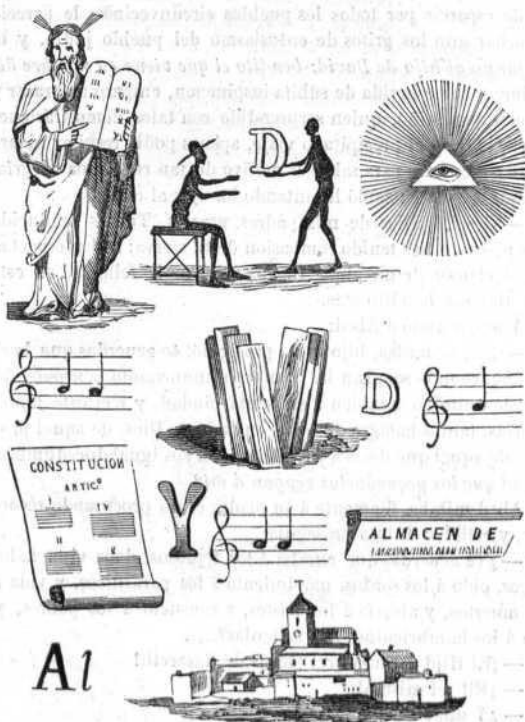
lor; pero con el vino de la tribulación, cuya copa no se apartaba de sus labios. De repente cree que le falta la luz de sus ojos, pasa la mano por ellos, mas no estaba en ellos la causa. Seria como la *hora nona*, y el sol se apaga: la luna se muestra en el cielo como un ancho escudo de sangre: la tierra tiembla, las piedras se chocan, rásase el velo del templo, huyen graznando las aves de las tinieblas, ladran los jácals, el orbe vacila, braman los truenos, estallan los sepulcros, la creación se hunde..... ¡EL DIOS QUE SE HIZO HOMBRE ACABA DE MORIR CRUCIFICADO!!!

Tabita iba á desmayarse otra vez; Abed había escondido la frente en el regazo de su madre, cuando de entre un grupo de foragidos que volvía del *Golgotha*, riendo desafortadamente sobre la legalidad de una suerte echada para la adjudicación de una *túnica inconsútil*, partió quejido de muerte. Un samaritano acababa de matar á un fariseo en medio de la disputa. Tabita había escuchado el último suspiro y la postrera imprecación de Gamul.

¡Oh desgraciada, mil veces desgraciada Tabita! ¿Moriría también de dolor y desesperación? No, no; ella había pedido al Señor la felicidad en aquel día, y el Señor había escuchado su plegaria: ella había exclamado al ver á Jesus: «¡Mi esperanza!» y no se pudo engañar. Jesucristo habíale dirigido la palabra en el día de la redención, y un rayo de la gracia divina bajaría con los ecos de aquella palabra hasta el corazón de Tabita. ¿Abrazaría la religión de los tristes y de los que lloran? Hay quien cree que trasladó á Jope su residencia; y no sabemos si seria esta misma Tabita la viuda cristiana que S. Pedro resucitó yendo á Lidia, como leemos en los *Hechos de los apóstoles*. Lo que aseguramos es que Tabita fue cristiana; de otro modo no hubiera resistido sus males: hubiera muerto ó se hubiera vuelto loca.

JOAQUÍN JOSÉ CERVINO.

GEROGLÍFICO.



Director y propietario, D. EDUARDO GASSET.

Madrid.—Imprenta de la VIUDA DE PALACIOS.



DON PEDRO ATANASIO BOCANEGRA.

El grabado que antecede es copia del retrato del pintor granadino D. Pedro Atanasio Bocanegra que en certámen publicotrazó D. Teodoro Ardemans, perdiendo el artista de Granada, por consecuencia del vencimiento, honra y vida.

Las tradiciones de Machuca, que pintaba por la manera de Rafael, la corrección en el dibujo, la esforzada inspiración de Alonso Cano, maestro de las tres nobles artes, la hermosura de color que Pedro de Moya había adquirido en sus largos viajes de soldado estudiando á Wandick, el estímulo de las exposiciones religiosas del día del Corpus, superiores en mucho á nuestras raquífticas exposiciones administrativas de hoy, la protección de la nobleza á los que ahora llamamos artistas, y los monumentos religiosos que por aquella época levantó la piedad de los fieles de la capital del reino granadí, adornándolos con toda la pompa del culto católico, todas estas causas, obrando en diverso sentido, contribuyeron á la creación de una Escuela de pintura diferente por la idea y por la manera de las escuelas mas célebres de España, de la sevillana principalmente, con la cual suelen confundirla los desmemoriados, los poco reflexivos y los tasadores de fama al vuelo y de corrida. Y no les servirá de disculpa su amor nativo á la patria, que si honra y prez intentan ganar para Sevilla, Madrid ó Valencia, pierde la España que mas se ennoblece con la fecundidad y variedad de la inventiva de sus hijos.

A esta escuela granadina pertenece el pintor Atanasio Bocanegra, menos conocido de lo que merecen sus obras, y cuya dramática vida voy á trazar en bosquejo (1). No será esta em-

presa en mi juicio sin provecho de la historia del arte, porque podré allegar noticias tan entretenidas como nuevas, y tal vez rasgue reflexiones que tengan aplicación en nuestros días.

En el año de gracia de 1638 nació en Granada D. Pedro Atanasio Bocanegra, oriundo de ilustre familia, tal vez proveniente de aquellos Bocanegras venecianos que vinieron á España después que uno de sus parientes alcanzó la suprema dignidad de Dux.

En 1652 cuando Atanasio (que con este nombre se le conoce en Granada) pensaba en ser hombre, tomó posesión Alonso Cano, de una ración en aquel cabildo catedral; pues siempre tuvo el catolicismo de par en par las puertas de la recompensa para todos los que sobresalían por su ingenio, sirviendo así de compensación á las viciosas instituciones políticas de aquellos tiempos.

En aquel gran taller del piso primero de la torre de la catedral, donde Alonso Cano pintó las obras maestras que hoy son admiración del inteligente, allí tomó sus primeras lecciones Bocanegra, llegando á ser aventajado entre los discípulos del racionero.

Pintor ya, nuestro héroe, vió las obras de Pedro de Moya, que tanto habian llamado la atención en Sevilla y que fueron causa de que Murillo se estimulase á grandes empresas, y co-

lbarra — 1800) en sus artículos respectivos; *El Museo Pictórico* y *escala óptica* etc. de D. Antonio Palomino y Velasco (Madrid, viuda de D. Juan García Infanzón — 1721), tomo 2.º; *Las ordenanzas de Madrid* etc. por Don Teodoro Ardemans (Madrid, Doña María Dávila — 1830); el *Manual del artista y del viajero* en Granada por el autor de este artículo y algunas notas recogidas aquí y acullá son las fuentes históricas de este bosquejo.

23 DE MARZO DE 1856.

(1) El *Diccionario histórico de los mas ilustres profesores de las bellas artes en España* compuesto por D. Juan Agustín Cea Bermúdez (Madrid,

mo la gracia avandicada del nuevo maestro granadino, su porte de soldado y su trato con la nobleza le hacían mas simpático á la juventud, casi todos los discípulos de Cano, y los primeros Atanasio y Juan de Sevilla, se pasaron á su bando sin pena del misántropo Alonso, que reconociendo el mérito de su paisano solía decir con la ruda franqueza que le era característica: — «Aprended á dibujar conmigo y luego á pintar con Pedro.» —

En 1666 murió Moya y un año despues Alonso Cano; Don Pedro Atanasio, tenía entonces veintinueve años y se encontró sin mas rival en el arte que el sombrío Juan de Sevilla, cuyo caracter receloso cuadraba mal con las costumbres galantes de aquellos tiempos.

Pintó entonces muchas obras religiosas, y era singular su fama para los retratos, esencialmente de las damas, á las que realizaba en hermosura con gran contentamiento de las favorecidas: he visto en una galería de familia dos que recuerdan á Wandick, y algun conocedor inglés ha tomado uno de estos lienzos por obra de aquel insigne maestro.

Ganó muchos doblones, dióse gran porte, sacó á plaza su nobleza, y su casa era un bateo continuo de refrescos y saraos, á los que asistían los oidores, los canónigos, la gente de armas y los hidalgos.

Pintó á competencia con Sevilla unos grandes cuadros para la catedral y los adornos suntuosos de la plaza de Bib-Ramla en la festividad del Corpus, así como los asuntos alegóricos de la vuelta interior: las disputas de uno y otro bando sobre el mérito de los dos rivales se agriaron tanto, que hubo mas de una danza de espadas, tomando parte los frailes y el pueblo, esencialmente el gremio de la seda por Juan de Sevilla, y los hidalgos y las damas por D. Pedro Atanasio Bocanegra.

Lleno de orgullo con estos triunfos decidió pasear su gloria por toda España y se fué á Sevilla; pero antes pintó para la capilla particular del palacio arzobispal un cuadro que representa á Santa Justa y Rufina, donde retrató á sus dos queridas, garza la una y tipo perfecto de la morisca granadina, y la otra blanca y rubia como unas candelas: es de lo mejor que he visto de sus manos; reúne todas las bellezas y defectos de su género, admirable como estudio del natural; pero sin profundidad en la idea y muy distante de los principios de la estética cristiana.

Llegó á la patria de Murillo, cuando este gran maestro estaba en su apogeo; así es que solo pintó allí retratos no mereciendo grande aceptación, y vino á Madrid muy recomendado por la nobleza granadina.

Jordan, especie de Lope de la pintura, llevaba entonces la palma con su prodigiosa fecundidad, su barroquismo y á veces con sus obras admirables; vivían Claudio Coello y Donoso, y habia otros mas mozos de grandes esperanzas. Atanasio doblegándose ante el sol resplandeciente, regaló pinturas á los principales señores de la corte, y un D. Cristobal de Ontañon, trujiman de aventureros, zurcidor de famas y entremetido como el que mas, se hizo grande amigo del artista de Granada y voceaba por todas partes su habilidad.

El marqués de Montalvo y el de Mancera, su paisano, le proporcionaron á Bocanegra que pintase para palacio un gergolífico de la justicia, y fue nombrado pintor de S. M. *ad honorem* en 15 de setiembre de 1676.

«Una gran ventolera nuestro Atanasio, y con el título de pintor del rey, ya le parecia estaba canonizada de suerte su habilidad, que en el mundo no tenia igual; y así despreciaba á todos los pintores de Madrid en que yo le iba á la mano, por paisano y por amigo (porque antes de conocernos nos habiamos comunicado por cartas) y solo decia que cedía á Lucas Jordan.» Esto refiere Palomino, y he trasladado las palabras porque retratan perfectamente el carácter.

Vivia entonces en Madrid un pintor llamado Matías de Torres, mozo altivo, aunque de condicion humilde, que tocaba todos los géneros, y con trabajo y constancia habia llegado desde pintor de ferias hasta profesor acreditado. Aunque discípulo de Torrino tomó luego el estilo de Herrera, y exagerando el partido del claro oscuro iluminaba la figura principal y lo

demás dejábalo á oscuras, tanto que viendo un cuadrito de San Diego donde habia un brazo de un pobre tocado con brío, y lo demás tan rebajado que se perdía con la tenue luz del templo, preguntóle un su amigo al pintor Solís. — «Qué santo es este.» — Y con gracejo contestó el otro: — «S. Brazo.» — de lo cual se hizo mención en los mentideros de la villa, y casi quedó de mote á Torres. No se guardó Atanasio de comentar la anecdotilla, supolo D. Matías que era hombre de bríos, y fiero como todo aquel que ha ganado su puesto con laborioso empeño, y envió un cartel de desafío al granadino provocándole á pintar y dibujar de repente dándose asuntos el uno al otro, y presenciando el certámen testigos acreditados; concluía: — «Aunque decís, Sr. D. Pedro, que solo teméis á Lucas Jordan, y no á pintor alguno de España, yo que soy el menor de todos espero desengañar vuestra vanidad.» — Turbóse Atanasio, y recelando del éxito, acudió á D. Pedro de Toledo, en cuya casa estaba alojado, y como este era su anfitrión, su amigo y paisano, tomó por insulto grave el que se provocase á su huésped estando en la casa de un consejero como S. S. Llamó, pues, á un alcalde, y quiso hacer caso de justicia el ardimiento de D. Matías de Torres: este pregonaba luego que lo supo que se vería condenado á galeras, pero no vencido; y mediando gente de mas juicio calmáronse el consejero y el provocador, y nuestro Atanasio volvió á Granada corrido aunque jactándose siempre de ser el segundo despues de Jordan, y por consiguiente el primer pintor de España (1).

En su ciudad natal Juan de Sevilla, tenía gran popularidad, y D. Pedro, á pesar de su nuevo carácter, no logró el mismo laureo que en tiempos anteriores; pintó sin embargo un gran cuadro de la espiración de Jesus que hoy se halla en la catedral en el paño de muro cercano á las salas capitulares, cuyo lienzo, aunque perdido por la mano torpe de los restauradores, es todavia la mejor y mas correcta de sus obras.

Corría el año de 1688, y D. Teodoro Ardemans arquitecto y mas inteligente en la construccion que de buen gusto en el trazado, fué á Granada á oponerse á la plaza de maestro mayor de la catedral, con el encargo especial de cerrar la bóveda de crucería del coro. Hijo de soldado el matemático, y guardia de corps en sus primeros años, tenía pronto el genio y el hablar libre; pintaba bien como discípulo aventajado de Claudio Coello, sabia el lance de Matías de Torres, y las premáticas y las infulas de D. Pedro Atanasio, y con el hervor de los veinticinco años, desocupado y atrevido, desafió á pintar al granadino; y como tenía fama en la ciudad de retratista, le propuso en el cartel retratarse los contendientes de improviso. Los partidarios de Juan de Sevilla apoyaron á Ardemans que ya era conocido por algunas pinturas, y D. Francisco de Toledo, hermano de D. Pedro el consejero, ofreció su casa, mas cuerdo y ménos apasionado que el primogénito, ó creyendo tal vez con Bocanegra que era seguro el vencimiento.

Citóse dia, nombráronse padrinos y jueces del campo, y se reunió en casa de Toledo lo mas escogido de la sociedad granadina en artes, letras, ciencias é hidalguía. Ardemans sin cortarse, apenas entrado, saludó á la concurrencia, y poniéndose delante del caballete, sin colocar la figura, sin tantear ni aun con el pincel, comenzó á meter colores, y en poco mas de una hora hizo la cabeza con tal verdad, que excitó la admiracion de todos; pues no parecia sino que el pintor granadino se asomaba por el centro de la tela. En tan breve tiempo y con tales condiciones no se podia hacer mas. El grabado que va á la cabeza de este bosquejo, como su inscripcion lo indica, es copia de aquel cuadro que concluido por otra mano se halla en el palacio arzobispal de Granada con esta leyenda por detras en caracteres pintados al oleo y muy legibles:

«Retrato de D. Pedro Atanasio Bocanegra que pintó D. Teodoro Ardemans en desafío que le costó la vida: es el mismo que

(1) El pobre Matías de Torres que se dedicó despues á la miniatura con acierto, cargado de hijos y de años, perdida la fiera con las pesadumbres y los contratiempos, murió consumido de laceria á los 80 años, sin lograr siquiera el consuelo de ser admitido en el hospital general!

paraba en poder de Don Simon Costela, Beneficiado de la Magdalena (1). »

Vista tal presteza y habilidad, enmudecieron los parciales de Atanasio, y á él se le debieron enmudecer los pinceles, como dice uno de sus biógrafos, pues aplazó para otro día el ejecutar el retrato de D. Teodoro Ardemans.

Fuese alargando el término, y no pareciendo bien á D. Francisco de Toledo la tardanza, citó para día determinado; pero pasada la hora, y cuando el esperar traía la impaciencia y la murmuración desbocadas, entró un canónigo y dijo: — «D. Pedro Atanasio Bocanegra acaba de entregar su alma á Dios.» — Lo cual produjo general consternación entre los circunstantes, que se retiraron silenciosos. Desgraciado fué Atanasio en sus contiendas; pues una le costó la fama, y otra la vida ó á lo menos en mala ocasión le cogió la muerte (2).

De 1688 á 1689 fué este suceso, y en verdad que no era Ardemans mas pintor que Atanasio; pero le cogió la vez como mozo, y viéndose humillado el granadino á los cincuenta años y en su patria receló del certámen.

Muchas obras hay públicas y de particulares en Granada de este pintor; designarlas no cabe en nuestro propósito; en Madrid quedan algunas atribuidas á otra mano.

Poco dibujante, apegado al aplauso del vulgo y rebelde á las saludables críticas de los maestros, D. Pedro Atanasio Bocanegra, á juzgar por sus obras, se asemejaba mucho á ciertos pintores de la escuela francesa degenerada de hoy, escuela que no deja de tener sus sectarios en España.

Falseaba la naturaleza, y aunque era buen colorista, hacía profusión de las tintas bonitas, de los difumados y de las plumas, gasas y trajes de luces, destruyendo la severidad de sus cuadros religiosos un tanto mundanos siempre.

A pesar de estos defectos, ni Wanloo, ni Dubuffe, ni Winterhalter, ni Diaz pueden ponerse á su lado, porque es muy superior á todos ellos y merece mas bien colocarse entre la categoría de los genios, como Góngora y Guarini.

Después de su muerte la escuela granadina apenas tuvo brillo, sino á relámpagos; hoy no queda ni sombra de aquella gran gloria: en la academia de aquella ciudad no se acuerdan de copiar lo bueno de estos maestros, y corren tras de otros modelos bastardos y de menor valimiento.

J. JIMENEZ-SERRANO.

Escrito este bosquejo recibí la siguiente partida de sepelio, que me ha remitido, después de muy enfadosas diligencias, D. José Salvador de Salvador, mi amigo querido. Corrige el documento que copio algunas fechas de todos los biógrafos y nos revela que D. Pedro Atanasio Bocanegra fue casado y viudo.

Como colector de la iglesia parroquial de S. José de esta ciudad, certifico: Que en el libro quinto de entierros de la suprimida de S. Miguel unida á esta, al folio tres, se halla la siguiente

PARTIDA. D. Pedro Atanasio Bocanegra, marido que fué de Doña M.^a de la Chica, falleció en diez y siete de Enero de mil seiscientos y ochenta y nueve, testó ante Cristóbal de Castañeda su fecha y fecha del codicillo y testamento, en diez y siete de dicho mes y año, por el cual manda se digan por su alma mil Misas, que sacada la cuarta las demás á voluntad de sus Albaceas, manda enterrarse en su Parroquia de Sr. Sn. Miguel de donde es feligrés, nombró por sus Albaceas al doctor D. Fran-

(1) Palomino dice, después de contar el lance, hablando de este retrato: «Yo lo ví en poder (de un Beneficiado de la parroquia de la Magdalena, D. Simon Costela) el año de doce cuando estuve en Granada, y al instante le conocí habiendo pasado veinte y seis años, desde que le había visto en vida; y en lo dibujado y pintado no se podía hacer mas sin haberle vuelto á tocar, sino cosa muy poca.» — Esto confirma la identidad del cuadro cuya importancia yo descubrí muy de muchacho, curioseando por aquellos rincones.

(2) Cuando arrastraba hópalandas en los claustros de la universidad granadina, el autor de este bosquejo pergeñó una novela sobre este suceso que se imprimió después con el título de *El retrato*; así la olvide el público como yo la olvido para tranquilidad de mi conciencia.

cisco Ruiz, noble Arcediano de la santa iglesia metropolitana de esta ciudad de Granada, y á Doña M.^a de la Chica su muger y al doctor D. Miguel de Jonseca, Cura de la Parroquia de Señora Santa Ana y al maestro D. Gomez de Balboa, cura desta iglesia de Señor San Miguel, nombró por sus herederos á sus hijos y hijas, dijosele misa y vigilia y novenario de misas rezadas. = M.^o Balboa.

Está conforme con su original á que me remito. Granada, once de Marzo de mil ochocientos cincuenta y seis. = Nicolás Rivero.

PARIS FISICO Y MORAL

estudiado durante la exposicion de 1855 por un español.

(Continuacion.)

III.

Decíamos que el español ha llegado á París bajo los peores auspicios con que podía ingerirse en la gran ciudad: con los auspicios de extranjero. Todos los franceses se han declarado amigos de su persona; pero todos los franceses en masa se han declarado á la vez enemigos de su bolsillo. Todos le consideran inglés.

Sucede en Francia con respecto á los que hablan un idioma extraño lo mismo que en España, con la sola diferencia de que nosotros tenemos á todos los extranjeros por franceses, y ellos nos toman por ingleses sin distinción. — «El caballero inglés querrá lavarse, — el caballero inglés querrá vestirse, — el caballero inglés querrá comer, — el caballero inglés querrá salir;» — y lo que anhelan los franceses con esto, es que el caballero inglés quiera gastar dinero.

Sobre todo, en la época de la exposicion universal de la industria, habíanse figurado que les tocaba la expoliación universal con la industria. Ello es que sin perder pié ni pisada seguían al extranjero por todas partes, exprimiéndole los bolsillos como es uso de siempre y con mas el aditamento ó plus de la exposicion. Las casas, los comestibles, el servicio, y los ramos de lujo, de recreo, de espectáculo, todo debía experimentar gran subida de precio, porque se estaba en la época de la exposicion; y á la exposicion universal de París debían acudir todos los nacidos.

Ya tendremos ocasión de notar la absurda petulancia de los franceses y el presuntuoso exclusivismo que les domina; presunción y petulancia tales, que si alguna vez llegase alguna legión extranjera al pié de sus murallas, así fuese salida del centro civilizador de Alemania, exclamarían cual otros parisienses de la antigüedad: — «Los bárbaros estan á las puertas de Roma.» — Contentémonos mientras tanto con saber que desde un mes antes de la exposicion, había subido de precio la propiedad de París; esto es, que hasta al dueño de la tierra y de la casa, perceptor el mas lejano del movimiento comercial del mundo, había llegado la hinchazón producida por la cuña del palacio de la industria. — Dicho se está, por supuesto, que los franceses se equivocaban esta vez, como otras tantas se han equivocado. Pero vayan ustedes á decirselo.

Hubiese ó no el consumo que esperaban; hundieran ó no los techos bajo la pesadez de los curiosos; alcanzara ó faltara el aire á París para respirarle, ello es que todo debía estar muy caro, porque se aproxima la época de la exposicion.

La falta de consumidores, sin embargo, intentaron resarcirla con el mayor consumo; para lo cual hicieron el siguiente raciocinio: — Si mil extranjeros, por ejemplo, á vaso de agua al día, iban á consumir mil vasos, toda vez que no han venido mas que ciento, es necesario que cada uno se beba diez.

Toquemos los resultados de este discurso.

— El caballero inglés querrá bañarse; — le decia un camarero,

— Si señor; — contestaba el inglés. (Allí se dice señor á todo el mundo.)

— Pues puede pasar al baño cuando guste.

Sobre el espejo de su baño leía el caballero inglés esta inscripción:

«A pesar de que el precio de un baño simple no es ordinariamente mas que un franco, mientras dure la exposicion, y atendiendo la *carestía general*, se pagará por el mismo un franco y veinticinco céntimos.» (Cincuenta por ciento mas.)

— Quedamos enterados: — murmuraba el inglés; y se bañaba.

Pero apenas estaba en el agua, venian á preguntarle si queria ya el refresco; á lo cual, por si es costumbre, nadie deja de contestar que sí, máyormente si con tal amor se le regalan.

Tomaba su refresco.

— El caballero tocará la campanilla cuando desee salir.

El caballero sonaba.

— Aquí están las ropas exahumadas, — decíanle.

Y desembarazaba el sirviente un peloton de ropa, entre cuyas piezas mayores podian contarse las que siguen: una sábana, un gorro, unos pantuflos de algodón en rama, una tohalla fina, otra mas gruesa, una enorme esponja y un capoton de bayeta blanca, todo tan calentito y oloroso, que el caballero inglés enloquecía de gusto.

— ¿Va á tomar el señor aquí mismo el chocolate, ó se le sirve en el salon?

Aquí lo tomaré, — decia el infeliz, admirado de tanta prolijidad, tanta precisión y tanta baratura. Ya entonces se explicaba lo de la carestía general.

Tomaba un cuarteron de chocolate (no se toma menos en Francia) con su pan tostado y sus bizcochos, tirábase su vaso de agua fresca, refocilábase, vestíase y á la calle.

Mas antes de salir entregábase atentamente el camarero una preciosa carta litografiada, cuyos insterticios manuscritos decian de este modo:

Cuenta del señor N.

	Fr.	Cént.
Por el baño sencillo.	1	25
Por jabones, pomada etc.		25
(El pobre inglés los habia visto en el tocador, pero no los habia usado.)		
Por las ropas exahumadas.		25
Por un refresco.		25
Por un chocolate doble con pan, bizcochos y emparedados.	2	25
Total.	4	25

NOTA. — Los camareros no tienen mas salario que las propinas de los señores.

De donde resulta que el caballero inglés tenia que dar á la linda señorita (siempre linda) encargada del cobro en el mostrador de ébano que hay á la puerta, un napoleon, las gracias y vuelva V. por otra.

Bañado ya, necesitaba el extranjero afeitarse; para lo cual escogia por lo comun uno de esos infinitos establecimientos del ramo, en cuyas puertas se lee: — «Se habla inglés» — «Se habla alemán» — «Se habla español» etc., aun cuando despues no se halle en casa el dependiente parlador del susodicho idioma. — El caso es que atraído por ese gancho, entraba en la peluquería.

— ¿Tendrá la amabilidad el señor de decir en qué podemos servirle? — le preguntaban.

— Quiero afeitarme; — respondia.

— El señor se tomará la molestia de sentarse aquí.

Y ya sentado, éubriante el cuerpo de hombrós con blanquísimos paños, pedfante dos ó tres perdones por la incomodidad que no le causaban, y previos cuatro golpes de brocha mojada en agua fria (nunca caliente) y otros tantos pasos de navaja, no siempre muy al pelo, desollábale de lo lindo en menós tiempo del que se necesita para contarlo. — Eso sí; malo, pero poco.

— El señor me permitirá que le advierta, — decia el jóven afeitante, — que su cabeza no está todo lo limpia que fuera de desear; por cuya razon yo me atreveria á aconsejarle que sufriese mis molestias un segundo, mientras tengo la honra de esclarecerle el casco.

Avergonzado el extranjero por tamaña censura, no tenia mas remedio que condescender sin réplica; aunque de no haber condescendido se le seguia la misma cuenta, pues el dependiente que todo lo esperaba menos el asentimiento de la víctima, habia derramado ya sobre su cabeza un frasco de agua de quinina asaz pestifera, y armado tal belén entre los cabellos con dos enormes cepillos de esparto agitados en todas direcciones, que no decimos la caspa, sino hasta el cuero cabelludo, y hasta la masa huesosa de su cráneo, podian haberse levantado y esclarecido con primor.

La operacion, aunque inhumana é impía, dura pocos momentos; así que, aun cuando el extranjero hubiese tratado de renunciar á tanta pulcritud, temiendo ver salir su sesera entre los espartos, no habria tenido lugar de imaginarlo, cuando ya sentia cubierta su cabeza con un paño caliente y exahumado cuyo perfume le atacaba los nervios de la memoria.

Secarse la cabeza y percibir el olor de cuerno chamuscado, es todo uno para el infeliz que se sienta en aquel potro; porque es tal la ligereza de los mancebos, que sin decir «ahí voy,» rodean de sortijillas el rostro del paciente, á pesar de sus protestas y negativas. — El hierro en este caso (dicen ellos) es una consecuencia natural del fregatorio.

Interin se practica esta tercera operacion, preguntan una vez, siempre con la cortesania de costumbre, si el agua de quinina ha parecido bien; á lo cual contesta el extranjero que sí maguinalmente.

Extiéndenle pomadas y esencias, péinanle al tenor del último figurin, empapan sus pañuelos en colonia, le cepillan, le asean y hasta le sacan alguna mancha de su levita. ¿Qué mas pudiera desear?

Va á marcharse, y cuando se encara con la graciosa señorita (siempre graciosa por lo menos) que tras del mostrador de palo santo recibe el precio de la obra, ve que esta le entrega, acompañando á la accion una sonrisa amable, un gran frasco envuelto en primorosos papeles, un ejemplar del catálogo de su perfumería, una targeta de la casa, y una cuenta concebida en estos términos:

Cuenta del señor N.

	Fr.	Cént.
Afeitado.		50
Corte de pelo.		50
Limpieza de cabeza.		40
Rizado.		50
Pomadas y esencias.		40
Un frasco de agua de quinina.	2	55

que suman un total de cinco francos menos quince céntimos, amen de la preciosa copa de plata, que, fija en el mostrador y enseñando por la parte de arriba una hendidura propia para meter monedas, está comó diciendo al parroquiano: «Los mancebos no tienen mas salario que la propina de los señores;» y en la cual sepulta el extranjero el resto de su napoleon. — Cuenta corriente.

— Pero vamos á buscarle casa.

IV.

Las fondas de París son excesivamente caras; entendiéndo por fonda la casa en que se vive y se come. Estos establecimientos, muy raros en la gran ciudad, sólo sirven al viajero para albergarse las primeras horas, interin busca y halla la habitacion independiente que es de costumbre en los solteros.

Apenas informado de la cruel expoliacion que está sufriendo, y de la manera cómoda y barata con que puede vivir, se lanza, si no es un potentado, en busca de su acomodo, ó sea gabinete con alcoba, mas ó menos lujoso segun la calidad del

barrio en donde se halla y de los muebles que le adornan; aunque baratísimo y bueno casi siempre. Allí instalado, dueño absoluto de su estrecho dominio, en relaciones solo con su portera, y cada quince días con su patron, ejerce esa vida aventurera y anómala que se usa en París, almorzando hoy aquí, comiendo allá, dejándose destrozar la ropa por falta de costura, y cuidándose solo cuando enferma.

Esta costumbre, generalizada en Francia hasta el extremo de que en todas las casas haya habitaciones que alquilar, es un elemento tan favorable á la corrupcion pública, como contrario á la idea de la familia. El hombre así arreglado, piensa menos en buscar afecciones del corazon que entretenimientos mundanales para distraer su soledad. Poco apegado, por fuerza, á la vida de su casa, en donde todo lo tiene visto y hecho en un minuto, se entrega á la vida de la calle, que le han adornado por lo mismo con todas las galas de la seduccion.

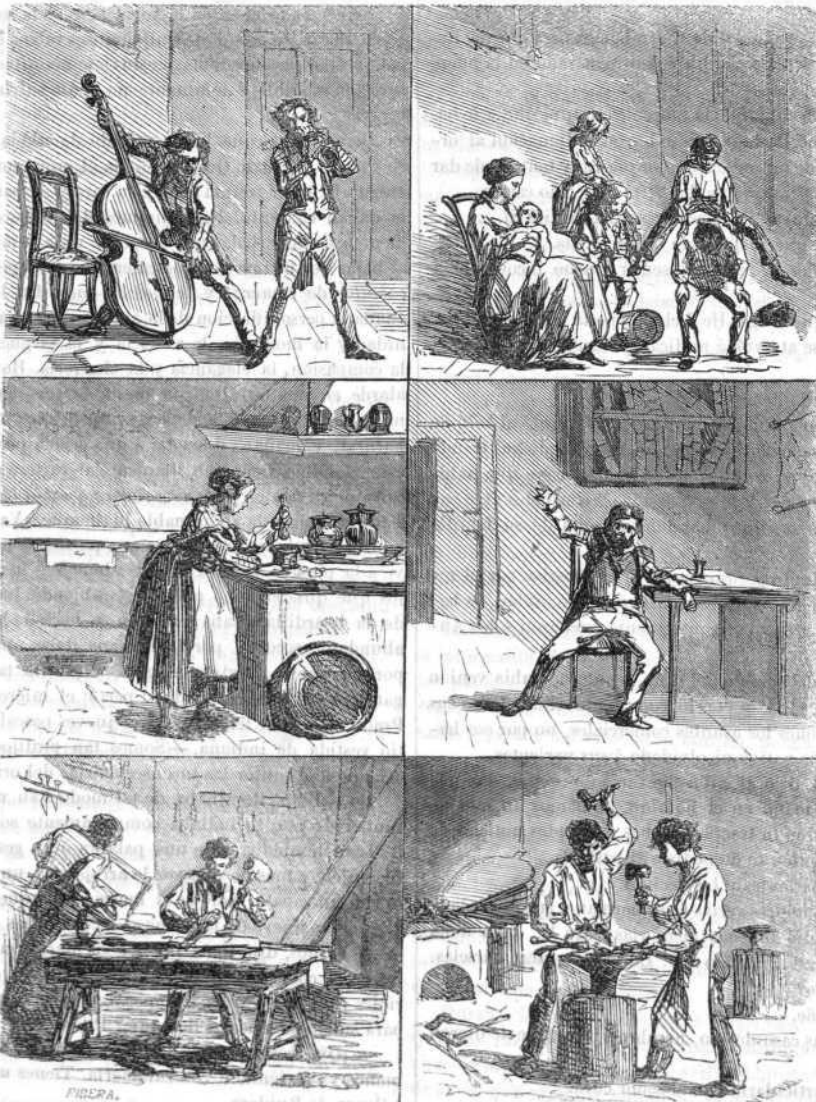
En nuestra pobre España, país para muchas cosas muy dichoso, en medio de su general desdicha, propendemos por el contrario á la vida doméstica, y por consiguiente anudamos y estrechamos por do quiera vínculos familiares, aun en la casa

donde no pensamos estar mas que de paso. Y esta costumbre hospitalaria y patriarcal, á la vez que refuye en nuestro beneficio endulzando la ausencia de las personas queridas, produce en mas de una ocasion relaciones y amistades siempre útiles, cuando no tal consorcio entre la patrona viuda y el aprendiz de cirujano, ó entre el estudiante de farmacia con la hija del capitán indefinido que limpia las botas de sus huéspedes. Ello es que en París puede vivirse largos años sin tener afecciones verdaderas, mientras que en Madrid sería necesario ser de bronce para no querer á alguien á las veinticuatro horas de llegar.

Dejamos, pues, á nuestro extranjero bañado, afeitado y rizado el pelo, con un frasco de quinina bajo el brazo y buscando habitacion para vivir. Muy fácil le hubiese sido hallarla cómoda, elegante y á bajo precio, á no estar en la época de la exposicion; pero este endemoniado certámen de la industria que iba á traer á París cuatro, por lo menos, quintas partes de la humanidad, hace que los alquileres valgan tanto como en épocas comunes valdria puesta en venta la habitacion.

(Concluirá.)

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.



PELIGROS DE MADRID.

En el cuarto principal interior que figura en la lámina como primero del centro, vive un infeliz que se ocupa en escribir novelas históricas á 25 duros el tomo. La vecindad no puede ser

mejor para el objeto que se propone, según comprenderá el lector sabiendo que las casas en Madrid son jaulas de pino divididas por tabiques de papel.

NOSTALGIA.

POR

D. Antonio de Trueba.

Y añadió dirigiéndose al ordinario:

—Me vuelvo con V. á Vizcaya.

Estas palabras, lejos de conmover á D. Lucas y al ordinario, hicieron reír á este y encolerizarse á aquel, que murmuró alzando el puño sobre la cabeza del niño:

—¡Si fuera hijo mío, le rompía la crisma!

Pero D. Juan salió á la defensa del niño, separando con violencia á su sobrino y exclamando:

—¡Lucas! he dicho que no tienes que tocar al niño, y quiero que se me obedezca. Si es torpe, si es encogido, si está cortado, recuerda lo que eras y cómo estabas cuando viniste á Madrid. Y V., señor carretero, debe saber que no se trata á los racionales como á las mulas.

—Andar V., señor D. Juan, yo decir por broma, contestó el ordinario con tono meloso. Decir mutil como tratarte yo en el camino.

—Cargándome de pañuelos de contrabando para que me hubieran llevado á la cárcel si me hubiesen registrado en la puerta, le interrumpió Angel.

—¡Buen modo de cuidar de la inocente criatura que se le había confiado! exclamó D. Juan mirando con indignación al ordinario. Quitese V. de mi presencia, porque estoy tentado de dar parte á la autoridad para que reciba V. el merecido castigo.

—Pero señor D. Juan, ¿V. hacer caso del mutil? Si....

—He dicho á V. que se quite de mi presencia.

—Estar bien, señor D. Juan. Yo sentir mucho incomodar á V.; pero....

—No hay pero que valga. He dicho que está V. aquí demás.

El carretero no se atrevió á replicar y desapareció murmurando:

—Rayo bat, ¡milla demonio bat!....

D. Juan acercó una silla á la chimenea y se sentó al lado de Angel, que había cesado de llorar algo mas consolado ya, viendo que no todos le trataban con dureza en aquella casa, que había quien sacase la cara por él y le proporcionase consuelos algo parecidos á los que desde que abandonó el seno de su familia echaba de menos.

D. Lucas, amostazado porque su tío se interesaba por el recién venido y había reprendido su falta de humanidad, se había retirado al escritorio y por consiguiente quedaron solos Angel y D. Juan.

Era este natural del pueblo del niño, y aunque había venido á la corte de tierna edad, y por lo común absorbían todos sus pensamientos y acciones los asuntos comerciales, no por eso había renegado del país nativo ni olvidado á sus parientes.

—Vamos, Angel, dijo al niño con cariñoso acento, dándole con la palma de la mano en el hombro, hablemos un rato de nuestro pueblo, porque tú traerás muchas y grandes noticias de aquella gente. ¿De quién te despediste al partir?

—De todos los parientes y los vecinos.

—¡Hola, hola! Entonces verías á mi hermano, ¿no es verdad?

—Sí señor. Me dió muchas memorias para V., para doña Juana y para D. Lucas....; pero á D. Lucas no quiero dárselas.

—¿Por qué, hijo?

—Porque me riñe.

—¡Eh! no hagas caso de eso, hombre. ¿Con que te dieron memorias?

—Sí señor, y particularmente el señor cura.

—Estará muy viejo el cura ¿no es verdad?

—No señor, si le viera V. andar de caza por aquellos cerros, diría que no tiene cuarenta años. Como no hay en el pueblo quien no rece todos los días porque Dios le dé salud, no tiene un dolor de cabeza.

—¿Con que tanto le quieren?

—No le han de querer, ¡si es un santo! Yo no le podré olvidar nunca porque era mi maestro.

—¿Tu maestro? ¿De qué?

—De leer, de escribir, de contar, de latin, de matemáticas....

—¡Muchacho, muchacho! ¿Con que todo eso has estudiado?

—Sí señor, gracias á su hermano de V. que es un sabio.

D. Juan continuó haciendo al niño infinitas preguntas que demostraban el cariño que conservaba al país nativo, y á las que Angel contestaba con un despejo y un desembarazo que encantaron al banquero y que formaban notable contraste con la cortedad y la torpeza que el pobre niño había mostrado pocos momentos antes. Cuando mas embebido se hallaba en aquella conversacion, se presentó á la puerta del despacho el criado que poco antes llamaba *rocín venido* al niño y le dijo.

—Señor, dice la señora que está la mesa en la sopa.

El banquero se echó á reír oyendo esta inversion de palabras y se encaminó al piso principal.

IV.

No estaba la mesa en la sopa; pero sí la sopa en la mesa, y Doña Juana, la esposa de Quijano, esperaba á este con impaciencia, no porque su estómago estuviese necesitado, sino porque su carácter irascible y dominante no podía sufrir que se le hiciese esperar.

Doña Juana, que había entrado de criada y salido por ama en casa de D. Juan Quijano, tenía el cronómetro atrasado, pues aseguraba tener treinta años y su cara y su partida de bautismo la daban cuarenta. Poco diremos de su físico: diremos únicamente que las criadas que despedía cada semana, la saludaban al bajar por última vez la escalera con los epítetos de *dientes de caballo*, de *escuero* y de *ojos de gato*. En lo moral era Doña Juana la personificación de la antítesis: en ella alternaban la vanidad y la modestia, la avaricia y la largueza, la crueldad y la compasión, la elegancia y la charrería. Hoy se la veía hacer alarde en una tertulia, compuesta de personas distinguidas, de no haber roto hasta la edad de catorce años mas calzado que el natural, y mañana despedía á una criada porque la pobre muchacha había dicho sencillamente al carterero que la leyese una carta de su novio, *pues su señora no sabía leer*: ahora despedía á un pobre con la abominable blasfemia: «Vaya, V. á San Bernardino,» que en boca de los que pueden y no quieren sustituir á la piadosa súplica de «perdone V., hermano,» que usan los que quieren y no pueden, y sabiendo luego que el albañil de la boardilla estaba enfermo y necesitado, le enviaba un abundante socorro: por la mañana daba una tortilla al perro porque había mordido al gato, y por la tarde daba otra al gato porque había arañado al perro; el miércoles paseaba en el Prado vestida de terciopelo, y el jueves paseaba en el mismo sitio vestida de indiana. —Somos tan prolijos para que no se achaquen al pintor las inconsecuencias del original.

Doña Juana dominaba de tal modo á su marido, que la voluntad de este se hallaba completamente sometida á aquella. D. Juan temblaba ante una palabra ó un gesto amenazador de su mujer, y mas de una vez le arrojó esta un cuchillo ó le zurró con un zapato, porque el honrado banquero en vez de recogerse á las nueve de la noche se recogió á las diez.

—Vamos, dijo Doña Juana á su marido cuando D. Juan entró en el comedor, yo creí que era menester echar á V. memorias para que viniese á comer. ¿Piensa V. que yo estoy aquí para sufrir calzoneras de nadie? Pues está V. muy equivocado.

—¡Qué cosas tienes, Juanita! dijo D. Juan, frotándose las manos y sonriéndose con zalamería. Tienes un genio, que ni la pólvora de Ruidera.

Y el banquero se sentó, hizo plato, y como se le diera á su mujer, esta le rechazó tan bruscamente, que derramó su contenido en el mantel.

—¡Tengo yo manos para servirme! dijo.

—Como gustes, Juanita, contestó D. Juan humildemente.

Y siguieron comiendo en silencio, por mas que el banquero dirigiese de cuando en cuando la palabra á su mujer en tono halagüeño.

Al fin Doña Juana se decidió á romper el silencio preguntando á su marido:

—Y ¿cuáles eran los importantes quehaceres que V. tenía para tenerme aquí media hora esperando?

—¡Media hora! ¿por qué no has dicho una, hija?

—¡A mí no me contradiga V.! exclamó Doña Juana con un gesto terrible. Yo digo mas verdad que V. y toda su casta.

—Vamos, no te incomodes por tan poca cosa. Los quehaceres que tenía no eran muy grandes que digamos; estaba charlando con el chico.

—¿Con qué chico?

—Con Angel.

—¿Ha venido ya?

—Sí, mujer. Pues qué ¿no lo sabías?

—No señor, nadie me ha dicho nada. En esta casa soy yo la última palabra del credo..... Pues no señor, no debe ser así, ni lo consentiré de aquí en adelante, porque aquí yo soy el ama, ¿lo entiende V.?

Y Doña Juana al decir esto arrojó el tenedor con tal furia, que hizo pedazos un plato.

—Pero por Dios, Juanita.....

—No me replique V., porque le clavo el cuchillo en el pecho.

El banquero hizo un movimiento hacía atrás porque su mujer habia cogido el cuchillo y le apretaba convulsivamente.

Al fin el silencio y la mansedumbre de su marido desarmaron á aquella furia.

—¿Y cuándo ha venido el chico? preguntó.

—A las dos. Hija, yo creí que te lo habia dicho el criado.

—No me ha dicho nada. Ese Rosendo es un bruto, y hoy mismo le voy á poner de patitas en la calle. Mire V. el modrego del chico no haber subido á saludarme.....

—Pero mujer, ¿qué sabe él?.....

—Ya sabia que en esta casa yo soy el ama.

—Si ha llegado muerto de frio, y luego ese majadero de Lucas ha empezado á reñirle, y el pobre muchacho se ha cortado.

—Yo le avisaré con las correas de la ropa.

—No seas tonta, Juanita: para avisarle, como tú dices, se necesitan caricias y no correas. He dicho á Lucas que cuidado conmigo si le toca al pelo de la ropa. A tí no te digo lo mismo, porque tienes mejor corazon que mi sobrino, y estoy seguro de que Angelito ha de encontrar en tí una mujer que le haga no echar menos el cariño de su madre. Como que ya está deseando verte, y lo primero que ha hecho ha sido preguntar por tí.

Esta mentira del banquero reconcilió á Angel con Doña Juana, que admitiendo una fineza de su marido, dijo:

—¿Pero qué hace esa criatura en el escritorio?

—¿Por qué no le habeis mandado subir á tomar algo en cuanto ha venido? Probablemente estará en ayunas, mojado, muerto de frio.....

—No, ha dicho que no tenia gana de tomar nada, y en cuanto á calentarse, está en mi despacho sentado á la chimenea.

—¿Y por qué le ha reñido Lucas?

—¡Cosas suyas! Toma, por nada, porque ha dicho que le gusta mas su pais que Madrid.

—¡Ave-María purísima! Pues eso no era para reñirle. Aquí me tienes á mí que á Dios gracias nada me falta, y con todo eso me muero por mi pueblo. ¡Rosendo! añadió Doña Juana llamando al criado de los equívocos, que venga el chico que está en el despacho del señor.

—¿Quién, el rocin-venido? preguntó el asturiano con maliciosa sonrisa.

—¡Bárbaro! exclamaron Doña Juana y su esposo; si vuelves á divertirse con Angel, tomas la puerta mas pronto que la vista.

El asturiano bajó la cabeza, poco satisfecho del éxito de sus gracias, y habiéndose retirado volvió un instante despues con el niño.

Angel saludó con bastante desembarazo á la señora; y como

esta le diera un dulce, acabó de perder su cortedad, y contestó con despejo á las mil preguntas que durante un buen rato le hicieron ambos esposos.

—¿Te acuerdas mucho de tu madre? le preguntó Doña Juana.

—Sí señora, contestó el niño.

—Pues como seas bueno, yo te querré y te cuidaré como ella.

—¡Gracias, señora!..... contestó el niño. Y sus ojos se arrastraron en lágrimas..... ¡Lágrimas de alegría y de ternura!

El banquero y su mujer se levantaron de la mesa.

—Estate aquí, hijo, dijo Doña Juana á Angel, que ahora vais á comer tú y los compañeros.

V.

Un instante despues pasaron al comedor D. Lucas y los dependientes, y se sentaron á la mesa. Angel permanecía en un extremo del comedor con la cabeza baja, acobardado, sin atreverse á alzar la vista á D. Lucas.

—Acércate á la mesa, salvaje, le dijo el sobrino de Quijano: vamos, lo mejor será que vuelvas á guardar cabras á Vizcaya.

El niño se regocijó, y al mismo tiempo se sintió herido en el corazon al oír estas palabras: se regocijó á la idea de volver á su pais, y sintió su corazon lastimado ante la reconvencion de inepto que se le dirigia. Acercóse á la mesa con timidez, mas no se acercó tanto como debiera en concepto de D. Lucas, pues dándole este un puñetazo en la espalda echó un *pecado* como llaman los niños á ciertas interjecciones.

—¡Acércate mas, bruto! La culpa tiene quien no deja en el campo á los animales ó no les pone pesebre en lugar de mesa.

Todos los dependientes del banquero se echaron á reír celebrando el chiste de D. Lucas.

Y en tanto el pobre Angel derramaba un torrente de lágrimas, y comparaba las caricias de su familia con aquellos bárbaros ultrajes.

—Qué, ¿no comes? le preguntó D. Lucas.

—No tengo gana, contestó el niño.

—Mejor, así estarás libre de indigestiones y disminuirán la carnaza que tienes sobre los ojos y esos carrillos de monja boba.

Angel, por única contestacion, continuó llorando y suspirando por sus padres, por sus hermanos, por los compañeros de su niñez, por sus queridas montañas de Vizcaya, donde tan libre, tan querido, tan feliz habia vivido.

Y los dependientes de Quijano siguiéronle escarneciendo y riéndose de él sin compasion, como si aquel niño fuera un cuerpo sin alma, como si le considerasen sin corazon para sentir!

Las almas sensibles se irritan, se indignan, se sublevan ante la inhumanidad con que comunmente son tratados en las grandes poblaciones y particularmente en Madrid los jóvenes recién llegados de la aldea. ¡Llega un desventurado niño que nunca se habia separado del seno de su familia, donde si no tenia riquezas y comodidades tenia cariño y tierna solicitud; llega comunmente muerto de frio, rendido de cansancio, hambriento muchas veces, desconsolado siempre, y en lugar de proporcionársele el cariño y consuelos que necesita entonces mas que nunca, se le escarnece, se burlan todos de su inocencia, de su debilidad, de sus lágrimas, de su rudeza, de su lenguaje! Los que tal hacen, no blasonen nunca de honrados, ni de humanos, porque todos los corazones generosos se aunarán para arrojarles á la cara un solemne mentís, para decirles que abrigán una alma vulgar, si es que no una alma de hiena.

Durante la primera tarde que Angel pasó en casa de D. Juan Quijano, fué víctima de la bárbara costumbre que execramos: abusóse indignamente de su sencillez obligándole á una porcion de actos que repugna enumerar, y por último se le hizo creer que cuantos llegaban á Madrid por primera vez necesitaban ser pesados para satisfacer ciertos derechos arreglados á su peso. Colocóse en una balanza donde se le tuvo largo rato casi descoyuntando su delicado cuerpecito; y cuando cesó aquella especie de martirio, que recuerda los inventados por Diocleciano y Torquemada, tuvo que sufrir otro quizá mas doloroso, el de las

burlas de sus verdugos que herían su corazón desapiadadamente.

Y los dependientes del banquero, aquellos hombres barbados que, como todos los hombres, estaban obligados á proteger al débil y consolar al triste, á cumplir graves y santos deberes en la sociedad, se creyeron satisfechos de su obra, se creyeron tal vez ricos de talento y de gracia porque habían engañado y martirizado á un niño que por primera vez de su vida lloraba lejos de sus padres y de las queridas montañas de su patria!

Y la pobre criatura tuvo que sellar sus labios: ni aun tuvo el consuelo de quejarse de aquel bárbaro, trató á D. Juan, porque se lo prohibieron sus verdugos con amenazas que le infundieron nuevo terror y nuevo desconsuelo!

VI.

La familia de Quijano dormía en el piso principal, á excepción del dependiente mas moderno, y los perros, que dormían en el piso bajo destinado casi en su totalidad á las oficinas.

Los perros *Leon* y *Pilis* dormían en el despacho del banquero, que era una pieza elegantemente amueblada, y el dependiente en un cuartito alumbrado por una especie de tragaluz, húmedo, colocado en un pasillo constantemente barrido por el aire que venía de la calle, y el que venía de un patio situado en la parte opuesta, y amueblado con una cama compuesta de un tablado de pino, un colchón, dos sábanas, una manta y una almohada, una percha con dos garabatos y grandes colgaduras de telaraña pendientes de las bovedillas.

Antiguamente dormía el dependiente menor en un excelente cuarto del piso principal; pero D. Lucas lo había arreglado de otro modo mucho antes de la época á que nos referimos, porque aunque no era muy dado á los libros, se le alcanzaba algo de *higiene parda*, y decía que los dependientes enfermaban á causa del tránsito repentino de lo incómodo á lo cómodo, de una cama dura á una cama blanda, de una habitación buena á una habitación mala. Su tío quiso oponerse á aquella innovación, sosteniendo que lo que hacía enfermar á los dependientes era el mal trato que les daba D. Lucas; pero este sostuvo su teoría con tan fuertes argumentos, que el pacífico banquero hubo de asentir por quitarse de ruidos. Los dependientes siguieron enfermando; pero D. Lucas aseguró á su tío que no había talés carneros, pues lo hacían para que se los dejara dormir arriba, y el bueno de D. Juan, que tenía bastante que hacer con las camorras de su esposa, y se acostumbraba á todo fácilmente, no quiso andar mas en dimes y diretes, y se acostumbró al sistema celular establecido por su sobrino.

Cenaban casi simultáneamente los principales y los dependientes, sirviéndose á estos las viandas sobrantes de la mesa de los primeros, y D. Lucas, que segun hemos visto, se sentaba ordinariamente al mediodía á la mesa de los dependientes, se sentaba á la de sus tíos á la noche y los días festivos, es decir, siempre que el despacho estaba cerrado. Aunque el sobrino del banquero no podía tolerar que los dependientes fumasen, tenía una afición desmedida al tabaco; pero nunca fumaba delante de su tío, lo cual es muy fácil de explicar: D. Lucas fumaba cuando necesitaba ocultarse, y cuando ya no lo necesitó siguió ocultándose por costumbre y quizá por no dar su hrazo á torcer, pues en otros tiempos había jurado y perjurado á su tío que hasta el olor del tabaco le trastornaba. Levantábase de la mesa con el bocado en la boca y pasaba á la cocina donde comían los dependientes, preparando su cigarro, que no encendía por temor de que sus tíos lo olieren, y tomando una luz daba la voz de «¡A acostarse!» al dependiente menor. Este solía estar á mitad de la cena, como que los principales llevaban siempre un plato de ventaja; pero D. Lucas estaba rabiando por fumar, y el dependiente no tenía mas remedio que levantarse de la mesa, dar las buenas noches á toda la familia empezando por los principales y seguir á D. Lucas que bajaba la escalera dando cada chupada que valía un doblón.

(Continuará.)

AL MONASTERIO DENOMINADO DE LA PEÑA (1).

Esa que ves altísima montaña,

la plantó Dios en el inmenso llano;

mira allí al Tajo, que los campos baña,

y allá la mar en el confin lejano.

de enormes rocas sobre eterno asiento,

de los siglos el paso desafía;

y cual gigante torre y atalaya,

vé á sus plantas yacer la humilde playa

y su cerviz eleva al firmamento.

Allí latiendo el pecho generoso,

bañado el rostro en llanto de alegría,

el monarca piadoso

las anheladas velas descubría:

al súbito contento

falta la voz y aliento;

á Dios levanta los humildes ojos,

y un voto hace ferviente;

en tanto que á sus pies arrodillado

vése el héroe esforzado

que al sol robó las llaves del oriente.

De austeros cenobitas

esa fué la mansión, ese el asilo:

del mundo aislados, cual la misma roca,

sereno el pecho, el ánimo tranquilo,

ruda tormenta, del sagrado albergue

un día los lanzó: mas la memoria

del gran monarca vivirá por siempre,

cual de Vasco inmortal la eterna gloria;

y es comun voz que en la callada noche

suelen allí vagar sus sombras graves;

en tanto que en las nubes se retrata

la imagen fiel de las ansiadas naves.

FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

(1) Lo fundó el rey D. Manuel en una altura, desde la cual descubrió las naves de Vasco de Gama.

La primera lágrima.

El capullo de la flor;

al hacer al alba dueña

de su perfume y color,

la lágrima del dolor

entre sus hojas enseña;

y al aparecer la aurora

por el sonrosado Oriente,

con su voz dulce y sonora,

al par que lágrimas llora

dá suspiros al ambiente.

El hombre en son dolorido

también al nacer se queja;

su penetrante alarido

será por haber nacido

ó por el mundo que deja?

EDUARDO GASSET.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Moisés recibe de Dios las tablas de la ley y las muestra al pueblo.

Director y propietario, D. EDUARDO GASSET.

Madrid.—Imprenta de la VIUDA DE PALACIOS.



MURCIA.

La capital de la provincia de Murcia, situada en la parte meridional de aquella, á pocas leguas del Mediterráneo, es una de las poblaciones de España en que se experimenta una temperatura mas desigual, y en el verano rigorosa, sin ser por eso insalubre y desagradable. La vista que encabeza estas líneas, á pesar de haberse dibujado hace algun tiempo, es bastante fiel para dar idea sobrada de la belleza de sus edificios y de su excelente situacion; Murcia es patria de una porcion de hombres notables en la historia de España, y aun al presente la honran con sus altas prendas crecido número de sus hijos, pues al ingenio que le es natural, hasta hace pocos años el célebre colegio de S. Fulgencio ha sido el mejor establecimiento de educacion que ha habido en la Península, y su bien entendido método de enseñanza asequible á todas las clases de la sociedad.

La provincia de Murcia se cita en España como su paraíso el año en que llueve mucho; pero la sequía que suele durar meses, y que cuando cesa, es comunmente extemporánea, la impide florecer y engrandecerse, pues su riqueza principal estriba en la agricultura.

ANTERA BAUS.

Á MI QUERIDO AMIGO D. ISIDORO GIL Y BAUS.

Artículo segundo.

En nuestro artículo anterior hemos bosquejado á grandes rasgos la deplorable situacion en que la escena española se hallaba cuando apareció la gran artista con cuyo nombre encabezamos estas líneas, y que impulsada por su amor á lo bello habia de ponerle término restituyendo al teatro nacional su antiguo perdido esplendor. Tiempo es ya de que digamos algunas

palabras acerca de esta singular mujer, que como todas las glorias españolas yace en el olvido cuando aun sus cenizas están calientes, en los momentos mismos en que se tocan los resultados de la revolucion que hizo en el arte y en la literatura.

Antes de nosotros ningun biógrafo ha tenido Antera Baus: ni un solo recuerdo se ha consagrado á su memoria, si no es un retrato litografiado hácia el año 29 por el Sr. Camaron, de tan escaso parecido, á decir de los que tuvieron la dicha de conocerla, que el dibujo de nuestro amigo D. Ricardo Ribera, que va al frente del primer artículo, ha sido preciso sacarlo de un busto de tamaño natural, del Sr. Alvarez, que posee el distinguido literato y célebre traductor D. Isidoro Gil y Baus, hijo de la sin par Antera, á pesar de que dicho busto está mutilado, y que por lo tanto no puede dar idea exacta de aquel rostro tan ponderado por sus contemporáneos. No podia por consiguiente ser mas necesaria en esta ocasion la noble tarea de que hace mas de veinte años está encargado el SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL, ese memorandum nacional que escribe en sus columnas todas las glorias que van á perderse, que graba todos los monumentos que el tiempo, el descuido y el vandalismo van á reducir á montones de escombros. ¡Noble y sagrada mision la del viejo y hermoso periódico! Porque á llenarla está dedicado ha podido ver morir á millones de sus hermanos; y permaneciendo impassible en medio del movimiento periodístico, sintiéndose mas jóven cada dia, ha llegado á ser el periódico mas antiguo de España: porque á ella se ha dedicado, nos atrevemos á asegurarlo, no podrá morir ya nunca: encarnado en la gran masa nacional, siendo una parte integrante de ella, vivirá lo que la lengua española, lo que viva nuestra patria. Pero volvamos al objeto de este artículo.

Cartagena, la bella ciudad de Anibal, hija de las olas, vió nacer á la que el tiempo andando habia de ser embeleso y glo-

30 DE MARZO DE 1856.

ría de la corte el 2 de enero de 1797, siendo sus padres D. Francisco Baus, natural de Barcelona, y Doña Ventura Laborda, que lo era de Logroño.

Ninguna noticia nos queda de sus primeros años, si bien es de suponer que su educación fuese tan esmerada como en aquellos tiempos, en que aun muchas grandes señoras no sabían leer ni escribir, podía recibirla una mujer en España. La tradición teatral ha cuidado de transmitir hasta nosotros que desde su mas tierna edad era tal la vocación por la carrera en que poco despues habia de brillar en tan alto puesto, que sus padres, no pudiendo resistir á sus instancias, la sacaron del colegio cuando aun solo tenia poco mas de once años para ajustarla en el teatro del Príncipe, donde muy luego empezó á encargarse de papeles subalternos y de ninguna importancia.

Brillaban á la sazón en aquel *coliseo* la Rosario y María García, D. Antonio Ponce de Leon y el inmortal Isidoro Maiquez; y difícil y poco menos que imposible empresa era alcanzar una reputación en aquel teatro, que entonces lo era de sus glorias cada día. Sin embargo, como el genio no puede estar oculto y por estrecho que sea el campo que se le ofrezca ha de manifestarse, Maiquez no desconoció las grandes disposiciones de la niña artista; y antes de que pasara un año desde su primera salida, ya, aunque siempre en la esfera subalterna, era mayor la importancia de los papeles que la confiaba.

Volvió por entonces de Francia el concienzudo actor D. Bernardo Gil, que ansioso de estudiar los adelantos que el teatro hacia en países mas avanzados en la civilización, habia dejado su patria. No fué Gil á París como despues que él fueron y aun van otros á copiar un método de declamación impropio de nuestras comedias y mal avenido con el gusto tradicional de nuestro público: lo que este artista quiso aprender allende los Pirineos, y lo que de allí nos trajo, fué el difícilísimo arte de dirigir la escena, casi desconocido entre nosotros, la propiedad en los trajes y en las decoraciones y esas mil y mil pequeñeces que el espectador no nota, pero que son, por decirlo así, el perfume de los espectáculos escénicos. A su vuelta á España importó, á la vez que una multitud de reformas teatrales que le hicieron ser el primer director de escena que ha habido en nuestros teatros, cuando aun no se sabia lo que este título significaba, importó, decíamos, un espectáculo que por lo olvidado fué considerado como nuevo en nuestro país; la ópera cómica, ó como entonces se llamaba, la *opereta*.

La voz encantadora de Antera Baus, á quien no sin razón hemos llamado la moderna *Amarilis*, parecia destinarla á sobresalir en el nuevo género que, como todo aquello que lo es, formaba las delicias del público; y la representación de *La cenicienta*, una de las primeras *operetas* que se cantaron en Madrid, en la que, no sabemos cómo, la cupo en suerte el principal papel, fué su primer triunfo, revelando al público una pequeña parte de las inmensas dotes artísticas de la que en arena tan diversa habia de vencer á todas las actrices españolas.

Existia por entonces en el teatro la costumbre del padrino, que, como otras muchas, ha desaparecido por completo. La actriz ó el actor que *debutaba*, como ahora se dice, ó que hacia su primer papel de importancia, lo dedicaba á alguna persona de ilustre clase, de las muchas que á la sazón eran frenéticamente aficionadas al teatro, recibiendo en cambio de su galantería un presente mas ó menos espléndido, segun el éxito que habia alcanzado. A esta persona se llamaba su madrina ó su padrino, mediando entre estos y su ahijado relaciones tan respetuosas por una parte como paternales y afectuosas por la otra; naciendo de esto una especie de paternidad artística, cuya sombra protectora seguia siempre al cómico en su carrera como si de un parentesco natural ó espiritual fuese emanada. Al siguiente día de la primera representación de *La cenicienta* recibió nuestra joven actriz tres riquísimos trajes, que aun conserva su familia, de un enorme valor para ella, no tanto por su precio material, que era por cierto grandísimo, cuanto por ser regalo de su madrina de la noche anterior, una dama principal de la grandeza, que si mal no recordamos fué tambien su madrina en

la pila bautismal. El triunfo de Antera como cantante habia sido completo; pero no era este el camino por donde el arte la llamaba.

Preparábase en el coliseo del Príncipe una especie de solemnidad artística, bien rara en aquellos tiempos de degradación literaria en que el mal gusto del público y el peor de los cómicos directores habia llegado al punto que se ha visto en la rápida ojeada que sobre la situación teatral hemos echado. D. Antonio Ponce de Leon, acreditado actor y tío político de Antera, iba á reproducir *El sí de las niñas*, la perla de nuestro Moratin, no representada hacia algunos años, ofreciendo esta función la notable circunstancia de volver á presentarse en la escena, tras mucho tiempo de jubilación, la María Rivera, desempeñando el papel de Doña Irene, que con universal aplauso habia ejecutado en el estreno de la inmortal comedia. El talento que en *La cenicienta* habia dejado entrever Antera, su corta edad, frisaba á la sazón en los catorce, su linda figura y acaso el cariño de pariente, decidieron á Ponce de Leon á confiarle el papel de Paquita, de aquella Paquita tan tierna y tan tímida, tan apasionada y tan débil á la voluntad materna, tan jóven y tan hermosa, tan dulce y tan melancólica, que al decir de los antiguos aficionados no hemos vuelto á ver desde entonces en el teatro. Terrible era la prueba para la novel artista.

¡Salir por primera vez á la escena, que esta era verdaderamente su salida, en un papel tan difícil y tan poco brillante, siendo tan jóven y tan inexperta, y en una comedia clásica, ante aquellos espectadores de paladar estragado que necesitaban recio aguardiente con pimienta en vez de agua pura y cristalina para apagar su sed de espectáculos; salir en una comedia toda sencillez, toda ternura, toda delicadeza, sin un mal recurso comellesco, ante los *chorizos* y *polacos*, nombres con que se designaban los dos bandos del Príncipe y de la Cruz en que el público madrileño se habia dividido, cuando habia tanto Don Hermógenes, tanto D. Eleuterio, tanto *Pipí* que gustaba de las comedias de traidor y de puentecillo roto! ¡Si siquiera Moratin hubiera tenido el talento de poner la escena en Alemania! ¡Si siquiera D. Carlos se llamara Federico!

Pero *chorizos* y *polacos* aplaudieron, y unidas á las palmadas del concienzudo D. Pedro resonaron las de D. Hermógenes, las de D. Eleuterio y ¡hasta las del Pipí! porque á pesar de que el maestro haya dicho que al público debe hablársele en necio para darle gusto, pues que lo paga, él no le habló en necio nunca; porque el público, por mas descaminado que vaya, aplaude siempre lo bueno y lo bello; porque al público, á pesar de lo que el gran Lope dijo en un momento de despecho, debe hablársele en sabio, pues que lo paga y es justo mostrarle el camino y no darle gato por liebre, por mas que el gato á liebre le sepa, que ese es amaño de vil y miserable ventero, no de quien se llama poeta ó artista, hijo predilecto de Dios; y en fin porque si á los necios y á las medianías toca someterse á la opinion, de los genios es conducirla por el verdadero camino, luchando con ella cuerpo á cuerpo y venciénola siempre, que en lucha tal nunca se deja de vencer á la larga ó á la corta.

Al día siguiente de la reaparición de la María Rivera, que esto y no otra cosa significaba para la mayoría del público la reproducción de *El sí de las niñas*, todo Madrid sabia que en la tan aplaudida cantante de *La cenicienta*, la dama de canto, como entonces se llamaban en el teatro las tiple y las *primas donnas*, tenia una nueva dama de verso á quien aplaudir; y acaso, si el amor propio y el orgullo artístico tan comun en los cómicos se le permitían, pensaban las Garcías que se les presentaba una terrible rival en el palenque, y que pronto el sol de su gloria iba á ser oscurecido por otro muy mas brillante.

Sin embargo nuestra Antera no habia aun podido dar rienda suelta á su genio, ni, encargada siempre de figuras de segundo término, pudo dársele hasta pasado algun tiempo. Contenta al parecer con el paso que habia dado, demasiado niña para no estar muy satisfecha en el puesto que se acababa de conquistar, continuó en él sin que nada hiciese creer que pudiera lanzarse á otro mas elevado.

Empezaba á correr el año de 1813, y hacia un mes que la encantadora niña habia cumplido los quince años, cuando nuevos cuidados vinieron á hacer latir su corazón que hasta poco tiempo antes no habia palpitado sino al rumor de los aplausos; nuevas ilusiones comenzaron á germinar en su cabeza, que hasta poco tiempo hacia no habia soñado mas que con victores y laureles. Pero el amor es hermano de la gloria, y antes la alienta que la contiene; son mas que hermanos, que la una no se concibe sin el otro. En febrero de 1813 contrajo matrimonio Doña Antera Baus con D. Bernardo Gil, de quien ya hemos hablado, y que era viudo de la señora Zárate, actriz de los sitios, y padre de Don Bernardo, algo conocido como traductor, y del Excmo. Sr. Don Antonio Gil y Zárate, tan reputado despues por sus obras dramáticas como por los altos empleos que ha desempeñado en la administración.

Entraba España por entonces en una nueva época. El último batallón francés habia sido arrojado á bayonetazos de nuestro suelo; pero con la sangre de sus hijos la Francia habia dejado sembradas fecundas ideas en nuestra tierra. Sin que hagamos mérito de la revolucion política que acababa de verificarse, un extraño cambio se operaba en las ideas: deseos de progreso y adelanto nunca sentidos se despertaban en esta buena y hermosa patria de la indolencia y el *dolce far niente*. Como el cisne de Pésaro, como el gran Rossini, los españoles despues del placer de no hacer nada, no comprendian otro mayor que el de comer; pero empezaban á sentir vagamente que despues de la heroica lucha de titanes en que acababan de vencer al gigante del siglo, era necesario hacer algo.

Este movimiento alcanzó al teatro como á todo. El público, que comenzaba á disgustarse de aquello mismo que tanto le habia deleitado, sentia ya vagamente la necesidad de un manjar menos grosero. No pudiendo definirse claramente su disgusto porque ignoraba, puede decirse así, que habia comedias, echó la culpa á lo que mas á la vista tenia, á los cómicos. Maiquez estaba demasiado alto para que á él se atreviese: la Rosario y la María García dejaron de pertenecer á la compañía del Príncipe.

Hallóse Isidoro Maiquez sin dama, é imposibilitado por consiguiente de seguir sus tareas. Acordóse entonces de aquella Paquita tan aplaudida, y á los pocos dias, trasformada en Malvina, el público aplaudió como nunca el *Oscar*, y el nombre de la trágica de quince años corria con asombro de boca en boca. Durante aquel año todas las obras en que mas brillaba aquel gran trágico, *Otelo*, *Cain* y otras muchas, fueron desempeñadas en medio de un entusiasmo frenético por la nueva primera dama del teatro del Príncipe, que á continuar al lado de Isidoro hubiera sido, á no dudarlo, tan grande como él en este género. Pero tampoco era este el camino por donde el arte llamaba á Antera, destinada para mas altos fines.

Ansiaba Maiquez poner en escena la *Atalia*, y teniendo como tenia la conciencia del genio de su discípula, repartióle el papel de la protagonista. Antera aterrada ante la idea de representar una figura de tal magnitud, poco segura de sí misma, porque la modestia es gemela del genio, devolvió el papel á su maestro. Insistió este; y no pudiendo la jóven actriz dominar el pánico que de ella se habia apoderado á la vista de aquel papel, negóse terminantemente á ejecutarlo sin tener en cuenta las repetidas instancias de Maiquez. Desde entonces el lazo que los unia quedó roto, y solo faltaba una ocasion para que se separasen.

Antera sin embargo se mantenía firme, y á pesar del enojo y de la enemistad de su maestro, á quien como á tal respetaba, la *Atalia* no se puso en escena.

¡Singular contraste el que ofrece la conducta observada entonces por una actriz, niña, querida y halagada del público, en los primeros pasos de su carrera, con la de muchos de los que se dedican á ella en el dia, cuya petulante arrogancia les ciega á punto de no querer encargarse desde los primeros años sino de los papeles mas difíciles é importantes! Hemos visto á muchos cómicos desechan un papel por de poca importancia; pero ni uno solo sabemos que se haya devuelto por creer aquel á quien estaba destinado que era superior á sus fuerzas. Si en otra cosa no,

en esto de creernos aptos para todo, hemos adelantado mucho. Ya se sabe, el papel de mas brillo es para el primer actor, sea viejo ó jóven, préstese ó no á sus facultades físicas y morales. De audaces etc. Pero volvamos á nuestro asunto.

Terminada la temporada cómica y disuelta la compañía del Príncipe, Antera, disgustada de la tragedia y no muy bien avenida con Maiquez desde el reparto de la *Atalia*, no quiso volver á trabajar en aquel teatro.

El gallardo y simpático Juan Carretero, tipo el mas acabado del galán tradicional español, organizaba á la sazón la compañía de la Cruz. Antera firmó su escritura para aquel teatro.

A contar de este dia data lo que podemos llamar verdaderamente su vida artística; á contar de ese dia data la resurreccion de la escena nacional.

En el horizonte literario comenzaba á clarear la alborada del teatro español.

Pero hemos llegado al período verdaderamente importante de nuestro relato, y por segunda vez notamos que son estrechas las columnas del SEMANARIO. Lector, si este trabajo no te agrada, haz cuenta que de tres partes llevas corridas las dos, y dí por lo tanto que quien pasó lo mas que pase lo menos, al paso que si te gusta, que no lo creemos, no te vendrá mal un tercer artículo. De todos modos, si el autor no, no me negarás que el asunto lo merece.

DIEGO LUQUE.

NOSTALGIA.

POR

D. Antonio de Trueba.

(Continuacion.)

En tanto que el dependiente se acostaba á beneficio de la luz colocada en el pasillo frente á la puerta del cuarto, D. Lucas apuraba su cigarro, tomaba la palmatoria, hacia cuatro fliestecitas á los perros acostados en un mullido colchoncito, y subia á hacer un rato de compañía á sus tíos que gustaban charlar un rato de sobremesa por no ir á la cama con el bocado en la boca, como ellos decian.

Si D. Juan Quijano hubiese tenido un huésped, y este huésped le hubiese preguntado:

—¿Por qué baja su sobrino de V. al escritorio no bien acaba de cenar? D. Juan le hubiera contestado:

—Baja á acostar los perros y el chico, á dar un vistazo por abajo á ver si todo está bien cerrado, y á traerse la luz, porque en este Madrid hay que tener mucho cuidado con los fuegos. Como estos muchachos son tan dormilones, Lucas conoce que maldita la gracia tiene que el chico se esté ahí dando cabezad: s porque nosotros tengamos gana de parola, y se apresura á llevarle á acostar.

A Angel sucedió ni mas ni menos lo que habia sucedido á sus antecesores, con la diferencia de que al pobre chico le fué mas sensible el acostumbrarse á media ración, porque como en todo el dia no habia entrado gracia de Dios en su boca, tenia una hambre canina. Una persona adulta, teniendo la pena que él tenia, hubiera mirado con repugnancia la cena, aunque se hubiera estado cayendo de debilidad; pero un pobre niño si pierde el apetito por algunas horas, le recobra muy pronto por muy acerbos que sean sus penas.

Angel se acostó, y D. Lucas se despidió de él diciéndole:

—A ver si por la mañana se pegan las sábanas, que á Madrid no se viene á comer y dormir. A las seis, á barrer bien la oficina.

D. Lucas, como hemos visto, era muy aficionado á ese género de lenguaje impersonal que para esquivar el tratamiento han inventado los lacayos y los militares.

VII.

Angel halló en la soledad de su dormitorio la compensacion

de la parte de cena de que la viveza de D. Lucas le había privado. Allí podía llorar, pedir á Dios que le volviese á sus montañas, invocar el nombre de sus padres y hasta execrar á los que le maltrataban, sin que una burlona carcajada, un humillante dicerio ó un golpe viniesen á interrumpirle.

¡Ay! ¡Cuánto lloró la pobre criatura aquella noche!

¡Qué triste es vivir en Madrid! decía. De Madrid al cielo, suelen decir en mi tierra. ¡Bien se conoce que no han estado aquí los que tal dicen! ¡Las calles y las plazas estan convertidas en lodazales, la gente tropieza una con otra, los carruajes y las caballerías atropellan y llenan de lodo al transeunte, las canales empapan de agua al que transita por las aceras, y el aire que viene de los puertos hace brotar la sangre de las manos y la cara!..... No es así en mi país: no es así en los campos de Vizcaya. Allí blanquea la nieve rasa y pura sobre la yerba y las peñas, sobre los tejados y los árboles, y cuando el sol ó la lluvia la derriben, no se convierte en lodo, que se convierte en claros arroyuelos; allí no se apiñan, y se atropellan, y se confunden las gentes, y los ganados, y los carruajes, que Dios ha dado á todos holgura y campo en que espaciarse, y si soplan allí los aires frios del invierno, dan la salud en vez de quitarla. ¡Ay! ¡Qué diferente hubiera sido para mí el día de hoy si le hubiera pasado en mi aldea! Hubiera salido al campo á trotar en la nieve, hubiera formado bolas de nieve en la cumbre de la montaña para verlas rodar al valle, hubiera vuelto á casa, y despues de calentarme y almorzar al amor de la lumbre, hubiera subido al sobrado á coger los pájaros que buscan allí abrigo contra la intemperie, y el alimento que la nieve les oculta en el campo, y en tanto que mi madre preparase la cena, mi padre y mi abuelo me hubieran contado sus hazañas del tiempo en que fueron militares. Despues de cenar me hubiera acompañado mi madre hasta mi cama, me hubiera abrigado cuidadosamente, se hubiera despedido de mí con un dulce beso, y en este instante no estuviera despierto y llorando como estoy, que dormiria tranquilo hasta que por la mañana fuera mi madre á despertarme con otro beso.

Asi diciendo y asi pensando pasó Angel casi toda la noche. Comenzaban á oirse en la calle las voces de los vendedores, el ruido de los carros y las pisadas de los transeuntes, cuando el desvelo y el cansancio del cuerpo y del alma atrajeron sobre él un benéfico sueño.

Quedóse, pues, profundamente dormido: sus mejillas se pusieron sonrosadas, su semblante, su actitud y su respiracion revelaban una dulcísima calma; una apacible sonrisa entreabria sus labios, y de cuando en cuando se escapaba de ellos el nombre de «padre, madre» u otros que debian ser tan gratos como estos al desventurado niño. Ora soñaba que se hallaba en su país, rodeado de su familia, jugando con los compañeros de su niñez; ora que corria por las riberas del rio que fecunda el valle donde nació; ora que trepaba á la copa de los árboles á coger el nido de la paloma torcaz ó del picazo; ora que derribaba á pedradas el fruto del manzano ó del nogal; ora que iba á la sebe á hacer silbos con la corteza del castaño ó al arroyo á hacer molinos de junco; ora que subia á la cumbre de la montaña coronada por una ermita, en torno de la cual llamaba el tamboril á la romería; ora, en fin, que era la noche de S. Juan, y alumbraban el valle las hogueras encendidas en los cerros y le alegraban el repique de las campanas, el disparo de las escopetas, y los cantares y los gritos de placer que acompañan á la Sanjuanada.

Y entregado á aquellos dulcísimos sueños, que al que escribe estas páginas es lícito adivinar quizá mejor que á ningun otro porque ha llorado y ha soñado como Angel, no sintió el pobre niño las siete de la mañana que sonaron en el reloj del despacho de su principal.

VIII.

Manuel y Cipriano, que así se llamaban los otros dos dependientes del banquero, bajaron á la oficina, y como no hallaron á Angel levantado, se encaminaron á su cuarto.

—Despertémosle, decía Manuel, porque si baja D. Lucas y le encuentra dormido, le hace la *operacion*.

—Anda, replicó Cipriano, dejémosle, que nos vamos á divertir si se la hace. ¡Lástima que no tengamos un buen manojo de hortigas como aquellas de nuestro país que levantan ampollas como garbanzos!

—Hombre, no tengas malas intenciones, que harto rabio ayer el pobre chico, sobre todo con lo del peso.

—Anda, que se fastidie, que tambien nosotros nos fastidiábamos cuando eramos como él.

—Pues yo creo que por lo mismo que á nosotros nos tratan mal, debemos tratar bien á los que son lo que fuimos nosotros.

Y al decir esto se acercó Manuel á la cama de Angel, y empezó á menear á este y á llamarle; pero Angel seguia profundamente dormido.

—¿Qué es eso? preguntó D. Lucas presentándose á la puerta del cuarto. ¿Está todavía en la cama ese modrego?

—Sí señor, contestó Cipriano con cierta fruicion.

D. Lucas echó un *pecado*, y añadió dirigiéndose á Cipriano.

—Vereis qué pronto le despabilo yo. Sube por un jarro de agua de la tinaja, que le voy á hacer la *operacion*.

Cipriano, que parecia cortado por el mismo patron que Don Lucas, se apresuró á obedecer frotándose las manos de regocijo conforme subia la escalera. En la meseta de esta y apoyado en la barandilla de hierro que daba á un patio cubierto por un emplomado, estaba Rosendo escuchando lo que pasaba abajo, pues se oía desde allí perfectamente.

—D. Cipriano, dijo, ¿qué es eso?

—Que voy por un jarro de agua para hacer la *operacion*.....

—¿Al *rocín-venido*?

—Sí. Verás como nos vamos á divertir.

—Mil demonios me lleven si yo no había adivinado que habria que hacérsela. ¿Agua de la tinaja dice V.? Ca, no sea V. bobo. El agua de la tinaja como está cerca del fogon, está templada. Venga V. acá, D. Cipriano, que de intento puse yo anoche en este tejadillo un buen jarro de ella.

—¡Qué talento tienes, Rosendo! exclamó Cipriano en tanto que el bruto del asturiano alcanzaba del emplomado un jarro lleno de agua.

—¡Qué rica debe estar! añadió viendo que el agua estaba cubierta de una espesa capa de hielo, que quebrantó con los nudillos de los dedos conforme bajaba la escalera.

Rosendo, no queriendo privarse del bárbaro placer de ver la *operacion* que iba á hacerse con el pobre niño, bajó muy alborozado tras de Cipriano.

D. Lucas cogió el jarro, y apartando la ropa que cubria al niño hasta la boca, derramó de golpe toda el agua en el pecho de la inocente criatura con mucha alegría de Cipriano y Rosendo, pues Manuel mas bien compadecia á Angel que celebraba el mal trato de que era victima.

Angel dió un grito y un salto al sentir en su cuerpo el agua helada.

—¡A ver si te despabilas! dijo D. Lucas terminando la frase con otro *pecado*.

El pobre niño no replicó, no trató de disculparse. Arrojóse inmediatamente de la cama y se vistió en silencio. Sus ojos no derramaban lágrimas; pero su corazon derramaba sangre! A la cabecera de su cama había una ennegrecida estampa que representaba á Jesus crucificado. El niño alzó los ojos á la santa imagen, y exclamó en el fondo de su corazon:

—¡Señor! ¡llévame al cielo ó á mis montañas!

IX.

En medio de la nube de tristeza que le rodeaba, brilló para el pobre Angel un rayo de esperanza. Por las conversaciones que oyó á D. Lucas y á sus compañeros conoció que los dependientes de Quijano iban de caza los dias festivos, y por consiguiente concibió la esperanza de participar de aquel solaz, de desquitar.

se de la tristeza y la opresión de toda la semana con un día de alegría, de esparcimiento, de libertad.

De todas las necesidades que experimentaba, la mayor era la de respirar un instante libremente, la de ver el cielo y el sol, los árboles y los campos.

Manuel era el único que dirigía la palabra al triste niño sin la aspereza y la burla con que se la dirigían siempre D. Lucas y Cipriano. Así, pues, tras un día ó dos de vacilaciones, Angel se atrevió á preguntarle si podía él esperar que se le permitiese también salir al campo el domingo.

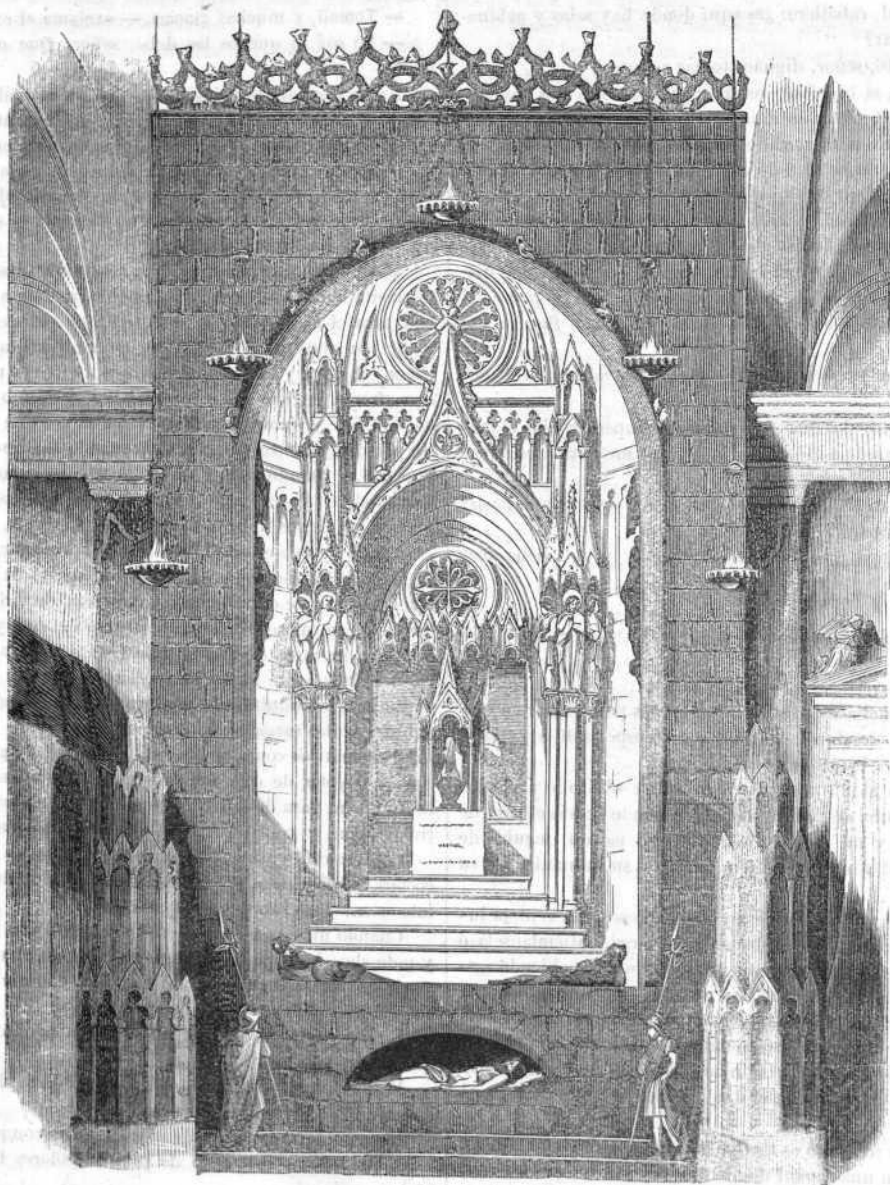
— Eso por sabido se calla, le contestó Manuel.

Esta contestación, para otro demasiado brusca y lacónica, hizo llorar de agradecimiento y de alegría á Angel; de agradeci-

miento, porque encerraba un tesoro de bondad y de indulgencia comparada con las que el niño recibía frecuentemente en aquella casa, y de alegría porque confirmaba sus hermosas esperanzas.

Ya no se le hacían al pobre niño desabridas las palabras de D. Lucas, ni crueles las burlas de Cipriano y Rosendo, ya no le parecía insoportable el trabajo á que se le sometía desde la mañana á las altas horas de la noche, y hasta el cuarto en que dormía, húmedo, frío, triste y desamparado le parecía abrigado y alegre, porque en él soñaba con los placeres del domingo, porque en él se entregaba á sus risueñas esperanzas de gozar un día á la semana de placeres semejantes á los que diariamente le habían sonreído en los campos de su país.

(Concluirá.)



MONUMENTO DE JUEVES SANTO EN LAS CALATRAVAS.

Encabeza el presente artículo la vista del monumento que la orden de Calatrava ha erigido para los oficios de Semana Santa en el convento de sus Comendadoras, obra sencilla pero hábilmente desempeñada por el señor Tomé. La magnificencia de las funciones religiosas de Jueves y Viernes Santo, y el laudable celo demostrado en ellas por los esclarecidos soldados de S. Raimundo, despertaba en los fieles de corazón que han tenido la

suerte de presenciarlas, una consoladora idea sobre la firmeza de las creencias religiosas de los españoles, tanto más arraigadas cada día que aparece para ellas un nuevo peligro, y remontando la imaginación á pasados tiempos, saltaban al recuerdo todas las grandezas de España, encarnadas en los hábitos blancos y las cruces rojas, por las proverbiales hazañas de los caballeros cristianos.

PARIS FISICO Y MORAL

estudiado durante la exposicion de 1855 por un español.

(Conclusion.)

Bien es verdad que en cada calle, en cada casa, en cada puerta y hasta en cada ventana hay un cartel que dice: «Habitaciones amuebladas para alquilar.» — «Piezas separadas para huéspedes.» — «Departamentos vacíos para viajeros;» — pero tambien es cierto que aun cuando no se alquilan por el precio que tienen asignado, llegarán á alquilarse muy en breve en cantidad mayor, tan pronto como asome á París la cuarta quinta parte de la humanidad á quien se espera. — Hasta entonces no habian llegado mas que tres.

— Perdonad, caballero: ¿es aquí donde hay salas y gabinetes para alquilar?

— Con efecto, señor, dignaos tomar asiento.

— Descaría, si os place, recorrer cuanto antes esos salones.

— Estais, caballero, en uno de ellos.

El extranjero habia tomado aquella pieza por una jaula.

— ¿Tendreis la bondad de decirme, si no os molesto, cuánto habré de pagaros por su alquiler?

— Yo os diré, señor: hace dos meses os le hubiera cedido por sesenta francos; dentro de seis meses, esto es, para setiembre, os lo dejaré habitar por treinta; pero lo que hace en el día, es tanta la afluencia de gentes á la exposicion, que no podré entregaros las llaves menos de doscientos veinticinco francos por un mes.

— ¿Estais en vuestro juicio? — exclamaba admirado el pretendiente.

— Y dentro de dos días — continuaba imperturbable el pretendido, — aguardo á otro señor inglés que me dará trescientos por esta pieza.

— ¿Pero no veis, señor, que está medio desocupado París?

— Ya se ocupará.

— ¡Es el caso que la estacion avanza y no viene mas gente!.....

— ¡Ya vendrá!

— Tendré el sentimiento de alejarme de aquí sin que nos arreglemos.

— Podeis hacerlo, si os place, caballero.

Y salia el infeliz español de aquella casa para entrar en otra y otras ciento, desalquiladas todas, pero esperando alquilarse cuando la nueva irrupcion de los bárbaros.

Necesitando al fin una vivienda, veíase obligado á aceptar buena ó mala una de mucho precio, en donde previo el pago de sus alquileres y un eterno diálogo con el patrón, seguido de otro interminable con la portera, embutia su humanidad y su equipaje.

En esto de hablar nos llevan los franceses una ventaja inmensa. Déjeselos decir una relacion muy larga, entiéndansela ó no, escuchénsela ó dejen de escuchársela, que en habiendo acabado se quedan tan contentos. No importa que interrumpais á un francés para decirle que no le comprendeis bien; no importa que añadais lo inútil que está siendo con su charla, á la cual no haceis caso; él os encajará la relacion todita entera, sin detenerse á tragar saliva hasta el final. — Son la gente de los monólogos.

Como buen forastero os aguija la comezon de ir al teatro, mayormente en una capital donde tantos y tan buenos los hay. Tomais el plano de la villa, plano que os han dicho si quereis comprar mil veces cada hora, y os encaminais al espectáculo.

Un señor bien portado os detiene.

— Perdonad, caballero, — dice descubriéndose, — ¿vais hacia el teatro de tal?

— Precisamente.

Los franceses nunca se equivocan en estos casos.

— Y decidme, si lo teneis á bien: ¿habeis tomado localidad con anticipacion?

— No tal, señor mio, soy extranjero.

— Se os conoce á la lengua, y disculpad mi acierto. Tengo el sentimiento de deciros que no podeis ver esa funcion.

— Y ¿por qué? Si os dignais explicarme.....

— Porque no hay una sola localidad en la oficina.

— Iré á otro teatro.

— Os sucederá lo mismo, señor.

— Pues acaso.....

— Es tal la afluencia de extranjeros con motivo de la exposicion, que los billetes se venden todos en la primera hora de la mañana. Yo sin embargo tengo uno que poder ofreceros por solo el doble de su valor. Ya veis que no soy exigente, pues dentro de algunos minutos hallaria quien me diese el cuádruplo.

— Tomad, y muchas gracias, — exclama el extranjero.

— Yo soy el que os las debe, señor. Que os divirtais, — añade.

Y saca una tarjeta primorosamente litografiada, con las señas de donde en ocasiones parecidas podrá encontrarle.

Inútil nos parece advertir que el extranjero entra en el teatro y halla una cuarta parte de la localidad vacía.

Pero bien pronto olvida el petardo del corredor de billetes, cuando el excesivo calor que hace en el teatro le obliga á buscar un café en donde refrescar.

Nosotros los españoles, que tan acostumbrados estamos á esa exquisita horchata de almendra, medio fria, tan agradable como útil para el acaloramiento; nosotros que paladeamos tan ricamente en nuestros cafés el agua de naranja limpia y pura, el limon, el agraz y la grosella; nosotros á quienes un solo vaso de agua fresca, cogida del manantial por el mismo que la vende, nos satisface y tranquiliza el cuerpo á la vez que regocija nuestro paladar; nosotros, en fin, que cuando pedimos pan, queremos pan, y cuando vino, vino solamente, sufrimos en Francia y sobre todo en París lo que no es decible con las fatales interpretaciones de los franceses.

Aparte de que ellos no conciben el refresco ácido y azucarado, sino el fermentado y alcohólico; aparte de que refrescan con sangría y se entretienen con cerveza de Lille, y se tranquilizan con rom de la Jamaica; aparte de esto y de la extrañeza que les causa oír que se pide agua de limon, ó de naranja, ó simplemente agua, nunca sirven aquello que solicita el extranjero, sin adulterarlo y adornarlo con superfluidades. Las bebidas ácidas cargadas de esencias olorosas; los sorbetes espesos y aromáticos como el *filocomo* del pelo; el agua con azucar, azahar ó gotas de qué sabemos qué; siempre aliño, adorno y compostura, para disimular lo insípido del elemento que arrastra el Sena, y para recargar el precio de una manera fabulosa.

Café, es café y una copa de rom; sorbete, es sorbete y bizcochos, y barquillos, y pasteles, y otra porcion de cosas. Chocolate es..... pero sobre todo el chocolate.

Cuando un español entra en un café de París por la mañana y pide chocolate, ¿cuál no será su sorpresa al ver al camarero venir en un momento (eso sí) con una enorme bandeja entre sus manos, provista de las cosas siguientes?

En primer lugar, un precioso salero bordado de sal blanquísima y cernida.

Despues, una bandejita de plata cubierta de rábanos pequeños.

En seguida, un cestillo de paja de Italia con pedazos de pan.

A un lado, otro cestito de pita de colores llenito de bizcochos.

Detrás, otra cestita de otra cosa, con cuchillo, tenedor y cuchara.

(Aun no se descubre el chocolate.)

Mas allá, un azucarero con azucar.

A un lado, una botellita tallada con azahar.

Hacia la izquierda, una botella grande con agua.

— ¿Si vendrá el chocolate?

A la derecha en segundo lugar, un tazón de china vacío; — ¡cómo sudamos!

En último término, al fin, — ¡loado sea Dios! — una gran chocolatera de plata provista de su correspondiente molinillo.

Toda esta espetera gastronómica se comprende en París bajo el modesto nombre de chocolate, siempre que el chocolate se pide por la mañana. — Arrellanado en un cómodo sillón y con la expresión de la gula en el semblante (los franceses son felices mientras comen), embucha cualquier pacífico ciudadano toda aquella menestra, tomando á cucharadas los pedazos de pan y de bizcocho que sobrenadan en el tazón de chocolate, alternando esta pesca con rábanos cubiertos de sal, y empinándose al fin un pote de agua azucarada y aromatizada que les deja el cuerpo como nuevo.

Hé aquí también lo que sirven al caballero inglés todos los días cuando pide chocolate, aunque haya repetido dos mil veces que para chocolate quiere chocolate.

La cuenta de la dama del mostrador es la que justifica esta insistencia.

V.

Cansado el extranjero de las violentas sensaciones que produce París, y aun mas fatigado todavía por el enorme ejercicio que su extensión proporciona al cuerpo, gusta en no pocos casos de retirarse á su vivienda, para allí, en el retiro de su soledad discurrir sobre las maravillas que ha visto, sobre las ridiculeces que ha palpado, y sobre las ridiculeces y maravillas, pues de todo hay mucho, que le quedan aun por reconocer.

Solo y en uno de sus momentos de letargo, semi-inteligente, semi-estúpido se encontraba el autor de estas líneas una noche de mayo, cuando la puerta de su gabinete giró sobre sí misma, sin previo anuncio, dejando paso á la escuálida aunque empalaginada figura de su *madama la portera*.

(Y aquí va á permitirnos el lector que le incomodemos algun tanto con un cuento ó sucedido personal, en gracia de que lo que va á referirse, lejos de ser un suceso extraño y privativo, acontece cada día bajo diversas formas con todos los extranjeros en París, principalmente en tiempos de la exposición.)

No dejó de sorprendernos tan extraña visita, á semejante hora y por semejante mueble realizada; pero bien pronto tornamos á nuestra calma, al oír la expresarse en estos términos.

— Perdonad, caballero, que venga á molestaros tan intempestivamente; pero desde el momento en que tuve el gusto de veros, me habeis inspirado tan grande simpatía, que no quiero dejar ocasion de emplearme en vuestro obsequio.

— ¡Mil gracias, madama, — le contestamos.

— Es el caso, — prosiguió, — que..... (no sé si me atreva á deciroslo); ¿me dais permiso para hacerlo?

— Sea lo que quiera lo que penseis decirme, os lo doy.

— Pues bien, caballero, tengo advertido que os expresais con mucha dificultad en nuestro idioma.

— Ciertamente que sí; y en verdad que la tal advertencia no merecia tantos perdones.

— Yo os doy gracias por vuestra amabilidad.

— Proseguid.

— Como decia, para el que tiene dificultades en hablar una lengua, no hay como el uso.

— Ya, — le interrumpimos, — y vos veniais á proponernos que hablemos algunos ratos en francés para que.....

— Nada de eso, señor, nada de eso; soy yo muy poca cosa para tomarme libertades y exigir honores por el estilo. Me refiero á una señorita de esta casa (lindísima por cierto) que ocupada por el día en su taller, tiene sin embargo las noches completamente libres, y en ellas puede, contando con vuestra exquisita cortesanía, recibirlos en su cámara ó bajar á la vuestra y conversar con vos cuanto gustéis.

— Vuelvo á daros las gracias, señora, — replicamos á la portera, — y seguramente que el favor que me haceis merece mayor premio. Yo pasaré con mucho gusto á la cámara de esta señorita, y será el honrado en recibir sus amables lecciones.

— Podeis pasar ahora mismo si gustais. Nos espera.

— No será yo quien la tenga aguardando mucho tiempo, —

dijimos; y tomando tras de madama por un pasillo que conducia á la escalera alta, llegamos prontamente á la habitación de la linda profesora.

— Entrad, — dijo la acompañante empujando la puerta, á imprimiendo á la vez á nuestro cuerpo algo de impulso coqueton. Entramos.

Era, en efecto, linda la jóven que se ofreció á nuestros ojos. Con una apariencia como de diez y ocho años; rubia, ó mas bien castaño claro su pelo en tirabuzones sobre los hombros; una gorrita imperceptible y mona; bata blanca rizada á la cintura; un libro entreabierto en la mano izquierda y el dedo índice de la derecha sirviendo de hierro torcedor á su rizo del mismo lado, tal se hallaba la galante profesora al dirigir por primera vez la vista á su discípulo.

— Tened la bondad de sentaros, — articuló en seguida.

— No lo haré, señorita, — la dijimos, — sin daros las gracias por vuestra amabilidad.

— Eso me toca á mí, caballero.

— Ahora os las debo doblemente, — repetimos.

— Por lo que veo, vos sois inglés.

— No tal, señorita.

— Con efecto, vuestro acento parece italiano.

— Tampoco.

— ¿Sois alemán acaso?

— Español, señorita, y de Andalucía.

— ¡Ah! ¡Bellísimo país! — exclamó encantada; — creed que yo tengo delirio por todo lo español.

— ¿Habeis estado en España?

— No ciertamente, caballero.

— Conocereis y tratareis á muchos españoles.

— A ninguno.

— ¿Acaso habeis leído por largo tiempo libros de mi país?

— Ya veis que no comprendo el idioma.

— Perdonad, señorita, si entonces no sé á qué achacar vuestro excesivo delirio por todo lo español.

— ¿Y cómo quereis que no le tenga, — añadió tomando un aire de la mas refinada coquetería, — cuando es un país que produce jóvenes tan finos y tan galantes como vos?

— Gracias, señorita, — dijimos medio avergonzados.

— ¿Hace mucho que habitais en París?

— Algunas semanas solamente.

— Y ¿venís por largo tiempo?

— Por un semestre.

— ¿Sois comerciante?

— No tal.

— Vivireis de vuestras rentas, ¿no es esto?

— Tampoco, señorita, no poseo rentas.

— Entonces alguna comision.....

— Precisamente.

— ¡Oh! Debeis estar muy bien retribuido, porque los gastos de París son excesivos.

— ¡Tal cual!

— ¿Os divertís mucho?

— Poco, señorita.

— ¿Habeis estado ya en Mabille?

— Aun no.

— ¡Oh! Pues entonces tendré el honor de ser vuestra compañera en el baile de mañana. Es una fiesta excelente.

— Así me han dicho.

— Pero ahora que caigo, — repuso la jóven como turbada, — os he ofrecido de repente una cosa que tal vez no me sea posible cumplir. Mis adornos todos son conocidos en Mabille, y yo no debo exponeros al ridículo de acompañar adornos en segunda edicion. Debo, pues, corregirlos y aumentarlos.

— ¿Para qué, señorita? ¿Tanto honor!

— No tal; es preciso. Un gastillo de ochenta francos, — añadió en tono despreciativo. — En fin, se hará; ¿no es cierto que se hará, caballero?

— Si vos os empeñais.....

— Con que buenas noches, mi querido amigo. Ya debeis re-

tiraros. Es tarde y no quiero tomar bajo mi conciencia el pecado de haberos hecho trasnocar. Preparaos para el baile. Madama la portera os dirá lo demás.

Dijo, se levantó de su asiento, nos dió la mano, apretóla por dos veces, abrió la puerta, y sacando su bujía hasta la altura de la escalera, nos hizo un gracioso mohín y desapareció.

Ahora, si el lector quiere conocer el fin de la historia, le diremos que no tratamos de saber *lo demás* que habia de decirnos madama la portera; que no tomamos lección de francés, y que no volvimos á ver á Ceres (tal era el nombre de la señorita) hasta algunas semanas despues, en aquel mismo baile de Mabilie á que nos habia citado el primer día.

Y si aun solicita mas datos del personaje, añadiremos que Ceres no pertenecía ni con mucho á la clase de las cuarenta mil mujeres cuyos nombres figuran en el gran libro de la policía de París.

Ceres formaba parte de otras cien mil de un género diferente.

Era griseta.

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

Un artesano muy aficionado á beber, se puso un día á discutir con un amigo las virtudes del vino y diciendo por último que un vaso de este precioso licor era suficiente á sostener á un hombre, contestó el otro: niego la consecuencia, porque yo he bebido mas de cuarenta, y no he podido tenerme de pié.

Un mozo que salió quinto se jactaba de ser tan valiente como el Cid. Cuando regresó de la guerra le preguntó un tio suyo qué hazañas habian sido las suyas: ¡Ahí es nada! contestó: ¡he cortado un brazo á un suizo!..... Hombre, mejor hubiera sido cortarle la cabeza. ¡Oh sí, pero eso ya estaba hecho!..... respondió muy ufano.

Delicias domésticas.

Sepa todo el que me escuche
alto, bajo, grande ó chico,
que tengo mujer y suegra,
tres cuñadas y diez hijos.

Si me muero, subo al cielo
con zapatos y vestidos,
y aun con ir al purgatorio
habré ganado infinito.

No tengo miedo á los diablos,
ni me asustan sus martirios,
solo siento que allí haya
suegras, cuñadas y niños.

Que aunque los diablos son muchos
no regañan ni dan gritos;
pero dos mujeres juntas
son dos pueblos enemigos.

Y si por una tan solo
perdió Adán el paraíso,
¿qué hará el mortal desgraciado
que tiene en su casa cinco?

Todo el día están en lucha:

- «si te miró fulanito;»
- «si tú saliste á paseo;»
- «si yo no tengo vestido;»
- «si mamá está en la novena;»
- «si te sientas en mi sitio;»
- «si salió el perro á la calle;»
- «si tú horas por marido.»

No callan si no las compro
flores, cintas y abanicos,
encubridores de faltas

y lancetas del bolsillo.

Son los niños entre tanto
diablos ó ángeles caídos,
cuando ruedan de las mesas
rompiendo trastos y vidrios.

El uno que va á la escuela;

el otro que hace novillos;
este que pega á su hermano,
aquel que rasga mis libros.

No tengo muebles seguros,
ni dejan cosa en su sitio:

los unos por ser muy tontos,
los otros por ser muy listos.

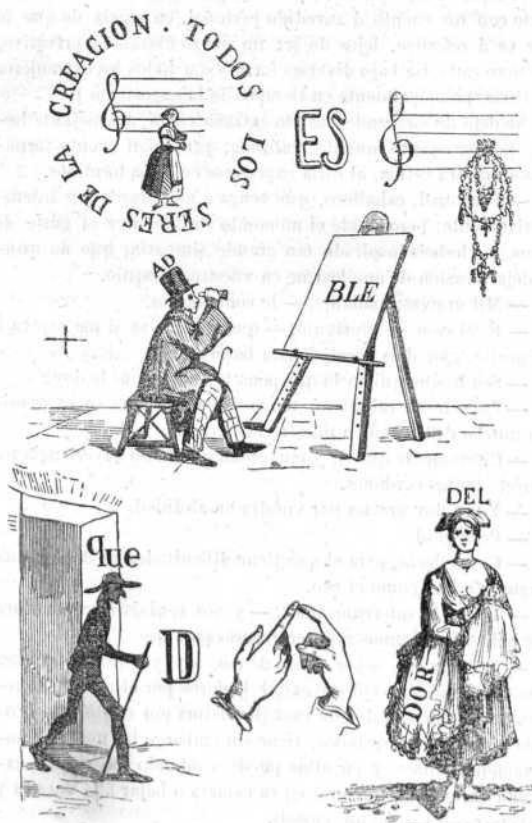
Porque no quiero morirme
no he pensado en el suicidio,
y porque al irme al infierno
se vendrán todos conmigo.

«Pide á Dios que de estas penas
me saque pronto benigno:»
así ayer tarde en paseo
cierto pobrete me dijo.

«Que dé á las niñas casaca;
qué dé á mi suegra..... lo mismo;
á mi mujer mejor genio
y á mí no mas angelitos.»

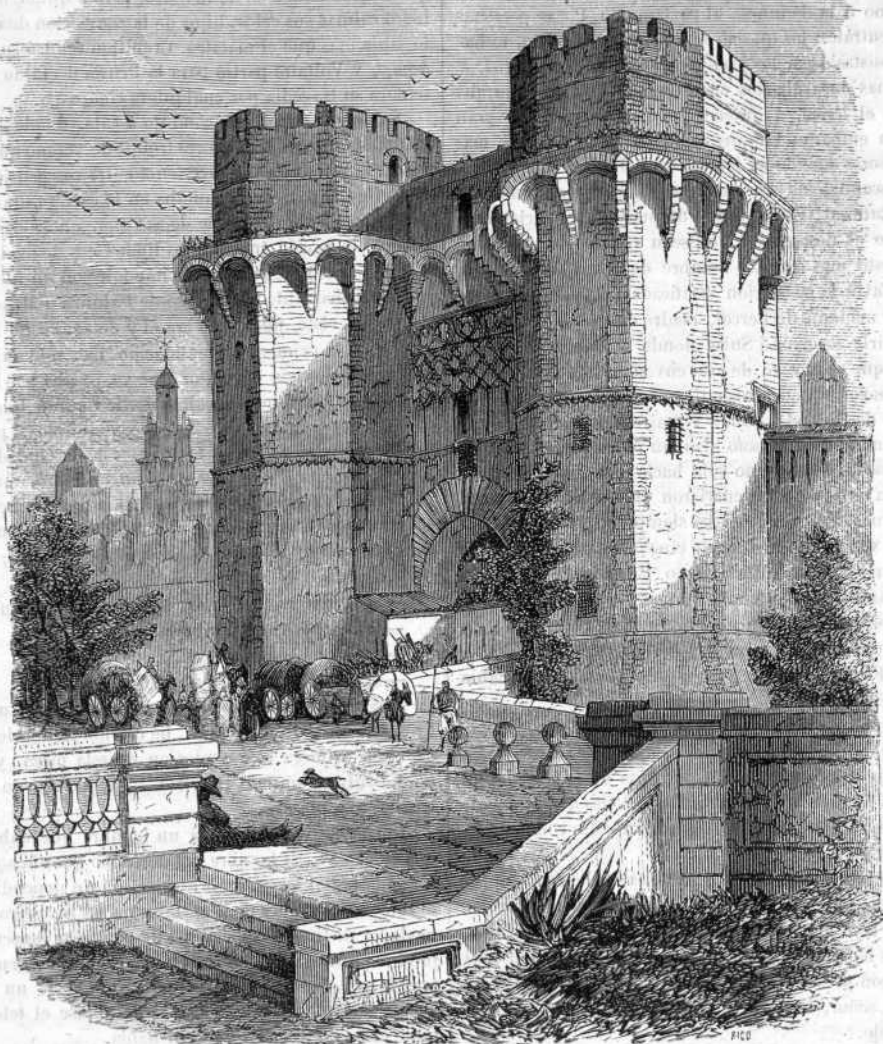
JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

GEROGLÍFICO.



Director y propietario, D. EDUARDO GASSET.

Madrid.—Imprenta de la VIUDA DE PALACIOS.



PUERTA DE SERRANOS EN VALENCIA.

La antigua puerta que representa este grabado, ha sido desde tiempos remotísimos una de las mas importantes fortalezas de la ciudad del Cid, aunque con diferente nombre del que ahora tiene, no pudiéndose, por la diversidad de opiniones, determinar con fundamento el que fuese. Es lo cierto que en 1361, cuando se fabricaron las dos magníficas torres que la coronan, para mejor defensa de la ciudad atacada por las huestes de D. Pedro de Castilla, se la dió el de Puerta de Serranos, que conserva prestándosele al barrio de su inmediación. Da entrada á la ciudad por el camino de Aragon, y al presente sirve para cárcel pública.

UNA REPRESENTACION EN LILA.

ANÉCDOTA HISTÓRICA.

El 9 de agosto de 1742, las avenidas de la comedia, situada entonces en la calle de este nombre, se veían llenas de una inmensa multitud que esperaba impaciente que las puertas se abriesen. Los porteros, con sus grandes casacas de color escarlata, apenas podían mantener el orden en aquella bataola mágica, que se ahogaba en el peristilo del edificio, á pesar del sofocante

calor que de ordinario marca el fin de la tarde de un día de verano. Al fin, una especie de reflujo sucedió en esta masa compacta; despues se precipitó gritando, rodando, encaramándose unos sobre otros como las hormigas, lamentándose los niños casi ahogados y jurando las mujeres: las puertas acababan de abrirse.

Si preguntais la causa de este apresuramiento inusitado de dirigirse al teatro en una ciudad que tan poco se ocupaba de literatura en aquella época, dignaos dirigir una mirada á este anuncio, con un márgen blanco de seis pulgadas, donde campean las armas de la ciudad, rodeadas de un marco flordelisado:

Con permiso de los regidores y revart de la ciudad de Lila.

La troupe, bajo la direccion del señor Lanove, dará esta noche

La primera representacion de

MAHOMET,

Tragedia en cinco actos, de *M. de Voltaire.*

NOTA. *Mademoiselle Clairon desempeñará el papel de Palmira.*

En aquella época tenia Voltaire muchos enemigos; y se sabe lo que eran los enemigos de entonces: solo habia una clase de odio literario. Los hombres de letras y los teólogos estaban en

guerra abierta: Homero, la tragedia en prosa y la bula *Unigenitus* eran las causas de aquella inmensa batalla, en la que toda arma se estimaba buena, desde el epigrama que no hace mas que arañar, hasta la calumnia que mata; desde el apaleamiento, hasta el anónimo ó la denuncia al parlamento. Pocas personas permanecían neutrales: los que no se batían por Homero, lo hacían por los prosistas ó por los jesuitas y su bula *Unigenitus*.

Entre los mas encarnizados enemigos de Voltaire figuraba J. B. Rousseau el lírico, á quien llamaban entonces el gran Rousseau. Y sin embargo Voltaire habia sido uno de sus mas ardientes defensores cuando su famosa querrela con Saurin, con motivo de las escandalosas canciones que se repartieron en el café de la dame Laurent. El fué quien despues que el parlamento hubo condenado al destierro á Rousseau reconocido culpable, no viendo en este mas que un hombre de letras desgraciado, provocó en su favor la cuestacion verificada luego por madame Boussoles y por madame de Fercol, madre del conde de Argental, para remitirle socorros á Suiza donde se habia refugiado. Nada mas fútil que el motivo de esta envenenada querrela, que duró veinte años con un encarnizamiento sin ejemplo.

A su regreso de Holanda, donde Voltaire habia ido con madame de Rupelmonde, el filósofo hizo un rodeo para visitar en Bruselas á Rousseau, á quien no veía hacia diez años. Los primeros dias de la entrevista trascurrieron en efusion de corazon y confianza mutuas: Voltaire llamaba siempre al lírico su maestro y su juez, y aun le confió durante cinco dias su poema de la *Henriada*, al cual daba la última mano. En uno de sus paseos y presente madame de Rupelmonde, Rousseau leyó su *Oda á la posteridad*, y despues el *Juicio de Pluton*. Esta última composicion es una sátira violenta contra el parlamento que le habia separado de la Francia y contra el abogado general que habia pedido su destierro.

— Eso no es propio, maestro nuestro, dijo Voltaire cuya opinion se consultó del bueno y del gran Rousseau.

El amor propio del anciano rimador, que solo anhelaba un sufragio, se ofendió de esta franqueza: las razones que dió Voltaire en apoyo de su dictámen, le disgustaron tanto como si hubiesen sido lecciones.

— Tomad vuestra revancha, le dijo Voltaire; he aquí un pequeño poema que someto al juicio y á la correccion del autor del *Numa*. Y le leyó los primeros versos de la *Epistola á Julia*, llamada despues *Epistola á Urania*: desde el décimo, Rousseau le interrumpió con pesados tonos.

— Ahorraos, señor, le dijo, el trabajo de leer mas; es una impiedad horrible.

Voltaire guardó el poema en su bolsillo, diciendo:

— Vamos á la comedia; me disgusta que el autor de la *Moisade* no haya prevenido aun al público que se ha hecho devoto.

Despues de la comedia Voltaire le habló de su *Oda á la posteridad*, y con cáustico tono le dijo al separarse:

— ¿Sabeis, maestro, que no creo que esta oda llegue nunca á su destino?

Desde este instante Rousseau, el poeta mas vanidoso y mas seguro de su mérito personal que habia existido, juró odio eterno á Voltaire.

Pero volvamos á *Mahomet*, y veamos por qué encadenamiento de circunstancias esta tragedia en vez de representarse por primera vez sobre la escena de la comedia francesa, habia venido á debutar en un humilde teatro de provincia.

Era en Cirey, donde habia buscado en 1736 un retiro para escapar á los clamores excitados por la publicacion del poema de la *Pucelle de Orleans*, donde Voltaire compuso su *Mahomet*. Cirey, situado sobre los confines de la Champagne, era el retiro de madame Duchatel, su amiga y una de las mujeres mas realmente sabias de su época. Desde hacia seis años guardaba esta tragedia en su cartera: era un secreto entre el rey de Prusia y él, cuando al regreso de un viaje verificado para tener el motivo de los movimientos de tropas mandados ejecutar por este príncipe en Silesia, viaje que habia terminado á satisfaccion de la

corte de Versailles, se creyó bastante en favor para pedir al cardenal Fleury el permiso de que se representara esta tragedia. El ministro le dejó la eleccion de censor: escogió á Crebillon, á quien dió el dictado de maestro, pero á quien no catequizó, ni logró calmar sus celos, hijos de la conviccion de que el discípulo sabia mas que el maestro. Crebillon rehusó su sufragio á *Mahomet*, y Voltaire partió para la Prusia decidido á que se representara su tragedia por cualquiera compañía.

Su buena estrella le condujo á Lila, donde el señor Lanove explotaba una de las mejores troupe de verano que recorrían entonces la provincia. Lanove tenia entre sus pensionistas á mademoiselle Clairon, que debutaba en la carrera dramática. Pidió á Voltaire el favor de que le dejase representar el *Mahomet*, y el poeta se lo acordó gracias á los lindos ojos de mademoiselle Clairon que acabó de ganarle, recitándole con un fuego y un sentimiento remarcable el discurso de Palmira á Mahomet.

Hemos visto, pues, que era el 9 de agosto de 1742 cuando se verificaba la primera representacion. Esta solemnidad extraordinaria, la presencia del autor que ya pasaba por hombre considerable, el nombre de mademoiselle Clairon que era la actriz favorita del público, todo habia contribuido á poner á Lila en revolucion. Casi todos los habitantes de la ciudad se habian colocado, ó mejor dicho aprensado en el teatro, mucho antes que empezase la representacion; se iban á dar las tres aldabonadas solemnes que anuncia que se levanta el telon, cuando un hombre con vestido de viaje, lleno de polvo y sudor, se presenta al despacho:

— ¡Un parterre! exclama, limpiándose la frente.

— No queda lugar ninguno.

— Entonces una orquesta.

— Os digo que no hay ningun billete.

— Sin embargo necesito uno, aun cuando tuviera que cubrirle de oro para pagarle..... he corrido treinta leguas para llegar á la primera representacion de esta pieza, y seguramente no me volveré sin haberla visto..... Tened ahí un luis, y encontradme una plaza.

Imposible era rehusar á un hombre que daba un luis por una localidad. El hombre del despacho guardó aquella moneda arrojada por el forastero, é hizo seña á un dependiente para que le colocase. Despues de diez minutos de investigaciones el acomodador distinguió una punta de banquetta desocupada, porque próxima á un rincón no se veía desde allí el escenario: el forastero le gratificó y ocupó su lugar al lado de un hombre muy grueso que roncaba esperando se levantase el telon, y no obstante el ruido infernal que allí habia.

Regularmente no empiezan á ser comunicativos los espectadores hasta despues de concluido el primer acto. Cuando el telon de boca cayó y los aplausos cesaron algun tanto, el hombre gordo dirigió la palabra al forastero.

— ¡Voltaire es un gran hombre! dijo con satisfaccion.

— ¡Bah! ¿Lo creéis así? repuso el desconocido con un tono de ironía casi insolente; y despues añadió con burlona sonrisa: ¿Sois vos hombre de letras?

— No señor, soy un tapicero y me honro de ello.

— No lo dudo, repuso el desconocido; pero me permitiréis ilustrar vuestro gusto. Voltaire, decís, es un gran hombre. Pues si no hubiera compuesto mas que el *Mahomet*, creo que solo seria un pobre poetaastro..... y que tendria que sentir.

— ¿Y por qué? preguntó el tapicero.

— ¿Por qué? Porque es una impiedad horrible. ¿No os parece que esta tragedia sea la sátira mas sangrienta de la religion cristiana?

— No me parece nada de eso.

El gordo tapicero señaló uno de esos palcos confundidos en la oscuridad del parterre y llamados hoy bañoires.

— Qué os parece, le dijo, de aquellos dos señores que se ocultan cuanto pueden para no ser vistos?

— Aquellos dos señores, dijo riendo el forastero, me causan el efecto de esos pollos que poneis en jaulas oscuras para engordarlos.

— ¡Qué blasfemia! Es verdad que no sabreis que son messires Cambras y de Arras.

— ¡Dos obispos!

— Sí señor; y si la pieza fuera tan escandalosa é impía como decís, estos dos santos personajes no contravendrían á los estatutos canónicos para venir al espectáculo.

El desconocido no replicó ni volvió á pronunciar otra palabra hasta el fin de la representación; pero procuró hacer expiar á su vecino, con todas las tacañerías imaginables, la falta de haber tenido razon contra él.

Llamaremos ahora la atención del lector hácia un palco de proscenio que ocupaba Voltaire. Este palco estaba muy concurrido, y entre las señoras se distinguía á madame Petitepas, madame de L.... y, en los primeros asientos, la amiga de Voltaire, la que casi nunca se separaba de él, madame Duchatel. Ignoramos hasta qué punto merezca crédito todo cuanto se ha dicho acerca de las relaciones del filósofo con esta dama. Debemos creer que existiese entre ambos algo mas que amistad. Lo que hay en ello de cierto es que él estaba celoso de madame Duchatel, como Rousseau de madame de Varens, y que un día se impacientó hasta el extremo de violentar con un puntapié la puerta de una habitación en que su amiga y Clairant se hallaban sumamente ocupados en la solución de un problema de geometría.

Se acababa el cuarto acto, y hacia algunos minutos que Voltaire fijaba su vista con admiración en el sitio del parterre, donde se había colocado el desconocido de que acabamos de hablar, cuando un criado entró en el palco sacándole de la preocupación que le causara la presencia del forastero en el teatro, entregándole una carta que un correo extraordinario acababa de traer ganando horas.

— ¡Es de Federico! dijo Voltaire viendo sobre el lacre las armas de Prusia. Veamos su contenido.

Leyó algun tiempo en voz baja; de repente franqueando el palco se presentó en el escenario, donde fue frenéticamente aplaudido por los espectadores. Restablecido el silencio:

— Señores, dijo, acabo de recibir una carta de mi respetable amigo S. M. Federico, rey de Prusia: me anuncia que ha alcanzado una señalada victoria en Milwitz. Como sois muy fieles súbditos de S. M. el rey de Francia, aliado de este gran príncipe, creo que debeis alegraros de esta feliz noticia. Voy á leerlos la carta. Y la leyó hasta el fin.

Una triple salva de aplausos acogió esta lectura, y el telon se levantó para que se representara el último acto, con los gritos repetidos de *¡viva Federico! ¡viva Voltaire! ¡viva el rey de Francia!* El obeso tapicero gritaba mas fuerte que todos los demas, esforzándose en cubrir la voz de su vecino que gritaba á mas no poder *abajo Voltaire, abajo el impío*. Los prelados adelantaron sus cabezas á riesgo de ser descubiertos, exclamando tambien *¡viva Voltaire! ¡viva el rey de Francia!* En cuanto al poeta, poseído de la emoción que él mismo había excitado y no sintiéndose con bastante fuerza para atravesar á su palco, buscó un apoyo en el intercolumnio, donde permaneció hasta concluida la representación.

El telon cayó, y los bravos atronaban los tímpanos menos delicados. Todos los espectadores aplaudian con un entusiasmo mas fácil de comprender que de describir, pidiendo alternativamente: «¡El autor! ¡Clairont! ¡Voltaire!» Todos estos gritos se mezclaban al palmoteo, á las honras entusiastas. Por último se levantó el telon y el señor Lanove se presentó dando la mano á mademoiselle Clairon, vestida aun con su traje de Palmira, sus cabellos empolvados y calzado de talon alto. El director se había quitado ya su lujoso vestido de marqués, con el que había desempeñado su papel del desgraciado Seidé.

A presencia de estos actores redoblaron los bravos y los aplausos. En el momento en que mademoiselle Clairon se adelantó hácia la orilla del escenario para hacer su saludo de agradecimiento al público, una nube de flores y de coronas, lanzadas desde los palcos, vino á caer á sus pies. La jóven actriz recogió una y la estrechó sobre su corazón; después, apercibiéndose

dose de que Voltaire continuaba apoyado en el intercolumnio, corrió hácia él y le colocó la corona.

En este instante un prolongado silbido sorprendió á los espectadores, si bien fué ahogado en el momento por una estrepitosa salva de aplausos. El rostro del poeta, rojo de emoción y de placer, se tornó pálido como un lienzo; pero solo fué por un segundo. Lanzó una terrible mirada al que había silbado y detuvo con otra al obeso tapicero, que levantaba ya el brazo para castigar al culpable.

El telon cayó por último y algunos minutos después todo quedó en silencio y desierto.

— Y bien, amigo mio, dijo madame Duchatel á Voltaire que entró en el palco; hé ahí un bello y legítimo triunfo.

— Sí; pero pienso que la tragedia de Milwitz, no ha contribuido poco al buen éxito de la tragedia de Mahomet. (Histórico.)

— ¿Quién es el necio habitante de Lila que ha osado silbar tan bella obra maestra? dijo madame L....

— No es de Lila, respondió galanamente Voltaire.

— ¿Quién es pues? preguntó madame Duchatel.

— Cómo, ¿no lo adivináis? Es el autor de la *Moisade*, es el gran Rousseau: ¿yo podría hacerle encerrar en algun calabozo, pues estoy seguro de que, no satisfecho con haber roto su destierro, se encuentra no lejos de aquí, en alguna miserable taberna, tratándose de pagano, de herético! Pero prefiero dejarle: me basta haber encontrado aquí un talento desconocido, destinado á reemplazar dignamente á la pobre Le Couvreur. Amigos míos, conservad esto en la memoria: esta jóven que vegeta en una humilde compañía de verano, será muy pronto la gloria de la escena francesa.

El tiempo demostró que Voltaire había dicho verdad. Mademoiselle Clairon, reconocida como la mas célebre trágica de Europa, no olvidó nunca que debió á Voltaire su primer triunfo. Su respeto al autor de Mahomet, pasó á ser una especie de culto. De ello citaremos dos rasgos.

En 1770 se trató de erigir una estatua á Voltaire con esta inscripcion: *A Voltaire, los hombres de letras sus compatriotas*. Muy luego se reunió la cantidad suficiente para esta obra. Mientras que Pigale, el mas grande estatuario de la época, trabajaba en este monumento, las gentes de letras se reunieron para hacer apoteosis particulares. La que tuvo mas éxito se hizo en casa de mademoiselle Clairon, donde se reunieron de Alembert y todos sus adeptos. Después de un espléndido banquete, la sociedad se reunió en círculo, en un salon preparado para la ceremonia. Mademoiselle Clairon, vestida de sacerdotisa de Apolo, teniendo en la mano una corona de laurel, subió á una especie de tribuna dispuesta al efecto y recitó una oda en honor de Voltaire. Al llegar á una estrofa en que se hacia alusion al temor de perder al filósofo, dos lágrimas brotaron de sus ojos; y fué tan eléctrica su emoción, que todos los concurrentes lloraron.

En 1778 Voltaire, á la edad de 80 años, volvió á París después de una ausencia de cerca de treinta. Los actores del teatro francés le enviaron una diputación, á la que se reunieron ellos mismos. Voltaire respondió á sus felicitaciones: «Yo solo vivo en vosotros y por vosotros.» Mademoiselle Clairon se llegó á él, se prosternó y abrazó sus rodillas. Se la hubiera creído una vida de Voltaire, una sacerdotisa de Apolo á los pies de su Dios. Algunos dias después el filósofo de Farnay recibía un homenaje igual del nieto de Franklin.

Hacia entonces diez y ocho años que J. B. Rousseau había muerto en su destierro en Bruselas, con la reputación del primer lírico francés, y la del hombre mas ruin del mundo.

LUIS MARIANO DE LARRA.

ANÉCDOTA.

En uno de los pueblos inmediatos á Tolosa existía un labrador, honrado padre de familia y persona de poco común entendimiento, tan aficionado á estudiar como desagradecido á su profesión; quien dejando por los libros el cuidado de su hacienda la traía en menoscabo, si bien era por otra parte el consejero y

juez sin apelacion en todas las diferencias de sus convecinos.

Es costumbre en el pais, cuando llega el tiempo de las yerbabas, abandonar cada cual su ganado á los campos de la jurisdiccion, previa revista pericial para examinar la salubridad de los animales, con el fin de que si alguno padece laceria desconocida por su dueño, separarlo para que no la contamine á los demás.

Verificóse esta en el año á que la anécdota se refiere, como siempre, dándose cada ganadero por conforme con el recuento parcial que se hizo, y reservándose en la memoria la cifra del número de cabezas que le pertenecía, para su particular gobierno.

Por la conveniencia individual de cada interesado, todas las tardes, como de paseo, acostumbran hacer una visita á los campos, bien para recoger la oveja enferma, si la habia, bien para averiguar el número y condicion de los nuevos corderillos. Un solo labrador faltaba á esta diligencia; y era porque las horas del descanso para los demás, las dedicaba á la lectura. Tenia por inútil aquella repetida inspeccion, y por bastante esmero sobre su fortuna, aprender al soltar el ganado el número de cabezas para balancearlas al encerrarle.

Los convecinos deploraban este descuido, observando el des-

merecimiento de las ovejas que le pertenecian, pues si bien cuidaban de ellas con eficacia, nunca querian aplicarles aquellos remedios decisivos que emplea el dueño, sin temor de perjudicar los intereses de nadie, y que á veces en lugar de conseguir el resultado apetecido aceleran el mal, pero casi siempre producen el éxito.

Ocurrió que un cabrito del estudioso labrador se perniquebró y que lo encontrase otro campesino en una de las visitas diarias, llevándole su buena intencion al deseo de entablarle la pata inservible; pero en vez de hacerlo con inteligencia, por aquello de que las cosas hechas con mas esmero y delicadeza suelen salir peor, las tablillas estaban en contrario, y el cabrito no solo se quedó cojo del todo, sino llagado tambien, por lo que era preciso aprovecharle matándole.

El campesino curandero anduvo receloso de revelar su torpeza; pero no queria tampoco utilizarse del cabrito, por lo que determinó su aprovechamiento; y supuesto que no era fácil sustituirle con uno suyo, porque el dueño del cojo lo hubiera conocido, convidar á este á una merienda, donde se repartiria entre todos la victima á la par que el vino y otros adherentes que costearia como castigo de su falta de inteligencia.



Me falta un cabrito, ¿quién de vosotros sabe de él?

Se verificó, pues, la merienda con la alegría siempre sincera que se disfruta en un pais donde se vive en continuo afecto, y donde no se trata de igualdad entre las gentes, porque nadie la desconoce.

Pasó el tiempo y trajo el día de recoger cada cual sus ovejas al propio redil, cuando notó el dueño del cabrito merendado la falta de un individuo en el regimiento que constituia su hacienda: entonces hizo el sacrificio de matar otro, y para probar á sus convecinos que estaban en un error al creerle desprevenido de memoria para recordar la cifra del recuento, les convidó á almorzar obsequiándoles con la sobriedad que las costumbres vascongadas han formulado, pero con la mayor cortesanía imaginable.

Hubo alegría, sobró apetito y faltó la quimera que en otros paises sirve de postre; y concluido el almuerzo, sin grandes preparativos ni preámbulos, el anfitrión se dirigió á sus convida-

dos haciendo la señal de la cruz para demostrar que era cosa seria diciéndoles:

— Me falta un cabrito, ¿quién de vosotros sabe de él?

Sin dar tiempo á que se apercibieran del lance la mitad de los circunstantes, contestó el curandero:

— Yo por curarle le empeoré, tú le merendaste, y entre todos se aplaudió el asado la tarde de tal día. No te dije nada por que me ofendió mi poco tino, y por otra parte queria corregir tu abandono: entonces lo pagué en vino, ahora mi falta de franqueza la debo pagar con rogarte que me la perdones.

El curandero recibió en premio de su proceder unas cuantas chanzonetas de los compañeros acerca de su decantada habilidad; y el dueño del cabrito cojo, comprendiendo que no vituperaban la calificación de abandonado que se lanzara contra él por que la creían justa, fué desde entonces el mejor aparejador de su hacienda que haya existido, y la suerte coronó su laboriosidad.

En pocas provincias de España se sustanciaria tan pronto este pleito: es verdad que en ninguna fuera de Alava, Guipúzcoa y Vizcaya se hubiera dado lugar á él por la absoluta carencia de campesinos por estilo del *curandero*.

El hecho es histórico, todos sus detalles de sencillez é hidalguía verdaderos; no le falta mas que haber sido descrito por una pluma de mas correcto estilo.

LUIS DE CASTRO.

NUCH DE FULLALGUER.

El maestro de los hospitalarios, *Nuch de Fullalguer*, es un personaje cuyo nombre se encuentra oscurecido por el transcurso del tiempo, pero muy digno de brillar en las páginas de la historia que florece eternamente, por los eminentes servicios que prestó en las conquistas de Mallorca y Valencia.

Compañero inseparable del rey D. Jaime I de Aragon, conocido por el *conquistador*, nunca le abandonó en los peligros; siempre se encontró á su lado, ayudando con la espada y prudentes consejos en todas las empresas gloriosas de aquel valiente monarca. — Desde su juventud hasta el último suspiro, *Fullalguer* le sirvió con la lealtad y decision que es proverbial entre los caballeros aragoneses.

El cronista Benthier, cuando narra los sucesos que tuvieron lugar en la conquista de Mallorca, pone en relieve la condicion á que se veian reducidos los reyes por el feudalismo, en términos que D. Jaime se mantuvo, en medio de su grandeza, largas temporadas de la caza. Al emprender el cerco de Valencia hizo un gran sacrificio, despojándose de la joya de mas estima para poder comprar cuarenta caballos de su guardia. — Si los nobles no les ayudaban con soldados, rara vez podian emprender una campaña.

El 10 de mayo de 1233 se encontraba el rey D. Jaime en la villa de Alcañiz reponiéndose de la guerra sostenida con tanto valor como heroismo en Mallorca. — Descansaba tranquilo sobre sus laureles, cuando se le presentó demandado proteccion y amparo el árabe destronado en Valencia por el ambicioso Zaén. — Creyendo D. Jaime que era la ocasion favorable para aprovechar la division encarnizada de los árabes, no vaciló en convocar inmediatamente á todos los caballeros, nobles y prelados de la corte, significándoles lo útil que era emprender sin tardanza la nueva guerra de Valencia.

En la galería descubierta de su palacio de Alcañiz tuvo lugar la reunion; y el maestro de los hospitalarios, que siempre era el primero en tomar la iniciativa cuando se trataba de conquistar laureles á su patria, no hizo esperar mucho tiempo su palabra:

— No cabe duda, señor, — le dijo — que á vuestro heroico esfuerzo se debe la conquista de Mallorca. — ¿Por qué, pues, no emprendemos desde mañana la de Valencia? — Este fué el anhelo de vuestros mayores y este es mi ardiente voto en tan fácil empresa, contando, como contamos, con la generosa ayuda de los caballeros que nos honran con su presencia.

— Precisamente, noble Fullalguer, — contestó el rey — esperaba vuestro parecer en asunto tan grande para arrojarle á la contienda. Por lo que á mí toca hoy mismo montaría á caballo, empuñaría la lanza y os conduciría á la victoria; pero bien comprendéis, nobles caballeros, que necesito de vosotros si hemos de pisar la media luna.

— Mi dictámen, replicó D. Blasco de Alagon, es que se empiece sin perder momento: que no se hable de otra cosa que de la *guerra-santa* para derribar el estandarte africano de los muros de Valencia, y que apronten los nobles su gente de armas para la lucha.

Exaltados los ánimos por el amor de la gloria, todos los nobles y caballeros que formaban el círculo, recibieron con palmas de entusiasmo los discursos de Fullalguer y de D. Blasco. — En poco mas de una hora se convino el orden de la nueva campaña; juraron en seguida sobre la cruz de las espadas no dejar las armas hasta conseguir la rendicion de Valencia, y lanzaron

desde la galería de Alcañiz el grito de *guerra-santa*, que resonó como el trueno en todo Aragon.

Cada noble partió á su señoría á levantar su gente. D. Blasco se encargó de la toma de Morella, y Fullalguer con el rey, al frente de seis mil hombres, marcharon sobre Burriana, punto muy fortificado por los árabes.

Detenidos en el cerco de esta villa por la tenaz resistencia de los sitiados, la falta de víveres por una parte y por otra los continuos descalabros, hizo desmayar á los aragoneses hasta el punto de proponer á D. Jaime la retirada.

— Por mi corona, — contestó el rey, — no volveré á Aragon sin que antes sea señor de Valencia, ó perezca en la demanda.

La constancia envidiable de este valiente monarca, los consejos del maestro Fullalguer para no retroceder por muchas dificultades que ofreciera, conjuraron la tempestad apoyada por los nobles D. Jimenez de Urrea, D. Blasco de Alagon y D. Rodrigo de Lizana, que á todo trance querian retirarse.

Reunidos en la tienda del rey el Justicia mayor de Aragon, Perez de Tarazona, Fullalguer y todos los caballeros de su confianza, les arengó D. Jaime diciéndoles:

— Recordad, nobles caballeros, las promesas solemnes que hicieron los grandes del reino cuando en la galería de Alcañiz me juraron obediencia. ¡Ya veis lo que los cobardes ahora me aconsejan! Yo por mi parte, antes de retirarme, prefiero que una saeta traspase mi cabeza: que huyan los cobardes de la gloria, enhorabuena, con Fullalguer y con vosotros me sobra para continuar la guerra. Llamaré á los obispos, á los grandes de Cataluña, á las comunidades de mis pueblos, y con vuestro auxilio tomaremos á Burriana para que los contrarios se corran de vergüenza.

Organizado de nuevo el ejército y sin abandonar nadie su tienda, todos iban á porfia donde el honor les llamara. Estrechados en fin los árabes por las tropas al mando de Fullalguer y D. Bernardo Guillen, se dió el asalto obligando á capitular la fortaleza de Burriana el 16 de julio de 1233.

Una vez enarbolado ya el pendon de D. Jaime sobre este baluarte, que los árabes miraban como inexpugnable, tocó á la fama correr la victoria. La plaza de Peñíscola se rindió el 22 de setiembre siguiente, los triunfos sucedieron de corrida, unos por capitulacion y otros por la fuerza, rindiéndose los castillos de *Chisvert*, de *Cervera*, *Polpis* y *Uldecona*. — Las armas cristianas no se detuvieron hasta cercar el fuerte de *Moncada*, el cual fué tomado con mucha riqueza y dos mil cautivos que gemian en sus prisiones. — Ultimamente el 15 de enero de 1234 se tomó por asalto el castillo conocido por el Puig, en donde habiendo encontrado una imagen debajo de la gran campana — la *virgen hoy del Puig* — fué presentada al ejército como agüero feliz y como terminacion de la campaña.

El ejército victorioso de D. Jaime, compuesto de ocho mil infantes y setecientos caballos, desplegó banderas á la vista de los muros de Valencia el día 18 de octubre de 1234. El usurpador Zaén vino á atacarle con cuarenta mil infantes y ochocientos caballos; pero fué tan reñida la batalla, que D. Jaime para reponerse de las pérdidas tuvo que retirar sus tropas al castillo de Puig, jurando, sin embargo, no reparar el Ebro sin haber conseguido la conquista de Valencia.

Mas de tres años duró la tregua, y durante este tiempo hizo el rey moro proposiciones de paz, ofreciendo entregar los castillos y plazas que habia desde Valencia á Tortosa y desde este punto á Teruel. Ademas se obligaba á pagar el tributo anual de diez mil besantes (cada besante era de seis reales castellanos); pero sordo D. Jaime á las frecuentes embajadas de esta naturaleza, determinó poner el cerco á la ciudad en toda regla en la cuaresma de 1238.

Aumentadas las tropas con la gente de refresco que vino de Aragon y Cataluña, se puso en marcha todo el ejército entre victores y entusiastas aclamaciones á D. Jaime, no parando hasta sentar sus reales en el pueblo de Rusafa.

Combates parciales, escaramuzas diarias confirmaban cada vez mas el arrojo y la hidalguía cristiana, habiéndose ilumina-

do la ciudad y el campo sitiador la noche de S. Dionisio, de donde viene por tradición el adornar en tal noche las confiterías de Valencia como viva representación de los fuegos de aquel memorable sitio.

Habiéndose apoderado los caballeros de un arrabal de la ciudad, conocido entonces por la *Xarca*, y envuelto el rey en la lucha salió levemente herido en la cabeza. Irritado entonces el maestro *Fullalguer*, que iba á su lado, y con el ardiente deseo de una represalia, atacó la torre de Boatalla consiguiendo ponerla fuego y reducirla á ceniza con los defensores que había dentro; pero en esta empresa, tristemente desgraciada, sucumbió con gloria el varón esclarecido de la conquista, sin haber logrado presenciar la entrega de la plaza, lo cual tuvo efecto el 28 de setiembre de 1238, pocos días después de su muerte.

Gran sentimiento mostró el rey D. Jaime por la pérdida irreparable de su consejero y de su compañero de armas. Todo el ejército, puesto de gala, hizo los honores fúnebres cubriendo de negro los estandartes en señal de luto por tan esforzado campeón. — Y un personaje histórico como el maestro *Nuch de Fullalguer*, que tanto trabajó por enaltecer las barras de Aragón, bien merece que se le recuerde y se engrandezca su memoria.

JULIAN SAIZ MILANÉS.

PARIS FISICO Y MORAL

estudiado durante la exposición de 1855 por un español.

CUADRO SEGUNDO.

Resumen. *El extranjero recorre las tiendas. — Come sin ganas. — Se surte de ropa blanca sin saber por qué. — Concurrirá á los sitios públicos y se relaciona. — La Bolsa. — Los Bolsines. — Cafés-conciertos. — Bailes de medio pelo. — Bailes de pelo entero. — Mabilles. — Los empresarios y las grisetas. — Las grisetas solas.*

I.

Entre las muchas artes que los franceses poseen con preferencia á todos los demas hombres del universo, figura en primera línea el arte de vender. Como perfeccionamiento de este arte, han dividido su estudio en dos lecciones: la una pantomímica y muda; la otra cómica y hablada. En la primera se comprende el modo de arreglar las tiendas, la decoración, la forma de armarios y mostradores, colocación y casamiento de los objetos; en una palabra, la fantasmagoría, el espectáculo. La otra se refiere á la sonrisa, al guiño, á la chachara, cortesías, cumplidos, exageraciones, ofuscación, aturdimiento, socaíña, y á que nadie, en fin, salga de la tienda sin comprar.

Bello es, sin duda alguna, el pasear por las calles de París: cada cual de sus casas ostenta un almacén en su planta baja, un establecimiento industrial en el primer piso y veinte mas en todos los restantes y azoteas: bello es, decimos, el observar la exquisita coquetería, el orden admirable, la gracia seductora con que todo está dispuesto y decorado, en razón de los colores, tamaño y calidad de lo que se vende. — Desde el pulido zapato que, colocado en una horma admirable, luce toda su gracia en términos de que parece que va á andar, hasta el traje de la gran señora airoosamente puesto en un bello maniquí, cuya mano calzada de finísimo guante coge la arruga de la falda formando pabellón, y no de otra manera que si pasease por entre las alamedas de los Campos Elíseos sobre su ilustre dueña, así cuanto se refiere al adorno y vestido de las criaturas, todo está dispuesto para que entre por los ojos del deseo, signo precursor y casi imprescindible del acto de adquirirlo.

Otro tanto deberemos decir de los objetos destinados al ornato y compostura de las casas. Magníficos salones ricamente vestidos y amueblados que convidan á recibir visita en ellos; camas suntuosas, por entre cuyas cortinas de encaje se descubre un lecho preparado para echarse; bajillas distribuidas sobre mesas de comedor pidiendo manjares y convidados; un millar de

cubiertos de plata arrojados en montón y sin orden sobre un esparate que deslumbra por su brillo é incita por su valor; perlas brillantes y rubíes de gran tamaño y en número infinito llevándose tras sí los ojos del presumido ó del ambicioso; y hasta las pilas de monedas de oro y de billetes de banco con que los cambiantes anuncian su comercio, todo incitativo, todo codiciable, al alcance de la vista y de la mano todo, perturba las conciencias, rebela los sentidos y empuja al hombre hácia la adquisición de este metal con que se satisfacen tantos gustos y aspiraciones como desarrollan los tenderos de París.

No hablemos de la disposición en que presentan cuanto se refiere al arte culinario, y á la saciabilidad del apetito, su natural consecuencia. Los franceses que de un modo tan sibarítico comprenden y disfrutan los goces de la mesa; los franceses que se tienen, y hasta cierto punto con razón, por el único pueblo del mundo que sabe tomar la sopa; ellos que no comen para vivir, sino que viven y trabajan para comer, han llevado hasta la perfección el arte de exponer los objetos gastronómicos, en consonancia con sus refinados paladares y con su decidida afición á tenerlos complacidos.

Y antes de pasar adelante convendrá que rectifiquemos la absurda idea generalizada entre nosotros, de que en Francia no se hacen mas que dos comidas. Los franceses toman su desayuno por la mañana como el almuerzo de cualquier español; comen á las once, como se puede comer en cualquiera parte; toman indefectiblemente pasteles ó bizcochos entre tres y cuatro; vuelven á comer vorazmente á las cinco en punto, y no se acuestan jamás sin haber embaulado una parvedad frailuna capaz de tener en vela toda la noche á un mortero de aplaca. Esto sin contar con que en los cafés, en los paseos, en los teatros y cualquiera otro lugar de recreo hay siempre grandes mesas provistas de viandas pegajosas, las cuales desaparecen en los intermedios al son de las carcajadas, del chiste continuo con que salpican todas sus conversaciones. — En Francia, pues, se come tanto como se habla; y sabido es que en Francia se le da á la lengua como en ninguna parte.

Con tan felices disposiciones como las que ofrece ese pueblo para el asunto de que hablamos, fácil será ya conocer que no han puesto tanto esmero en adornar sus iglesias, como sus pastelerías, conserverías, reposterías, confiterías, dulcerías, fiambrerías, cremerías, licorerías, vinaterías, cafés, fondas, restaurantes, bufets merenderos y qué sabemos cuántas clases de establecimientos mas como tienen destinados para beber y comer á todas horas. — Las terneras escrupulosamente disecadas y brillantes de limpias, abiertas en canal á la vista del público sobre un fondo de marmol blanco y transparentándose á la luz del gas; toda clase de aves comibles desde la calandria hasta el faisán repeladas y casi creemos que teñidas á uso de dama de comedia, pues tal es el blanco mate y sonrosado arveoleo que ostentan, atasajadas en el primoroso asador que espera la orden del gastrónomo para volutar; jamones holandeses y españoles, con papalinas de encaje de papel; langostas como pavos puestas de pies y unidas de bracero; enormes peces con sus aletas extendidas haciendo como que nadan en lagos de cristal; y todo esto colocado en recipientes de china ó plata y adornado con guirnaldas de flores, y decorado de blanco y oro, sobre cuyos fondos reverberan torrentes de gas encendido desde media tarde; tal es el conjunto que ofrece á los ojos del viajero cualquiera de aquellos santuarios de Citeres y Baco, de cuyo culto son tan fanáticos observadores los franceses.

Mas si el extranjero hastiado ó poco carnívoro pudiera pasarse con desden por delante de tanta suculencia, no pasará de largo á buen seguro por frente de la puerta de un almacenista de frutos coloniales, que en anaquelera de color oscuro para mas evidenciar su surtido, y remedando á cuadritos pequeños la fisonomía del país á que debe su origen cada manjar, presenta entre palmeras los racimos de dátiles, y entre verdaderos pámpanos las uvas, y sobre praderas frescas los fresones, y entre hojas de plátano las guayabas; arbolitos frutales de todas las comarcas coronados de frutas, fuentes que saltan en todas direc-

ciones formando arcos como en el mas bello jardín, cascadas naturales por donde se despeñan torrentes de agua, á cuya humedad se abren las ostras y todo género de mariscos; naturaleza, propiedad y atractivo en fin, cual es imposible imaginarlo: y como si aun no fuesen suficientes ilusiones las del arte mudo, jóvenes hermosas vestidas de blanco, de torneado pecho y flexible cintura, con sus mangas de encaje á medio brazo, sus pulseritas de color, su mano aristocrática que da celos al agua; y un ademan, una apariencia, un tono de condescendiente timidez, de expansivo recato, siempre con la sonrisa en el semblante, siempre con la atractividad en los ojos, disponen, arreglan, trasladan, pesan y despachan los géneros; desprendiéndose de entre los unos y las otras tal lenguaje, que si los frutos dicen «comedme» y las fruterías «venid», el extranjero no puede menos de lanzarse y responder «allá voy.»

Hé aquí dibujado de un brochazo informe y sin perfiles, el cuadro que las tiendas de París presentan cada día á la consideración del viajero español, quien embobado con tanto artificio natural y tanta mentira verdadera, ó se surte de lo que no necesita ó paga á peso de oro y compra verde lo que en su patria no quiere sazonado y medio de balde. — Tal es el poder de la coquetería francesa.

(Continuará.)

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

NOSTALGIA.

POR

D. Antonio de Trueba.

(Continuación.)

Si hermosos son los campos y los bosques de mi país, decía, ¿qué no serán los de esta tierra, los campos y los bosques donde pasean y cazan los reyes y los artesanos! Si divertidas son las cacerías en mi tierra, ¿qué no serán aquí donde todo debe participar de la grandeza, de la superioridad y de la magnificencia de la corte! Ahí he visto los arrees de caza de D. Lucas y todo es rico, todo es precioso en ellos: ¡la escopeta y los frascos de la munición están guarnecidos de plata, y los botines, y el morral están bordados de seda! ¡Cómo me voy á divertir, Dios mío! Atravesaremos espesos bosques de robles y castaños, vadearemos claros arroyos y espumosos torrentes, y desde lo alto de una roca, de la cumbre de una colina ó de la copa de un árbol veré al jabalí acosado por los perros, y al declinar la tarde, cuando hayamos reunido gran cantidad de hermosas reses, iremos á reponernos de la fatiga bajo los emparrados ó los nogales que sombrean los caseríos, donde se nos ofrecerá rica leche y frescas y regaladas frutas. Y al volver á Madrid, ¿con qué orgullo, con qué alegría atravesaremos esas calles con grandes cuerdas de perdices á la espalda y conduciendo de la rienda caballerías cargadas de jabalíes y liebres!

Llegó por fin el anhelado domingo. El cielo amaneció completamente despejado, el sol despuntó mas hermoso que nunca, y un recio viento que había soplado durante la noche anterior, había secado el piso. Todo contribuía á hermosear el día destinado á compensar á Angel de sus padecimientos durante la semana.

D. Lucas había dicho la noche anterior á los dependientes en presencia de los principales, que eran fieles observadores de los preceptos religiosos:

— Levantarse mañana temprano para oír misa antes de salir al campo.

En efecto, los dependientes lo mismo que D. Lucas se levantaron temprano, pero no para ir á misa. ¡Qué importaba la misa á D. Lucas cuando se trataba de una cosa tan interesante como la caza, que era su diversión favorita!

A cada dependiente señaló D. Lucas su tarea. Angel se encargó de hacer tacos de esparto, Manuel de llenar de pólvora

los frascos y de perdigon las bolsas, y Cipriano de proveer de pistones las pistoneras.

Llegó la hora de partir. D. Lucas, Manuel y Cipriano se calzaron fuertes botines, se echaron á la espalda grandes morrales, y se armaron no solo de escopetas de dos tiros, sino tambien de excelentes cuchillos de monte, sin olvidarse de echar un buen puñado de balas en los bolsillos.

Angel los contemplaba lleno de gozo, porque decía para sus adentros:

Esos fuertes botines, esos grandes morrales, esos cuchillos de monte y esas balas significan que vamos á recorrer espesos y ásperos montes, que la caza ha de ser abundante, y que tendremos que habérnoslas con terribles jabalíes, y aun acaso con lobos.

Pero lo que confundía al pobre niño era el ver que D. Lucas disponía que fuesen con ellos los perros Leon y Pili, dos gozqueillos cuya débil resistencia se avenía mal con los peligros y la ruda fatiga de una cacería como la que él se figuraba.

Salieron al fin y tomaron calle abajo.

— ¡Qué barata va á valer mañana la caza! decían algunas personas al verlos.

Y Angel, que no comprendía el sentido irónico de estas palabras, se afirmaba mas y mas en la idea que de la cacería había formado.

X.

• Cuando dieron vista á la puerta de Toledo, Angel se estremeció de placer: algunos pasos mas é iba á encontrarse en el campo, iba á recrear la vista con la contemplación de una hermosa perspectiva, pues si las de su país eran sorprendentes, ¿cuánto no debían serlo las que ofreciesen las cercanías de Madrid, las cercanías de la capital de España, donde todo debía ser grande, magnífico, admirable!

Allá al frente, se decía, se descubrirá una alta montaña cubierta de gigantescos árboles; á un lado se verá una verde colina coronada por un misterioso y sombrío castillo medio arruinado; hacia el lado opuesto se alzarán quebradas rocas entre las cuales se despeñarán con roncó bramido los impetuosos torrentes, y al pié de los montes se extenderá una deliciosa vega sembrada de blancos caseríos y regada por un caudaloso río, en cuya orilla se destacará el nevado techo de los molinos.... Ese encantador espectáculo debe aparecer de repente á mi vista.

Y Angel, viendo que se acercaban ya á la puerta, bajó la vista con el firme propósito de no alzarla, hasta sentir bajo sus piés la yerba del campo, para poder así abarcar de repente el hermoso paisaje que se figuraba.

No una alfombra de menuda yerba, sino la arena y el airecillo sutil de Guadarrama le hicieron conocer que se hallaba ya en el campo. Entonces alzó con prontitud la vista y trató de abarcar con ansia el paisaje que tenía delante. ¡Ay! ¡Cuán diferente era aquel paisaje del que él había soñado! Al frente: cortaban el horizonte los áridos cerros de S. Isidro, coronados no de gigantes arboledas y misteriosos castillos, sino de ahumados tejares y tristes cementerios circuidos de tapias de tierra. A la izquierda, la estéril y monótona llanura cuyos accidentes mas bellos son el cerro de los Angeles y el cerro negro. A la derecha, los míseros ventorrillos y los escuetos ribazos que dominan al puente de Segovia. Y en la llanura: ¡el triste Manzanares arrastrándose penosamente entre muladares y lavaderos!!!

El desaliento y la tristeza se apoderaron de Angel. Sin embargo aun no perdió completamente la esperanza de dar con el paraíso de sus sueños.

Sigamos adelante, dijo, que tal vez al trasponer aquellos cerros descubrirán mis ojos un paisaje menos árido y triste que el que descubren desde aquí.

Y siguiendo á sus compañeros pasó el Manzanares por el puente de S. Isidro. D. Lucas se detuvo allí haciendo señas á sus compañeros para que guardasen silencio. Obedecieronle todos y él se adelantó algunos pasos, de puntillas, con la espalda encorvada y preparada la escopeta.

Angel creyó que alguna liebre ó cuando menos alguna han-

dada de perdices había descubierto D. Lucas. Este disparó al fin su escopeta, exclamando loco de contento:

— ¡Ya cayó! ¡Ní la paz y caridad le levanta!

Y desapareció entre los sauces que bordeaban el río. Algunos instantes después volvió a aparecer mostrando triunfante... una pajarita de agua que acababa de matar!

Las ilusiones de Angel recibieron un nuevo y terrible golpe. ¿Qué cacería era aquella en que los cazadores se alborozaban tanto con la muerte de un pajarillo? ¿Para qué eran aquellas balas, aquellos cuchillos de monte y aquellos morrales?

Nuestros cazadores treparon a los cerros de S. Isidro, y Angel dirigió la vista al nuevo horizonte. ¡Tambien allí por todas partes áridos cerros..., pelados ribazos por todas partes y algunos árboles raquíticos, y algunos zarzales en el arroyo de Luche!

D. Lucas no desmayaba como Angel. Atravesando sembrados en persecucion de alguna alondra, se fué alejando, alejando seguido de sus compañeros. Angel se cansaba, y Leon y Pilis tambien. Angel se sentó rendido en una linde, y los perros, rendidos tambien, se tumbaron en un surco; pero D. Lucas dió un pescocón al niño, é hizo una caricia á los perros obligando al primero á cargar con los segundos.

Tú que no puedes llevárame á cuestas,

Recurriendo D. Lucas el arroyo de Luche, saltó un conejo de entre sus piés. D. Lucas le disparó á boca de jarro, pero el conejo continuó su camino sin la menor novedad.

El cazador echó un *pecado* asegurando que el animal iba herido; pero que la pólvora no remataba. ¡Y á todo esto, el pobre Angel que no podía ya con su cuerpo y ménos aun con su alma, continuaba cargado con los perros!

En estas y las otras la tarde fué declinando, y nuestros cazadores tomaron la vuelta de Madrid trayendo en el morral hasta media docena de pajarillos. Angel se quedaba atrás de cuando en cuando; pero D. Lucas le ayudaba ora echándole un *pecado*, ora dándole un puntapié; pero no tan fuerte que el chico fuera á caer y lastimar los perros.

¡Eran tan monos Leon y Pilis!

Cerca de la puerta de Toledo los alcanzó un cazador que llevaba cuatro conejos.

— Hola, tío Lobo, le dijo D. Lucas. ¿Parece que se ha hecho negocio?

— Así, así, señor D. Lucas. ¿VV. que tal?

— Calle V., hombre, que estoy desesperado con esta maldita pólvora.

— ¿Pues qué es lo que tiene? ¿Estará húmeda?

— No señor. Es que no remata. He tirado hoy mas de veinte tiros y se han marchado heridas las piezas.

— Pues lo que es á mí, la que se me marche que me la claven en la frente. Tengo una pólvora de contrabando que es de jo que no hay.

— Hombre, ya podía V. venderme un par de libras.

— Con mucho gusto, señor D. Lucas. Un día de estos se las llevaré á V.

— Corriente. Hombre, vamos á ver esos animalitos.

— Véalos V. Son buenas piezas.

— Sí que lo son. Por supuesto, gestos serán para la plazuela?

— Sí señor. Como que uno vive de eso....

— Pues me voy á quedar con ellos yo.

— Como V. guste, señor D. Lucas.

— Con que cuánto le doy á V. por ellos?

— Lo que V. quiera.

— Vamos, ahí tiene V. un duro.

— Gracias, señor D. Lucas; que VV. los coman con salud. Con que hasta más ver, señor D. Lucas y la compañía.

— Qué vaya bien, tío Lobo.

El tío Lobo se adelantó á los dependientes de Quijano. Don Lucas se apresuró á engalanar su cinto con los cuatro conejos. Poco después entraba en Madrid tan ancho que no cabía en la calle de Toledo, dando enojos á los que aquella misma mañana se habían burlado de él.

(Concluirá.)

CAMINO DEL CIELO.

BALADA.

Á MI QUERIDO AMIGO JAVIER DE RAMIREZ.

La madre está de pechos
do está su hijo
la ventana,
viendo caer la nieve
lenta y pausada.
Todo blanca;
rediles y collados,
campos y breñas.

No teme que á la cuna
do está su hijo
lleve cuajados copos
del viento frío.
— ¡Ay, pobre madre!
Aquella cuna encierra
solo un cadáver.

Por eso miran tanto
sus ojos fijos
de la nieve y el viento
los remolinos
por eso exclama
con doloridos ayes:
«¡Hijo del alma!»

«¿Por qué no murió un día
de primavera,
como flor que á los cielos
vuelve su esencia?»
— ¡Ay, cuántos pájaros
fueran con él gozosos
aleteando!»

«¡Oh! pero en esta tarde,
solo y sin guía,
luchando con las nubes
y la ventisca,
mi pobre ángel
irá muerto de frío
por esos aires!»

Es ya la media noche....
sigue nevando....
— La madre abraza al ángel
en su regazo.
De la ventana
voló en su busca al cielo. —
¡Ha muerto helada!

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Entre todos los seres de la creacion la mujer es la joya mas admirable que ha salido de manos del Criador.

Director y propietario, D. EDUARDO GASSET.

Madrid.—Imprenta de la VIUDA DE PALACIOS.



EL CLAUSTRO DE LA CATEDRAL DE OVIEDO.

Hé aquí uno de los monumentos de que puede justamente envanecerse Asturias. Toda la riqueza, majestad y gallardía de los mas acabados tipos del género *gótico-germano* se ostentan en él. Además de sus bellezas artísticas, guarda este claustro un tesoro de leyendas milagrosas y de memorias de la historia ovetense, puesto que en su mayor parte ocupa el solar del primitivo palacio de los reyes (1) fundado por Fruela al mismo tiempo que la ciudad, destruido por los moros en tiempo del bastardo Mauregato, y restaurado por Alfonso el Casto que viera en él la primera luz. Allí vino por veces repetidas este esclarecido monarca á reposar despues de sus gloriosas conquistas y á meditar otras nuevas, y allí recibió los embajadores de Carlo-Magno, y

(1) Extendiase por el espacio en que se hallan hoy el claustro, el palacio episcopal y la plazuela que media entre ambos. En esta, al abrir los cimientos para una casa, se encontró há pocos días una piedra delicadamente esculpida del mismo gusto y tal vez de la misma mano que los adornos de Santa María de Naranco, iglesia del siglo IX, piedra que es sin duda un vestigio de la primera morada de los reyes de Oviedo (Carballo, *Antigüedades de Asturias*. Espinosa, *Comentarios de la iglesia de Oviedo*).

de los emires de Córdoba. También fueron en este palacio los desgraciados amores de Jimena y el conde de Saldaña, el nacimiento de Bernardo del Carpio, la muerte del Casto rey, las terribles sentencias del severo Ramiro, *el de la vara de la justicia*, el extraño suceso del obispo Ataúlfo de Compostela y un toro (1).

(1) Cuentan las viejas crónicas de Asturias y otras posteriores, que tres esclavos de la catedral de Compostela llamados *Zador*, *Chadon* y *Astion* acusaron á su obispo *Ataúlfo*, conocido por la santidad de sus costumbres, del enorme pecado de sodomía. Indignado el rey Ordoño I llamó á Oviedo al prelado que acudió obediente, y antes de entrar en el alcázar regió celebró misa. Aun revestido con los ornamentos pontificales iba á presentarse al irritado monarca, cuando este mandó soltar contra él un ferocísimo toro: Ataúlfo hizo la señal de la cruz y se acercó tranquilamente á la fiera, que depuesta su bravura bajó humilde la cerviz y se dejó arrancar tranquilamente ambas astas, con cuyo prodigio se hizo patente la inocencia del obispo, que al volver á su sede murió en el lugar que hoy conserva su nombre cerca de Grado, donde se vé su sepulcro venerado cual el de un santo. Los esclavos calumniadores fueron condenados á la hoguera y los cuernos del toro colgados, para memoria, de las bóvedas de la catedral de Oviedo. Espinosa, que escribió sus comentarios en el siglo XVII, dice que en su tiempo ya habían desaparecido.

43 DE ABRIL DE 1856.

la proclamación de Alfonso el Magno y la muerte del tirano Fruela, conde de Galicia, que le usurpó el trono. Aquí fué el teatro, en fin, de los principales sucesos de los reyes de Oviedo, hasta que cambiaron esta su morada por el palacio de S. Juan, que Alfonso el Magno construyó contiguo al castillo ó fortaleza (1). En el claustro de que hoy nos ocupamos se ve la antiquísima capilla subterránea ó sea cripta de la cámara santa, cuya robusta fábrica se remonta al siglo VIII, que lleva el nombre de *Santa Leocadia*, en memoria de haber sido allí depositado el cuerpo de esta animosa virgen, que en 775 trajeron de Toledo los cristianos que huían de las persecuciones de Abderraman, califa de Córdoba, y que fué trasladado al monasterio de *San Eislano* en Flandes, en tiempos de Alfonso VI, por cierto paladín á quien este rey lo concediera en recompensa de sus hazañas (2). Igualmente se guardaron en este lugar las reliquias de los mártires *Eulogio* y *Leocerica*, desde 884 que fueron pedidas á Córdoba por el piadoso Alfonso el Magno, hasta 1300 que se trasladaron á la cámara santa, con motivo del milagro atribuido á la intercesión de aquellos santos de haber restituido la vida y el habla al arcediano *Rodrigo-Gutiérrez*, acometido de un terrible accidente. También fué esta capilla la estancia donde, según las piadosas tradiciones del país, se fabricó la misteriosa cruz de los ángeles (3), con que el santo rey Alfonso el Casto enriqueció la catedral que acababa de fundar. — Muy cercana á Santa Leocadia se ve la puerta que daba entrada á la capilla de los *Romeros*, que ya no existe, y que era destinada para sepultura de aquellos devotos cristianos que en la edad media venían desde lejanas tierras á visitar las santas reliquias de Oviedo. — Después el solar de esta capilla fué dedicado á enterramiento de los canónigos, por lo que conservan la costumbre de venir á este sitio en el día de los difuntos á orar sobre los restos de sus antecesores. También venían en otros tiempos por esta parte los monjes del vecino monasterio de S. Vicente á celebrar los divinos oficios en la catedral. A pocos pasos de la que fué capilla de los *Romeros* se ve empotrado en lo alto de la pared el sarcófago del celebrado *D. Pelayo*, obispo y natural de Oviedo, erudito aunque no muy verídico cronista, gran privado de Alfonso VI y que ciñó la mitra desde 1098 hasta 1136 en que la renunció (4). El epitafio latino que allí se lee ofrece la particularidad de ser escrito por el mismo D. Pelayo, por lo que no lleva la fecha de su muerte que aconteció en 1143. Puede traducirse así:

«Este es el sepulcro de Pelayo, obispo de Oviedo. Cualquiera que tú seas el que lo miras y que también ves florecer las maravillas del Dios celestial, contémpalas con entera confianza. Así que eres lo mismo que él fué, y que muy pronto serás lo que es ahora, porque la vida se desliza tan breve como el agua ligera, te pido que con todas tus potencias ruegues al Señor me conceda el descanso que él tan solo puede dar. — Di por mí el DE PROFUNDIS y también el MISERERE.»

Contigua á la tumba de que acabamos de hablar está la primitiva portada, hoy tapiada, de la vieja capilla que sirve de sala de capítulo, en la que se celebraron concilios y cortes en los siglos XII, XIII y XIV y donde, por costumbre inmemorial, se reunía la junta general del principado. — Allí esta corporación popular, vivo recuerdo de las pasadas glorias de Asturias, lanzó

antes que otra alguna, el 9 de Mayo de 1808, el robusto grito de guerra y libertad que derribó al coloso del siglo y devolvió la dignidad é independencia á nuestra patria. También está en el claustro que sirve de objeto á estas líneas la puerta churriguesca que data del reinado de Felipe V, y que actualmente sirve de ingreso á la mencionada sala capitular y al muy preciado archivo de la catedral, uno de los mas ricos de España, aunque devastado por veces repetidas (1). — Entre los códices que allí se conservan son dignos de especial mención el famoso *Libro gótico*, curiosa recopilación de los privilegios y donaciones reales hecha en el siglo XII y enriquecida con extrañas miniaturas, el *Libro-becerro*, la *Regla colorada*, la *Regla-blanca* y la *Preciosa*. — El local que ocupa el archivo es el antiguo *Gimnasio* ó escuela de teología. — Sepulcros, tumbas llanas, é inscripciones de grande interés para el arqueólogo cubren profusamente los muros y el pavimento de este claustro, del que podemos decir repitiendo las palabras de Victor-Hugo que «es una gran crónica escrita en piedra.» Hé aquí la traducción de algunos epitafios:

El Inclito Archilevita G.... que fue ensalzado por sus méritos está aquí depositado. Este es aquel á quien la fama proclamó por prudente, generoso, complaciente, y amigo verdadero. Fué maestro y ejemplo de buenas costumbres, noble y urbano, lo que mostró cumplidamente distribuyendo á manos llenas sus bienes. Regentando en esta iglesia una escuela de derecho, dió á conocer su saber con sus lecciones. — Corría la Era milésima-centésima-trigésima-séptima, cuando se le erigió esta memoria.

(Año 1099.)

Yo Arias, Cantor, y Poeta de las cosas de Dios, en todas partes, te ruego, ¡oh Jesucristo! que recordando no mis buenas obras, no aquellas de mi vida que puedan haberte sido agradables, sino que por mí has nacido, que por mí has padecido y que por mí fuiste sepultado, me mires con piedad y me juzgues con indulgencia. Si pones ciento después de mil y á todo esto agregas ocho veces diez, sumará el número de la Era.

(Año 1142.)

Las buenas obras, anunciara el buen fin de Roderico, digno de alabanza porque combatió la ignorancia con el saber y mostró costumbres excelentes. Fue honrado, y esclarecido, en todo, y por algun tiempo ejerció el cargo de Sacrista. — Que la Virgen madre le ilumine. Era MCCCXXXIV.

(Año 1186.)

Al muy afable y urbano Dean Juan-Pérez-Scallo, arrebató la muerte muy pronto. Fue decidido defensor del dogma, humbrera del clero y Doctor en sagradas letras. — En tanto floreció en el mundo, nunca se apartó de lo honesto, y Oviedo lloró la muerte de este su hijo. Que Dios perdone sus culpas. Era MCCCXLVI. Nunca será olvidada la conducta que observó como Presbítero.

(Año 1308.)

En esta tumba descansa, el Sacrista Pedro. Que la Virgen piadosa te sea propicia. ¡Oh tú que vives entre los mortales! juzga por ti mismo y desprecia los bienes temporales. — La muerte inexorable lo igualó con los demás, en la Era MCCCXC.

(Año 1252.)

¡Caminante! Detente un poco por mí que fui Rector de las Escuelas, y que marehando delante de ti, rogué por ti y lloré

(1) Ya en 1500 el obispo de Oviedo *D. Juan Daza* pidió y obtuvo varios libros antiguos para satisfacer la curiosidad de los reyes. También Felipe II hizo sacar algunos códices para enriquecer la biblioteca del Escorial, y finalmente en estos últimos tiempos, y por razones de todas conocidas, se vió despojado este archivo de los mas de los instrumentos antiguos que contenía.

(1) Este es el hospital de S. Juan convertido hoy en colegio.

(2) (Yepes, *Cronica de S. Benito*. — Espinosa, *Comentarios de la iglesia de Oviedo*. — Carballo, *Antigüedades de Asturias*). El cuerpo de Santa Leocadia permaneció en Flandés hasta 1590, que á instancias de Felipe II fué restituido á Toledo. Hoy se conserva en la capilla de aquella catedral llamada el *ochavo*.

(3) No podemos menos de lamentar aquí el lastimoso abandono en que se ve esta antiquísima y veneranda capilla convertida por los canónigos de Oviedo en almacén de piedras, cuando con gasto escaso podría ser restituida al culto. Aun en el siglo XVII se celebraba en ella misa y se mostraban los respectivos sitios que ocuparan los tres fétros de Santa Leocadia, S. Eulogio y Santa Leocerica.

(4) Sus principales escritos son: una Crónica continuación de la de Vampiro, obispo de Astorga, y que comprende los reinados de Bermudo II, Alfonso V, Bermudo III, Fernando I, Sancho II y Alfonso VI, y la Historia de la santa arca de las reliquias de Oviedo.

tus pecados. — Haz bien por Cristo en tanto estés en el mundo, pues la vida pasa tan rápida como el aire sutil, y todos los goces temporales nada duran y nada sirven, para alcanzar la gloria de Dios. — Yo Rodrigo, reducido á polvo por la muerte, abandonando con la vida todas las cosas, descendí á este tumulto convertido en carne podrida y fétida, mezquino depósito de cenizas que desaparecieron muy en breve. Se erigió este monumento corriendo la Era MCCCLV.

(Año 1316.)

Aquí paró de la vida, el venerable Archilevita-Alfonso. En todos tiempos fue su conducta honesta. Era discreto y entendido. Ahora sumido en esta tumba, y convertido en ceniza, permanece olvidado y nada de él existe. — Inclinado siempre á Dios, este le fue propicio. — Fue en la Era mil trescientos setenta y cuatro, cuando se hizo este monumento.

(Año 1336.)

¿De qué le sirven al hombre las glorias, los honores y riquezas si todo perece y se convierte en cenizas? Del Dean Fernando nada resta mas que la tumba. — Para qué pues adquirir tanta fama en el mundo, si en el instante la muerte la destruye. — Si á mil años tres veces ciento, y luego veinte y uno, encontrarás la Era en que acabó.

(Año 1281.)

Aquí yace sepultado el muy agradable Cantor P. Estevan, de excelentes prendas, y amigo verdadero. Mostró la mayor probidad en el cuidado de este Templo, cargo que se le había encomendado. Sus méritos y virtudes, nos movieron á llorar sobre su tumba. — Dios se haya compadecido de el mirándole como hijo suyo. Sumando mil, con ciento, triplicado, con diez y con ocho se hallará la Era.

(Año 1280.)

Del primitivo claustro bizantino que contenía las celdas y rectorio de los canónigos, que en aquel tiempo vivían en comunidad, nada resta á excepcion de la primitiva portada de la sala capitular que antes mencionamos, algunos bajo relieves (1) y varias de las inscripciones sepulcrales. La construccion del actual tuvo principio en 1300, siendo obispo de Oviedo D. Fernando Alfonso Peláez, de lo que nos presentan una prueba algunos antiguos instrumentos en que se lee: «que por aquellos dias los canónigos celebraban sus cabildos en el coro, pues no podían pasar á la sala capitular, que estaba en el claustro, por estar trabajando en este.» Largo tiempo se dilató la continuacion de tan suntuosa fábrica, pues vemos que en 1345 no estaba aun determinada. El 4 de julio de aquel año llegó á Oviedo Alfonso IX con objeto de visitar la devota basilica del Salvador, y rendir gracias al cielo por la victoria del Salado, y otras no menos señaladas que alcanzara sobre los moros. Hallándose el mismo dia adorando las reliquias en la cámara santa ofreció al obispo D. Juan Sanchez y á su iglesia, entre otros muchos dones, «dos pares de vestimentas ricas para preste, diácono y subdiácono, todas de brocado, y siete capas de seda de la misma labor para oficiar en el coro, un cáliz de oro, una cruz dorada, dos lámparas de plata, un rico paño de seda para hacer ornamentos y 24000 maravedis para la obra del claustro.» — En muestra de gratitud á tanta largueza, dispuso el cabildo en el instante se colocase la *efigie real* en la nueva fábrica. Muy cerca de la puerta que comunica al claustro con la catedral, se conserva una maltratada estatua con corona en la cabeza y espada en la mano, vivo testimonio de lo que acabamos de asentar (2). También entonces se obligaron los canónigos á hacer anualmente sufragios

(1) Uno hay incrustado en un panteon y que representa al Salvador; por lo toco de su ejecucion no puede menos de atribuirse al siglo VIII.

(2) Es de madera y muestra algunos restos de los dorados que en otro tiempo la embellecieron. La circunstancia de tener la barba larga, y ciertos accidentes que se notan en el traje, hacen suponer no sea esta la estatua de Alfonso XI construida en 1345, sino una renovacion de aquella.

por el alma del monarca bienhechor. — En los primeros años del siglo XV el obispo D. Diego Ramirez de Guzman costó el pavimento del claustro, y tan solo del XVIII data la construccion de la parte superior que contiene librería, guarda-ropa y otras dependencias. — Finalmente en época posterior una mano profana, tal vez la misma que osó embadurnar de cal y groseros colores la majestuosa bóveda y las inscripciones góticas, afeó los gallardos arcos de Alfonso XI con una pobre verja de madera, que tiene por objeto custodiar el abandonado jardin que aquellos circuyen. — El claustro traza un rectángulo cuyos lados mayores están divididos en cuatro grandes ojivas y los menores en tres. Todas son bellísimas y caprichosamente ejecutadas. Una está formada por quince grupos que expresan un mismo asunto, aunque de composicion distinta; tal es el arcángel S. Miguel arrojando al diablo al infierno. Otra ojiva la dibuja una delicadísima guirnalda de pámpanos y racimos de uvas escultada con primor. En su centro, y formando la peana de una estatua que ya no existe, hay cierta especie de Sileno cristiano, tal es un fraile, en cuyo rostro se deja ver hábilmente expresada la estupidez de la borrachera, con un jarro en la mano. — Los chapiteles de las columnas son también notabilísimos, y su estudio de gran valía para la historia del arte. Todos contienen una larga serie de figuras que representan asuntos bíblicos y profanos, de los que algunos son indescifrables. Citaremos un ejemplo. De una horca se ve colgado un zorro: varios gallos armados con lanzas rodean el patíbulo y otro toca una trompeta. — En el mismo chapitel está una iglesia de donde sale el cortejo fúnebre del muerto zorro, al que varios gallos honran con las últimas ceremonias de la iglesia: uno tiene el hisopo, otro el libro etc., etc. (1). Cercanos á la estatua de Alfonso XI hay dos chapiteles dignos de especial descripcion. Aparece en el uno el rey D. Favila á caballo, rodeado de perros de caza y seguido de un montero, atravesando con un venablo al terrible oso que le quitó la vida. Debajo está la historia del martirio de S. Juan Bautista. Vese allí al rey de Judea, Herodes Antipas, sentado al suntuoso banquete con que celebraba su cumpleaños, y al precursor vestido de pieles, cual lo pinta el Evangelio, que entra en la sala del festín á reconvenirle por sus incestuosos amores con Herodías, esposa de su hermano Felipe. Despues está otra vez el monarca en su trono y delante de él Salome, la hermosa hija de Herodías, pidiéndole en recompensa de la rara habilidad que habia mostrado en la danza, le concediese la cabeza del Bautista. Sigue despues el mismo precursor, vestido de una larga túnica y extendido sobre una especie de cruz, á la que le sujetan con gruesas cuerdas varios sayones, lo que representa, segun creemos, la rigurosa prision que sufrió en el castillo de Maqueronta. Ultimamente aparece el Bautista de rodillas, pero ya decapitado, y un verdugo que presenta la cabeza al rey. Para significar tan complicado asunto, fueron necesarias multitud de figuras, que á pesar del corto espacio en que están agrupadas aparecen sin confusion y bien determinadas. — El otro chapitel que indicamos, es no menos curioso. En la parte superior esta representada la adoracion de los reyes magos, y en la inferior el nacimiento de Eva, durante el sueño de Adán, la escena de la manzana y el querubín, que con la espada de fuego en la mano arroja del Paraíso á nuestros primeros padres. A continuacion se ve una mujer que azota á un hombre sobre el que cabalga, y al que sujeta con un freno como á un caballo, en tanto que otra mujer desde lo alto de un castillo, de igual forma que la que ostentan los escudos reales de Castilla, parece lamentarse de presenciar tan humillante escena. — ¿Seria, tanto en esta escultura como en la que antes describimos, la idea del artista recordar los desaciertos y la degradacion á que conducen al hombre el amor desordenado

(1) A este raro capricho de escultura alude cierta cancion muy vulgar entre los aldeanos de Asturias que dice:

«Dónde vienes gallo
Que vienes tan lloroso,
Vengo de ver
El entierro del raposo.»

á una mujer y la sumision ciega á sus exigencias?..... ¿Querria aludir á los adúlteros amores de Alfonso XI con Doña Leonor de Guzman, á los que aquel monarca estaba tan supeditado á la sazon y que tantos disturbios hicieron llover sobre Castilla?..... ¿Seria su intento poner de manifiesto al padre de Pedro el Cruel la humillacion á que le redujera su manceba, las terribles consecuencias á que se exponia con sus flaquezas como Adan y Herodes, y finalmente le presentaria el ejemplo del desdichado Favila para mostrarle que los reyes no deben entregarse al solaz sino al gobierno de sus estados, y en el de los Magos lo agradables que eran á Dios las ofrendas, como las que acababa de ha-

cer á la catedral de Oviedo, que le conquistaran el honor de ser colocada su estatua entre las de los santos? Sabida es la osadia de los arquitectos y escultores de aquel tiempo, que cubrieron los templos y los altares con grupos de figuras obscenas é ignominiosas, con objeto de ridiculizar y poner de manifiesto los vicios de los magnates que á la sazon vivian, bien fuesen legos ó eclesiásticos. Esto hizo decir á un erudito escritor de nuestros dias que «si en la edad media no existia la libertad de imprenta, habia en cambio la libertad de la arquitectura.»

NICOLÁS CASTOR DE CAUNEDO.



LA GRAN PLAZA DE MEJICO.

Sobre el solar de la antigua *Fenochtittlan* está situada la ciudad de Méjico, corte que fué del grande imperio de los Aztecas, residencia despues de los vireyes de España y capital ahora de la república mejicana y del departamento de su nombre. Cuenta mas de 200,000 almas, y es la tercera ciudad de América por su poblacion. Ocupa un plano cuadrado que encierra un interior verdaderamente magnífico, pues casi todas las calles son largas, rectas y empedradas con anchas aceras, el caserío de buena arquitectura y tiene edificios numerosos de grande suntuosidad y mérito, tal y como la catedral, que es el templo mas rico de toda América, el palacio del virey, residencia al presente del jefe de la república, la casa de moneda y el edificio de la *mineria*, de costosisima construccion y de tan bella arquitectura, que dá que admirar aun á los conocedores de los mas reputados monumentos de Europa.

Encierra ademas la antigua ciudad española otra porcion de edificios de segundo orden de la época de nuestra dominacion, que seria prolijo determinar.

La gran plaza cuya vista ofrecemos á los lectores del SEMANARIO, con la misma impropiedad de perspectiva con que ha lle-

gado á nosotros, para no quitarle la verdad del conjunto, tiene 450 varas de largo por 280 de ancho, y es el emporio del lujo y de la riqueza de la ciudad.

Méjico se distingue tambien por sus muchos establecimientos científicos y literarios, debiendo hacerse particular mencion de las bibliotecas de la universidad y la catedral, el museo de antigüedades mejicanas, el gabinete de mineralogia, la academia de bellas artes, una sociedad para estimular las industrias y la grande escuela lancasteriana. Los habitantes son ingeniosos y discretos, con bastantes puntos de contacto en su carácter con el de los españoles, á los que teniendo motivo sobrado de antipatia demuestran no obstante marcada deferencia.

Desde 1821, en que se emancipó por completo de la dominacion española, la república mejicana ha encerrado en los límites de una revolucion interminable la historia de su nueva era, desengaño digno de tomarse en cuenta, por los que pretenden establecer nuevos sistemas politicos en los pueblos, sin elaborar antes la preparacion que los mismos pueblos necesitan. Méjico, que hubiera logrado naturalmente su independendencia, sin mas que remitir al tiempo, por algun tanto mas, la ocasion; ilustran-

do á sus hijos, hubiera hecho quién sabe si la gran revolucion de América, ó la revolucion social inaugurada despues por Europa.

Un caudillo americano, de mejores prendas que fortuna, ha arrancado de su corazon con el aliento de la última esperanza, una tristísima frase, que encierra en sí, con la prueba de la justicia de nuestras consideraciones, un terrible anatema para los hijos del nuevo mundo. *En América, dijo, hay que agradecer la libertad de emigrar.*

PARIS FISICO Y MORAL

estudiado durante la exposicion de 1855 por un español.

(Continuacion.)

II.

Paseando cierta mañana de junio por la exposicion permanente de París, por aquel *Boulevard de los Italianos*, inmensa calle de Alcalá atravesada cada medio minuto por un omnibus (observado) y cada segundo por diez diferentes carruajes; arteria principal que se desprende del corazon comercial de la villa, representado en el Banco y en la Bolsa; avenida de los puntos mas bellos y principales; centro en fin de la elegancia y de la moda, porque tal lo han querido los parisienses; paseando, decíamos, por sus anechas aceras un compatriota nuestro, no muy dado á la malicia, pero tampoco sobrecojido de estupidez, acertó á divisar por entre las bordadas muestras de una lujosa camisería, el rostro mas peregrino de hermosa camisera, que pudiese surtir á los dioses del olimpo, si aquellos dioses, tan aficionados como eran á muchachas guapas, lo hubiesen sido igualmente á gastar camisa.

Con una apariencia de diez y ocho años, una frescura de diez y ocho primaveras, una templanza de diez y ocho abriles y una poderosa seduccion de diez y ocho abrazos, permanecia la niña al lado de su madre con los ojos caidos sobre la costura, los tirabuzones caidos sobre los ojos, y la mirada de nuestro paisano caída sobre ella.

A hallarse menos surtido de camisas que lo estaba, entra seguramente el español por otras, para tener el placer de contemplar de cerca á la anacarada jóven; pero temeroso de pecar como *primo* se atemperó al encristalado papel de segundón.

Miraba las camisas unas veces, otras miraba á la doncella, alguna, las muy menos, á su madre, y así permaneceria aun, si el demonio que todo lo enreda no se hubiese encargado de dirigir los ojos de la niña hácia el lugar que ocupaba el galan, cuando mas embebido estaba en su amoroso arrobamiento.

Distinguir aquella ardiente mirada, y volver á hundir su cabeza entre el bordado, fue todo una misma cosa para la jóven.

El español comprendiendo en el instante su imprudencia, y sin dar lugar á un nuevo susto, resolvió retirarse; mas héte aquí que al dar medio cuarto de conversion sobre la izquierda para seguir su camino, vuelve á tener sobre sus ojos los ojos de la niña, sin que esta vez tornasen asustados tan pronto al costurero manual de su labor. Hizo un alto el amante y esperó.

Cuatro veces seguidas se cruzaron en solos cuatro segundos las miradas (que hay pasiones contra las cuales no puede la prudencia): y viéndolo esto así, se atrevió el español á indicar á la jóven con un extremado abrir de ojos, una cosa parecida á que la amaba. La jóven sonrió.

Ya sonreida, no tuvo mas remedio que admitir otro segundo envite concebido en términos como de «¿quién entrará?»; á lo cual la doncella, por sobre los hombros de su madre, contestó con un gesto cual de quien dice «tú».

«¿Y tu madre?», como que quiso repetirle el mancebo. — «Eso no le importa», casi expresó la niña telegráficamente; con cuya feliz indicacion se entusiasmó nuestro hombre, y ¡zas!..... se entró en el almacén.

La jóven misma salió hasta la puerta á recibirle, y fuerza es

confesar que si linda parecia desde lejos, lo era aun mucho mas contemplada sin el obstáculo de las camisas. Sonrióse, guiñóle, hízole una advertencia de respeto hácia su madre que permanecia sentada, y el español, al cabo ya de la calle, como decimos, preguntó si habria en el establecimiento camisas para él.

«¿Cómo no haberlas? Levantóse la madre, llamó á dos dependientes del sexo de la oposicion; vinieron estos, y entre los unos y la otra sacaron, revolvieron, encomiaron, probaron y midieron tantas docenas de camisas, tantas clases diversas, tantas preciosidades interiores, que el pobre de nuestro paisano aburrido, avergonzado y sin palabras para zafarse de aquellos enérgimos, cogió maquinalmente dos de las primeras que cayeron bajo su mano, informóse del precio, pagólas, se deshizo los ojos mirando en todas direcciones en busca de la niña á quien dejó de ver desde la pregunta, y esta es la hora en que no le ha echado la vista encima, sino cuando otras mañanas pasa por el mismo almacén y de corrida la contempla con los ojos caidos sobre la costura, los rizados caidos sobre los ojos, y la mirada de algun *primo* caída sobre ella.

«¿Quereis saber la verdad horrible que encierra este cuento? Los tenderos mas ricos de París venden la mirada de sus hijas ó de sus esposas por la ganancia de dos camisas.»

III.

Tenemos, pues, ya á nuestro hombre con una saburra gástrica producida por las chucherías que le han hecho comer contra su gusto, y armado además de dos camisas inútiles con que le han obligado á reforzar el anden de su ropa blanca.

Satisfecho de tiendas y golosinas, decídese á entrar en el mundo agitado de la política, de la industria, de las artes, del comercio ó de la murmuracion, ramos todos que tienen su principal asiento en la Bolsa, en las aceras de las grandes calles, en los *cafés-estaminets* (donde se fuma), en los *cafés-estaminets-conciertos* (donde se fuma y se canta), ó en los *cafés-estaminets-billares* (donde se fuma, se bebe, se juega y se disparata).

Acompañado ó solo, porque en París no se necesita á nadie para informarse de todo, hablar con todos y hacer amistades á porrillo, penetra en el templo de Mercurio (la Bolsa), soberbio edificio muy parecido al templo de la gloria que construyó Napoleón I (la Magdalena), por mas que los franceses se empeñen en decir lo contrario. Allí tiene al primer golpe de vista y como si se dijese á la mano, todas las fortunas comerciales de París, las verdaderas y las falsas, reproduciéndose, aumentándose ó destruyéndose, segun las oscilaciones de los acontecimientos y fondos públicos.

Extraña el viajero al entrar por primera vez en la Bolsa, si lo hace antes de la una, que sea aquel el único lugar en que los franceses no ensayan ó representan comedia, segun su costumbre de todas partes. En grandes ó pequeños grupos esparcidos ya por las escalinatas y corredores exteriores, ya en las galerías de adentro, ya en la gran nave principal de colosales proporciones, hablan, emprenden, transigen y concluyen los negocios como los hombres razonables de todos los paises.

Pero ¡ay del extranjero desprevenido si le coge dentro del edificio la hora de la una, que un gran cronómetro difunde ruidosamente por todos los ángulos; ay de él, decimos, si no está advertido de lo que le aguarda, como á la mayoría de los curiosos acontece! — No tiemble, no huya, no se esconda al oír tronar la explosion de seis mil voces, que en toda la integridad de sus funciones pulmonares rompen á una vez pregando, encareciendo, demandando, aceptando ó repeliendo las mercancías, fondos y valores que cada cual pretende negociar. No se agarre á las columnas del salón temiendo que la nave del edificio se le venga encima, como parece al pronto, ni llame á los cien polizontes que vé á su alrededor para que eviten la tragedia horrible que se prepara entre aquella multitud que lucha furiosamente brazo á brazo. No haga el extranjero nada de esto, si teme que se rian de su inocencia; pues que lo que allí ha estallado, lo que se arma, lo que se principia á telón corrido, es la co-

media de la Bolsa; pieza en un solo acto representada desde la una á las tres, entre el furor de los gritos, la rabia de las manotadas, y la corajina de los puñetazos, por los mejores y mas visibles cómicos de Francia, los agentes de bolsa, los de plaza, los entrometidos y zurupetos.

Apñados en masas impenetrables que oscilan á manera de haz de trigo agitado por el viento; presos de hombros y brazos en aquella estrechísima compresión; con las caras levantadas hacia arriba buscando aire que respirar y gritando á porfía todos á una voz para lograr que su aullido supere y se esclarezca por sobre todos los restantes; aquella confusion, aquella barahunda, aquel enloquecimiento, estrepitoso é inarmónico, dicen ellos sin embargo que se entiende, y dicen los hombres graves que es una de las cosas mas importantes y serias de la vida.

¡Ah de nosotros, que cuando queremos estudiar algun grupo de hombres sin confundirnos entre sus partes, nos trasladamos con la imaginación á la copa de un árbol y desde allí contemplándoles de cabeza, bullir y agitarse seriamente tras de quimeras y patrañas, sin reconocerse imperceptibles insectos en la extension inmensurable de los mundos! ¡Ah de nosotros el día en que nos subimos á la copa del árbol para contemplar la Bolsa de París, y vimos, con la sonrisa en los labios y el desden compasivo en el corazon, aquella comedia humana basada en el enredo, la mentira y el engaño mútuos, patrocinados á pesar de todo, alentados y movidos por el gobierno de las naciones como foco motriz de la prosperidad y grandeza de los pueblos!

Renunciámos á consignar lo que se nos ocurrió, por temor de que su relato no le interese á nadie de los que vayan reconociendo estas líneas. — Ello es que salimos satisfechos de los no tan cómicos ni gritadores bolsistas de Madrid, quienes hacen su negocio en grande ó pequeña escala, con la naturalidad y buenas costumbres que las demas cosas.

Esto mismo debió suceder á nuestro extranjero, pues le vimos salir sudoso y sonriente de aquel lugar, y dirigirse un tanto pensativo hacia los bolsines públicos en busca de nuevas emociones.

Llegó, en efecto, á uno de esos cafés que en las calles anchas establecen sus mesas de tertulia á lo largo de las aceras bajo tinglados de campaña, y apenas se hubo sentado en su taburete, ya le vimos sostener animada y expansiva chachara con el primer desconocido que topó ante sus ojos.

Lo hemos dicho antes de ahora y volvemos á decirlo: los franceses tienen su máquina parlatoria subordinada á un resorte exterior, el cual una vez impulsado sea por quien quiera, produce discursos interminables sobre todas las cosas. El español por consiguiente debió tocar el resorte, que á veces lo encontramos en el ala de nuestro propio sombrero, y con esto y mucho de paciencia para callar, ya le contaron cuanto habia sucedido en el mundo el día anterior, cuanto estaba sucediendo á lo presente, y muchas otras cosas reservadas aun en los arcanos de lo porvenir; todo por supuesto recibido de primera mano, en partes telegráficos, por el individuo que hablaba.

Imposible es que exista un pueblo tan dado á la mentira y tan propenso á divulgarla y creerla como el francés. No importa que los hechos se encarguen de desmentir un día y otro los embustes pasados; no importa que la luz natural se resista á aceptar como buena una noticia absurda é improbable; el caso es que con esa versatilidad que constituye el fondo del carácter traspirenaico, se olvidan cándidamente del mentís de ayer, para tener el gusto de creerse y esparcir la bola de hoy.

Genetes de impresiones súbitas, se muestran tan propensos al pesar como á la alegría con el solo anuncio de cualquier accidente por extraño que debiera parecerles; y así tiran cañonazos en celebridad de una victoria que no ha podido alcanzarse, como nombran una pension de gratitud nacional á la viuda de un marido que no se ha muerto. — Todos realizan cada día el cuento de aquel que habiéndolo recibido una letra de diez mil reales en carta de un amigo suyo, la cobró y gastó sin cuidarse de volver la hoja en que decia que eran para entregarlos á otro.

Cansado el español de unas mentiras á que ha tenido que po-

ner cara de verdad, so pena de incurrir en la indignacion de sus contentulios, les paga el café, las copas, los cigarros, la cerveza y el ponche (los franceses toman muchas cosas), sin exponerse, en cambio de su generosidad, á que le paguen sus ajenjos; porque segun costumbre del pais se suelen admitir obsequios, pero devolverlos nunca.

Es una cosa que se nos resiste á los que hemos nacido en la sierra española, el ver que uno y otro día saquen ambos á dos amigos cada cual su cigarro sin ofrecer jamás al otro, paguen cada uno su café sin deslizarse nunca á pagar el contrario, coman y beban en un carruaje de camino sin hacer siquiera ademán de brindarse, y hasta permitan que la señora á quien acompañan, si no es parienta suya, cambie una moneda de plata para pagar el agua que ha bebido.

Nosotros los salvajes españoles, los que no comprendemos la urbanidad, los que no concebimos la buena educacion, los que no repetimos siete veces al mozo de un café que perdone porque nos va á servir lo que pagamos; nosotros, sin embargo, satisfacemos á un francés el precio de su helado, repartimos nuestros cigarros á los concurrentes y hacemos comer á nuestros compañeros de viaje todo cuanto llevamos prevenido; hasta servimos primero á las señoras, y las cedemos lo mejor, y las pagamos sus gastillos menudos, y las ofrecemos cuanto de útiles pudiéramos serlas, á pesar de la rudeza del pais, á pesar de los vicios de la educacion y á pesar de que *el Africa principia en los Pirineos*.

¡Libre Dios á nuestra patria de aceptar tan relevantes pruebas de civilizaci6n! ¡Conserve nuestra España por siempre la rudeza incivil de la generosidad!

(Continuará.)

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

NOSTALGIA.

por

D. Antonio de Trueba.

(Conclusion.)

XI.

Dos ó tres días despues de la famosa cacería se hallaban en el despacho de Quijano, el banquero, su sobrino D. Lucas y cuatro ó cinco amigos aficionados á la caza, echando un sabroso párrafo al amor de la chimenea.

En la oficina general trabajaban en silencio los dependientes, incluso Angel, cuyos rosados colores iban desapareciendo, y cuya tristeza era cada día mas profunda.

— ¿Cómo vamos de caza, D. Lucas? preguntó uno de los amigos.

— Perfectamente, contestó D. Lucas.

— Amigos, añadió D. Juan, mi sobrino es el rey de los cazadores. ¿No saben VV. que el domingo trajo cuatro conejos como cuatro terneros?

— ¡Qué nos dice V.!

— Lo que VV. oyen, afirmó D. Lucas, reventando de orgullo. Aprendan VV. á matar conejos donde nadie los mata, en las cercanías de Madrid.

— Hombre, hombre, cuéntenos V. eso.

— Si señor, en el arroyo de Luche maté el domingo cuatro conejos en menos que canta un gallo, y eso que la pólvora no remataba.

— No sé cómo demonios se las componen VV. Yo por mas vueltas que doy no echo un conejo en estas inmediaciones.

— Porque VV. son cazadores de *chicha y nabo*. Yo ni siquiera necesito perro. En habiendo conejo, no hay remedio, le hago saltar, y si le tiro, ni la paz y caridad le levanta, porque yo donde pongo el ojo, pongo el tiro. ¡Plum! conejo fuera, conejo á tierra. En un instante cayeron los cuatro el domingo.

— Amigo, hay que confesar que es V. buen cazador.

— Ya está él persuadido de ello, dijo D. Juan. La cacería del domingo va á ser sonada en Madrid; como que ese no sabe hablar de otra cosa á cuantos entran en casa.

D. Lucas estaba aun contando con sus pelos y señales el cómo y dónde y cuándo mató los cuatro conejos, cuando entró en la oficina el tío Lobo.

— ¿Está D. Lucas? preguntó á los dependientes.

— Sí señor, le contestó Angel.

— Pues dile que haga el favor de salir, que está aquí el tío Lobo.

El niño se encaminó al despacho. D. Lucas, que aun no había acabado de contar cómo mató los cuatro conejos, se amoscó, viendo que iban á interrumpirle, y con aquella amabilidad que le era habitual preguntó á Angel antes que este tuviese tiempo de hablar.

— ¿Qué traes tú aquí, borrego?

— Que está ahí el Lobo, contestó Angel.

Todos los circunstantes se echaron á reír viendo la casual concordancia que había entre la pregunta y la respuesta.

No era extraño que Angel hubiese omitido la denominación de tío que se antepone al apellido del cazador, porque esa denominación tan comun en casi toda España, no se usaba ni se usa en su tierra sino cuando la justifica la consanguinidad. Creyendo que se reían de él porque se hubiese explicado mal, se llenó de vergüenza y se apresuró á explicarse de otro modo.

— Yo no sé, dijo, pero así me parece que se llama. Es aquel cazador á quien V. compró el domingo los cuatro conejos fuera de la puerta de Toledo.

Estas palabras del niño fueron acogidas con una carcajada mas ruidosa aun que la anterior; pero menos inofensiva, con una carcajada burlona, insultante, sangrienta, porque los cazadores tienen dos grandes debilidades: son embusteros y envidiosos, y así como no pierden ocasion de mentir, no la pierden tampoco de humillar á los que cazan ó suponen cazar mas que ellos.

D. Lucas quedó por un instante inmóvil, avergonzado, corrido como una mona; pero de repente se tiñeron de sangre sus ojos, sus venas se hincharon, y el color de su rostro se tornó de encendido, amoratado. Lanzóse de repente como un tigre sobre el pobre niño, echando *pecados* á borbotones, y cogiéndole por el cuello le arrojó con violencia contra la pared, y se puso á descargar sobre él furiosas patadas antes que D. Juan y los amigos que estaban presentes hubieran tenido tiempo de interponerse entre aquella fiera y el inocente cordero que por única defensa invocaba el santo nombre de su madre.

¡Oh tú, *Fernán Caballero*, el noble y generoso cantor de nuestro buen pueblo español, el amigo de los pobres de espíritu y de los ricos de corazón, que tienes cabeza de hombre para pensar, y corazón de mujer para sentir; tú, el amigo por excelencia de los niños y de las madres, de los débiles y de los desconsolados, tú que buscas y lloras los dolores allí donde las almas vulgares no los ven; dime, cien veces buen *Fernán Caballero*, ¿no es verdad que nuestros sabios legisladores son muy malos y muy ignorantes cuando han puesto á los niños bajo la salvaguardia del código que protege á los *hombres*, en vez de ponerlos bajo la salvaguardia de un código que protege á los *ángeles*?

XII.

Habían pasado algunos meses desde el día en que por milagro se libró Angel de morir á manos de D. Lucas.

Era una dulce mañana de primavera. El comedor de casa de D. Juan Quijano tenía un balcón que daba al norte. El banquero y su mujer estaban tomando chocolate en el comedor, y Angel estaba asomado al balcón con la vista inmóvil y fija en dirección de su país.

El pobre niño estaba mas alto que cuando llegó de sus montañas; pero tambien estaba mucho mas delgado. Una palidez mortal cubría su rostro, y la tristeza mas profunda se retrataba en sus negros y grandes ojos.

— ¿Angel? ¿Qué haces ahí, hijo? le preguntó con cariño Doña Juana; ¡pero el niño no contestó!

— Dios mío, ¿qué tendrá esta criatura? añadió la mujer del banquero con verdadera aflicción.

— No sé qué tiene, Juanita, respondió su marido. Nadie me quita de la cabeza que está malo desde que le pegó Lucas, por mas que dijera el médico á los quince días que ya estaba completamente bueno.

— ¿Le habrá vuelto á pegar Lucas?

— No, hija. En cuanto á eso estoy seguro.... Mucho me temo que ese niño se desgracie al fin y al cabo.

— ¡Ay! No lo quiera la Virgen Santísima. Angel se llama, y él es el angel que trajo la paz á nuestra casa, porque tú y yo, que siempre estábamos de quimera, no hemos tenido una desazon desde el día en que ese niño vino á casa. Yo le pedía á Dios un hijo, porque el corazón me decía que había de ser nuestro iris de paz, y Dios no quiso dárnosle; pero vino esa criatura, y, sin que yo pueda explicar el por qué, despertó en mí un sentimiento que destruyó mis resabios y cambió mi carácter irascible en un carácter dulce y pacífico que nos hace á tí y á mí dichosos.

— ¡Es verdad, Juanita, es verdad! exclamó el banquero conmovido estrechando la mano de su mujer.

— ¿Si, lo que tendrá ese niño será ansia de volver á su país, que eso era lo que él deseaba al principio?

— Hija, tampoco es eso: desde que sus padres le escribieron diciéndole que él era la única esperanza de su vejez, y volviendo al país no podría hacer por ellos ni por sí mismo, dice que está contento en Madrid.

— Pues es preciso llamar al médico, que le vea, porque si le dejamos, cada vez estará peor. ¿Angelito? añadió Doña Juana volviendo á llamar al niño.

Este abandonó como asustado su inmovilidad; miró nuevamente con inefable languidez hacia el norte y entró en el comedor.

— ¿Que tienes, hijo mío? le preguntó Doña Juana con ternura, pasándole la mano por la cara.

— Nada, contestó el niño.

— ¿Qué hacías en el balcón?

— Nada.... Miraba el sol.

— Anda, siéntate y toma chocolate con nosotros, dijo D. Juan.

— No tengo ganas.

— ¿Pero qué tienes, hijo mío? ¿Qué necesitas? ¿No te quiero yo como tu madre?

El niño no contestó; pero sus dulces ojos se arrasaron de lágrimas y los de Doña Juana tambien.

— Mira, no te estés ahí en el balcón, que el sol te hará daño; baja á la oficina, no á trabajar, sino á distraerte por allí con tus compañeros.

El niño tomó la escalera que conducía á las oficinas.

A las tres subieron á comer D. Lucas y los dependientes mayores.

— ¿Dónde dejais á Angelito? les preguntó Doña Juana.

— ¿No está arriba?

— No.

— Allí estuvo; pero no le hemos visto despues.

— ¡Virgen Santísima! ¿dónde estará esa criatura?

— Puede ser que esté acostado.

Doña Juana se apresuró á bajar al cuarto de Angel y halló á este acostado.

— Hijo mío, ¿qué tienes? ¿Estás malo?

— Sí señora, contestó Angel con voz débil.

— ¿Qué te duele?

— No me duele nada; pero estoy malo.

— ¿Rosendo? ¿Rosendo? Anda al instante por el médico, que está malo el niño, grito Doña Juana desde la escalera.

Poco despues llegó el médico y pulsó al niño haciendo un gesto de mal augurio.

— ¿Es cosa grave? le preguntaron con ansiedad Doña Juana y el banquero.

— Muy grave, contestó el médico. Este niño se muere... y se muere muy pronto, añadió examinándole de nuevo.

El facultativo trató de aplicarle algunos remedios; pero ya eran inútiles: Angel abrió un instante sus hermosos ojos, cuyo brillo apagaba ya el soplo de la muerte, los dirigió á la estampa de Jesus crucificado, como expresando una inmensa gratitud, y los cerró en seguida para nunca mas abrirlos.

Todos prorumpieron en llanto menos D. Lucas.

— ¿Y de qué ha muerto? preguntó este al médico, que anticipadamente habia interrogado á la familia acerca de los padecimientos del niño.

— Ha muerto, contestó el facultativo, de una afección moral, á cuyo desarrollo debieron contribuir padecimientos físicos. Los niños son hombres en el sentimiento, y niños en la resistencia. Así Dios debe maldecir á sus opresores. Este niño ha muerto de la mas santa de las enfermedades: ha muerto de *Nostalgia*.

El hombre que se abandona á sus pasiones, no ve el abismo hasta el momento de caer en él.

La vida es una comedia en que se reemplazan los personajes, y continúa la acción.

LAS TRES HERMANAS DEL CIELO.

«Qui manet in charitate, in Deo manet, et Deus in eo.»

Tres hermosas doncellas á mi vista

tranquilas parecieron:

de rubí, de esmeralda, de amatista,

coronadas vinieron.

De excelso origen somos, me decían,

vivimos como hermanas:

muy nobles vestiduras las cubrían,

púdicas y galanas.

Era en la una del rubí encendido

hermoso complemento

un largo y rojo manto, enriquecido

de tornasoles ciento.

La de rica corona de esmeralda

del campo en primavera

llevaba los colores en la falda

verde, alegre, ligera.

De la amatista al resplandor divino,

en la tercer doncella,

igualaba en lo aéreo y zafirino

una túnica bella.

A la celeste esfera, yo la dije,

tu aspecto me sublima:

tu clara luz al centro me dirige

do la creación se anima.

¿Serás tú por ventura de otro mundo

que á mi vista se esconde?

¿Será tu imperio el aire, el mar profundo?

Soy la Fé, me responde.

Ven conmigo, me dice, con acento

que el alma me conmueve

y suena en mí como susurro lento

cuando en el bosque llueve.

Al ir en pos de su fulgor celeste

la vista en otra clavo:

la esmeralda, la verde y rica veste

me fascinan al cabo.

¿Quién eres, virgen bella? la pregunto:

de dicha y de bonanza

tu semblante risueño es el trasunto.

Soy, dice, la ESPERANZA.

Sigue mis pasos, añadió, yo fácil

hago del bien la vía:

y amé su airoso andar; su talle grácil,

de su voz la armonía,

Y de ella en pos corri la áspera senda

del yermo y pobre suelo

mientras á mi pasión sirvió de venda

de la ESPERANZA el velo.

¡Mas de esperar sin Fé cansada presto

sentí mi pobre alma!

y en mi senda se alzó el ciprés funesto,

no la triunfante palma.

Sin Fé, sin ESPERANZA, yo mezquino

caminaba á la muerte,

cuando á un acento mágico, divino,

vibró mi ánimo inerte.

De aquellas tres hermanas celestiales

la mas amante y tierna,

la que asocia á los miseros mortales

con Dios en gloria eterna,

la CARIDAD hermosa, á su regazo

me llamaba risueña:

¡ay, el placer de su divino abrazo

el mundo... ni lo sueña!

Pero con tanto bien yo estaba triste;

ingrato me creía:

¡ah! ¿qué os hicisteis? exclamé, ¿do fuiste

Fé y ESPERANZA mía?

¡Ah, misero de mí, que en vano élijo

el bien que mi alma llena

si me faltáis vosotras! Y me dijo:

la CARIDAD serena:

¿Por qué ese olvido en rescatar te afanas?

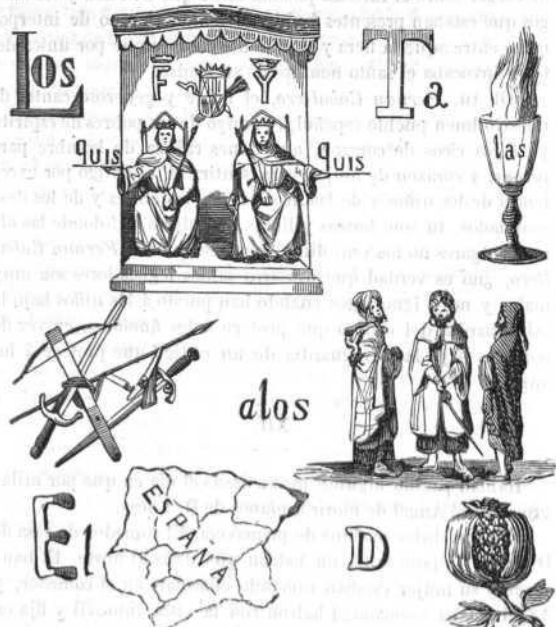
no somos envidiosas:

si conmigo te vienes, mis hermanas

te seguirán gozosas.

PEDRO DE MADRAZO.

GEROGLÍFICO.



Director y propietario, D. EDUARDO GASSET.

Madrid.—Imprenta de la VIUDA DE PALACIOS.



I. S. Llanos

LA ESTATUA DE MENDIZABAL.

Al ver concluida en el estudio del señor Grajera, y concluida con feliz éxito, la estatua de Mendizabal, hemos sentido como amantes entusiastas de las bellas artes una doble satisfaccion.

Primero porque hemos saludado á un hábil artista que viene á aumentar el escaso número de buenos escultores que poseemos.

Segundo porque como una esperanza halagüeña y rica de colorido se ha presentado á nosotros la idea de que habiendo quien las haga, no será esa la última estatua que adorne nuestras desiertas plazuelas y nuestros solitarios paseos.

La patria, tan ingrata para con sus hijos que la han honrado, sacará de este ejemplo una leccion provechosa, y al elevar un monumento á los que la ilustraron, se honrará á sí misma.

Mentira parece que en todo Madrid no vea el viajero tributado un recuerdo mas que á Cervantes, cuando ninguna nacion ha sido tan fecunda en grandes hombres como la nuestra.

Mentira parece que los gobiernos no hayan pensado en tributar el homenaje de una estatua á los muertos ilustres, cuando tanto se prodigan por miras políticas.

Pero el primer paso se ha dado; la capital de las Españas

contará dentro de poco una estatua mas, que ojalá sea el preludio de otras y haga salir de su letargo á los que tienen hasta obligacion de honrar así la celebridad ya muerta.

Ningun embellecimiento mejor puede adoptarse que las obras de arte; por eso la Plazuela del Progreso, sitio en que segun parece va á colocarse la estatua de que nos ocupamos, ganará infinito con este monumento.

La comision que tanto ha hecho para lograr su proyecto, ha comisionado á su vez al escultor para que la haga fundir en París, vistos los inconvenientes con que se ha tropezado para su fundicion en España.

Nos alegramos de esta determinacion por muchas razones.

Primera por la estatua.

Segunda por el escultor; en el estado en que se encuentran las bellas artes en España le hubiera sido muy difícil al señor Grajera poder hacer un viaje á la metrópoli de ellas, y sin esta no hubiera tenido ocasion de apreciar prácticamente los adelantos de una arte que los Pradier, Clessinger, David d'Angers, Pallet etc. etc. han llevado á la perfeccion.

20 DE ABRIL DE 1856.

Las pensiones á países en que se cultivan con universal aplauso las bellas artes, deben ser el complemento de la educación del artista.

El señor Grajera que ha dado pruebas de valer, necesita quizás mas que ningun otro ese estudio práctico.

Porque de ese modo perfeccionará sus obras en lo sucesivo.

No es esto decir que las que ha hecho hasta aquí y la de que nos ocupamos no valgan mucho, sino que la ciencia y el estudio nunca estorban.

Prácticamente nos lo ha demostrado el artista de quien hablamos, concienzudo hasta la exageracion y estudioso como el que mas.

Su obra nos demuestra lo nutrido que se halla en los buenos principios, y lo mucho que ha consultado en los grandes maestros.

La estatua de Mendizabal es grandiosa, es digna, y sin embargo es sencilla en su todo, está hábilmente detallada.

Unir lo grandioso á lo sencillo, la majestad del conjunto á la minuciosidad del detalle, es el fin verdadero del arte segun nuestro escaso entender.

Y el señor Grajera lo ha logrado.

Huyendo con la habilidad de verdadero artista de los dos extremos peligrosos en que se puede caer, nos ha dado una prueba de lo que vale su talento.

Ni sacrificando el conjunto á los detalles ha caído en la mezquindad, ni olvidando estos por una grandiosidad mal entendida ha venido á parar en el *barroquismo*.

Las líneas principales de su estatua bien combinadas, la engrandecen.

Sus detalles concienzudos y hábilmente ejecutados, la embellecen.

De extraordinario parecido, de paños ricos y severos, de bien estudiados extremos y de planta noble y digna, esta estatua se hace notar mas que nada por su severidad.

El estudio del antiguo por mas que se lo hayamos oido decir á algunos artistas, perfecciona el gusto, y el gusto en estética es uno de los caracteres necesarios de la belleza.

El poco aprecio de la severidad de las obras griegas hace caer en el defecto de que adolecen un poco los franceses y produce las Venus de Pradier, mas coquetas, mas grisetas que la de Milo, pero infinitamente inferiores bajo el punto de vista de la belleza pura ó ideal á que debe tender una obra de arte.

El plegado de la capa adorna mucho en la obra del señor Grajera, y aun cuando no estamos completamente conformes con su opinion de que no puede sacarse todo el partido deseado de una figura vestida de levita, ó gaban, ó uniforme, aprobamos sin embargo su determinacion de habérsela puesto, porque entre la actual y el modelo primitivo media un abismo.

En el extranjero hay infinidad de estatuas sin capa ni manto y son bellísimas: no recordamos ahora todas, pero ahí están las de Schiller en Alemania, Papin, Dombasle y otros en Francia.

Pero esto ya no reza con el señor Grajera: al poner la capa á la estatua de Mendizabal solo se comprometió á sacar todo el partido posible de ella; juzguemos pues únicamente la obra concluida y dejemos al artista libre el camino para elegir todo lo que pueda embellecer su obra.

Hemos dicho ya que la capa está muy bien combinada, muy hábilmente plegada y muy artísticamente ejecutada; no tenemos derecho para pedir mas.

En el dominio de la crítica debe estar únicamente el resultado de la obra; los medios de que se ha valido el artista, no tienen nada que ver con ella.

Jamás hemos preguntado á un pintor, á un escultor, á un poeta ni á un músico cuánto han tardado ni con qué lo han hecho.

Solo hemos censurado á los que han plagiado ó á los que en escultura vacían del natural los detalles de su obra.

Fuera de esto ni el tiempo ni los medios son de nuestro dominio.

Respetemos pues la opinion del señor Grajera al poner capa á su estatua, en ello ha ganado esta.

Por cualquier lado que la mire el espectador, los pliegues están tan acertadamente dispuestos que dejan satisfecho aun al mas descontentadizo.

El desnudo vive debajo de las ropas de la estatua, y aun á pesar de la dificultad de este requisito el señor Grajera lo hace sentir en los movimientos y en el modo de plantar de su obra.

Reciba pues nuestro sincero parabien, dado de todo corazón por su trabajo; estudie sin desmayar la difícil carrera que sigue con gloria, y él llegará aun mas allá del punto en donde su estatua le ha colocado.

Grajera adelanta todos los dias.

De los primeros bustos suyos al de Quintana y San Miguel hay una gran distancia.

El modelado de estos últimos, la suavidad de las líneas y la severidad general de las cabezas se hace sentir mucho cuando se comparan con los otros dos que tiene en el estudio: sobre todo con respecto al del señor Lozano.

Ya el que hizo de nuestro amigo Zarco del Valle era un adelantado; los últimos suyos lo son aun mas.

La estatua es la obra de un artista consumado, es la honra de un estudio.

Siga pues en esa senda, que del suyo puede salir mucho.

Tenemos gran confianza en su talento y en su aplicacion y nos honramos con su amistad: era pues un deber consagrar unos renglones, aunque no tengan el sello de la facultad, á una obra tan aplaudida por todos, y que debe tenerse en cuenta para que su autor no se hunda en el abismo del olvido en que tantos y tan apreciables artistas están sumidos.

AGUSTIN BONNAT.

HISTORIAS DE AMORES.

INTRODUCCION.

En el artículo titulado MI VUELTA AL MUNDO ofrecí á mis bellas y sentimentales lectoras escribir historias de amores, y voy á cumplir la promesa. Ofrecí escribirlas admirables, y, aunque en los tiempos que alcanzamos es muy difícil producir esas impresiones sorprendentes que se llaman admiracion, haré cuanto esté de mi parte para escribirlas singularmente interesantes, y si no consigo mi intento, mas será por falta de ingenio que de buen deseo y actividad. Este modo de discurrir se va pareciendo muchísimo al de todos los malos autores, quienes con fingida modestia dicen al público que solo aspiran á complacerle, aunque salen á la palestra con la timidez que debe inspirarles su escasísimo merecimiento; y la verdad es que solo aspiran á ganar unos cuantos reales, que su modestia es una ridícula farsa, y que se creen los genios mas privilegiados que han existido desde Homero á Byron, con perdon sea dicho de los que viven, y entre los cuales no busco personificación para no ofender á ninguno. Yo no quiero usar falsa modestia ni hacer vanidosos alardes. La hipocresía y la vanidad son dos vicios ó dos virtudes, tan revuelto anda el mundo moral que es muy difícil consignar lo que es vicio y lo que es virtud, que no me hacen gracia, y por lo tanto me limitaré á decir que escribiré lo que me ocurra, dejando á mis caras lectoras en la mas amplia libertad de censurarme ó aplaudirme, de leer con amor ó arrojar con ira las páginas que las ofrezca. He dicho.

PRIMERA HISTORIA.

Amor de ángeles.

I.

Los que dicen en alta voz que la madre naturaleza es una sangrienta madrastra son calumniadores de oficio y verdaderos parricidas: la naturaleza es una madre singularmente cariñosa; y está la prueba incontestable en que todos somos niños, bastan-

tes menos hombres y muchísimos menos ancianos. Si la naturaleza fuera madrastra, hubiera arreglado las estaciones de la vida en razon inversa, empezando por la vejez. Espanta verdaderamente el imaginarse este arreglo. El que naciera siendo viejo y muriese sin haber descendido á lo que llamamos ser hombre, se encontraría desde el momento de ver la luz en el pleno goce del desengaño sin haber visto nunca por el prisma de la ilusion. Quien llegara á la segunda edad, la de hombre, sin descender á la tercera, la de niños, pasaria del infierno del desengaño al purgatorio de la duda, sin llegar á ver ni un solo instante el hermoso cielo de la ilusion; y quien tuviera la fortuna de tocar el último término, la edad feliz, habria pasado todo lo malo antes de poder saborear lo bueno. La benéfica naturaleza, madre cariñosa del hombre, ha tomado distinto rumbo. Sus hijos mimados mueren niños, habiendo vivido siempre en la atmósfera de sus doradas ilusiones; los que no han merecido de ella tan señalada predileccion, mueren hombres, cuando batallan en el purgatorio de la duda; y únicamente los muy desgraciados mueren viejos, cuando están penando en el infierno del desengaño y la impotencia. Muchos dirán que mi teoría presenta la vida como un mal y la muerte como un gran bien: yo no sostendré lo contrario; pero la teoría que he presentado no me pertenece como propiedad; pues antes de Cristo decia un célebre filósofo griego, respondiendo á la pregunta de que cómo seria el hombre mas feliz: *no habiendo nacido, y si habia nacido muriendo luego*; y la moral cristiana nos enseña que en la vida hacemos una peregrinacion penosa por medio de un valle de lágrimas.

Sé muy bien que podría haber ahorrado á mis lectores cuanto llevo escrito, porque no es del caso para mi historia, pero lo he escrito para decir despues que todos hemos sido niños, y que sabemos cuán puro y hermoso es el mundo de las ilusiones y los sueños. Recordad, amables lectoras, todas las doradas ilusiones, todos los místicos ensueños que habeis tenido á los floridos quince años; recordadlos una y mil veces, y tendreis historias mas poéticas, ó por lo menos tan poéticas como la que me propongo contaros. Y no lo digo esto porque no sea la mia muy seductora: lo es tanto que yo mismo tengo mis éxtasis al recordarla, y preferiria á que se borrara de mi memoria ser viejo veinticinco veces, ó, lo que es lo mismo, vivir quinientos años en el mundo del desengaño, sin que refrescara mi alma el soplo vivificador de una ilusion encantadora; de una de esas ilusiones que son al alma lo que á las flores el primer rayo de sol de un día de primavera, de ese sol que las orea el rocío y las presta vivos colores. Basta pues de pinturas poéticas, tanto mas poéticas despues de esas áridas consideraciones filosóficas que tuve el mal gusto de escribir, y entremos á velas desplegadas en la narracion de mi historia.

II.

Rosa era una niña muy bonita, tan bonita como la flor que lleva su nombre. Tenia unos ojos deliciosos, extraña mezcla de azul y pardo, con una expresion candorosa que es imposible describir y seria difícil encontrar en las vírgenes de Murillo. Su tez tenia el blanco nacarado que tiene la concha de la perla y la frescura de las rosas en las alboradas de abril. Sus facciones, menudas y proporcionadas, la daban el aspecto mas infantil, y era la graciosa sonrisa de sus frescos labios tan seductora y comunicativa, que llevaba al fondo del alma el mas casto y puro placer. Era mediana su estatura, sin ser pequeña, y sus formas parecian modeladas sobre esos cuadros de las gracias llenos de poética morbidez. Abundantísimos cabellos castaños coronaban su tersa frente y sombreaban sus mejillas de hojas de azucena, y si era preciosa su garganta, no lo eran menos sus pequeñas manos, formadas de hojas de jazmin. Ver á Rosa y no amarla luego era empresa sumamente árdua, y Julio, que la vió, la amó con un verdadero entusiasmo.

No era Julio hermoso como ella, ni mucho menos; pero, aunque apenas habia cumplido veintidos años, tenia un aspecto enteramente varonil y esa formalidad precoz que aprecian siempre las mujeres, cuando no son lo bastante viejas para desear reju-

venecerse explotando la alegría infantil de sus adláteres. Si no era Julio un hombre de mundo en lo gastado, lo era en su elegante desembarazo que ejerce cierto prestigio, y aun predominio, en la sociedad; y, como no carecia de amena instruccion y recto juicio, era recibido con aprecio y tratado con distincion. Rosa empezó por recibir bien los galantes obsequios de Julio; obsequios que en un principio no pasaban de esas distinciones sociales, que no encubren una profunda simpatía, pero que no pueden llamarse una declaracion de amor; y Julio encontraba junto á Rosa una felicidad purísima, trasunto de la que disfrutaban los ángeles adorando al Dios que los cria. Pasaban dias, y cada dia era la simpatía mas tierna, las distinciones mas marcadas, la union de las almas mas íntima; de modo que, al mes de tratarse, eran Rosa y Julio dos amantes muy cariñosos sin haber tenido necesidad de formular ni una declaracion en forma, ni una respuesta categórica como sucede de ordinario. La falta de esta formalidad no impedia que los dos se creyesen ligados por el estrechísimo lazo de la mas íntima aficion, y como no tenian ningun inconveniente en manifestársela á los ojos de todo el mundo, cuantas personas los rodeaban sabian el secreto de su amor.

Aunque Julio tenia algunos años mas que Rosa, la virginidad de sus almas se encontraba á la misma altura, y los dos vivian del mismo modo en el mundo de la ilusion. No faltarán personas que maliciosamente se sonrian al oír hablar de la virginidad del alma de un jóven de veintidos años; pero estas personas incrédulas darán vado á sus maliciosas sonrisas cuando sepan que Julio y Rosa no vivian en el año de 1856 ni en la coronada villa de Madrid, sino en el año de 1840 y en una capital de provincia; diferencia de quince años y de localidad que influye mucho mas de lo que parece en la cuestion que debatimos. Tambien deberán tener presente que Julio habia pasado toda su primera juventud dedicado al estudio, y que aunque no era lo que se llama un colegial, porque habia frecuentado desde muy niño la buena sociedad, no se habia consagrado á un prematuro galanteo, y sus queridas habian sido las mejores obras de los filósofos, los poetas, los publicistas, los historiadores, los economistas y los juristas tanto nacionales como extranjeros. Fortalecida su alma jóven con el trabajo del estudio, en vez de gastada con veleidosas pasioncillas, podia y debia entrar á velas desplegadas en el oceano de la pasion, sin las áncoras de la duda que hacen perezosa la marcha.

III.

Julio entró á velas desplegadas en el oceano de la pasion; pero no entró tumultuariamente ni con su arrebatado salvaje que destruye cuanto detiene su violenta y fogosa marcha. Entró como la nave que sigue el impulso de las brisas en una mar libre de escollos, como la paviota que despues de haberse bañado, se desliza sobre la superficie de las olas, para que el sol oree las plumas que la espuma bordó de perlas; y como encontraba otra alma casta, las tormentas no aparecian en nebulosos horizontes, ni las olas se embravecian, ni los aquilones bramaban. Jóvenes y amantes, Julio y Rosa se encontraban felices juntos, se separaban con una tristeza que no tenia nada de dolorosa, pensaban el uno en el otro con éxtasis, pero sin esa impaciencia febril que es un verdadero tormento; y volvian á verse con esa alegría dulce y tranquila, señal clara de que se ha tenido la seguridad mas completa de que habia de llegar este momento. Su vida tenia ese perfume y ese temple de las tardes de primavera en los jardines de Andalucía. El ambiente que los rodeaba era aromático y era tibio; pisaban el florido cespéd con que Dios alfombra los campos, alfombra mas mullida y rica que cuantas trabaja la Persia; y se deleitaban con el perfume suave de millones de flores, mas exquisito y refrigerante que los pebetes del oriente.

¿Qué queria Rosa? ¿Qué queria Julio? ¿A dónde llegaban sus deseos? ¿A dónde sus aspiraciones? ¿En qué límites se encerraban? ¿Tenian proyectos y esperanzas? Es muy difícil contestar á este cúmulo de preguntas. Rosa y Julio tenian indisputablemente una gran necesidad de amarse y de verse correspon-

didos; Rosa y Julio se amaban hasta el punto de no abrigar ni inspirarse dudas ni celos: la necesidad de sus almas estaba completamente satisfecha, no necesitaban nada mas, no formulaban sus deseos, no conocían sus aspiraciones, no sabían cómo esperar, porque era tan hermoso lo presente, que no dejaba pensar siquiera en que existía lo porvenir. Y este amor sin aspiraciones no es un sueño, no es una utopía, es una realidad, es, ni mas ni menos, la bienaventuranza, el amor de los ángeles á Dios. Los bienaventurados y los ángeles no desean mas que lo que tienen, no aspiran á mas de lo que tienen, se reconcentran en su beatitud y no pueden abrigar esperanzas, porque no conocen el temor. El amor de Rosa y de Julio era el amor, la felicidad, la beatitud de los bienaventurados y los ángeles; amor bendito cuyo cielo no cruzaba ni una sola nube, cuyo ambiente no infestaba ni un vapor impuro, en cuyo ámbito no se levantaba el fantasma de un remordimiento, no aparecía escrito un recuerdo, no sonaba la voz de una aspiración criminal. Amor bendito una y mil veces que debió purificar la tierra á su paso; amor bendito que debió hacer de Julio y Rosa dos semi-dioses, supuesto que fueron capaces de fomentar tan santo amor.

IV.

Así vivieron Julio y Rosa durante seis meses cumplidos. ¿Qué son seis meses en la vida de la humanidad? Seis granos de arena en los desiertos de la Arabia, seis gotas de agua en la inmensidad del oceano. ¿Qué son seis meses en la vida de un

hombre? Pueden ser un recuerdo indeleble; un recuerdo que baje con él á la tumba. En el período de seis meses no riñeron Julio y Rosa ni una sola vez; no se dirigieron ni una sola frase que tuvieran que contradecir ó retirar; no tuvieron ni un solo pensamiento del cual se vieran, en lo mas íntimo de sus almas, en la necesidad de arrepentirse. Vivieron á la faz del mundo sin que nadie les motejara lo mas mínimo, pensaron á la faz de Dios sin que tuvieran que ruborizarse ante él. Julio y Rosa deberían haber conservado al daguerreotipo este período de seis meses y, si no podían continuarle, haberle tenido constantemente ante sus ojos, para no deslustrarlo con otros períodos distintos. La humanidad debería tambien colocar este hermoso cuadro en uno de los lugares preferentes de ese templo llamado siglos, porque es una página de su historia que no deja de hacerla honor. Julio y Rosa debieron no separarse por nada ni nadie del mundo. Cuando se vive tan bien juntos, ¿para qué buscar el tormento de una triste separación?

Julio y Rosa no debieron separarse por nada ni nadie del mundo; pero es lo cierto que se separaron porque Julio tuvo que dejar la ciudad. Se separaron despues de haber sufrido dias de una incomparable inquietud; se separaron con la persuasión mas arraigada de que duraria poco la ausencia; se separaron con la esperanza de volverse á ver; se separaron con la angustia en el corazon y las lágrimas en los ojos. Se separaron y.... Aquí debe concluir la historia, porque aquí acaba el AMOR DE ÁNGELES.

JUAN DE ARIZA.



CASA DE LA CADENA EN NAVALCARNERO.

En los pueblos cultos se tiene á mucha gala conservar los monumentos históricos que recuerdan la memoria de los siglos anteriores. — En España, por desgracia, no se estiman estos recuerdos, porque la generación actual estimulada por la codicia ha destruido en pocos años edificios notables, cuyas inscripcio-

nes consignadas en páginas de piedra son miradas todavia con un profundo respeto.

En Francia y en Inglaterra, donde se profesa gran proteccion y respeto á la propiedad, no solo no se permite por las corporaciones científicas ni por los municipios demoler las obras anti-

guas que recuerdan algun hecho histórico, sino que por el contrario se están restaurando hoy mismo con gran cuidado para perpetuarlas en los siglos venideros.

Pero en nuestro país, — mengua es decirlo, — la punible negligencia con que se miran por algunos pueblos los edificios histórico-monumentales, está dando por resultado que vayan desapareciendo estos al impulso de la piqueta destructora, sin dejar otro vestigio para lo futuro que el nombre escrito en el gran libro de la vida — *la Historia*.

La casa de la cadena en Navacarnero, cuyos restos representa el grabado que encabeza este artículo, si bien no encerraba gran mérito artístico, era notable sin embargo por haber tenido lugar bajo de su techo los esponsales del monarca español Felipe IV.

Y no se crea que la fundacion de Navacarnero viene de remotos siglos cuya memoria se pierda en la oscuridad del tiempo, no; es poblacion moderna que debiera haber conservado por lo mismo el único monumento histórico que tenia en su recinto.

Daremos una rápida ojeada sobre la fundacion y crecimiento de esta numerosa villa en los trescientos cincuenta y seis años que tan solo cuenta de existencia, aduciendo curiosos pormenores al objeto principal que nos ocupa.

Tres vecinos de la ciudad de Segovia llamados Juan Villar,

Pedro Navas y Martin Medrano, eran en el año de 1499 los dueños exclusivos de la mayor parte del término que hoy tiene Navacarnero, cuyos terrenos ya se conocian de muy antiguo bajo los nombres de la *Perdiguera* y las *Navas del carnero*. — Estos buenos patricios, impulsados por el noble sentimiento de engrandecer á su país, se convinieron en fundar un pueblo respetable; pero con una abnegacion tan completa de sus derechos, que esto solo bastaria para honrar justamente su memoria. No solo cedieron en mancomun con voluntad libre y espontánea sus terrenos, sino que contribuyeron generosamente con sus fortunas al loable fin que se propusieran. — ¡Así se obraba en aquel tiempo por solo perpetuar el nombre!

En el mes de marzo de 1500, siglo de gloria para España, dieron principio á su obra aquellos tres varones. — Escogieron, pues, una pequeña colina en la carretera que atraviesa el centro del pueblo para ir á Extremadura y Portugal; muy combatida de los vientos, es verdad, pero que en cambio es saludable y de un cielo clarísimo. Y fué tal la actividad desplegada, tanta la importancia que se dió al nuevo pueblo, que no habian transcurrido cuatro años cuando ya se hallaban construidas mas de cien casas, entre ellas la capitular ó de ayuntamiento y la iglesia parroquial.



Ermita de S. Roque, propiedad del pintor de cámara Sr. Ribera, autor del dibujo que la representa.

Muchos hidalgos de la nobleza castellana tomaron vecindad en él. Esto se encuentra plenamente confirmado por los blasones y escudos de armas que todavía ostentan linajes ilustres en la mayor parte de sus antiguas casas. — Aquel suelo, en fin, es la patria de Sebastian Muñoz, pintor notable en el reinado de Carlos II, y de otros muchos caballeros santiaguistas, y de la orden militar de Alcántara.

El pueblo de Navacarnero, distante cinco leguas de Madrid, tuvo un aumento notable por la refundicion en el mismo de los lugares ya despoblados conocidos bajo los nombres de la *Zarzuela* y *Tirazentenos*. Consta en el día de seiscientos cincuenta casas distribuidas en calles regulares, de una plaza mayor donde está el ayuntamiento, en cuyo edificio existe el escudo de armas de la villa representando en dos cuarteles las tres cabezas de los fundadores y el célebre acueducto de Segovia; de una plazuela — la cruz verde, — un hospital para pobres titulado de S. Pedro, cárcel pública, ocho posadas, tres escuelas de niños de ambos sexos, una hermosa iglesia parroquial dedicada á la Virgen de la Asuncion, día en que se puso la primera piedra, y cuatro ermitas á S. José, S. Cosme, S. Juan Bautista y S. Roque (4).

Pero no es nuestro objeto referir aquí la estadística y el modo que tuvo de creer en pocos años este pueblo, por la ventajosa situacion que escogieron sus fundadores; solo diremos que consta ya de unas cuatro mil almas, que se ha elevado á villa con juzgado de primera instancia, y que si bien su terreno arenisco no es de la mejor calidad, constituye sin embargo su riqueza agrícola, — segun el Diccionario de Madoz, — un capital productivo de treinta y dos millones de reales.

Nuestro propósito ha sido otro: es perpetuar la memoria del suceso histórico que tuvo lugar el 7 de octubre de 1649 en la casa del licenciado *D. Miguel Gonzalez Ollero*.

Inscripciones que todavía se leen por el viajero en las cuatro lápidas conservadas en las ruinas, prueban claramente el alto honor de haber sido un día *real palacio*. — Aquel recinto, hoy pobre albergue, pero lleno de inmunidades y de todos los privilegios que se conceden á los palacios y casas reales, tuvo en su suelo la grandeza del reino y el lujo de toda la corte de Castilla. En esta casa, conocida por la de la cadena, se celebró la boda del monarca español D. Felipe IV con la archiduquesa Doña María Ana de Austria; matrimonio del cual nació Carlos II el *Hechizado*, último rey de la rama de Austria y entronque, por su

muerte sin sucesión, de la familia reinante de los Borbones en España.

Felipe IV, hijo de Felipe III, llamado el *Bueno*, luego que fué jurado por las Cortes en S. Gerónimo de Madrid, el 13 de Enero de 1608, como príncipe de Asturias heredero á la corona, contrajo esponsales en primeras nupcias con Isabel de Borbon, hija de Enrique IV de Francia. — Desgraciada esta reina en lo mejor de su edad, obtuvo en segundas nupcias la mano de su sobrina carnal Doña María Ana, hija del emperador Fernando III de Austria; acontecimiento de los que forman época en los reinos y que son celebrados, como el nacimiento de los príncipes, con grandes festejos, gracias y mercedes.

Llegaron, pues, los mensajeros á Madrid con la noticia del feliz desembarco de la futura reina en el puerto de Denia, y toda la corte se puso en movimiento para la villa de Navalcarnero. En este pueblo esperó el rey á la novia, y, dice la crónica, que S. M. estuvo muy contento y complacido por las grandes fiestas que se le hicieron.

El 6 de octubre de 1649 hizo su entrada la reina Doña María Ana, en medio de la ovación y aclamaciones de júbilo mas completas. Arcos de verde follaje, cuajados de versos é inscripciones alusivas al objeto habia en la carrera; celebrando por la noche el recibimiento con grandes luminarias, danzas al estilo del pais, fuegos artificiales y con cuantos regocijos son inherentes á un suceso de esta clase. — El rey, vestido de incógnito, salió á caballo mas de un cuarto de legua del pueblo, por la curiosidad de ver primero á la archiduquesa, partiendo despues al escape por una vereda, á fin de recibirla con los ministros y los grandes de la corte en la casa-palacio del licenciado Gonzalez Ollero.

Al dia siguiente, previo el ceremonial que en tales casos autoriza el ritual y la etiqueta, tuvieron lugar, dentro de la misma casa, los desposorios y la velacion á un tiempo; oficiando el cardenal arzobispo de Toledo D. Baltasar de Moscoso, presenciando la solemnidad del acto el patriarca de las Indias D. Alonso Perez de Guzman y todos los grandes y convidados de la corte. — Despues se fueron los regios consortes al Escorial, bajaron al Pardo é hicieron á muy pocos dias su entrada pública en Madrid.

En memoria de todo esto fueron puestas en la casa de Ollero, la cadena, el escudo de armas reales y las cuatro lápidas cuyas inscripciones recuerdan el suceso, en las cuales, sin duda algun poeta de aquel tiempo que acompañara al cortejo, dejó escrito su pensamiento. Dicen así:

— 1.ª —

Aunque corto es el espacio
que ves de esta casa toda,
al gran Filipo en su boda
sirvió de noble Palacio. —
Ilustre le considero
al dueño que en ella vive,
que de tal sol, luz recibe
la dicha grande de Ollero.

AD PERPETUA REY MEMORIAM.

Palacio Real y casa honorífica de Licenciado Miguel Gonzalez Ollero, clérigo presbítero, y de Catalina Brunete, su madre, donde se casó y celebró sus Reales bodas el Rey D. Felipe IV el Grande, con su sobrina Doña Maria Ana de Austria, hija del Rey don Ferdinando III de este nombre, emperador de romanos y rey de Hungría, y de Doña Maria de Austria: en siete dias del mes de Octubre, año de 1649.

— 2.ª —

A toda casa aventaja
esta mansion peregrina,
que de la perla mas fina
es por su dicha la caja. —
Aquí quedaron unidas,

sin temer infeliz suerte,
dos vidas que hasta la muerte
en una serán.... dos vidas.

AD PERPETUA REY MEMORIAM.

Y para perpetua memoria de cosa tan singular de que estas casas del Licenciado Miguel Gonzalez Ollero y de Catalina Brunete, su madre, son en las que la Magestad del Rey Don Felipe IV el Grande, celebró su boda con dicha su sobrina, las concedió todos los privilegios, concesiones, gracias é inmunidades de que han gozado y gozan sus Palacios y casas Reales: en siete de Octubre, año de 1649.

¡Triste condicion del tiempo!.... La casa de Ollero ha venido por herencia á un albañil que, no sabiendo apreciar la historia, hizo derribar la fachada hace muy pocos años; pero que el Ayuntamiento de Navalcarnero le obligó, sin embargo, á conservar las cuatro lápidas en los restos de pared que aun quedan. — Antes que consentir su demolición, debiera haberla comprado al propietario como un recuerdo histórico de la villa.

JULIAN SAIZ MILANÉS.

PARIS FISICO Y MORAL

estudiado durante la exposicion de 1855 por un español.

(Continuacion.)

IV.

El extranjero que ya ha comido en la primera calle y casa que tuvo por delante cuando sintió su estómago dispuesto, prefiere por lo comun, para tomar café, uno de estos establecimientos en que se da espectáculo, á los otros semi-políticos, semi-comerciales, donde tantas paparruchas tuvo necesidad de escuchar por la mañana.

Hay, con efecto, en París una porción de cafés cuyas puertas se hallan libres para todo el mundo, donde solo por el precio de los artículos que se consumen, disfruta el concurrente de alguna fiesta musical, ya de solos instrumentos, ya de piano y canto, ó bien de orquesta y voces, que son los que con mas propiedad llevan en su frontis el nombre artístico-gastronómico de cafés-conciertos.

Estas casas, menos notables por su lujo que la generalidad de las de su especie, ofrecen sin embargo de notable mayor número de macetas y cajones de flores (adorno muy comun en los establecimientos públicos de Francia) como indicando que para la transición de lo positivo á lo bello se necesita un camino florido y oloroso.

Toda la tropa relegada de los teatros líricos en razon de su edad y de sus defectos personales, ó de la edad y defectos de sus voces; toda la falange musical que no encuentra colocación en otros lugares mas filarmónicos, se refugia y establece en estos cafés, cuyo público siempre indulgente ó distraído, tolera ciertas desafinaciones, falsas-notas, gallipavos etc. en que suelen incurrir los artistas *imperiales* encargados de la funcion.

Y al llamarles artistas imperiales no se crea lo decimos por mofarnos de su mísera situación y escasas facultades; sino porque ellos se lo llaman á sí propios, recordando los antiguos dictados de su carrera. Las listas colocadas á las puertas de los cafés con los programas de la funcion de cada noche, no contienen menos de cuatro ó seis nombres célebres, segun ellos lo dicen, en los grandes teatros de la Scala de Milan, de San Carlos de Nápoles, cuando no de la Academia imperial de París. Pobres coristas y comparsas de estos teatros, acostumbrados cuando comían á ser modestos, llevan ahora que no comen, su inmodestia hasta el punto de no querer repetir una pieza por no cansarse.

Vestidos los artistas de frac y corbata blanca, al uso de todo el que se presenta ante un público francés, y escotadas y de

manga corta las damas, muy dadas de betun blanco y rojo, y muy prendidas de flores, se adelantan uno á uno ó todos juntos segun lo exige la pieza, hácia el proscenio ó sea barandilla de hierro que separa su chirivital del aposento del concurso; y desde allí gorjean, trinan y se despeitan, interpretando los mejores trozos musicales de su repertorio, entre el humo denso de las pipas, el ruido de las voces, el chasquido de la cerveza, el rumor de cien conversaciones diferentes, y tal cual risotada cruel que se escapa de un grupo estudiantil, menos dispuesto á la prudencia de lo que el caso exige.

Una salva de aplausos siempre que termina una pieza, no sabemos si porque ha gustado mucho, ó porque ha concluido, ó porque el dueño del café costea su *claque* como todos los empresarios, es, además de lo poco que ganan, la recompensa á que aspiran aquellos tenores absolutos, aquellas tiples sfogatas, aquellos baritos y bajos, cuya hoja de servicios no merecia sin duda una tan humilde contera como la que le ponen.

Entretenido el extranjero con el espectáculo que, si no para repetido diariamente, es sí para presenciado alguna vez, no echa de ver que ha tomado agua de castañas por café, mal aguardiente con azucar quemada por rom, y que luego le cuestan ambas cosas dos pesetas, cuando en el mejor establecimiento de París las hubiese tomado por menos de la mitad. Pero de alguna parte han de salir los gastos del concierto. Se resigna, paga y se va á un baile.

Los bailes de París no sabe el público dónde están, ni aun aquellas personas que por la costumbre de vivir en la gran ciudad conocen todo lo clásico y genuino que en ella se alberga. Y no extrañamos que nadie sepa dónde están, porque el saberlo equivaldría á conocer una á una todas las casas de París.

Cuando mas descuidada va el extranjero por una calle, en las noches de día festivo principalmente, siente caer sobre sus oídos una lluvia de notas inarmónicas escapadas de trompetas y violines crujendo á todo su crujir; alza la cabeza y vé que aquel espurréo filarmónico salta por un balcon, profusamente iluminado, en cuyo centro un farol de colores tiene escrito el programa entero de la funcion en estos términos: — «Baile: á 10 sous» (diez y seis cuartos). «Las señoras gratis.»

No se crea que el adorno y compostura del local corresponden nunca á lo ingrato del precio de la entrada, pues en París aun las criadas de servicio no bailarían una polka en sala que no tuviese alfombra, y ricas colgaduras, y profusion de gas, y músicos vestidos de etiqueta, así supieran que en el baile alternaban todos los estudiantes, locos y malgastadores, de la escuela de medicina. Los locales son, pues, mas que decentes (en el sentido expreso de la palabra), y á ser otros la reunion y el estilo de sus modales, podría llamarse decente el espectáculo.

Pero volvamos al principio. — El sistema de anuncios de París, sobre el cual gravita una contribucion enorme, impide á las empresas de medio pelo el publicar como debieran sus funciones; pues si á tal se atreviesen, invertirían en ello la suma total de sus productos. Quedan por consiguiente reducidas á los recursos de su ingenio para atraer la concurrencia que desean.

Muchas luces de gas, rabiosas colgaduras ondeando en la jamba interior de los balcones, mucha ventana abierta y mucha música, he aquí lo que á mas del farolillo (por cuyo letrero pagan contingente), sirve de programa, cartel y llamativo para estos bailes. Mas ni aun así suele acudir la turba polkadora en razon al prodigioso número de salones que les abre sus puertas; y es fama que en semejantes casos recurre el empresario á cierto método, muy parecido al que para fumar emplean los presos mas truhanes de nuestras cárceles.

Cuentan en efecto de ellos (y el lector habrá de perdonarnos lo chavacano del recuerdo en gracia de su exactitud) que cuando desean fumar y no tienen tabaco, cogen una mosca, la cubren con el dedo de una mano sobre la palma de la otra, y en tal disposicion se acercan al primero que fuma y le dicen: «Añade.» El fumador que no daría un cigarro entero, completa si lo que á su camarada le falta para echarlo, y este poseedor ya de una levadura, tira su mosca y se llega á otro amigo en de-

manda de otra añadidura; por cuyo método junta lo que pedido claramente no llegaría á alcanzar.

Pues bien, los empresarios de bailes de París disponen su funcion, ponen fuego á las velas, hacen sonar la música, y cogiendo despues á media docena de desalentados polquistas á quienes pagan, les obligan á deshacerse en brinco sobre el pavimento, á gritar, á reir, á enloquecerse en la sala del baile, con lo cual, bien mirado, no hacen sino decir á los transeuntes: «añade:» el transeunte en efecto, aun cuando tuviese pensado ir á otro baile, desconfia de que aquel esté tan animado como esotro parece estarlo, y dentro ya se convierte en levadura de la concurrencia, y toma por recurso el gritar, destaconarse y enloquecerse para llamar mayor número de parejas y asegurar de este modo su diversion.

Hé aquí la manera ingeniosa con que viven esos infinitos salones de baile al pormenor, de que está poblado París en todas direcciones.

Pero cómo con tan mezquina cuota se pueden soportar tales gastos y aun realizarse positivas ganancias?

El lector nos permitirá que le excusemos la descripcion de un baile cuyas peripecias puede presumirse, y que pasemos á hablar de otro mas notable, en el que hallará á mas de cosas peregrinas, la resolucion del problema económico que acabamos de apuntar.

Iremos con el extranjero á Mabilie.

V.

Pocas serán las personas, aun entre las que menos hayan oido hablar de París, que no conozcan los nombres de la *Gran chaumiere*, *El castillo rojo*, *El castillo de las flores*, *El jardín de invierno*, y con preferencia *Mabilie*, como lugares de recreo destinados á la danza y la broma, para solaz de los franceses y encanto y admiracion de los extranjeros.

Sobre todo, los habitantes de Madrid, que pocos años hace tuvieron un remedo de ellos en el Jardín *Chaplet*, comprenderán á poco que se diga lo que en la babilonia de París serán estas tan decantadas y suntuosas fiestas, muy mejoradas á la fecha que escribimos, con motivo de la exposicion de la industria.

Atraido por la fama europea de semejantes bailes, por su deseo de gozar, por su afan de enterarse de todo, y aun mas porque cuantos le hablaban de diversiones públicas, preguntábanle á coro si habia estado ya en Mabilie, decidió el español de quien en el curso de este escrito venimos hablando, cepillar su casaca, ponerse un pañuelo blanco en el pescuezo, y á cosa de las ocho y media ó nueve de una noche de mayo, tomar el camino de Mabilie, con tanto mas motivo cuanto que la diversion costaba tres pesetas, que para ser verídicos en todo debemos añadir, menos seis cuartos.

Advertiéndole un amigo que por ser la distancia un poco larga, y por exigirle tambien así la costumbre admitida, era necesario tomar un carruaje; lo que aumentaba poco en verdad el presupuesto de la broma, pues todo se reducía á dos pesetas mas. Tomó su carruaje, y en dos brinco se encontró á la puerta de Mabilie.

Un dependiente con gorra engalonada y banderola al pecho, acudió á abrir la portezuela del carruaje; favor casi excusado para las berlinas modernas, y que á pesar de ello hubiese retribuido nuestro hombre, como fino que era, con un «muchas gracias, caballero,» si el abridor no le hubiera exigido medio real por el servicio que acababa de hacerle. Resistióse á tamaña tontería; pero ante la frase del cochero «es la costumbre,» no tuvo mas remedio que dar sus cuartos, «como tambien es costumbre (añadió el del pescante) gratificarnos á nosotros cuando conducimos á fiestas de este género.» — Miróle de reojo el español, y sobre el precio y la propina aumentó otro realejo, para no reñir con la costumbre.

En estas y en las otras habia olvidado nuestro presunto bailarín que el pavimento de la corte de Francia está húmedo y enlodado de continuo, por lo cual es muy del caso no pisar tierra alguna entre el estribo de un carruaje y el zaguan de la

casa á que se llega; pero otro dependiente de Mabilie con una esponja húmeda y un paño fuerte y seco, se encargó incontinenti de advertirle su falta, bruñéndole al primor la pala de su charolado zapato. — Este servicio estaba tasado en otro real.

Un muchacho se acercó en seguida á preguntarle si sabía cuál era el despacho de billetes para caballeros, y cuál el de señoras; á lo que el interrogado contestó sencillamente que no.

— Pues están los dos juntos, y es allí.

Señalóle el pillete con el dedo la casita pintada que tenía por delante; á cuyo frente y en letras como puños se leía: «Despacho de billetes.» — Los cuatro cuartos que le exigió el truhan, se los dió el español con mucho gusto: la agudeza en verdad lo merecía.

Hétele pues ya con su billete de tres francos en la mano y su santa voluntad por norma, para gozar á discrecion de los encantos de la fiesta.

El primer golpe de vista de Mabilie, produce un efecto sorprendente. — Figuraos todo cuanto la imaginacion mas acalorada y voluptuosa ha podido inventar de mágico y de bello, con la ayuda de la oscuridad de la noche, la brisa de la primavera, el aspecto severo de los árboles, la clara luz del gas, el aroma purísimo de las flores, la armonía de las aves, el murmullo del agua, los acordes de una música fantástica, y el arte francés por añadidura reproduciendo, contrastando efectos y bellezas hasta donde las exigencias de una sociedad refinada y sibarítica pueden llegar; figuraos los jardines de *Semiramis*, los laberintos encantados de las *Mil y una noches*, solo mas mundanales, con mas animacion, con mayor gracia; figuraos, por último, las fiestas de los pueblos gentilicios dirigidas por el mismo que fabrica el primoroso candelabro de vuestra chimenea, y tendreis una idea aproximada del golpe de vista que os espera en la primera galería del jardín de Mabilie.

Callejitas enarenadas con polvo rojo, ya circulares, ya rectas, sembradas de flores en sus orillas, valladas por antepedechos de yerbas olorosas y contenidas entre hileras de espesos árboles, cuyas copas cortadas ó bien en bóveda circular, ó triangular, ó plana, las trasforman en caminitos cubiertos, veladas á veces por la sombra, deslumbrantes otras por la claridad de cien luces; fuentejillas, arroyuelos, estanques, cascadas, montañas, valles todo en miniatura, todo reluciente de oro y adornado con un millon de lucecitas que asemejan por la variedad de los colores un foco de diamantes, topacios y rubies; pájaros que cantan; quizá porque la empresa quiere, pero que cantan; un templete magnífico elevado en el centro, cuyos arcos, columnas y barandas doradas despiden luz por todas partes, y desde el cual se lanzan al espacio los acordes de una armoniosa orquesta; canapés, divanes, hamacas, esparcidos de aquí para allá convidando á sentarse, á recostarse, á columpiarse al lado de un arroyo, en la falda de una montaña, en el centro de una gruta sonora; brillantes letreros escritos en el espacio de la noche con caracteres de luz, anunciando la pieza que ha de bailarse; y casitas al volver de cada camino con juegos de billar, de bolos ó de naipes, con tiro de pistola, espada y florete, con cafés, pastelerías, confiterías, canastillos de frutas, ramos de flores, guanterías, perfumerías, tocadores, roperos para alquilar, carruajes para salir, libros, periódicos, estampas y cuanto puede redundar en distraccion, comodidad, goce y delicia de la criatura, todo previsto, todo dispuesto, todo á la mano.

En tal edem turco, en tal zambra israelita, en tal bacanal romana entró nuestro extranjero la noche de que vamos hablando; con la torpeza en los pies, con el asombro en los ojos, con la admiracion en los sentidos. Era aquello un espectáculo nuevo para él, á cuya contemplacion extrañaba que no hubiese acaudido todo el mundo.

(Continuará.)

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

Una semilla de coquetería que cae en el corazón de la mujer, produce al día siguiente un bosque.

MURGER.

La mujer que solo tiene un amante, cree que no es coqueta: la que tiene muchos cree que solo es coqueta.

LA BRUYERE.

DE UN DRAMA INÉDITO

TITULADO

LA FLOR DEL VALLE.

PASCUAL. Hay una edad en la vida

en que, la causa se ignora,
siempre aparece la aurora
con cintas de oro vestida.

Edad de tranquila calma
en que al soplo bienhechor
de su supremo hacedor
se despierta alegre el alma.

Edad de placer henchida
exenta de sinsabores,
en que solo se ven flores
en la senda de la vida,

y en que un bienestar incierto
vaga por el ser que altera,
como el águila altanera
vaga errante en el desierto.

Y entre el placer y el dolor
que van robando la calma
en esa edad sueña el alma
la primer risa de amor.

De pronto en tan bello abril
nace una víbora artera,

es la lágrima primera
precursora de otras mil,
y húndese entonces la suerte
en el dolor y el hastío,

como el arroyo en el río,
como la vida en la muerte.

Entonces toma el amor
mas profunda intensidad:

esa, Leonor, es tu edad,
¡guárdate de ella, Leonor!

LUIS MARIANO DE LARRA.

MADRIGAL.

A. J....

No es mas bella la flor porque el rocío
con frescas gotas su corola esmalte,
ni porque ardiente inspiracion me falte
será menos amante el canto mío.

Este que yo te envío,
ofrenda es de mi amor, tenla en tu alma
como santa reliquia, aun cuando es leve;
que si es bella la palma
porque se eleva en el desierto altiva,
esto tambien la florecilla breve
aun cuando oculta entre los juncos viva.

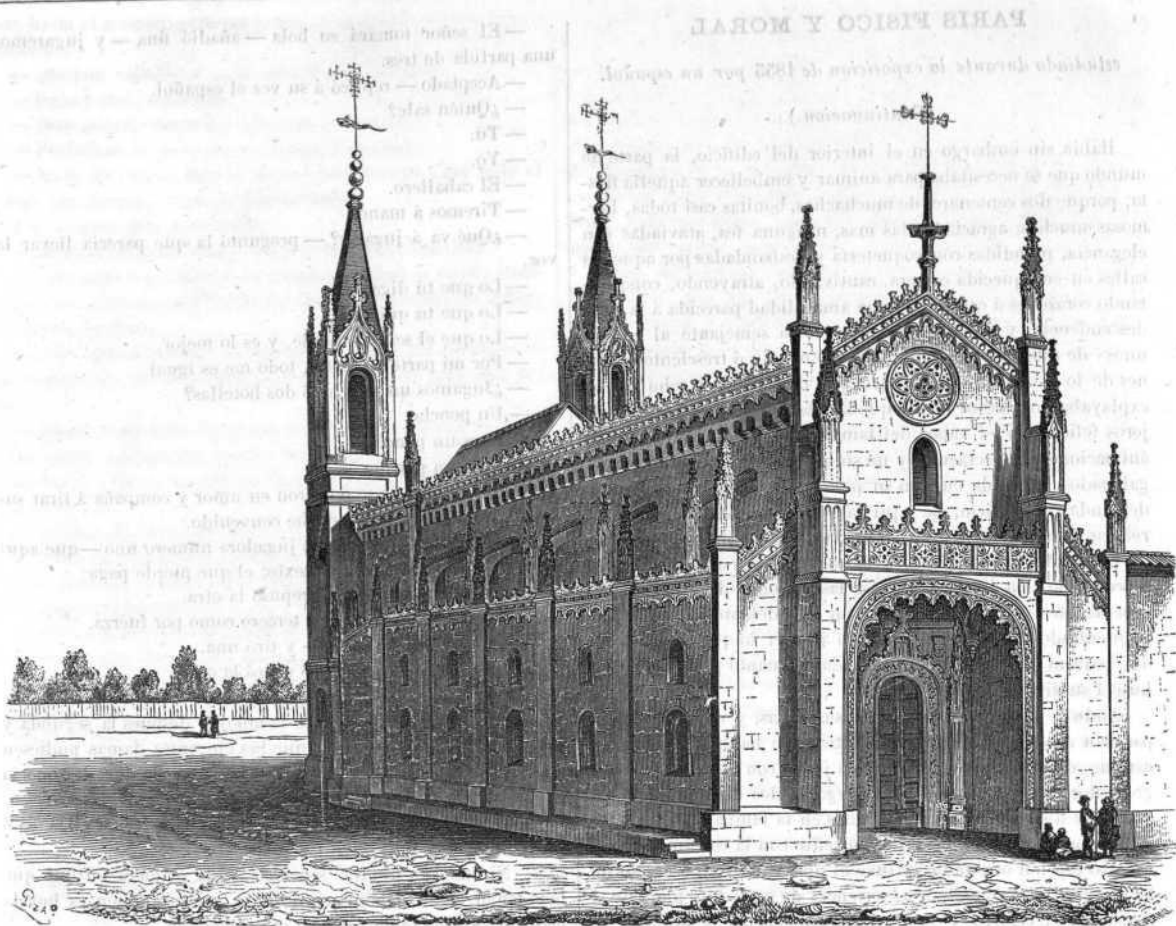
MANUEL M. MURGUIA.

SOLUCION DEL GEROLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Los Reyes Católicos conquistaron con las armas á los moros el reino de Granada.

Director y propietario, D. EDUARDO GASSET.

Madrid.—Imprenta de la VIUDA DE PALACIOS.



SAN GERONIMO DE MADRID.

Habiéndose presentado en la corte de Enrique IV un embajador de la Gran Bretaña, se solemnizó su llegada con magníficas fiestas celebradas en el Pardo por espacio de tres días. Dispuso en el cuarto un torneo el privado D. Beltran, y tuvo lugar cerca de Madrid donde ahora está el puente verde, frente á S. Antonio, defendiendo un paso á la usanza antigua dicho privado tan á gusto del rey, que mandó construir un monasterio en memoria del suceso, á la verdad no de tanta importancia como la que le quiso dar el pobre monarca. El resultado fué que el convento se fundó llamándose Nuestra Señora del Paso, título que el mismo Enrique IV mudó en el de S. *Gerónimo el Real*, borrando así el recuerdo profano y trivial que habia unido al naciente convento, cuya situación era mal sana; por esta razón fué trasladado en 1502 al sitio en que al presente se halla, junto al Museo de pinturas. Corresponde este suntuoso edificio á la época en que el estilo gótico declinaba, y el arco de medio punto empezaba á luchar con la ojiva que fué vencida al fin por aquel en la primera mitad del siglo XVI. Una vasta y hermosa nave con crucero, labrada segun el estilo llamado impropriadamente gótico y con mas exactitud ojival forma la iglesia de este insigne monasterio, viéndose repetidas á uno y otro lado del cañon 10 capillas que en la guerra de la independencia fueron despojadas de los retablos y curiosas memorias sepulcrales que las adornaban, quedando solo una parte del ornato que decoraba la capilla de S. Juan, una de las mas bellas que habia en Madrid en concepto del erudito D. Antonio Ponz: en tiempo de este escritor contenian las referidas capillas mucho bueno que observar; no sucede así al presente, pues se hallan desnudas y faltas de todo, hasta de retablos. Restauraron los monjes esta iglesia é hicieron el retablo mayor, que consistió en un cuadro grande en el que D. Rafael Tejeo representó á S. Gerónimo recibiendo el viático,

y en la parte superior una gloria. Sirvió este suntuoso templo de capilla real en tiempo de Fernando VI, y en él se celebra la ceremonia de la jura de los príncipes de Asturias, habiendo sido el primero que fué jurado en este monasterio Felipe II el año de 1528. Carece exteriormente este edificio del ornato de crestería, que graciosamente corona otros monumentos de su misma época. Sensible es que no se lleve á cabo el proyecto de trasladar á la referida iglesia la parroquia del Retiro, pues se lograba de este modo asegurar la existencia de un edificio interesante tanto por sus recuerdos históricos como por su arquitectura. En este monasterio tenian los reyes un departamento al que llamaban *cuarto de S. Gerónimo*, el cual comunicaba con la iglesia por la primera capilla al lado del Evangelio. Aun se conserva un patio de gusto clásico en el centro del claustro que se halla saliendo por una puerta del lado de Epístola.

Hoy ofrece gracias á una bien dirigida restauracion la preciosa vista que el grabado representa, viéndonos privados de detallar como quisiéramos todos los pormenores de la misma, por los invencibles obstáculos que encuentra en nuestro país el investigador artístico, siempre que trata de adquirir noticias, estrellándose con la vanidad, la apatía, ó la avaricia de su saber que tienen las personas que pueden suministrarlas. Debemos consignar sin embargo las escasas que hemos podido adquirir, siquiera de ellas no salgamos fiadores, con el objeto de ilustrar el asunto en lo posible, excitando de este modo á los entendidos en la materia para que dejen correr su pluma en provecho de nuestros apreciables lectores. Se nos ha dicho que la restauracion que está para terminar se debe á la munificencia de S. M. la Reina, y que la ha dirigido principalmente el antiguo y erudito colaborador del SEMANARIO Sr. Eguren.

PARIS FISICO Y MORAL

estudiado durante la exposicion de 1855 por un español.

(Continuacion.)

Habia sin embargo en el interior del edificio, la parte de mundo que se necesitaba para animar y embellecer aquella fiesta; porque dos centenares de muchachas, bonitas casi todas, hermosas muchas, agraciadas las mas, ninguna fea, ataviadas con elegancia, prendidas con coquetería y desbandadas por aquellas calles en enloquecida carrera, cautivando, atrayendo, conquistando corazones á cambio de una amabilidad parecida á la condescendencia, y de una condescendencia semejante al « todos unos » de nuestras giras campestres; otros dos ó trescientos jóvenes de lo mas aturdido de París que danzaban, se rebullian y explayaban ni mas ni menos que las bacantes; grupos de extranjeros felices por el vapor del Jamaica, tanto ó mas que por la animacion del espectáculo; y un sinnúmero de dependientes engalonados, fijo cada cual en su puesto, esperando la orden, la demanda, el servicio; he aquí la suficiente concurrencia para realzar de una manera digna el brillante festin que se preparaba.

El español no se atrevió á lanzarse solo en aquel laberinto desconocido, sin imitar y seguir las acciones de otros nuevos concurrentes; así que esperó á llevar por delante á los que habian entrado detrás de él, decidido á hacer lo que hiciesen todos, para ni excederse, ni omitir nada de cuanto pudiera contribuir á su diversion.

Anduvo algunos pasos tras de sus guías, y vió que estos se paraban ante la primera casita rústica que habia á la vera del camino, desde la que una agraciada jóven con delantalillo negro y florecitas en los rizos, les alargó sendos cigarros vegueros que ellos hicieron arder al momento en la lámpara de espíritu de vino prevenida *ad hoc*. Por no reñir con la costumbre hizo nuestro español otro tanto, y tuvo el placer de pasar á manos de la señorita tabaquera, por advertencia de esta, una pieza de á franco por el cigarro, y dos de á dos sueldos por la propina. — El veguero, que tal era el nombre de la tagarnina en cuestion, valdria, bien vendido, como ocho ó diez cuartos todo lo mas.

Chupa que te chupa, y reniega que te reniega siguió el español á sus tipos, no poco asombrado de que lejos de encaminarse al lugar del bullicio, tomaran otra senda mas apartada y solitaria. Siguiólos á pesar de esto, y á poco se encontró en un gabinetito chinés profusamente iluminado, en el cual apenas le divisaron los dependientes, sirviéronle como á los otros señores una especie de ponche frio, muy cargado de ginebra, que es lo que *según costumbre* debe beberse antes de la broma. Este ponche, que en los cafés de París vale medio franco, cuesta uno en la botillería de Mabilie.

Estamos viendo al lector queriendo llevar en su memoria la cuenta del gasto hecho por su compatriota; mas le aconsejamos que desista de esa fatiga, toda vez que ajustada y en orden la hallará al final de este cuadro.

Caliente ya de cuerpo como caliente estaba de alma desde que entró, dióse á discurrir solo por las callejas del gran jardin, parándose y contemplando todo lo que por su novedad lograba atraerle.

En una casita holandesa de la mas caprichosa forma, vió á dos jóvenes de no menos caprichoso empaque, alegres y pizperetas, que jugaban á un juego de billar muy parecido á nuestras mesas de trompo. La agilidad de las ninfas y su gracia, le entusiasmaron mas aun que el juego; y á haberlas conocido algo, de seguro que se ofrece á ser de la partida.

— Dejemos esta mesa, — exclamó una de ellas mirándole — que este caballero querrá jugar y le vamos á impedir la diversion.

— De ninguna manera, señoritas — dijo él, llevándose la mano á su sombrero: — está la mesa admirablemente ocupada; y en un caso me bastaría con suplicaros que me dejaseis ser vuestro compañero.

— Aceptado — exclamaron las dos á la vez.

— El señor tomará su bola — añadió una — y jugaremos una partida de tres.

— Aceptado — replicó á su vez el español.

— ¿Quién sale?

— Tú.

— Yo.

— El caballero.

— Tiremos á mano.

— ¿Qué va á jugarse? — preguntó la que parecia llevar la voz.

— Lo que tú digas.

— Lo que tú quieras.

— Lo que el señor acuerde, y es lo mejor.

— Por mi parte señoritas, todo me es igual.

— ¿Jugamos un ponche ó dos botellas?

— Un ponche.

— Pues un ponche.

— Pues un ponche.

Y los tres amigos se pusieron en amor y compañía á tirar sus bolas para disputarse el ponche convenido.

— Advierto, — exclamó la jugadora número uno — que aquí no se reconoce diferencia de sexos; el que pierde paga.

— ¡Ah! Por supuesto..... repuso la otra.

— Corriente: — añadió el tercero como por fuerza.

— ¡No faltaba mas!..... — y tiró una.

— ¡No faltaba mas!..... — y tiró la otra.

— Sea pues..... — y tiró el amigo.

Jugaron su partida en poco tiempo, y despues la segunda y una tercera en seguida, sin que las elegantes damas pudiesen superar en un solo tanto al español, á pesar de que desconocia el juego.

— O es muy afortunado este caballero — decian ellas, — ó conoce mucho y muy bien las bolas.

— Ni una cosa ni otra, señoritas; — la primera fortuna que hoy tengo, es el haberos encontrado; como tambien es hoy la primera vez que tomo parte en esta diversion.

— Pues es muy listo el señor.

— Sí que lo es.

— Gracias por la amabilidad que no merezco.

— Hemos perdido, mi querida Eurídice, — dijo la una.

— Pues á pagar, mi bella Cloris — exclamó la otra. — Este señor tendrá la dignacion de seguirnos.

— ¿Y cómo no? — mis desgraciadas y lindas amigas. — Lo único que siento es la fatalidad que os ha hecho perder, cosa que seguramente no deseaba.

— Así lo creo.

— Tal lo creemos, señor.

Y las primorosas jóvenes dando el centro á su dichoso rival, le encaminaron hácia el salon principal del café.

— ¡Mozo! — gritaron casi á un mismo tiempo — ponche y bizcochos para los tres.

El mozo sirvió un ponche como en París y en baile se sirve á los ingleses. Mucho rom, otra botella llena, mucho pastel, mucho emparedado, mucho bizcocho, mucho pan de almendras, esponjados, agua de nieve, azucar y una caja de cigarros habanos.

Comenzando estaban á beber el ponche, cuando una señorita de las de papalina con flores y delantal con cintas, se acercó al oído del convidado. Cruzáronse algunas palabras entre ambos, y el español sacó dos francos y medio en plata y algunas monedas de cobre que entregó á su atenta recién venida.

— ¿Qué queria esa mujer? — preguntó con cierto desprecio una de las jugadoras.

— ¿Os pedia limosna acaso?

— No tal, señoritas, no era nada; — repuso nuestro compatriota medio avergonzado. — Es que olvidé pagar á la cantinera del juego, los tres cuartos de hora que hemos invertido.

— ¡Ah!

— ¡Ah!

Este episodio no alteró en nada la jovial satisfacion de nuestros ponchistas. Hablóse mucho, se rió bastante, y se bebió no

poco, hasta el momento en que preludió la música el wals-polka primero.

— ¿Bailais, caballero? — preguntáronle entonces.

— Poco y mal, señorita.

— Pero ¿estais comprometido para esta vuelta?

— Preferiría, si no os incomodaraís, descansar.

— Nada de eso, — dijo la una — permaneced aquí todo el tiempo que gustéis. ¡Pues no faltaba más!

Y se levantó para marcharse.

— ¡Pues no faltaba más! — añadió la otra imitándola.

— Con vuestro permiso, — exclamaron ambas, al mismo tiempo que una graciosa ramillettera colaba en sus manos dos soberbios ramos de flores.

— ¡Oh! ¡qué hermosas! — murmuraron á la vez las favorecidas; — pero no, no las queremos, tomadlas, pedís muy caro por ellas.

— ¿Cómo muy caro, hermosas señoritas? — expresó la florera con cierta gachonería. — ¿No veis que aun no es la cosecha de las flores y que ya os ofrezco claveles blancos como en el mes de agosto?....

— A pesar de todo, queréis un dineral.

— Nada de eso, señor, — dijo la muchacha encarándose con nuestro paisano: — ¿son caros por ventura estos ramilletes en cinco francos cada uno?

— Para este tiempo, — repuso él como hombre que lo entiende — no son con efecto muy caros.

— ¿Lo estais viendo, señoritas?

— No le deis más que seis francos por los tres, — dijo una de las damiselas al oído del joven, — ¡son muy ladronas!

Cogieron sus ramilletes, dieron las gracias, hicieron una profunda cortesía y desaparecieron.

Tira aquí, afloja allá, los ramilletes le costaron siete francos, un medio sofoco, y cambiar una moneda de ocho duros.

— ¡Mozo! — gritó al efecto nuestro héroe.

— ¡Para serviros, señor! — exclamó el primero que había al paso.

— Tomad, si lo teneis á bien, este luis, y dad á esta ramillettera siete francos.

— Y la propina, — dijo ella.

— Y la propina, — dijo él echándola una mirada de tigre. El mozo vino en un instante.

— Aquí está la vuelta, señor.

Y depositó en las manos del joven veinticuatro francos y medio.

— ¿Qué me dais aquí?

— La vuelta, señor.

— ¿Pues no os he dado una moneda de cuarenta francos?

— En efecto, señor.

— ¡Y me volveis veinticuatro y medio!

— Justamente, señor.

— ¿Cómo es eso?

— ¡Ah! señor; teneis razon que se me ha olvidado entregaros la cuenta; tomad:

Fr. Cént.

Ponche, bizcochos, barquillos y pasteles. 6

Ramilletes. 7

Propina de la florera. 50

Propina del mozo.

Entonces lo comprendió todo: dió el medio franco de pico al camarero y se embolsó los veinticuatro restantes.

Cuando nuestra relacion llega á este punto, está ya el español tan chispa como cualquiera inglés; y sabido es que un español de broma, alterna, gasta y triunfa como el mayor calavera del orbe.

Diósele poco cuidado por lo que iba sucediendo, y se arrojó al foco de la danza con las mejores disposiciones para danzar.

El baile se hallaba en su apogeo. — Cien parejas animosas y jadeantes se arremolinaban, cernían y avanzaban al rededor del templete de la orquesta; los músicos apresuraban el compás; un

vientecillo fresco y húmedo agitaba las copas de los árboles y el tallo de las flores, difundiendo en la atmósfera sonoridad y perfume; las mil luces de gas, oscilando á la voz de los bailarines, despedían mayor fulgor; los chales habian desaparecido, las capotas se caían hácia atrás, los brazos se estrechaban, los pechos se oprimían, las ternuras rodaban por el viento, y el ruido del descargar de las pistolas, y el crujir de los billares, y el chocar de los vasos y botellas, y el cantar de los congregados en el *bufet*, todo esto fugaz, esparcido, flotante se ofrecía á la imaginación del viajero, como soñado, como presentido, como ideal.

Presa del vértigo comun se cogió á la primera cintura que halló libre, pasó sus brazos sobre el cuerpo y un hombre de aquella mujer, y estrechando á su vez como los que estrechaban, y oprimiendo á su vez como los que oprimían, y derramando flores y ternezas, se arremolinaba, se cernía y avanzaba animoso y jadeante tambien al rededor del templete, que gritaba al unísono con los cien gritos instrumentales que salían de su centro. Era aquello un matarse, un rendirse, un morir continuado por mucho tiempo, como se matan, rinden y mueren los danzantes *mabillicos* de París.

Las nubes se estrellaron entonces cual si quisieran aplacar el furor de los danzantes: una copiosa lluvia anunciada por truenos y relámpagos que se confundían entre las luces y ruido de la fiesta en concierto infernal, produjo un alarido tremendo de la multitud, la cual desbandada en opuestas direcciones, seguida de la orquesta, de los dependientes y de todo el mundo, confluyó, como de previsto se hallaba á un enorme salón, cuyas puertas se abrieron de repente y cuyos surtidores dorados comenzaron á arrojar gas en todas direcciones. — Algunas parejas menos tímidas permanecían aun en el jardín desafiando la intemperie de la tempestad, y calando sus trajes como calado se habían antes el cuerpo en el café; otras entonaban cantares al advenimiento de la lluvia con expresivas muestras de regocijo; otras, al amor de sus paraguas, conversaban en animosa plática, indiferentes á la crudeza de la atmósfera; y entonces el contraste de los de adentro bailables todavía, con el que formaban los de afuera bailados ya, era á la vez que extraño tan risible y grotesco como el conjunto.

Daban las once y media, y era llegada la hora de cenar. A las doce se cierran los salones, y no hay un solo momento que perder.

La pareja de nuestro español, no ya en tono de indirecta, sino clara y palpablemente le pedía de cenar. Él tambien excitado por la danza, la broma y el ejemplo, sentía su apetito en disposición. Abalanzáronse, pues, ambos al *bufet* como leones sedientos de su presa. Allí de pié derechos porque no había mesas bastantes á que acercarse, con el alon de un pavo en una mano, un panecillo en la otra, y la copa del *champagne* entre los dientes, empuñada por las manos de su compañera, bebió, comió y acabóse de achispar en los treinta minutos que faltaban, al compás de la polka del ferro carril que con campanas, pitos, alambres vibrados sobre el bombo, el fuego de la máquina imitado en luces de colores, y los ya desafinados instrumentos por la distracción ó cansancio de los instrumentistas, producía el juicio final á grande orquesta.

Un fuerte bastonazo del jefe de policía encargado del órden, dió por terminada la funcion. El agua corria á mares por los jardines, por el zaguán del edificio, por las aceras de las calles: nuestro hombre tenia que acompañar á su pareja y acompañarse á sí propio en la dualidad de su estómago y su cuerpo. Necesitaba por consiguiente un carruaje: pero los cocheros de París en casos como este, lejos de acercarse á recoger convoy, huyen como endemoniados del concurso, para que quien los necesita de por fuerza les llame, les suplique; y al escuchar que están tomadas con anterioridad, les ofrece un cuádruplo de su valor por la carrera que van á emprender.

Tal fué, al fin, el recurso adoptado por nuestro infeliz compatriota; tal la última socaflina de que fué objeto; tal la contera y remate de su ansiado baile de Mabilles.

Hé aquí ahora la cuenta que contemplaba al día siguiente,

casi con las lágrimas en los ojos, despues de haberla extendido en un papel.

De lo gastado en el baile sin saber cómo:

	Fr.	Cént.
Carruaje de ida.	4	50
Propina al cochero.	"	25
Propina al abridor de portezuela.	"	20
Limpia botas.	"	25
Señalamiento del despacho de billetes.	"	20
Billete de entrada.	3	"
Cigarro de entrada.	1	20
Ponche de entrada.	1	20
Juego de trompo.	2	50
Propina del juego.	"	20
Ramilletes de flores.	7	"
Ponche, bizcochos, barquillos y pasteles.	6	"
Propina de la ramillera.	"	50
Propina del mozo del ponche.	"	50
Cena para mi señora.	20	50
Carruaje para marchar.	3	25
	48	25

NOTA. No llevé á nadie conmigo ni hice ninguna amistad nueva.

Total: diez napoleones, los piés frios y la cabeza caliente.

(Continuará.)

JOSÉ DE CASTRO y SERRANO.

VIAJES.

BOMBAY.

AL SEÑOR D. EDUARDO GASSET.

I.

Bombay es una isla asiática, en las Indias orientales, cerca de la costa de Cuncán, en el reino de Visapour: sus primeros conquistadores fueron los portugueses, quienes cedieron aquella isla á los ingleses en 1662, época en que Carlos II, rey de Inglaterra, la reclamó como formando parte de la dote de la reina su esposa. — Hay una fortaleza y un gobierno.

Unos quieren que derive la etimología de Bombay del nombre de la diosa Moomba, á la cual hay allí un templo; y otros pretenden que proviene del grito de alegría que arrojaron llenos de admiración los portugueses á la vista de su excelente puerto, ¡*Bom-bahia!*, pues dicha bahía, que seguramente es de las mas cómodas del mundo, puede contener mas de mil embarcaciones, lo que hace que sea aquel un punto importantísimo para la compañía inglesa de las Indias. Dicha isla cuenta mas de 400,000 habitantes.

El capitán de marina francés, M. Basile Hall, dice que de todos los países que ha visitado en su vida errante ninguno hay comparable á Bombay, y que es el mas adecuado para ver del modo mas expeditivo y económico todo cuanto caracterizar puede la fisonomía del mundo oriental, y que, con un par de semanas de estancia haciendo una excursión á los sitios vecinos de Elefanta, Carli, y Ponah, podrá cualquiera formarse idea exacta de cuanto curioso é interesante encierra la India.

Las calles de Bombay ofrecen constantemente un espectáculo animado y curioso.

Los parsis, adoradores del fuego, los incas, los musulmanes, los judíos cruzanse continuamente con los sacerdotes católicos portugueses, los ministros ingleses y los armenios; iglesias, templos, mezquitas y pagódas envían á Dios las preces que tanta diversidad de religiones elevan separadamente en diferentes idiomas.

Las calles son un panorama donde sin interrupción sucedense los cuadros mas variados: aquí algunos chinos con sus trajes

tártagos y poco graciosos; allí mercaderes persas que vuelven con los tesoros del valle de Kachmyr; mas allá chalanes árabes haciendo caracolear sus fogosos corceles; indios de todas razas ostentando en la frente los brillantes colores que las distinguen, y musulmanes cuidadosamente arropados y llenos de gravedad bajo sus anchurosos turbantes.

II.

Las mujeres realzan el encanto del cuadro panorámico.

Con curiosa mirada seguí á aquella pobre mujer del pueblo que por todo vestido tiene un basto lienzo que envuelve su cuerpo; es una aguadora simplemente; no obstante, la vasija ó cántaro que lleva en la cabeza posee una forma elegante, y bajo los armoniosos pliegues de sus harapos admirareis un tallo enhiesto y ágil.

Otras veces un extraño sonido os hará volver la cabeza como el producido por los cascabeles de un caballo de posta: ¿qué será? Una madre de paseo con sus niños. Además del enorme anillo que pendiente de la nariz le baja hasta la barba, tiene adornadas las piernas desde las rodillas abajo con círculos de oro y plata, bien así como sus brazos hasta los hombros, cuyos atavíos producen el mencionado ruido.

Y hasta los mismos niños están reducidos á llevar tanta alhaja, cadenas y sortijas que apenas si se pueden mover á gusto.

Muchas de estas frágiles criaturas por este medio suelen llevar encima toda la fortuna de sus familias, lo que con frecuencia da lugar á que aquellos desdichados niños se vean asesinados por ladrones codiciosos de los tesoros, á los cuales les encadenaran sus imprudentes parientes.

Es de sentir el execrable olor que despiden el *assa-fetida*, con la cual, ¡cosa singular!, acostumbran aquellos naturales á sazonar sus comidas en términos de no poder sufrirse los miasmas que exhalan las plazas de los mercados.

El calor es tambien excesivo, y los mosquitos ó cínifes numerosísimos manifiestan particular predilección hácia los europeos. Los búfalos, de pelo aplomado y mirada feroz, y los bisontes, con su prominencia entre los dos omóplatos, os cubren á veces de una lluvia de lodo.

Peró no hay espectáculo perfecto, y las medallas tienen su reverso.

Entre esa poblacion compuesta de elementos tan heterogéneos domina una raza, la de los guebres ó parsis, descendientes de los antiguos persas emigrados á consecuencia de las invasiones mongólicas. La piedad de estos discípulos de Zoroastro los reúne cada mañana y tarde sobre la explanada en donde presentan un curioso espectáculo.

Elalba blanquea apenas el cielo, cuando ya aguardan con recogimiento el instante en que el astro ígneo, de la divinidad sacro emblema, les salude con su primer destello. Al caer del día se reúnen nuevamente orando hasta el momento mismo en que el sol vibra su último rayo en el ocaso. Cada casa de los parsis es un templo para su Dios, y alimentan sin cesar con odoríferas maderas el encendido hogar que le sirve de pira. Jamás arrebatan al fuego la presa de que se haya apoderado, y en los incendios se contentan con aislar la casa atacada abandonándola toda entera á las llamas. Los parsis son activos é industrioses y jamás abandonan á un miembro de su raza á la merced de la pública caridad. — Es además una raza hermosa: poseen regulares facciones, ojos negros y vivos, la tez trigueña y franca é inteligente fisonomía.

Se afeitan con esmero dejándose únicamente un bigotito. Las mujeres participan de sus mismas cualidades físicas y morales; pero el poco cuidado que toman de sus personas y hasta su desaseo no las deja lucir su hermosura mas que durante poquísimos tiempos.

III.

Bombay se extiende en una isleta de dos leguas de longitud sobre una de anchura, es el asiento ó residencia de una presi-

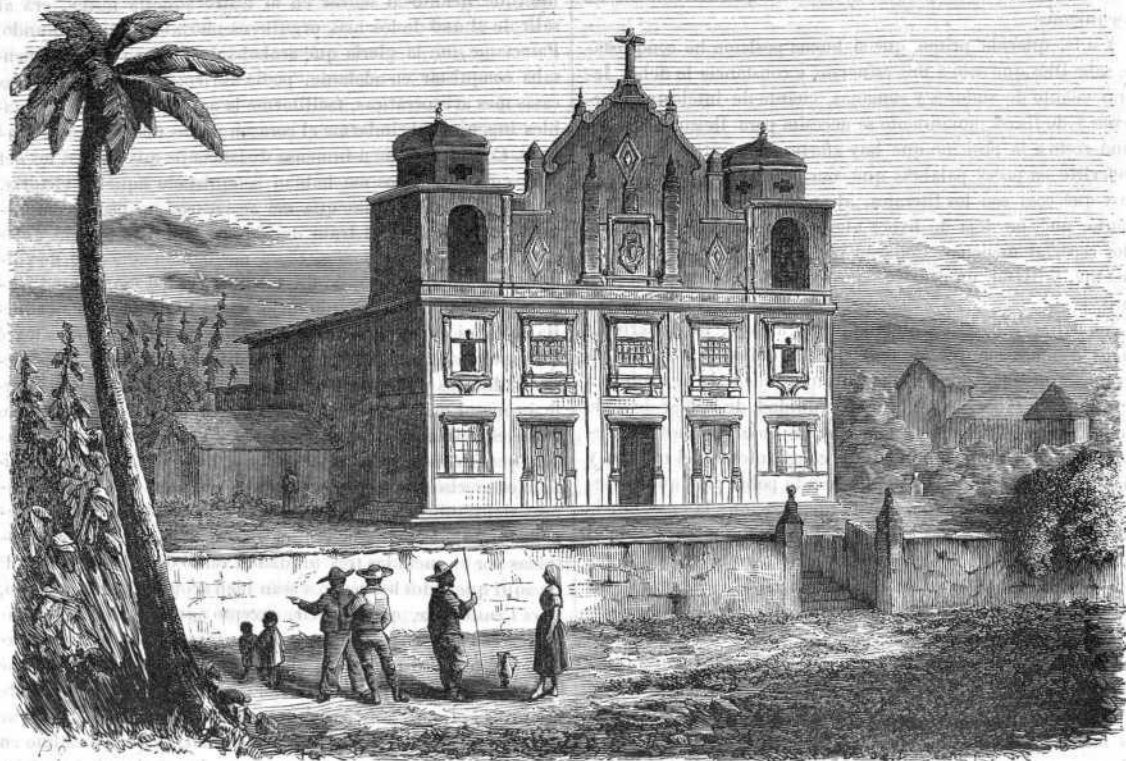
dencia que se extiende sobre toda la costa del Malabar, contando varios pueblos como Surate, Ahmedabad y Pounah; y forma la isla de Bombay con las otras circunvecinas de Colaba, de Salsette, del Carnicero, de Caracayah y de Elefanta uno de los mejores puertos de los mares indicos: sobre la primera de dichas islas elévase un faro de 130 piés sobre el nivel del mar, difundiendo su hospitalaria claridad á la distancia de siete leguas. Las fortificaciones del lado del puerto pasan por ser muy importantes.

A pesar de lo que han dicho los ingleses, es menester confesar que el clima es muy insalubre. Muchos han muerto á los tres años de fijar allí su residencia (europeos se entiende).

Tocante á edificios, pocos son notables si exceptuamos los cuarteles, la casa del gobernador y la iglesia anglicana.

Las casas por lo regular están construidas segun el gusto portugués, lo cual da á la ciudad un aspecto menos grandioso que las de Madrás y Calcuta.

PEDRO DE PRADO Y TORRES.



IGLESIA DE SANTA CRUZ EN LAS ISLAS AZORES (1).

El archipiélago de las Azores ó Terceras, situado á 36°, 50' y 39°, 43' de latitud norte y 27°, 30' á 34° de longitud oeste de París, se compone de nueve islas, á saber: Corvo, Flores, Foyal, Pico, San Jorge, Graciosa, Terceira, San Miguel y Santa María. Su origen volcánico las hace ser temidas por los marinos que se apartan cuidadosamente de sus costas erizadas de escollos, teniendo escasas recaladas útiles. Fueron descubiertas en 1439 por flamencos, á quienes arrojó allí una tempestad, permaneciendo deshabitadas hasta que Gonzalo Velho Cabral en 1447 se estableció en Terceira fundando la villa de Angra. Cuentan 130,000 habitantes. La dulzura de su clima facilita el cultivo que por algunas partes impide la escabrosidad del terreno: todos los frutos de la Europa central y meridional se producen fácilmente, mejorándose casi siempre; se crían excelentes ganados y sus costas producen variada y exquisita pesca. La iglesia de Santa Cruz, edificada en el siglo XIV ha llamado la atención de los viajeros por su arquitectura que revela la combinación de estilos que mucho después constituye el gusto europeo.

(1) Con el presente grabado empezamos á ocuparnos, instigados por algunos suscritores y por nuestro propio deseo, de las cosas de Portugal, contribuyendo en lo que podamos á estrechar las distancias entre dos pueblos que la naturaleza hizo hermanos.

AUTO-BIOGRAFIA.

QUÉ COSA ES EN EL DÍA UN LITERATO Y QUÉ HA VENIDO Á SER LA VIDA LITERARIA.

Carta de Fortunato Buenafé á Modesto Buenavista.

*Y qué querrá decir que en algun verso
Encrespada la bilis, tire un rasgo
Que el vulgo crea que señala á Alcinda?*
JOVELLANOS, *Sátira*.

Querido primo: Há tiempo que no llegan á mis oídos noticias tuyas. Supe únicamente que te habías avencinado en ese villorrio donde te dedicabas á cuidar de tu hacienda y á poner orden en las cosas de tu casa, que tu difunto padre dejó Dios sabe cómo. Y hé aquí por qué motivo has abandonado el cultivo de las letras, para el cual mostrabas tan buena disposición cuando nos reuníamos á prima noche en aquella academia científico-artístico-literaria, donde al son del violin del maestro de baile que daba sus lecciones en la sala próxima, encajábamos tantas y tan atrevidas proposiciones que bastaran en el día para hacer temido y admirado á quien tuviese audacia para darlas al público una á una, con su acompañamiento de frases de efecto y de consideraciones filosóficas.

Yo, por mi industria y por la bondad de Dios, he perseverado en aquel camino de que tantas veces trataste de apartarme; y sea que mi escaso mérito me haya proporcionado las simpatías de las personas inteligentes, sea que mi buena estrella me haya deparado propicias ocasiones, de poeta versificador y liceista en traductor de vaudevilles, y de redactor de folletines en mutilador de la última plana de los papeles periódicos hétéme aquí ascendido á la categoría de *secretario de la redaccion* — vulgo *gacetero* — del *Siglo de las luces*, periódico político y literario bien reputado entre los de su clase, y conocido de los pícaros empleados, á quienes ponemos como chupa de dómine al menor descuido, y de los bonachones de los ministros que sufren silencios como muertos las pesadas bromas con que diariamente les obsequiamos.

Y á fé, querido primo, que si buena posicion he conquistado, sabe Dios que solo á mis esfuerzos y constancia lo debo. Ignoras cuánto de sudores y congojas, cuánto de intelectual tormento y de físico movimiento se necesita para llegar por el camino recto á la posicion que hoy afortunadamente ocupo. Voy á referirte en pocas palabras qué cosa es la vida literaria en el día y qué cosa son los literatos, al menos los que yo mas frecuento, pues no deja de haber algunos que merecerian por sí solos especial mencion. Con esto podrás apreciar mi pasado y presente, y darme un consejo sano y desinteresado para el porvenir.

No habrás echado en olvido, primo amado, las fraternales amonestaciones con que me regalabas los oídos cuando frecuentábamos juntos las aulas, sobre la conveniencia de no aspirar á lucir antes de saber, sobre la inoportunidad de hablar de todo á todas horas etc., etc. No negaré que tus observaciones careciesen de fundamento; pero te faltaba conocimiento del mundo y veías las cosas bajo un aspecto demasiado pobre para que tuvieses en cuenta el gran papel que la imaginación, la espontaneidad del pensamiento, las galas del buen decir, y sobre todo el exacto conocimiento del corazón humano representan en la república literaria. Ello es que sin despreciar absolutamente tus consejos y ejemplo, eché por diferente camino y emprendí con ardor la carrera literaria.

Fué mi primer teatro una mesa del café de la *Aurora juvenil*, al rededor de la cual, con el cigarrillo en la boca y el vaso de agua con el ajeno terror de azúcar al lado, solíamos reunirnos media docena de amigos, todos jóvenes, todos poetas, todos pobres — excusado es decirlo — y todos ansiosos de brillar en esfera digna de nuestro talento. Decirte sobre qué asuntos versaban nuestros largos coloquios es excusado, sabiendo tú mi vocación y conociendo mis estudios favoritos. Las mas de las noches hacia el gasto alguna oda titulada: *Frenesí*, ó algun soneto titulado: *La mujer y la gloria* etc., etc. Otras gustábamos de amenizar nuestros certámenes con los estudios históricos, y citábamos infinitos nombres propios auxiliándonos mutuamente cuando no sabíamos en qué época habia vivido y cuáles habian sido los méritos del personaje cuyo recuerdo evocábamos. La emulación que reinaba entre nosotros nos hizo progresar extraordinariamente; aunque sea dicho en verdad, rayaba á veces en murmuración nada caritativa así que el amigo volvía las espaldas. Con todo, murmurando de los propios menos que de los extraños llegamos á adquirir algun nombre entre el círculo de jóvenes literatos, habiendo yo tenido al poco tiempo la fortuna de ingresar en una sociedad lírico-dramática, donde entre pieza y pieza solían leerse poéticas composiciones. Este fué, querido Modesto, el período mas feliz de mi carrera. Mis composiciones tituladas *A una tuerta*, *Mi suegra*, y otras *ejusdem furfuris*, alcanzaron éxito ruidoso y me granjearon algunas buenas relaciones, entre ellas la de uno de los aficionados cómicos de mas nombradía en la corte. Este sugeto ayudando, logré trabar amistad con un joven literato de esperanzas, traductor de varias piezas francesas con singular aplauso recibidas. Cobréme el tal cariño, verdad es que me costó algunas copas de coñac, y por consejo suyo y con su ayuda logré que me admitiesen una piececita traducida del francés en uno de los principales teatros de la ca-

pital. Decirte, querido primo, la sensación que experimenté la noche que por primera vez me ví entre bastidores recibiendo el aceite de las lloronas candeijas, admirando los pintados rostros de las hechiceras actrices y oyendo el animado repique de las castañuelas, sería materia imposible para mi pluma. Baste decir que mi traduccion se representó, que fué aplaudida, y que aquella situación en que el pobre marido se convence de que las botas del amante, que asoman por bajo del tapiz son botas suyas, hizo reir hasta llorar. El público pidió al autor, y no pudiendo este hacer un viaje ex profeso, salí yo todo trémulo á recoger los aplausos que tanto habia codiciado.

¡Qué triste cosa es el corazón humano, querido primo! Yo, humilde neófito al entrar en el teatro aquella noche, era al salir de él uno de los mas orgullosos mortales de este mundo. Parecíame que la gloria que acababa de adquirir y la que pensaba conquistar en adelante, podia abrirme las puertas de las casas mas aristocráticas, facilitarme la amistad de los mas notables ingenios y brindarme el corazón de las mas hermosas mujeres. Considerábame á inmensa distancia de mis amigos los del café, cuyos aplausos me habian conquistado aquella victoria, contraí algunas deudas que me acarrearón no pocos compromisos, y abandoné el trato de algunas familias amigas antiguas de la mia, las cuales, como me habian conocido de chiquito, no querian creer en mi talento. Verdad es que estas ilusiones no me proporcionaron mejor cama ni mejor cena en aquella noche ni en las siguientes; pero no perdí tiempo, antes logré que una tras otra me admitiesen en diferentes teatros varias piezas traducidas y algunas originales. Y aquí juzgo necesario darte á conocer mis opiniones acerca del arte dramático y el género á que especialmente me he dedicado. Es el teatro en mi entender, querido Modesto, una sala grande, donde para ser bien recibido es preciso tener en cuenta la especial situación de los actores y del público. La revolucion, que á todas partes llevó su benéfico influjo, concluyó en el teatro con toda sujecion; y arrastradas por el suelo las tres unidades, reinó omnimoda libertad. De aquí que todos los géneros sean bien acogidos por el público, *hors l'ennuyeux*, quiero decir, excepto aquel que no sabe conmover con la enérgica pintura de las miserias del corazón humano. Confiésote que no soy aficionado al género cómico, y que aunque de chico fui apasionado del patriótico, de las luchas entre moros y cristianos y de las arengas en octavas reales, creo que pasó ya su tiempo. Para hablar con verdad, el que yo estimo en mas y el que mas laureos me ha procurado, es el melodramático ó sentimental, sobre todo aquel que retrata la lucha de la mujer entre el deber y la pasión, ó la del hombre entre el amor y la conveniencia.

Figúrate una mujer joven y hermosa como un ángel, pegada como la perla á la concha á un viejo — conendrâ que sea general por serlo en el día todas las personas de importancia — ya cascadillo y gotoso; pero firme todavía y, sobre todo, incapaz de tolerar la menor infraccion de la ordenanza matrimonial. Figúrate que aparece por allí cualquier antiguo conocido de la señora, joven y buen mozo — si puede ser, poeta, para que el público no se olvide del autor — y que hay aquello de recordar pasados tiempos y enternecerse, y hacerse el sacrificio de acallar el enternecimiento, y tener el placer de entregarse á él y la abnegacion de volverlo á guardar en lo íntimo del corazón. Figúrate que el veterano, que es un Oteló de la guerra de la independencia, observa á entrambos y sigue las fases de esta lucha, muy dispuesto á intervenir militarmente, quizás cuando no sea tiempo; y figúrate, en fin, que el deber triunfa de la pasión y que la infeliz mujer se resuelve á renunciar á su amor hasta que enveje, y tendrás cabal idea de uno de mis argumentos favoritos. Yo te confieso ingenuamente, que mil veces me ha ocurrido que era tan lógico castigar al viejo por haber olvidado sus años y su gota, como hacer sufrir á la mujer por haber cedido á las importunidades de una madre, á los consejos de una tia, á las máximas de muchas amigas y á las seducciones del mundo; pero hubiera carecido entonces de las lágrimas de la primera dama; y causan tal efecto las primeras damas cuando son hermosas y

lloran! Por esta razón no quise prescindir de recurso escénico de tanta monta, y preferí que fuese ella la heroína, aun cuando el público dedujese de mi drama, con grande contentamiento de las madres que tienen hijas casaderas, que es muy santo y muy bueno casarlas con viejos, generales ó banqueros, se entiende, quienes son tan capaces de amarlas y de hacerlas felices como cualquier chisgaravís de cinco lustros.

Es el corazón de la mujer un manantial inagotable de poesía que nosotros los dramáticos explotamos de mil maneras. Reconozco con algunos moralistas que las virtudes domésticas de la mujer tienen su precio, y aun si se quiere su poesía; reconozco que no faltan mujeres que aman y respetan á su marido *solo porque es su marido*, y el padre de sus hijos; no dudo de que estas sencillas virtudes son la base de la felicidad y prosperidad de las familias; pero como puedes comprender, todo esto es de cortísimo efecto en el teatro. Por consiguiente hemos echado por distinto rumbo y tratado de poner en acción este pensamiento: *que una mujer puede purificarse por medio del amor, aunque su pasado no sea muy católico, ni menos cristiano*. En una palabra: no hemos titubeado en dar al público el espectáculo de una Magdalena que, en vez de hacer penitencia en el desierto, la sufre en el gran mundo, entre música y flores, entre incienso y perfumes. Y no creyendo suficientes las lágrimas de una mujer hermosa para causar efecto en el público, discurrimos.... ¿lo adivinas?... discurrimos *hacerla toser*, no de constipado ni de cosa por el estilo, sino de *tisis*, ¡horror!! A cada estornudo puede recordar el auditorio que solo la queda un soplo de vida....

Mis producciones de este género me procuraron algunos aplausos y unos cuantos pesos duros; pero no todo son mieles en la carrera del escritor dramático, querido Modesto. Además de verme obligado á hacer en mis dramas cuantas variaciones, adiciones y correcciones venían en mientes al director de escena y á la primera dama; además de tener que arreglar mis piezas á las condiciones intra y extra-bastidores del teatro; además de verme obligado á sostener amistosas relaciones con todos los críticos de la prensa ministerial y oposicionista, tenía que luchar con editores, alabarderos y partes de por medio, gente toda de suyo codiciosa é insubordinada.

(Continuará).

JOAQUÍN MALDONADO Y MACANAZ.

APUNTE HISTÓRICO

entresacado de un manuscrito anónimo del siglo XVI.

Martes 6 de julio de 1545 años se publicó en Valladolid que la princesa Doña María, mujer del príncipe D. Felipe, estaba con dolores de parto, y aquel día en la tarde el cardenal de Toledo envió á decir al obispo de Palencia y al de Zamora que él estaba en S. Pablo y que se fuesen allá, donde estuvieron en visperas y completas y los frailes dijeron Maitines, y laudes de la fiesta de la natividad; en este tiempo vino un alegrón de uno que pidió albricias que la princesa era parida, que pareció ser burla, después de esto el Cardenal y los Obispos de Palencia, Zamora, y Lugo y los presidentes de Consejo y Chancillería fueron á Palacio, y sabido que la princesa no era aun parida se volvieron á sus posadas. Otro día por la mañana se publicó que era parida de un hijo y los dos Obispos de Palencia y Zamora fueron con el Cardenal de Toledo á palacio y estuvieron allá hasta hora de comer, y de allí se volvieron á sus posadas y estando comiendo el de Palencia, le envió á decir el de Cartagena que el príncipe mandaba hacer una procesion la cual salió de palacio y fue al rosario y acabada de decir la oracion digieron por la ventana de palacio que sale á la Capilla, *hijo hijo* que fue de grande regocijo, y luego los obispos de Palencia, Zamora, Cartagena y Leon subieron á palacio que estaba todo regocijado, los capellanes en la Capilla con los cantores y órganos dando gracias á nuestro Señor y supieron que el Príncipe se había entrado á reposar que había estado desde las tres de la mañana con

la princesa, poco después salieron á decir que digesen maitines de navidad, unos decían que por las parias que no había echado, otros que por que no había parido, otros que había parido uno y le quedaba otro, entonces dijeron una letrilla y los obispos de Palencia y Zamora pasaron á S. Pablo donde estaban los Cardenales de Toledo y de Sevilla, y los frailes puestos de rodillas cantando salmos, y á las cinco de la tarde vinieron en procesion los obispos de Leon, Cartagena y Lugo, presidente de Consejo con los Capellanes desde palacio al Rosario y como á esta hora aun no había parido y se habían despachado algunos Correos estaban muy confusos todos, plugó á nuestro Señor, que un poco antes de las doce de la noche la princesa parió, y luego repicaron las campanas, y luego á la una el príncipe pasó con la Capilla al monasterio de S. Pablo á dar gracias á nuestro Señor diciendo el *Te Deum laudamus* y otras oraciones. Otro día á las once el Cardenal de Toledo con los Obispos de Palencia y Zamora y Conde de Benavente vinieron á dar el parabien al Príncipe. Con ellos vino el Cardenal de Sevilla que hizo un grande razonamiento al príncipe, diciendo que el mayo pasado se cumplieron diez y ocho años que estos Reynos se alegraron con un nacimiento y acuerdaseme que nuestro padre me dijo que daba muchas gracias á Dios que le había dado hijo, y suplicaba á su divina magestad, que si no les habiades de servir que os llevase en tierna edad, y pues Dios ha dejado vivir á Vuestra alteza hasta ahora, señal es que Dios se sirve de vuestra alteza, de la princesa á mi me consta que es una santa, y así Dios os ha hecho merced en daros hijo: luego aquella noche hubo muchas luminarias, y los Regidores y Caballeros de la Villa con achas que serían 60 de caballo, vinieron bien aderezados á la plaza de Palacio y allí jugaron con alcanzias, y sacaron cuatro carros con ciertos entremeses, y otro entremes de unos vestidos en habito de doncellas con su atambor y una seña delante y honrado las fiestas cuatro dias, hasta que el sábado le dió á la princesa una calentura muy recia, y el domingo por la mañana le sangraron del Tobillo y á la tarde la llebó nuestro Señor doce de Julio de dicho año. Dicese que murió de pasmo, porque como tubo recio parto quedó muy fatigada, y acabado de parir las damas le quitaron la camisa y le echaron un tabaque de rosas y flores de que sintió grandísima alteracion, de la demasiada frescura y que acostada en la cama le dieron una perdis con agrio y de estos desatinos de Portuguesas se asomó y vino á morir; dicese que el viernes anterior á las diez de la noche se vió sobre palacio un cometa que pareció *sidus volante*, y dejó una como abertura en el cielo muy lucida que parecia daba luz en la tierra y duró una hora en deshacerse. Dicese que cuando le dieron la extrema uncion dijo; por un *menino se deshace mi nueva casa* y mandó que se lo tragesen que lo queria ver y viendolo dijo, *tu eres hijo de mi dolor* que fué lo que dijo Rachel á su hijo Benjamin de cuyo parto murió y otras palabras de grande lastima.

Hubo grandes llantos en Valladolid y grande sentimiento en todo el Reyno, enterraronla lunes á las siete de la tarde en la Capilla mayor de S. Pablo ante las gradas, vinieron los frailes de todas las ordenes, el Cabildo de la Yglesia y el seglar, traian los beneficiados de la iglesia Colegial sus capas de coro como en cuaresma, vinieron en procesion presidente y oidores, abogados, relatores, secretarios, procuradores, solicitadores de chancillería con sus capirotos por las Cabezas, vinieron los de los Consejos Real y de Yndias, y de inquisicion, sacaron el cuerpo en un ataúd cubierto de terciopelo negro en los hombros. El Duque de Alva y Conde de Benavente, y ochos grandes, llevaban como setenta hachas, las ordenes se salieron al claustro del monasterio. Quedaron en la iglesia los Capellanes de la Capilla Real. Hizo el Oficio el Obispo de Leon D. Esteban de Almeyda su Capellan mayor, y otro día dijo la misa y vinieron á ella todos los preladados y consejos, saliendo todos de palacio con el duque de Alva. El mismo domingo en la noche se fué el príncipe al Abrojo con el comendador mayor de Castilla D. Antonio de Rojas, D. Sancho de Cordoba y no quiso cenar aquella noche y á las cuatro de la mañana estaba en la iglesia del monasterio. Tenia la princesa hecho su testamento escrito de su mano, presumese seria por

Consejo de Fray Tomas de Sta. Maria provincial de Sto. Domingo, al que habia detenido mas de dos meses confesándose con el. Dicen que un astrólogo dijo al Rey D. Pedro su padre que habia de morir de parto: mandó á su secretario que le diese memoria de sus criados que de sus criadas no la habia menester que ella las conocia, y como le llevase el memorial, y la princesa viese que el no venia allí, dijole: cómo no os poneis vos aquí? Dijo: porque Vuestra alteza me ha hecho mas merced que yo merezco. La princesa dijo con todo eso, ós deseo hacer mas merced y así cumplió con todos muy bien, y hizo muchas mandas para sacar cautivos castellanos y portugueses.

MAÑANAS DE ABRIL Y MAYO.

Bien hayan los claros días
en que la tierra despierta
después de florarse muerta,
recobrando nuevo ser:

en que los ojos se hechizan
con la pureza del cielo,
con la alegría del suelo
que comienza á florecer.

Bien hayan de los arbustos
las tiernas ramas desnudas
que abren las hojas menudas
en apiñado monton,
cuando del aura al suspiro
su flor naciente se agita
y estremecida palpita
bajo el cerrado boton.

Bien haya el blando murmullo
de las yerbas cuando crecen
y se enlazan y se mecen
en columpio desigual;
y los variados cambiantes
y pintorescos primores
que reflejan sus verdores
del sol al rayo vernal.

Bien haya el musgo que tiende
su protectora guirnalda
de refulgente esmeralda
por la lejana extension;
y orna del monte la cumbre,
y el hondo valle engalana,
y hasta en mi humilde ventana
Cuelga su frágil feston.

Bien haya la sombra incierta
que dan los olmos silvestres
á las casitas campestres
en las mañanas de abril;
y el perfume de las brisas
que susurrando medrosas
van despertando á las rosas
que han de adornar el pensil.

Bien haya el rumor sonoro
del limpio arroyuelo frio,
que, agotado en el estío,
vuelve á bullir saltador;
y es móvil cinta de plata

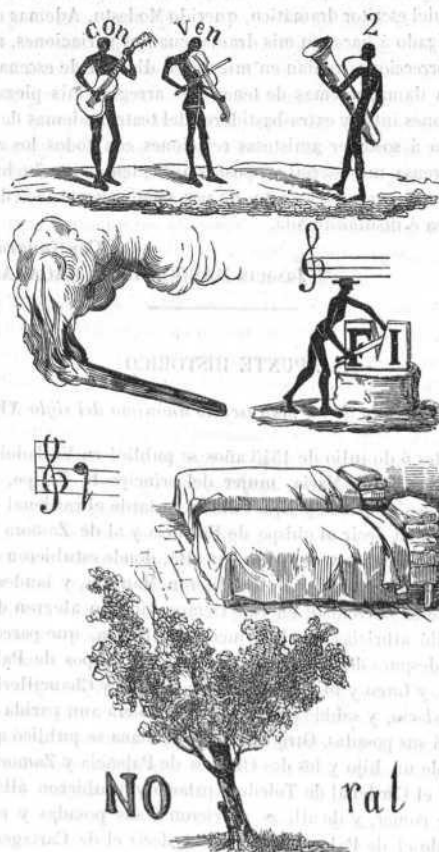
en la vistosa llanura,
de su manto de verdura
trasparente ceñidor.

Bien hayan las roncás quejas
de las palomas errantes
que arrullan á sus amantes
en su quieta soledad;
y del ruiseñor el canto
de magia extraña y profunda
con que á sus hembras fecunda
de la noche en la mitad.

Bien haya la primavera
con sus frescas alboradas,
con sus lindas enramadas
de purísimo verdor:
cuando renacen las flores
despierta mi fé adormida,
y halló consuelo en la vida
y esperanza en el dolor.

GREGORIO ROMERO LARRAÑAGA.

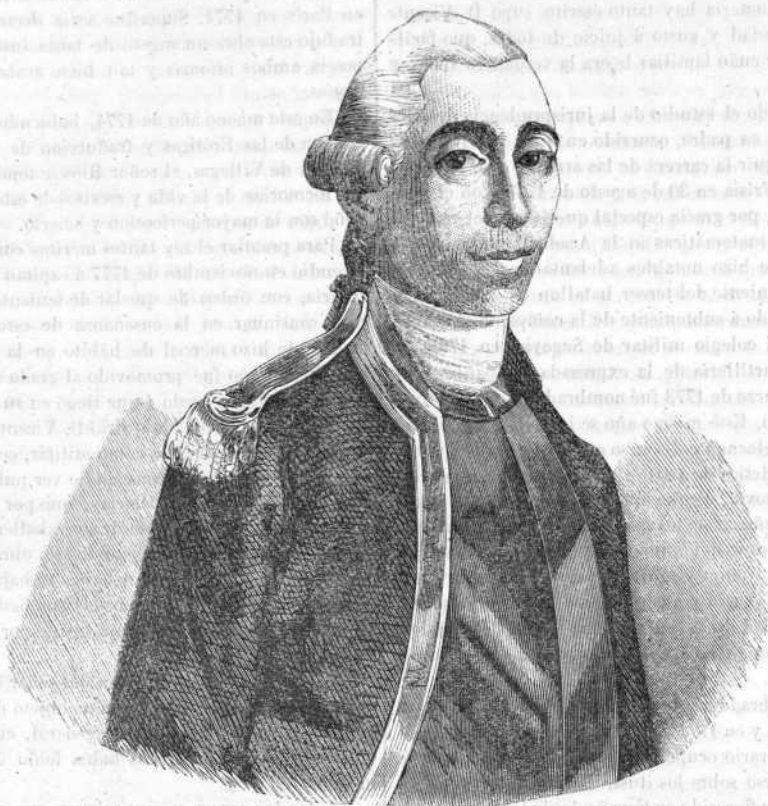
GEROGLÍFICO (1).



(1). En contestacion al gero-glífico publicado en el número 13 hemos recibido el presente.

Director y propietario, D. EDUARDO GASSET.

Madrid.—Imprenta de la VIUDA DE PALACIOS.



DON VICENTE GUTIERREZ DE LOS RIOS.

D. Vicente Gutierrez de los Rios nació en Córdoba en 8 de febrero de 1732 y fué hijo de D. Francisco José Gutierrez de los Rios, segundo marqués de las Escalónias, sugeto no menos ilustre por su nacimiento que dotado de poco comun instruccion y de virtudes cristianas, y de Doña Juana Teresa de Salve, su segunda mujer. Crióse en la casa de sus padres, á cuya vigilancia y cuidado debió una educacion correspondiente á su clase, y la enseñanza de las primeras letras á un honrado vizcaino, antiguo mayordomo de su casa. Estudió latinidad con un hábil preceptor, y desde luego empezó á sobresalir entre sus condiscípulos por su talento y aplicación y á merecer el aprecio de su maestro. En poco tiempo entendió con perfeccion los clásicos latinos y aprendió á conocer las bellezas y relevantes dotes de tan inmortales obras, y en ellas tambien principió á adquirir conocimientos prácticos de la oratoria y de la poética, y tales que parecía que ya las habia estudiado; sin embargo se dedicó despues á ellas con mucho empeño y aprovechamiento. No se contentó con estudiar los compendios que los maestros suelen poner en manos de los jóvenes, sino que llevado de su buen juicio quiso beber en las fuentes puras de los autores originales, y así estudió á Ciceron, Aristóteles, Quintiliano, Longino etc.

Instruido tan á fondo se ocupaba con grande aficion en la lectura de los oradores, historiadores y poetas latinos, llegando á conservar en la memoria muchos pasajes que solia referir á la letra oportunamente. Con el estudio profundo de estos modelos adquirió hábito y gusto delicado para juzgar las obras literarias con acierto y para escribir con elegancia, método y claridad.

Instruido tan perfectamente en las humanidades dió principio al estudio de la filosofía en el colegio de Nuestra Señora de Gracia, incorporado al real convento de S. Pablo del orden de predicadores; pero no satisfecho su talento con aquellas doctrinas tan estériles y vanas que por aquel tiempo reinaban en las

aulas, se dedicó á la lectura de los filósofos antiguos y de los modernos que habian sacudido el yugo del peripato. Despues estudió teología en el mismo colegio de Nuestra Señora de Gracia, y á los quince años se hallaba bastante instruido en esta ciencia, lo que no es de extrañar de la precocidad de su talento y de la aficion y constancia con que se dedicaba al estudio. A estos adelantamientos contribuyeron tambien no poco los repases y conferencias en que le ejercitaba su padre, sugeto tan instruido, como ya indicamos, y que acreditó sus extensos conocimientos en varios escritos que dió á luz y otros que no se publicaron, y corrian manuscritos en manos de los curiosos. Al mismo tiempo, su madre, que era señora muy aficionada á libros y versada en la historia, estimulaba y ayudaba á D. Vicente en sus tareas literarias.

En 1747 pasó á la universidad de Sevilla á estudiar derecho canónico y civil, lo que ejecutó con progresos en nada inferiores á los que en las demas facultades habia hecho. En 1752, cuando solo tenia diez y ocho años, mereció ser admitido en la Academia de Buenas letras de aquella ciudad en clase de honorario, y despues en 1753 ser ascendido á una plaza de supernumerario. En esta corporacion dió señaladas pruebas de su ingenio y de su temprana cuanto madura erudicion en las memorias que presentó y fueron oidas con singular aplauso. Tuvo la primera por asunto la preferencia de Lucano sobre Virgilio; la segunda el uso y la concurrencia de la elocuencia con las buenas letras, y la tercera la oda IX del libro 3 de Horacio que principia: *Donec gratus eram tibi etc.* que al mismo tiempo tradujo. En estos trabajos brilló el delicado y fino gusto del autor, su crítica, su erudicion y el amor que profesaba á las bellas letras, no solo por la importancia y atractivo que en sí tienen, sino por su influencia en la perfecta adquisicion de las ciencias.

Mayor aceptación acaso mereció otro escrito titulado: *Idea* 4 DE MAYO DE 1356.

de la naturaleza y curso de los cometas», que trabajó con motivo del que apareció en 1769, y dirigió á la Academia sevillana. Aunque sobre esta materia hay tanto escrito, supo D. Vicente tratarla con tal novedad y gusto á juicio de todos, que fácilmente se echó de ver cuán familiar le era la verdadera física y la astronomía.

Habiendo concluido el estudio de la jurisprudencia después del fallecimiento de su padre, ocurrido en fines de noviembre de 1756, resolvió seguir la carrera de las armas y entró de cadete de dragones de Frisia en 30 de agosto de 1757. Con el uniforme de este cuerpo, por gracia especial que le hizo el rey, pasó á Cádiz á estudiar matemáticas en la Academia de artillería de tierra, en las que hizo notables adelantos. El año de 1760 salió á subteniente del tercer batallón de artillería, y en 1763 fué promovido á subteniente de la compañía de caballeros cadetes del real colegio militar de Segovia: en 1765 ascendió á teniente de artillería de la expresada compañía, y finalmente en 26 de marzo de 1773 fué nombrado capitán graduado del referido cuerpo. Este mismo año se imprimió en Madrid en casa de Ibarra un elocuente discurso que hizo para la apertura de la Escuela de táctica de artillería, y pronunció en el real colegio militar de Segovia, de que era maestro, porque el rey le había confiado la enseñanza de los caballeros cadetes. Los aplausos que mereció el autor del numeroso y lucido concurso que oyó su discurso, se repitieron y multiplicaron después por todas las personas de inteligencia y gusto que lo vieron impreso. En él demostró la necesidad de la táctica de artillería, adornándole con oportuna erudición antigua y moderna, fruto de su escogida y continua lectura.

En 1753 fué nombrado académico de la real de la Historia en clase de honorario, y en 1772 ascendió á una plaza de número. Siendo supernumerario ocupó varias sesiones con la amena lectura de un «Discurso sobre los ilustres autores é inventores de la artillería que han florecido en España desde los Reyes Católicos hasta el presente», el cual se publicó dedicado á la misma Academia el año 1767. En este discurso, pequeño en el tamaño, pero grande por su mérito y utilidad, descubre y saca á luz el señor Rios, como del mas profundo seno del olvido, á muchos ilustres españoles que con sublimes conocimientos escribieron de artillería, bombardería y minas ó manejaron con gran destreza y pericia estos ramos principales de la tormentaria. De la erudición que contiene este escrito, de las glorias nacionales que prueba, y del acierto con que está tratado el asunto, se deja entender la complacencia con que los académicos de la Historia escuchaban su lectura. Leyó igualmente á esta sabia corporación la «Vida de Miguel de Cervantes Saavedra», que había trabajado por espacio de muchos años, en la que se hallan no pocas noticias interesantes de aquel ilustre ingenio, ó no averiguadas hasta entonces ó no publicadas, entre las primeras el descubrimiento de su patria que probó de la manera mas incontestable. A esta Vida siguió un «Análisis del Quijote» muy curioso, y un Plan cronológico para conocer el mérito de esta obra incomparable. La lectura de estos dos escritos ocupó asimismo varias sesiones de la Academia Española á que pertenecía desde 1773, y los individuos de este sabio cuerpo confirmaron la estimación que de ellos habían hecho los de la Historia.

Habiendo resuelto la Real Academia Española hacer una nueva edición del Quijote para corregir el texto y limpiarle de los muchos defectos que en las impresiones anteriores se le habían introducido, y que la perfección y esmero tipográfico correspondiese al mérito de la obra; determinó que á esta edición precediese la Vida de Cervantes y el Análisis que había escrito D. Vicente de los Rios. Para ello pidió licencia al rey, y manifestando este á la Academia cuánta complacencia le proporcionaban sus tareas, concedió el permiso para hacer la nueva edición con la Vida y Análisis escritos por el erudito oficial D. Vicente de los Rios.

En 1774 por orden del conde de Gazola tradujo del francés al castellano una «Instrucción militar cristiana para uso de los caballeros cadetes del colegio militar de Segovia», la cual se im-

primió en Madrid en el mismo año. Esta obra se insertó en otra de mayor extensión titulada: Horas militares, que fué impresa en París en 1771. Superfluo sería decir la perfección con que tradujo esta obra un sugeto de tanta instrucción, que tan bien poseía ambos idiomas y tan bien acababa todas sus producciones.

En este mismo año de 1774, habiendo de hacerse una nueva edición de las Eróticas y traducción de Boecio de D. Esteban Manuel de Villegas, el señor Rios se tomó el trabajo de recoger las memorias de la vida y escritos de este poeta, lo que desempeñó con la mayor perfección y acierto.

Para premiar el rey tantos méritos como había contraído, le ascendió en noviembre de 1777 á capitán del real cuerpo de artillería, con orden de quedar de teniente de caballeros cadetes para continuar en la enseñanza de estos jóvenes, y después en 1779 le hizo merced de hábito en la orden de Santiago, y este mismo año fué promovido al grado de teniente coronel de artillería, último grado á que llegó en su lucida carrera.

Si tanta celebridad adquirió D. Vicente de los Rios como literato, no la tenía menos como militar, celebridad que hubiera aumentado si hubiese conseguido ver publicado en sus dias un «Curso de táctica de artillería», que por orden del rey estaba trabajando para instrucción de los caballeros cadetes, y tenia ya concluido en 1779. Del mérito de esta obra, que el autor como concerniente á su profesión había trabajado con grande empeño, se podrá formar juicio por las que hemos mencionado con el debido elogio, y compuso únicamente por curiosidad y entretenimiento.

No se limitó la comprensión del señor Rios á los estudios relativos al arma de artillería como objeto de su profesión; se extendió al arte de la guerra en general, cuyos mas insignes autores antiguos y modernos había leído ó estudiado detenidamente.

Todos los cargos y ocupaciones que se le cometieron y trae consigo el servicio militar no fueron bastantes para entibiar en el señor Rios el amor al estudio, ni para impedirle sus tareas literarias y correspondencia con los sabios. Fuera de los trabajos que debió emprender para la composición de sus obras, solía dedicarse á la historia literaria, á la crítica y á la ilustración de nuestros autores.

Como en D. Vicente de los Rios se juntaban al talento y la aplicación, que es su consecuencia, en nuestro juicio, necesaria, la probidad y los sentimientos mas nobles y generosos, procuró por todos los medios inspirar á sus discípulos amor al soberano, subordinación á los jefes, buena armonía y correspondencia entre sí y la observancia de las leyes del honor, que tanto imperio deben ejercer en el ánimo de un militar.

Por tantas y tan estimables prendas mereció el señor Rios el aprecio del rey y de toda la corte, la confianza de sus jefes y la fiel correspondencia de muchos amigos.

No habiendo podido heredar el mayorazgo de su casa por ser hijo legitimado, le poseyó su hermana del primer matrimonio de su padre Doña María Josefa Gutierrez de los Rios, y solo por muerte de esta, después de haberlo litigado con el conde de Fernán Nuñez, entró en posesión de él en 1778; y cuando por esta causa empezaba á disfrutar de mayores comodidades y se acercaba á los altos grados militares, quiso la providencia cortar el hilo á una vida tan útil y preciosa. Habiendo pasado de Segovia á Madrid para la expedición de ciertos negocios, fué acometido de una enfermedad, que, casi despreciada al principio, llegó á hacerse de gravedad. Por mas de dos meses estuvo padeciendo, y gran parte de este tiempo luchando con las agonías de la muerte. Un tumor que se le presentó en el pecho y pareció terminación de la dolencia, puso á los médicos en grande ambigüedad sobre si seria ó no conveniente practicar una operación quirúrgica; mas el mismo paciente que en un cuerpo debilitado conservaba un espíritu fuerte pidió que se ejecutase la operación; pero todos los auxilios de la medicina fueron inútiles para conservarle la vida. La noticia del peligro en que se hallaba causó gran sentimiento en la corte, y cuando se le notificó al rey

D. Carlos III dijo este monarca: «Mucho sentiré que muera porque pierdo un buen oficial.»

La conformidad con que sufrió por tanto tiempo tan molesta enfermedad, es claro testimonio de las virtudes cristianas que le habían inspirado en su educación y de los sentimientos religiosos que tenía impresos en su alma. Conservó el uso de la razón hasta el último momento, y así ordenó sus negocios temporales con la misma prudencia con que había dirigido todas las acciones de su vida, y recibidos los santos sacramentos con muchas demostraciones de piedad y devoción, falleció al medio día del 2 de junio de 1779 á los 47 años, 3 meses y 24 días de edad.

Fué D. Vicente Gutierrez de los Rios de mediana estatura, cenceño, bien proporcionado de miembros, de claro entendimiento, feliz memoria, imaginación fecunda y aplicación constante y sostenida. Fué amante de la verdad, de dulce trato, conversación festiva y amena y aficionado á tratar con sábios y personas instruidas. Aborrecía la ociosidad, y por tanto nunca dejaba de ocuparse en algun entretenimiento útil. Cuando entendía en el desempeño de algun negocio grave, y cuando estudiaba y trabajaba, lo hacia todo con tanta eficacia y tesón que se olvidaba de sí mismo.

El retrato que va á la cabeza de este artículo se ha copiado de uno que perteneció á las hermanas de D. Vicente, Doña Mariana y Doña Josefa, y hoy conserva su deudo el señor marqués de las Escalónas D. José Gutierrez de los Rios.

L. M. RAMIREZ Y DE LAS CASAS-DEZA.

AUTO-BIOGRAFIA.

QUÉ COSA ES EN EL DIA UN LITERATO Y QUÉ HA VENIDO Á SER LA VIDA LITERARIA.

Carta de Fortunato Buenafé á Modesto Buenavista.

(Continuacion.)

Estas y otras consideraciones amortiguaron no poco mi inclinación al teatro; y habiendo trabado por este tiempo conocimiento con varios jóvenes aventajados y especialmente instruidos en los estudios histórico-literarios, seguí la corriente y procuré brillar en esta nueva esfera. Debo decir que, atraído por el incentivo del metal californiano que según era fama producía la zarzuela, tuve por un momento la tentación de dedicarme á este género; y aun llegué á comenzar una en que después de haberse disfrazado las damas de mosqueteros para librarse de las persecuciones nada respetuosas de unos corsarios, se disfrazaban los mosqueteros de damas para evitar las asechanzas de un diablo de magnate napolitano que.... Pero tente, lengua, y no murmures de un género de literatura que está llamado á dar días de gloria á la patria, cuando los futuros maestros españoles sepan explotar la mina de nuestra música nacional como los actuales explotan al público liso, alegre y bullicioso que llena las localidades del coliseo del Circo.

Ello es, en fin, que yo me dí al estudio de la historia y á la erudición con la esperanza de llegar á ser algun día académico correspondiente, ó cosa por el estilo. Compraba libros viejos en los portales de la calle de Jacometrezo, escribía á mis amigos de provincias pidiéndoles con mucha formalidad noticias del obispo Acisclo ó del becerro del monasterio de S. Pacomio, anunciaba todos los días mi viaje á Simancas y aseguraba que poseía multitud de cuadernos de cortes inéditos, cuando nunca tuve sino unos cuantos de música, manchados de aceite, sobre mi pupitre. Pero tenía que habérmelas con la gente mas arisca é intolerante del orbe. En tanto tiempo como me ví poseído del demonio de la erudición, no encontré un solo erudito dispuesto á oír mis disertaciones; pero en cambio ninguno se cansaba de repetirme las suyas. Al fin, remordiéndome la conciencia de poner citas falsas á artículos sin sustancia; harto de oír disparatados arcaísmos y de recoger frases latinas y romanceadas para encajarlas en mi primera producción histórico-literaria, renuncié al

futuro sillón académico en beneficio de quien tuviese menos vergüenza y mejor memoria que yo.

Díme luego á la crítica literaria y erigí mi trono sobre el piso bajo de un periódico político, desde donde lanzaba todas las semanas nubes de incienso sobre las actrices en boga, sobre los autores amigos, que lo eran todos, y sobre cualquier célebre general, suntuoso banquero ó afamado ministro, aunque nada tuviesen que ver con la literatura. Y como todos los conocimientos humanos son solidarios, de disertación en disertación llegué á ocuparme de la filosofía y de sus diversas escuelas. ¡Aquí sí que tengo que confesarme culpado, querido Modesto! No sé quien ha definido la ontología, diciendo: que es el arte de hablar de todo lo que no se entiende; pues lo mismo pudiera yo, y conmigo otros muchos decir en general de la filosofía. ¡Válame Dios! y qué estupendo baturrillo solíamos armar cuando caía sobre el tapete alguna proposición por el estilo de las que siguen: Dios, inductivo por el sentimiento ¿puede hacerse deducido por la razón? ¿Cuáles son las bases del idealismo trascendental? ¿Qué diferencia existe entre la fórmula de Fichte $A = A$ y la de Schelling, que deduce lo ideal de lo real, el yo del no yo etc., etc., etc.? Confíesote que me costó no poco trabajo al principio acostumbrarme á esta jerga filosófica; pero al cabo de algun tiempo y de algunos traspies *trascendentales* (quiero decir filosóficos), llegué á comprender que todas aquellas frases tenían una interpretación vulgar y perceptible, y que á no estar interesado el amor propio de aquellos pseudo-filósofos en hablar en griego para mayor claridad, vería el profano que muchas de sus místicas y tenebrosas proposiciones se reducían á verdades lisas, que el vulgo suele llamar de Pero-Grullo. En resumen: nosotros hablábamos filosóficamente ni mas ni menos que las colegialas, que para no ser entendidas de sus inspectoras anteponen una misma sílaba á todas las de una palabra. Mas no por esto arrojes mi carta, querido Modesto, y me condenes sin apelación ante el tribunal del buen gusto y del sentido común. Advierte que yo no he dicho que fuéese aquella la verdadera, y la sana, y la respetable filosofía, sino que íbamos á quien puede mas, y que estábamos mas dispuestos á usar de la palabra que á escuchar al vecino.

Pero no es este el único pecado á que me arrastró el insensato afán de granjear fama de sabio en poco tiempo y sin gran trabajo: tras de la filosofía y pegada á su anchuroso ropaje vino la política, y con ella la innumerable cohorte de sofismas y paradojas, que así ocultan la verdad como si fuera cierto que aquella diosa huyó de la tierra al cielo. Dividímonos en bandos, á la manera que en nuestros primeros años solíamos colocarnos bajo el lema de *persas ó griegos, cartagineses ó romanos*, para hacer nuestras primeras campañas literarias. Y ahora como entonces la memoria desempeñaba el principal papel y decidía la victoria en favor de aquel que lanzaba en la discusión alguna cita histórica de gran monta, por ejemplo aquella frase de Luis XIV: «*el Estado soy yo*,» ó estotra de Mounier: «*queréis ser libres y no sabeis ser justos*,» ó aquella de Sieyès: «*¿qué es el estado llano? Nada. ¿Qué debe de ser? Todo; etc., etc., etc.*» Confíesote con sinceridad que tengo por cosa averiguada que no entendiéndonos muy bien acerca del fondo de las cuestiones, nos fijábamos sobre todo en las palabras; de manera que nuestras controversias eran puras cuestiones de nombres, acerca de las cuales jamás podíamos ponernos de acuerdo, puesto que de ellos unos significaban los intereses de nuestros adversarios y otros los nuestros.

Fácilmente imaginarás qué espantosa batahola resultaría de semejante disposición de los ánimos. Contribuía á aumentarla el amor propio de tal ó cual empleado á quien acababan de dejar en la calle, de tal ó cual literato á quien las crisis políticas habían arrebatado público y Mecenaz. En este caso la discusión tomaba un giro particular; porque mientras nosotros tratábamos filosóficamente de la política y de sus diversas escuelas, mientras hacíamos un gracioso potpourri de nombres propios como De Maistre, Bonald, Valdegamas; Rousseau, Hobbes, Bentham; S. Simon, Fourier, Owen; Royer Collard, Cousin, Benjamin Constant; Lamennais, Genoude, Gaume etc., etc.,

mientras procurábamos dar á nuestras ideas cierto colorido metafísico, citando aunque no viniese á pelo los nombres de Kant y Hegel, de Fichte y Schelling, de Krause y Strauss, el literato ó el cesante prorumpían en exclamaciones enérgicas por el estilo de estas: ¡qué barbaridad! ¡enorme disparate! y otras de la misma clase, hasta que nos hacía descender de las elevadas regiones de la ciencia al mundo material de la personalidad, en el que ponían fin á la discusión diciendo: «*Veán VV. lo que han hecho conmigo*»; á cuya objeción nadie osaba responderle, aunque vagase la respuesta en los labios de todos. Andaban de boca en boca los pronombres personales y posesivos lanzados como pelota entre hábiles jugadores, sin caer nunca y sin que nos cansásemos de hilvanar frases egoístas, hasta que el que mas agravando se creía exclamaba: «Señores, no hay que cansarse; la juventud tiene hoy cerrados todos los caminos, y no la queda otro partido mas que desalojar á los que la estorban ó renunciar á la gloria y á los goces que la corresponden.» De donde deducíamos nosotros que éramos las víctimas, los párias de la civilización; y nos retirábamos á descansar á nuestras casas, ó recorriamos las ajenas en busca de pasatiempo, sin pensar que tal vez en aquel momento había alguien que pasaba la noche quemándose las cejas á la luz de su lámpara, á fin de esclavizar á la inconstante fortuna, que nosotros esperábamos hallar á la cabecera de nuestra cama.

De esta época data la fama, no diré bien merecida, de orador que me granjeé en algunos círculos político-literarios. Valiéronme mucho para este fin mis recuerdos de la Academia científico-artístico-literaria, en la que tan buenos ratos pasamos en los primeros años de nuestra carrera; y aun te confieso que no necesité hacer gran variación en mi método ni en mis estudios para lucir en este terreno como había brillado en el antiguo. Estar siempre dispuesto á la liza con cualquier adversario y sobre cualquier asunto; saber llevar las cuestiones á determinados puntos, donde es fácil hacer recaer sobre el contrario todo el peso de la personalidad, de la paradoja y del sofisma; adoptar un tono gutural y declamatorio; usar de un estilo cortado incisivo y en ninguna manera castizo, y sobre todo interrumpir al adversario á cada momento, acoger sus proposiciones con encogimiento de hombros, arqueamiento de cejas y fruncimiento de hocico, con otros varios preceptos de la misma naturaleza, son los requisitos que necesita el orador para granjear reputación y adquirir autoridad. Tengo para mí que la mayor parte de los oradores de esta clase no son mas que unos especuladores en frases, que juegan con los hombres que dan importancia á su cháchara sempiterna; y aun opino que la imagen del maná que perciben á través de sus discursos, les da fuerza para representar á veces su papel con una audacia proporcionada á su ambición.

Yo, triste de mí, que orador, y filósofo, y escritor público como me llaman, jamás aspiré á otra honra ni á mas provecho que al de estrechar con efusión la mano de mis amigos á cada una de mis victorias, hube de cansarme pronto de un papel que exige tanta perseverancia y tan buenos pulmones; y abandonando el foro por la cátedra, comencé, no sé si en buena ó mala hora, la carrera de periodista, en la que persevero hasta saber tu opinión sobre todos y cada uno de los puntos que dejo referidos.

Para concluir te expondré en pocas palabras lo que opino acerca del papel que desempeña el periodismo en nuestra sociedad, como tambien lo que se me ofrece acerca de las cualidades que deben adornar al que ejerza tan sagrado ministerio. Y digo *sagrado*, porque has de saber, querido primo, que es esta una palabra que nosotros, los periodistas, usamos con mucha frecuencia, no aplicada á las cosas de Dios y de sus santos, sino á aquellas que mas nos interesan; pero vamos á otra cosa.

Tú no sabes qué de conocimientos, qué de facilidad y de elegancia de estilo son necesarios para el periodismo, tal como hoy día se practica. Lo que mas me encanta es la facilidad que solo nosotros y los monarcas poseemos de hablar de *nos* en cualquier ocasion, y de ser intérpretes de una gran parte de la nación y aun de la Europa entera. Verdaderamente que es de ad-

mirar el que yo, periodista en agraz y político *in partibus*, tenga facultad para escribir cada mañana al abandonar el lecho y frotándome los entorpecidos ojos: «*La nación lo quiere; ella lo ordena; nosotros, sus mas legítimos intérpretes etc., etc.*» Y no es solo esto, sino que defendemos el legítimo uso de nuestra soberanía contra los que intentan campear por su respeto y pensar por su cuenta: ¡como si la prensa periódica no fuese la expresión de la voluntad general! ¡Como si no estuviese por ella dicho y discutido de antemano cuanto es posible discutir y narrar! Confíesote que mas de una vez me he dirigido á mí mismo esta pregunta: Si la libertad de la prensa llegase hasta el punto de que cada individuo tuviese un periódico como tiene una palabra, ¿qué significarían entonces estas frases que nosotros cuotidianamente repetimos: *la nación quiere, la nación desea etc., etc.*? ¡Pardiez! Mucho me temo que no significasen mas que: *Pedro Fernandez pretende, Juan Alfonso suplica etc.* Pero no; nosotros jamás nos apartamos de lo que es razon y justicia; y siendo así obramos lógicamente al hablar en nombre del público, pues casi todos los hombres ven las cosas del mismo modo siempre que el propio interés no les induce á error.

Pero lo que mas me admira, lo que mas me encanta en el periodismo es la facilidad, la galanura y exquisita erudición que respiran las producciones de nuestras mas famosas péñolas en este género. Si no me engaño, esta nueva escuela á que me refiero ha de hacer época en los anales literarios. Para que no recuses mi testimonio, como de interesado, pasa la vista por esos renglones hurtados no sé á qué papel matutino ó vespertino; pero que de seguro son modelo en su género; hélos aquí: «*Burla y aun sarcasmo parece que una causa ya vencida y juzgada en el augustó tribunal de los tiempos, levante aun orgullosa la horrible cabeza y atice con su soplo la llama de la discordia entre opuestos contendientes* (gracioso pleonismo). *Pero si es cierto que aun vive, que aun alienta para mal y para daño de los que dispuestos estamos á hacer el cortó sacrificio de nuestras vidas en el altar de la causa sacrosanta; si es cierto que el oscurantismo, nuevo Proteo, toma diversas formas para hacer aceptables sus elucubraciones; si es cierto que la espada de Damocles se halla á cada momento suspendida sobre cuellos inocentes, no es nuestra la culpa, la culpa es de otros. No arredran á ciertos hombres las empresas titánicas, porque no son ellos los Ícaros que han de sufrir la pena de su audacia: sordidos Mefistófeles de incautas gentes, acomodan al lecho de Procrusto de su extraviada crítica las ajenas doctrinas y las muestran á sus satélites transformadas cual si el anillo de Gíges las hubiera tocado. Hábiles Dulcamaras de insinuantes palabras saben arrastrar al precipicio á los que les siguen. La ruina de tantas gentes cuya imagen debía aparecérseles como la sombra de Banquo en el festín de Macbeth, no les infunde la menor aprension; y allá, en sus ensueños, se figuran que el astro puro de la civilización va á retroceder á los tiempos en que un monarca despótico, entregado á devotas prostitutas, pronunciaba aquellas palabras: EL ESTADO SOY YO. ¡Cuánto se engañan! Quos Deus vult perdere, Jupiter demerit*» (esto es, sin duda, una equivocación).

Fácilmente conocerás que me hallo en el camino de la sublime literatura, á donde no es dado llegar á todo alumno de Apolo. Mi modelo en lo político es Girardin, mis delicias el lirismo de Pelletan y de Lamartine; pero en vano pongo en tormento mi imaginación para trazar el *gran panorama del progreso de la humanidad* con los valientes rasgos de aquellos poetas eminentes; mi pluma se niega á obedecerme y me veo obligado á concluir rapsodia lo que comencé epopeya.

Y no solo me aflige la necesidad que en mí reconozco de beber la ciencia en raudales mas puros que los que hasta ahora he frecuentado, sino que aun esa misma honra que yo creía haber conquistado como bueno, me es negada ¿por quién? por mi misma familia, que opina que todos mis laureles políticos y literarios son buenos *para hacer escabeches en Laredo*, segun la expresión de Tomé de Burguillos. Lee esas dos cartas que trascribo y vendrás en cuenta del poco fruto de mis afanes: hélas ahí.

Querido Fortunato: terminada la recolección, que no ha pa-

sado de mediana, me he visto precisado á trasladarme á Tembleque, donde el pícaro de Pedro el Tuerto, mi mayordomo, había entrado á saco mis heredades, borrando lindes y talando viñas y olivares, que no parece sino que ha acampado en aquellas tierras otro ejército como el de Napoleon.»

«En verdad te digo que tu presencia es mas que nunca indispensable en la casa de tus padres, si he de disfrutar de algun reposo al cabo de mis años y si has de conservar un pedazo de tierra que te dé de comer cuando te hayas convencido de que los versos y la prosa son buenos para envolver especias.»

«De tus dos hermanas la mayor casa con quien la pueda hacer feliz; y con esto está dicho que no es poeta, ni autor dramático, ni periodista como tú; la segunda espera que vengas á su lado á cuidar de ella y de su dote, que corre peligro de no ir muy allá si tú no me auxilias contra mayordomos tunantes, escribanos sin fé y criados sin conciencia; que no falta por acá gente que pueda competir en astucia y mala voluntad con los mas redomados pícaros de esa corte. Tu madre quiere ponerte cuatro letras, por cuya razon termino mi epístola mandándote que, sin pérdida de tiempo, lies los bártulos y te vengas á mi lado, donde te espera el cariño de tu padre que te quiere

Juan Buenafé y Teson.

Argamasilla 15 de octubre de 185.....»

Hé aquí la carta de mi madre: juzga por ella de mi situacion.

«Querido hijo: por el correo de ayer he recibido los papeles

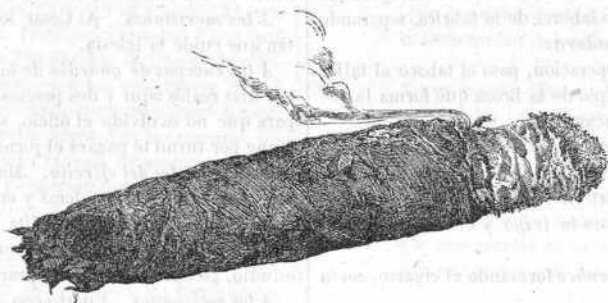
en que vienen insertas tus últimas producciones. Tu padre no quiere que le lea un renglon de ninguna de ellas; pero tus hermanas y yo los hemos leído con mucho gusto. Advierto sin embargo, hijo mio, que de tantas ocasiones como los héroes de tus composiciones te proporcionan para alabar la infinita bondad de Dios y las verdades de nuestra santa religion, sueles desperdiciar las mas, con mengua de tu reputacion de buen cristiano. Esto acaba de convencerme, hijo mio, de que si la carrera literaria, que tanto prestigio procura en el gran mundo, no proporcionara en nuestra patria al literato una posicion desahogada, tampoco sirve para perfeccionar sus cualidades morales, como yo hasta ahora tenia entendido. Así que, hijo mio, creo que harás bien en seguir los consejos de tu padre, que aunque ofrecidos con no mucha blandura son excelentes. Vuelve, pues, á nuestro lado si quieres dar á tu madre el mayor placer que la espera en lo poco que la queda de vida. = Ana.»

No quiero proseguir, querido Modesto. Lee y relee todos y cada uno de los párrafos de esta carta; pesa en la balanza de tu sano criterio las diversas circunstancias que en mí concurren, y dame luego un consejo que me sirva de guía en mi vida futura. Esto espera de tí tu primo y amigo. = Fortunato Buenafé.

Madrid diciembre de 185.....

(Conforme con el original.)

JOAQUIN MALDONADO Y MACANAZ.



EL CIGARRO.

Se ha escrito tanto sobre cosas que valen poco ó nada, que no debe remorder la conciencia por dedicar unas columnas á la que se cita á menudo, como la de menos importancia ó valor intrínseco; á un cigarro.

Un cigarro produce al menos humo, y bien merece su biografía mas que muchos hombres políticos españoles.

Un cigarro contribuye al Estado con una pequeña cantidad que forma parte del presupuesto de ingresos; razon es que de él nos ocupemos, cuando tanto dan que decir las pequeñas partes en que se distribuye el de gastos.

Un cigarro se compone del trabajo de porcion de personas, y parece justo que se analice, cuando tanto valor se da al de ciertas individualidades.

Un cigarro representa algunos instantes de la vida del que lo fuma, y sin embargo de haberse escrito tomos sobre la manera de saludar y ponerse el corbatin, nadie consagra un recuerdo á la aromática planta que constantemente enseña al hombre á dirigir sus mejores pensamientos al cielo, como ella envia la esencia de su aroma.

Un cigarro proporciona descanso y solaz al hombre laborioso, y no obstante se habla siempre de él con menosprecio, mientras se agota el diccionario de los elogios tratándose del afortunado ó del audaz que vive del trabajo ajeno.

Un cigarro se desea y busca, y á los enemigos se les huye y aborrece: del primero nos olvidamos al disfrutarlo, y á los segundos se les recuerda siempre.

Un cigarro nos da el privilegio de detener al magnate que pasa por nuestro lado fumando, mientras que un lacayo ó un centinela nos detiene á la puerta de su palacio; al cigarro se le muere, se le oprime, se le consume, y al centinela ó al lacayo se le saluda.

Un cigarro se le da á cualquier amigo, y hay amigos que no valen un cigarro.

Un cigarro nos alumbra en la oscuridad ó nos libra de una pulmonía al salir del Suizo, y le maldecimos porque nos mancha las yemas de los dedos.

Un cigarro nos acompaña sin proferir una queja á donde quiera que le llevemos, lo mismo á la habitacion mas reducida de la casa que á un duelo, y la mujer propia volverá disgustada del teatro porque la que ocupaba el palco vecino tenia un traje mas rico que el suyo: á la mujer la adoramos, y al cigarro que nos costó dos cuartos, porque ardió mal ó salió fuerte, se le llama veneno.

Un cigarro en la mayor desgracia nos distrae haciendo fijar los ojos en los giros que forma el humo y en la blancura de su ceniza, y una carta nos comunica la muerte de la persona mas estimada, nos traslada la órden de cesantía ó nos compromete á contestarla, y sin embargo el primero nos parece caro por la cuarta parte del precio de la segunda.

Un cigarro no se mete con nadie, proporcionándonos infinitud de goces, y un perro, si es ladrador, nos pone en peligro á cada instante: al perro se le da de comer, y del cigarro

cuando queremos apurarlo nos comemos una buena parte.

Al cigarro en fin, puesto que tantas injusticias le hacemos, se le debe reconocer acreedor á dar por un rato entretenimiento á los cajistas y lectura á los suscritores del SEMANARIO.

Circunscribiendo su historia al de dos cuartos, que es el cigarro artista, poeta, burócrata, militar, absolutista, moderado, republicano y puro (que también tiene su papel en la comedia política), circunscribiéndonos al cigarro universal, en una palabra, vamos á autografiarlo, manteniendo en el olvido las demás especies, hasta que otro que trate del tabaco en general las desentierre.

I.

HISTORIA PRIVADA DE UN CIGARRO DE DOS CUARTOS.

Para confeccionarle son necesarias las siguientes operaciones:

Comprar en la Habana el tabaco de que se compone la *tripa* y entregárselo á un contratista para que le conduzca á España.

Recoger de las colecciones de Cagayan en Filipinas el que sirve para la *capa*, haciendo la misma operacion de entregárselo á un contratista que se encarga del flete para la Península.

Desembarcado en las fábricas, se almacena, permaneciendo en este estado seis meses para que recobre el gusto natural y el aroma que en la travesía pierde, si las existencias anteriores son bastantes á mantener la elaboracion de este término.

Trascurridos los seis meses citados, se hace el escogido de ambas clases por el inspector de labores de la fábrica, separando la parte que solo sirve para *picadura*.

Después de ejecutada esta operacion, pasa el tabaco al taller de *desvenado*, del cual sale limpio de la broza que forma la vena y que perjudica á la elaboracion.

Se humedece y entrega nuevamente al inspector de labores para que le distribuya proporcionalmente entre las operarias, con la especificacion y en la parte necesaria para que cada uno se destina, esto es, el habano para la *tripa* y el filipino para la *capa*.

La operaria *lia* el tabaco, le *ubre* formando el cigarro, *corta* y *remata*.

En seguida pasa al *oreo*.

Luego al *empapelado*.

Por último trámite, en la fábrica, á la sala de envases.

En cajones ya, se entrega el tabaco al contratista de conducciones, del que le recibe el guarda-almacen de la respectiva provincia á que se dirige, y por este se facilita á los estancieros que le expenden.

Hé aquí anotadas ligeramente las diferentes manos que recorre el tabaco antes de llegar á las del consumidor, y pasemos por alto su verdadero análisis, porque nada ofrecería de novedad para el que fuma y debe estar acostumbrado á encontrar otras materias extrañas, que no nacen ciertamente de la semilla de la planta exótica.

II.

HISTORIA PÚBLICA Y MORAL DEL PROPIO CIGARRO.

Reconocida la inteligencia y el trabajo como bases principales de la sociedad, y los individuos que alimentan esas dos poderosas claves, por el verdadero pueblo, por el núcleo que forma la opinion, que después las masas obedecen ciegamente, seguras de no poder oponer obstáculos al fruto sazonado por las inteligencias superiores y recogido por otras y otras, que mas recelosas por ser menos elevadas, analizan escrupulosamente las ideas; en este caso el cigarro de dos cuartos español es la palanca de la felicidad española.

Como que son sus consumidores constantes por lo menos: la mayor parte de los escritores, todos los empleados, los artistas que no los fuman de seis maravedises, los verdaderos comerciantes (no los usureros del tesoro),

los sacristanes, incluso los que toman rapé, los cuerpos de guardia de la milicia nacional, los oficiales y sargentos del ejército, los estudiantes cuando tienen dinero, los escribanos, los médicos, los hidalgos con renta y otros muchos que sería prolijo seguir contando.

La manera de emplear productivamente la fuerza de esa palanca es de éxito seguro: no ofrece mayor obstáculo que la dificultad de removerla, esto es, practicarla la primera vez, que de fijo después se haría fácil y con el tiempo dichosamente innecesaria.

El estancero debía dar por cierto número de años, con presencia de la cédula de vecindad de cada comprador, un papel que dijera:

Al escritor. Estudia mas y escribe menos. Mas vale un patriótico consejo en una línea, que tres columnas de recriminaciones ingeniosas al poder y sus delegados.

Al empleado. Cuanto mas pronto se despachen los negocios mas tiempo quedará para mejorar la administracion. La moralidad no es ya solamente virtud; es mas fácil ser honrado que pícaro, porque la mucha concurrencia abarata el género.

A los artistas. Miguel Angel no fumaba.

A los comerciantes. Si V. aumenta á las pesas el metal que con el uso hayan perdido y calcula ganar en dos ventas lo que ahora en una, venderá diez veces mas que ahora.

A los sacristanes. Al César lo que es del César y al sacristan que cuida la iglesia.

A los cuerpos de guardia de la milicia nacional. Entre ganar diez reales aquí y dos pesetas trabajando, prefiere lo último para que no se olvide el oficio, seguro de que así el día que te toque por turno te pagará el jornal tu maestro.

A los oficiales del ejército. Mas política con el soldado y menos en el cuarto de banderas y en el café, porque huele á gracias y al país no le hace maldita.

A los estudiantes. Cuando concluya la carrera, si ahora no estudio, ¿tendré con qué comprar cigarros?

A los escribanos. Cuarto con honra y duro sin ella, doy lo segundo por la primera. La vida es corta, la muerte larga; quien mejor viva, tanto mas gana.

A los médicos. ¿A quién corresponde la última peseta del enfermo, á la alopatía ó á la homeopatía? Al médico que le cure.

A los hidalgos con renta. La ociosidad es la madre de todos los vicios. No te importe que el gobierno pida mas ó menos, sino que distribuya bien.

Y así por este jaez los mote que á cada uno correspondan respectivamente, pero pendientes todos de estas palabras: *contra pereza diligencia*.

Hé ahí cómo sin saberlo cuando oprimimos con los dedos un coracero de dos cuartos, convertimos en humo nada menos que la felicidad del país.

¿Y la historia pública y moral del susodicho? ¿Quién es capaz de circunscribirla á un individuo de su clase? Unicamente una mujer á quien incomoda el humo, diciéndole á su marido que está fumando: — Qué demonio de cigarro, has gastado diez fósforos para hacerle arder, no se puede parar en la casa con el humo y el mal olor (aparte) maldito vicio, le detesto porque le domina mas que yo.

Este artículo es hijo de un cigarro malísimo, y como buen hijo ha sabido hacerse digno de su padre.

EDUARDO GASSET.

COLEGIO DE CORPUS CHRISTI Ó DEL PATRIARCA

EN VALENCIA.

Este monumento de la piedad del patriarca de Antioquía y arzobispo de Valencia D. Juan de Ribera, ocupa un área superficial en cuadrilongo de 210 palmos de E. á O. por 263 de N. á S.,

medida valenciana. Para emprender esta obra colosal, cuyo costo era enorme, atendidas las facultades del prelado, hubo este de recurrir á la munificencia del monarca español Felipe III, quien se prestó de buen grado á la invitación de aquel. Al efecto, por medio de su apoderado mosén Jaime Ferrer, adquirió cuarenta y nueve casas contiguas á la universidad literaria (en 283,743 rs. 16 mrs.), que se demolieron para levantar en su radio las obras del templo, cuya primera piedra colocó el mismo fundador en 30 de octubre de 1586 y á cuya ceremonia asistió como apoderado y representante *ad hoc* de S. M. el virey Don Francisco de Moncada, marqués de Aytona: quedó concluida su fábrica el 21 de agosto de 1610, habiéndose invertido en ella sobre veinticuatro años y la enorme suma de 915,863 libras con cinco dineros.

Dividese en cuatro grandes departamentos, ocupando el primero, que corresponde al N., los patios, cocinas y otras piezas secundarias; al E. la biblioteca y archivo de protocolos de D. Mariano Tortosa, la cámara del rector y la torre del reloj, que es bonita; al S. los salones del vestíbulo, claustros y portería y la capilla de la Inmaculada, y al O. la sacristía y otras piezas con la iglesia, de que nos ocuparemos, aunque no con aquella detención que requiere su grandeza.

Tiene la figura de una gran cruz latina de orden dórico, y su única nave mide una longitud de 170 palmos por 74 de latitud en el crucero y 40 en el resto. Contiene cuatro capillas laterales cerradas por balaustres de metal dorado de 5 palmos de altura. Otro enverjado de bronce corta la nave por el crucero. El peso de esta baranda, construida en 1606 por Cristóbal Vives para colocarla en el presbiterio, es de 105 arrobas 16 libras. Ocho pilastras de 40 palmos de altura sostienen los arquivates, friso y cornisamentos, de donde arrancan los arcos torales sobre los que eleva la cúpula su esbelta linterna aérea. Los basamentos, pilastras y pedestales istriados forman la regla de uniformidad del primer orden inferior del friso, y contrastan en cierto modo con la forma semi-apuntada de los arcos de las capillas, cuyo mérito es escaso.

El altar mayor consta de un solo cuerpo de orden corintio con columnas verdes de mármol que sostienen un tímpano con globos ó esferas de bronce, ángeles y otros emblemas místicos, dorados primorosamente. Diversos cuadros de gran mérito decoran el frontispicio, y entre ellos uno de Francisco Ribalta representando la cena de Jesucristo con sus apóstoles. El artífice que construyó el altar mayor fué Francisco Perez, quien recibió por él 809 libras, un sueldo con ocho dineros, según escritura en 14 de junio de 1600 por ante el notario curial Jaime Cristóbal Ferrer.

Detrás de ese gran cuadro se ve el famoso crucifijo, reputado por la obra maestra en su clase en todo el orbe cristiano, cubierto con dos velos ó cortinajes internos morados y dos negros, que se descorren para descubrir la insignia todos los viernes, terminados los oficios y durante el cántico lúgubre del *Miserere*. Este crucifijo, adquirido por Rodolfo II de la corporación de Silesia, recayó en Doña Margarita de Cardona, quien le donó en 1601 al fundador de que vamos hablando.

Tiene el edificio dos puertas en su fachada principal, una de las cuales da entrada á la iglesia y la otra al colegio: ambas carecen de gran mérito. El patio se compone de dos galerías sobrepuestas con 60 columnas de mármol blanco. La primera serie claustral corresponde al orden dórico y la segunda al jónico, coronada esta por una balaustrada de la misma materia. La escalera, bastante desahogada, compuesta de peldaños de piedra godella de una sola pieza, es reputada por los inteligentes como una obra maestra, atendida su construcción aérea en cierto modo.

En otros tiempos celebrábase el oficio divino en este templo con una pompa suprema; pero las vicisitudes que han trabajado en diversas épocas las instituciones de nuestra patria, han reducido casi á la nulidad la categoría de ese monumento, digno por cierto de mejor fortuna. La fama de sus alhajas atraía hacia sus tesoros y repostería la rapacidad francesa durante el intere-

no dinástico de los Borbones, y han desaparecido en su mayor parte ricas é inestimables joyas, regalo de reyes y princesas: únicamente atesora aun uno de los mas preciosos museos de reliquias, que son objeto de veneración de naturales y extranjeros, cuyas actas auténticas han alejado mas de una vez la duda del corazón de los fieles, que pudieron razonablemente admirar tanta grandeza, poniendo á prueba piadosa su origen. De ese precioso catálogo, inapreciable depósito de la fé católica, nos ocuparemos en otro artículo, toda vez que tenemos á mano un curioso documento, de cuya compulsión nos ocupamos, utilizando otras relaciones de que nos valemos de grande autoridad para justificar tan delicado objeto.

JOSÉ PASTOR DE LA ROCA.

PLEGARIA.

Amor vult esse sursum.

DE IMIT. CHRISTI.

Randal de vida, espíritu divino,
sustento y luz del alma, que te adora;
y que en tu busca, en medio del camino,
perdida, ciega, enamorada llora:
¿cómo podrá saciar, en el mezquino
mundo, la sed de amor que la devora,
si en la esfera ideal, do su amor vive,
la inmensidad del universo inscribe?

Y aunque atrevida el alma consiguiera,
en progreso infinito dilatada,
sentir en sí la humanidad entera,
y el espacio abarcar de una mirada:
en su alcázar ingente conociera,
emperatriz y diosa abandonada,
que aun carecía de su digno empleo,
que era mayor que todo su deseo.

Tú das, Señor, del corazón doliente
un bálsamo eficaz á la amargura,
y de tu trono la inexhausta fuente
brotó, que satisface sin hartura;
y solo hay ciencia en tu profunda mente,
supremo bien, clarísima hermosura:
por eso el alma, si de amor suspira,
gime en la tierra, y á tu gloria aspira.

De tu gloria olvidada, triste, inquieta
el alma mía nunca se reposa;
á los sentidos, sin tu fé, sujeta,
yace angustiada en cárcel tenebrosa:
hiera, Señor, el alma del poeta
un rayo de tu luz maravillosa,
para que este deseo, que le abruma,
en su fuego santísimo consuma.

Sé que el amor te vence, y yo te adoro,
y tú diste el amor al alma mía;
ella engañada prodigó el tesoro,
y en el mundo gozarle no podía;
ni fuera de él, entre los sueños de oro
de la lozana y joven fantasía,
ni en la Babel inicua, que levanta
nuestra razón, cuando tu ley quebranta.

¡Ay! permite, Señor, que el labio mío
tu dulce nombre á pronunciar se atreva,
ya que en su centro el corazón impío
grabada aun, por tu bondad, le lleva:
perdona ¡oh Dios! perdona el desvarío

de la razón, concédeme fé nueva,
y logre en tí mi espíritu reposo,
saliendo de este mar tempestuoso.

JUAN VALERA.

LA ESPERANZA MEJOR.

SONETO.

«¿Por qué al mortal, ó diestra soberana,
creaste al carro del dolor unido?
¿Por qué le tienes en injusto olvido,

y el bien le muestras como sombra vana?

Corta la vida inútil que me afana:

rompe este amargo corazón herido:

no quiero ver el vicio enaltecido,

y siervo el justo de maldad tirana.»

Así clamaba un misero doliente,

muerto de la esperanza el dulce fuego,

fijo en la tumba su afanar ardiente.

Mas blandó un genio apareció propicio,

y murmuró á su lado: «¿Tente, ciego!

¿De qué te quejas, loco, si hay un juicio?»

ANTONIO ARNAO.



Escena X del acto cuarto de EL TEJADO DE VIDRIO (1).

Acomoda bien al presente año cómico la frase vulgar de *ser tardío pero cierto*; así como esperamos fundadamente que el venidero ha de justificar el adagio que dice: *No hay mal que por bien no venga*.

El tejado de vidrio es por todos conceptos una obra dramática de primer orden; hace mucho tiempo que reconocimos en su autor el Sr. D. Adelardo Lopez de Ayala la eminencia dramática de la juventud; hoy nos cabe la satisfacción de poderlo decir, seguros de que los que antes, confiados en su justo valer, se creerían con fuerzas para disputarle este lugar, serán los primeros á fortalecer nuestra pobre opinión.

El pensamiento de la obra es castigar el libertinaje con sus propias armas, y hay grandeza solo en el hecho de atreverse con una idea cuyo desenvolvimiento está erizado de escollos.

A nosotros nos gusta ir al teatro ignorando la fábula, y omitimos por lo tanto indicarla ya para no privar á nuestros lectores de la misma ilusión que para nosotros queremos, ya también desconfiando de hacerlo á derechos.

No faltará quien saque á plaza los lunares que encierra, de los que se nos alcanzan algunos, como son, el que en la casa del negociante entren aquellos amigos como en las suyas respectivas, sin dar aviso los criados á sus amos, que vienen por casualidad á la habitación en que se encuentran las visitas; la seducción histórica de la doncella de Dolores, el escondite del primer acto, y otros y otros que se enredan entre las infinitas bellezas de la obra como el delfín en las débiles cintas de las algas.

(1) La brevedad tiene la culpa de lo imperfecto del grabado.

El defecto capital de la comedia no podía evitarse sin privarla de una gran parte de su mérito; pero somos muy escrupulosos en el teatro, y aun reconociendo que el castigo corresponde al delito, creemos que es peligroso para la despreocupada juventud de nuestros días el conocer ciertos resortes de seducción que están sobradamente desleídos en los tres primeros actos.

Esta es para nosotros una falta imperdonable; pero sin embargo felicitamos de todo corazón al Sr. Ayala por el triunfo que ha obtenido. ¡Es tan satisfactorio para el soldado leal envidiar la gloria y aplaudir la bazarra de otro más esforzado!

Hemos oído decir que los actores bordan la comedia; creemos por el contrario que no la han entendido; algunos están detestables, y ciertamente de los que menos debía esperarse, es verdad que pedir corazón á algunos hombres es pedir peras al olmo.

Dijimos en las primeras líneas que el año próximo remediaría los males del presente, porque hay notables comedias hechas y en infusión otras que prometen serlo.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Convenidos tocante á la parte física, mas no á la moral.

Director y propietario, D. EDUARDO GASSET.

Madrid.—Imprenta de la VIUDA DE PALACIOS.



LA CAZA.

Uno de los mas antiguos ejercicios del hombre es la caza: los dioses de la fábula se representan con sus atributos; los poetas y los historiadores antes de describir al hombre en sociedad, nos pintan la caravana atrevida que se apresta á luchar con las fieras; la sagrada escritura autoriza en este punto con su asentimiento las invenciones de la fábula; Platon la bautiza con el titulo de ejercicio divino y escuela de militares virtudes; Xenophonte escribió un tratado sobre ella, se cuenta de Mithridates, que vivió siete años sin comunicarse con nadie, manteniéndose de las reses que alcanzaba á la carrera; la mayor parte de los emperadores romanos que conocemos por estatuas de su tiempo, empuñan el *venablo*; todo en fin autoriza á creer que si no fué como algunos suponen la ocupacion primitiva de los hombres, ha sido al menos su primer y preferido recreo.

Es verdad que hoy todavía, despues del desmerecimiento material de la raza humana, el que como el autor de estas líneas ha disfrutado alguna vez de las satisfacciones que produce, solo abandona la aficion cuando las fuerzas le impiden continuarla ó el monopolio y los obstáculos le privan de una recompensa mas ilusoria que cierta, siempre costosa, pero tan halagüeña como ninguna otra.

En España es tan general la aficion á la caza, que fuera de las grandes poblaciones, donde los vicios y la corrupcion atajan el desarrollo corporal, y sus consecuencias empuenecen el espíritu, pocos son los que pudiendo destinar algun dia al capricho de su voluntad, dejan de pertenecer á la numerosa cruzada que desafia los elementos y las contrariedades por *echar los puntos de su escopeta* á las empinadas orejas de una liebre, á las rastreras alas de una perdiz, ó al invisible blanco del pobre animalejo, que por ser tan abundante en España dicen que de él se deriva el nombre peninsular que ha perdido, y que

hombres de elevado patriotismo y altas miras procuran devolverla.

Ninon de L'Enclos, el fenix de la hermosura, la célebre dama que parodiando al rústico Bertoldo no encontró el dia de despedir su belleza ni de reconocer su senectud, aquel filósofo de los salones de Luis XIV disfrazado de mujer y encubierto entre una coleccion de afeites de su propia invencion, que nadie de sus innumerables discipulas ha sabido despues aplicarse con igual éxito, preguntaba, siempre que sobre las dotes de un caballero se le pedia consejo, si era cazador; afirmando que no creia pudiese existir en el corazon del hombre que dedicase sus ocios al ejercicio de la caza, pasion bastarda ó vicio criminal, que el aire puro que en las crestas de los montes se respira no se llevase ó el límpido cristal de los arroyos dejara de purificar. Hay algunas razones para creer fundada hasta cierto punto la extravagancia de la histórica hermosura.

Salir al campo, recorrer un bosque y trepar el escabroso cerro, ensanchan el corazon mas encogido, elevan á Dios la imaginacion mas extraviada, rejuvenecen el ánimo cansado, despiertan en el espíritu el poderoso deseo de dar utilidad á la vida en provecho de los demas; porque allí habla la voz de la naturaleza, que es el eco fiel del acento poderoso del creador del hombre, la obra maravillosa entre todas las maravillas.

La caza es tambien el ejercicio mas saludable. Para el que explota el caudal de la inteligencia, mas todavía, una necesidad; porque averiguado que gran porcion de enfermedades proceden del desnivel que efectúa en las facultades del hombre el mayor uso de una de ellas, pues la actividad la desarrolla, y el desarrollo excesivo de aquella priva del conveniente á las demas; es lógico el principio. El que mantiene en constante movimiento la imaginacion adquiere en ella una actividad extraordinaria,

como el que se dedica á un trabajo mecánico adquiere cada día mayor fuerza en los remos que emplea y se facilita cada vez mas el mismo trabajo: el alfarero tiene al principio gran dificultad para hacer andar la rueda con un solo pié, y la práctica le hace sumamente fácil mantener en movimiento la rueda con el mismo pié durante largas horas, empleando á un tiempo la mano derecha en afinar el pedazo de masa de que forma el jarro ó la cazuela, y la izquierda en humedecer la que ha de servir para la pieza que ha de elaborar seguidamente. El que tiene gran actividad de imaginación, procurará sin éxito dominarla cuando la obligue á descansar, que será probablemente en el momento de mayor efervescencia, y saldrá á paseo para refrescarla consiguiendo solo encerrarse mas perniciosamente en el círculo de la idea que le preocupe, mientras que la caza con sus infinitas peripecias le hace olvidar hasta del esfuerzo material que ejecuta, y el amor propio legítimamente interesado aunque vaya solo, ó no trate de establecer competencia, absorberá su atención por completo, apartará de su memoria todos los cálculos que la distraen, y establecerá un armisticio con las penas que embarquen su corazón.

Militan en favor del ejercicio de la caza además las siguientes é importantes consideraciones: con la preponderancia que en el campo adquiere el que tira mas —casi siempre el que menores comodidades sociales disfruta—, se acostumbra el ambicioso á sujetar sus aspiraciones, el modesto á medir sus fuerzas con el audaz, y el egoísta á avergonzarse; el joven mirando al viejo, ve el fin de su carrera en el cansancio del otro; el viejo observando al joven, el escaso valor de los años que solo producen estéril experiencia; todos en fin aprendemos á medir esta vida en lo que vale, cuando tan insignificantes incidentes nos pueden privar de ella, y dirigimos nuestros pensamientos á la eternidad, que es dar el primer paso hacia el bien. De estos pensamientos no tenemos necesidad de huir temerosos de que ejerzan el monopolio que respecto de los demás queremos evitar, porque la imaginación del hombre desgraciadamente atesora demasiadas ideas mundanales que la distraigan.

No se dudará de que el exordio del artículo lo ha rasgueado la pluma de un cazador.

— Pues hay razones para dudarlo.

— ¿A que no?

— ¿A que sí?

— ¿Después de haberse metido á probar que es el ejercicio mas antiguo y mas saludable?

— Justamente, porque si fuera buen aficionado probaría que es el mas noble, pues siempre ha sido el favorito de los reyes; el mas barato, porque es una distracción en que se sabe siempre lo que se puede perder; el mas honroso, porque se pone á prueba el valor de cada uno inofensivamente, y el mas progresista porque como se registran todas las malas y se dan muchas vueltas en un mismo sitio, para adelantar media legua de monte es preciso estar andando todo un día, y se tiran tiros, y se almuerza, come y merienda fraternalmente, y...

— Lector, quiere V. dejarse de conjunciones copulativas y de poner defectos al artículo; lo único que se me ha olvidado es que la caza proporciona la singular ventura de que en el campo no hay verdes, ni rojos, ni amarillos, que todos son iguales, y que nadie se ocupa de poesías políticas, como ha dado en llamar el erudito Aribau á esa clase de comedias de empleados y cesantes. Lo dicho, con que no me venga V. con interrupciones.

— Pues lo dicho, repito yo tambien; hay razon para dudar que el que ha rasgueado el exordio del artículo sea cazador.

— ¿Cuál es?

— ¿Dónde reside V?

— En Madrid.

— Pues ya ve V. cómo tenia yo fundamento para dudar.

— ¿Por qué?

— Por eso mismo, porque reside V. en Madrid, donde no se sabe lo que es cazar, y oígame, que harlo tiempo le he escuchado yo, y verá cómo le convenzo.

— El lector tiene la palabra.

— Yo soy natural de un lugarillo de Extremadura, cuna tambien de mis padres y abuelos, donde disfruto de los rendimientos de un modesto mayorazgo; pero en mis mocedades, siguiendo las costumbres de la época —ando en disputas con el siglo sobre cuál de los dos es mas viejo—, fui á estudiar á los Escolapios de Madrid, de donde salí con una charretera de alférez de la Guardia Real. Hice la guerra y llegué á coronel, tres veces á herido y una y media á prisionero —esta media es una que perdí la segunda vez que me cogieron y la primera que logre escapar—. V. recordará que álgunos oficiales de la Guardia le fueron enviados á D. Carlos por medio de amistosas despedidas del cuerpo.

— Pero, señor lector, ¿me va V. á contar su historia con la prisa que tiene el cajista?

— ¡Qué intolerantes son los chicos de ahora y qué mal educados!... Tenga V. paciencia que harta he tenido yo.

— Pues señor, mis compañeros de la Guardia, *ojalateros* después, me trataron bien hasta que llegó la hora del canje, y recuerdo esto para que vea V. la buena amistad que conservamos los antiguos oficiales aun militando unos enfrente de otros, prueba de que las almas de los jóvenes de aquel tiempo eran diferentes de las de los lechuguinos de ahora. —Pues señor, pasaron los años, se hizo el convenio, y hubo jaranas y pronunciamientos, á mí se me hizo odiosa la carrera y me retiré. Viví un par de años en este lugarajo compartiendo las horas entre la escopeta, la mesa y la cama, y no sabiendo qué giro dar á unas trescientas onzas que tenia en la maleta, dispuse hace ahora cuatro años venirme á gastarlas á Madrid, viviendo alegremente un par de ellos: dicho y hecho, tomé la diligencia y aparecí como por encanto en la Corte, encontrándome con álgunos de los camaradas antiguos, que habian sido después *ojalateros*, hechos generales de Isabel II y al frente de mandos importantes, y otros que habian llegado á generales por su suerte y su valor sirviendo á la reina, antes que yo á coronel, y que habian ganado acciones mandando en jefe, hechos también *generales*, pero acuartelados: muchos que siguieron las banderas realistas y las liberales se encontraban todavía mas atrasados que yo, y de los mas por quienes pregunté, pues á todos los tengo grabados en la memoria, no me supieron dar noticia ó me la dieron bien triste. En resumen, yo, como hombre independiente y de buen humor, reanudé la antigua amistad con todos los que de uno y otro bando aceptaron la mia, y tuve varias francachelas con ellos y los amigos de la clase de paisanos que dejara en Madrid y que adquirí en la nueva estancia.

— He vivido largo tiempo después en la corte hasta decidirme á abandonar sus pompas y vanidades, dejando en ella el sepulcro de algunas compañeras de las 300 consabidas; pero después de hechar algunas expediciones de campo como allí se dice, por lo cual soy voto en la materia, y voy á contar á V. lo que se entiende en esa por cazar.

— En Madrid cada uno tiene su celebridad, y yo tambien tengo la mia; soy la eminencia de los *jauleros*, y mis pájaros la flor y nata de los reclamos de España.

— No habia expedición en la cual no se contase conmigo; y aunque evitaba el ir á algunas, pasaba en el campo mucho mas tiempo que en Madrid. Conozco todos los montes, sotos y vedados de los alrededores; como cada guarda el suyo respectivo; me son familiares los nombres de los principales aficionados; no hay mayoral de omnibus ó coche de colleras que ignore el mio, todos los perros de caza me siguen, y hasta creo que en determinados sitios los conejos y las liebres huyen al divisar mi sombrero con el mismo temor que les causa la presencia de la mas terrible alimaña.

— Todas las cacerías que VV. hacen están cortadas por un mismo patron: recuerdo una de las últimas á que asistí, que fué en el monte de Boadilla, cuya historia voy á contar detenidamente para que vea lo equivocado que está V., señor escritorzuelo, al tenerse por cazador entendido.

(Concluirá.)

EDUARDO GASSET.

LA LOCURA POR AMOR.

(EPISODIO HISTÓRICO.)

I.

El amor, centro de las aspiraciones de la criatura, es un tirano implacable que produce todos los males y seca las fuentes del corazón humano. Arbol maldecido, cuyas heridas sangran siempre, y cuyos miembros una vez cortados, jamás retoñan.

Poco antes de la extinción de las comunidades regulares de España había un religioso en el monasterio de las Batuecas, cuya vida ejemplar era un modelo de austeridad y penitencia; no era viejo, si bien reflejaba en su ascética fisonomía un sello de lánguida tristeza, sobre todo cuando se hallaba entregado á la soledad y meditación. Y á veces también subía de punto la exaltación sombría de sus facciones hasta degenerar en amargo sarcasmo, y un relámpago de fulminante desesperación marcaba dolorosa huella en aquel continente explotado por un oculto remordimiento.

El cólera morbo, esa terrible plaga que tantos años há diezma las poblaciones del orbe, declarábase de oficio en algunas provincias de España. A esta noticia aislábanse los pueblos poseídos de un profundo pánico, y sin embargo la epidemia no cedía, y la muerte paseaba su triunfante carro por varias provincias de la Península poco antes florecientes, convertidas ahora en teatro de fúnebre desolación.

Cierta noche la campana del refectorio tocó á convocatoria en el monasterio de las Batuecas; el prelado, según costumbre, bendecía la cena y empezaba la refección; solo que al hacer el recuento, echó de ver que faltaba un hermano lego. Aquel hermano se llamaba Fr. Dolores, nombre extraño y singular por que se entendía dicho religioso, conocido antes en el siglo por Juan Diaz. Este cambio de nombre era para todos un secreto cuya revelación nadie osaba pedir al novicio, quien por su parte se conducía con una misteriosa reserva.

El abad recitó unas preces por aquel hermano, y á la misma hora salían emisarios por todas direcciones en su busca, cuyas diligencias fueron estériles en medio de las asperezas intransitables del yermo. Todo pues fué inútil, no pudo rastrearse huella del lego en toda la noche, y el siguiente día que continuaron las pesquisas; la tierra parecía haberle tragado: es verdad que la naturaleza topográfica del terreno erizado de breñas y precipicios no se prestaba á otra cosa.

Algunos días después los rústicos de los caseríos inmediatos aseguraron al prior que habían visto á un religioso cabalgado en un mulo que trepaba por las peñas con una agilidad portentosa, pero cuya dirección ignoraban. Esto fué todo.

II.

Habían transcurrido algunos días desde el incidente anterior. La multitud del pueblo de Zaragoza discurría en grupos tumultuosos por sus desiertas calles, pues era la hora del amanecer.

Una nueva infausta corria de boca en boca, como un eco fúnebre que difundía el mas horrendo pánico. El cólera morbo se hallaba en la ciudad, y una víctima caía mortalmente herida del invisible agente epidémico. Es verdad que no era aquel el primer caso que ocurría de esta especie; días há que tenía lugar su repetición funesta, si bien cediendo á una costumbre general era aun un secreto que solo pertenecía á cierto y determinado número de personas y facultativos que lo reservaban, á fin de no introducir la alarma en el público.

Y aquellas turbas impelidas por ese instinto incomprensible que muchas veces nos atrae á los objetos que mas nos repugnan, se agrupaban en derredor de una pobre mujer, joven to-

davía, que yacía en tierra en la calle del Coso, víctima de un fulminante ataque colérico.

Su rostro lívido, sus facciones desencajadas, los ojos hundidos, cuya pupila incierta y deslustrada revelaba el pálido reflejo de la muerte, la crispatura nerviosa de todos sus músculos, eran claros indicios de que la infeliz se hallaba constituida ya en ese grado desesperado, que la ciencia médica conoce con el nombre de *periodo algido*, ante el cual suelen estrellarse ordinariamente los mas supremos auxilios del arte.

Junto á aquella pobre mujer vestida de harapos y socorrida por varias personas, oraba un religioso de fisonomía pálida, aunque tranquila, cuya mirada fija solía posarse con la mayor ternura en las facciones descompuestas de la moribunda y se elevaba luego al cielo, al paso que sus labios, trémulos por una emoción interna, murmuraban una oración secreta.

Nadie se cuidaba de inquietar á aquella figura inmóvil que se destacaba en el fondo del cuadro, como una estatua de mármol. Un momento después espiraba aquella mujer, cuyo cadáver desfigurado cargó sobre sus hombros el religioso y le condujo al cementerio.

Cuando hubo concluido su caritativa tarea, dirigióse con mesurado paso, fisonomía melancólica y continente ostensiblemente sereno á casa de mosen Diego Paredes, á quien entregó un pliego cerrado, con encargo de que lo remitiese al superior de las Batuecas cuando trascurriese cierto número de días. Luego se despidió del clérigo y no volvió á saberse ya de él.

El lector adivinará sin duda que el nombre de este religioso singular era el de Fr. Dolores.

Un terrible misterio era el núcleo de todos estos pormenores, que descifraremos en el artículo siguiente.

III.

Un pobre anciano octogenario llamado Pedro Dominguez, leñador de oficio, habitaba una misera choza en las montañas de Segovia. Su miseria había hundido aquella poderosa organización de fuerza hercúlea en otros tiempos, como lo manifestaba todavía su vigoroso desarrollo muscular encorvado, ya por el soplo inclemente de la decrepitud. Tenía una hija llamada Dolores, muchacha rolliza y robusta como buena montañesa, cuya ocupación era la de apacentar un pequeño rebaño.

Acaeció pues que un joven pastor llamado Juan de Dios Diaz, arrogante mozo, vió á la joven en ocasión de estar oyendo misa en la ermita de cierto cortijo. Al salir, el osado mancebo se atrevió á declararle su pasión, á que ella contestó repeliéndole con fingida aspereza, aunque concediéndole una cita. No fué tan disimulada que no hiciese comprender á Diaz que la joven respondía á su pasión con una reticencia simpática y demasiado expresiva.

La entrevista tuvo efecto, y otras posteriores estimularon su mútuo afecto, en términos, que á pesar de la soledad del sitio en que tenían lugar aquellas, llegó á apercibirse el anciano, quien reprendió severamente á su imprudente hija, constituyéndose en espía continuo de ella é impidiendo de esta suerte que se repitieran las citas de entranbos amantes.

Esta situación no era duradera, y era también de todo punto preciso remover un obstáculo que tanto inquietaba la desenfadada pasión de los jóvenes. Juan Diaz se decidió á hablar al viejo en demanda de Dolores para desposarse con ella; pero Dominguez rechazó la pretensión con obstinado empeño, encerrándose en una negativa absoluta.

Diaz volvió á insistir con tenacidad interesando á varias personas para con el anciano, y que á su vez también fueron desatendidas: en vano fué necesario hacerle comprender que el matrimonio era el único medio de librar á su hija de la deshonra y de la infamia, porque sus relaciones con Diaz habían traspasado el límite de lo lícito, lo que no era ya un secreto para la generalidad; Pedro Dominguez mantúvose inflexible á la altura de su inexorable tenacidad. Entonces el mancebo exasperado por la repugnancia del anciano, sublevado su amor propio á vista

de tal teson y poseído del mas alto despecho, manifestó á Dolores que toda vez que su padre le menospreciaba, él tambien la abandonaba á su misma afrenta, pudiendo renunciar desde luego á toda esperanza por su parte. En vano la desgraciada le suplicó que no la desamparase, pues confiaba arrancar el consentimiento paterno, y que en un caso extremo podia negociarse dispensa para suplir este, hallándose dispuesta á separarse de las órdenes de su padre para enlazarse con él luego que estuviere á punto la licencia de la autoridad competente. El jóven se desentendió con insultante obstinacion desoyendo la súplica de su víctima, y desapareció de la comarca dejándola entregada al llanto y la desesperacion.

IV.

Cumplia Dolores diez y nueve años y en sus facciones operábase cierta alteracion fisica, al paso que su voz medio balbuciente y cavernosa apenas articulaba alguna que otra palabra incoherente, hasta el extremo de declararse en ciertos intervalos marcadas señales de enajenacion mental.

Sin embargo, por entónces estos síntomas solo eran preludios del gran cataclismo que debia operar el verdadero caos de su razon, y este debia iniciarse con un horrendo crimen de que apenas habrá ejemplo. Dolores, próxima á su alumbramiento, regresaba cierta noche de apacentar el ganado despues de un dia de lucha moral y abstinencia. Halló dormido á su padre junto al hógar de la cabaña, y le contempló en su sueño con una sonrisa feroz é implacable, sonrisa histérica, infernal, que agitó sus miembros con una convulsion crítica é inflamó el volcan de su organizacion interna. Era la alegría cruel del chacal al tiempo de lanzarse á devorar su presa: cualquiera que observare el destello diabólico que irradiaba de aquellos ojos extraviados, estremeceríase de puro horror.

Una idea sanguinaria surgió entónces de aquella mente infeliz; una llamarada salvaje inflamó el cerebro, y perdida, explotada por su vértigo empieza á blandir sobre el indefenso anciano un cuchillo, se precipita sobre él, le hiere una y otra vez en el pecho, sepultándole el acero y haciendo espirar al infeliz anegado en su propia sangre. A medida que corría esta, cebábase la parricida en su crueldad; cada vez mas enconada, abre el pecho á la víctima, le arranca el corazón con sus uñas, y cual furia infernal empieza á devorarle frenética, lanzando bramidos salvajes, cuyo eco hendiendo el espacio resonaba en los montes y atraía á varias personas que se horrorizaron al contemplar el cuadro terrible de la cabaña.

— Venid, venid, exclamaba la furia con éfnico trasporte, mirad, éste es el corazón de mi padre, mi padre que me robó á Díaz, mi único bien: justo es que yo devore su corazón como él destruyó el mio: y es tan sabroso, que si le probaseis!... pero no, debo comerle yo todo.

Una carcajada histérica de esas que no se describen, pero que horrorizan, solia terminar la frase de aquella infeliz, cuya diabólica mirada destellaba un horrendo sarcasmo y á cuya vista retrocedían los mas osados.

Acaeció esta catástrofe el dia 26 de marzo de 1826.

V.

Pocos dias despues abríanse informaciones judiciales sobre la ocurrencia, y justificada plenamente la locura de Dolores, atenúabase la gravedad de los autos imponiéndosele la pena de reclusion en un hospital de dementes hasta que se pudiese conseguir su restablecimiento, en cuyo caso reservábase el tribunal el derecho de proseguir sus actuaciones.

Juan Díaz rindió espontáneamente su interrogatorio formulando hechos luminosos para la ilustracion del proceso, favorable ya visiblemente á la suerte de la acusada, y luego, necosado por los remordimientos, desapareció del siglo tomando el hábito de monje donado en las Batuecas y cambiando su nombre por el de Dolores, con el cual le hemos presentado ya al principio.

La jóven fué invadida del cólera morbo en la ocasión que la presentamos, y luego que se notaron los primeros síntomas que anunciaban la funesta enfermedad, la arrojaron fuera del hospital abandonándola á aquellas calles repletas siempre de insolente truhanería y que solazaba á la sola idea de que una pobre loca vagaba errante y desamparada.

Fué el caso que tres dias antes el nuevo religioso Juan Díaz, á quien llamaremos Dolores, excitado por los remordimientos que no podian acallar su penitente vida, sus disciplinas, sus vigiliyas y maceraciones, abandonó cierta noche el yermo y corrió en busca de aquella pobre víctima que clamaba todas las horas en sus oídos como una trompa funeral en reclamacion de su honra perdida, y que se alzaba por las noches ante su vista abrazada al sangriento cadáver de su padre, turbando el sueño del jóven que enflaquecía visiblemente bajo la presion letal de aquellos implacables fantasmas que le rociaban con una lluvia tibia de sangre.

Ya hemos visto que halló á la jóven *in articulo mortis*, con lo que queda suficientemente explicada aquella escena: réstanos ahora descifrar el fin de la tragedia y consignar su desenlace.

VI.

El sacristan de la iglesia de.... cuyos nombres no estamos autorizados á revelar, notó cierta noche á deshora y en ocasion de su última y ordinaria visita nocturna para avivar las luces de las lámparas, una sombra movable que se deslizaba á través de las galerias claustrales del templo, y que con recatado paso parecia ocultarse de aquel testigo importuno. Creyó éste al pronto que pudiera ser muy bien una ilusion visual, y ajeno de temor fingió cerrar la iglesia despues de haber salido, pero quedando oculto en un confesonario.

El ardid surtió el efecto apetecido por el curioso sacristan, quien pudo ser testigo entónces de una cosa extraña.

Aquel hombre, si lo era, podia ser muy bien un ladron. Esta sospecha sorprendió por un momento el ánimo del testigo, pero pasó bien presto por su mente como una ligera ráfaga.

Observó que un hombre en hábitos clericales con una linterna en una mano y una palanca en la otra salió de un intercolumnio, detúvose sobre la lápida de un vaso mortuario que servia de osario comun de la feligresía, introdujo la palanca por el anillo de la lápida, y removiendo esta con un violento esfuerzo, introdujose en la fosa lanzando un gemido ó una imprecacion.

La losa volvió á caer aplomada sobre su marco, cuyo estrépito resonó en las bóvedas apuntadas del templo.

El sacristan sobrecogido al pronto y vacilando de terror, hizo un esfuerzo sobre si mismo y salió al punto de la iglesia para avisar de la ocurrencia al párroco, quien dispuso que acudiese gente á salvar á aquel hombre misterioso; pero tanta diligencia fué inútil, pues al remover la lápida pudo notarse que el infeliz habia muerto asfixiado, declarándose estériles cuantos recursos inventó el arte para restituírle á la vida. Varios arañazos y contusiones que se notaron en el cadáver, revelaban visiblemente la desesperacion que sufriera durante su agonía.

Al dia siguiente resultó de la identificacion del cadáver ser el de Juan Díaz ó Fr. Dolores, al que se negó sepultura cristiana, enterrándole en campo profano.

El contenido del pliego que de órden suya fué entregado al superior del monasterio de las Batuecas por Mosen Diego Paredes, fué calificado por aquél como secreto de confesion, y en tal concepto se ignora.

JOSÉ PASTOR DE LA ROCA.

Si no podéis destruir el amor propio, dirigidle bien.

Se ve á menudo el mal donde no existe, y raramente el bien donde está.

Paisanos de los alrededores de Oporto
que van de romería.

Segadora de la provincia del Miño.

Serrano de las cercanías de Oporto.

TRAJES DE PORTUGAL.

A la buena amistad del Sr. D. Sinibaldo de Mas debemos la publicación de estos tipos y otros que saldrán brevemente.

PARIS FISICO Y MORAL

estudiado durante la exposicion de 1855 por un español.

(Continuacion.)

Resúmen. — Los Campos Eliseos. — Exposicion de la industria truhanesca. — Anuncios franceses. — Espectáculos al aire libre. — Socaliñas y enredos. — Una mañana de domingo durante la exposicion. — Una noche de idem idem.

Un publicista célebre ha dicho que cuando el rey de Francia se asoma al balcon principal de su palacio, goza de la perspectiva mas bella del universo. — Pues bien; el balcon principal del rey de Francia, da á los Campos Eliseos de París.

Dicho se está con esto, que el lugar donde colocamos la accion del presente cuadro, es hermoso sin comparacion alguna; y aquí debiamos acabar de hablar de él imitando con esto á cierto villano de quien quisieron burlarse unos caballeros, preguntándole á la puerta de la iglesia qué era lo que habia dicho el cura; á lo cual contestó el paletó con esta admirable sentencia, modelo de sencillez y de verdad: — Que seamos buenos.

Peró no basta decir que los Campos Eliseos de París son un sitio excelente: es necesario manifestar por qué; pues aun cuando nosotros no hemos tratado nunca de escribir una guía de forasteros, estamos si sacando bocetos de la gran ciudad, física y moralmente considerados.

Los Campos Eliseos de París son un sitio excelente, porque á ellos da el magnífico palacio y no menos magnífico jardín de las Tullerías; porque á ellos da la célebre plaza de la Concordia, en cuyo centro se eleva el soberbio monólito que Luis Felipe hizo trasportar de Egipto; porque desde allí se divisa al frente el inmenso Arco de la Estrella erigido por Napoleon para perpetuar sus glorias militares, á la derecha la calle Real y el templo de la Magdalena, y á la izquierda las torres góticas de Santa Clotilde, el palacio del cuerpo legislativo y la gran cúpula del cuartel de inválidos; porque dan á la parte mas pintoresca del Sena; porque en ellos reside el palacio del ministerio de Marina

y su bello compañero el hotel Crillon; porque confluyen á su centro cien calles de árboles formando bosques espesos y frondosos que son la delicia del concurrente; porque en ellos se pasea lo mas escogido y elegante de París, á pié, á caballo y en carruajes; por la multitud de caminitos, calles, plazuelas y arrecifes que ostenta; porque está rodeado hácia la parte contraria del rio de una porcion de pintorescos y magníficos jardines, que se prolongan con la extension de algunas leguas hasta el renombrado Bosque de Bolonia; porque allí está el Circo de la Emperatriz, y el Jardin de Invierno, y el Castillo de Flores, y Mabille, y quince ó veinte teatros pequeños, y un sinnúmero de palacios particulares, y multitud de cafés, y restaurants, y fondas, y casas de recreo; porque allí hay cuanto pueda desearse para encantar la vista, distraer el ánimo y satisfacer el cuerpo por espacio de muchos dias seguidos; porque allí en fin, se ha construido el magnífico palacio para la exposicion de la Industria de 1855, y el palacio para la exposicion de Bellas Artes, y la gran Galería de la Reina para las máquinas, y el inmenso y bellísimo jardin para la exposicion de la Horticultura.

Por esto y mucho mas que debe habérsenos olvidado, son un lugar excelente los Campos Eliseos de París; pero todavía si no contuvieran mas que lo dicho renunciaríamos á hablar de ellos, en razon á que la parte física, muy notable sin duda, pudiera tener equivalencia mas ó menos modesta en nuestra España: mientras que la parte moral, de la que nada hemos anunciado todavía, ni tiene equivalencia en nuestro país, ni puede tener semejante en ningun pueblo de la tierra.

¿Quereis formaros una idea (lectores de Madrid) de lo que son los Campos Eliseos en pequeño? — Colocaos en la fuente de Cibeles dando espaldas á la calle de Alcalá; tened el palacio de Buena Vista, por las Tullerías; los jardines y caminos de Recoletos y la Fuente Castellana, por los jardines del palacio francés; la puerta de Alcalá, por el Arco de la Estrella; el dos de mayo, por el obelisco; imaginad que por detrás del Retiro hay un brazo de mar, y que por sobre las copas de los árboles veis las velas de un bergantín de veinte cañones; que allí en lotananza descubris flotando por el agua multitud de barquillas que se mueven á remo, góndolas de trasporte, vaporcitos de hélice, buques mayores impulsados tambien por la accion del carbon de piedra que conducen hasta cuatrocientas personas en sus cámaras; tomad el Museo de pinturas por el palacio de la exposicion, las torres de S. Gerónimo por las de Santa Clotilde; figuraos en el salon principal dos mil carruajes mas que en Madrid, cien bra-

zos mas de agua que se desprenden en palmas, en arcos y en menuda lluvia de magníficas fuentes; imaginaos por último una concurrencia de cien mil almas, y tendreis á la vista el aspecto físico de los célebres Campos Elíseos de París.

Vosotros tambien teneis, repetimos, algo de magnífico y deslumbrador en ese hermoso Prado, tan bello en las horas de concurrencia y paseo, como el mas bello de Europa; pero lo que no teneis hoy ni llegareis á poseer nunca (Dios lo permita así) es la parte moral, la industria al pormenor, la farsa en grande, la socialia eterna, la abyección permanente, el *dulcamarismo* sempiterno de ese millon de polichinelas, embaucadores, payasos, titiriteros, sonámbulos, adivinadores, musicantes, histriones, jugueteros, perdidos y rufianes que pululan, invaden, infestan y se enriquecen en los Campos Elíseos de París.

Y si esto ha sucedido en todos tiempos y en todas las épocas del año, ¿qué no tendrian inventado, discurrido y reservado para la época de la exhibición universal, para cuando la gente de todo el globo fuera á visitarlos, para el día en que pudieran enseñar y enseñarse á la vez los tesoros de su habilidad y de su ingenio, para el verano de 1855 en fin?

II.

Bien merece la pena el que antes de visitar y estudiar la exposición universal de la industria seria, visitemos y estudiemos la exposición universal de la industria risible de París.

Fuera de los Campos Elíseos, en los barrios mas populosos y céntricos, en los que se alberga el comercio al por mayor y la fabricacion en grande escala; en el grave y aristocrático París comercial, se suelen ver anuncios en esta forma:

— «Caballero, deteneos y leed. ¿Necesitais un sombrero? — Pues bien en la calle de *tal*, número *tantos*, encontrareis los mejores de Francia á un precio infimo y garantizados por un año.»

— «Lista de los almacenes que están de moda en París: El de la plaza *tal* en donde el príncipe alemán Trakorrzhstmjapa, compró unos calcetines el año de 40. El de..... etc..... etc.....»

— «Almacén monstruo, tan rico, tan variado y tan útil para el público, como que pillá cuatro calles y da á tres plazas diferentes.»

— «El profesor de medicina y cirugía de las academias de Viena, Berlín y S. Petersburgo, Monsieur *Fulano*, que vive en *tal parte*, suplica á los que le favorecen con sus consultas diarias que no se detengan en la escalera de su domicilio interceptando el paso, así como que no entren sino de seis en seis personas en su sala de recibo, para evitar contusiones y disgustos.»

— «Señor, que verteis aguas: ¿necesitais algunas píldoras refrescantes?.....» (Esto y lo que sigue, está escrito en todas las columnas urinarias de París).

De lo expuesto se infiere, que si es verídico el refrán castellano que dice: «dime cómo es el sacristán, y te diré cómo es el monacillo»; sabido ya lo que sucede en el centro, no es menester esforzarse gran cosa para hacer concebir que sucederá algo en la circunferencia.

Y en efecto sucede. — Los Campos Elíseos de París son el gran palenque escogido por los primeros *industriosos* de Francia (que en algo hemos de distinguirlos de los industriales) para ejercer la socialia perpétua sobre los extranjeros ociosos, sobre los provincianos, horteras, soldados, criadas de servir, grisetas, estudiantes y toda la turba multa de trabajadores beneméritos á quienes en las horas de descanso ó en los días festivos les atrapan bonitamente en un segundo el producto de muchas horas de faena. Son el teatro mas característico y extenso de todos los teatros

de París; son para decirlo en una palabra el *farsa farsantium* de Francia.

Ocupando como hemos dicho un terreno inmenso, ofrecen la ventaja especial de hallarse bastante cerca de los puntos céntricos y la no menos favorable de contener espacio suficiente para que las gentes de buen tono que los frecuentan no tengan que alternar ni rozarse con las pequeñas industrias esparcidas profusamente por sus avenidas, bosques y plazuelas. — La municipalidad ademas que cuida mucho del ornato y compostura de la población, no consiente que se establezca nadie sino en los puntos designados por ella, y en casitas ó grandes edificios ordenados, alineados y perfectamente decorados, cuyas perspectivas producen entre los árboles un conjunto armonioso y bello como no es fácil presumir.

El extranjero, pues, que discurre por esta ciudad campestre, por este pacífico campo de batalla en que todas las escaramuzas, asaltos y emboscadas se verifican al redoble de los timbales, al silbar de las flautas ó al tronar de los figles, vase parando de cantina en cantina, de vivac en vivac y de rancho en rancho, mas confiado de lo que debiera, y sin apercibirse de que los disparos se asestan en hábil puntería hacia su bolsillo.

— «Juego de bolas. — Todo el que despues de haber tirado con arreglo á la costumbre deje parada su bola en una cavidad blanca, pagará dos cuartos. El que la pare en una encarnada, se llevará un dulce. Hay tantas cavidades de un color como de otro.»

Llega el aficionado y tira; pero por una fatal casualidad, su bola se para siempre en lo blanco y da dos cuartos, aun cuando si parase en lo encarnado le importaria lo mismo; porque en una suma igual de probabilidades el dueño de las bolas no expone nada, al paso que vende por dos cuartos el dulce que no vale mas que uno.

— «Juego de billar inclinado. — Todo el que consiga colocar cinco bolas en las cinco hendiduras del listón que aparece delante del semicírculo superior, se llevará á escoger un objeto de los presentes. (Petacas, tarjeteros, cortaplumas, navajitas etc.) De lo contrario pagará dos cuartos.»

El inventor del juego de billar no coloca las cinco bolitas en los cinco puntos que se designan; pero si se encoragina por conseguirlo, y viene á llevarse al cabo, si lo alcanza, un porta-fósforos enmohecido que vale ocho ó diez cuartos, por tres ó cuatro pesetas que le importan las tentativas practicadas.

— «Juego de la devanadera. — Todo el que despues del impulso natural de la máquina deje las aspas enfrente de los huecos, pagará dos cuartos; si las deja enfrente de los palos, podrá sentarse en el teatro inmediato y presenciar por tan mezquina suma un espectáculo que vale una peseta.»

Pega que le pega á las aspas, y las aspas siempre en los huecos: págase el dinero por jugar, y luego lo que cuesta la función. Pero si alguna vez se detiene en los palos, paga el jugador dos ó tres reales por una fiesta que bien tasada valdria la cuarta parte ó acaso menos.

— «Tiro de carabina y de pistola. — Dos cuartos por seis tiros, pudiendo romper estatuas, vidrieras, fanales, cabezas de rusos, pipas y otros muchos objetos; tocar la campana chinesca, hacer salir la cabeza del mico, ó que suene la música del reló.»

¿Quién por dos cuartos no destruye tanto y no se expone á tantas emociones? Tiro va y tiro viene, con carabina sorda por supuesto á los mil monigotes de yeso-mate colocados en el aparrador de enfrente, y á las torrecitas góticas encristaladas con pedacillos de vidrio pintado. — Por torpe que sea el tirador, como que tiene tantos blancos, siempre le da á alguno; y á la vez que satisface su amor propio ante la concurrencia, agujerea una magnífica estatua, ó rompe una vidriera gótica, ó descabeza á un ruso (aplausos), ó toca la campana chinesca, ó saca la cabeza del mico que hace gestos, ó distrae al auditorio con los acordes de una música ratonil. — Total: media peseta de menos al que tira. El dueño del tiro por el contrario toma la media peseta,

recoge las balas que vuelven á servir, reúne el yeso y lo vacía de nuevo en sus moldes, paga su contribucion, cierra su cantina, y trampa adelante.

— «Prueba de fuerzas físicas. — En los momentos actuales es muy del caso saber las fuerzas con que cada uno cuenta, por si necesitase tomar parte en la lucha nacional. ¿Quereis, pues, caballero, saber las arrobas que mandais sobre la cabeza de este moscovita?

¡Pataplum!.... se da un puñetazo sobre el testuz del ruso de madera, y el pesómetro indica las pulgadas de hueso que cada francés pudiera meterle en el cráneo á su enemigo. Dos cuartos y á vivir.

— «Peso humano. — Señorita que os pesasteis el domingo anterior; ¿quereis saber vuestra diferencia de carnes en ocho dias? — Caballero que os pesasteis esta mañana, ¿no teneis curiosidad por saber las libras que habeis comido y bebido desde entonces? — Gracioso niño: ¿por qué no le decís á vuestro ayo que quereis pesaros hoy tambien para ver cuánto habeis crecido desde la última tarde?»

¿Quién resiste á tales atractivos? El hombre mas formal y la dama mas pudorosa, entran en el precioso gabinete, suben las gradas alfombradas de un trono, se sientan en un magnífico sillón bajo de su dosel, y á un levisimo movimiento de la balanza, se graba en la tablilla la cantidad de peso de cada una. Sus dos cuartos y á otra.

— «Columpio modeló. — Privilegio de invencion. — Convencido el autor de este nuevo sistema de que las vueltas horizontales son peligrosas para la salud por el mareo que producen y por lo antidigestivo de su movimiento, ha acordado establecer las verticales, para lo cual sus columpios giran de arriba abajo y no de izquierda á derecha.»

Es necesario por consiguiente probar el nuevo método por si es preferible al antiguo y porque siempre gusta mas rodar por el espacio como cubo de noria, que pasear con calesin á dos varas del suelo. Tres cuartos por barba, y hasta despues.

— «Sortijas y cabezas de argelino!!....

Pero ¿á qué nos cansamos en relatar pequeñeces y nimiedades de la industria mecánica cuando la artística y filarmónica nos espera afinando una hora há los violines y flautas para llamar concurrencia al espectáculo? — Diez pasos en cualquiera direccion, y un teatro formal prepara á su concurso ocasion de entretenerse y gozar por largo tiempo.

Corramos á la fiesta.

(Continuará.)

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

EL POETA, EL ESCRITOR, LA LITERATURA ACTUAL.

Hé aquí, lector amigo, uno de los muchos capítulos de un libro mio, que probablemente no verá la luz pública hasta despues de mi muerte, por la sencilla razon de que no acabaré de escribirle mientras me dure la vida. Es una especie de depósito de mis pensamientos y opiniones, de mis muchos dolores y de mis cortísimas venturas, con lo cual se está dicho que es de una índole demasiado íntima para que me atreva á publicarle, á lo menos por entero, durante mi vida. Pero entremos en materia.

El verdadero poeta y el escritor de verdadera vocacion suelen cruzar á través de su siglo, ó desconocidos ellos y sus trabajos, ó conocidos estos, y ellos malamente juzgados, no solo con relacion al mérito de sus escritos, sino en la parte referente á la suma de dicha ó de infelicidad que les cabe durante este azaroso tránsito que se llama vida.

De todas las humanas ambiciones, ninguna mas noble, ninguna mas digna de compasion que la de renombre literario. Nada hay en ella palpable. Esta no es una opinion hipotética:

es una verdad; de las pocas que he podido adquirir en mi vida, al precio mas subido y amargo: la dolorosa experiencia.

Si es lícito hablar de un ente tan pequeño como yo, cuando ha habido en la arena en que, idealmente y segun mis escasas fuerzas he combatido, tantos y tan ilustres mártires, diré la historia de mis trabajos en dos palabras. Algunos han merecido del público una acogida favorable: uno que otro me ha dado lo que vulgarmente se llama reputacion literaria: ninguno me ha producido para vivir seis meses; y todos juntos no pueden compensar ni la centésima parte, no ya de los floridos años de la juventud gastados en su produccion, porque esto no tiene precio; sino de los sacrificios de toda especie hechos para la adquisicion de un fantasma, hermoso si se quiere, pero al cabo y al fin, un fantasma.

El hombre de letras vive forzosamente en una abstraccion mas ó menos completa; tal llega á ser en algunos, que hasta suelen olvidar todo aquel tiempo que la flaca naturaleza puede soportarlo, las necesidades mas imperiosas de la vida. Es cierto que la fama póstuma, la perpetuidad del nombre pueden compensarlo todo para una alma elevada; pero ¿quién está seguro de que tan alto privilegio le será concedido? ¿Cuántas grandes obras habrán sido arrastradas por las vicisitudes de los tiempos al eterno piélago del olvido? ¿Cuántas medianías científicas y literarias han sobrenadado en el naufragio de los siglos, por el capricho de los hombres ó por el de la suerte? Poseemos la *Farsalia* de Lucano. La historia de Tito Livio ha llegado á nosotros mutilada por la impiedad ó la barbarie de los hombres ó de los hados.

¿Cuántos pensamientos, en cuya concepcion se deleita el alma del verdadero poeta, pasan desapercibidos para el público mas escogido de nuestras mas cultas ciudades! ¿Las nobles y desinteresadas miras que los inspiran no son comprendidas: la verdad se toma por insulto: el entusiasmo, hijo del cielo, se estrella en el helado indiferentismo de las almas vulgares; mientras que los lugares comunes, las mezquinas alusiones, los chistes groseros de prostituidos sicofantas ó de bastardos aduladores de corporaciones ó individuos excitan estruendosos aplausos!

Para los hombres de aquel genio á que tan pocos pueden aspirar, debe sin duda ser un insoportable martirio verse desdeñados de la sociedad en que viven, ó aunque aplaudidos, mirar sus obras ó su fama acopladas, por decirlo así, á los miserables artefactos ó usurpadas reputaciones de esos albañiles literarios, una de las mas deshonorosas y prolíficas plagas de nuestro anómalo siglo.

El hombre de verdadero talento que consagra su vida á los trabajos literarios, debe creerse superior á la gran masa popular. Sin esta conciencia no escribiría. Su desaprobacion puede ajar su gloria, tal vez hasta impedir su nacimiento y desarrollo; jamás podrá llegar á rebajarle en su propia estimacion. En pie, rodeado de los escombros del hermoso templo que pensó levantar á la posteridad; firme el ademan y serena la frente, devuelve á sus contemporáneos ofensa por ofensa; ¡desprecio por injusticia! Pero ¿es esta, por ventura, una existencia envidiable? Y cuando, acaso despues de mil naufragios, luce para él el dia de la fama, ¿puede compensar un momento, por mas brillante que sea, una vida entera de sacrificios y dolores? No. ¡Nada hay palpable en el renombre literario!

La creacion afortunada, la obra inmortal, el divino destello de la suma inteligencia, es una piedrezuela arrojada por la mano de un niño en el inmenso océano del tiempo. Sepáranse un punto las aguas; una leve agitacion riza un instante su superficie; pero pronto se cierra de nuevo el insaciable golfo, y al rededor del hombre queda únicamente un debilísimo recuerdo! Acaso se extienda su impresion á otros pueblos, á otras edades; ¡pero durante la vida del poeta, la huella de su creacion se va gradualmente debilitando hasta quedar borrada del todo! Las bagatelitas del dia, la mezquina política, las viles intrigas, las inmundas camaraderías ocupan la lengua, llenan el pensamiento y hacen gemir las prensas de sus contemporáneos. ¡Infeliz del poeta que sobrevive á la edad de la produccion, porque

se sobrevive á sí mismo! Si Voltaire en Francia y Goethe en Alemania se libertaron de este anatema, no lo debieron precisamente sino á aquello que deshonró su genio: el primero á su excepcionalismo revolucionario: el segundo á su infecundo materialismo.

En nuestros días, ayer puede decirse, hemos presenciado en nuestra España una de esas ceremonias tan poco frecuentes en la historia de los pueblos modernos, y que han mantenido en siglos no muy lejanos vivo el fuego sagrado de la verdadera poesía: hablamos de la coronación de Quintana. Pero dejando aparte, por no ser ni del caso ni de nuestro propósito, la mayor ó menor justicia de aquella elevada recompensa, ¿se habría conferido al decano de nuestros escritores si solo hubiese escrito sus elevadísimas *Silvas* á la América, al descubrimiento de la vacuna, á la invención de la imprenta y su patriótica tragedia de Pelayo? No, seguramente. Nosotros no hemos visto en aquella coronación una consagración literaria, sino una ceremonia política. Mas se hubo de pensar en el *Panteón del Escorial* que en *La invención de la imprenta*; mas en las opiniones políticas del hombre, que en las elevadas dotes del escritor y del poeta. Si el credo político del venerable Quintana hubiese sido otro, es bien seguro que no hubiese sido coronado ni por aquellos hombres, ni en aquellos días.

¡Dichoso, mil veces dichoso el escritor que, cualesquiera que sean sus personales amarguras, llega á alcanzar la verdadera popularidad! ¡Dichoso el que, como Beranger en Francia, llega á ser el eco de las costumbres ó de las glorias de su pueblo; ó como Bernardino de Saint-Pierre en su *Pablo y Virginia*, ó Kschoke en sus *Páginas de un cura de aldea* hacen brotar lágrimas de ternura y simpatía, narrando sencillamente la historia tan infinita como varía del corazón humano!

La literatura actual anda lastimosamente extraviada. Han pasado, es verdad, el ateísmo impío y el infecundo materialismo que reinaron tan despóticamente en las obras de fines del pasado siglo; pero la reacción hacia la fe y la moral verdaderas no es sino aparente. En nuestros días se ha dedicado el vicio; se ha hecho ó pretendido hacer heroísmo el crimen. No parece sino que, gastado el corazón y la fantasía de la generación actual, necesitaban de crímenes y horrores para interesarse, á semejanza de un hombre estragado por los excesos de la gula, y cuyo paladar necesita de poderosos estimulantes para sentir algún sabor á los alimentos.

Nosotros, por desgracia ó fortuna, encontramos mas verdadera poesía, mas interés verdadero en el *Vicario de Wakefield*, de Goldsmith, que en todos los terribles dramas de estos tiempos; y es que la confianza en la divina Providencia no es ya solo una fuente de clarísimas virtudes, de pura felicidad y de heroica resignación en los mas crueles contratiempos y dolores de nuestra humana vida, sino el mas fecundo é inmaculado manantial de suave poesía y delicadísima ternura. El libro por excelencia divino, el Evangelio, la buena nueva de la humanidad, está fundado sobre ella. De cada línea de aquel escrito celeste brota entero, inagotable, inmenso, aquel océano de fe, esperanza y amor, cuyo principio y fin están en el seno de Dios.

¡Cuántas veces, en medio del revuelto palenque de nuestra vida, rendidos á la fatiga y al dolor; airado el corazón con las pomposas indignidades del siglo, tan rico de pobreza materiales; corroído con los amargos desengaños y bastardas ingratitudes de los hombres; secos ya en el alma los manantiales de la piedad y la ternura; fluctuando en el mar de la duda y al borde de la desesperación, una sola de sus sencillas sentencias ha vuelto á nuestro ser todas sus equalidades divinas, y con el bálsamo de las lágrimas nos hemos sentido consolados, vigorizados, rejuvenecidos, regenerados!...

Lector, si por ventura has llegado hasta aquí, perdóname. Bien sé que esto podrá no interesarte, sobre todo si admiras *La dama de las Camelias* y otras obras de este jaez; pero ¿qué quieres? Me he dejado llevar á pesar mío de mis pensamientos y de mis afectos. Otra vez acaso acierte á serte mas agradable ó menos cansado. Hasta entonces vale *et me ama*.

J. HERIBERTO GARCÍA DE QUEVEDO.

En elogio del señor baron de Andilla, D. F. Garcés de Marcilla, autor de una preciosa colección de fábulas, cuentos y epigramas.

Décima.

Ha tenido una gavilla
de poetas que le cante,
aquel tu deudo, el amante,
Juan Diego Martin Marcilla.
Su nombre por eso brilla
de los tiempos vencedor;
tú, Marcilla el es ritor,
puedes, sin ajeno canto,
vivir por tus versos tanto
como el otro por su amor,

J. E. HARTZENBUSCH.

Soneto.

MIRANDO UN CUADRO DE LA MAGDALENA.

Uncido al torpe yugo del pecado
tu cuerpo se dobló lánguidamente;
en largas ondas baja destrenzado
lácio el cabello al pecho penitente.

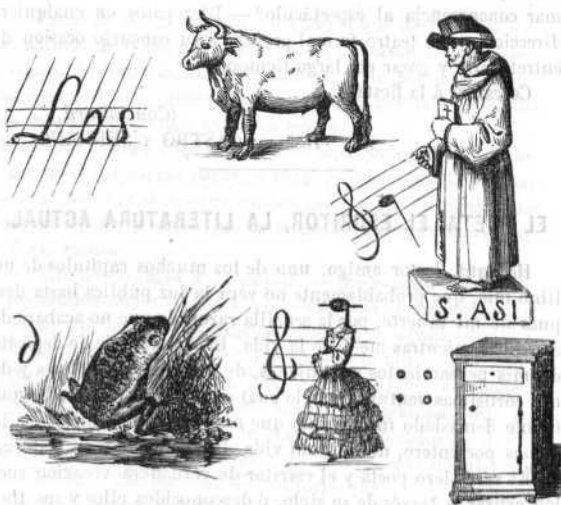
En la atrición del rostro descarnado
y en las sombras amargas de tu frente,
pincel sublime retrató inspirado
el acerbo dolor que tu alma siente.

No sonríen tus labios antes rojos,
y apenas lucen ¡ay! sin esperanza
arrasados en lágrimas tus ojos.

Levántalos á Dios, que en su balanza
(por mucho que la inclinen los enojos)
mas pesa la piedad, que la venganza.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

GEROGLÍFICO (1).



(1) El presente geroglífico se refiere al contenido del publicado en el número 17 contestado al del número 13.

Director y propietario, D. EDUARDO GASSET.

Madrid.—Imprenta de la VIUDA DE PALACIOS.



ERMITA DE SAN ISIDRO.

Nos hacen los escritores extranjeros mirar por un prisma tan exagerado las costumbres populares de otros países, que apenas concedemos atención á las nuestras, cuando hay algunas que en belleza y poesía pudieran apostárselas con las mas renombradas. La fiesta del santo patron de Madrid, si los españoles fueran tan vanagloriosos, tan *puffeadores* como los franceses, gozaria sin duda fama europea; pues aunque se verifica en un pueblo rico en costumbres populares, rico en tradiciones galanas, y coloreado en fin por la historia y la tradicion de la manera mas pomposa y mas pintoresca, es sin embargo la fiesta típica de Madrid; y si otras costumbres, como las verbenas por ejemplo, se le aventajan en colorido histórico, en la de S. Isidro en cambio despliega la villa del Manzanares mas lujo, mas movimiento, mas vida que en ninguna otra. Las verbenas son y serán siempre un lazo medio roto que nos une con los tiempos antiguos: el último canto de los poetas populares del siglo XVII, el epílogo de las comedias de capa y espada; mientras la fiesta de S. Isidro se amolda como blanda cera á las costumbres de los nuevos tiempos; es un Proteo popular que al gigantesco paso de los siglos viene desnudándose y vistiéndose los mil y un trajes que al hombre pone la civilizacion.

El elemento predominante en las verbenas como en todas las fiestas de España es el amor; pero el amor callado y misterioso que se retrae con infantil malicia á la sombra de la columna del dos de mayo, ó el amor contemplativo y dulce que pasea por las alamedas de Atocha, ó el amor muelle y multi-forme que se arrellana en las sillas del Prado ó en los poyos del Botánico. Estudiad este amor, y no ya en su forma, sino hasta en su fondo encontrareis casi pura la naturaleza árabe, el sello de las pasiones mas ardientes, resistiéndose á desaparecer de la sociedad española, á pesar de los esfuerzos que para borrarlo hace la civilizacion; esfuerzos semejantes á los que solemos hacer para borrar la estela luminosa y tenaz que deja el fósforo en la pared de nuestra alcoba; pero estudiad el amor tambien como elemento predominante en la fiesta del 15 de mayo, y le hallareis caracteres enteramente distintos; parece otro pueblo, otra sociedad, otra raza. Este amor no es voluptuoso; no busca la sombra; no ama la molicie; va en calea ó en omnibus; se ostenta lenguaz y descarado en la abierta carretela; trisca, bulle, corre, canta, grita, baila, se mece en los columpios del tío Vivo, sube á los despeñaderos, reza en la ermita, bebe agua del Santo, come á dos carrillos rosquillas al aire libre, jamon y chuletas en los merenderos, y es en fin otra cosa

que no se puede explicar, un sentimiento diverso del que en las calladas noches de verbena domina todas las almas. Figuraos una égloga de Garcilaso en que los pastores acaben por emborracharse inocentemente, y tendreis el día de S. Isidro en Madrid; figuraos una comedia de Tirso, mojigata y desenvuelta al par, en que los actores acaben por apagar las candelijas y reunirse en misteriosos grupos á la sombra de las bambalinas, y tendreis las fiestas de S. Juan y S. Pedro.

Un lector. V. se equivoca de medio á medio, ó mejor dicho, por echarla de profundo, atribuye á diferencia de sentimientos una diferencia que está en las horas. Tan castiza, tan castellana pura y neta es una verbena en el Prado como la romería de san Isidro á la orilla del Manzanares; pero la noche es hermana gemela del misterio; la noche hace á los amantes bajar la voz, y á las mujeres cubrirse la cara con un velo, y á los enamorados embozarse en una capa, y á las mamás quedarse mas cortas de vista.... ¿Y puede reunir estas condiciones el día 15 del mes florido, el hermoso corazon de la hermosa primavera?

El autor. Sí, señor.

El lector. Explíquese V. que no lo entiendo.

El autor. Vaya V. de noche á S. Isidro, porque la fiesta dura muchos días. El día 14 de mayo, á la caída de la tarde siga V. esa hilera de gente regocijada y parlanchina que por la calle Mayor se dirige á la poética cuesta de la Vega; quítese V. el sombrero ante el devoto farolillo de la virgen de la Almudena (lo cual, y dicho sea entre paréntesis, ya pone en V. un cierto sabor antiguo, que parece contrario á mis argumentos); baje V. á la tela, de tan famosos recuerdos, y.... ¿qué es lo que busca V. con los ojos?

El lector. Busco un omnibus, un *tres por ciento*, un carruaje cualquiera.

El autor. ¡Hola, señor lector! ¿con que empieza V. á introducir elementos modernos en la funcion de S. Isidro? ¿Con que su molicie de V. no es la poética y sensual molicie de los que se sientan en el Botánico ó pasean á paso de tortuga en las alamedas de Atocha, sino que pide V. almohadones para el cuerpo, almohadones para la cabeza, almohadones para los pies? ¡Hola! ¡Buen principio de una expedicion de capa y espada! pero sigamos adelante. ¡Zis! ¡zas! restalla el látigo. El omnibus va que vuela.

El lector. (Sin poderse contener.) ¡Maldito camino! ¡Qué abandono! cuando uno recuerda que en Francia....

El autor. ¡Hola! ¡Hola! ¡Se acuerda V. de Francia en la fiesta

de S. Isidro! Pero adelante. ¡Ya estamos en la pradera! Ha cerrado la noche completamente.

El lector. ¡Poético espectáculo!

El autor. Sí, señor, muy poético, muy pintoresco. Mil luces móviles se extienden por toda la pradera, como un ejército de fuegos fatuos que se dispusiese á pasar el río; pero aquí de la cuestión de luces, que tan poderosa parecía á V. Aunque abundan tanto, no me negará V. que la sombra mantiene su trono bastante firme para que el amor del día de S. Isidro se asemeje al amor de las verbenas. Vamos por aquí, por esta calle de sauces mas oscura y misteriosa y provocativa que el cerrillo de San Blas en la noche de S. Pedro. Por cada pareja solitaria que encontramos, ciento y mil nos salen al encuentro, cantando, triscando, rebulléndose como corzas en primavera. Por cada hombre que busca la soledad, ciento y mil buscan el jolgorio, el vino, el bailoteo y los ojos gachones de las muchachas; pero ¿qué cansarnos? V. no es voto, señor lector. Las mujeres en su inmensa sabiduría y en su refinada malicia descubren mas fácilmente al que á fondo las conoce el quid de ciertas dificultades. — Señora lectora, ¿qué es lo que prepara V. con mas afán para el día de S. Isidro?

La lectora. Un buen ramo de flores.

El autor. ¿Lo oye V., señor lector? Las flores son la inocencia misma. — Y para el día de S. Juan, ¿qué es lo que V. prepara, señora lectora?

La lectora. (Cándidamente.) Una mantilla bien tupida, bien tupida.

El autor. ¿Lo oye V., señor lector? El velo negro de los condenados. ¿Y qué es lo que envidia V. mas, señora lectora, en las verbenas?

La lectora. ¡Jesus qué pregunta! Envidio mas..... pero ¡eal no lo digo; no lo digo.

El autor. Acá nos lo sabemos bien. Y en la fiesta del santo patrono ¿qué echa V. de menos?

La lectora. Nada; porque me sobra con tener un buen ramo de flores en la cabeza, un vestido nuevo, una peseta para el omnibus, medio duro para rosquillas, y un buen mozo al lado que me diga: — ¡qué guapa estás!

El autor. *Tableau.* Hemos concluido. Ya sabe V., señor lector, que entre la fiesta de S. Isidro y las verbenas hay la diferencia que entre un velo negro que provoca, excita y enciende la sangre, y un ramo de flores que deleita, enamora y solo pensamientos dulces inspira.

V. B.

EL VALLE DE CHAMOUNI.

Muy pocas sensaciones depara la vida por lo general monótona del hombre, que sean comparables al supremo deleite que nos causa la contemplación de las maravillas de la naturaleza, en los lugares donde mas rica y pródiga se muestra. Y no se asemeja placer tan sublime al delirio vehemente de las pasiones, que turba nuestros sentidos por breves ratos y amortigua la luz escasa de la razón; antes al contrario, nunca ardé mas brillante aquella llama vivificadora, ni se adormecen mas blandamente los ímpetus desordenados del cuerpo.

El país donde levantan los Alpes sus crestas apiñadas, cubiertas con las nieves de innumerables inviernos; donde limpios lagos rivalizan en su diáfana superficie con la pureza del firmamento; donde torrentes impetuosos se lanzan como despeñados de roca para ir á morir dulcemente en el seno del océano, ofrece, sin duda, mil y mil encantos que el artista, el poeta, el filósofo, el naturalista y aun el simple viajero admiran con entusiasmo y arrobamiento. Pero los cuadros mas grandiosos pierden su esplendor al lado del sublime espectáculo que el gigante de las montañas, á quien tan inspirada apóstrofe dedicara el apasionado cantor de Manfredo, embellece con su imponente cumbre. El Monte Blanco, *non plus ultra* de la magnificencia alpestre, alza su erguida frente en medio de la es-

pléndida multitud de cimas que le rodean, como el gallardo mancebo que diera el Señor á Israel por monarca, entre la turba de los guerreros de su linaje.

No sin profunda conmoción de su ánimo se adelanta el viajero lentamente por el áspero camino que desde Sallenches conduce al valle de Chamouni. Su curiosidad é impaciencia crecen por momentos, á medida que van descubriéndose en lontananza, una tras otra, las eminencias nevadas que, cual séquito real, parecen custodiar á aquel príncipe de la naturaleza. La entrada del valle es angosta, y si bien mas lejos se ensancha algun tanto, nunca llegan á distar entre sí un cuarto de legua las macizas murallas que le comprimen en toda su largura. Diríase que un pueblo de gigantes yace sepultado bajo las enormes rocas, desprendidas de las alturas, que cubren una parte del valle. Un silencio solemne, ese silencio de que tan solo pueden formar cabal idea los que han meditado largamente en la soledad, reina en aquel apartado rincón de los Alpes, interrumpido tan solo por los rumores campestres y halagüeños del ganado, que pasta en las laderas de los montes. Mas adelante, empero, señales inequívocas de vida y de movimiento anuncian la proximidad del lugar que marca el término de la jornada; lugar antes humilde y olvidado; punto hoy de reunion de cuanto la Europa entera cuenta de mas ilustre en méritos y en cuna, y acaso tambien en gracias y belleza. Consideremos por un momento el aspecto de aquella localidad, colonia del mundo civilizado durante el estío, antes de tornar nuestra mente á la admiración de las maravillas que van á rodearnos.

Un conjunto pintoresco de trajes y fisonomías; una verdadera Babel de distintos idiomas; hieren nuestros oídos y embarcan nuestra vista al acercarnos al modesto lugar donde se alberga el gran número de huéspedes atraído por la celebridad del Monte Blanco. Ya asoma una caravana que llena de alborozo descendiendo comunicándose sus gratas impresiones, ó en indiferente charla, del *Montanvert* ó de la *Heckière*; ya es una linda *miss*, cubierto el sonrosado semblante con el trasparente velo azul que tanto afeccionan las hijas de Albion; ya es un *dandy* parisiense que, sorprendido al tropezar en region tan selvática con la elegancia y la hermosura del *boulevard de Gand*, encuentra demasiado duro para sus manos el grueso y puntiagudo baston, sin el cual ningun curioso trepa las asperezas que aprisionan el valle. Los unos vociferan en inquietos; los otros flemáticos y graves; pero todos preocupados por la idea de los encantos que han saboreado ya ó esperan contemplar. ¡Cuántos dulces recuerdos no habrá llevado á puntos bien distantes mas de un corazón juvenil; recuerdos que no participarían ciertamente de la frialdad de aquellos inmensos ventisqueros donde resbalaron sus plantas! ¡Cuántos suspiros perdidos en el estruendo de una cascada! ¡Cuántas miradas que el pensamiento levantara á las simas de los Alpes se detuvieron muy lejos todavía de la mitad de su camino, extasiándose ante bellísimos objetos que no creyeron en verdad admirar al pie del Monte Blanco!

¿Cómo podría trascribir la pluma con acierto lo que la palabra no alcanza á definir, y desespera el pincel de copiar fielmente? Aquella masa de rocas y de ventisqueros; aquella serie majestuosa de empinados peñascos que, cual las labradas agujas y los esbeltos capiteles de una inmensa catedral gótica, construida por los espíritus invisibles del aire, realzan la majestuosa cúpula que sobre todas ellas se levanta; aquella magnitud imponderable de cuanto nos cerca; los sonidos lejanos y confusos, música misteriosa de la soledad, que de todas partes vienen hácia nosotros, aumentan el encanto de los lugares que contemplamos y ofrecen un cuadro tan grandioso á nuestra admiración, que el ánimo se resigna á meditar en silencio lo que no sería dado al labio expresar dignamente. Y si cuando ya las sombras de la noche han sepultado el fondo del valle en densa oscuridad, miramos á la cúspide de la montaña iluminada todavía con rosado color por los últimos rayos del sol, truécase la meditación en ardiente entusiasmo, y arrasados de lágrimas los ojos creemos entrever el soñado dintel de la inmortalidad.

Ningun viajero de los que en Chamouni se detienen tan solo un día, omite las dos excursiones preferentes; la ascension al Montanvert y á la Hechière. La Hechière, cerro escarpado como todos los del contorno, se eleva enfrente de la cordillera del Monte Blanco, á manera de un espacioso balcon que permite distinguir una por una las bellezas de aquellos sitios. El Montanvert, situado en la parte opuesta del valle, es el punto donde acaba la vegetacion, y donde pernoctan generalmente las personas que desean llegar hasta el *grand jardin*, atravesando la *mer de glace*.

La *mer de glace*, nombre metafórico aplicado al mas extenso de los ventisqueros de Chamouni, descendiendo hasta el mismo valle desde las aberturas de los montes próximos, sin que alcancen nunca á derretir su vasta mole los calores mas ardientes del estío. Parece, en verdad, un mar congelado á la voz de un ente superior cuando mas altivas é impetuosas se mostraban sus olas. Mil y mil hendiduras, cuya profundidad insondable atrae al curioso que se acerca á examinarlas, acrecen, con una mezcla de riesgo, el interés que nos inspira lugar tan peregrino: por donde quiera se escapan límpidos arroyuelos, que van á perderse en simas hondísimas, alimentando acaso la fuente del Arveiron, río que corre por el valle. Para llegar al jardín, así llamado por ser un corto terreno cubierto de vegetacion entre monstruosos carámbanos de hielo y erizadas rocas donde aun la nieve resbala, hay que caminar mas de dos horas encima del mar de hielo, excursion que trae á la memoria del viajero la caminata sobre las aguas que cuenta la Escritura. El jardín, al par de esos oasis de los desiertos abrasados del Africa, es tan solo una curiosidad extraña, que por el contraste que ofrece con la aridez que le rodea, sorprende y maravilla en sumo grado. Así sobre el Montanvert como en la Hechière, el viajero encuentra abrigo y medianas comodidades que le hacen llevaderas las molestias que á tales ascensiones acompañan, y que personas habituadas á la molición de ciudades populosas, cuales son en su mayor parte las que atrae á Chamouni el interés de la novedad ó el imperio de la moda, no renuncian fácilmente. Los albergues contienen ademas una pequeña coleccion de la multitud de objetos de viaje y de adorno que se manufacturan en Suiza, y que muy pocos dejan de adquirir, por via de recuerdo de los tiempos halagüeños de sus expediciones y de los sitios romancescos que recorrieron. Ambas ascensiones se hacen generalmente en mulos, adiestrados ya de intento y conducidos por un guía; pero solamente se puede atravesar el mar de hielo á pié y valiéndose del *báton ferré*, cuya punta de hierro sirve á la vez de apoyo y de descanso.

El valle de Chamouni, tan celebrado ahora en Europa, era hace poco mas de un siglo casi completamente desconocido, y á su nombre se asociaban las ideas misteriosas de terror, que suelen ser tan comunes en los países montañosos. Los ingleses fueron los primeros curiosos que penetraron allí en 1741: el famoso Saussure y Bourrit le recorrieron de nuevo, el uno en 1760 y el otro en 1775. Pero Pacard de Chamouni fué el primero que ascendió al Monte Blanco, conducido por Jacques Balmat, el mas afamado de los guías del valle, personaje muy familiar para cuantos han leído las impresiones de viaje de Dumas; y el año siguiente de 1787 el mismo Saussure, conducido igualmente por Balmat, llevó á cabo con buen éxito una nueva ascension. Es ya muy crecido el número de aventureros (entre ellos algunas damas de mas que comun aliento y osadía) de distintas naciones, pero en su mayor parte ingleses, que han llegado desde entonces hasta su cumbre, la mas alta de Europa, siendo ya la subida espectáculo que el curioso puede contemplar casi anualmente. La literatura, digámoslo así, de aquella localidad es muy copiosa: los viajes, los cuentos y las descripciones científicas, relativas á los contornos del Monte Blanco, componen una biblioteca entretenida é interesante, y todo Londres recuerda todavia con agrado la narracion amena y animada que un apreciable escritor inglés, Mr. Albert Smith, hizo durante años enteros, ante un público numeroso, en *Egyptian Hall*, de su ascension á aquella cima gigantesca. Ascension que se verifica ya

sin grandes riesgos, merced á la pericia y habilidad de los guías, no menos que al conocimiento que se ha ido adquiriendo poco á poco del terreno.

Chamouni ó el Priorato, como á veces suele llamársele de un monasterio que existió allí durante la edad media, debe, sin disputa, la prosperidad de que goza al extraordinario número de forasteros que de casi todos los países del mundo civilizado acuden los veranos á admirar la nunca exagerada magnificencia de su localidad. Encuéntrase situado á cuatro mil pies de altura sobre el nivel del mar, y aun se levanta mas de doce mil pies encima de su torre la inmensa mole del *grand plateau* ó cumbre superior del Monte Blanco. La largura del valle pasa de cuatro leguas, y los viajeros le atraviesan generalmente para salir por Martigny al lago de Lemán, ó bien viceversa partiendo de Villeneuve vienen á parar á Ginebra siguiendo la direccion opuesta. En él se encuentran cuantas comodidades puede apetecer el *touriste* mas muelle, y un rincon tan apartado de la region alpestre posee fondas holgadas y dispuestas de un modo que podrian envidiar muchas ciudades importantes de Europa, brindando así sus habitantes con incesantes mejoras á pasar algunos dias de grato solaz á esa multitud ávida de novedades que durante dos ó tres meses del año invade los confines de Suiza y de Saboya.

FIDEL DE SAGARMINAGA.

PARIS FISICO Y MORAL

estudiado durante la exposicion de 1855 por un español.

(Continuacion.)

III.

Lo que nuestros graciosos de pipirijaina han hecho muchas veces en las poblaciones subalternas anunciando funciones gratis para entrar, pero de las cuales no puede salirse sin dar una peseta, eso mismo hacen diariamente los cafeteros filarmónicos de los Campos Elíseos con las fiestas matinales, diurnales y nocturnas que dan en sus teatros ventilados.

Figúrese el lector una gran verja cuadrilonga de madera ó de hierro situada en medio del campo; que tras de esta verja hay un jardín; que en medio del jardín se eleva á seis ú ocho varas un gracioso templete acristalado; que al frente y á los lados del templete hay colocadas multitud de mesas de café y profusion de sillas para los espectadores; figúrese todo esto al aire libre y expuesto á las miradas de la multitud que se aproxima á la barandilla, y atienda luego bien al espectáculo que se prepara.

Una orquesta numerosa y á veces buena principia á esparcir notas por el viento, en demanda de oídos que la escuchen. Pasada cierta hora y haya concurso ó no, descúbreanse los músicos, hace señas el director *ad cembalo*, y se comienza una hermosa sinfonia. A este tiempo una docena de señoras vestidas con traje de corte, colores vivos y rabiosos, larga cola arrollada en el brazo desnudo, flores y encajes sobre el no muy honesto pero emblanquecido seno, pulseras á «che usted», ricos adornos de cabeza, coronas y lazos sobre la frente, grandes mantos de armiño echados á la espalda, profusion de pintura en las facciones, ricitos coquetiles, lunares, grandes cejas, acoralados labios, y una poca vergüenza superior á todo encarecimiento; esta docena de señoras, decimos, atraviesan el jardín en medio del día claro, ó turbio si es de invierno, ó lluvioso si es uno de los del año, y suben por escaleras laterales hasta el templete donde toman asiento en divanes magníficos, formando semicírculo de cara á los espectadores. — Un criado de librea va colocando taburetes á los pies y hermosos ramos de flores en las manos de aquellas cortesanas. El espectáculo toca á su principio.

Por revuelta que se halle la atmósfera (nuestro amigo el español asistió muchas veces á la fiesta debajo de su paraguas), ó

por mucho que Febo se encarnice contra la cabeza de sus oyentes, nunca faltan curiosos que atraídos por la novedad del caso hayan tomado plaza en una mesa y héchese servir cerveza ó ponche, que es lo mas indicado en estos lances. El espectador está cubierto y fumando.

De repente todas las miradas se dirigen al palco escénico; los músicos preludian otro aire, y es que un artista vestido de etiqueta, muy rizado de pelo, y encadenado por el pecho con largos oros en donde brillan diamantes como garbanzos, se prepara á cantar.

Las arias de hombre pertenecen por lo comun al género grotesco. Son monólogos franceses escritos á propósito y salpicados de alusiones de actualidad, ó en que se refieren escenas cómicas de costumbres. La música, muy ligera é insípida casi siempre, está vaciada en el molde de los cantos populares del país; mas que música es una declamación ritmada por la orquesta. Pero donde está la gracia, donde brota la diversion para los que se divierten es en el artista ejecutante, quien con sus muecas, contorsiones y destemplados gritos entretiene al auditorio por largo rato con abundante cosecha de chistes, algunos de dudosa clasificación, y el remedo de las diversas voces á que se refiere la escena que declama.

Terminada esta primera parte, siempre igual, deja el puesto aquel payaso á una *prima donna* que, después de haber conquistado imperecederos laureles en los primeros teatros del mundo, viene ahora á cantar al aire libre en mitad de un día de julio ó de una noche de febrero, y ante un público que así la escucha y la comprende, como se atraca de panecillos en su presencia, ó empuja botellas de cerveza floja, ó la dirige el humo del infernal kentuki que requema en su pipa.

La desdichada cantatriz, á pesar de todo, vestida de blanco y procurando remedar el afligiranamiento de modales que en sus buenas épocas usaba, gorgoritea, cromatiquea y gallipavea de lo lindo, hasta que da por terminada su obra; en cuyo punto una salva de aplausos dispuesta siempre en Francia para todo, la resaca en parte de otros desdenes y la permite ejecutar media docena de cortesías teatrales, dignas de un triunfo como los que obtiene la Cruvelli en la Grande ópera.

Y otra vez aparece en escena nuestro payaso, y otra vez encaja su interminable relación, y de nuevo le sustituye la *donna*, y á esta la reemplaza el bufo, como se renuevan y reemplazan los bebedores y curiosos del café por espacio de cuatro ó seis horas seguidas, durante cuya fecha las cortesanas permanecen en feria, los gentiles pegados á la baranda, y los paganos tan contentos con aflojar su peseta por una taza de mal café servido á la intemperie, únicas contras que tiene el espectáculo para no llamarse cómodo y gratuito.

Considere el español que nada hay de falsedad ni adorno en nuestro relato, y diga luego si concibe mas depresión de la especie humana, mayor escarnio de la carrera artística, ni mas notorio olvido de ciertas impertinencias sociales que nuestros pobres padres, montados á la antigua, nos dieron á conocer desde chiquitines con los nombres de dignidad y pundonor.

Háse salido apenas de uno de esos teatros en los que se contempla al hombre tan pequeño, y ya el curioso tiene de nuevo que pararse nada menos que ante el tremendo sitio de Sebastopol.

Una caja de pasas como de á dos arrobas, colocada de canto, y muy pintada de trofeos militares, encierra el escenario, la empresa y los actores del terrible melodrama que se prepara. — Figurillas de carton que un año antes representaban en el mismo coliseo la vida del hombre malo ú otra moralidad parecida, son las que hoy vestidas de cazadores de Vincennes ó de zuavos africanos, atacan, destruyen y esparriban á los desdichados rusos que asoman sus gaitas vergonzantes por las almenas de un castillo gótico medio arruinado; y para mas completar la ilusión, al paso que se consiga una reciprocidad de tamaño y sonidos, estalla de tiempo en tiempo por la parte trasera del baul una horripilante tamborilada con acompañamiento de cornetas y tiros, que no parece sino que toda aquella Crimea se ha convertido en caja de guerra olvidándose que era campo de batalla.

A pocos pasos del sangriento espectáculo, se divisa otro no menos terrible por la brutalidad que de su mérito se desprende. — Un hombre hincado de rodillas y con el brazo derecho desnudo, desmenuza á puñadas los guijarros y pedernales que coloca sobre una piedra. La multitud le arroja cuartos espantada.

No lejos de allí tiene establecida su industria un soberbio truhan, mas que de los tiempos presentes digno de los de Rinconete y Cortadillo, quien después de manejar con sin igual destreza unos palos, unas bolas, y unos anillos á manera de juegos malabares, escamotea los dineros del concurso con esta ingeniosísima invención.

— Si cada uno de los que me rodean — exclama — se atreve á darme una moneda, yo prometo colocarlas por muchas que sean una sobre otra en la punta de este baston. El otro extremo lo apoyaré en la punta de mi nariz; y después de pasear un rato guardando el equilibrio, daré un capirotazo al palo, y todas las monedas se meterán como por su pié en el bolsillo derecho de mi chaleco. Si así no sucediese devolveré el dinero al público, y los juegos habrán sido gratis.

¿Quién se resiste á ver la prueba? — Todos los concurrentes, y muchos mas que se agolpan al anuncio, depositan su pieza en manos del equilibrista. Cógelas en efecto, y formando un caramillo casi tan largo á veces como el mismo baston, le coloca en la punta y por el otro extremo en la de su nariz: da el capirotazo; y todas aquellas monedas de tamaño y figura diferentes, planas y convexas, chiquitinas y grandes, buscan de un modo maravilloso el bolsillo derecho del chaleco. — Ni una sola vez de las varias que nuestro español dió sus dos cuartos por presenciar la suerte, vió que se cayera pieza alguna, excepto cuando las había de plata; en cuyo caso separándose estas de las otras, venían irremisiblemente al suelo. Ofendido el truhan de aquello que él llamaba *insubordinación* y *rasgo de orgullo*, arrojábales con violencia por entre sus piernas, y describiendo entonces una elipse, volvían por encima de su hombro á buscar el bolsillo izquierdo del chaleco.

— Era — decía como disculpándolas, — que la plata no quiere estar nunca con los cuartos.

En otro garito se representa un drama sentimental. — Dos hombres, vestidos de payaso el uno, y figurando el otro por su traje ser un obrero laborioso, engañan de consuno á los bobalicones bajo la apariencia de un médico y su enfermo. El trabajador con la cabeza apoyada en un poste, ruge y patalea no de otra suerte que si se hallase sufriendo los dolores mas terribles. El empuirico le consuela y anima; coge un frasco de cierto elixir, y mostrándole á los curiosos con ademán de victoria segura, derrama algunas gotas del licor sobre la cara del acongojado, quien se anima al instante, sonríe de placer, salta de gozo y estrecha cordialmente á su salvador, dándole al mismo tiempo todo el dinero que posee. Aquel precioso elixir cura instantáneamente todas las dolencias.

Nunca faltan en París personas inocentes que se apresuren á llevar para casa una botellita de ese encantado licor, por si les sorprendiesen de improviso dolores tan agudos como los que atormentaban al infeliz obrero.

Mas allá hay un teatro, en el que ratas y ratones perfectamente vestidos, representan la parodia del drama mas aplaudido por entonces en París.

No lejos de aquel sitio se ve á un gran dibujante, á un artista sin duda, trazando sobre el papel con admirable facilidad y gracia la caricatura del primero que llega, por solo vender los lápices que contiene su caja.

A un lado el mundo nuevo con las vistas y escenas de la guerra, cuyas descripciones llegaron por el último correo y á veces con las que la Gaceta del mismo día anuncia como recibidas por partes telegráficas.

Cerca de este un enorme telescopio para ver las montañas de la luna, ó para recrearse por dos cuartos en el rebaño celeste que componen las *siete cabrillas*.

Por aquí un mutilador de perros, que recomienda la suavidad de su bisturí á las dueñas sensibles.

Por allá un trovador harapiento que canta al son de su bandurria la vida de los doce Pares ó las hazañas insignes de Juana de Arco.

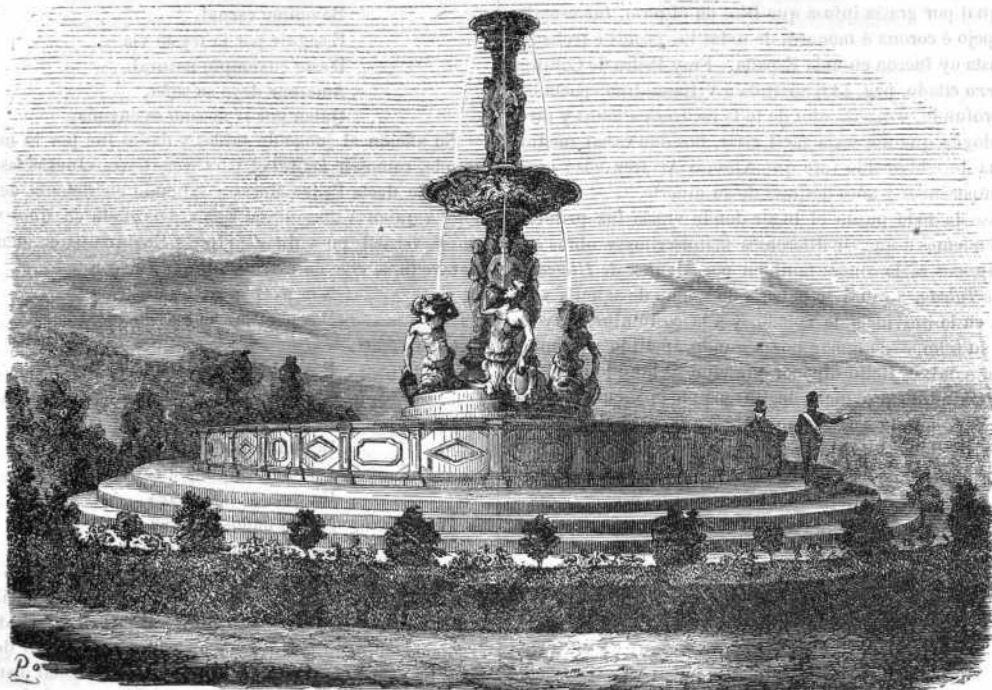
Pero ¿á qué contar mas si nuestra tarea seria interminable? — Todos los hombres listos (y en Francia hay uno sobre cada piedra) que no han querido emplearse en cosas útiles por haraganería u otra cosa peor; todos los truhanes que consienten pasar un año encerrados, perfeccionándose en una pillería, para mostrarla al público y no trabajar mas; todos los gandules de vida airada que se contentan con ganar el día claro lo suficiente para tupirse de cerveza los días turbios, todos asaltan las avenidas de los Campos Eliseos como teatro el mas á propósito para ejercer sus menudas industrias con gran provecho de sus bolsillos. Allí como energúmenos se disputan los unos á los otros la posesión del espectador si no á brazo partido como sucedería en España,

á lo menos con exageraciones, arrumacos y chistes que es lo que consiente la sin par vigilante y previsora policía de París.

Todos tienen privilegio de invencion; todos conservan cartas gratulatorias de un sin fin de monarcas á cuya presencia han trabajado; todos lo hacen mejor y mas barato que su vecino; todos por fin exceden en agudeza para anunciarse á aquel célebre zapatero inglés que habiendo visto establecerse á su lado dos colegas de oficio, el uno de los cuales anunciaba en su muestra: «Aquí vive el mejor zapatero de Londres», y el otro para sobrepajarle escribía en la suya: «Aquí vive el mejor zapatero del mundo», apuntó él en la propia una inscripción diciendo, que allí vivía el mejor zapatero de la calle.

(Continuará.)

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.



FUENTE DE LOS TRITONES.

Esta preciosa fuente ejecutada en marmol blanco y enriquecida con infinitas esculturas del estilo y tiempo de Berruguete, estaba colocada en el jardín de la Isla en el Real sitio de Aranjuez desde el año de 1637.

Corre entre muchas personas el decir, que el diseño de esta fuente fué ejecutado á ruegos de Felipe IV por su pintor de cámara el famoso Velazquez; pero sin que nosotros hayamos podido averiguar lo que de verdad hay en el asunto, creemos que este dicho es debido al cuadro que del mismo autor existe en el Real Museo de Madrid señalado con el número 145, y que representa la fuente á que aludimos con el paisaje que la circunda.

Segun se ve en el referido cuadro, el pilon estaba á flor de tierra como la mayor parte de las fuentes de las posesiones de nuestros reyes, lo cual haria mas artístico y esbelto que el que hoy tiene y que se hizo cuando se trasladó desde el jardín en donde estaba al del Campo del Moro en que hoy se encuentra.

Consiste segun se ve en el grabado en una basa triangular que tiene los ángulos cortados, formando un exágono.

En cada uno de los lados menores hay inscripciones en castellano que expresan el año en que se colocó en Aranjuez bajo el reinado de Felipe IV, y en los mayores, que son cóncavos, inscripciones latinas de las cuales una dice:

Nemo sitim sedat in ratione vivat.

Levántase en el medio una columna con tres ninfas agrupadas de hábil ejecución, asi como los mascarones que hay entre ellas: sobre dicha columna sienta una taza con el reverso cubierto de esculturas que representan nereidas entrelazadas y delfines, hecho todo con prolijidad y perfeccion.

Encima de esta rica taza hay dos columnas agrupadas con dos doncellas aladas. Debajo de la pequeña taza con que termina el todo y de cuyo centro sale un surtidor, hay una preciosa guirnalda hábilmente ejecutada de flores, frutas y hojas de laurel entretejidas con exquisito primor y buen gusto.

Sobre una grada están colocados los tres tritones á que debe su nombre, cada uno de los cuales tiene en la mano derecha un escudo y en la izquierda un canastillo en que recibe el agua.

Tal es la descripcion que puede hacerse de esta fuente, joya artística y digna por todos conceptos de figurar en un sitio donde no pudiesen destruirla las intemperies á que está expuesta.

ALFONSO ÁLVAREZ DE VILLASANDINO.

De este insigne poeta á quien el marqués de Santillana en su PROEMIO al condestable de Portugal llama «gran decidor, del cual se podia decir aquello que en loor de Ovidio un grand esto-

riador describe: conviene á saber, que todos sus motes é palabras eran metro (1),» no tenemos mas noticias biográficas que las que nos suministra el detenido estudio de sus cantigas y decires tan numerosos, que segun observa el mismo marqués de Santillana «seria bien luego é difuso nuestro proceso, si por extenso, aun solamente los principios dellas, á recontar se oviesen.» Argote de Molina (*Nobleza del Andalucía*, lib. II, cap. 152) asienta que Villasandino fué en su tiempo «el mas celebrado poeta de España, cuyas obras su Magestad tiene en su Real Librería de San Lorenzo.» Juan Alfonso de Baena encabeza de este modo las poesías de Villasandino que coloca en su preciso *Cancionero*: «Aquí se comienzan las cantigas muy escandidas é graciosamente asonadas, las preguntas é respuestas sôiles é bien ordenadas, é los desires muy limados é bien fechos, é de infinitas invenciones que fiso é ordenó en su tiempo el muy sabio é discreto varon, é muy syngular componedor en esta muy graciossa arte de la poetría é gaya çiençia, Alfonso Alvares de Villasandino, el qual por gracia infusa que Dios en él puso, fué esmalte é lus é espejo é corona é monarca de todos los poetas é trovadores que fasta oy fueron en toda España.» Fray Pedro de Colunga (*Cancionero* citado, pág. 130) apellida á Villasandino «poeta excelente, profundo, é clasificador de toda oscuridad.» Estos y otros muchos elogios que nos seria fácil citar, nos dan cabal medida de la fama de esclarecido vate que Alfonso Alvarez gozó entre sus contemporáneos y años despues de su muerte.

Ignórase de todo punto el lugar donde vió la luz primera; mas si atendemos á que en diferentes manuscritos y obras que corren impresas se le conoce tambien por Alvarez de Illescas y Alvarez de Toledo, á causa de haber sido vecino de aquella villa enclavada en la provincia de Toledo, y á la costumbre muy seguida en su tiempo de tomar por segundo apellido el nombre del pueblo natal; es lícito suponer que vino al mundo en el lugar de Villasandino provincia de Burgos en el segundo tercio del siglo XIV, puesto que ya en 1374 hacia versos loando la hermosura de Doña Juana de Sosa, manceba del rey D. Enrique II, por encargo de este monarca:

As donçellas dente onor
A esta noble flor de lys,
E damas d'este pays
Loan su pres é loor:
Syn pavor
Seu servidór
Quero sser leal, provado:
Ben me plas é soy pagado
En la servir por señor.

Noble debió ser su cuna cuando en edad temprana era ya admitido al trato de los reyes de Castilla y recibia el collar y la banda de manos de D. Juan I que le distinguió muchísimo, si hemos de creer lo que tiempo adelante escribia Villasandino:

Por este señor cobré
Orden de caballería,
E con gran franquesa un día
Me cassó con quien cassé:
D'este resçebi é tomé
Muchos bienes é mercedes,
Pues en su corte ya vedes
Sy perdi ó ssey gane,
Sabe Dios cómo é por qué.

Casó dos veces; la segunda en edad muy avanzada con una señora que tenia por nombre Mayor, cuya belleza celebraba con entusiasmo enumerando á la par los goces que se prometia del matrimonio:

Mayor es ya mi desseo
Que non era fasta agora
Pues cobré gentyl señora
Con rriqueça é lyndo asseo:
Pues es tal su buen meneo

Desta flor que me forçó,
Suyo quiero sser é só
Para siempre en equal grado.

Pero Villasandino no tardó en ver por el suelo el templo de sus ilusiones — los poetas se engañan siempre; — la vida conyugal le acarreó disgustos y privaciones sin cuento, bien por vejez, bien por celos, ó lo que en nuestro concepto es mas probable por sus largas y continuas ausencias del hogar doméstico. De estos pesares se lamenta con gracia en una cantiga que empieza:

Amigos, tal coyta mortal
Nunca pensé que avrya:
Por ser leal rrescibo mal
Donde plaser atendya.
Ya non me cal
Pensar en al,
Salvo en señal
De omme carnal,
E seguir por la tryste via
D'este enxemplo natural:
Amansar deve su saña,
Quien por sí mesmo se engaña.

Su afición al juego de tablas y dados fué por lo menos tan grande, como su facilidad para versificar. «Juegas fasta la coraza,» le decia Pedro Morra saliendo en defensa de una señora á quien Villasandino habia denostado en unos versos; y así era verdad, pues dirigiéndose á Enrique III en demanda de maravadeses, cree necesario asegurar que son

Non para jugar los dados
Mas para mi mantenencia,

y concluye así:

E con la tal convençia
Fise jura en nostra ley,
A Dios é á vos, mi Rrey,
De tomar por abstinencia,
Que por ninguna atrevencia,
En quanto bivo serey,
Nunca dados jugarey,
Nin tablas por espirençia.

A esta desgraciada pasión del juego que le dominó hasta su muerte, no obstante juramento tan formal, debe atribuirse la estrechez y pobreza en que vivió Alfonso Alvarez, siendo así que él mismo enumera los bienes y mercedes que recibió de monarcas y magnates, y que parece disfrutó una pensión ó sueldo fijo acaso por sus merecimientos literarios segun se deduce de una lacrimosa epístola enviada al condestable D. Ruy Lopez Dávalos, en la que hallamos este verso:

Mandat que me paguen el sueldo d'enero.

Estuvo avecindado como dejamos dicho en la antiquísima villa de Illescas, donde poseyó algunos bienes raíces; pero frecuentemente aun siendo ya anciano y achacoso salia de su modesto retiro por corresponder á las invitaciones de los grandes señores, tales como D. Alvaro de Luna, D. Ruy Lopez Dávalos, los arzobispos de Toledo D. Pedro Tenorio y D. Pedro de Luna, el arcediano de Guadalupe D. Gutierre de Toledo y otros muchos que solicitaban sus visitas y le acorrian en sus necesidades. Otras veces seguia á la corte ó á sus favorecedores para asistir á públicos regocijos y ser testigo de sucesos notables, ó simplemente con objeto de ejercitar su musa pedigrüena. Así le vemos en Ayllon el año de 1411 con la reina Doña Catalina ponderando los sermones de S. Vicente Ferrer, en 1412 en Zaragoza con motivo de la coronacion de D. Fernando de Antequera etc. En uno de estos viajes le hurtaron cerca de Segovia una gentil mula de que era pagado, y al punto escribió unos versos al condestable Lopez Dávalos pidiéndole otra, la cual le fué concedida; mas querelloso de que le diesen el animal sin arreos, insistió de esta manera:

Señor, esta mula parda
Que me diste syn rrenzilla,
Non tiene freno nin sylla,

(1) Sponte sua carmen numeros veniebat ad aptos:
Quidquid conabar dicere, verum erat. — OVIDIO.

Nin merese ser de albarda

Perdido por mala guarda

Quedaré en esta villa,

Condestable de Castilla,

Sy el vestro acorro tarda.

Por este rasgo podría conjeturarse hasta qué punto era descontentadizo nuestro poeta y cuán precaria llegó á ser su situación, si no tuviéramos este otro testimonio de su carácter lloron y pegajoso.

Habiendo convidado á sus bodas al adelantado del Andalucía D. Perafan de Ribera, como este caballero no le hiciese el regalo que es de costumbre en casos semejantes, le *desconvidó* en términos nada comedidos, diciéndole que por miserable debería morar en la Roda, *lugar seco é despoblado*. D. Perafan contestó por los mismos consonantes:

Mi amigo desposado,

Quien se casa ó quien se enloda

Ó quien sus majuelos poda,

Non tengo desto cuydado:

En dar lo mio baldado

A quien non lo tien servido,

Non me pongo en tal ruydo

Nin lo ove costumbrado.

Extraño parece en nuestros días que poetas tan aventajados como Villasandino malgastasen su fecundo ingenio en escribir sobre asuntos las mas veces triviales y desgraciados de suyo, precisamente en una época en que los repetidos combates entre cristianos y sarracenos, y el espíritu caballeresco llevado á un grado tal de exageracion que ya tocaba en lo ridículo, ofrecian ancho campo al poeta para elevarse en alas de la inspiracion, cantando las hazañas de los héroes castellanos y aquellos grandes hechos de audacia, de valor y de hidalguía que con asombro y duda leemos en las antiguas crónicas. Mas la explicacion es muy sencilla; la musa popular, es decir, los juglares y los trovadores, se habia encargado de transmitir á las generaciones futuras verdaderas historias rimadas de los acontecimientos mas notables, descosidas biografías de los personajes célebres, cuadros de costumbres apenas bosquejados, pero no por eso menos exactos y preciosos, y esto bastó para que aquellos que de maestros en la gaita ciencia se preciaban pusiesen el mayor cuidado en apartarse de un género de literatura que cultivaban gentes indoctas y de oscuro origen. «Los caballeros mas duros y bravos, dice á este propósito el erudito Sr. marqués de Pidal (*De la poesía castellana en los siglos XIV y XV*), los que mas se complacian en los combates y en las lides campales, escriben al tomar la pluma como enamorados donceles y como suaves Adonis, como conceptistas y metafísicos, sin que jamás se encuentre en sus versos la menor alusion á sus hechos de armas, ni á sus empresas guerreras, ni á las tremendas y sangrientas catástrofes que solian terminarlás.... El gallardo y desgraciado D. Alvaro de Luna, el quijotesco Suero de Quiñones que entraba casi desarmado en las batallas contra los infieles en obsequio de su dama y mantenía despues con igual motivo el célebre paso honroso del puente de Orbigo; sus compañeros y contrincantes, el mal aventurado Juan de Merlo, Lope Destúñiga, Alonso Deza y Juan Pimentel que compartieron con él las fatigas y riesgos de aquel hecho singular de caballería que apenas comprendemos; el terrible justador Gonzalo de Cuadros que hiere gravemente en unas fiestas al de Luna, poniendo en consternacion á todos los caballeros y damas de la corte; todos en fin, porque todos eran poetas cuando arrimada la lanza escribían sus metros y canciones, olvidaban los afectos, odios y pasiones que en realidad los animaban y conmovian; olvidaban las armas, las guerras y los hechos de caballería para expresar en conceptos metafísicos y alambicados un amor afeminado y bastardo. Vese, pues, que Villasandino no hizo en esto mas que seguir la corriente general, no teniendo bastante valor ó genio suficiente para marcar un nuevo camino á la poesía cortesana y erudita: sus composiciones todas, excepto las en que llora la muerte de D. Enrique II ocurrida en 1379, la de D. Juan I en 1390, la de D. Enri-

que III en 1406, y las de las reinas Doña Juana y Doña Leonor, son ó trovas de amores, ó donosos memoriales pidiendo ya ropa, ya un oficio, ya posada, cuándo dinero, cuándo trigo. Deben exceptuarse tambien varias cantigas que compuso en loor de la ciudad de Sevilla, haciéndolas cantar por juglares delante del cabildo de aquella santa iglesia, que le otorgó un premio de cien doblas (1,200 rs.) por cada una, y dos mas encomendándose á la Virgen María. De estos últimos es notable por su incomparable sencillez y belleza, la que copiamos á continuacion:

Generosa, muy fermosa,

Syn mansilla Virgen Santa,

Virtuosa, poderosa,

De quien Lucifer se espanta:

Tanta

Fué la tu grand omildat

Que toda la Trenidat

En ty se ençierra, se canta.

Plascentero fué el primero.

Goso, señora, que oviste;

Quando el vero mensajero

Te saluó, tú respondiste.

Troxiste

En tu seno vyrginal

Al Padre celestial;

Al qual syn dolor pariste.

Quien sabrya nin dyria

Quanta fué tu omildança

O Marya, puerta é oya

De salud é de folgança.

Fyança

Tengo en ty, muy dulce flor,

Que por ser tu servidor

Avré de Dios perdonança.

Noble rrosa, fija é esposa

De Dyos, é su Madre dyna,

Amorosa es la tu prosa,

Ave estela matutyna.

Enclyna

Tus orejas de dulçor

Oyendo á my, pecador,

Ayudándome festyna.

Quien te apela *maristela*,

Flor del ángel saludada,

Sin cabtela non rreçela

La tenebrosa morada.

Eryada

Fuste limpia, syn error,

Por quel alto Emperador

Te nos dió por abogada.

Que parryas al Mexias

Dixeron gentes discretas,

Geremias é Issayas,

Daniel y otros profetas.

Poetas

Te loan é loarán,

E los santos cantarán

Por ty en gloria chançonetas

O beata ynmaculata

Syn error desde *abenición*,

Byen barata quien te cata

Mansamente syn bollyçio.

Serviçio

Fase á Dios, nuestro Señor,

Quien te sirve por amor,

Non dando á sus carnes viño.

Han creído algunos tomando acta de ciertos versos de Fr. Pedro de Colunga, que Villasandino ejerció en sus años juveniles la profesion militar; pero este aserto nos parece infundado, en razon á que no es verosímil que quien con la pintura de sus necesidades, de sus achaques, de sus cosechas perdidas, de su raída vestimenta y del ajuar de su pobre casa procuraba entenebrecer el corazon de reyes y potentados, dejase de hacer mencion de sus méritos como guerrero, y en los escritos de Villasandino no hallamos una sola frase que aluda á aquella circunstancia. Lo que consta de una manera indudable, porque copiamos sus propias palabras, es que no fué *docto ni letrado*, y que alcanzó una edad muy avanzada á pesar de las privaciones y de las enfermedades que fueron fieles compañeras suyas desde la cuna hasta el sepulcro. En 1423 vivía aun el primer poeta español de aquellos tiempos, ALFONSO ALVAREZ DE VILLASANDINO (1).

CARLOS DE PRAVIA.

AL AMIGO DESCONOCIDO.

*Non sum qui fueram: perit pars
maxima nostræ.....*

No extrañes, no, que el velo de amargura,
perpétua nube en mi infeliz semblante,
también nuble el cantar que fué un instante
émulo al ruiseñor en la espesura.

El tiempo fué de angélica ternura,
cuando hasta de una flor era yo amante,
y vislumbraba, el seno palpitante,
diáfanos horizontes de ventura.

Si quierres que en mi vida atribulada,
náufraga hoy en el mar de la agonía,
la calma torne de la edad pasada

y el sol de la esperanza y la alegría —
¡vuélveme aquella juventud dorada!
— ¡Vuélveme aquel amor del alma mia!

J. HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

LO QUE SOBRA EN EL MUNDO.

Señor tiempo, señor tiempo,
el que se almuerza sus hijos;
el de la hoz y el reló,
el dormilon viejecito.

El que se traga y engulle
lo mismo pobres que ricos;
el que de una hermosa dama
hace un horrible vestiglo:

salud y gracia: sepades,
si es que no lo habeis sabido,
que hay mucha gente de sobra
en este mundo maldito.

Que hay aquí muchas cecinas
con rosario y abanico,
pasas con falda y peluca,
que son perdurables siglos.

(1) La coleccion completa de sus poesías ocupa gran parte del Cancionero de Juan Alfonso de Baena, códice de inestimable valor, que sustraído de la librería del Escorial á principios de este siglo, fué hallado hace algunos años en la Biblioteca nacional de París por nuestro distinguido y respetable amigo el Sr. D. Eugenio de Ochoa, que á la sazón se hallaba formando por encargo del gobierno francés un *Catálogo razonado* de los manuscritos españoles existentes en las bibliotecas públicas de aquella capital. El Sr. Ochoa sacó de él una esmerada copia que á su vuelta á España dió á la estampa, bajo los auspicios y con la cooperacion del Excmo. Sr. marqués de Pidal.

Y que hay algunas que dicen:
«no he cumplido veinticinco,
y si no tengo mas dientes
es porque no me han salido.»

Que hay plaga por esas calles
de doctores amarillos,
compañeros de la muerte,
sempiternos matavivos.

Y que hay muchos boticarios
con botes, tarros y vidrios,
cocineros de los diablos
y alguaciles del Cocito.

Y que si en un cementerio
entra alguno de los dichos,
gritan los muertos al punto
«á mí me curó ese pícaro.»

Debeis saber igualmente
que viven muchos maridos
comiendo de su cabeza
sin darla nunca un mordisco;

y que hay mozuelas comadres,
que hacen parir al bolsillo,
y dejarán sin ducado
al duque mas barbilindo.

Item que andan escribanos,
y de ellos nos libre Cristo,
suegras ó infernos con tocas,
fregonas y barberillos.

Item, sobran pasteleros
que den gato por cabrito,
vagos, tontos y farsantes,
viejas barbudas y esbirros.

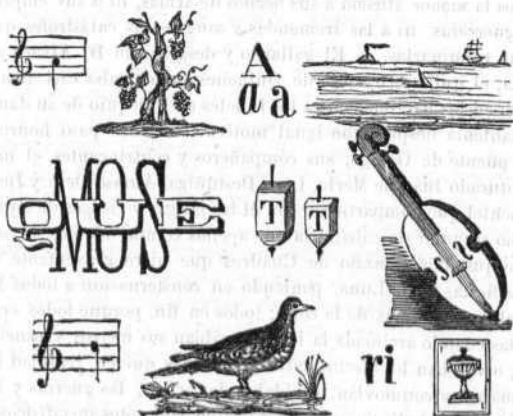
Podeis tragaros también
poetas, que hay infinitos,
y en acribar la cosecha
nos haremos un beneficio.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Los escritores que piensan así consideran á la mujer como un mueble.

GEROGLÍFICO.



Director y propietario, D. EDUARDO GASSET.

Madrid. — Imprenta de la Viuda de PALACIOS.



ALMEIDA GARRETT.

Juan Bautista de Silva Leitao d'Almeida Garrett, vizconde de Almeida Garrett, nació en Oporto en 1799. Su familia, irlandesa de origen, vino á acogerse á España huyendo de las persecuciones que sufrían los católicos, pasando desde aquí á Portugal en la comitiva de la reina Doña Mariana, mujer del rey D. José I.

Establecieron los emigrados en la isla Zercera, donde nació el padre del ilustre poeta de quien nos ocupamos.

Educáronle sus padres con sumo esmero, de cuya educación aprovechó el joven Juan Bautista, que empezó á dar tempranas muestras de una inteligencia nada vulgar.

Debió los primeros cuidados intelectuales de su educación á un pariente suyo obispo de Angra en la isla Zercera, punto donde entonces residía con sus padres, que allí habían ido á buscar un refugio contra la invasión francesa y la toma de Oporto por las tropas.

Hombre profundo é instruido el obispo, educó con predilección manifiesta á su sobrino, iniciándole en los conocimientos que desarrollando las facultades intelectuales abren ancho y vasto campo á la imaginación del que ha nacido poeta.

No desperdició el discípulo las lecciones de su maestro, y pronto pudo conocer el obispo lo mucho que prometía la precoz inteligencia del joven Garrett llevada por buen camino y utilizándola en una carrera; por eso el pensamiento de aquel fué dedicar al futuro poeta á la carrera de la iglesia; pero el discípulo no mostraba gran predilección por la vida clerical: así fué que á poco de recibir las órdenes menores, abandonó aquellos estudios para consagrarse á la jurisprudencia.

Cursóla efectivamente en la célebre universidad de Coimbra, donde al par de brillar en las cuestiones de derecho, lanzaba ya los primeros destellos de una musa que había de honrar la patria de Camoens, Gil Vicente, Ferreyra y otros.

Pocos sitios mas mas á propósito para desarrollar los instintos poéticos del joven Garrett pudieron haber elegido; robusteciéndose su imaginación en aquellas vegas apacibles que sus antecesores los poetas habían cantado, y en las que, como dice su biógrafo *Latino Coelho*, se escuchaba el llanto de Inés de Castro y las tiernas y suavísimas estrofas del gran Camoens.

Efectivamente, la imaginación yárica y lozana del joven se

desarrolló mas en aquellos sitios, y cediendo al género por entonces en boga, compuso en la universidad á la edad de 19 años una tragedia que con el título *Yerges* se representó por los estudiantes, sin que haya visto la luz pública; igualmente corrió la *Lucrecia*, otra tragedia también representada por sus compañeros.

Los aplausos y la fama que á la sazón alcanzaban los escritores trágicos, hubieron de llamar la atención de Garrett: hé aquí la explicación de que sus primeras obras sean tragedias é imitaciones de Voltaire y Alfieri.

Empapado sobre todo en la lectura de este último, compuso el joven poeta la *Merope*, publicada después, y acerca de la cual ha dicho el mismo autor que solo era un mero reflejo de las que con los mismos títulos escribieron Maffei y Alfieri.

La primera obra suya que vió la luz pública es un poema escrito en su juventud y cuyo título el *Retrato de Venus*, da ya á entender que el joven poeta se hallaba bajo la impresión de los poetas clásicos.

No es una obra de consideración el poema del futuro cantor de Camoens, y fuera de algunos arranques bien sentidos y de elevada inspiración, el conjunto de la obra es pálido y frío; resientese mucho del sensualismo de los clásicos paganos, y si bien no despreciable como obra de un joven, no puede dársele importancia, mucho mas después de leer Doña Blanca y el magnífico é inspirado poema en que cantó á su compatriota Camoens, al autor de *Los Lusíadas*.

(Continuará).

ARTÍCULO HISTÓRICO, CRÍTICO, RECREATIVO PARA EL QUE LO LEA, SOBRE UN VIAJE, Y DESGARRADOR PARA EL QUE LO ESCRIBE, QUE ES EL VIAJERO.

I.

Un artículo de viajes es como otro cualquiera, por ejemplo artículo de pimiento furiosamente picante, de galleta dura y añeja, de borceguíes despiadadamente opresores, de divan con muñes puntiagudos, de butaca con respaldo de durísimo estu-

co, es en fin artículo de escarmiento severo, real, palpable, inevitable, mortificador, matador y dolorosísimo para el paciente que le paladea. Decimos esto, porque ignoramos la definición de un artículo, y no sabemos mas que darle la significación que dejamos apuntada. Un artículo in scriptis es una serie de palabras mas ó menos extensa, y sin otra regla de graduación en cuanto á su largueza ó encogimiento, á su orden ó desórden, á su estructura y forma que la índole del periódico á que se destina y la voluntad melindrosa ó bonachona del director propietario de quien depende su inserción. Este artículo, escrito ya y ya acogido é impreso y circulado, debe seguir la regla de entretener por unos cuantos segundos al lector carísimo, y si posible es enseñarle algo útil, algo que le aproveche, si no en el acto, para lo futuro, y sobre todo que no le mortifique ni aburra. El articulista deberá ser en primer término breve, en segundo festivo, en tercero claro, en cuarto verídico, y por fin y postre moralista puro y neto, aunque no rígido ni exagerado. Veámoslo y procurémoslo. Viajar es moverse ó ser movido en una dirección dada; un viaje se hace por necesidad ó por gusto, y un viaje recrea ó condena temporal ya que no eternamente. Se condena temporalmente el que viaja por necesidad y para hacer su viaje tiene que moverse á sí mismo: se recrea el que viaja voluntariamente y el que para viajar no se mueve sino que es movido: mas claro, el que viaja necesariamente y á peonza y ruta marcada al dorso de su carta de domicilio, antes pasaporte, es un condenado de presente: el que viaja en ferro-carril, en diligencia que no sea sinónimo exacto de la pereza, que no vuelque, ni atasque, ni se bambolee como los nidos colgantes de la tricolor oropéndola y por arrecifes leal y legalmente contruidos, se divierte; y se desespera, y magulla, y descuartiza el que viaja en carro, galera, tartana sin muelles, mula ascendreada, caballo relinchon ó jumento torpe, y goza y disfruta el que viaja libre el alma de recuerdos que la aflijan por lo que abandonó en su punto de partida y de deseos que la aguijen por lo que ha de hallar en el punto á donde se dirige. Un viaje en fin voluntario ó forzoso ofrece mas sinsabores indudablemente que delicias. Esto es claro; porque nuestra existencia no es otra cosa que un viaje, y nuestra vida saborea en su trayecto mucho mas de agrio que de dulce. De aquí debemos inferir que no nos queda mas recurso en lo humano que viajar ó morir, y si nadie puede tener el mal gusto de optar por lo segundo, preciso le es abrazar con cristiana resignación lo primero, y escuchar ántea y compasivamente lo que vamos á contar de un viaje que por no morirnos hemos hecho nada mas que de 62 leguas, y en la estación de las flores, y al través de las provincias extremeña y castellana. Con efecto el mes de abril iba en sus últimos días, y nuestro cuerpo y alma tuvieron necesidad de trasladarse de un punto á otro, del poniente hácia el saliente, 62 leguas desde los lindes de Portugal á la corte de las Españas.

Parécenos oír al lector estas ó semejantes palabras. «Buen artículo por cierto será el de un viaje de 62 leguas; tendrá cuatro renglones y medio *ad sumum*, porque ni muchos mas ni muchos menos pueden escribirse sobre lo ocurrido en seis u ocho horas, á no ser que el articulista haga lo que hasta aquí, charlar de todo lo criado y por crear, menos de su propósito, esto es de su viaje.» Nosotros, pues, figurándonos que tal oímos, tenemos que contestarle no figurada sino realmente que el artículo comprenderá no cuatro sino cuatrocientas líneas, y comprenderá cuatro mil y hasta un volumen de tomo y lomo si hubiésemos de referir menudamente lo ocurrido en 62 leguas, que representan 620 con setenas, y que han envuelto incidentes sin número y parecidos todos en lo amargo, desprendiendo una verdad innegable aunque triste, á saber, que el viajero debe al serlo si es cristiano salir confesado y comulgado, llevarse á prevención los oleos extremos en el bolso y despedirse de sus deudos y amigos hasta cuando Dios quiera.

II.

Dimos con efecto la espalda á las empinadas crestas de la

montaña de la plaza portuguesa llamada Marban, y sobre tres caballos, y no de raza, empezamos nuestro viaje á la hora en que el dorado sol de Castilla se levantaba majestuoso para consolar á los vivientes que no le miran cara á cara, como nosotros veníamos haciéndolo; porque desconsuelo y no pequeño era el ofusarnos la vista con sus nacientes fulgores, cuando la necesitábamos de lince para gobernar nuestras cabalgaduras, de cuya seguridad individual dependía la nuestra. Nos era pues indispensable evitar cuidadosamente un tropiezo, un atascón ó un resbalón, incidentes harto posibles cuando se camina por veredas que reconocen por único constructor á la costumbre de ir y venir por ellas diariamente y en manera alguna á la mano del hombre, que en el país de que hablamos ni se ocupa, ni se ha ocupado, ni piensa ocuparse de las *comejadas*, ó lo que es igual de procurarse caminos vecinales medianamente cómodos, seguros y expeditos. El que así suceda se explica perfectamente: los hombres allí se distinguen de la generalidad, y son de los que tienen el mal gusto de morirse primero que viajar. Un viaje para ellos que traspase los límites de su jurisdicción domiciliaria, es un acontecimiento de inmensa gravedad, es causa suficiente de una afección de ictericia, de un ataque de terror nervioso, del desarrollo de un dolor agudísimo de cuerpo y alma capaz de destruir en un instante y de un solo golpe el comercio del espíritu con la materia, ó en términos mas precisos muy abonado para matar á un prójimo de cinco pies y cuatro pulgadas por falta de circulación sanguínea, porque la idea de un viaje congela la sangre, como los rigores de una noche de enero hielan una gota de rocío en el cogollo de una mata de siempreviva.

Esta aversión instintiva á ausentarse del cobertizo que los vio nacer, no reconoce por causa aquella que nosotros tenemos á un viaje; á nosotros nos amedrentan las penalidades, á ellos los asusta la novedad; y en esta diferencia se lee la necesidad perentoria de mejorar las vías para disminuir las penurias del viandante y la de inspirar amor al progreso, para que lo nuevo y lo desconocido halague y no aterre; en dos palabras, en nuestro país lo que hace suma falta es desarrollar la educación y fomentar los intereses; y así llenaremos nuestra misión sobre la tierra. De lo dicho se infiere que en Extremadura es fuerza, para obrar con justa equidad, aplicarse con mayor empeño y celo mas vigoroso, que en otras provincias, al cultivo de la instrucción y al fomento de la construcción; y he aquí, caro lector, cómo vamos cumpliendo aunque bien imperfectamente el deber de articulista, el de regalarte alguna verdad que siempre fué útil, y en los tiempos que corremos mucho mas, porque los tiempos presentes escasean por desgracia de verdades á medida que abundan en sofismas que no dejan de serlo aun cuando vengan ataviados con trajes de gusto oriental. —Montados íbamos y con el sol de frente (y sin ánimo de no distraernos, y nos hemos distraído, pero no entonces que viajábamos, sino ahora que escribimos muellemente sentados en nuestro sillón), é hicimos después de siete muy cumplidas horas cuatro que un cómputo arbitrario denomina leguas, siendo segun el racional seis por lo menos. No hay que sorprenderse de este hecho cierto, fuera de los arrecifes en Extremadura (que entre paréntesis solo hay ocho leguas), estas se gradúan á ojo de buen cubero, así es que el pobre viajero que es novel en su práctica, por mas que lleve en el bolsillo ó en la memoria el itinerario, jamás acierta con la hora de salida y entrada, y de ordinario siempre y á todas partes llega tarde, saboreando por ello los disgustos consiguientes á la irrealización de sus propósitos. Y esta es otra falta de grave trascendencia que se observa no solo en Extremadura, sino en todas las provincias del reino; falta cuya subsanación reclama con urgencia la utilidad comun, y falta reparable con pequeños dispendios y en poco tiempo. Fijar este y determinarle para que el viajero sepa con aproximada exactitud el que ha de invertir de un punto á otro, es á todas luces de un interés marcadísimo é importante. ¿Y por qué no se ha hecho? ¿Y por qué no se hace? ¿Y por qué no se piensa acaso hacer?.... ¿Y por qué nosotros no escribimos de nuestro viaje y nos dejamos de digresiones?

Para que no nos reprendas, carísimo lector, allá vamos, al grano, al viaje, al coche, al coche; mal dicho, á caballo, á caballo. Ya estamos, y caminando, y volviendo grupas amedrentados por la tormenta, que se nos viene encima cerrando el día con su horizonte espeso y negro, nos guarecimos de ella, á Dios gracias, no te asustes lector, ya que nosotros nos asustamos y con especialidad el pequeño y querido hijo que también viaja. ¡Qué de reflexiones no se ocurren durante la tempestad, especialmente cuando uno se guarece de ella debajo de una encina, ó á la sombra de una piedra, y desde un abrigo tan deleznable ve con religioso espanto rodar sobre su casi desnuda cabeza la formidable omnipotencia del Dios de las borrascas trazándose en círculos de fuego, sonando en estampidos pavorosos y rompiendo luego en gruesas lluvias; despidiéndose por último de la humanidad sobreecogida con un signo de paz, con el iris encantador que deslumbra los ojos, ensancha el pecho, y tranquiliza el espíritu! Entonces, querido lector, en un período tan rápido, ¿no es verdad que el hombre entonces en un cuarto de hora, en media hora á lo mas, recorre todo su ser, se comprende todo á sí mismo, se considera tal cual es, y ve lo que en sí encierra por el prisma de la verdad inmaculada?

¡Conciencia! ¡Cuál te purificas! ¡Creencia! ¡Cómo te robusteces! ¡Inocencia! ¡Cuál brillas al fulgor vivísimo del aligeror relámpago! Con ojos escrutadores considerábamos el semblante candorosamente respetuoso y sorprendido de nuestro pequeño hijo, el contristado, suplicante y anonadado de nuestros criados, y en el espejo cristalino de la inmediata fuente veíamos el nuestro expresando reverencia al Criador, reconociendo su poder, confesando nuestra impotencia, anhelando su gracia y suplicando á su bondad. Y cuando su bondad nos oye y se nos anuncia con el iris bienhechor, el reconocimiento mas profundo y sincero se dibuja en nuestros semblantes, y nuestro corazón entona espontáneo el himno de salvadora bonanza que acompañan las aves, repiten los valles y escucha atenta y reverente la naturaleza entera. ¡Cuán inefable es el gozo del hombre cuando se siente inspirado por la presencia de su Criador!! Discurramos placeres; inventemos contentos, combinemos venturas, todos son reflejos pálidos del purísimo deleite que saborea una alma que sabe remontarse y se remonta á su divino origen.

(Continuara.)

J. G. H.

UN CAPITULO DE LAS MEMORIAS DE JULIA.

Corría el año 183....

Era el mes de febrero; el bullicioso carnaval comenzaba á sentirse....

¡Todas mis amigas preparaban sus trajes de fiesta, invitándome á dar mi opinion sobre los adornos con que debían engalanarse.

Toda su animacion no era bastante á desvanecer la apatía que me dominaba: todos los esfuerzos que hacían para descubrir el secreto padecimiento que me oprimía, se estrellaban contra mi voluntad. ¡Ay! Eran demasiado niñas, demasiado inexpertas para ver en mi pálida frente una sombra indeleble que los años no borran jamás; un recuerdo de un amor desgraciado.... Veía con una calma cruel la alegría á que se abandonaban, y su franca sonrisa me daba compasión.

—Tanta felicidad, —decía para mí, tanta ilusión como forja vuestra infantil cabeza, todo ese porvenir hermoso y perfumado que vuestra fantasía tiñe de color de rosa, todo puede desaparecer en un instante con la palabra ó la mirada de un hombre.

—Mañana tal vez sea vuestro despertar mas triste que mi pensamiento, y echareis de menos la dulce libertad con que os entregáis hoy atolondradas á los delirios de ilusiones mentidas.

¡Pobres niñas! Cuánto hubiera querido que me comprendie-

ran para salvarlas de los peligros donde insensiblemente se precipitaban.... Era imposible. No me comprenderían, contestando tal vez con una carcajada cuando les gritase. —Imprudentes, deteneos, ¿no veis que correis á vuestra perdición? En esa fiesta á que marchais ufanas, dejareis todas las halagüeñas esperanzas que lisonjean tanto vuestro corazón como vuestra vanidad.

Esas alabanzas que satisfacen vuestro naciente orgullo, esas tiernas palabras dulces como el amor que los hombres repiten á vuestro oído, todo, todo es mentira, mentira sus palabras, mentira sus promesas, mentira sus lisonjas, y hasta sus juramentos mentira también.

Tan amargas reflexiones eran interrumpidas por las burlas que me dirigían mis aturridas compañeras, ó por alguna sonora carcajada á la que seguía una anécdota mas ó menos picante sobre la causa de mi mal humor.

Conociendo por fin que con tan triste filosofía en vez de aliviar mis penas desgarraba mas y mas mi corazón, y recordando haber prometido á unas amigas forasteras asistir al baile, me decidí á acompañarlas.

Llegó la noche tan deseada por muchos corazones; y cuando las demás daban la última mano á su tocado, comenzaba mi sencillo toilette.

Como no pensaba despojarme de la careta, empleé cortos instantes en mi alioño.

Muchas veces asida al brazo de un amante que formaba todas mis delicias, había entrado en el salón con la cabeza erguida, humillando altiva y orgullosa á las que como á mí no les era dado ostentar el poderío de su belleza; pero ¡ay! ¡Esos días tan felices no son mas que un soplo en la vida del corazón; huyen y no tornan jamás, dejando solo en pos de sí recuerdos amargos y desgarradores!.....

II.

Llegué, y mi presencia entre el bullicio y las sonrisas, entre el placer y la felicidad era casi una profanación. Bajo un pedazo de tafetan negro estaba mi semblante, tan frio, tan glacial como mi corazón, que ni aun ligeramente se conmovía al recuerdo de sus glorias pasadas.

Como ningún atractivo encontraba en la fiesta, érame indiferente permanecer olvidada en un extremo del salón, que perderme oscurecida en el torbellino de las máscaras.

Resuelta, pues, á observar para satisfacer esa necesidad que tenemos las mujeres de saberlo todo, paseábame sin escuchar las mil palabras frívolas que forman el lenguaje en esas sociedades.

Llamó desde luego mi atención entre otros máscaras, un arlequín, que como yo debía tener recuerdos tristes que le separaban de aquella turba bulliciosa y loca.

—¿Quién era aquel hombre hacia el que me arrastraba una secreta simpatía al verle rehuir la presencia de todos, buscando lo que al parecer no podía encontrar? ¿Quién era? Hé aquí lo que traté de saber poniendo en práctica el plan que había concebido.

Cuando mas absorto estaba el arlequín en sus meditaciones me acerqué á él gritándole al oído:—¿Puedo saber en qué piensas, máscara taciturno?

—Al verse objeto de la curiosidad de una mujer que cortaba despiadadamente el hilo de sus meditaciones; sorprendido de haber llamado la atención cuando pasa desapercibido para todos los concurrentes, me contestó con amabilidad.

—¿Qué te mueve á hacerme esa pregunta? ¿La curiosidad?

—Es tanto mi deseo de saber quién eres, que no vacilaría en arrancarte la careta.

—¿Y por qué no lo haces, encantadora máscara?—me replicó saltando una estrepitosa carcajada.

—Por no llamar la atención de los que nos rodean, exponiéndome acaso á perder el incógnito que á todo trance quiero conservar.

—Siento en el alma no poder satisfacerte, porque, como tú, deseo también no ser conocido.

— Si estuvieras dispuesto á desistir de ese empeño, te pondría aceptases mi brazo.

— Acepto el brazo; en cuanto á lo demás veremos.

— No; prométeme primero contestar á las preguntas que voy á dirigirte.

— Si se refieren exclusivamente á mi prometido.

— ¿Eres poeta?

— No.

— Entonces cuando menos serás un filósofo.

— ¿De qué lo infieres, deliciosa máscara?— me contestó riendo.

— De que hace un momento te interrumpí abstraído en meditaciones, á que en este lugar solo se entrega un filósofo ó un enamorado. Pero puesto que eludes mis preguntas, voy á hacerte la última. ¿Qué te trae al baile para no participar de la alegría general?

— El recuerdo de una mujer que amé, y el deseo de verla.

— Y la has visto.

— No, la he buscado en vano. Sin duda no vino; porque á estar aquí, ¿pasaría desapercibida á la penetrante vista del qué la ama?

— Te compadezco, amante desgraciado, y me ofrezco con toda voluntad, si me lo permites, á ayudarte en tus pesquisas.

— Gracias, amabilísima máscara; acepto con placer; pero cógete de mi brazo porque llamamos imprudentemente la atención.

— Hicelo así, y poco después reanudamos la conversacion interrumpida.

— ¿Estás satisfecha con la contestacion que he dado á tus preguntas?

— Sí, arlequin; tanto mas cuanto que tu pasion tiene cierta analogía con la mia. Tambien yo amo, y busco en balde por estos sitios el objeto de mi pasion: tambien como tú he venido impelido por el recuerdo de un hombre adorado.

— ¿Eres desgraciada?— me preguntó con un interés que me conmovió.

— Tanto como puede serlo una mujer que llora perdidas todas sus ilusiones en la verde primavera de la vida.

— ¿Y no tienes esperanzas en el porvenir?

— ¡Esperanza! dulce palabra; ¡pero mas que dulce vana! Para mí no hay esperanza; no la hay para los seres que, cual yo, solo aman una vez, una vez no mas en la vida!

— Temería ser indiscreto preguntándote desde cuándo data tu fatal pasion.

— Lo sabrás; pero prométeme no abusar de la confianza que me inspiras, si por acaso te son conocidas las personas que juegan en la historia que voy á referirte.

— Si me conocieras, máscara, no pondrias así en duda mi caballerosidad. Créeme, no abusaré de la confianza con que me honras.

— Corriente, doy principio á mi relacion.

III.

— Hoy hace un año pisaba esta alfombra radiante de alegría, contestando con una sonrisa de felicidad á los cumplidos que me dirigian.

....Era dichosa.

— La orquesta preludiaba un wals de Weber...

— Un hombre hermoso á quien no conocia me ofreció la mano.... Yo acepté con placer. Iba á contar uno mas en el número de mis adoradores.

— Siempre creí, afirmándome la experiencia en esta opinion, que es para el hombre, en sus tiernos coloquios con nuestro sexo, la palabra *te amo* moneda corriente, y el *es V. encantadora* de necesidad.

— ¡Farsa digna de los hombres!

— Las maneras elegantes de mi desconocido, y la amabilidad con que sostenia la conversacion sin esa petulancia que caracteriza á la juventud del dia, me dió una idea brillante de su capacidad.

— No tardó en conocer como hombre de mundo el buen lugar que se iba haciendo en mi corazon, perseverando con ardor

en una empresa que le aseguraba una conquista al parecer anhelada.

— Yo estaba tranquila; éranme tan indiferentes los sentimientos que podia inspirar, era tanta la confianza que tenia en mis fuerzas; habia probado tan claramente el dominio de mi cabeza sobre mi corazon, que imprudentemente me empecé en una lucha que salí vencida.

— No tengo reparo en decirlo. Llegué á amar con toda mi alma, con el abandono propio de la confianza que nos merece el objeto de nuestra pasion, con ciega y ardorosa fé, en un porvenir de felicidad suprema....

— Creyendo ser la única y absoluta señora del corazon de mi amado, no vacilaria en sacrificar en aras de su amor cuanto pudiera halagar mi orgullo de mujer.

— A tal punto llegaba mi pasion. ¡Mas cuánto me engañaba!

— ¡Cuán falsos y livianos eran mis brillantes ensueños de ventura!

— Hace un mes que una carta fatal.... ¡Oh! ¿Sabes quien era el hombre por quien habia sacrificado el reposo de toda mi existencia?

— ¿El hombre cuyo amor hubiera preferido al poder y gloria de una corona imperial? Era un miserable que me cambiaba por un puñado de oro!....

— ¡Triste verdad para mi corazon! Adios ilusiones queridas! ¡Adios esperanzas lisonjeras! ¡Adios hechiceras imágenes de gloria y felicidad!

— Todo, todo fué un sueño dulcísimo de amor; todo mentira.

— Dormia voluptuosamente en un lecho de flores y desperté, cruel realidad, revolviéndome con agudos dolores en otro de punzantes espinas.

— Mi corazon palpitante ayer de amor y de felicidad, flota hoy penosamente en el lúgubre vacío de la nada.

— Y todo ¿por qué? Por haber amado con delirio.

— Y todo ¿por quién? Por un hombre que ayer contemplaba superior á todo lo creado, y hoy he conocido es el mas indigno, el mas despreciable de todos.

— ¡Oh! Arlequin, ese hombre á quien he consagrado todos mis pensamientos, todo mi afecto, mi vida toda, ya no podria obtener el último, el mas insignificante de mis desdenes.

— Tanto le desprecio.

IV.

Aunque dotada de una pureza de voluntad poco comun en nuestro sexo, no pude evitar se resintiese mi sensibilidad al amargo recuerdo de los únicos dias felices de mi vida.

Permanecimos en silencio algunos segundos, hasta que al fin me dijo el arlequin. — Y.... ¿has olvidado á ese hombre?

— No; pero espero conseguirlo.

— ¿Qué pasion te domina cuando piensas en él?

— Ninguna; solo le creo digno de mi indiferencia.

— ¡Me sorprendes, máscara! ¡Eres una mujer nada vulgar!

— Gracias por el concepto aventajado que te merezco; pero no todos lo forman así.

— ¿Pues quién puede dudarlo?

— Vaya, arlequin, que ó tienes una memoria que da compasion, ó me escuchaste con grande interés.

— Perdóname te haya hecho una pregunta con palabras que expresaron tan mal mi idea. Pero supongamos que tu ingrato vuelve á tí como el pecador arrepentido: ¿le absolverás?

— Aventurada es la suposicion.

— ¿Y si fuese cierta?

— No sé lo que haria; pero puedo decirte que dudo mucho consiga el que tú llamas ingrato justificar su deslealtad.

— ¿Y no le volverias tu amor si lograste convencerte de la inocencia de su conducta juzgada por engañosas apariencias? ¿Le rechazaras con desden si frenético, si anhelante de placer se arrastrase á tus plantas gritando: te amo, angel mio; nunca dejé de amarte; tu amor es mi dicha, sin él moriré?....

— ¡Ah! No, contesté atolondrada, sin saber darme cuenta de lo que sentia.

— ¿No le rechazarias? ¡Oh felicidad! Ven, ven á mis brazos, adorada mía.

— ¿Qué es lo que quiere V.? caballero—dijo volviendo de mi sorpresa.

— ¿Qué quiero, Julia? Tu perdón y tu mano—dijo arrancando de la careta....

¡Ah! Era él, era el amado de mi corazón.

JOSEFA SAN ROMAN.



Marino de la Real armada.

Pescadora.

Señora de Lisboa.

TRAJES DE PORTUGAL.

PARIS FISICO Y MORAL

estudiado durante la exposicion de 1855 por un español.

(Continuacion.)

IV.

Con tales elementos, pues, no extrañará el lector que la parte moral de los Campos Elíseos de París supere en mérito y novedad á la física, aun concediendo á esta toda la grandeza que en sí tiene. Adúñense ambas ahora; contémplese el espectáculo en una mañana de domingo durante la exposicion de la industria ó en una noche de verano por la misma época, y asistirá el curioso á un espectáculo si no tan edificante como el de los Campos Elíseos de la Escritura, mucho mas animado seguramente y mas en armonía con los instintos que prevalecen en la Samaria de los tiempos modernos.

Los domingos de París, esos días destinados en la gran ciudad al solaz y regocijo del cuerpo, en compensacion de los seis afanosos que le preceden; esos días en que todas las gentes altas y bajas, humildes y soberbias, pobres y ricas arrojan la cáscara habitual del trabajo y se engalanan con lo mas reluciente de su ropero para derramarse en toda la extension de la villa en busca de deleites, esos días se reconcentra en los Campos Elíseos á las horas de exposicion, y en las primeras de la noche una tercera parte de la masa viviente de París, formando con su presencia el gran cuadro que pretendemos bosquejar.

Mas de cien mil visitantes (guarismo oficial) que desembocan por todas las avenidas en busca del palacio de la industria, y mas de otros cien mil (guarismo óptico) que acuden á contemplar á los primeros ó á exponerse á su vez como productos no menos notables de otra industria; doscientas mil figuras en fin constituyen el personal de nuestro cuadro. Ya conocemos el fondo sobre que se destacan; veámoslas ahora palpar y bullir en todas direcciones.

Un regimiento de agentes de policia está encargado de la ordenacion y arreglo de los grupos. El mas numeroso de estos, el que pretende invadir los palacios, es distribuido en largas columnas de á dos en fondo formando culebrinas, cuyas cabezas se

apoyan en las estrechas aberturas de la verja exterior, y cuyas colas terminan á distancia de muchas varas en las plazas y caminos de confluencia. Otros muchos grupos, los de aquellos que presencian la entrada, ó que pretenden quebrantar la consigna y colocarse en chorro fuera de turno, son requeridos y dispersados á cada momento por la autoridad: otros aun mayores todavía que acuden en tropel á las puertas, pero que ni quieren colocarse á la fila (término usual para la entrada de los espectáculos en Francia), ni incurrir en el desagrado de los agentes, se esparcen por la extension del campo á esperar hora mas cómoda para penetrar en los edificios. Otros á quienes no ha llamado la exposicion, sino las fiestas y espectáculos de sus alrededores, se distribuyen por los cafés-conciertos, por los teatrillos, juegos y cantinas, comunicándoles la animacion y el ejercicio que esperaban. Otros, por último, que ni pretenden visitar la exposicion ni entretenerse en las fiestas que la cercan, invaden los paseos y se apoderan de las sillas y butacas distribuidas profusamente á los bordes de ellos, formando el público espectador de la gran procesion de carruajes y caballos montados, que en número infinito bajan de todas partes hácia el camino central destinado para las vueltas.

Con tales elementos de órden en contraposicion á los muchos de desórden que una tan extraordinaria concurrencia debe proporcionar, se inaugura la escena del bullicioso cuadro que dibujamos.

Abrense las espitas de las fuentes; rompen á la vez en acorde privado y en desacorde *tutti* las orquestas; voltéanse las cigüeñas de los organillos; agitanse las campanillas de los aguadores; prorumpen en desaforados pregones los vendedores; vocean los titiriteros su espectáculo; gritan los traficantes su mercadería; encarecen los jugueteros su entretenimiento; anuncian con ahullidos las empresas teatrales sus diversiones; suenan cuernos y trompetas los zagales de *omnibus*; redoblan sus timbales los mundos nuevos; badajea sus penetrantes campanas los vapores; atruenan el viento los cocheros con sus voces de alarma; y en medio de esto, la multitud que no anda, sino corre, ya por la ansiedad con que se dirige al punto que le agrada, ya por alcanzar localidad que apetece, ya por libertarse del atropello incesante que la afluencia de carruajes y caballos provoca por

todos lados; la multitud que en continuo charlar por los muchos incidentes que á hacerlo así le obligan; en continuo correr por la violencia de las oleadas unas veces, por el temor de un atropello otras, porque todos se apresuran y corren las mas: aquella masa flotante y bulliciosa, decimos, se arremolina, se desbanda ó circula en la extension inmensa de la pradera, con el desenfado del mas alegre regocijo, con la locuacidad del esparcimiento meditado, con el tumulto propio de su excesivo número ó imponente grandeza.

Las culebrinas en tanto pegadas á las puertas del palacio y ondulando á merced de las alternativas del concurso, no de otro modo que largas sanguijuelas agarradas en el cuerpo de un monstruo; la procesion de carruajes enfilados el uno tras el otro en interminables líneas sobre el arceife; los caballos que caracolean al rededor de estos últimos en número pasmoso; las gentes de paseo que se cruzan casi pegadas cuerpo á cuerpo á pesar de la enorme extension de los asfaltos; la concurrencia á titeres y cafés, juegos y diversiones, formando centros á manera de nudos de una vasta red; los columpios que se agitan por el aire; los caballos y calesines de madera que giran sobre sus ejes; los actores y cantantes que desde sus tabladós respectivos expresan su papel; los titiriteros empingorotados asimismo y en el ruidoso ejercicio de sus funciones; inmensos carruajes de á ochenta ó cien viajeros cada uno que corren á lo largo de carriles de hierro; las palmas de agua que despiden las fuentes; la multitud de copas de árboles frondosos que en tal momento parece como que se agitan y hablan á su vez; los mil pavese flotantes que coronan la cúspide de los palacios, toda esta vida, toda esta animacion, todo este *pandemonium* moral y físico, extendido, reclinado, sembrado en el bellísimo fondo físico de la pradera, cuyos edificios entonces, cuyos monumentos, cuyo rio parecen dignamente colocados en su extension, como único adorno mudo de tanta escena hablada, todo ello delinea, sombrea, colorea y limita primorosamente el gran cuadro de los Campos Elíseos, palpitante á los ojos del observador que le contempla desde una altura.

Hé ahí la manera como nosotros abarcamos el conjunto de una sola mirada, un día que en el palacio de la exposicion entraron ciento veinte y dos mil personas, sin que durante el tiempo que permanecieron encerradas se notase su falta en los jardines y paseos.

V.

Pero para estudiar de noche el mismo cuadro, no se debe tomar una altura; porque entonces la magnitud y espesor de los árboles roba toda la visualidad del suelo, y únicamente se distingue un foco luminoso en la extension oscura del espacio.

La noche de verano en los Campos Elíseos durante la exposicion universal, era verdaderamente una de las mil que cuando niños hemos admirado en los cuentos recreativos de Gailand.

Antes de que el sol tocase los límites del horizonte, y mucho antes por lo tanto de que la luz natural desapareciese, ya los surtidores de gas inflamados, encendian, que de tal palabra hay que valerse, los edificios, las calles, las plazuelas, los jardines, los cafés, las tiendas, los puestos de todo género y hasta el pescante de los carruajes; circunstancia muy de notar á donde tanto número de ellos confluye.

No contentos los empresarios de teatrillos y conciertos con la gran claridad de las luces oficiales colocadas mas como para iluminacion que como para alumbrado, distribuian por su propia cuenta multitud de faroles y reverberos en la extension y cercanías de sus edificios; fajas de lucecitas al rededor de las verjas; arcos, palmos, inscripciones, escudos, ruedas giratorias, árboles llorones y otra porcion de objetos, perceptibles solo por los botoncitos luminosos de que estaban formados.

La música, menos ruidosa que durante el día por haber cesado las murgas y los organillos de titeres, columpios y perros sabios; la música, verdadera armonía entonces y no plaga infernal, esparcía sus notas por el viento derramando ese perfume acústico de que tan propenso es á impregnarse el aire de la noche.

La multitud de cierto género que suele desentonar los cuadros con su presencia por no tener costumbre de saber gozar de ellos, se retiraba en tropel en busca del descanso que sus tareas del día siguiente reclamaban. Otra multitud, por el contrario, mal avenida casi siempre con la primera, la de las gentes llamadas principales, afluia entonces de todos lados á dar con su buen porte, con su lujo y riqueza un nuevo esplendor á los jardines y paseos.

Era de contemplar aquel bosque encantado desde cualquiera de sus extremos, ardiendo en luz, henchido de notas musicales, embalsamado de partículas aromáticas, rielante de frescura, sembrado en todas direcciones de farolitos de color, amarillos, azules ó encarnados, segun la diversidad de carruajes que en infinito número se cruzaban á modo de figuras de un baile fantástico. Eran de ver los templete enristalados, brillantes focos de luz que se elevaban sobre los jardines como otros tantos enormes fanales recogiendo en su interior las engalanadas figuras de los actores, cuya ridiculez privada desaparecia ahora ante la belleza del conjunto. Eran de ver las altas cancelas de los parques y jardines de recreo, dejando percibir por entre sus labores doradas el interior de los cafés, de las fondas, de los bailes, cada uno de cuyos centros lo era á la vez de regocijo, de locuacidad, de fiesta. Era, en fin, para visto y palpado, no para descrito y mucho menos con imperfecta y desaliñada pluma, aquel todo desacorde y armónico, incoherente y uniforme, confuso y claro, extenso y recogido; aquel festin, en cuya composicion entraban tantos elementos diferentes, aunque encaminados de consuno á una misma idea; aquella reunion de alegrías y regocijos particulares que se reconcentraban en un solo regocijo y una sola alegría; aquel gran espectáculo no inventado por nadie ni dirigido por empresa alguna, ni consignado en un gran programa, ni sujeto á ningún principio conocido; en una palabra, aquella espléndida serenata que cada nueva noche se daba París á París mismo.

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

ESTUDIOS HERALDICOS.

Varios y acreditados escritores han tratado de investigar el origen primitivo de las armerías, ó hablando con mas propiedad de los escudos de armas; y muy distantes de establecer una opinion juiciosa y razonada, han divagado por el anchuroso campo de las hipótesis: unas veces apoyados en solo su entusiasmo exagerado, otras en testimonios que se prestan á diferentes interpretaciones, y no pocas tambien en razones de escasa importancia.

Algunos han pretendido llevar el origen de sus investigaciones á los primeros siglos de la creacion; otros han atribuido á los egipcios la invencion de las armerías, llevados sin duda de la predileccion que este pueblo mostró por los geroglíficos de que usaba bajo diferentes formas y figuras; y no pocos ilustrados escritores han creído salvar la dificultad atribuyendo á los hebreos su invencion; afirmando que las tribus del pueblo israelítico se distinguian entre sí por símbolos y blasones que llevaban en sus banderas, señalando á la tribu de Judá un león, á la de Ruben unas ondas de agua, una serpiente á la de Dan, á la de Benjamin un lobo y así las demas, sin otro apoyo ó fundamento que las palabras metafóricas que usó el patriarca Jacob segun refiere la sagrada escritura, cuando predijo la suerte futura de sus hijos y descendientes despues de su muerte. Igual critica nos merecen los que atribuyen su origen á los griegos, persas, romanos y otras célebres naciones de la antigüedad, porque si bien es cierto que sus caudillos y capitanes usaron de ciertos signos y emblemas en las banderas y estandartes, para guiar á los guerreros al combate contra sus enemigos; es tambien evidente que estas señales y emblemas fueron personales, que no se trasmitian á su posteridad; y no encontramos entre la multitud de autores que han escrito sobre la materia que nos ocupa otras razones mas sólidas para fijar con al-

gun acierto nuestra opinion, que las de los célebres y doctos jesuitas Musancio y Menestrier, que escribieron con notable lógica y erudicion sobre el origen y progresos de la ciencia heráldica, atribuyendo á los alemanes su invención y origen.

Si fijamos nuestra atencion en la historia de Alemania, encontramos en el siglo X una especial predileccion por los torneos, que eran unos juegos que se celebraban con frecuencia para adiestrarse los guerreros en el manejo de las armas, y que tomaron este nombre de los tornos y revueltas que tanto á pié como á caballo ejecutaban en estos ejercicios para conseguir el premio de la victoria. Apoyan aquella fundada opinion el origen alemán de muchos términos propios de la teoría de la ciencia heráldica ó del blason. Moreri, en su célebre Diccionario, y otros muchos escritores derivan la palabra heráldica de las voces alemanas *hëer*, armado, y *ald*, oficial, que unidas forman la de *hëerald* ú oficial armado, corrompida despues en *heraldo* ó rey de armas, antiquísima institucion reconocida en todas las monarquías, y que en lo antiguo estaban encargados de revisar las armas de los caballeros cuando acudian á los torneos, que despues de blasonarlas hacian pregonar para dar á conocer al público la calidad y linaje de los guerreros. Carlo Magno señaló 12 oficiales para ejercer en su corte el importante cargo de reyes de armas, que entre nosotros está reconocido igualmente en personas de buen linaje, versados en la historia é instruidos en la ciencia del blason, y de acreditada fidelidad y confianza, que por especial nombramiento del soberano están encargados de expedir cartas, certificaciones y otros documentos de hidalguía y nobleza, así como de descifrar y ordenar las armas que á cada familia é individuos corresponden.

Estas armas ó sean signos, emblemas ó blasones se formaban como ahora con colores y esmaltes, y se adaptaron á los escudos que llevaban los guerreros en el brazo izquierdo para escudarse de los golpes de las armas ofensivas de sus enemigos, cuyo origen se pierde en la oscuridad de los tiempos; pero que los romanos ya conocieron y usaron formados de madera, corcho ó mimbres entrelazados, segun refieren Tácito y César en sus comentarios, cuya forma fué tan varia como las naciones que adoptaron su uso: y no es otro el origen de llamarse escudos de armas.

Fernando Mejía, en su *Nobiliario vero*, dice que toda persona de calidad debe saber el linaje de donde descende por lo menos hasta su cuarto abuelo, sus armas, las del rey y reino de que fuere; tener conocimiento de los colores, del método de blasonar y los preceptos generales del arte. Si tal se observase, se evitaria el reprehensible abuso con que muchas personas ostentan armas que no les corresponden, ó que llevan mal combinadas por ignorancia de la teoría de la ciencia; y el ridículo en que pueden incurrir otras personas usando armas y blasones en sus tarjetas y carruajes, que no pueden descifrar ni comprender sin el conocimiento de la ciencia heráldica, que puede definirse por el arte que enseña á conocer, descifrar y componer los escudos de armas en todas sus partes por medio de leyes, reglas y términos propios, segun los usos y costumbres de cada nacion.

En la edad media, en los tiempos del feudalismo y la caballería, y durante las guerras de las cruzadas llegó á tomar la ciencia heráldica un incremento prodigioso, y los valientes guerreros de aquella época se esmeraron á porfía en adquirir y conquistar con su valor, virtudes y heroísmo laureles y trofeos con que blasonar sus escudos é inmortalizar sus nombres, para transmitir á su posteridad con ellos un justo incentivo y poderoso estímulo para seguir sus nobles huellas en la senda del honor, que confirmaron despues los monarcas con fueros, privilegios y exenciones.

Hemos llegado insensiblemente á la gloriosa época del origen y acrecentamiento de la nobleza en nuestra patria, y con pesar tenemos que limitar nuestro entusiasmo, al hablar del fundamento de las glorias españolas, por no permitirlo las condiciones de este artículo; pero aunque de paso nos haremos cargo de la procedencia y origen de los emblemas que ostentan en sus armas algunas esclarecidas familias.

Cuando en los últimos días del reinado del infeliz y desventurado monarca D. Rodrigo, varios guerreros de Africa seguidos de numerosos ejércitos musulmanes invadieron las provincias ibéricas, algunos valientes españoles, escasos en número, pero grandes en el valor que inspira la desesperacion y el amor á la religion y la patria, concibieron el noble propósito de libertarla de la dominacion de sus tiranos opresores; y retirados á los confines de la Península al abrigo de sus rocas inaccesibles, eligieron los caudillos que debieran conducirlos á la victoria. Pelayo en Asturias y Garcí Gimenez en Aragon fueron los elegidos para reconquistar su religion y sus leyes; y la historia dirá por nosotros cuán cumplidamente correspondieron á las esperanzas de los españoles. Una série no interrumpida de gloriosos triunfos y una lucha de ocho siglos de valor y heroísmo lanzó á los hijos del profeta del otro lado del mar, y aun allí el indomable valor castellano logró arrebatar á los sectarios de Mahoma no escasas conquistas y victorias. El que desee ilustrarse en el estudio de los merecimientos de la hidalguía y nobleza castellana, puede hacerlo en las páginas siempre heroicas de la historia de la reconquista, donde está consignado el origen de los blasones que con noble orgullo ostentan en sus armas muchas distinguidas familias de nuestra patria. Esas cadenas que orlan los escudos de los Zúñigas, Peraltas, Mazas y Otazos son emblemas del valor esforzado de sus ascendientes, que acaudillando las legiones de los reyes D. Pedro de Aragon, D. Alonso de Castilla y D. Sancho de Navarra, alcanzaron señalada victoria sobre sus enemigos en las Navas de Tolosa, y fueron los primeros en asaltar y romper las cadenas que rodeaban el campo del miramamolín y monarca de los agarenos. Esas Conchas que adornan las armas de los Pimentales, Gaitanes y otros, immortalizaban la célebre batalla de Clavijo, en que los cristianos españoles al mando de D. Ramiro I consiguieron señalada victoria de sus implacables enemigos. Las aspas ó cruces de S. Andrés que llevan los Cañizares, Cárdenas, Contreras, Zambranos, Ayalas, Prietos, Céspedes y varios, recuerdan el triunfo que el ejército de la Cruz acaudillado por D. Lope Diaz de Haro, en tiempo de D. Fernando III, alcanzó contra el de los moros ante los muros de la ciudad de Baeza, y las bandas con dragantes de los Bohorques, Rendones, Serranos, Garridos y otros dan testimonio de la distinguida orden de la banda instituida por el rey D. Alonso para premiar el valor y los servicios de estos guerreros en la memorable batalla del Salado, ganada por los infieles; y omitimos otras muchas distinciones en gracia de la brevedad.

Tambien nos parece oportuno hacer presente otra distincion que la ciencia heráldica reconoce con el nombre de Escudos parlantes, para expresar que corresponden á las familias cuyos apellidos expresan lo mismo que los emblemas y signos que en ellos se representan. A esta clase pertenecen los de Rios, Cárdenas, Zapatas, Lunas, Flores, Pinos etc. etc. que están representados por signos que armonizan con sus apellidos.

Los castillos y leones de los colores de las armas reales, que ostentan algunas familias, son muy honoríficos, y fueron debidos á privilegios y concesiones particulares otorgadas por los reyes para remunerar importantes y merecidos servicios.

No es menos ilustre el de las flores de lis, que alguno como los Aldanas y Maldonados llevan en sus armerías debidas al heroico valor con que el noble almirante del monarca español, Hernan Perez de Aldana, supo sostener el honor castellano en Francia, ante su rey y corte, y que este tuvo que otorgarle contra su voluntad y de mala gana, dando origen al apellido de Maldonado, como se confirma con el testimonio de los escritores de aquella época, y hemos tenido ocasion de ver comprobado en un manuscrito, entre los muchos que se custodian en la Biblioteca nacional, en los versos siguientes:

Entre los grandes señores
y victoria castellana,
ví las cinco flores
sobre sanguina colore,
del noble solar de Aldana,
Que despues á Maldonado,

y en Francia bien vengada
dió el rey, de mala gana
las flores, á los de Aldana,
llamándolos Mal donados.

Si los límites que nos hemos propuesto nos lo permitieran, continuaríamos tratando sobre los emblemas que adornan los escudos exteriormente, como son las coronas, yelmos y celadas, lambrequines etc.; pero no terminaremos sin hacer alguna indicación sobre la curiosa obra que con el título de Nobiliario de los Reinos y Señoríos de España, publica en esta Corte D. Francisco Piferrer. En ella se trata con grande erudición y copia de datos sobre el origen de todos los apellidos de nuestra patria, y se hace mención honorífica de los que los ilustraron con sus hechos y acciones las armas y las letras, ó por la práctica de las virtudes, ú otros importantes merecimientos dignos de la consideración de la posteridad. Las lujosas láminas iluminadas al cromo que la ilustran, realzan su indisputable mérito, y aumenta su importancia á proporcion que se reparten nuevas entregas: y no dudamos que su autor además de la satisfacción que debería resultarle, obtendrá la justa recompensa de sus dispendios y sacrificios.

ANTONIO MORENO PAUSEN.

ANÉCDOTA.

Hecho es en general sabido que al monasterio de Yuste en Extremadura llevó sus postreros días el emperador Carlos. Allí y pared al medio de la efígie viviente de la quietud y del silencio habitó por algun tiempo la representación verdadera del movimiento y del estruendo; allí y bajo un mismo techo respiraron juntas la abnegación y el dominio; el ascetismo y la gloria; los monjes pacíficos y el conquistador del siglo. Este, si bien abrazó resignado en el último tercio de su vida el retraimiento monacal, diz que en algunos momentos conservaba su genio inquieto y bullicioso, y en uno de ellos, en que avanzada la noche no podía conciliar el sueño, resolvió con su impetuosidad característica buscar quien con él compartiese aquel insomnio. Como entre el pensamiento y la obra apenas hubiese distancia, lánzase del lecho, se viste, sale al monasterio y golpea con estrépito la puerta de la primer celda con que tropezó. De mal talante y aun no bien despierto contesta desde dentro el monje. ¿Quién va? El emperador entonces le responde con autorizada voz. ¡Carlos VI! Vaya pues, replicó el monje, el emperador Carlos V á revolver el mundo, y deje en paz á un pobre fraile medio dormido. La crónica añade que la réplica del fraile, lejos de irritar al dominante huésped, le hizo acaso por la primera vez reconocer su injustificable y caprichosa ocurrencia. Arrepentido pues se volvió á la cama viniendo á regalarle plácido y dulce un sueño que no había gozado el vencedor de los demas, hasta en aquella noche que consiguió triunfar de sí mismo.

POESÍA.

Aromosa flor hermosa,
mas que la fresca rosa temprana,
andaluza desdeñosa,
deja á mis labios hasta mañana,
besar los negros hierros
de tu ventana.

Quando de noche tus ojos miro
magnetizados si yo los veo,
quando en las auras de tu suspiro
se agita el aire de mi deseo.....
Quando en tu blanca tersa mejilla
lágrima rueda de amor preñada,
y apenas cerca del labio brilla
cuando en los mios queda guardada,

¿quién no daría
su vida entera,
por verter otra lágrima
tras la primera?

Alma de mi ventura,
fé de mi calma,
astro de la hermosura,
luz de mi alma,
¿dónde hay enojos,
después de haber mirado
tus negros ojos?
Que eres mas bella,
que la paloma que hiede el viento,
que la alba pluma rizada en ella,
que el sol del día,
que las estrellas del firmamento,
que los ensueños del alma mia.

Aromosa flor hermosa,
mas que la fresca rosa temprana,
andaluza desdeñosa,
deja á mis labios hasta mañana
besar los negros hierros
de tu ventana.

Tersa es tu frente, blanda tu risa,
cuna insensata de mis enojos,
y no es mas leve la fresca brisa,
que el movimiento de tu sonrisa,
cuando mis ojos pongo en tus ojos.

Perlas de Oriente guarda tu boca,
copos de nieve forman tu seno,
¿cómo no quieres que mi alma loca,
beba el veneno
que hay en tu seno, que hay en tu boca?

Su vida entera
¿quién no daría
por un beso del ángel
de Andalucía?

Concha de mil colores
tornasolados;
fantasma de mis sueños
desventurados:
perla escondida
en la charca de cieno
que llaman vida,
si es que me quieres
como lo dices entre tus sueños,
como lo sueñas en tus placeres,
ven algun día
á ser el ángel de mis ensueños,
á ser el alma del alma mia.

Flor que alegre mayo viste
mas que la fresca rosa temprana,
vuelve al campo en que naciste,
y recoge mi alma triste,
que al primer rayo de la mañana,
se cayó entre los hierros de tu ventana.

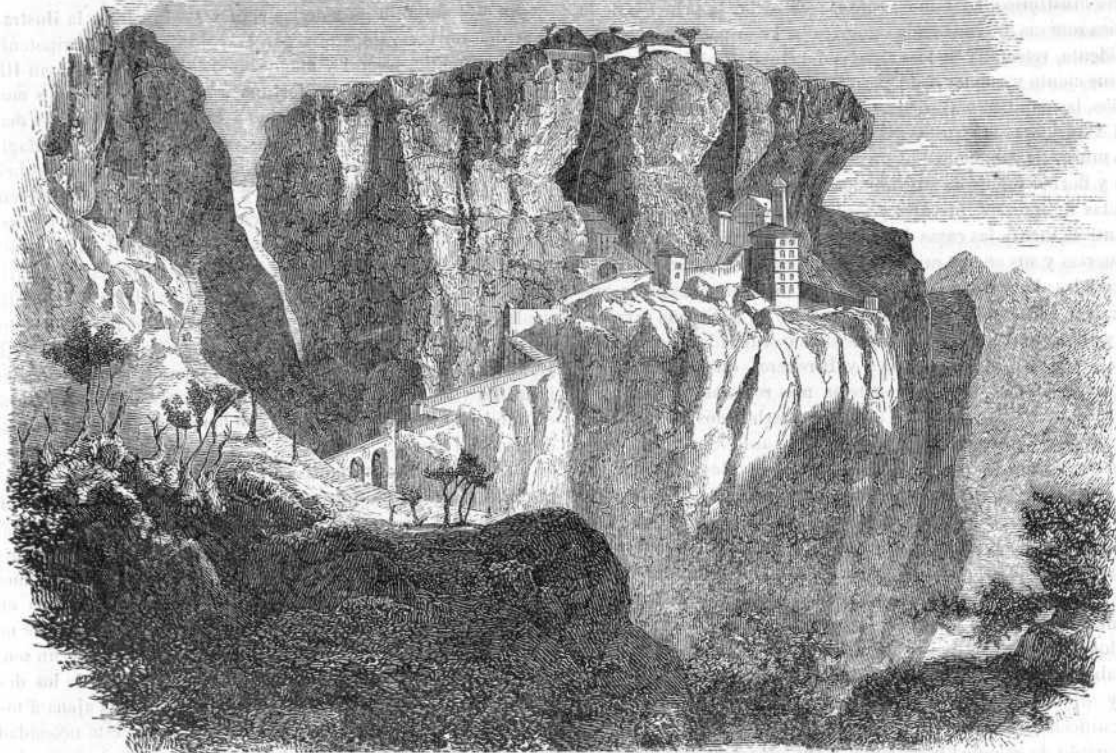
LUIS MARIANO DE LARRA.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

La vida es mar que cruzamos todos con trabajos y averías.

Director y propietario, D. EDUARDO GASSET.

Madrid.—Imprenta de la VIUDA DE PALACIOS.



DESFILADEROS DE LA CORUÑA.

El aspecto agreste é inculto que presenta la España por varias partes, es debido principalmente á sus muchas montañas. Cinco grandes cordilleras la atraviesan del Este al Oeste, ligadas entre sí por tierras y montes que envuelven, por decirlo así, el país todo, en un tejido de colinas y de rocas. Por eso hay poquísimas llanuras, y estas solo se encuentran en el interior de la Península.

Si esta constitucion física de la España perjudica mucho á la facilidad de las comunicaciones, aísla á los habitantes y detiene en cierto modo el movimiento de nuestra civilizacion moderna, en cambio tiene tambien grandes ventajas, porque disminuye el excesivo calor del clima, y alimenta los arroyuelos que llenan de fecundidad los valles. Por otra parte las montañas han sido muy útiles á los españoles, políticamente hablando, porque en ellas encontraron un baluarte para salvar su independencia nacional. Las de las Asturias contuvieron, como es sabido, la invasion de los árabes, y Pelayo fundó allí ese reino de Oviedo que reconquistó despues el país todo.

A pesar de que muchas personas han dicho que el Norte de España parecia la Suiza, el carácter que presenta difiere notablemente de los caseríos de los Alpes y de las rústicas veredas trazadas por los campesinos suizos á lo largo de las cuevas, y el viajero se admira y con razon de esas blancas y elevadas construcciones de la España, que de lejos parecen torres fortificadas, y de esas calzadas de piedra atrevidamente construidas al borde de los precipicios. Algo de árabe y de militar domina siempre en ese aspecto, que no revela únicamente, como los paisajes de los Alpes, una poblacion inteligente é industriosa, luchando con la naturaleza, sino la vigorosa y omnipotente mano de los pueblos mas difíciles de subyugar de España, y que

abandonan con facilidad los instrumentos agrícolas para dar el primer grito y la primera señal de resistencia en una lucha que dura siete siglos.

Tales son las consideraciones que nacen al contemplar los desfiladeros de la Coruña, cuyo grabado precede á estas líneas, y que reúne á lo pintoresco del paisaje los caracteres que dejamos apuntados.

MEDINA AZZAHRA.

EPISODIO HISTÓRICO.

I.

El imperio árabe de España habia llegado á notable engrandecimiento bajo la dominacion de los califas Beni Umeyas de Córdoba, dinastía venturosa asentada en aquel trono por el esfuerzo y altas prendas del famoso emir Abderrahman ebn Moawia (1).

Pero todavía le estaba reservada á aquel imperio mayor gloria y prosperidad en el reinado del grande y magnánimo príncipe Abderrahman III ebn Mohammed, titulado *Annasser le-din Allah*, ó sea el defensor de la ley de Dios, que subió al trono en la luna nueva de Rebi el 1.º de la egira 300 (2), y le ocupó felizmente cincuenta años; el primero de su familia que to-

(1) Fundó el imperio de Córdoba por los años de la egira 138—756 de Jesucristo, y murió en 172—788.

(2) En el mes de octubre del año 912 de nuestra era.

mó el glorioso título de *emir Almu'menín*, ó soberano de los creyentes (1); aquel en cuya proclamación cantaron los poetas.

«Comienza una luna nueva y un nuevo reinado de prosperidad: O tú (que imperas por) la gracia de Allah, ¿dime si hay gloria que aventaje á la tuya (2)?»

En los días de este monarca la antigua y siempre célebre Córdoba llegó á ser la ciudad mas floreciente de Europa y del imperio musulmánico. La famosa *colonia patricia*, la princesa de la Bética romana (3) convertida entonces en la sultana sin rival del occidente, retrataba en los cristales del Guadalquivir las azoteas de sus ciento y setenta mil casas (4) y numerosos alcázares y palacios, las cúpulas y alminares (5) con bolas de oro, de sus tres mil ochocientas mezquitas (6) y las altas almenas de sus torreados muros de catorce millas de circuito (7). Entre el frondosísimo y florido follaje de sus deliciosas riberas y campiñas, sembradas de huertas, olivares y jardines, ostentaban su deslumbrante blancura las casas de sus veintinueve arrabales, sus tres mil alquerías y sus cuatro mil trescientos axarifes, ó sean cortijos y haciendas de campo (8). De sus nueve puertas principales que miraban á las ciudades mas considerables de la España sarracena y cristiana (9), salían los numerosos y ordenados escuadrones de á pie y de á caballo, árabes y bereberes, que marchaban á derramar el terror en las comarcas mas remotas de España y Africa, y por ellas tornaban á entrar enarbolados los pendones del profeta con los trofeos y pompa del triunfo. Sus muros y almenas guarnecidas noche y día por innumerables velas y guardas, veíanse con frecuente y sangriento espectáculo coronadas con millares de cabezas de cristianos, segadas como abundante cosecha por la hoz de la guerra exterminadora en los campos de la lid y de la muerte. A ella acudían cada año las demas ciudades y provincias de la España árabe, depositando á sus régias plantas como pecho y tributo la inmensa suma de mas de seis millones de dinares de oro (10), sin contar las ricas párias que pagaban al califa otros señoríos ó estados feudatarios de aquende y allende el mar. A su aljama ó mezquita mayor, rival en magnificencia de la Caba de la Mecca (11), llegaban peregrinos sin cuento de oriente y occidente; y sus *madrisas* (12) ó academias eran frecuentadas por los talbes (13) y ulemas (14) de todo el mundo sarraceno, que acudían á buscar allí la luz del saber

apagada á la sazón en el resto del orbe. Y no es extraño por cierto el que todo muslim (1) ansiase ver la ciudad, que segun cierto poeta árabe andaluz (2) encerraba cuatro maravillas: su soberbio puente sobre el Guadalquivir (3), su aljama, sus academias, y por último su prodigiosa *Medina Azzahrá* ó la ciudad florida, que nos proponemos como asunto principal de nuestras investigaciones.

En este emporio pues de las riquezas, el poder y la ilustración del universo imperaba por la voluntad del omnipotente Allah, el noble, liberal y magnánimo califa Abderrahman III, aventajándose en grandeza, fortuna y majestad á todos los monarcas de su época. Aquí llamando á su lado á los hombres mas ilustres y honrados de sus reinos, xeques (4), alimes, alfagines (5), alcaldes (6) y poetas, se habia formado la corte mas brillante. Aquí mostraba su largueza y magnificencia embelleciendo á Córdoba con suntuosos edificios, como mezquitas, alcázares y casas de placer con deliciosos jardines y copiosas fuentes y juegos de agua, valiéndose para ello de los mas hábiles alarifes (7) é ingenieros (8) que hizo venir de Bagdad y Constantinopla (9). De aquí salía para romper con sus poderosas huestes por las fronteras de los cristianos con frecuentes gazuas (10) y algaras (11), y aquí tornaba de nuevo á reposar bajo bóvedas de jazmines y rosales y entre bosquecillos de naranjos y arrayanes, en donde las bellísimas huries de su harem (12) le brindaban las delicias del amor.

Pero el poderoso sultan no era feliz. Hay un vacío en el corazón humano que lo mismo se siente en la prosperidad que en la desgracia, á menos que venga á llenarle esa imagen celestial que nuestros corazones busean por instinto y que hemos admirado en presentimiento en todo lo bello y amable que hemos hallado en la tierra. Hay una aspiración á buscar la dicha en otro ser, de quien el nuestro parece como arrancado y que no puede vivir sin él; y hay una necesidad de unirse con un sentimiento ardiente, poderoso, divino, independiente de los demas afectos del mundo, y de buscar en él una dicha ajena á todos los placeres y bienes terrenos. Este ensueño, esta necesidad del alma, esta pasión en fin, que no es mas que la aspiración del hombre al sumo bien, nos lleva á veces por un error de nuestra condición mezquina á sacrificar cuanto somos y cuanto valemos en las aras de cualquier deidad seductora, aun la mas indigna de tal idolatría: con que poniendo en ella nuestro amor, nuestra fé y nuestra esperanza, llegamos, aunque tarde, al desencanto ó al arrepentimiento.

Tal fué la desdicha de Abderrahman Annasser. Mas para evocar estos recuerdos fuerza nos es acudir á los textos de los historiadores árabes cuando nos relatan el suceso de la fundación del monumento mas portentoso de este memorable reinado, que fué la fundación de Medina Azzahrá, alcázar y sitio real de los

(1) Así lo cuenta el autor árabe del *Bayan Almoghreb*, parte II, pág. 161 del texto árabe publicado por M. Dozy en Leiden 1848 á 51.

(2) Estos versos que cita el mismo autor del Bayan, son el principio de una *cassida* ó poema de Ahmed *ebn Abderrabih*, poeta cortesano y adulador de los califas de Córdoba que nació en 216 — 840, y murió en 328 — 940 imperando Abderrahman III.

(3) El P. Ita escribió un libro para probar el principado de la Córdoba romana sobre la Bética: de *Corduba in Hispania Betica principatu*.

(4) 113,077 casas para el pueblo y 60,300 para la gente principal y corte del monarca, dice un historiador árabe citado por Almacari, tomo I, pág. 356 de la edición de Leiden, 1855.

(5) Torres, propiamente faros ó lumberras.

(6) 3,837 y segun otros 3,577. Almacari, I, 355.

(7) *Ebn Ghaleb* citado por Almacari, I, 301. Otros dicen que 30,000 *cos*. *Alm.*, I, 355.

(8) *Alm.*, I, 299 355.

(9) Los nombres de estas nueve puertas y el orden de su situación era como sigue. Al S. las de *Alcantara* ó el puente, y la de *Algeciras*; al E. la de *Zaragoza*, llamada tambien *Bab Athadid* ó puerta de hierro, y la de *Tatitola* ó Toledo; al N. la *Rumia* ó de Roma, y la de *Talavera* ó de Leon; al O. la de *Amer* el *Coratzi*, y la de *Badojox*, y la de Sevilla llamada tambien *Bab Alutharin* ó de los perfumistas; al S. O. cerca del alcázar de los califas.

(10) Véase á Almacari, I, 374.

(11) Todos han oido hablar de este famoso templo que los árabes creen edificarlo por Abraham, y á donde cada musulman debe acudir en peregrinación una vez al menos en la vida. De la aljama de Córdoba hablaremos mas adelante.

(12) De la raíz árabe *Darasa*: estudiar.

(13) *Talbe* ó *Talet* quiere decir lo mismo que filósofo ó amante de la sabiduría, de la raíz árabe *Thalaba*: buscar con afán.

(14) Plural del nombre *Alim*: docto, sabio, principalmente en las tradiciones alcoránicas.

(1) El que profesa el islamismo ó ley de salvación; de la raíz *salima*: salvarse.

(2) Citado por Almacari, I, 96.

(3) Le edificó Julio César y fué restaurado por el califa Nixem I, que imperó desde 788 á 796 de Jesucristo.

(4) Ancianos, cabezas de tribus.

(5) Teólogos.

(6) Capitanes y caudillos de tropas.

(7) Peritos, arquitectos.

(8) Esta es la verdadera significación de la voz árabe *Almohandis*, que se halla en el autor á quien seguimos y que los diccionarios traducen *geómetra*.

(9) Así lo cuenta el historiador *Ebn Jaldun* citado por Almacari, I, 380, al referir la fundación de los palacios llamados *Dar Arraudha* ó la casa del Verjel y *Almama Annaora* ó huerta de la noria que Abderrahman hizo edificar con extraña magnificencia, haciendo traer para el riego gran copia de agua de las sierras vecinas. En el palacio de *Annaora* fué hospedado mucho despues el rey de Galicia D. Ordoño el IV, como lo veremos mas adelante.

(10) Expedición de guerra, expugnación de plazas.

(11) Entrada en tierra de enemigos para talar y robar.

(12) Lugar reservado, mansion de las mujeres, de la raíz árabe *harama*: vedar.

califas de Córdoba, á tres millas de esta corte por su parte septentrional.

Puesto que el relato que vamos á trazar mas se asemeja por lo maravilloso y florido de sus pormenores á la risueña amenidad de la novela que á la severa descripcion de la historia, bastará tener alguna idea del gusto y genio literario de los árabes para conocer que nosotros no hemos hecho otra cosa que traducir diversos pasajes de historiadores de aquella nacion. Estos han sido entre otros los célebres *Abu Meruán Ebn Jayán* (1), *Ebn Jacán* (2), *Ebn Baxcowal* (3), *Ebn Jaldún* (4), *Sidi Mohieddin Alarabi* (5) y *Ebn Jallacán* (6), citados por el autor del *Bayan Almoghreb* (7), *Almaccari* (8) y otros cronistas y colectores de historias arábigo-españolas, á cuya traduccion hemos querido consagrar algunas vigiliass en gracia de lo importante y curioso de sus noticias: hélas aquí.

Abderrahman III, que poseía en alto grado la virtud propiamente árabe de la liberalidad, habia derramado grandes riquezas en las beldades de su harem. Al morir una de ellas dejó de aquellas donaciones inmensa fortuna. Entonces Allah, por medio de sus imames (9) y alfaquies, inspiró al califa un santo consejo, que fué el de invertir aquellos tesoros en rescatar á los musulmes que gemían cautivos en las partes de *Afranch* (10). El emir con esta resolucion despachó sus *rasules* ó embajadores á los reyes cristianos sus comarcas (11). Pero el maldito *Xaitan* (12) que nunca descuida el daño de los hombres, deseoso de evitar aquel bien, inspiró al justo Annasser la mas frenética pasion por otra de sus mujeres, la bellísima Azzahrá (13), y á ella el sentimiento de la mas torpe codicia. Azzahrá pues, corrompiendo á fuerza de oro á los mensajeros del califa, alcanzó de ellos que no cumpliesen fielmente su embajada, y al volver á la corte declarasen no haber hallado muslim alguno cautivo en tierra de cristianos (14). Abderrahman Annasser, dando crédito á esta falsa nueva, se regocijó mucho, y con fervor de creyente acudió á la aljama mayor, fundacion de su ascendiente Abderrahman ben Moawia, para dar gracias á Allah por aquella gloria y ventura de su religion.

Cumplido este deber, el emir acompañado de sus wacires y su guardia de slavos (15) negros vistosamente armados, volviósse á su alcázar situado á la parte de poniente de la ciudad. Como

en las grandes alegrías, lo mismo que en los grandes dolores, el corazon del hombre necesita desahogar y comunicar sus sentimientos, mayormente si vive enamorado, Annasser, que lo estaba en extremo, quiso comunicar su alegría con la hermosa Azzahrá. Entró pues en su aposento, qué era un pabellon del mismo alcázar con rejas á sus jardines, y como ella sabedora ya de lo ocurrido le recibiese con grandes muestras de cariño, luego que con sus tiernas caricias, dulces palabras, y miradas penetrantes de gacela, le vió enteramente ciego y preso por el delirio del amor, le dijo: «Quisiera que con esos tesoros edificases una ciudad de mi nombre que sirviese para mi morada y para retiro de nuestros amores (1).» — El enamorado sultan prometióle luego acceder á sus deseos, y desde entonces ningun otro pensamiento preocupó su real ánimo sino el de llevar á cabo aquella obra con la suntuosidad y magnificencia digna de él mismo, y que pudiese dar testimonio de la extraña pasion que alimentaba.

Annasser pues, mostrando con tal ocasion toda la fineza de su generosidad, no solo consagró al gasto que debia ocasionar la fábrica proyectada las inmensas sumas que dejó su favorita, sino que para llevarla á cabo con toda esplendidez abrió las arcas de sus tesoros y destinó al mismo propósito la tercera parte de los cuantiosos tributos que le pagaban sus vasallos y pueblos tributarios (2), reservando de las otras dos una para el ejército y la otra para el erario. Inmediatamente el poderoso califa envió sus órdenes y mensajes á los walis (3) de sus provincias y á los príncipes y señores de otros estados sus feudatarios ó amigos, manifestándoles sus deseos de levantar un monumento que diese indicios de su grandeza. Esto ordenó y escribió Abderrahman Annasser, y muy luego tres partes del mundo se apresuraron á satisfacer su voluntad soberana. La tierra ofreció liberalmente su seno para la creacion de aquella maravilla, abriendo las canteras de sus montes á los innumerables artifices que acudieron á explotarlas. La antigua Tarragona y Almería, el espejo de España (4), enviaron exquisitos mármoles y pórfidos blancos y con variedad de colores y matices; la cora (5) de *Rayya*, y su cabeza la Fenicia Malaca (6) preciosos jaspes y mármoles salpicados de negro y blanco; Sifacus ó Sfax y la opulenta Tunez ricos jaspes rosados y verdes (7). Los mares se cubrieron de bajeles, que zarpando de los puertos de Africa, Siria, y aun de Italia y Grecia, acudían con los presentes y tributos de sus príncipes y gobernadores; los mares calmaban sus olas y los vientos soplaban apaciblemente para no turbar el vuelo de aquellas bandadas de pintadas aves. Especialmente de los puertos y marinas de Tunez y Mehdia se dieron á la vela para las costas de Andalucía naves cargadas de las magnificas columnas de mármol y jasper y otras piezas de arquitectura arrancadas á las pintorescas ruinas de la iglesia cristiana de Sfax (8), y á las mas soberbias de la antigua y potente Cartago (9) que enviaban al emir Almumenin sus walis ó gobernadores en aquellas provincias. El número de columnas venidas del Africa fué el de mil y trece, y las trajeron los alarifes (10) Abdallah ebn Yunes, Nasan

(1) Nació en Córdoba en 377—987 y escribió diversas obras históricas muy apreciadas, algunas de las cuales se han perdido.

(2) *Abu Nasr Alfath*, mas conocido por *Ebn Jacán*, célebre literato andaluz que murió en 529—1134 ó 35.

(3) *Abulcasim Jafar Ebn Baxcowal* ó *Baxcual*, natural de Córdoba y autor de una historia muy apreciable de la España árabe que concluyó en 534—1139.

(4) Famoso historiador: nació en Tunez en 732—1332 y murió en oriente en 808—1405.

(5) *Abu Abdallah Mohammed Mohieddin Ebn Alarabi* el Andalusi ó español, que floreció en la primera mitad del siglo VII de la egira XIII de nuestra era, en su obra titulada *Almosamarat* ó las recreaciones, citada por Almaccari, I, 343 y siguientes.

(6) Famoso historiador que vivió desde 608—1211 hasta 681—1282.

(7) Su autor *Ebn Adzari* el marroquí, que floreció en el siglo VII de la egira, XIII de nuestra era. Véase á M. Dozy en la introduccion á su edicion de esta obra poco antes mencionada.

(8) El *xelj* ó *xeqne* *Abulabbas Ahmed Almaccari*, que floreció en el siglo XI de la egira, XVII de Jesucristo. Nosotros hemos seguido el texto árabe de su I parte publicado en Leiden, 1855, por M. William Wright.

(9) *Imam*: sacerdote; ministro de la religion.

(10) Los autores árabes designan con el nombre de *Afranch*, no solo á los pueblos francos, sino á los godos y otras gentes septentrionales y en general á todos los cristianos.

(11) Almaccari, I, 344.

(12) Satanás.

(13) La florida, la dotada de brillante hermosura.

(14) Almaccari, *ibidem*.

(15) Estos eran manebros germanos y esclavos que los árabes por aquellos siglos solian adquirir de los judios como esclavos, y de ellos los unos se destinaban al servicio del harem y otros á la guardia del califa. Véase á M. Dozy en sus *Recherches sur l'histoire pol. et litt. de l'Espagne pendant la moynage*, I, 28.

(1) *Sidi Mohieddin Alarabi*, citado por Almaccari, I, 344.

(2) *Bayan Almoghreb*, parte II, pág. 246 y siguientes. Almaccari, I, pág. 374. Este autor dice que las rentas recaudadas anualmente por los califas de Córdoba ascendían á 5.450,000 dinares de oro de los tributos de las ciudades y provincias, y ademas 865,000 dinares de los derechos especiales impuestos sobre los socos ó mercados, y de lo que rendía el *mustafale*, que como observa el orientalista M. Dozy en su Glosario al *Bayan Almoghreb*, tom. I, pág. 13 y siguientes, eran las tierras y heredades del patrimonio particular de los califas.

(3) Gobernadores.

(4) Espejo significa Almería en la lengua árabe.

(5) Comarca ó jurisdiccion.

(6) Sabido es que los árabes llamaban *Rayya* á la comarca de que era capital Málaga.

(7) Almaccari, I, 374.

(8) Almaccari, I, 373.

(9) *Item*.

(10) Arquitectos, peritos.

ebn Mohammed, el cordobés, y Alí ebn Chafar, el alejandrino, á quienes el califa les dió por cada mármol, grande ó pequeño, diez dinares (1). Por tal manera empleando los árabes conquistadores las columnas y mármoles de las ruinas de Cartago en nuevas fábricas y edificios, no es extraño que hayan desaparecido los restos y huellas de aquella poderosa ciudad hasta el punto de ignorarse casi su antiguo asiento. Y no es solo la antigua señora de los mares la que envía por sus tributos y ofrendas las reliquias de sus artes y civilización al poderoso sultán; sino que también las otras dos ciudades que en los tiempos pasados tuvieron el imperio del mundo acuden con sus dones y pías para esta grande obra rival de las suyas. Envióle Roma gran número de columnas y ricos mármoles; y el emperador de Constantinopla (2) entre otros presentes le envió con Ahmed el filósofo y el obispo Rebi (3) una perla (*yatima*) de inestimable valor, y una fuente ó pila de pórfido, joya preciosísima por el primor de sus labores y adornos, que mas adelante tendremos ocasion de describir. Ademas de estas preseas aquel emperador, gran amigo y aliado de Annasser, le mandó ciento y cuarenta columnas de mármol de diversos tamaños (4) y gran cantidad del *sofeisafa*, especie de preciosa y elegante filigrana ó mosaico esmaltado para el adorno de las paredes y artesonados (5). Todo esto consta por los historiadores árabes; tan prolijos acostumbran ser en sus relatos y noticias.

Mientras así se acopiaban los materiales para la construcción, Annasser hizo venir á costa también de grandes expensas á los mas excelentes arquitectos y geómetras de Bagdad y otras partes de la Siria, así como también de Grecia y otras regiones de oriente y occidente. El cuidado de dirigir la obra teniendo bajo su mano á los arquitectos y artifices, lo confió á su mismo hijo y príncipe heredero de la corona el emir Alhacam. Para su planta escogió un paraje acomodado, así por lo vasto de su recinto como por lo variado y pintoresco de sus vistas y amenidad del terreno, que fué una espaciosa llanura en la falda y ladera meridional del monte llamado *Gibal Alarus* (monte de la esposa), á la distancia de tres millas al norte de Córdoba (6).

Teniendo ya escrita la mayor parte de estas páginas, ha venido dichosamente á nuestras manos un trabajo en extremo cu-

rioso é importante sobre los monumentos de Medina Azzahrá (1). Su autor el Sr. D. Pedro Madrazo, atento principalmente á esclarecer la historia de las bellas artes durante el período mas ilustre de la dominación árabe en España, ha investigado y descubierto al fin los vestigios y ruinas que se conservan de aquel portentoso del arte. Su inteligencia y buen celo han prestado en verdad un señalado servicio á la arqueología y la historia, determinando el verdadero asiento que tuvo Medina Azzahrá, ignorado ó puesto en controversia hasta entonces. Es cierto que la version del autor árabe *Almaccari*, publicada algunos años antes (2), pudo corregir el error en que habían incurrido Conde (3) y otros historiadores; pero solamente al amor al arte y buena diligencia con que aquel distinguido escritor ha examinado por sus ojos el terreno, se debe el que hoy pueda fijarse con toda evidencia la verdad del caso. El Sr. Madrazo pues halló los vestigios de Medina Azzahrá en una dehesa situada en el lugar llamado vulgarmente *Córdoba la Vieja* (4), como tres millas al N. O. de la ciudad y al pie de la sierra, que es el paraje á donde le encaminaron las noticias de Almaccari. La dehesa de Córdoba la Vieja es, como observa el Sr. Madrazo, un llano descampado con leves sinuosidades y recuestos hacia la parte de la sierra, en cuya falda se apoya, y por lo tanto corresponde exactamente á la noticia que sobre el asiento de Medina Azzahrá nos ha legado un árabe andaluz que la contempló sin duda cuando se conservaban todavía muy recientes sus vestigios y memorias. Este testigo, digno de todo crédito porque fué un xeqe de Córdoba, de quien lo oyó el escritor *Sidi Mohieddin Ebn Alarabi*, citado por *Almaccari*, dice claramente que Medina Azzahrá estuvo situada como tres millas al norte de Córdoba entre la falda meridional del monte de *Gibal Alarus* y la llanura (5). Hoy en aquel terreno y en el mismo asiento de aquellos suntuosos alcázares se ve una eminencia llana y cuadrangular como de ciento y setenta pasos de longitud, con declives por los tres lados de oriente, occidente y mediodía, y por el norte unida á la sierra por varios montecillos de figura irregular. Así estos montecillos como la eminente planicie mencionada, revelan fácilmente que no se formaron por obra de la naturaleza, sino de los escombros amontonados de las ruinas, pues con solo apartar el espeso ramaje que allí ha brotado, se descubren entre la tierra trozos de piedras labradas con gran primor, lastras de mármoles roños, mosaicos y otros despojos de la pasada destrucción. Por tales fragmentos de magnífica arquitectura que en gran parte son trozos de la preciosa filigrana llamada *sofeisafa*, y por la traza y figura de las ruinas que todavía dejan entrever la antigua planta, muros, puerta exterior y cubos angulares ó á las del gran alcázar, se colige de un modo indudable que aquellos restos hundidos entre el polvo de los siglos son las venerables reliquias del monumento mas prodigioso encumbrado por el poder y galantería de un monarca (6).

(1) Este trabajo ha aparecido en una de las publicaciones mas excelentes que hoy día ven la luz entre nosotros, que es la titulada *Recuerdos y bellezas de España* (Su director y editor D. F. J. Parcerisa), obra destinada á perpetuar por medio de la pluma y el buril todas las preciosidades artísticas de nuestra nación, y ejecutada con gran lujo y destreza.

(2) La traducción inglesa de Almaccari por el Sr. D. Pascual de Gayangos, publicada en Londres, 1840.

(3) D. José A. Conde, en su *Historia de la dominación de los árabes en España*, dice equivocadamente que Medina Azzahrá estuvo situada *Guadquivir abajo* (parte II, cap. 79).

(4) Mas adelante haremos notar con el Sr. Madrazo y los mismos autores árabes el error que cometió Ambrosio de Morales en tomar por romanas las ruinas árabes de Córdoba la Vieja.

(5) Hé aquí el texto de este curioso pasaje puesto en caracteres vulgares á falta de los arábigos: «*Medina Azzahrá..... Fabanaha* (Abderrahman Annasser) *tahta Gibal Alarus min qubla algebal wuxamal Corthoba wabinaha wabaina Corthoba alyayma izalat ayyal au nahu dzalica..... wahia bein algebal wassahli.*» Almaccari, I, 343.

(6) Sobre los fragmentos artísticos hallados en Córdoba la Vieja, véase al Sr. Madrazo en la pág. 424 y siguientes de sus estudios sobre Córdoba y Medina Azzahrá, y á D. Pascual de Gayangos en las muy curiosas noticias que sobre antigüedades arábigas da en el tomo VI del *Memorial histórico español*, páginas 322, 23 y 24.

(1) Según otros Abderrahman les dió á razon de tres dinares por cada pieza pequeña de mármol, y ocho por cada columna.

(2) Leon, padre de Constantino, el llamado Porfirogénito.

(3) Este obispo parece que era uno de los prelados que regian la iglesia cristiana de Córdoba, que con el nombre de los *muadrabes* se conservó bajo la dominación de los moros. Por los autores árabes sabemos que Annasser se valió de él para muchas embajadas y negociaciones, principalmente artísticas, con los soberanos de oriente, sin duda por ser versado en la lengua griega y en otros conocimientos científicos y de bellas artes.

(4) *Almaccari*, I, 373 y 74. — *Bayan*, parte I, pág. 246 etc.

(5) Por el autor del *Bayan Almoghreb*, pág. 253 de la edición mencionada, y por otros autores árabes sabemos que el emperador griego envió á Abderrahman grandes cantidades de este *sofeisafa*, que se emplearon en decorar los muros de la aljama de Córdoba y los de Medina Azzahrá, enviándole al mismo tiempo aquel soberano un arquitecto para que dirigiera su colocación y adiestrara en el modo de fabricarle á los artifices de Córdoba, que por cierto no tardaron en aventajar á sus mismos maestros. La capilla del *Mihrab* en la catedral de Córdoba se mira todavía decorada con aquel precioso ornato. Así fué como los árabes imitaron la arquitectura bizantina que luego perfeccionaron y embellecieron mas y mas, como veremos mas adelante. Sobre estas curiosidades arqueológicas y ornato del famoso *Mihrab*, véase á Almaccari, I, 360, al mencionado *Bayan*, y al célebre geógrafo *Alidrisi* ó *Itrisi*, mas conocido por el Nubiense, nueva version de *M. Jaubert* y particularmente á la obra del Sr. Madrazo de que pronto vamos á ocuparnos.

(6) Así lo dice Sidi Mohieddin, citado por Almaccari, I, 343. *Ebn Jahtcan*, citado por el mismo historiador (I, 344), dice que á cuatro millas y un tercio. El célebre geógrafo *Xerif Alidrisi* ó el Nubiense, dice que á cinco millas (edición de Madrid, 1799, pág. 97). D. J. A. Conde en su historia de los árabes de España, parte II, cap. 79, señala la misma distancia é incurrir en otro error que notaremos despues. Nosotros seguimos la autoridad de Sidi Mohieddin, por las razones que expondremos dentro de poco.

Contentándonos por ahora con dejar señalado el antiguo asiento de Medina Azzahrá y sus actuales vestigios, dejaremos para mas adelante el entrar en algunas consideraciones sobre el carácter de aquella arquitectura, ofreciendo entonces en las co-

lumnas de nuestro SEMANARIO como muestra y recuerdo algunos de los fragmentos de tan interesantes ruinas.

(Continuare)



Dios mío, es el mismo, dijo el médico descubriéndole.

DIEZ Y OCHO AÑOS DESPUES.

I.

William Bradsh habitaba, á mediados del siglo pasado, una casa de campo en el Leicester. Solo con sus dos hijas aun de corta edad, puesto que la mayor tenia 14 años, ejercia con notable esmero la noble profesion á que se habia dedicado.

Era el único médico que por aquellos alrededores habia; así que continuamente William era llamado por los habitantes de las aldeas vecinas, á los cuales como hemos dicho asistia con un celo digno de elogios.

Habíase casado ya á una edad á la que generalmente ningun hombre se casa, con una mujer que si bien no habia enriquecido con su dote el escaso patrimonio del médico, en pago habia llevado á su casa la alegría franca y expansiva de la juventud, y ese perfume de felicidad que se exhala de dos corazones que se quieren.

Dos niñas habian nacido de este matrimonio, y si bien Bradsh habia sonreido á los frutos de su amor porque ya tenia esperanza de poder legar su nombre á hijos suyos, habia tenido tambien que lamentarse de su suerte viendo cuán cara compraba aquella felicidad.

Su esposa habia muerto al dar á luz la última de sus hijas, y aun cuando Margarita era un vivo retrato de su madre, Bradsh no podia acostumbrarse á la idea de que le faltaba la mujer que animaba su casa y que era una parte de su felicidad.

Pero los dias pasaron, el consuelo refrescó con su rocío el entristecido corazon del médico, y la pobre muerta si no completamente olvidada, estuvo menos presente en la imaginacion y memoria de su marido.

Las afecciones del médico se reconcentraron en sus hijas, por las que únicamente parecia vivir y á las que acariciaba con unas señales tan grandes de alegre melancolía, permitíasele la expresion, que habian desarrollado entre los tres un vivísimo cariño,

Wilhelmina, la mayor, habia visto mas de una vez los ojos

de su padre húmedos de llanto cuando la sentaba sobre sus rodillas, y cogiéndola su rubia cabeza entre sus manos cubría su frente y cabellos de besos.

Atribúfalo la niña á recuerdos de su madre, y como las había acostumbrado á pronunciar con cariño y respeto tan sagrado nombre, le acompañaba en sus lágrimas como le animaba con sus sonrisas cuando él se sonreía.

Nadie penetraba en casa de Bradsh, y siempre solo, y aislado completamente de la sociedad y de la gente, resumía su existencia en su jardín, sus hijas y los enfermos que imploraban sus socorros y cuidados.

Únicamente venía á la casa un hermano del médico, mayor que él, y que ejercía la cura de almas en una aldea inmediata.

Los días que esto acontecía encerrábanse juntos los dos hermanos, mandaban á las niñas á jugar al jardín, y solos, en una conferencia que solía prolongarse bastante tiempo, hablaban callando y con misterio como si temieran ser oídos.

Estas conferencias, como habían notado las niñas, no debían versar sobre asuntos muy agradables, porque en cuanto salía el vicario, William buscaba sus hijas, se retiraba con ellas al interior de la casa y no volvía á versele sonreír.

En vano preguntó Wilhelmina á su padre los motivos de sus penas: el médico contestaba que no tenía nada, y encerrado en su silencio quitaba á esta el derecho de insistir mas sobre los motivos de su tristeza.

Hemos introducido ya al lector en el interior de la casa de nuestro buen anciano, y aun cuando no es llegada la ocasión de revelar las conferencias que los dos Bradsh tenían entre sí, podemos añadir como dato, que el médico iba tres días de la semana á casa de su hermano, que prolongaba su estancia en la casa mas de dos horas, y que las visitas del médico á su hermano producían el mismo resultado que las de este á aquel.

El cura vivía con toda la modestia y humildad propias del verdadero pastor del rebaño de Cristo, sin mas compañía que una anciana que llevaba el peso de la casa y una pobre niña de diez y ocho años que ignoraba quiénes eran sus padres, y á quien, según el vicario decía, había recogido.

Amábala este con entrañable afecto, y en algunas solemnidades del año la llevaba á casa del médico, para que saliendo de la monotonía de su casa se explayara un poco por el jardín corriendo en compañía de las dos niñas que la querían en extremo, ya por el genio un poco loco de la muchacha, ya por el afecto que todas en la casa le demostraban, ya tambien por ser la única joven, que en aquella especie de desierto veían.

Así estaban las cosas cuando tuvo lugar un acontecimiento raro é inexplicable que nosotros vamos á referir, aunque no á explicar por ahora, y que turbó completamente el aspecto no solo de la casa del médico, sino de toda la comarca.

El hecho fué el siguiente; pero este suceso es demasiado importante para que no le consignemos en un capítulo aparte.

II.

Hemos dicho ya que William Bradsh era el único médico que había por aquellos sitios, y que acostumbraban á llamarle de las casas de campo y aldeas vecinas para asistir á los enfermos, á quienes él trataba con un esmero y una atención dignas de elogio.

Una noche que ya las niñas se habían retirado á su cuarto, y que él, despues del estudio habitual á que se consagraba diariamente, dormía tranquilo y sosegado, vinieron á despertarle unos golpes secos y precipitados dados á su puerta.

Levantóse el médico, y despues de enterarse del objeto de la llamada tan á deshora, vistióse con prontitud y salió en compañía del aldeano que había venido á buscarle.

Condujole este atravesando los campos á una casa de mezquina apariencia, y al llegar á ella despues de una caminata dificultosa, porque no alumbraba mas luz que el resplandor de las estrellas, detúvose ante la puerta y le dijo:

— Señor doctor, el caso para que os he llamado es de honra; confiamos en su lealtad y buen corazón.

— Explícate, dijo el médico.

— Una pobre muchacha es la que hoy necesita de los auxilios que vuestra ciencia puede prestarla; pero para ello es preciso que antes jureis guardar el secreto de lo que vais á ver, y que no toqueis al velo que la cubre.

Vaciló Bradsh durante un momento, porque las palabras del joven aldeano estaban en contradicción con su traje y envolvían un misterio tenebroso; pero convencido de que nadie podía quererle mal, hizo el ofrecimiento que aquel deseaba, ya excitado por la curiosidad.

Penetraron en la casa, y de allí en la habitación; era esta todo lo mezquina y pobre que es posible imaginarse, y su único mueblaje consistía en una mesa tosca de pino, dos sillas de asiento de madera y un colchon en el suelo, sobre el que yacía una mujer cubierta con un espeso velo negro.

— ¿Qué teneis? Preguntó el médico dirigiéndose á ella.

Callóse la enferma, y una pobre mujer que allí estaba, acercándose á su oído le dijo en voz baja el padecimiento de la del lecho.

La noche fué horrible, el médico luchó en extremo con la naturaleza, y ya despues de bien entrado el día, logró triunfar y que la enferma diese á luz un pobre niño, robusto y rubio como el sol.

Pero lo que no pudo menos de llamar la atención del médico fué que durante aquel parto que había sido bastante laborioso, ni un grito, ni una queja, ni una palabra habían salido de los labios de aquella mujer, que muda é inmóvil como una estatua había sufrido horribles dolores con una calma y una resignación casi imposibles.

Arregló el médico al recién nacido, y despues que le tuvo vestido y cuidado, entróle á la habitación donde estaba su madre.

Pero esta se había ya vestido y no estaba en la casa.

— ¡La habeis dejado salir! dijo el médico dirigiéndose á la mujer que había sido el único testigo de aquella escena.

— Se ha empeñado, contestó la vieja.

— ¿Pero no comprendéis que esa temeridad puede costarla la vida?

— Se lo he dicho, y no ha hecho caso.

— Llamadla, llamadla.

— Es inútil, dijo la mujer con fria calma, en cuanto habeis salido de su habitación, se ha vestido y se ha marchado.

— ¡Sola!

— La acompaña el que os ha ido á buscar.

— ¡Qué locura! dijo Bradsh.

Concluida ya su misión y viendo que la hora era bastante avanzada y que él faltaba de su casa desde la noche, despidióse sin querer aceptar un bolsillo de oro que le alargaba la mujer, y dirigióse á su casa.

Antes de entrar, sus dos hijas salieron á recibirle.

— ¡Papá, papá! le dijeron en coro, un niño, un niño.

Una idea vaga cruzó rápidamente por la frente de Bradsh, y penetró en su cuarto.

— Mírale, mírale, dijeron las niñas señalando una especie de cuna en que venía un niño recién nacido.

— Dios mío, es el mismo, dijo el médico descubriéndole y procurando no demostrar otra sorpresa que la que parecía natural en aquel momento.

— Pobrecito, dijo Wilhelmina.

— ¿Te vas á quedar con él? preguntó Margarita.

— Dios nos le envía, dijo el médico, vivirá entre nosotros.

Y se dijo á sí mismo: ¿qué misterio será este? ¿Quién puede explicarse lo que á mí me sucede?

(Continuará.)

AGUSTIN BONNAT.

UN CAPRICHIO.

APUNTES PARA UNA NOVELA.

A Ricardo Balés.

I.

AMISTAD.

Corría el año 1849.

En una de sus noches se representaba en el teatro de la Cruz una comedia nueva. Escusado es decir que estaba brillante.

Luisa está en su palco.

¿Quieres saber quién es? lectora.

Es una joven que frisa en los 17 años, morena, pero no bella. Sus ojos son pequeños, mas sumamente espresivos; su boca bonita, pero ninguna de sus facciones es de una belleza que admire.

La bondad se retrata en sus facciones.

La dulzura de su carácter se deja conocer en su mirada.

En su palco está un joven elegante, cuya fisonomía hace quiza suspirar á alguna de las damas que hay en el teatro.

— ¿De veras? ¿No has amado nunca?

— Créelo, Luisa, ninguna mujer me ha llamado la atención, y eso que las hay lindísimas: creo que he de ser muy particular en asuntos de amor.

— No te lo creo, Enrique, tú tienes muy buenas circunstancias; no eres mala figura: has debido amar.

— Siento que no me creas; pero es cierto que mi corazón no ha latido por ninguna: ninguna declaración ha salido de mis labios.

— Tanto lo aseguras que será fuerza creerte.

II.

CARIÑO.

Es fama que aquella noche dijo él entre sí: no sé que cierta simpatía tengo hacia Luisa. Y diz que ella pensaba «no haber amado: ¡quizás! ¡quizás! No es mala figura.» Y atusó con su linda mano, porque la tiene muy linda, sus elegantes bandós.

El autor que lo sabía, murmuraba: sabido es que la amistad engendra cariño.... Después se metió en la cama, tosió y se durmió.

Buenas noches.

III.

AMOR.

Han pasado 13 días.

En que Luisa y Enrique han pensado mucho:

En que su cariño está en alza:

En que su amor está en naciente:

Y su declaración en saliente.

Estamos en el Prado.

— Luisa no puedes figurarte una cosa que me pasa.

— ¿Qué? Enrique.

— Que estoy enamorado.

— ¿De quién?

Luisa se ruborizó: Enrique hizo un ademán decisivo y dijo:

— De tí.

Gran pausa.

Los coches siguen rodando.

Los caballos corriendo.

Y los paseantes como si tal cosa.

— De tí, sí: por quien suspiro; porque eres un ángel; porque eres muy bonita,

Enrique mentía; pero amaba con su primer amor, y en su primer arrebato dijo lo que no sentía: que era muy bonita Luisa.

— Pues bien, te correspondo, te quiero, solo siento no ser tan bonita como tú mereces; porque no me hago ilusiones; porque soy fea.

Luisa decía lo que sentía.

— No, Luisa, no. Eres bella; te amo, y para mí siempre serás un querubín, una belleza ideal como la perla de Rafael.

— Gracias, Enrique, sabré pagarte con amor tu pasión, ya que con belleza no pueda ser también.

— ¡Qué feliz soy! se decía este.

— ¡Cuánta dicha! exclamaba aquella.

Luisa al acostarse escribió en su cartera: 40 Junio 1849 en el Prado.

Enrique en la suya la misma fecha y las palabras: Me he declarado y me corresponde; no puedo creer tanta ventura.... La adoro.

Aquella noche ni el uno ni el otro cerraron los ojos.

IV.

HABLA EL AUTOR.

¡Cuán dulce es amar! Deslizándose la vida suavemente tras multitud de ilusiones, se considera uno feliz al contemplar á su bella, al percibir una señal imperceptible. Entre dos enamorados todo habla, y hablan mucho los ojos. ¿Quién no distingue esas miradas lánguidas que encierran en un *te amo tanto*, toda la filosofía del amor?

Luisa y Enrique se aman cual dos personas nacidas la una para la otra, sus pensamientos, sus ideas, todo se aviene. ¡Dichosos ellos! Sí, mil veces dichosos.

Quisiera hablar mucho de amor, de las felicidades de estar enamorado; pero mi pluma no puede expresar lo que quisiera mi corazón.

V.

PROYECTOS.

— Luisa vamos á hablar formalmente de nuestros amores. He amado por primera vez y creo que por la última.

— Quién sabe si regañaremos algún día y entonces amarás á otra.

— No, imposible, solo á tí puedo amar. Yo que he vivido sin amar mas que á tí hasta ahora; ¿quieres que si me dejas voliera á amar? Esta idea me asesina.

— Eres hombre al fin: hoy amas á una. Esta te dice que no; los tres primeros días te desesperas, el cuarto te consuelas y el quinto amas á otra.

— Nunca, eso no.

Mejor conocía ella que él el corazón del hombre.

— Sigamos hablando formalmente. Deseo saber si te casarías gustosa conmigo.

— He dicho que te amo, por lo tanto puedes conocer cuál es mi resolución.

— Pues bien, después de darte mil gracias—Enrique estaba conmovido—quisiera me fijaras época para nuestra boda.

— Ya te lo diré mañana.

VI.

LA RESOLUCION.

Mañana: día tan venturoso cómo triste; que con tanta impaciencia se espera.

Mañana: dice el enamorado, es el día en que espera una resolución de su amada.

Mañana: pronuncia con horror el sentenciado.

Mañana: es el día en que cumplirán mi sentencia.

Dan las doce de la noche: cuéntalas con agitación y ese mañana es ya hoy.

Mañana: dice el que se casa y en medio de su impaciencia siente ver llegar ese mañana deseado, porque es el día en que empieza el segundo acto de su vida.

Mañana: es esperado siempre por los que asistiendo á un

moribundo, ven que se le concluye la vida. Ese mañana equívale á muerte.

Mañana es el día de los que no quieren hacer algo en hoy.

Mañana pronuncia, Enrique, temblando.

Mañana se decide mi suerte.

Y ese mañana llega y su impaciencia aumenta con las horas y ve por fin á Luisa que le coge de la mano y le dice.

Enrique, me has consultado si me quiero casar, y cuando á lo primero te he contestado, á lo segundo te diré que nos casaremos el día 10 de junio de 1852, para cuya época has concluido tu carrera; mas hasta quince días antes no nos hemos de ver: quedas libre hasta entonces, yo tambien. Juro amarte y no amar á ningun otro, prométeme lo mismo y vete. Es un capricho raro, tan raro como grande el amor que te profeso. Entonces te explicaré el por qué hago esto, hasta entonces escríbeme.

—Confuso quedó Enrique; mas era tal la seguridad de Luisa, tal su acento, tal el amor que se retrataba en su semblante, que se arrodilló ante ella; besó su mano y la dijo: Te he comprendido, siempre buena y sublime Luisa. Adios, el día 26 de mayo de 1852, Dios mediante, estaré á tus pies como ahora: vóime á Granada, allí estudiaré y concluiré mi carrera, y vendré á recibir el premio de mi sacrificio que en verdad es grande. Adios, Luisa.

Se apretaron las manos, y Enrique se fué.

Luisa lloraba; aquel enjugaba con su pañuelo dos lágrimas que se habian escapado de sus ojos.

VII.

EL VELO.

Uno muy tupido nos impide leer la correspondencia, que sería como yo me supongo y tú tambien, lectora.

Luisa fué fiel.

Modelo de mujeres.

Enrique el estudiante mas aprovechado de Granada.

VIII.

LA BODA.

Era el 10 de junio de 1852.

En una sala magníficamente amueblada habia hasta unas veinte personas lujosamente vestidas.

Entre ellas estaba Luisa y sus padres, ricos propietarios, de quien no te he hablado porque no hacia al caso.

Enrique estaba tambien elegantemente vestido.

Suenan las nueve.

Y se abre una puerta.

Es un gabinete. En él hay un altar.

Y dos sacerdotes.

Luisa y Enrique se casaron.

Los jóvenes pasaron un rato un si nó es euvidioso.

Las jóvenes tambien le sufrieron.

Siguieron los abrazos.

Los refrescos.

Y lo demás de ordenanza.

IX.

EXPLICACIONES.

Vamos, dime ahora, decia Enrique aquella noche, ¿por qué me has hecho sufrir dos años, tres meses y ocho dias?

Porque á mi lado, decia Luisa, no hubieras hecho mas que amar, y en Granada has conseguido ser el estudiante mas aventajado, sin que por eso me hayas amado menos. Ese fué mi objeto.

Un abrazo fué el que dió las gracias á Luisa.

Enrique estaba sorprendido; decia para sí ¡qué capricho! ¡Cuánto talento!

NAPOLÉON FUÉ UN GRAN HOMBRE.

Qué bien dijo Napoleon: *una mujer bonita agrada á los ojos, una mujer buena agrada al corazon; la primera es un dije; la segunda es un tesoro.*

Esto repetia Enrique y exclamaba entusiasmado ¡Napoleon fué un gran hombre!

XI.

CONCLUSION.

Hasta el presente son los dos sumamente felices, y se quieren mucho. Enrique agradece cada día mas el capricho de su mujer, porque gracias á él, es hoy uno de los abogados de mas clientela.

RAMON DE ESPÍNOLA.

EN LA MUERTE DE UNA NIÑA.

Lágrimas son las perlas, que la aurora
en su sepulcro vierte.

Céfiro gime, y por su muerte llora,
por su temprana muerte.

De Dios querida, á Dios tendió su vuelo.

No se nubló la pura

luz de su alma. No tocó en el suelo
su blanca vestidura.

En el suelo la mística paloma

anidarse no quiso,

ni abrir el cáliz, ni exhalar su aroma
la flor del paraíso.

JUAN VALERA.

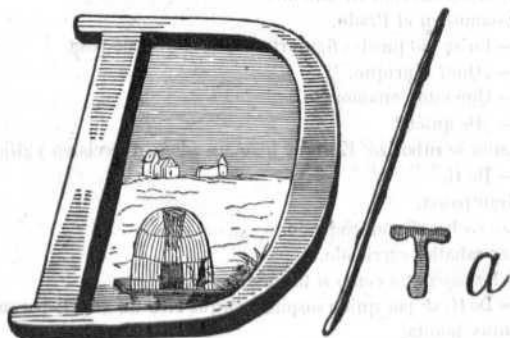
LA FELICIDAD.

No es la felicidad, hermosa Adela,
realzar juveniles devaneos,
ni sentada en brillante carretela
oro y perlas lucir en los paseos.

Solo la alcanza quien prudente anhela
por ceñir á su suerte sus deseos,
y, oponiendo al pesar esfuerzo y calma,
logra al fin conservar la paz del alma.

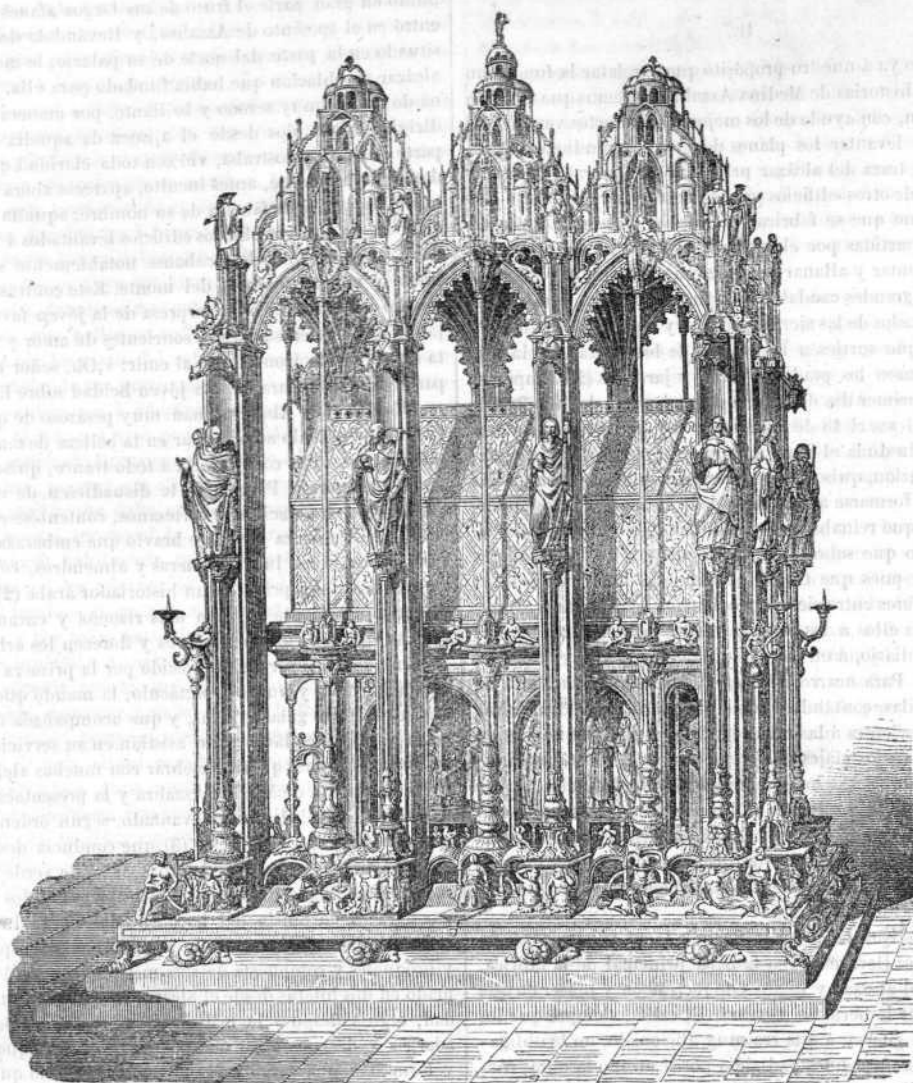
JUAN NICASIO GALLEGO.

GEROGLÍFICO.



Director y propietario, D. EDUARDO GASSET.

Madrid.—Imprenta de la VIUDA DE PALACIOS.



URNA DE S. SEBALDO.

Este sepulcro, fundido en bronce por Pedro Vucher con la ayuda de sus cinco hijos en los años 1506 á 1519, está colocado en medio del coro de la iglesia de S. Sebald en Nuremberg (Alemania). Es de mediana dimension, y sus delgadas y oscuras columnatas hacen resaltar el mérito de la urna de S. Sebald cubiertas de hojas de plata y oro. La base del monumento sostenido por enormes caracoles y sobrecargada de figuras de niños que juegan con unos insectos; su techo lleno de construcciones arquitectónicas y de esquilones bizantinos así como las columnillas que unen la base al remate son de gusto enteramente alemán. El mismo carácter se encuentra en los rostros de los niños que juegan con unos perros y adornan la cartela de la urna en los bajos relieves que cercan el zócalo de esta y que representan los milagros atribuidos á S. Sebald; en el retrato del santo que lleva en la mano su iglesia, y en el de Pedro Vucher hecho por él mismo.

Pero las doce estatuas de los apóstoles que están arrimadas á las columnas tocando con el cornisamento de la urna tienen ea-

bezas y ropajes que pueden ser comparados con los fragmentos mas bellos que la imitacion de los antiguos ha inspirado al genio moderno. Las sirenas que sostienen los candelabros en los cuatro ángulos participan de las formas entre largas y airoosas que algunos años despues connaturalizó en Francia el Primaticcio: las figuras desnudas que están sentadas al pié de las columnas parecen puestas por Miguel Angel, y las que coronan el remate tienen el traje y el talante de las obras mas elegantes que produjo Florencia á fines del siglo XIV.

Aquel modelo, que no tiene igual entre todas las esculturas alemanas, solo puede compararse con las páginas mas complejas y elevadas de Alberto Durer. La ejecucion, aunque hecha en pequeñas proporciones, es enteramente monumental; es cierto que es desigual, como confiada á diferentes manos; pero las actitudes donde se conoce la direccion suprema del maestro son de extraordinaria belleza.

M.

MEDINA AZZAHRA.

EPISODIO HISTÓRICO (I).

II.

Volviendo ya á nuestro propósito que es relatar la fundacion y novelescas historias de Medina Azzahrá, diremos que el califa Abderrahman, con ayuda de los mejores arquitectos venidos del oriente, hizo levantar los planos de aquella grandiosa fábrica, ordenando la traza del alcázar principal para morada de su favorita, y las de otros edificios para su corte y servidumbre. Ordenó asimismo que se fabricasen muchos *mntazehes* ó casas de placer repartidas por el monte y la llanura: hizo labrar la tierra, desmontar y allanar las asperezas, trazar y abrir los caminos, traer grandes caudales de agua desde parajes muy distantes y apartados de las sierras vecinas, y repartirlos artificiosamente para que surtiesen las fuentes de los alcázares y la ciudad y fertilizasen los prados, huertos y jardines (2). Empezóse la fábrica el primer día de la luna de muharram del año 325 de la egira (3), ó sea el 18 de noviembre del año 936 de nuestra era, porque sin duda el Emir Almunenim para solemnizar mas aquella fundacion, quiso que tuviese principio en el primer día del año. Para formarse alguna idea de la animacion, movimiento y bullicio que reinaba en aquella obra gigantesca, nos bastará recordar lo que sobre el caso nos cuentan los historiadores árabes. Dicen pues que trabajaban en ella diariamente hasta diez mil hombres entre siervos y operarios de diferentes artes y oficios (4). De ellos á los unos pagaba el califa á razon de dirhem y medio diario, á otros á razon de dos y medio y hasta tres á algunos (5). Para acarrear las cargas se empleaban cerca de tres mil acémilas, contándose en este número cuatrocientos camellos pertenecientes á las caballerizas del sultan y que servian para conducir en los viajes su ajuar y recámara. Gastábanse cada día en la fábrica seis mil piedras cortadas y labradas, aparte de las toscas que se emplearon en los cimientos y mampostería. Cada tres días venian á la obra mil y cuatrocientas cargas de yeso y cal viva (6), aunque otros dicen que diez mil, y en toda la edificacion en fin se empleaban diariamente millares de brazos y sumas incalculables.

Con tal prodigalidad y magnificencia logró Annasser que en breve tiempo se llevase á cabo la parte principal de la fábrica, en particular el alcázar y lugares de recreacion y placer en que habia de morar la hermosa Azzahrá. El califa, siempre que los cuidados de la guerra, á que era muy aficionado, no le obligaban á marchar con su hueste, dirigia por sí mismo la obra, consagrándose á ello con tal empeño y actividad, que, segun cuentan los historiadores árabes, ocupado allí, dejó de asistir tres *ehumas* ó viernes seguidos á la *assalá* ó oracion en la aljama de Córdoba, con gran escándalo de los fervorosos musulmanes. Añaden que como se presentase en la aljama el cuarto viernes, allí, delante de todo el pueblo, fue reprendido y conminado con las penas eternas por el imam y alfaquí Mondzir ebn Said, varon muy austero en materia de religion, que aquel día cumplia con su cargo de *aljatib* ó predicador.

En tanto el emir deseoso de dar una grata sorpresa á su favorita, jamás permitió que fuese á ver la obra que se levantaba, sino que rodeándola de toda suerte de solaces y delicias en el retiro de su harem, ó bien llevándola consigo en una dorada litera á sus expediciones militares, ó ya á otros sitios reales y moradas de placer, procuraba divertir su ánimo hasta que pudiera

ofrecerla con cumplida perfeccion la joya y presente prometido.

Llegó por fin el día suspirado, en que, viendo el califa conseguido en gran parte el fruto de sus largos afanes y dispendios, entró en el aposento de Azzahrá, y llevándola desde allí á otro situado en la parte del norte de su palacio, le mostró el nuevo alcázar y poblacion que habia fundado para ella. Era la mañana de un día muy sereno y brillante, por manera que Azzahrá dirigiendo sus ojos desde el ajimez de aquella ventana á la parte que se le mostraba, vió con toda claridad que en las faldas de aquel monte, antes inculto, aparecía ahora como por encanto la prodigiosa fábrica de su nombre, aquella nueva maravilla del arte, cuyos blancos edificios levantados á modo de gradería en la ladera, destacábanse notablemente sobre la negra breña y maleza sombría del monte. Este contraste contribuyó mucho á la admiracion y sorpresa de la joven favorita, que dejando aparecer en sus labios sonrientes de amor y gratitud cierta expresion de ironía, dijo al emir: «Oh, señor mio: qué bien parece la hermosura de esa joven beldad sobre la negra tez de ese *zingita* (1)!» Abderrahman muy pesaroso de que su favorita hubiese hallado aquel lunar en la belleza tan soberbia fábrica, y deseando complacerla á todo trance, quiso que se allanase aquel monte. Pero como le disuadiesen de este propósito algunos de sus wacires y cortesanos, contentóse con hacer que se cortase la maleza y ramaje bravío que embarazaba el monte, plantándose en su lugar higueras y almendros, con que segun la hermosa descripcion de un historiador árabe (2) llegó á presentar aquel monte la vista mas risueña y encantadora en el tiempo en que se abren las flores y florecen los árboles.

Cuando Annasser hubo ofrecido por la primera vez á Azzahrá tan hermoso y nuevo espectáculo, la mandó que se adornase con sus mejores galas y joyas, y que acompañada de las numerosas y bellas esclavas, que asistían en su servicio, viniese en su compañía, pues queria celebrar con muchas alegrías y festejos la fundacion de Medina Azzahrá y la presentacion en ella de su bella favorita. Habíanse levantado, segun órdenes del califa, en todo el camino y arrecife (3) que conducía desde el alcázar de Córdoba hasta Medina Azzahrá arcos de verde y florido ramaje, extendiéndose de unos á otros largos toldos para preservar á la concurrencia del bochorno del sol. La lucida guardia real de los slavs vistosamente armada con sus espadas, lanzas y broqueles y compuesta de seis mil mancebos (4) habíase formado en dos hileras desde el alcázar hasta las puertas de la ciudad; seguía despues la milicia de negros armados con arcos y adargas y despues otros cuerpos y escuadrones que guarnecian y formaban una larga calle en todo el espacio que se contaba hasta llegar á las puertas de la ciudad de las flores. Abderrahman Annasser acompañado de sus wacires, caballeros y los alcaldes ó capitanes de sus huestes, salió del palacio en un fogoso y negro corcel de raza árabe, y en pos de él salió Azzahrá rodeada y seguida de sus esclavas, encubriendo mal con el enojoso velo los encantos de su bellísimo rostro, aumentados singularmente aquel día por la satisfaccion y júbilo de su alma. Este vistoso y lucidísimo séquito salió de la ciudad por la puerta llamada *Bab Ixbilia* ó de Sevilla, hasta donde llegan los jardines y huertas del alcázar. Desde allí dejando á la izquierda el arrabal nombrado *Rabdh Hawanit Raihan* (5), enderezaron su camino hacia el norte, atravesando entre las filas de slavs y negros formados en el espacio libre que se dilataba entre el muro y los arrabales de occidente, hasta llegar cerca de la puerta de la ciudad llamada *Bab Lion* ó de Leon y prosiguiendo despues hasta Medina Azzahrá. Toda esta parte de los suburbios de Córdoba y los campos inmediatos se miraban embellecidos con risueños jardines, suntuosos alcázares y otros monumentos notables, como el alcázar llamado *Bostan* ó del huerto junto á la

(1) Etíope, negro.

(2) Sidi Mohieddin citado por Almacari, I, 341.

(3) Es palabra árabe y su significacion equivale á calzada ó camino.

(4) Almacari, I, pág. 373.—Otros dicen que eran 3750. Id., pág. 372.

(5) Es decir, el arrabal de las tiendas de aromas.

(1) En el artículo anterior resultaron algunas erratas que han de corregirse así: pág. 170, col. 2.^a, lin. 13 á 14, donde dice *alfagines*, léase *alfaquies*. En la nota 3.^a, *Nixem*, léase *Bixem*. Nota 9.^a, *Almuma*, léase *Almunia*. Pág. 171, col. 1.^a, lin. 35, *slavos negros*, léase *slavs* y negros; col. 2.^a, lin. última, *Nazan*, léase *Haxan*.

(2) Almacari, I, 374.

(3) Ebn Hayyan citado por Almacari, I, 346.

(4) Almacari, I, 373.

(5) Id., 345 á 46.

(6) Id.

puerta de Sevilla, el palacio de *Mugueitz* (1), la mezquita de *Azzefá* ó de los Remedios, la de *Assur* ó de los placeres, el famoso *Hemam* (ó baños de) *Eltira*, los verjeles de la *Raudha*, la *machara* ó cementerio de *Amer el Coraixi* (2), el delicioso alcázar y sitio real ya celebrado con el nombre de *Dar Annaora*, y otros edificios y lugares de recreo.

Pero todas estas bellezas de la naturaleza y el arte distaban mucho de poderse comparar con las que contempló Azzahrá cuando llegó por fin á la risueña llanura que se extendía delante del alcázar y poblacion de su nombre. Allí se ofreció nuevamente á sus ojos, pero en todo el lleno de su hermosura, la risueña Medina Azzahrá tendida en forma de anfiteatro y gradearía sobre la suave ladera del monte de Alarus, ofreciendo ahora á sus encantados ojos con sus blancos edificios mezclados entre vistosos verjeles, frondosísimas arboledas y corrientes de aguas, la imagen de una bellísima sultana que sorprendida en su lecho de flores por los rayos del sol saliente, se despertaba sonriente, descubriendo sus graciosas formas á través del mal ceñido velo, y se disponía á adornarse con sus galas de brillantes colores (3). Al llegar á este paraje despidió á sus cortesanos y guardias, y apoyando ligeramente su mano en el torneado hombro de Azzahrá, penetró con ella en la maravillosa fábrica. Sobre la ojiva puerta que daba entrada á aquel mágico recinto, obra de los genios, reconoció la favorita con grata sorpresa su hermosa imagen hábilmente esculpida sobre el mármol (4). Mas adelante en los adornos de verde boj que rodeaban una fuente, leyó también su poético nombre Azzahrá ingeniosamente dibujado, y por todas partes hallaba testimonios del inmenso amor que la profesaba Annasser.

Pasada aquella puerta que era la llamada *Bab Alacabbá* ó de las bóvedas, Annasser y su favorita se hallaron en el recinto de Medina Azzahrá propiamente dicha, que se miraba rodeado de un muro de poca altura, mas bien levantado para el adorno que para la fortaleza. Este muro encerraba el alcázar principal con diversos pabellones y aposentos para morada de la sultana, del califa y de su corte cuando le siguiese á aquel real sitio; otros pequeños palacios y casas de placer con sus *raudhas* y *bostanes*, ó sean jardines y huertos; la aljama ó mezquita para las prácticas y ceremonias de religion, y por último diferentes edificios para alojamiento de la guardia de slavos, negros y demas gentes de armas, xeques, alcaldes y otras personas de cuenta que seguian la corte del califa (5). Todo el recinto de Medina Azzahrá, ceñido por aquel muro y asentado parte en la falda del monte y parte en la llanura, media dos mil y setecientos codos de longitud, contándola desde oriente á ocaso, y mil y quinien-

tos de anchura desde norte á mediodia (1). Como toda la fábrica se habia construido por la traza aérea, ligera y elegante, proja de la arquitectura arábiga, no parecerá extraño lo que dice un historiador, á saber, que en toda Medina Azzahrá mirábanse colocadas hasta cuatro mil trescientas y trece columnas y se abrian quince mil puertas (2), contando sin duda en este número no solamente las exteriores que daban salida á los alcázares y al muro, sino también las que servian para comunicarse interiormente los aposentos y las innumerables que formaban los muchos arcos, columnatas y galerías. Otro historiador, que es el célebre *Abu Meruan Ebn Hayyan*, dice que este número de quince mil lo componian las hojas de sus puertas pequeñas y grandes, y que todas ellas eran forradas de hierro y bronce.

Abderrahman y Azzahrá, despues de atravesar por muchos arcos de follaje y flores levantados de propósito para esta solemnidad, entraron por fin en el soberbio alcázar por la puerta llamada *Bad Assudda*. En ella y en el atrio que se extendía delante de aquel edificio, hallaron formada la lucidísima guardia de los gentiles mancebos slavos, aderezados con muy vistosas y ricas armas. Mirábanse formados en muchos órdenes y filas, y presentaban el mas brillante aspecto; pues su número pasaba de tres mil, y de seis mil segun otros, y en sus lucientes armaduras, espadas y hierros de las picas reverberaban los esplendentes rayos del sol, de manera que segun la elocuente expresion de un autor árabe semejaban un espesísimo bosque y selva de fuego. Si tal pompa y aparato de servidores mostraba fuera del alcázar la grandeza de Abderrahman, todavia fué mayor la muchedumbre de esclavas hermosísimas y ricamente ataviadas que acudieron á recibir y servir á su señora por los diferentes corredores y galerías del regio alcázar, pues su número excedia de muchos miles (3). El emir con gran complacencia fué mostrando á Azzahrá todas las maravillas encerradas en aquel mágico recinto, y ella á su vez procuraba por su parte corresponder á sus finezas, no escaseándole sus dulces sonrisas ni sus amorosas miradas. Pero donde halló Azzahrá mayores pruebas del cariño y esplendidez de su regio amante fué en los aposentos del ala oriental del alcázar, que por destinarse á la habitacion de la favorita y del emir tomó el nombre de *Megles Almunas* (4). Entre los demas aposentos de esta ala habia uno construido en forma de *cobba* ó sea una bóveda muy alta adornada, así como también las paredes, con muchos relieves y mosaicos primorosamente dibujados sobre fondos de azul y oro y atravesados por diversas franjas y cartelones donde se leian en caracteres cúficos (5) diversos pasajes y sentencias del Alcoran, segun el gusto de los árabes. Este aposento ó estancia se llamaba *beit-almenam*, que quiere decir cuarto del sueño, porque en sus dos extremos ó costados, bajo dos pabellones muy elegantes sostenidos por delgadas y esbeltas columnas, se abrian las puertas de dos alcobas ocupadas por riquísimos lechos destinados el uno al califa, y el otro á la sultana. En medio de estos pabellones, y debajo de la alta *cobba*, dejábase ver una preciosa fuente á manera de concha para las abluciones y tocado de la favorita. Los autores árabes celebran mucho la hermosura de este *handh* ó fuente, que era de jaspe verde esculpido con muchas y preciosas labores hechas á cincel, y sobre un fondo ricamente dorado. Mirábase incrustado con riquísimas perlas, y lo que es mas admirable, le rodeaban doce figuras de animales de inestimable va-

(1) Llamado así sin duda por haberle habitado el famoso *Mugueitz* el Rumi, caudillo árabe que conquistó á Córdoba cuando la irrupcion sarracena.

(2) Todos estos monumentos daban su nombre á diversos arrabales de aquella parte de Córdoba, como puede verse mas por menor en *Al-maccari*, I, 304.

(3) «Al pié de la quebrada sierra (dice el Sr. Madrazo), al abrigo de los helados vientos del norte y sobre una alfombra de esmeralda, lecho regalado para una sultana vieiosa y mimada, nace consagrada al amor y los placeres del mas ostentoso califa la peregrina Medina Azzahrá, poblacion mágica en que el caprichoso arte oriental parece agotar sus tesoros, como para demostrar que la arquitectura puede con sus fábricas igualar las mas fantásticas descripciones de la poesia (pág. 170).»

(4) *Sidi Mohieddin* citado por *Al-maccari*, I, 341.

(5) Al trazar la descripcion de los monumentos y bellezas artísticas de Medina Azzahrá, segun el relato de los historiadores árabes, nos ha sido imposible el fijar con exactitud la posicion respectiva que ocupaba cada uno de aquellos lugares por no bastar á ello la concisa relacion de aquellos escritores. Nosotros suplimos este vacío con las conjeturas que al mismo propósito apunta el Sr. Madrazo, y que son tanto mas plausibles cuanto que han nacido del examen ocular del terreno: dice así: «Distribuyóse la obra en tres partes ó secciones: la que apoyaba en la misma «montaña para los alcázares del califa.... La inmediata al mediodia para «las viviendas de su servidumbre, enuecos y guardias.... La tercera y «mas desviada de la montaña para jardines y huertos que dominaban los «alcázares (pág. 408).»

(1) *Ebn Jallican* en su vida del rey de Sevilla *Almotamed*, citado por *Al-maccari*, parte I, pág. 343 de la edicion mencionada.

(2) *Ebn Jallican*, *Ebn Hayyan* y otros historiadores citados por *Al-maccari*, parte I, pág. 344 y 372. — *Bayan Almotreb*, parte II, pág. 246.

(3) *Ebn Hayyan* dice que el número de mujeres que asistia en el alcázar de Azzahrá entre esclavas y libres, jóvenes y ancianas era el de 16,343. — En *Al-maccari*, I, 372.

(4) *Almunas* quiere decir en arábigo lugar de habitacion, ó mas bien el lugar íntimo y reservado de la casa, donde habita la familia y no tienen entrada los extraños.

(5) Llámase así estos caracteres por haberse introducido su uso primeramente en la ciudad de Cufa en la Siria.

lor, colocadas con el siguiente orden: en uno de los frentes un león, una gacela y un cócodrilo; en el frente contrario un dragón, una águila y un elefante; y en los dos costados una paloma, un milano, un pavo real, una gallina, un gallo y un buitre. Todas estas imágenes ó figuras eran de oro rojo trabajado con gran primor, y engastado con riquísima pedrería, y de la boca de cada animal brotaba un caño de agua (1) viniendo todos á derramarse sobre otra pila inferior de precioso jaspe que tocaba el pavimento, con que se esparcía la frescura en toda la estancia. Esta fuente dorada y esculpida la había enviado desde Constantinopla el emperador griego con sus embajadores el obispo Rebi, y Ahmed el *Yunani* (2) como presente digno del poderoso califa; pero las figuras de oro de tan preciosa labor las hizo Abderrahman trabajar á propósito en la *dársena* (3) de Córdoba, y dicen los historiadores árabes que fueron estimadas como maravillas del arte de la platería (4).

Pero lo verdaderamente prodigioso que había en Medina Azzahrá, era el pequeño alcázar llamado del *califado* y también *Cobba Aljassussia* (5) y *Albahú* (6) de en medio que se alzaba sobre una elegante galería de columnas en medio de la espaciosa azotea (7) cubierta de losas de mármol muy llano y terso que cobijaba todo el alcázar principal mirando hacia el mediodía (8). Este alcázar descollaba sobre el gran jardín llamado la *Raudha*, que según algunos se miraba hacia su parte meridional, es decir, al lado opuesto de la sierra (9) y por la parte contraria tenía una puerta que daba salida al campo y monte, por donde cuentan que el califa entraba á reposar en el alcázar del *califado*; parece que se componía de dos cobbas ó aposentos abovedados, superior é inferior que competían entre sí en la hermosura y riqueza de su ornato. El inferior era fabricado de exquisitos mármoles de varios colores, con la techumbre y los capiteles de sus muchas y esbeltas columnas ricamente dorados. En medio cuentan que había una fuente de jaspe que lanzaba sus cristalinas aguas por medio de un cisne de oro de labor maravillosa. Aquí se miraba el *serir almalic*, ó real trono, de extraordinaria riqueza y hermosura, y este era el lugar destinado para la proclamación y alzamiento de los nuevos soberanos, por cuya razón toda aquella parte del edificio se nombraba *alcázar del califado* (10). Sobre este primer cuerpo se levantaba, según parece, otro á manera de cobba ó pabellón mas suntuoso y peregrino todavía. Los muros de este albahú eran de preciosos jaspes y pórfidos con variedad de aguas y matices, y adornados artísticamente con muchas labores de oro. Su techo era también de bruñido mármol esmaltado para mayor belleza de cierta tinta entre dorada y blanca; pero tan brillante que deslumbraba la vista cuando los rayos del sol filtrados por las ventanas le he-

rian de rechazó. En cada costado de aquel aposento que era cuadrado, había ocho puertas que se abrían bajo arcos de marfil y ébano recamados (1) de oro y engastados con variedad de perlas, apoyándose en ligeras columnillas de jaspes de colores y cristal de roca muy terso y brillante. En medio de la estancia había una fuente ó taza grande de jaspe llena de azogue, que brotando en medio fluía y refluía artísticamente como si fuese agua. Los rayos del sol entrando por las muchas puertas de la cobba, venían á herir en el azogue y en el brillante mármol del pavimento y muros, reverberando después en el dorado techo, de suerte que se deslumbraba la vista de cuantos allí estaban, hasta el punto de no poder sufrir tanta copia y esplendor de luz. Cuando Annasser entró allí con Azzahrá, uno de sus gentiles-hombres slavs, avisados por una seña disimulada de su señor, movió el azogue y al punto apareció en la estancia como el resplandor de un relámpago. La favorita no acostumbrada á tal espectáculo, sintió fascinada su mente, y creyó en medio de su vértigo que la cobba daba vueltas con ella; y sin duda cayera desmayada si Abderrahman no ordenase al slavo que parase el movimiento del azogue. Cuenta un historiador que Annasser solía usar este artificio siempre que quería sorprender ó aterrar á alguno de su corte que allí entrase. Otros dicen que el dar vueltas el aposento no era ilusión de los deslumbrados por aquel espectáculo; sino que la cobba, por cierto ingenioso artificio, se movía y giraba al rededor de la fuente del azogue, siguiendo siempre el curso del sol (2). Para complemento del lujo y la magnificencia, el techo de aquella cobba se miraba cubierto con tejás de oro y plata, en que el Califa gastó harta riqueza (3). Del centro de la bóveda hizo colgar Annasser una perla llamada *yatima* de inapreciable valor por su gran tamaño y hermosura, que había recibido entre otros presentes del emperador de Constantinopla (4). Aquel aposento en fin, observa un autor árabe (5) no ha conocido rival, por lo maravilloso de su fábrica, en los tiempos del paganismo ni en los del Islam, y particularmente por la abundancia de azogue de su fuente, fué tenido en el mas alto precio y estima.

A propósito de este pabellón ó régio aposento de Annasser en Medina Azzahrá, recuerda un historiador citado por Almacari, el que mucho tiempo después edificó el rey de Toledo *Almamun Ebn Dzinnun* (6). Hé aquí vertidas al castellano las propias palabras con que el autor africano describe esta maravilla del arte.

«Lo que dejamos referido del pabellón de Annasser, nos trae á la memoria lo que cuenta mas de un historiador del alcázar grande que fundó en Toledo el rey *Almamun Ebn Dzinnun*, y en cuya fábrica que llevó á cabo con toda suntuosidad y magnificencia, empleó grandes tesoros. En medio del alcázar hizo una albuhera ó gran estanque, y en medio del estanque una cobba (ó pabellón) de cristal de colores labrado de oro (7). Sobre la cúspide de esta cobba con artificio de sus sabios ingenieros hizo traer gran caudal de agua, de manera que derramándose igualmente desde aquella altura por los costados, y envolviendo todo el pabellón como en un manto cristalino, venía á mezclarse con la que llenaba la albuhera. *Almamun* solía sentarse allí (por la noche) sin que le tocara una gota de agua,

(1) Alm., I, 374.

(2) Es decir el griego.

(3) En texto árabe *Dar sanaa* (la casa de la fabricación) de donde ha venido en castellano la palabra *dársena*.

(4) El Bayan y Almacari. Ibid. En esta época gloriosa de su imperio y sus artes, los árabes de España no dudaron en recurrir á veces á la escultura para embellecer sus edificios á pesar de las prohibiciones del Corán, que condena la representación plástica de los seres animados.

(5) Es decir, el pabellón particular del califa.

(6) El aposento precioso.

(7) Azotea es palabra árabe que en este idioma se pronuncia *sath* y *sath*, como se halla en el *Vocabulista arabigo del P. Alcalá*; al dar el nombre que corresponde en aquella lengua á nuestra palabra *terrazo*.

(8) En esta azotea descollaban tres pequeños alcázares ó pabellones todos adornados con ricas labores de oro, uno en el centro que era el del califado mirando al mediodía, y otros dos en los extremos de oriente y occidente. Los historiadores árabes los llaman indistintamente *megleses* ó aposentos, *cobbas* ó *albahúes* dorados y con todos estos nombres los mencionamos en diversos pasajes de este episodio.

(9) Nosotros nos inclinábamos á creer que este gran jardín de la Raudha estuvo situado á la parte contraria, esto es, hacia el lado del monte; pero luego hemos adoptado otra opinión por las razones expuestas en una nota anterior.

(10) Mas adelante volveremos á mencionar este aposento, al referir la solemne ceremonia con que allí fué alzado por califa el emir Alhacacn, hijo y sucesor de Abderrahman.

(1) De la raíz árabe *racama*: recamar.

(2) Ebn Hayyan citado por Almacari, I, 346.

(3) Ebn Hayyan en el lugar citado *Abu Nasser Alfath* y *Ebn Hasan An-nabahi*, en el libro de *Almatmat*, citado por Almacari, vol. 1, pag. 377.

(4) El mismo Ebn Hayyan en el lugar citado. Según Conde, esta perla pendía del techo de la cobba, ó aposento antes descrito sobre la fuente del cisne.

(5) El mismo Ebn Hayyan.

(6) *Yahya Almamun Ebn Dzinnun*, llamado *Almamun* por nuestros historiadores y aliado que fué de Alfonso VI, reinó en Toledo desde 436—1045, á 469—1076 y fué uno de los príncipes mas poderosos de aquella dinastía.

(7) Dicen que este alcázar estaba deliciosamente situado sobre el río Tago, retratando en él su elegante fábrica y las iluminaciones de sus fiestas nocturnas.

«y encendia por dentro antorchas con que resultaba por de fuera un espectáculo maravilloso. Pues como cierta noche se solazase allí con sus mujeres, se oyó de improviso una voz que cantó así:

«¡Oh! tú que por ventura has pretendido fundar un edificio de inmortales (1), sábetelo que te resta muy breve plazo de vida.»

«Y ciertamente la sombra del *arac* (2) es suficiente para él que llega cansado al fin de su jornada.»

«Este suceso turbó sobremanera al rey, que presintiendo su fin cercano, exclamó: «Nosotros de Dios somos y á él volveremos (1).» Y en efecto, su muerte no se tardó mas de un mes (2).»

Esta digresion de los historiadores árabes, habiéndonos dilatado mucho en nuestra relacion, nos obliga á suspender nuestro paseo con el sultan y su favorita, que proseguiremos en el capítulo siguiente.

F. JAVIER SIMONET.



Las dos niñas estaban solas sentadas juntas en un rincón de la sala.

DIEZ Y OCHO AÑOS DESPUES.

(Continuacion.)

III.

Después de haber llevado el niño á una aldeana de las inmediaciones que podia criarle, Bradsh volvió inmediatamente á su casa.

(1) Es decir, una mansion donde se goce de perpétua vida y felicidad.

(2) Especie de espinu que crece en los desiertos.

En vano pensó y volvió á pensar sobre aquel suceso tan inexplicable: no veia ni un rayo de luz, ni una sola idea medio probable y que pudiera iluminar algo el dédalo en que se perdía.

Visto que descurriendo sobre ello era imposible sacar nada en limpio, se determinó á presentarse en la casita donde aquel suceso habia tenido lugar, y ver si con maña ó con dinero lograba saber algo: de allí iria á casa de su hermano el cura, y con los

(1) Sentencia del Alcoran.

(2) Almacarí, I, pág. 350.

antecedentes que pudiera reunir y entre los dos, ya era mas fácil poder descubrir el tenebroso enigma.

Después de haberlo avisado así al ama de gobierno que en su casa tenia, entró en la habitación de las muchachas.

Estaban estas sentadas juntas meditando y discutiendo no sobre el origen y procedencia del niño que nada les importaba, sino sobre el porvenir cuando aquel niño hablase y pudiese jugar con ellas.

— Tened juicio, dijo el médico al despedirse.

— ¿Te marchas? preguntó Wilhelmina.

— Voy á casa de tu tío.

— ¿Y el niño?

— Vosotras tendreis cuidado de él si Marta le trae.

Quedáronse las niñas conformes con la idea de que el niño iba á venir y ya regocijándose de los besos que le darian, y Bradsh se encaminó á la casa donde habia estado la noche anterior.

En vano cuando llegó llamó no una sino cien veces: la casa estaba herméticamente cerrada y parecia que allí no habia habitado nadie.

Cansóse en llamar repetidas veces ya á las puertas ya á las ventanas sin que nadie le contestara y sin que se oyera otro ruido que el eco de sus golpes, cuando acertó á pasar por allí un aldeano á quien el médico conocia como á todos.

— Es inútil que os canseis en llamar, señor William, porque hace muchos años que esa casa está desierta, dijo aquel.

— ¿Estás seguro? preguntó Bradsh, que creia ver en todo un misterio.

— Paso por delante dos veces todos los días y nunca he encontrado gente en ella; siempre están cerradas puertas y ventanas.

— ¿Qué será esto? dijo el médico en su interior; ahora me lo explico menos.

— Díos os guarde, dijo el aldeano echando á andar.

— El te guie, contestó Bradsh, y alejándose de aquel sitio se encaminó á casa de su hermano.

IV.

El cura no sabia nada; aun no habia llegado á sus oídos el suceso misterioso que tanto y con tanta razon habia preocupado á William.

Oyóle con admiracion, y después de asegurar á su hermano que en la casa aquella no habitaba nadie le preguntó:

— ¿Y no has visto á nadie mas que al aldeano que te fué á avisar y á la mujer que te recibió?

— A nadie mas, y tengo mis sospechas de que el tal aldeano no era lo que parecia.

— ¿Por qué? preguntó el cura creyendo sacar de esto una gran luz para descubrir el secreto.

— Porque las frases y las cosas que me ha dicho no hubiera podido discurrirlas él solo.

— ¿Y si la lección estaba bien estudiada?

— Imposible; se hubiera conocido.

— ¿Y tú no le has vuelto á ver?

— No; se conoce que él fué quien llevó el niño á mi casa para que lo encontrara á la vuelta, y estaba todo tan bien calculado, que cuando él me acompañó me llevó por el camino mas largo, sin duda para tener luego tiempo de llegar por el mas corto antes que yo.

— Efectivamente es una cosa rara, dijo el cura que ya habia perdido toda esperanza de averiguar mas.

— Y á mí me ha hecho mucho mas efecto del que debiera, porque recordé que hace diez y ocho años fuí parte interesada en igual asunto.

— Es cierto, pobre Fanny.

— Solo que yo tuve peor suerte y la pobre madre de Fanny murió en el lance.

— Pero te quedó esa pobre niña que vale mucho, William, y que es digna de mejor posicion.

— Pobrecilla, dijo el médico enjugándose una lágrima, llá-mala, hoy no la he visto.

Tiró el cura del cordón de una campanilla, y al criado que se presentó le mandó á buscar á la señorita Fanny.

— Tampoco yo la he visto desde ayer, dijo el sacerdote.

Volvió el criado mudo de asombro diciendo: No está en casa.

— ¿Y cómo ha salido sin mi consentimiento? preguntó el cura algun tanto azorado.

— No sé, señor, repuso el criado.

— Llama á miss Clara.

Miss Clara entró diciendo: No está, señor.

Levantáronse el médico y el cura y salieron á buscarla por todas partes: Fanny no pareció ni en su cuarto, ni en el jardín que ella cultivaba y en el que puede decirse pasaba la mitad de su vida; tampoco pudieron dar razon de ella los vecinos, ninguno la habia visto, nadie sabia de ella.

William se volvía loco; Fanny, su hija, el fruto del mas desgraciado de los amores, la pobre niña que ignoraba quiénes fueran sus padres habia salido sola á la desbandada, sin decir por qué, sin decir dónde iba.

Jhon por su parte se lo explicaba aun menos; Fanny que no acostumbraba á moverse de su casa, que no salia nunca sin su consentimiento, hacia veinticuatro horas que faltaba de ella sin que nadie lo hubiese notado, sin que nadie pudiera explicarse el suceso.

— Pero esto es terrible, dijo el médico rompiendo el primero el silencio.

— ¡Qué série de acontecimientos y todos tan inexplicables! añadió el cura lleno de asombro y sin saber qué explicacion dar.

— ¿Y no han notado VV. que se habia ido hasta ahora? preguntó William dirigiéndose á todos los que habia en la casa.

— No señor, contestó miss Clara; como acostumbraba á pasarse los días enteros en su cuarto y en el jardín y ayer comió á la mesa.

— Y por señas que comió poco, dijo el cura.

— ¿Luego la causa de su fuga es alguna pena grande?

— No sé mi querido William, ni podria atribuirlo á suceso ninguno en medio de la paz en que vivimos.

— Algun raptó, dijo el médico creyendo haber encontrado la verdad del hecho.

— La señorita no tenia novio, contestó miss Clara.

— Entonces no me lo explico, volvió á decir el médico, que efectivamente era el mas asombrado.

— Si hubiese ido á casa de V., dijo miss Clara, que creia que aquello podia ser.

— Quizás, dijo el cura con aplomo.

Dudó un poco el médico; pero como no tenia motivos para desechár la idea, cogió su sombrero y se dirigió apresuradamente á su casa.

Fanny no habia ido.

Las dos niñas estaban solas sentadas juntas en un rincon de la sala.

Cuando su padre preguntó por ella le dijeron que no la habian visto.

William se devanaba los sesos; ya aquello no podia tener explicacion; la série de hechos que se habian venido repitiendo en dos días le asombraba; William se hubiera vuelto loco; el día y la noche que pasó fueron horribles.

V.

Bien temprano era al día siguiente cuando el cura todo azorado y con los ojos cubiertos de lágrimas se presentó en casa de su hermano.

— ¡Qué desgracia la nuestra! le dijo echándose á llorar.

— ¿Pues qué sucede? preguntó el médico.

— Ya lo sé todo, mi querido William, y ojalá que no lo hubieramos sabido nunca.

— Habla, habla, dijo azorado su hermano.
 — Lee, le contestó el cura alargándole una carta.
 William la cogió trémulo, la abrió y se puso á leerla.
 La carta decía así:

Mi querido padre adoptivo: perdonadme, tened compasión de vuestra hija que débil, sola y sin madre ha escuchado las lisonjeras palabras de un hombre y se ha dejado seducir, olvidando por un amor culpable vuestras paternales caricias, el decoro de su sexo.

Sé lo que mi confesión os dolerá, sé que lágrimas de amargura bañarán vuestros ojos; pero mi desgracia es mucho mas grande de lo que podeis creer.

Me han robado mi hijo, se le han llevado de mi lado no sé dónde, sin haberme dejado darle un beso, sin que yo le haya visto una sola vez. Pobre hijo mío, á quien busco azorada por todas partes sin encontrarle, perdonadme, perdonadme, me han engañado.

FANNY.

— Pobre niña, dijo el cura.
 — Hija mía, murmuró el doctor.
 — A los 18 años.
 — Justamente, hoy hace 18 años que murió su pobre madre, á quien yo habia seducido. Dios mío, tened piedad de mí, dijo el médico, y cayó de rodillas sobre el pavimento.
 — La buscaremos, repuso el cura.

(Continuará).

AGUSTIN BONNAT.

AMPARO.

(Memorias de un loco).

EPÍLOGO.

He pasado de los treinta años,
 funesta edad de tristes desengaños,
 que dijo ESPRONCEDA.

Me he arrancado mi primera cana.

La experiencia se ha encargado de arrancarme una á una todas mis ilusiones, ó por mejor decir de secar todas mis creencias.

Hoy solo tengo dos:

Creo en un Dios incomprensible.

Creo que la vida es un sueño.

La primera verdad la ha dicho la Biblia.

La segunda la ha dicho Calderon.

Si alguien dijo la primera antes que la Biblia?

Si alguien dijo la segunda antes que Calderon, quede sentado que yo no conozco fuera de aquel admirable libro y de aquel admirable poeta al ó á los que haya ó hayan dicho aquellas dos verdades.

Lo que yo sé decir por experiencia propia, es que nadie cree las verdades hasta que se las hace conocer la experiencia.

La experiencia, en general, tiene una manera muy dura de dar á conocer las verdades.

Si se nos permite que supongamos que la vida es un camino sobre el cual marchamos con los ojos vendados, se nos permitirá tambien suponer que la experiencia es un poste colocado en medio de nuestro camino, hácia el que marchamos á ciegas, y contra el cual nos rompemos las narices.

Pero en cambio, y por mucho que el golpe nos haya dolido, encontramos una verdad que no conocíamos;

El reverso de una medalla;

La antítesis de una bella idea;

El interior de un sepulcro blanqueado;

Sarcasmo y podredumbre.

De lo que se deduce que: costándonos el conocimiento de cada verdad una contusión, y siendo infinitas las verdades que nos obligan á descubrir las ilusiones que debemos á nuestro

amor propio, un hombre no puede llegar á tener experiencia sin encontrarse completamente desconsolado.

Un hombre lleno de experiencia es un árbol muerto; metafóricamente hablando, contra el cual zumba desapiadadamente el huracán de las pasiones, valiéndose de otra metáfora.

Y sin embargo de que, y continuamos en el estilo metafórico, ya no tiene ni frutos ni hojas que el huracán pueda arrancarle, le arranca las extremidades de las ramas secas.

Después viene el rayo y le hace trizas.

Después la lluvia del invierno le pudre.

¿Dónde estaba el hermoso árbol?

Hasta sus raíces se han podrido.

Ese árbol no ha existido.

Ha sido un hermoso sueño de primavera.

Una horrible pesadilla de verano.

Si; Dios que ha hecho su criatura para que sea destruida, es incomprensible.

La vida que pasa sin dejar tras sí vestigio alguno es un sueño.

Quede sentado que la Biblia es un gran libro;

Que Calderon era un gran poeta,

Y que yo soy lo que quieran mis lectores que sea.

Esto escribia yo una noche que no tenia sueño.

Eran las tres.

Estaba en calzoncillos blancos y tenia frio.

No tenia un cuarto y estaba desesperado.

Un viejo reló de pared me dejaba oír un monótono tic-tac.

El ruido de un péndulo cuando se está en cierta disposicion de ánimo, es un ruido que crispa los nervios.

No sé á quién he oído decir que el cólera morbo es una enfermedad nerviosa.

De modo que, cuando no se tiene sueño, cuando no se tiene dinero, y se tiene frio, y se oye el tic-tac de un péndulo, en medio del silencio de la noche, se está muy expuesto á ser un caso.

Por lo mismo, y cediendo á un laudable sentimiento de conservacion propia, voy á meterme de nuevo en la cama y á buscar la vida en el sueño.

Porque, si la vida es sueño, el sueño debe ser vida.

Y esto es tan exacto, como que, si la vida del hombre son las ilusiones, nada mas comparable á la vida que el hermoso sueño de un sediento que cree estar echado de bruces sobre una fuente cristalina;

O el de un pobre que cuente oro;

O el de un enamorado que besa y devora á una mujer hermosa;

O el de un diputado de la oposicion que se mete debajo del brazo una cartera.

O el de un hambriento que come en la fonda del CISNE.

(Entre paréntesis: la fonda del CISNE es de un amigo mío, y puedo recomendarle cualquiera de mis lectores, para que en un cubierto de á duro le ponga un plato mas.)

Me he metido en la cama, pero no he conseguido dormir.

La realidad huye de mí: el sueño me persigue.

Soñemos, ya que no podemos vivir.

Soñemos escribiendo.

Escribir es muy fácil, sobre todo cuando se escribe mal.

Por eso tenemos en España tantos literatos;

Y tantos poetas;

Y tantos periodistas;

Y tantos sabios.

Esto consiste en que en España todos estamos aburridos, ó tenemos frio ó hambre y nos distraemos escribiendo.

Tambien es cierto que son muy pocos los que se distraen leyendo.

Por eso en España los escritores no tenemos un cuarto.

Hay diez musas.

O por mejor decir, no hay diez musas sino una.

Antes había nueve.
La una, que las ha matado, es una musa horrible que vive de dar muerte.

Esa musa es el HAMBRE.

El hambre es la musa de los españoles.

¿Quién dijo esto? ¿Quién lo dijo?

Venturita.

No señor: D. Ventura.

Aun no señor: el excelentísimo señor D. Ventura de la Vega.

El que abandona á César por el Marqués de Caravaca;

La tragedia por la zarzuela;

La fama por el dinero.

Bien sabía Vega lo que se decía cuando dijo que la musa diez era el hambre.

Nosotros hemos dicho que el hambre es la musa única de los españoles.

Y si no, ¿quién les inspiró la revolución de julio?

Porque una revolución no es otra cosa que una poesía diabólica, para producir la cual es necesario que á todo un pueblo se le calienten los cascos.

¿Quién fué, pues, la musa que inspiró al pueblo de Madrid aquella sinfonía infernal de los tres días y aquel poema berroqueño en quince cantos de las barricadas?

Fué la libertad.

Si señor: pero la libertad en su sentido real tangible y comestible: el deseo de comer libremente.

¿Quién inspiró tantas cosas inspiradas como se dijeron y se escribieron?

La necesidad de comer.

Es verdad que no hemos comido tanto como esperábamos: que el banquete no ha correspondido al programa.... pero....

Se conoce que estoy de muy mal humor en que he ido á meterme con botas y espuelas bajo la jurisdicción ó en la jurisdicción del señor fiscal de imprenta.

Por lo mismo, y para evitar una cornada, tomemos de nuevo el olivo de la bella literatura.

Esto es: levantemos ante el señor fiscal, como en señal de paz, un ramo de oliva.

Dicen que en el Saladero es muy fácil convertirse en caso (1).

Es necesario, pues, evitar de todo punto que le pongan á uno en salmuera.

Pero direis, y con razón: el autor está loco.

Perdonad: una palabra:

Tened en cuenta que he empezado mi novela por el epilogo: es decir, que la he acometido por la cola.

Este epilogo reducido á su verdadera expresión debía constar únicamente de estas palabras:

EL AUTOR SE HA VUELTO LOCO.

O bien si no os agrada el modismo:

EL AUTOR HA ENLOQUECIDO.

O bien:

El autor no ha logrado todavía encontrar su juicio y se lo pide á sus lectores.

(Continuará.)

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

MADRIGAL.

Con júbilo inocente,
con ansia candorosa,
para ceñir su frente
conchas buscaba y perlas
por la orilla del mar mi Delia hermosa.
Bajábase á cogerlas,
y el agua que la vía
juguetona á sus plantas extendía
en son de amores murmurando leve
rizada alfombra de menuda nieve;

hasta que mas audaz una oleada
en blanca espuma la dejó bañada.
Pálida, muda, fría,
corrió á ocultar en mi amoroso pecho
su frente; y yo le dije: — ¡Delia mia!
lección me da de amores.
Quiere besarte el mar, y emplea el arte
dulce de los traidores....
¡Oh quién fuera traidor para besarte!

V. BARRANTES.

A....

¿Ves ese arroyo que la red florida
rompe en que nace su corriente grata
y ufano crece y corre y se dilata
y es de los campos que fecunda, vida?

Torrente luego en espumosa huida.
las flores y los troncos arrebató,
hasta que turbio su cristal de plata
muere en las hondas de la mar temida.

Así es el hombre: hacia el amor se lanza
y su existencia á la virtud ofrece;
tirano luego cuando el premio alcanza
mengua en ternura y en rigores crece,
hasta que débil á la tumba avanza
y en el mar del olvido desaparece.

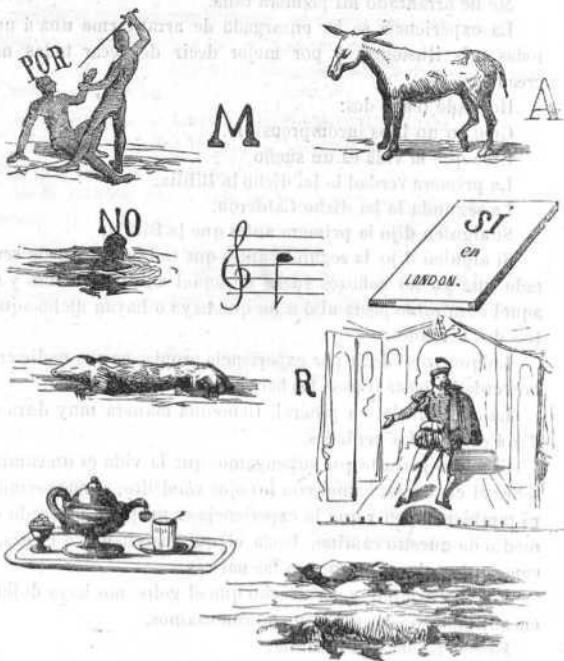
José J. VILLANUEVA.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Se vende una ratonera barata.

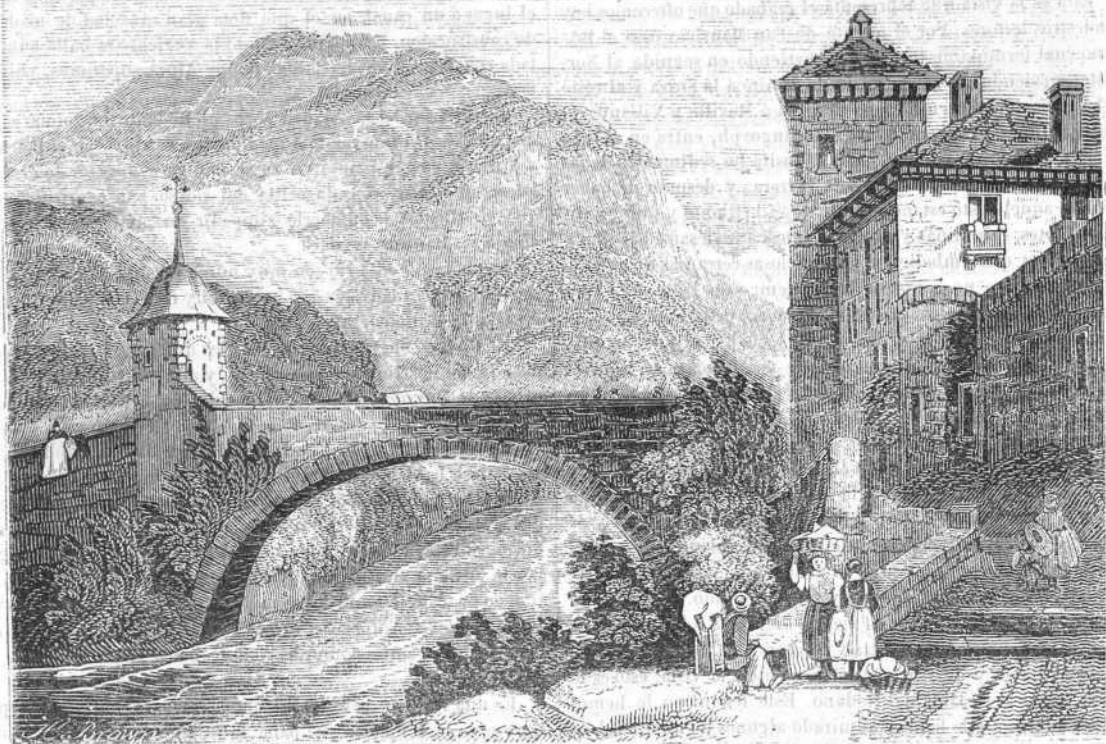
GEROGLÍFICO.

MED 8 de Junio 1856



Este geroglífico se ha recibido en contestación al que se insertó en el número 19 por el autor del replicado.

(1) Esto se escribía durante el cólera.



EL RODANO.

En el momento en que inundados varios departamentos de la Francia, especialmente los del Mediodía, por la extraordinaria crecida que han tenido sus caudalosos rios, efecto de las continuadas lluvias del mes de mayo: en el momento en que Napoleon III, ese hombre infatigable, cuya atencion se fija en todo, y que merced á la rapidez de las comunicaciones con que hoy la industria humana salva la distancia, tan pronto aparece en Burdeos sobre las márgenes desbordadas del Garona ó en Orleans en las orillas embravecidas del Loira, ó en Lion, Viena y Aviñon, cuyos campos y poblaciones ha invadido el caudaloso Ródano, distribuyendo en todas partes consuelos y socorros como una benéfica providencia: no será fuera de propósito que hablemos á nuestros lectores del Ródano, ese rio que es una riqueza de la Francia; pero que de vez en cuando abandonando el profundo cauce que le trazó el dedo del Eterno, viene á esparcir la consternacion y el duelo entre las opulentas ciudades que ven retratarse en sus aguas sus magníficos edificios.

Napoleon III ha recorrido las márgenes del Ródano seguido de sus ayudantes que llevaban sacos de oro, en donde el Emperador con liberal y generosa mano sacaba grandes cantidades para distribuir á los infelices grupos que arrasados sus ojos de lágrimas veían desde el punto á donde habian buscado un asilo contra el impulso de las aguas, flotar en sus olas y precipitarse al mar sus cosechas, sus muebles, toda su modesta fortuna.

Napoleon, el hombre de las gigantescas empresas, el hombre que á su voz convierte en un magnífico parque el bosque de Bolonia, el hombre que en menos de un año, derribando una sexta parte de su capital, construye la calle de Rivoli, calle la mas magnífica y sin rival en el mundo; el hombre que termina el Louvre, ese inmenso palacio para cuya conclusion han trabajado tres razas de reyes y ha costado siete siglos á la arquitect-

tura (1), ha concebido sobre las márgenes mismas del Ródano el proyecto de contener para siempre su desbordamiento y preservar el Mediodía de la Francia de sus fatales inundaciones. En Lion mismo está datado en este mes el decreto de obra tan colosal, que pareceria increíble si no viniesen á apoyarla las maravillosas obras llevadas á efecto en los cuatro años de su imperio, en que si ha reducido al silencio á los *ideólogos*, de quien tan enemigo era su tío, ha hecho hablar muy alto á la industria, á las artes y al trabajo.

El Ródano es uno de los mas grandes rios de la Francia; toma su nacimiento en los Alpes, al pié del monte de la Horca, cerca del San Gothardo. Dos torrentes que se escapan de una enorme nevera forman desde luego su corriente por la reunion de sus aguas. Cerca de dos leguas de aquel punto aparece el Rhin: mas cerca del Ródano se ve surgir el Russ, el Aar y el Tesin.

El aspecto de la alta region de los Alpes, de donde brotan tantos rios célebres, es grandioso y solemne; aquellas inmensas moles que constituyen la cordillera de los Alpes presentan la imágen del desórden: testigos fueron esos montes de las convulsiones de la naturaleza cuando la tierra tomó la forma que el Criador le dió para que llenase sus altos designios. Crestas y picos innaccessibles y cubiertos de nieve; pendientes casi perpendiculares que dan á las cumbres casi las formas de obeliscos; profundos valles circuidos de grandes asperezas; peñas desmoronadas por el tiempo, que amenazan de continuo una estrepitosa caída; tal es el conjunto que forman las colosales cordilleras de los Alpes.

Nace el Ródano á la extremidad oriental del Vales, que separa al antiguo canton de Uri y corre á torrentes por un estrecho valle. Pasa á Leuck, sitio célebre por sus baños; y Sion,

(1) El Louvre fué comenzado en 1214 por Felipe Augusto, y no se ha terminado completamente hasta 1855.

capital de esta comarca; después á San Mauricio, en donde la atraviesa por un gran puente que une la miserable serie de casas arruinadas que forman la ciudad de este nombre y la inmensa muralla de rocas en que están apoyadas.

Esta es la vista que representa el grabado que ofrecemos hoy á nuestros lectores. Por el puente de San Mauricio pasa el Ródano cual formidable torrente, y corriendo en seguida al Nordeste, sirviendo en cierto modo de límite á la Suiza y al resto del Vales, dejando en fin á su derecha á Merville y Villanueva, y á la izquierda la montaña de San Gingolph, entra en el lago Lemán, ó lago de Ginebra. Allí deposita los sedimentos de las tierras que arrastra en su rápida carrera, y después de haber llenado aquel vasto estanque, sale de él brillante y puro, y sus transparentes, cristalinas y azuladas aguas atraviesan á Ginebra y los jardines que embellecen las deliciosas cercanías de aquella ciudad; empero no conserva largo tiempo su limpidez. A un cuarto de legua de los mares, el Arva, impetuoso torrente, le trae el tributo de sus cenagosas aguas, y cual si el Ródano quisiese evitar aquella impura mezcla, se arroja sobre la opuesta orilla y se ve por un gran trecho correr sus azules aguas en un mismo cauce; empero separadas de las cenicientas y turbias aguas del Arva.

Después de haber recorrido el valle que domina á lo lejos y á la derecha el Monte-Jura, á la izquierda el cerco del círculo formado por el monte Saleva, el Monte-Sion y el Vuache, y de haber salvado el estrecho paso de la Esclusa dominado por el fuerte de este nombre, circuye la falda del monte Credo, y se abre allí un cauce muy angosto y muy profundo. El cauce del Ródano trazado en seguida en tierras arcillosas sobre bancos de rocas calcáreas, penetra en estas y le ahonda de tal manera, que puede ocultarse y desaparecer enteramente á la vista: esto es lo que se llama la Pérdida del Ródano. Este fenómeno le hemos podido admirar y le habrán admirado algunos de nuestros lectores en la Mancha, en donde el Guadiana desaparece y vuelve á aparecer varias veces después de un largo trecho; fenómeno muy curioso, conocido bajo el nombre de los Ojos del Guadiana.

Antes de llegar al punto llamado *la Pérdida del Ródano* corre este río en un profundo cauce que se ha abierto en tierras arcillosas. Entonces se ensancha, y como es igual y en suave declive, las aguas no están agitadas y corren con majestuosa tranquilidad. Pero cuando el Ródano llega al banco de roca que pasa debajo de la arcilla, de pronto falta debajo de él aquella roca y vuelve á tomar la forma de embudo, precipitándose con una celeridad y un estruendo prodigioso: sus aguas se rechazan mutuamente, se agitan, se levantan, se estrellan, se hacen pedazos en espuma, y esto es lo que se llama el salto del Ródano, y que sobre mil metros de longitud forma dos cascadas. Este río ha franqueado al través de las rocas diversos surcos que presentan pasos mas ó menos favorables á la navegación. En general este último paso es muy difícil de vencer.

El Ródano baña por el mismo lado Lion, Tournon, San-Peray, La-Voulte, Viviers, el Burgo á San-Andeol, el puente de Sancti Spiritus, Roquemaure, Villanueva-les-Aviñon, Aramon y Belcaire. Riega á la izquierda á Quen, Vienne, San-Vallier, Taim, Valence, Montelimart, Caderousse, Aviñon, Tarascon y Arlés.

Algo mas arriba de Arlés, en Fourques, el Ródano se divide en dos brazos, de los cuales el principal desemboca en el Mediterráneo junto á la torre de S. Luis, y el segundo brazo llamado el pequeño Ródano se dirige hacia la derecha y forma la isla de Camarga, y desemboca en el mar en el golfo de Lion junto á las islas de Santa María.

Dicho río recibe por la ribera derecha al Ain, al Saona en Lion, al Ardeche, al Ceze, y al Gardon, y por la izquierda al Isere, al Drome y al Durance. Por un lado forma los términos de los departamentos del Ain, del Isere, del Ródano, del Ardeche, del Drome, de Vaucluse, y del Gard; y riega al de las Bocas del Ródano.

Empieza el Ródano á ser flutable en Arlod, y navegable en Pare, algo mas arriba de Seyssel, departamento de Ain; la nave-

gacion se hace dificultosamente á causa de las rocas que se hallan en medio de la corriente. Este río se perdía durante el invierno en el puente de Linéy, en Bellaguardia, debajo de una roca que interceptaba la navegacion. Cortóse al fin esta roca que cedió el lugar á un canal, en el que flota gran cantidad de maderas de construccion. En verano cuando la corriente se halla aumentada con las nieves derretidas de los Alpes superiores, cubren las aguas todas las rocas.

Desde Lion hasta Aviñon corre el Ródano con suma rapidez que va disminuyendo á medida que se aproxima á Belcaire y á Arlés, y es casi nula en un grande espacio antes de desembocar en el mar. A cada orilla del río se han construido diques destinados á contenerle é impedir que extienda la desolacion á las llanuras vecinas.

Las bocas de este río son muy numerosas, y las islas que las separan forman barreras que hacen muy difícil el paso; la principal es la de Camarga.

El Ródano engruesado con los rios que corren de los Alpes, de Vosgue, del Jura y de Cevenuas, y afluyen en él entre ellos el famoso Durance, viendo guarnecidas sus orillas de ciudades célebres, camina majestuosamente hacia el mar.

Baía el suelo donde se alzaba el altar que las ciudades de las Galias habian consagrado á Augusto. Lion ostenta allí las maravillas de su activa industria; Viena que da su nombre á dos grandes provincias, ve retratar en sus aguas rápidas los restos de su esplendor antiguo; Aviñon conserva sobre sus márgenes la antigua morada de los soberanos pontífices; Arlés muestra con orgullo los mutilados restos de los suntuosos edificios de *la Roma de las Galias*. Su curso es de 128 leguas, y es una de las mas importantes comunicaciones abiertas al comercio de la Francia.

Es una riqueza; pero tambien una amenaza continua, un peligro para las ciudades que baña, á quienes de cuando en cuando á cambio de los beneficios que causa, viene á llenar de llanto y de desolacion.

La fuerza de voluntad del hombre que hoy rige los destinos de la Francia, trata de encadenarle para siempre en un poderoso y perpetuo cauce. ¡El decreto de Lion es el reto lanzado al formidable río! El genio del hombre va á luchar con la naturaleza. ¡Ha vencido tantas veces el hombre, que auguramos hoy esa conquista de su poder en el siglo en que ha dominado el espacio del mar y de las tierras por el vapor, y hecho tan rápida la palabra hasta las extremidades del mundo como el pensamiento!!!

JOSÉ MUÑOZ Y GAVIRIA.

MEDINA AZZAHRA.

EPISODIO HISTÓRICO.

(Continuacion.)

III.

Después que el califa mostró á la hermosa Azzahrá el ornato y riquezas de aquellos mágicos aposentos, recorrió con ella las demas estancias y pabellones del gran alcázar, en todos los cuales hallaba la vista nuevos motivos de admiracion y grata sorpresa. Puesto que el dar la descripcion minuciosa de cada una de estas deliciosas mansiones fuera cosa demasiado prolija, y tampoco tengamos para ello los suficientes datos, bástenos decir que todas ellas, así como los otros alcázares y casas de placer de Medina Azzahrá, mirábanse ricamente decoradas con el precioso sofesafa, enlazándose vistosamente sus caprichosos mosaicos y labores sobre el fondo dorado y azul de los muros y techos. Los pavimentos eran de ricos mármoles de varios colores, formando artificiosos cortes y dibujos, y las vigas y artesonados de las cobbas eran de madera de alerce primorosamente trabajada, así como las hojas de sus puertas de ébano, cedro y otras maderas peregrinas y aromáticas. En muchos de sus aposentos

y estancias, en conchas de pórvido y alabastro, brotaban copiosas y cristalinas fuentes, que derramándose ya por piñas y granadas, ya por las bocas de animales de bronce y aun de metales mas preciosos, brindaban a los moradores de aquel Eden con la frescura mas deliciosa en las siestas del ardiente estío. Entre otras de estas preciosidades sorprendieron agradablemente los ojos de Azzahrá las figuras de un cervatillo y una cierva de bronce hueco que decoraban dos fuentes colocadas en uno de los patios del alcázar, arrojando agua de sus bocas sobre pilas de mármol. Sin duda que en ellas quiso el escultor árabe dar forma a aquella hermosa imagen bíblica tan propia para ser concebida por un hijo del ardiente clima del Asia (1).

«Como el ciervo suspira por las frescas fuentes, así mi alma suspira por tí, oh Señor (2).»

Los toldos, alfombras y cortinas de las diversas estancias con sus ricos tejidos de oro y seda, como que procuraban rivalizar con los jardines y bosques, representando hermosos paisajes con sus flores, arboledas, aves y animales, fuentes y arroyos; y hasta para aventajar en la fragancia de los aromas a las florestas y verjeles, suavísimas esencias quemadas en pebeteros de oro perfumaban el ambiente en aquellas moradas del deleite. Semejante esplendor y riqueza contempló Azzahrá cuando la llevó el sultán a que recrease mas y mas sus ojos, visitando los otros alcázares y casas de placer, templetos y cenadores, casas de baños con sus pilas de alabastro en lugares muy amenos y a la sombra de árboles aromáticos, y en fin las demas delicias así del arte como de la naturaleza, que su industria habia derramado en toda la amenísima falda de aquel pintoresco monte de Alarús. Visitaron asimismo la casa de las fieras, a donde el emir habia hecho traer muchos leones, tigres y otros animales feroces y extraños de Africa, así como tambien multitud de aves curiosas por su rareza y hermosura del plumaje, venidas de apartados climas. Estas fieras y aves ocupaban sus estancias separadas y sus jaulas defendidas con verjas de hierro y cubiertas con sus toldos contra el sol, teniendo ante sí cierta explanada para que sin riesgo pudiera disfrutarse de su vista (3). Para que nada faltase al gusto ni la curiosidad, habia dispuesto el sultán que se edificasen en medio de los lugares mas frondosos muchas albercas (4) y albuheras (5), que retrataban deliciosamente en el espejo de sus aguas las arboledas y flores, el cielo y las rosadas nubes del ocaso, y que se miraban pobladas por gran muchedumbre de peregrinos peces (6). Despues de tan delicioso paseo, Abderrahman y su favorita tornaron al gran alcázar, en donde para celebridad del día obsequió el soberano con un suntuoso banquete a toda su corte en la vasta azotea que coronaba el palacio entre las dos alas ó viviendas oriental y occidental y delante del alcázar pequeño del califado. Abderrahman Annasser, asistido por los gentiles mancebos slavs, comió con su amada en la misma cobla ó alhambra dorada principal, en medio de las dulces músicas y canciones con que sus jóvenes esclavas procuraron solazarles.

Al ponerse el sol de este risueño y fausto día, como resonase desde un alto alminar la voz del *muedzin* (7) llamando a los fieles a la oración, el emir con Azzahrá y toda su corte entró para rezar la *assalá* del ocaso en la aljama, rival en magnificencia de la de Córdoba, que Annasser habia hecho edificar tam-

bien en aquel real sitio para uso de sus moradores. Esta mezquita de suntuosa y soberbia fábrica, media noventa y siete codos de longitud desde el norte a la *quibla* ó mediodía, sin contar lo que ocupaba el *Mihrab* (1) y sesenta y uno de anchura. Constaba de cinco naves; la de en medio de trece codos de ancho y las demas de doce. Su patio, que media cuarenta y tres codos de longitud, se miraba enlosado de mármol rojo, y en medio de él en una pila de alabastro brotaba una copiosa fuente. Su *assoma* (2) ó *alminar* era cuadrado y se elevaba cincuenta codos, y toda ella estaba lujosamente decorada con todos los primores que el arte árabe sabia ejecutar con el estuco, el oro y el azul; pero señalándose particularmente por su preciosidad y riqueza el *minbar* ó púlpito.

Fuera de los alcázares y sitios de recreo, formaban el casco de la población de Medina Azzahrá hasta cuatrocientas casas (3) para habitación de los vacires, ulemas, poetas, alfaquíes, cortesanos, monteros y halconeros, por ser el califa muy aficionado al ejercicio de la caza, así como tambien para los alcaldes de las huertas, los eunucos y slavs de la guardia y servidumbre (4) y demas gente de armas y personas principales y allegadas a la corte del emir. En cuanto a las mujeres, que entre concubinas y esclavas llegaban a seis mil trescientas, habitaban en el mismo alcázar del califa, en donde habia para ellas hasta trescientos baños (5).

Trazada ya la descripción de Medina Azzahrá, según las noticias que hemos hallado en los cronistas árabes, réstanos solo, aunque de corrido, como cosa menos acomodada a nuestro objeto y estudios, el entrar en algunas consideraciones artísticas sobre aquellos monumentos antes de proseguir en el relato del episodio histórico que nos hemos propuesto. El señor Madrazo que ha tratado exprofeso este asunto, fundándose en el examen ocular de los fragmentos que ha consultado de aquellas ilustres ruinas, deja fuera de toda duda el que la arquitectura de Medina Azzahrá y otros monumentos de Córdoba, como la capilla nombrada todavia del *Mihrab*, pertenecen a la arquitectura árabe bizantina, es decir, la que a imitación de los griegos adoptaron los árabes en la época mas floreciente del imperio de Córdoba. Imitaronla los árabes proponiéndose por modelo las columnas y las filigranas llamadas *sofeisafa* traídas en gran copia de Constantinopla y adoptadas por ellos bajo la dirección de arquitectos venidos tambien de aquellas partes, embelleciéndolas mas y mas con las galas que supieron hallar en su imaginación ardiente y amiga de lo maravilloso. Así fué como aquellas mismas gentes se ilustraron con las letras y civilización de los griegos, traduciendo sus mejores libros de filosofía, medicina y otras ciencias, ó mas bien ajustándolos a las ideas y poéticas formas del genio oriental, al destinarlos para la enseñanza en las famosas madrisas ó academias de Córdoba: «Ahí teneis (dice el señor Madrazo) todos los elementos de la ornamentación mas bella y graciosa que creó el oriente y regularizó el genio estético de los pobladores del Archipiélago: las postas que figuran las olas de la mar; los meandros ó grecas de listones que se interrumpen y cortan en ángulos rectos: los enlaces ó entrelazos, combinación preciosa de líneas rectas y curvas que imita las trenzas del cabello; las palmetas en que con la mayor donosura alternan hojas agudas y hojas obtusas, unas replegadas hacia dentro, otras hacia fuera, imitación feliz del loto asirio y de las palmas fenicia y tebana; el acanto silvestre, tan parecido a la hoja del punzante cardo; el tulipán y la flor del loto, graciosa importación del arte de Persépolis, al

(1) Sabido es que así en poesía como en religion, los árabes son discípulos ó imitadores en mucha parte de los hebreos.

(2) El ciervo de bronce de que hablamos se halla hoy en el museo provincial de Córdoba, y su altura es de poco mas de un pie. La cierva tambien de bronce se llevó al monasterio de nuestra Señora de Guadalupe.

(3) *Almacc.*, I, 380.

(4) Es palabra árabe.

(5) Es tambien voz árabe y significa en esta lengua mar pequeño.

(6) Dice un historiador árabe que se gastaban todos los días en echar estos peces doce mil panes y ademas diez y seis cahices de garbanzos. *Almacc.*, I, 373.

(7) Llamán así los musulmanes al ministro de la mezquita que desde la *assoma* ó torre pregoná las cinco horas de las *assalás* ó oraciones.

(1) *Mihrab*: lugar reservado para morada ó oración, y mas propriamente la parte del templo donde se sienta el imam y preside las oraciones y prácticas religiosas.

(2) La torre de la mezquita de la raíz *assoma*: levantarse en cúspide.

(3) *Bayan Almoghreb*, parte II.

(4) Dicen los árabes que a los mancebos, eunucos y guardias slavs se les pasaban diariamente hasta trece mil libras de carne, sin contar varias especies de aves y peces, pues llegaba el número de ellos a 13,750. *Almacc.*, I, 372.

(5) *Bayan*: en el lugar citado.

cual fué comunicada por la arquitectura de Nínive y Babilonia (1).

A vista de estos detalles y vestigios el señor Madrazo no pudo menos de combatir la opinión de nuestro célebre Ambrosio de Morales, que tomando aquellos restos de arquitectura por de carácter romano, afirmó ser aquella la Colonia Patricia fundada por M. Marcelo (2), error que adoptaron después otros muchos escritores. «El erudito cronista de Felipe II (añade) que «vivió algunos años en el monasterio de S. Gerónimo de la «Sierra (3), obcecado con el error vulgar, no vió lo que saltaba «á la vista, esto es, que los fragmentos de arquitectura decorativa de mármol, piedra y barro diseminados por la dehesa de «Córdoba la Vieja, eran de la misma casta que la ornamentación del Mihrab de la mezquita mayor (4).

Pero apartemos los ojos de las ruinas de Medina Azzahrá, para contemplar á la luz inextinguible de la historia lo que fué aquella prodigiosa fábrica levantada por el capricho de una favorita y á costa de inmensas sumas, embelleciéndose además con los presentes de monarcas poderosos amigos y aliados del califa de Córdoba, y con los despojos de otros monumentos y maravillas del arte. Hé aquí el elogio con que celebra aquella fundación un autor árabe. «Cuando Annasser (dice) llevó á cabo la obra del alcázar de Medina Azzahrá, extremado en majestad y magnificencia, convinieron los hombres en que los «islamitas no edificaron jamás monumento comparable á este. Y «entre las innumerables personas de tierras distantes y contrarias «religiones que acudieron á visitar aquella maravilla, con ser «muchos de ellos príncipes, embajadores, mercaderes y hombres notables y entendidos, todos fueron de un acuerdo en que «jamás vieron cosa semejante en hermosura. Ello es cierto que «solo la espaciosa y muy llana azotea, que descollaba sobre la «deliciosa *rawdha* con su aposento dorado y cobha hubiese bastado para que Annasser lograra admirablemente su propósito «de edificar un monumento en que brillase la sublimidad de «la inteligencia y la hermosura del adorno (5).

Para solemnizar la fundación de Medina Azzahrá, el califa dispuso grandes festejos y regocijos públicos, que se celebraron en aquel día y los siguientes, como lides de toros, corridas de cañas y sortijas, zambras y otros juegos y diversiones del gusto de los árabes. Gran muchedumbre de moros cordobeses y de otras comarcas y regiones acudieron á las fiestas, alojándose á la usanza oriental en tiendas y pabellones asentados en los vecinos campos, figurando diversos aduares y campamentos. Por las noches hizo Annasser iluminar los palacios y jardines de Medina Azzahrá y las casas de placer y aduares esparcidos por la campiña, cuyas luces reflejándose sobre la multitud de estanques y arroyuelos ó partiendo sus trémulos rayos entre el verde follaje, presentaban un aspecto verdaderamente maravilloso y fantástico. En todo el recinto de Medina Azzahrá dispuso el califa que se ocultasen entre la espesura multitud de sus mancebos slavs y las jóvenes esclavas de su favorita, que ya alzaban píbicas canciones alusivas al objeto de las fiestas, ó ya formaban con sus añafles, alities, alaudes y otros instrumentos, armoniosos conciertos y músicas, á cuyo compás numerosos danzadores y bailadoras triseaban sobre el verde cesped que alfombraba la tierra. Mientras Annasser con sus mujeres y esclavas así se solazaba en los verjeles de Azzahrá, los alcaldes, xeques y guerreros se juntaban á conversar á las puertas de sus tiendas, recordando los hechos y glorias de sus antiguos monarcas y héroes ó entonando los versos amorosos y caballerescos del famoso poeta Antara (1). Por tal manera aquellos árabes gozaban muy á su placer de las veladas y diversiones que llamaban *zambras*, y tan antiguas entre ellos, que traían su origen de las conferencias y solaces nocturnos que los beduinos del Hichaz y el Yemen celebraban reunidos á la luz de la luna en medio de sus aduares, en los desiertos, en los siglos anteriores á Mahoma.

Mientras el alborozo y el placer reinaban en aquellos lugares venturosos, una mujer desdichada acudia á la aljama mayor de Córdoba para implorar el perdon del Misericordioso en favor del califa, cuyo corazon seducido por los halagos y seducciones engañosas del mundo, habíase apartado de Allah y de sus santos caminos. Esta mujer desventurada era nada menos que la gran señora (2) é ilustre sultana de Córdoba *Murchana*, mujer del califa, que desdeñada y aun casi olvidada por él desde su frenético amor hacia Azzahrá, vivía triste y retirada en un aposento solitario del alcázar de Córdoba. *Murchana*, como buena y amante esposa, lamentaba en su retiro los desdenes y abandono del real esposo; y cómo era tan infeliz que le adoraba á pesar suyo, no hallaba en tan penosa soledad otro consuelo que las visitas y caricias tiernas que solía recibir de vez en cuando de su hijo y príncipe heredero de la corona (3) el emir *Alhacem*. La noche en que dieron principio aquellos festejos, *Murchana* mirando involuntariamente hacia Medina Azzahrá desde una ventana de su aposento que daba al norte, le pareció ver envuelta la deliciosa morada del placer en una nube sangrienta. La sultana aterrada con esta vision, consultó el caso con el anciano alfaquí y cadhi *Mondzir Ebn Said*, el cual la respondió: «Oh «señora mia: vuestro noble esposo el califa ha provocado la cólera de Allah, empleando en fundar ese asilo del deleite y la «vanidad mundana las sumas con que debiera redimir á los «cautivos muslimes que yacen aherrojados en las mazmorras de «Afranch. Su adorada Azzahrá fué quien con sus seducciones y «engaños le hizo caer en falta tan grave.» Esta revelación dejó tan asombrada á la amante esposa, que temiendo para Annasser un pronto y terrible castigo de Allah, se encaminó á la mezquita para desviar aquel peligro con sus oraciones y lágrimas. En el silencio pues de la noche solitaria sin mas compañía que la de algunas esclavas cariñosas y fieles, acudió á la aljama aquel genio del bien á cumplir su mision bienhechora. Difícil sería describir dignamente la emocion grave y religiosa que experimentó la sultana en aquella noche bajo las majestuosas bóvedas de aquel templo, sostenidas por 4093 columnas de mármol y alumbradas con 4700 lámparas encendidas á la sazón para la sala ú oracion nocturna. Su longitud era de 600 piés y de 250 su anchura. En su parte de alquibla ó sea en la fachada de en medio que mira al mediodia, se abrian 49 puertas con hojas de bronce, además de la principal cubierta con láminas de oro; y en cada uno de sus costados de oriente y occidente se abrian otras 9 puertas. Sobre la cúpula mas alta se veian tres bolas, y sobre ellas una granada de oro. El número de sus naves era el de 57, y en toda ella se respiraba una suavisima fragancia de los muchos perfumes de ambar y de aloé que se quemaban. Tal era la famosa aljama de Córdoba la mas suntuosa del occidente y rival de la Caba de la Mecca, comenzada á edificar por el emir Abderrahman ebn Moawia, primer soberano de esta dinastía, en el año 170 de la egira, 786 de nuestra era, y con cluida por su hijo y sucesor Hixem I de este nombre. La sultana con sus esclavas ocupó un lugar reservado en el *mihrab* ú oratorio secreto que alumbraba una gran lámpara de oro, y allí permaneció largo rato con la cabeza inclinada, alzando al cielo sentidas plegarias entre lágrimas y sollozos.

(Continuad.)

F. JAVIER SIMONET.

(1) Por muchos historiadores árabes sabemos que aquel célebre vate del desierto fué muy conocido y admirado entre nuestros árabes españoles.

(2) *Sida Alcubra*: así nombran los árabes á la sultana ó mujer principal del califa ó soberano.

(3) *Walidhda* llaman los árabes al príncipe heredero.

(1) Pág. 422 á 23.

(2) Es cierto que la Córdoba romana no estuvo situada en la falda de la sierra, sino al S. E. de la moderna, correspondiendo á los dos arrabales que los árabes llamaron *Medina Atalica* ó la ciudad antigua y *Secunda*, puestos aquel mas al E. y este mas al S. sobre una y otra orilla del Guadalquivir, como consta por Almacari y otros historiadores.

(3) En la huerta de este monasterio yacen todavía algunos capiteles y otros fragmentos de Medina Azzahrá que acreditan el gusto árabe bizantino de aquella fábrica.

(4) Pág. 421.

(5) *Almace*, I, 372.



No he venido á pedirlo dinero, sino el honor de mi hija.

DIEZ Y OCHO AÑOS DESPUES.

(Continuacion.)

VI.

El efecto que la carta produjo en el ánimo del médico es inexplicable, habia muchos motivos para que el desgraciado William sintiese mas este suceso que si le hubiera pasado con alguna de sus otras dos hijas.

William habia conocido á la madre de Fanny hacia 18 años, se habian amado, y ella era el fruto de aquellos amores; la noche misma en que la dió á luz murió, William tuvo que ocultar el nacimiento de su hija por razones de interés suyo y de su familia, y para lograr su objeto se la habia mandado á su hermano que ejercia la cura de almas en una aldea inmediata; la niña se habia criado allí pasando por hija de una pobre que ha-

bia muerto al darla á luz, por lo cual la tenia de caridad en su casa el sacerdote.

William al poco tiempo se habia casado con una señorita de las inmediaciones, accediendo á los deseos de su familia; su esposa le habia hecho padre de las dos niñas que conocemos, muriendo poco despues, y William se habia ido á ejercer su profesion de médico á la misma aldea que habitaba su hermano.

Por todos estos motivos hizo gran impresion en el ánimo de Bradsh la fatal nueva que la carta referia, y ya sabedor del suceso solo pensó en buscar á su hija para darse á conocer de ella y obligar á su seductor á que la tomase por esposa.

Pasaron dos ó tres dias sin que ninguna de las investigaciones de los dos hermanos diese resultado; dias que fueron para ellos siglos, ignorantes como lo estaban de las circunstancias del hecho y del paradero de Fanny y su seductor.

En vano preguntaron cien y cien veces á miss Clara noticias acerca del amante de Fanny; la buena mujer juraba y protesta-

Había ya renunciado á mi propósito y arrojado el epílogo entre mis retales, cuando hé aquí que cuando menos lo esperaba se me presentó en mi casa un amigo mío que por una sucesión de vicisitudes ha ido á parar en empleado de una casa de locos.

Ya ven mis lectores que mis amistades son amistades útiles.

Si un día no tengo que comer, ahí está mi amigo el de la fonda del Cisne.

Si como es probable me vuelvo loco, tengo un amigo loquero.

No puedo quejarme buenamente de mi fortuna.

Mi amigo, aprovechando la ocasión de venir á Madrid, se había traído consigo las MEMORIAS DE UN LOCO, muerto poco tiempo antes en el hospital de Zaragoza.

Yo saludé con un respetuoso entusiasmo aquel manuscrito y le adopté.

Si hice bien en adoptarle ó no, lo dirá el público.

A su juicio dejo las

MEMORIAS DE UN LOCO.

Era ya muy tarde, ó por mejor decir muy temprano.

Los relojes de la villa de Madrid habían marcado las tres de la mañana.

No había alumbrado; pero el reflejo de la nieve que cubría las calles hacía la noche muy clara, aunque el cielo estaba muy oscuro.

Salía yo de una de esas casas.....

Pero antes de que os diga la casa de donde salía, debo decir quién soy yo.

Soy un hombre ni feo ni hermoso, que acabo de cumplir treinta y seis años, y que en la época que pongo la fecha de mis memorias tenía veinticuatro.

Soy una persona decente, porque soy rico, y lo fué mi padre, y lo fueron mis abuelos.

Porque soy rico y persona decente me fastidiaba en aquella época.

Ahora no me fastidio; ahora agonizo.

Pero en aquella época estaba hastiado.

A los veinticuatro años había viajado mucho, y de mis viajes solo había sacado en limpio una suma enorme de recuerdos embrollados.

Mi pensamiento era una especie de torre de Babel.

En mi continuo trato con toda clase de gentes solo había encontrado una verdad.

Que nuestro hombre y nuestra mujer no existen.

O, precisando mas la frase, que nuestro amigo y nuestra amante son dos fantasmas soñados por nuestro caso.

Sin embargo, muchos hombres me han ofrecido su bolsa y su vida, y muchas mujeres su cuerpo y su alma.

Yo tomaba lo que estos hombres y estas mujeres me vendían á beneficio de inventario, y ponía en cuenta corriente sus sacrificios frente á mi dinero.

Lo que se significa que descubrí otra verdad que se contiene en los siguientes versos:

Pues el amor y la amistad se venden,
lo que hay que procurarse es el dinero.

Si yo hubiera sido pobre, me hubiera afanado por adquirirle, para tener un día el placer de estrechar las manos de muchos amigos y ser estrechado entre los brazos de muchas amantes.

Pero, como era rico, me encontré en posición de entrar en el mundo de las afecciones por la puerta principal desde el momento en que me decidí á ser hombre de mundo.

Y tuve amigos y amantes..... á docenas.

Pero comprendí que estos amigos y estas amantes no merecían ni aun los honores de la farsa.

Acabé de hastiarme y pensé en el suicidio.

El hastío es la modorra del espíritu, su condenación, su no hay mas allá, su mortaja, su ataúd, su *pulvis es*.

Un hombre hastiado es un muerto que anda; un muerto que en vez de apestar á los vivos es apestado por ellos.

Me decidí por el suicidio.

Pero no adopté un medio vulgar de darme un pistoletazo, de suspenderme, de sumergirme, de darme de puñaladas ó de beber ácido prúsico.

Tales medios no los adoptan mas que los desesperados de mal género.

Los que temen á los acreedores.

Los que han sido bastante necios para referir su existencia á la posesión de una mujer.

Los etcetera, etcetera.

Un hombre hastiado debe morir noblemente luchando brazo á brazo con el hastío, forzándole, estrechándole, entrando de lleno en los excesos de todo género, hasta caer bajo los estragos de una vida monstruosa, absurda.

Yo lo adopté todo, la crápula, la orgía, el desorden, el placer.....

Yo esperaba que apareciese la tisis.

Pero la tisis huyó espantada de mí.

Ínitilmente forcé mi organización, procuré gastarme.

Mi organización resistió como una máquina de acero.

Entonces me entregué resignado á mi destino.

Como si un genio fatal y poderoso se hubiese propuesto oponerse á mi voluntad, se me hizo imposible el suicidio, á no ser apelando al medio ruidoso y poco decente de levantarme la tapa de los sesos ó de hacerme matar en un duelo.

Me reduje, pues, á satisfacer las necesidades materiales, y no pudiendo vencer al hastío le acepté con dignidad.

En este estado, pues, me encontraba á las tres de la mañana aquella en que las calles de Madrid estaban cubiertas de nieve.

Salía yo de una de esas casas, donde todo es permitido, donde se rie, se bebe, se habla libremente, se fuma y se está medio tendido y con el sombrero puesto.

Una de esas casas, en cada una de las cuales tiene abierta una candente y luminosa página el mundo.

Donde las mujeres se presentan tales cuales son arrojada la careta del decoro.

Donde los hombres hacen gala de sus vicios.

Yo no gozaba allí; pero estaba mejor que en otras partes, porque allí al menos veía claro, y no estaba obligado á fingir ni á violentarme.

Adelantaba yo maquinalmente á lo largo de una calle.

Aquella calle era corcoba de configuración y ciega de luces.

Hacía un frío de cuarenta grados y nevaba.

De repente brilló una luz á lo lejos, y un cuerpo humano proyectó sobre la pared una gigantesca sombra.

Y, sin embargo, lo que producía aquella sombra gigantesca era una niña.

Aquella niña era una tramera.

Iba sola, y la acompañaba un perro.

Yo llevaba en la boca un cigarro sin encender, y con intención de encenderle me dirigí á la tramera.

La muchacha traía muy poca ropa, y el perro muchas lanas.

Sin embargo, la muchacha parecía resistir admirablemente el frío, y el perro tiritaba.

La muchacha cantaba á media voz, sin duda por temor de interrumpir con su canto el sueño de los vecinos, y revolvía los montones de basura con su ganchito, buscando trapos que cuando encontraba arrojaba en la cesta.

Al acercarme, el perro gruñó y se adelantó hácia mí de una manera amenazadora.

La muchacha entonces me miró y seguidamente llamó á su perro.

— He quieto, Mustafá, le dijo, dejándome oír una voz infantil y fresca, al par que armoniosa y grave: no ves que es un caballero.

El perro retrocedió, y yo me acerqué mas.

La muchacha me miró de nuevo.

Hay miradas que son una historia.
 Hay miradas que son un poema.
 Hay miradas que son una sátira.
 Hay miradas que dilatan el alma.
 Haylas por el contrario que la comprimen.
 La mirada de la traperita me refirió una historia muy sencilla.

La historia de una vida de sufrimiento.
 La mirada de la traperita fué un poema que podía haberse reducido á estas dos palabras.

«Sufro y espero.»

Estas dos palabras son la historia del género humano.

Sufrir y esperar.

¿Qué sufría aquella niña?

La pobreza con todas sus consecuencias acaso.

¿Qué esperaba?

¿Quién sabe lo que puede esperar una criatura!

La muchacha era toda ojos: unos hermosísimos rasgados y elocuentes ojos negros.

Aquellos ojos se destacaban de una manera enérgica, y parecían mas grandes y mas negros que lo que lo eran en realidad, sobre un semblante flaco, muy pálido, muy triste.

A pesar de la tristeza de aquel semblante, los ojos sonreían, pero con la triste sonrisa de la resignación.

Su mirada dilató mi alma, la hizo aspirar una pasión pura.

Yo creo que fué compasión hacia aquella niña lo que me hizo sentir su mirada.

Y á mas de la compasión un no sé qué misterioso, que no era amor ni deseo porque ni deseo ni amor podía inspirarme aquella pobre criatura.

Sin embargo, han pasado doce años desde que la vi la primera vez, y aun no he podido olvidar su primera mirada.

Me sonrió con ella como se sonríe á un hermano querido.

Me dió paz con su mirada en el alma.

Han caído dos lágrimas sobre el papel.

Siempre que las lágrimas asoman á mis ojos tiemblo de miedo.

Porque cuando mis ojos se arrasan, me sobreviene al poco tiempo uno de esos horribles ataques, en que no pudiendo resistir lo íntimo del dolor de mi corazón, grito y me revuelco, y me destrozó: y entonces vienen las ligaduras y el lecho de tormento y el horrible casco de nieve.

¡Me creen loco!

Es necesario pues olvidar; procurar olvidar; secar las lágrimas y esconder estas memorias.

(Continuará).

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

MADRIGAL.

EN EL ALBUM DE LA SEÑORITA DOÑA A. B. DE V.

Recoge en la guirnalda
 los mil anillos del cabello de oro,
 que ornando abrumar tu redonda espalda,
 de blanca nieve perenal tesoro.

Apaga las centellas peregrinas,
 con que eclipsas la luz do las estrellas;
 pues loca no imaginas,
 el fuego que encender puedes con ellas.

Destrustra los corales
 que derraman carmin sobre tu boca,
 pues si tirana sales
 á ostentar á la luz tantos hechizos,
 redes de amor serán tus sueltos rizos,
 fuente de mil agravios,
 el rosielcer brillante de tus labios

y manantial de enojos

la viva lumbre de tus claros ojos.

ANTONIO HURTADO.

LA VERBENA DE S. ANTONIO.

DEL MISMO ALBUM.

Verbenica, verbenica

de S. Antonio de la florida

Dios te bendiga, Dios te bendiga.

La famosa de S. Juan

la de S. Pedro festiva

comparadas contigo

son niñería.

Tú tienes como ellas flores,

música, danzas y risas,

y santicos de barro,

también santicas.

Que el que vende á S. Antonio,

á S. Pedro y al Bautista,

puede, si hay quien las compre,

vender Marias.

Peró lo que tú tienes,

y yo sé que te lo envidian,

es ese riachuelo

de frescas linfas.

Ese campo y esos montes

en cuya elevada cima

resistiendo al verano,

la nieve aun brilla.

Esa fuente que aunque humilde

cual las mas soberbias, rica

por once caños vierte

sus aguas limpias.

Esa que la luna baña

y árboles recios abriga

del mas donoso santo

santa capilla.

Verbenica, verbenica etc.

FRANCISCO ZEA.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Me doy por vencido, mas no anonadado; y esto por galantería.



LA ROCA TARPEYA, TAL CUAL HOY EXISTE.

¡Del Capitolio á la Roca Tarpeya no hay mas que un paso! Esta expresion marca la historia del poder. El Capitolio era en el mundo romano el sitio mas célebre levantado por Tarquino el Soberbio, para cumplir el voto de Tarquino el Anciano. Desde aquel punto dominaba Roma al mundo desplegando aquella pompa religiosa y guerrera que la caracterizaba en el templo alzado allí á Júpiter, en el sacrificio y acciones de gracias donde el vencedor de los enemigos de Roma, arrastrando en pos de su carro los reyes encadenados, inmolaba ante el triple pórtico del Señor de los dioses cien toros blancos como la nieve.

La Roca Tarpeya se halla inmediata al Capitolio. El templo de Júpiter ocupaba la cima oriental del monte capitolino. Sobre la cumbre, hacia el Tiber, estaba el *Ara*, la ciudadela. Sus cimientos, en gruesos trozos de granito, atestiguan poderosamente el robusto genio de Roma en su nacimiento. Entre el templo y la ciudadela se halla un intervalo llamado *Intermontum* por los romanos. Aquel pequeño espacio fué donde Rómulo abrió un asilo á los vagabundos, á los ladrones, á los descontentos de todos los países, de que hizo soldados con que comenzó Roma la mision providencial de establecer la unidad política del mundo, lo que consiguió con sus conquistas. Era precisa la unidad política, verificada por la espada de Roma, para que el cristianismo pudiese extender por la palabra la unidad religiosa y una nueva civilización.

Alta, de cerca de cincuenta piés la Roca Tarpeya termina el monte del Capitolio. Llegábase en otro tiempo á su fatal cima por una escalera de cien escalones. Hoy nos costó trabajo el verla. Necesitamos entrar en el patio de una casa, porque se halla enterrada en el suelo en sus dos terceras partes y como escondida por una multitud de casas. Hoy no presenta peligro alguno á los ambiciosos y continúa siempre á un paso del Capitolio. Hoy no es mas que un objeto de curiosidad esta famosa Roca, desde cuya cima eran precipitados los criminales de la antigua Roma y desde donde el pueblo inconstante precipitó á los que la víspera victoreaba en el Capitolio.

La perspectiva que hoy ofrece es la que reproducimos en el grabado que presentamos á nuestros lectores, y que copiamos al pié mismo de la terrible Roca, á que dió nombre una vestal llama-

mada Tarpeya, que entregó á los Savinos el Capitolio, de que su padre era gobernador, con condicion de que la diesen todo lo que llevaban en el brazo izquierdo. La codiciosa vestal entendia así adquirir los ricos brazaletes que adornaban los brazos de los Savinos; pero estos en lugar de las codiciadas joyas, la arrojaron á la cabeza sus pesados escudos y la hicieron perecer bajo de ellos, castigando así su traicion.

La Roca Tarpeya, á pesar de la eterna base granítica con que está asentada por la naturaleza, es uno de los monumentos hoy menos visibles, en una ciudad donde existen las pruebas materiales de una gran parte de sus maravillosos sucesos, cuya historia está escrita en los monumentos que ha respetado el tiempo á fin de que no pereciese nada de lo que pudiese atestiguar la grandeza naciente de la ciudad eterna.

Nosotros hemos visto, á las orillas del Numico, el sitio que ocupara la tumba de Rómulo. Nosotros hemos bebido el agua que corre aun hoy cerca de los muros de Roma, en la fuente de Egeria, la divina compañera de Numa. Hemos andado el camino donde la impía Tulia pasó con su carro sobre el ensangrentado cuerpo de su padre, que aun hoy se llama la *Via Scelerata*. Hemos entrado en la inmensa cloaca de Tarquino el Anciano, conservada despues de tantos siglos sin degradacion ninguna. ¡Hemos visto el sepulcro de los Horacios y otros monumentos, testigos eternos de su antigua nobleza!!!

EL CONDE DE FABRAQUER.

MEDINA AZZAHRA.

EPISODIO HISTÓRICO.

(Continuacion.)

IV.

Pero el pecado de Abderrahman, hijo de su torpe y desmedido amor, era demasiado grande para que mereciera fácilmente el perdón de Allah. El castigo no se tardó por cierto, pues de allí á poco, como el califa entrase con poderosa hueste de cien mil hombres por el reino de Leon y acometiese á Zamora, fué desbaratado lastimosamente por el rey de los cristianos Rad-

22 DE JUNIO DE 1856.

mir *ebn Ordón* (1), que acudió contra él, en la famosa pelea llamada de *Aljandic* ó de la hoya. Esta jornada fué muy desastrosa para Abderrahman, pues perdió en ella cincuenta mil hombres, parte muertos á hierro y parte ahogados entre los siete órdenes de muros, separados por fosos llenos de agua, que ceñían aquella fortísima ciudad, año 327 de la egira, 938 de Jesucristo (2). Tal fué la suerte que cupo por sus culpas al valeroso y afortunado emir que desde su elevación al trono había alcanzado de los cristianos muchas victorias y conquistas, contando entre los príncipes á quienes humilló con sus armas á Ordoño, hijo de Alfonso, rey de Leon y Galicia (3); á Sancho Ebn García, señor de Pamplona y emir de los vascones (4); al conde de Castilla (5) y al de Barcelona (6), y por otras partes enviando sus huestes á África había señoreado á Ceuta, Fez y otras ciudades y comarcas. Llenas están las historias árabes de los encuentros victoriosos, expugnación de castillos y plazas, estragos y talas de los campos y tierras y otros hechos de armas memorables que este emir había ejecutado por su propia persona en el *alghied* ó guerra santa, rompiendo por tierras de Galicia, Alava, Castilla y Navarra (7). Pero sus culpas oscurecieron gran parte de su gloria, y desde que se entregó en Medina Azzahrá á los placeres del amor, no volvió á salir jamás por su persona á las gazuas y algaras, sino que se contentó con enviar sus capitanes y huestes (8).

Los imames y alfaquies, viendo cómo el califa corría á su perdición, no dejaron de amonestarle; pero ya era demasiado tarde para que pudiera volver en sí del amor que le avasallaba, causa de todas sus flaquezas. Los autores árabes refieren á este propósito algunas anécdotas, contando como Allah por medio de varones santos y doctos, le reprendió no solo por los yerros de sus amorios, sino tambien por la vanagloria que sentía por haber edificado aquella maravilla del arte. Cuenta pues un historiador que cuando Annasser miró concluido aquel su prodigioso alcázar del califado que dejamos descrito, con su dorado techo y tejas de oro y plata, se sentó en él cierto día rodeándose de sus wacires y toda su corte. Vanagloriándose pues de la excelencia de aquella obra por él dispuesta y costeada, dijo á sus cortesanos: «¿Por ventura habeis visto ú oído que rey alguno antes de mí haya fundado fábrica como esta ó haya podido fundarla?» — Los cortesanos adulándole le respondieron: — «No por cierto, ó emir Almumenin: ni lo hemos visto ni ha llegado á nosotros su noticia.» Tales palabras le regocijaron; y como era tambien poeta, improvisó estos versos.

«Los reyes cuando quieren dejar memoria de sus hechos, los pregonan con las lenguas de la arquitectura.»

«¿Por ventura no veis cómo se conservan las pirámides egipcias y cuántos reinos yacen sepultados en el olvido por las vicisitudes de los tiempos?»

«Ciertamente un edificio que se levanta sublime y majestuoso, dá manifiestos indicios de la grandeza y poderío de su fundador.»

Así se gloriaba Annasser con sus cortesanos muy satisfecho por imaginar que ningún rey había llegado á construir edificio semejante, cuando el cadí y *aljathib* Mondzir Ebn Said entró en la cobba con la cabeza baja y el rostro austero. Recibióle el califa con el respeto debido, como á persona que era muy autorizada en letras y religion, y luego que ocupó su asiento le hizo

la misma presuntuosa pregunta que había dirigido antes á los demas cortesanos, encareciendo la preciosidad del techo dorado. El cadí al oír aquello no pudo reprimir sus lágrimas que corrieron hasta su barba, y dijo á Annasser: «O emir Almumenin: temo que Xaithan (maldigale Dios) te haya trastornado la razón, y no recelas que por muchas que sean las gracias y mercedes que te ha concedido Allah, dándote imperio sobre el mundo, puede confundirte con los idolátras.» Abderrahman conmovióse mucho con estas palabras, y replicó al cadí: «Vea lo que habla y cómo Allah ha de confundirme con los idolátras.» — «Ciertamente sí, repuso Mondzir. ¿Por ventura no ha dicho Allah excelso: «Porque si todos los hombres no debiesen formar un solo pueblo (1), á la verdad daríamos á los que no creen en el Misericordioso techos de plata para sus casas.... y de oro todo el ajuar y ornato (2)?» El califa al oír esto, entre airado y confuso bajó los ojos al suelo; pero al fin reconociendo su falta, brotó el llanto de sus pupilas y dijo á Mondzir: «Allah te ha confiado la mas alta mision, que es el hacer bien y predicar las doctrinas salvadoras del Islam: tus sentencias y máximas corren de boca en boca y has dicho la verdad.» Entonces se levantó de su asiento, y con humilde oración imploró el perdón de Allah, mostrando despues el arrepentimiento de su vanidad con hacer que se despojase aquel suntuoso techo de la cobba de todo el oro y plata que le enriquecía y darle otra forma y ornato menos ostentoso.

Así Abderrahman haciendo la enmienda posible de su yerro, logró detener en parte los castigos de Allah; y aun alcanzó de su misericordia que concediese á sus capitanes y huestes algunas victorias contra los enemigos de su fé, que vengaron la derrota sufrida en Aljandic. En el año 344, de Jesucristo 953, *Ahmed Ebn Yila* y otros alcaides de las fronteras dieron aviso de haber entrado en tierra de Castilla y puesto en derrota un ejército de cristianos que les salió al encuentro, enviando en su testimonio cinco mil cabezas de sus enemigos que fueron suspendidas en derredor de los muros de Córdoba. Los alcaides de Badajoz, Talavera y de varias plazas fronterizas alcanzaron tambien prosperos sucesos de armas en diversas incursiones por tierras de Galicia, Leon y Navarra. Edificóse tambien por orden del califa la plaza fuerte de *Medina Salem*, hoy Medina Celi, como frontera contra la parte oriental de Castilla, año 335—947 (3). Los reyes y príncipes cristianos de España, por la desdicha de los tiempos, se humillaron á veces á pedirle la paz; y otros monarcas de toda Europa solicitaron asimismo su alianza y amistad, entre ellos Constantino, hijo de Leon, emperador de Constantinopla; Othon, rey de los slavs (4); el rey ó señor de los alemanes (5); Hugo (6) y Carlos (7), reyes de Francia y el señor de Roma; todos los cuales enviaban sus embajadores al emir Almumenin, acompañando sus mensajes con ricos presentes (8), y él los recibía ostentosamente en sus alcázares de Medina Azzahrá.

Pero volviendo ahora á reanudar nuestro relato de la fundación de Medina Azzahrá, cúmplenos decir que Abderrahman Annasser persiguió aumentando aquel sitio real con nuevos paseos, jardines y casas de placer. Asimismo estableció allí fábricas de armas y de diversas telas y tejidos, en donde se hizo un toldo de gran tamaño para cubrir el patio de la aljama de Córdoba y defender así de los rayos del sol la inmensa muchedum-

(1) Es decir Ramiro II, hijo de Ordoño II, que reinó desde 930 á 950 de Jesucristo.

(2) *Ebn Jaldun* y *Almesudi*, citados por *Almaccari*, vol. I, pág. 228.

(3) Ordoño II, hijo de Alfonso III, que reinó desde 914 á 924 de Jesucristo.

(4) Sancho Garcés, rey de Navarra, que reinó desde 905 á 925 de nuestra era.

(5) El famoso Fernán Gonzalez ó su hijo y sucesor Garcí Fernandez.

(6) Este conde de Barcelona debió ser ó bien *Miron*, hijo de Wifredo, que gobernó aquel estado del año 912 al 929 de Jesucristo, ó bien su sucesor *Sunario*, que murió en 950.

(7) *Almaccari*, I, 234 y 235.

(8) *Almaccari*, I, 233.

(1) Es decir si no hubiese el peligro de que todos los hombres Negasen á formar una secta infiel. Así lo entiende *Luis Marracci* en su excelente version latina y edicion del texto árabe del Alcoran (Padua 1693).

(2) *Alcoran*, sura XLIII *Aleyas* ó versículos 32 y 33. — Pág. 634 del texto árabe y 636 de la version latina de la edicion mencionada.

(3) *Bayan Almoghreb*, parte II, pág. 229.

(4) Es decir Othon el Grande, coronado emperador de Alemania en 936 de Jesucristo.

(5) Acaso Enrique, rey á la sazón de Germania.

(6) Hugo el Grande, de quien aquí se habla, no fué rey como dice equivocadamente el autor árabe, sino duque de Francia y de Borgoña, y el señor mas poderoso de aquellas partes: murió en 956.

(7) Carlos el Simple, que reinó desde 898 á 923 de Jesucristo.

(8) *Almaccari*, parte I, pág. 234 y 35.

bre que allí se agolpaba para las asallades y otras prácticas religiosas. Fundó también en Azzahrá la *seca* ó casa de la moneda, en donde aparecen acuñados dirhemes y dinares de este monarca y sus sucesores desde el año 338 hasta el 400 de la egrira (949 á 1010 de Jesucristo) (1). Annasser fijó su residencia en el alcázar de Medina Azzahrá y desde allí administraba los negocios de paz y guerra, que unos y otros le alcanzaron notable gloria y prosperidad, y recibía, como se ha dicho, á los embajadores de otros soberanos que venían á traerle sus presentes ó solicitar su alianza. Este califa en fin no dejó de embellecer mas y mas aquel real sitio, usando en ello de tal magnificencia y prodigalidad, que destinaba cada año á aquel objeto la cuantiosa suma de 300,000 dinares hasta el año 350—961 en que murió (2).

Los alcázares de Medina Azzahrá fueron teatro de grandes escenas, en que Abderrahman y los califas sus sucesores, con toda la pompa y lujo oriental, desplegaron á los ojos del mundo asombrado la magnificencia, riquezas y poderío que Allah dispensaba á aquellos soberanos. Alianzas y confederaciones con otros monarcas, tratados de paz y de guerra, proclamacion y alzamiento de califas, recepciones de grandes personajes, embajadas en demanda de auxilio ó en reconocimiento de vasallaje, justas y certámenes de ingenio; todo se celebraba allí con soberbio fausto y ostentacion. Los historiadores árabes, con su imaginacion privilegiada y su mágico pincel, trazan de estos sucesos tan fantásticas descripciones, que en nada ceden á los cuadros maravillosos del libro de *Alf leila waleila* (3). Pero remitiendo la curiosidad del lector á aquellos autores y cronistas, para no alargar en demasía nuestro relato, solamente bosquejaremos aquí una de las grandes escenas representadas en el teatro de aquellos suntuosos alcázares, que fué la presentacion en ellos del rey de Galicia D. Ordoño el Malo. Este príncipe, hijo de D. Alonso el Monje, merced al favor de su suegro el conde Fernan Gonzalez, se habia alzado con el trono de Leon y Galicia en el año de 959, despojando de él á su legítimo poseedor que lo era su primo D. Sancho llamado el Craso. D. Ordoño no disfrutó mucho tiempo de la corona usurpada, pues D. Sancho, procurándose la ayuda del poderoso califa Abderrahman III, volvió á recobrar su trono en 961. Pero como en este mismo año muriese Abderrahman, y le sucediese su hijo Alhacam, D. Ordoño resolvió implorar el auxilio del nuevo califa, porque estos soberanos no hacian escrupulo de ser inconsecuentes en sus alianzas y amistades, con tal de atizar así entre los cristianos el fuego de la guerra civil. En el día señalado para su solemne recepcion, segun la ceremoniosa etiqueta de aquella corte, el príncipe cristiano salió del palacio llamado *Almunia* ó *Casr Anaora* (4), al poniente de Córdoba, en donde el emir le habia alojado ostentosamente, y se puso en marcha para Medina Azzahrá, acompañado de algunos condes y caballeros que le habian seguido desde sus estados, y de los varones mas principales escogidos entre los cristianos mozárabes que con licencia de los califas vivian en tierra de moros conservando el ejercicio de su religion. Eran estos personajes *Walid Ebn Jairun*, *cadhi* ó juez

de los mozárabes de Córdoba, y *Obeidallah Ebn Alcaassim*, *almitran* ó obispo de Toledo (1). D. Ordoño con su comitiva, todos lujosamente ataviados y á caballo, llegaron á la puerta exterior de Medina Azzahrá llamada *Bab Alacabba* ó de las bóvedas, en donde hallaron formada parte de la lucida guardia de los slavs ó esclavones, que se adelantaban á tributar los debidos honores al rey cristiano, y que al verle se apearon respetuosamente de sus caballos. Al llegar á la otra puerta interior llamada *Bab Assudda*, ó sea la puerta régia y principal del alcázar, por aviso de Ebn Talmis, moro de cuenta que les servia de introductor, todo el acompañamiento de Ordoño desmontó, sin quedar en sus caballos mas que el rey y su introductor. Estos apeáronse tambien en la puerta del pabellon meridional del alcázar, donde despues de detenerse algunos momentos, se les ordenó que subiesen á la gran azotea atravesando siempre entre las filas de la lucida guardia de slavs. El emir Almunen Alhacam aguardaba al rey cristiano asentado sobre su trono en el pabellon oriental del terrado ó azotea llamado *Almunen*, rodeado de gran pompa y en medio de los príncipes sus hermanos, sus wacires, cadhies, alfaquies y demás personas principales de su corte. D. Ordoño iba vestido con cierta vistosa túnica y albornoz blanco, pero en la cabeza segun el uso cristiano llevaba un elegante birrete adornado con algunas perlas. Al llegar el príncipe cristiano á la puerta del pabellon que ocupaba el califa, despojóse de su albornoz y descubrióse reverentemente la cabeza. Detivose un momento en el umbral donde se postró con respeto; mas adelante se volvió á inclinar, y al llegar por fin al pié del real trono, dominando la profunda emocion y asombro que sentia ante tanta grandeza, alargó su mano al emir que la estrechó afectuosamente. Cumplidas estas y otras ceremonias, asentóse en un rico estrado que le estaba prevenido. Los demás altos personajes que acompañaban á Don Ordoño, fueron admitidos á besar la mano al emir, ejecutando las mismas reverencias y postraciones, y se les concedió asimismo que ocupasen otros asientos inferiores á uno y otro lado del rey cristiano. El emir Alhacam, con la afabilidad propia de la verdadera grandeza, animó al rey desposeído, que parecia tímido y absorto ante tanta majestad, dándole el parabien de su venida y de que hubiese acudido á él. Entonces el cadhi de los mozárabes *Walid Ebn Jairun*, desempeñando el cargo de intérprete, manifestó al califa con respetuosas razones, cómo los deseos del príncipe cristiano eran acogerse á su poderosa proteccion, y solicitar que le ayudase al cobro de su corona, obligándose, si así lo hacia, á reconocerle perpetua obediencia y vasallaje. Para demostrar mejor la confianza con que ponía su suerte en manos del emir y la fé que tenia en su poder y justicia, D. Ordoño por medio del intérprete, suplicó á Alhacam que constituyéndose en árbitro de las diferencias que mediaban entre él y su primo D. Sancho, él decidiese á cuál de los dos asistia mejor derecho para el trono. El emir escuchó afablemente estas súplicas y demandas, y como las buenas razones que Don Ordoño supo alegar en defensa de su causa ó otras consideraciones y miras de política le interesasen en su favor, accedió á lo que el cristiano le pedia, aceptando su vasallaje y ofreciéndole su ayuda para recobrar su corona. D. Ordoño demostró al califa su agradecimiento, aclamándole por el mas glorioso y liberal de los príncipes y repitiendo sus reverentes saludos y postraciones, se despidió de Alhacam. Al retirarse el príncipe cristiano los slavs le llevaron con su acompañamiento al aposento ó pabellon occidental, donde se miraba otro real trono, ante el cual él y los suyos tambien se inclinaron con veneracion. Despues los condujeron á otra estancia situada al norte de aquella, en que hicieron sentar al príncipe sobre un almohadon ricamente labrado de oro. D. Ordoño, deslumbrado con la vista de tantas riquezas y maravillas del arte como se mostraban donde quiera en aquellos alcázares, se dejaba conducir de una en otra parte,

(1) En una de estas medallas que tenemos á la vista y es un dinar ó moneda de oro acuñada en el reinado de Alhacam II, hijo y sucesor de Abderrahman, se leen las siguientes inscripciones que nos parece no inconveniente copiar aquí como muestra del gusto de los árabes en numismática.

En el anverso se lee pues en tres líneas: «No hay mas Dios que Allah: es único: no tiene compañero.»

En el reverso: «Mahoma es el apóstol de Dios que le envió con la doctrina recta y la ley de la verdad para que la hiciese prevalecer contra toda otra religion á pesar de los asociados (es decir de los infieles).» ALFORAN, SURA LXI, aleya 9).

En el reverso en cuatro líneas: «El Imam Alhacam Emir Almunenin Almoatamer Billah-Amer.»

En el reverso: En el nombre de Dios acúñese este dinar en Medina Azzahrá, año 360 (de la egrira, 971 de Jesucristo).

(2) Ebn Hayyan citado por Almaccari, I, 373.

(3) Las mil y una noches.

(4) Sobre la magnificencia de este palacio ya antes mencionado por nosotros, véase á Almaccari, I, 371.

(1) Los cristianos que moraban en tierra de infieles, puesto que conservasen su propia religion, en nombres, trajes y otros usos habian llegado á imitar á la nacion en cuyo seno vivian enclavados.

como el que embargado de un sueño se abandona al capricho de su imaginación extraviada y delirante. Permanecía en aquel aposento el príncipe cristiano sin darse cuenta de lo que por él pasaba, cuando vino á presentársele cierto hajib ó mayordomo de palacio llamado *Chafar Almushafi*. Este, después de dirigirle algunas palabras corteses, asegurándole de las buenas disposiciones y favor del califa, mandó que le trajesen una magnífica *holla* ó vestidura de honor que aquel le regalaba, y que se componía de una túnica y albornoz de riquísimo tisú y de un ceñidor de oro puro cuajado de rubíes y otras perlas preciosísimas por su gran tamaño y hermosura. Los historiadores árabes, al referir este suceso, encarecen mucho la sorpresa que mostró Don Ordoño á vista de aquel presente, pues á pesar de su alto nacimiento, el rudo y pobre príncipe cristiano jamás había usado de tan ricos vestidos. Semejantes preseas regaláronse por mandato del sultán á los condes y varones principales que acompañaban á D. Ordoño, según la calidad de cada uno. Cuando llegaron al pie del pabellón meridional en donde se había apeado el príncipe, presentáronle un soberbio corcel ricamente enjaezado con paramentos y frenos labrados de oro, con que el califa quiso darle un nuevo testimonio de su grandeza y generosidad. D. Ordoño con su comitiva salió de los palacios de Medina Azahar sumamente pagado y contento del emir Almumenin, tornándose después al alcázar de Annaora, en que vivió hospedado mientras permaneció en aquella corte.

Alhacam cumplió á D. Ordoño sus promesas; pues como se deja entender por los historiadores, no fué otra la causa de la expedición que por este tiempo emprendieron sus capitanes, acometiendo con poderosa hueste las fronteras del reino de Leon y haciendo grandes estragos en aquella tierra. D. Ordoño sin embargo no logró sus deseos de recobrar la corona perdida, pues poco tiempo después acabó su vida afrentosamente entre los infieles, sin duda porque la Providencia no permitió que en tiempos tan azarosos para los cristianos, reinase sobre ellos un príncipe que por sus desafueros y vida depravada había merecido el renombre de Malo.

Tal fué el suceso de este famoso recibimiento del príncipe D. Ordoño por el poderoso califa Alhacam I en los alcázares de la ciudad florida según lo refieren los cronistas árabes. En el capítulo siguiente volveremos de esta nueva digresión al reinado de Abderrahman III, para recordar las demás historias de aquella prodigiosa fábrica que mas interesan á nuestro propósito.

F. JAVIER SIMONET.

DIEZ Y OCHO AÑOS DESPUES.

(Conclusion.)

IX.

Pasó aquel día, y aun cuando no con completa tranquilidad, al menos no tan borrascoso como los otros.

William participó á su hermano todo lo que en la casa azul le había sucedido con el viejo, y el cómo empezando á tratarle de mala manera, había concluido por asegurarle que su sobrino repararía su falta.

Alegróse infinito el pobre cura, primero porque la muchacha estaba á su cuidado y en la casa, y segundo porque era sobrina suya; mas viendo que su hermano no le hablaba nada de ella, no pudo resistir mas á su curiosidad, y tomó el la iniciativa.

—¿Y nada has sabido de Fanny?

—Nada.

—¿Y no te se ocurre, mi buen Villiam, que ese señor podrá saber su paradero?

—No veo la razon, dijo William.

—Si su sobrino....

—Que no piensa mas que en montar á caballo.

—Pero de todos modos es preciso buscarla.

—Estoy en ello, mi buen Jhon, y no creas que he desperdiciado hasta ahora ocasion ninguna; pregunto á todo el mundo, miro en todas partes, busco por todos los rincones y mis pesquisas son vanas. Fanny no parece.

—¿Y si algun acto de desesperacion la hubiese inducido á?...

—Ya lo hubiéramos sabido, mucho mas yo que judicialmente debo intervenir.

Quedó conforme el cura con las razones de su hermano, y no se volvió á hablar mas de la cuestion. William viendo que era tarde tomó el camino de su casa.

Pero según había dicho á su hermano, no pasó por bosque, casa, ó jardin en que no preguntara indirecta ó directamente noticias de su hija.

Nada sabía de ella, nadie podia darle razon, y William se fraguaba mil ideas á cual mas siniestras que aun cuando procuraba desechas, sin embargo dejaban alguna impresion en su alma.

El haber huido de su casa sin haber vuelto siquiera á saber de su hijo, sin que nadie pudiera dar razon de ella ni viva ni muerta, le hacia sospechar á Bradsh que Fanny podia haber atentado contra su vida.

Aun cuando ya conocia al seductor de su hija, y sabia que habia de dar satisfaccion cumplida de su proceder, sin embargo el pobre médico no pudo pegar dos ojos en toda la noche, fraguándose mil y mil comentarios acerca de lo que á su hija podia haberle sucedido, pensando en que su honra quedaria entonces por el suelo, y que el desgraciado niño que ninguna culpa tenia, se avergonzaria algun dia de su origen, y odiaria la memoria de la madre desnaturalizada que le habia abandonado desde el momento de nacer.

Así pasó la noche: al dia siguiente apenas fué hora William tomó el camino del bosque de los abetos y llegó á la casa azul.

Se hizo anunciar, y en el acto le dijeron que podia pasar, porque el señor tenia dada orden de que le entraran en cuanto viniera.

X.

—Buenos dias, señor Bradsh, dijo el tio al verle entrar, y poniéndose de pié le alargó la mano.

—Buenos los tengais contestó aquel.

—Tomad un momento asiento, amigo mio, para que escuchéis mejor la noticia que tengo que daros.

—¿Tan malas son?.... repuso William que siempre veia lo peor.

—Al contrario, mi buen doctor, no pueden ser mas agradables, y eso os lo hubierais figurado desde el principio si me hubieseis conocido; los que á mi me pertenecen tienen obligacion de portarse bien á costa de todo, así es que mi sobrino Edward, aun cuando yo no le hubiera hablado, estaba conforme con mi doctrina.

—¿Y le habeis visto?

—Naturalmente, puesto que vive aquí.

—¿Y consiente en casarse con mi hija? preguntó al médico algo azorado.

—Sin dificultad ninguna.

Dos lágrimas bañaron entonces las mejillas del anciano William; Jhon, que le observaba, creyó que las lágrimas eran de placer, y de alegría, no pudiendo contenerse se puso en pié y abrazándole le dijo.

—Sois todo un hombre, mi buen Bradsh, y mi sobrino verá por la honra de esas canas que hasta hoy están manchadas.

—¡Oh! ¡mil gracias! ¡mil gracias! murmuraba Bradsh apretándole la mano.

—Enjugad, pues, vuestras lágrimas, porque mejor que yo sabeis que las impresiones fuertes son perjudiciales, sea su causa el placer, sea el dolor.

—Es que una pena horrible é inmensa destroza ahora mi alma, dijo el médico en medio de tristes y sentidos sollozos.

—Pues ¿qué os sucede? le preguntó con interés su interlocutor.

— ¡Mi pobre hija!..... no sé qué ha sido de ella.
 — ¿Desde cuando no la habeis visto?
 — Desde la noche fatal en que cubierta de un velo, la asistí yo mismo sin conocerla.

— ¿É ignorais su paradero actualmente?
 — Le ignoro, y por mas que he buscado me ha sido imposible dar con ella.

— Pues calmaos, amigo mio, vuestra hija, hoy ya puedo decir mi sobrina Fanny, está ya completamente restablecida é irá á veros dentro de un rato en compañía de su esposo.

Figúrense nuestros lectores lo que esta noticia alegraría al pobre médico, el que tenia tantos motivos para llorar su pérdi-

da, y que no nos cansaremos en repetir porque todos son conocidos.

Despidióse William del viejo Jhon despues de haberle dado cien veces gracias por su conducta, y se encaminó apresuradamente á casa de su hermano á comunicarle la alegre nueva de haber parecido Fanny, y la noble conducta del viejo, y juntos se marcharon á casa del médico.

Apenas llegó este, envió á buscar al niño y con una impaciencia extraordinaria esperó la llegada de su hija.

No tardó mucho tiempo en llegar esta y apenas entró avanzóse á su hijo frenética y sin reparar en nadie cayendo delante de él gritando.



— ¡Mi hijo! ¡hijo de mi vida!
 En pos de ella venian Edward y su tio.
 Fanny estaba admirablemente vestida.
 La primera persona á quien abrazó fué á William: su tio la habia dicho ya que era su padre.

EPÍLOGO.

A los cuatro dias el cura hermano de William casaba en la iglesia de su aldea á Fanny y á Edward.

He concluido mi cuento.

AGUSTIN BONNAT.

AMPARO.

(Memorias de un loco).

(Continuación.)

La miré frente á frente y ella me miró durante algunos segundos con una curiosidad infantil.

— Encienda V., caballero, me dijo, levantando su farol y abriéndole.

Encendí mi cigarro.

Luego volví á mirar á la traperita que cerró el farol y se puso á rebuscar de nuevo con su gancho.

Yo, no sé por qué, permanecía inmóvil junto á ella.

— ¿Cuánto ganas buscando trapos? la dije.

— Segun: me contestó: diez cuartos, doce, dos reales. Antes se ganaba mas; pero ahora.... hay muchos traperos y pocos trapos.

— ¿Y no tienes mas oficio que este?

— No señor.

— ¿Y con diez cuartos te mantienes?

— Como pan unos días, y otros pan y queso. Además la señora Adela gana otro tanto.

¡La señora Adela! Aquel calificativo antepuesto á un nombre hasta cierto punto aristocrático, causó en mí un efecto inexplicable.

— ¿Quién es la señora Adela? la pregunté.

— Es una mujer que me ha criado.

Y al pronunciar estas palabras, creí notar en su entonación algo de doloroso, algo de impaciente, algo que revelaba que no era la señora Adela lo mejor del mundo para la traperita.

Comprendí que tenía delante una pobre existencia necesitada de amparo.

Nunca mi hastío de la vida llegó hasta el punto de hacerme indiferente á las desgracias ajenas.

Metí la mano en mi bolsillo y saqué una moneda.

Era una onza.

Yo había pensado darla un napoleon.

Sin embargo, alargué la mano hácia la niña y la entregué la onza.

La chica la tomó, probó su peso y se puso gravemente seria.

— ¡Gracias, caballero! me dijo, devolviéndome la onza. Me basta con lo que gano.

Y se puso de nuevo á revolver y á buscar, guardando un profundo silencio y visiblemente contrariada.

— ¿Por qué no has tomado ese dinero? la dije.

La muchacha no contestó.

Me obstiné, y entonces, alzándose con una dignidad y una firmeza supremas, me dijo:

— Si no sigue V. su camino, caballero, y me deja en paz, llamaré al sereno.

A tal arranque tomé mi partido: arrojé la onza en la cesta de la muchacha, y me alejé.

— Por favor, caballero, me dijo corriendo tras mí y con acento entre suplicante y colérico: V. está equivocado y tira su dinero. Creame V.: tome V. su onza: yo le doy las gracias y.... no hablemos mas.

— ¿Y de qué modo puedo yo hacer para favorecerte? dije volviendo y tomando la onza.

— Dios me favorecerá; esté V. seguro de ello. Dios y....

La muchacha calló, tembló y fijó una mirada ansiosa en el fondo de la calle.

Guiado por su mirada, miré y ví otra traperita que se acercaba.

— ¡La señora Adela! exclamó la muchacha, y se puso con un ardor febril á su trabajo, mientras Mustafá gruñía sordamente.

Tardó poco en llegar una mujer harapienta, alta, huesosa, como de treinta y cinco á cuarenta años, que fijó en mí una mirada insolente.

— ¿Qué quiere este caballero? preguntó con acento de amenaza á la pobre niña.

— Me ha pedido fuego para un cigarro, contestó temblando la traperita.

Yo creí deber atajar la conversación.

— ¿Es V. la señora Adela? la dije.

— Sí señor: ¿qué se le ofrece á V.? contestó secamente.

— Necesito hablar con V. á solas.

— ¡Ah! ¡Necesita V. hablarme! Pues vamos.

Y se puso en marcha.

Noté que la traperita arrojaba sobre aquella mujer y sobre mí una mirada llena de ansiedad.

Seguimos la señora Adela y yo á lo largo de la calle, y nos detuvimos á la puerta de uno de esos cafetines, asilos de tahures y vagos, cuya puerta se cierra á la hora prescrita en los bandos, pero que se abre durante toda la noche á todo el que llega.

Llamé, abrieron, y la señora Adela y yo, entramos.

Nos sentamos junto á una mesa y la traperita pidió aguardiente.

Entonces, á la luz de un mechero de gas inmediato, pude observar ciertos rasgos de distinción degradada en el semblante angular y huesoso de aquella mujer: del mismo modo, no era difícil comprender que aun era jóven; que si parecía vieja, lo debía á escesos, y que en otro tiempo debió ser notablemente hermosa.

Sus manos, ese indudable signo por el que se conocerá siempre á una persona distinguida, eran aun bellas: su mirada altiva y fija.

Estaba, pues, metido en una verdadera aventura.

— Me parece que adivino de lo que quiere V. hablarme; me dijo mirándome con una extraña fijeza; y sin dejarme tiempo para contestar añadió: sin duda se trata de Amparo.

— ¡Se llama Amparo!

— Y es una hermosa muchacha: está flaca y sobre todo mal vestida; pero con un mes de buen trato....

— ¡Y V. la vendería! la dije con repugnancia sin dejarla concluir.

— Hoy todo se compra y se vende, me contestó con sarcasmo: se vende el amor, se vende la amistad.

— ¡Y se venden las hijas!

— Amparo no es mi hija, me contestó con precipitación y con un acento singular. Hace catorce años la encontré en la calle.

— ¿Y sus padres no la reclamaron?

— No.

— Pero si V. no es su madre, al menos la ha criado V.

— Por lo mismo quiero que sea feliz, dijo la traperita con su duro acento, que me causaba una sensación fría, punzante, indefinible.

— ¿Y para que sea feliz la vende V?

— La mujer no es feliz mas que vendiéndose; vendiéndose muy cara mientras es hermosa; arrancando al amor que compra, dinero para cuando solo puede buscarse la caridad; ¡la caridad!....

Y despues de haber pronunciado con acento de blasfemia su última palabra, se bebió de un trago una copa de aguardiente.

— Pues V., la dije con desprecio, no ha sabido, por lo que se vé, aprovechar sus buenos tiempos.

— Es que yo no me he vendido, me contestó con una expresión singular: por lo mismo la vendo á ella.

— Creo que ella no piensa venderse.

— Hará lo que yo quiera.

— Pues bien: me encargo de esa muchacha.

— No me gustan las palabras de sentido ambiguo. Sepamos claramente de lo que tratamos. ¿Cuándo ha conocido V. á Amparo?

— Esta noche.

— ¿La ha hablado V?

— Muy poco.

— ¿Y cómo entenderemos eso de encargarse V. de ella?

— Creo que puede ocuparse en otro trabajo mas cómodo y beneficioso que en el de recoger trapos.

— Sí, ciertamente.
— Por ejemplo: puede entrar en un taller.
— Es verdad: repuso aquella mujer cuyo semblante se había cubierto con la expresión de la mayor reserva; pero es el caso, que cosiendo se gana muy poco, y que hay que pasar por un aprendizaje, durante el cual nada se gana.

— ¿Cuánto suele durar ese aprendizaje?
— Acaso un año.
— No hablemos más: venga V. conmigo.
Pagué, salimos del café y llevé a aquella mujer a mi casa.
Mi criado Mauricio se asombró al verme entrar con tan mala compañía, y mucho más cuando me encerré con ella en mi gabinete.

— De hoy en adelante, la dije, puede V. contar con doce duros mensuales. Además, como supongo que carecerán VV. de todo, tome V. estos dos billetes de á mil reales y empléelos en ropas y utensilios. Todos los meses venga V. por la cantidad que asigno á Amparo.

— ¡Gracias! dijo friamente aquella mujer, y se despidió de mí.

Cuando me quedé solo, busqué el cuaderno donde estaban consignadas mis obligaciones y anoté lo siguiente:

Doscientos cuarenta reales para Amparo.

Yo había hecho esto por temperamento, por costumbre, no por caridad.

Me acosté y me dormí.

Cuando desperté al día siguiente había perdido el recuerdo de aquella aventura.

Entró Mauricio y me dijo:

— Ahí está una muchacha que pregunta por V. Vino á las diez y ha vuelto otras tres veces á ver si se había V. levantado.

— ¡Una muchacha! exclamé con extrañeza.

— Sí, sí señor, y no es maleja: dice que se llama Amparo.

— ¡Ah! Que entre, que entre.

Poco después entró Amparo.

La acompañaba su perro.

Venia peinada y limpia, pero muy pobre y muy ligeramente vestida.

Me saludó con gracia y con la misma digna lisura con que hubiera saludado á un conocido antiguo.

Sonreía tristemente y estaba encendida, sobreexcitada.

El perro fijaba en mí una atenta é inteligente mirada.

— Perdón V., caballero, me dijo Amparo, si he venido á incomodarle, pero he creído que debía venir á verle.

— ¿Y por qué, hija mía?

— ¿Por qué? ¿Con qué objeto ha dado V. dinero á la señora Adela? me contestó con precipitación y con vergüenza.

— No hablemos de eso, la dije, la señora Adela lo sabe.

— Nada me ha dicho, sino que ya no recogeremos más trapos; que compremos vestidos y camas.

— ¡Cómo! ¿No teniais camas?

— No señor: ese es mucho lujo para nosotras, dijo sonriendo tristemente: cuando se ha trabajado mucho, y sobre todo, cuando se está acostumbrados á ello, se duerme muy bien sobre un ruedo.

De la misma manera que otros se muestran neciamente soberbios con su opulencia, Amparo se mostraba noblemente orgulloso con su miseria.

— Y bien, repuse: si nada te ha dicho esa mujer, ¿cómo sabes que yo la he dado dinero?

— Anoche, cuando V. se alejó con ella, apagué mi farol y me fui detrás: esperé á que saliesen VV. del café, los seguí y ví que entraban en esta casa. Esta mañana cuando la señora Adela me enseñó dos papeles encarnados, cuando leí....

— ¡Sabes leer!

— Sí señor, contestó sin el más leve asomo de vanidad Amparo; cuando leí lo que en aquellos papeles estaba impreso, y ví que eran billetes de banco.... dinero, adiviné que aquel dinero venía de V.

— Y bien, ¿qué?

— Necesito saber con qué objeto se ha desprendido V. de esa cantidad.

— ¡Bah! ¡bah! ¿Con qué objeto? Con el de que no pases más noches malas; con el de que aprendas un oficio y puedas ser la honrada mujer de un artesano.

— El padre Ambrosio me ha dicho que hay en el mundo personas caritativas; pero me ha dicho también que muchas veces se toma la caridad por pretexto.

— ¿Y quién es el padre Ambrosio?

— Un religioso exclaustrado de la Merced que vive hace muchos años en la misma casa de vecindad donde yo vivo: un digno ministro del Altísimo; mi padre; la guía que Dios me ha dado viéndome desamparado en el mundo.

— ¡Ah! ¡Un religioso!

— El infeliz no ha podido hacer otra cosa que enseñarme á leer y á escribir y procurar encaminarme á la virtud. Es muy pobre, pero.... ¡es un sabio! Lo poco que sé se lo debo, y, sobre todo, él me ha hecho conocer que la mayor riqueza es la honra; la mayor felicidad tener la conciencia tranquila; el mayor mérito á los ojos de Dios, sufrir resignadamente la pobreza.

— De modo que tú, pobre, miserable, destinada á un trabajo rudo y penoso, mal alimentada, mal vestida, sin fuego con que calentarte, sin lecho en que dormir, estás resignada con tu suerte?

— Sí señor, contestó Amparo, repitiendo su triste sonrisa.

— ¡Oh! Tú no conoces el mundo; eres muy joven; estás soñando.

— Me he criado en una casa de vecindad y tengo ya catorce años.

— ¿Pretendes tener experiencia?

— ¡Oh! ¡sí! Yo sé que si quisiera podría vivir cómodamente, vestir hermosas telas, concurrir á los teatros y á los paseos. Sé, porque la señora Adela me lo ha dicho, que un hombre muy rico está enamorado de mí. Lo sé tanto, como que me he visto maltratada muchas veces porque me he negado.... á ser feliz, como dice la señora Adela.

— ¡Oh! ¡Tan joven y ya conoces el mundo!

— ¿No he de conocerle si me he criado entre lodo?

— Pero tu lenguaje es escogido, Amparo: tus maneras rifien con tu posición: pareces una señorita disfrazada.

— Lo debo al padre Ambrosio; lo debo á los libros que leo.

— Y.... ¿qué libros te ha dado á leer ese religioso?

— Cuando supe leer y escribir me puso en las manos la imitación de Cristo del padre Kempis.

Yo no había leído el tal libro; pero supuse que sería un libro de devoción como otros tantos.

— ¿Y qué más? añadió.

— La Biblia.

— ¡Habrás leído, pues, el *Cantar de los cantares*!

Amparo me miró profundamente y se ruborizó, lo que demostraba que había leído aquel libro, que tenía talento y que había comprendido la intención de mi pregunta.

— El *Cantar de los cantares* es un admirable libro simbólico, me dijo.

— ¿Y no has leído más?

— Sí, sí señor: los sermonarios de Bossuet y de Fenelon.

— ¿Y nada profano?

— Sí señor; la historia universal de Anquetil, el Telémaco, el padre Mariana y las poesías de nuestros clásicos.

— ¿Y novelas?

— Ninguna.... ¡Ah! Sí: las de Doña María de Zayas, las ejemplares de Cervantes y el Quijote, esa admirable novela.

Y había una lisura tal en la expresión de Amparo al contestarme; tal falta, tal negación de pretensiones, que era necesario creer que no solo tenía talento, sino también elevación de ideas: ¡y junto á esto tal conformidad, tal resignación con lo ingrato de su fortuna!

Yo, que me había interesado por ella por compasión, empe-

cé á interesarme por afecto, y por un momento sentí que mi hastío por la vida desaparecía; comprendí que había encontrado algo á que podía consagrarme dignamente: á hacer el porvenir de aquella joven tan simpática, tan merecedora de amparo: yo era entonces impío y me dije: — Ya que la casualidad la ha procurado un buen hombre que la eduque, yo, que soy rico, haré lo demás: el sacerdote por una parte, y el calavera de buen corazón por otra, haremos de ella un prodigio.

Y dentro de mi corazón adopté á aquella niña.

Una adopción paternal, pura, desinteresada.

Habia en Amparo algo que difataba mi alma.

Ni yo podía pensar de otra manera: la corrupción de la mujer por medio del oro me repugnaba; la rechazaban mi corazón y mi dignidad, y como jamás pensamos voluntariamente en lo que nos repugna, ni reparé que en Amparo existían los gérmenes de una gran hermosura, ni me incitó su pureza, ni miré en ella más que un ser débil, digno de protección.

Por lo mismo me apresuré á tranquilizarla respecto á mis intenciones.

La hablé con la elocuencia del sentimiento, con su forma poética, porque estaba seguro de ser comprendido por ella: con toda la espontaneidad de mi franqueza y de mi desinterés, y logré que Amparo se tranquilizase completamente.

— ¡Ah! me dijo con los ojos arrasados de lágrimas: ¡Dios se lo pague á V.!

Y amparo me asió las manos, las estrechó contra su boca y las cubrió de lágrimas.

Después salió.

Mustafá, que durante esta escena había estado echado sobre la alfombra, se levantó, me miró, movió lentamente la cola y siguió á la niña.

(Continuará).

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

FLORES.

Pulchriora sunt ubera tua vino, et odor angustiorum tuorum, super omnia aromata.

CANT. — CANT. — cap. IV, v. 10.

Eres idolo, mío;
el único perfume,
que el corazón sombrío
aspira en su dolor;
eres como un santuario
do nunca se consume,
amante y solitario,
el faro del amor.

Eres la sola estrella,
que acarició á mi cielo,
y cuya casta huella,
que en el cenit está;
disipa pudorosa
con su luz de consuelo,
la noche borrascosa
por donde mi alma va.

Mi amor, mi luz, mi vida;
brisa con que me oreo,
mi rosa preferida,
placer de mi placer:
respiro con tu aliento,
con tu mirada veo,
con tu corazón siento,
mi ser está en tu ser.

De tu ligero talle
flexible é indolente,
el alhelí del valle
las gracias imitó.
¡Qué pura y tersa brilla
tu pálida mejilla!

¡En tu serena frente
la nieve se agrupó!

¡Con qué placer oprimo
tu seno cariñoso!

Tu seno es un racimo,
es un panal de miel;
de dos lindas palomas,
es nido delicioso;

son las fragantes pomas,
rosadas como él.

Tu boca, si me besa,
es vaso en amor rico;

es la partida fresca,
que saboreo yo;

tu aliento me acaricia
cual aura de delicia;

que tu húmedo abanico
al agitarse alzó.

Siento bajo mi mano
latir tu seno puro,

al que un aliento impuro
no profanó jamás.

Mi amor, mi luz, perdona
si en mi delirio ufano

adorno tu corona
con una rosa mas.

Dadme, Señor, rocío
para calmar mi pecho

por el placer deshecho;
para volar, Dios mío,

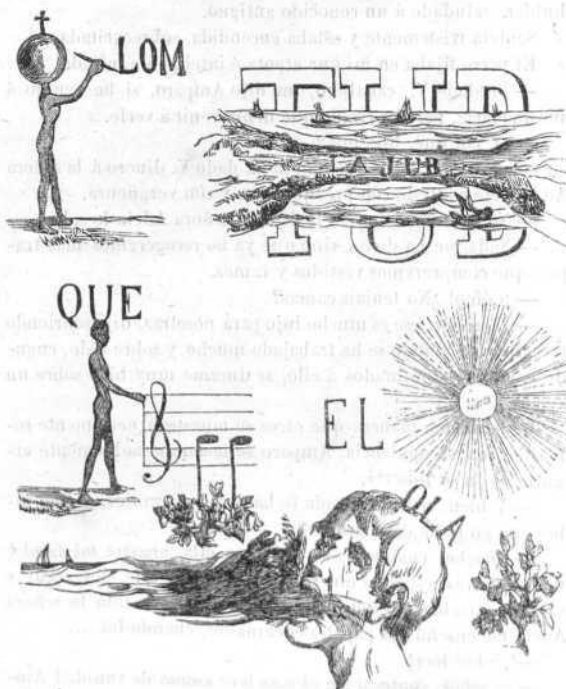
el ala del azor:
permite que arrebate,

en su delirio el vate,
de tu cielo una estrella

para adornar con ella
la frente de su amor.

LUIS BARREDA.

GEROGLÍFICO.





EL ERMITAÑO DORMIDO.

(DE VIEN.)

Vien, el regenerador de la pintura en Francia, nacido en Montpellier en 1716, anunció desde muy temprano su vocación. Como apenas de diez años copiase tan hábilmente la estampa de la serpiente de bronce, según Lebrun, se decidieron á colocarle

en casa de un pintor de retratos. Hacía en ella rápidos progresos, cuando su familia le hizo entrar de repente en casa de un procurador, y luego en una fábrica de loza, trastornando así sus primitivos estudios. Habiendo en fin aprendido de un ar-

tista distinguido de su villa natal los primeros principios de la pintura al óleo, partió para París, donde obtuvo, al cabo de seis meses, una medalla de estímulo. Desprovisto de medios de fortuna, hizo alternativamente diseños para los mercaderes del puente de Nuestra Señora, y cuadros académicos para los concursos. No quedó sin recompensa su infatigable celo; y la primera medalla al principio, y al año siguiente el primer premio de pintura, llamaron sobre él la pública atención.

Superior ya á sus rivales, partió Vien para Roma á costa del real tesoro; sobrado entusiasta de su arte para estar un momento ocioso, hizo durante la travesía un soberbio diseño de la Degollacion de los Inocentes, y llegado apenas á Roma, compuso diversos cuadros de gran dimension con una claridad tanto mas notable, cuanto jamás le hizo sacrificar la correccion. Para dedicarse á lo antiguo de que era admirador apasionado, no olvidó lo que el llamaba las lecciones del modelo vivo, y combinando con acertado pulso esos dos géneros de estudios, llegó á ser el primer pintor de historia de su época. No le seguiríamos en sus excursiones á Florencia, á Nápoles, á Venecia, y á todas las ciudades de Italia que poseian obras maestras. Así que estuvo de vuelta en París, fué recibido en la Academia de pintura y de escultura; al principio en calidad de socio, segun costumbre; en seguida como académico, y seis semanas despues como profesor. Pronto expuso Vien su *San Dionisio predicando en las Galias*. Colocado en la iglesia de San Roque, donde está todavía, este gran cuadro compartió con el de *la Peste de los Ardientes*, por Doyen, los sufragios de los inteligentes. Llegó á ser en el público y en los periódicos objeto de una animada controversia. Entusiasmáronse algunos jóvenes por el rival de Vien, otros prefirieron á la osadía de Doyen, la sabia, la armoniosa composicion del pintor de San Dionisio. Diderot, cuya conocida predileccion por todo lo que era exajerado en las artes, no le hiciera enteramente injusto hácia el talento de Vien, se expresa en estos términos sobre todos los cuadros.

«Sus composiciones son como su carácter: Vien es esmerado y sabio como el Dominiquin. Hermosas cabezas, dibujo correcto, bellos piés y bellas manos, ropas caidas, expresiones sencillas y naturales; nada atormentado, nada buscado ni en los detalles ni en la composicion. Es el mas bello reposo; cuanto mas se le mira, mas ganas se tienen de mirarle. Participa á la vez del Dominiquin y de Lesueur. Vien os encadena y os deja todo el tiempo de examinarle. Doyen, mas sorprendente á primera vista, parece decirnos que despachemos pronto, no sea que la impresion de un objeto, viniendo á destruir la de otro antes de haber abrazado el conjunto, se desvanezca el encanto. Vien posee todas las partes que caracterizan á un grande artífice, de nada se olvida: es para los jóvenes un manantial de buenos estudios. A ser yo su profesor les dijera: «Id á San Roque, mirad la *Predicacion de San Dionisio*, penetráos bien de ella; pero pasad aprisa delante del cuadro de los *Ardientes*: es una sublime inspiracion que no os hallais en estado de imitar.»

Hemos entrado en estos detalles sobre la *Predicacion de San Dionisio*, por ser no solo uno de los mejores cuadros de Vien, sino tambien el que mejor caracteriza su talento. Poco tiempo despues del éxito de aquella grande obra, obtuvo el autor las mas lisonjeras recompensas. Elegido rector de la academia de pintura, luego miembro de la de arquitectura, y encargado en seguida de dirigir en Francia á los discípulos protegidos por el rey, vióse llamado en 1771 á la direccion de la escuela de Roma, donde fué acogido con gran distincion. Envióle el rey casi al mismo tiempo el cordon de San Miguel, dispensándole de llenar las formalidades prescrites para la recepcion. Los asiduos cuidados que dedicó á los ejercicios de sus pensionados, y la idea que tuvo de exponer todos los años en Roma, en una galeria pública, los trabajos de aquellos jóvenes, ejercieron, así como su propio ejemplo, una feliz influencia en la vuelta de la escuela francesa á los verdaderos principios de la pintura. Vuelto á París en 1781, Vien continuó trabajando como en su mocedad, y muchas de sus obras merecieron honrosa distincion en las exposiciones públicas del Louvre. Nombróle el rey su primer pintor en 1788;

pero pronto quitóle la revolucion sueldos y empleos, sin que le quedara mas recurso para sostener á su familia, que el fruto de sus ahorros: recurso que estaba á punto de faltarle cuando llamóle el primer cónsul del senado conservador, donde poco tiempo despues recibió el título de conde y de comandante de la Legion de Honor. Murió Vien en París el 27 de marzo de 1809, á los noventa y tres años de su edad: ocupábase todavía en la pintura seis meses antes de su muerte, y mas particularmente en asuntos graciosos; de su taller salieron la mayor parte de los pintores que forman el orgullo del siglo xix, habiendo sido el maestro de David y de Vincent, quienes á su vez han tenido por discípulo á Girodet, á Gros y á Gerard.

Recapitulando las producciones de Vien, sin contar los diseños y los bocetos, han encontrado un total de ciento setenta y dos cuadros, entre los cuales se nota el *Ermitaño dormido*, cuyo grabado reproducimos conforme al de Mijer. El *Ermitaño dormido*, obra de su juventud, fué ejecutado en Roma, copiado del natural. Admirase la sabiduria y correccion del dibujo, el conocimiento de las luces, la firmeza y frescura del pincel, y la bella armonia de los colores. En algunas partes los discípulos de Vien han sobrepujado á su maestro; mas debieron solo sus ventajas á la práctica de sus lecciones y á la meditacion de sus buenas obras, segun lo escribia el mismo David en una carta datada en Roma, y en la cual encontramos ese irrecusable testimonio. «Antes de acabar, es del caso que os diga, escribia á Vien, cuán cara es vuestra memoria á los habitantes de Roma; lo que sobre todo he tenido ocasion de probar, al exponer su cuadro Mr. Lagrence. ¡Cuántas cosas me dicen de vos todos los dias, y cuán bien saben apreciar el lugar que ocupais en la pintura! Pero yo soy quien lo sabe mejor que ellos, habiendo recibido vuestras lecciones; pues si algo bueno hay en mis cuadros, como ya he tenido el honor de deciroslo, es el estar pintados segun vuestro gusto. Adios, mi querido maestro.»

J. MUÑOZ GAVILIA.

UNA LÁGRIMA

SOBRE LAS RUINAS DE NUMANCIA,

POR D. MANUEL IBO ALFARO.

INTRODUCCION.

Ruinas de Numancia, 7 de abril de 1854.

Estos, Fabio, ¡ay, dolor! que ves ahora,
Campos de soledad, mustio collado,
Fueron un tiempo Itálica famosa
RÍOJA.

Desde los primeros dias de mi vida en que mi padre cariñoso me referia entre sus brazos las antiguas glorias de nuestra adorada patria, he sentido un deseo vehemente de visitar los lugares donde se representaron aquellas grandes escenas.

Mucho me imponia la destruccion de Sagunto; mucho me fascinaba la descripcion de Itálica, con los tesoros de todas clases que abrazó en su seno; pero nada seducía mi espíritu infantil con tan mágico poder como el célebre sitio de Numancia.

Tan luego como yo fui adquiriendo de estas gloriosas épocas, esa vaga nocion que la voz de un padre puede infiltrar en la tierna capacidad de su hijo, cuando le habla sin otro objeto que ir despertando en su corazon nobles deseos, ó tal vez nada mas que por mantener distraídos algunos momentos de su infancia; ya comencé á sentir una inquietud indefinida por visitar aquellos sitios; pero mas adelante, y cuando aquellas débiles nociones se fueron depurando y robusteciendo con la lectura de la historia y de las crónicas, formé la resolucion definitiva de visitar en persona todos aquellos lugares, para juzgar por mí mismo de la mayor ó menor exactitud que los historiadores han usado en su descripcion; para disfrutar el sublime placer de

meditar un momento sobre tan venerables ruinas, y para poder decir yo tambien dos palabras sobre ellas al lector.

Aunque definitivo fué en verdad el propósito que formé, y vehementemente el deseo que siempre me ha animado de reconocer, entre otros monumentos, las ruinas de Numancia, mil circunstancias de mi vida privada me han impedido cumplir mi propósito y satisfacer mi deseo hasta el día en que estas líneas escribo.

Y esta pequeña introduccion, aunque en sí no valga nada, pues que ni siquiera he querido retocar su estilo desaliñado, tiene por lo menos el mérito, que algunos apreciarán como yo aprecio, de estar escrita sobre la cumbre de aquellos sacrosantos escombros; sobre las cenizas del pueblo, que oculto en un miserable rincon de la Celtiveria, hizo estremecerse de terror á las impetuosas águilas de Roma; sobre los restos demolidos del pueblo que atrajo los invencibles héroes del colosal imperio, á manchar sus banderas al pié de sus rústicas murallas; sobre el pueblo que escupió valiente al laurel de los altivos Césares. Tiene el mérito de estar escrita sobre la tumba de Megara, que hoy solo visita el humilde pastor que por allí apacienta su rebaño, y el triste poeta que sobre ella vierte una lágrima de encono contra sus compatriotas; porque de tal manera abandonan aquel sagrado recinto... Nada vale esta introduccion; pero tiene el grande mérito de estar escrita sobre las ruinas de Numancia.

LA VISITA.

A la una de la tarde del día de la fecha, salia de Soria con direccion á Numancia, acompañado por un paisano, y montados, él en un caballo montañés, y yo en un buen mulo de andadura enjaezado al estilo del país.

Mis relaciones en Soria eran elevadas, y los jóvenes de mas tono estuvieron conmigo en extremo finos, bajo todos conceptos: me enseñaron el casino, el teatro, los paseos; pero cuando me permití preguntar si alguno de ellos tendria á bien acompañarme á visitar las ruinas de Numancia, observé en todos ese gesto particular de disgusto, con que involuntariamente se responde á una pregunta importuna; y aunque cedian muy amables á mis deseos por un exceso de complacencia ó galantería, yo que nunca he querido que por mí se incomode nadie, los excusé de semejante compromiso, haciéndoles creer que desistia de mi empeño; pero en mi pecho sentí una fuerte impresion de desagrado, al observar el desprecio con que la juventud de nuestro siglo mira las glorias de su patria.

Resuelto estaba pues á partir solo, ó con un criado que me enseñase el camino; pero el amo del parador en que me hallaba hospedado, que tal oyó por casualidad, se empeñó en ir conmigo, alegando para acallar las protestas con que yo trataba de evitarle tal incomodidad, el gran placer que en ello le cabia; pues que muchas veces acostumbra él á dar aquel paseo solo, por no encontrar en la ciudad quien le acompañase; por lo cual yo acepté su ofrecimiento, con tanto mas placer, cuanto que encontraba un hombre amigo de tributar un recuerdo á las eminentes glorias españolas.

Mi compañero de viaje contaria unos cincuenta años de edad: no tengo presente su nombre, pero conservo una grata memoria de su sano juicio, de la jovialidad de su carácter y de su amena conversacion.

Después de caminar tres cuartos de hora á buen paso, primero por las verdes praderas que se extienden entre las faldas de ligeras colinas, y la margen izquierda del Duero, y después por encrespadas rocas, cuyas seculares y labradas piedras ya comienzan á revelar algo de misterio, nos encontramos, con gran contento mio, en lo mas alto de las ruinas de Numancia.

Son las ruinas de Numancia, ni mas ni menos que, como las describe Lope Rael, un monte de forma elíptica, cuyo radio mayor se dirige de Norte á Sur; rodeado en todo su perímetro por pendientes y rampas mas ó menos suaves, excepto por la cara de Occidente que ofrece un plano vertical de peñascos, cuyo pié bañan las silenciosas aguas del Duero.

El momento en que yo puse mi pié sobre aquellos sacrosantos escombros, eran las tres de la tarde del viernes de Dolores: todo contribuia á dar solemnidad á aquel sitio, y á recoger mi espíritu preocupado de antemano con semejante visita, tantos años para mí deseada.

Una aldeana vestida de paño pardo, araba con su yunta de bueyes una de las heredades que cubren las ruinas; los esquilonos de los pueblecillos inmediatos tocaban al sermón; y como si el cielo quisiera contribuir tambien á la melancolía de aquel lugar, se presentaba encapotado por densos nubarrones que oscurecian el sol. Todo era tristeza: ni el viento murmuraba, porque no tenia árboles cuyas hojas agitar; ni el caudaloso Duero producía ruido alguno, porque en aquel paraje se desliza pausado entre sinuosas cordilleras de montes, cual si aun guardara luto al contemplar solitario un recinto que tan poblado y tan victorioso conoció en otro tiempo: ¡cosa admirable! ni vi una alondra que piase, ni un jilguero que amenizase aquel silencio con sus trinos; y solo se escuchaba á lo lejos y por intervalos, el cencerro de algun rebaño de ovejas que tal vez condujera temprano el zagal á su majada para encaminarse él á oír la palabra divina en el humilde templo de su aldea.

Hay momentos de sublime recogimiento en la vida; y para mí fué uno de estos, aquel en que presencié una escena tan patética desde los santos escombros que cubren las cenizas de Megara.

Cuando sentí junto á mí á mi compañero que volvía de acomodar las bestias en una frondosa pradera que se dilataba al principiar un suave declive, sacudí el narcótico que iban infiltrando en mi espíritu las reflexiones á que naturalmente me entregaba, y tendí mi vista hacia la parte del Oriente, donde se descubrian llanuras, colinas y montes, que, después de ondular sus perfiles con gallardía, iban á precipitarse todos en unas lejanas sierras.

— ¿Qué pueblo es aquel? pregunté á mi compañero, señalando una aldea que se descubria entre las sombras de un carascal.

— Aquel es TARDESILLAS, me contestó mi amigo: contaban los ancianos que en otro tiempo se llamó TARDE-ENSILLAS; porque estando desprevenidas en él las haces romanas, durante la guerra de Numancia, cargó de improviso sobre ellas una cohorte de valientes numantinos, y como en la consternación que entre aquellas produjera semejante sorpresa, encontrara uno de ellos al jefe de los enemigos ensillando el caballo para huir, le dijo el mancebo al atravesarlo con su espada: «TARDE ENSILLAS, ENEMIGO.»

Aunque esta relacion de mi compañero me recreó un instante y destiló en mi alma el sabio néctar que para mí encierra toda tradicion, no le di importancia alguna, ni puede dársele la crítica; porque aunque es muy verosímil que el fogoso vencedor prorrumpiera en aquel sarcasmo contra el orgulloso vencido, en las circunstancias dadas, le habria hablado seguramente en lenguaje cultívico, que era el que en aquel país se usaba entonces; y aunque en efecto le hubiera dicho «TARDE ENSILLAS, ENEMIGO», lo hubiera expresado con otros signos, esto es, con otro sonido vocal; y el sonido vocal, y no la idea expresada, es lo que se conserva en el nombre de los lugares, como sucede en muchos puntos de aquel significativo recinto.

Miré después al Norte, y tambien vi colinas que, cual las olas del mar, montaban las unas sobre las otras; entre cuyas colinas vi frondosas praderas, y entre cuyas praderas se descubria de trecho en trecho la superficie del Duero, inmóvil y dorada, por el fango que siempre acarrearán sus aguas: mas allá de esta region de colinas y praderas, se ostentaba otra region de apiñados bosques, verdes como la esmeralda; y mas allá de los bosques, descollaban elevadas sierras que ocultaban sus crestas en el seno de las opacas nubes, acotando de un modo borrascoso el horizonte de mi vista.

— ¿Qué bosques son aquellos? pregunté á mi compañero.

— Son los pinares, me contestó: los naturales de allí les llaman los PELANDONES.

— Y ¿aquellas sierras? volví á preguntarle.

— Aquellas sierras son las de Urbión, que tienen en la cumbre tres lagunas; y en la mas terrible, que es la de Boca Negra, nació el Duero. Cuentan de esa laguna que no tiene suelo, ó por mejor decir, que se comunica directamente con el mar; y para probarlo aseguran que en tiempos muy remotos se encontró flotando sobre sus aguas media popa de un navío; lo cierto es que varias veces se la ha sondeado, y nunca ha habido bastante soga para tocar al suelo.

Yo lo escuchaba, si no con entera fe, al menos con verdadera satisfaccion.

— A la otra parte están las sierras de Silos y de Oncala, continuó mi compañero; y segun mi abuelo y aun mi padre me tenían referido, los antiguos llamaban á esas sierras las **DIS-TERCIAS**; pero ya se hace aquí muy poco caso de tales nombres.

— Lo creo, le contesté con amargura. Antes ¿no sucedia lo mismo? le pregunté luego.

— No, señor; nuestros padres nos contaban mil anécdotas del sitio de Numancia; nos decían los nombres con que entonces se conocían estos lugares, y nos hacían aprenderlos de memoria; pero ahora le aseguro á V. que dos terceras partes de los jóvenes de Soria no saben que este monte en que estamos, se llama Numancia, ó al menos, si lo saben, no han venido una sola vez á verlo.

— Lo creo, le contesté sin poder reprimir una amarga sonrisa: sin cuidarse de los antiguos hechos camina ciega la juventud en busca de un porvenir cuya naturaleza desconoce.

— Y eso no debe ser muy bueno, dijo mi compañero.

— Fatal, le respondí yo; si el hombre no estudia lo que fué ayer; si no estudia el puerto de dónde procede, no puede aprender adónde debe ir, ni lo que de él será mañana.

En seguida tendí mi vista hacia el Sud-oeste; pero entonces se estrelló con la cordillera de montañas que, paralelas á Numancia, determinan el cauce del Duero. Sin embargo, marchando hacia el mediodía, acababa esta sierra deshaciéndose en una suave pendiente; á la otra parte de la pendiente, y como tres cuartos de legua del paraje en que nos encontrábamos, se percibía un elevado peñasal, sobre el cual descollaba entre los densos vapores de la tarde un ruinoso y macilento castillo.

— ¿Aquel es el castillo de Soria? pregunté á mi amigo.

— Si, señor, me respondió; aquel es el antiguo castillo, que está ya hundido; y segun el sentir de nuestros mayores, esa fué la fortaleza que hicieron sus antepasados al edificar la nueva Numancia.

— Y ¿dónde decían que estaba la nueva Numancia? repliqué yo.

— En la ladera del mismo monte, entre Soria y el castillo; pero la nueva Numancia se hundió sin duda, y Soria se ha extendido por el llano, á la otra parte del monte.

— Pues... dije yo para mí; donde se adormece indolente entre sus danzas y festines, sin tributar un leve recuerdo á las sacrosantas ruinas que duermen junto á ella; y que le dieron el nombre, que le dieron la vida.

Después exclamé, sin poder contener mi emocion:

— Aquel castillo mas joven que Numancia y mas viejo que Soria, plantado entre las dos, es el vehiculo que enlaza la generacion que existió cien años antes de Cristo con la que existió mil ochocientos después; es el genio de los tiempos, que mira con respeto y compasion los escombros de la una, y con asco y con desprecio las galas de la otra.

Tendí en seguida mi vista hacia el mediodía, y por aquella parte solo descubrí otros sin misterio y el cielo azul de un país mas templado.

Observando mi compañero que nada le preguntaba ya, y conociendo sin duda que deseaba quedarme solo, se marchó sin hablar palabra á dar una vuelta por las caballerías, y yo me puse á reconocer con avidez aquel suelo.

Las dimensiones del planisferio que corona aquella ovalada colina, base ó asentamiento de uno de los pueblos que con mas títulos han immortalizado su nombre en la historia del mundo,

tiene, como dice el muy observador Lope Ruez, sobre cien varas de longitud, por sesenta de latitud, y unas cuarenta de altura sobre la superficie del Duero y campos que este rio baña con sus aguas.

Allá nada aparece á primera vista; nada existe, nada es de cuanto fué; un manto de tierra lo cubre todo como un siglo cubre á otro siglo, como una creencia envuelve á otra creencia; pero el cayado con que el pastor hace incapié en el suelo para correr hacia sus cabras, se hunde á lo mejor en un vacío, y aquel vacío es una bóveda de Numancia; el arado del labrador que ara aquellas tierras estériles, tropieza con frecuencia en una piedra que rebeldé corta la labor del misero aldeano; aquella piedra hace parte de una pared, y aquella pared formó una de las calles de Numancia.

Estas piedras picadas, que el labrador ha tenido necesidad de arrancar de la tierra para continuar el cultivo de esta, se encuentran esparcidas por allí, ó tal vez alineadas, porque así lo hizo un paisano para separar con aquel coto su heredad de la heredad de su vecino.

Sin embargo, hoy se descubre algo mas que lo dicho en aquella sacrosanta cumbre. Un jefe político que hubo en Soria no hace mucho tiempo, concibió el laudable pensamiento de practicar alguna escavacion en las ruinas, y erigir sobre ellas una pirámide, aunque esta no tuviese otro objeto que designar al viajero el sitio de un lugar tan memorable. Se comenzaron los trabajos; pero, como todas las obras de nuestra malhadada patria (dolor nos causa decirlo), espiraron aquellos en el principio.

Es verdad que existe el primer cuerpo de la pirámide, y que considerada artisticamente, se reconoce en ella gusto y elegancia; pero la rodean bajo otro concepto multitud de defectos. El principal es, que habiéndola levantado sobre el punto que dicen, forma el centro de la plaza fuerte; si algun día, como es de esperar, se practican allí escavaciones en beneficio de la historia y de la arqueología nacionales, las principales investigaciones se han de dirigir precisamente á la plaza, y para ello será forzoso derribar la tal pirámide; luego, por abrir los cimientos de este monumento mudo, sepultaron otro monumento mil veces mas expresivo, como era un gran lienzo de la plaza fuerte, que vió Lope Ruez, segun refiere en su artículo sobre Numancia; que varias veces habia visto mi mismo compañero, y que yo no pude ver, porque cual si la luz del siglo XIX no fuera digna de alumbrar por mucho tiempo tan sacrosantos restos, otra vez habian vuelto á yacer sumergidos en el seno de la tierra: ni siquiera tuvieron el acierto de edificarla con peñas arrancadas de los escombros; pues entonces si no se presentara tan pulida y tan lustrosa, se presentaria mas grave y mas digna del portento que representa, y del lugar que designa: es la tal pirámide plantada sobre las ruinas de Numancia, ni mas ni menos que una banderola de oropel, plantada sobre la mina de oro mas rica del Perú.

Sin embargo, las personas que concibieron este pensamiento, son muy dignas de un recuerdo de gratitud, pues que abrigaron un buen desecho, y que los reducidísimos trabajos que hicieron sirven al menos para demostrar lo fácil que será desentrañar los secretos que los escombros ocultan; pues que basta levantar la primera labor de tierra (sobre 40 centímetros), para comenzar ya á desenvolver restos de edificios en abundancia. Por manera que nosotros que tuvimos la suerte de hacer nuestro viaje después de las referidas escavaciones, hemos visto piedras labradas, ó sea sillarejos arrancados del seno de la tierra; cimientos de casas no muy espaciosas, que se extendían en torno del punto donde designan la plaza fuerte; vimos y tuvimos el gusto de entrar en unas bóvedas subterráneas, formadas de grueso ladrillo bermellon y muy bien conservado; bóvedas que los naturales del país llaman hornos, sin duda por el mucho carbon y madera quemada que en ellas aparece, víctimas á nuestro entender de la hoguera voraz que consumió el pueblo, y cuyo resplandor no ha podido apagar el enorme peso de veinte siglos que sobre ellas gravitan. Vimos tambien huesos calcinados é incrustados

en la tierra dura, de los cuales procuré recoger alguno, y sobre todo vimos unas piedras que llamaron nuestra atención, con privilegio de cuanto las rodeaba.

Estas piedras, que no solo han salido en la somera escavacion indicada, si es que antes ya aparecian por el suelo, y que los labradores las arrojaban con indiferencia sobre las otras, para levantar un poco mas el vallado de sus labranzas, son de arena, redondas, de una vara de diámetro, y por lo comun suelen en-

contrarse dos juntas y trabajadas como para ponerse la una sobre la otra; pues la que debiera estar debajo, tendrá unos 10 centímetros de espesor, y es enteramente lisa; al paso que la que debiera estar encima es bastante mas delgada, esferiforme por su parte superior, y tiene en el centro un agujero como para un eje; son, en resumen, ó parecen ser la muela y el solar de un molino de mano.

(Continuará.)



— ¡Oh!... Gracias... Señor... Gracias... yo...

— ¿Qué hace V. señora?...

CAPITULO XIV (1).

EL PRESTAMO.

Asaz mohino y cabizbajo quedó Mr. de Cavechani en el gabinete de doña Aurelia, cuando esta, con un despego difícil de explicar, abandonó aquella estancia. Un poco repuesto el preñero de tan inesperado acontecimiento, se levantó, encojióse de hombros, tomó su sombrero, y despues de dirigir una despreciativa mirada hácia la puerta por donde desapareció la Baronesa, se encaminó en busca de su carruaje, diciendo :

— ¡Cómo el bien, la riqueza y el boato hacen olvidarse á las mujeres hasta de lo que mas les interesa!... ¡Yo abatiré tanto orgullo!... ¡Miserable! ¡que no comprende que una sola palabra mia basta para hundirla en el polvo, y hasta hacerla encerrar en un calabozo por estafadora!... Pero... ¿Cómo me olvido de

que no puedo pronunciar esa palabra?... ¡Ah!... ¡Bien conoce ella los vínculos que nos ligan! pero lo que no conoce es que yo soy capaz hasta de subir al patíbulo, con tal de humillar su arrogancia, y hacerla descender de ese pedestal adonde la coloqué, para que despues me desprecie...

— A la Plaza de Santo Domingo, dijo el preñero al auriga que dirigia su coche; y no habian pasado muchos minutos, cuando apeándose en dicho sitio, emprendia su marcha hácia su establecimiento, agoviado por los celos y el desprecio que acababa de sufrir; pero con resolucion, que no cumplió despues, de tomar una terrible venganza contra su ingrata.

Con no menos despecho que el preñero abandonó la Baronesa su gabinete asombrada del atrevimiento y tenacidad de un hombre, á quien jamás habia dado el mas pequeño motivo para que concibiese esperanzas, que tenia que ver destruidas á cada paso. Doña Aurelia comprendia muy bien su posicion y dependencia de aquel hombre perverso, que habiéndola mirado primeiramente como un objeto de especulacion, habian nacido en él despues sentimientos que ella misma se avergonzaba de haber-

(1) Tomamos este capitulo de la obra que con el titulo de *Los Caballeros de Industria* está publicando el antiguo colaborador de este Semanario el Sr. Baron de Illescas.

celos inspirado. Todo cuanto adornaba aquella casa alhajada con un lujo propio de un príncipe, y hasta el nombre con que deslumbraba á esa que se llama sociedad culta en Madrid, que admite sin escrúpulo en su seno á cualquier farsante que, bajo su palabra solo, se le antoja presentarse como un alto personaje, era debido á la invencion de Mr. de Cavechani, quien con un talento que no podia menos de admirar la Baronesa, habia dispuesto de tal manera toda aquella farsa, que hubo conseguido engañar á cuantos la rodeaban.

Dejarémos por ahora á Mr. de Cavechani celoso y desesperado, imaginando en su prendería alguna intriga con que abatir el orgullo de su Lucrecia, y obligarla á trocar su desden en amor; tambien abandonarémos á la Baronesa en lo mas profundo de su gabinete, que, llorosa por las consecuencias que podria tener el desengaño que acababa de dar al enamorado prendero, pensaba al mismo tiempo en buscar un medio que, sin perjuicio de su virtud, mitigase la desesperacion del hombre dueño absoluto de su porvenir, y hasta de su honra, para dedicar unos cuantos renglones de este capítulo á enterar á nuestros lectores de los adelantos que Mr. Hapenley, mas apasionado aun que Mr. de Cavechani, hacia en sus amorés con la hija de Bonafont, valiéndose de la prendera María.

Nuestros lectores conocen ya el mal estado en que se encontraba de intereses la viuda de Bonafont, cuando la prendera fué á proponerle de órden de Mr. Hapenley, que podia tomar cuanto dinero quisiera á cuenta de pagas atrasadas. Al siguiente dia de semejante proposicion; y despues de haber dado cuenta la prendera al fingido inglés de cuanto habia creido necesario á sus planes, la viuda y María se dirigieron á la Carrera de san Francisco, número... á casa de Mr. Hapenley que ya las estaba aguardando. Escusado es decir que á pesar de esto les hizo esperar mas de una hora, segun su sistema. La viuda estaba asombrada del lujo y esplendor que encontró en aquella casa; pues desde los buenos tiempos del brigadier, que habia concurrido con él á varios de los bailes dados por algun embajador ó grande de España, no habia vuelto á ver una habitacion adornada con tanta riqueza. Se acordaba de su miserable vivienda, y hacia propósito de mudarse, en cuanto la suerte la fuese favorable en el juego de casa de doña Policarpa, á un cuarto mejor, alhajándole con mas lujo que el que entonces tenia.

Cuando á Mr. Hapenley le pareció conveniente, hizo entrar á la prendera y la viuda, y despues de los cumplidos propios de tales casos, y mandarlas sentar, llegando su galantería hasta el extremo de ofrecer su magnífico sillón de despacho á la viuda, instándola á que le ocupara mientras en aquella habitacion permaneciese, tomó la palabra la prendera, y mitad en vascuense y mitad en mal español, le dijo:

— Tengo el honor de presentar á V., señor, á la viuda del brigadier Bonafont, doña Gertrudis Ponce de Leon y Tellez de Selvaflorida, señora de las mas relevantes cualidades, aunque muy desgraciada desde la muerte de su esposo...

Mr. Hapenley, excelente cómico, hizo una profunda cortesía á la viuda, á que esta contestó con otra muy profunda tambien; pues no le iba en zaga al fingido inglés en eso de la comiquería. Despues de un momento de silencio, Mr. Hapenley la dijo:

— Yo creo haber conocido al brigadier su señor esposo de V.; así que cuando esta buena María me habló de V. y de la mala suerte que la habia cabido, me tomé la libertad de decirle que tendria un gran placer en hacer por V. lo que pueda... Mucho mas que segun me ha dicho María, V. tiene en su companía una hija jóven y excesivamente linda...

— Gracias, señor (dijo Doña Gertrudis, aparentando modestia). Todo cuanto ha dicho á V. María es muy cierto, menos lo de ser mi hija tan linda; lo cual ó es una galantería muy propia de un caballero de tan recomendables prendas como V., ó una exageracion de María, que por el mucho afecto que nos profesa, la parecerá mi Julia hasta linda.

— Igualmente añadió María que era V. muy modesta, y veo que en nada me he engañado; lo cual me hace creer que al retratarme á su hija de V., dijo tambien la verdad. Quizás algun

dia tenga ocasion de juzgar por mí mismo de la belleza de la hija de V.

— Si alguna vez gusta V. honrarnos... Pero dispense V. que no le ofrezca mi pobre y miserable choza, dijo doña Gertrudis un poco turbada, pues la tengo por indigna de recibir á un hombre que tiene la fortuna de habitar en tan magnífico palacio. Mi posicion es tal...

— Ahora es cuando la aseguro á V. y la doy mi palabra de ir á visitarla, contestó Mr. Hapenley, interrumpiendo á la viuda, para que vea que yo, á pesar de mi rango, no me desdeño de subir á una buhardilla, si tal es donde V. vive.

— No le falta mucho, señor; es un cuarto tercero interior en la Travesía de las Beatas, número.... Sin embargo, estoy buscando casa, y ruego á V. que no se moleste en ir á vernos hasta tanto que pueda ofrecer á V. una habitacion mas digna de recibirle...

— Creo que desde hoy podrá V., dijo Mr. Hapenley en el tono mas afectuoso que supo fingir, habitar en una casa mejor que en la que hasta aquí ha vivido; conocí á su esposo de V.; me he propuesto proteger á V., para evitarla que continué en una posicion tan desgraciada.

— No sé si debo admitir, contestó la viuda algo turbada, tantos favores como V. me dispensa... Sin embargo, ya sabe María en los términos que yo tomaré una cantidad; pues mi delicadeza se resentiria de ser á V. gravosa, porque tuvo la suerte ó desgracia de conocer á mi esposo.

— Yo no trato de humillar á V., señora, dijo con aparente dignidad Mr. Hapenley, dándole una limosna, si es que la limosna puede á nadie humillar, que no lo creo; pero conozco por lo que María me ha dicho, y tambien por el estado en que está la clase á que V. pertenece, la situacion en que V. se encuentra, y mi ánimo no ha sido sino prestar á V. cuanto necesite, de la manera que V. quiera y con las condiciones mas ventajosas para V.

— De ese modo, repuso la viuda, animándose su fisonomía con un rayo de alegría, que no pasó desapercibido para Mr. Hapenley, me atreveré á suplicar á V. que me preste una cantidad con que pueda salir de algunos de mis ahogos, y especialmente alquilar una casa mas cómoda que la que ahora tengo. Yo no posco otras garantías que hipotecar al pago de ese préstamo, que una enorme suma que el erario me debe, tanto de sueldos atrasados de mi marido, como de mi viudedad. Conozco la poca seguridad que esto ofrece para un prestamista; pero ya que veo á V. tan dispuesto á favorecerme, no he dudado en hacerle esta proposicion... En cuanto al rédito anual que haya de pagar á V. mientras tenga en mi poder el dinero que V. me preste, nadie mejor que V. podrá señalarle.

— Me ofende V., señora, dijo Mr. Hapenley con gravedad, al hacerme semejante proposicion... Yo no llevo mas que un interés muy moderado á los comerciantes, banqueros y ricos hacendados á quienes hago préstamos de cantidades considerables; pero tratándose de una pobre señora viuda, me basta con que me devuelva la suma que la doy, si buenamente puede; que si no, tampoco se la exigirá.

— ¡Ah! señor, dijo la viuda enternecida, V. es la generosidad y la bondad misma. Estoy admirada de un proceder tan noble, y no encuentro palabras bastantes con que manifestar á V. mi gratitud...

— Estoy yo tambien asombrado, dijo á su vez Mr. Hapenley, de que tanto choque á V. mi conducta... ¿Qué se aumentaria la fortuna de un banquero por exigir una retribucion de la pequeña cantidad que dé á una viuda?

— Es verdad... Pero acostumbrada á tratar con usureros prestamistas que me han llevado algunas veces el cincuenta y el sesenta por ciento, y aun mas, en ocasiones apuradas, puede V. calcular cuanto me extrañará encontrar un hombre tan generoso.

— ¡Qué escándalo!... ¡Y cómo se permite, exclamó Mr. Hapenley, como si desconociera absolutamente lo que la viuda le contaba, semejante estafa!... Sin duda que las autoridades

ignorarán ese infame tráfico; porque si no, le castigarían como merece.

— Yo creo como V. que lo ignorarán; pero entre tanto hay en Madrid una porción de familias que están siendo víctimas de la ambición de unos cuantos desalmados usureros que se enriquecen á costa de la miseria ajena.

— Pues nada, nada; V. me dirá la cantidad que necesita, y al momento daré orden para que se la entreguen...

— Puesto que V. es tan bueno que se constituye en mi protector, suplico á V. me preste cinco mil reales, ó lo que V. quiera, sobre un capital de más de cuatro mil duros que la nación me debe...

— Bien... muy bien... ¿con que cinco mil reales, eh?... Vamos; eso es muy poco para lo apurada que V. se encuentra, dijo Mr. Hapenley sonriendo... Además yo no quiero que V. tenga que venir aquí á cada momento á pedirme dinero...

— Me basta por ahora con dicha cantidad, contestó la viuda, sintiendo no haber pedido mas, y no quisiera tampoco abusar de la generosidad de V.

Mr. Hapenley abrió un cajon de su mesa y con asombro de la viuda y mas aun de la prendera que no habia despegado sus labios durante todo el diálogo anterior, como habrán observado nuestros lectores, pero que allá en sus adentros y como mujer de mucho mundo, formaba mil comentarios de la conducta del inglés, sacó dos billetes de cuatro mil reales y uno de dos mil, cuyos colores conoció bien pronto María, y dirigiéndose á la viuda, la dijo:

— Ahí tiene V. diez mil reales con que creo que podrá usted salir mejor de apuros, que con la mitad que me ha pedido...

Sorprendida la viuda de tanta generosidad, y no sabiendo si dar crédito á sus oídos por lo que oían, ni á sus ojos por lo que veían, alargó su descarnada mano, temblando como si se viera acometida de una convulsión nerviosa, y con palabras entrecortadas que espiraban en sus labios antes de acabar de pronunciarlas, fué á dar las gracias á Mr. Hapenley; pero por un movimiento que no fué dueña de evitar, cayó de rodillas delante del rico capitalista, diciendo...

— ¡Oh!... gracias... señor... gracias... yo...

— ¿Qué hace V., señora? dijo Mr. Hapenley, apresurándose á levantarla... V. me confunde con demostraciones de reconocimiento que yo no puedo admitir, por mas que sean hijas de una exagerada gratitud...

— Perdone V., dijo la viuda, dominando la sorpresa que la causó tan inesperado acontecimiento. Todas las palabras me parecían pocas para manifestar á V. mi gratitud, y en medio de mi entusiasmo, al ver tanta generosidad, no supe lo que hacer... ¡Ah!... señor... ¡usted no ha conocido jamás las amarguras de una vida llena de privaciones! Por eso no puede comprender la violenta transición que hay de ella á otra que presenta la abundancia, lujo y comodidad... Para conocer las dulzuras de la miel es preciso haber saboreado largo tiempo el acibar... El que nunca estuvo desnudo, no es posible que aprecie en lo que vale un rico vestido; como jamás conocerá cuánto halagan la vista las cristalinas aguas de una fuente, mas que aquel que sufrió la sed rabiosa de la terciana en una abrasadora tarde de estío... No extrañe V. la exaltación de mi espíritu en estos momentos; hace muchos años que no me rodean mas que desgracias y sinsabores, y hoy la Providencia, porque solo Dios puede ser el autor de tanto bien, me ha presentado un hombre que me tiene de su generosa mano...

— Creo que cumplo con un deber favoreciendo á una familia desgraciada. No ha sido culpa mia el no haber sabido antes la situación de V.

— Puede V. hacer extender la obligación de pago de esta cantidad en los términos que quiera... La firmaré al momento...

— Bien... La mandaré hacer, puesto que así lo quiere V., y cuando esté...

— Vendré al instante á...

— No... no hay necesidad... Yo iré á su casa de V...

— ¡Tanto favor!...

— Así tendré el gusto de conocer á la hija de mi amigo el brigadier, y de ver la nueva habitación de V.

— Al momento sabrá V. dónde es...

Despidiéronse Mr. Hapenley y la viuda despues de haberse hecho las mas espresivas ofertas, y mientras María y doña Gertrudis se dirigian á la Travesía de las Beatas, la prendera que no queria dejar pasar tan buena ocasion para recomendar á la viuda las excelentes prendas del rico banquero inglés, la dijo:

— Ya ha visto V. S. cómo se ha portado este buen señor... ¡Tiene un corazon de ángel!

— ¡Ah!... dijo la viuda sin poder contener una demostración de agradecimiento; no hay sacrificio que no hiciera por este hombre... No puedo, por mas que hago, convencerme de que haya en estos tiempos un prestamista que dé con tanta generosidad diez mil reales cuando se le piden cinco...

— Ahora es preciso que varíe V. S. de casa... El señor irá á ver á V. S., y sentiria encontrarla en aquel chiribitil.

— Al momento, señora María, pienso tomar un cuarto decente y amueblarle bien. A Julia tambien la compraré algunas cosas que la hacen falta.

— Muy bien hecho; porque siempre es bueno que las señoritas se vistan como les corresponde... ¡Cuántas deben en el mundo una gran fortuna á su belleza!...

— Mi hija es muy desgraciada.

— Quién sabe, señora, contestó con socarronería la prendera. De menos nos hizo Dios... La señorita es jóven, muy linda, hija de buenos padres, y donde menos se piensa...

— Los hombres no buscan en estos tiempos mas que dinero, señora María...

— Así es la verdad; pero hay algunos que teniéndolo ellos, son generosos, y la belleza... En fin, señora, V. S. acaba de ver por sí misma que tambien hay quien sabe obrar con desprendimiento.

— Sí, pero es al tratarse de préstamos.

— De manera que el que es generoso como capitalista, ¿por qué no lo puede ser como amante?

— ¡Pero!

— Esto no es decir, continuó la prendera, aparentando sencillez, que las bodas no se hagan la mayor parte como una compra, pero el señor es soltero, y...

— ¡Soltero!

— Sí, señora... Soltero. ¿De qué se admira V. S.?

Un rayo de luz brilló ante la imaginación de doña Gertrudis al saber que Mr. Hapenley era soltero, y una porción de planes nacieron y murieron en un mismo momento en la mente de la viuda del brigadier. La sagaz María comprendió bien pronto el efecto que sus últimas palabras habian producido en doña Gertrudis, y creyendo bastante por entonces lo dicho, no quiso despertar mas la curiosidad de aquella mujer, cuya ambición conocia, y se proponia explotar en beneficio del rico capitalista; pero para esto era preciso seguir un plan que ella ya se habia trazado. Para evitar mas explicaciones, al llegar á la calle Ancha de San Bernardo, á la embocadura de la de la Luna, la prendera pretextando quehaceres de su oficio, se despidió de la viuda, quedando en ir á darla razon al siguiente día de un cuarto que creia que estuviese aun desalquilado, y podria ser muy á propósito para doña Gertrudis.

Sola ya la viuda de Bonafont, la faltaba tiempo para llegar á su casa á referir á su hija la escena que antes hemos contado, y ponderarla las buenas prendas de Mr. Hapenley; así que el corto trecho que, desde que dejó á la prendera, media hasta su casa, le anduvo á un paso tan acelerado, como si hubiera tenido treinta años menos. Pegando encontronos en la acera á todo el que se le ponía delante, y sin contestar á algunas palabras un tanto bruscas con que la interpelaban todos aquellos á quienes daba un codazo ó un pisotón, llegó á la puerta de su cuarto, y un gran campanillazo anunció á Julia la venida de su madre.

Tiempo hacia que la esperaba un hombre sentado en el sofá de la sala, con el sombrero encasquetado hasta el cogote, envuelto su abultado abdómen en un enorme leviton verde, y con

una gruesa caña de Indias en la mano. Al ver entrar á doña Gertrudis se levantó, y con un tono un tanto brusco, la dijo:

—Hace dos horas que estoy esperando á V., señora; y si hubiera de pagarme V. las botas que rompo para venir aquí, y el tiempo que pierdo, tendría V. que añadir todos los meses un duro mas, lo menos, á lo que abona por este cuarto...

Doña Gertrudis que venia deseando hablar con su hija, y se encontró tan bruscamente interpelada por aquel hombre (en quien ya habrán conocido nuestros lectores al casero), sin quitarse la mantilla, y aun sin detenerse á respirar un momento, que bien lo necesitaba por lo deprisa que habia subido la larga y recta escalera de su casa, le contestó, dominando cuanto pudo la cólera que la devoraba:

—Ya que V. no sea galante, bien pudiera V. ser mejor educado, estando sin sombrero delante de mi hija...

—Señora... dijo avergonzado el casero; ¿después que usted no me paga, me viene con lecciones de educación?... Lo que yo necesito es dinero.

—Mamá, dijo Julia levantándose y poniéndose delante de doña Gertrudis, no se incomode V.

—No es digno este miserable usurero, contestó doña Gertrudis con resolución, de que yo le diga ni una sola palabra mas. Mañana mismo dejó esta casa.

—Pero no saldrá V. de ella sin haberla pagado.

—Advierto á V. que está hablando con la viuda del brigadier Bonafont, y que S. M. me concedió el tratamiento de V. S.

—Yo no entiendo de tratamientos; págume V. ahora mismo, y sino la demando ante un tribunal, y verémos lo que allí valen los V. S.

Al mismo tiempo la puerta de la sala se abrió y apareció Enrique. El casero entonces se quitó su sombrero, y le hizo una reverente cortesía. Julia palideció y estuvo á punto de desmayarse, temiendo por el desenlace que podría tener aquella escena; pero doña Gertrudis sacando del bolsillo de su vestido los tres billetes, cuyos colores dieron á conocer al casero y á Enrique la cantidad que valían, le dijo al primero:

—Tome V., cobre V., y déme la vuelta...

—El casero asombrado cojió el billete, lo examinó bien, y después de un momento de registrar sus bolsillos, contestó:

—No tengo aquí para cambiarle; dentro de un momento traeré á V. S., continuó con hipocresía, el resto; dígame V. S. si ha de pagar algo adelantado.

—Ya he dicho á V. que me mudó mañana... repuso la viuda con seriedad.

El casero salió por el dinero necesario para abonar la diferencia del billete, y Enrique y Julia asombrados, especialmente la última, de la riqueza de doña Gertrudis, se entraron en el gabinete comentando la resolución de la viuda de variar de casa.

AMPARO.

(MEMORIAS DE UN LOCO.)

(Continuación.)

Empecé á sentir una vaga, pero dulce ansiedad; Amparo habia causado en mí una impresión profunda: me habia hecho experimentar una sensación desconocida.

La recordaba (no podré decirlo de qué modo), pero su recuerdo me dilataba el alma.

Era el amor de un padre satisfecho de su hija.

Dejé de pensar en la muerte.

Me detuve en el camino del suicidio.

Dejé de concurrir á los lupanares.

Arreglé mi vida.

Causé una dolorosa sorpresa en mis administradores, anunciándoles que iba á dedicarme al cuidado de mis intereses.

Hice todo esto bajo la influencia de este pensamiento: — He adoptado á un ser á quien debo procurar hacer feliz.

Amparo habia hecho en mí una revolución: me habia reconciliado con la vida.

En recompensa, yo varié de plan respecto á su porvenir: la práctica de un oficio mecánico me parecia indigna de ella.

Aspiraba en su nombre á mas.

Algunos podrán creer esto exagerado; si lo es, está en armonia con la exageracion de mi carácter; yo siento de una manera poderosa, y para sentir me bastan pocas impresiones.

Amparo me habia impresionado fuertemente.

—

No sabia dónde vivia.

Un día encargué á Mauricio que la buscara.

Mauricio empleó cuantos medios se conocen para encontrar una persona de la cual solo se saben el nombre, las señas y la condicion.

Gracias á lo bien montada que está la policia en España, Mauricio, que era uno de los mozos mas listos que he conocido, no pudo dar con ella.

Preguntó á los traperos y le contestaron que no la conocian.

Fué al ayuntamiento y solo constaban allí el nombre y el número de Amparo como trapera.

Amparo empezó á hacerse una dificultad: indudablemente á fin de mes la señora Adela vendria en busca de su asignacion; pero yo no queria esperar aquel plazo.

Habian pasado quince dias desde mi aventura.

Era por la mañana y Mauricio entró alegre.

—Ya la tenemos, exclamó.

—¿A quién?

—A la señorita Amparo.

—¿Cómo! ¿Sabes donde vive?

—Está en la antesala.

—¡Ah! exclamé saliendo de mi gabinete y atravesando la sala; entre V., señora, entre V.

Amparo entró.

Venia sencillamente vestida: un manto de sarga, un cordón de pelo al cuello con una pequeña cruz dorada, un pañuelo de seda sobre los hombros, una bata de percal, y un delantal negro; me pareció mas alta y mas bella: venia encendida, alegre, con un bulto bajo el manto; me saludó con una sonrisa sumamente afectuosa y entró en el gabinete, sobre una de cuyas mesas dejó el bulto que traia bajo el manto, y que produjo un sonido metálico.

—¿Qué es eso? la dije.

—Esto es que Dios me favorece, me contestó; son tres mil reales que he ganado á la lotería.

—¡Ah! exclamé adivinando su intencion.

—Tres mil reales que traigo á V.

—¿Y para qué quiero yo eso?

—¿Para qué? me contestó mirándome gravemente; para que se reintegre V. de los dos mil reales que dió á la señora Adela.

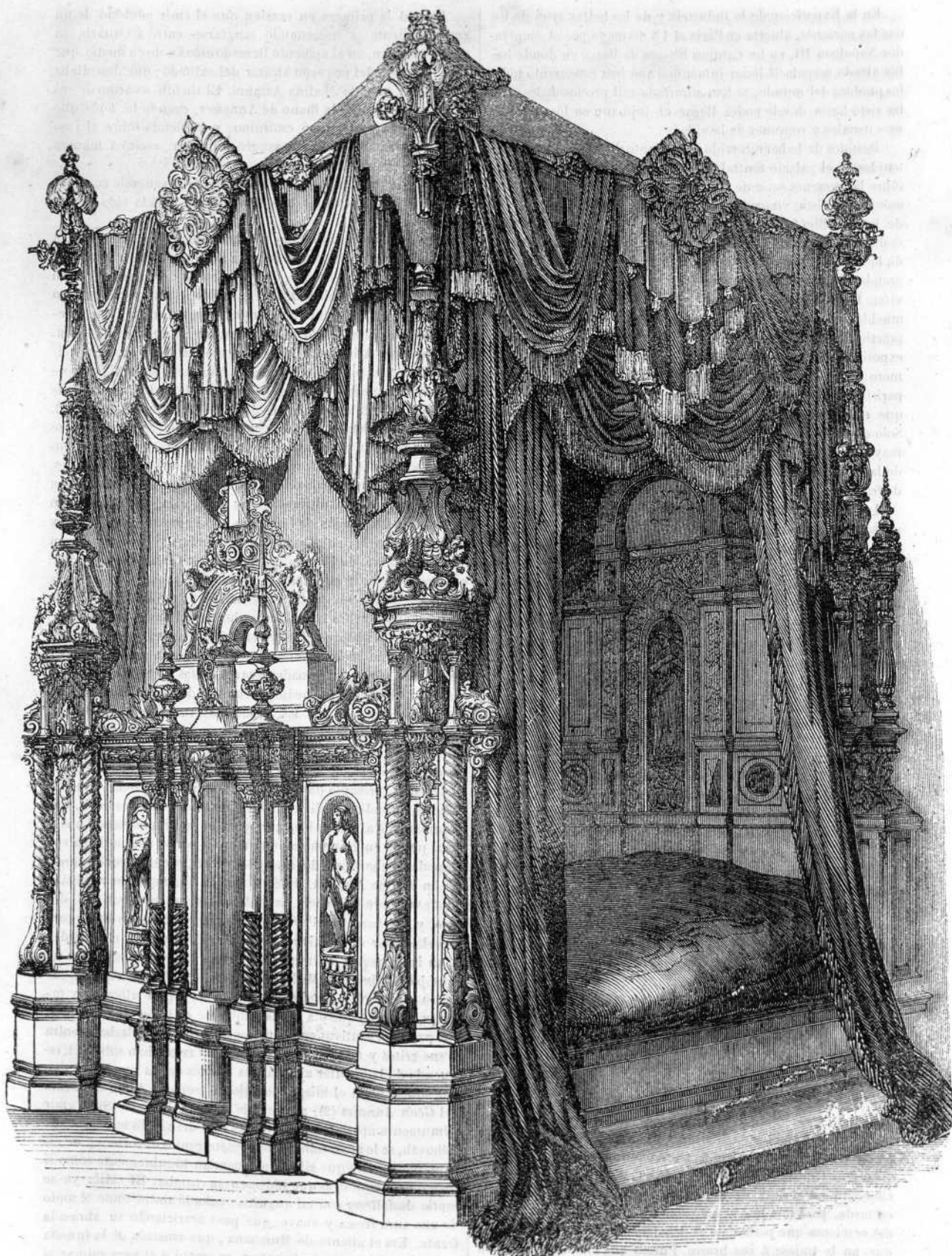
—¡Ah! ¡Eres orgullosa!

—No por cierto, ¡sino que habrá tantos otros desdichados! Se me nubló el semblante, y Amparo se apresuró á decir:

—La caridad debe ser discreta; la caridad indiscreta hace mas daño que beneficio; yo ya tengo todo lo que podia desear; un cuartito alegre, una cama blanda, ropa blanca y dos vestidos de calle. Trabajo; trabajo con ardor, y dentro de poco seré oficiala. Emplee V. esos dos mil reales, en amparar otra desdicha, y los mil restantes guárdelos V. para dárselos doce á doce dueros á la señora Adela: hay para cuatro meses; dentro de cuatro meses ganaré una peseta, que era cuanto deseaba. Con que.... no hablemos mas. Ahí se queda eso. Tengo que comer y estar á las tres en el taller.

Y escapaba.

(Continuará.)



CAMA DE RIBALLIER ESTILO DEL RENACIMIENTO.

Exposicion de Paris de 1855.

En la Exposición de la industria y de las bellas artes de todas las naciones, abierta en París el 15 de mayo por el emperador Napoleón III, en los Campos Elíseos de París, en donde había alzado un palacio bazar inmenso á que han concurrido todos los pueblos del mundo, se han admirado mil preciosidades, y se ha visto hasta dónde podrá llegar el lujo aun en los muebles mas usuales y comunes de la vida.

Después de haber recorrido el conjunto de los productos contenidos en el palacio central, y haber echado una rápida ojeada sobre la inmensa serie de objetos que se presentaban á nuestra asombrada vista, vimos en la *Sala del Panorama* la exposición de los muebles franceses. La exposición que teníamos á la vista se dividía en tres divisiones principales. A lo largo de la pared de la derecha estaban arimados la mayor parte de los muebles grandes, que si hubieran estado en el centro hubieran quitado la vista. En medio están las camas, las mesas, las sillas, todos los muebles manuales. En fin, á la izquierda, en forma de cuartos practicados en los huecos, debajo del Panorama, se encuentra la exposición de tapices. En este departamento de muebles, el número de los expositores de esta industria, casi exclusivamente parisiense, se eleva á cerca de ciento cuarenta; y puede decirse que el mundo entero es tributario del barrio de San Antonio. Solo en este ramo ocupa cerca de doce mil obreros, de que la mayor parte son verdaderos artistas, y el movimiento ordinario de la venta sube todos los años á muy cerca de treinta millones de francos.

Las maderas empleadas en general por ellos, son la caoba, el palisandro, el ébano, el peral teñido de negro, el fresno, la encina, y esa madera de thuya ó árbol de la vida que comienza ahora su fortuna.

El mueble sin rival que vimos en esta sala de la Exposición, era una cama esculpida, tallada, trabajada como una verdadera obra maestra de Riballier. Sus dos cabeceras presentaban la forma de dos magníficos templos con un escudo de armas y grandes espejos incrustados con adornos de plata y oro en el género del renacimiento. Los dos frentes son ricos, aunque lo sobrecargado de sus columnas los hace pesados. En los cuatro ornamentos que tiene la cama, dos en cada frente, hay cuatro figuras de mujeres casi del tamaño natural. Mas que una cama, parece un suntuoso trono de Schah de Persia, cuyas magníficas tiendas y suntuosos vestidos tuvimos ocasión de admirar en otro punto del palacio de la Exposición. Nada tiene que envidiar este suntuoso lecho á las magnificencias que ha presentado el Asia en la Exposición á los deslumbradores ojos de la Europa.

Esta magnífica cama está apreciada en cerca de sesenta mil duros. Es seguro que en los tiempos en que las costumbres del Oriente introdujeron la disolución, el lujo, la voluptuosidad en Roma, la señora del mundo, cuando en un festín se consumían cantidades bastantes á comprar un reino, y que hoy parecen fabulosas, no tendrían las emperatrices romanas un lecho tan magnífico y suntuoso como el de Riballier.

MEDINA AZZAHRA.

EPISODIO HISTÓRICO.

(Continuación.)

V.

Mientras Annasser en Medina Azzahrá consagraba su vida al placer y al amor, su mujer, la gran señora Murchana, siguió devorando silenciosamente el dolor de sus desdenes, en su solitario retiro del alcázar de Córdoba, de donde solo salía de tarde en tarde, para ir á la Aljama, donde pedía á Allah con humildes oraciones que perdonase al desconocido é ingrato esposo, ya que no le trajese á sus brazos. Puesto que ella antepusiese el dolor de no ver á quien amaba, al mayor aun de verle en ajenos brazos, todavía vino á Medina Azzahrá en dos ocasiones señaladas, á cuyo propósito los autores árabes cuentan algunas anécdotas que nos parece del caso recordar.

Acaeció la primera en ocasión que el emir adoleció de un grave accidente, y necesitando sangrarse, entró á visitarle su thebib médico, en el aposento llamado *albahu* de en medio, que formaba parte del pequeño alcázar del califado, que descollaba en lo mas alto de Medina Azzahrá. El thebib se armó de sus instrumentos y ligó la mano de Annasser; cuando hé aquí que entró por una ventana un estornino, y subiendo sobre el vaso de oro destinado á recibir la sangre del califa, recitó á manera de canto estas palabras:

«¡Oh, tú que sangras al emir Almumenin! ságrale con suavidad; pues vas á cortar una vena en que está la vida de dos mundos.»

El estornino repitió estas palabras una y otra vez con gran admiración del califa, cuyo ánimo abatido se recreó de tal manera con aquella invención, que muy en breve se recobró de su desfallecimiento y dolencia. Celebrándolo, pues, por invención muy ingeniosa, preguntó á quién debía aquel solaz; y le dijeron, que á la *Sida Alucbra* Murchana, madre de su hijo el príncipe heredero Alhacam. El régio esposo no llevó su agradecimiento hasta el punto de devolver á Murchana su antiguo cariño; pero reconocido, la dió gran muestra de su liberalidad, enviándole un regalo que le costó treinta mil dinares de oro (1).

La otra ocasión en que Murchana dió á Abderrahman nuevos testimonios de su constante afecto, fué en la grave y postrera enfermedad que le asaltó en medio de tales negocios y placeres. Cuentan los autores árabes, que Abderrahman Annasser pasó en Medina Azzahrá los últimos meses de su vida, solazándose con la buena conversacion de los sabios y alfaques de su corte, y sobre todo con las palabras cariñosas, dulces y discretas de su amada Azzahrá, de *Mozna*, que era su secretaria; de *Aixa*, doncella cordobesa, la mas honesta, hermosa y sabia de su siglo, y de *Safia*, poetisa sevillana, muy bella é ingeniosa. Al lado de ellas pasaba el califa las ardientes horas del mediodía, á lasombra de aquellos bosquecillos y verjeles que, como dice un historiador, ofrecían mezclados en vistosa confusion racimos de uvas y de dátiles, naranjas, granadas y otras frutas á cual mas bellas y vistosas, alzándose en medio de cuadros de flores surcados por arroyos cristalinos. Allí las armoniosas voces de las esclavas, formando agradable concierto con los cantos de los ruseñores, huéspedes de la espesura, y con el murmullo de las fuentes, recreaban el ánimo del emir, que ya se sentía poseído de cierta melancolía, presagio de su muerte cercana. Pero todas aquellas delicias no pudieron aliviarle del peso de sus muchos años, que abrumándole al fin, le hizo caer para no levantarse mas. La sulfata, puesta en gran cuidado y angustia por la noticia de su enfermedad, abandonó de nuevo su retiro, y entró por segunda vez en Medina Azzahrá. Fué su venida á tiempo que agravándosele su mortal dolencia, cayó Annasser en un espantoso delirio, y *Xaithan* vino á atormentarle con extrañas visiones, para hacerle dudar de la misericordia divina. Creyó, en el desorden de su imaginación delirante, que volvía á los tiempos en que levantaba la fábrica de Medina Azzahrá, y celebraba su inauguración con grandes festejos. En medio de aquel alborozo y regocijo, imaginó que oía los lamentos de millares de musulimes, que padecían cautivos en las partes de Afranch y alzaban contra él sus gritos y maldiciones, que no solo resonaban sobre el estruendo de la popular alegría y la música de las zambras, sino que subían hasta el mismo pabellón ó trono de Allah en medio del *Genn Annaim* (2), acusándole ante su justicia. Si el emir Almumenin apartaba sus aterrados ojos del airado semblante de Yehovah, se le aparecían por otra parte genios disformes y de espantable aspecto que silbaban y gemían lúgubrementemente como si fuesen aves siniestras que rodeasen su tumba. El califa ya se sentía desfallecer con tal angustia, cuando sintió como el soplo de una aura fresca y suave, que pasó acariciando su abrasada frente. Era el aliento de Murchana, que asustada de la funesta expresión del rostro de Annasser, se acercó á él para calmar si

(1) *Almaccari* I, 232.

(2) *El verjel de las delicias*; es uno de los nombres que dan los árabes al Paraíso.

pudiese su delirio con sus caricias, é imprimió en la frente del moribundo un beso mas dulce y consolador que el rocío que baha-ja en la aurora á refrescar los verjeles de Medina Azzahrá. Annasser sintióse trasportado, como por encanto, del infierno á las deliciosas moradas del Eden; y volviendo con aquella impresion de su penoso ensueño, vió á Murchana inclinada sobre él, en compañía de su hijo mayor el príncipe Alhacam, y ambos mostrando en el abatimiento del semblante el profundo dolor de sus almas. Abderrahman, cuando esto vió, lanzó de su pecho un hondo y profundo suspiro, y una lágrima de arrepentimiento rodó por sus extenuadas mejillas. Despues alzó sus ojos al cielo y bendijo á Allah, como si la intercesion de aquellos genios del bien le permitiera ya volver la vista á su Criador. Pero ya la mano inexorable de *Israfil*, el ángel de la muerte, le habia herido con su inevitable espada; y todos los cuidados de Murchana y de Azzahrá, juntas allí por un mismo sentimiento de amor, no bastaron para arrancar á la muerte aquella noble presa. Abderrahman Annasser murió, pues, entre los solícitos cuidados de sus mujeres é hijos, á los setenta y cuatro años de su edad, el día segundo ó tercero de la luna de Ramadhan, ó sea el 14 ó 15 de octubre del referido año 350 de la hegira, 964 de nuestra era. A pesar de su largueza y magnificencia, dejó inmensos tesoros en las arcas del erario público (1). Hé aquí el relato que hacen algunos autores árabes de su pompa fúnebre y de la elevacion al trono de su hijo y sucesor *Alhacam Almostanser Billah* (2).

Al día siguiente, que fué un juéves, Alhacam, antes de todo, se hizo proclamar en el alcázar de Córdoba por los eunucos slayos de la servidumbre y guardia del califa, cuyo jefe era cierto *Chafar*, caballero y guardajoyas mayor. Despues ordenó sus escuadrones y gente de guerra, en dos trozos, acaudillados, el uno por *Musa Ebn Ahmed*, y otro por *Abul Assbag*; y él á la cabeza de todos, marchó á Medina Azzahrá, acompañado de los emires sus hermanos, y muchos xeques, alcaides y varones principales. Todos llegaron á Medina Azzahrá por la noche, y entrando en el alcázar, se formaron en dos órdenes ó filas sobre la gran azotea ó explanada que en otro lugar dejamos descrita, entre las dos alas ó pabellones oriental y occidental. Ocuparon todos los asientos que les estaban destinados segun su clase y gerarquía; y el nuevo califa Alhacam Almostanser Billah se asentó tambien sobre el trono real, en el albahú ó pabellon dorado meridional que ocupaba la parte inferior del pequeño alcázar llamado del Califado, en medio de la azotea. Celebróse con toda solemnidad la ceremonia de su proclamacion, llegando primeramente á los pies de su trono para apellidarle califa, y jurarle fidelidad y obediencia los ocho príncipes sus hermanos, despues los vacires y sus hijos, y luego los caballeros slayos de su *axxórrha* ó guardia, y la gente de la servidumbre. Entónces los príncipes, wasires y demás personajes de cuenta ocuparon sus asientos, unos á la derecha y otros á la izquierda, y solo *Isa Ebn Fothais*, que desempeñaba las funciones de heraldo ó rey de armas, permaneció de pié para dirigir las palabras solemnes de la proclamacion á la muchedumbre del pueblo que se habia agolpado en la espaciosa plaza á que daba frente el palacio. Y en verdad que era espectáculo magnífico y grandioso el que ofrecia aquella proclamacion; pues primeramente, á un lado y otro del solio real se veian asentados los príncipes y gente principal, vestidos con trajes blancos, en señal de duelo (3), y sobre ellos ceñidas sus espadas, llegando desde el albahú dorado oriental hasta el occidental opuesto. Bien adelante de aquellos, y ordenados en dos filas sobre la azotea, se miraba parte de la lucida guardia de los slayos, armados con anchas lorigas y ceñidos con sus espadas. Delante de estos slayos formáronse en otras dos filas los slayos tiradores de dardos

ó saeteros, con sus arcos tendidos y sus aljabas, hasta que se miró ordenada toda aquella lucidísima guardia de mancebos apuestos y armados con gran bizarría. Despues de los slayos, desde la azotea, por las escaleras y zaguanes del régio alcázar, hasta el atrio y plaza vecina, formáronse en sus hileras los negros esclavos que asistian asimismo en la guardia del califa. Estos iban armados de pié á cabeza de la mamera mas lucida, pues vestian sus lorigas de acero y encima tunicas blancas; cubrian sus cabezas con bruñidos capacetes, y en sus manos llevaban tarjas (4) de diversos colores y otras armas muy brillantes y vistosas. En la *Assudda* ó puerta principal del palacio asistian los porteros y sus ayudantes, y por fuera de la puerta se formaron los negros á caballo, hasta la otra puerta exterior de Medina Azzahrá, llamada *Bab-Alacabbá* ó de las Bóvedas. Seguía mas adelante la caballería de los domésticos ó libertos del califa, y despues otros cuerpos de milicias, y otros negros y saeteros; todos los cuales fueron marchando unos tras otros hasta que llegaron á las puertas de Córdoba. Cuando tuvo fin la ceremonia de la proclamacion, ordenó Alhacam, que todos aquellos guardias y escuadrones acabasen de despejar el alcázar, marchando á la ciudad para preceer y acompañar al régio cadáver del califa, sin quedar en aquel recinto mas que los príncipes sus hermanos, los vacires y servidumbre (2).

Entretanto, con la muerte del emir Almumenin habia acabado el imperio de su favorita, y la gran señora Murchana, presentada allí por su hijo el emir Alhacam, habia vuelto á recobrar el puesto y autoridad que merecia. Azzahrá en medio de su mismo dolor, no pudo menos de comprender el cambio de su destino, y que de señora iba á ser sirva; mas siéndole forzoso acomodarse al tiempo, arrojóse á los pies de Murchana, y la suplicó que la perdonase el haberle robado el cariño de su real esposo. La sultana, al verla así humillada ante ella, no pudo estorbar que se pintase en su rostro una expresion de venganza satisfecha. Azzahrá lo advirtió, y no pudiendo mas que llorar, dió rienda suelta á sus lágrimas. Pero luego Murchana, con su bondad natural, reprimió aquel mal impulso, resto del pasado enojo, y la mandó levantar. Azzahrá, llorosa, la confesó cuán culpable se juzgaba, no solo por las amarguras y dolores con que habia acibarado su vida, sino por haber hecho levantar aquella costosísima fábrica en perjuicio de la redencion de los cautivos musulimes. La sultana respondió con dulzura:—«Eraste, hija mia; mas enjúguese para siempre ese llanto inútil. ¡Oh, flor! no quiero arrancarte de estos jardines; yo te lo doy nuevamente con estos régios alcázares, para que derrames en ellos tus últimos aromas.»—Azzahrá la replicó:—«¡Oh, señora mia! ya flor marchita, solo debo prestar mi desfallecido perfume al verjel de un sepulcro. Permíteme que vaya á morir á la *raudha* de los califas (3) en el alcázar de Córdoba. Allí regaré con el rocío de mis lágrimas la palmera que Annasser plantó en otro tiempo para que diese sombra á su tumba, y las azucenas pálidas y melancólicas como yo, que crecen á su orilla.»—«Oh Azzahrá! dijo Murchana, no acrecientes mi pena con tus sentidas palabras. Yo de buen grado compartiria contigo esas solitarias vigiliass sobre su sepulcro, porque le amaba como tú; pero además fui su esposa, y no quiero ceder á nadie ese derecho. Tú prosigue habitando en estos lugares hasta morir, que hartos motivos encontrarás en ellos para llorar.»—Permitidme al menos, replicó Azzahrá, que le acompañe hasta su sepulcro y le dé mi postrera despedida.»—No te lo prohibo, respondió la sultana; cumplirémos juntas tan triste homenaje.» Así dijo Murchana, y se adelantó con paso majestuoso para unirse á la fúnebre comitiva de Annasser, rodeándola sus mujeres y esclavas. Azzahrá besó humildemente la orilla de su vestido, expresó con un suspiro su obediencia y resignacion, y se confundió con

(1) Ebn Jaldun, citado por *Alm.* I, pág. 245.

(2) Es favorecido por Allah ó el que impetra su ayuda.

(3) Es cierto que bajo la dominacion de los califas de esta dinastía de los Beni Umeyas, el color blanco se usaba para el luto y duelo, así como entre nosotros el negro. Así lo afirma *Almacari* en la relacion de este suceso. I, 251.

(1) En árabe *tors ó tars*, de donde vino el castellano *tarja*.

(2) *Almacari* I, 250 y 51.

(3) Los árabes suelen llamar á los sepulcros y cementerios con el nombre de *raudha*, ó lugar ameno y florido; porque en su poética imaginacion los consideran como verjeles donde acuden á derramar su fecundante rocío las nubes de la mañana.

la muchedumbre de las mujeres, que semejando con sus blancos vestidos á una bandada de palomas, seguían las huellas de su señora Murchana.

En este momento, el régio cadáver, colocado en su ataúd, salía en hombros de sus esclavos por la puerta de Medina Azzahrá, y entonces su hijo, el nuevo califa Alhacam, salió también del alcázar, acompañado de sus hermanos, wacires y servidumbre, siguiendo todos al cuerpo del emir Almumenin (de quien Allah haya misericordia), hasta que llegó al alcázar de Córdoba para ser enterrado allí en la *torba* ó cementerio de los califas (1).

Concluida la triste ceremonia, Murchana permaneció en el alcázar cerca del cuerpo de su real esposo, y consagró dichosamente el resto de sus días al cariño de su hijo el califa Alhacam. Azzahrá volvió á los alcázares de su nombre, donde se despojó de todas sus esclavas y servidumbre, y vivió casi solitaria con los recuerdos de su amante á quien sobrevivió pocos años.

A pesar de las inmensas sumas que el difunto califa había empleado en Medina Azzahrá, todavía fábrica tan prodigiosa no pudo concluirse enteramente, hasta quince años despues de la muerte de Abderrahman Annasser, é imperando su hijo Alhacam, que fué el segundo de este nombre, y disfrutó con igual ventura del poder hasta su muerte acaecida en el año 366 de la hégira, 976 de nuestra era. Este emir, á imitación de su padre Abderrahman, no solo prosiguió embelleciendo mas y mas aquel real sitio, sino que siendo príncipe mas aficionado á las letras y artes que á las armas y guerras, empleaba allí su tiempo en los dulces cuidados y ácase en las delicias del amor que le inspiraba la hermosa *Radhia* (2). Esta doncella, natural de Córdoba, habia entrado en otro tiempo en la servidumbre de la sultana, y como se señalase no menos que por su belleza, por su ingenio para la poesia, el emir Abderrahman se la habia dado como gran presente á su hijo Alhacam, que por tales prendas la llegó á profesar el mas ardiente cariño, y la llamaba con el nombre de la *Estrella feliz*. A la muerte de Alhacam, Radhia hizo un viaje al Oriente, y en todas partes fué muy admirada y aplaudida por su extraordinario ingenio que la dió gran celebridad en su siglo (3).

En los alcázares de Medina Azzahrá, recibió con gran ostentacion el emir Alhacam á los rasules ó enviados del rey de Galicia (4) y el conde de Castilla (5), que vinieron á concertar con él un tratado de paz. Festejólos el califa espléndidamente en aquellos palacios y jardines, con qué quedaron no menos pagados de su cortesía y magnificencia, que maravillados de las riquezas y bellezas artísticas que se ostentaban, especialmente en el gran alcázar. Al despedirlos despues de ajustadas las paces, envió con ellos el emir á uno de sus wacires con cartas para el rey de Galicia y con el presente de dos generosos corceles ricamente enjaezados, dos halcones muy adiestrados para la caza, y algunas espadas de gran precio, fabricadas en las armerías de Toledo y Córdoba. Aquellos emires, sino por granjearse el afecto de otros príncipes muy inferiores á ellos en poder, todavía por hacer gala de sus riquezas y liberalidad, nunca escaseaban tales demostraciones y regalos.

Asimismo cuentan las historias árabes que en el año 356 de la hégira, 67 de nuestra era, el califa Alhacam, ocupando su trono en el alcázar de Azzahrá, recibió á los embajadores de los emires Idrisitas de Africa, que vinieron á tratar con él alianza, y reconocerle vasallaje (6).

En Medina Azzahrá tambien hospedó y alojó Alhacam, como

príncipe tan amante de las letras, á muchos de los ingenios mas célebres de aquel tiempo, para poder disfrutar así mas de cerca de su trato y conversacion. En el recinto de aquel sitio real hizo dar una hermosa casa á su cronista, el célebre escritor *Ahmed Ebn Said el Hamdani*, que escribía á la sazón una historia de la España árabe (1).

Los califas que sucedieron á Alhacam hasta la caída del imperio y dinastía de los Omiadas, siguieron frecuentando el alcázar de Medina de Azzahrá, como á sitio real y residencia de verano.

VI.

Mas á pesar de todo el empeño de los hombres por conservar aquel lugar de delicias, forzoso era que con su desolacion se cumpliesen las maldiciones que sobre él habia lanzado Allah. Este suceso acaeció desde el mediodía del martes 23 del mes de Chumada 2.º, hasta el mediodía del miércoles siguiente del año 399 de la hégira, ó sea del 23 al 24 de febrero del año 1009 de nuestra era. Fué así que imperando Hixem II, nieto de Abderrahman III, se alzó contra él cierto Mohammed Ebn Hixem en dicho año, y se tituló con el sobrenombre régio de *Almahdi* (2). Era á la sazón *hagib* ó ministro de Hixem, *Abderrahman el Amerita*, hijo del famoso Almanzor; pero así este como otro hermano suyo, llamado *Abdelmelic*, que sucedieron á Almanzor en el gobierno del estado, faltos del talento político de su padre, dejaron hundirse el trono de los califas. Mohammed Almahdi, pues con la gente de su parcialidad cercó al califa Hixem en su misma capital Córdoba. La gente de guerra que la guarnecía, descontenta del *hagib* Abderrahman, le entregó á los enemigos; de manera que Almahdi pudo entrar en Córdoba, donde desposeyó al califa, le echó en prisiones, é hizo matar á su *hagib*. Los partidarios y milicia de Almahdi que eran negros y gente foragida, entraron al saqueo en el alcázar de Córdoba y en el de Medina Azzahrá, y no solamente los despojaron de gran parte de sus alhajas y riquezas, sino que destruyeron y asolaron cuanto pudieron (3). Los estragos de aquellas alteraciones y guerras que prosiguieron largo tiempo todavía, al par que apresuraban la ruina del poderoso imperio de los Beni Umeyas, completaron la desolacion del monumento mas grandioso que fundaron aquellos emires. Apenas habian pasado cuatro meses que Mohammed Almahdi destronando al califa Hixem se alzara con el trono de Córdoba, cuando, imitando su ejemplo, se levantaron para disputarle el poder otros caudillos y varones principales, como sucede en aquellos tiempos de revueltas en qué lo venturoso del resultado autoriza, sino justifica, la ambición y la rebeldía. El rival de Almahdi fué *Suleiman*, jefe del partido bereber en Córdoba, el cual proclamado Emir por los de su bando el día 6 de la luna de Xawal de la hégira 399 (el 3 de junio de 1009), despues de varios sucesos y contiendas de armas con su contrario Almahdi, al fin en tal aprieto le puso, que le obligó, para sostener su causa, á llamar en su socorro á los condes Raimundo, de Barcelona, y Armengol, de Urgel (4). Con esta ayuda Almahdi logró prevalecer contra su enemigo Suleiman, venciéndole y derrotándole en la famosa jornada de *Acaba Albacar* (5), acaecida en el mes de junio del año 1010 de nuestra era. Suleiman desbaratado, se retiró con sus bereberes á Medina Azzahrá, de donde no mirándose seguro, aquella misma noche salió con su gente para buscar asilo en parte mas lejana y exenta de peligro.

J. JAVIER SIMONET.

(Continuará.)

(1) La palabra *torba*, que quiere decir *tierra*, se usa por algunos historiadores árabes de España y muchos de Africa, en el mismo sentido que entre nosotros panteon, ó sea entieramiento particular de algunos personajes ó familia.

(2) *Radhia*, significa la complaciente, la que complace con su vista.

(3) Escribió muchos libros de oratoria y elocuencia, y murió en 423 de la hégira, 1032 de J. C., á la edad, segun se cuenta, de 167 años.

(4) Sancho I, que murió en 966 de nuestra era.

(5) Garcí-Fernandez que gobernó en Castilla desde 969 á 996 de J. C.

(6) *Bayan Almagreb*, parte 2.ª, pág. 251.

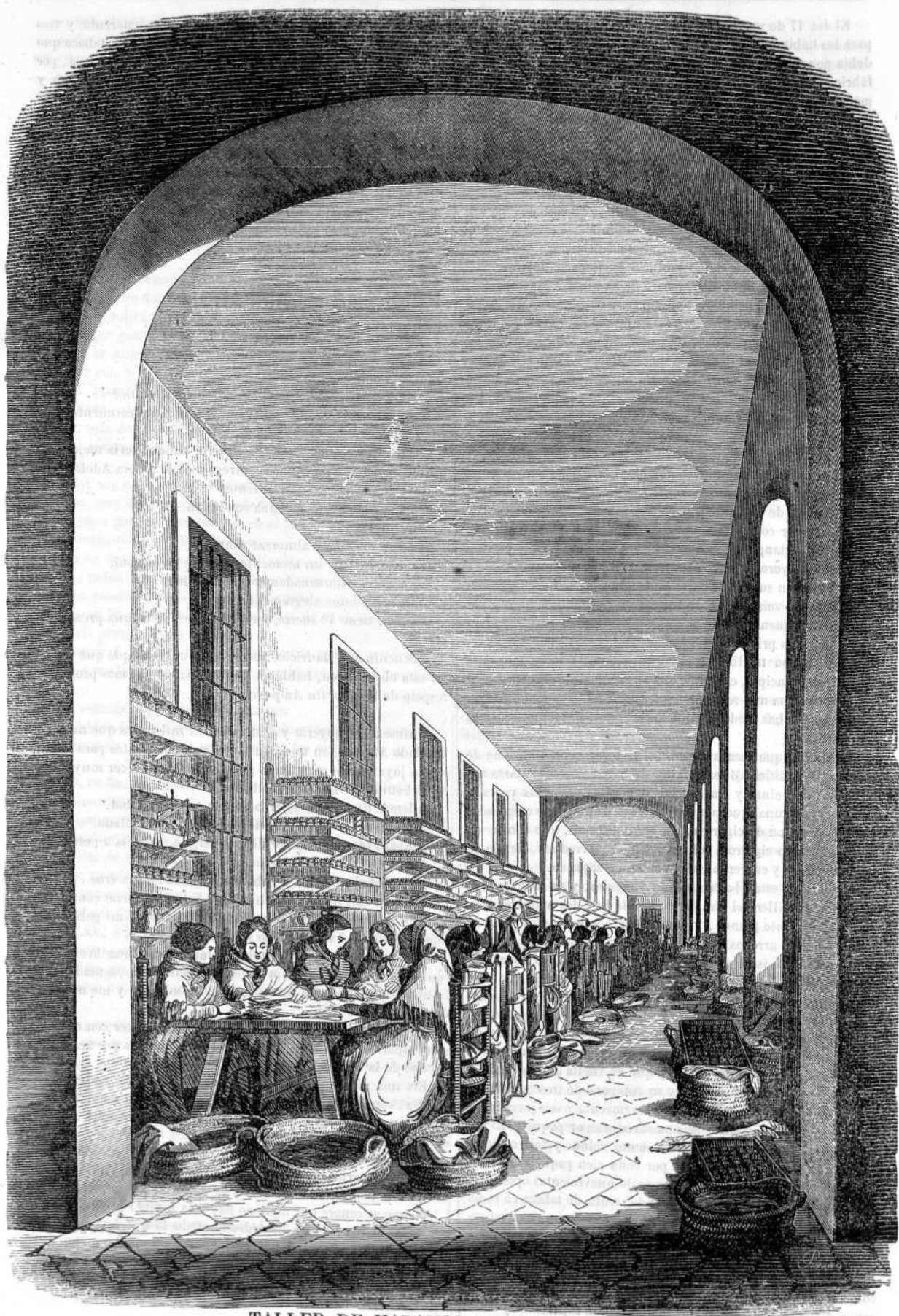
(1) Este Ahmed, llamado tambien por sobrenombre *Athendí*, natural de Córdoba, fué gran jurisconsulto é historiador. Murió en 399-1009.

(2) El predestinado.

(3) Cuenta estos sucesos; *Almaccari* I, 379.

(4) Fueron hijos del conde Borrel, á cuya muerte acaecida en el año 993 de J. C., se repartieron aquellos estados, tocando á Raimundo el condado de Barcelona, y á Armengol el de Urgel.

(5) Es decir, la cuesta de las Vacas, lugar á diez millas de Córdoba. Otros escriben *Dar Albacar*.



TALLER DE HABANOS PENINSULARES.

El día 17 de mayo de 1790 fué un día de fiesta y de alegría para los habitantes del barrio de Embajadores. El rey Carlos IV debía poner á la una de su mañana la primera piedra de la fábrica de cigarros. Desde por la mañana se notaba gran animación en los preparativos de la fiesta. La guarnición, vestida de gala, ocupaba todos los alrededores del sitio marcado para la construcción del edificio. En medio se elevaba un aparato que sostenía la piedra que el rey debía colocar. El pueblo se apiñaba detrás de las filas de los soldados, quería presenciar este espectáculo tan útil y provechoso para él. La creación de la fábrica de tabacos en Madrid, debía dar trabajo á mas de dos mil operarios y operarias, y esto el pueblo lo habia conocido mucho mejor que nadie en aquellas circunstancias.

El estampido del cañon anunció la llegada del rey; mil gritos poblaron el aire. El rey bajó de su carroza, acompañado de sus dos hijos el principe de Asturias y el infante don Carlos. Despues de las ceremonias de costumbre, y de haber colocado el acta de la inauguracion y una moneda de cada clase de las que corrian en aquel tiempo en una cajita de hoja de lata dentro del hueco que debía cubrir la piedra inaugural, el rey se retiró á su palacio, aclamado por un pueblo á quien aquel día y con la inauguracion de la fábrica, ofrecia un arbitrio para el alivio de sus miserias.

Desde el día siguiente empezaron las obras del edificio, y poco á poca fué levantando, teniendo alternativas por la causa del dinero, porque los asuntos políticos no dejaban tiempo al rey para ocuparse de semejantes negocios. Por fin, el año de 1801 el edificio estaba completamente concluido, formando un paralelogramo rectangular, con cuatrocientos veinte y ocho piés en las líneas mayores y doscientos treinta y siete las menores.

El zócalo en su mayor parte es de granito; tiene piso bajo y principal, con veinte y nueve bancos en cada uno decorado por jambas: tres buenas portadas, que tambien son de granito, adornan la fachada principal. La fachada del centro tiene dos pilas-tras dóricas con triglifos en el cornisamento, que es la repisa del balcon principal, en donde está el escudo de armas. Las otras dos portadas son mas sencillas é inferiores, están solamente adornadas con jambas. Todo el edificio está adornado de una cornisa de piedra.

La lámina que damos á nuestros lectores, representa una de las salas del edificio, ó sea el taller de habanos peninsulares: se compone de veinte y un ranchos ó mesitas ocupadas por seis operarias cada una, que componen ciento veinte y seis empleadas en la fabricacion de cigarros, por cuyo paquete, que consta de cincuenta y un cigarros, cobran sesenta maravedises, siendo de primera clase, y cuarenta y seis por los de segunda.

Los talleres están bastante bien dirigidos, y su distribucion es buena. El taller del picado, en donde hay dos máquinas, es un salon bastante grande, y donde diez hombres solos pican al mes seiscientos arrobas, por las que se les abona á razon de tres cada una. Además de estas máquinas existen catorce mesas con sus correspondientes cuchillos, en las que trabajan veinte y ocho hombres, y pican, poco mas ó menos, al mes mil setecientos arrobas, y se les satisface á cuatro reales. El taller mas grande es el de mixtos, que consta de cien ranchos, ó sean seiscientos mujeres, abonándoseles por cada paquete cuarenta maravedises; pero el taller que lleva la palma y que da vuelta á todo el edificio, es el de cigarros comunes, y se compone de trescientos diez y seis ranchos ó sean mil ochocientos noventa y seis jornaleras, á quienes se paga veinte y seis maravedises por paquete. El taller de embotado se compone de ciento veinte y seis mujeres que ganan ochenta maravedises por cada cien paquetes de una onza. El taller del espallado consta de novecientas operarias, á quienes se abona dos reales por cada arroba de tabaco en rama que desvenan. El taller de tusas está á cargo de una contratista que con doce compañeras elaboran mensualmente dos mil cuatrocientos mazos, por los cuales percibe aquella dos mil reales. Ultimamente, el taller de cigarrillos de papel, es tambien por contrata, y tiene en la actualidad doscientas operarias que ganan á cuatro y medio reales por cada cien cajillas. Hay ade-

mas empleados en las faenas del almacen, cuarenta y tres operarios, cuyo sueldo diario es de ocho reales. El tabaco que por un quinquenio se elabora, sin incluir el que se pica, por ser moderna esta labor en la fábrica, es de trescientos treinta y siete mil novecientas veinte y siete libras, y su coste de siete millones ochocientos veinte mil setecientos veinte y un reales vellon. Existe en este edificio una escuela de instruccion primaria para niños, otra para niñas, y otra para párbulos, con sus correspondientes maestros, y además la última con maestra. En ellas solo se admiten los hijos de los operarios del establecimiento, á cuyos maestros satisfacen con ocho cuartos cada uno que tiene un niño, y seis cuartos por cada rancho en todas las datas.

AMPARO.

(MEMORIAS DE UN LOCO.)

(Continuacion.)

—Espera, la dije, ¿no quieres tener nada mio?

—¡Oht! sí, sí.... el recuerdo.... y el agradecimiento. ¿No basta eso?

—Bien, me quedo con ese dinero, aunque seria mejor que los mil reales restantes se los entregases á la señora Adela.

—Los gastaria en aguardiente.

—Me rindo, pero con una condicion.

—¿Cuál?

—Ven mañana á almorzar conmigo.

Meditó durante un momento Amparo y contestó:

—Vendré. Afortunadamente es domingo.

Y saludándose alegremente escapó.

—¡Ah! tiene V. suerte, me dijo Mauricio; es una prenda de rey.

Recuerdo que Mauricio, recordando un puntapié que le valió esta observacion, habló en lo sucesivo con el mas profundo respeto de la *señorita Amparo*.

Fuíme á una joyería y gasté los tres mil reales que me habia dado Amparo, en una bonita cruz de diamantes para ella.

La joya era de muy buen gusto, y debía parecer muy bien en el bonito cuello de la muchacha.

Además necesitaba dejar bien puesta mi vanidad.

Aquella inesperada devolucion la habia humillado.

Amparo me trataba, por decirlo así, de potencia á potencia. Yo no podia conservar aquel dinero.

Mi vanidad quedaba á cubierto, regalándola la cruz.

Solo con este objeto la habia convidado á almorzar conmigo.

El día siguiente á las once, Amparo estaba en mi gabinete, donde Mauricio habia servido la mesa.

Mientras Amparo se quitaba el manto con una hechicera confianza, Mustafá, que sin disputa era mi amigo, sentado enfrente de mí, meneaba lentamente la lanuda cola y me miraba de hito en hito.

Yo contemplaba á Amparo con el mismo placer con que se contempla una cosa bella, fresca, pura, encontrada por acaso en el erial de la vida.

Era una niña, en toda la extension de la frase, espiadita, esbelta, con bonitas manos, ojos hermosos, y una montaña de cabellos negros y brillantes, agrupados en trenzas; muy blanca, muy pálida y muy delgada.

Tenia la seduccion de la pureza conflagrada en sí misma, que por nada se alarma, que nada teme: iba de acá para allá, y me lo revolvia todo.

¿Cómo se conoce que aquí no hay una mujer! decía: polvo por todas partes, ¡y un desórden!... todo lo que hay aquí es buero y bello; pero seria mas bello, pareceria mucho mejor, si estuviese colocado en su sitio. Y luego... ¿estas armas? ¿para qué son estas armas? ¿á quién tiene que matar un hombre honrado?

— Son objetos de arte, la dije.
— Traed, pues, á vuestro gabinete un cañon de á veinticuatro cincelado.

¡Ah! ¿no crees que sea necesario alguna vez...?

¡Nunca!

— ¿Ni aun por un asunto de honor?

— Me horrorizaria un hombre que por una cuestion de honor hubiera matado á un semejante suyo... ¿y estos libros?... añadió pasando con la mayor facilidad de un objeto á otro. ¡Novelas!... Creo que en lo peor en que puede ocupar un hombre su talento es en escribir novelas.

— ¿Por qué?

— ¿No basta la vida real? ¿qué necesidad hay de exagerarla?

— La novela enseña.

— La novela vicia las costumbres.

— Eso lo dirá el padre Ambrosio.

— Sí por cierto; y basta para mí que el padre Ambrosio lo diga: es un ángel. ¡Ah! el padre Ambrosio sabe que vengo á almorzar con V.

— Y ¿qué te ha dicho?

— Nada; absolutamente nada. ¿No sabia el padre Ambrosio que iba sola de noche á recoger trapos por las calles?

Este recurso á sí misma, esta manifestacion de fuerza me encantó.

— ¿Y son estas las novelas que V. lee? dijo con severidad Amparo, que habia ojeado uno de mis libros. ¡Oh! esta novela en ninguna parte está mejor que en el fuego.

Y arrojó el libro á la chimenea.

Era un tomo del *Baroncito de Faublas*.

Solo habia tenido tiempo de leer algunas líneas Amparo, y se habia puesto encendida como una guinda.

Así con las tenazas el libro y le saqué de la chimenea donde olía mal, arrojándole á la jofaina.

Prometí á Amparo hacer un auto de fe con todos mis malos libros, y mediante esta promesa se restableció nuestra buena armonía.

En seguida nos pusimos á almorzar.

Yo habia cuidado de que el almuerzo fuese muy sencillo y compuesto de alimentos acomodados á las costumbres de Amparo.

Era, en fin, un verdadero almuerzo español, con el indispensable chocolate.

Amparo comia con apetito y sin encogimiento.

Mustafá sentado junto á ella gruñía con impaciencia excitado por el olor de los manjares.

Puse un plato al leal compañero de Amparo, que me dió las gracias con una sonrisa, y acaricié despues con su pequeña mano la cabeza del perro, que comia con ansia.

— ¡Ah! dijo hablando con él, esta es la primera vez que almorzamos bien, Mustafá.

— Pues así puedes almorzar, la dije, todos los dias.

Pintóse una expresion de reserva en el semblante de Amparo.

Comprendí que el mundo especial en que habia vivido, ese mundo que se llama *casa de vecindad*, donde resaltan todas las miserias, todas las abyecciones, todas las ignorancias, la habia hecho recelosa y desconfiada.

— Puedes almorzar así todos los dias, la dije, si consientes en que se realice lo que he pensado respecto á tí.

Amparo me miró con una profunda y grave atencion, y me preguntó:

— ¿Y qué ha pensado V.?

— He pensado, primero, en que la posicion en que te encuentras es muy precaria.

— He nacido pobre, me contestó con altivez; mi porvenir es el trabajo; acaso con mucha aplicacion y alguna suerte podré adelantar; tener dentro de algunos años un taller mio.

— ¿Y las enfermedades?

— ¡Buena manera de alentar á los pobres!

— Es que yo quiero asegurar tu suerte.

Amparo habia dejado de comer, y noté que habia perdido enteramente su tranquila confianza; que estaba preocupada, disgustada, pesarosa de haber ido á almorzar conmigo.

— Soy rico, la dije, muy rico; sobrino de un grande de España que no tiene hijos, ni los tendrá probablemente, heredará sus rentas y su grandeza.

Nublóse mas el semblante de Amparo.

— No pienso casarme jamás, continué, y quiero que seas mi hija adoptiva.

Amparo me miró de una manera penetrante, como si hubiera querido asegurarse de hasta qué punto eran verdad mis palabras y la marcada conmocion con que las habia pronunciado.

Sin duda mis ojos dejaban ver claro lo que mi alma sentia, porque la expresion de reserva y de duda desapareció del semblante de Amparo, substituyéndola una dulce expresion de consuelo.

— ¡Ah! exclamó: ¡Quiere V. remplazar á los padres que he perdido!

Y aunque procuró dominar su conmocion, sus ojos se llenaron de lágrimas.

Yo gozaba; no sabré deciros qué placer; pero me sentia feliz y jóven, y poderoso: me sentia engrandecido.

— Sí; la dije, mientras ella callaba, con la vista inclinada, las mejillas encendidas, sobresaltada: quiero que no vuelvas al taller.

— ¿Y qué he de hacer? me dijo. ¿Gravar á V.? ¿vivir en el ocio? No, no podria.

— Quiero que entres en un colegio.

— ¿Y para qué? No; eso no puede ser. Yo no acepto la adopcion de V.

Ya te he dicho que estoy resuelto á no casarme jamás. Aunque soy jóven, mi corazon está ya gastado; es muy viejo. Nada espera, nada desea.

— ¡Oh! ¡No; no me diga V. eso! No quiero creerlo! ¡Una vida así debe ser horrible!

— ¡Horrible, sí! ¡muy horrible! Por lo mismo es necesario que un deber me ligue al mundo, á la vida: representa tú ese deber.

— Bien; me dijo, mirándome con una expresion que no pude comprender, acepto; seré su hija adoptiva de V... pero en un convento.

— ¡En un convento! ¡monja tú!

— Sí; una vez monja, mi porvenir está asegurado.

— Pero tú, que empiezas ahora á vivir... ¡renunciar de tal modo á la esperanza!

— Es lo único que aceptaré de V., un dote reducido, cuanto baste...

— No.

— Pues no hablemos mas de ello.

Y se levantó.

— ¿Te vas ya? dije.

— Sí señor; no quiero pasar mucho tiempo fuera de casa.

— Pero ¿volverás?

— Acaso no.

— ¿Y por qué?

— ¡Oh! ¡Me ha hecho V. sufrir! Adios.

— Espera. No quiero obligarte á que vuelvas; pero por si no nos volvemos á ver, acepta esta memoria mia.

Y tomé de sobre la repisa de la chimenea el estuche que contenia la cruz que habia comprado para ella el dia anterior, y se lo dí.

(Continuará.)

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO INSERTO EN EL NÚMERO 25.

El mundo hace lo mismo con la juventud que con las plantas el sol: ó la alimenta ó la mata.

MADRID.—Imprenta de MANUEL GALIANO,
Plaza de los Ministerios, 3.

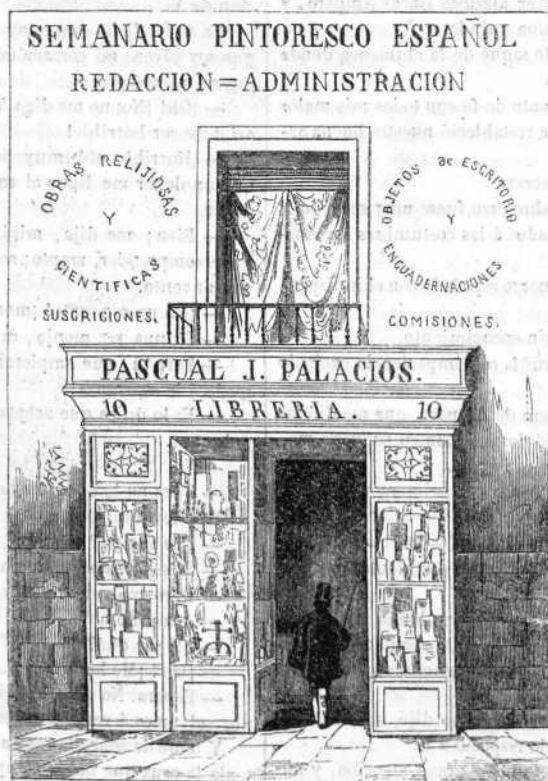
SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL.

AÑO XXI. -- II SEMESTRE.

DIRECTOR LITERARIO, **EXCMO. SR. D. JOSE MUÑOZ MALDONADO**, CONDE DE FABRAQUER.

Esta publicacion que se halla en el segundo semestre del año veinte y uno de su publicacion, es la mas antigua que sale á luz en España. El apoyo que siempre ha encontrado en el público, es su mejor elogio. El nuevo editor, al hacerse cargo de ella, y atendiendo al compromiso que su antiguo director tenia con los suscritores de regalarles los almanques de primavera y verano, considerando la inoportunidad de estos, una vez tomado el *Omnibus* que se regaló, ofrece desde el presente mes de julio una *Revista mensual* ilustrada con los sucesos mas notables, tanto en acontecimientos como en modas, teatros, etc. Constará de medio pliego del tamaño del *Semanario*, y se repartirá con el último número de cada mes.

La direccion de está Revista está encomendada á una pluma aventajadamente conocida en estos trabajos.



La Redaccion y Administracion se halla situada en la calle del Desengaño, núm. 10, librería, donde se dirigirá toda la correspondencia, y se admiten suscripciones á los precios siguientes:

Un año.	36 rs. en Madrid y	48 en provincias.
6 meses.	20 Id.	24 Id.
3 Id.	12 Id.	14 Id.
1 Id.	4 Id.	.



EL DOCTOR D. FRANCISCO DE PAULA SEIJAS Y PATIÑO.

No solamente es digno de vivir en la memoria de los hombres el que dedica al estudio los años de una existencia larga y laboriosa; eso tambien con igual derecho el jóven que baja á la tumba, cuando asomaba apenas al dintel del mundo, arrastrando consigo justísimas esperanzas, antes muertas que nacidas. El que dió á su edad solamente lo que á su edad se debe, ese merece ya loa y aplauso. ¡Cuánto mas digno de ellos el que como D. FRANCISCO DE PAULA SEIJAS, cuya breve vida será objeto de estos renglones, produjo mas frutos de los que pudieran esperarse de sus años, sin ser por eso ásperos y desabridos, sino por el contrario dulcísimos y regalados! «En él (exclamaba lleno de dolor al pié de sus mortales despojos un amigo inconsolable), en él adelantóse á la edad la madurez del juicio; fué viejo en el abril de su vida, con la hermosura de la juventud; á semejanza de esos árboles que ofrecen juntos el fruto y la flor sazonado y olorosa.»

EL SEMANARIO, precioso depósito de las glorias españolas y de las primicias de nuestros ingenios; EL SEMANARIO, cuyas páginas se adornaron ya con el nombre de SEIJAS, debía conceder un recuerdo á su memoria. Con mas perfeccion que yo podria tributársele cualquiera; pocos ó ninguno con igual cariño.

«Un nuevo lazo nos une en estrecha indisoluble amistad (me escribía SEIJAS en diciembre de 1854); juntos recibimos nuestra primera enseñanza; la afición á un mismo linaje de conocimientos nos volvió á reunir bajo el patrocinio y guia de uno de nuestros mas entendidos al par que modestos escritores; y el bonete de doctor en la facultad de jurisprudencia, que merecidamente acaba de recibir, otra tercera vez nos hace compa-

ñeros; pero esta, mia ha sido la sin igual honra de presentarle al claustro y darle en medio de todos un abrazo fraternal y cordialísimo. No olvidaré dia tan señalado, y confío en que tampoco lo borrará V. de su memoria: estamos uno y otro de enhorabuena.»

¡Quién me dijera entonces que aquella púrpura que tan dignamente lucia en su noble y expresiva cabeza, diez y ocho meses despues habia de ser triste adorno de su féretro!

Hijos son pues estos renglones del afecto cordialísimo que á D. FRANCISCO DE PAULA SEIJAS profesaba; fruto y recuerdo de la amistad que por tanto tiempo nos uniera.

Veintiocho años nada mas han separado su cuna y su sepulcro: en 20 de febrero de 1828 nació en Granada, siendo sus padres los Excmos. Sres. D. Manuel de Seijas Lozano y Doña María Jesus Patiño; en 22 de mayo de 1856 ha sucumbido en Madrid, victima de una larga y penosa enfermedad.

Ya desde la mas tierna infancia diéronse á conocer sus precoces talentos y esa aplicacion al estudio que tan temprano agostó su existencia. Aun conservan sus padres un cuadro de las muchas medallas de premio que obtuvo durante la primera enseñanza, y que la Sociedad Económica de Amigos del País de Granada acostumbraba á otorgar en público concurso á los que mas se distinguían. Nuestro amigo consiguió el premio en todos los certámenes celebrados.

En uno de ellos ocurrió cierto suceso que excitó el interés y la atencion general. Poco mas de seis años tendria el estudioso niño cuando á deshora se vió imposibilitado de concurrir al acto, á causa de haberle acometido enfermedad muy comun en

la aurora de la vida: el sarampion. Pero en lo mas recio de la calentura, en los precisos momentos de la crisis, era tan abundante su llanto, su sentimiento tan profundo, que el médico anunció á sus padres que de todos modos estaba expuesto á morir, saliendo de casa ó quedándose en el lecho. Cedieron pues; presentóse al concurso el enfermo, y el gozo de su espíritu fué el primer remedio de su dolencia.

A los nueve años principió el estudio del latin y humanidades, siendo tales sus adelantamientos que sorprendia á los maestros su facilidad para traducir los clásicos latinos en los pasajes mas oscuros y difíciles. Testigos eramos de su aplicacion é ingenio cuantos concurríamos al colegio de la Plaza de la Villa, tan dignamente dirigido por el celoso é ilustrado presbítero D. Miguel Martínez y Sanz, hoy director de las misiones del golfo de Guinea.

Sucesivamente cursó despues en la Universidad de Madrid filosofía y leyes, logrando siempre la primera censura. Los actos para los grados que obtuvo de bachiller y licenciado en jurisprudencia fueron de lo mas lucido que en aquella se habia verificado. La Academia Matritense aplaudió tambien sus notables trabajos, y el Gobierno le premió dándole los honores de Secretario de S. M.

Algunos de sus profesores recomendáronle entonces con entusiasmo al ministro de Instruccion pública, que lo era á la sazón el Sr. Bravo Murillo, quien formó empeño en llevarle á la secretaría, hablando al efecto con sus padres. Deseaban otros de sus maestros y algunos de diferentes universidades, con quienes estaba en comunicacion científica, inclinarle á la carrera del profesorado, á la que SEIJAS tenia verdadera vocacion y en la que hubiera podido ser tan útil á su patria; pero un sentimiento que cuantos no conozcan la modestia tacharian de pueril, le hacia no admitir el titulo de maestro, siendo el único obstáculo que en su ánimo hallaba para dedicarse á tan noble profesion.

Su padre, abogado de mucho crédito, trabajaba por aficionar á SEIJAS á los laboriosos triunfos del foro, y mas que la inclinacion hicieron el respeto y la condescendencia que el jóven se dedicase al ejercicio de la abogacia, incorporándose en el colegio de Madrid. El tino con que dirigia los negocios que se le confiaron; el acierto en utilizar las acciones y elegir las excepciones; la brillantez de sus informes en estrados: todo infundia en el padre la creencia de que su hijo estaba llamado á esta profesion y que en ella le esperaba un brillante porvenir, cuando notó que el jóven con mayor predileccion por otros estudios satisfacía esta necesidad de su alma á costa de reiteradas vigiliias y no interrumpido trabajo.

Conocia y hablaba ya entonces perfectamente el francés, el inglés y el italiano; dedicóse al estudio del alemán bajo la direccion de nuestro sabio y querido maestro D. JULIO KÜHN, y sucesivamente al hebreo, al griego y al árabe, en cuyos idiomas hizo rápidos y notables progresos.

Vino entonces una circunstancia á cambiar su carrera. De nuevo fué llamado su padre al ministerio en 1849; cargo que aceptó forzado por graves consideraciones y altos respetos, comprendiendo bien cuán desventajosamente habia ello de influir en la futura suerte de su familia.

Era el estudio de D. Manuel de Seijas Lozano de los mas acreditados en la corte, valiéndole á un tiempo reputacion y fortuna, y, asociado al bufete el nuevo letrado, este seria gran alivio de su padre, sosten y apoyo de sus intereses y sucesor suyo en la clientela y fama. Apreciando la claridad de entendimiento del hijo, consultábale D. MANUEL en los negocios mas árduos; á su temprano pero recto juicio confió pues si debia aceptar el ministerio, cuando con ello destruía su bufete. «*Tu patria es antes que tu familia,*» respondióle nuestro SEIJAS delante de muchas personas, que claramente conocieron sin embargo la pena interior de su corazon por una honra que con tanta ceguedad es codiciada.

Vacante por muerte una plaza de oficial en la Secretaría que desempeñaba su padre, la obtuvo á instancias de los demás Mi-

nistros. La maledicencia y la envidia desahogaron su despecho: demostró el tiempo lo acertado de la eleccion, y hoy no existe quien tal no confiese.

Sin embargo SEIJAS subiéndole tan pronto á los altos honores, entraba en un puesto que no correspondia á su edad; ¿no era de temer que tuviese contra sí todas las prevenciones de la oficina, mayormente cuando al imberbe jóven se le confiaba el vasto negociado de comercio, y muy luego el mas importante de instruccion pública? Menguado papel creterian los que no conociesen á nuestro escolar que habia de hacer al lado de hombres tan eminentes como los señores D. José Caveda, D. Antonio Gil de Zárate y D. José de la Revilla, glorias de nuestra literatura. ¡Pues bien! ¡Prueba indisputable del mérito de SEIJAS! Al poco tiempo era el amigo predilecto de sus jefes, la persona mas querida, el oficial de su confianza, el hombre cuyo juicio escuchaban con placer y distincion; por quien se realizaba, especialmente en la segunda de aquellas direcciones, la unidad de pensamiento, la conformidad de ideas y la elevacion de miras que produjeron grandes ventajas para la instruccion pública.

No desistían los maestros del jóven oficial de su propósito de atraerle al profesorado, conociendo su aficion á esta carrera. Decidieronle pues á recibir el doctorado en jurisprudencia. Excelente es el discurso que, examinando la índole y organizacion de la familia romana, escribió SEIJAS para su investidura. Siguiendo la historia del pueblo rey analiza y juzga las diferentes épocas de su derecho familiar hasta el Cristianismo; compara aquella legislacion con otras, y observa si está conforme con los buenos principios del derecho. Nutrido de datos, exacto en apreciaciones históricas, filosóficas y legales, y escrito en puro castellano, este precioso trabajo hizo ver ya al jóven dedicado á estudios profundos, y reveló al que muy pronto habia de mostrarse no comun hablista.

Pero lo que en aquel acto conmovió mas al auditorio, fué la brillante improvisacion en que dió gracias al claustro por el honor que recibia, y á sus padres por los cuidados y desvelos con que le habian llevado hasta aquel punto. El acento de su voz y lo escogido y sencillo de sus palabras arrancaron abundantes lágrimas á los concurrentes.

En 1850 el distrito de Motril, á que corresponde Almuñécar, patria de D. Manuel Seijas Lozano, quiso dar una prueba de afecto al nuevo oficial de secretaría, y le brindó con la diputacion á cortes. Pero tenazmente rechazó esta distincion nuestro amigo, manifestando que no tenia la edad para ello conveniente, y como no se aquietasen los electores, fué elegido diputado. Su modestia rehusaba esta honra, su severidad le llevó á no admitirla antes de tiempo, aunque hubiese ejemplares en contrario. Periódicos de oposicion publicaron su partida de bautismo: ya era inútil.

Desde aquí empieza verdaderamente la vida literaria de SEIJAS. Reunióse en el mismo año de 1850 íntima y amena tertulia en casa del distinguido colector de Quedado, del erudito y generoso literato D. AURELIANO FERNANDEZ GUERRA y ORBE. Allí juntos y sin otro deseo que el de aprender, discutian amistosamente ingenios ya conocidos por haber tomado parte en los combates literarios y jóvenes deseosos de saber, que nos preparáramos para seguir sus huellas y luchar á su lado con armas bien templadas. Era SEIJAS uno de tantos, y muy pronto llamó la atencion de los demás por los excelentes trabajos con que obsequiaba á la fraternal academia, y por ser el mas asistente de todos. Ni el frio, ni las continuadas lluvias del invierno eran parte á impedirle concurrir á sus queridas reuniones. Allí le veíamos, ó le veía solamente el dueño de la casa, todos los miércoles y sábados. ¡Ojalá se hubieran conservado escritas sus improvisaciones sobre el gusto y la belleza, sobre las novelas españolas y sobre otros muchos puntos que en aquel sitio se discutieron! SEIJAS era además uno de los lectores, y jamás olvidarémos la dulce expresion y el característico matiz que tomaban al salir de sus labios las encantadoras páginas del Ingenioso Hidalgo de la Mancha.

Teníamos obligación todos los concurrentes de presentar por turno un discurso ó escrito sobre cualquier materia. SEIJAS llenó tan grato deber con una serie de artículos sobre las *preposiciones*, publicados despues en la ILUSTRACION (tomo de 1832). Examinenlos cuantos pretendan conocer nuestra lengua, seguros de aprovechar el tiempo ventajosamente. ¡Lástima grande que la muerte, cortando tan pronto la lucidísima carrera de SEIJAS, nos haya privado de los notables trabajos con que empezaba á enriquecer el patrio idioma! Trabajos que hacian esperar sus talentos, sus vastos estudios filológicos y el marcado cariño que profesaba al castellano por «*ser, como él decía, extremada su afición á las lenguas muertas.*»

Otro artículo sobre gramática salió despues de la bien cortada pluma de SEIJAS (inserto en los diarios LA ESPAÑA y EL HERALDO) para evitar, como lo consiguió, que se autorizase por quien debía condenarlo el absurdo empleo de la frase «*Ocuparse de*», muletilla ridícula de conversaciones y discursos, aun de muchos que se tienen por sabios y eminencias.

La crítica literaria ocupó tambien algunas veces su pluma; pero nunca para manchar reputaciones verdaderas, ni descorazonar á los espíritus generosos, ni enfatuar á las medianías; y si la amistad le estimuló en ocasiones, siempre concilió con la justicia los impulsos de su tierno corazon. Para estas lides fingióse padre de la *sin par Miulina*, y con el seudónimo de ALFENIQUEN DEL ALGARBE, bajó á este mezquino mundo de los vivos con las ilusiones é hidalguía de los antiguos caballeros de los tiempos heroicos. Excelentes son los festivos artículos en que ya con burlas, ya con veras, con puntas y ribetes de finísima y delicada sátira para realzar de entre los escritores turbios y destajistas á los pulcros y aventajados, hace crítica de VIRGINIA, tragedia del ingenioso y felicísimo TAMAYO, de la JUDIT, que por tal ha de tenerse el drama del inspirado CERVINO, sin rival en los asuntos bíblicos, de la RICA HEMBRA y del CASTILLO DE BALSAIN, obras de TAMAYO y de los dos hermanos FERNANDEZ-GUERRA.

De sus rasgos sueltos llenos de sales picantes y de alusiones políticas ingeniosas vieneseme á la memoria una carta publicada en el SEMANARIO (1854) con el título A CUATRO BAJO CERO. Búsquela allí quien no la conozca, seguro de no tener que arrepentirse de su diligencia.

Entre los trabajos que SEIJAS ha dejado inéditos, cuéntase una novela al modo de la del GIL BLAS, destinada á pintar la sociedad española de nuestra época. Un adolescente ligero de cascos, hijo de cierta marquesa, era el protagonista, que en sus viajes y calaveradas debía correr por la corte y las provincias, haciendo conocer al lector los diferentes estados sociales de nuestra patria. ¡Pérdida no pequeña ha sido para las letras españolas, á juzgar por lo que iba escrito, que semejante libro no haya podido tener dichoso término!

Lástima es tambien que no tuviese ya mas adelantada una coleccion de cuentos que con el nombre de METAMORFOSIS ESPAÑOLAS comenzamos á escribir en nuestras academias semanales. Siguiendo la idea de Ovidio, nos complaciamos en buscar el origen de monumentos, costumbres y pueblos españoles en fantásticas y poéticas leyendas de breves dimensiones. El CORREO DE ULTRAMAR, periódico de Paris, ha publicado ya y seguirá publicando varias muestras de aquellos desenfados, con las firmas de los señores Fernandez-Guerra, Cervino y Breton de los Herberos.

Tres preciosos cuentos y una bellísima introduccion de SEIJAS dieron principio á la publicacion. Refiere en el prólogo con galano estilo el origen y objeto de la obra: la primer metamorfosis tiene por asunto el descubrimiento de América; en la segunda, que es festiva y caida al parecer de la pluma de Quevedo, se vé á Mercurio volver al mundo desde un sótano del infierno (*desvan, que llamaríamos á estar palas arriba*, dice el autor), donde con otros trastos y baratijas pertenecientes á los antiguos dioses le tenia el diablo arrinconado. Un alquimista le convierte en azogue liquidándole, y descubre el termómetro al ver al pobre númen alargarse con el calor en el tubo que le sir-

ve de cárcel, y encogerse en el mismo cuando le cuelga al fresco. La última fábula, de distinto gusto que las otras, es un deliradísimo sueño. El autor viajando por las cercanías de Granada se duerme sobre su caballo, y cree encontrar á Boabdil en una cueva adornada espléndidamente con todas las galas de la naturaleza, y oirle contar su partida de aquella ciudad, sus tristezas al verla por última vez desde el sitio llamado *el suspiro del moro*, y las amargas palabras de su madre. El purísimo estilo y el dulce matiz de melancolía que amenizan esta narracion, conmueven al lector y llenan su alma de placer.

SIFILA y APETITO es el nombre de otro cuento que ha quedado inédito. Harto indica el título cuán ocasionado es el asunto y cuán difícil de tratar, como se ha tratado, con limpieza y decoro. Séame licito prevenir al lector que se prepare á admirar tan linda miniatura cuando llegue ante sus ojos. La descripción de los recién descubiertos bosques de la América; la pintura del guerrero francés *Aupetil* con su luciente coraza, cuyos reflejos chispeantes alumbraban la yerba; el retrato de la virgen americana, su sorpresa al verse en el acerado pecho del soldado como se veía en el arroyo, su inocente amor y su desgraciada muerte; todo es admirable y respira graciosa y lozana poesía. Este cuentecito basta para acreditar á SEIJAS como poeta y como hablista.

La última obra de nuestro jóven es un comentario al *cuento de cuentos* de Quevedo, que aparecerá en el segundo tomo de sus obras, pronto á salir ya de las prensas del señor RIVADENEYRA. A las preciosas notas é ilustraciones del señor FERNANDEZ-GUERRA se añadirá pues ahora el comentario de SEIJAS, escrito cuando ya le aquejaba muy mucho la cruel dolencia que tan en flor nos le arrebató. «*Si me descuido quedan mis notas sin concluir*», dijo á FERNANDEZ-GUERRA tres dias antes de espirar: palabras que apunto, porque revelan la tranquila serenidad de su alma inocente en tan supremos instantes.

Dedicado á tan útiles tareas pasaba SEIJAS á costa de su salud y de su vida los momentos que le dejaban libre sus ocupaciones de oficial de secretaría. Querido de todos sus jefes, depositario de sus confianzas y secretos, á pesar de hacer su padre, á quien amaba apasionadamente, la oposicion á todos los ministerios desde 1851, ¡tan conocida era la lealtad de SEIJAS! cercado de amigos verdaderos, apreciado de cuantos le trataban, todo parecia desplegar á su vista un panorama radiante de ventura. ¡Ay! ¡Cuán pronto se deshojan las dulces flores de la esperanza! Una incomodidad de estómago, que por momentos se iba convirtiendo en verdadera y grave enfermedad, le obligó á salir de Madrid por el mes de noviembre último. Creia reponerse bajo el cielo de su patria, la hermosa Andalucía, entre los encantos de la naturaleza y á los regalados soplos de las auras del campo, que tanto le deleitaba. ¡Vanas ilusiones! Su estado era mas lamentable cada dia: postrado en cama con acerbos dolores, anheló morir entre su familia y amigos; y en los primeros dias de mayo fué conducido á Madrid con tierna diligencia y cuidados indecibles por un padre tan solícito como conternado.

Dos semanas despues sus padres y hermanos lloraban su irreparable pérdida, y sus muchos amigos, pintado en el rostro el dolor del corazon, ofrecian el postrero obsequio á los restos mortales del que tan digno de su afecto se mostró mientras vivia.

En el mismo recinto en que descansan las cenizas de CALDERON, LARRA y ESPRONCEDA, modesta lápida cubre las de nuestro jóven, con esta elocuente y sencillísima leyenda:

A LA MEMORIA

DE

D. FRANCISCO DE PAULA SEIJAS Y PATIÑO

EL AMOR PATERNAL.

Fué SEIJAS de mas que mediana estatura y de agraciado y varenil aspecto, el rostro pálido, viva y penetrante la mirada. Mostraba en su expresivo semblante mas avanzada edad de la que tenia, y la prematura falta de cabellos dábasele respto y au-

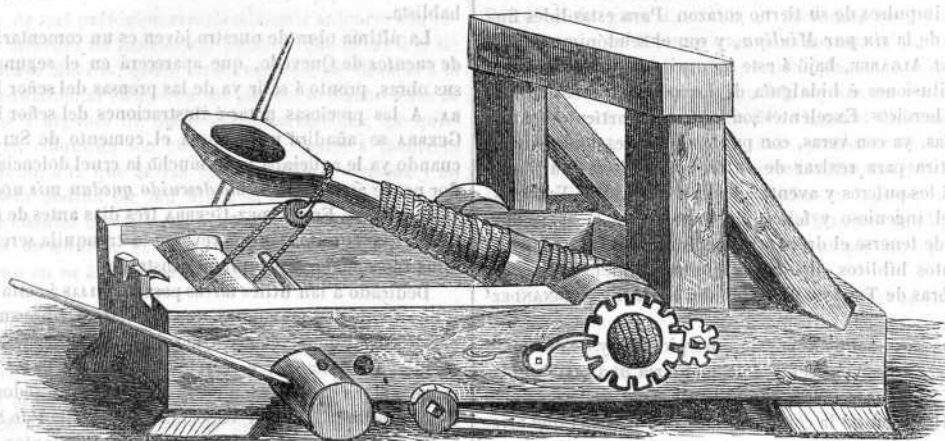
toridad, cuya impresion templaba algun tanto lo amable de su sonrisa bondadosa. Era su exterior grave y melancólico; alegre y comunicativa su alma. Al verle parecia frio y reservado: al tratarle se podia descubrir hasta lo último de su corazon. De niño semejaba hombre; de mozo parecia anciano en la madurez y aplomo de su juicio. Pudiendo pasar el tiempo en las diversiones y en los placeres del mundo, no gustaba de ellos: los libros eran su recreo, y sus amigos los sabios y estudiosos. Hablaba poco, y sazónabase su conversacion amena y variada con festivas sales y picantes epigramas, siempre ingeniosos y oportunos; jamás inconvenientes ni ofensivos. En él tenian los amigos un protector constante y decidido: la nacion un servidor rígido y severo en la observancia de las leyes; nunca flexible á consideraciones ni respetos humanos. Sus notas en los expedientes son testimonio de su probidad y su justicia: su caridad la han conocido sus padres ahora que muchas personas les han ma-

nifestado los socorros que de él á menudo recibian. Cuando publicaba algun escrito era á fuerza de ruegos con que yencian los amigos su modestia, y casi siempre ocultando su nombre ó con el seudónimo. Cuando el ramo de instruccion pública pasó á Gracia y Justicia, los jefes de seccion de este Ministerio tenian la consideracion de *Presidentes de Sala*; SEIJAS renunció tal derecho, no permitiéndole su delicadeza optar á una categoria que pensaba no hallarse al nivel de su edad y sus servicios.

Tal era D. FRANCISCO DE PAULA SEIJAS. Pocos fueron los dias de su vida: muchas las virtudes que los adornaron. Buen hijo, buen amigo, cumplido caballero, en él todo lo bueno tuvo albergue. ¡Dichoso quien al morir halla como él legado con lágrimas el camino de la tumba y deja grabado en el corazon de sus semejantes un grato recuerdo de su existencia!

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

ESTUDIOS DE ANTIGÜEDADES.



Catapulta.

ARMAS.

CATAPULTAS. — CERVATANAS.

El hombre, este rey de la creacion y señor del mundo, ha sido arrojado desnudo sobre la tierra, y no tiene sino medios mas débiles é inferiores á los de todos los demás animales para garantizarse de los ataques de muchos de ellos, muy superiores á él en fuerzas, en agilidad, en dientes y en uñas; empero la naturaleza le ha dotado de una inteligencia superior, y le ha suministrado materias que convertidas por su ingenio en armas, le ponen no solo en estado de defenderse con ventaja, sino de atacar á sus mas terribles enemigos. La necesidad inventó las armas. El nombre de armas viene de la palabra celtéca *Arm*, ó de la latina *Armus*, hombro ó espalda; y de aquí se tomó la palabra *Arma*: las armas, los que llevan ó se cubren los hombros.

Las armas fueron desde su principio ú ofensivas ó defensivas. Indudablemente la primera arma ofensiva de tiro ó arrojadiza, fué una piedra lanzada con la mano; ó la primera arma de mano fué un palo. Así pues, las armas se dividieron desde antiguo en armas de mano y armas de tiro ó arrojado. La maza, la espada, la lanza y el puñal, son armas de mano: el dardo, la honda, el arco, la ballesta, son armas arrojadizas. Estas eran las armas ofensivas. Los antiguos conocieron tambien las armas defensivas, como el casco, la coraza, los brazaletes, los zajones, el escudo. Los modernos han combinado armas, que son á la vez

de mano y de tiro, como los fusiles, de que se usa hoy en todos los ejércitos del mundo civilizado.

La invencion de la pólvora cambió el sistema de guerra de los ejércitos, é hizo inútiles la mayor parte de las armas defensivas, al ver, que no eran bastantes para garantizar al hombre que las llevaba de los tiros de fusil, y sobre todo de los de cañon.

Las armas siguieron desde su origen el mismo curso que han seguido todas las invenciones humanas. Hizo comprender la reflexion que un palo aguzado por una punta y lanzado horizontalmente, iria mas derecho al objeto á donde se le encaminaba, y causaria una herida mas profunda en el enemigo colocado á cierta distancia: de aquí nació el dardo. Mas tarde se colocó en su remate un hueso, un hierro afilado. Se hicieron tambien espadas y lanzas de madera.

El arco, la honda y la lanza, se encuentran en todos los pueblos de la antigüedad; se encuentran aun hoy mismo entre los pueblos salvajes, á los que no ha llegado la menor idea de la civilizacion. Y es, que el instinto de defenderse y la necesidad de ofender han hecho en todos los países nacer con un mismo sentimiento una misma invencion.

Después que se aprendió á extraer los metales de las entrañas de la tierra, y á labrarlos, adquirieron las armas una rápida y grande perfeccion. Desde el sitio de Troya hasta la invencion de la pólvora, poco adelanta la forma de las armas en su hechura y en su proporcion. Solo vemos dardos, lanzas, espadas, fle-

chias, escudos, cascós y mazas. Estas armas eran para combatir individualmente cuerpo á cuerpo; pero para batir las ciudades, para arrojarlas á los ejércitos formados en masa, se inventaron las armas ofensivas llamadas *tormenta*, de *tordere*, retorcer. Estas armas de los pueblos antiguos y de los pueblos de la edad media eran para ellos lo que nosotros llamamos hoy la artillería.

Las armas más notables de esta especie eran el *ariete*, aries; la *catapulta* (del griego Kata Pallo), y la *ballesta* (de Ballein, arrojar).

El carnero ó ariete, máquina muy sencilla, servía para batir las murallas de las ciudades que se sitiaban. Componíase de una viga mas ó menos larga, mas ó menos gruesa, armada por un extremo de una maza de hierro ó bronce, á la que se le daba la figura de la cabeza de un carnero, para que esta arma obrase contra los muros á la manera de los carneros cuando se topan ó baten entre sí.

Había arietes no solo suspendidos, sino sobre ruedas. El ariete que se llevaba y hacía mover á fuerza de brazos, era el mas sencillo. Una viga cualquiera podía servir, y se le empleaba para derribar puertas y tabiques.

Una viga suspendida por medio de cuerdas, como una balanza, formaba el ariete de la segunda especie, que era el mas terrible. Movíale hombres por medio de cuerdas atadas á la extremidad opuesta á su cabeza; y los había de un grandor extraordinario. Se lee en Plutarco, que Antonio, al ir á combatir á los parthos, llevaba en pos de sí uno de ochenta piés de largo.

La catapulta de que presentamos hoy un dibujo á nuestros lectores, ocupaba el lugar de lo que nosotros llamamos ahora morteros, y piezas de batir, ó piezas de sitio.

La catapulta es una palabra griega, compuesta de *Kata*, sobre ó contra, y *Pallo*, yo arrojo. Se atribuye su invención á los sirios; y asegura Vitrubio, que arrojaban á los enemigos piedras de un grandor extraordinario, que algunas veces pesaban hasta trescientas libras.

La fuerza y la precision de estas máquinas era tal, que es creíble que aun podría empleárselas en nuestros días en la guerra de sitio, á pesar de la ventaja de la pólvora y los morteros; y seguramente, si no se usan hoy, es por lo embarazoso de su transporte.

Las famosas catapultas se hallaban construidas sobre el mismo principio con que se hallan construidas hoy entre nosotros las sierras. Supongamos que tenemos á la vista una sierra ordinaria, instrumento muy común: la sierra se compone de dos paños montantes, y de un travesaño llamado registro. La hoja está tirante por una madeja de cuerda que se retuerce con una palanqueta: la torsion de las cuerdas imprime á esta palanca una tendencia á escaparse, que la hace obrar sobre el registro con gran fuerza. Pues las catapultas se hallaban así construidas: un enorme fajo de cuerdas de tripas de buey, de tres piés y mas de diámetro, sobre diez á quince de largo, estaba tendido en un cuadro formado con gruesos maderos; las puntas de esta madeja ó fajo, se hallaban fijadas en dos discos de metal que Vitrubio llama *Capiteyas*; su forma parecia á la de un sombrero redondo, bajo y sin fondo: el interior de la abertura del capitel, estaba dividido por un diámetro de hierro, sobre el que pasaba la madeja de cuerdas. Figurémonos que la sierra es de esas que sirven par contornear: los dos muñones representarán los capiteles de la catapulta, y la hoja de la sierra la madeja de cuerda: así se concibe que haciendo dar vuelta á los capiteles, era fácil dar al fajo de cuerda el grado de torsion que es necesario. Los bordes de los capiteles estaban dentados, y entre ellos se ponía un trinquete. Por medio de la madeja pasaba el brazo ó *stilo*, de la catapulta, como la palanca que sirve para dar tension á la sierra por medio de la cuerda. El extremo libre del estilo tenía la hechura de una cuchara, ó bien llevaba una especie de horca en la que se colocaban los proyectiles.

Para concebir bien el juego de esta máquina, no hay mas que tomar una sierra, quitarle la palanqueta que sirve para darle fuerza y tension; poner en su lugar una cuchara de hierro ó madera, y disponerlo de modo que su espátula caiga hacia

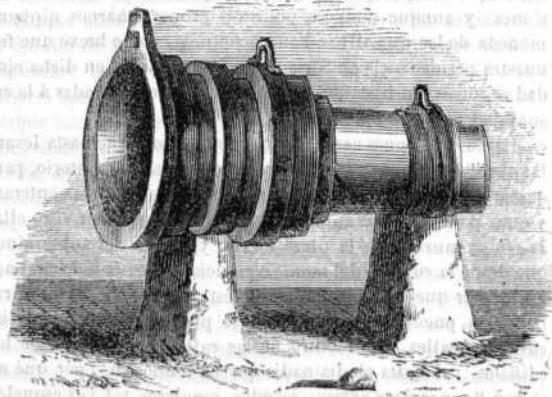
atrás: hecho esto, puesta la sierra en pié, la cuerda abajo, y fija en esta posicion, bájese la cuchara hasta que haya tomado una posicion horizontal; póngase dentro una bala, suéltese la cuchara: se levantará por efecto de la torsion de la cuerda, y lanzará la bala á una cierta distancia. Tal era la manera con que obraban las catapultas.

La fuerza de estas máquinas depende evidentemente de la proporcion de sus piezas. Se lee en Plutarco y Polibio, que las catapultas de Arquímedes en el sitio de Siracusa, lanzaban trozos de piedra de más de trescientas libras. No solamente lanzaban las catapultas esas enormes masas de rocas que cayendo sobre los techos de las casas de las ciudades sitiadas, los hundían y aplastaban, y hacían el mismo efecto que hoy hacen las bombas; sino que servían tambien para lanzar en las ciudades sitiadas, caballos muertos y otras materias infectas que corrompiesen el aire é imposibilitasen la defensa.

Las catapultas obrando así, han precedido en mucho á la invención reciente de que tanto han hablado los periódicos de Europa de las balas asfixiantes; esas balas que conteniendo dentro de sí una porcion de sustancias deletéreas, al reventar corrompen el aire y causan mas estragos que los que sus cascós ocasionan en la explosion. Las catapultas lanzaban no solo enormes trozos de piedra, sino multitud de flechas y dardos, y eran ni mas ni menos que lo que son en el día las descargas de metralla. Para esto se disponía sobre la pieza contra la que el estilo iba á chocar al soltarse un canal horizontal, en el que se colocaban los dardos. Tambien la cuchara de la catapulta podía lanzar cestos llenos de piedras, lo que producía una suerte de metralla. Era tal el empuje de los dardos lanzados por la catapulta, que atravesaba los hombres y las armaduras con que se hallaban revestidos, de parte á parte. Para bajar los brazos de la catapulta se empleaban, segun la fuerza de torsion de la madeja, palancas, cabrestantes, con auxilio de los cuales se arrollaba sobre un cilindro una cuerda que la cojía cerca de la cuchara; llegado mas abajo de su carrera, el brazo le sujetaba por un mecanismo que le impedía volver á levantarse. Se cargaba; despues, al dar un golpe sobre una especie de gatillo colocado en la rueda dentada, como se ve en el grabado que presentamos, salía el tiro.

La catapulta se llamaba tambien *onagre* (onager), porque dicen que el asno salvaje que lleva este nombre tira piedras con los piés traseros.

A la catapulta remplazó despues el cañon, imperfecto como todas las invenciones en su origen. De notar es que los chinos conocian hacia muchísimos siglos la composicion de la pólvora fulminante, cuando los jesuitas les enseñaron el arte de fabricar los cañones. Autores hay que pretenden que la pólvora representaba un gran papel en los prodigios con que los sacerdotes de la antigüedad asombraban las miradas de los no iniciados en sus misterios.



Cervatana.

Sea de esto lo que se quiera, todo hace creer que los primeros cañones fueran groseramente fundidos en bronce. Hay quien cree que primero se hicieron de hierro y de muchas piezas: se arrollaba una plancha de palastro ó hierro batido, como para hacer un tubo de chimenea; se fortificaba en seguida este tubo por aros que le ceñían de distancia en distancia; no siendo absurdo el suponer que también se hicieron cañones de madera. Hoy se hacen estos instrumentos homicidas con metales fundidos ó batidos.

No entra en nuestro propósito el hacer la historia de la artillería. Únicamente presentamos á nuestros lectores una imagen de los primeros cañones que se inventaron, para que se vea la distancia que hay entre esta arma moderna y la catapulta.

Los primeros cañones que se conocieron en España, los introdujeron los árabes en el sitio de Algeciras, para combatir el esfuerzo y denuedo del rey don Alonso XI, que ponía cerco á aquella fortaleza, y donde á pesar del asombro que ocasionó en las huestes castellanas la aparición de aquella mortífera y desconocida arma, hubieran tremolado los pendones de la cruz de Cristo, si una terrible peste que diezmo al ejército no hubiese hecho una de sus primeras víctimas del esforzado monarca castellano, que murió á vista de los muros de Algeciras, abandonando aquella empresa, y dejando la corona que con tanta gloria habían ceñido sus sienes, á don Pedro I de Castilla, á quien la historia ha dado el nombre de *Cruel*, y cuyo reinado había de ser un serie no interrumpida de contiendas y guerras civiles, que necesariamente habían de retrasar por mucho tiempo la reconquista del territorio español sobre las lunas agarenas.

José MUÑOZ GAVIRIA.

UNA LÁGRIMA

SOBRE LAS RUINAS DE NUMANCIA,

POR D. MANUEL IBO ALFARO.

(Continuación.)

Después de reflexionar algunos instantes sobre el anterior destino de aquellas piedras, llegué á convencerme de que en efecto podrían muy bien ser los molinos de mano, únicos que en aquel tiempo se conocían, y de los cuales cada familia tenía uno en su casa para majar el trigo que necesitaban para su alimento; viniendo á corroborar esta especie, el recuerdo de que en las ruinas de Pompeya, ciudad mucho mas civilizada que Numancia, como es bien sabido, y que sucumbió en un tiempo mucho mas posterior que aquella, no se encontraron aun otros molinos que los formados con dichas piedras; y de la misma manera que aquí suponemos.

Registramos con cuidado los escombros por ver si encontramos barro numantino, pero no pudimos conseguirlo; lo que no es extraño, atendido el fango que las lluvias y las nieves, tan frecuentes en aquel país, habían ya depositado sobre las escavaciones; y aunque tampoco pudimos proporcionarnos ninguna moneda de las que allí se han encontrado, por lo breve que fué nuestra permanencia en Soria, nos afirmaron que en dicha ciudad se conservan bastantes de plata y cobre, encontradas á la casualidad por los labradores.

Hemos visto pues con nuestros propios ojos, que basta levantar el primer manto de tierra que cubre aquel promontorio, para descubrir cimientos de casas formando calles, bóvedas enteras; y otras personas muy autorizadas nos aseguran haber visto ellas la gruesa muralla de la plaza fuerte, y la boca del subterráneo que desde la cumbre del monte conducía al río; todo lo cual nos hace creer que una escavacion investigadora allí, no quedaria frustrada, pues que existe cuanto se puede apetecer; es decir, edificios, calles, y dentro de las calles, y dentro de los edificios... si hasta el día nadie los ha removido, ¿por qué no se han de encontrar armas, escudos, sepulcros, tal vez esqueletos humanos? Y esto es todo lo que á aquel paraje se le puede

pedir; porque suponer que en las ruinas de Numancia se han de encontrar las erguidas columnas de Palmira ó las suntuosas cámaras de Pompeya, como algunos han llegado á soñar en sus buenos deseos, es poner en descubierto lo poco versados que se encuentran en la historia de su país.

Palmira fué un pueblo donde brillaron las artes con todo su esplendor; por eso abunda en estatuas, pedestales, labrados pórfidos, etc.

Pompeya fué un pueblo en que el fausto y el placer llegaron á su colmo; por eso nos ofrece grandiosos edificios, elegantes cámaras, mil señales de deleite y de boato.

Pero Numancia... la infeliz Numancia fué un pueblo miserable, sin lujo, sin vanidad, compuesto de pastores y labradores, que arrojaron el cayado y la esteva, cuando creyeron hollado por huestes extranjeras el honor de su país.

Numancia fué célebre, es muy cierto; pero esta celebridad no se la han dado ni las púrpuras, ni los mármoles, ni las pederías; esta celebridad ha surgido del noble é inimitable corazón de los numantinos. Por eso decimos nosotros que no se encontrarán columnas, ni suntuosos templos, ni ricas inscripciones, ni tesoros; pero se encontrarán espadas rotas, enmohecidos escudos, tal vez esqueletos... Y un escudo, un sepulcro, un esqueleto hallado en las ruinas de Numancia, ¿no es de grande interés para la historia de España? No hará conmovérsele de entusiasmo al hombre que sepa sentir las glorias de su patria? No es importante, mil veces mas importante para un español, que las columnatas de Palmira, y las suntuosas bóvedas de Pompeya?...

Estas reflexiones y otras mil mas poderosas vinieron en tropel á apoderarse de mi espíritu en aquel momento para mí tan solemne, en que pisaba la tierra que pisó Megara; en que veía á mis pies el carbon que tal vez abrasaran las asoladoras llamas que consumieron un pueblo noble; pero que se burlaron del poder romano; pero que hicieron inmortal el nombre del pueblo que consumieron.

Orgulloso yo en aquel instante, con solo ser español, me ostentaba erguido en la cúspide de aquel sacrosanto monte, y con altivez miraba los valles que se desplegaban á mi vista donde tantas veces fueron vencidas las águilas imperiales, y siempre despreciados los Fulvios, los Pompeyos, los Popilios y los invencibles Escipiones.

Yo sentía abrasármese el pecho; yo sentía desvanecerse mi espíritu tras las meditaciones que brotaban de mi mente; y como de súbito me asaltara entonces la idea de que algun historiador ha querido fijar en otro punto la existencia de Numancia: —¡Mentira!, exclamé involuntariamente, respondiendo á aquella idea: Numancia fué aquí; estas piedras carcomidas; estas bóvedas hundidas, este polvo me lo dicen.

Así me contesté y quedé satisfecho; cuando pisaba aquel santuario de la libertad y de la independencia; así me contesté cuando el fuego del patriotismo inflamaba mi pecho; y tal vez la inspiracion alumbraba con su luz mi frente; así me contesté cuando me contestaba á mi solo; pero hoy, que recogido en mi gabinete, lejos de aquellos valles y collados, sumergido en el bullicio de la corte, han perdido su brío aquellas impresiones; hoy que escribo para el público, forzoso se hace replegar el vuelo de la fantasía, y aunque en breves palabras, someter este punto al crisol de la reflexion.

La generalidad de los historiadores, tanto antiguos como modernos, han colocado á Numancia en el punto en que nosotros la hemos dado por colocada y el asentimiento general del hombre lo ha reconocido así tambien. Sin embargo, algunos cronistas tuvieron de repente el capricho de situarla en Zamora; y decimos capricho, porque ciertamente no encontramos un motivo sólido que á ello les indujese; y á fin de demostrar esto, espondrémos con la brevedad posible las opiniones de unos y de otros, y harémos que sobre ellas caiga la segur de una crítica imparcial, deduciendo de dicha controversia un aserto verdadero.

Plinio dice cuando toca este punto, pero lo dice con sencillez, como si fuese una cosa muy conocida por todos sus con-

temporáneos, que el país de los Arévacos tenía por límites las montañas Distercias, conocidas hoy según Abrahán Otelio y demás autores, con los nombres de Silos, Urbion, Cebollera, Oncala, puertos de Santa Inés y de Piquera.

Por Sur, los conocidos con el nombre de Ponfría, Somo-sierra y Pico-degrado.

Por Oriente, la sierra que sale de los montes Idubeos, llamada Cauno, hoy Moncayo y Madero.

Y por Occidente, la sierra Baja que divide á los Arévacos de los Baccos.

Este es el país de los Carpetanos. Pero en las faldas de los Distercios (Urbion, Oncala etc.), y dentro de la gran region de los Carpetanos, nos describen lo mismo Plinio que los demás historiadores antiguos, otra region mas pequeña, denominada los Pelendones; nombre que como indicamos mas arriba, aun se conserva en el país, salvando el peso de dos mil años. Pues ahora bien: Plinio dice que Numancia estaba en los Arévacos cerca de los Pelendones; Tolomeo y Estrabon dicen que estaba en los Pelendones; y la opinion de estos respetables historiadores, admitida sin réplica, ha sido seguida en nuestros dias por el respetable Mariana, que la coloca junto al nacimiento del Duero, que está en Urbion; y por el observador Lope Ruez que prueba satisfactoriamente la existencia de Numancia junto al lugar que se llama Garay.

Tal ha sido siempre la opinion general acerca del punto en que estuvo Numancia. Sin embargo, el autor de la crónica de don Alonso II, el primero; y despues el Tostado con algunos otros, sentaron como de paso que aquel inmortal pueblo existió en Zamora; pero quien de recio se empeña en probarlo, alegando para ello razones bien poco pesadas, es un tal don Francisco Rodríguez de Valcárcel, natural del mismo Zamora, en un libro titulado *EPILOGO JURIS CIVILIS*: y sí en efecto es de todo punto digno de disculpa y aun de elogio, que el tal escritor se afane en demostrar que Numancia existió en su pueblo, aunque para ello argumentos sólidos no encuentre; porque dá á entender de este modo que abunda en lo que tanto necesitan lo comun de los españoles, *amor á su país y entusiasmo por las glorias de su patria*; no es sin embargo tampoco este buen deseo suficiente para recibir los tiros de la verdad, y menos para que nosotros transijamos con su parecer, y no pongamos de manifiesto que el pueblo de Megara no estuvo en Zamora, y sí junto al lugar de Garay, como escribe Mariana, ó Garay como escriben otros historiadores, y pronuncian hoy los habitantes del país.

Y por último, los que sostienen que Numancia existió en Zamora, alegan como pruebas la crónica de Alonso II, en la que dice simplemente, que Numancia estuvo en Zamora: una escritura del rey don Bermudo II, donando á la iglesia de la ciudad de Santiago ciertos bienes de un tal Domingo Ibañez, fechada en 10 de enero de 989; otorgada en Zamora ó Numancia, y archivada en dicha iglesia: otra escritura que otorgó el rey don Fernando I de Castilla en el real convento de Saagunt, fechada en 15 de noviembre de 1039, en que hace donacion al dicho monasterio de los lugares de Belver y Lenguar, pueblos de la provincia de Zamora, y expresa en la escritura que están cerca de Numancia: el hecho de estar enterrado en el monasterio de San Benito de Oña, el cadáver de don Sancho II, expresando el epitáfio que murió junto á Numancia, de la lanzada que le dió Vellido Dolfos en el cerco que puso á Zamora; y por último, otra escritura guardada en el archivo de Zamora, otorgada por don Alonso VII, que reedificó aquella ciudad en el sitio que hoy se conserva, cediéndole la heredad de Fonsellas, junto al río Duero: su fecha 1128, en Zamora edificada en Numancia.

Examinemos pues nosotros esta cuestion detenidamente.

La historia es una cadena de ecos, en la cual, para saber si es verdad la palabra que aquellos repiten, no se ha de investigar el número de montañas que la repiten, si es la relacion de verdad que pueda existir entre la voz ó palabra pronunciada y el primer eco que la repite. Por consiguiente la autenticidad

de un hecho antiguo, no se ha de encontrar en el mayor número de historiadores que lo refieran, si es en la mayor aproximación del primer historiador al hecho que se refiere.

Dos cañonazos iguales no valen en distancia mas que uno: no hacen sino aumentar el ruido; pero el baluarte adonde no alcanzó el primero, no alcanzará tampoco el segundo.

Mil historiadores no valen mas que uno, si todos beben las noticias de la misma fuente. Si alguno se aproxima mas al hecho que se relata; aquel vale mas que todos. Si entre la fuente que todos beben y el hecho que se narra, media un vacío que ninguno salva; ninguno de los mil historiadores vale nada.

Cuando Plinio escribió su historia, hacia poco mas de un siglo que habia concluido Numancia; por consiguiente los sucesos de aquel pueblo en relacion con Plinio deben llamarse contemporáneos; tal como si nosotros habláramos del principio de la guerra de la Independencia, pues que entre ellos mediaba solo una generacion; y si Plinio no presencié la destruccion de Numancia, la oyó referir sin duda alguna á sus padres ó á lo mas á sus abuelos que la presenciaron.

Esto mismo que sucede con Plinio, sucede tambien con Tolomeo y con Estrabon; para estos tres historiadores, el sitio de Numancia puede considerarse contemporáneo. Cuando los tres vivieron, la geografia del país era la misma que cuando concluyó aquel pueblo; por consiguiente no cabe alteracion en los nombres. El dia que los tales cronistas tomaron la pluma ó el buril, marchaban aun las cosas en línea recta; es decir, que entre ese dia y el del glorioso fin de Numancia, no habia habido revolucion en la política, ni invasion extranjera: por lo tanto los hechos debian conservarse puros.

Luego si Plinio y Tolomeo dicen que Numancia estuvo en el borde ó dentro de la region de los Pelendones, cerca de los montes Distercios, dejando aparte otras opiniones no menos autorizadas que lo confirman; y si los habitantes de los pinares llaman hoy mismo á esos pinares los Pelendones, y refieren que antes se llamó á los montes donde nacen los montes Distercios... ¿Nada vale esto en favor de nuestro aserto? Estos infelices habitantes de las tierras de Soria que pasan su vida en roturar un campo desagradecido y en serrar los pinos siempre cubiertos de nieve; sin otra historia que la que verbalmente les legaron sus antepasados; sin otros libros que el catecismo cristiano, ¿por qué saben que los pinares que absorben el sudor de su rostro se llaman los Pelendones, y las montañas que los circunvalan se llamaron las Distercias...? porque lo oyeron á sus padres, y estos á sus abuelos, y sus abuelos á sus bisabuelos; y continuando así llegaríamos á decir: porque aquellos lo oyeron á los habitantes vecinos que vieron levantarse hasta las nubes las voraces llamas que consumieron Numancia.

Hablemos de Zamora.

¿Qué pruebas citan los partidarios de esta opinion para sentar allí á Numancia? La mas antigua es la crónica de Alonso II, en que el cronista dice á secas que Numancia estuvo en Zamora, como yo puedo decir que Numancia estuvo en Pekín; y despues las escrituras de donacion que hemos mencionado. Pero estas escrituras nada dicen, porque no alegan pruebas anteriores á la crónica de Alonso II. Y como en los reyes siempre ha sido costumbre muy seguida, decir ó firmar unos lo que sus anteriores han dicho ó firmado, acaso sin examinar su verdad; porque muy pocas veces los reyes se han cuidado de examinar tales cosas, entregados como estaban, á la direccion de sus negocios, ó á los placeres de su corte; se sigue de aquí que las fechas de dichos reyes, en nada ó en muy poco atañen á la cuestion que ventilamos. En asuntos tan empeñados como el presente, no debe darse crédito á documentos que no se ven, ó al menos que no sean fáciles de verse; y las escrituras con que alegan los numantinos-zamoranos, hasta ahora nadie sino ellos las ha visto; habiendo mas motivos para suponer que son apócrifas, porque don Ambrosio de Morales, el arzobispo de Toledo don Rodrigo; don Pelayo, obispo de Oviedo, han estado en Zamora, han tocado este punto, y nada dicen de las tales escrituras; y sobre todo Flórian de Campo, natural de Zamora, canónigo de la

iglesia de su mismo pueblo, que escribió una historia general de España, cuenta que por buscar documentos, registró con esmero el archivo de dicha ciudad (donde los otros guardan las escrituras); pero el señor Florian no solo no dice nada de tales escrituras, sino que acaba por situar a Numancia cerca de Soria, y junto al pueblo que llaman Garay. Este hecho es una prueba de algún peso en nuestro favor.

En cuanto al Tostado, respetamos en gran manera su opinión; pero si algún poeta satírico guiara nuestra pluma, tal vez le haría decir que el que mucho habla, en algo yerra. El Tostado escribió muchísimo, y sobre todo mucho á la vez; lo que es causa sin duda de que sus obras ofrezcan algunas inexactitudes, como es bien sabido, en asuntos de importancia.

Por otra parte, el Tostado, el cronista de don Alonso II, y todos los otros de su sentir, han escrito despues de la invasion en España de los godos y de los árabes; despues de la gran revolución que se operó en nuestro suelo; al través de la gruesa pantalla que aquellos pueblos extranjeros colocaron entre nosotros y los primeros moradores de nuestra patria. Por lo tanto, ó su opinión ha sido inventada, ó la bebieron en los historiadores antiguos: cosa imposible, porque en todo van contra su parecer.

Además, la clase baja de Zamora, esa clase, arcano inviolable de rancias tradiciones, ¿qué idea...? ¿qué noticia tiene de los Fulvios, de los Poplios, de los Escipiones, como la tienen, porque lo hemos visto nosotros mismos, los mas humildes habitantes del pinar de Soria? Ninguna. ¿A qué valles llaman los labradores zamoranos, los *pelendones*? ¿De qué montes dicen, como dicen los pinariegos, — «estos fueron, los distiercos, estos los vetos, estos los duracos?» — De ninguno.

No; Numancia no estuvo en Zamora; Numancia estuvo en el sacrosanto monte que se levanta junto á Garay; en la margen izquierda del Duero, cerca de Soria, y no lejos del nacimiento de aquel rio. Las historias antiguas, las tradiciones del país lo aseguran; el asentimiento general del hombre lo admite así. Y no se apele á los nombres que á discrecion va colocando en torno de Zamora, el buen Patricio Balcárcer, para dejar triunfante su opinión; porque entonces contestaríamos con Lope Raez que en verdad nos admira la facilidad con que designa pueblos asignándoles sus nombres, y la facilidad todavia mas sorprendente con que sustituye los nombres antiguos con los modernos, punto el mas difícil en el oficio de historiador.

Y por fin, si á citar historias modernas vale, acotamos nosotros con la del mismo Lope Raez, con la de Mariana, la de Bermudez y la de don Modesto Lafuente, todos los cuales dan su asiento á Numancia, cerca de Soria, y sobre el pueblecillo de Garay.

Y es de extrañar en efecto que á vista de tales controversias, no haya practicado todavia la Academia de la Historia, ese cuerpo normal á quien corresponden tales cometidos, alguna escavacion sobre aquellas ruinas, de la cual no dudamos brotaria algun rayo de luz que alumbrara este punto tan debatido; que acaso zanjara de un solo golpe tales disputas, y que bajo todos conceptos fuera de grande utilidad para los anales de nuestra nacion.

Volvamos á mi visita.

Inmóvil continuaba yo sobre la inmortal cumbre que pisaba, cuando me asaltó la idea de escribir dos renglones en aquel lugar, para tener el gusto, durante los aciagos dias que en mi porvenir presagiaba, de pasar la vista por su fecha.

Saqué al efecto del bolsillo papel y lapicero, bosquejé la introduccion con que encabezó esta monografía; y para mí fué aquel uno de los pocos instantes de placer que ha vivido mi corazón.

El suelo de una bóveda á medio descubrir y llena de jaramago me servia de alfombra; su pared desmestizada de ladrillo, me servia de asiento, y un cielo opaco y lleno de nubarrones, me servia de dosel.

Cuando concluí de escribir, mil variadas emociones abocaron á mi pecho, é insensiblemente me quedé adormecido bajo el suave influjo de aquellas emociones.

(Concluirá.)

DE LA COMPLETA FELICIDAD.

A MI AMIGO EL DOCTOR DON FRANCISCO DE PAULA SEIJAS.

SONETO.

Non est hic.

Evang. de S. MATEO.

Cual de águila arrebatada pluma;

Tal rasgando las ondas rauda vuela

Intrépida y gallarda carabela,

Rica en tesoros de opulencia suma.

Del Báltico fulgores ve en la bruma;

Del trópico en los fuegos limpia estela;

Sin nube Arturo por su bien riela,

Sin nube el sol en la rizada espuma.

Mas en bárbaro afán gime el piloto;

No da paz al timon, vira errabundo,

Que en medio de la mar la sed le quema.

Tal cruza el hombre el piélago del mundo,

Buscando en vano el manantial ignoto

Que la sed calma de ventura extrema.

J. J. CERVINO.

Madrid, 19 de octubre 1851.

EN LA TEMPRANA MUERTE.

DEL DOCTOR DON FRANCISCO DE PAULA SEIJAS.

SONETO.

Non subsistat.

Aun no es un lustro; oh, Seijas! desde cuando

Al sonar de la cítara vibrante

«El mundo es mar, te dije; y navegante

Pasa el hombre por él, suspiros dando,

Si pudo haber de ese decreto infando

Excepcion, villa en ti desde el instante

Que empavesando tu batel bogante,

Al piélago admiró que iba surcando.

Por flámulas mostraba tus coronas

Que el ingenuo tropel de los amores

De la ciencia y virtud colgó en el templo.

¡Ay! no bastó: los triunfos abandonas,

Y al mar te vas de eternos resplandores,

Dejando angusto nombre y alto ejemplo.

JOAQUIN JOSÉ CERVINO.

Madrid, 23 de mayo de 1856.

EN EL ALBUN

DE LA SEÑORITA DOÑA DÓLORES MUÑOZ GAVIRÍA.

Entre los beneficios que la suerte,

A tantos rigurosa,

Se ha complacido ¡oh, niña! en ofrecerte

Con mano generosa,

Debes tener en mas, no la *hermosura*,

Luz que brilla y abrasa,

Flor que promete un cielo de ventura,

Cual las flores pasa;

Sino el *ingenio*, luz de encanto llena,

Y que constante brilla,

Que aun brilla mas espléndida y serena

Del sepulcro en la orilla;

Y la *virtud*, flor santa, que felices

Nos hace ser sin duelo;

Flor que tiene en la tierra sus raíces

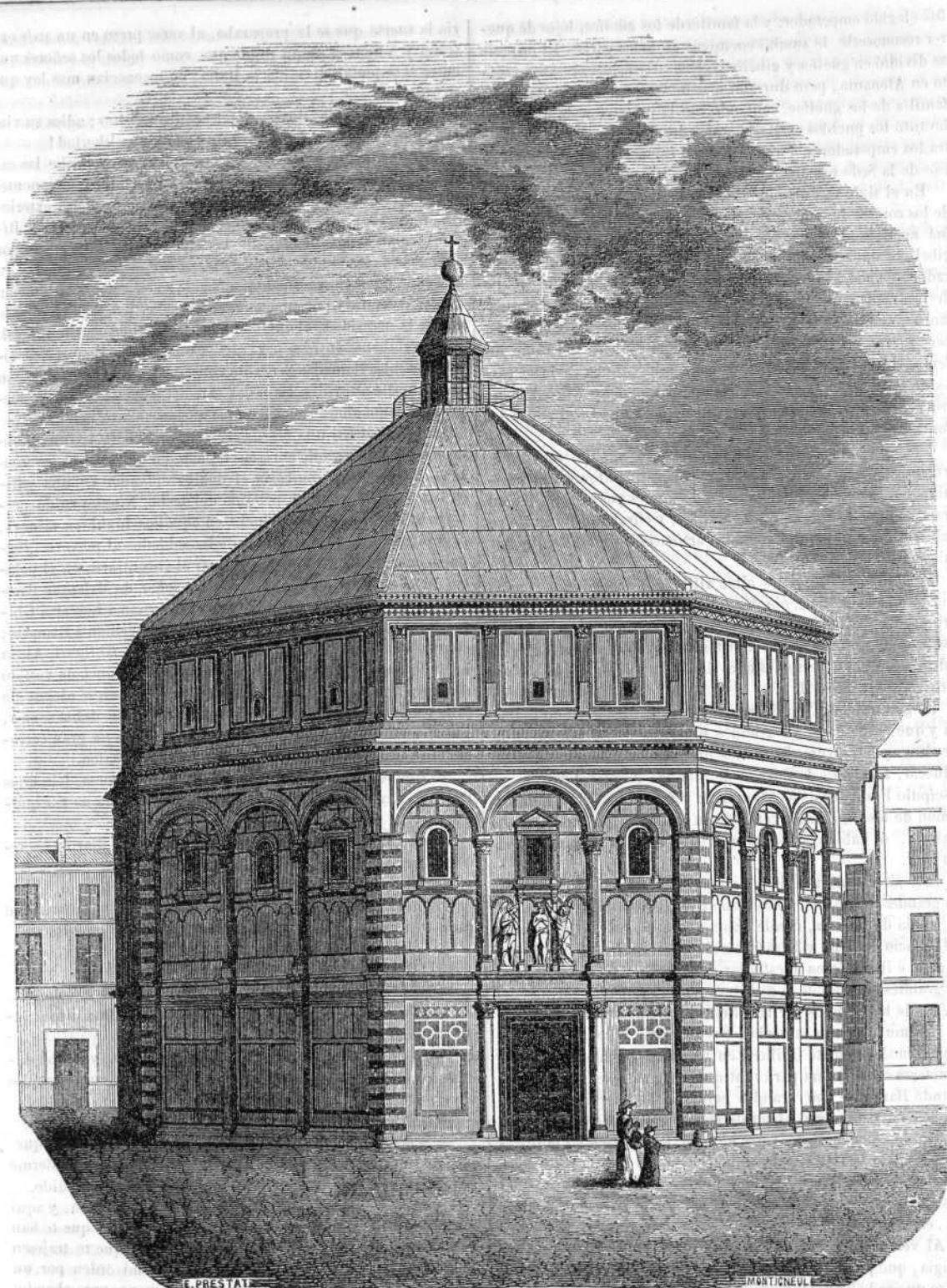
Y su aroma en el cielo!

EUGENIO DE OCHOA.

Madrid, enero de 1845.

MADRID.—Imp. de M. GALIANO,

Plaza de los Ministerios, 3.



El Baptisterio.

LORENZO Ghiberti.**EL BAPTISTERIO DE FLORENCIA.**

Ardía la Italia en la edad media en las disensiones civiles que habían suscitado los poderosos bandos de Güelfos y Gibelinos. Este nombre es tomado de los dos poderosos que

dividieron á la Italia en los siglos XII, XIII y XIV. Procedían ambos de dos familias ilustres de Alemania, que tenían por jefe la una á Conrado, hijo de Federico Hohenstaven, duque de Suavia, señor de Wiblingen, que por corrupcion llamaban Gibelino; y la otra á Enrique el Soberbio, sobrino de Wduelf II, güelfo, duque de Baviera; se disputaron la corona imperial despues de la muerte de Lotario. Conrado, jefe de los Gibelinos,

20 DE JULIO DE 1856.

fué elegido emperador; y la familia de los güelfos, léjos de querer reconocerle, le suscitó enemigos en todas partes. El imperio se dividió en güelfos y gibelinos. Estas disensiones cesaron pronto en Alenania, pero duraron mas de tres siglos en la Italia. La familia de los güelfos, contando con la proteccion de los papas, levantó los pueblos en Italia, cansados del yugo imperial, contra los emperadores, y constituyeron estados pequeños feudatarios de la Sede romana.

En el siglo XIII un noble señor de Verruchio, descendiente de los condes de Carpagna, por su atrevimiento y mala cabeza, fué apellidado *Malatesta*. Había combatido con éxito á los gibelinos de la Romania, que defendían los derechos del emperador, y apoderándose de la ciudad de Rimini, se había hecho declarar soberano de ella. Sus descendientes despues conquistaron las ciudades de Cesena, Pesaro, Fano, Fossombrone y otras; pero fueron poco á poco despojados de sus estados así como los demás tiranos ó jefes que se habían establecido en diversas partes de la Italia, cuando César Borgia, el hijo del célebre Alejandro VI, intentó establecer la unidad de la Italia bajo el poder del Pontificado.

Malatesta, á pesar de ser un tirano, era uno de esos tiranos artistas que nos presenta la edad media, y que al paso que oprimían á los pueblos, tomaban grande interés por el arte, tenían gran vanidad en proteger á los artistas, y cifraban su orgullo en cubrir de monumentos y de obras artísticas los pueblos que dominaban.

Los artistas siempre de alma activa é independiente, cualidad inseparable del genio, no se avenían bien con esta forzada proteccion y desdeñaban las riquezas á cambio de su libertad. Así, mas de una vez vemos artistas célebres detenidos contra su voluntad en los diversos estados de Italia y hasta en la misma corte del papa Julio II.

Llegó un día á Rimini un jóven que iba recorriendo la Italia y que había dado ya grandes muestras de su talento en la escultura y la pintura. Brunelleschi, Donatello, Lorenzo de Bartoluccio, Jacobo de la Cuercia de Sienna, Nicolás d'Arezzo, su discípulo Francisco de Valdabrin y Simon de Colle, llamado Simon de los Bronces, á causa de su habilidad en modelar esta materia, ó habían sido sus maestros ó le honraban con su amistad.

Este jóven escultor, había nacido en Florencia, la patria de los grandes artistas, en 1378, llamábase Lorenzo Ghiberti.

Venia de Venecia, donde había adornado uno de los salones del palacio del Dux y la sacristía de la magnífica iglesia de san Marcos, é iba á Roma á estudiar en aquella capital de las artes los grandes modelos de la escultura griega y romana, salvado del olvido de los tiempos por la solicitud ilustrada de los papas.

Era muy entrada la noche, y se disponía despues, de haber cenado modestamente Ghiberti en una mala posada de Rimini, á meterse en la cama para continuar al amanecer la jornada, cuando llamaron con grandes golpes á la puerta de su aposento. El artista abrió al punto con la tranquilidad que da la pureza de conciencia de verse ajeno á las contiendas políticas que agitaban la Italia, y la indiferencia del hombre que poco tiene que perder, y á quien poco podían quitar; porque apenas llevaba en su escarcela los escudos necesarios para llegar á Roma, en el mal rocín en que venía caballero.

Al ver delante de sí seis arqueros y un hombre que los dirigía, que por su traje conoció ser de justicia, creyó desde luego que se habían equivocado.

— ¿En qué puedo servirlos, señores míos? soy forastero, y sin duda por equivocacion habeis llamado á mi puerta.

— ¿Venís de Venecia?

— Hace pocas horas que he llegado á Rimini: vengo de allí, y me dirijo á Roma, donde cuento con algunos amigos.

— ¿Vuestro nombre?

— Lorenzo Ghiberti, florentino.

— Daos á prision en nombre de nuestro muy alto y poderoso duque el señor Malatesta.

Absorto quedó el jóven, y revolviendo en su mente cuál so-

ría la suerte que se le preparaba, al verse preso en un país extraño y á merced de un tirano que como todos los señores que entre sí se tenían dividida la Italia, no reconocían mas ley que su capricho.

¡Adios las bellas ilusiones del poético escultor; adios su viaje á Roma, el sueño de su juventud: adios su libertad!

Atravesó en la oscuridad mas completa de la noche las calles de Rimini, y llegó ante un palacio antiguo muy imponente, cuyas paredes espesas, y la ausencia total de ornatos exteriores, mostraban que había sido edificado para guerra civil. Rimini, como la mayor parte de las ciudades de Italia, eran por sus edificios las ciudades de la fuerza individual, ciudades en que cada hombre era dueño y señor de su casa. Cada habitacion estaba defendida por una torre almenada, y á mas cuando lo exigía la necesidad, reuníanse todos los nobles de un cuartel, y concertábanse entre sí para elevar una especie de fortificaciones movibles llamadas *Serragli*, consistentes en barricadas, con cuyo auxilio obstruían las calles para defenderse, ni mas ni menos que como ahora se hace en las modernas revoluciones.

Subió Ghiberti una pesada escalera, y se halló en una grande estancia cubierta de antiguos tapices, en que reinaba las sombras que en vano combatía el débil resplandor de una gótica lámpara de plata suspendida del techo. Ningun ruido perturbaba el silencio que reinaba en aquellos lúgubres salones, sino el ruido de las armaduras de los soldados al moverse. Juzguese cuál sería el terror de Ghiberti al encontrarse en el palacio ducal aguardando á que el terrible señor de Malatesta decidiese de su suerte. Pasóse una hora y no venían á buscar á Ghiberti. Dieron las doce de la noche y tampoco venían á llamarle: eternas se le hicieron estas horas al desgraciado Ghiberti. Al fin hacía la una de la madrugada, salió un hombre anciano vestido de negro, y mandó al jefe de los esbirros que no se alejase de allí, y señaló con el dedo á Ghiberti el camino que debía seguir, y despues de haber andado algunos minutos por un gran corredor, se halló de pronto á la entrada de un gran salon.

El duque Malatesta sentado delante de una mesa, leía unos papeles, y escribía cuando entraron Ghiberti y el que le acompañaba.

Apenas alzó el duque Malatesta la cabeza para fijar en los recién llegados sus sombríos y terribles ojos.

— Aquí está el hombre que habeis mandado detener.

Alzó Malatesta la cabeza, y con su voz sorda y bronca que parecía el rujido de una yena, ¿cómo te llamas? preguntó.

— Lorenzo Ghiberti.

— ¿De dónde eres?

— De la ciudad de Florencia.

— ¿No vienes de Venecia de haber servido al Dux como pintor, platero y estatuario?

— Le he servido con lealtad y á su satisfaccion, y me ha dado recomendacion para el Santo Padre el Papa, á cuyos estados voy.

— ¡No irás, vive Dios!

— Señor, estoy inocente de cualquiera culpa que hayan querido imputarme. No sé porqué calumnia han podido prenderme y traerme entre soldados á vuestro palacio como un bandido.

— No irás á Roma ¡vive Dios! porque yo te necesito, y aquí encontrarás la fortuna que vas á buscar á Roma. Veo que te han tratado como un prisionero. Yo había mandado que te trajesen á mi presencia á toda costa, y han tomado mi orden por un mandato de prision. Libre estás; para todo, menos para abandonar mis estados. Aquí tendrás dinero, honores; serás el amigo de Malatesta, y solo exijo en cambio de mis favores y amistad, que con tus pinceles cubras de frescos las paredes de mis palacios, los muros de mis iglesias; que con tu pincel animes las piedras y llenes mis plazas con las obras mejores de tu inspiracion. Roma, Florencia, Venecia, cuentan demasiados artistas; yo quiero tener uno, lo he elegido, y eres tú. Seré contigo tirano; pero lo seré para la gloria de las artes.

Ghiberti vió que era necesario resignarse á su suerte, renunciar su viaje á Roma. La fortuna tras de la cual iba corriendo á

Roma había venido á ofrecérsele en Rímíni ahorrándole el viaje, el tiempo y el trabajo; así es que Lorenzo Ghiberti se alejaba de la estancia del duque Malatesta tan alegre como triste y desesperado había entrado en ella, cuando este le volvió á llamar.

—Lorenzo Ghiberti, puesto que consentís en quedaros al servicio de mi persona, encontrareis en mí un amo generoso, y pues al salir de vuestra posada creisteis por el mal modo con que mis gentes han interpretado mis órdenes, que no volveríais mas á ella, quiero que hayais acertado: vivireis en mi palacio.

Un paje condujo á Ghiberti á una estancia propia de la ducal morada.

Allí vivió muchos años en la intimidad del duque Malatesta y en el seno de la abundancia, y como uno de los mas considerados ciudadanos de Rímíni, Lorenzo Ghiberti, haciendo hermosísimos frescos en las iglesias que aun hoy son el orgullo de esta ciudad, y que va á visitar con admiración el viajero. En los intervalos de su trabajo, el jóven que era además platero y escultor, se divertía para distraerse en modelar figuritas de barro y cera, que eran la admiración y el asombro de cuantos las veían, y que el señor de Malatesta daba á sus hermosos hijos para que jugasen y se divirtiesen con ellas: á sus hijos que un día debían ser tiranos como él, y dominadores de varias ciudades de la Italia.

Malatesta, á quien nos han pintado como un execrable tirano, era un excelente hombre. Tenía los defectos de los señores de la edad media: defectos mas propios de la época en que vivieron que de los hombres.

Ghiberti vivía en su palacio; era casi un amigo de este gran señor á quien debía su fortuna y grandes consideraciones; pero que ya por amor al arte, ya por el afecto que con el trato de tantos años le había tomado, no le dejaba jamás salir de Rímíni, ni aun para ir algunas veces á abrazar á sus parientes y volver á ver su patria, la hermosa Florencia.

Florencia, que en el ardor que por las ciencias y las artes se desplegaba en el siglo del renacimiento, era la rival de Roma, y que teniendo en su seno una legión de pintores, arquitectos y escultores célebres, cada día se embellecía mas y mas. Florencia encerraba en su seno diez y siete plazas, ciento setenta estatuas públicamente expuestas, veinte fuentes, seis columnas, diez obeliscos, veinte y ocho iglesias y muchos palacios.

Florencia ostentaba Santa María de las Flores, su magnífica iglesia catedral, edificio que excede en mucho en belleza á cuantos en ella se admiran. Está revestida exteriormente de mármoles de colores, y duraron los trabajos de su construcción ciento setenta años, y desde Arnolfo Dilapo que fué el primer arquitecto á quien se confió su construcción, trabajaron sucesivamente en tan suntuoso edificio, Brualfo Giotto, Tadeo Gadhic, Oragna y Brunellesco. Este último elevó la cúpula, obra extraordinaria edificada sin cimbra, ni bolo ni armazon, y con el solo auxilio de un andamio ingeniosamente inventado por él. El mismo Miguel Angel estaba tan profundamente admirado de aquella cúpula, que al partir para ir á hacer la de San Pedro en Roma, fué á despedirse de la de Santa María de las Flores, y la dijo: «adios; amiga mia, voy á hacer tu semejante, mas bien que tu rival.»

Enfrente de la catedral está el Baptisterio de San Juan, edificio octógono que era primitivamente un templo de Marte, construcción debida á la hermosa reina Teodolinda, que dominaba la rica comarca desde los Alpes hasta Roma. Las ruinas del mundo pagano, que acababa de concluir, prestaron espléndidos materiales al mundo cristiano que comenzaba. Los arquitectos lombardos colocaron en él los restos de los templos del gentilismo, para levantar un templo al bautismo de Cristo. En este Baptisterio están las dos columnas de pórfido que los ciudadanos de Pisa dieron á los florentinos, en reconocimiento de que habían conservado á Pisa cuando ellos fueron á sitiar las islas de Mallorca y de Menorca. El interior de este templo, de ocho lados, está adornado de diez y seis columnas de granito que sostienen una galería, y de las estatuas de los doce apóstoles, colocadas entre las columnas: el pavimento es de mosaico anti-

guo, figurando el sol y los doce signos del Zodiaco. En el techo hay mosaicos de muchos artistas; entre ellos, de Apolonio el griego. En el altar mayor está la estatua del santo precursor de Cristo, llevado por los ángeles al cielo. También se conserva un magnífico monumento de Baltasar Cozzia, en el cual el Sumo Pontífice Juan XXIII abdió la tiara, y murió en Florencia, donde vivió como simple particular. Este monumento es obra de Donatello. El exterior del Baptisterio es tan hermoso y tan resplandeciente como el interior, habiéndolo revestido de mármoles de colores Arnolfo Dilapo.

Todos los niños que nacen en el radio de una legua, debían ser bautizados, y lo son todavía, en este Baptisterio.

Se creyó que para guardar tantas riquezas necesitaban puertas de bronce, y Andres de Pisa ejecutó la que mira al Mediodía: su obra fué tan magnífica; produjo tanta sensación, que la Señoría de la república de Florencia salió solemnemente de su palacio á visitarla, acompañada de los embajadores de Nápoles, de Sicilia y de los demás estados de la Italia.

Faltaban todavía dos puertas por ejecutar: las maravillas que había desplegado en la primera puerta el artista, hacían difícil el encargo de mandar hacer las otras. La república de Florencia resolvió abrir un concurso entre todos los grandes artistas de la Italia. Cada opositor adoptado y admitido al concurso por una comisión, debía recibir del tesoro de la magnífica república, una cantidad suficiente para poder vivir un año; y al cabo de este año, debía de presentar sus planos y dibujos.

Resonó en toda la Italia este gran llamamiento artístico. El jóven Ghiberti encerrado en Rímíni, condenado á pintar las iglesias de aquel estado, y á entretener con sus preciosas figuritas de cera y barro á los hijos de Malatesta, sintió hervir en su corazón el fuego sagrado de la inspiración: creyóse con genio y fuerzas bastantes para rivalizar con la maravilla de Andres de Pisa. Una terrible preocupación se apoderó de su ánimo al verse encadenado en el palacio ducal de Rímíni. La palidez, había remplazado á los frescos colores de su rostro juvenil. Malatesta no encontraba ya la antigua alegría en su meditando comensal. Preguntóle un día la causa de aquel pesar que lentamente iba minando su existencia, y el jóven que necesitaba depositar su pena en un corazón amigo, se resolvió, aunque no sin temor de incurrir en la desgracia de su protector, á confiarle los vivos deseos que tenía de tomar parte en aquella gran lucha del genio que iba á abrirse en su patria: sentíase con bastante fe, con bastantes fuerzas para poder consignar de un modo inmortal su nombre en la gran puerta con que Florencia iba á cerrar su mas bello monumento.

Admirado quedó Ghiberti, cuando en lugar de ver anublarse la frente del tirano de Rímíni, este con la mayor amabilidad le animó, sostuvo su entusiasmo artístico, y le propuso que volviese á Florencia á disputar el premio del concurso abierto por la república. Hizo mas aun: no quiso que el hombre que por seis años había vivido con él, se había sentado á su mesa y había llamado su amigo, entrase en su patria cual un pobre artista; y viendo que sus recursos pecuniarios eran escasos, le dió un bolsillo lleno de oro, para que pudiese hacer con mas comodidad su viaje. Ghiberti, mas aprisionado aun por el agradecimiento que debía á Malatesta, que lo había estado antes por la fuerza, juró volver á consagrarle el resto de su existencia, si no salía vencedor en la lucha artística en que iban á tomar parte los mas grandes artistas de toda la Italia.

Ghiberti se puso en camino para Florencia con el corazón lleno de esperanza á la vez que de temor. Cerca de Florencia su corazón parecía saltársele del pecho al descubrir el célebre campanile (campanario). Esta célebre torre cuadrangular, formada de cuadros de mármol rojo, blanco y negro, hecho por los dibujos del Giotto, que tiene doscientos veinte pies de altura, es el edificio mas hermoso de su género de la Italia. Sólido como una torre, ligero, hermoso y brillante como un delicado encaje, adornado de magníficas estatuas, nuestro emperador Carlos V decía que debía colocarse bajo un fanal y no enseñarse mas que en los días de grandes fiestas; tan gracioso lo hallaba

en todos sus detalles. Ghiberti saludó con el entusiasmo que se tiene al volver á ver el punto en que uno ha nacido, el hermoso *campanile* de Florencia.

Entró en la ciudad y se dirigió á donde se hallaban los jueces encargados de admitir los artistas al concurso, para la construcción de la famosa puerta del Baptisterio. Ghiberti se presentó ante aquel temible consejo, cuyo fallo iba á decidir del porvenir de toda su vida. Uno de los jueces le preguntó su nombre.

— Lorenzo Ghiberti.

— ¿En qué obras te has dado á conocer?

A esta pregunta quedó parado un momento el joven artista; pero reponiéndose de su temor contestó:

— He pintado al fresco el palacio del duque Malatesta y las iglesias de Rímíni.

— Te pregunto: ¿qué has hecho de escultura? ¿en qué se ha dado á conocer tu cincel?

— Magníficos señores, contestó tímido y ruborizado el joven, he hecho muchas figuras pequeñas para los hijos del duque Malatesta.

— ¿Y crees, dijo con severidad el juez del concurso, que vamos á poner en manos de un fabricante de juguetes la obra maestra de la Italia? Vuélvete á Rímíni, no tengas la presunción de colocarte entre los grandes maestros.

Oprimiéndose á Ghiberti el corazón, al ver desvanecidos en un punto todos los ambiciosos ensueños de su porvenir.... Lágrimas se agolparon á sus ojos, é iba á retirarse ya de la sala del concurso con la vergüenza en el rostro y la desesperación en el corazón, cuando los célebres escultores Brunelleschi y Donatello, que habían sido sus amigos de la infancia, le detuvieron.

Estos dos célebres escultores, que no tenían rivales en la Italia, y que eran los vencedores presuntivos del concurso, hablaron á los jueces, y era tanta su influencia, tan poderoso el crédito de su nombre, que lograron que Ghiberti fuese admitido al concurso, mas á título de estímulo, que de formal concurrencia.

Brilló un rayo de alegría en la frente del joven artista. No le importaba con qué título era admitido á la lid. Tenía fe en su inspiración; sentíase con fuerzas para vencer. Recibió su programa, cobró del tesoro de Florencia la suma necesaria para mantenerse un año sin necesidad de dedicarse á trabajo alguno, y se consagró con toda su alma al estudio del proyecto del concurso.

Pasó un año. El tribunal encargado de examinar los planos y dibujos se hallaba reunido en la sala del palacio de la Señoría de Florencia. Componían el tribunal treinta y cuatro jueces pintores, escultores, plateros, todos de los mas célebres de la Italia. Allí estaban todos los artistas que habían sido admitidos al concurso, cuyos corazones palpitaban entre el temor y la esperanza del triunfo. Allí se hallaba todo el pueblo de Florencia, ansioso de oír de boca de aquel artístico tribunal el nombre del afortunado escultor á quien iba á cometerse la empresa gloriosa de terminar el monumento inmortal de Florencia. Dividiéronse los votos de aquel respetabilísimo jurado, entre Brunelleschi, Lorenzo de Bartoluccio y Donatello.

El boceto de Ghiberti era muy hermoso; había agradado á los jueces; empero pesaba tanto la colosal reputación de sus competidores, que por temor de no herir su celebridad reconocida por toda la Italia, no quisieron adjudicar el premio á un artista tan joven como Ghiberti, y desconocido aun en la historia de las artes.

Entonces se vió una cosa que honra tanto á los artistas como á los hombres: Brunelleschi, Bartoluccio y Donatello, cuya reputación se hallaba tan alta, cuyos nombres se hallaban ya escritos en las inmortales páginas de tantos monumentos, que no podían sentir la envidia ni eclipsarse por una nueva celebridad que se levantara, se reunieron un momento en la misma sala del concurso, deliberaron entre sí, se presentaron á los jueces del concurso, y declararon que les parecía que se había cometido una injusticia decretándoles el premio; y que creían en su alma y en su conciencia, que debía ser el elegido el joven Lorenzo Ghiberti.

Asombrados quedaron los jueces, asombrado el pueblo de

Florencia, y asombrado el modesto artista Ghiberti, al oír esta declaración de aquellos tres grandes maestros, que bastaría á hacerlos célebres en la posteridad, si no lo fuesen ya tanto por sus obras.

Cuarenta años tardó Lorenzo Ghiberti en la construcción de la puerta de bronce del Baptisterio. La comenzó joven, lleno de vida y de fuerza, y la acabó anciano y encorvado su cuerpo á fuerza del trabajo. Sobre aquella puerta de bronce había derretido gota á gota toda su vida de artista; allí había gastado sus ideas, sus fuerzas; había hecho pasar toda su alma en aquel bronce, que es la obra maestra de un tiempo que fué la edad de oro de la escultura.

Esta es la famosa puerta de bronce de quien el gran Miguel Angel decía siempre «que tenía miedo de que arrebatase Dios aquella obra maestra á Florencia para trasladarla á las puertas del cielo.»

Sobre estas puertas están representados diversos pasajes del Nuevo Testamento.

Lorenzo Ghiberti, murió en el año 1433.

Sobre esta puerta, cuando está cerrada, se encuentra en el adorno de enmedio el retrato de un anciano calvo, cuyas facciones están arrugadas por los años, gastadas por el trabajo. Es el retrato hecho por él mismo, es el retrato del joven Lorenzo Ghiberti, que cuarenta años antes había recibido de la magnífica república de Florencia la misión de construir la puerta principal del Baptisterio.

La otra puerta que le fué también dada en recompensa de la primera, fué solo un juego para él, porque no se trataba mas que de imitar la primera hecha por Andrés de Pisa, que hasta entonces se había creído inimitable.

¡Cuántas veces al escribir estos renglones he recordado las horas enteras que he pasado extasiado ante esas magníficas puertas de bronce en que aun el hombre menos inteligente en las artes, halla que no hay hipérbole en la magnífica expresión del divino Miguel Angel, de «que aquellas puertas no eran propias de un monumento humano, sino de abrir y cerrar el Paraíso!!!»

EL CONDE DE FABRAQUER.

UNA LÁGRIMA

SOBRE LAS RUINAS DE NUMANCIA,

POR D. MANUEL IBO ALFARO.

CONCLUSION (I).

Si; me quedé dormido al dulce beso de las templadas brisas, ó al tierno halago de un recuerdo seductor, ó al suave influjo de la santa inspiración.

Me quedé dormido; y una nube de misteriosas formas, de diáfanos contornos envolvió mi mente: nube desconocida, vapor extraño, soplo tal vez de un poderoso genio, suspiro de mil pueblos que murieron.

Y una mano poderosa tocó los siglos pasados, y los siglos pasados se alzaron de la tierra.

Y una mano sutil tocó mi espíritu, y mi espíritu vió al través de los siglos pasados que se alzaron de la tierra.

Vió un pueblo humilde que se levantaba en un monte, y mil generaciones con armas, con escudos, con banderas, que sitiaban aquel pueblo, para exterminar al pueblo porque era valiente.

Vió al pueblo que á falta de hombres le sobraba corazón; que á falta de armas le sobraba valor; porque los brazos de aquellos hombres eran como brazos de osos, y su mirada, á mirada de león parecida.

(I). Entre el anterior capítulo y esta conclusión, venía intercalada una reseña histórica del sitio de Numancia, con una mirada filosófica sobre sus causas, y con una noticia de todos sus detalles, tomada de los autores mas antiguos y fidedignos, pero las cortas dimensiones del periódico en que las publicamos, nos han obligado á retirarla. (Nota del autor.)

Aquel pueblo era Numancia; aquellos leones eran los numantinos.

Y esto que mi espíritu veía, no era un sueño como los demás sueños, era como visión de cosas pasadas.

Y otra nube mas oscura con truenos y relámpagos confundió mi mente.

Y entonces vi con mas claridad, porque cuanto mas se oprime al cuerpo, mas libre vuela el alma por la region de cosas ideales.

Desde el vapor que me circunvalaba, vi una edad felice en que los hombres pensaban de una manera que yo no comprendía, en que los hombres obraban de un modo muy distinto de aquel en que yo estaba acostumbrado á ver obrar...

Yo vi tambien guerras en mi paraismo, y sangre y fuego, y oí gritos y oí lamentos, y escuché una voz terrible que me decía: *Aquella es Numancia.*

Y en Numancia vi denodados españoles que peleaban como fieras por su honor...

Vi mujeres atrevidas que lanzaban dardos con denuedo...

Vi al padre abandonar á sus hijos.

Vi al esposo abandonar á su esposa, por lanzarse todos contra el enemigo á defender su patria, á defender su honor, á defender su independencia y su libertad.

Y aquellos pastores, porque pastores eran los numantinos, peleaban con bizarría desde sus murallas, y mil y mil enemigos llegados de lejanos países, arremetían á ellos con saña, y ellos se defendían con valor.

Y vi despues que los enemigos avanzaban, porque como nubes cargadas de granizo, arremetían sobre ellos, y ellos estenuados por el hambre, reventados por la fatiga, pero animados por el entusiasmo, gritan desesperados:

Somos españoles, y como españoles morirémos.

Y rasgan sus vestiduras, y desnudan sus pechos, y volviendo contra sí sus propios aceros, los unos á los otros se hieren, los unos á los otros se degüellan, y las madres lloran al matar sus hijas, y las hijas lloran al despedazar sus madres...

Y oí luego un confuso ruido como de truenos, como de mares, como de tempestades...

Y luego vi una hoguera inmensa que nacía en Numancia, y cuyas llamas se levantaban hasta las nubes; hoguera encendida por los mismos numantinos, atizada por la intrepidez de su ánimo invencible.

Y vi millones de guerreros que doblaban las rodillas ante aquella hoguera, porque aunque contrarios suyos, respetaban tanto valor.....

Y vi que todas las naciones callaban, y abrian sus ojos para contemplarla.....

Y oí una voz profunda que salía del centro de la hoguera, y que gritaba:—*Los siglos venideros adorarán esta hoguera; esta hoguera es el corazon siempre valiente de los españoles.*

Y esta voz me despertó.

Y miré en torno mio asustado, y no vi nada: ni hoguera, ni españoles, ni guerreros; Numancia estaba sola; sola y olvidada. ¡Pobre matrona! rasgaste tu pecho para dar de beber tu gloriosa sangre á los españoles tus hijos, y tus hijos los españoles cerraron sus labios por no beberla.

Quemaste tus galas y tus entrañas para que los españoles vieran cómo se defiende el honor pátrio, y los españoles cerraron sus ojos por no verlo.

Labraste con tus propias manos la tumba de tus cenizas, para que los españoles contemplaran la gloria de tu tumba; y los españoles volvieron las espaldas, porque los llamó una vieja que se apellida codicia.

Si Numancia hubiera sido de oro, los españoles adorarían las ruinas de Numancia.

Solas, solas duermen hoy en el sitio que florecieron un día: los nietos de Tubal no piensan en ellas; los sabios no las miran; las academias no quieren recordarlas.....

«¡Viva la libertad!» grita un hombre en nuestro siglo; y los españoles adoran á ese hombre.

Por defender la libertad de su patria murió Megara (1), y los españoles desprecian á Megara.

No importa: si el siglo XIX es un hermano bastardo de los siglos de Sagunto y de Tarifa; si él ha hecho voto de relegar al olvido las esplendentes glorias que han dado nombre á mi adorada patria, nunca fallará un poeta que en el misterioso silencio de la tarde, vaya á meditar un momento sobre la sagrada tumba de Megara; nunca faltará un poeta que vaya á verter una lágrima de entusiasmo sobre las sacrosantas ruinas de Numancia.

Cuando el crepúsculo comenzó á tender sus alas de crespón por los montes y los valles, se acercó á mí mi compañero de viaje, tomamos las caballerías, y preocupado yo todavía con mis reflexiones, nos dirigimos á Soria.

...Españoles! Numancia fué un modelo de valor; Numancia triunfó muriendo; Numancia fué nuestra madre; id, id á contemplar su cadáver que aun palpita, y bebereis en su pecho el verdadero honor y el verdadero orgullo nacional; id á contemplar sus ruinas, y allí aspirareis en todo su esplendor, el noble sentimiento de independencia y de libertad.

FIN.

(1) Megara fué el esforzado caudillo que mandó la plaza durante el sitio.



Trajes portugueses.

AMPARO.

(MEMORIAS DE UN LOCO.)

(Continuacion.)

— ¿Y qué es esto? me dijo abriéndolo; ¡ah! ¡una cruz! la conservaré, la conservaré siempre en memoria de V.

Y aprovechando el estupor que había causado en mí el extraño aspecto, la profunda conmoción que noté en ella, al expresarme su deseo de ser monja, escapó.

Cuando quise detenerla sonó el golpe de una puerta que se cerraba, y luego sentí que bajaba rápidamente las escaleras.

Abrió el balcon, y la vi alejarse por la acera opuesta en paso lento y con la cabeza baja.

Mustafá la seguía cabizbajo también.

— Ella volverá, me dije; y cuando menos, la señora Adela vendrá por su asignación á fin de mes.

Había en mi corazón algo que me hacía desear volverla á ver; y sin embargo aquel no se qué vago, dulce, íntimo, estaba muy lejos de ser amor.

Y era mas que caridad.

O yo no comprendía la caridad, y me engañaba.

O yo no comprendía el amor, y me engañaba también.

Esto quería decir, que respecto á ciertas sensaciones, mi corazón era inocente, ó mejor dicho, estaba virgen.

Lo que sí puedo decir es, que el recuerdo de Amparo se fijó en mi pensamiento, fresco, puro, consolador, lleno de encantos y de consuelos.

Si es verdad que estoy loco, mi locura empezó el día que almorcé con ella.

El no verla me tenía de muy mal humor.

La esperaba.

Sin embargo, Amparo no venía.

Pasó el tiempo, y llegó el último día del mes.

Yo esperaba que la Adela sería puntual, y no me engañé.

Se me presentó mas pobremente vestida que lo que yo esperaba, y sin saludarme ni sentarse me dijo:

— Vengo á...

— Sí, por la asignación de Amparo, la interrumpí.

— Eso es.

Abrió mi cartera y la di un billete de quinientos reales.

— No puedo devolver á V. lo que sobra, me dijo.

— Lo mismo es, la contesté.

— ¡Ah! ¡es V. muy generoso! Gracias en su nombre; que V. lo pase bien.

Y se iba.

— Espere V., la dije: tenemos que hablar.

— ¡Ah! ¡tenemos que hablar! ¿va V. comprendiendo que es hermosa, demasiado hermosa, para mantenerse respecto á ella en los inflexibles límites de la caridad?

— No se trata de eso.

— Pues no comprendo entonces...

— ¿Qué sabe V. acerca del origen de esa niña?

— ¡Bah! ¿y que le importa á V.? A no ser que...

Y aquella mujer me miró con un recelo hostil.

— ¡Sería gracioso que quisiera V. casarse con una muchachuela! añadió con sarcasmo.

— Tampoco se trata de eso; pero si V. tuviera algun antecedente... ayudándome V. y gastando cuanto fuese necesario, acaso lograríamos encontrar á sus padres.

— ¿Y para qué quiere mas padres que V.?

Necesité hacer un esfuerzo para contener la cólera que me causaba la fria insolencia de aquella mujer.

— En último resultado, la dije, ¿se niega V. á indicarme?...

— Nada sé; la recogí. Ignoro quien era; pero debe ser hija de buenos padres: las ropas que la envolvían eran ricas; llevaba, además, un magnifico medallón guarnecido de brillantes, y entré la faja un papel que decía: — Está bautizada, y se llama... he

olvidado el nombre; el que tiene ahorase lo pusieron en la confirmación.

— Es extraño que haya V. olvidado su nombre; pero aun queda el medallón.

— No por cierto; le vendí: era necesario criarla... yo era pobre

— ¿Pero no recuerda V. lo que el medallón contenía?

— Sí por cierto: un retrato de mujer.

— ¿Y las señas de esa mujer?

— Las mismas de Amparo: alguna mas edad; pero tan hermosa como ella; un parecido exacto... y es lástima que ese retrato se haya extraviado, porque era una prueba indudable... pero á bien que el retrato existe en Amparo... en engordando la muchacha un poco mas... el mejor día encuentra á sus padres en la calle.

Todas estas contestaciones habían sido pronunciadas con una intención maligna; comprendí que existía un misterio terrible entre aquella mujer y la pobre Amparo, y no insistí.

La dejé ir.

Había concebido el pensamiento de apelar á la ley para poner en claro la procedencia de Amparo.

Y como si hubiese comprendido mi pensamiento, aquella mujer me arrojó al salir una insolente mirada de desafío.

Aquel mismo día fui á consultar á uno de los abogados de mas fama.

Me escuchó con atención, y cuando hube concluido, me dijo:

— No veo el medio de arrancar á esa mujer su secreto: el tormento está abolido hace muchos años; por consecuencia, si esa mujer tiene un gran interés en ocultar la procedencia de la protegida de V., nada confesará. Queda sin embargo un medio.

— ¿Cuál?

— El dinero. Pagarle su secreto al precio que pida.

Di las gracias al abogado por su luminoso consejo; le pagué la consulta y salí.

Pasó un mes.

En vano esperé á Amparo.

La Adela se me presentó de nuevo.

La pregunté por ella.

— ¡Ah! está desconocida, me dijo; ha engordado. ¡Ya se ve! la cuidó bien, ó por mejor decir, la cuidamos bien. La enviaré por acá.

— Ponga V. precio á su secreto; la dije desentendiéndome de su observación, y entrando de lleno en mi objeto.

— Es V. muy joven, me dijo, para que pueda haber perdido una hija de la edad de Amparo; sin embargo, pudiera ser que algun amigo hubiera á V. encargado le buscara una niña perdida.

Y la Adela me miraba de una manera fija, escudriñadora.

— ¿Se obstina V. en no confiarme...? la dije.

— Nada sé respecto á ella, me contestó.

Acabé de convencerme de que nada recabaría de aquella mujer; la di dinero; la encargué dijese á Amparo que deseaba verla, y la despedí.

A los pocos días, y cuando acababa de levantarme, me sorprendió un fuerte campanillazo á la puerta.

Abrió Mauricio; sentí pasos apresurados, y poco despues se precipitó en mi gabinete Amparo.

Mustafá la seguía cojeando.

Amparo se asió á mí, y me miró pálida, aterrada, anhelante.

Mustafá gruñía dolorosamente.

Venia Amparo en el mayor desórden: deshecho el peinado; una de sus manos envuelta en un pañuelo.

Durante algun tiempo nada me dijo; ni yo, sorprendido, acerté á decirle nada: luego pareció como que despertaba de un sueño, de una horrible pesadilla, y exclamó con un acento ardiente y lleno de ansiedad:

— ¡Ah! ¡Gracias á Dios!

Y se separó de mí, se dejó caer en un sillón, se cubrió el rostro con las manos y rompió á llorar.

Mustafá se acercó á ella cojeando; se sentó, me miró, y siguió con sus dolientes gruñidos.

Sospché no sé qué horrible cosa, y me aterró.

— ¿Pero qué sucede? la pregunté, alentando apenas.

— Sucede, contestó Amparo, mirándome á través de sus lágrimas, que esa infame de mujer ha querido hacerme infeliz.

No pude contestarla: sentí que toda mi sangre se reconcentraba á mi corazón.

— Pero afortunadamente, continuó Amparo, Mustafá me ha salvado, acometiendo á aquel hombre, y dándome tiempo para escapar: es verdad que el pobre ha sufrido un horrible bastonazo, y que yo he salido del lance herida...

— ¡Herida! exclamé.

— Sí; ¡el horrible viejo me seguía! las escaleras son estrechas y empinadas; caí, di con la cabeza en la barandilla, y casi me he roto una mano; pero al fin estoy aquí; aquí, con V. que me defenderá.

No la pregunté mas. ¿Y para qué?

Todo estaba explicado.

Envié á Mauricio por un facultativo que se encargó de la curación de Amparo y de Mustafá.

La herida de la cabeza de la niña era leve, pero profunda y grave la de la mano.

Mustafá tenía casi roto un hueso.

Amparo se vió obligada á quedarse en casa.

Dos horas despues, cuando estuvo mas tranquila, la dije:

— No puedes volver á vivir con esa infame.

— ¡Oh, Dios mío! ¡no! ¡imposible!

— No puedes vivir tampoco conmigo.

— No, no; de ningún modo.

— Tampoco puedes vivir sola.

— ¡Dios mío! ¿y qué hacer?

Y despues de algunos instantes de triste silencio, añadió:

— ¡El convento! ¡es preciso! ¡preciso de todo punto!

— No te daré el dote.

— Me pondré á servir.

— Y sirviendo estarás expuesta á cada paso, á peligros como el de que has escapado milagrosamente hoy.

— ¿Pero por qué cerrarme el refugio del claustro? exclamó llorando.

— Si has de agitarte de ese modo, te dejo sola: agitándote, afligiéndote puedes empeorar: tienes calentura, y solo te he hablado porque estás en la casa de un soltero, porque es necesario evitar las interpretaciones. He pensado en que el padre Ambrosio podría adoptarte, ya que te repugna mi adopción.

— ¡Oh! ¡sí! ¡sí! exclamó.

— Pero es necesario que no seas gravosa al padre Ambrosio.

— ¡Oh, Dios mío! ¡otra dificultad!

— La dificultad está salvada. Entra en un colegio.

Quedóse Amparo pensativa, y al cabo me dijo:

— Mande V. llamar de mi parte al padre Ambrosio.

Me dió las señas de la habitación del religioso, y Mauricio fué á buscarle.

Media hora despues, un hombre alto, delgado, pálido, como de sesenta años, muy modestamente vestido con ropas que demostraban un antiguo y continuo trato con el cepillo, entró lleno de ansiedad.

Era uno de esos hombres que llevan el corazón en la cara.

Un corazón todo sentimiento, todo dulzura, todo abnegación, toda caridad.

Y en los ojos, la mirada inteligente y serena.

Y en la frente la severidad y la majestad de la virtud, la conciencia de sí misma.

Me saludó con encogimiento y me estrechó la mano con efusión.

— Le conozco á V., me dijo con la voz trémula; le conozco á V. mucho, aunque nunca le he visto hasta ahora.

— Yo tambien le conozco á V., le contesté, encantado por lo simpático de su mirada, de su espontaneidad, de su palabra.

Estrechó entre sus dos manos la mía, y sin disimular su impaciencia, me dijo:

— ¿Dónde está?

Le señalé la alcoba, y los dejé en libertad de hablar.

La conferencia fué larga; al fin el padre Ambrosio salió profundamente conmovido, y me llegó la vez de demostrar mi impaciencia.

— ¿Acepta? le pregunté.

Se sentó en un sillón, sacó una caja de pasta negra, me ofreció un polvo, tomó otro, y me dijo:

— Nos encontramos en una situación sobre manera extraña: una jóven, embellecida por Dios con cuantas virtudes pueden hacer respetable á una criatura, sola, pobre, desventurada, se encuentra entre nosotros dos; puesta primero bajo la protección espiritual de un pobre exclaustro, y amparada despues, de una manera noble, desinteresada, admirable, por un jóven rico, viciado en el gran mundo, casi impío, pero que tiene un excelente corazón. Pero he dicho mal: nuestra situación no es extraña. ¡Nos ha reunido la Providencia de Dios!

— En efecto; en el conocimiento de nosotros tres, hay mucho de providencial, le dije, mas por ser cortés con el buen exclaustro, que porque yo creyese en la Providencia. Ya he dicho antes que en aquella época era yo impío.

— ¡Pues ya lo creo! dijo, con el entusiasmo de un poeta, el padre Ambrosio; mi vida era triste, llena de sufrimientos, llena de recuerdos, combatida por pasiones, que habia exacerbado la desgracia, y... si hace diez años, no hubiera encontrado á mi paso á esa niña que se arrastraba sobre sus manecitas en los corredores de la casa de vecindad donde me habia llevado á vivir mi pobreza... Yo lo habia perdido todo; parientes, amigos, afectos, hasta la paz de mi celda, de la cual me arrojaron las necesidades de la nación... la planta marchita y enferma que vegeta sobre un terreno ingrato, siente con delicia, y parece reanimarse al soplo de las auras de la mañana. Yo, muy semejante á una planta enferma, sentí una impresion de consuelo un día que, sentado al sol en la puerta de mi tabuco, sentí junto á mí, apoyando sus manecitas en mis rodillas, y sonriéndose (Dios me perdone) como deben sonreír los ángeles, una niña como de cuatro á cinco años.—Era Amparo.—Necesitaba afectos, y mi alma se volvió á aquella existencia pura, á aquella niña que estaba muy pobremente vestida, enflaquecida por el hambre. Supe que no tenia padres, que estaba en poder de una mujer de la misma vecindad, que la habia encontrado en la calle. Y aquel desamparo de la infancia, aquella miseria en un ser tan débil, me hicieron concebir el mismo pensamiento que V. concibió cuando la encontró en medio de la noche recogiendo trapos. He hecho... cuanto he podido... en cambio ella ha sido para mí, acaso la salvación de mi alma, porque estaba desesperado... y Amparo ha sido para mí un amparo de Dios, porque me ha obligado á amarla; porque amándola he llenado mi corazón con un afecto, y he podido consolarme y esperar con resignación el fin de mi jornada.

— Creo que Amparo ha ejercido sobre mí una influencia muy semejante á la que ha ejercido sobre V.

— ¡Oh, sí! me ha bastado con lo que Amparo me ha dicho de V., y con verle despues una sola vez, para comprenderle: tiene V. el alma virgen, sedienta, cansada de un mundo donde no vive bien; hastiada de todo; escéptica, porque ha perdido la esperanza, y ha encontrado V. en Amparo algo de lo que buscaba y no habia podido encontrar. ¡Lo ha encontrado V. de noche, recogiendo los despojos del lujo y de la miseria, teniendo por único amigo un perro, por único amparo Dios! Y porque tiene V. el alma virgen y llena de entusiasmo y de sentimiento, ha hecho V. lo que nadie hubiera hecho; y porque Dios quiere que crea V. en él, le ha presentado á V. de la manera mas bella el dulce consuelo de la expansión de la caridad.

(Continuá.)

EGLOGA URBANA.

...de montibus umbra.

A MI AMIGO D. JOSE GONZALEZ DE TEJADA.

Paseando está Juanita,
Madrialeño encanto y gala,
Del Neptuno a la Cibeles,
Aprisionando las almas.

Peró ¡ay! que siente la suya
Agitarse en vivas ansias,
Y á los suspiros no atiende
Que le envían cuantos pasan!

En sus rizos de azabache
No ha prendido rosa blanca
Ni artero los va agitando
Su abaniquito de nácar.

La blonda de su mantilla
No la molesta ni enfada
Ni el pié brevísimo enseña
Al ondular de la falda.

Ve á Juan, y no se sonríe;
Mira á Diego, y no se pasma;
Llega Gil, y no murmura:
Vase Pepe, y no se cansa.

Los ojos, cuyo color
Noche lóbrega envidiara
Para su manto, no buscan
Lo que otras veces buscaban.

Sus párpados entretienen
Tal vez indiscreta lágrima:
Su labio en púrpura tinto
Ni aun para quejarse habla.

Pero da el túrgido seno
Que ocultan sutiles gasas
Ocasión á que la mente
Prórumpa en tales palabras:

— ¡Ingrato! ¿y así me huyes?

¿Así dejas á tu Juana?

Cada paso que te alejas,

¡ay! retumba en mis entrañas.

«No soy tan fea, Gonzalo,

Que hoy no me dijese el aya:

— «Señorita, el mismo cielo

Envidia esa tez nevada.

Y el carmin de esas megillas

Que en las de la aurora falta;

Y el brillo de esos luceros

Que no lo tiene el del alba.

— «Vuelve, vuelve, mi Gonzalo;

Deja á esa Inés tonta y vana;

Que el oro no hace dichosos,

E Inés no tiene otras gracias.

— Esto pensaba gimiendo

Juanita la desdenada.

Cuando el otro repetía

En el fondo de su alma:

— «Llora, mujer, llora, llora

Mientras yo no diga basta;

Con Inés andaré en coche;

Contigo andaría á gatas.

Y esta cinta, última prenda

Que de tu amor conservaba,

De mi jockey en la gorra

Será divisa encarnada.

En esto cayó la tarde

La oscuridad se levanta,

Pugnando por confundirla

Los tubos que el gas inflama.

Y dos viejos van diciendo

Al retirarse á sus casas:

— «Tanto mal no tiene cura:

¡Maldita ambición humana!

JOAQUIN JOSÉ CERVINO.

A DOLORES...

Yo, vasallo de los tiempos

En que se usaban chorreras,

Botas con borla ó campana,

Pantalon de trampa estrecha,

Frac de hoja de cortaplumas,

Carrick, corbatin de á terciá,

Pelo á la bombé, patillas

De herradura ó de chuleta,

Currutaco, pisaverde,

Don Quijote de cien bellas,

De talle junto al cogote,

Tufos y Peine de teja,

Zapatito á la cachucha,

Basquiña con fleco y nesgas,

Cinturon con gran hebilla,

Gautes bordados con seda;

A ti, polla ciudadana,

De parlamentaria era,

Mas hermosa que la dalia,

Mas blanca que la azucena,

Te juro por mi peluca,

Que aunque por chocho me tengan,

Te he decir muy clarito,

Que con tu cintura esbelta,

Tus miriñaques y gasas,

Tus cocas, rizos y trenzas,

Te encuentro tan seductora

Que no me extraña que pierdan

La cabeza y algo mas,

Los que te miran tan bella;

Pues yo, á pesar de mis años,

Mis arrugas y dolencias,

Por una sonrisa tuya,

La mitad del mundo diera;

Esto en caso de que el mundo

Fuese de...

EL BARON DE ILLESCAS.

EN EL ALBUN DE LA MARQUESA DE NEVARES.

A...

Angel hermoso á quien amar juré,

Sombra querida que en mi mente está

Paloma pura, cuyo vuelo alcé,

Dime por qué

No me amas ya?

Dime á quién puedo consagrar mi amor,

Dime á qué aspiro, si la fe perdí:

El mundo entero y el placer mayor,

Marchita flor

Será sin tí.

Si en adorarte mi existir cifré,

Si en pos de tí mi pensamiento va,

Si gloria y nombre para tí busqué,

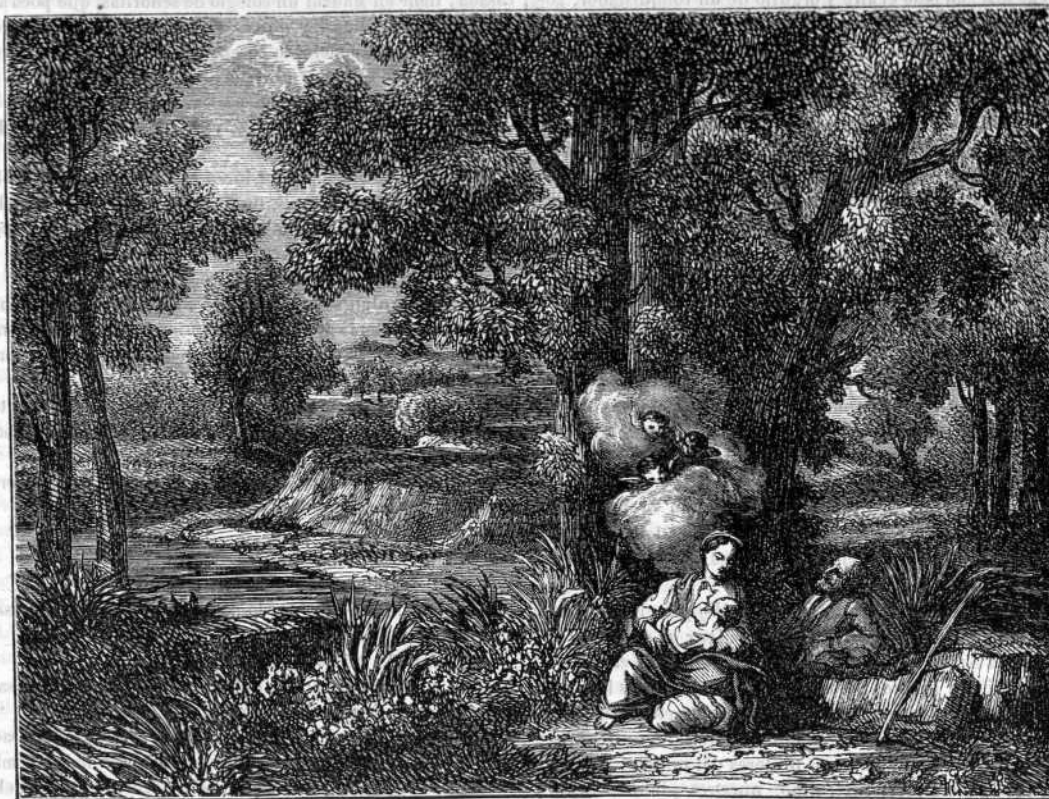
Dime por qué

No me amas ya?

LUIS MARIANO DE LARRA.

MADRID.— Imp. de M. GALLIANO.

Plaza de los Ministerios, 3.ª



La huida á Egipto. — Cuadro de Francisco Mola.

PINTORES CÉLEBRES.

PEDRO FRANCISCO MOLA.

Ocupaba el trono pontifical de Roma Alejandro VII, de la familia Chigi, romano, hombre considerado como sábio y virtuoso, émulo de Leon X, de Julio II y de todos aquellos grandes papas que tanto habian protegido á las artes; habia consagrado todos sus cuidados á embellecer la ciudad eterna. Habia llamado á Roma los pintores mas célebres del mundo, y con mano franca y liberal, les dispensaba su poderosa proteccion. Habia venido, invitado por el papa, á Roma un pintor llamado Pedro Francisco Mola, y desde muy jóven se habia distinguido en los talleres de Josepin, de Albano y del Guerchino.

Hombre de genio, de grande inspiracion y talento, se habia consagrado al género del paisaje, y por su manera de pintar las tierras, alejar las lontananzas, y expresar el colorido de los árboles, se distinguió tanto, que en breve su fama y celebridad sobrepuso á la de Albano.

No podia menos de llamar la atención del pontífice artista, el pintor Mola. El papa, los príncipes, á porfia, le encargaron varias obras. La fortuna sonrió al jóven pintor, y no solo se veia rodeado de riquezas, sino de grandes honores.

La reina Cristina de Suecia, esa mujer singular que habia abdicado un trono para hacer una vida aventurera, se hallaba en Roma, rodeada de un especie de corte que ella misma se habia formado. Cristina admiró las obras de Mola, le concedió todo su favor, le hizo uno de los principales dignatarios de su ambulante corte, y mas de una vez las distinciones concedidas á Mola por la caprichosa princesa, excitaron los celos de su amante Monadelchi, que mas tarde debia recibir la muerte en Fontainebleau de mano de la misma Cristina.

Mola se hallaba en el apogeo de la fortuna y de la gloria: su orgullo fué tan grande como su genio.

Habia pintado, por encargo del príncipe Pamfili, los techos de su magnífico palacio, uno de los mas hermosos y que aun admiran cuantos van á visitar las grandezas de la capital del mundo cristiano. Allí se excedió el artista á sí mismo. Sobre aquellos techos derramó toda la inspiracion de su poderoso genio. Toda Roma admiró con entusiasmo aquellas maravillosas pinturas. El príncipe Camilo Pamfili, lleno de entusiasmo, quiso pagarle liberalmente su obra maestra, cuando estaba próxima á su término. El orgulloso artista, desvanecido con los elogios que se prodigaban á su obra, rehusó la cantidad que el príncipe le ofreció, y quiso hacer tasar judicialmente el mérito de su trabajo.

Grande fué el escándalo que ocasionó en Roma este proceso de nuevo género. Los enemigos del príncipe Pamfili se unieron, para molestarle, al obstinado pintor; y este, valiéndose del favor de que gozaba en la corte del Pontífice, y corrompiendo á jueces venales, con los dones que le ofrecia su pincel y su paleta, prolongó mas de dos años el proceso.

Con tales medios se hallaba próximo á triunfar y obtener un fallo, en que mas que de hacer pagar una cantidad al noble príncipe, se trataba de humillar su ilustre nombre.

Era tanto para el príncipe como para el pintor una cuestion de orgullo, mas que de interés.

¿Quién habia de quedar humillado en tan extraña lucha? El príncipe romano, ó el orgulloso artista, que desdeñaba la proteccion de su noble Mecénas?

Todo parecia decidirse en favor del pintor. En aquellos mismos dias acababa de verse poderosamente lisonjeada su vanidad. El rey Luis XIV y la corte francesa le enviaron cartas que exaltaron su orgullo, llamándole para que hiciese grandes y ricos trabajos en el palacio de Versailles.

Entonces, acompañado de los peritos que debian hacer la tasacion definitiva de la obra maestra que habia estampado en los techos del palacio de Pamfili, se presentó en él.

Llegó allí con todo el aire y orgullo de un conquistador, gozándose con la idea de la humillación que iba á sufrir el príncipe.

El príncipe recibió á Mola y á su comitiva con aire satisfecho y triunfante.

Alza Mola al entrar en los salones sus ojos al techo, y ve en lo alto de un andamio al Calabrés ocupado en borrar su obra, aquella obra en que habia escrito la inmortalidad de su nombre. Baja los ojos, y ve á su lado al mayordomo del príncipe pronto á pagarle en oro la cantidad en que él mismo tan inconsiderada y orgullosamente habia tasado su trabajo.

Mola al ver al Calabrés pintar sobre sus pinturas quedó helado de asombro y de terror.

Volvió á su casa, no alegre y gozoso como momentos antes habia salido de ella, sino triste y abatido.

Dos horas despues, un mal súbito de cabeza, como llamaban entonces á la apoplejía fulminante, habia terminado su vida.

Cruel fué sin duda la venganza del príncipe Pamfili. El orgullo de Pedro Francisco Mola la habia provocado: el orgullo le mató.

Mola fué un genio. Como Homero, se disputan el honor de haberle dado su nacimiento varias ciudades. Unos le hacen natural de Coldre en el Milanesado, y otras, de París. Nació en 1621, y murió en 1666.

Sus principales obras son: *la Huida de Egipto*, de que presentamos una copia á nuestros lectores; *Agar y el ángel*; *el descanso de la Santa Familia*; *los dos San Juanes en el desierto*; *la vision á San Bruno*; *Hermínia y Tancredo*, todos los cuales se hallan en el museo de pinturas del Louvre en París. Allí hemos tenido ocasion de admirarlas mas de una vez, entre otras grandes creaciones de los primeros pintores del mundo, y entre los que brillan en primer término, nuestros pintores españoles.

EL CONDE DE FABRAQUER.

AMPARO.

(MEMORIAS DE UN LOCO.)

(Continuación.)

— ¿Qué Dios quiere que crea en él? dije moviendo tristemente la cabeza; quisiera creer, envidia á los que creen. Y ya que como V. dice nos ha reunido la Providencia, sea V. mi misionero en buena hora. Le prometo escucharle y...

— No seré yo quien haga á V. creer en Dios, me dijo solemnemente el padre Ambrosio; ¡será ella!

— ¡Oh, acaso! El afecto que me inspira es profundo. Pero dejando el terreno en que nos hemos metido, y en el cual tendrémos lugar de volver á entrar, porque nuestro conocimiento será largo y nuestro trato frecuente, vengamos á la situación del momento. Mis proyectos respecto á Amparo, se reducen á arrancarla legalmente del dominio de esa mujer; yo habia pensado adoptarla, pero soy demasiado jóven y me ha parecido mejor que la adopte V. legalmente.

— ¡Oh, si! despues de lo que ha acontecido hoy á esa infeliz, yo la hubiera adoptado de todos modos.

— Despues quiero perfeccionar su educacion, poniéndola á nivel de las jóvenes de nuestro gran mundo; casarla despues de una manera brillante, á beneficio de un magnífico dote.

— Dejemos obrar á la Providencia, me interrumpió el exclaustro; yo la adopté y acepto para ahora la proteccion de V.; y puesto que V. rechaza, como rechazo yo, la idea del exclaustro, que se la habia metido de una manera tenaz en la cabeza, entre en buen hora en un colegio: afortunadamente soy confesor de un matrimonio muy digno; él es un antiguo y honrado cobachuelista; ella, antes de casarse, fué maestra de niñas en una ciudad de provincia, y hace algunos años, despues de

casada, tiene en Madrid un colegio de señoritas, que poco á poco ha ido desarrollándose y que es al fin uno de los mas favorecidos. Esta es cosa concluida, aceptada. Ella lo resistia; pero yo que pienso que el mejor uso que puede hacer un hombre de su fortuna es favorecer á sus semejantes, la he convencido.

— Pues en ese caso, le dije, voy á principiar desde el momento.

El padre Ambrosio se quedó en casa, autorizando en ella la presencia de Amparo, y yo, despues de informarme por ella de la habitacion de la Adela, me fui á buscar al comisario de policia de su distrito.

Despues de algunas soeces equivocaciones de este funcionario, respecto á mi interés por Amparo, á quien, no se porqué, conocia, entré de lleno en la exposicion del objeto que me llevaba por primera vez á tratar con tales gentes.

Quería yo evitar de todo punto un ruidoso procedimiento judicial, para arrancar á Amparo del dominio de aquella malvada, y cuando el comisario me hubo escuchado, me dijo:

— Pues es muy sencillo de hacer lo que V. desea; pero no deja de ser comprometido.

— Comprendo; ¿se trata...?

— De un abuso de autoridad.

— Pero cuando se abusa de la autoridad para el bien...

— Se puede ir á presidio lo mismo que cuando se abusa para el mal.

— Ya sabe V. mi nombre...

— Sí, sí señor: sé que la influencia de V. basta para sacar-me de un atolladero... sin embargo...

— Sé que deben recompensarse estos servicios, añadí sacando algunos billetes y poniéndolos sobre la mesa bajo mi mano.

— ¿Es urgente la resolucion de ese negocio? me dijo el comisario.

— Urgentísima.

— Entonces haga V. que ese exclaustro, ese padre Ambrosio venga á verme al momento, y descuide V.; es asunto de dos horas: una renuncia de la adopcion de la Adela sobre la Amparo; la adopcion en forma de *ese fraile*; un testimonio de escribano, y... santas pascuas. Si la Adela resiste, con arreglo á la queja de V., la llevo á la Galera (1) y doy parte al gobernador. Pero no resistirá, yo se lo aseguro á V.; sé perfectamente cómo se hacen estas cosas: cuando se ha dado un paso en vago como el que ha dado esa muger... cuando está ofendida la moral pública...

— Bien, bien; ¿quedamos convenidos?

— Sí señor. Envieme V. el *fraile*.

— Le enviaré al momento. Adios.

— Servidor de V., caballero.

Salí dejando sobre la mesa del comisario algunos billetes de banco.

No sé como el bueno del funcionario arregló el negocio, pero el resultado fué que la Adela renunció por ante escribano á todo dominio sobre Amparo, y el padre Ambrosio la adoptó con todas las formalidades prescritas por las leyes.

Todo aquello se hizo en muy pocas horas.

Amparo no pasó la noche en mi casa.

Se la habia trasladado en un coche, previo dictamen del facultativo, al colegio de que era directora doña Gregoria de... hija de confesion del padre Ambrosio.

Me olvidaba decir que Mustafá habia ingresado tambien en el colegio.

Di órden á mi administrador general de que pagase á doña Gregoria mil reales mensuales por la pension de Amparo, y aquel asunto quedó para mí enteramente concluido.

La casualidad, segun yo, ó la Providencia Divina, segun el padre Ambrosio, habian arrojado delante de mí un gran infortunio. Yo habia cumplido con mis deber, segun mis convicciones, y estaba tranquilo.

(1) Prision de mugeres en Madrid. Nota para los que no conocen la villa y corte.

Pero una vez satisfecho este deber, una vez pasada la novedad de mi aventura, comprendí que Amparo no era bastante para arrancarme del hastío; para recopiliarme con la vida.

Esta decepción de mi esperanza me fué sumamente dolorosa. Amparo era para mí una obligación contraída que ningún sacrificio me costaba, porque yo era muy rico.

No me había inspirado amor, sino caridad.

La caridad estaba satisfecha, y había desaparecido el encanto.

Es cierto que yo sentía hacia ella un afecto profundo; que me interesaba su porvenir... pero su porvenir estaba asegurado. Por otra parte; yo no tenía herederos forzosos; mis padres habían muerto cuando era muy joven, y podía nombrar á Amparo mi heredera universal.

Ninguna dificultad, ningún interés representaba Amparo que me ligase á la vida.

Me había galvanizado por un momento, haciéndome sentir, á mí, cadáver ambulante.

Volvió mi tedio.

Sin embargo fui á verla todos los días mientras duró su enfermedad; luego algunas veces á la semana...

Amparo se mostraba silenciosa, retraída, como cohartada, delante de mí.

Yo veía en aquel encogimiento, orgullo, altivez, pesar de verse obligada á aceptar mis beneficios.

Esto me disgustaba.

Llegó un día en que creí que había sido un imbécil; que había ido, respecto á Amparo, mas allá de donde debía haber ido.

Hasta llegué á creer que el padre Ambrosio era un hipócrita, y doña Gregoria una mujer interesada.

Cuando un hombre llega á disgustarse de la vida; cuando rompe el vínculo de afectos que le unen á la sociedad; cuando, en fin, llega á dudar de todo, ó por mejor decir á no creer en nada... cuando se hace escéptico...

Un escéptico es la calumnia viviente.

Un escéptico es con suma facilidad malvado.

Dejé de ver á Amparo.

Y, sin embargo, el recuerdo de Amparo estaba fijo, siempre fijo en mi alma.

— Es que halago un sueño, decía yo.

Y el sueño, ó Amparo, se hacían mas persistentes en mi pensamiento.

(Continuará)

PISA.

Pisa, á distancia de once leguas de Liorna, es uno de los pueblos mas notables que existen en la Italia. Los vapores descansan en Liorna, ciudad sin monumentos, empero desde la cual todo el que llega emprende el curioso viaje de Pisa; hoy tanto mas fácil cuanto que un ferro-carril conduce desde aquel puerto á esta ciudad en menos de una hora. Este rapidísimo viaje es sumamente delicioso; arrebatados por el vapor, se recorre ese camino tan hermoso que desde Liorna conduce directamente á Pisa, y atraviesa inmensas llanuras, donde el viajero comienza á comprender lo que es ese paraíso de la tierra que se llama la Toscana.

Las obras maestras, los grandes monumentos alzados al Catolicismo en Pisa, se encuentran en una inmensa plaza que los reúne, formando un admirable grupo de edificios que la vista del hombre puede abarcar con una sola mirada.

Sobre una inmensa plaza cubierta de verde césped, que todos los días huellan con sus pies caravanas de peregrinos del arte y de la religion, césped que sin embargo permanece siempre intacto y parecido á una de esas sabanas implorables de los campos de América; al través de la crecida yerba y de esa gran pradera, esmaltada por la rica primavera italiana, nos encontramos cara á cara con las primeras obras del genio y de la fe.

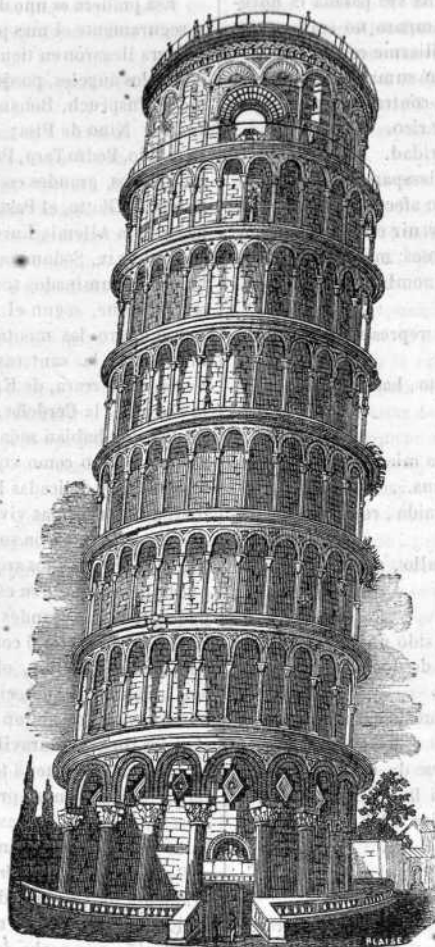
Esa pradera es uno de los lugares mas sagrados, mas ilustres, y seguramente el mas precioso de cuantos ilumina el sol. A esta pradera llegaron en tiempos antiguos hombres que poseían el poder de los ángeles, porque tenían fe. Estos hombres eran Guillermo de Inspruch, Bonano el de Pisa, Diotisalvi, Tomás, Nicolás, Juan y Nino de Pisa; Baccio Bandinello de Siena, Buichetto, Reinaldo, Pedro Taca, Pedro Traocavilla, Horacio Mócea, grandes arquitectos, grandes escultores. Estos hombres eran tambien Buffalmaco, Giotto, el Pastor Divino de las orillas del Arno, Orgagna, Simón Allemi, Lursato de Siena, Bennozzo Gorzoli, el Rafael del siglo xiv, Sodoma Caballucci de Roma, Temputi de Pisa; hombres iluminados todos por la inspiración, poseídos de esa creencia que, segun el Evangelio, es capaz de trasportar de un punto á otro las montañas. Los unos labraron el mármol, el mármol de las canteras mas ricas del mundo, el mármol de Varos, de Carrara, de Egipto, de todas las islas del mar italiano, la Corcega, la Cerdeña, Elba, Sicilia. Supieron darle todas las formas que habían soñado en su genio ó en su capricho; lo lanzaron á lo alto como cohetes; lo enroscaron y lo calaron como magníficas y delicadas bordaduras; hicieron con él bóvedas y le dieron hasta formas vivientes.

Los otros tomaron sus pinceles, y sobre las paredes preparadas por sus hermanos los arquitectos, trasladaron las celestes visiones que habían agitado su espíritu; tradujeron todas las grandes verdades, todos los grandes símbolos, todas las escenas dulces y terribles, formidables ó consoladoras que ofrecen al mundo los dos testamentos de Dios, el antiguo y el moderno; y cuando todos esos hombres desaparecieron de esta pradera sin nombre, cuatro monumentos quedaron, que la lámpara, siempre santa, para siempre ilustra: maravillas con que la fama debía durante los siglos venideros atraer á todos los viajeros del mundo hacia aquella pradera que en un principio no había sido mas que un campo de césped, donde los pastores del Arno apacentaban sus ganados. Estos cuatro monumentos, la Torre torcida ó el Campanario, el Baptisterio, la Catedral y el Campo Santo, reasumen simbólicamente toda la vida de un cristiano.

El Campanario que mece sus campanas sobre las nubes, llama al niño que acaba de nacer: el Baptisterio le da el primer sacramento que le incorpora en el número de los cristianos; la catedral le revela, ya cristiano y ya echo hombre, todas las pompas santas de los mártires del Catolicismo; y el Campo Santo le guarda una huesa bajo las losas de mármol de sus galerías, ó entre la florida tierra de su vasto recinto.

El campanario ha sido llamado la Torre torta por su notable inclinación, ignorándose si fué construido así, ó si ha sido este efecto de alguno de los movimientos que ha sufrido la tierra. Tiene siete pisos que son otras tantas arcadas de columnas. La mayor parte de los que han escrito sobre esta torre, han creído que ha sido una construcción á propósito, en que el arquitecto ha presentado esta obra maestra de su ingenio, fundándose en que las columnas colocadas por el lado donde se advierte la inclinación de la torre, son desde el cuarto piso al séptimo mas delgadas, y consiguientemente mas ligeras que las columnas del otro lado. Esto parece recordar al enigma que demuestra la intencion evidente del arquitecto; pero el motivo de la inclinación de este notable monumento es siempre un secreto.

Para los que no buscan la solución de este problema interesante de arquitectura, la inclinación de la torre causa una mala impresion. La primera idea que surge á la vista de este extraordinario monumento, es penosa tanto á la vista como al pensamiento, y la admiración que despues se siente por la profundidad de los cálculos exigidos para llevar á cabo esta extraordinaria empresa, no compensa el primer desagradable movimiento que expiramenta el ánimo. Nosotros hemos subido á esta torre, y hemos recordado cuántas veces subiera á ella el sublime hijo de Pisa, el mártir de la ciencia, Galileo, que joven aun, desde la cumbre de esa torre consultaba el espectáculo de la cúpula estrellada de los cielos, meditando en aquel lugar sobre la gravedad de los cuerpos, y sobre la medida de los tiempos.



La torre inclinada de Pisa.

La torre torcida se levanta detrás de la catedral.

Delante de la fachada de la iglesia, Diotisalvi colocó el Baptisterio. Este monumento contiene grandes riquezas del arte, entre otras el famoso púlpito construido por Nicolás de Pisa; obra que hace honor á los antiguos pisanos, quienes se impusieron grandes contribuciones para concluirla. En la construcción del Baptisterio se han tenido presentes todas las reglas de la acústica, de manera que un solo niño que cante en él, por la combinación del eco, parece un numeroso coro de cantores. El estudio de este edificio nos hizo presente esta observación, y nosotros mismos hicimos la experiencia.

La catedral, llamada el Duomo; es del siglo xi. Es un trofeo, es un monumento alzado á la victoria. Cuando el cónsul de los pisanos, Orlandi, tomó á Pisa con las galeras victoriosas, después de haber triunfado en Palermo de los sarracenos, quiso consagrar á la Madre del Redentor del mundo una memoria de su victoria, y alzó esta catedral Juan de Bolonia: Franca-villa, Pedro Taca, esculpieron las puertas de bronce del templo; puertas tan bellas, como milagrosas. En esta catedral hay diversos cuadros de un gran mérito, que en tiempo de la invasión de los franceses por Bonaparte, fueron llevados al museo de París, y que después han vuelto á su antiguo sitio por el tratado de Viena de 1814. En medio de la nave principal de la iglesia, y suspendidas de su alta bóveda, se ven los primeros instrumentos de que se sirvió Galileo para sus observaciones astronómicas.

De todos los edificios que vamos recorriendo, el mas interesante es el campo santo. De todas las colecciones de sepulcros, este campo santo es el mas célebre del mundo, es el cementerio

por excelencia. Su aspecto exterior es severo: sus paredes no anuncian por fuera las maravillas de su recinto. La sencilla desnudez de su exterior, contrasta extraordinariamente con la fama de este edificio, y al penetrar por sus puertas, parece que comienza para uno una alta revelación. Apenas entramos, reconocimos que la sencillez de las paredes exteriores era un símbolo. Los religiosos artistas del siglo xiii, que edificaron el campo santo, quisieron dar al peregrino, al viajero, al observador, una prueba de que la muerte es una inmensa revelación que oculta detrás de un velo todas las materias y todos los tesoros del otro mundo. Por eso dejaron las paredes tan sin ornato, tan pobres por defuera; por eso reservaron para el interior toda la riqueza de una imaginación santa. Cuatro galerías de mármol recibieron todas las riquezas que en un momento de inspiración pudo reunir la imaginación del escultor. Todas las bellezas de la pintura están comprendidas en sus paredes. Allí vemos reproducida otra escena que nos habia causado grande sensación en otro lugar, en el magnífico palacio que la piedad cristiana ha levantado para morada de los Pontífices, jefes del catolicismo, escena que no puede menos de aterrar á los mortales, el *juicio final*. Pero el juicio final de Vera, es muy distinto del de la capilla Sixtina del Vaticano. En este Miguel Angel formó un cuadro mitad religioso, mitad fantástico: mas que una página terrible de la historia futura del mundo, formó un libelo colocando á sus émulos y á sus enemigos entre los réprobos; en Pisa, Orgagna representó sin ira y con verdad la mas terrible escena que hayan de presenciar los siglos. Aquellas galerías protegen además pinturas de que tanto los autores han hablado. Allí se ve *La Creación*, *El Diluvio*, *Cris-*

to en la Cruz, obras de Buffalmacco, el primero de esos viejos artistas que heredaron las tradiciones bizantinas, al lado de las terribles páginas de Orgagna: allí están las principales escenas de la vida de San Raniero, patron de Pisa, reproducidas por el pincel de Memi; *Los infortunios de Job*, por el divino Giotto; ese pintor que comenzó como su compatriota Virgilio por guardar los rebaños, y que reveló las riquezas de su genio creador: revelación que asombró al mundo, y que hizo que Roma lo llamase á su seno.

No solamente son pinturas las que adornan las cuatro galerías del cementerio pisano; son también obras de escultura pertenecientes á todos los siglos y á todas las religiones, y procedentes de todos los países. Vestigios del arte egipcio, monumentos griegos, bustos romanos, antigüedades etruscas, sarcófagos revestidos de mitológicos emblemas.

En el campo santo reina verdaderamente la igualdad de la muerte; pero la muerte ha recogido en este recinto todo lo que queda de su poder; las antiguas naciones, sus antiguas batallas han traído cada una su homenaje á tan poderosa soberana. Casi todas las glorias de este mundo han depositado allí un poco de su polvo: el campo santo de Pisa es el archivo universal de la nada.

La vista se sorprende y se recrea al recorrer esas galerías, pero el patio que rodean está cubierto de un verde césped, que aun arrebatá mas y conmueve el corazón: aquella tierra no es tierra de Pisa; fué traída de Jerusalem, en cincuenta galeras de la antigua república. Santo polvo, donde los muertos de los antiguos tiempos tenían esperanza de dormir con mejor sueño; tierra á quien se suponía la propiedad secreta de consumir todo despojo humano en el espacio de algunas horas.

Este gran recinto, cuyos cuatro ángulos están marcados por verdes céspedes; este campo, que la primavera adorna espontáneamente con silvestres flores de vivos matices, y en cuyo centro hay una columna de mármol, que un rosál entrelaza con sus guirnaldas, es el que contiene los cuerpos del antiguo pueblo: un privilegio exclusivo abría las tumbas de las galerías solo á los muertos ilustres; en ellas solo se enterraban los que fueron grandes por sus conquistas, por su fortuna, por su genio, ó por su alto origen, que les daba el derecho de ir á reunirse en la tumba de sus abuelos, cubierta de blasones. El patio descubierta pertenecía á las gentes de la multitud, á los que vivieron desconocidos, á los que tal vez hicieron bellas acciones, á los que poseyeron altas virtudes y tuvieron grandes pensamientos, pero á quienes la gloria caprichosa rehusó el favor de una mirada; sino descansan sus cuerpos sobre una losa de mármol cubierta con los emblemas del orgullo, duermen al menos cubiertos con un velo de césped que todos los años reproduce sus matices, y el peregrino y el viajero que buscan este lugar, si no se entretienen en leer un epitafio grabado sobre piedra, admiran aquella tierra traída tan costosamente de Palestina, y que tal vez oyó al Salvador del mundo.

En el día nadie se sepulta en este cementerio monumental, sino por una gracia especial, y una alta recompensa de grandes servicios.

El cementerio de Pisa es el cementerio mas célebre del mundo.

Allí yace la sombra de un gran pueblo; allí existen aquellos hombres heroicos, que en los pasados tiempos combatieron por la gloria y por la libertad; aquellos intrépidos rivales de los mas temibles pueblos, los reyes de la mar, los piadosos guerreros que fueron á servir en Palestina la causa del Santo Sepulcro. Durante largos siglos dieron toda su sangre por la patria, y todo su oro por alzar estas obras del genio. Justo era que la patria reconocida les edificase este fúnebre palacio, el mas bello y magnifico de los panteones. Justo era que el genio reconocido lo adornase en su honor con sus mas sublimes creaciones. Despues de la vida y animacion de los combates; despues de los peligros de los mares y de la tierra; despues del gran ruido que hicieron en el mundo, era preciso para el descanso de su sueño eterno, el silencio de ese claustro mortuario.

Al salir del campo santo, no causa extrañeza el silencio que se nota en Pisa: compréndese entonces, que una ciudad inmediata á un monumento de este género, debe permanecer siempre muda: parece que la ciudad calla, por no turbar con ningún profano ruido el silencio del santuario de los muertos.

Difícilmente se hallará jamás en menos espacio de terreno reunidos cuatro monumentos mas sorprendentes y que llamen mas la atención del viajero, que el *Baptisterio*, la *Catedral*, el *Campo Santo*, y la *Torre inclinada* de Pisa, cuya vista presentamos en la lámina que acompaña á este artículo.

EL CONDE DE FABRAQUER.

MEDINA AZZAHRA.

EPISODIO HISTORICO.

(Conclusion.)

VI.

Entretanto el pueblo y gente de armas de Córdoba que profesaba gran odio á los berberiscos, juntándose en tropel, marcharon contra Medina Azzahrá, en persecucion de Suleiman, y aunque no llegaron á tiempo de alcanzar á este caudillo, se vengaron con dar muerte á algunos que hallaron rezagados de su gente, y entregar al despojo y á la ruina cuanto quedaba intacto en los alcázares de Azzahrá (1). Así fué como quedó destruída aquella famosa fábrica, prodigiosa morada del placer, y maravilla del arte, á los setenta años ó poco mas de su fundacion.

Algunos años despues el califa *Mohammed*, tercero de este nombre, por sobrenombre *Almostacfi Billah*, penúltimo soberano de la dinastía de los Beni Umeyas, que imperó por los años de 446-1025, restauró en parte el alcázar y jardines de Medina Azzahrá. Allí este califa, débil y afeminado, como todos los príncipes destinados á ser los postreros de sus dinastías y linajes, se entregó á su afición favorita de la música y la poesía, descuidando entre tales ocupaciones y los placeres el gobierno de sus estados y la guarda de las fronteras. Su mayor gusto y solaz se cifraba en conversar y aun rivalizar en certámenes de ingenio con los varones mas ilustres en letras y poesía que florecían á la sazón entre los árabes españoles y aun de allende el estrecho. Entre estos ingenios que frecuentaban la corte y trato de Almostacfi, citan las historias con elogio al célebre wacir *Ebn Zeidun*, de quien volveremos á hablar mas adelante; á *Abdelmelic el Tabeni*, famoso por sus versos en Africa y Oriente; al wacir y alcañib (2) *Abdelwahib Abulmaquira*; al Cordobés *Abdelwahidi* que habia sido *walilcodhá* ó juez supremo en Xatiba; á *Abu Jaled Ebn Attares* y *Abul Jaulani* el de Beja. A este emir, por su flaqueza y por su intento de restaurar las delicias de Medina Azzahrá, alcanzó también la maldición de Allah. A los diez y siete meses de su gobierno se hizo tan aborrecible á sus vasallos que le destronaron, y de Medina Azzahrá le obligaron á refugiarse en Uclés, castillo de moros en tierra de Toledo, donde murió envenenado, segun se cuenta, por uno de

(1) Hé aqui las palabras con que el arzobispo don Rodrigo cuenta estos sucesos en el cap. xxxv de su *historia Arabum*: «Zuleman cedens hostibus fugit ad Azrafram in qua fuerat aliquandiu demoratus: Cordubenses autem Azrafram communititer incaserunt et eos qui fuerant peremerunt et cetera rapuerunt.» Es de notar que aquel historiador designa con el nombre de Azafra á Medina Azzahrá, pues sabida es la facilidad con que en aquellos siglos se permutaba la letra H en F ó viceversa, sobre todo en ciertas palabras tomadas del árabe, como en *Athomra*, que se corrompió en *atombra*, etc. Merece asimismo advertirse el error en que han incurrido algunos historiadores que al hallar en el arzobispo y en Mariana este nombre de Azafra, creyeron que hablaban de la villa de Zafra en Extremadura; aunque la mucha distancia de aquel pueblo ofrece prueba suficiente contra tal opinion.

(2) Secretario.

sus antiguos familiares. Con este suceso y las guerras y estragos de tiempos tan revueltos, la ciudad de las flores vino á quedar enteramente asolada y desierta.

Así se cumplieron los inmutables decretos de Allah. Los vientos del otoño arrebataron las últimas hojas de aquel nido de cisnes, risueñamente recostado sobre la frondosa ladera del monte. La encantadora sultana de los alcázares, bella aun después de su muerte, quedó ostentando tempranas ruinas coronadas con algunas flores solitarias, últimos restos de sus asolados verjeles.

Los poetas árabes de Andalucía, y aun los príncipes y reyes, que también eran poetas en aquella nación, acudieron á buscar inspiraciones en aquellas pintorescas ruinas, llenas de deliciosos recuerdos de amor y gloria, y elocuentes testigos de la vanidad de las cosas mundanas. Entre los ilustres viajeros que visitaron aquellas ruinas, se contaron la noble poetisa Wallada y su amante Ebn Zeidun. Wallada era hija del mencionado califa Mohammed Almotacfi, y puesto que con la desgracia y muerte de su padre viniese á decaer de su estado y grandeza, todavía alcanzó mucha estimación entre los cordobeses por su extremada hermosura y su gran ingenio para la poesía. Habitó en el alcázar de Medina Azzahrá después de su restauración por el emir su padre, y encantada de la hermosura de aquellos lugares poéticos, aun después de su ruina, acudió á frecuentarlos y á evocar las dulces memorias de lo pasado, celebrándolas en sus inspirados versos. Allí acudió también, atraído por su amor y por el hechizo de aquellas solitarias ruinas, el famoso Abulwalid Ahmed Ebn Abdallah Ebn Zeidun. Había nacido en Córdoba en el año 394-1004, alcanzando gran renombre en la poesía y en la oratoria; pero habiendo incurrido en el desagrado del príncipe Abulwalid Ebn Chehwar, que en los últimos tiempos de los Beni-Umeyas gobernó casi como soberano en Córdoba, se vió precisado á huir, pasando algún tiempo en Medina Azzahrá. Entonces fué acaso cuando hallando en medio de aquellas poéticas ruinas á la bella é ingeniosa Wallada, concibió por ella la ardiente pasión que alimentó hasta su muerte. Cuenta un historiador que Ebn Zeidun, en el tiempo de su ostracismo, llegó una mañana á visitar á Medina Azzahrá. Allí después de recordar los tiempos venturosos en que el placer y las fiestas reinaban en aquellos lugares habitados por las hermosas huries y los gallardos mancebos, compuso una poesía que empezaba así:

«Amigos míos: ni el tiempo de la *alfitra* (1) me alegra, ni el día sereno y apacible; porque no hay solaz ni reposo para el que ve llegar la mañana y llegar la tarde con el corazón turbado por el amor.»

No traduciremos íntegra esta poesía, por interés de la brevedad; pero si diremos que Ebn Zeidun, después de manifestar la pasión que le abrasaba, pasa á elogiar aquellos parajes de delicias, comparándolos al paraíso. Celebra sus tersos y brillantes mármoles, que reflejaban vistosamente las rojas luces del sol poniente, y las palomas azules que acudían en bandadas á poblar las sombras de sus frondosas arboledas.

Aquella pasión no hizo dichoso á Ebn Zeidun. Wallada que le amó en su juventud, le desdendió después, como lo manifiesta Ebn Zeidun en muy sentidos versos (2). Ebn Zeidun, herido por los engaños y por buscar su fortuna, pasó á Sevilla, donde se granjeó el afecto de su rey Abbad Almotadhid que le nombró su primer wacir ó ministro, encargándole todos los negocios del gobierno, y después de su muerte, mereció las mismas consideraciones á Almotamid, hijo y sucesor de Abbad, hasta que murió en Sevilla el año 463-1071, á los sesenta y dos de su edad. Compuso un *Dicvan* ó colección de poesías, y un epistolario muy apreciado; y por la claridad y belleza de sus conceptos y estilo, fué llamado el *Bohtori* de Occidente (3). En cuanto á Wallada,

después de desdénar á Ebn Zeidun, se enamoró del wacir Ebn Abdus, y con varia fortuna; pero siempre con la gloria debida á su ingenio; permaneció en Córdoba hasta su muerte, acaecida en esta ciudad año 484-1091 (4).

Otro peregrino ilustre que visitó las ruinas de Medina Azzahrá, fué el alfaquí Abulhusein Ebn Sirag, wacir ó ministro del rey de Sevilla, Almotamid Ebn Abbad, que por este tiempo dilató sus señoríos hasta Córdoba. Cuenta el mismo Abulhusein, citado por el historiador Ebn Jacan (2), que él vino cierto día con otros wacires y alcabices á Medina Azzahrá, donde se detuvieron recorriendo, de uno en otro, los desiertos, alcázares y moradas de recreo. Allí, apurando las copas del generoso vino por los oteros y cenadores, brindaron á las risueñas memorias de aquellos lugares deliciosos. Al fin se detuvieron á meditar, dice el autor árabe, en ciertos *randhas* ó sitios frondosos y amenos, y reposaron sobre las verdes alfombras que tiende la primavera, esmaltadas con flores, y bordadas con las imágenes de las fuentes y arroyuelos, y del frondoso follaje de las arboledas, cuyas ramas se doblaban bajo la mano de los vientos. Las luces de la historia alumbraban ante sus ojos aquellos lugares, y se renovaban en su imaginación los días en que sus alegres moradores venían á reposar en sus sombras y espesuras, y cultivar sus florestas y jardines. Mas ¡ay! que en vez de los cantos de regocijo y los acentos del amor, ya no se escuchaba otro eco que el graznido de los cuervos ó cornejas posados sobre los ruinosos muros. Ya sus cobbas y pabellones se miraban desolados, y habían envejecido sus mancebos, y de toda aquella grandeza y poderío solo quedaban piedras derruidas y la nada.

Así pasaron la mañana los nobles viajeros entregados á tales pensamientos, hasta que ya entrada la tarde, llegó en busca de ellos un mensajero del rey Almotamid, que les entregó un papel donde se leían estos dos versos:

«El alcázar de los reyes, envidia por causa de vosotros al de Azzahrá; y por mi vida y por la vuestra no sin razón.

«Pues habeis aparecido aquí como soles de la mañana, apareced también entré nosotros como lunas de la tarde.»

Recibida tan galante invitación, luego Abulhusein y los otros wacires abandonaron las ruinas de Medina Azzahrá, para reunirse con su soberano Almotamid en el alcázar llamado del *Bostan* ó el huerto, junto á la puerta de Córdoba, nombrada *Bab Alatharin*, ó sea puerta de los perfumistas. En aquel palacio que era en extremo delicioso, pasaron el resto del día en alegre festín, apurando las copas de generosos vinos y renovando allí, como dice el autor árabe, los placeres de los famosos palacios el *Jawarnac* y el *Sedir* (3).

Entre los poetas árabes que visitaron á Medina Azzahrá, no debemos pasar en silencio á Abu Ishac Ebn Jafacha, que como dice el mismo Almotamid (4), era escritor en extremo feliz para la descripción de los objetos de la naturaleza, como los arroyos, las flores, los lagos y los verjeles. Este árabe, recorriendo la Andalucía, se detuvo algún tiempo en Córdoba, en donde admirando sus bellezas y particularmente las de Medina Azzahrá,

Walid, llamado el *Bohtori*, es uno de los príncipes de la poesía árabe y de los mayores ingenios que ha producido el Oriente. Fué contemporáneo y del mismo linaje que el famoso poeta Abu Temam, autor del *Hamasa*, que murió en 231-845.

(1) Acerca de Wallada, véase á M. Dozy en su mencionada obra, página 244 y siguientes; y á Casiri, *Bibl. Hisp. Arab. Escur.* I, 106 y II, 140.

(2) En su biografía del mismo rey Ebn Abbad, citada por Almotamid, I, 411.

(3) Nombre de dos alcázares ó palacios situados antiguamente cerca de Hira, ciudad del Irac ó Caldea, y muy celebrados en las historias orientales como maravillas del arte y moradas del placer. Noman, primero de este nombre, emir árabe, que reinó en Hira desde el año 390 al 418 de J. C., los hizo edificar por mano del famoso arquitecto Sennamar, para recibir y hospedar en ellos al príncipe Bahram Gur, hijo del rey de Persia Yazdegerd. *Sedir*, es un nombre árabe compuesto de las palabras persas *Seh* y *Dir*, que significan los tres pabellones. En los poetas árabes se halla frecuentemente mención de estos alcázares, como puede verse en la antología árabe de Juan Humbert, París 1819, en las páginas 98, 99, 26 y 263. Véase también á Causin Perceval: *Essai sur l'histoire des arabes avant l'islamisme*, etc. París, 1817, tom. II, pág. 54 y 55.

(4) Tom. I, pág. 432.

(1) Fiesta de los mohometanos, que viene después del ayuno del mes de Ramadán.

(2) Véanse estos versos en el *Catalogus codicum Orientalum*, Bibl. Acad. Lugduno Batavica, por M. Reinhart Dozy. Leiden, 1851; tom. I, pág. 250.

(3) El historiador Ebn Nobatka, copiado por Dozy. *Ibidem*, pág. 242.

compuso, entre otros, estos versos que respiran el sensualismo tan propio de la poesía árabe.

«¡Oh! andaluces: las perlas que ofreceis á Allah, son aguas y sombras, y arroyos y arboledas (1).»

«El jardín del paraíso no existe sino en vuestras moradas, y no concibo que pueda imaginarse cosa mas bella.»

«No temais pues al fuego del infierno; porque despues de entrar en el paraíso, no es posible condenarse (2).»

Los poetas árabes, en fin, ante el lastimoso espectáculo de aquellas tempranas ruinas, hallaron inspiracion para muchas y sentidas elegías á su catástrofe y desolacion: hé aquí los fragmentos de algunas.

De un poeta anónimo (3):

«Aun conservan su esplendor y hermosura aquellos aposentos, moradas del juego y del placer; mas ya no hay quien los habite, y yacen tristes y solitarios.»

«Las aves vuelan en derredor gimiendo por su infortunio, y ora enmudecen y ora vuelven á repetir sus voces lastimeras.»

«Y pregunté á una de aquellas aves cantoras que en la tristeza de su acento y en su aire de terror indicaba la pena de su corazon.»

«Y la dije: ¿por qué te quejas y suspiras, ó ave?—Y ella me respondió:— «Por el tiempo que pasó, y no ha de volver jamás.»

Si estos versos reboan en melancólica poesia, no se advierte menos dulzura y sentimiento en los siguientes del célebre *Abulcasim Assomaisir* (4).

«Me detuve en Azzahrá para meditar y tomar ejemplos (de la vanidad de las grandezas mundanas); y entregado á tales consideraciones lloré á los que perecieron.

«Y dije; ¡oh, Medina Azzahrá! reanímate y torna á tu vida y esplendor.» Y ella me respondió: ¿Cómo ha de volver el que ya es muerto?

«Y no dejé de llorar y llorar por ella: mas no es razon el proseguir mas tiempo en tan inútil llanto.»

«Porque ya de la pasada hermosura solo restan vanas huellas y lágrimas por los que murieron (5).»

Mas elocuentes todavía, si mas breves, son los siguientes versos con que lloró la ruina de Medina Azzahrá el famoso poeta y wacir *Abulhazm Ebn Chehvar* (6).

«Dije cierto dia á la casa cuya familia desapareció: ¿Dónde están tus moradores que eran ilustres y potentes sobre nosotros?»

Y respondió: «Aquí se detuvieron breve tiempo; pero despues marcharon y no sé á dónde (7).»

Pero donde se ven expresadas y reunidas tales ideas en un cuadro mas completo de sentimiento y aun de filosofia, es en la breve elegía que vamos á traducir, cuyo original se halla en

prosa rimada y que pondrá fin dignamente á nuestras tareas y estudios sobre Medina Azzahrá.

«Tales fueron, dice el escritor Abu Nassr Alfath (1), los lugares habitados por los Beni-Umeyas: en ellos gozaron de poder, de reposo, de prosperidad y de placeres; mas ya los arrebató de allí la mano de la muerte. Hoy solo viven en las historias; y solo su alimento se reduce á los aromas que se queman por los muertos y al polvo de los sepulcros. Los azares y alteraciones de la fortuna han desfigurado su rostro. Ya en sus desiertos alcázares no se escucha otro acento que el graznido de siniestras aves y el lúgubre silbido de los genios, y ya despojados de sus brillantes adornos, solo el buho viene á visitarlos cuando anochece. Allí donde reinaron en otro tiempo la majestad y la fortuna, hoy se miran igualmente confundidos el héroe y el flaco de corazon, el poderoso y el miserable. Tal es el mundo: sus obras de hoy no son mas que ruinas para mañana, y sus esperanzas, en lo fugaces y engañosas, se asemejan al vapor del *sarab* (2). Perecieron las mujeres dotadas de graciosos hoyuelos en sus megillas, y todo pasó para nunca volver.»

Al poner fin á nuestro relato de la fundacion, sucesos y ruina de Medina Azzahrá, creemos del caso advertir que no debe confundirse á esta poblacion y sitio real con otro llamado *Medina Azzahira*, ó la Floreciente, que suena en la historia de Córdoba, durante el reinado de Hixem II (3).

Fundóla el famoso y terrible Almanzor á la parte del oriente de Córdoba, sobre las riberas del Guadalquivir; por los años de 368 de la hegira (979 de J. C.), cuando arrogándose el poder supremo, y habiéndose atraído muchos émulo y enemigos en la corte del califa, temió ser asesinado por ellos al asistir en su alcázar. Almanzor puso la edificación á modo de fortaleza, rodeándose allí de su numerosa guardia y servidumbre, con que pudo conservarse en el poder hasta su muerte, dejándolo como en herencia á sus hijos. Así lo cuenta el célebre historiador Ebn Jaldún, citado por Almacari (4).

Pero de la fundacion, bellezas y recuerdos históricos de *Medina Azzahira*, rival de Medina Azzahrá (5), en el nombre, en la suntuosidad de sus alcázares y en la amenidad de sus verjales, aunque nó la igualó en toda su magnificencia, hablaremos mas á propósito en un ensayo biográfico sobre la vida y hechos del famoso Almanzor, de que acaso nos ocuparemos mas adelante, ajustándonos igualmente al relato y autoridad de los historiadores árabes.

J. JAVIER SIMONET.

FIN.

(1) La poesia árabe, nacida en clima tan seco y ardiente, no concibe imágenes mas bellas que las de fuentes, praderas, nubes, el rocío de la mañana y todo lo que es sombra y frescura. Arroyos y sombras son los mayores encantos con que Mahoma embellece la mansion dichosa del paraíso. Cuando los árabes en sus conquistas señorearon á España y otros países mas amenos que la cuna de su nacion, realizaron en ellos aquellos sueños de su poesia, fundando á Medina Azzahrá, el Generalife y otras tantas moradas llenas de las delicias de la naturaleza, ricas en aguas y en frondosidad.

(2) Almacari I, 451.

(3) Citado por Almacari I, 344.

(4) *Abulcasim Jalaf Ebn Farag*, llamado *Assomaisir*, floreció en el último tercio del siglo v de la hegira, xi de nuestra era, y fué uno de los muchos poetas que merecieron los favores del rey de Almería, *Mohammed Ebn Sotomadih*. Almotassim gran protector de las letras, que reinó desde el año 443 hasta el 484 de la hegira, 1051-1091 de J. C. Véase á Dozy, *Recherches sur l'histoire pol. et litter. de l'Espagne pendant le moyen âge*, Tom. I, p. 106 y siguientes.

(5) Almacari I, 346 á 347.

(6) Fué wacir ó ministro de los últimos califas Beni-Umeyas, y á la caída de estos monarcas fué elevado al solio de Córdoba, que ocupó desde el año 421-1030, al 435-1033. Por las grandes prendas que le adornaban, en especial por su prudencia, ingenio y erudicion, es muy celebrado de los historiadores de aquel tiempo.

(7) Almacari I, 345.

(1) Citado por Almacari, vol. I, pág. 415.

(2) El *sarab* es una especie de niebla ó vapor que suele aparecer en los desiertos á la hora del mediodia, semejando á larga distancia un estanque ó arroyo de agua. El caminante sediento, engañado por la apariencia de lo que mas anhela, suele apresurar su marcha hacia aquella parte; pero despues que la fatiga aumenta su ardor y sed, es mas triste el desengaño que sufre al reconocer su error.

(3) Medina Azzahira estuvo situada en la *Azarquia* ó oriente de Córdoba, continuando con el arrabal llamado *Medina Aláfrica*, ó sea la ciudad antigua.

(4) Pág. 380 á 381 del vol. 4.

(5) A propósito de Medina Azzahrá y Medina Azzahira, se lee en la mencionada obra del señor Madrazo, pág. 170, el siguiente hermoso pasaje: «Azzahrá y Azzahira ocupan con la galana y soberbia Córdoba, cúpula del Islam, tierra de sus guerreros, trono de los sultanes, una extension de diez millas de tierra florida en que brotan sin cultivo el azahar y la rosa, y esas diez millas de paraíso terrenal están de noche iluminadas por una sola hilera de faros tan unidos entre si que forman una zona de deslumbradora luz.»

EL ULTIMO BENI-OMEYA.

LEYENDA MORISCA,

POR DON VENTURA GARCIA ESCOBAR.

CAPITULO PRIMERO.

LA VELADA.

En la Medina española,
Ceca de los musulmanes,
Que baña espléndido río
Con perfumados cristales,
Y á lo largo de una vega,
Cual sierpe de luz jigante,
Borda con rápido giro
Los verjeles de su cauce;
En una ciudad que cuenta
Por los siglos sus edades,
Que ayer vivió reina al viva,
Y que hoy viuda y triste yace,
Vive la mora más bella.
De los moriscos linajes,
El ángel de la hermosura,
Si el mundo habitan los ángeles,
Djida, la cándida Djida,
Vaso de rosas fragante,
Flor del rocío esmaltada,
Paloma de albo plumaje,
Fuente de luz y armonía,
Blanca gacela del valle!
Djida, con su faz de cielo,
Sus quince años no cabales,
Su voz de cisne que muere,
Sus ojos de sol que nace,
Su tez de nieve y de fuego,
Su cinta de feble sauce,
Y con su beldad divina,
De la houri de Islam imágen,
Es el pesar de las damas,
El placer de los galanes,
La emperatriz de las fiestas,
La reina de los combates,
El altar de los suspiros,
El númen de los cantares,
Y el sacro ideal, en suma,
Que soñó en su ardor el árabe.

Por los amores de Djida
Loco anda el bueno de Zayde;
Que en una fiesta moruna
Viéndola el mozo una tarde,
Quedó prendado hasta el alma,
Si el alma conserva amante;
Y entonces se hizo señora
De sus pensamientos grandes
La niña, de faz de cielo,
De quince años no cabales.

Al pie de sus celosías
Exhala el triste sus ayes;
Cantigas de amor dolientes
Da con su cítara al aire.
Sus corceles por el día
De Djida atruenan la calle;
Y unas tras otras las noches
Frente á sus rejas amparanle.
Señas, miradas, finezas,
Galas, trofeos, alardes,
Y cuanto de hermoso y noble
Amor inspira en sus artes,

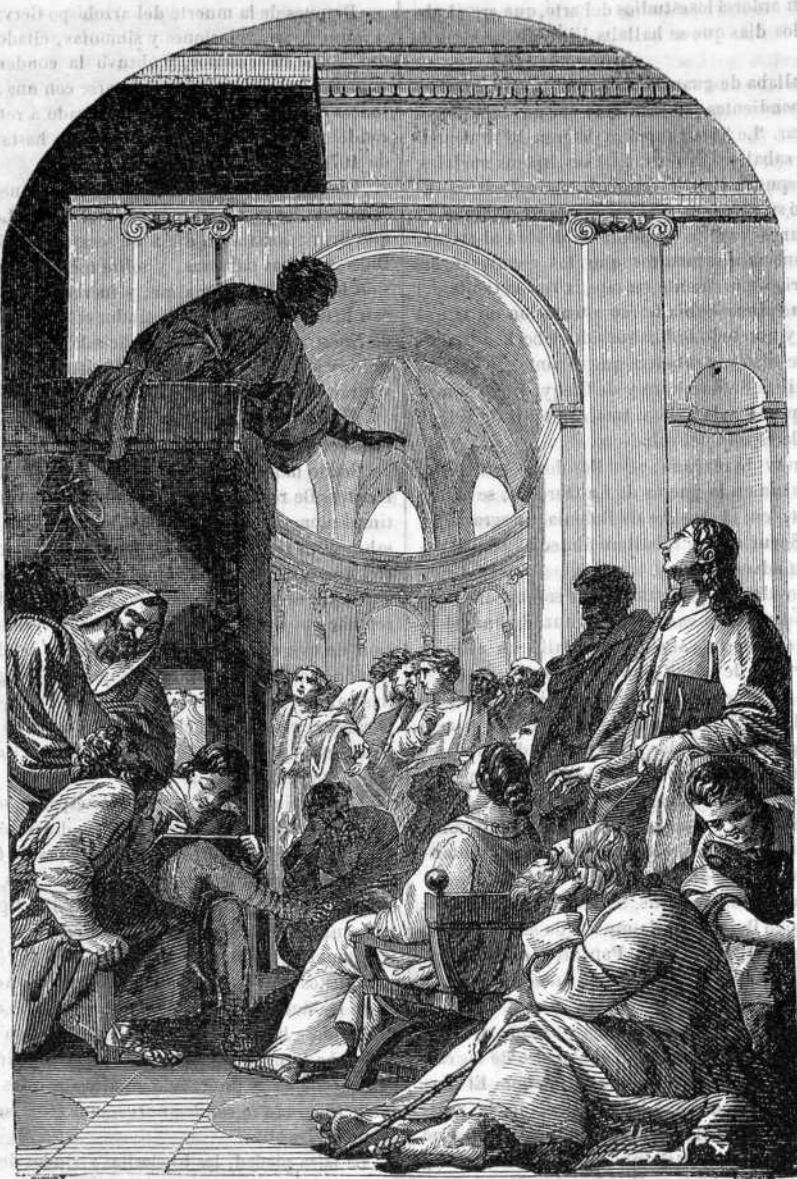
Por los amores de Djida
Agota el bueno de Zayde,
Pero al fin una velada,
Entre otras muchas, bien tarde,
Cuando del doncel cuidando
El eco sentido y suave
Entre un dulcísimo acorde
Perdiase por los aires,
De un mirador trasparente
El cristal pintado ábrese;
Y un listón, que á la azucena
Robó su cándido esmalte,
Y del éter causa celos
Al purísimo celaje,
Descendiendo por los auras,
Sobre él blandamente cie:
Cual se posa en la palmera
Leve y vaporosa el ave,
Plegando las blondas plumas,
De vivísimos cambiantes.
Loco de alegría el mozo
Recibe el feliz mensaje:
Sobre el corazón le estrecha,
Llévale á su labio amante,
Y mirando sus colores
De la luna al rayo frágil,
Con lazadas misteriosas
Le arolla al verde turbante.
Y llegándose á su overo
Que arrendado estaba áun sauce,
Salta en él y destrozando
Los sonoros padernales,
Con los amores de Djida
Loco va el bueno de Zayde.
Pues blanca y azul la banda
De emblemático lenguaje,
Son sus colores de Djida
Los colores virginales.
Y las trovas, las finezas,
Las veladas de la calle,
Y del amador las cuitas
Y de amor las tiernas artes,
Así del doncel moruno
Premiar á la niña place,
Aquella de faz de cielo,
De quince años no cabales.

(Continuará en el núm. inmediato).

SONETO.

En una tarde del abril florido
Vagaba yo por la enramada umbría,
Y oí que un triste ruiseñor gemía,
Como de fiero cazador herido.
Vile girar en rededor del nido,
Mientras su pecho de temor latía,
Exhalando con dulce melodía
El eco de su canto dolorido.
Creí que el desdichado lamentaba
De un pastorcillo la malicia fiera
Por haberle robado sus hijuelos.
Mas ¡ay! el pobre ruiseñor lloraba
Porque infiel le dejó su compañera.....
¿Y quién, no ha de llorar si tiene celos?

J. DE DIOS DE MORA.



La predicación del doctor Raimundo, copia del cuadro de Eustaquio Le Sueur.

EUSTAQUIO LE SUEUR.

Todo el que ha estado en París y ha recorrido los magníficos salones del museo del Louvre, no puede menos de detenerse á contemplar los magníficos cuadros de Eustaquio Le Sueur, una de las célebres glorias del reinado de Luis XIV.

Nació este famoso artista en París el año de 1617. Descediente de una familia que había perdido por las vicisitudes de aquellos tiempos su primitivo esplendor y brillo, se hallaba enlazado con las ilustres casas de Rambure y de Cregy. Eustaquio no fundó ninguna vanidad sobre su nacimiento: sentía en sí mismo bastante fe y bastante fuerza para pedir toda su ilustración á la gloria. Desde muy niño manejó el lápiz y el pincel con tal acierto, que habiendo entrado en el estudio del célebre pintor Vouet, mereció el aprecio de este gran maestro.

Nacido para llegar al mas alto grado en el arte que había abrazado Le Sueur, llevado por el ardiente amor que hace vencer todos los obstáculos, no tardó en hallarse en estado de ayudar á su maestro, y dividir con él los trabajos que iba á

producir. Vouet le había distinguido entre sus discípulos, y le había dado asimismo toda su confianza. Esto le había concitado la envidia de sus compañeros, y particularmente la de su discípulo Carlos Lebrun, cuyos celos y rencores le persiguieron hasta el sepulcro.

Lebrun trató por todos cuantos medios le fué posible de desanimar á Le Sueur, y hacerle abandonar el arte en que la historia le guardaba tan inmortales páginas.

El Poussino vino á París, y vió á Le Sueur: aquel genio reconoció su igual en Le Sueur, y reanimó su espíritu, y le dejó dos maestros infatigables que seguir: el alma y la naturaleza.

Le Sueur, sin protectores, luchando en la oscuridad contra la envidia y la miseria, vivió dibujando imágenes y frontispicios de los libros de oraciones, para uso de los conventos; pero esto no le daba ni aun lo suficiente para vivir, mucho menos para aspirar á la gloria á que su ardiente alma aspiraba. Logró obtener un destino de inspector de contribuciones en las puertas de París. Tranquilo ya con tener el pan cotidiano para llevar á su mujer, con quien se había casado á los veinte y cinco años de

edad, se consagró con ardor á los estudios del arte, que era el objeto de su culto, en los días que se hallaba libre de servicio de su modesto empleo.

Un día que se hallaba de guardia en la puerta de *La Ourcina*, uno de sus dependientes fué insultado por un caballero á quien quería registrar. Le Sueur tomó la defensa de su dependiente; reprendió al caballero la dureza de sus ásperos modales, y acalorándose la disputa, vino á terminar en un desafío. El caballero le preguntó su nombre, y al oír que era Eustaquio Le Sueur, autor de algunos cuadros, redobló su desden al artista, diciéndole que no conocía mas cuadros que los escudos de armas, y que no cruzaría seguramente su espada con la tiente del pintor. Le Sueur, que jamás había hecho ostentación de la nobleza de su familia, y que todo había querido deberlo á la gloria de sus trabajos, le hizo ver entonces que el pintor se hallaba enlazado con las familias de Rambure y de Crey, y que si manejaba la tiente, el pincel y la paleta, también tenía derecho á llevar en su costado la espada del caballero.

Al día siguiente muy de mañana, aquellos dos hombres que el día antes disputaban en la puerta de *La Ourcina*, se batían leal y denodadamente en el bosque de Bolonia. Desgraciadamente Eustaquio Le Sueur no fué caballero á medias: dejó tendido en el campo á su adversario...

Las leyes contra los duelos eran sumamente severas en tiempo de Luis XIV. Le Sueur, para evitar la venganza de una poderosa familia, tuvo que refugiarse al claustro. Halló un asilo en el convento de los cartujos de la calle del Infierno.

Le Sueur, retirado en aquella mansion de cenobitas, recogido en aquel asilo del silencio y de la paz, se hizo admirar por la sencillez de su carácter, por su candor y por una piadosa mansedumbre. Allí encontró abrigo su vida; allí trató de expiar su falta; allí acabó de desarrollar su talento! Pagó á sus huéspedes la generosa hospitalidad y el asilo que le daban, trazando sobre veinte y dos cuadros la prodigiosa vida de San Bruno, pintándola en el claustro mismo donde se hallaba retirado.

De esta colección de obras maestras, se admira sobre todo la predicación del canónigo Raimundo, la muerte de este; el sueño de San Bruno, y la muerte de este Santo Patriarca; cuadro magnífico que termina el último acto del poema que este gran artista ha legado á la posteridad.

Tres años solamente, desde el 1645 hasta el 1648, tardó Le Sueur en pintar sobre veinte y dos tablas en el claustro de los cartujos de París toda la serie de la historia de San Bruno. El pintor siguió en las diversas acciones que ha representado, las antiguas crónicas admitidas tan fácilmente sin ninguna crítica. Fué arrastrado fácilmente, de tal manera, que muchos hechos parecen probados por la ausencia absoluta de toda contradicción.

La vida de San Bruno ha inspirado á dos grandes pintores, italiano el uno, y frances el otro. Ambos con sus obras han adornado dos célebres cartujas. Le Sueur, de quien hablamos, ha cubierto con sus magníficos cuadros la Cartuja de París; el Carducho cubrió con sus inmortales lienzos la cartuja del Paular.

Los cuadros de Le Sueur, demolida en 1776 la cartuja de París, fueron llevados al palacio del rey, y colocados después en 1786 en la gran galería del Louvre, donde hoy se hallan.

Los cuadros del Carducho, vendida la cartuja del Paular en 1837, han sido trasladados al museo provincial de Madrid, en el ministerio de Fomento, donde forman la admiración de los curiosos que van á visitarlos, y entretienen, agradablemente, acortando las horas de los pobres pretendientes que tienen que llegarse á aquellas oficinas.

La vida de San Bruno es religiosamente poética. Bruno nació en Colonia el año de 1033. Nada en sus primeros años tuvo de comun con las debilidades de la infancia. Sus progresos en las letras fueron tan rápidos como en la virtud; y jóven todavía, fué nombrado por San Annon, canónigo de Colonia. Bien pronto fué á Reims, ciudad célebre entonces por la reputación de sus estudios, y en poco tiempo se vió elegido por *scolastre*, es decir, inspector y director de los altos estudios eclesiásticos de la diócesis.

Después de la muerte del arzobispo Gervasio, Manasses I fué, á causa de sus vejaciones y simonías, citado ante un Concilio: Bruno fué su acusador, y obtuvo la condenación del culpable pontífice, que no tardó en vengarse con una atroz calumnia. Entonces el piadoso jóven se vió obligado á retirarse al castillo del conde de Roney, donde permaneció hasta el mes de agosto de 1078.

En el cuadro que presentamos hoy á nuestros lectores, y que es uno de los mas bellos de esta colección, Le Sueur ha supuesto que Bruno asistía un día á un sermón predicado por Raimundo Dioces, cuyas palabras, y sobre todo su muerte, tanta impresión hicieron sobre su alma, y fueron causa de la conversión de San Bruno. Dioces era un orador célebre, canónigo de la iglesia de Nuestra Señora de París, hácia la mitad del siglo XI. Sus virtudes y su talento le habían adquirido una altísima reputación, y atraían un numeroso concurso á sus sermones.

Aquí se halla representado San Bruno de pié enfrente del púlpito, teniendo un libro debajo del brazo.

Bruno había asistido á la última enfermedad del canónigo Dioces. De rodillas, á la cabecera de la cama, presencié los últimos momentos de aquel hombre á quien había reputado un sabio y un santo. Asistió después Bruno á los funerales de Dioces que tuvieron por testigos una inmensa concurrencia, atraídos por la dignidad del personaje, y por el brillo de sus virtudes y reputación. De este entierro se ha conservado la terrible tradición de que en el momento en que el celebrante, recitando la lección sacada del libro de Job, parecía dirigir al difunto aquellas palabras, *responde mihi* (respóndeme), Raimundo levantó la cabeza, y se oyeron clara y distintamente por toda la concurrencia estas palabras: *justo Dei judicio accusatus sum* (soy acusado ante el tribunal de Dios).

Un movimiento de terror y de espanto se apoderó del pueblo. Suspendióse la ceremonia; se depositó el cuerpo en una capilla llamada después la capilla Negra, ó Capilla del condenado, y viendo que el cadáver no daba mas señales de vida, se suspendió el oficio divino hasta el día siguiente; pero en el momento en que entonces volvió á repetirse la pregunta, se oyó claramente esta respuesta: *justo Dei judicio judicatus sum* (por justos juicios de Dios soy juzgado). Acrecentóse el terror entre los fieles, y volvió á interrumpirse la ceremonia fúnebre, dilatándose hasta el tercer día. Entonces, en el punto en que se renovaba la misma pregunta, volvió á animarse todavía otra vez el cadáver, y pronunció en alto voz estas terribles palabras: *justo Dei judicio condemnatus sum* (soy condenado por justo juicio de Dios).

La falsa piedad, las hipócritas virtudes de Raimundo de Dioces manifestáronse así á la luz del mundo; y entonces no se creyó que debía depositarse su cuerpo en la tierra de los santos, y fué arrojado á un muladar.

Bruno entonces, testigo de tan extraño suceso, Bruno que había rendido constantemente culto á la virtud, quiso llegar á la perfección; renunció al mundo, y fundó la austera y penitente orden de los cartujos.

Tal es el admirable poema que en veinte y dos inmortales páginas escribió el pintor poeta Le Sueur, y que inspiró el asombro y la admiración de cuantos le vieron, y la envidia de sus rivales.

Una mano temeraria, conducida por los celos de un discípulo, su superior en dignidad, armado de un cuchillo, osó herir estas obras, con la intención de hacer desaparecer los mas bellos rostros de ellas. Este crimen de lesas-arte, esta inexplicable barbarie se cometió en el claustro mismo del convento. Los religiosos alarmados, para salvar los cuadros que permanecían intactos, los encerraron bajo llave, poniéndoles una rejilla de alambre.

Aun permanecen las huellas de esta acción infame sobre algunos de los cuadros que se admiran en el museo de París.

Durante los tres años que permaneció en la Cartuja, había perdido Le Sueur á su mujer. Después de haber terminado su trabajo, volvió á entrar en el mundo, dejando en el asilo soli-

tario que abandonaba, sus inmóviles obras y el recuerdo de su virtud.

Le Sueur, con sus pinceles y su lápiz, poseía el arte de conmover el alma. Las lágrimas corren sin esfuerzo, y se identifica uno fácilmente con el sentimiento del pintor. Aunque perseguido siempre por la envidia y por la cábala de hombres que valían mucho menos que él, á cuya cabeza se hallaba su rival Lebrun, hizo diversos cuadros, entre los que se cuentan como mas principales, la *Condenacion de San Gervasio y San Protasio, mártires*, que hizo para la iglesia parroquial de este nombre.

Peró donde el talento de Le Sueur es mas admirable todavía, es en el cuadro de *San Pablo predicando y convirtiendo en Efeso á los gentiles, á quienes excita á quemar sus libros*: cuadro que hizo para la iglesia de Nuestra Señora, con motivo del voto de los plateros, que se exponía el 1.º de mayo.

Al ver este cuadro, que se compara con las producciones de Rafael, se pregunta uno: ¿cómo Le Sueur, sin haber estado jamás en Roma, pudo en su manera de pintar parecerse tanto al célebre pintor del Vaticano? Y esto á punto de suponer, al ver su cuadro, que haya sido su discípulo. Así es que en Francia unánimemente le dieron el título de *Rafael Francés*.

Hay además una grande analogía entre estos dos grandes artistas: analogía en la corta duración de su vida; porque estos dos pintores murieron á la misma edad, y tambien en el parecido igual, en la pureza de los rasgos de sus facciones, sobre las que se hallaba impresa la dulzura de estas dos almas.

Largo sería referir aquí todos los trabajos á que se dedicó el genio inmortal de Eustaquio Le Sueur, y que se encuentran en el Museo real de París. Decoró tres salas del palacio Lambert, notables por la poesía y por la sutileza de los pensamientos. Esta bella coleccion, compuesta de diez y nueve piezas, es conocida bajo el nombre de *Gabinete de las Musas*. Allí se veían las nueve musas pintadas sobre tablas, que se sacaron de este palacio por orden del rey, algunos años antes de la revolucion de 1779. Despues, el *Salon del Amor* ó el *Aposento de los Baños* fué su última obra. Murió á la edad de 38 años, en 1655.

El alma de Le Sueur era pura como la de los santos que pintaba. Bendecia siempre al Poussino, que habia sido el que le habia animado en la carrera de las artes. Glorificaba á sus rivales, cuando estos le desacreditaban, porque no podían igualarle. La envidia, con la que le habia perseguido su condiscípulo Lebrun, vino á terminarse con su muerte. Lebrun era el pintor primero de Luis XIV; Le Sueur era el pintor de la humanidad.

Cuando se hallaba en su lecho de muerte, Lebrun vino á visitar á su rival, tal vez á gozar en su agonía; porque al retirarse le oyeron decir estas palabras, que pintan gráficamente su alma: «La muerte va á quitarme esta espina, que tenia hace muchos años.»

El cuerpo del artista fué trasportado y enterrado en la iglesia de *San Estéban del Monte*; pero este hombre tan bueno, que tantas virtudes habia ostentado en la vida, que con tanta resignacion habia sufrido la injusticia de la persecucion, tuvo aun que sufrir en la muerte; porque su sepulcro fué violado en un día de delirio, por los hombres de la revolucion en 1793, y arrojadas al viento sus cenizas, con las de Descartes, Pascal y Racine. ¡Triste destino del mérito: ser en vida el blanco de mezquinas intrigas y rivalidades, y carecer en la muerte hasta del respeto y de las consideraciones que tantas veces usurpan las medianías y nulidades!

EL CONDE DE FABRAQUER.

LAS UÑAS Y LOS GUANTES.

Me lanzo á la palestra buscando ideas que me hagan conocer lo que en este siglo ilustrado se pierde en guantes y en cuidar las uñas.

Las uñas son el adorno mas bello de la mano; así empieza Mr. Guerlain el prospecto en que anuncia sus polvos para dar-

las brillo sonrosado; y así las consideran toda la gente que es ó presume de elegante.

¿No veis aquel que de tal se cree, mirando cuidadosamente su mano, y armado de una lima frotar las suyas? ¿Quién habia de decir á nuestros abuelos que tres fecundidades perfumistas, Piver, Guerlain y Brimaud, se habian de disputar la primacia en cosméticos para charolar las mismas? Quién no se rie hoy de oír que han existido domines que con palmeta en mano sacudían sendeds lapos los sábados, día *in illo tempore* dedicado á la limpieza, á los niños que no llevaban las suyas bien cortadas? Tantas son las exigencias de este siglo, que he decidido ausentarme de él, para no satisfacerlas.

Cuidar las uñas, cuidar las uñas como si fueran canarios. Si señor; las uñas se cultivan y se dejan crecer, y se redondean y se descalzan, y se multiplican en ellas las operaciones diariamente. Y si no, de vosotras, lectoras, ¿quién se presentará con las uñas sucias? Si en visita os quitais un guante y veis las vuestras de luto, como se dice vulgarmente, ¿qué haceis? Esconderla, ocultarla, para que nadie os las distinga.

Comprendo bien, porque comprendo bien todo en las mujeres, que una de ellas pierda una ó dos horas en cuidar las uñas, porque las labores de su sexo, su manía filarmónica hace lueir estas extremidades, y en honor de la verdad, porque una mano bella seduce, balaga. Bien lo conoceis, lectoras, bien sabeis que los hombres somos caprichosos, y que hace mucho en la balanza del amor tener una buena mano; tanto quizás como tener un buen pié.

Bien es cierto que ¿cuál sería el efecto si al dar un beso furtivo en la mano de una mujer, te encontraras con un cutis áspero y vieras unas uñas con ribetes? Horripilaria: sería un momento cruel; todas tus ilusiones serian perdidas, y para tí ya en ella todo sería feo, horrible, detestable.

Mas un hombre cuidando sus uñas es una cosa insufrible: Tenerlas de luto es feo, y si se tienen cortadas y á la antigua usanza no es de moda. Estoy viendo que lo mejor sería no tenerlas, *malgré* todos los nudos del universo.

Siento una risa burlona que me quiere decir ¿no existen guantes? ¡Guantes! ¡Sí! forros para las manos como para un gaban. Bonita salida es salir de Seila para caer en Caribdis. Y es en verdad un artículo indispensable para presentarse en sociedad. ¿Quién no pone en su presupuesto capitulo de guantes? Nadie. Quién se atreve á hacer el amor sin ellos? Quién á dar la mano á su bella adorada, si no las lleva entre piel?

Y el guante no ha de ser como quiera; porque desdichado si te presentan en una sociedad y tu guante es barato. ¿No ves que tu pareja te observa? No ves que sonrie al contemplar las largas puntadas que tiene? Lo mismo observan los demás. Ella rie, todos rien, tú te desesperas. Decididamente has perdido una conquista por no haber ido á visitar á Clementé, ó á Dubost ó á Jourdan. Eso es lo que tiene el no saber gastar doce reales.

El guante es tambien otro peso en la balanza de Cupido.

Llega el refresco; te quitas el guante; ¡oh, ser prosaico y económico! ¿No notas esas miradas burlonas? No ves aquella señorita que se sonrie. De fijo todos se admiran de tu economía, y calculan lo bajo que está en tu presupuesto el capitulo mencionado. Hoy es una torpeza no gastar un par de guantes en una noche. Enhorabuena que los pongas al entrar en una casa: aplaudo que te los quites rápidamente al salir para que la capa no los ajé, y los envuelvas en un papel para que el roce del bolsillo no los manche; pero quitárselos para tomar un dulce ó un refresco, ó un poco de fiambres... ¡oh, ignorante! Lo has echado á perder.

Quitais el guante, y tu mano aparece nervuda y ancha, y con las uñas cortadas y una verruga... ¡Huy!... ¡huy!... la sociedad te repele; ¿no ves que tienes una mano fea? Por el contrario; tu mano aparece blanca y tersa; las uñas están brillantes y con todas las exigencias de la moda... Todas, todas desean que las ofrezcas un dulce, que les des la mano al despedirte. Una persona que tiene buena mano y buen guante, tiene buen corazon: sabe amar y querer; tiene sensibilidad y elegancia; en una palabra, es un ser *comme il faut*.

Todo lo cubre un guante, dirán algunos; mas la idea del guante es horrible. Llegas al teatro Real una noche de gran concurrencia, va uno á darse lustre, porque ha tomado á un reventador una butaca por la mitad de su precio; mete las manos en el bolsillo, se encuentra sin guantes. ¡Adios, ilusiones! perdidas son; ¡ya no puedo entrar!... ¿Qué dirían de mí? ¡Oh! ¡Qué vergüenza!

Una noche un amigo mio tenía una cita en el teatro Real; iba en esta entrevista el resultado de un mes de telégrafos y suspiros; iba á recibir un sí que le diera la vida; pero al entrar, el desgraciado se encontró sin guantes, y en la precipitación para acudir, no arregló sus manos; se asusta, se admira y corre á casa de su guantero; toma un par y echa á correr: ¡desventurado! al entrar los hizo pedazos. Como presentarse no se atreve, no entra en él la idea socorrida de que es muy elegante presentarse con un guante roto; vuelve por otro par, y con el flamante entra en el teatro; mas son las nueve y media; la niña se ha cansado de esperar; entra y ni le saluda; va á disculparse, y le pregunta qué se le ofrece. Un trueno completo: se desespera; vuelve á su casa... á la mañana siguiente, en su cuarto había un cadáver. El infeliz se había suicidado. Anudó los guantes, y se ahorcó.

He aquí á lo que conducen las uñas y los guantes.

RAMON DE ESPINOLA.

ESTUDIOS DE ANTIGUEDADES.

ARMAS DEFENSIVAS.

Hemos hablado en el núm. 28 de nuestro SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL de las armas ofensivas, y hoy vamos á considerar las armas defensivas, inventadas inmediatamente después de aquellas.

Todas las naciones del mundo, ora bárbaras, ora civilizadas, han hecho uso de las armas defensivas, hasta el momento en que la invención de la pólvora hizo una gran revolución en el arte de la guerra. Desde entonces las armas defensivas han ido abandonándose poco á poco, y únicamente se han conservado algunas de las que por tanto tiempo usaron los antiguos como un adorno, por su elegancia mas bien que por la conveniencia y el servicio que prestan. Así, por ejemplo, vemos que algunos cuerpos de caballería han conservado la coraza y el casco.

Las armas defensivas, como su mismo nombre lo denota, eran aquellas que ponían á cubierto al guerrero de los golpes y de los ataques del enemigo. Hoy nada puede ponerle á cubierto del certero golpe de una bala, del destrozo de la metralla, ni del ímpetu y explosión de una bomba.

Las armas defensivas eran el casco, la coraza, la martingala ó armadura de los muslos, los brazaletes, los guanteletes y el escudo.

La única arma defensiva móvil, el casco, en griego *kime*, en latin *cassis* ó *galea*, fué en un principio un simple gorro de piel, de cuero, y mas tarde de cobre ó de hierro. El casco que usaron los griegos y los romanos, cuando llegaron á la perfección de las artes, es lo mas magnífico, lo mas pintoresco, que puede ponerse en la cabeza, ya por su forma, ya por su elegancia, ya por la riqueza de los adornos. La forma de este casco puede verse aun en nuestro mismo país, en los cascos de los dragones y de los ingenieros, que son una exacta imitación del casco romano y griego.

En general los cascos eran coronados de un adorno que llamamos penacho, cimera, *lothos* en griego, y *juba* ó *christa* en latin. En todos los hajos relieves que han quedado del tiempo de los romanos, pero muy especialmente en la columna Antonina y Trajana, que se conservan casi intactas en Roma, se ve que todos los cascos de los oficiales tenían únicamente adornos. Los cascos de los que llevaban las águilas romanas estaban cubiertos con piel de oso, para asustar al enemigo: *Omnēs autem signiferi... accipiebant galeas, ad terrorem hostium, ursinis pellibus tectas.*

Los cascos de los gladiadores llevaban alas y aun cuernos.

En la edad media, las armas defensivas estuvieron en gran uso, aun algun tiempo después de la invención de la pólvora. Los cascos eran fabricados con el mayor esmero y con una solidez extraordinaria. Su forma no era hermosa; no parecían á los de los guerreros romanos, sino mas bien á los de los gladiadores. Cubrían no solo la cabeza sino tambien la cara. Hacia los oídos tenían unos agujeritos, para que el soldado percibiese el sonido y las voces de mando; veía y respiraba por otras aberturas hechas en frente de la boca y de los ojos.

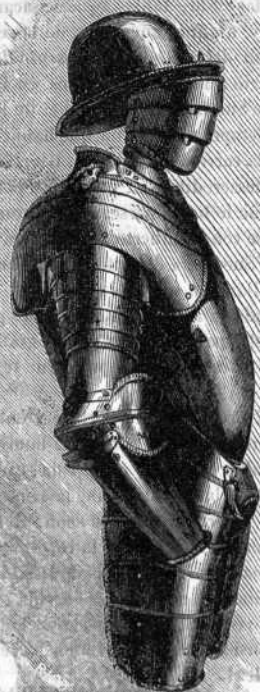
Pretenden algunos autores que la *galea* de los romanos era un casco de cuero, á la manera de la que vemos todos los días en Madrid llevar al brillante cuerpo de los ingenieros, y que el casco de metal era el que se llamaba *cassis*; pero no hay mas que detenerse en ciertos pasajes de los autores antiguos, para ver que *galea* designaba indistintamente el casco, ya de cuero, ya de metal. Así Virgilio, al decir que un día el labrador macedonio encontrara en el campo de batalla de Filipo, dardos gastados por el orin, y que su arado tropezara en cascos vacíos, los llama *galeas*.

Aut gravibus rastris galeas pulsavit inanēs.

habla de cascos metálicos.

Entre los antiguos, los cascos de los bárbaros, y sabido es que por tales tenían á los que no eran ó griegos ó romanos, eran por lo general mas sencillos y menos adornados y hermosos que estos.

Los cascos han tomado en los diversos siglos y en los diferentes pueblos toda clase de formas. Se ha llevado bajo el casco un gorro de lana, de fieltro, ó bien acolchado en su interior con esponjas y otras materias blandas ó elásticas.



ARMADURA DE DON DIEGO GARCÍA DE PAREDES.

La coraza, esta arma defensiva del cuerpo, ha sido de cuero

en un principio, y tal vez de cobre; los griegos la llamaban *thorax*, y los latinos *lorica*, loriga, de *lorum* (correa). Toda

REVISTA DEL MES DE JULIO

DEL

SEMANARIO PINTORESCO

ESPAÑOL.

EL CALOR. — LOS PASEOS. — VACACIONES. — TEATRO DE VERANO. — REBELION VENCIDA EN MADRID. — ESCENAS DE LA INUNDACION EN FRANCIA. — BAUTISMO DEL PRÍNCIPE IMPERIAL FRANCÉS. — MODAS. — EL MIRINAJUE.

Hay un refran español que dice, que «en Madrid hay nueve meses de invierno y tres de infierno.» Vive Dios, que apenas ha llegado el mes de julio, ha quedado completamente justificado el adagio en su segunda parte!

El sol despidе sus vibrantes rayos sobre los habitantes de la M. H. y coronada villa, caldea sus calles, y el hálito abrasador que por ellas circula, las convierte en un verdadero horno. Como la policía urbana no ha sido en lo que mas se han distinguido las administraciones populares, cualquiera que haya sido el color político á que hayan pertenecido, el polvo y los pestilentes miasmas que se levantan en las últimas horas de la tarde, envuelven la coronada frente de la antigua metrópoli de dos mundos.

Madrid no recibe, cual otras capitales, la fresca brisa de algun caudaloso rio; el pobre Manzanares, avergonzado del exiguo caudal de sus aguas, se sumerge entre la arena, y al pasar por delante del alcázar de los reyes de Castilla, parece, mas que rio ó arroyo, un sucio albañal: achaque antiguo, porque ya en su tiempo Tirso de Molina, al hablar del Manzanares y del famoso puente de Segovia, habia dicho:

«Ya que á vista de Madrid
Y en su puente segoviana
Olvidamos, Doña Juana,
Huertas de Valladolid....
Ya que nos traen tus pesares
A que de este insigne puente
Veas la humilde corriente
Del enano Manzanares,
Que por arenales rojos
Corre, y se debe correr
Que en tal puente venga á ser
Lágrima de tantos ojos !....»

Solo se ve el agua del Manzanares, cuando ahondando en la arena con el azadon el bañista, forma una zanja, que decora con el pomposo título de *baño*, y cuyas paredes, formadas de sucias y viejas esteras, corresponden dignamente con su interior.

Los baños son, pues, un objeto de lujo en Madrid. Hay que irlos á buscar á las casas destinadas para estos, y como estas no se hallan en correspondencia con la poblacion, hay que aguardar mucho tiempo antes de que le toque á uno el turno y la bienaventurada hora en que pueda refrescarse. Sin embargo, cuenta Madrid cerca de cincuenta establecimientos de esta clase, á cuya cabeza se hallan los de la casa de Cordero, que se

distinguen por su limpieza y elegancia; por sus grandes pilas los de Berete, y por sus aguas los de Santa Bárbara, Guardias de Corps, y Delicias.

Madrid tiene la ventaja de tener dentro de puertas hermosos paseos, donde á la caída de la tarde puede respirarse algo. El Retiro, para los que desean respirar el aire de las alturas y dominar un vasto horizonte, es bastante buen paseo, pero demasiado solo por la noche; así es que á esta hora toda la gente se concentra en el Prado.

El Retiro es el paseo de las gentes que madrugan, y que van por la mañana á disfrutar la fresca brisa y el aroma de aquellos jardines; pero es poco concurrido, y solo se ven en él algunos hombres estudiosos, que van leyendo con sus libros en la mano, ó algunas enamoradas parejas, que puestas de acuerdo anteriormente, se hacen encontradizas en aquellas inmensas alamedas.

El Prado es el paseo favorito de Madrid; pero por una aberracion que no comprendemos, lejos de buscar la calle de enmedio, la mas ancha y desahogada, las gentes se concentran en la mas estrecha, á la que se le ha dado por su elegancia el nombre de *Paris*. Allí es en algunas tardes tanta la confusion, que lejos de tomarse el fresco, se recibe un calor sofocante, y que casi puede producir una verdadera asfixia.

Sin embargo, en este mes se ve un poco menos concurrido, en razon á que hace unos cuantos años ha introducido la moda la costumbre de salir á veranear.

Unos marchan á Francia, otros á Inglaterra, otros á recorrer las orillas del Rhin; mas esta clase de viajes es solo para los *felices de la tierra*, esto es, para las gentes que tienen bastante fortuna, porque los demás se contentan con extender sus viajes modestamente á la Granja, al Escorial, no pasando algunos de Pozuelo de Aravaca, de los Caravanchales y Villaviciosa.

Otros, que quieren pasar por personas elegantes, y como uno de los puntos principales de la elegancia, es salir fuera de Madrid, no teniendo medios que les permitan pasar los Pirineos, ni aun salir á las inmediaciones, se encierran herméticamente en sus casas, y parodiando las costumbres de los lores pobres de Inglaterra, dan orden á sus criados de que manifiesten se hallan fuera, cuando vengán á preguntar por ellos, y únicamente salen de tapadillo por las noches y por las mañanas.

Estos se exponen al terrible percance de que alguno de sus amigos madrugadores pueda encontrarlos y revelar su fatal secreto, destruyendo la fama y celebridad de su elegancia.

Julio es un mes consagrado al descanso. Los tribunales se hallan de vacaciones, la universidad ha cerrado sus aulas, y los jóvenes, despues de haber trabajado, ó no trabajado, durante

el curso, marchan á sus casas á disfrutar el descanso, hasta el próximo mes de octubre, en que vuelven á comenzar las tareas universitarias. Uno de los espectáculos que se ha presentado en este mes, ha sido la recepcion de los grados de licenciado y de doctor en la universidad de Madrid. Jamás asistimos nosotros á estas pompas universitarias, en que se despliega toda la gala de las ciencias, en que concurren todos los hombres mas eminentes, y á que asisten llenas de emocion las familias de los jóvenes que han concluido su carrera literaria, y van á recibir el laurel de las ciencias, sin sentir la misma emocion, el mismo sentimiento de respeto que sentíamos en los primeros años de nuestra juventud.

Estas fiestas universitarias son verdaderamente una fiesta de familia. En ellas se presentan una multitud de jóvenes, que habiendo terminado su carrera literaria, cambian, digámoslo así, la toga de la juventud por la toga viril, para dejar de ser jóvenes y entrar en la carrera del mundo, lanzándose á la gestion de los negocios públicos.

No solamente están de vacaciones los tribunales y la universidad, sino tambien los teatros, con gran disgusto de los aficionados al arte escénico. Todas las compañías se han disuelto, y sus actores, huyendo tambien del calor, han marchado á las provincias, donde al par que toman el fresco de los baños, hacen una buena especulacion, dando representaciones, cuyas entradas son seguras, porque en provincias solo en verano se goza la fortuna de admirar y ver á los actores de la corte.

Madrid solo tiene abierto un teatro, si tal nombre merece el salon del Circo de Paul, en la calle del Barquillo, al que se le ha bautizado con el pomposo nombre de *Teatro de verano*. Allí Dardalla, con su inseparable compañía del género andaluz, da todos los dias dramas y piezas que seguramente no darán al extranjero que visite en el verano la corte y asista al teatro, una idea muy alta de nuestra literatura. Este teatro está especialmente consagrado á celebrar las proezas de los contrabandistas, de los bandidos y de la gente del bronce de Andalucía, cuyas historias antes solo podia hallar el pueblo en los romances de los ciegos, y que hace algunos años se ha tenido el mal gusto de darlas vida y movimiento, sacándolas á la escena. En cuanto á teatros, Madrid podria envidiar en el verano seguramente á cualquiera capital de segundo orden!!!

El mes de julio ha presentado un suceso muy marcado. El acontecimiento político de un cambio de ministerio ha hecho que estallase en Madrid un movimiento, en que luchando en las calles los adversarios del gobierno con las tropas de este, ha corrido abundantemente la sangre, y durante tres dias han estado encerrados los habitantes en sus casas, por el horrible fuego de fusilería y artillería que resonaba en todas sus calles.

Cuenta la fábula que en tiempo del rey Minos, los habitantes de la isla de Creta se veían obligados á entregar todos los años siete jóvenes y otras tantas doncellas, para satisfacer el apetito de un monstruo llamado *Minotauro*. Un hombre, un príncipe, un semidios, mató al minotauro.

¿Quién libertará nuestro país de la guerra y de la revolucion?

¿Qué era el Minotauro comparado con esa hidra de mil cabezas que absorbe los hombres, por centenares, por millares, que cambia los campos de trigo en campos de batalla; que hace empapar la tierra en sangre como en agua; que obliga á los pueblos, bajo pena de destruccion completa, á colocar á los hombres en fila, como los árboles de los bosques para ser cortados; que cada año arrebató á la familia, á la agricultura y á la industria una parte de la poblacion; que hace viudas á centenares y huérfanos á miles; que destroza el corazón de las madres y de las esposas, y que hace apartar con terror la vista de la gloria adquirida á tan caro precio?

¿Quién librará al país de tantas revoluciones como vienen agitando hace medio siglo?

Restablecida la calma despues de la batalla, la poblacion entera ha recorrido las calles, como en los dias de mayor festividad, serena y tranquila, para ver en las calles los estragos causados en los edificios públicos, en donde se habia sostenido la lucha:

terribles son siempre, aunque necesarios, estos estragos. ¡Ojalá sean los últimos que presencie la capital de la monarquía!

En Francia, las continuas lluvias del mes de julio han ocasionado considerables crecidas en los rios y producido grandes inundaciones. En uno de nuestros números de *EL SEMANARIO*, al hacer la descripción del Ródano, hemos dado á conocer á nuestros lectores la actividad, el celo, la prontitud con que el emperador Napoleon, cual la providencia de la Francia, ha acudido al sitio de tantos daños.

¡Ay! terribles han sido las consecuencias de las inundaciones del Ródano, del Saona, Loire, del Indre, del Loiret, del Cher, etc., etc., que han presentado episodios que merecen sobrevivir en el recuerdo de los hombres.

El 31 de mayo será una de las fechas fatales para Lion. Cuando el dique de la casa de oro se rompió, el agua invadió los cuarteles bajos de los llanos del Este, con una inaudita rapidez. El toque de alarma sonaba en muchos puntos; los gritos se propagaban á lo lejos; pero el azote corria mas ligero sobre la tierra que el sonido en el aire.

Toda la tarde, toda la noche se ocuparon en salvar á las gentes, y continuó la emigracion. A cada instante, barcas y ómnibus depositaban á los desgraciados en la plaza de Clever, que únicamente habia quedado libre. En los grupos, de un aspecto lastimoso, los gemidos y los sollozos estallaban; las mujeres buscaban á sus maridos y sus hijos; estos llamaban á sus madres. Todo expresaba la mas triste, la mas cruel desolacion.

Una mujer marchaba estrechando contra su seno un niño pequeño: no era suyo! Se lo habian dado á guardar, y buscaba á sus padres que se habian separado de ella. Los ancianos lloraban como niños.

Mr. X..., empleado superior de la administracion, cuya familia habita durante el estío una casa de campo de Gharpenes, habia, durante toda la noche del 31 de mayo, trabajado en la consolidacion del dique, cuando de repente se rompió. Mr. X... se apodera de una barca, y se dirige á su casa, donde encuentra toda su familia. Salva á su madre y sus hijos mas pequeños. Pero mientras los conduce á lugar seguro, la inundacion hace nuevos estragos. Durante dos horas, el desgraciado padre lucha vanamente para alcanzar su casa y salvar aun á su mujer y á su hija. Dificil es expresar su angustia y su desesperacion. Las dos mujeres consiguen subirse á un árbol, y le alargan sus brazos suplicantes; pero cada movimiento impreso á la barca la hace tropezar contra una pared oculta en el agua, y la repele sin cesar.

Mr. X... amarra su embarcacion al tronco de un árbol, se arroja á las olas, y alcanza bien pronto el árbol sobre que están refugiadas las dos mujeres. Entonces pasa una de esas escenas que la pluma no puede describir. Mr. X... no puede salvar mas que á una, y la madre y la hija quieren cada cual ceder su lugar á la otra: los momentos son preciosos; el árbol cruje... algunos minutos mas, y va á hacerse pedazos; durante estos momentos de abnegacion heroica, Mr. X... divisa una barca tripulada por pontoneros, y da desesperados gritos: es oido, y bien pronto aquella madre y aquella hija tan digna la una de la otra, estrechan en sus brazos los parientes que no esperaban ver mas.

Casi al mismo tiempo, una mujer llevando dos niños en los brazos, y otro tercero colgando á las espaldas, baja apresuradamente de su casa para entrar en una barca que aguardaba abajo. En el momento que pone el pié sobre la última escalera, se viene abajo; se la escapa un niño, y cae al agua; quiere contenerle, y en este brusco movimiento, los otros dos se le escurren y ruedan al fétetro comun, y la desgraciada madre ve perecer á su vista á sus tres hijos!

Otra desgraciada madre y su hija de diez y ocho años, se habian refugiado sobre el balcon de su cuarto, para bajar á una barca que se dirige hácia ellos. De pronto la casa se hunde, la madre es precipitada en el agua en donde desaparece. Por un acaso providencial, la joven queda suspendida sobre el abismo, sujeta por las faldas á un poste de la fachada; despues de una

hora, lograron los marineros arrancarla de tan terrible posición.

Un perro ha salvado ocho personas en Charpennes. Cuando se rompió el dique, se envió inmediatamente á la localidad escuadrones de dragones que llamando á las puertas con el pomo de sus sables, advirtieron el peligro. En una casa una familia entera no habia oído la señal; pero el perro vela. Se lanza sobre la cama del amo, y hace trizas con sus dientes las colchas; este se despierta al fin, y reúne su familia: apenas salian del dintel de la casa, cuando se hundieron las paredes.

Las mismas desgracias han sucedido en Orleans, en Tours, y en todo el curso del Loire y del Loiret. Ejemplo: la catástrofe del puente Olivet en Loiret. El puente de Olivet presenta el aspecto del desórden y de la desolación. Apenas se ven sobrenadar sobre el nivel de las aguas, fragmentos arrancados como las ramas de los árboles. No hay orillas. Todas aquellas márgenes floridas de bosques de sauces, y que en esta época ofrecen una vista tan pintoresca, están sumergidas bajo una agua amarillenta y fangosa agitada por las corrientes.

Una barca conducida por uno de los mejores y mas intrépidos barqueros de Olivet, habia recogido cinco personas, dos de ellas eclesiásticos. Los pasajeros no pensaron mas que pasar de largo, y sin conocer el peligro, atravesaron por el puente hablando con sus parientes y sus amigos que se encontraban en el parapeto de él. De pronto la barca es atraída por una corriente; el barquero quiere con su remo retener la embarcación, ¡Vanos esfuerzos! el agua los atrae hácia un remolino formado por el arco del puente que no tiene mas que un pié de altura entre el arco y el agua. La barca zozobra, y las cinco personas fueron precipitadas en el río.

La multitud era numerosa en el puente; un grito de terror y de espanto se escapa de todos los pechos, y pronto se vió al otro lado del puente los cinco naufragos combatiendo con las olas. La corriente que los habia tragado, los arrojó á la superficie: gritan, luchan, y despues de desesperados esfuerzos, sus manos se agarran á las ramas de los sauces, cuyas puntas sobresalian en las aguas. Sobre tan débil punto de apoyo, la situación de aquellos desgraciados era aun muy peligrosa. Se aproximaron por todas partes para salvarlos. Un marinero se precipita en una barca, pero la débil embarcación, falta de remos, es un nuevo peligro. Una nueva barca, mejor tripulada, es dirigida por el comisario de policía de Olivet que hacia tres días se habia encargado de salvar multitud de desgraciados: llega la barca á los que resistían desesperadamente á la violencia de las olas. Los salvaron!...

Empero uno de ellos habia desaparecido: era uno de los dos sacerdotes. Aquel desgraciado habia sido llamado por uno de sus colegas para ayudarle en su ministerio, y habia querido abrazar á su familia, antes de volverse á su parroquia.

En muchas aldeas, los cementerios han sido devastados por el torrente; los cadáveres arrancados, arrastrados en monton y revueltos con las habitaciones de los vivos; de modo que estos tratan en vano de reconocer sus muertos en estos registros de cráneos, de huesos y de miembros dispersos.

Como en la vida humana los sucesos faustos y alegres vienen en pos de los tristes y azarosos, el imperio francés ha distraído en parte su atención de estas desgarradoras escenas, con el bautizo del príncipe imperial.

El 14 de junio se ha celebrado en París el bautismo del príncipe imperial, este príncipe que ha venido á consolidar la dinastía Napoleónica, y que introduce en el trono imperial de Francia la noble sangre española de los Guzmanes. El príncipe imperial, hijo de Napoleon III y de la emperatriz Eugenia, condesa de Teba, ha tenido por padrino en las fuentes bautismales al sumo Pontífice Pio IX. Excusado es hablar á nuestros lectores de la pompa con que se ha verificado esta augusta ceremonia, digna de la majestad del emperador Napoleon y de la capital del mundo civilizado en que ha tenido lugar.

No es esta la primera vez que los soberanos pontífices han ejercido las funciones de padrinos. Les papas han dispensado

este privilegio y raro favor á algunos príncipes. Sin embargo, el número de bautismos pontificales no ha pasado de diez y ocho en un período de cerca de once siglos. Abierto en 781 por el príncipe francés, Pepino, hijo de Carlo-Magno, que tuvo por padrino al Papa Adriano I, ha quedado cerrado por otro príncipe francés hijo de Napoleon III y la emperatriz Eugenia. Pero nunca intervinieron los papas personalmente en estos bautizos. La razón es muy sencilla; la mayor parte de los bautismos reales se celebran lejos de la residencia pontifical; y aun en los bautismos celebrados en Roma por los papas, en consideración á su dignidad de Vicarios de Jesucristo sobre la tierra, se hacían representar por procuración.

El representante designado por Pio IX en estas circunstancias ha sido su eminencia el cardenal Patrizzi, legado extraordinario á *latere*.

El título de legado á *latere* es la mas alta expresión diplomática en la corte romana; los á *latere* pueden ser *ordinarios* ó *extraordinarios*. Al primero confía el soberano pontífice el gobierno de una provincia del Estado eclesiástico; al segundo le delega el papa el derecho de representarle, sea en la apertura ó presidencia de un concilio, sea mandándole á una testa coronada á la que quiere mostrar un afecto particular, sea para terminar un negocio grave ó por una ocasión imprevista, pero urgente de necesidades ó de los derechos de la iglesia.

Se llama este legado á *latere*, porque la suprema gerarquía escogía para la misión, uno de esos consejeros íntimos, una parte de sí mismo que se desprende, digámoslo así, de su lado. En el tiempo del grande esplendor pontifical, el nombramiento de un cardenal á *latere* era siempre un suceso gravísimo en Roma. Este era el ceremonial que se usaba para estos casos en los siglos xvi y xvii.

Cuando el papa declara un cardenal á *latere* le da la cruz, dicen las crónicas eclesiásticas, y lo hace en consistorio secreto. Terminado este, se lleva al legado, acompañado de todo el sacro colegio hasta fuera de la puerta Angélica, si el consistorio se ha verificado en el Vaticano, ó de la puerta Flaminia (del Pópulo) si se ha celebrado en el Quirinal. La comitiva va como cuando un cardenal va á recibir el capelo, es decir, que sus Eminencias reverendísimas montan en caballos y van seguidos de su corte y libreas. El legado va el último entre los dos primeros cardenales diáconos. La cabalgata se para bajo el arco de la puerta triunfal; desde aquel momento el legado no puede dejarse ver públicamente en Roma, aunque le sea permitido volver á entrar de incógnito. El día de su marcha, cuando el cardenal ha llegado á la cuarenta piedra miliaria, donde se termina el *Pomerium* pontifical Urbano, hace levantar su cruz de legado. Esta cruz procesional es el signo exterior de la misión del legado, y tiene derecho á llevarla levantada delante de él en todo su viaje, como el mismo Papa se hace preceder de la cruz en la ciudad de Roma. Igualmente desde la cuarenta piedra miliaria comienza el legado á echar la bendición al pueblo.

Tal fué el ceremonial observado en Roma cuando se envió un legado á *latere* cerca de Luis XIV, con misión de representar al papa Clemente IX para el bautismo del duque de Borgoña. Desde aquel tiempo se han modificado singularmente las tradiciones del ceremonial. Roma misma ha creído deber simplificar el nombramiento y la marcha de sus altos embajadores. El último legado á *latere* nombrado, fué el cardenal Caprara, encargado por el papa Pio VII de venir á París á poner en ejecución el concordato celebrado con Napoleon Bonaparte.

Los presentes, los regalos enviados por los papas con ocasión de los bautismos pontificales, han variado frecuentemente. Sin embargo, dos ha habido siempre en uso, por decirlo así, invariables: estos son, la envoltura primero, y la rosa de oro despues.

Clemente VIII, con motivo del bautismo de Luis XIII, que se verificó en uno de los patios de Fontainebleau, fué el primer papa que envió una envoltura bendita, llamada en Italiano *Fascie benedette*. Los sucesores de Clemente VIII aceptaron la innovación de este pontífice, y quedó en uso la envoltura

bendita para todos los primogénitos de los soberanos católicos, ahijados ó no del papa. Muchos de los príncipes de Francia la han recibido. En España la reina Isabel recibió también de Pío IX la envoltura para la princesa de Asturias, y mas tarde, como la acaba de recibir la emperatriz Eugenia, la *rosa de oro*.

Esta rosa es generalmente el regalo destinado á la madre del ahijado del papa. Los liturgistas están lejos de convenir y estar acordados sobre el origen y la historia de esta gracia, símbolo de la fe, que vivificada por la gracia, crece, se desenvuelve y florece para la vida eterna. Los unos hacen subir el origen al siglo vi, y lo atribuyen á S. Gregorio I; los otros creen que esta rosa sea anterior á S. Leon IX, hácia el año 1050, pretendiendo otros que el origen no se remonta mas alto que al principio del siglo xiii. Sea de esto lo que quiera, la rosa de oro es un presente simbólico de una respetable antigüedad. Esta rosa se bendice por los papas el cuarto domingo de Cuaresma, y se envia por ellos ó á los santuarios mas célebres como prenda de devoción, ó á las princesas católicas en muestra de afecto paternal. El uso ha consagrado la forma de este símbolo, desde hace algunos centenares de años, en la de un arbusto saliendo de un vaso. El tallo tiene poca elevación; se divide en muchas ramas cargadas de hojas, de capullos y de flores. Sobre una de estas ramas se mece una rosa mas grande y mas abierta. Una cápsula hay en el centro de su corona, y en ella el papa mismo introduce diversos perfumes al pronunciar las oraciones y echarla la bendición.

Desde su exaltación al trono pontifical, Pío IX, este soberano tan venerable, tan clemente, tan bueno tan experimentado en las desgracias que han agitado su pontificado, ha sido padrino de otros dos niños reales: en 1847 el nuncio de Turin, monseñor Antoniechi, recibió la misión de representar al papa como padrino de la hija del duque de Saboya, hoy rey, Victor Manuel. La joven princesa fué llamada María Pia. Dos años mas tarde, en época bien triste y desgraciada para el pontificado y toda la iglesia católica, el 7 de marzo de 1849, Pío IX, refugiado entonces en Gaeta, en el reino de Nápoles, tenía en sus manos sobre las fuentes bautismales en la catedral de aquella ciudad una hija del rey Fernando II y de la reina María Teresa.

Antes de abandonar el reino de las Dos Sicilias, para restituirse á su capital libertada por las armas de los ejércitos franceses, á que también habia cooperado con la ocupación de parte de los Estados Pontificios el ejército español, mandado por el general Don Fernando Fernandez de Córdoba, habia ofrecido la rosa de oro á la reina madre.

Aun cuando el papa Pío IX no fué el padrino de la excelsa princesa de Asturias, hija de nuestros reyes, la mandó la envoltura sagrada, y regaló á la augusta reina de las Españas la rosa de oro como prenda de su afecto y de su amor paternal.

JOSÉ MUÑOZ GAVIRIA.

MODAS.

Hemos entrado en la estación rigurosa de los calores. A los frescos y hermosos dias de primavera han sucedido los calores de junio y julio. La moda también ha variado: ha arrojado de sí las ricas y tupidas telas, y ha sido reemplazada por los ligeros barenes, organdis, por las graciosas granadinas, las ligerísimas muselinas de la India, y los lindísimos fulares, linon, gasas, crespones, etc., con que se adornan nuestras graciosas españolas. Estos vestidos, no tan caros como los de invierno, suelen por sus adornos subir á bastante precio, por lo cual no todas las clases pueden engalanarse con ellos. Pero como la moda, señora muy precavida, lo mismo sirve para el rico que para el pobre, tiene otras telas sencillas y baratas, con las cuales se visten nuestras hijas del pueblo. No podrá nunca el

elegante barés ponerse en lucha con la sencilla indiana y las preciosas chaconadas. La pita, mas moderna en su origen que estas dos últimas, ha adquirido, sin embargo, hoy gran boga en la clase media de la sociedad. No vayais á creer, lectoras, que la alta clase rechaza de su seno las chaconadas, la indiana y la pita; al contrario, se sirven de ella, y se sirven para hacer mas realzar su belleza. Toda elegante tiene para traje de casa, para traje de tocador, sencillas y frescas batas de esas clases de telas anchas y recogidas á la cintura, que en un elegante negligé realzan todas las bellas formas de las jóvenes, dándoles una naturalidad de que las despojan despues al vestirse para sociedad ó calle los malditos miriñaques, que robándolas toda su gracia les dan la apariencia de una campana.

Los vestidos mas de moda son de moaré, el cuerpo cerrado, y sin aldeta; con adornos en el pecho de fruncidos de cinta, formando cinco órdenes, y un fleco pequeño encima, y lazos en el centro y en las extremidades. En la falda del vestido diez ó doce fruncidos en disminución, figurando un delantal.

También se llevan vestidos de gró verde, altos, cerrados de arriba á bajo, con botoncitos de azabache ó de seda del color del vestido; en el centro un lazo de encaje, una tira de moaré del color del vestido que sube estrechando del bajo á la cintura cubierta de guarniciones de blonda estrecha que se cruza formando cuadros en cada lado de la falda, y en el pecho en forma de tirantes. El cuerpo con una aldeta que cae por detrás en un pliegue muy grueso y sube por los lados á concluir en la costura del costadillo. La aldeta y las mangas llevan iguales adornos que la falda y pecho.

Estos vestidos son muy graciosos y visten muy bien, no obstante de que todos se llevan con enormes miriñaques, los que no ha bastado aun á desterrar la incesante guerra que les hace la prensa periódica, porque la tiranía de la moda es aun hoy mas fuerte que la opinión y el buen gusto. Los miriñaques, á pesar de la deformidad que causan, cuentan partidarias decididas entre toda clase de mujeres, y por eso ha de costar trabajo el desterrarlos. Cuenta partidarias entre las flacas, porque el miriñaque oculta lo exiguo de sus formas; y cuenta partidarias entre las gruesas, porque achacan á la necesidad de llevar esta exigencia el excesivo volumen de sus carnes.

El miriñaque tiene, pues, el singular privilegio de igualar á todas las mujeres. Con él no hay flacas ni gordas, todas las mujeres tienen el volumen que quiere darlas la modista á fuerza de crinolina, ó la doncella á fuerza de almidon.

Sucede con el miriñaque lo que en el siglo pasado con los polvos en el pelo. Los viejos los adoptaron y conservaron teñidamente, porque así desaparecían las canas, y el que no tenía muy arrugado ó curtido el pellejo, pasaba por un jovenito de los que ahora llamamos *pollos*; y los mocitos, siempre ansiosos por parecer hombres, parecían tales. Así los polvos se sostuvieron mucho tiempo en el siglo pasado, y no desaparecieron sino con gran dolor de los viejos, que vieron perderse con ellos el medio de prolongar su mentida juventud.

El miriñaque desaparecerá mas pronto que los polvos, porque si se extiende aun mas su uso, será preciso hacer una revolucion en la vida social; será preciso dar nueva forma á las sillas, ensanchar los carruajes, agrandar los paseos, los corredores y pasillos de las casas, y permitir la introducción de cereales perpétuamente en España, porque el consumo de almidon ha hecho subir el precio del trigo; y ved aquí, mis lindas lectoras, cómo los miriñaques pueden muy bien ser inocentes causas de trastornos y convulsiones políticas...

Todavía por mucho que combatamos el miriñaque se halla en su apogeo. No hay que cansarse, el miriñaque tiene que cumplir su tiempo. — Caerá como cae todo, pues cayó hasta el imperio romano. — ¿Quién le derribará? la moda y la inconstancia de las mujeres!!!

J. M. G.

materia lijera y difícil de penetrar es propia para hacer corazas. Empleábanse en ellas tejidos de hilo; tal era la que llevaba Alejandro, según dice Plutarco; usábase también de cuero, de planchas, y de tiras de metal. Los samnitas las llevaban además cubiertas de esponjas. Los sarmatas formaban sus corazas con cascós de caballos, cortados y fijados como tejas sobre un corselete probablemente de cuero. Las corazas de los soldados romanos, cual se ve todavía en los relieves de la Columna Trajana, estaban compuestas de hojas de metal fijadas al rededor del cuerpo sobre un corselete dividido en dos partes: otras cuatro hojas defendían la espalda. Las corazas de los jefes estaban formadas de planchas metálicas cortadas, puestas una encima de otra, á la manera de las escamas de los pescados. Algunas veces se hacían de dos piezas, como los llevan actualmente nuestros coraceros. En todo caso, el bajo de esta arma concluía por un rico adorno de dos ó tres filas de franjas entremezcladas con medallones; franjas iguales cubrían los hombros: la triste, seca, y prosaica charretera moderna, recuerda este adorno.

Nada dirémos de las martingalas, de los brazaletes, de las botas metálicas, etc., etc.

En la edad media, el soldado iba cubierto de una blusa hecha de mallas ó anillos de alambre: este vestido tenía mangas, y hasta una capucha para preservar la cabeza. Sus piernas estaban también cubiertas de semejantes cotas de malla.

Escudo. El escudo era el arma defensiva, móvil, con toda clase de formas. El escudo redondo, se llamaba en griego *aspis*; en latín *clipeus*. El escudo largo y rectangular, en griego *taureos* (semejante á una puerta); en latín *scutum*.

El *scutum* tenía frecuentemente la forma de una teja hueca; era bastante alto para cubrir al soldado cuando se bajaba, y servirle á modo de parapeto. Tenían ordinariamente los escudos dos asas; el combatiente pasaba el brazo por la mas grande, y cogía la otra como un puño. Los escudos se hacían de materias ligeras y firmes, como de mimbres, madera, ó cuero etc., y algunas veces se cubrían con una plancha metálica. El centro del escudo estaba cubierto por una plancha de metal, y armado por una punta, que se llamaba en griego *mesonphalion* (ombiligo), en latín *umbo*.

Los soldados romanos escribían sobre su escudo su nombre, el de la legion, el de la cohorte, y el del manipulo de que formaban parte.

De aquí nació posteriormente el uso de los escudos para la nobleza en la edad media, en que los grandes señores y los capitanes pintaban sobre su escudo los signos con que eran conocidos.

En la Armería real de Madrid pueden admirarse muchas de estas ricas armaduras, tanto en cascos como en escudos, presentando nosotros hoy á nuestros lectores la copia de dos de ellas: una, la que sirvió al famoso capitán don Diego García de Paredes; y otra, una que, al enseñarnos la armería, nos dijeron habia sido regalada por los reyes Católicos al célebre marino y descubridor del nuevo mundo Cristóbal Colon; la cual, á pesar de lo sencillo de su forma, es de muy buen gusto, y rica por los adornos de oro que tiene; habiendo sido una de las recompensas que aquellos soberanos concedieron á tan insigne varón.

La vista de la armadura que sirvió al célebre García de Paredes, nos hace no querer terminar este artículo, sin dar una breve idea de la vida de este campeón que verdaderamente parece una novela.

Nació don Diego García de Paredes en Trujillo, en 1476. A los catorce años habia dado ya sus primeras pruebas de valor contra los portugueses. Habíale dotado la naturaleza de una talla hercúlea, gigantesca, y sus fuerzas eran extraordinarias. Era muy joven todavía cuando con una sola mano detuvo la rueda de un molino en su mas rápido movimiento. Sentía tan extraordinario vigor dentro de sí mismo, que solía verse atacado de una fiebre, durante la cual destrozaba y hacia pedazos cuanto se le ponía por delante, y hasta muchas veces se maltrataba á sí mismo: era una organizacion formada expresamente para la guerra.

En 1485 siguió á su padre á la guerra de Granada; y en los

famosos sitios de Baeza, de Vélez y de Málaga, asombró al ejército con sus proezas. El rey Católico, Fernando V, testigo de ellas, le armó con su propia mano caballero, y le confió las empresas mas árduas. En esta guerra fué donde contrajo aquella íntima amistad con el gran capitán de su siglo, Gonzalo de Córdoba, amistad que habia de durar hasta la muerte, y que habia de pasar por la prueba de todas las vicisitudes que sufrió aquel caudillo, para quien únicamente la posteridad ha reservado el nombre del Gran Capitán.



Armadura de Cristóbal Colon.

Asistió García de Paredes en 1492 á la toma de Granada; ese gran suceso que asombró la España, y que la consoló de la pérdida de Constantinopla, acaecida en aquel mismo tiempo. Al tornar á su patria García de Paredes, tuvo que llorar aquella alma indomable la muerte de su padre, y como no podia permanecer en la inacción, quiso pasar á los ejércitos de Italia, donde comenzaron las hostilidades entre Fernando el Católico, y el rey de Francia, Carlos VIII. Su familia, opuesta á sus designios, quiso detenerle, y empleó para ello las lágrimas y los ruegos: de nada sirvieron. Entonces apelaron á la violencia, y enviaron seis hombres armados y resueltos para que le detuviesen en el camino. García de Paredes al ver que trataban de detenerle por la fuerza se arrojó á ellos, mató dos, hirió gravemente á uno é hizo huir á los otros.

En Roma fué recibido por Alejandro el VI, español, de la ilustre familia de los Borjas, y con quien tenia algunas relaciones de parentesco Paredes, con la mayor consideracion, nombrándole oficial de la guardia pontifical. La corte de Alejandro VI, era una corte verdaderamente mundana: algunos romanos quisieron probar el valor del soldado español; pero bien

pronto una dura experiencia les hizo conocer que era un hombre peligroso de provocar.

La vida de Roma era demasiado pacífica para el genio de García de Paredes, y la hubiera abandonado muy pronto si no haber sido por las instancias del papa y del cardenal Carvajal, su primo; se avenía mal el vigor, el ardor y el ansia de pelear que sentía en su pecho, con la vida tranquila, muelle y afeminada de Roma.

Los Orsini, el cardenal de la Robera, una porción de los señores de Italia, habían tomado las armas contra Alejandro VI, y su hijo César Borgia, duque Valentinois, emprendió la destrucción de aquellos tiranuelos, y concibió el gran proyecto de la unidad de la Italia, bajo el poder del soberano pontífice: grande ocasión para que García de Paredes emplease su denodado arrojo y aliento. Nombrado capitán en 1497, derrota diversas veces á los señores de la Italia, y se encarga de tomar á Montefiascone, donde se habían encerrado, para lo cual se valió de una escala de picas y escudos, por la que él mismo trepó hasta la almena, arrojando á los que en ella estaban; bajó luego á la ciudad, y rompiendo con sus propias manos los cerrojos y las cadenas de la puerta, dió paso á las fuerzas del papa que la ocuparon, haciendo una multitud de prisioneros. Tornó otra vez á España, aprovechándose de una tregua; pero vueltas á empezar las hostilidades entre Luis XIII, el rey don Fernando el Católico, pretendiendo la corona de Nápoles, se unió al famoso ejército con que el gran Gonzalo de Córdoba conquistó en brevísimo tiempo aquel reino. Destinado García de Paredes al socorro de los venecianos que sitiaban á Cefalonía, que se hallaba en poder de los turcos; estos, no pudiendo vencerle cuerpo á cuerpo en el campo de batalla, le cogieron por medio de un ardid tan ingenioso como singular: le echaron unos garfios desde la muralla, y le subieron encima de ella; una vez allí García de Paredes, con su espada y con su escudo se defendió todo el día de los turcos, pero agoviado por el cansancio y cubierto de heridas, cayó exánime. Entonces le encerraron en una torre, le cargaron de cadenas y le guardaron cuidadosamente; pero cuando los venecianos y los españoles dieron el último asalto á la plaza, hizo García un esfuerzo, y cual otro Sanson rompió sus ligaduras, arrebató las armas de un centinela y salió de la cárcel dando tajos y mandobles, haciendo el solo tanto estrago como pudiera hacer el ejército enemigo. Asistió con las tropas de su Gran Capitán á todas las funciones de guerra con que inmortalizó este gran caudillo las armas españolas en Italia. En el sitio de Canosa, obligó á los enemigos á encerrarse en sus atrincheramientos, y los franceses propusieron entonces un desafío personal, cuerpo á cuerpo entre once españoles y once de los suyos. Hallábase Diego Paredes en cama, á causa de las heridas que había recibido; pero era esta una ocasión muy propia de su genio para que él pudiese permanecer quieto. A despecho de las órdenes de sus jefes, á despecho de su propia debilidad, fué uno de los que salieron á medir sus espadas con los franceses. En la lucha tuvo que sostenerse contra tres de los mas valientes, y después de seis horas de lucha, los jueces del campo declararon incierta la victoria de una y otra parte. Mal avenida, esta sentencia con los ánimos y los alientos de García, quería él, á pesar de tener sus armas rotas, vencer ó morir; pero tuvo que someterse á la sentencia de los jueces del campo. Después que se restableció, se apoderó de Rufo: se halló en la batalla de Ceminara y de Cerignola; se distinguió en el paso del Garellano. Concluida la conquista de Nápoles, regresó á España, siendo muy bien recibido de los Reyes Católicos. Hallábase un día en los salones del palacio aguardando al rey, cuando en un corrillo de cortesanos y palaciegos osaron poner en duda la probidad de Gonzalo, su compañero: probidad sobre la que se dijeron muchas cosas en aquella época, habiendo quedado hasta en proverbio los gastos que hizo en la conquista de Nápoles, con el nombre de *las cuentas del Gran Capitán*. Mirábalos de reojo García de Paredes sin hablar una palabra, contenido tal vez al principio por la majestad del sitio en que se hallaba, cuando de repente, dejándose llevar de su genio, interrumpió á los maldicientes, diciéndoles con tono terrible:

—El que se atreva á insultar el honor sin mancha del Gran Capitán, que levante el guante.

Y arrojó su guante de acero en medio de aquella turba de afeminados palaciegos.

El rey que había oído aquella conversacion, se presentó; cogió el guante, lo devolvió afablemente á García, y dijo á sus cortesanos:

—Retiraos, y entended que no se debe hablar mal de quien acaba de conquistar un reino.

El rey dió su mano á besar á García; alabándole el que fuese tan buen amigo, como era valiente y denodado caballero.

Volvió á Trujillo, su patria, donde fué recibido con grandes aclamaciones, porque eran muy populares en España sus grandes hazañas. Casóse en aquella ciudad, y después fué enviado al lado del emperador Maximiliano, jefe de la liga de Cambray, contra la liga veneciana; hallándose en los sitios de Verona y de Vicenza.

García de Paredes fué uno también de los grandes capitanes que se distinguieron y lucharon con gloria en el reinado de Carlos V. García de Paredes se halló en la célebre batalla de Pavía en 1525, en que el monarca francés perdió su libertad y entregó su espada á los españoles; esa espada que desde entonces ha permanecido en la Armería real de Madrid, hasta el año de 1823, en que al venir los ejércitos franceses á restablecer el gobierno absoluto de Fernando VII, se la llevaron del sitio donde la habían puesto sus conquistadores.

Murió García de la caída de un caballo, en 1530, á la edad de sesenta y cuatro años. Increíbles parecerían los hechos de este capitán, verdadero tipo del soldado español, fuerte en la batalla, áspero en su trato, desdenoso con los cortesanos, si no estuviesen consignados en las crónicas é historias de aquella época. Tenía don Diego García de Paredes todo el cuerpo cubierto de cicatrices. Se halló en quince batallas campales; en diez y siete sitios, y su valor y la pureza de sus costumbres corrieron parejas con las de otro héroe parecido á él en aquella época, aunque de distinta nación, el caballero Bayardo, á quien la posteridad ha dado el nombre del *caballero sin miedo y sin tacha*.

¡Cuántos héroes como este presenta la historia de España, cualquiera que sea el reinado en que quiera contemplárseles! No hemos podido menos, á la vista de la armadura del célebre don Diego García de Paredes, de recordar á nuestros lectores su portentosa y novelesca vida.

JOSE MUÑOZ GAVIRIA.

AMPARO.

(MEMORIAS DE UN LOCO.)

(Continuación.)

Por entonces mi tío el duque de... me llamó al pueblo á donde, cansado como yo de todo, se había retirado.

Fui y ví con asombro, que mi tío había tenido la fortuna de lograr crearse una familia *sui generis* con sus perros, sus patos, sus conejos y sus gallinas.

Entraban en esta familia, las flores del jardín y las legumbres de la huerta.

Envidié con todo mi corazón á mi tío.

—Te he llamado, me dijo, para un asunto de interés: cuando digo que es de interés el asunto, claro está que á quien interesa es á tí, porque á mí ya no me interesa nada.

— ¡Oh! ¡sí por cierto! los perros, los patos, las gallinas.

—Tengo poder bastante para hacer completamente feliz la vida de esos animales: ellos por su parte, me pagan cumplidamente, siendo mis cortesanos, y casi casi amándome: estoy seguro de que uno solo de mis perros me sea ingrato, y de que uno de mis conejos pretenda robarme ó engañarme: las flores me recompensan de mis cuidados por ellas, dándome su fragancia y

sus colores; y... en fin... y hablando formalmente, repito que nada me interesa en el mundo mas que tú, que no me necesitas; y si no creyera en Dios y le temiera, hace mucho tiempo que... pero no hablemos de eso. El asunto que te interesa consiste en que me suscitan dificultades á la posesion del mayorazgo que tengo en Italia.

— ¿Y qué le importa á V.?

— ¡A mí! ¿pues no me ha de importar? ¿no eres tú mi heredero? No sabes que la fuerza de mis rentas está en Italia?

— Y bien, ¿qué quiere V.?

— Que vayas allá á ayudar con buenos patacones nuestro derecho, que de todo hay necesidad: te daré un poder en forma, y... estás delgado, pálido, hijo mío; vete á la hermosa Nápoles; enamora, gasta, distráete; temo que te me mueras como se me murió mi hermano... y mi temor es muy natural. ¡Díabolo! eres lo único que queda de mi familia...

— Iré á Nápoles, tío.

— Pues bien; hablemos ahora cuanto quieras, de mis patos, mis gallinas, mis conejos, mis perros y mis flores.

Ocho dias despues me despedí de mi tío y me puse en camino para Italia.

Llegué, ví y vencí.

Es decir, ví á los jueces, y reforcé mi derecho, ó, por mejor decir, el derecho de mi tío, con tales razones, que quedaron allanadas todas las dificultades que se habian levantado contra su pacífica posesion de los bienes que tenia en Italia.

Escribí á mi tío, participándole el buen resultado del negocio, y manifestándole que, no teniendo nada que hacer en España, iba á completar mis viajes yendo á Oriente.

Mi tío me contestó enviándome libramientos por valor de algunos miles de duros, para que pudiese hacer el viaje como correspondia á mi clase.

Me llevé conmigo á Mauricio, y...

Aquí vendria bien una descripcion detallada de lo que ví... pero yo no hacia mi viaje para instruirme, sino para distraerme, y no tomé un solo apunte, ni hice una sola pregunta.

Me contentaba con ver, y el misterio de lo desconocido que siempre tenia ante los ojos, me distraia.

Sin recibir una sola carta de Europa, sin escribir, sin leer un solo periódico europeo, estuve viajando por Oriente durante cuatro años, vistiendo, comiendo y viviendo como los naturales del país en que me encontraba, y permaneciendo en un lugar hasta que me cansaba de él.

Y hubiera andado errante, sabe Dios cuanto tiempo, si no me hubiera quedado solo.

Mauricio, el pobre Mauricio me habia abandonado.

Y bien contra su voluntad por cierto.

La bala de la espingarda de un griego de Missolongi, le habia servido de medio para su último viaje.

Para su viaje á la eternidad.

¡Ya se ve! el bueno de Mauricio habia conocido por una extraña casualidad á una hija del tal griego, que tenia los ojos mas negros y mas habladores del mundo, y sin duda por casualidad habia encontrado tambien el medio de introducirse de noche en los jardines del griego.

La casualidad hizo tambien que el padre se apercibiese de los amores de su hija con un extranjero, y... ya os lo he dicho: una bala fué á hospedarse en la cabeza de mi doméstico, que puesto en la calle por su matador, apenas tuvo tiempo para declarar... que despues de haber sido herido... el padre habia estrangulado á su hija.

Este drama me impresionó fuertemente, y escapé.

Sin detenerme un solo dia, sin pararme en ninguna parte, me trasladé á Paris.

Esta poblacion era para mí muy familiar, tenia en ella multitud de amigos y toda clase de medios para pasar la vida al galope por medio de placeres.

Pero era el caso que los placeres no existian para mí.

O por mejor decir, yo no existia para los placeres.

¡Me habia todo!

La amistad me daba risa. El amor asco.

Todos los hombres me parecían malos cómicos, que charlaban un papel aprendido de memoria.

En cuanto á las mujeres... ¡las mujeres! las miraba con odio.

«Hé allí, me decia, esa eterna mentira engalanada, que en todas partes rie, que á todas partes lleva su hediondo misterio. Hé allí que ese ser que se venga del hombre, extraviándole y degradándole, de la degradante posicion del débil á que el egoismo del hombre le ha relegado. Ved la corrupcion arras-trándose por los salones, coronada de rosas.»

Yo era indudablemente injusto.

¿Pero qué desgraciado no lo es?

Yo habia nacido para amar, y del amor solo habia encontrado la fórmula, la frase.

Pero la realizacion, el hecho, tenia para mí el encanto de lo desconocido, de lo imposible.

El amor para mí no era otra cosa que un sentimiento mitho.

Hijo como todos los mitos, del entusiasmo, del sueño, en una palabra: de la poesia.

El amor para mí era un idilio irrealizable.

Las mujeres que hablaban de amor me irritaban: parecían-me los profanadores del templo que iban á vender á él sus mercancías.

Amparo solia surgir de tiempo en tiempo, como una excepcion, entre el embrollado caos de mi escéptico pensamiento.

Amparo, con toda su poesia, embellecida por su abandono, grata para mí, por la proteccion que la dispensaba.

Pero ¿acaso mi escepticismo no habia alcanzado tambien á ella?

¿Acaso no la habia creído una muchachuela picardeada en una casa de vecindad y amaestrada por un fraile hipócrita?

¿Acaso no habia huido de ella como quien huye de un peligro?

Porque debo confesar, que desde el dia en que almorzó conmigo, comprendí con terror que Amparo podria arrastrarme á un amor nuevo, desconocido para mí; y tanto mas terrible cuanto mas accesible al amor estaba mi alma.

No la habia olvidado un solo momento: vivia dentro de mí, no podré deciros cómo; era una idea vaga, íntima, que se habia asimilado á mi manera de ver, á la que me habia acostumbrado, que me acompañaba siempre, que vivia conmigo.

Pero indeterminada, misteriosa, monótona, muda con el mudismo de lo incomprendido; como una de esas inscripciones cuneiformes que los filólogos mas profundos se esfuerzan en vano por descifrar.

¿Qué representaba Amparo para mí?

Un ser débil, ó una estafadora que me explotaba á título de caridad.

La duda es una cosa horrible.

Cuando la duda se convierte en una idea fija... cuando queréis aclarar esa duda y no podeis... cuando el ser que esa duda os inspira ha logrado convertirse en la asimilacion de vuestro deseo... cuando se ha constituido en vuestro recuerdo... ¡oh! esa duda... esa duda es la muerte de vuestra razon... esa duda os trae á una jaula de locos...

Pero yo no dudo, no; ¡Dios mío! ¡yo no puedo dudar de ella! si dudo... no es de su virtud... no... no es de su pureza... dudaba... pero ahora... ahora, mi duda y mi locura es otra... yo pienso que Amparo no ha existido... yo pienso que Amparo solo ha sido para mí un hermoso sueño de primavera... yo pienso que ha sido un fantasma soñado por mi deseo.

(Continuara).

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

EL ULTIMO BENI-OMEYA.

LEYENDA MORISCA,

POR DON VENTURA GARCIA ESCOBAR.

(Continuación.)

II

CELOS DE ÁRABE.

A Djida, la enamorada
Adora insano tambien
Ben Fakir el africano,
De Hixen el valido infiel.
Fiado en su poderío,
En su mucha y alta prez,
Y en su mocedad bizarra,
Nada hay á que no ose él:
Altivo, fiero, indomable,
Su antojo tiene por ley;
Se cree el mejor de todos,
Y el mundo juzga á su pie.
Nacido en la roja Libia
De una tribu en el dosel,
Educado en el desierto,
Sin razon, fuero ni ley,
Es de bronce su alma indócil,
Su corazon fuego es;
Del leon juntando al brio,
Del tigre el furor tambien,
Mal herido en lo mas hondo,
Preso y perdido en la red,
Es hoy un misero esclavo
Quien brutal señor ayer.
La tierna virgen del Bétis,
Flor del suelo Cordobes,
La que á tantos hizo siervos
Su señora es ya tambien.

Y este hijo de Africa insano,
Que no mas vió en la mujer
Hasta allí un bello juguete
Nacido para el Haren,
Una paloma sin vuelo,
Que, al desprecio y al placer
Del creyente, fué enviada
Al mundo desde el Eden;
Aquel seyde de Mahoma
Que ciego en su torpe fe
Solo del material goce
Gustó la mentida hiel,
Y nunca en su febril pecho
Sentido habia encender
Aquella emocion intensa,
El etéreo fuego aquel
Que en magnéticos influjos
De dos seres hace un ser
Ideal, immaculado
Cual la luz de la niñez,
Vió de Córdoba á la palma
Sentada en un palafren,
Robando risas á el alba
Y avergonzando al verjel.
Y el hijo de Libia fiero
El gran privado de un rey,
Sintió trastornarse su alma...
Y no es hoy lo que ayer fué.
Que despiertos sus sentidos
Del torpe instinto soez,
Vió en la mujer lo que nunca

En la odalisca se ve,
Y sintió dentro del alma
Un dulceísimo vaiven,
Una misteriosa euita,
Inspiracion de alta fe;
El amor sin mancha, en suma,
Que, sin torpe, infame sed
Ideal vive en un mundo
De casto angélico bien.
Fuera Fatin de sí mismo
De Djida corre á los piés;
Pero ya Djida es de Zaide;
Y doncellas de su prez,
Si una vez amaron sola,
No en vano empenan su fe,
El amador sin ventura,
El mal parado doncel,
Lleno el corazon de atibar,
Sin pensar, oir, ni ver,
Rugiendo como la hiena
Herida por el lebrei,
Loco con tan vivo ultraje,
En su existencia el primer,
En delirios solitarios
De inspiracion muy cruel,
Vengar sus celos decide
Sobre ella y sobre ella.

(Continuará en el núm. inmediato).

GEROGLÍFICO.





SAN LORENZO, MARTIR.

Corría el siglo III de la iglesia de Cristo, y las convulsiones del imperio romano anunciaban la catástrofe tremenda del gran coloso, dueño del mundo. Roma había gozado tan solo un breve momento de reposo con el benigno gobierno de Maximino y de Balbino; pero las guardias pretorianas, acostumbradas ya á

no tolerar otros emperadores que los que fueren de su antojo, se habían apoderado escandalosamente de aquellos dos príncipes en ocasión de unos juegos públicos, y arrastrándolos por las calles con ignominia, los habían inmolado á sus bárbaras exigencias. Las guardias pretorianas eran pues las dueñas del imperio.

10 DE AGOSTO DE 1856.

Desde Balbino hasta Valeriano y Galieno no presenta la historia romana mas que un horrendo y nauseabundo tejido de crímenes de todas especies y formas, perpetrados por los emperadores y Césares en las personas de sus antecesores y parientes: un cuadro sangriento de usurpaciones que se perpetúa hasta la total extinción del imperio. Cuando Valeriano se asoció en el gobierno su hijo Galieno, se agregaron á los grandes males que Roma padecía todos los que dimanaban de ser gobernado un pueblo por un príncipe cobarde, muelle, afeminado é inactivo; de manera que el Eterno en sus profundos designios aceleraba el triunfo de la fé cristiana, enervando el brazo de los emperadores para toda obra útil á la conservacion del imperio y robusteciéndolos con espíritus de inaudita tenacidad y barbarie, para dar mayor realce al glorioso testimonio de sangre que prestaban cada dia las inocentes víctimas cristianas. Quanto mas impotentes á sustentar la desquiciada máquina del imperio, quanto mas débiles para rechazar á los francos, germanos, sármatas y godos que les invadían por el norte, y á los reyes impetuosos del oriente, mayor fuerza y empeño querían mostrar en dominar, sofocar y destruir la palabra de la verdad, cien veces mas poderosa que todos los ejércitos, y huestes, y hordas de la tierra de uno al otro polo, y cada vez que un santo mártir espiraba entre suplicios, recibía el imperio vacilante un ataque mas rudo que si los bárbaros circunvecinos le arrancasen un pedazo de su desgarrada púrpura, apoderándose de una provincia entera.

En tal estado de cosas, mientras la gran peste de quince años diezmará á Roma, mientras Valeriano vencido arrastraba en Palmira sus cadenas atado al carro de Sapor, rey de Persia, y para colmo de ignominia, servía de escabel con sus hombros al pie de su inflexible vencedor; Galieno, lejos de correr á la venganza de su padre vivía entregado al mas desembozado libertinaje, al lujo, á la frivolidad y á la crueldad mas sanguinaria. ¡El estruendo de la guerra, las llamas del incendio llenaban las Galias, la Grecia, el Asia!.... ¡Los generales, afortunados solo en los vergonzosos combates de amor, cubrían descaradamente sus hombros con la púrpura!.... El emperador se entretenía en construir voluptuosas estancias de hojas de rosas, y murallas de variadas frutas hábilmente entrelazadas, y repartía su dia entre las soñolientas horas del baño, los banquetes, los juegos públicos y el espectáculo fecundo en emociones que le proporcionaba la heroica fortaleza de los mártires cristianos.

La cruda persecucion que los discípulos de Cristo sufrían, teníalos á todos dispersos y consternados. Como huyen las aveciillas abandonando los sembrados al soplar las primeras ráfagas de una súbita tempestad de verano, y se guarecen y apiñan trocando sus nidos mientras descarga la devastadora nube, así los cristianos reunidos en Roma se habian desparramado al anunciarse la nueva persecucion suscitada por Galieno, y si bien alguno que otro alentado por especial gracia divina, la arrostraba y perecía víctima de ella, los demas se hallaban refugiados ya en las casas de algunos patricios recientemente convertidos á la fé, ya en las quintas de algunas familias principales y respetadas, ya por fin en algunas cuevas que habian servido de asilo en anteriores persecuciones.

Una noche del mes de agosto de aquel año, que era el de 261 de nuestra era, mientras en los jardines del palacio de Galieno celebraba la nobleza romana con suntuoso banquete y atronadora orgía la cruel sentencia del emperador por la cual iba á ser degollado en breves horas el santo papa Sixto II, subía lentamente hácia la cumbre del monte Celso entre el silencio y la oscuridad un jóven cargado con un bulto, saco de cuero, y cuyos pasos anunciaban el recelo y la fatiga. Era Lorenzo, diácono del pontífice, de nacion española, que por encargo de aquel justo que iba aquella misma noche á ser conducido al martirio, andaba buscando á sus pobres hermanos en la fé para repartir entre ellos los escasos tesoros de la iglesia expuestos á la rapacidad de sus perseguidores. Vivía en el monte Celso una viuda llamada Ciriaca, la cual tenia refugiados en su casa gran número de cristianos. Estaba á la sazón aquella piadosa mujer cruelmente atormentada con dolores de cabeza que la privaban de

sentido, y despues que Lorenzo hubo socorrido á sus hermanos con copiosas limosnas, deseoso de dejar á la viuda una prueba de lo agradable que era al Señor su santa caridad, llegóse á ella y puso ambas manos sobre su cabeza. Partió en seguida, y antes que empezase á bajar el monte ya habia saltado la mujer libre de su dolencia del lecho en que estaba postrada, prorumpiendo en fervientes acciones de gracias al cielo por el milagro que se habia dignado obrar con ella.

Los cristianos que con admiracion la cercaban, presintieron entonces con el gozo por la santidad del jóven Lorenzo, un vago, y sagrado dolor que les anunciaba que pronto se verían privados en la tierra de tan caro hermano. Cayeron todos de rodillas, y entonaron juntos su plegaria pidiendo á Dios con lágrimas en los ojos armase de fortaleza á aquel justo mancebo si era su santa voluntad destinarle á la tremenda prueba del martirio.

Apenas empezaba á alborear, y ya se veía coronada de gente la via que conduce desde la cárcel Mamertina al templo de Marte, por donde habia de pasar el anciano Sixto, condenado al último suplicio. Entre la multitud que impaciente le aguardaba, se hallaba Lorenzo, el cual, cumplido ya el encargo del pontífice, acababa de distribuir las últimas monedas de su saco entre los cristianos recogidos en la cueva Nepociana, de donde ahora salía. Un súbito rumor que cundió por la multitud agrupada anunció la llegada del santo mártir, y luego sobre el general murmullo resonó distintamente una voz que gritaba:

— ¡Padre, padre! No me desampares: ya cumplí tu mandamiento, ya distribuí los tesoros que me entregaste, ¡déjame morir ahora contigo!

Lorenzo, que era el que pronunciaba estas palabras, acababa de romper la barrera que le separaba de su maestro, y llegando hasta él, á pesar de las guardias y ministros de justicia que le rodeaban, se arrojó en sus brazos bañándole el seno de copiosas lágrimas.

— No te dejes, hijo mio, le respondió dulcemente Sixto; antes te hago cierto que será tu batalla mas cruel y rigurosa: yo como viejo y de pocas fuerzas, pasaré mi carrera de presto; mas tú como mozo y valiente, conseguirás del tirano mas glorioso triunfo.

Mientras decia esto el pontífice, la gente del emperador oyendo á Lorenzo hablar de tesoros entregados por su maestro, se apoderó del mancebo español y le condujo á la cárcel pública, dando parte de lo sucedido al cruel Galieno. Holgóse mucho el emperador de que hubiese caído en su poder el que los tesoros de la iglesia manejaba, y halagada su imaginacion con la idea de pingües riquezas supuestas, mandó que se hiciese uso de todo género de fuerza para obligar á Lorenzo á descubrir el paraje donde se hallaban.

Entre los varios martirios que hicieron sufrir al jóven diácono despues de despedazarle cruelmente con escofinas de hierro y azotarle y quemarle los costados con planchas encendidas, mandó Galieno ciego de furor por su rara constancia que le tendiesen en la catasta, y que allí le descoyuntasen, estirándole con tornos los brazos y piés.

Vuelto á su prision despues de este horrendo suplicio, mientras agitaba convulsamente sus destrozados miembros, arrastrándose sin fuerzas sobre las losas ensangrentadas donde yacía, entró de repente en su busca un soldado que traía un vaso con agua, y arrojándose á los piés de Lorenzo.

— ¡Piedad! exclamó: ¡santo eres, ten compasion de mí, y bautízame!

— ¿Quieres tú tambien ser cristiano? le preguntó Lorenzo con una inefable sonrisa muy superior á toda expresion de júbilo de la tierra.

— Sí, replicó el soldado, tu Dios es el mio, en él quiero vivir, porque es el único ante quien puede prosternarse la criatura.

— ¿Dónde supiste de él?

— Hoy en tu martirio.

— ¿Quién te lo enseñó?

— Mis propios ojos. En tanto que tú yacías en el lecho del tormento con los miembros descoyuntados, un frío sudor corría

por tus músculos y bañaba tu frente teñida por la sombra livida de la agonía, tu boca empezó á murmurar voces desconocidas y vieron de súbito mis ojos un resplandor que de lo alto bajaba, velando tu cabeza. Luego un mancebo muy hermoso, cubierto con una túnica blanca se apareció junto á tí, y con un lienzo finísimo fué limpiando el sudor de tu rostro y las llagas de tu cuerpo. El mancebo era Jesus, á quien llaman Cristo, y aquellos resplandores procedían de la santa paloma, que es el espíritu de Dios padre, que descendía sobre su hijo.

Incorporándose Lorenzo se volvió hacia el soldado, y le bendijo con fraternal amor. Este soldado recibió pocos días después la corona del martirio.

Al día siguiente dijo el prefecto á Lorenzo:

— Que traigan un brasero ardiendo, pero que bajo la ceniza sofoque la llama para que no devore demasiado pronto tus entrañas, que los carbones te consuman poco á poco, y que el suave soplo de las brasas cueza y queme por grados tus miembros. Bueno es que el jefe de estos cristianos haya caído en mis manos; yo les haré ver lo que les aguarda: sube al lecho que te preparo para tu sueño, y cuando estés en él, argumenta á tu placer y discute si Vulcano es un Dios ó no.

Los cuestionarios arrancan al mártir su túnica y le extienden atado sobre unas parrillas. Una luminosa aureola se coloca sobre su cabeza, y su faz se ilumina como la de Moisés al bajar el monte Sinaí. Aquella aureola, en la última hora, se dejó ver también sobre la frente del primer diácono Esteban, cuando al través del diluvio de piedras que le arrancó la vida veía entreabrirse el cielo.

El olor de la carne abrasada del mártir, era para los paganos un vapor fétido y vengador; para los cristianos una perfumada brisa.

Cuando el lecho de fuego abrasó la mitad de su cuerpo, el mártir se volvió á un lado y dijo á su juez:

— Ya estoy bastante asado de este lado, volvedme del otro: ¡Vulcano ha cumplido bien su oficio!

El gobernador ordenó que le volviesen, y el mártir, un instante después:

— Ya está cocida, le dijo, come, y prueba si la carne de los cristianos es mejor asada que cruda.

Habló así, y con una sonrisa de burla en sus labios, levantando los ojos al cielo, y compadecido de Roma exclamó:

— Tú, ¡ó Cristo, Dios eterno, esplendor y luz del Padre, creador del universo; tú que has puesto en haz en las manos de Roma todos los cetos de la tierra, y que has hecho arrodillar al mundo ante su toga quirinal, para que todas las naciones viniesen y confundiesen en ella sus lenguas, sus costumbres y su genio, preparando así un pueblo hecho para tí en el porvenir! haz cristiana está Roma ¡ó Cristo! y bautiza esta cabeza del mundo de que las otras naciones son miembros, á fin de que regeneren la tierra: el senado adora aun los dioses de la Frigia, y los penates de Troya, que desterrados de su patria encuentran un asilo en los hogares de Roma: que Rómulo sea cristiano: que Numa crea en el Evangelio; los dos príncipes de los apóstoles han tomado ya posesion de ella, y reinan en tu nombre; el uno le has considerado como el evangelista de las naciones, el otro le has sentado en la silla suprema y le has dado las llaves de las puertas de la eternidad. Huye, ¡ó viejo dios caduco!.... Infame Júpiter, ¡huye lejos de Roma libertada por Cristo!....

Dos hermanos á quienes el espectáculo de su agonía habia convertido para Cristo, después de la muerte del glorioso mártir cargaron sobre sus espaldas los sagrados despojos, siendo sepultados en un cripto situado sobre la via Tiburtina y que pertenecía á Santa Ciriaca, cuya ilustre viuda tenia allí tambien su sepultura.

Este gran favorecedor de los pobres fué enterrado con la cabeza envuelta en un lienzo de que él se habia servido para enjugarle los piés. Cuando se abrió su sepulcro antes de ser trasladado á la antigua basilica edificada en este mismo sitio, las cenizas y los huesos calcinados que se encontraron dieron un nuevo testimonio de la relacion de su muerte.

La parrilla, la forma de este instrumento que sirvió para tan bárbaro suplicio, quedó despues andando los siglos perpetuada en la planta de una de las mas grandiosas fábricas de la cristiandad, erigida entre los montes del Escorial, en memoria de aquel ilustre mártir, gloria de España, y mas particularmente de Huesca, lugar de su nacimiento, y este suntuoso monumento que atestigua las glorias de España y la piedad de su rey Felipe II, es reputado por la octava maravilla del universo.

El célebre pintor Eustaquio Le Sueur ha consignado en una de sus obras maestras, cuya copia damos hoy á nuestros lectores, las glorias del santo mártir español, elevándose en su composicion á la altura de los Rafaeles y Ticianos.

José MUÑOZ GAVIRIA.

DOS RAMOS DE FLORES.

Á GERTRUDIS.

Les vents lourds de l'hiver qui soufflaient par rafales
Echappés des ravins, hurlaient par intervalles,
Et detachant du drap la couronne de fleurs....

M'en jetaient en sifflant les feuilles au visage.

LAMARTINE. — *Jocelyn*.

I.

— Vida de mi vida, qué seria de tu pobre poeta si algun día llegara á faltarle ese amor en que vive mi alma y que alimenta la llama de mi inspiracion.

— Y cómo te ha de faltar nunca si tu amor es el mas delicioso de mis sueños realizados, si tu cariño hace brotar espontáneamente el mio.

— Soy tan feliz, Emilia mia, cuando me miro en tus ojos, cuando oigo de tus ardientes y rojos labios palabras tan enamoradas como las tuyas.

— ¡Y yo te amo tanto!

— ¿Y me amarás siempre?

— Mas que siempre, toda mi vida.

Y mis dos amantes ébrios de amor se estrecharon las manos, y se miraron con todo el ardor, con todo el entusiasmo de la pasion mas grande de las pasiones.

— Por eso, Emilia, he concluido hoy mi novela, me la comprarán, y el primer dinero que de ella gaste será en un ramo para tí.

— Y yo cubriré de besos el ramo que me traigas.

— Y yo te adoraré.

Efectivamente, si Augusto no concluye su novela, nuestros dos amantes no podrán vivir.

Únicamente cuentan con la imaginacion lozana de Augusto; pero su imaginacion es una mina inagotable de la que brotan tesoros esplendentes.

¡Es una imaginacion de 20 años!

¡Y cuántas cosas no pueden sacarse de ella!

Sueños, ilusiones, esperanzas, amores, todas estas cosas abundan en ella; por consiguiente Augusto y Emilia son ricos.

Res angusta domi no se ha dicho para almas juveniles.

Dans un grenier qu'on est bien à vingt ans.

Esa es la verdad.

Si no preguntádselo á mis amantes.

Y os contestarán que Beranger tiene razon, que el amante de Lisette habla por experiencia.

II.

Pero mas vale que no se lo pregunteis.

Augusto os contestaria que sí, Emilia..... pero no quiero hablaros de ella; aun ama al poeta con toda la efusion de sus 18 años.

Y si alguna vez ha soñado con riquezas y lujo, tambien su feliz miseria se ha presentado en sus sueños y las ideas de seducción han sido deshechadas.

Augusto ha vendido su novela, ha buscado flores y no las ha hallado, y se ha vuelto á su casa un poco triste; pero con el producto de su obra intacto en el bolsillo de su chaleco.

Ha comunicado la triste noticia á su amada, y la niña se ha sonreído diciendo: mañana.

Pero en su sonrisa ha habido algo de triste y burlon.

Augusto no lo ha notado, y ha procurado consolarla de este contratiempo.

Al día siguiente ha recorrido todos los puestos de flores.

No ha encontrado ninguna que le dejara satisfecho.

Ha ido á casa de los jardineros que tienen estufa y se ha gastado la mitad de su dinero en un ramo.

El ramo era lindísimo.

Al volver á su casa, ha venido cubriendo de besos las flores que habian de perfumar la habitacion de la mujer amada.

Al entrar en ella Emilia tenia entre sus manos otro ramo mas magnífico.

Augusto se ha admirado.

—¿Quién te ha traído esas flores?

—Yo las he comprado con mis ahorros por si tú no encontrabas, ha dicho la niña balbuceando, y se ha puesto colorada como las camelias que tenia, al decirselo á su amante.

Augusto ha notado su turbacion, y un escalofrio ha recorrido su cuerpo.

Emilia mentía por la primera vez despues de seis meses.

Es decir, despues de un siglo de felicidad para muchos.

Despues de un minuto para otros.

Pero el ramo está ya puesto en un vaso de china; Emilia ha dado las gracias á su amante.

Este no está tranquilo.

Y se ha salido de su casa.

Un amigo le ha llamado, y le ha rogado que subiera.

Era un vecino suyo.

III.

—Pobre Augusto, le ha dicho al entrar.

Y Augusto se ha conmovido.

—¡Qué indigna es esa mujer de un amor tan grande como el tuyo!

—Emilia me ama, ha contestado el pobre poeta, turbado con una noticia que para él no lo era, y se ha asomado á la ventana para ver la feliz habitacion, nido de sus amores.

Emilia ha salido á la ventana.

Augusto se ha ocultado.

Emilia ha sacado el ramo del poeta, y le ha dejado en el po-yo de la ventana.

Soplaba el frio de últimos de diciembre.

Las pobres flores acostumbradas á vivir en el benéfico clima de la estufa, han cerrado sus pétalos al frio contacto del hálito del invierno.

Y el viento ha arrebatado las primeras hojas.

Y despues otras que han venido á tropezar en el rostro de Augusto.

Cada uno de aquellos pétalos arrancados por el viento frio de la tarde, le ha arrancado á él una lágrima.

—¡El otro ramo es mas feliz que el mio; ha dicho y se ha entrado á llorar!

Su amigo ha intentado en vano consolarle.

—¿Qué frases pueden enjugar el llanto del que se lamenta de la ingratitud de la mujer amada?

Pero la muerte ha empezado á desplegar sus tristes y funerarios velos.

Augusto se ha vuelto, triste, abatido y lloroso á casa de su amada.

IV.

Emilia no estaba.

Ni el ramo feliz, al cual habia postergado el suyo, tampoco. Entonces Augusto abrió la ventana, y sacó las flores que habia comprado á peso de oro.

Habia dado por ellas la mitad de sus ilusiones, la mitad de los sueños de su alma.

Una carta habia encima de su mesa.

Era de Emilia, y decia así:

Señor poeta: la mujer no vive únicamente de ilusiones, el amor abriga poco; esto te explicará por qué me voy á otra parte.

Adios para siempre, solo me llevo los dulces recuerdos de los primeros días de nuestros amores. Emilia.

Dos lágrimas han caído de los ojos de Augusto, sobre las flores de el ramo que él habia comprado.

Al contacto de ellas un nardo, reanimado por este húmedo y ardiente rocío, ha abierto su broche perfumado y ha esparcido una oleada de perfume, pero abrasado por ellas ha muerto marchito.

—¡Yo que la amaba tanto, ha dicho Augusto, yo que cifraba en ella mi felicidad, y me olvida por lujo, por dinero, ¡pobre de mí!

EPÍLOGO.

El autor. ¡Pobre Emilia!....

AGUSTIN BONNAT.

NAZARETH.

Debe Nazareth su celebridad á haber sido por mucho tiempo la residencia de Josef y de María, y á haber pasado los treinta años de su vida privada en ella Jesus, el Salvador del mundo. Así vemos que Cristo recibió el nombre de nazareno con que los israelitas por burla le designaban; pues los habitantes de Nazareth se distinguían por su sencillez, por su rusticidad y por su ignorancia.

Nazareth es hoy una ciudad de la Turquía asiática, en Siria, bajalato, á cinco leguas y tres cuartos al S. E. de Acre, y diez y seis al N. de Jerusalem, situada cerca y al oriente del monte Tabor y al norte de la llanura de Esdrelon, en el declive oriental de una montaña. No debe ser grande la antigüedad de esta ciudad, pues solo se encuentra mencionada en el nuevo testamento.

Una ciudad que habia sido por tantos años testigo de las acciones del Salvador del mundo, que habia sido su residencia ordinaria antes de comenzar su vida pública que empieza en el Jordan y termina en el Gólgota, debia ser necesariamente una ciudad que llamase la atencion del mundo cristiano. Así es que cuando la Europa entera se lanzó sobre la Palestina para la conquista de los santos lugares que habian visto la redencion del género humano, Nazareth fué uno de los puntos donde la devocion y la piedad de aquellos nobles guerreros que habian tomado la cruz alzaron templos en honor del Salvador del mundo. Hoy hay en Nazareth cuatro iglesias, una mezquita y un convento de franciscanos, con una hospedería para peregrinos. La hospedería está hecha á imitacion de la grande y magnífica que existe en el monte Carmelo, aunque es mucho mas reducida. La iglesia del convento de franciscanos de Nazareth pasa con razon por una de las mas ricas y elegantes de todo el oriente. Ocupa la bóveda de la casa en donde vivió María; aquella casa que fué testigo del mas alto de los misterios, donde el ángel Gabriel vino á anunciar á la modesta Virgen que concebiría su seno y pariría al Salvador sin menoscabo alguno de su pureza y virginidad. El altar mayor de la iglesia está muy elevado: subese á él por diversos escalones, como sucede en la mayor parte de las ciudades de Italia, como sucede tambien en algunas catedrales de España, muy particularmente en las de Toledo y Sevilla. En cada uno de los extremos del altar hay enormes candeleros de plata maciza, don de la piedad de los reyes de Portugal. El órgano excelente que hay en esta iglesia es un regalo del rey de Francia Luis XV. El edificio de la iglesia es

de la mas bella arquitectura, y en su mayor parte de construcción moderna: los oficios divinos se celebran allí con una suntuosidad igual á la que se usa en las catedrales de Italia y en las de España, donde antes se hacian de una manera que no dejaba nada que envidiar á la capital del mundo cristiano.

Hemos dicho que el convento de los franciscanos es una miniatura del monte Carmelo, y esto es tanto mas exacto cuanto que apenas pueden alojarse allí diez personas; pero los viaje-

ros están perfectamente tratados. El oriente es la tierra de la hospitalidad, y los religiosos franciscanos practican esta, además de seguir las costumbres del pais, con el espíritu cristiano que los ha hecho encerrarse en aquellos lugares. La hospedería se halla separada por una plaza del convento grande que está contiguo á la iglesia; allí no entran los forasteros, á menos que no sean sacerdotes.

Acuden á la iglesia á los oficios divinos gentes de diversas



Iglesia de San Francisco en Nazareth.

religiones; y mas de una vez por las contiendas que se suscitan entre los griegos y los latinos que celebran alternativamente sus oficios en diversos dias de la semana, ha sido la iglesia de Nazareth, como las de otros puntos de la tierra santa, objeto de escandalosas luchas en que ha corrido la sangre de los hombres reunidos allí para alabar al Dios de paz.

Estas disidencias que datan de siglos, que han agitado los ánimos y que han sido objeto de grandes y vivas reclamaciones entre las potencias cristianas, la sublime puerta otomana y la Rusia, como protectora de la religion griega, han sido una de las principales causas, uno de los pretextos ostensibles que han dado margen á la última guerra que han sostenido la Fran-

cia, la Inglaterra y la Turquía contra la Rusia; esa guerra que comenzando en el desastre de Sinope, en que la Rusia quema la escuadra turca, ha terminado con la toma de la torre Malakof y la destrucción de Sebastopol: esa guerra que á no haberse terminado tan prontamente por la voz unánime que en toda Europa se habia levantado por la necesidad de la paz, hubiera envuelto necesariamente á toda ella en los horrores de la guerra. Tan cierto es que motivos fútiles, sencillos en la apariencia han bastado en todos los siglos para trastornar el mundo.

La guerra de la Rusia y las potencias aliadas ha traído la modificación de que el protectorado de los santos lugares se ejerza colectivamente por todas las grandes potencias cristianas.

La España, á pesar de que hoy ha perdido su influencia en el exterior, y que no tiene los ejércitos que en otro tiempo dominaron casi toda la Europa, tiene sin embargo grande influencia en los santos lugares, porque el convento de Nazareth y otros muchos de Jerusalén están poblados por religiosos españoles, que con la mas santa abnegacion, renunciando á su patria y á las comodidades de la vida, han ido allí á encerrarse en aquellos monasterios donde todos los dias están expuestos al insulto de los bárbaros infieles, y en donde por todo medio de subsistencia no cuentan mas que con las escasas limosnas que la piedad, hoy tan resfriada, de los fieles les suministra. Así es que la primacía y superioridad que en otros tiempos ha ejercido la España en épocas mas venturosas y felices en la Palestina, hoy ha recaído en la Francia.

JOSÉ MUÑOZ GAVIRIA.

AMPARO.

(MEMORIAS DE UN LOCO.)

(Continuación.)

He pasado muchos dias, sin escribir en mis memorias.

O, mejor dicho: hoy, antes de quedarme solo, cuando pensaba haber despertado de uno de esos sueños densos, en que nada se siente; sueño de tinieblas en que nada se vé; sueño que es la negacion de la existencia y del que se despierta, antes de acabarse de dormir, espeluznados, estremecidos, frios, como si se hubiera sentido el contacto de la mano de la muerte; cuando solo creí, repito, despertar de un sueño horrible, me han dicho que he estado un mes delirando, furioso, nombrando á Amparo, amenazándola, apostrofándola, insultándola, prodigándola los epítetos mas degradantes.

Yo no recuerdo nada de esto.

Me he mirado al espejo y he visto...

¡Oh! el aspecto de mi miseria me ha hecho llorar.

Mi llanto ha sido una elegía muda á mi destruccion.

Porque yo soy una ruina.

El espejo que no mente me lo ha dicho.

Y luego, hay en mis ojos una cosa que me espanta; algo de fuego recóndito allá lejos, muy lejos, en la inmensidad, en lo infinito, dentro del foco de mi mirada.

Mis cabellos están blancos y rígidos, mi piel árida y arrugada, mi boca contraída.

Y luego estoy flaco, muy flaco.

Debajo de mi piel, que me viene muy ancha, se pueden contar mis ligamentos y mis arterias.

¡Ah! sin duda estoy loco... ¡loco!

¡Bah! no hay que afligirse por eso.

Yo creo que el mundo no es otra cosa que un gran hospital de locos que se comprenden y que se despedazan, comprendiéndose, y que solo se encierran en hospitales mas pequeños á los locos á quienes no comprende nadie... ó acaso, acaso, llame el mundo locos á los que tienen razón.

La verdad es que yo veo continuamente hombres que se creen muy cuerdos, y á mí me parecen lo mas rematados.

Me causan risa y lástima...

No me acuerdo de lo que he hecho ó dicho durante ese mes.

Sí, indudablemente ha pasado un mes, sin que yo le sienta pasar.

Ayer el rosal que tengo en mi ventana, estaba cubierto de rosas; hoy... las rosas están muertas, deshojadas... solo las queda el pétalo negro y seco.

Ayer me trajeron un nido de ruiseñores.

Estaban triponcillos y desnudos; tenían hambre, y abrían, piando en coro, unas desmesuradas bocas amarillas; hoy están enteramente cubiertos de su plumaje pardo, saltan en la jaula, y ensayan sus primeros trinos.

Ayer mi cuadrante marcaba el mediodía natural á las doce y tres minutos, y hoy le marca á las doce y treinta y tres.

Ha pasado un mes en que no he vivido.

Un mes, en que el no ser me ha envejecido veinte años.

Ayer aun era joven: hoy soy ya anciano.

¡Ah! ya me acuerdo... ya comprendo.

Vivo yo en un pequeño aposento: en este aposento hay algunos muebles muy sencillos...

En este aposento hay una reja que da sobre un jardín... sobre un pobrecillo jardín descuidado, en que las malvas locas se extienden libremente, y que es mi pequeño mundo.

Hay además una puerta muy fuerte, que tiene una rejilla muy espesa.

Esta puerta da á un pasadizo oscuro, por donde entran, como por una cerbatana, gritos estridentes, alaridos, bramidos, imprecaçiones, carcajadas, cantares, rugidos; son de cadenas que se arrastran, chasquidos de puertas que se cierran, una tempestad continua de sonidos discordantes, secos, desentonados, agudos, horribles; algunas veces, de noche, muy tarde, suele avanzar, jadeante y cansado, por decirlo así, un canto triste, dulce, suspirante, siempre el mismo, cuyas palabras no se entienden, pero cuyo sentimiento se adivina; canto con el que vuela por la estrecha crujía, apagándose, perdiéndose, gastándose al rozar las paredes, el alma de un ser que llora cantando: suave oleada que se escapa de un océano de sentimiento, y que acaricia mi alma y la consuela.

He preguntado de qué cuerpo se exhalaba aquella alma, y me han dicho:

— Es una pobre joven que ha perdido á su esposo y á su hija, y se ha vuelto loca.

Yo amo á esa loca.

Quisiera saber su historia.

He ofrecido dinero, todo el que quiera, al que me traiga la historia de esa loca, y ha sido en vano.

La infeliz ha concentrado, ha sintetizado, ha simbolizado su historia en esa melodía inventada por ella; en ese eterno canto sin palabras... y no sabe mas.

No pudiendo conocer su historia, quise conocerla á ella.

Ofrecí, compré la realizacion de mi deseo, y me sacaron de mi tumba, para llevarme á otra tumba... mas pequeña, mas oscura, mas horrible.

Allí, replegada en un rincon, medio desnuda, temblando de frio, habia una mujer.

Una joven con los cabellos canos...

Una ruina como yo...

Sin embargo, mis ojos vieron su hermosura... aquella mujer debió tener los cabellos negros y brillantes, y los ojos negros y llenos del fuego del amor.

La miré, me miró, se arrancó de su rincon, y se vino á asir los hierros de su jaula.

Me contempló con fijeza, se sonrió, y me dijo:

— ¡Tú tambien!

Y luego se volvió á su rincon, y entonó su eterna melodía.

Y entonces, cerca de mí, á mis espaldas, me estremeció una voz de mujer.

Aquella voz habia pronunciado, conmovida y trémula, una palabra de conmisericordia para la pobre loca.

Aquella voz me hizo temblar; me volví, y ví delante de mí una mujer, un viejo y un niño.

Y la mujer... ¡oh Dios mio! la mujer lanzó al verme un grito horrible, y yo... yo... hace un momento que despierto... hace un momento que recuerdo...

¡Era ella!... ¡Amparo!... ¡viva!... ¡al lado de otro hombre!... ¡delante de mí!...

¡Oh! ¡es imposible! ¡imposible de todo punto! ¡mi razon perturbada por la vista de aquella loca infeliz!...

Pero el acento de aquella mujer, reposado, grave, sonoro...

Y sus ojos, y su frente, y sus cabellos...

Y su terror al verme...

¡Oh! ¡no! ¡no puede ser! un acento parecido... un terror natural en ella... porque yo, al escuchar aquel acento, me volví amenazador, terrible, á la persona que lo había producido...

No, no podía ser Amparo.

Los muertos no se levantan de su tumba.

Indudablemente no era ella, como no es ella ese blanco fantasma que veo algunas veces durante mi delirio de pie é inmóvil junto á mi lecho.

Acabé de fastidiarme en París.

Mas aun, empecé á sentir un deseo punzante de ver á Amparo.

Como estaba acostumbrado á hacer mi voluntad, apenas el deseo de verla se me hizo exigente, me puse en camino.

Llegué á Madrid, y como había alentado una ilusión acaso para entretener mi hastío, y esta ilusión era la atmósfera en que vivía, sin tomarme mas tiempo que el necesario para lavarme y mudar de traje me presenté en el colegio.

Salió á abrirme una persona desconocida, que me miró con extrañeza.

— ¿Doña Gregoria?..... dije.

— No vive aquí, me contestó la criada y me dió con la puerta en las narices.

¡No vivía allí! sin embargo yo no me había equivocado; era la misma casa.

Sali dudando y miré á los balcones del cuarto principal.

Allí estaba la muestra, la antigua muestra del colegio, una Minerva coronando á una niña.

Sin embargo allí no vivía Doña Gregoria.

El acento con que la criada me había contestado demostraba claramente que no la conocía.

Acaso había dejado la enseñanza y traspasado el colegio; ¿quién sabe?

Volví á subir la escalera y llamé.

Se abrió la puerta y..... un perro viejo, lanudo, Mustafá, en una palabra, se abalanzó á mí, loco de alegría, ladrando, ahullando, gruñendo, saltando..... había encontrado al fin un amigo..... había encontrado á Amparo.

Sin hablar ni una palabra á la criada que me miraba con asombro, seguí á Mustafá que en medio de sus caricias se dirigía hácia el interior.

En aquel momento escuché el preludio de un piano.

¿Qué había de misterioso en aquel sonido que penetraba en mi alma, que me traía algo del alma de Amparo?

Porque yo no dudaba de que ella era la que producía aquel sonido.

Hay, sin disputa, en nosotros, un sentido íntimo, una intuición poderosa, sabía, que nunca se engaña, que nos habla continuamente, que nos avisa, que nos dirige, que nos ilumina, que es la inspiración del poeta, el fuego del entusiasmo, la adivinación, y al mismo tiempo la razón, la percepción de lo que no está al alcance de nuestros sentidos.

Y esta intuición, este fenómeno de nuestro ser, no comprendido aun, me decía:

«Ella es la que produce esa armonía sentida, dulce, lánguida; esa armonía que gime; esa exhalación de un alma que sufre y llora como solo puede sufrir y llorar Amparo, de una manera dulce, resignada, poética: esa es su alma transmitida por sus dedos á las cuerdas de un instrumento.»

Y contuve con un ademán á la criada que iba á anunciarme, y con una caricia acallé las ruidosas manifestaciones de alegría de Mustafá.

La criada permaneció inmóvil y admirada en el lugar en que se encontraba, y Mustafá, como si me hubiera comprendido, calló y se encaminó á la puerta de la sala, en la cual se sentó, dirigiendo alternativamente sus miradas á la persona que había dentro y á mí.

El piano continuaba lanzando magníficas, pero fugitivas armonías, como si obedeciese á una mano distraída, pero maestra: yo me acercaba todo conmovido, trémulo, desconcertado hácia

el lugar de donde partía el sonido, y como si aquel sonido hubiera sido el medio de una atracción irresistible.

Al fin aquellas armonías desordenadas, inconexas, no escritas, emanadas por sí mismas, sin conciencia de quien las producía, se ordenaron, se desarrollaron, crecieron, interpretando un magnífico canto de sentimiento; y luego una voz de mujer, como yo no había oído jamás, tan extensa, tan grave, tan dulce, tan elocuente, tan pura, cantó.

Yo no sé lo que cantó: cuando el sentimiento se desarrolla, cuando domina, cuando inunda todo nuestro ser, la razón calla: yo no apreciaba, yo no comparaba, sentía: y aquel sentimiento me dominaba, me arrastraba hácia la mujer que producía en mí aquel sentimiento.

Cuando llegué á la puerta me detuve y lancé al interior una mirada ansiosa: sentada de espaldas á mí, delante de un piano estaba una mujer.

Seguía cantando.

Yo me acerqué silenciosamente, atravesé la habitación y quedé de pie, inmóvil, detrás de ella.

Ella continuó cantando; pero de repente, como si mi ser se hubiera hecho sentir del suyo, á pesar de que no me veía, de que no la tocaba, de que no producía el menor ruido, de que contenía mi respiración, volvió la cabeza y me miró de una manera profunda, tranquila, con una de esas largas miradas que solo duran un momento; y luego espiró el sonido del piano, y ella se puso pálida, contuvo un grito, se levantó y quedó inmóvil delante de mí.

Por un momento ni ella ni yo hablamos.

Yo la contemplaba.

Nunca había visto tan soberana hermosura; nunca tanta majestad y tanta sencillez: estaba fascinado, trémulo; y sin embargo yo no conocía á aquel ser divino, á aquel ser á quien no me atrevo á llamar mujer.

No, no la conocía: era para mí enteramente nueva.

— ¡Ah! perdone V., la dije: me he equivocado..... buscabas..... dispénsame V., á los pies de V.

— ¡Buscaba V. á Amparo! me dijo.

— Sí..... en efecto, una joven.....

— Que encontró V. hace seis años á media noche en la calle.....

Y los ojos de la joven se llenaron de lágrimas.....

— ¡Amparo! exclamé, reconociéndola al fin.

— Sí, yo soy Amparo, me contestó dominándose y sonriendo tristemente; yo soy su protegida de V.

Y calló, me indicó el sofá, y fué á sentarse junto á él en un sillón.

Seguimos guardando silencio por algun tiempo.

Yo la contemplaba con asombro.

Quisiera poder describirla.

Pero es imposible.

Yo solo puedo daros una descripción incompletísima; yo solo puedo deciros que era una joven de veinte años, alta, esbelta, admirablemente formada, con ojos negros, grandes, brillantes, hermosos hasta lo infinito; frente blanca, tersa, pura como el marfil; vamos: es imposible, lo veo: á una mujer hermosa se la pinta, no se la describe; y aun pintándola, por mas que el retrato sea obra de un gran artista, solo tendreis el remedio, porque faltará allí la vida; porque una fisonomía no se reproduce en un solo rasgo, en una sola manifestación; porque no pueden fijarse, reproducirse las ondulaciones del alma; esa sonrisa á la que sucede una gravedad triste; esa mirada anhelante que vacila y tiembla delante de vuestra mirada y se aparta de vos para volver á buscaros; ya mas serena, mas cauta, rehecha de la primera impresión; esa boca entreabierta y pura que deja escapar un hálito ardiente y entrecortado; ese seno que se alza y se deprime obedeciendo á ese hálito; no, no; el pintor solo puede reproducir el alma en un momento dado; y el alma, que es la luz del semblante, no se reproduce, no se manifiesta en una sola sensación..... es imposible que yo pueda daros una idea de Amparo.

Lo que sí puedo deciros es que estaba completamente trasformada: solo conservaba de lo que había sido, la cicatriz de la herida que se había hecho en la mano derecha al huir de la infamia: por lo demás, los gérmenes morales y físicos que en ella existían cuando yo salí seis años antes de Madrid, se habían desarrollado: en lo moral no era ya pobre muchacha de maneras humildes, viva y tímida á un tiempo, recelosa y confiada, conocedora solo de la miseria y resignada por un instinto de fuerza á su pobreza: era en el aspecto una dama en la que nada podía echarse menos, ni las maneras sueltas, dignas y sin afectación del gran mundo, ni el gusto mas exquisito en el traje, ni la posesion de sí misma, ni la ausencia de toda afectación, de todo encogimiento: quedaba siempre en ella la mirada lúcida, anhelante; la dulce palidez, la triste sonrisa, la expresion melancólica y profundamente resignada; pero no era aquella la resignacion que se refiere á los dolores físicos, á las privaciones, al trabajo, á la carencia de todo lo necesario: era una resignacion mas terrible, porque se referia al infortunio del alma; á la carencia de esas expansiones, sin las cuales un ser humano no es otra cosa que un cadáver á quien su propio cuerpo sirve de ataud ambulante.

(Continuará).

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

EL ULTIMO BENI-OMEYA.

LEYENDA MOHISCA.

POR DON VENTURA GARCIA ESCOBAR.

III

HORA DE LÁGRIMAS.

Es una noche; en el éter
No brillan los luminare,
Y el viento á lo lejos zumba
Con melancólico embate.
¡Todo es tinieblas... silencio!...
¡No!... que susurra en los aires
De oculta y sentida plática
El son misterioso y frágil.
Está el verjel solitario;
Bajo los desnudos árboles
Arrastra el ciervo aterrorado
En pedazos sus ropajes.
No ya pintada maceta
Muestran los vasos de jaspe,
Ni sobre cuadros vistosos
Florece los arrayanes:
Que la noche es un sudario,
Y el jardín es un cadáver.
¿Quien turbará en tales horas,
Y en noche de horrores tales,
La soledad y el reposo
De Djida en los ricos lares?...
Es ella, la niña hermosa,
¡Y su amador el buen Zayde!
Allá, de un kiosco lejano
En el seno inescrutable,
Se oyen algunos suspiros
Que el corazón tristes parten,
Y de una plática dulce
Sones en el aura errantes,
— ¡Me vas á olvidar!... apenas
De mí ¡ay misera! te apartes,
Tu Djida cándida y mustia
Llorará ajeno á su Zayde.
— ¡No mas, Djida, que me matas!...

Ten lastima de mis males.

Antes sol faltará al día,

Son y movimiento al aire,

Luz al rayo, voz al trueno,

Llama al fuego, agua á los mares,

Que Zayde al amor de Djida

Traidor ni perjuro falte.

— De las castellanas tierras

Quizá las nobles beldades....

— Duda del matiz del campo,

Del olor de los rosales,

Del alba que da en tus ojos,

Del aura que respirases;

Duda del candor de tu alma,

Del santo amor de tu madre;

Duda que el Profeta es solo,

Y duda que Allah es grande...

Y no dudes, ó me muero,

Bella Djida, del buen Zayde,

Tu amor es el elemento

De mi ser: faro radiante

Que en el sendero del mundo,

Del bien al puesto me atrae;

La luz de las esperanzas,

Santa, espléndida, inefable.

El germen de los placeres,

Y antídoto de los males.

Tu amor me crea otro mundo;

Nuevo ser tu amor depárame,

Y me arranca de un abismo.

Y el supremo Eden me abre.

— No partas ¡ay! me parece

Que la eternidad se abre...

Quédate... — La guerra santa

Me llama á nuevos combates,

Y la patria, como suyo,

Mi brazo tambien demandame.

— Vas á morir... me lo anuncia

Con latidos funerales

El corazón... — Ilusiones

¡De tu amor! — No; no te marches.

Lo ordena el Califa, y dice

Que en Castilla está esperándome

Almanzor, mi inclito deudo;

Del Corán el baluarte...

— Ten piedad de mí... — ¡Alma mía!

— ¡Nada en tí pueden mis ayes!...

— Me haces mucho mal... — ¡El alba!

No puedo mas... — ¡Djida!...

— ¡Zayde!...

Calló el eco; mas á poco

Suena un adiós lacerante,

Y entre las auras parece

Fantástico deslizarse

Un son misterioso y ténue

A dos besos semejante.

Y despues llegó la aurora

Por las puertas celestiales

A iluminar con sus rayos

El parasismo en que yace

La niña de faz de cielo,

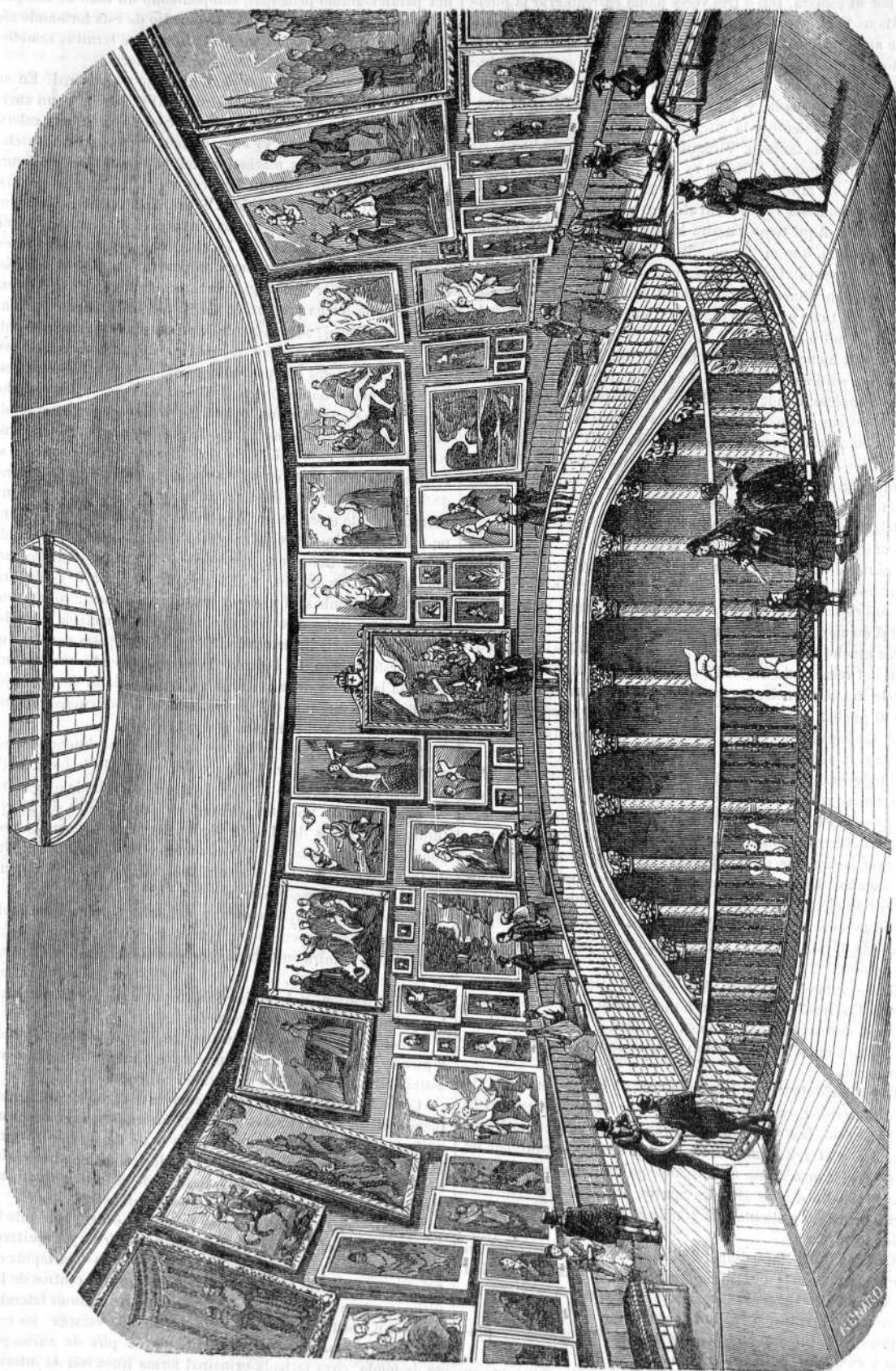
De quince años no cabales.

(Continuará.)

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Los guerreros españoles acometieron empresas en ambos mundos iguales á las de los capitanes griegos y romanos.

Madrid. — Imprenta de la VIUDA DE PALACIOS.



Museo real de pinturas de Madrid.

El rey Carlos III, á quien se deben los monumentos y edificios principales que adornan la poblacion de Madrid, se paseaba agitado por su cámara. Dos ó tres veces habia entreabierto la puerta y llamado al gentil-hombre que hacia la guardia. En el modo de andar demostraba la impaciencia que le dominaba. De pronto se abrió la puerta de la cámara, y un gentil-hombre anunció al arquitecto Villanueva. Era un hombre de mediana estatura, bien formado, y cuya mirada penetrante y ancha frente revelaban el talento y la inteligencia.

—Mucho has tardado, Villanueva, dijo el rey.

—Señor, contestó Villanueva inclinando la cabeza respetuosamente, es mucha la distancia que hay desde el prado de San Gerónimo hasta vuestro real alcázar: ese ha sido el motivo de mi tardanza. Aquí tiene Vuestra Majestad los planos, y el modelo del Museo, que me ha mandado hacer.

El rey desenvolvió los planos, los extendió sobre un velador, y estuvo detenidamente estudiándolos y haciendo mil preguntas á su arquitecto de cámara Villanueva: despues dándole un golpe en el hombro le dijo:

—Están bien: llenan completamente mis deseos. Pienso reunir en este edificio, y al mismo tiempo señalaba á los planos, un museo completo, donde colocadas en diferentes galerías las ricas colecciones que poseo, tanto de historia natural como de los cuadros y esculturas que desparramados por mis palacios yacen oscurecidos á la vista y al estudio de los aficionados. De esta manera lograré dar á las artes el impulso y actividad que las dieron mis augustos predecesores.

Ocho dias despues el prado de San Gerónimo estaba en completa animacion; por todas partes se veian peones, y albañiles, y carpinteros. Un hombre con un baston delgado en la mano, que al mismo tiempo le servia de medida, dirigia aquella muchedumbre laboriosa: era que el edificio destinado para Museo general de ciencias y artes, empezaba á construirse.

Por mucho tiempo duró esta actividad; pero los sucesos políticos del reinado de Carlos IV vinieron á paralizarlos. La guerra de la independencia, esa guerra heroica que tanto nombre ha dado al pueblo español, hizo que se suspendiesen todos los trabajos. La España necesitaba soldados, y el jornalero que antes manejaba la piqueta ó el martillo, lo arrojó al suelo al grito santo de independencia, y en su lugar tomó el fusil para defender su patria, su religion y su rey. Todos conocemos los sucesos de esta guerra; admiracion de la Europa entera, y en que los esfuerzos del heroico pueblo español hicieron retroceder por primera vez las águilas imperiales capitaneadas por el coloso que algunos años despues debia espirar lejos de su patria, abandonado y solamente asistido por algunos fieles servidores que no le abandonaron hasta que exhaló su último suspiro en la isla de Santa Elena, y bajo la guardia y la vigilancia de los ingleses.

Entre tanto el edificio del Museo se iba deteriorando por momentos. Los franceses lo habian hecho cuartel y depósito de municiones, destruyéndolo casi en su totalidad á su salida. La lluvia y la inclemencia del tiempo habian secundado la obra de destruccion.

Restablecida la tranquilidad en España y vuelto Fernando VII de su cautividad, emprendió con nuevo ardor la obra empezada por su abuelo. Las reparaciones fueron tasadas en siete millones de reales, y el rey señaló de su bolsillo secreto la cantidad de 24,000 reales mensuales, que pagados puntualmente por la real casa en medio de los grandes apuros en que se encontraba, dieron principio y aliento á la grandiosa obra de Carlos III y de Villanueva.

La reina Doña María Isabel de Braganza contribuyó tambien al feliz éxito de esta obra, desprendiéndose con la generosidad que la caracterizaba de la pension que por razon de alfileres tenia consignada sobre la renta de correos.

Por fin, la parte del edificio destinada para galería de pinturas y escultura, quedó concluida.

El edificio se compone de una planta rectilínea que tiene en su centro un paralelogramo de 378 piés de largo por 74 de an-

cho, termina en sus extremos con otros dos cuerpos de planta cuadrada de 151 piés de lado, y sus centros hacen línea con el del paralelogramo principal, componiendo un todo de 680 piés su línea principal y la opuesta. Del medio de esta formando ángulo recto, parte un salon paralelogramo, que termina semicircularmente, de 66 piés de ancho por 86 de largo.

Consta el edificio de dos cuerpos, bajo y principal. En su gran fachada que es la que está situada al O., se eleva un cuerpo arquitectónico de 28 piés de altura, compuesto de una galería de 13 piés de fondo, con 14 arcos de medio punto y 4 adintelados, enriquecidos sus machones con 16 hornacinas de figura rectangular, al aire y en sus huecos igual número de estatuas alegóricas al objeto del edificio. Sobre ellas en el espacio que media hasta la cornisa hay otras tantas medallas circulares, con los bustos en bajo relieve de hombres célebres en bellas artes, coronando este cuerpo una imposta general en todo el edificio. La fachada interior de esta galería consta de un órden de 14 ventanas, con la buena proporcion de 10 piés de alto por 6 de ancho en sus huecos, adornadas de jambas, dinteles, guarda-polvos y repisas sostenidas por ménsulas. Intesta esta galería por sus extremos en dos cuerpos salientes 36 piés de ella, compuestas sus fachadas de un órden de 5 ventanas y 2 en los costados de cada una, iguales en un todo á las de la fachada interior de la galería, finalizando este cuerpo la misma imposta general que corre lineal por todo el edificio. La fachada que mira al S. y al Jardín botánico consta en su cuerpo bajo de un zócalo general de 10 piés que suple el desnivel de la anterior fachada, y de un cuerpo saliente en su centro 5 piés de su línea, y de 50 de frente; todo de piedra berroqueña y blanca de Colmenar, colocada con el mayor acierto, compuesto de dos ventanas y una bellísima puerta en su medio, de 22 piés de alto por 9 1/2 de luz, adornada de jambas, dintel y pilastras con su basa, concluyendo en unas cartelas diestramente talladas que reciben la repisa del balcon principal, haciendo línea con la imposta general que corona este cuerpo. La fachada de la espalda en la que está suprimida la galería de la principal es igual todo su cuerpo bajo, y el órden de ventanas que la compone al de los cuerpos laterales, y coronado de la imposta general.

Sobre dicha imposta formando su techo al pavimento del piso principal, se eleva en el cuerpo del centro de la fachada de poniente otra galería de 22 piés de alto é igual fondo que la baja, compuesta de un intercolumnio de órden jónico de 28 columnas de 17 piés de alto de piedra berroqueña y sus correspondientes contrapilastras, con capiteles y basas áticas de piedra de Colmenar, cargando á plomo de los maticos que resultan entre los arcos y hornacinas de la galería baja.

Termina este cuerpo la cornisa del mismo órden insertando sus extremos en los cuerpos salientes laterales. Sobre la referida cornisa se mira en toda su línea un sotabanco ó medianino de 8 1/2 piés de altura, con un órden de 18 ventanas que iluminan el gran salon, y de 6 piés de alto por 8 de ancho con jambas y dinteles de piedra berroqueña.

Finaliza este cuerpo último un grandioso cornisamento de 8 piés de alto y de la misma piedra, con ménsulas bellamente distribuidas, el cual corre por todo el edificio.

Constituye la entrada principal de esta fachada, interrumpiendo el centro de ambas galerías, un majestuoso cuerpo arquitectónico, saliente 24 piés de ella y de 64 de frente, compuesto de 5 intercolumnios de órden dórico de 40 piés de alto con sus correspondientes contrapilastras de piedra berroqueña, con basas áticas y capiteles de piedra de Colmenar.

Termina este cuerpo la cornisa del mismo órden, haciendo línea con la jónica de la galería, ocupado su friso y arquivado por una gran inscripcion que se ha de poner en una lápida de 60 piés, cuyos lados terminan á plomo de los dos centros de las últimas columnas. En el medio de los intercolumnios laterales se eleva un pedestal de 5 piés que recibe una estatua: los restantes dan entrada á un gran pórtico de 32 piés de ancho por 28 de fondo, cuya fachada principal forma línea con la interior de la galería, y es compuesta de tres puertas de 18 piés de alto

por 40 de ancho la principal, y 10 por 5 las restantes, con ventanas á plomo de ellas y sus jambas y dimensiones correspondientes. Sobre la cornisa de este cuerpo se eleva un ático con su frontis, atando su cornisa con el cornisamento principal del edificio; en su centro, sobre un cuerpo resaltado y de 41 pies de línea se halla un bajo relieve de 33 pies de ancho por 8 de alto. A los lados de este cuerpo y sobre sus zócalos, asentarán dos Farnas y un grupo alegórico, descansando sobre tres gradas, ha de ocupar el centro y concluir el ornato de este cuerpo. En los laterales de esta fachada de O. consta su piso principal de un orden de 5 balcones volados en su frente y 2 en los costados de cada uno, de 17 pies de alto por 7 de ancho en sus huecos, con sus repisas de piedra berroqueña, adornados de jambas y dinteles en sus mochetas y pilastras, cartelas y guarda-polvos, todo de la misma clase de piedra. Haciendo línea con estos corre una imposta ó faja general que ata á la altura de la cornisa de la galería últimamente descrita, y sobre ella y á plomo de los balcones tableros de 4 pies de alto por 10 de ancho, resaltados, terminando este cuerpo el cornisamento general del edificio. Sobre este se eleva otro sobabanco de 8 pies de alto, con un orden de ventanas apaisadas con jambas y una sencilla cornisa general de piedra berroqueña.

En la fachada que mira al S. ocupan el centro del cuerpo principal 5 intercolumnios de orden corintio de 30 pies de alto con las proporciones mas bellas del antiguo, y su correspondiente cornisa que ata con el cornisamento general del edificio ó columnio al medio para la colocacion del balcon principal, cuyo hueco concluye en un medio punto, y sobre las laterales tableros resaltados. Un grupo alegórico finaliza este cuerpo.

El resto de la fachada y toda la de la espalda del edificio es igual en todas sus partes á la de los cuerpos salientes de la fachada principal. En el centro de la fachada que mira al N. y en la cuesta de San Gerónimo haciendo línea con ella, principia una escalinata, cuya superficie á causa del asiento del terreno por este punto, ata con la imposta del cuerpo bajo del resto del edificio. Esta da entrada á un pórtico de 62 pies de frente con 16 de fondo, compuesto de tres intercolumnios de orden jónico del mejor gusto griego, con su correspondiente cornisa, que ata con el cornisamento general. La fachada interior de este pórtico consta en su centro de una gran puerta que termina semicircularmente de 27 pies de alto por 12 de ancho, y á sus lados 2 hornacinas para estatuas. Sobre la cornisa y centro de este cuerpo se elevan 3 gradas que sirven de base á un grupo que la termina con elegancia. Los restos laterales de esta fachada, son iguales á los de su opuesta en todas sus dimensiones.

La distribucion interior del edificio ligeramente descrita es la siguiente: Su entrada principal por el pórtico de la fachada N. da á un ingreso ó vestíbulo circular de 8 columnas de orden jónico antiguo, y cubierto de una cúpula encasetonada y abierta por un anillo de 10 pies de diámetro.

Circunda á este vestíbulo una galería abovedada de 13 pies de ancho por 35 de alto, que sirve de comunicacion general, y dos puertas situadas en sus medios laterales dan entrada á dos grandes salones de 141 pies de largo por 31 de ancho.

Por la puerta de su frente se pasa á una pieza cuadrada de 35 pies de largo y 28 de ancho por 56 de alto, cubierta por una cúpula con ventanas de 11 pies de alto por 9 de ancho en sus arcos torales.

A su frente un arco de 29 pies de alto por 17 de ancho es la entrada de un suntuosísimo salon abovedado de figura paralelógrama, de 378 pies de largo y 36 de ancho por 38 de alto, con un cuerpo de 44 pies de altura en su medio (sin interrumpir sus principales líneas), cubierto de una cúpula abierta por una claraboya circular de 12 pies de diámetro por 11 de alto que en union de otras 8 repartidas por toda su línea, iluminan el todo del salon.

El lado izquierdo de este cuerpo da entrada á otro magnífico salon terminado en semicírculo de 88 pies de largo por 50 de ancho, cuya construccion sigue aunque lentamente, y desde el cual se verán á la vez la galería de pinturas y la de escultura.

Por el frente del gran salon paralelógrama se pasa á una pieza circular de 42 pies de diámetro y 44 de alto, iluminada por la parte superior y cubierta por una cúpula. Las 4 puertas que en ella se hallan dan paso á una galería en que están las entradas de dos salones iguales á los que se hallan á los lados de la rotunda de entrada por la fachada N., y dicha galería rodea un patio de 50 pies de largo por 40 de ancho.

Por el centro del frente de la misma galería se entra á la pieza cuadrada que termina este edificio, abovedada, de 38 pies de largo y 32 de ancho por 41 de alto. Tiene además el edificio otras doce salas que contienen cuadros, de las cuales cuatro están ya habilitadas para galerías históricas, en que se halla la serie cronológica de retratos de los reyes de España, con varias pinturas que representan sucesos importantes de la historia del país, y además tiene los magníficos salones y rotondas de la galería de escultura que corresponden debajo del salon paralelógrama y pieza circular inmédiata, con mas la sala de restauracion de pinturas, salas de depósito de estas, y local dispuesto para habilitar en el ático de uno de los pabellones del S. otras salas parecidas á las recientemente concluidas para museo ó galería histórica.

El grabado que damos hoy á nuestros lectores, representa la nueva sala de pintura y patio de escultura que el inteligente y celoso director del mismo D. José Madrazo ha hecho construir despues de vencer mil contrariedades y sobre todo la escasez de fondos. En esta galería se han reunido los mejores cuadros de las diferentes escuelas. A su frente y como presidiendo esta rica coleccion, se encuentra el famoso cuadro del Pasmo de Sicilia, obra maestra de Rafael de Urbino; y que continuamente llama la atencion de todos los que visitan esta sala.

No me detendré hoy á hacer la descripcion de los cuadros, ni de las diferentes escuelas que encierra el real museo; es empresa demasiado árdua para mí. Un jóven, mi amigo, mi compañero de infancia se ha encargado en un segundo artículo de dar á conocer á nuestros lectores todas las preciosidades que en cuadros posee este establecimiento, el mas rico de Europa.

Notable ya este jóven por sus artículos sobre la exposicion de pinturas, publicados en *Las Novedades*, á todos dejará satisfechos; el nombre solo de Agustín Bonnat, es para este trabajo una garantía.

JOSÉ MUÑOZ GAVIRIA.

UN NIÑO MISIONERO.

Nada hay mas grande que esos gloriosos confesores, esos hombres que animados por el espíritu de Dios van á llevar la caridad de la fé cristiana á las naciones salvajes embrutecidas por el despotismo y sentadas en la sombra de la muerte.

Desde el momento en que Cristo dió su mision á los apóstoles para que predicaran el Evangelio hasta nuestros dias, almas nobles y generosas se han consagrado á la extension del catolicismo; y en nuestros dias mismos admiramos las obras sobrehumanas de algunos pobres sacerdotes contemporáneos nuestros, á quienes apenas, en medio del tumulto de las cosas humanas, siguen algunos ojos al través de las escalas de Levante, la Bulgaria, el Líbano, la Siria, la Persia, el Mogol, el Malabar, Bengala, Tonquin, la China, la Corea, los archipiélagos del oceano, hasta las riberas en fin del Misissipi.

No hace muchos años todavía que un celoso y modesto sacerdote, á quien conocemos, penetró en las islas de Fernando Póo y de Annobon, y tomando posesion de ellas en nombre de la cruz de Cristo y de la reina de España volvió á Madrid, trabajando incesantemente un año y otro año para que se enviasen allí misioneros que abriesen los ojos de la fé y de la civilizacion á aquellos pobres naturales sumidos en la mas completa ignorancia y en las tinieblas de la idolatría. Por fin, despues de esfuerzos inauditos, hace dos meses que ha marchado á aquellas regiones para evangelizarlas el presbítero D. Miguel Martinez, cura párroco de Chamberí, el que acompañado de algunos

jóvenes eclesiásticos, y de obreros y artesanos de distintos oficios, se ha embarcado para dichas islas á fin de llevar con sus sacerdotes la palabra de Dios, y con los artesanos los primeros y mas necesarios rudimentos de las artes, que han de servir de base á la civilizacion de aquellos pueblos incultos.

En el primer viaje de descubrimiento y exploracion de estas islas, al desembarcar los primeros misioneros en una de ellas,

inmediata á las de Fernando Póo y Annobon y habitada tambien por salvajes, se encontraron cerca de las playas del mar, sobre una roca, una cruz toscamente construida y una porcion de niños negros en actitud de adorarla, dirigidos por otro niño blanco, tambien de pocos años. Al rededor de aquel altar, con la cruz cubierta todavia con su corteza, rezaban con voz argentina en español la oracion del Ave Maria.



Grande fué el asombro de los misioneros al encontrar en aquel país donde creían que era nueva la idea de la cruz un tosco y verde altar levantado á ella.

Al verlos, el niño gritó en claro é ininteligible español: ¡Curas! y todos los negritos volvieron inmediatamente la cabeza hácia los misioneros. Estos, al ver aquel niño, le rogaron que los llevase á casa de sus padres; pues veían que no era de los indígenas. Contóles el niño que haría como un año que habia sido arrojado allí en un gran naufragio, separado de sus padres, y que no los habia vuelto á ver: que recogido por unos negros le habian criado al lado de sus hijos, y que recordando el lo que habia visto cuando se hallaba muy lejos de allí, vi- viendo con sus padres, habia hecho aquella cruz, habia enseñado á los negritos las oraciones que todos los días su madre le hacia repetir al levantarse y al acostarse, y que juntos se ponian todos los días de rodillas ante aquella cruz que entre todos ellos habian hecho.

— Luego son cristianos: los hemos visto rezar contigo: dijeron los misioneros.

— Yo no sé lo que son, dijo el niño; me ven orar, se arro- dillan en rededor mio, y han aprendido alguna de las palabras; pero no sé si las comprenden ó no; porque yo no entiendo su lenguaje. Sin embargo, les he enseñado á todos á hacer la señal de la cruz y no dejan jamás de hacerla cuando pasan delante de esta cruz.

— Y ¿quién ha levantado esta cruz?

— Yo, dijo el niño; me he acordado de las que hay de tre- cho en trecho en mi tierra.

Y al concluir esta sencilla relacion, el pobre niño no pudo contener sus lágrimas y profundos suspiros.

Los misioneros le preguntaron su nombre: el niño no lo sa- bia; no recordaba ni el nombre de su patria, ni el punto donde habia residido; no sabia tampoco fijamente cuánto tiempo ha- cia que permanecía en la isla, porque no habia medió ninguno para poder medir el tiempo.

Admiráronse los misioneros, y dieron mil gracias á Dios, res- petando sus impenetrables designios de que un niño que no sa- bia contar, que no sabia leer, que no estaba iniciado en los mis-

terios de la religion, hubiese echado los gérmenes y comenzado la conversion de toda una tribu, tanto que los misioneros únicamente tuvieron despues que acabar su obra.

Aquel niño, aquel primer apostol de estas islas ha permanecido en ellas, y es seguro que puesto en comunicacion con los obreros evangélicos que en el mes de mayo de este año han salido de España para llevar allá la palabra de Dios, les será de un fuerte y poderoso auxilio, porque ya conocerá el idioma y las costumbres peculiares de aquellos pueblos.

José MUÑOZ GAVIRIA.

EL TOREADOR (1).

Dice el *Diccionario de la lengua castellana* que *toreador* es «el que torea», y aunque la tal definicion no nos ilumina gran cosa que digamos, nos satisface, sin embargo, y la admitimos, puesto que estamos en el secreto de que si los sabios académicos no dijeron lo bastante, pensaron decir algo mas, y fué: «Que por toreador se entiende el que torea por aficion y sin recibir por su trabajo recompensa alguna.» El *torero* es precisamente el reverso de la medalla. Pero dejemos á este individuo para mas adelante, y remontémonos al origen del espectáculo.

Los toreadores son poco menos antiguos que los toros, y desde que el hombre vió por la primera vez al cornudo monarca del soto, le ocurrió huir del soberbio empuje de su testuz, y se decidió á no dejarse enclavar en sus astas. Si el toro fué uno de los animales que se salvaron del diluvio, es indudable que Noé le *citaria* para obligarle á entrar en el arca, y que al sacarle de ella le volvería á citar, sirviéndole de *burladero* la puerta.

Queda pues probado, y si no lo estuviere lo probaremos mas adelante, que con el toro nació el torero, y á la par de ambos el toreador.

Mas ó menos perfeccionada, por aficion ó por oficio, por necesidad ó por pasatiempo, las corridas de toros son tan antiguas como el toro mismo; si este bicho lo es tanto como el mundo, resulta probado que el toro y el toreador existen desde que el mundo es mundo.

Pero si al lector no le gusta marchar de una en otra hipótesis para averiguar el origen de esta clase de fiestas, nosotros le diremos que el célebre Rodrigo Díaz de Vivar (el Cid Campeador) alanceó toros desde el caballo; y que desde el siglo XII se conocen las corridas de toros en España. Ellas fueron el mayor recreo de la nobleza de Alfonso VII, y desde entonces hasta nuestros dias, ha ido siempre en aumento este espectáculo *solo de España*, como dijo en el año de 1500 el licenciado Francisco Cepeda. Diferentes monarcas han alternado en las lides de toros, con los caballeros, disputándose el premio que la dama mas hermosa de la corte destinaba para el mas diestro y galan. Los reyes moros de Granada usaban tambien esas fiestas de competencia con los castellanos, y en las bodas del rey don Juan con doña María de Aragon, tomaron gran incremento las corridas de toros; siendo esto causa de que algunos escritores hayan querido suponer que desde entonces se conoce esta diversion como espectáculo público y nacional. Nosotros nada diremos en pro ni en contra de esa opinion, porque no contamos cuatrocientos años de vida, ni nos dirigimos á personas que se hallen en tan lastimoso caso.

Tomaremos las cosas tal cual están, sin cuidarnos de averiguar cómo estuvieron, y puesto que ya el toreo no es una mera diversion sino un arte, y los toreadores son artistas, y artistas *diestros*, dejaremos á un lado á los toreadores de aficion, para ocuparnos de los toreros de oficio.

EL CHULO.

Este individuo de la vasta familia de los toreros, que se forma de un muchacho de corazon, osado, temerario, de buenas piernas, y que á ser posible esté bautizado en Andalucía, es el em-

(1) Estos artículos fueron escritos en 1849 para un album de tipos españoles, que publicó en París un pintor francés, despues de haber residido algun tiempo en España.

brión de los Romeros, de los Costillares, Pepehillos, Montes, Cu-chares y Redondos. Desde muy niño se le ve abandonar la escuela por asistirá la corrida de toros, y ganarse la amistad de los picadores, cuidándose los caballos mientras dura la fiesta, y examinando luego las estocadas que recibieron los toros, con una curiosidad verdaderamente artística. Antes de cumplir los diez y nueve años de edad, ya asiste al matadero público, donde le permiten torear las vacas destinadas al sacrificio, y frecuentando el trato con los maestros del arte, va adquiriendo la posicion que algun dia ha de coronar sus deseos de la infancia. Pero no es en la lidia de las reses de la carne donde el neófito recibe el bautismo de toreador, ni donde se inicia en la gran familia de los lidiadores. Las corridas de novillos son el principio de su carrera y la pieza de exámen que le ofrecen los que algun dia han de guiarle al templo de la inmortalidad, ó han de ver con envidia sus triunfos; pues mas de una vez sucede que los maestros se arrepienten de haber enseñado al chulo los primeros rudimentos de la tauromaquia.

Es lo cierto, sin embargo, que no hay hombre sin hombre, y que el toreador que aspira á ser torero, necesita la proteccion de un espada que le admita en su cuadrilla, permitiéndole ensayar algun dia la difícil suerte de las banderillas. Esta gracia, repetida con buen éxito media docena de veces, y aplaudida otras tantas por el público, da á nuestro novicio la respetable investidura de

BANDERILLERO.

Hasta que adquiere este grado en la carrera, viste de negro con media blanca, y su principal oficio en la plaza es el de acudir con una espuerta de arena á empapar la sangre con que los caballos heridos por el toro regaron el *redondel*. Desde que se hace banderillero, ya puede vestir de plata y seda, y no le falta algun gran señor que, declarándose su padrino, le regala un vestido de lujo, en gracia de haberle brindado, tal cual vez, un par de banderillas, ó *echado* en su nombre un capote al toro. Pero esto no puede hacerlo sin su cuenta y razon; porque el espada á quien sirve le pide, al final de la corrida, estrecha cuenta de las capas que echó sin su permiso, *descomponiendo la cabeza* al bicho, ó *quitándole las piernas* mientras se estaba picando. El banderillero es un verdadero ayudante del general en jefe, que es el espada, y no debe hacer nada que este no le ordene. Debe tener siempre un ojo fijo en el toro y otro en el espada, para cumplir bien con su obligacion; siendo la principal el estar pronto á *sacar el toro* de los caballos cuando *recargue* y nada mas, cuidando mucho de echarle el capote á los ojos. Llegada la hora de las banderillas, es cuando nuestro héroe queda entregado á sí mismo, sin mas director de escena que las reglas del arte y el estudio que haya hecho durante la lidia, de la naturaleza y resabios del toro. Este conocimiento es de la mayor importancia, y es el que decide el lucimiento de la suerte y hasta la vida del banderillero. Segun haya observado que el toro es *boyante*, *abanto*, *tuerto*, *burri-ciego*, etc., deberá intentar clavarle las banderillas al *cuarteo*, á *media vuelta*, á *topa carne-ro*, al *sesgo* ó al *recorte*. Esta última suerte es la de mayor lucimiento y la mas atrevida. El diestro que la repita tres ó cuatro veces en una temporada, puede estar seguro de una fama imperecedera. No hay nada mas elegante ni mas airoso que ver á un banderillero serpenteando el cuerpo para recortar á un toro boyante que se humilla engañado hasta clavarle los palos. El diestro que acaba con felicidad esta difícil suerte, puede pasear con orgullo la plaza entre las aclamaciones del pueblo, cuyo entusiasmo llega algunas veces hasta pedir que el espada ceda la muerte del toro al afortunado banderillero. En cuyo caso ya no es de nuestra incumbencia el describir lo que allí pasa. Otra es ya la categoría del novicio.

EL ESPADA.

A este rey de la fiesta, verdadero Cid Campeador de la batalla, no está bien que le vea el lector con el capote al brazo, corriendo en seguimiento del toro para llevarle hacia los picadores; no porque esta suerte y la de sacar el toro *pegajoso*, cuando

recarga, sea de poco lucimiento, sino porque despues de las banderillas, dió el clarín la sentencia de muerte al bicho, y es llegada la hora de ver al diestro con la muleta y el estoque en la mano izquierda, arrojar lejos de sí la montera, despues de haber tomado la venia de la autoridad que preside la plaza.

En ese momento supremo, un silencio religioso sucede á la continua gritería de los espectadores. Las gentes que ocupan los tendidos inmediatos al palco de la presidencia, se alzan en pié para acompañar en el saludo al espada; y este, con una rodilla en tierra, si la Reina asiste á la corrida, ó de pié en caso contrario, suelta este ú otro brindis parecido:

Ea, señor presidente, allá va por la de usía, por todo su acompañamiento, por la gente de Madrid y los forasteros, y por lo que cada cual tenga mas guardao en el pecho.

El público aplaude la improvisacion del espada que, gallardo y airoso, marcha decidido á encontrar al bicho, llevando detrás de sí los mas diestros de la cuadrilla, prontos á ejecutar cuanto él les diga, y mejor convenga al buen éxito de la suerte. Nuestro héroe ha hecho ya un completo estudio del animal que ha de ser su víctima ó su verdugo, segun el resultado del duelo á muerte; avanza de frente, mas ó menos, á proporcion que el toro tenga pocas ó muchas piernas; le cita con la muleta hasta hacerle tomar el engaño, y despues de darle unos cuantos pases al natural, ó de pecho, se le cuadra perfilado, con la mano derecha sobre el pecho y la punta de la espada marcando ya el sitio por donde ha de buscar la sepultura; cita de nuevo al toro, este se humilla, el espada avanza el brazo que tenia encojido sobre el pecho, y cuando el toro tira la cabezada que le da la muerte, el diestro se halla fuera de peligro. Pero esta airosísima manera de matar los toros, es, como todo lo bueno, muy difícil, y no se ve todos los dias, ni á todos los toreros, ni con todos los toros, la suerte de matarlos *recibiendo*. A la carrera, á media vuelta, á paso de banderilla, ó á volapié, suelen morir la mayor parte de los bichos, con mucho sentimiento de los aficionados. Hay pocos espadas hoy dia que reciban toros, por mas que el estado actual de las ganaderías produzca muchos toros fáciles de ser recibidos por los espadas.

Afortunadamente no nos hemos comprometido al escribir este ligerísimo bosquejo de los lidiadores, á disertar sobre el estado actual de la corrida de toros, ni menos á hacer una reseña de todas las suertes que pueden hacerse con los bichos. Nos han pedido cuatro palabras acerca de cada uno de los tipos taurómacos, y ya nos está esperando á pié

EL TORERO DE Á CABALLO.

Este toreador ó torero, ó como quiera que se llame, no se parece nada, en cuanto hombre, á los demás hombres que lidian á pié. Ni necesita ser esbelto, ni ligero, y sobre todo le sobran las piernas que al diestro de á pié casi siempre le faltan. Le conviene por el contrario, ser grueso, aunque no tanto que los caballos (en su mayor parte tísicos) que salen á la plaza, no puedan sostenerle. Su primer estudio ha de ser la equitacion; porque no puede hacerse un picador del hombre que no sirve para ginete. Despues de que ha educado bien la mano izquierda para gobernar la cabeza del caballo, y sabe afirmarse sobre los estribos, es cuando llega la hora de ensayar la robustez del brazo derecho, para ver si podrá parar el empuje de un toro de cabeza sin despaldillarle ó cosa por el estilo. Si en sus mocedades no ha sido vaquero, ni tenido amistad íntima con ningun mayoral de las diferentes ganaderías que surten las plazas de España, debe asistir á los tentaderos, verdadera escuela del picador. En estos sitios, verdadero certámen académico, en el que los toros pueden aspirar á merecer las notas ó censuras de *sobresalientes*, *sobresalientes con recargue*, ó simplemente *buenos*, y, lo que es peor, *flojos*, es donde el picador puede averiguar la potencia de su brazo derecho, la habilidad de su mano izquierda, y la resistencia pasiva de sus espaldas. Allí es donde aprende á medir la tierra, parte muy esencial de su oficio, y á acostumbrar su cuerpo á no resentirse de los porrazos. En este punto, el picador es como los objetos de cristal que jamás

se quiebran en manos del fabricante; mientras el torero de á caballo cae derribado por el toro, jamás se hace daño, y aunque se retire alguna vez á la enfermería, casi siempre lo hace por aparecer sensible é interesante, y por ganar el dinero con mas comodidad y menos exposicion.

Verdad es que cuando sale á la plaza va cubierto de hierro desde la cintura al tobillo, con lo que llaman las *monas*; pero su invulnerabilidad en las caidas, solo consiste en que el picador es como todos los hombres, animal de costumbres, y ha adquirido la de caerse y la de levantarse en un solo tiempo.

El destino que desempeña en las corridas de toros está sujeto á varias contingencias, y no tiene nunca la independencia del diestro de á pié, que apenas tiene embarazos de ninguna especie, y puede lucir su habilidad sin mas que contar con su corazon y sus piernas. Al picador no le basta tener corazon y brazos, y saber arrendar un caballo, sino que con esas buenas cualidades, puede á veces quedar deslucido y no poner una vara en regla en toda una corrida. El picador necesita los siguientes brazos auxiliares: primero, el contratista de caballos, si le dan un rocinante como el de Don Quijote, que tiene callo en la boca, ó no tiene vientre donde sentir el acicate, por mas que el ginete le obligue, ó no le dejará llegar á la suerte, ó no le librará del porrazo despues de echada. Segundo, es indispensable que no riña con el espada, ni con ninguno de la cuadrilla, para que no le distraigan el toro antes de la suerte de vara, ó se le saquen antes de acabarla con lucimiento. Es indispensable tambien que el dueño de los toros no pida en vano el *hierro de invierno*, porque esto puede ser muy fatal al picador, aunque de esto cuida demasiado el contratista de los caballos; y por último, el público, juez supremo de las corridas de toros, en ninguna suerte se cree mas entendido, ni falla con mas autoridad que en las de vara. Y si todos esos percanes le pareciesen pocos al lector, aun le falta otro de no poca importancia; aludimos á los apremios que suele enviarle la autoridad para que vaya al toro. Pero como esos recados se los lleva el alguacil, y tambien este personaje es molécula integrante de las corridas de toros, bueno será que digamos cuatro palabras de

EL ALGUACIL.

Conocido con el nombre de *corchete*, porque engancha á los reos para llevarlos al tribunal, y en esfera mas sublime, con el de *ministro de Justicia*, esa millonésima fraccion de los tribunales de España, es el único individuo cuyo gran uniforme se conserva tal cual se usaba en los siglos xv y xvi. En los dias de toros y en algunas otras solemnidades por el estilo, los habitantes de Madrid se pueden hacer la ilusion de que viven en la corte de Felipe IV, ó de que ha tornado al mundo el célebre Quevedo, seguido de su odiada cohorte de alguaciles.

Cuando el ministro de justicia se viste del modo que queda dicho, ni anda vigilando las plazuelas para que los vendedores cumplan los bandos de policia urbana, ni llevando papeletas de apremio, ni otras menos simpáticas de su oficio; cuando monta á caballo los lúnes, es para marchar delante de la cuadrilla de los lidiadores á hacer el saludo, y descubrirse debajo del palco de la presidencia para recoger la llave del *toril*. Entonces es cuando haciendo alarde de ginete, entrega la llave para que suelten el toro, y mete espuelas, saliendo de la plaza entre los silbidos de los espectadores. Esto último es tan indispensable en esos momentos, que si algun alguacil no tuviese la honra de ser silbado por el público, sus compañeros le obligarian á que presentase la dimision de su destino.

Apenas deja el caballo, se sitúa entre barreras, debajo del palco de la presidencia, con la cara vuelta hácia la autoridad para recibir sus órdenes, entre las que se cuenta la de mandar al picador que vaya al toro.

Son sus enemigos los toros de Colmenar, porque á pesar suyo saltan la barrera para hacerle una visita, y mas de una vez, y mas de un alguacil se ha visto por el aire entre las astas de un toro.

Terminada la corrida se despoja el alguacil de su *gola* y de su *espadín*, y vuelve á la vida privada, á dar cuenta á su

mujer de los lances de la corrida y del peligro en que le puso el toro que *tomó el olivo*. Pero esto no le importa al lector, y para saber los lances de la corrida, mejor será que nos acompañe á ver

UN GRUPO DE TOREROS.

Antes y despues de las corridas, el torero de á pié es de á caballo, viste pantalon largo, chaqueta corta, faja de seda, chaleco abierto y sombrero *calañés ó gacho*. Ese traje no es el de la generalidad de los habitantes de Madrid, como han querido suponer algunos extranjeros, pero le usan algunos artesanos, y por esa razon el distintivo principal de los toreros consiste en el *moño ó coleta*. La delgada trenza de pelo que el día de la corrida engalanan con un lazo de cintas, es el sello de la cofradía, y apenas se oye decir, que tal ó cual torero se ha *cortado la moña*, ó se le puede encomendar á Dios, ó se sabe por lo menos que se ha dado de baja en el arte.

Sus puntos de reunion son el café de *Veneçia* ó el de las *Cuatro Calles*, y en este último punto se los encuentra á todas las horas del día, con especialidad al anochecer y en las altas horas de la noche. Entre las calles del Príncipe y la de Peligros se pueden conocer las notabilidades taurómacas y sus aristocráticos padrinos, siendo esa la Bolsa donde se saben todas las noticias palpitantes de la tauromaquia. El grupo puede bien formarse: de un espada, un picador, dos banderilleros y una manola. Su conversacion seria harto prolija y no estaria al alcance de todos por mas explicaciones que dieseamos acerca de su indispensable y difícil tecnología: daremos una muestra de ella.

Un picador. El lunes se concluye la ganadería del duque; le voy á picar los bichos con el *regaton*.

Una manola. Harás muy bien, porque como el corregidor es amigo suyo, te pondrán *poco hierro*, y casi es lo mismo.

Un espada. Pues harás mal, porque ese no es el modo de lidiar los bichos, y luego van sin castigo á la muerte.

La manola. Te lo darán mechado y te lo servirán en una fuente para que lo tranches mas á tu gusto.

El picador. Cállate, Paca, ó te reviento de un pescozon.

La manola obedece á la dulce insinuacion de su querido, y este volviéndose al espada le dice:

—Tú no sientes el poco castigo de los bichos, sino que el duque es tu padrino, y has ofrecido brindarle el primertoro y matarle delante de su palco... Pero en los *medios* de la plaza y con el *regaton* los he de picar á todos; y es mas aun, que les he de tirar el sombrero y hacer de *juir* como las cabras.

Un banderillero. Déjate de disputar, y el lunes lo veremos; yo tambien he ofrecido dar el *salto al trascuerno* en el primer toro, y arrancarle la *divisa*.

La manola. ¿Para quién?

El banderillero. Para la mejor moza de España, no agraviando lo presente.

La manola. Será para Pepa la ramilletera.

El banderillero. La misma.

La manola. ¡Vaya una buena moza!... parece un gato desollado.

El picador (alzando la mano). ¡Paca!

El banderillero. Déjala que hable; lo cierto es que me ha regalado un vestido rosa y plata, que será la envidia de algunos.

La manola. ¡Como la cuesta poco trabajo el ganarlo!

El picador ya no alza esta vez la mano, sin bajarla bruta-mente sobre la mejilla derecha de Paca, y agarrándola del brazo se retira con ella del grupo diciendo:

—Señores, á la par de Dios.

Entonces la cuadrilla de á pié queda sola, y dice:

El espada. Mas le valiera á Curro...

Cañamones. Hablar menos y tener mas fuerza en el brazo derecho... Estamos muy mal de picadores... Yo no sería contratista de caballos aunque me dieran un millon de reales por cada toro... No saben montar... y luego entregan el caballo al momento.

Esas y otras razones pasan entre los concurrentes á las cuatro esquinas, y se habla mucho de las suertes de la última corrida,

haciéndose diversas conjeturas sobre la calidad del ganado que se prepara para la próxima.

La próxima ruego al lector que la espere sentado, por si tardó en venir á contársela, que todo podrá suceder.

ANTONIO FLORES.

AL MUY ALTO ET PREPOTENTE EMPERADOR DE LOS FRANCESES
NAPOLEON III

ET Á SU MUY NOBLE BELLA PRESCIADA ET DINNA ESPOSA
LA EMPERATRIZ EUGENIA
Á QUIENES EL ALTISIMO DIOS CONCEDIERA UN FIJO
PARA SER GLORIA DE LA FRANCIA
ET ADMIRACION ET PREZ DEL MUNDO

ROMANCE

EN ANTIGA FABLA CASTELLANA,
TROVANDO EL VIEJO QUE DIZE

«CABALLERO SI Á FRANCIA IDES.»

Aquí comienza el romance hablando de como una noble Dueña de Castiella demanda nuevas á un Caballero Frances, de la illustre Condesa de Teva que se fuera á Francia.

DICE LA DAMA.

Caballero, si venides
De Francia la natural,
Atendet mi homilde ruego
El vucso bridon parat.
Decitme de la Condesa
Decendiente de Guzman,
Bella flor de Manzanares
Qu'el Sena ha querido honrar.
La Condesa tan fermosa
Qu'en el mundo non hay tal,
Honra et prez de las Españas,
Gloria suya et maiestat;

La blanca como azucena,
La de labros de coral,
La del viso sonrosado,
La del talle divinal;
La que si aplasciente mira
Almas sabe cativar,
Et si grave, las sus plantas
Van los soberbios besar:

La discreta sabidora,
La amadora del trovar,
La qu'al harpa del poeta
Fizo dolce sospirar:
La qu'en corcel generoso
Los bosques vá travesar,
Et del fiero javali
Los impetus sojetar.

La qu'en los regios palacios
Alfombras suele pisar,
Et d'alli en homildes chozas
Vá mezuquinos conhortar.

Desque partiera mi amiga
Plaszer non poedo fallar:
El peso del corazon
Non me deja respirar.

Todos los dias se pasan
Sin nada nos consolar,
Et en luengas noches, sueños
Tristes, nos facen plorar.

Los salones, ya catamos
En sepuleros se tornar,
Et la joventut semeja
Sin brio et sin vida estar.

Ya en el frondoso Retiro,
Ya en el Prado otro qui tale,
Los arboles las sus fojas

Mustias facen abaxare.

Desque la illustre Poncella

Nuesa Patria fué dexare,

Plañiendo las aveceias.

Solo endechas van cantare.

Fuyeron risas é amores,

Las gracias fuyendo vanen;

Todo de tristura et luto

Semeja que v'á espirare.

E ansi el noble caballero,

Nuevas me querades dare

De la dulce amiga mia:

Non me fagais mas penare.

RESPONDE EL CABALLERO.

Esa que vistes la Corte

De vuesa Isabela ornare,

De la noble et dinna Regna

D'Espania la siempre grande

En la Cibdat de Paris

Ciñe diadema imperiale

Et con amor al poder

Facer aplasciente sabe.

Dios que protege la Francia

A Francia la fué á endonare,

E al heroe que bien la rige

Noble esposa sin iguale.

A'aquel que después d'un César,

Quiere á un Augusto imitare,

Et fundar un grant imperio

Qu'eterno vaya turare.

A'aquel que sabio et prudente

Supo en la Francia enfrenare

La discordia et cevil guerra,

Siempre á los homes fatale.

El que libró de dolores

La misera humanidad,

E que sin temer la guerra

Camia la guerra en la paz:

El que sin facer esclavos

Ordena la libertat,

Et faziendola de todos,

Los bandos quiere finar,

Desdenando otras nasciones

En vuesa patria leal

Fue tomar la noble Esposa

Qu'el su lecho haya d'honrar.

Dios mismo de la su mano

La Poncella de Guzman

Guiara ante los sus ojos,

Por sus afectos ganar.

Et apos como la vido

Tan hermosa et celestjal,

La dió toda l'alma suya,

Sin nada la refusar.

Al que cielo et tierra fizo,

Causa de todo final

Plugo de Castiella et Francia

Los blasones adunar.

Del fuerte Leon la fija

Al del Aguila cabdal

Ofresce en santo himeneo

Frutos que son de presciar.

Eugenia la castellana,

Ya de Francia natural,

Fecunda el thalamo regio

Por su nueva patria honrar.

Un bastago generoso

Nascido del tronco real

Al Emperante frances

El cielo le fué á otorgar:

Este será las delicias

Et la sospirada paz,

Que la ira et los rencores

Del mundo vengá finar.

Yo vi al pueblo que corrie

En tropel para aclamare

Al recién nascido infante

E á Dios gracias tributare.

Voces eran d'alegría

Las qu'allí hove d'escochare,

Et non qual otras vegadas

De fiero terror letale.

Los encrudescidos pechos

Qu'el patrio suelo anegare

Con sangre non refusaron,

Hoy non osan respirare.

E al ver la Francia dichosa

Otros climas van buscare

Do poedan los sus rencores

Su invidia et saña fartare.

Esta es la hestoria et el fado

D'aquella flor de Guzman

Por quien vos la noble Dueña

M'hoviste de pescudar.

Et lo al qu'acesciere

Fama lo ha de publicar,

Ca yo me torno á Paris

Para sus triunfos gozar.

REPLICA LA DAMA EN OTRA MANERA DE COPLAS.

Oh bien haya el caballero

Que me fizo cortesía,

E á quien darle gracias quiero

Con la vida et l'alma mia!

Esta vegada Señor

Grata me voy á mostrar,

Pues me quesiste otorgar

Tan cortesmente favor.

De vuestos labros pendiente

Tovistes mi corazon,

Qu'era acostado et doliente

Et dinno de compasion.

Mas hoy ya que de consuelo

Vuevas nuevas escoché,

Gracias de lo que gozé

Debo tributar al cielo

Daredes mi norabuena

A la dueña enaltescida

Qu'á su fortuna encadena

Los amores et la vida.

Et al noble Emperador

Remembrat como en Castiella

Nació la radiante estrella,

Hoy de la Francia esplendor.

Partit, ende caballero

A Paris la gran Cibdat,

Et seyendo mensagerio

Mis beneiciones llevat:

E la guirnalda de flores

Qu'ha texido l'amistanza

De prestar ha buena andanza

A mi amiga et sus amores;

Ca tal vez la fresca rosa

Nascida en el praderal

S'ayuntar poede dichosa

Con la corona Imperial.

A. DURAN.



Retrato de Doña Juana de Pacheco, mujer de Velázquez.

No es nuestro ánimo hacer una detallada biografía del primero de nuestros pintores españoles, ni mucho menos un análisis detenido de las obras colosales que de este célebre artista posee el real Museo de Madrid; porque si pequeños son los límites de un periódico literario y semanal para lo primero, pequeñísimos han de ser para lo segundo.

Datos curiosísimos de su vida encontrarán los aficionados en la obra que recientemente y con el título de *Life of Velázquez*, ha publicado M. W. Stirling, y apreciaciones mas seguras y au-

torizadas que las nuestras les darán Pacheco, Palomino, Cean Bermúdez, Viardot, Blanc y otros no menos ilustrados críticos.

El objeto de estas líneas es dar publicidad á las observaciones que nos ha sugerido el estudio detenido de las obras del gran pintor, para que cada uno las aprecie como guste y para cumplir con el compromiso en que la dirección de este periódico nos ha metido por un exceso de amabilidad.

Así, pues, no se tache de pobre nuestro estudio ni de incompleto nuestro trabajo, no es ni lo uno ni lo otro, y el nombre que mejor cuadra á estas líneas, ya que de pintura tratamos, es el de *boceto*.

II.

Si se estudian las obras de los mas afamados pintores que en el siglo de oro de las artes han ilustrado los diferentes estados de Europa, ninguna se encontrará en España, ni fuera de ella, que tenga parecido alguno con las de Velazquez.

Colocado en la categoría de los coloristas por todos los críticos, con ninguno puede compararse.

Ni de tanto lujo como Rubens, ni tan ardiente como Ticiano y Veronés, ni de una armonía tan elegante como Vandick, ni de la fuga de Delacroix entre los modernos, ni tan sombrío como el Españolito, ni del vigor de Rembrandt, Velazquez aparece á la cabeza de los maestros del color.

De colorido *lujoso* cuando quiere, como en el retrato á caballo de Felipe IV; émulo digno y aun superior á Ticiano en sus borrachos; elegante como Vandick en sus retratos; Velazquez supera á todos por la armonía de sus tonos, y la franqueza de su pincel, parece, como ha observado muy oportunamente Viardot, que sintiendo su fuerza ha querido darla á conocer en todos los géneros.

La fuente de la calle de la Reina en Aranjuez y el S. Pablo ermitaño dan una idea, con la vista del Pardo, de lo que este pintor ha hecho en el paisaje. Rico de luz el primero; no solamente está detallado y estudiado de mano maestra, sino que parece haber logrado pintar el ambiente; y ninguno de los mas afamados paisajistas hubiera desdeñado las líneas grandiosas y severas del segundo de que hablamos.

Vandick no es mas grande como retratista que nuestro pintor Sevillano, y los retratos de Alonso Cano, cuya cabeza sobre ser admirable de color, es preciosa como modelado, del príncipe D. Baltasar, de Isabel de Francia y Mariana de Austria, de la infanta Margarita, de Olivares, y los innumerables de Felipe IV dan una prueba clara y terminante de lo cierto de nuestras palabras.

El que encabeza este artículo y que se cree ser el de Doña Juana de Pacheco, su mujer, es tan fino y delicado de color, tan armonioso de tonos, tan jugoso y tan expresivo, que bien merecería, como cada una de las obras de este autor, un artículo detallado y concienzudo.

Busquémosle en los cuadros religiosos, y si la coronacion de la Virgen, cuya cabeza es de una expresion de dulzura y sencillez cristianas, no satisface por completo á los que creen que para ser gran pintor religioso es preciso ser purista como los alemanes, no podrán menos de convenir que el Cristo crucificado de Velazquez es una obra de pintura religiosa de las mas notables.

Nada hay en aquel cuadro que deslumbre, nada que distraiga: al pintar al Cristo en la cruz, nuestro pintor comprendió muy bien que todo detalle, que todo accesorio sobraba, y una sencillez rigida, ascética forma el carácter dominante de su obra: con los tonos y medias tintas de la carne, destacándose sobre un fondo oscurísimo, ha tenido el artista bastante para hacer aquel torso encantador, aquellas piernas admirables y de un modelado, de un relieve superiores á todo elogio.

Examinemos despues el tipo opuesto, los cuadros de costumbres llamados hoy de género, donde raya nuestro Velazquez á una altura en que no tiene rival, y bastará su sencilla enumeracion para comprender su mérito por la fama que gozan.

Las Fraguas de Vulcano de una perspectiva lineal y aerea maravillosas; las Hilanderas en que la luz juega como en el natural; los Borrachos que Viardot cree no pueden describirse ni analizarse; las Meninas, mi cuadro favorito, en el que ha pintado el aire, la luz, el ambiente, la verdad, y que calificó Lucas Jordan de *Teología de la pintura*; los Enanos; el Niño de Vallecas; el Bobo de Coria; el Menipo; el Esopo; no puede comprenderse mas verdad, mas genio, mas arte.

III.

He dejado para un párrafo aparte el gran cuadro de Velaz-

quez, la Rendicion de Breda, conocido por el *Cuadro de las lanzas*, porque sobre ser una de sus obras mas consideradas, he tenido la fortuna de verle de cerca en una de las salas bajas del Museo.

Nunca me habia figurado, hasta que ví ese cuadro en el suelo, hasta dónde llegaba la libertad de pincel, la franqueza de toque y la seguridad del pintor que nos ocupa.

Nada hay buscado en el cuadro, ningún efecto está en el preparado, y sin embargo pocos, quizás ningún pintor estudió mas sus obras que Velazquez: la cabeza de Espinola, que parece sorprendida en un movimiento feliz del natural, ha sido borrada cuatro veces, y lo mismo puede decirse de los demás personajes.

En unos sitios el sombrero de uno que ya no está en el cuadro, ha servido para la barba del que hoy se ve; las plumas del otro forman con sus tonos rojizos las mejillas del que le reemplazó, y cosas han sido añadidas á las que antes habia, utilizando estas.

El cuello del gobernador flamenco que entrega las llaves, está por pintar, la línea del claro donde se une á la armadura, es el lienzo sin preparacion tal como salió de la fábrica, pueden contarse cómodamente los hilos.

Ahora bien, ¿lo ha hecho alguien? ¿Puede copiarse exactamente? ¿Puede imitarse? ¿Se atreveria nadie á poner los colores puros y primitivos juntos; el azul, y el amarillo, y el rojo, y la sien para producir una media tinta de indefinible color, pero de mágica verdad?

Pues ese es Velazquez: nadie le puede imitar, nadie le ha servido de modelo.

IV.

No es solamente característico en este pintor la libertad de pincel, lo franco de su modo de hacer; mas notable, mas digno de mencion, porque aun pertenece mas á lo culminante del arte, es su desprecio absoluto de los llamados recursos del arte, y que como su mismo nombre lo indica no se han hecho para los genios.

Pueden muy bien ser aprovechados con talento y dar resultados brillantes; pero el que prescinde de ellos porque puede hacer muy bien.

Velazquez es de estos últimos, no busca los efectos en el claro-oscuro exagerado y á veces inverosímil de Ribera y Rembrandt, ni en la superposicion de colores para que unos hagan destacar á otros como la mayor parte de los coloristas, sino que pinta lo que ve tal como se ve, seguro de salir airoso.

Ya os colocará un retrato al sol con un horizonte ilimitado como el de Felipe IV á caballo, y este y su regio ginete se destacarán ya por claro ya por oscuro sobre el mismo fondo, sin que el oscuro haga agujero, sin que el claro sobresalga mas de lo justo.

Ya os pondrá un interior como el de las Hilanderas y os hará ver los mágicos efectos del claro-oscuro sin que lo noteis mas que por su verdad, y se atreverá á ponerlos en el fondo de un cuadro donde ya la luz se apaga y hace oscuro, como en las Meninas, una puerta abierta por donde entran torrentes de luz, sin que perjudique á la general del cuadro ni á la que entra por la ventana de la izquierda.

Tambien en él pueden estudiarse los caprichos de varias luces juntas como en las Fraguas iluminadas por los resplandores del hierro, por la luz del Apolo y la que entra por la puerta.

Por eso ha dicho Viardot: «Si la pintura es el arte de representar con exactitud la naturaleza, Velazquez es el primer pintor del mundo.» Yo, que creo que esa es la pintura, saco la consecuencia del crítico francés.

La imitacion no es el fin del arte, es verdad; pero siendo uno de los medios, quizás el principal, al menos el mas importante, Velazquez, que le ha empleado como nadie, no tiene rival.

El estudio del natural es de suma importancia para los pin-

tores: copiando el natural exactamente tal como se vé con los ojos del alma, es crear, y por muy exacta que sea la representación del objeto, siempre habrá la misma distancia entre ella y una copia servil, que entre una fotografía y un cuadro de Velázquez.

AGUSTIN BONNAT.

¡¡DOS AMORES!!

Á MANUEL ARAMBURU.

«Y esa mujer tan cándida y tan bella
Es mentida ilusión de la esperanza.»

I.

Que empieza así como un capítulo de Gil Blas y continúa así como una cosa mía.

Gran muchedumbre de gente se agolpaba á la puerta del teatro del Circo en una de las noches de primavera del año de mil ochocientos cincuenta y qué sé yo cuántos. Detúveme algunos momentos á la puerta para hacerme cargo de las personas que entraban, y habíalas de todas calidades. Ví caballeros de buena traza y ricamente vestidos, y gentualla de tan mala catadura como traje. Ví varias señoras de título que se apeaban de sus coches para ir á ocupar los asientos que habían tomado con anticipación, y algunas aventureras que iban á caza de mentecatos. Este confuso tropel de toda clase de espectadores me inspiró el deseo de aumentar su número. Pero contaba sin la huésped, es decir, que no consideraba que la representación que se anunciaba era una zarzuela, y zarzuela nueva; primera producción de uno de los jóvenes mas aventajados de la sociedad madrileña.

Mi deseo se vió frustrado, quise tomar billetes y no los había ya. Júzguese si tendría deseo de penetrar en el interior del teatro atendiendo á que la privación suele ser causa del apetito. Creo con todo que me hubiera tenido que retirar prudentemente si una voz lúgubre no me hubiese detenido diciéndome:

— Señorito, una butaca, es la única que me queda.

— Hola, buen amigo, dije yo á mi vez, ¿cuánto quieres por ella?

— Para V. no es mas que cuarenta reales.

— Ya, para mí.... es demasiado cara.

Los revendedores, plaga moderna, que tanto dañan á las empresas, al público y á los autores, subsisten creemos por la tácita protección que se les dispensa. Un ciudadano que quiera asistir á una representación notable, se encuentra que á las primeras horas de abrirse los despachos de billetes ya no hay uno en ellos, viéndose obligado á su pesar á tomarlos de manos de sus nuevos poseedores que se los hacen pagar á un precio exorbitante. Este ciudadano tiene derecho á esperar de la empresa una pieza sobresaliente si ha de guardar armonía con el dinero contante que le ha costado su localidad, no se contenta con medianías y es juez severo que castigará las faltas de los actores y del inocente autor. Véase cómo causan un gran perjuicio á la sociedad. Trátese pues con medidas fuertes de reprimir este tráfico ilícito; decimos reprimir porque sabemos que extinguir es casi imposible, impóngaseles un reglamento, *hágaseles pagar un tanto*, procuren las empresas no condescender á sus exigencias, no los toleren, y su número, estamos seguros, disminuirá con gran satisfacción del público contribuyente, benévolo, sensato, inteligente, sabio, discreto y otros títulos tan honrosos como prodigamente repetidos.

— Un billete.... ¿quién me lo proporcionaría? preguntó un joven al revendedor con el que tratábamos nuestra butaca.

— Señorito.... yo tengo una butaca.... pero no la doy un ochavo menos de cincuenta reales.... ¿acomoda?

— Sí, y aunque hubierais pedido mas, contestó el joven pagando su billete.

— Yo no pido mas de lo justo; ó hay ó no hay conciencia, dijo gravemente el pícaro.

Yo me quedé sin poder entrar, y púseme con gran seriedad á ver entrar y salir la gente del teatro, sintiendo muchísimo privar á mis lectores del espectáculo, que en efecto es muy curioso el que presenta el del Circo en noche de una zarzuela nueva. Bien pudiera llenar algunas páginas refiriendo lo que no he visto; pero tengo en muy alta opinión á mis lectores para que les entretenga con cosas inverosímiles, indignas de ellos; ademas supongo que habrán asistido mas de una vez á tal función, y entonces mi descripción sería inútil.

II.

Salida del autor de una zarzuela nueva. — Ansiedad continuada.

La orquesta llenaba de armonía los ámbitos de la plazuela del Rey; los bollos, los azucarillos y merengues, los cigarros y conversaciones eran abandonados. Solo los cocheros no las abandonaban. Los espectadores llamados por los acordes de la sinfonía se volvían presurosamente á ocupar sus asientos, nadie salía del teatro, en cambio entraban muchos. Un joven sin embargo salió con precipitación pintada la ansiedad en su rostro. Aquel joven era el que había pagado con tanta generosidad la butaca al revendedor.

— Emilio, chist, Emilio, grité yo llamándole.

— Amigo mío, perdona, no te había conocido, dijo él acercándose hacia donde yo estaba.

— Sales cuando debías entrar, estás muy pálido, ¿estás enfermo?

— No, y creo qué sí; me late con una fuerza el corazón....

— ¿De qué dimana esa ansiedad, Emilio?

— La zarzuela que se estrena es obra mía.... es mi primera producción.

— ¡Cómo! respondí sorprendido, ¿con que la zarzuela es tuya y no me has dicho nada?

— Sí: comprenderás ahora mi zozobra, mi temor, mis esperanzas.

— En verdad te digo que no entiendo.

— Me explicaré: desde luego había decidido no presentarme por la noche en el teatro: una derrota me sería tan sensible.... un triunfo me causaría tal alegría que me haría ridículo hasta á mis propios ojos.... Esta tarde en el Prado encontré á los señores de Lavera, ¿los conoces?

— Adelante, contesté sonriéndome, conozco también que no miras indiferentemente á la bella Everilda.

— Bien sabes cuánto la amo, sabes que sus caprichos son órdenes para mí; considera si obedecería á la orden de esta tarde: «Emilio, me dijo con esa sonrisa angelical que la es característica, hasta la noche.» Pero no tenía un billete, todos los había dado; así que os ruego dispenseis los amigos íntimos si no os he repartido localidades atendiendo á mis compromisos.... Bastará con decirnos que ni hasta yo tenía uno para mi uso.

— Ya estás disculpado.... De manera que como Hernán Cortés habías quemado tus naves—te habías imposibilitado de poder asistir á la representación.

— En efecto; pero ¿qué imposibles no vencerá un enamorado? He cumplido la promesa que dí á la señorita de Lavera de verla esta noche. ¡Qué encantadora estaba! ¡Qué celestial! ¡Qué divina!

— ¿Pero cómo es que has abandonado á esa bella niña?

— Esa es una pregunta á la que no....

Ruidosos aplausos nos interrumpieron.

— ¿Oyes, oyes? exclamó radiante de alegría: ¡quien estuviera dentro!.... ¡qué satisfacción sería la mía!—Adios, amigo, adios.... ¡No mas vacilación!

— Te doy la enhorabuena por tu triunfo, dije yo apretando la mano de Emilio; ¿me abandonas?

— No, no; me quedo, dijo despues de un momento de duda.
— Supongo que la zarzuela será la que me leisteis el otro día sin título aun.

— La misma, y te suplico por nuestra antigua amistad que me digas tu parecer acerca de ella.

— ¡Pobre Emilio! Tu obra es una pieza delicada llena de sensibilidad y pasión.... pero no es una zarzuela. ¿Ignoras por ventura que en el espectáculo favorito de nuestro público se necesitan epigramas, chistes, bufonías, desenlaces y escenas imprevistas que llevan al espectador de sorpresa en sorpresa por mas que sean inverosímiles y ridículas? ¿Ignoras que una pieza como la tuya desarrollada dramáticamente, escrita bajo momentos de felicidad, con escenas de sencillez y de ternura que tanto abundan en tu drama, que el público no se interesará en ella? No, no lo creas así porque te equivocarías: tu obra como dramática es buena, como zarzuela es fria y mala: la versificación es buena, armoniosa y llena de fuego; pero demasiado sublime para zarzuela. En lugar del amor poético se necesita que los personajes interesados en ella ladren, griten; es necesario un gracioso exagerado que sea no un episodio, sino accion del plan dramático.... tu obra apenas llena estas condiciones. Emilio, te hablo con mi franqueza peculiar, me ha sorprendido el saber que era tuya la zarzuela que hoy se ejecuta en el teatro lírico: si me hubieras consultado te hubiera dicho: «Como zarzuela, tu pieza hará fiasco.» Quiera el cielo que me equivoque.

Emilio á mi brusca salida se quedó confuso y sin saber que decirme. ¡Es tan cruel oír verdades amargas! ¡Gusta tanto el lenguaje de la adulacion! Mi amigo me respondió con frialdad.

— Siento no haberte consultado antes de poner mi zarzuela en escena; el mal no tiene remedio.... sufriré sus consecuencias.

— Emilio, has hecho una zarzuela, y lejos está de mi ánimo el criticártelo. Una pieza dramática debe ser excelente para que hoy día se ponga en escena mas de cuatro veces. En tanto que vemos que una pieza lírico-dramática se representa veinte ó cuarenta á pesar de su medianía. Mas todavía: nuestros poetas mas notables se dedican á este género de composiciones. Bretoni, Ventura de la Vega, Rubí, Eguilaz han escrito zarzuelas que mas hubieramos querido no haber visto nunca. ¿Qué hemos de hacer? Esta es la manía del siglo.

— Vamos, vamos, tú eres de los que todo loor exclusivamente español les disgusta extremadamente. ¿Eres tú de los que siempre dicen *este desgraciado país*?

Me enoqué de hombros por toda respuesta.

— Las zarzuelas, los toros, los espectáculos nacionales te disgustan, ¿no es cierto?

— No, no es cierto: yo defenderé nuestra nacionalidad como buen español; pero no me gusta que se extravíe el buen gusto.

— Bien, bien; pero me parece que el público vuelve á aplaudir.

Despues de un corto aplauso la gente empezó á salir impetuosamente.

— ¡Qué célebre es la salida de Caltañazor, aquello de Ta-ri-ri-ri, dijo uno que salía tarareando, es muy grande!

— Chico, pero no trabaja Salas: yo creo que si no fuera por la música haría fiasco la zarzuela.

— Pues yo pienso al contrario, que gracias al libreto no se la silba.

— En conclusion, el primer acto no ha agradado ni ha disgustado.

— Estás equivocado, yo creo que se ha aplaudido.

— Sí, aplausos, dijo el otro con sonrisa, aplausos de los *alabarderos*.

— Pues yo he aplaudido y no soy alabardero, y en mi caso hay muchos.

— Hasta el fin nadie es dichoso, contestó el que reprochaba. Emilio debía sufrir mucho.

— Voy á tantear el espíritu del público.... á recorrer el teatro.

— Expresiones á los señores de Lavera, le dije yo burlándome.

— ¿Me esperarás aquí? me preguntó Emilio no dándose por aludido.

— Hasta luego, repuse dándole la mano.

— Adios, contestó Emilio apretándomela.

III.

Dos ex-amantes ó sea un cesante de amor.

En la calle de Jacometrezo que nos recuerda que en ella vivió el gran escultor fundidor de metales el milanés, Jacobo Trezo (1), vivían los señores de Lavera en elegante y aristocrática casa.

Los dos esposos y dos hijas con multitud de criados componían la familia que la habitaba. Doña Dolores, esposa del señor Lavera, era la suma bondad, sabía recibir de una manera conveniente y con una exquisita amabilidad en las frecuentes reuniones que tenían. Con un cariño excesivo hacía su esposo y sus hijas, apenas tenía la resolución necesaria para reprender las faltas de las últimas, verdadera debilidad que no se debe perdonar aunque dimane del amor maternal: de aquí dependía el carácter é inclinaciones mejores ó peores de sus dos hijas.

Isabel, la mayor, era buena, cariñosa, dulce y tímida. Reunía un natural bellísimo á una buena educacion y una gracia encantadora. Everilda, de nacarada blancura, pelo y estrechas cejas de color de sus ojos, que eran negros, si bien un poco pequeños, de boca carminada y tan pequeña como sus diminutos y lindos piececitos, cuerpo torneado y delgado, aire elegante y conversacion suelta y corriente, tenía mucho talento, pero sus caprichos, su coquetería, su altivez y desdén, el conocimiento de su belleza la hacía tener un orgullo insultante que desagradaba.

La mañana siguiente á nuestra relacion anterior, Everilda estaba en su tocador, sus negros, largos y lustrosos cabellos ondeaban sobre su seno y espaldas blancas, un ligero peinador guarnecido de encajes cubría tan negligente como elegantemente su cuerpo. Su pié calzado con chinelas color rosa bordadas de oro, asomaba impacientemente por entre los pliegues de la bata. Su blanca mano y afilados dedos jugueteaban con un frasco en el que se leía en la etiqueta *Violet*, y esparcía un grato aroma en la suntuosa estancia en que se hallaba la bella. El frasco cayó al suelo y se hizo pedazos.

— ¡Qué torpeza!.... exclamó la jóven con furor.

— Perdona V. señorita.... pero.... balbuceaba una de las doncellas que la peinaban.

— Está bien.... recoge los vidrios y retíraos, interrumpió Everilda.

— ¿Sin acabar de vestir á V., señorita? se atrevió á preguntar la doncella.

— ¿No os he dicho que os retireis? gritó la jóven dando con el pié en el suelo.... Cuando llame á vestirme.... entrareis.... *eth*.... aguardad.

Las doncellas, que estaban en la puerta, volvieron.

— Quiero ponerme hoy el vestido de seda azul.... ¿entendeis?

— Está muy bien, el vestido de seda azul, ¿no es esto, señorita?

— No, torpe, no he dicho eso, quiero el vestido color amaranto. ¿No ves qué nublado está el día?

— Será V. servida, señorita. ¿Manda V. otra cosa?

Si viene Emilio que entre en....

— ¿La sala? preguntó la doncella que había callado.

— Calle V., bachillera, no, aquí: ¿habeis entendido esta vez? Todo lo confundis.

— Perdona V., señorita, nuestras faltas.

(1) Cuéntase que el rey Felipe II, estimando en su justo valor el magnífico tabernáculo de piedra y jaspes que ejecutó para el suntuoso monasterio del Escorial, quiso hacer grandes mercedes al eminente artista Jacobo de Trezo; pero que este se contentó con que la calle en que vivía llevase su nombre. En efecto, aun subsiste este nombre con poca variacion.

— ¿No os he dicho que os retireis? Pronto, pronto: dejadme sola, exclamó volviendo á patear de impaciencia Everilda.

Las doncellas se inclinaron y se retiraron.

La bella se sentó ó mejor dicho se echó en un sofá de terciopelo blanco y se puso á mirar al techo y sus molduras doradas. Al fin cansada de tan interesante ocupacion, puso la mano perezosamente en una mesita de mosaico de flores y cogió un libro primorosamente encuadernado. Leía con ese entusiasmo con que leen las mujeres, cuando fué interrumpida su lectura con la llegada de Emilio.

— Everilda, dijo al entrar despues de las fórmulas con que nos introducimos en sociedad, ¡qué interesante estás! ¡Que hermosa eres! ¡Oh y cuánto te amo! añadió entusiasmado el jóven.

— Deja esas gracias.... dignas de un soldado.... ¡Cuán poco sublime estás! ¡Qué pálido! Siento no poder devolverte tus palabras.

— Everilda mía, todo debe perdonarse á un corazon que te ama tanto como el mio: á tu lado todo lo olvido, mundo, sociedad, amigos, no pienso sino en tí; para mí nadie existe sino tú, solo á tí te veo en una aureola de felicidad y amor, siento con delirio, se une mi alma con la tuya, el perfume de tu existencia rodea la mia, no hay sino mutuo querer, dos en uno, parece que el cielo se digna dejar caer una gota de gozo celestial sobre dos almas que se adoran, te amo como se debe querer á los ángeles.... te amo, Everilda.

Emilio exaltado cayó á los piés de la que tanto amaba.

— Já, já, já.... y te acusaba hace poco de genio poco poético.... pero me retracto y te declaro el fenix, el non plus ultra de los amantes....

Vamos, un poquito de calma, caballero; no está V. componiendo un drama sentimental, hágame V. el favor de bajar á la tierra y de considerar que tierra somos—como decia V. anoche en boca de uno de los personaje de su zarzuela.

Emilio, que seguramente no esperaba esta explosion de palabras crónicas, quedó estupefacto y sin poder dar crédito á lo que oía.

— Everilda, ese lenguaje necesita su explicacion.

— ¿Explicacion pide V. ó comentarios? preguntó impertinentemente la jóven.

— Lo que quieras, con tal de que vea claro en este asunto, contestó confuso Emilio.

— Vaya.... eres poco difícil de contentar.... pero permíteme preguntarte ¿cómo no asististe ayer al Circo?

— ¿Que cómo no asistí al Circo? repitió el jóven: pero si estuve, ¿no me viste?

— Creí haberte visto.... pero reconocí pronto mi error: en cambio yo sé quién te vió con una cómica....

— Con una cómica.... pero si no hice mas que hablarla dos palabras.

— Dos palabras.... y lo confiesa.... dos palabras son un «te amo.» Pérfido, dos palabras son una declaracion de amor. Despreciarme á mí; y por quién, Dios mio, por una cómica.... ¡Ah! rabia! ¡Oh hombres!

— Esas son niñerías: por favor te suplico que me oigas.... una palabra.

— Basta de engaños, caballero; no puedo oírle mas, quítese V. de mi presencia y vaya V. á hacer el amor á personas dignas de V.

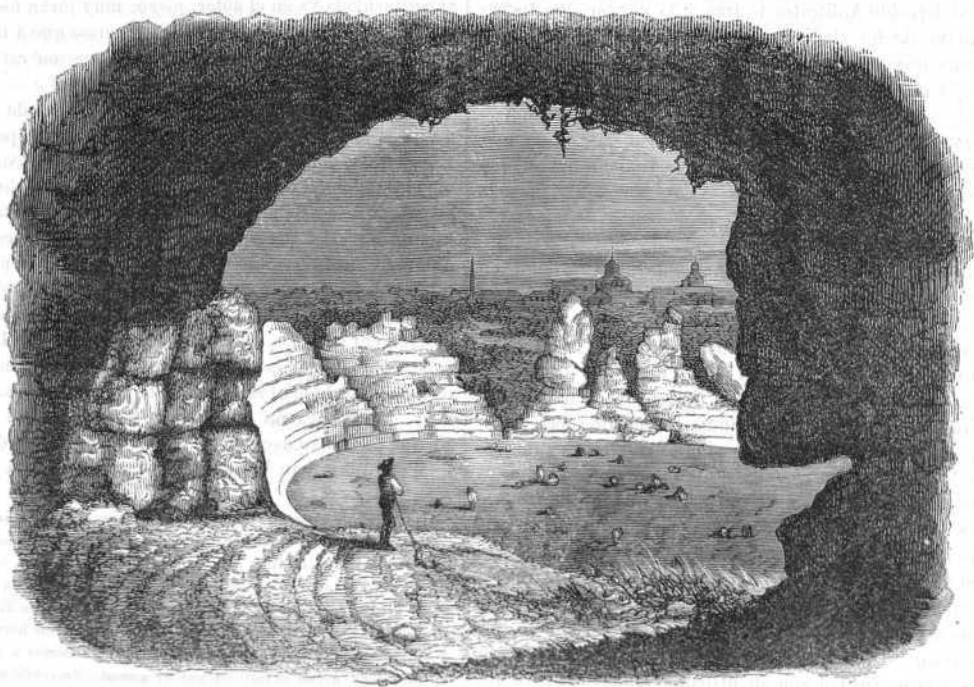
— ¡Everilda, Everilda, desconfias de mí! exclamó Emilio dolorosamente.

— Desconfiar de V.... no; yo le desprecio.... entre nosotros todo ha concluido.... me avergüenzo de haber amado á V.

Emilio no tenia fuerzas para hablar. Sus facciones estaban desencajadas.

(Continuará).

FRANCISCO DE ESPINOLA.



LAS RUINAS DE ITÁLICA.

Estos, Fabio ¡ay dolor! que ves ahora,
Campos de soledad, mustio collado,
Fueron un tiempo Itálica famosa.

FRANCISCO DE RIOJA.

Las ruinas de Itálica inspiran al observador inteligente una

multitud de ideas, que sucediéndose como en tropel y con la rapidez mas prodigiosa, apenas le permiten darse cuenta á sí mismo de lo que en aquel instante observa, siente y piensa.

Es una de sus primeras impresiones el profundo sentimiento que le causa el ver en el mas completo abandono aquellos vene-

rables restos que todavía atestiguan la cultura de una época lejana, la pericia artística de un pueblo eminentemente guerrero, y la grandeza de ideas de los descendientes de un puñado de gente de nada elevado origen.

Luego, recordando los grandes hechos marciales del *Senado y pueblo romano*, cree oír á un caudillo del Imperio pronunciar una elocuente arenga ante una incalculable multitud de militares armados con diversas armas ofensivas y defensivas, distribuidos en *centurias*, con sus *centuriones* á la cabeza y con las diferentes enseñas militares levantadas á la mayor altura que permitía su enorme peso. Ya se imagina verlos partir por este ó el otro punto de la ciudad en que se figura que debió de haber una muy fortalecida puerta flanqueada por dos torres solidísimas; ya verlos cruzar el inmediato campo en bien ordenados grupos; ya mas lejos dar una sangrienta y prolongada batalla; ya ganar una difícil victoria; ya por último hacer una entrada triunfal trayendo amarrados á los carros falcados un sin número de esclavos, y pasar por debajo de un arco que recuerda triunfos anteriores.

Parece después presenciar las fiestas del antiguo Circo y ver los carros de dos ruedas, inseguros y difíciles de manejar corriendo á todo el escape de los mas fogosos caballos á lo largo, desde el punto de partida hasta el opuesto lado, y desde aquí hasta el punto de partida, evitando sus diestros conductores que las ruedas toquen en la peligrosa meta; pero chocando entre sí y aun volcando no pocos de ellos al dar la temible vuelta.

Su imaginación le representa el vasto Teatro con sus gradas, apresuradamente llenándose de bulliciosos espectadores que entran en tropel por los innumerables *vomitórios*; los principales personajes de la ciudad posesionándose gravemente de la *orquestra*; y la escena, con sus imperfectas decoraciones, ocupada, por los coros el proscenio, y por los personajes el resto, con sus inalterables mascarillas y con sus altos coturnos ó plebeyos zuecos.

El casi derruido Anfiteatro le trae á la memoria las luchas del pugilato, de los gladiadores y de las fieras; y en seguida, por una transición natural, los martirios que en él hubieron de ejecutarse poniendo á los discípulos del Evangelio á merced de los mas feroces animales. Tráele esto á las mientes la crueldad de los delegados del Imperio, las sangrientas persecuciones contra el Cristianismo, cuyas víctimas han debido regar abundantemente aquel suelo, y cree que la Providencia ha reducido á Itálica á su estado actual en castigo de tales atrocidades.

¡La Providencia la ha castigado fuertemente! allí, donde en otro tiempo se alzaba una elegante y majestuosa ciudad, hoy apenas se ve mas que montones de escombros y paredones deruidos; allí, donde se ostentaba el mas esplendente lujo en vestidos, joyas y muebles, hoy solo existe miseria y desolación; allí, donde la alegre multitud bullía, apenas se encuentra mas que algun filósofo solitario meditando tristemente sobre lo deleznable de las glorias humanas, algun excéntrico extranjero arrancando de entre los escombros algun fragmento de mármol ó de ladrillo para mostrarle con pueril vanidad en las orillas del Sena, del Támesis ó del Neva, ó en alguna de las poblaciones de la Confederación Germánica; algun estudioso arqueólogo admirando la dureza del cemento que se observa en las construcciones del Pueblo Rey; algun estúpido pastor llevando sus ganados ó pías á acelerar la destrucción de tan interesantes vestigios ó algun artista ansioso de gloria tratando de transmitir á la posteridad con su utilísimo lapicero lo poco que ya resta de tan insignes reliquias arquitectónicas, cuya pronta desaparición tememos si no se trata de poner coto á la destructora mano del hombre, mucho mas terrible que la tan ponderada del tiempo, y que rápidamente va allí consumando su obra de aniquilación.

Mientras que esta avanza con tal velocidad, es bien triste el pensar que solo los esfuerzos de algun particular desinteresado, ó los de algun artista entusiasta hayan emprendido practicar allí algunas excavaciones; y que aun estas, á pesar de los elogios

debidos á sus autores (1), no hayan sido de mas utilidad para el público por falta de la protección que hubieran debido dar los que tenían el poder de hacerlo.

A.

AL AMIGO DESCONOCIDO.

¿Y dónde el pecho indómito
que á tales desengaños,
quiera alargar el número
de sus terrestres años?
¿El alma, dónde, fuerte,
ludibrio de la suerte,
que al fin no ceda, exánime
en la tremenda lid?
¿Ay de los tristes huérfanos
á padecer nacidos!
¿Ay de los nobles ánimos,
arcángeles caídos,
que en ominosa guerra
se arrastran en la tierra,
con la esperanza única
(De la segunda vida)
de alguna vez morir!

El epígrafe de mi carta ya le dará á V. á entender el tono que predominará en ella, amigo ó amiga, pues no ha tenido V. á bien decirme su sexo, y yo no me atrevo á decidir; puesto que si bien por el vigor del estilo y la virilidad del pensamiento que resaltan en la grata de V. pudiera y acaso debiera pensar que es V. un hombre, hay por otra parte una delicadeza de sentimiento; una ternura, si no imposible, tan insólita en el hombre, que casi me inclino á creer que es V. mujer, y aunque experimentada ya en el dolor, joven, muy joven todavía, á juzgar por la calorosa ternura y la ira generosa que á trechos en su querido escrito brotan sin esfuerzo, y que son calidades de la juventud.

Desea V. que le diga lo que pienso acerca de la sociedad: que se la pinte ó se la defina á V. —No podía V. pedirme tarea mas ingrata, porque nada hay bajo el sol tan desconsolador como el estudio del hombre en los grandes centros de la moderna civilización. —¡No pida V. á nuestra ajustada bota de charol, ni á nuestros guantes de cabritilla, ni á nuestro ridículo y ceñido traje, nada fecundo — nada generoso — nada grande! — La humanidad, conforme ha ido aligerándose de vestido, se ha ido endureciendo de corazón. — ¡Pida V. sentimiento, simpatía, entusiasmo al siglo de los caminos de hierro y de los barcos de vapor — al siglo de la especulación — del positivismo! — La materia ha absorbido al espíritu, no hay que darle vueltas. Me pide V. que le diga mi pensamiento sobre la actual sociedad. — ¿Y qué podría yo decir que no haya V. observado ó sentido ya? — ¿Para qué quiere V. que trace yo, siquiera sea á grandes ras-

(1) Sirva de ejemplo de lo que aquí decimos la escavación verificada hace pocos años con el mayor desinterés y verdadero patriotismo por Don José Amador de los Ríos en compañía de su hermano, hoy arquitecto. Este último, lleno de entusiasmo artístico, copió con la mayor escrupulosidad piedra por piedra una multitud de mosaicos, que la diligencia de D. José Amador pudo descubrir; pero cuando ambos hermanos estaban á lo mejor de sus tareas se les obligó repentinamente á cesar en ellas; los mosaicos fueron invadidos por el ganado de cerda que para ahora habrá destruido tal vez su mayor parte; y los dibujos de aquellas preciosas muestras del arte antiguo permanecen, según creemos, en las cartaras del Sr. de los Ríos, porque su publicación excede las fuerzas de un particular, á causa de la exorbitante suma que costaría su publicación, imposible probablemente de otro modo que por medio de la dispendiosa cromolitografía. Por nuestra parte ya que en ello no hayamos podido ni podamos ayudarlos ni recompensarlos, aprovechemos con el mayor placer esta ocasión de tributarles nuestros sinceros elogios, y de darles las gracias en nombre de todos cuantos se interesan en las glorias artísticas de nuestra querida nación.

gos, las asquerosas miserias que se ocultan bajo el mentido oropel de nuestra extraviada civilización?—Cualquiera que sea el sexo á que V. pertenezca, es evidente que tiene un corazón levantado. —¡Cuántas veces se habrá encontrado V. en nuestras mas elegantes sociedades como un recién llegado á un país extranjero, cuyo lenguaje y costumbres le fueran enteramente desconocidas!—Cuántas habrá V. recibido lecciones de mundo, es decir, de egoísmo, de frío y perverso egoísmo, de boca de adolescentes escolares, ó lo que aun es mas doloroso y repugnante, de los rosados labios de alguna jóven de quince ó diez y seis años! —Los arrebatos generosos, los nobles sacrificios, los santos entusiasmos no merecen mas que risa y escarnio. —Se alejan tanto de la manera de ser, de la vida del siglo, que son mirados casi siempre como ridículas extravagancias, cuando no como rasgos de verdadera locura. ¿No ve V. en todo y en todas partes simbolizada esta amarga verdad?—Examine V. las artes, la poesía y la literatura, últimas expresiones del adelanto espiritual de un pueblo. —Entre nosotros la escultura está casi muerta:—nunca hemos sobresalido mucho en ella; pero hoy como en el siglo XVII, tenemos pintores y poetas:—muchos hay y notables no pocos.

También tenemos compositores músicos. —¿Qué hacen aquellos miembros de estas tres clases que no quieren morirse de hambre?—Retratos, melodramas y zarzuelas. —¿Cómo ha de haber cuadros de historia, ni poemas, cuando para los primeros no hay compradores, ni lectores para los segundos?—Y no es nuestro país solo el que adolece de estos males, sino el mundo entero, aunque nosotros, acaso por nuestro atraso relativo, los tenemos en escala mayor; porque la enfermedad no es de este ó del otro clima, ni dimana de esta ó aquella legislación. —El cáncer es de la época. —Cada siglo tiene su espíritu, y el del nuestro es la especulación. —No hubiera nunca existido el Pismo de Sicilia ni la Transfiguración; si Rafael hubiera querido especular. Si hubiera habido *prensa libre* á cuarenta duros al mes y hubiera existido el prolífico y multiforme folletín antes de nuestro siglo de hierro, no habrían existido Homeros ni Virgilio, Dantes ni Ariostos, ni Tassos; y en nuestros días Byron, no hubiera escrito ninguno de sus poemas; si en vez de poder merecerse en las lagunas de Venecia ó pasear por bajo de los pórticos de Verona, ó visitar á la carrera de su corcel de pura sangre árabe á Ali-Bajá de Janina, y los campos de Platea y Marathon, y el tristísimo desierto donde fué Troya; hubiera tenido que vegetar en una bohordilla de la *City*, ó que escribir á tanto la línea ó la columna en alguna oficina de *Charing-Cross*.

Cuando los poderes del mundo se llaman Pericles, Augusto, Cosme de Médicis, Leon X, ó Luis XIV, ó Felipe IV —luce el sol y los ruiseñores cantan. —Cuando impera la banca y se ponen en cuadros magníficos sus inscripciones, no se pintan Transfiguraciones ni Descendimientos; ni se escriben Iliadas, ni se escultan Venus como la de Médicis, ni Apolos como el de Belveder; —ni se levantan á la fé y á las artes monumentos como la catedral de Sevilla y la de Colonia, el Escorial y el Vaticano. —Es verdad que se pasa á pié enjuto por debajo de rios como el Támesis; que vías mas vastas que las romanas atraviesan montañas como los Alpes; que se vuela sobre la tierra y sobre las aguas, y que por medio de los alambres eléctricos terrestres, subterráneos ó submarinos van desapareciendo á toda prisa hasta aquellas dos cosas que son á la par prueba de nuestra existencia humana y revelacion de lo infinito—El tiempo y el espacio. —Y esto tiene tambien su poesía; terrible y grande poesía en verdad; pero menos humana, es decir, menos conforme *ó simpática* al alma humana, que aquella otra de cuya cuasi total desaparicion me lamento.

La materia ha absorbido al espíritu. —Esto es lo que dicen á mi entendimiento y á mi corazón las artes, la literatura, la política y la legislación del mundo actual. Todos, individuos como corporaciones, hombres de estado, historiadores, publicistas, artistas y poetas, todos son benthanistas utilitarios—démolos su verdadero nombre —¡mercaderes! —No quiero ni debo confesar que soy loco, porque así como Descartes decia: Co-

gito, ergo sum:—Pienso, luego existo;—yo puedo decir:—Pienso con claridad; obro con acuerdo; luego no estoy loco. No me tengo tampoco por calumniador ni enemigo de la especie humana, porque la historia de toda mi azarosa vida prueba lo contrario, es decir, que la amo como amo la verdad. Y como en mi estado normal, cuando la injusticia no me exaspera, ó la poética inspiracion no me exalta, no me atrevo á calificar de malvada y execrable la época en que vivimos, vengo naturalmente á suponer que yo debí nacer en otro tiempo; que soy una especie de hombre traspapelado, si me es lícito servirme de esta locucion.

Lo que hay en todo esto fuera de toda duda y controversia, es que mi vida es profundamente miserable, porque es y debe ser profundamente desventurado aquel que en todo y en todas partes se encuentra solo y extranjero.

Pero volvamos al asunto primero de esta carta, olvidado demasiado tiempo por mí:—el dolor, como todas las afecciones profundas del alma, tiene mucho de egoista.

¡La sociedad!—Examine V. con impasibilidad, si le es posible, su fondo y su forma. —¿Qué encuentra V.?—La perversión de todos los principios: el olvido de todos los deberes. —A las leyes eternas de lo bueno y de lo justo, sustituidos lo útil y lo perjudicial. —¿En beneficio de quién?—¿De la humanidad?—No; porque si así fuese, no lo atacaríamos nosotros. —En beneficio de los modernos apóstoles. —¿A qué tienden todas esas declamaciones pseudo-humanitarias, en todas las formas y bajo todos los disfraces posibles de los pretendidos defensores de los oprimidos pueblos?—A elevar y enriquecer á los predicadores. Todos ó casi todos predicamos la libertad, la igualdad y la fraternidad del género humano, y no hay casi ninguno que no quiera ser mas que sus pares ó igual á sus superiores; —nos sublevamos contra la tiranía y el monopolio, y no hay nadie, por pequeño que sea, que no aproveche la primera ocasion que se le presenta para monopolizar ó tiranizar. —Predica la democracia contra los privilegios y se engalana con todas las órdenes de caballería del Estado; truena contra los tronos, y solicita los empleos y las gracias de la monarquía. —Aquel fogoso diputado clama contra el desórden de la hacienda pública: predica economías; satiriza y fulmina á los actuales administradores del público tesoro. —¿Cede acaso á las nobles inspiraciones del amor de la patria?—No: quiere sencillamente ser ministro de hacienda—para crear ó mejorar la suya. —Clamamos todos, moralistas, filósofos, publicistas y poetas, contra la abolición de la pena de muerte; y por una fruslería cualquiera nos damos de estocadas y balazos con nuestro mejor amigo! El éxito lo justifica todo: no hay buena causa si ha sido derrotada. De modo que lo justo y lo injusto, la virtud y el crimen, el genio y la estupidez, dependen, no de las leyes eternas de la moral ni de las reglas del buen criterio, sino de la buena ó mala estrella de cada combatiente que lucha en este revuelto palenque de la vida humana. Pero sería nunca acabar.

Si de la vida pública descendemos á la privada; —¡cuántas farsas, cuántas traiciones, cuántas impiedades!—Acaso la época presente sea menos mala de lo que yo imagino: acaso las pasadas no fueron mejores; pero yo hablo de mi tiempo y digo mis impresiones. Una cosa, empero, es indudable: —la carencia absoluta de fé de nuestro siglo, y esta es por sí sola, una desventaja inmensa con respecto á las demás edades del mundo de que nos habla la historia.

¿Es este un extravío casual ó accidental, ó una condicion precisa é inevitable de la marcha progresiva de las civilizaciones? ¿Sucederá con la del siglo XIX lo que con la asiria, la egipcia, la griega y la romana que desaparecieron sucesivamente, cayendo de nuevo la humanidad en un estado de relativa barbarie?—Ardua es la respuesta. Yo creo, sin embargo, que la civilización actual no puede perecer, primero por la doctrina evangélica, piedra angular de casi todos los grandes pueblos del mundo, y luego por los portentosos descubrimientos de las edades modernas, entre los cuales doy el primer lugar á la imprenta. ¿Qué nos guarda, pues, lo porvenir en sus impenetrables ti-

nieblas?—Ningun entendimiento humano puede pasar mas allá de las conjeturas mas ó menos probables.

No sé qué impresion causarán á V. estas líneas, escritas sin orden ni concierto y al correr de la pluma. No me atrevo á releerlas porque de seguro no las enviaria á la imprenta. Léalas V. si no le fuere muy enojoso, y mande á su sincero y apasionado amigo

J. HERIBERTO GARCÍA DE QUEVEDO.

ANÉCDOTA.

Dijimos en la inserta en el número 21 del SEMANARIO que el renombrado Carlos V vivia retirado en Yuste, con el objeto sin duda de coronarse con la doble diadema de la gloria temporal y de la eterna. Desprendídose habia del fausto y pompa que ostentara en el mundo y hacia una vida sencilla y obscura, si bien cómoda y agradable; eligiendo para ello el sitio mas deleitable y pintoresco de su reino, y las personas mas afectas á la suya para que con él compartiesen su retiro. Entre ellas figuraba el ínclito D. Juan de Austria y el entendido Luis Quijada, hijo aquel del emperador, y este maestro del de Austria segun disposicion de su augusto padre. Jamás en vida habia Carlos significado que el niño D. Juan le perteneciese; antes por el contrario lo disimulaba y disimuló hasta poco antes de su muerte en que lo dió á entender la recomendacion especial que de él ficiere á su primogénito y sucesor Felipe. Los cronistas de la época, sin embargo del disimulo de Carlos V, presumieron el origen de D. Juan de Austria, y llegaron á creerlo cuando el emperador en un arranque de leal cariño le llamó sin rebozo hijo querido, sucediendo el caso de esta manera segun la tradicion nos refiere. —A un cuarto de legua del monasterio de Yuste existia y existe hoy el pueblo de Cuacos rodeado de frutales muchos y delicados: D. Juan de Austria, niño intrépido y travieso, se bajó á las huertas, se encaramó en un cerezo y tuvo la desgracia de desprenderse del árbol causándose una herida de alguna importancia. Súpelo Carlos, y conmovido y afectado sobremanera, exclamó delante de los que le rodeaban dirigiéndose á Quijada: ¿qué se ha hecho ese hijo querido? ¿Peligra, Quijada, esa existencia que ha de llenar de triunfos los dominios españoles? Asegúranle los médicos que la herida no es grave ni peligrosa, y se tranquiliza; sin que al hombre emperador le importe mucho el haber sido vendido en su secreto por el hombre que es padre cariñoso y tierno. ¡Cuán cierto es que la sangre propia sin fuego hierve, y que sus efectos poderosos son imposibles de ocultar en una ocasión dada! Y así debió y tiene que acontecer: el corazon del hombre sin afeccion ni amor, es planta seca y maldecida.

EN LA PRIMERA PÁGINA DEL ALBUM DE UNA NIÑA RECIENTE NACIDA.

Ángelica criatura, en este instante

Se asemeja este libro al de tu vida;

Porque de ambos en blanco, mi querida,

Las páginas se ven.

Pliegue al cielo que aquellos que á llenarlas

El oscuro Destino ha deparado,

Tengan de no mancharlas, gran cuidado,

Y lógrenlo tambien.

Y cuando llegue el fin, cual es forzoso,

Ningun borron empañe su blancura,

Ni una mancha rebaje la hermosura

De tu cándida sien.

M. DE A.

EL ULTIMO BENI-OMEYA.

LEYENDA MORISCA.

POR DON VENTURA GARCIA ESCOBAR.

IV

PACTO DE SANGRE.

En cámara silenciosa,

Dó la pompa y la opulencia

Del orgulloso magnate

El lujo oriental despliegan,

De arábigo candelabro

A la luz amarillenta,

Que entre los pliegues oscila

De los tapices de seda,

Y en los ricos artesones

De la bóveda soberbia.

(Del pavimento de mármol

Espléndida diadema);

Un hombre de faz tostada,

Cuya grosera presencia,

Y el traje burdo que viste,

Su estado servil revelan,

Una y otra vez repasa

Denso monton de monedas,

Y los ojos penetrantes

Clava en su rostro de hiena

Fakir, que del necio enfrente

Con malicie se recuesta

En un morisco divan

De alcatifas arabescas.

—¿Y bien? le dice al ese lavó

Con imperiosa manera,

¿Qué suma? —Ocheenta piastras.

—Ese es su precio. —Mi oferta

Cumpliros leal promete

Por interes y obediencia;

Y yo jamás juro en balde

En cuestiones como esta;

Además que sois mi dueño.

—Dado término á la empresa,

La libertad y otra suma

Igual, quizá mayor que esa,

Serán tu premio. Ya sabes,

Si se salva de la guerra,

Donde hago que el Califa

Le envíe á una muerte cierta,

Si no cae en las batallas,

Entonces... —Ya estoy, —Cautela

Y decision. —La divisa

Que honra mi puñal es esa.

Hechos muy mas arriesgados

Por vos... —Sí; mas oye y tiembra.

Si me vendes, eres muerto.

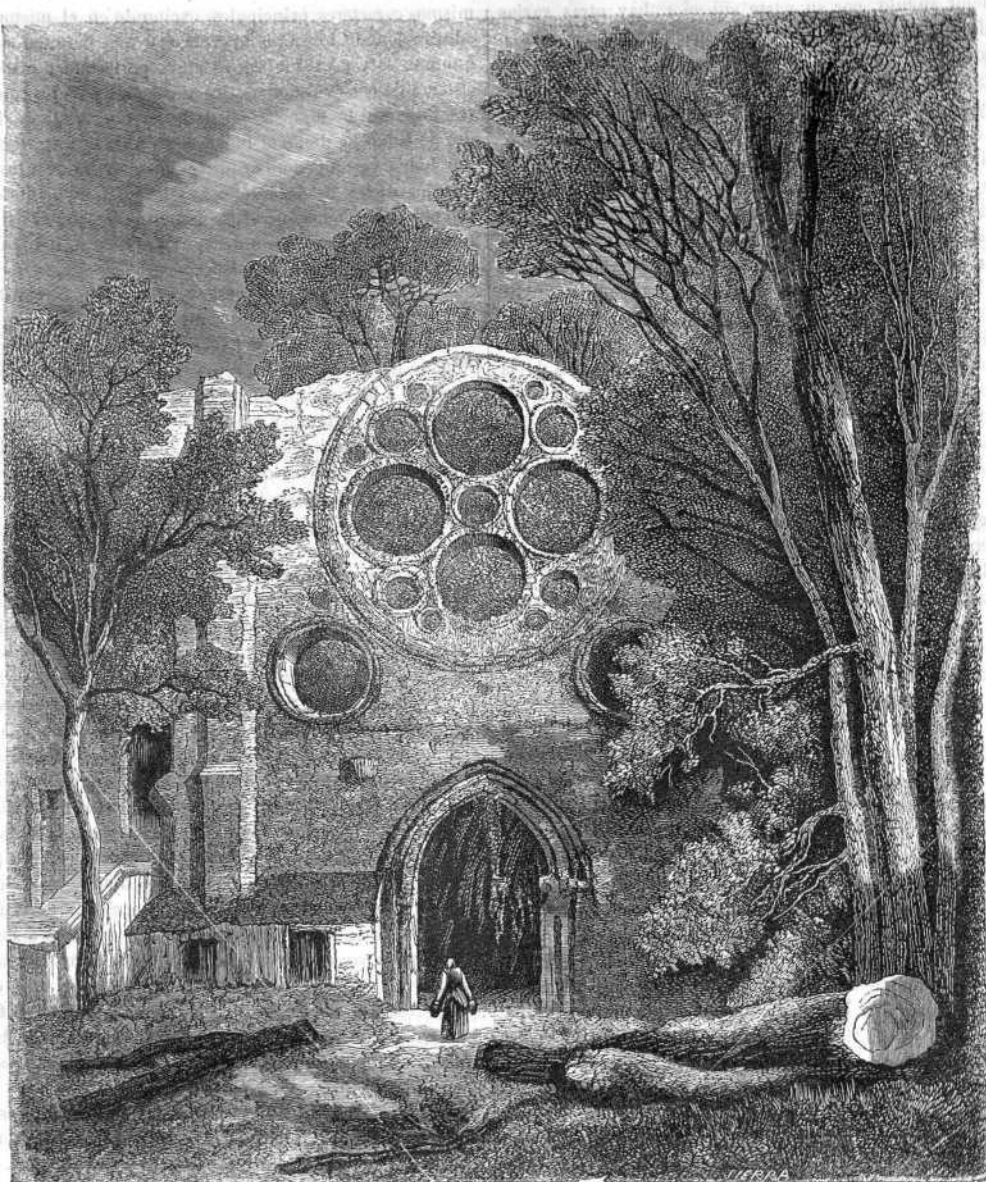
—Disponed de mi cabeza.

—Esclavo, Allah te dé aliento.

Mia ha de ser Djida. —Vuestra.

Director y propietario D. MANUEL DE ASSAS.

Madrid.—Imprenta de la VIEDA DE PALACIOS.



Ruinas de la abadía *des Vaux-de Cernay*, fundada en el siglo XII.

LA ARQUITECTURA OJIVAL Ó APUNTALADA, LLAMADA GENERALMENTE GÓTICA.

En España y fuera de ella se ha denominado y aun hoy se denomina *gótico* un género de arquitectura nacido en Europa durante el siglo XII, época en que los godos y su descendencia habían desaparecido de unas de las naciones de esta parte del mundo, y en otras se habían ido mezclando de tal modo que, con las antiguas gentes del país, se habían amalgamado hasta el punto de formar un solo pueblo en que hubiera sido imposible distinguir resto alguno de una ni otras razas. Ya no existían en Italia desde el año de 553; en España la invasión mahometana los había obligado á principios del siglo VII, á refugiarse en las montañas de Asturias y Cantabria, en donde insensiblemente se fueron confundiendo con los naturales, hasta que por último la dinastía misma, en que mas ó menos pura quedaba la raza goda, dió lugar con el casamiento de Doña Sancha, hija de Alfonso V, á la introducción en ella de otra familia por parte de varón, tomando por esposo aquella augusta señora á Fernando I de Navarra, desde cuya época (año de 1037) sería de toda propiedad el llamar godos ni á los súbditos ni á los reyes de

Castilla. En Francia al comenzar á desarrollarse la arquitectura ojival, la raza goda se hallaba confundida desde largo tiempo con la población meridional de la Galia; se había extinguido el Arrianismo, base por largo tiempo de sus creencias; y por último la guerra de los albigenses había sometido el país, antes por ellos ocupado, á los reyes capetinos.

Reconocida por todos los eruditos la inexactitud de esta denominación, se ha tratado de reemplazarla con otra mas propia. La primera tentativa de semejante cambio fué muy poco feliz; porque sus autores, figurándose que existía una notable semejanza entre esta arquitectura y la empleada por los mahometanos, la dieron el apellido de *sarracena* ú *oriental*. Pronto se vió, empero, que no solo el sistema arquitectónico, sino también la ornamentación, eran tan distintos, que entre ambos géneros no existía otra semejanza que la abundancia de ornatos. Entonces un sabio arqueólogo propuso que se la llamase *ojival*, atendida la circunstancia de que la ojiva ó arco apuntado era el que casi siempre se había usado en ella. — Esta forma de arco es como la de la puerta que se ve en las ruinas que, para servir de muestra de ella, están representadas en el grabado que encabeza el presente artículo. Es, pues, un arco formando punta, ó si se

quiere mejor ángulo, por su parte superior: hay otras varias formas de *ojivas*; pero todas convienen en apuntarse mas ó menos por arriba. — Algunos arqueólogos ingleses, observando que la ojiva se encuentra tambien en otros estilos arquitectónicos, y que en este acompañan á tal forma otras partes componentes que rematan en *puntas*, le denominan *estilo apuntado*.

¿Cuál ha podido ser la causa de que tan craso error haya nacido y se haya generalizado por toda Europa? ¿Cómo y cuándo empezó á usarse esta falsa denominación?

Bien sabemos que algunos autores han dicho prevenir esto de que en la época llamada *del Renacimiento*, á saber, durante el siglo XV en Italia, y el XVI en España, habiéndose vuelto la atención de los artistas hacia el estudio de los edificios de la antigüedad, el entusiasmo producido por los monumentos del romano imperio fué tal que hizo dar á todos los de la Edad-media indistintamente el nombre de *góticos* tomándole por sinónimo de *bárbaros*. Pero ¿no podrá haber sido mas antiguo el origen de esta impropia denominación? Creemos que no sea un absurdo el suponer que el nombre de gótica dado al principio con un fundamento sólido á la arquitectura que precedió al estilo ojival, pudo quedarle despues á esta última, porque designaba en la opinion vulgar un sistema de edificar que no era ni el de la época moderna ni el de la antigüedad pagana.

Tal juzgamos ser la verdad; y por imprevista que pueda parecer al pronto esta opinion, parécenos sin embargo estar en el caso de poder probarla. Resultará de nuestras razones una nueva prueba de la poca relacion que existe entre el nombre de *gótica* y la arquitectura *ojival*; y se sabrá al mismo tiempo por qué sencillísima circunstancia, por qué hábito natural se formó tan estúpida asociacion del estilo con su falso nombre, resolviéndose así la dificultad.

Se lee en una Vida de San Ovando, obispo de Ruan, escrita en latin hacia el medio del siglo VIII, el notable pasaje siguiente: «Aquella basílica (la de San Pedro) en que descansan sus santos miembros (los de San Ovando), fué notablemente construida «con admirable obra, piedras cuadradas y *mano gótica*, por «Clothario I, rey de los francos, hacia el año 24 de su reinado, «cuando obtenia la silla de Ruan el obispo Flavio.»

Resulta evidentemente de este pasaje, y sin que tengamos necesidad de recurrir á interpretaciones ó á conjeturas aventuradas, que en el siglo VIII la reputacion de los arquitectos godos bastaba para recomendar un monumento á la admiracion de los contemporáneos; y en segundo lugar, que la idea de la presencia de un arquitecto godo se unia íntimamente con la idea de diversas cualidades de ciertas construcciones de entonces, y notablemente entre otras con la costumbre de cortar las piedras en cuadro y con precision.

¿Pues en qué época hallamos á los arquitectos godos así recomendados en la Galia central? En el siglo VIII, fecha de la vida de San Ovando y aun antes, es decir, hacia el vigésimo cuarto año del reinado de Clothario I que corresponde al 535 de la Era cristiana. Evidentemente no habia entonces arquitectura de ojivas, y aun se estaba muy lejos de pensar en ella. Las construcciones importantes eran *románicas*, nombre que, desde hace poco tiempo, se ha introducido para distinguir este período de decadencia de los bellos tiempos de la arquitectura antigua.

La sola frase «piedras cuadradas» bastaria para manifestarlo. No se dudará de ello segun esperamos si se reune al citado pasaje el siguiente que habla de un monasterio fundado por San Babolein en las orillas del Marne. El autor de la Vida de este santo abad nos dice haberse erigido el cenobio en el sitio en que estuvieron una ciudad y un campo romanos, dando por prueba lo que aquí traducimos exactamente: «Aun hoy se hallan «grandes piedras cuadradas con muy buen trabajo romano que «fueron puestas entonces en los cimientos del mismo edificio.» — Esta fundacion se refiere al reinado de Clovis II, y por consiguiente al segundo tercio del siglo VII.

De este modo la arquitectura romana y la goda, si desde entonces se la puede llamar así, se encuentran presentadas bajo los

mismos caracteres principales, excitando en el mismo grado la admiracion de los contemporáneos ó mas bien no siendo mas que una sola y misma arquitectura perfectamente distinta del sistema de construccion de los indígenas y de los conquistadores. Segun el texto, no se puede negar que la iglesia de San Pedro de Ruan ha dicho el biógrafo ser obra de arquitecto godo, y que habia ya un género arquitectónico atribuido á los romanos, ó mejor dicho, desde entonces, y largo tiempo antes del nacimiento del sistema ojival, se creia que los godos, así como los romanos, de quienes eran discipulos y rivales, habian cultivado con buen éxito el arte de edificar.

Explicemos antes de pasar adelante esta circunstancia que nuestra primera cita hace incontestable.

De todos los pueblos bárbaros que invadieron el imperio romano los godos eran los únicos que se habian manifestado favorables á la civilizacion de los vencidos, y que mostraron inclinacion á adoptarla y amoldarse á ella. Antes de Teodorico el Grande, que se habia criado en Constantinopla en la corte de Leon, Ataulfo, sucesor de Alarico, y despues esposo de Placidia, habia proyectado poner las armas y el valor de los godos al servicio de la civilizacion romana, y escudar al Imperio, y á sus leyes, artes y cultura literaria con la salvaguardia de sus conquistadores súbditos, cuyo feroz brio parecia que tendria un destino muy noble en la realizacion de este proyecto. Pequeño fué el éxito que obtuvo; pero no así Teodorico. Este principe, amoldado desde su infancia á la cultura y costumbres romanas, es cierto que fué gran guerrero; pero su gusto por la paz, y el talento que desplegó para conservarla fueron mayores aun que sus virtudes militares. Hizo restaurar los monumentos de Roma y protegió por todos los medios que pudo las artes de los vencidos. Aunque Ataulfo habia en otro tiempo perdido la esperanza de llevar á efecto su plan con su nacion, seria un absurdo el pensar que viviendo en medio de las obras maestras de la antigüedad, estimulados por el ejemplo y proteccion de sus principes, no se hallasen entre los godos hombres dispuestos á dedicarse á un estudio que, á pesar de sus preocupaciones de vencedores y bárbaros, hacia al pueblo vencido tan venerable á sus ojos. Se puede, pues, suponer con fundamento que entre los godos debió de haber artistas, principalmente arquitectos, y que el tiempo que permanecieron en Italia (de 493 á 553), y en la Galia, en donde se establecieron en 412 para no volver á salir, basta para autorizar á creer que este desarrollo pudo tomar considerables proporciones entre ellos y por ellos.

Por otra parte los hechos prueban que los hombres mas cercanos á la época en que los godos eran preponderantes, atribuian á estos los mismos conocimientos que á los romanos. Podemos ir mas lejos, y los pasajes citados apoyarán nuestra opinion. Se debe reconocer que los nuevos conquistadores del norte de la Galia confundieron en una misma aversion á los romanos y á los godos. La asimilacion que comenzaba á verificarse entre godos y romanos, es un hecho que resulta claramente de la historia de la primera raza de Francia. Parece como que su larga mansion en el mediodia de la Galia, y en la Italia central y septentrional los hizo perder sus derechos al origen germánico y á las simpatías de los pueblos que de tales derechos tambien participaban. La mas grave acusacion que, segun parece, pesaba sobre ellos, era haber cambiado la rudeza y las bárbaras virtudes de sus antepasados por las costumbres y cultura del pueblo conquistado; pero al mismo tiempo, y por consecuencia necesaria de esta acusacion misma, los francos les atribuian iguales talentos y conocimientos que á los vencidos. Así cuando los reyes francos desearon ilustrar á su reino con algunos monumentos, casi siempre religiosos, confiaron su ejecucion á los arquitectos romanos ó godos, ó á artistas indiferentemente calificados con estos dos nombres. Ni podia ser de otra manera desde que sobre las ruinas de la dominacion romana estableció Teodorico su benéfico poder, mas solícito de librar de una pérdida, inevitable sin él, los monumentos y civilizacion de Roma, que lo hubiese sido de librar al Imperio mismo; que lo fué en efecto cuantas veces las circunstancias le llamaron á este ter-

reno imponiéndole tal deber. El nombre de Teodorico, y con él la gloria de la nación goda, merecían hacer olvidar los oscuros y vergonzosos reinados de Augústulo, Julio Nepos y sus impotentes predecesores. Ningún emperador se mostró tan entusiasta de la civilización y riquezas arquitectónicas de los romanos como Teodorico. Este además hizo erigir, en Rávena, Pavía, Monza y otras ciudades, pórticos, templos, baños públicos, palacios etc.; y sus favores se extendieron no solo á la arquitectura, sino también á la pintura, al mosaico, á la escultura, á la fundición de metales y á otras artes.

Si á todos estos motivos se añade la influencia que ejerció Teodorico sobre los otros bárbaros establecidos en el Imperio, tanto por sus alianzas como por su alta política, se comprenderá sin trabajo por qué el nombre de *godo* se halla confundido en la inteligencia de los pueblos con el de *romano*. Antes de Teodorico los germanos estaban ya acostumbrados á considerar al Imperio como cosa de poca importancia; ¿qué debió suceder cuando el esplendor del reino de este monarca eclipsó á sus predecesores romanos ó bárbaros?

Creemos, pues, fundándonos en la conexión, fácil de comprender, entre los dos pasajes citados, que el arte gótico y el romano, considerados en las obras arquitectónicas, eran exactamente los mismos en los siglos que siguieron al establecimiento de los godos en el mediodía de la Galia y en el norte de la Italia. El espectáculo de los monumentos romanos en medio de los cuales vivía este pueblo, debió de estimular al desarrollo de su gusto por las artes, que nada excitaba entre los otros bárbaros de raza germánica.

No tenemos mas que una muy ligera idea de lo que podían ser en aquella época las construcciones indígenas de los galos, y menos aun las de los invasores. Todos los monumentos de alguna consideración que pertenecen á los primeros siglos de la Edad-media, están contruidos segun el sistema de las construcciones romanas, practicado por los godos discípulos de los romanos. No es, pues, sorprendente que, á juicio de los contemporáneos, las construcciones monumentales, del todo distintas de las vulgares destinadas á las necesidades del pueblo, recibiesen indiferentemente los nombres de romanas ó de góticas, segun lo atestigua el citado pasaje de la Vida de S. Oando, que refiriéndose al año de 535 de nuestra Era no podria de ningun modo designar un monumento á que se pudiese aplicar la denominación de *gótica* en el sentido que la damos hoy.

Está por consiguiente demostrado que largo tiempo antes de la introducción de la *ojiva* se reconocia en las grandes construcciones la mano de los arquitectos godos.

(Concluirá.)

LAS ORDENES DE CABALLERIA.

CABALLERÍA ANDANTE. — ÓRDENES RELIGIOSO-MILITARES. — ENUMERACION DE LAS MAS CÉLEBRES ÓRDENES DE CABALLERÍA DE ESPAÑA.

A la muerte de Carlo Magno la Europa quedó sumida en la barbarie de que en vano había tratado de sacarla el célebre é ilustrado emperador. Las invasiones de los normandos y de los mahometanos, las guerras civiles, las rebeliones, la depredación, la anarquía, llenan las páginas de la historia durante la época que siguió á aquel triste acacimiento. Los excesos consiguientes á tamaño desórden obligaron á algunos esforzados personajes á irse reuniendo y asociando entre sí para protegerse mutuamente, y los inspiraron la filantrópica idea de proteger á los desvalidos. Como que entre estos últimos no podian menos de contarse en primer lugar los individuos del bello sexo, ya por su natural debilidad, ya por hallarse expuestos á vejaciones mas numerosas y de mas terribles consecuencias que los del sexo fuerte; y como el Supremo Hacedor los ha dotado de atractivos que inspiran sublimes sentimientos en las almas generosas; era consiguiente que esta interesante porcion del género humano

obtuviese una notable preferencia en el benéfico objeto que se proponian tan heróicos y nobles paladines.

Los bienhechores guerreros, habiendo jurado proteger á la inocencia y socorrer á los oprimidos, diéronse á recorrer la tierra como campeones de la desgracia y de la hermosura, prestando con la fuerza de sus brazos y armas un desinteresado y eficaz amparo contra los latrocinios é injurias; no esquivando los peligros, sino por el contrario buscando las aventuras mas difíciles y arriesgadas. Por esta circunstancia de andar errantes, y por la de marchar y pelear á caballo, recibieron el nombre de *Caballeros andantes*, y la asociación el nombre de *Andante Caballería*.

Puede atribuirse á el anárquico estado de la sociedad europea al nacer semejante institucion, el que los Caballeros no reconociesen otro soberano que aquel á cuyo servicio se ponian voluntariamente y para un objeto determinado; y el que nunca abrazasen causa alguna que, segun su conciencia, no fuese del todo justa.

La nobleza, el valor acreditado y otras buenas cualidades personales eran indispensables circunstancias para entrar en la asociación. Los señores feudales, los príncipes y hasta los monarcas se creian sumamente favorecidos cuando conseguian la estimada honra de que se les armase Caballeros.

La Religión dió desde luego santas ceremonias á la Caballería andante, bendiciendo la espada de los Caballeros; y la inspiró algunas de sus benéficas y sublimes máximas; pero esta hizo una sorprendente mezcla de la religion y de la galantería. La fidelidad á las damas llegó á ser para los Caballeros un deber casi tan imprescindible como la fidelidad á Dios; la devoción y el amor fueron, pues, su móvil: *Dios y las damas* su venerada divisa; y en sus juramentos entraban siempre la Religión y el amor.

En los torneos, fiestas del valor, escuelas de la cortesía, reuniones magnificas en donde se recordaban las admirables hazañas de Caballeros célebres que la juventud tomaba por modelo, las damas eran los jueces de los hechos de los paladines, y quienes adjudicaban el premio al vencedor; así su imperio se hizo absoluto sobre el corazon de los guerreros; y este imperio sirvió, no para debilitar, sino para aumentar el heroismo de los campeones.

La mera sospecha de mentira ó de felonía era una enorme injuria para un Caballero; la deslealtad y el perjuicio eran los mas vergonzosos crímenes; era un oprobio el ofender aun levemente al débil, ó la agresión contra el hombre desarmado; y ¡desventurado aquel que no volase á defender al inocente oprimido que implorase su socorro!

Las virtudes caballerescas contribuyeron ámpliamente á destruir la barbarie de la Edad-media. El proteger al débil contra el fuerte arriesgando de continuo los Caballeros su propia vida, sacó á la sociedad de aquel estado inculto en que la fuerza ocupa el sitio de la justicia; el punto de honor, inseparable de la Caballería andante, fué para aquellos atrasados siglos «á manera de una religion con sus misterios y sus milagros», como dice un célebre escritor; la caballerosa urbanidad, excitada por los mas nobles y tiernos afectos del alma suavizó las costumbres y sentimientos de los crueles corazones de su época; la modestia de aquellos héroes que parecia el pudor de la gloria hirió profundamente (con la admiración que á todos causó) á la arrogancia, al desden y al orgullo de los poderosos. La fuerza moral pudo desde entonces triunfar de cualquiera otra fuerza; y como en los tiempos bárbaros la moderación de los guerreros y la humildad de los fuertes son un verdadero principio de salvación para la sociedad, la Europa pudo marchar y marchó decididamente por el largo camino de la cultura.

Pronto las princesas y los príncipes violentamente desposeídos de sus estados imploraron el auxilio de la Caballería andante; y desde aquel punto los campeones de la desgracia y de la belleza fueron libertadores insignes de magnates y monarcas, y verdaderos conquistadores de provincias y de reinos.

El papa Urbano II, queriendo sacar de entre las manos de

los infieles el sepulcro del Redentor, se dirigió á los Caballeros andantes con estas notabilísimas palabras: — «Vosotros que por do quiera lleváis el terror de vuestras armas, y que en la tierra servís á la ambición ó al odio ajeno, levantaos, y cual nuevos Macabeos, corred á defender la Casa de Israel, que es la viña del Señor de los ejércitos.» — Los Caballeros respondieron á este llamamiento acudiendo entusiasmados á alistarse bajo la bandera de la Cruz; y desde este instante fueron mas y mas multiplicadas y estrechas las conexiones de la Caballería con la Religión.

Como los Caballeros andantes acostumbraban á llevar representada por medio de una divisa ó geroglífico la acción ó hecho de armas que iban á *emprender*, cuya figura alegórica se llamó *empresa*, los que marcharon á conquistar el sepulcro del Crucificado tomaron por empresa la cruz de color de sangre, poniéndola sobre sus armaduras y vestidos. De aquí su nombre de *Cruzados*, y el de *Cruzada* de la guerra que emprendieron. Esta lucha, á cuyo período puede llamarse «los tiempos heroicos del Cristianismo;» este grande acontecimiento, uno de los que mas han influido en la civilización, dió nuevo giro á las ideas caballerescas haciendo tomar á la Caballería un carácter notablemente religioso. Desde luego, los Caballeros que se habían obligado á pelear contra los enemigos de Jesus y llevaban sobre sí el emblema de la Redención, tenían durante el oficio divino la espada desnuda para rendir al Dios de los ejércitos el homenaje de su valor: despues, en la Palestina, se formaron nuevas asociaciones caballerescas, que al espíritu marcial de la Caballería europea, reunieron el cenobítico de las órdenes monásticas, resultando de esta amalgama las órdenes religioso-militares. Allí los Caballeros reemplazaron, con el amor de Cristo, á la antigua galantería; con el auxilio á los enfermos y miserables, á la venganza de los agraviados; con la castidad, al amor profano; con la pobreza individual, al lujo y al esplendor; con la abnegación y sujeción perpetua á un jefe, á la completa independencia y á la libertad de marchar á su arbitrio y por do quiera.

Esta nueva fase de la Caballería hay quien cree haber tenido por causa lo siguiente:

Cuando los Cruzados llegaron á la Tierra Santa hallaron establecida en ella, desde largo tiempo, una congregación puramente religiosa y monástica denominada de *S. Lázaro*, dedicada al servicio de los leprosos y peregrinos, y que se dice haberse instituido en S. Juan de Acre durante el siglo I de la iglesia; haber sido protegida por los emperadores Honorio, Teodosio, Valentiniano, Justiniano y Tiberio, y haber acompañado algunos de sus religiosos, á Heraclio en su expedición á Oriente, para cuidar de los heridos ó enfermos que pudiera tener en su comitiva. Despues habia conseguido permiso para establecerse en Jerusalem, Belen y Nazareth; y segun atestigua una antigua iglesia de S. Lázaro en Chipre, hizo tambien mansion en esta isla. Benedicto IX, en una bula expedida el año 1043, la habia concedido numerosos privilegios, que en tiempo de las Cruzadas (en 1096) confirmó el papa Urbano II. — La orden de S. Lázaro, que bajo el terrible mando de los emperadores idólatras, y despues bajo el de los conquistadores persas, árabes y sarrazenos no habia podido hacer mas que doblar la cerviz para sostenerse en fuerza de su humildad, de su abnegación y de los servicios que á la humanidad, sin distinción de religiones, prestaba; no pudo menos, durante la guerra santa, de empaparse en el espíritu de esta en que la piedad inspiraba el valor, y en la cual, junto al sepulcro de Jesucristo, todo se convertía en belicoso; todo, hasta la caridad evangélica. Así fué que sus afiliados tomaron las armas para secundar á sus correligionarios llegados de Occidente á conquistar los Santos Lugares. No queriendo, empero, faltar al objeto primitivo de su instituto se dividieron en tres clases; una de Caballeros para rechazar con las armas á los enemigos del Salvador, y aun en caso necesario seguir la bandera de la Cruz y acometer á los infieles en cualquier parte de la tierra; otra para cuidar á leprosos; y otra de sacerdotes para suministrar auxilios espirituales; siendo siempre la principal obligación de las tres clases el dedicarse á las obras de caridad. Al principio habia adoptado la orden la regla de S. Basilio, y despues

tomó la de S. Agustín. — Su traje consistía en solideo y manto con una cruz pintada al lado; y á esto se añadió posteriormente un collar.

A ejemplo de la orden de S. Lázaro parece haberse fundado la hospitalaria de S. Juan Bautista de Jerusalem para la curación de los heridos y dolientes de enfermedades limpias. Así como aquella en su origen, lejos de ser militar, solo estaba recomendado á sus afiliados el ejercicio de la caridad con todos los cristianos, y de la humildad con los peregrinos; así como aquella añadió despues á esto la obligación del servicio militar, haciendo en tiempo del gran maestro Dupuis el voto de pelear contra los infieles hasta morir; y así como en aquella hubo Caballeros para guerrear, y no-caballeros para asistir á los acogidos al hospital. Hay autores que aseguran por el contrario no haber sido la orden de S. Lázaro la mas antiguamente establecida en la Tierra Santa.

Algo diferente de las anteriores, aunque del mismo tipo monástico, religioso y militar, fué la tristemente célebre de los Templarios, cuyo deber era dedicarse á la práctica de las virtudes cristianas y militares; y cuyo objeto, la defensa de los Santos Lugares y la protección de los peregrinos que iban á visitar el sepulcro de Cristo.

Otras asociaciones del mismo género se formaron en la Palestina con diferentes fines piadosos, constituyendo órdenes religioso-militares.

De este modo la Caballería tomó en Oriente un carácter muy distinto del que habia tenido en Occidente.

La fama difundió por todas partes la gloriosa reputación de las órdenes religioso-militares de la Tierra Santa, entusiasmando, con sus heroicos hechos y benéficas instituciones, hasta á los habitantes de los últimos confines y de las mas remotas islas de nuestra parte del mundo; y de tal modo, que segun dice un acreditado historiador, «no habia en Europa familia ilustre que no suministrase un caballero á las órdenes militares de Palestina. Los principes mismos se alistaban en aquella santa milicia, y dejaban las insignias de su dignidad para tomar la cota de armas encarnada de los Hospitalarios, ó el manto blanco de los caballeros del Temple. En todos los pueblos del Occidente los daban castillos y ciudades que ofrecían un asilo y socorros á los peregrinos, y llegaban á ser los auxiliares de Jerusalem: los simples religiosos, los soldados de Jesucristo tenían un lugar en todos los testamentos; y muchas veces fueron herederos de los principes y monarcas.»

El espíritu religioso al par que guerrero de la península española impulsó eficazmente á sus naturales á procurar el engrandecimiento y propagación de tales órdenes: los reyes y la nobleza se apresuraron á dar el ejemplo de su piadoso fervor, ya incorporándose en estos institutos, ya donándolos con mano liberal tierras, iglesias, poblaciones, castillos, inmunidades y prerogativas, que fueron sucesiva y rápidamente aumentándose del modo mas admirable.

La analogía existente á la sazón entre la guerra de España y la de la Tierra Santa, puesto que en una y otra parte la lucha estaba empeñada entre los discípulos del Evangelio y los prosélitos del Corán, fué motivo muy poderoso para que en nuestra nación se fundasen institutos caballerescos á imitación de las órdenes religioso-militares del Oriente establecidas en ella. Las de Calatrava y Santiago son los mas antiguos ejemplares que de este tipo subsisten entre nosotros; y al mismo pertenecen las de Alcántara y Montesa, derivadas de la de Calatrava.

Otras órdenes de caballería se fundaron por aquellos tiempos y posteriormente en la Península, en algunas de las cuales (fuese por efecto de la lectura de libros caballerescos, fuese porque aquí quedasen restos ó recuerdos de la caballería andante) se prescindió del elemento monástico de las orientales. No se dejó, sin embargo, á cada caballero en la independencia de los primitivos occidentales, sino que se les sujetó á un jefe supremo, reservando para sí esta dignidad los reyes cuando las fundaron. Créese de esta suerte en nuestra patria un término medio entre la caballería del Oriente y la primitiva del Occidente: Son entre

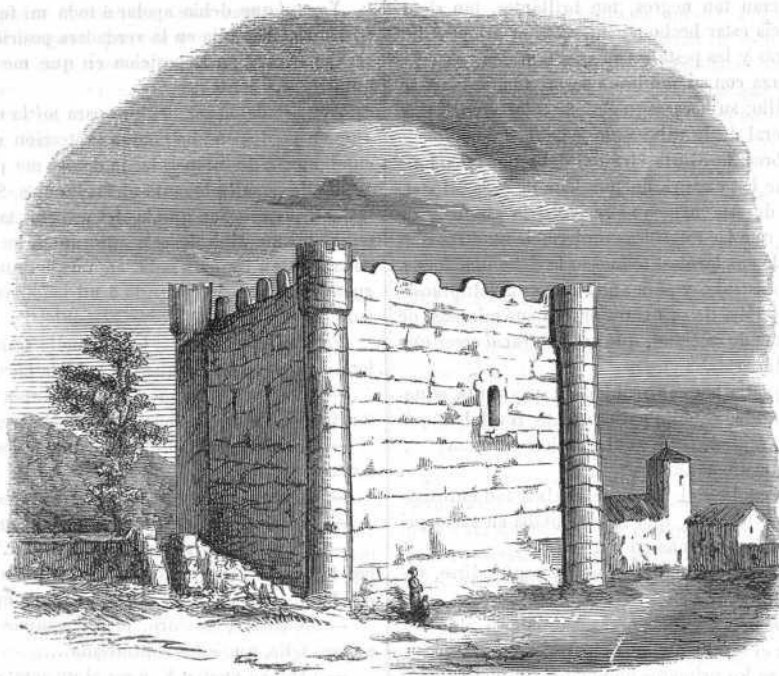
estas órdenes muy dignas de conmemoracion las de San Salvador, de la Hacha de las Matronas de Tortosa, de Alfama, de la Banda, de la Paloma, de las Azucenas y de la Escama, pertenecientes á la Edad-media.

Merece notarse que todas las órdenes caballerescas españolas de aquel periodo, que hoy existen, fueron desde su origen no solo religioso-militares, sino tambien monásticas; habiendo sido tan efímera la duracion de las otras, que muchas de ellas apenas vivieron mas que hasta la muerte de los monarcas que las fundaron.

En los tiempos modernos se introdujo en España la órden de origen extranjero denominada *El Toison de oro*.

En el último siglo y el presente se han instituido las reales órdenes de Cárlos III, de Damas nobles de la reina María Luisa, la americana de Isabel la Católica, y las de San Fernando y San Hermenegildo, las cuales no tienen ni han tenido el elemento monástico.

MANUEL DE ASSAS.



EL CASTILLO DE PONTEJOS.

Casi en la margen de la ría de Santander, en la orilla opuesta á la de la ciudad por el lado de mediodía, subsisten los caducos paredones de una antigua torre cuadrada, flanqueada con cubos por sus ángulos, y conocida con el nombre de *El castillo de Pontejos*. Aunque situada en paraje ameno y á la vista de Santander, apenas es visitada por curiosos viajeros, tal vez por ignorarse que ha pertenecido á personas muy acreedoras al reconocimiento de aquella muy noble ciudad y de la coronada villa de Madrid.

Esta torre, segun las noticias que acerca de ella hemos logrado adquirir, es la casa solar del apellido de Pontejos y cabeza de título del marquesado del mismo nombre.

En el año de 1789 poseía la torre la Excm. Sra. Doña María Ana de Pontejos y Sandoval, hija primogénita y heredera de los Sres. marqueses de Casa-Pontejos, dignísima esposa del Sr. Don Francisco Moñino, caballero gran cruz de la real y distinguida órden española de Cárlos III, del Consejo de S. M., su intendente que fué de la provincia de Soria, consejero de Indias, ministro plenipotenciario en la corte de Florencia, embajador en las de Venecia y Portugal, y entonces gobernador del real y supremo Consejo de las Indias. El insigne esposo de esta ilustre señora, y su hermano el conde de Floridablanca, célebre ministro del munífico rey Cárlos III, procuraron el engrandecimiento del puerto de Santander, teniendo parte en impulsarlos á este objeto tan digno de la pública gratitud de aquella poblacion floreciente desde entonces, la dulce persuasiva de la benéfica Doña María Ana.

En nuestros dias ha pertenecido la torre á otro elevado por-

sonaje á quien la villa de Madrid debe las primitivas mejoras en ella ejecutadas á principios del actual reinado, y que han dado el impulso y sido el estímulo de todas ó las mas de las que sucesivamente han venido verificándose. Hablamos del inolvidable marqués viudo de Pontejos, cuya esposa fué la heredera de la torre de que tratamos, y al cual, como es bien sabido, debe Madrid las primeras de sus anchas aceras sustituyendo á las mequinas y desiguales que las precedieron y de las cuales aun queda una parte no pequeña; los faroles de reverbero que reemplazaron á los diminutos de candileja comparados por algun extranjero con los gusanos de luz; el establecimiento del asilo de S. Bernardino; y otros muchos embellecimientos cuya enumeracion creemos innecesaria por estar grabada en la memoria de cuantos se interesan en las mejoras de la corte de las Españas.

Santander debe tambien al marqués viudo algun proyecto y aun diseño, cuya realizacion la embellece, y la embelleceria mas, segun tenemos entendido, si se hubiese cuidado en la ejecucion de seguir estrictamente la idea tal como su inteligente autor la habia concebido.

Concluiremos estas ligeras líneas aconsejando á cuantos, residiendo en Santander, tengan afición á paseos marítimos y á dias de campo, que dirijan alguna de sus recreativas escursiones á Pontejos; porque si acaso la vista del castillo no les parece merecer la viajata, la amenidad del sitio y sus pintorescas perspectivas los compensarán del breve tiempo perdido y de la leve fatiga que hayan podido sufrir para llegar hasta aquel paraje.

AMPARO.

(MEMORIAS DE UN LOCO.)

(Continuación.)

En lo físico la trasformacion habia sido tambien maravillosa: habia crecido: sus formas antes flacas se habian redondeado, modelado, armonizado, dulcificado hasta lo infinito: se desprendia de ella tal fuerza de vida, su piel era tan intensamente blanca, tan sedosa, tan bellamente pálida, con una palidez nacarada; sus cabellos eran tan negros, tan brillantes, tan ricos, que su peinado parecia estar hecho por un escultor griego sobre ébano; las cejas negras y las pestañas negras tambien, espesas, convexas, dando fuerza con su sombra á su mirada, velándola, amortiguando su brillo; su boca pequeña, de color vivo, fresco y puro; el corte general de la cabeza, lo esbelto del cuello, lo redondo de los hombros, la altura virginal del seno, y los brazos que se veian entre los encajes de una bata de seda á listas, la suelta plegadura de esta bata que revelaba la ausencia de esos ahuecadores con que las raquíticas mujeres de nuestros dias encubren la flacura de sus formas, todo esto la daba una fuerza de voluptuosidad irresistible, y para aumentar esta voluptuosidad, se desprendia de ella, de su expresion, de sus miradas, de su actitud, tal perfume de castidad, que era necesario creer que su cuerpo como su alma estaba virgen.

Y sin embargo aquella boca entreabierta y suspirante, aquella mirada vaga y tímida, aquella palidez mate, revelaban que en ella ardía el fuego sagrado; que estaba ansiosa de amor.

¿Pero á quien podia amar Amparo?

¿Dónde el ser que pudiese llenar aquella alma tan entusiasta, tan apasionada por lo bello, que se remontaba en sus aspiraciones al cielo y vivia con pena en la tierra?

¿Dónde el alma en que pudiera reclinarse, confundirse, vivir aquella alma desterrada?

Porque estas aspiraciones y estas necesidades de su alma estaban impresas sobre el semblante de Amparo.

Y fué tan franca en los primeros momentos de nuestra vista la expresion de aquel semblante, que comprendí que Amparo amaba, que amaba con toda su alma y que amaba sin esperanza.

Y al comprender esto sentí al mismo tiempo celos y remordimientos.

Celos porque no era yo el hombre á quien ella amaba.

Remordimientos porque, elevando su educacion, habia elevado su espíritu, la habia aumentado sus aspiraciones, y la habia hecho por consecuencia infeliz.

Porque á pesar de su magnífica hermosura, ni tenia nombre ni dote.

Amparo era una expósita: Amparo solo tenia necesidades.

¡Y es tan positivista el siglo XIX!

En otros tiempos la hermosura y la virtud podrán haber sido un magnifico dote: hoy el dote está sobre la virtud y sobre la hermosura: los viejos son los únicos que se casan con las mejores jóvenes, honradas y bonitas.

El siglo XIX, bajo cualquiera faz que se le mire, es el siglo de la sangre y del lodo.

El siglo de la compraventa.

El siglo del incesto y del adulterio.

El siglo corruptor y corrompido.

El siglo en que la acepcion de las palabras mas nobles está viciada.

El siglo en que todo es mentira menos el dinero.

¡Qué podeis esperar de un siglo en el cual el que invoca con entusiasmo la patria, el amor y la fraternidad, ó lo que es lo mismo la caridad, se pone en ridiculo!

¿De un siglo en que.....!

El siglo XX hará la historia del siglo XIX.

¿Qué podia esperar Amparo?

Una vida de sufrimiento. Porque Amparo tenia la desgracia de flotar, soñando, en alas de su entusiasmo, en una region á la cual solo podia alzarse su deseo.

Todo lo que acabo de apuntar lo observé, lo comparé, lo pensé, lo deduje en un momento en que estuvimos callando, ella turbada con la mirada baja, yo contemplándola absorto y enamorado.

Si, enamorado, y enamorado como un loco.

Sin embargo, un mismo pensamiento, sin duda, nos hizo ponernos la máscara de la conveniencia.

Yo creí que debía apelar á toda mi fuerza de espíritu para mostrarme con ella en la verdadera posicion en que podia colocarme: esto es, en la posicion en que me encontraba seis años antes.

Amparo debía ser siempre para mí la misma: una protegida á quien yo dispensaba cuanta proteccion debía de una manera enteramente desinteresada: lo demás me parecia repugnante.

Y ella.... ella levantó al fin los ojos. Su semblante no mostraba mas expresion que la del respeto, la del agradecimiento: era la misma niña de seis años antes, pero hermosa, hermosísima, con un traje de seda, en una habitacion amueblada con gusto y confiada y tranquila á mi lado, como si se hubiera tratado de su padre.

Pero se transparentaba bajo aquella tranquilidad algo de doloroso: se comprendia que la careta la hacia daño.

— ¿Con que hasta tal punto me habia olvidado V., me dijo sonriendo, que no me ha reconocido?

— Se ha trasformado V. de una manera completa; la contesté.

— Creo que quien se ha trasformado es V.

— ¡Yo! No por cierto, siempre el mismo, se lo juro á V.

— ¿Y ese usted? ¿ese encogimiento.....? Yo..... yo soy siempre la misma: siempre contenta, siempre amándole á V., siempre dando gracias á Dios por el bien que me ha hecho.....

— Me parece, Amparo, la dije conmovido, que sufres, que no eres feliz, que estás contrariada.....

— ¡Ah! Ya vuelve V. á ser el que era: el usted me hacia daño: por lo demás veamos lo que soy: una muchacha que en vez de vivir en un tabuco, vive en un bonito cuarto: que viste seda y que borda, cose, canta, atormenta un piano y enseña lo que se enseña en España en un colegio. Esta es toda la diferencia: por lo demás pienso hoy de la misma manera que pensaba el dia en que almorcé con V.

— ¡Ah! ¡Te acuerdas!

— Sí me acuerdo. Y en prueba de mi buena memoria: ¿continúa V. cansado de la vida? ¿No espera V. nada? ¿No desea V. nada?

— ¡Oh! la contesté: nada espero, nada desco.....

— Y en esos largos viajes.....

— Solo he encontrado motivo para hastiarme mas.

— ¡Siempre el mismo! ¡Siempre sin esperanza! exclamó de una manera particular, y sin que por su acento pudiera yo conocer su intencion.

— Esto en mí es una enfermedad incurable, la dije: trátelos de tí..... y tú..... ¿qué esperas? ¿qué deseas?

— Yo..... me contestó mirándome fijamente, pienso como pensaba hace seis años.

— ¡No recuerdo!

— Pienso buscar la paz y la felicidad en Dios.

— ¡Ah! ¡vuelves á lo del convento!

— Sí.

— Pero es extraño..... ¿No amas?

— No.

— Eso es imposible. Una jóven como tú.....

— Una jóven como yo..... que no se pertenece; que solo puede dar á un hombre inconvenientes; que no tiene apellido para sus hijos, no se casa; y una mujer como yo cuando no piensa casarse no ama.

— El amor es un sentimiento: no se ama porque se quiere amar.

— Sí, sí; concedido: comprendo que se ama porque se ama. Pero he tenido la suerte de no enamorarme.

— De seguro no habrá faltado....

— ¿Y qué importa? yo me he guardado muy bien de amar.

— Pero.... lo que yo quería está ya conseguido: eres toda una dama....

— Sí, es verdad, soy directora de un colegio, y salgo todos los días á dar lecciones de lenguas.

— Pero y bien.... este siglo no mira mas que las apariencias: acepta un dote cuantioso; cierra el colegio....

— ¡Ah! ¡Es que quiere V. comprarme un marido!

La contestacion de Amparo, aunque pronunciada en medio de una alegre risa y con gran ligereza, tenia un fondo de dolor y de dignidad ofendida que no podian desconocerse.

— No hablemos mas de eso; la dije: harás lo que quieras, todo menos ser monja. Hablemos de otra cosa. ¿Qué se ha hecho de doña Gregoria?

— Ha muerto hace dos años, me contestó tristemente.

— ¡Ah! ¡Pobre mujer!

— No por cierto; murió con la resignacion de una cristiana entre mis brazos.

— ¿Y su marido?

— Está empleado en provincia.

— ¿Y el padre Ambrosio?

— Sigue viviendo en su casa de vecindad.

— Y tú.... ¿cómo estás al frente del colegio?

— Antes de que muriera doña Gregoria lo estaba ya. Había sufrido un exámen, y al morir doña Gregoria era necesario cerrar el establecimiento ó encargarme yo de él.... Entonces, el bueno de D. Tomás se convino á que se le pagasen los muebles, y.... en dos años nada le debo; estoy establecida.... soy independiente, tengo un pequeño capital.... lo que basta para mi dote.... y ya que V. ha venido, me voy al claustro.... decididamente.... me voy á buscar la paz.

— Es que yo no quiero.

— ¿Y qué quiere V. que haga? ¿Cuál es su voluntad de V.? ¿Quiere V. que me case? Me casaré. Pero me casaré con un pobre.

— No, no es eso....

— Pues el convento....

— El colegio....

— Una soltera sola no está bien en el mundo.

— ¿Y te casarías solo por darme gusto?

— No me pertenezco: V. es mi padre; mi amor y mi agradecimiento me mandan obedecer á V.: si así no fuera hace mucho tiempo que habria tomado un partido cualquiera. Pero no quise tomarle sin conocimiento de V. Y como no sabia donde V. se encontraba.... como durante seis años no ha escrito V. una sola carta....

— ¿Y para qué?

— ¿Para qué? Para que yo no hubiese tenido ansiedad, para que yo hubiese estado tranquila.

— ¡Ah! El no saber de mí....

— Hubiera sido una infame si no me hubiera interesado la suerte de V. Le amo á V. como amaría á mis padres.... y mire V.

Y Amparo se levantó y abrió la puerta de un gabinete.

— Ahí no entra nadie mas que yo, dijo.

— ¿Y aquella luz? la pregunté señalando una que ardía delante de una virgen de los Dolores pintada al óleo.

— Esa luz arde delante de la Virgen desde el día en que V. salió de Madrid.

Y entonces los ojos de Amparo se llenaron de lágrimas.

No sé si hubiera cometido alguna imprudencia, porque en aquel momento sonó una campana.

— Adios, me dijo tendiéndome una mano; es la hora de comer y mis niñas me esperan. Vuelva V.

Sali enamorado y desesperado.

Enamorado porque Amparo hablaba á mi corazón, á mi voluptuosidad, á mi razón; desesperado porque nada habia visto en Amparo mas que una ardiente expresion de agradecimiento. Amparo parecia enamorada de un imposible. Yo por mi parte habia tenido bastante sangre fria para no hacerla sospechar el verdadero interés que me inspiraba.

Volví á mi casa preocupado, dominado por el efecto que habia causado en mí la vista de Amparo.

Pretendí formar una idea exacta acerca del sentimiento que me inspiraba: al recordar su mirada, opaca, llena de una vida ardiente, su sonrisa triste, amarga en medio de su resignacion, sus encantos uno por uno, y después el magnífico conjunto de aquellos detalles admirables: el no sé qué misterioso, vago, indefinible que emanaba de sus miradas, de su sonrisa, de su acento, de su actitud, de todo su ser, de su alma exhalada siempre en una manifestacion sentida, dulce, extremadamente simpática, mi corazón me decia inflamado en un ardor desconocido para mí:

— Necesito que sea mia, enteramente mia.

Y al expresar mi corazón la devorante necesidad de poseerla, mi razón me gritaba severa:

— Es necesario que sea tu esposa.

De la misma manera que no he podido describiros á Amparo, no puedo haceros comprender de qué manera la deseaba, de qué manera la amaba.

La deseaba como jamás habia ansiado otra mujer. Parecía-me que las mujeres con las cuales habia estragado mi corazón y mis sentidos eran de otra especie que Amparo: me parecia que Amparo era la mujer.... ella sola la mujer: esa mitad preciosa de la vida del hombre: la compensacion de su fatiga, la alegría de sus pesares, el aliento de su corazón, la mitad del cuerpo y del alma de nuestro hijo, de ese dulce punto de union donde van á confundirse en una dos existencias; la mujer con la cual nos identificamos, que siente con nosotros como nosotros sentimos con ella; que sufre cuando sufrimos; que goza cuando gozamos; que se muestra orgullosa por pertenecernos, y fuerte por nuestra fuerza; que asida de nuestro brazo se encamina tranquila á la tumba, y muere contenta y feliz si en su lecho de muerte se ve rodeada del amor de una familia en la cual se mira multiplicada, jóven, fuerte, hermosa como en los días de su juventud.

Yo al desear á Amparo, deseaba la familia.... yo quería rodearme de esos testimonios de la inmortalidad humana que se llaman hijos. (Porque yo entonces, vuelvo á repetirlo, era impío y no podia referirme á la inmortalidad sino refiriéndome á la maldad.) Yo necesitaba, en fin, la piedra del hogar, consagrado por el amor y por la virtud.

La amaba.... voy á procurar deciros las manifestaciones íntimas del amor que me inspiraba Amparo.

Era un amor, ni todo espíritu, ni todo materia. Era un amor humano: el amor del hombre hacia la mujer: una atraccion incontestable me arrastraba en mi pensamiento á confundirme con ella: parecíame sentirla engrandeciéndome mi ser, absorbiéndose enteramente su cuerpo y su alma, respirando en su aliento, latiendo en su corazón, viviendo en su vida.... ¡Oh! El lenguaje humano es miserable.... no tiene palabras para el sentimiento, es impotente para traducir el alma. Yo la amaba como á mí mismo, mas que á mí mismo: la amaba hacia mucho tiempo: para conocer que la amaba necesité verla en el esplendor de su hermosura, en el lujo de su transformacion, y entonces comprendí que yo no estaba hastiado sino sediento; que en mí no habia muerto nada; que mi vida habia pasado entre un marasmo fatigoso producido por el lodo del mundo en que hasta entonces me habia revolcado.

Aquella transicion de la trapería á la dama, de la niña á la mujer, transicion para mí violenta puesto que alejado de ella durante seis años no habia podido asistir á la elaboracion len-

ta, gradual, lógica de aquella transformacion; fué para mí....

(Suponed por un momento que el sol no existe: que solo os alumbraba una luz artificial: que habeis recorrido el mundo armado de una linterna, tropezando aquí, cayendo allá, buscando no sé qué quimera de vuestro pensamiento: que habeis aplicado la luz de vuestra linterna al semblante de todo el que habeis encontrado, y habeis visto un rostro repugnante del cual habeis apartado los ojos con hastío; que habeis seguido siempre adelante buscando vuestro fantasma y os habeis cansado al fin, habeis arrojado la linterna y os habeis quedado á oscuras exclamando:

— El mundo es la horrible verdad de lo monstruoso, de lo deforme: la vida una carga insoportable; el hombre nuestro hermano no existe; la mujer nuestra ayuda es sueño. El que tiene vida en ese mundo de horribles verdades muere; no hay Dios: no hay humanidad. El mundo es hijo del acaso: el hombre es un reptil como otro cualquiera.

Y suponed que cuando acabais de pronunciar esa blasfemia aparece de repente el sol en una explosion de luz y de armonía: que llevais una mano á vuestros ojos que se deslumbran, y otra sobre vuestro corazón que se entenece lleno de una nueva vida; y que cuando volvéis á abrir los ojos os encontrais de nuevo en las tinieblas, enardecido por el próximo y candente recuerdo de la luz divina que os ha deslumbrado, de la armonía de los cielos que ha reanimado vuestro ser.... y despues de haber supuesto esto suponed vuestra desesperacion, vuestro dolor.

Dios existe: existe la luz; pero Dios está irritado contra vos, no ha hecho la luz para que brille en vuestros ojos: no ha hecho la armonía para que deleite vuestros oídos: sois un ser condenado: Dios es un ser vengativo.

Yo habia buscado en el mundo sin encontrarle el amor tal cual yo le comprendia.... le habia buscado en vano y me habia dicho:

— Nuestro amigo y nuestra amante son dos fantasmas soñados por nuestro deseo.

Dios no puede haber dado á su hechura aspiraciones imposibles:

Si no ha podido dárselas y las tiene no existe Dios: O Dios es el acaso.)

Amparo fué para mí el sol de la vida: la mujer que salia del edem y se ponía delante de mí.... la prueba material de que Dios ha dado á cada aspiracion del hombre una realizacion.

Amparo realizaba mis sueños: era la mujer que yo habia buscado en vano, la mujer que hablaba á mi corazón y á mis sentidos; pero.... Amparo no me amaba: si me hubiera amado yo lo hubiera comprendido: Amparo me consideraba como su protector, como su padre: Amparo se resignaba á cumplir mi voluntad hasta el punto de casarse con el hombre que yo la designase.... y Amparo amaba.... Amparo sufría.... sus ojos, mi alma habian apurado su sufrimiento.... Amparo no era mia.... habia visto por un momento mi fantasma y me le arrebatara Dios.

Dios castigaba mi impiedad.

Pasaron algunos dias sin que yo fuese á ver á Amparo.

Tenia miedo de verla.

Temia echar á perder inútilmente mi papel de protector, de padre, dejándome arrebatar á una situacion ridícula en un momento de olvido.

En estos dias mi administrador general se empeñó en darme cuentas, y me vi obligado á ceder, para que tuviese ocasion de convencerme de que era hombre de bien.

Pasé por alto una multitud de partidas; pero no pude menos de reparar en una data.

Estaba figurada en estos términos:

•A doña Amparo, por encargo especial del señor, cuatro mil reales.

— ¡Cuatro mil reales! dije con extrañeza: ese no será el total de la data.

— Sí; sí por cierto, señor, doña Amparo no ha recibido mas.

— ¿Y en qué consiste? ¿No mandé á V. que entregase todos los meses mil reales á doña Gregoria?

— Sí; sí señor; pero doña Gregoria me dijo al cuarto mes que no recibía mas.... por aquel año.... qué á la señorita la bastaba para un año aquella cantidad y....

— Usted debió insistir.

— Insistí.... pero yo no podia obligar á doña Gregoria....

— Y al año siguiente....

— Fue el primero de enero con cuatro mil reales....

— Pero no constan.

— Es que doña Gregoria no los quiso recibir.

— Es V. un torpe....

— Yo puedo sacar á un deudor la cerilla de los oídos y se la saco, si no encuentro otro medio de cobrar, para lo cual soy muy listo; pero no se me ocurre que haya en lo humano un medio para hacer tomar dinero á una persona que no quiere tomarlo; lo cual afortunadamente es muy raro.

— Pero ¿qué razones dió á V. doña Gregoria?

— Con las palabras mas dulces del mundo, deshaciéndose en elogios y en palabras de agradecimiento hacia V. me dijo que la señorita Amparo, ayudándola en el cuidado de las niñas del colegio, ganaba lo bastante para sus necesidades.

No supe qué contestar. Amparo volvía á hacerse superior á mí.

Mi administrador continuó impasible relatándome sus cuentas.

Al fin en las de dos años antes leyó lo siguiente:

— Cargo: recibido de doña Amparo, cuatro mil reales.

No pude contenerme: mi irritacion estalló: mi administrador es un asesino: apuré con él la suma de los dietarios conocidos y por conocer y le destituí.

(Continuará.)

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

Epigramas.

1.º

Seis colegiales reunidos,
De los de beca y manteo,
Hallaron en un paseo
A dos pacientes maridos.

De estos, el que hacia punta,
Dijo al colegial rector:—
•Guarde á la recua el Señor.
El contestó:— •y á la yunta.

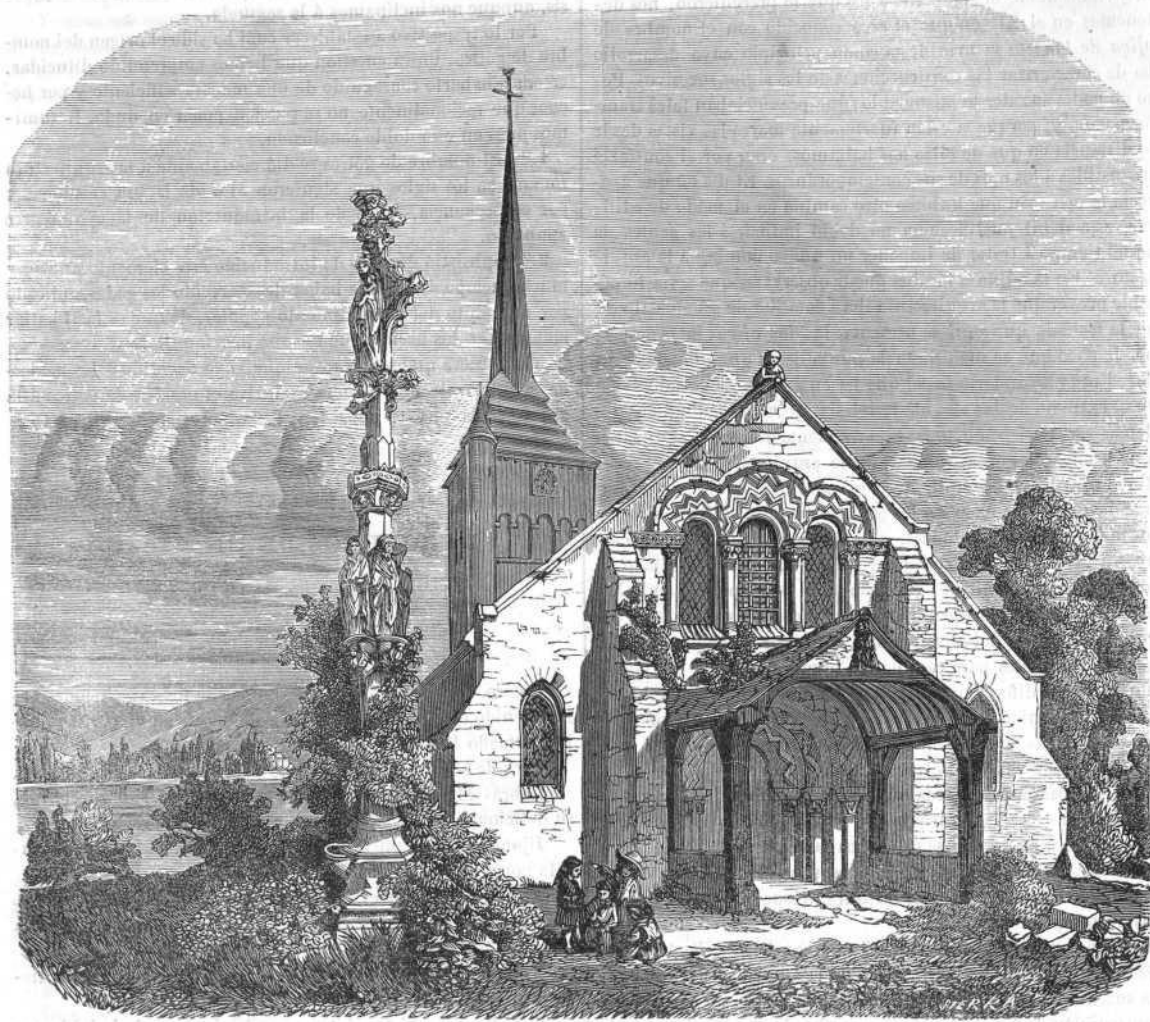
2.º

Dijo Pastrana á Melchor
(Como quien no dice cosa):—
•He dibujado una rosa
•Tan propia que exhala olor.
Oyendo luego el rumor
De una música lejana
Dijo Melchor á Pastrana:—
•¿Sabes que música es esta?
•El boceto de una orquesta
•que he pintado esta mañana.

H. MUNÁRRIZ.

Director y propietario D. MANUEL DE ASSAS.

Madrid.—Imprenta de la VIUDA DE PALACIOS.



LA ARQUITECTURA OJIVAL Ó APUNTALADA, LLAMADA GENERALMENTE GÓTICA.

(Conclusion.)

¿Qué se hace, pues, hoy dando el apelativo de *gótica* á la arquitectura ojival? O se aplica á una época á que no pertenece, ó se restringe su significacion á siglos que no son los únicos que la convienen; y aun opinamos que en este caso se hacen entrambas cosas.—Por una parte, en efecto, atribuimos este nombre al estilo arquitectónico de los siglos XII, XIII, XIV y XV, época en que no habia, hablando con propiedad, ni arquitectura goda ni godos, y en que los diversos pueblos bárbaros de la Galia y de España habian perdido su nombre y su individualidad;—y por otra, negamos esta denominacion á la arquitectura del periodo comprendido desde el siglo V al XII, que sin embargo, segun lo prueban los hechos, tenia este nombre entre sus contemporáneos, aunque recibiendo tambien indiferentemente el apellido de *romana* por las razones que ya hemos manifestado.

Investiguemos, pues, apoyándonos en este fundamento, de qué manera el nombre de *arquitectura gótica* ha podido perpetuarse en los siglos mas cercanos á los nuestros, entonces cuando no habia ni la mas mínima razon para emplearle, puesto que su origen podemos asegurar, por lo dicho, que le sabemos

de una manera incontestable; y puesto que nos consta sobre todo, y es lo que aquí tiene mas importancia, que las palabras *arquitectura gótica* precedieron mucho al siglo XII.—¿Cómo se efectuó este cambio? ¿Cómo es que llamamos góticos á los monumentos cuya construccion no pertenece á los godos? ¿Cómo es que, por el contrario, negamos este nombre á los edificios erigidos por los arquitectos de la nacion goda?

Cuando desde la época en que vivimos volvemos la vista á lo pasado para estudiar allí las diversas formas de que se revistió la arquitectura de los quince ó diez y seis últimos siglos y hacer su clasificacion, estamos en una situacion totalmente distinta de la en que se hallaban los que presenciaban aquellas modificaciones. Les es mas fácil y aun inevitable el generalizar á los que, como nosotros, pueden poner á un tiempo ante sus ojos todos los datos del problema, y pasar rápidamente revista á los siglos, que á las generaciones contemporáneas que los han visto transcurrir con lentitud. Independientemente del espíritu filosófico que pertenece á los tiempos modernos, y que estaba lejos de dirigir las investigaciones de nuestros antepasados, hay hechos que nos chocan, y que naturalmente pasaban desapercibidos á sus miradas.

Asi vemos en el siglo XIII la forma *ojival*, universalizada, traducida de mil maneras y decorada con adornos muy variados, caracterizar el estilo arquitectónico de este siglo. Investigando entonces sus destinos ulteriores, la seguimos á través de

los siglos XIV y XV, y la vemos desaparecer en el XVI en la aurora del *Renacimiento*. Cuando con el mismo objeto nos remontamos desde el siglo XIII á los que le precedieron, nos detenemos en el XII en que el arco conocido con el nombre de *ojiva de lanceta* se manifiesta como principio cuyo desarrollo ha de caracterizar las construcciones de los siglos sucesivos. Pero no podía suceder lo mismo á los que presenciaban tales transformaciones; porque si están fuertemente marcadas vistas desde la distancia en que de ellas nos hallamos, eran por el contrario insensibles á los ojos de sus contemporáneos. El día en que apareció la ojiva sin que hubiese otro cambio en el modo de edificar, esta débil modificación no debió inducir á las gentes de aquel tiempo á tratar de imponer un nuevo nombre á la arquitectura. En la adjunta lámina puede observarse que sería imposible prever que la arquitectura iba á cambiar de sistema al ver, en la fachada que aquí se presenta, las dos *ojivas* laterales; ya por lo poco que se manifiesta la punta de su *ojiva lancetal*; ya por el muy secundario papel que hacen á causa de su colocación en el extremo de las alas de la iglesia, perteneciendo todos los demás arcos así como toda la ornamentación que aquí están ante los ojos del observador al estilo arquitectónico que precedió al ojival. El desarrollo de la ojiva se hizo también sin cambiar bruscamente nada en los grandes trazos arquitectónicos; y los monumentos de entonces, en oposición con las construcciones vulgares, debieron continuar pareciendo ser el resultado de los mismos conocimientos que todavía al principio del siglo XII se calificaban de arquitectura romana ó gótica, y que debió seguirse calificando del mismo modo, puesto que no se presentaban razones suficientes para cambiar su nombre. ¿Había, por ejemplo, tan gran diferencia entre el arco apuntado de una ventana *ojival* y el semicircular de otra *románica* para que los que presenciaban estas poco notables modificaciones vieses en ella todo un nuevo sistema arquitectónico, una nueva era del arte, y un adiós á lo pasado? Sin duda que no; y que ni esta ni otras modificaciones sucesivas, introducidas poco á poco, no podían hacer en una época en que no se estudiaba la historia del arte de un modo sistemático, que se sintiese la necesidad de arrancar á esta manera de edificar el nombre tradicional de *gótica* que la costumbre popular le daba.

Queda pues demostrado que el nombre de *arquitectura gótica*, después de haber participado de la autoridad del romano, ha sucedido á este, siendo aplicado á todo lo que no era la tosca construcción de los indígenas y conquistadores.

Queda demostrado además que el apellido de *gótica* ha persistido, como debía, largo tiempo después de que los godos se confundieron con el pueblo por ellos sometido. Expresaba en efecto un arte que esta nación había recibido de los romanos, y que sus artistas habían transmitido y popularizado en la Galia septentrional, en España, y probablemente en el oeste de Alemania y en el mediodía de Inglaterra.

Ahora se notará que lo difícil no es el saber cómo el apelativo de *gótica* duró mucho más tiempo que la influencia real del pueblo godo, y se conservó cuando este había perecido como nación: conocida es la fuerza de la costumbre, y por lo mismo el nombre que hallamos empleado en el siglo VII no pudo dejar de usarse todavía mucho tiempo después.

Lo que se explica menos fácilmente es que la denominación de *arquitectura gótica* haya sido adoptada por los modernos para designar en especial la manera de edificar en una época en que no había ya godos, y en que, aun cuando las escuelas fundadas por ellos después de los romanos hubiesen formado á los arquitectos que les sucedieron, ellas, sin embargo, no existían ya en sus manos desde mucho antes.

El adjetivo de *gótica* se ha limitado en una época precisa á la *arquitectura ojival*? Esta á medida que se ha ido diferenciando de la *arquitectura románica* por el desarrollo de la característica *ojiva*, y por la adición de todo lo que con ella se ha amalgamado, sea de formas diversas en las partes componentes, sea en los detalles de ornamentación, ha ido recibiendo de los pueblos por un movimiento instintivo y pausado el nombre exclusivo

de *gótica* por oposición á la arquitectura puramente greco-romana? No podemos decidírnos por ninguna de estas dos hipótesis, aunque nos inclinamos á la segunda.

Por lo respectivo á establecer cuál ha sido el origen del nombre de *gótica*, única cuestión que hemos emprendido dilucidar, creemos haberlo conseguido de una manera suficiente y por hechos que racionalmente no se pueden poner en duda. Resumimos pues en esta doble conclusión.

1.º El nombre de *gótica* se dió ciertamente á la arquitectura romana en los siglos que siguieron al V de la era cristiana, y por consecuencia, antes de la introducción de la *ojiva* ó arco apuntado.

2.º Subsistió después de introducido este elemento nuevo, y mucho tiempo después de haber desaparecido los godos, aplicado por un hábito del entendimiento popular, de que es fácil hallar ejemplos en los hechos que nos son más familiares.

Cualquiera que sea la razón que haya decidido á los modernos á aplicar de una manera exclusiva el nombre de *gótica* á la arquitectura ojival, subsisten las conclusiones arriba enunciadas.

RECUERDOS DE UN VIAJE.

AL SEÑOR D. MIGUEL DE LUCAS.

I.

Ignoro, lector amable, si en algunas de tus expediciones habrás tenido el placer de pasar ó de detenerte en el poético pueblo llamado Jijona, en la provincia de Alicante.

Pero de seguro si has pasado te habrá sucedido lo que á mí. Habrás admirado, como yo lo he hecho, su rica vegetación, su delicioso clima y su admirable posición topográfica.

Jijona es un fragmento del Paraíso lanzado á nuestra península por algun volcán.

No recuerdo si en el Génesis se habla de volcanes; pero es muy fácil que se hable porque el Paraíso no existe ya en la tierra sino á trozos.

Aunque el período anterior parece no tener hilación, la tiene y muy grande.

Si el Paraíso existe en trozos en la tierra, es indudable que por alguna causa están diseminados.

Y según nuestros conocimientos geológicos los volcanes son la única causa que pueden haber producido esos efectos.

Esto es lógico, ergo queda probado que Jijona puede muy bien ser un trozo del Paraíso, un giron del jardín de Adán.

Cuando yo tuve el placer de verlo, venía de Alicante; la huerta de Alicante está en un llano: desde el camino se ve á lo lejos un monte elevado: á su falda está Jijona.

Jijona, protegida por esta montaña que abraza con sus brazos de granito su villa querida, estaba á oscuras, el sol se hallaba á espaldas del monte, y solo iluminaba el camino por donde yo iba, dejando á Jijona velada entre las sombras más misteriosas, más dulces y más encantadoras.

Yo adoro la sombra.

Porque gusto del claro oscuro y porque sin ser mochuero ni mucho menos, las cosas medio veladas, medio encubiertas, me pasman, me enloquecen.

Una careta veneciana, que solo deja descubiertos unos labios de grana y unos dientes de nacar, me encanta.

Por eso entre todos los adornos femeniles estoy por las negras blondas de una mantilla de casco.

Como estoy por los coloreados cristales de las ojivas góticas de las catedrales de Burgos y Toledo.

Como estoy por la media tinta del haren.

Y como me encantan las sombras inciertas y flotantes de un bosque de tilos y acacias, mis árboles predilectos.

Y como me gustan las Willis alemanas que se cubren de ga-

sa y con los transparentes velos de fresca incertidumbre de sus lagunas nebulosas.

Y como me encanta Jijona colocada en anfiteatro á la falda de un monte velada entre las sombras de la tarde, las neblinas de oro de un sol de junio y las espirales de los perfumes de sus flores.

Jijona es el paraíso, ya os lo he dicho.

Con que estamos conformes, pues este es el Jijona exterior, el que se ve desde el camino real, figuraos cómo será la ciudad, ó el pueblo, ignoro si sus méritos y padecimientos le habrán valido aquel título.

Recuerdo que se me olvidó preguntarlo.

Jijona tiene un gran mérito, al menos á mis ojos, y es el no parecerse en nada á la fatigosa nueva York ni á Liverpool, es decir, sus calles no están tiradas á cordel como la de Rivoli, sino que son tortuosas como las de Toledo la pintoresca, y como la calle de Elvira en mi querida Granada.

Si estuvieran tiradas á cordel no tendrían los dulces atractivos que para mí han tenido.

A esa situación deben una cosa extraña y natural á un mismo tiempo: por un lado sopla el aire del monte y penetra en suaves remolinos desde poniente embalsamando la atmósfera.

Porque el monte que la cubija esparce oleadas de aroma, de tomillo, cantueso y todas las plantas silvestres que tienen perfume.

Y por el otro lado de sus calles tiene fácil entrada la brisa del mar, que mitiga los fuertes olores de la montaña, que refresca la atmósfera abrasada de sol, y que esparce también las acres oleadas de sus salitrosas emanaciones, los fuertes y frescos perfumes de sus algas marinas.

Sus casas están agrupadas como los pueblos que se abrigan de un monte, y cuando el sol los dora á su salida parecen una bandada de palomas que han venido á anidar en aquella montaña y que presentan á los ojos curiosos del viajero los deslumbrantes y ricos prismas de sus tornasolados cuellos.

Figuraos la irradiación del sol de España sobre unas fachadas blancas como la nieve, sobre unas tejas rojas como el coral, sobre sus vidrios descompuestos en prismas luminosos, y cuyos rayos repercuten las neblinas del monte, y decidme luego que podríais pintarlos.

Rubens hubiera fracasado.

Dios solo es capaz de hacerlo.

Jijona está dominada por el castillo del mismo nombre, solo tiene un torreón; pero hasta ruinas poéticas y de indeleble recuerdo conserva para que nada falte á su encanto.

Sol, flores, luces, sombras, colores, brisas, aromas, ruinas, montes, vegetación, ambiente perfumado, cascadas, todo lo tiene Jijona.

¿Estais ahora conformes?..... Jijona es un giron del jardín en que vegetó Adán.

II.

Miento, Jijona es mucho mejor.

En el Paraíso faltaban unas flores embriagadoras que aquel abuelo mío no tuvo.

En el Paraíso no hubo mujeres.

Y las de Jijona son su primer embellecimiento, las jijenencas son hermosas.

Conservan puro nuestro tipo español característico, que se lee en sus ojos de azabache, en sus labios que ningún carmin iguala, en las largas y suaves trenzas que desde sus erguidas cabezas bajan hasta tocar en la fimbria de sus refajos.

Las jijenencas son morenas, pero moreno claro, moreno pálido como las árabes que eligen los moros para favoritas de un serrallo de doscientas mujeres, morenas como María Padilla, como Safo, como Proserpina, como Paulina Bonaparte, modelo del gran Cánova.

Las jijenencas son esbeltas, ágiles como las hijas del desierto y conservan un modo de andar acompasado y característico, que parece árabe.

Este movimiento es debido á la configuración de las calles de Jijona, que de hechura de anfiteatro hacen acostumbrarse á sus habitantes á no poder andar mas que con la voluptuosa cadencia que da el hábito de subir y bajar continuamente.

Sus movimientos, pues, son como los primeros preludios de las danzas indias, como algunos pasos del zapateado andaluz, como los paseos que en torno de una caravana, danzan al caer la tarde las bayaderas lascivas.

Y una cosa mas os voy á decir; á este cúmulo de hechizos os añadiré otro, Ossa sobre Pelion, Pelion sobre Ossa; las jijenencas saben ser mujeres, no tienen nada que envidiar á las moletudas hijas del Sena, son tan coquetas como estas.

Si no, oidme.

Las mujeres celestiales que os he descrito visten muy pintorescamente.

Sus piés van metidos en blancas alpargatas atadas con cintas blancas, no llevan medias, al menos en la estación que yo las ví, y tampoco las eché de menos: como son bien formadas y lo saben, lucen una pierna que blanquean las perlas de sus cascadas, y que darian envidia á los modelos de Phidias y Praxiteles.

Sobre estas piernas desnudas caen los pliegues de una saya rayada, no de rojo y amarillo, lo cual haria vistoso y nada poético, sino de blanco y azul, es decir, de los dos colores mas puros, mas encantadores.

El color de la nieve de sus montes.

El color del cielo de su pais.

Su cuerpo va envuelto en un ajustado corpiño de raso negro ó de otro color oscuro: estas mujeres son coloristas: ese corpiño que aprisiona un talle lascivo tiene la manga corta, y deja libre una garganta pálida y torneada, unos brazos bien modelados.

Pero para que el color oscuro del corpiño no corte mucho sobre lo claro de la falda, las mujeres de Jijona se ponen encima un pañuelo ya blanco con mas flores que un vergel, ya sonrosado como las alboradas de su tierra.

Sobre este pañuelo que se ata al talle y cuyas tres puntas flotan á la espalda haciendo resaltar la negrura de una trenza que cuelga perfumada hasta casi el suelo, caen las dos puntas de otro pañuelo que cubre sus cabezas.

Este varía de color segun el que sobre los hombros llevan, y es ó blanco, en cuyo caso aumenta el interés de la cara de la que le lleva con sus pálidos reflejos, ó es encarnado y entonces presta el fuego de sus prismas á las incoloras mejillas de sus dueñas.

Ved una bandada de esas mujeres, admiradlas como se merecen, contempladlas con ojos artísticos y á ver si luego no decís lo que yo he dicho á verlas.

Mahoma: tu reinado tiene que morir en la tierra si los hombres dan en contemplar á las hijas de Jijona. ¡Ay de tus transparentes hurís frente á frente de las jijenencas que no se transparentan! ¡Ay de tus promesas para el otro mundo si en este lo alcanzamos!

¡Ay de tu paraíso perfumado si le tenemos en España!

¡Ay de tus hurís habiendo españolas!

AGUSTIN BONNAT.

ALGUNAS APARICIONES EXTRAORDINARIAS.

No tratamos de hablar aquí de los espectros ó de las fantasmas vulgares, que se aparecen arrastrando, ó no arrastrando cadenas; y que son generalmente efecto de sueños ó de alucinamientos que obran sobre imaginaciones acaloradas.

Los antiguos creían hasta en espectros del dia, lo cual consiste sin duda en que se duerme la siesta cuando aun está el sol radiante, pero despues de comer. Una digestion penosa unida á un semisorpor creaba la mayor parte de estas apariciones, producidas por el disforme Esmarra, demonio de la pesadilla.

Se encuentran citados en el Phlegon numerosos hechos, que pertenecen tambien á otro género de alucinamientos. El mas notable es el que contó un filósofo griego muy digno de fé, que

pasando por un camino para ir á su casa de campo, se encontró, por decirlo así, cara á cara con su padre que habia muerto muchos meses antes. El viejo estaba pálido y vestido con el traje que usaba ordinariamente en sus últimos años; con la sola diferencia de que los colores estaban caídos y como desteñidos; era como una sombra de los Campos Eliseos, sonriendo y en una actitud agraciada: saludó á su hijo con ternura, y este queriendo besarle la mano, no encontró en la suya estendida mas que una especie de rayo de luz débil, como los que produce el sol á través de ventanas ó agujeros, y que se perciben claramente á favor de los átomos que suben y bajan, y pasan y se cruzan por ellos. Despues, la figura siguió su marcha á lo largo del camino, que habia sido su paseo habitual.

En aquella época ya se empeñaban en explicarlo todo: no pudiendo poner en duda la buena fé del narrador, hombre de gran sentido y que pertenecía á la secta de los escépticos, se juzgó que habia sido juguete de una ilusion pasajera; y como era muy sobrio, fué necesario buscar una razon del todo particular á este fenómeno.

Se pensó que habiendo sucedido el caso en la estacion de la siega del forraje, cuyo olor trastorna la cabeza, el filósofo, absorbido sin duda por el recuerdo de su padre al pasar por un camino que este tenia afición á recorrer, habia podido representarse con aquella fuerte apariencia de realidad que regularmente no pertenece mas que á los ensueños.

Muchas apariciones podrian explicarse con este sistema; pero no daría cuenta de la siguiente aventura, que nos han contado en un pueblo del mediodia.

Un jóven, volviendo de cazar, se apresuraba á llegar á la poblacion, cuyas puertas debian cerrarse á las ocho de la noche. Tenia todavia que atravesar un puente de forma angular de los que se elevan hácia su parte media sobre arcos apuntados, bajo el cual corria un riachuelo con el agua casi estancada, y lleno de altas yerbas en sus orillas. El calor habia sido fuerte durante el dia; pero era en otoño y despues de puesto el sol, y un denso vapor se elevaba del agua y de las yerbas. El jóven se habia detenido un instante y descansaba sentado en una piedra, convencido de que, habiendo venido hasta allí á la hora que era, tenia tiempo para llegar antes de que las puertas del pueblo se cerrasen.

En el momento de volver á emprender su marcha percibió en medio del puente una especie de figura, que parecia condensarse poco á poco en la bruma..... Podia ser un caminante; pero la figura estaba inmóvil. El jóven se levantó y fué hácia el puente; á la par que él subia la figura bajaba por el otro lado, y pronto pareció que salía de la niebla limitada por las riberas del rio, y se puso á seguir su camino á cosa de 20 pasos delante del jóven.

Cuanto mas este miraba á tan extraño paseante, mas le parecia reconocer el aire, la manera de andar, y hasta, con los últimos reflejos del dia, el color del traje pardo de un tío suyo que habia muchos años habia marchado á la América, y que de tiempo en tiempo le escribia que volveria al pais en cuanto concluyera sus negocios.

— «¡Acaso será él que habrá vuelto!» dijo para sí el jóven, y apretó el paso para alcanzar al viajero.

Pero á medida que él avanzaba, la figura avanzaba igualmente, y se encontraba siempre á la misma distancia. Ademas, cuando pasaba debajo de las copas de algun grupo de árboles, es decir, de la luz crepuscular á la oscuridad completa, parecia conservar algo de la claridad que atrás dejaba, y se dibujaba por claro en la sombra.

Cuando el jóven llegó cerca de la puerta de la poblacion vió á la figura titubear un momento como si le esperase, luego vacilar como una sombra proyectada en las cercas, y despues desaparecer completamente. — «Es una ilusion de mi vista,» — dijo entre sí el jóven: entró por la puerta y preguntó á un guarda si habia visto pasar á alguno delante de él.

Volviendo entonces casualmente la cabeza vió á la misma figura pasar como una silueta por las paredes interiores, y dijo

al guarda; — «pero allí va uno que entra en el pueblo.» — «No señor (respondió el guarda), yo no veo á nadie.» —

La figura estaba, á 20 pasos, detenida en la esquina de la calle que el jóven debia tomar para ir á su casa, mirábale con una benévola sonrisa, y como estaba vuelta hácia él, le pareció reconocer, á la luz de un farol, enteramente las facciones de su tío. Llamóle pues; pero nadie respondió.

El jóven siguió la calle; tomó otra: siempre la sombra iba 20 pasos delante de él. Detúvose delante de su casa. — «No pues ahora (dijo) voy á saber lo que es.» — Sobrecogido sin embargo de una especie de temor apresuró su marcha; todo habia desaparecido. Abrió la puerta de la calle y la volvió á cerrar bruscamente. — Un doloroso quejido resonó en la calle.

Nuestro jóven, como es de imaginar, subió rápidamente la escalera; al llegar al primer piso oyó un prolongado suspiro que le hizo volver los ojos hácia la ventana que daba al patio, y le pareció ver á la parte exterior de la vidriera la misma figura pronunciando claramente: ¡Ah! ¡Ah!..... como si la costase trabajo el trepar por la parte de afuera de la agujereada pared de la casa.

Estuvo por tirar un tiro, con la escopeta que en las manos traía, á aquel extraño visitador, y solo se contuvo al pensar que la aparicion se asemejaba á un pariente que siempre habia amado.

La misma exclamacion se oyó en la ventana del segundo piso, y la misma figura volvió á aparecer por entre los vidrios. El jóven, que vivia en este piso, abrió estremeciéndose la puerta de su habitacion, se apresuró á cerrar, y habiendo tomado una luz, encontró sobre su mesa, una carta de América, que habia llegado durante su ausencia escrita en el lecho por su tío moribundo, participándole que le hacia heredero de sus cuantiosos bienes. La aparicion no volvió á verse.

Los sabios del pais disertaron largo tiempo acerca de la narracion que el jóven hizo de esta aventura. Se juzgó que, en la época en que habia acaecido, el jóven estaba ensimismado con alguna inquietud respecto á la suerte de su tío, de quien no habia recibido noticias en mucho tiempo; que despues de un dia de calor y de fatiga, sus sentidos debilitados habian sido victimas de una ilusion, debida en parte á las sulfurosas emanaciones del rio que habia atravesado al volver por la tarde al pueblo.....; y que la carta recibida él mismo dia era una coincidencia puramente accidental.

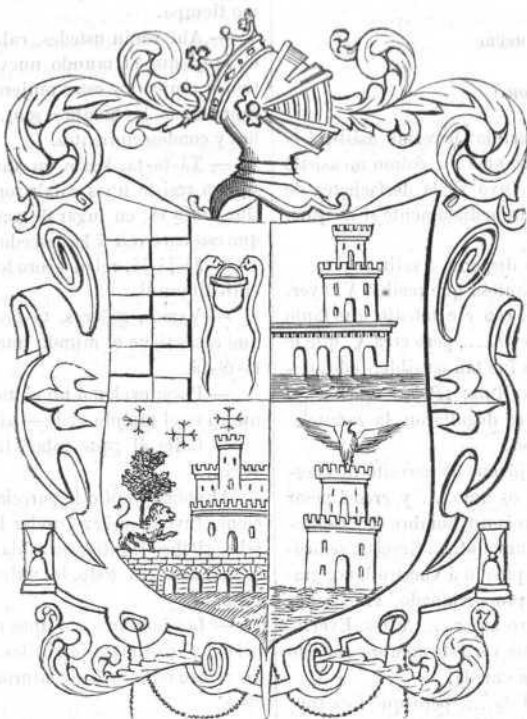
Walter Scott, en los cuentos de la tia Margarita, ha pretendido, sin embargo, hacer creer que los muertos volvan con gusto á los parajes á que eran aficionados, y donde habian pasado parte de su existencia. Impotentes de manifestarse con el poder de la vida, estas larvas errantes podian empero ser vistas en ciertas circunstancias por las personas cuya alma estaba en relacion con ellas. Se necesitaba ademas un estado de la atmósfera que permitiese á la imagen tomar cierta intensidad, concentrando en su forma estas moléculas de una materia impalpable pero visible. — «No es por ventura este sistema el mismo de los antiguos, que comparaban las sombras de los muertos á aquellos rayos del sol en que se ven agitarse los átomos?» Una disertacion sobre este objeto nos llevaria muy lejos.

Sócrates, hablando de la injuria, decia que era peor hacerla que recibirla.

M. Caton, habiendo por casualidad recibido un golpe estando en el baño, contestó al que en el acto se disculpaba de haberle dado: — «No me acuerdo de haber recibido ningún golpe.»

Epaminondas sufria las injurias con la mayor paciencia.

Thrasibulo, á quien el pueblo ateniense repuso en el mando de que habia sido privado por los treinta tiranos, dió un plebiscito para que nadie mencionase lo pasado, y publicó una ley llamada en griego *amnistias*, es decir, *olvido*.



Escudo de armas de la casa de Ponteijos (véase la pág. 277).

SEMEIOLOGIA É IDIOGRAFÍA.

Llábase *Semeiología é Idiografía* una de las ciencias filosóficas que trata de los *signos* por medio de los cuales comunica el hombre sus pensamientos, y principalmente el *lenguaje*.

El número de las lenguas es totalmente desconocido; pero se puede calcular que actualmente no existen menos de dos á tres mil. El doble á lo menos ha dejado de existir, y por esto se llaman *lenguas muertas*.

Las principales lenguas muertas son el latín y el griego, el hebreo, el árabe literal ó antiguo, el islandés, el zenda y el sanscrito.

Las lenguas modernas mas útiles son el francés, el inglés, el alemán, el español, el italiano, el árabe, el ruso, el indostaní y el chino.

En los tiempos modernos algunos hábiles sabios han aprendido y comparado una multitud de lenguas; de aquí lo que se llama *Gramática comparada*, y la *Idiografía* propiamente dicha, que se llama también *Lingüística*.

La Gramática comparada examina las semejanzas y diferencias gramaticales que presentan las lenguas refiriéndose á la lógica.

La Lingüística compara las lenguas solamente en materia de *lexicología*, que por medio de diccionarios nos explica la significación de las palabras aisladas; y en materia de *sintaxis*, que nos manifiesta qué serie de modificaciones pueden sufrir las palabras para expresar tal ó tal circunstancia episódica (declinaciones, conjugaciones, afijas); — y cómo las palabras, cuando se las reúne para con ellas formar frases, períodos, discursos, se combinan, se preceden, se siguen, se trasponen, y bajo cuáles modificaciones aparecen cuando se trata de expresar tal ó cual relación entre ellas.

Está probado hoy por los resultados de estos laboriosos estudios, que todas las lenguas del universo provienen de una que de ellas es el origen común; que probablemente ya no existe, y cuyo sitio ha sido el Oriente.

Se distinguían en otro tiempo muchas lenguas madres; hoy

no se reconoce ya en las lenguas mas que hermanas, unas primogénitas y otras segundas; pero todas igualmente derivadas de la extinguida lengua primitiva.

No terminaremos sin decir una palabra de la escritura, que es también un signo del pensamiento.

Las diversas escrituras se reducen todas á dos: una que expresa inmediatamente el pensamiento y que se llama *kyriológica*; la otra que es el signo de la palabra, y que por consiguiente no expresa mas que mediatamente la idea.

A esta última le basta un alfabeto para dar todos los matices del pensamiento; porque no componiéndose la palabra mas que de voz y de articulaciones, con tal que se tenga una letra para cada voz, y una letra para cada articulación, no es necesario mas que combinar convenientemente estos signos.

En la escritura *kyriológica*, al contrario, hay tantos signos como ideas que expresar.

Aun hay mas: mientras que no se trata mas que de expresar objetos materiales, la escritura *kyriológica* basta aun; pero cuando hay que expresar un objeto espiritual ó abstracto, por ejemplo, la eternidad ó la providencia, ¿cómo se puede verificarlo? Se asegura que para representar estas dos ideas los antiguos egipcios empleaban 1.º una serpiente enroscada en círculo y que con los dientes se mordía la cola; 2.º un ojo en la extremidad de un palo. Estas dos figuras eran símbolos. La escritura *kyriológica* no estaba lejos de hacerse simbólica.

La escritura vulgar se llama *fonética ó alfabeto*.

El único ejemplo auténtico y célebre de una lengua entera en escritura *kyriológica*, es el chino. Se puede citar, pero en un círculo infinitamente mas estrecho, nuestras cifras árabes; los signos abreviados de los médicos, etc. — Los célebres geroglíficos del Egipto han sido tenidos hasta nuestros días por una escritura *kyriológica*. El difunto Mr. Champollion joven descubrió la clave de ellos, y leyendo inscripciones, pensó que, excepto en algunos pormenores, todo en la escritura de los antiguos egipcios era fonética.

II DOS AMORES!!

A MANUEL ARAMBURU.

(Continuacion.)

— ¡Oh vergüenza! continuó Everilda; hacerme asistir á la silba de una obra del hombre que se ama..... ¿cómo no asistió V.? sabía lo que iba á pasar..... y tuvo V. la desfachatez de ofrecernos un palco. Márchese V..... inmediatamente si no quiere que le echen mis criados.

Emilio empujado por la jóven se disponia á salir.

— Caballero, vaya una silba espantosa que recibió V. ayer, está V. de enhorabuena, se lució V. con ese talento que tanto ponderan..... yo he juzgado á V. mejor..... pero crea V. que le acompañamos en el sentimiento; nos fué tan sensible, todos decíamos como el marqués de la Clavellina: ¡Pobre muchacho! ¡Pobre Emilio! Ya se ve, los actores degollaron la zarzuela, crea V. Emilio que le compadecemos.

— Señorita, gritó roncamente el jóven; no necesito ni vuestra compasion ni vuestro elogio..... os amo..... y creo á pesar mio que os amaré..... ¡Ojalá encontréis un hombre que os merezca y que os ame tanto como os he amado!..... Gracias, señorita, gracias por los momentos que he pasado á vuestro lado, gracias por la felicidad que me habeis proporcionado, gracias por vuestras bondades, gracias por vuestro amor..... Adios, Everilda; permitidme pronunciar por última vez este nombre querido con dulce intimidad. Adios, Everilda amada.

— Qué lúgubre es vuestra despedida..... pero qué loca soy; es tono de autor silbado..... Crea V. Emilio que le deseo mil felicidades; pero que no sean de la especie de las de la noche anterior..... Adios.

La jóven desapareció y Emilio pudo oír una carcajada homérica que resonó detrás de los tapices de la puerta.

Volvióse tristemente á su casa pensando en la entrevista que acababa de tener. Allí, meditando profundamente, consideraba el carácter de la mujer y entre sollozos decia: ¡oh mujeres! ¡Oh mujeres!

Una carta le hizo detener el negro hilo de sus reflexiones.

Aquella carta era de ella, tal vez pensaba él; pasada su irritabilidad habrá considerado su mal proceder y en esta carta me pedirá un olvido completo de su conducta pasada.

¡Oh mujeres, mujeres! exclamaba sonriéndose amargamente.

Y abrió la carta que decia así:

«Atendiendo á las razones que ha expuesto mi ministro amor, vengo en declararos cesante de mi querer, quedando satisfecha del celo y lealtad con que le habeis desempeñado y esperando que la cómica sabrá utilizar oportunamente vuestros servicios.» — Everilda. — Dado en etc. etc.....

Emilio al leer este sarcasmo lloró. ¡Amaba tanto á aquella mujer!

IV.

El mundo nuevo es el mundo viejo. — Los niños nacen hombres.

Emilio pasó toda la tarde en una profunda melancolía: al oscurecer salió de su casa: su mirada vagorosa, sus pasos inciertos señalaban el hombre que no depende de sí, sino de la casualidad.

Dirigióse al Prado, miró á París con indiferencia, en aquel paseo encontraría amigos y veria á ella precisamente: esto le contrariaria y se internó en una de las alamedas paralelas.

Tá-tá-tá.

Este ruido llamó la atencion del jóven. Era el tambor de un cosmorama, titilimundi ó mundo nuevo que por la módica retribucion de dos cuartos permite á todo ciudadano disfrutar de vistas tan agradables como la de la ciudad de Jauja, en la que se come se bebe y no se trabaja, ó de la ciudad de Antequera, en la que sale el sol por donde quiera. Emilio se paró detenido por un poder desconocido.

Tá-tá-tá, tocaba en el tambor el charlatan diciendo al mismo tiempo.

— Ahí verán ustedes, caballeros y señoras, la gran ciudad de Jauja que el mundo nuevo enseña hoy; en ella los maridos tienen mujeres y estas mujeres tienen amantes: las mujeres son caprichosas, los hombres son..... como en todas partes, bonachones y condescendientes.

— Tá-tá-tá. Véase un amante que lúgubre va; ya se ve, ¿quién resiste unos calabazones como los que ha llevado?..... Qué tonto es; en lugar de consolarse llora. — Pues bobo, no ves que eso hace reír á la poseedora de nuestra costilla.

— Já-já-já, reían á coro los soldados y niñeras que rodeaban el titilimundi.

— Vamos, señores, tá-tá-tá, atencion, que falta lo mejor, qué cosas tiene el mundo nuevo tan bonitas como extrañas..... tá-tá-tá.

— Pues, exclamó un chusco, á mí me parece que el mundo nuevo es el mundo viejo — ni mas ni menos.

— Calle él ¿que sabe? le contestó el charlatan. — Ahí se verá.....

Al pobre Emilio le parecia que se burlaban de él, y tentaciones tuvo de echar á rodar la máquina del que creía le insultaba. ¡Pobre Emilio, no sabia que el estado excepcional en que se hallaba era todo lo vulgar que podia ser desde que hay mundo!

— Los hombres son unos monstruos, decia, me acogeré á los niños, y sus juegos infantiles destruirán mis tristes pensamientos recordándome los venturoso días de mi infancia. ¡Dichosos ellos!

Y se acercó á un corro de niñas que alegremente cantaban:

Tengo las calabazas

Puestas al humo,

Y al primero que pase

Se las emplumo.

— ¡Siempre yo! exclamaba cada vez mas furioso el jóven. Oh mujeres, mujeres; al fin mujeres, concluía. Me uniré á los niños y oyendo sus conversaciones seré feliz, se dijo.

Y con esta intencion se sentó en un banco en el que estaban sentados tres muchachos.

— Manolito, decia uno de ellos, ¿has visto á Emilio?

— No, desde que le dieron calabazas.

— Pues los holgazanes no gustan á nadie, y ha refiado con su novia.

— Es decir que la novia le ha dado las buenas noches.

— Justamente; no me pasará á mí eso porque trabajo mucho.

— Y Adelita está muy contenta y á todo el mundo dice que Manolito ha salido sobresaliente.

— Yo tambien digo que ella es una mujer cabal.

— Pobre Emilio, qué calabazas le han dado.

Emilio estaba destinado á sufrir; sabido es que los estudiantes llaman dar calabazas á salir mal en los exámenes.

El coro de niñas cantaba:

Mal haya sean las mujeres

Que de los hombres se fian.

Los niños empezaron entonces á proclamar la falsedad de tal aserto, y cantaban lo contrario que las muchachas armando tal algarabía que Emilio se levantó exclamando:

— Los niños nacen, en el siglo del vapor, hombres.

V.

Que dura lo que luce un quinqué, y en el que se citan unos versos.

Sobre una mesa de pintado pino
Melancólica luz lanza un quinqué
Y un cuarto ni lujoso ni mezquino
A su reflejo pálido se ve.

ESPRONCEDA. — Diabla mundo.

Emilio volvió á su casa mas desconsolado de lo que había

salido. El mundo no le ofrecía sino sarcasmos, desdenes, lágrimas y miserias. Su corazón no podía ser comprendido por la sociedad. Sentado ante una mesa en la que lucía un quinqué, abrió un libro y leyó. De pronto apartó la vista de sus páginas y exclamó.

— ¡Oh fugitiva felicidad! porque cual la mariposa nos muestras tus lucidas alas, tus brillantes colores, y apenas logramos cogerte en tu fugaz carrera, desaparecen al momento que te tocamos los colores y el brillo, y donde creíamos hallar vida y luz no encontramos sino polvo y miserias.... ¡Ah cárcel humana! ¡Ah mundo engañoso! ¡Oh mentidas mujeres! ¡Oh horrible realidad! porque te derrumbas con estrepitoso son, arrollando en tu horrida y veloz marcha al mortal que aplastas cuando juguetea con la risa, el céfiro, el amor y la dicha.... Porque no disponemos de un caudal de fuerza de voluntad superior al que poseemos.... ¡Sociedad! ¿Quieres que trabaje? Bien, trabajaré y te dominaré. ¿Quieres gracias y verdad? Las tendrás. Ironías, sarcasmos, cuanto quieras, lágrimas, sangre, caos, confusión; bien, aguarda: la pluma con que escriba será de águila, mi tinta será de dolores y angustias, será veneno.... Amaré á tu pesar, mundo; soy joven y me amarán, buscaré ángeles y demonios, me reiré cuando quiera llorar y lloraré cuando necesite reír. No conoceré un amigo y llamaré á los hombres hermanos, mi sonrisa estará como enclavada en mis labios, el odio rebosará en mi corazón.... escribiré, trabajaré. — El trabajo será mi ídolo, él me hará olvidar.... y luego Emilio

«Todo es mentira y vanidad, locura,

Con sonrisa sardónica exclamó,

Y en la silla tomando otra postura

De golpe el libro con desden cerró.» (1)

El quinqué lanzó su última llamarada y se apagó dejando la habitación á oscuras.

Nuestro héroe era al fin hombre y se durmió.

¡Pobre Emilio! Dejémosle reposar que bien lo necesita.

VI.

Un año despues. — Margarita.

Un año ha transcurrido desde los últimos acontecimientos: no referiremos lo que en él ha sucedido porque se adivinará por lo que nos falta relatar. Estamos en primavera, en el mes de abril, y en casa de los señores de Lavera. Es de noche, y noche de la reunión semanal que estos señores acostumbran tener.

Everilda está tan hermosa como antes, si bien un poco mas pálida. Coquetea deliciosamente con un joven moreno vestido con elegancia. No es Emilio, es el marqués de la Clavellina.

Emilio está al lado de una mujer bellísima.

Es Margarita, preciosa joven de ojos azules, pelo rubio, mirada dulce, conjunto angelical; su palidez mate es espantosa. ¿Es un encanto? ¿Es un síntoma terrible? No lo sabemos. Ved su sonrisa, ved su alegría, oid su conversacion; y si podeis, juzgad, y si no sabeis juzgar, esperad.

— Margarita, ¿tu mamá está mejor? preguntaba á la joven Emilio.

— Sí, está muy bien mi buena mamá: si vieras cuánto te quiere.

— Yo tambien la estimo tanto como se merece — es un ángel como tú.

— No digas esas cosas, replicó ruborizándose Margarita: no ofendas á cosas celestiales comparándolas á una cosa tan mezquina como yo.

— Margarita, no tenia seguramente deseos de ofenderte. ¡Qué buena eres!

Everilda no quitaba los ojos de esta alegre pareja. El marqués, aunque seguía la conversacion entablada con su compañera, hacia otro tanto como ella.

— Qué conversacion tan interesante tiene Margarita con Emilio, lo notais, marqués.

— ¿No sabeis lo que se dice de público, señorita?

— No á fé.

— Pues bien, sabed, dijo el marqués, que se dice que Margarita y Emilio se unirán dentro de poco con vínculos eternos.

— ¿Qué decis? ¿Será cierto? exclamó frunciendo el ceño Everilda.

— ¡Ah! dijo el marqués suspirando, lo creo muy cierto.

— ¿Por qué suspirais, marqués? preguntó la bella.

— Cruel, no quereis que suspire recordando la dicha de otros al considerar que yo jamás alcanzaré tal felicidad.

— ¿Por qué desanimarse? ¿Amáis á Margarita?

El marqués respondió confuso.

— La amé: sus desdenes me hicieron olvidarla: cuantas cartas la escribí quedaron sin contestacion.... No la amo. — Vos únicamente reinais en mi corazón — amor sin esperanza.

— No, que la constancia todo lo vence: solo exigiré de vos, marqués, ciega obediencia á mis mandatos, ó mejor á mis caprichos.

— Señora, seré vuestro esclavo.

— Decidme, ¿sabeis si esas cartas de que me hablabais hace poco las conserva Margarita.

— No lo sé.... solo puedo deciros que ha tratado de devolvérmelas.

— Bien, marqués; es preciso que las recupereis.

— Pero permitidme una observacion.... (Margarita no sé si me recibirá. — A mas ¿de qué os servirían? ¿Desconfiais de mí?)

— No, no tengais esa presuncion: me habeis prometido que respetareis mis caprichos y en verdad que mal empeais.

— No, no, Everilda, las reclamaré; mañana me presentaré en su casa, ¿estais contenta?

La joven alargó al marqués una mano que estrechó con transporte.

— ¿A qué hora ireis? preguntó sonriéndose la joven: soy mujer, no extrañeis mi curiosidad.... ¿A qué hora ireis?

— A las ocho, hora en que acostumbra á salir la madre de Margarita.

— Entiendo, entiendo. ¿Ireis mañana al Príncipe? Se estreña una pieza de Emilio.

— Iré, por complaceros.

— Gracias, marqués: me temo que adelantais mas de lo que quisiera. No te casarás, Emilio, porque no: yo quiero y no sabes lo que vale la voluntad de una mujer celosa, murmuró sordamente Everilda.

— Hasta la vista, encantadora Everilda; tendreis las cartas.

— Marqués, espero veros en el Príncipe.

Emilio y Margarita soñaban con su próximo enlace.

Debemos decir que el joven aun amaba á Everilda; pero Margarita era para él el bálsamo consolador que cicatrizaba poco á poco la herida: el amor que tenia á la una era ardiente y volcánico; á la otra la amaba con esa dulce y misteriosa pasion que embalsama nuestra vida justificándonos á nuestros ojos.

Entre la una y la otra no habia lugar á vacilacion.

La una le despreciaba y le habia herido en su orgullo: la otra por el contrario le amaba, y la reputacion de Emilio era la suya: la una era cruel y sarcástica, la otra dulce y tímida. Everilda era el ángel malo del joven; Margarita por el contrario era su ángel bueno. Con todo, el joven no dudaba que Margarita le amaba y que ella debia ser su esposa; pero amaba con su primer amor á su ángel malo, á Everilda; y si se le hubiera dicho estas apreciaciones las hubiera enérgicamente rechazado, porque aunque sentia lo contrario, él creia que no era así. Everilda no podia ser su esposa nunca, es cierto; pero siempre seria su amada, el ídolo del corazón; la joven le dominaba con su energía y sus poderosos atractivos, en tanto que Margarita le atraía con sus virtudes y su dulzura. Entre dominar y atraer hay un abismo. Porque por esos fenómenos del corazón, la mujer que nos domina la damos la soberanía absoluta sobre nosotros: la mujer que nos atrae, que nos ama, no con vehemencia,

(1) Espronceda.

sino con un amor puro, no nos satisface: si la amamos estamos muy prontos á desconfiar de ella. Es, por decirlo así, amor constitucional, amor que se discute. ¡Qué errores tan funestos!

VII.

Que es muy novelesco; pero que no por eso deja de ser cierto.

Las campanas de la iglesia parroquial de San Luis llamaban á los fieles á misa de ocho. En una casa muy modesta de la calle de Jardines habia una habitacion decente y limpiamente amueblada: sus moradores se componian de una mujer como de 40 años que aun conservaba restos de la belleza que debió tener en su juventud, y que habia transmitido á su hija, hermosa rubia que nuestros lectores conocen con el nombre de Margarita.

— Mamá, preguntaba esta á aquella, ¿cómo te sientes hoy?

— Muy bien, hija mia; y tú, ¿cómo estás?

— ¿Estoy acaso mala? preguntó con sencillez la jóven: si estoy enferma debe ser de dicha.... ¡Me ama tanto Emilio!.... ¿No es verdad?

— Sí, hija mia, sois dignos el uno del otro.

— Insultamos tus padecimientos con nuestro egoismo....

— Hija mia, mis padecimientos cesarán.... con tu felicidad. La campana seguia tocando.

— Voy á rogar al cielo por tí y por él.... Dios os bendiga, hijos mios.

La buena señora dió un beso á su hija y no tardó en cruzar la calle de la Montería en direccion á la iglesia.

Apenas habia salido, un violento campanillazo hizo estremecer á la delicada Margarita.

— ¡Dios mio! si será él, exclamó precipitándose á abrir la puerta.

Un hombre penetró con velocidad en la sala que habia abandonado Margarita para abrir la puerta. La jóven le siguió asustada al reconocer que no era Emilio.

— ¿Me conocéis, Margarita? preguntó tímidamente el desconocido.

— Creo reconocerlo, repuso la jóven ruborizada.

— Nada temais de mí, interesante jóven. ¿No queriais devolverme las cartas que tuve la desvergüenza de escribiros?

— Sí, caballero; las guardo intactas como vos me las enviasteis.

— ¡Qué cruel sois, Margarita! dijo el marqués de la Clavellina.

La jóven abrió un cajon de una mesita y sacó un paquete de cartas atadas con una cinta de seda azul que puso en manos del marqués.

— ¡Intacto está el lacre con que las cerré! — ¡Qué virtud tan rara en nuestros dias! Si me perdonaseis; si al menos no me aborrecierais, me conceptuaria feliz.

— Yo no aborrezco á nadie, señor marqués, no os perdono porque no os reconozco culpable, tomad vuestras cartas y disponed de esta casa como vuestra.

— ¿No me aborreceis?... ¿Podré aun esperar?... Una palabra, Margarita.

— ¡Por Dios! No empleeis ese tono, dijo trémula la jóven.... Me asustais.

— ¡Oh! Nada, nada; ni un resto de piedad.... en cambio de tanto amor.

— ¡Señor marqués, señor marqués! Vuestro comportamiento es inicuo, abusais de vuestra posicion.... exclamó llorando Margarita.

¡Qué hermosa que estaba la jóven llorando!

— Divina é incomparable belleza, replicó el marqués sin poderse contener cayendo de rodillas ante la jóven: no llores; tus lágrimas caen en mi corazon taladrándole de una manera dolorosa; tus líquidas perlas realzan tu hermosura hasta el punto que me enloqueces. — Amame, Margarita; posicion, cariño, amor, juro que no te faltarán: consiente en ser mi esposa.... Margarita, te amo.

Un jóven con los brazos cruzados, mudo é impassible acaba-

ba de oír el frenético *te amo* en el dintel de la puerta de la sala. Margarita fijó con espanto en él sus ojos, y dando un espantoso grito cayó desvanecida en el sofá. El marqués se apresuró á socorrerla.

— Dejad quieta á esa mujer, no la profaneis con vuestras manos.

— Caballero, quisiera saber con qué derecho me imponeis vuestras órdenes.

— Con el derecho que tiene la honradez sobre la vileza.

— Quisiera saber á quién llamais vil aquí.

— A nadie mas que á vos, señor marqués de la Clavellina.

— Me dareis cumplida satisfaccion de vuestras palabras, caballero.

— Cuando gusteis; esperaré en mi casa vuestros testigos, dijo Emilio entregando una targeta al marqués.... No toqueis á esa mujer, porque si bien teneis derecho sobre ella como amante, yo le tengo como futuro marido.

Emilio al decir estas palabras se apoderó del paquete de cartas y de la carta que habia abierto poco antes el marqués. — «Cartas de amor,» murmuró. — Margarita hizo un esfuerzo sobre sí, y al ver la actitud amenazadora de los dos jóvenes, al ver el gesto de desprecio de Emilio, volvió á dar un nuevo grito y se llevó el pañuelo á sus labios, retirándole despues empapado de sangre. El jóven al ver la sangre olvidó sus celos y corrió al lado de la jóven. El marqués tiró del cordon de la campanilla y se presentó una criada prestando toda su ayuda á la desgraciada Margarita.

Aunque la situacion es dramática, permitirán nuestros lectores que retrocedamos algun tanto para explicar la llegada repentina de Emilio que pareció en el diálogo anterior, así como caido del cielo ó como salido por escotillon.

El jóven habia recibido la noche anterior un anónimo suscrito por «un desconocido amigo de la verdad y enemigo de los engaños femeniles,» en el que se le decia que Margarita le engañaba, se le citaba el nombre de su amante y la hora que podria encontrarle en casa de ella; se le añadia que su madre abandonaba la casa á esa hora con pretexto de ir á misa; pero que era en realidad para que los amantes disfrutasen de soledad deliciosa; por último que él era muy bueno para marido, pero que no pasaba de aquí.... Emilio sospechó y quiso saber á qué atenerse. Aguardó al dia siguiente, y á la hora en que la criada volvía de la compra, la que penetraba en la habitacion por medio del picaporte, consiguio de ella que le introdujese sin ruido para sorprender á Margarita con el marqués.

Lo que sucedió ya lo sabemos.

(Continuará.)

FRANCISCO DE ESPINOLA.

Soneto.

¡Allahu-akbar! desde su trono de oro
Oye el sordo gemido del que llora,
Y en vago acento, en misteriosa aurora
Le envia de consuelos un tesoro.
Dijo al angel, cuyo hálito sonoro
Hace brillar la llama inspiradora,
Vé, y al son de tu guzla vibradora
Olvide su dolor mi pueblo moro.
Oye, pueblo muslim, sobre Granada
Gime triste su rica poesia
Como la flor que al aura se deshoja.
Soplo es de Allah la voz enamorada
Que hace brotar al resplandor del dia
El lirio blanco del peñon de Loja.

AMÓS DE ESCALANTE.

Director y propietario D. MANUEL DE ASSAS.

Madrid. — Imprenta de la VIUDA DE PALACIOS.



Retrato de D. José Nicolás de Azara y Perera, primer marqués de Nibbiano.

BIOGRAFIA.

Nació Azara en Barbuñales de Aragón, provincia de Huesca, el día 5 de diciembre de 1730, de una de las familias mas ilustres y de esclarecida nobleza de aquel antiguo reino. Habiendo estudiado en la Universidad de Huesca, en donde se graduó de doctor en jurisprudencia, pasó á Salamanca en 1749 al colegio de San Salvador de Oviedo, en el que sirvió la plaza de bibliotecario. Llegando á la corte la fama de su claro saber y privilegiado talento, Carlos III le confirió una plaza de oficial en la Secretaría de Estado en 1760, y la facilidad y tino con que desempeñó cuantos asuntos se le cometieron, le valió ser nombrado, en 1765, *Agente general de España en Roma* cerca de la santidad del papa Clemente XIII.

Desde su llegada á la capital del orbe católico, su casa fué el punto de parada de todos los sabios, el refugio de los artistas y hombres de letras, y el mejor liceo ó academia científica, literaria y artistica de Roma.

Arbitro Azara, por decirlo así, de los destinos de Roma en el Pontificado de Pio VI, cerca de cuya persona fué embajador de España con retención de la Agencia, no solo atajó en medio de su carrera de reformas eclesiásticas á su amigo el emperador de Austria José II, con el que arregló personalmente las diferencias que tenia con el Papa, á Leopoldo, gran Duque de Toscana y al Duque de Parma Fernando I, que se hallaban indispuestos con el expresado Pontífice, y librado la Ciudad Santa del gran peligro que corrió en el motin de 1795, si que tambien detuvo al coloso del siglo, al indómito *Napoleon Bonaparte*, cuando en 1796 se dirigía á Roma con su ejército para castigar los ultrajes que suponía la Francia republicana le habia hecho el Pontífice y los romanos, logrando de aquel genio de la guerra el *Armisticio de Bolonia*. Por este hecho fué proclamado el *Libertador de Roma*, nombrado uno de sus sesenta Senadores, y obtuvo el honor de que se le acuñase una medalla con su busto.

Durante la revolucion francesa, las familias proscritas del desventurado Luis XVI y de Orleans obtuvieron de él una generosa y magnífica hospitalidad; y como el desgraciado Pio VI

le debiera tambien sumos cuidados y atenciones en el tiempo de su ostracismo, en su compañía y por su consejo, hizo la bula por la que pudo despues ser elegido fuera de Roma su sucesor *Pio VII*, al que tambien hizo servicios importantes.

Nombrado Azara, en 1798, embajador de España cerca del Directorio de la República francesa que le recibió, para mas honrarle, en audiencia extraordinaria, y poco despues de Portugal para arreglar su paz con la República, escribió su preciosa *Memoria sobre la pacificación general de Europa*. Llevó en aquel cargo su beneficencia hasta Constantinopla; en donde alivió la suerte de los franceses prisioneros del Gran Señor, cuyo gobierno solo por su medio quiso contratar los socorros para ellos, y llegó á tal su ascendiente con el Directorio ejecutivo de la República, que solo á él respetaba entre los diplomáticos, y á su petición cerró los clubs revolucionarios que declamaron contra España y varió de sistema completamente. Por un golpe de ingenio, hijo de su privilegiado talento, para salvar el crédito español, libró á la Francia de una inminente banca-rotta, por lo que mereció las bendiciones y plácemes de ambas naciones. Fué tal la confianza que tuvo en el talento y probidad de Azara el Directorio, que le encargó la formación del plan marítimo de las escuadras combinadas contra la Inglaterra, el que se trabajó en su palacio de la Embajada de España, y tal el amor que se le profesó, que cuando á fin de 1799 fué depuesto de la Embajada por una intriga de corte, el mismo Directorio quiso mandar uno de sus miembros á Madrid para manifestar, en nombre de la Francia, que solo á Azara se reconoceria por embajador, lo que se hubiera llevado á efecto sin las suplicas y formal repulsa del caballero que se opuso á ello obstinadamente.

Habiendo dejado Napoleon el mando del ejército de Egipto al General Kleber, llegó de improviso á París pocos dias antes de la salida de Azara, con el que se avistó al instante, y al abrazarse ambos genios, Azara le informó del estado del pais y le comunicó su opinion sobre lo que podia hacerse para defenderle de la anarquía, resistiéndose á quedar en París, como queria aquel, que le ofreció colocarle en el puesto público que mas le halagase ó mantenerle en la grandeza que deseara con tal de que se quedase á su lado.

Reducido Azara á la vida privada, se dirigió á su casa de Barbuñales despues de haber acompañado y servido en Barcelona á su desgraciada amiga la Princesa *Adelaida*, madre de *Luis Felipe*, último rey de los franceses, y aquel pueblecito de Aragón empezó á ser sumamente considerado por toda la Europa.

Se le volvió á nombrar en 1800 embajador en París á instancias de muchos buenos españoles, y dirigiéndose á Madrid á tomar órdenes, se le propuso por los reyes el ministerio de Estado, pero rehusándolo obstinadamente, le condecoraron con la banda y gran cruz de *Cárlos III*, reuniendo al efecto capítulo extraordinario para él en el cuarto del rey, en cuya ceremonia la reina *María Luisa* le cosió la placa por su misma mano: en esta ocasión era ya Azara caballero Gran Cruz y Bailío de la orden de Malta, Consejero de Estado y caballero pensionado de la misma orden de *Cárlos III*.

A su regreso á París fué recibido con entusiasmo por Napoleón, por su Gobierno, y por todos los hombres políticos y de letras de Francia que le respetaban y apreciaban por su superior talento.

Nombrados soberanos del nuevo reino de Etruria los infantes de España *Príncipes de Parma*, les alojó en su casa con la mayor magnificencia y generosidad á su paso por París; y como lograrse de Napoleón que á pesar del tratado de Aranjuez que destronaba al Infante Duque de Parma *Fernando I*, padre de los anteriores, no se le removiese de su ducado, durante su vida, este agradecido soberano no solo le nombró su embajador principal en París, sino que le dió el feudo y marquesado de *Nibbiano*, en su ducado de Plasencia, para sí y sus sucesores, dignidad que recibió á instancias de su rey.

En esta ocasión se halló Azara en París con seis embajadas diferentes á la vez, cosa que á pocos diplomáticos habrá acontecido, y además tenía poderes extraordinarios para mediar entre la Francia y todos los reinos que estuviesen en guerra con la República.

En 1801 hizo la paz entre España y Rusia; y nombrado en 1802 para representar á España en el célebre Congreso de *Amiens*, obtuvo en él el primer lugar, y como tal firmó el primero el tratado de paz que allí se hizo, en el que logró anular todos los contratos ruinosos de comercio que teníamos con Inglaterra, por los que se favorecía en nuestro país mas á aquellos isleños que á los naturales: fué mirado en *Amiens* con tanto entusiasmo, que llegó el caso de suspenderse en el teatro la representación para aplaudirle al entrar en su palco.

Por el mal estado de salud del nuevo rey de Etruria, se le quiso mandar á organizar y gobernar aquel reino, pero la temprana muerte del joven soberano impidió que así se verificase; así como su porfiado rehuso, hijo de su modestia, fué causa de que no fuese *Soberano de Malta*, de cuya orden quiso Napoleón hacerle nombrar *Gran Maestre*.

Rota la paz contratada en el Congreso de *Amiens* entre la Francia y la Gran-Bretaña, aconsejó sabiamente Azara á su Gobierno la neutralidad que guardó España en esta segunda contienda, disminuyendo en mucho con su influjo los sacrificios que Napoleón la impuso para que pudiera conservarla.

Disgustado Azara de las intrigas de su corte, motivadas por las disensiones intestinas de la familia real; cansado ya de trabajar, y deseoso de descansar en su querida Roma para escribir las curiosas *Memorias de los sucesos de su larga vida política*, que puede decirse son la historia de los 50 últimos años del siglo XVIII y cuatro primeros del presente, y de disfrutar de su rica biblioteca, que pasaba de 20,000 volúmenes, y de su precioso museo de antigüedades y de bellas pinturas y de escultura, del que regaló al rey esa bellísima colección de bustos antiguos en mármol, que con su nombre se admiran en el real Museo de Madrid; deseoso de disfrutar todos estos bienes, repetimos, pidió con energía por cuarta vez su jubilación y la obtuvo al fin del año 1803. Libre ya de los negocios, se preparaba á pasar á Italia en compañía de su hermano *D. Felix*, sabio escritor naturalista y distinguido marino, cuando le atajó la muerte el

26 de enero de 1804 á los 73 años de edad. El cortejo de su entierro fué el mas numeroso que habia visto París hasta entonces, pues que asistió á él el Gobierno y todas cuantas personas ilustres habia en la capital: traído su cadáver á España por sus hermanos, fué sepultado en un suntuoso sepulcro de mármol que se ostenta en la iglesia parroquial de Barbuñales, en cuyo pueblo, y en la fachada de su casa, ha colocado el año pasado de 1850 un sencillo, pero elegante monumento en mármol que le recuerda, su sucesor y sobrino el magnífico señor *D. Agustín de Azara*, actual marqués de Nibbiano.

El nombre de Azara se ve citado con elogio en casi todas las obras de historia y de política que se han impreso en España y el extranjero de un siglo á esta parte, y en todas las vidas y biografías de los pontífices, soberanos y hombres políticos de su tiempo, en los que se le reputa como excelente diplomático, escritor puro, eminente artista, sabio anticuario y de gran virtud, probidad y patriotismo.

Además de los muchos trabajos diplomáticos y literarios que no han visto todavía la luz pública, se conocen de Azara las siguientes publicaciones: La edición en 8.º con notas de las obras de *Garcilaso de la Vega*, hecha en 1765, en las que puso un precioso prólogo sobre la lengua castellana. Las *Obras del famoso pintor Mengs* ilustradas con notas, la vida de este artista y el citado Comentario á la belleza, publicadas en 1780. La preciosísima edición ilustrada de *La vida de Cicerón* que tradujo del inglés, Madrid 1790. Las obras del famoso naturalista *Boules* con notas y un prólogo suyo, publicadas en 1782 y 1789 en Madrid. La lujosa edición de las obras del poeta español *Prudencio*, Parma: la de las exequias de *Cárlos III* con su elogio, Roma 1789. *Obras de Horacio*, Parma 1791. *Obras de Virgilio*, Parma 1793. *La religion vengada*, poema de su amigo el cardenal Bernis, Roma 1795. *Gli Animali Parlanti*, de su amigo el poeta abate Casti. *Memoria sobre la beatificación del venerable Palafox*, Roma. *Sus memorias* que hemos publicado en 1847, y otras varias obras de que damos razon, ó insertamos en la extensa vida civil y política que hemos escrito de este ilustre español.

BASILIO SEBASTIAN CASTELLANOS DE LOSADA.

LAS AMAZONAS.

¿Quién no ha oído hablar de las belicosas Amazonas? ¿Quién no ha pronunciado mas de una vez su nombre? ¿Quién no ha hecho alguna alusión á ellas? — Pocos serán los que se encuentren en alguno de estos casos, y sin embargo la historia fabulosa, ó verdadera y desfigurada de aquellas proverbiales heroínas no es tan popular como á su celebridad correspondería; he aquí la razon que nos ha movido á dar de ella una breve noticia.

Diódoro Sículo dice haber existido las Amazonas en dos partes del mundo, á saber, en la Escitia asiática, y en la Libia, provincia de Africa, afirmando haber sido estas mas antiguas que las del Asia. La generalidad de los autores que tratan de las Amazonas hablan de las asiáticas, y así de ellas será nuestra narración sacada principalmente de Justino y Diódoro.

Los escitas, hombres belicosísimos, tuvieron en tiempos muy remotos dos reyes entre los cuales hubo competencias, y discordia que llegó á hacerse guerra civil. Vencido uno de los partidos, dos excelentes varones que á él habian pertenecido, llamados Plinis y Colopikes, expatriados con otros muchos, marcharon hasta los confines del Asia menor, y á pesar de los naturales del país hicieron su asiento y poblacion en las orillas del rio Termódonte, que despues de regar la Capadocia entra en el mar Negro llamado por los antiguos Ponto Euxino.

Apoderáronse de los campos y tierras cercanas, en cuya posesión estuvieron hasta que algunos de sus comarcanos, enojados, se conjuraron secretamente contra ellos, y reuniendo sus esfuerzos y astucias, los envolvieron en asechanzas y engaños, con los cuales lograron por último exterminarlos.

Sabido esto por las mujeres de los escitas, que en el país na-

tal habian quedado, fué tan grande su ira que, con ánimo varonil, determinaron vengar la muerte de sus esposos: tomaron pues las armas en que muchas veces se ejercitaban, y matando á los maridos de algunas, que no habian sido desterrados, para ser así todas iguales en el pesar, juntas emprendieron la marcha hacia el claro Termódonte, rehusando el consorcio de muchos pretendientes compatriotas.

Con mano armada y en buen orden de guerra fueron contra los matadores de sus esposos, los cuales, á pesar de tener noticia del enemigo que sobre ellos venia, no se prepararon á la defensa por creer incapaz al bello sexo de ejecutar grandes hechos militares. Cogieronlos, pues, desprevenidos, pasáronlos á cuchillo y se apoderaron de sus posesiones y haciendas, enseñoreándose de todo. Poblaron al principio en las riberas del mismo rio en que sus esposos habian habitado; y despues extendieron sus conquistas á las provincias limítrofes.

Eligieron entre sí dos reinas ó capitanas, Martesia y Lampedo, cada una de las cuales, con la mitad del femenino ejército, defendia una parte del territorio conquistado, haciéndose apreciar y temer de sus vecinos hasta el punto de creerlas hijas de Marte, dios de la guerra; y al mismo tiempo viviendo en paz y justicia entre sí.

Llegaron á reflexionar que si no tenian sucesion, la guerra, y aun mas seguramente el tiempo, acabarian con ellas y con la nacionalidad que habian fundado, y determinaron casarse con los moradores de una de las inmediatas comarcas; pero queriendo perpetuar la exclusiva existencia de su sexo en el pais que por derecho de conquista les pertenecia, impusieron á sus futuros esposos las notables condiciones siguientes:

1.^a Que solo en ciertas épocas del año los maridos se reunieran en un paraje determinado, donde en su compañía estarian las mujeres hasta que tuviesen sospechas de hallarse embarazadas; y entonces volverian al pais de las Amazonas.

2.^a Que si lo que naciese fuera hembra, la criarían á su lado y la educarían é instruirían en el manejo de las armas y en los ejercicios propios del sexo fuerte, como montar á caballo y salir á caza menor y mayor.

3.^a Que si era varon, le enviarían á criarse y vivir con sus padres; ó si algunos quedasen con sus madres los debilitarian las piernas y los brazos de tal modo que nunca pudiesen manejar las armas, y se servirían de ellos para hilar, tejer y otros oficios femeniles.

Bajo estas condiciones se casaron.

Como las Amazonas usaban mucho el arco y las flechas, y como para manejar estas y otras armas les parecia que las estorbaban los pechos, quemaban los del lado derecho á las niñas recién nacidas, de lo cual les provino su nombre, porque en griego la *a* es partícula privativa que quiere decir *sin*, y *mazos*, pecho de leche; aunque otros dan diferente etimología á esta denominacion.

Andando el tiempo y habiendo estas heroínas aumentándose en número y crecido en poder, dejaron bien guarnecida su tierra con la parte de ellas que les pareció suficiente, y con buenos preparativos se lanzaron á conquistar nuevos terrenos. Con ímpetu irresistible, caminando hacia el norte, fueron apoderándose de los pueblos á que llegaron. Pasaron el rio Tanais, entraron en Europa, conquistaron en ella varias provincias y bajaron hasta la Tracia, desde donde se volvieron, ufanas con sus numerosas victorias y cargadas de ricos despojos, á sojuzgar tan gran parte del Asia, que se extendieron hasta el mar Caspio. Poblaron muchas y muy célebres ciudades, entre las cuales la de Éfeso en que estuvo el renombrado templo de Diana tenido por una de las Siete Maravillas. Esta insigne poblacion fué siempre la capital de las comarcas del Termódonte, y cabeza del reino de las Amazonas.

Estas usaban unos escudos en forma de medias lunas, y en las batallas, como los lacedemonios, música de flautas para avivar el entusiasmo bélico.

Mas tarde, habiéndose extendido la fama y renombre de tan extraordinarias mujeres, el rey de Atenas Euristéo encargó

á Hércules, creyéndolo imposible, que fuese con la gente y demás medios necesarios, á traerle las armas de una de las dos reinas de las Amazonas que á la sazón eran hermanas y se llamaban Antiope y Oritia. Hércules, ansioso de honra y fama, obedeció el régio mandato, y en compañía de Teséo y otros héroes, navegando por el terrible Ponto Euxino con buen número de bajeles y de la mejor gente que pudo ser habida, llegó á la embocadura del Termódonte, subió por él lo mas presta y secretamente que le fué dable, y llegó á la corte de las Amazonas al tiempo que Oritia, con la mayor parte de sus subordinadas, estaba fuera de su reino haciendo guerra á los extraños, y Antiope, creyéndose muy segura, y distante de pensar en que nadie osase atacar sus estados, no podia prever semejante acacamiento. Hércules saltando en tierra con toda su gente, sorprendió á las Amazonas y á su misma reina.

Corrieron á las armas y pusieron en defensa del mejor modo que lo apurado de la situacion lo permitia; pero fueron derrotadas por Hércules, y muchas de ellas muertas ó cautivadas, siendo de este número dos hermanas de las reinas, Menalipa hecha prisionera por el mismo Hércules, é Hipólita que lo fué por mano de Teséo. La reina Antiope queriendo libertar á sus hermanas rogó á Hércules que la restituyese á Menalipa, y el héroe accedió con la condicion de que la reina le diese sus propias armas, lo cual era conseguir el objeto por que habia hecho su guerrera expedicion. No tuvo Antiope tan feliz suceso con Teséo porque este, lejos de devolver á Hipólita, se la llevó consigo y despues se casó con ella, naciendo Hipólito de este matrimonio.

Hércules, cumplido su deseo, volvió con sus compañeros, llenos todos de regocijo por haber llevado á cabo la empresa encomendada por su rey.

Oritia, sintiendo un profundo pesar y creyéndose afrentada al saber lo acaecido, volvió rápidamente con todo el ejército de heroínas á su reino, y persuadió á su hermana y á todas las demás Amazonas, á que fuesen á hacer la guerra contra los griegos para vengar la afrenta recibida. Hizo grandes preparativos, reunió y armó el mayor número de mujeres que pudo, y pidió tropas auxiliares á Sigillo, rey de los escitas, diciéndole que á él le tocaba la deshonra por ser ellas oriundas de la Escitia, como redundaria en honor suyo la victoria que alcanzasen. Sigillo, movido por los ruegos y razones de Oritia, envió, en ayuda de esta, á su hijo Penaxágoras acaudillando una numerosa falange de caballería.

Oritia á la cabeza de su propio ejército, y con las tropas auxiliares de Sigillo, entró por Europa y llevó la guerra á los confines de Atenas; pero la tea de la discordia prendió su terrible fuego escitando el odio entre Amazonas y escitas, llegando hasta el caso de no querer estos pelear. Oritia privada de su auxilio no pudo con sola su gente resistir al ímpetu de los griegos, y las heroínas fueron vencidas, muriendo unas en el combate y huyendo otras á acogerse en el campamento de Penaxágoras, quien á pesar de sus discordias las dió hospitalidad y defensa. Las que de esta catástrofe se libraron volvieron con muchos trabajos y pérdidas á los dominios de Oritia, cuyo poder y prestigio quedó muy debilitado con tan aciagos acontecimientos.

Cuando los griegos pasaron al Asia á hacer la célebre conquista de Troya, reinaba entre las Amazonas una de linaje real llamada Pantasilea, la cual, por amistad con los troyanos, ó mas bien por el odio antiguo y heredado á los de Grecia, fué con sus súditas á socorrer aquella ciudad. Muchas y muy señaladas fueron tambien entonces sus heroicas acciones; pero vencidos los troyanos en algunas de sus salidas de la plaza, la reina Pantasilea fué muerta por mano de Aquiles, y las demás Amazonas que no huyeron á su patria, tuvieron el mismo fin trágico de su soberana.

Menguado el poder de las pobladoras del Termódonte, apenas podian sostenerse y defender sus posesiones, á pesar de continuar siempre con las mismas costumbres y hélicos ejercicios, cuando el magno Alejandro, rey de Macedonia, hizo la guerra al Asia. Hallándose este gran conquistador en la provincia de Hircania, la reina amazona Talistris, con un numeroso acom-

pañamiento de las suyas, salió de su reino y fué hacia Alejandro en alas del deseo de conocerle personalmente. Llegada cerca de él, le envió un embajador solicitando verle: lo cual concedido, dejó ordenada la mayor parte de su gente donde se hallaba, y acompañada de las más principales Amazonas llegó a la presencia del gran soberano. Apeóse de su caballo teniendo en la mano derecha dos lanzas, y Alejandro con benevolencia la dijo que *pidiese lo que quisiese y la sería otorgado*: á lo cual contestó que *no venia á pedir estados ni favores, sino solo á ver al monarca de quien tantas maravillas propalaba la fama*. — Permaneció en compañía de Alejandro algunos días, al cabo de los cuales se volvió á su país.

Por último, disminuyéndose con el tiempo mas y mas el poder de las Amazonas, se anonadó su reino despues de un largo período de existencia y de haber dominado en una grande extension de territorio.

De las Amazonas escribieron, como de cosa positiva, Trogo Pompeyo, y Justino (lib. 2.^o), — Diódoro Sículo (lib. 3.^o y 4.^o), — Paulo Orosio (lib. 45), — Marciano Capela (lib. 9.^o), — Quinto Curcio (lib. 6.^o), — Herodoto (lib. 4.^o), — Solino (cap. 27 y 63), — Pomponio Mela (cap. 4.^o), Servio, Amiano Marcelino y otros muchos autores antiguos. Solo Estrabon, despues de narrar la historia, manifiesta repugnancia á creerla.

A.



Monumento conmemorativo de Azara, ejecutado en Roma por Canova.

FORTIFICACION.

RÁPIDA RESEÑA HISTÓRICA.

La necesidad que hay de tomar precauciones contra los que pueden venir á atacar una poblacion, ha dado al arte de fortificar las plazas un lugar considerable entre las partes de las matemáticas: el origen de la fortificacion no es dudoso.

Cain habiendo matado á su hermano Abel edificó una ciudad (es decir, una poblacion murada grande ó pequena), para que le sirviera de abrigo contra el odio y horror del linaje humano.

Despues del diluvio, dice la Sagrada Escritura, que Nemrod empezó á ser poderoso en la tierra; y en el décimo del Génesis se lee el cómputo de las plazas fuertes de este primitivo conquistador. El mismo puso los fundamentos de Ninive, y esta ciudad se aumentó despues tanto, que Diódoro de Sicilia la da el recinto de 480 estadios, que hacen sobre 20 leguas; pero debe notarse que, segun los descubrimientos hechos en los últimos años despues de que se han empezado á hacer excavaciones en sus ruinas, aquel recinto no estaba lleno de casas, sino que estas se hallaban rodeadas de tierras de labor, que en caso de sitio proveian de víveres á los sitiados con los frutos de la tierra, y ganados que en ella se apacentaban. Las murallas eran de

100 pies de alto, flanqueadas por 500 torres de á 200 pies, y con un grueso tan considerable, que podian pasar por encima tres carros marchando de frente.

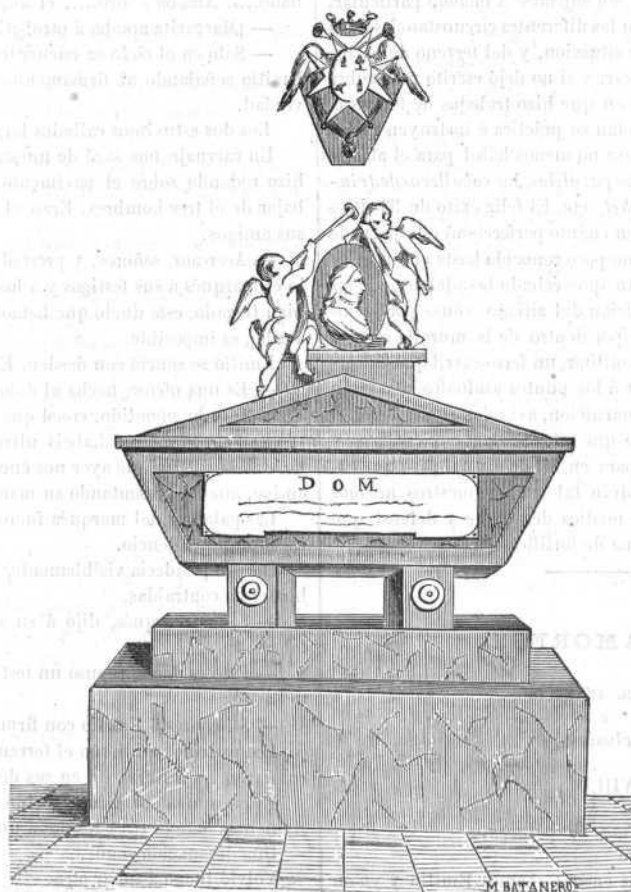
Babilonia, rival de Nínive, se vanagloriaba menos de sus riquezas, de lo numeroso de sus habitantes, y de su vasta extension, que de sus tres murallas de 50 codos, ó sea $12\frac{1}{2}$ toesas de grueso, de sus torres simétricamente situadas y de una elevacion admirable, de sus 100 puertas de hierro, de su foso que recibia las aguas del Eufrates, y de todas las obras que habia inventado el arte para hacer una plaza incontestable. Esta soberbia ciudad era la llave de Nabucodonosor, el mas poderoso de sus reyes.

Ecbatana fundada por Deyoces, primer rey de los medos, excedió á Babilonia; siete recintos de murallas se elevaban por grados para impedir que las exteriores cubriesen el parapeto de las de adentro, y el que jugasen los efectos de las máquinas de guerra.

Faraon, rey de Egipto, el perseguidor de los israelitas, hizo edificar en los confines de sus estados las fortalezas de Phiton y Ramases, segun lo atestigua el Éxodo.

El Paralipómenon nos representa á Ezequias atento á reparar los muros y plazas de los israelitas, y á construir torres de trecho en trecho, y cercando el primer muro con otro exterior. En el libro quinto de la Guerra Judaica, escrito por el judío Flavio Josefo, vemos á Herodes cercar á Jerusalem con un tercer muro, á excepcion de la parte que correspondia á los valles por donde la ciudad nada tenia que temer. Sobre estos muros ponian los hebreos sus máquinas para lanzar gruesas piedras y otros proyectiles. Los sitiadores usaban tambien de máquinas mortíferas que colocaban sobre terrados ó plataformas, y hacian atrincheramientos para ponerse á cubierto de las salidas de los sitiados.

Los griegos tomaron de los orientales, al par que las armas ofensivas y defensivas, su método para el ataque y defensa de



Sepulcro de Azara en Barbuñales.

las plazas, la manera de acampar, el órden de las marchas, y el modo de poner las tropas en batalla. Para convencerse de esto basta cotejar lo que leemos en la Biblia relativamente al arte militar de los hebreos, con lo que dice la Iliada de el de los antiguos griegos: tenian carros de dos, tres ó cuatro caballos; la caballería unas veces se mezclaba con los carros, y otras estaba totalmente separada; la infantería se dedicaba á sostener á la gente de á caballo; y, viniendo á lo que mas en particular concierne al arte de fortificar, se ven entre los griegos los dos recintos de las ciudades, que ordinariamente tenian siete cuerpos de guardia de á 100 soldados.

Los celtas y otras naciones bárbaras conservaron la manera

tosca de fortificar las ciudades hasta los tiempos en que los romanos los hicieron la guerra.

Los etruscos tomaron de los griegos el modo de defender las plazas, y de los etruscos los romanos. Estos hacian en las plazas fuertes muchos círculos ó rodeos, porque los ángulos avanzados son favorables á los sitiadores: las torres flanqueantes eran redondas, ó de fachadas; y los puentes levadizos, interrumpiendo el tránsito por encima de la cortina (la parte de la muralla comprendida entre torre y torre), detenian al enemigo en el caso de haberse este apoderado de alguna parte del muro. Los romanos hacian las murallas en sitios dominados por alguna eminencia, desde la cual se podia pasar á las murallas á piso llano.

Este método se observó hasta la invención de la artillería, pero después de esta se hicieron terraplenes y bastiones redondos ó cuadrados, mucho mas gruesos que las torres, sin cambiar por de pronto la forma de la defensa. Si en Toledo y en alguna otra parte se había empleado en tiempos anteriores alguno de estos que se consideran nuevos elementos de fortificación, no aparecen como parte de un sistema, sino como hecho aislado, producto, tal vez, del talento de algun individuo; pero no generalizado en su época, acaso por no conocerse entonces toda su importancia, é ignorado casi totalmente hasta hace poco tiempo.

El veronés San-Michaeli inventó los bastiones triangulares y las casamatas, creando, por decirlo así, un arte nuevo. Las ciudades de Verona y Candia se fortificaron segun esta última invención, y sus bastiones sirvieron largo tiempo de modelo para otras plazas.

Este arte, así nacido en Italia, se cultivó por las demas naciones europeas; y llegó á una gran perfeccion entre los franceses.

La adhesion servil á algunas reglas, por lo comun no muy fundadas, fué el escollo en que dieron cuantos trataron de esta materia. El célebre Vauban, sin sujetarse á método particular, mudó cuanto le pareció, segun las diferentes circunstancias de la extension de las plazas, de su situacion, y del terreno de los lugares que se habian de fortificar; y si no dejó escrito nada sobre su arte, 300 plazas antiguas, en que hizo trabajos de fortificación, y 33 modernas, manifiestan su práctica é instruyen mejor que los libros. Este general era no menos hábil para el ataque que para la defensa: inventó las *paralelas*, los *caballeros de trinchera*, las *barreras de Ricochet*, etc. El feliz éxito de 53 sitios que dirigió, muestra muy bien cuánto perfeccionó esta parte de la guerra, tan importante como poco conocida hasta entonces.

En estos últimos años se han aprovechado los adelantos de las ciencias para mejorar la condicion del sitiado, como por ejemplo, se ha hecho en Paris que por dentro de la muralla recorra el recinto, ademas del camino militar, un ferro-carril que en cortísimo tiempo puede trasladar á los puntos asaltados una gran cantidad de las tropas de la guarnicion, avisadas al efecto por el telégrafo eléctrico. Es creible que estos adelantos científicos y otros, que no es fácil prever para en lo sucesivo al paso que algunas ciencias progresan, podrán tal vez en nuestros mismos dias hacer descubrir nuevos medios de ataque y defensa que cambien una vez mas el sistema de fortificación.

¡¡DOS AMORES!!

Á MANUEL ARAMBURU.

(Conclusion.)

VIII.

Dolor, lágrimas y pólvora.

A la mañana siguiente nos encontrabamos Emilio y yo en una sombría alameda extramuros de esta capital. Emilio descuidado en el vestir, pálido, no apartaba la vista del suelo y se le escapaba de cuando en cuando suspiros capaces de enternecer á las abrasadas arenas que miraba.

— Emilio, valor. ¡Qué diablos! Todo se remediará....

— ¡Ay amigo mio!.... ¡Cuánto agradecería que la bala de mi adversario atravesase mi pecho y cortara una existencia maldita, condenada al sufrimiento, al dolor, á las lágrimas!....

— ¡Emilio! ¡Emilio!

— Sí. ¡Qué me importa vivir sin ella!.... ¿Lo ves? ¡Ah! añadió con voz desgarradora contemplando una gota de sangre negruzca que manchaba uno de los puños de su camisa. ¿Lo ves? No abandonará la muerte su presa hasta dejarla en el sepulcro. ¡La enfermedad es terrible! ¡Dios mio! ¡Dios mio!.... exclamó crispando las manos.

— Bien, Emilio, bien: admiro tu conformidad: ¿es esa la

fortaleza que tenemos que mostrar ante las adversidades?.... Un peligro vulgar que arrostramos con serenidad se llama valor; sufrir los males que la Providencia nos envía es tambien valor; el primero forma los héroes, el segundo demuestra en qué grado el cristianismo está arraigado en nuestros corazones.

— Pero, amigo mio, ¿sabes la inmensidad de mi desgracia? Oyeme y me compadecerás, me ayudarás á verter lágrimas amargas que me despedazan al verterlas.

— Eres mi amigo, Emilio, y tienes derecho á exigirme cuantos sacrificios me pidas....

— Pasó para mí la dulce edad infantil sincera y florida, llegó la edad del amor y amé con el alma.... La mujer que recogió las simpatías de mi corazon me despreció.... Escribí con el entusiasmo de la pasión y el público no me comprendió.... No podía volver á amar porque creo no se puede amar mas de una vez como he amado; sin embargo, una mujer angelical me subyugó; nuestro querer fué apacible, corrieron nuestros amores como cristalino arroyuelo murmurando entre purpúreas rosas y embalsamadas auras: ese ángel tambien me ha engañado.... Amaba á otro.... el ángel se trasformó en mujer....

— ¡Margarita amaba á otro! ¡Con que todo es mentira!....

— Solo en el cielo se encuentra la felicidad: allí, exclamó Emilio señalando al firmamento, únicamente se encuentra la verdad.

Los dos estuvimos callados largo tiempo.

Un carruaje nos sacó de nuestras reflexiones. Al ruido que hizo rodando sobre el pavimento volvimos la cabeza y vimos bajar de él tres hombres. Eran el marqués de la Clavellina y sus amigos.

— Acercaos, señores, y prestad atencion á mis palabras, dijo el marqués á sus testigos y á los nuestros que hacia poco habian llegado: este duelo que hemos ajustado no se puede llevar á cabo, es imposible.

Emilio se sonrió con desden. El marqués continuó.

— Es una ofensa hecha al dolor tratar de efectuarlo, caballero. Si os he ofendido, creed que ha sido causa de mi carácter arrebatado; si vos me habeis ultrajado lo achaco á las fatales circunstancias en que ayer nos encontramos, y os perdono como amigo, añadió presentando su mano á Emilio.

Las palabras del marqués fueron pronunciadas en medio de un profundo silencio.

Emilio palidecia visiblemente, sus facciones estaban terriblemente contraídas.

— Señor marqués, dijo á su vez, no admito vuestras palabras.

— Esto es decir, repuso un testigo, que quereis formalmente batiros.

— Sí, contestó Emilio con firmeza.

Los padrinos midieron el terreno, examinaron las pistolas y colocaron los adversarios en sus debidos puestos.

El marqués debía tirar el primero, en el primer disparo. Los siguientes debian tirar los dos á un tiempo.

Una detonacion sonó.

Volvió luego á sonar otra.

El espacio se cubrió de un humo denso: al disiparse Emilio estaba en pié y á su frente el marqués en la misma posicion, con la diferencia que su sombrero estaba agujereado con un balazo.

— ¿Persistís aun en vuestra idea? preguntó á Emilio uno de los testigos del de la Clavellina.

— Otra pistola, contestó aquel con energia salvaje.

— Continuaremos cuantas veces gustéis, repuso el marqués cogiendo otra pistola á imitacion de su adversario de manos de los padrinos. No creais que es mi cobardía lo que me hace mirar hasta con horror nuestro combate, no; Margarita es una mujer digna de vos: si ocasionais mi muerte ya no os mirará ese ángel sino con horror; si por el contrario os matase, á lo que no estoy dispuesto, apresuraria su muerte envenenando los cortos dias de su existencia.... Cuanto habeis visto es obra de una mujer que con maquiavélica astucia....

— El anónimo que recibí, ¿era de esa mujer? preguntó Emilio.

— De la misma que me obligó á ir aquella mañana á casa de Margarita.

— ¿Quién es ella? ¿La conozco?.... Decidme su nombre.

— Everilda de.... contestó el marqués.

— ¡Maldición!.... Ha asesinado á mi ángel ese tigre.... gritó colérico Emilio tirando al suelo en un acto de irreflexión su amartillada pistola, que saliendo la bala de ella con la violencia del golpe, fué á clavarse en el pecho del jóven, el que cayó anegado en su sangre.

— El marqués fué el primero que voló en su socorro.

IX.

Que es un epílogo anticipado ó un prólogo mal colocado.

Este capítulo es tan útil como inútil.

Está V., lector, tan dispensado de leerle como yo no lo estoy de escribirle.

Viene á ser una advertencia, un ante-epílogo ó post-prefacio, es todo y no es nada.

Lo que me resta relatar es muy triste; si creía V., señor lector, que se iba á reír, se ha engañado lastimosamente.

¡Qué lamentable equivocación!

Dé V. por terminada la acción: suponga V. que todos son felices y no continúe V. leyendo estos mal escritos capítulos; no perderá V. nada á fé mia.

La historia me obliga á presentar la miseria humana; ante la necesidad no hay poderes.

Si es V. sensible, lectora, tan amable como bella, siga V. leyendo. Por el contrario si es V. burlona ó escéptica, no continúe V. adelante porque no necesita entristecerse, ó las escenas siguientes le parecerán ridículas.

Lector, á tí nada te digo, porque eres muy dueño de hacer lo que te acomode.

X.

La vida es sueño.

El sol está próximo á su ocaso y esparce un rojizo tinte en una alcoba de la calle de Jardines. En un modesto lecho está Margarita; pero no es ya la Margarita que conocíamos. De sus hermosas facciones se puede decir que no queda mas que unos grandes ojos azules que parecen querer penetrar hasta la oscuridad.

La madre vela cerca de ella.

— ¿Dónde está? ¿Por qué no viene?.... ¡Ya no me ama!.... ¡Ah! No, no marqués.... no.... él.... Pérfido.... ¡Qué miradas me echas!.... Emilio, Emilio: no sé lo que quiere este hombre. Tú.... solo....

¡Pobre madre! cómo sufría apagando sus sollozos. Vertía sus lágrimas gota á gota en su corazón, por no contristar vertiéndolas en las mejillas de su desgraciada hija.

— Hace quince días, continuaba la enferma, que no viene; pero si viene nos iremos al campo, ¿no es verdad, mamá? Cuidaremos las dos de la casa, alimentaremos tiernas palomillas, repondrás tu salud completamente, irás del brazo de Emilio y del mío, y á la tarde, cuando el trabajador vuelve á su morada, cuando el rebaño vuelve á sus rediles, cuando la luna pálida tiende su blanca luz, cuando la campana nos diga con su voz metálica «ya hay un día menos en los años de vuestra vida», entonces nos arrodillaremos ante la majestad del Eterno y le pediremos con una fervorosa oración que no nos abandone, y le tributaremos acciones de gracias por sus beneficios, y Dios oirá nuestras súplicas.... porque es muy bueno....

— Sí, hija mia, tan poderoso como benéfico, decía sollozando la buena madre.

— ¡Qué dulce vida nos aguarda! Ya se acabaron los padecimientos, porque Emilio me ama.... y ya viene.... ¿No sentís

sus pasos?.... ¡Sube la escalera, ya entran!.... ¡Emilio! gritó Margarita, ¿cómo no has venido? Emilio, te amo.

La madre sepultó su cabeza entre las manos: al mismo tiempo entró un caballero en la estancia.

— ¿Cómo sigue? preguntó á la madre.

Un sublime gesto de dolor y resignación le respondió.

— ¡Pobre Margarita! murmuró acercándose á la enferma el caballero.

— ¡Emilio, Emilio! qué feliz me haces. Dime que no me desprecias.... ¿Me amas?.... ¿No me dices que sí?.... ¡Ah! ah pobre Margarita.... ¿Qué te resta, infeliz, en el mundo?.... sino él? Y él también ha concluido para tí.... ¿Qué te resta, Margarita?

¡Pobre madre, ni una palabra para ella!

El desconocido abandonó una mano que Margarita le había cogido y que besaba con frenesí.

Unos pasos lentos y perezosos sonaron en la habitación cercana, y una sombra se dejó caer en un sillón con pesadez.

— Me amas; ya lo sabía yo.... y creías que te engañaba.... pero no: á él nunca.... á tí siempre.... él es bueno.... pero su delirio.... no lo creas.... á tí, á tí, y besaba Margarita la mano del desconocido.

— ¡Oh insensato de mí! rugió el que estaba sentado.... ¿A qué dudar ante la realidad?

La alcoba de repente se iluminó con una luz opaca producida por un gran farol que llevaba un sacristan que seguía á un sacerdote. Las grandes sombras proyectadas por él en la pared contribuían á dar un aspecto lúgubre á esta escena.... Los personajes de ella apenas se veían.

Margarita recibió la última unción de la iglesia con serenidad y sonriéndose.

Después miró á los circunstantes atentamente.

— No es él, no es él, repitió asombrada mirando al primero que había entrado.

— Él, él, repitió mirando al que estaba sentado. ¡Emilio!

— ¡Margarita! dijo este con voz cavernosa, ¿me amas aun?

— ¡Siempre! contestó aquella.

— ¿Consientes en ser mi esposa en este mundo?

— Sí.

— Pues unámonos nuestras almas, dijo Emilio.

El sacerdote que había llevado el último sacramento, conteniendo sus lágrimas dió la bendición á las unidas manos de los dos jóvenes.

— ¡Padre mío!.... dijo al sacerdote.... ¿me muero?

— Hija mia, contestó este, mueres para los hombres, vivirás para el cielo.... Los ángeles impacientes baten sus doradas alas al rededor de tu lecho esperando el momento que se les una un serafín mas que les acompañe á cantar las glorias del Altísimo.

«Salid de este mundo, alma cristiana, en el nombre de Dios padre todo poderoso que os ha creado; en el nombre de Jesucristo, hijo de Dios vivo, que ha perecido por vos; en el nombre del Espíritu Santo que se difundió por tí,» continuó el sacerdote.

XI.

El sueño de la vida.

Una murga batió sus destemplados sonés al viento en el momento que Margarita dejaba este mundo perecedero.

Era un bautizo lo que celebraba.

¡¡¡Unos nacen y otros mueren!!!

Emilio había caído en su sillón con los ojos cerrados.

— Duerme, duerme, infeliz, exclamó el marqués de la Clavellina, que era el otro desconocido, contemplando al jóven.

Por una extraordinaria casualidad aquella noche se estrenaba un drama de Emilio que no lo había podido ser quince días antes, como anunció Everilda, por una repentina indisposición

de uno de los actores que en él debía jugar un principal papel.

Asustado el marqués por el largo sueño de Emilio, penetró en la estancia que dormía seguido de un hombre vestido de negro en la mañana del siguiente día á la muerte de Margarita.

— ¿Cómo se ha dejado salir á este caballero? preguntó el de negro. ¿No sabía él que su herida era mortal y que gracias á mis desvelos se ha logrado, si no salvar, al menos prolongar su existencia?

— ¿Cómo? ¿Será posible? preguntó el marqués.

— Muy cierto, marqués, respondió el doctor pulsando á Emilio, y retrocediendo dos pasos volvió á pulsarle y á poner su mano el corazón.

— ¡Nada, nada! ¡Está muerto! exclamó.

— ¡Muerto! ¡Muerto! repitió el marqués dolorosamente.

— Emilio, te doy la enhorabuena; tu drama se ha aplaudido estrepitosamente, dijo una mujer que entraba en la estancia.

— Salid, señora, gritó el marqués: no profaneis recintos sagrados.... Emilio ya no existe.

— Everilda dió un grito.

— Y yo que le amaba.... Perdon, Emilio, perdon.

— Señora, ya es tarde, dijo solemnemente el marqués.

Everilda no pudiendo resistir mas, dió con su cuerpo en el suelo.

Emilio que habia hecho su reputacion literaria por el amor, por él tambien moria.

Everilda que amaba con el corazón, creia que era una ridiculez hacerlo así y suicidó una pasion que pudo hacerla feliz.

Margarita, dulce y delicada jóven que cual la flor con un poco de enuidado podia haber disfrutado de un risueño porvenir, moria por los celos de la orgullosa Everilda que amaba á su pesar á Emilio y que le queria mas á medida que él la amaba menos.

XII.

Epilogo.

Margarita y Emilio yacen el uno al lado del otro en el cementerio de la sacramental de S. Luis.

Everilda es una de las jóvenes mas virtuosas de nuestra sociedad: su desgraciado amor la ha purificado. A veces cae en un profundo éxtasis. Palabras confusas salen de sus labios: obnubilado.

— Perdon, perdon, dice.... Ya es tarde, ya es tarde.... concluye.

Al salir de estos éxtasis su mano se abre mas pródiga que nunca al desgraciado.

El castigo que sufre la orgullosa jóven está preparado por ella, ella misma se ha herido; el puñal que pensaba dirigir á otro se ha vuelto contra sí; contaba con su poder como mujer sin considerar que hay un poder superior á todos los poderes.

— ¡La Providencia! exclama.

El castigo de su coqueteria.... es terrible.

La conciencia es un gusano roedor.... que acabará con ella: piensa que para ella no hay mas expiacion.... que una vida ejemplar dedicada al bien de sus semejantes y á la felicidad de enamorados jóvenes, que Everilda hace con placer y llanto. Se acuerda que destruyó por sí la suya.... ella que hace la de muchos.

El marqués de la Clavellina viaja en el extranjero.

La pobre madre de Margarita va á llorar todos los dias al cementerio en que reposa su amada hija.

FRANCISCO DE ESPÍNOLA.

El filósofo Anacarsis se admiraba de que los griegos castigasen á los injuriadores, al par que daban honores á los atletas que se herian mutuamente.

Aristóteles decia que era de vanidosos el alabarse á sí mismos, y de tontos el vituperarse.

Sonetos.

1.º

PANCRACTIA LA SOLTERONA.

Dotada de descoco y desparpa—jo

carece la Pancracia de cote—jo

en eso de rajarnos el pelle—jo,

olvidando que es ella un espanta—jo.

Dice que nadie su atencion distra—jo,

pero si hoy deja de tener corte—jo

es porque ni con todo su despe—jo

atrapar no logró ni un calandra—jo.

Su alma misera roe fuerte pu—jo

de hacer hoy *papelón*, y es casi fi—jo

que tan solo por eso gaste lu—jo.

A los pollos prepara un armadi—jo,

mas de él huyen, y ahógala el eno—jo

por tener de *casaca* vivo anto—jo.

2.º

LA PEPA.

Pequeños ojos garzos, ancha ce—ja

narices afiladas cual nava—ja

tiene la Pepa, y como rica alha—ja

una boca rasgada hasta la ore—ja.

A todos, á pesar de no ser vie—ja,

á comer sin los dientes aventura—ja,

maneja que es un gusto la bara—ja

y es mas astuta que una comadre—ja.

El arte no conoce de la agu—ja,

mas si algun petimetre la sonro—ja

en la cara un buen *siete* le dibu—ja

A los peligros con valor se arro—ja

mereciendo el epíteto de bru—ja

porque al mar que se tire no se mo—ja.

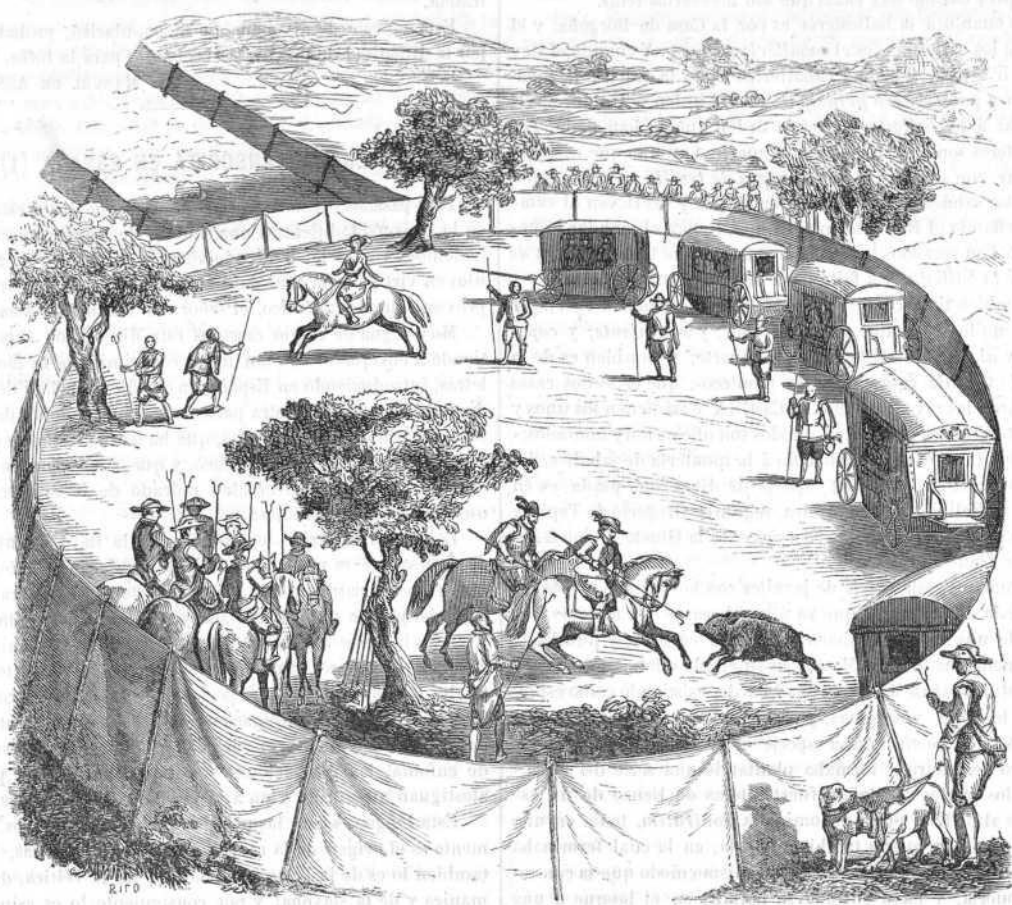
DAVID ACEBAL Y DE ROCHAMBEAU.

Geroglífico.



Director y propietario D. MANUEL DE ASSAS.

Madrid.—Imprenta de la VIUDA DE PALACIOS.



Montería de jabalíes con horquilla.

DE LA CAZA EN LA CORTE DE FELIPE IV.

Juan Mateos, ballestero de Felipe IV, en su tratado del «Orígen y dignidad de la caza,» impreso en Madrid en 1634, manifiesta que á la sazón había cuatro géneros de cazadores:—1.º los *monteros*,—2.º los *ballesteros*,—3.º los *cazadores*,—y 4.º los *chucheros*.

«*Monteros* (dice) son los que saben matar el gamo desde la atalaya, y el javalí, y el lobo, y el venado, y la zorra; y los que saben y alcanzan por experiencia dónde pare la loba, y matan en los panes y bañiles al javalí, y en otras partes donde se ofrece; conciertan el javalí, cárganle las telas, y dan modo por dónde han de ir los carros, y el que han de tener para que no se les levante: saben ordenar la contratela para restringirlo y traerlo á donde Sus Majestades se huelguen.

«*Ballesteros* se llaman los que saben concertar un javalí, y después de concertado saben, según su instinto natural por dónde ha de salir para matarlo á la noche, y saber lo que hace el javalí ballesteado, para poderlo así matar en las aguas como en los panes, y en las demas partes que hallare que comer: saben también matar los venados, gamos y corzos de las atalayas, hacer batidas para lobos, y conocer los pasos de los javalíes, en dando vuelta á la tierra, por causas que hay para ello. Asimismo es oficio suyo ballestar con el caballo á lazo y estribo, y saber cómo se mata cualquier género de caza y el instinto natural della; y á quien no tiene experiencia desto, ni sabe lo que aquí va referido, no se le debe dar título de balletero.

«*Cazador* se llama el que caza con perro de muestra, y mata la perdiz al suelo y volando, y con el perdigon enjaulado; y en el agua con la red, y en cebaderos, y el que la mata con el buyezuelo metiéndola en una red que se llama *butron*, el que la mata con una cabra fingida, que la hace un hombre con sus cuernecillos y una cencerilla: también se mata con una calderuela de noche, con perros de ogeo y con perros de encaramo. Y el que mata los conejos á hurto, y el que los mata al chillo, y á la esperadilla conejos y liebres; y el que los mata con perros conejeros, con lazos, y en las aguas, con el arcabuz y ballesta. También los matan en Castilla la Vieja con garrotillos; y el que mata las palomas con señuelos con arcabuz y ballesta; y el que las mata con el arcabuz andando á la yerba, y el agua con red; y el que mata con buey todo género de caza. Todos estos tienen nombre de cazadores.

«*Chucheros*.... son los que matan con alares, y con los orzuelos las perdices y palomas; los que toman pajarillos con liga y con oncejeras, y con ballestilla, y redecillas y otros instrumentos de este género.»

El mismo autor, en otra parte de su obra citada, trata de los modos de cazadores que Su Majestad el Rey Nuestro Señor don Felipe IV tiene, haciéndolo en estos términos. «Por la Casa de Castilla tiene la *montería*, donde hay un *montero mayor* que siempre lo es un gran señor, con su *teniente*, 4 *monteros de á caballo*, 4 de *tralla*, 28 *monteros* que llaman *mozos de lebrerías* y de *ventores*, un *capellan* que cuida de decirles misa, un *alguacil* á cuyo cargo está el aposentar la montería cuando sa-

le fuera, y de hacerlos traer bastimento y maherir los carros para las *telas* por los lugares comarcanos. Y esta montería solo sirve para cuando hay cazas que son necesarias *telas*.

En cuanto á la ballestería es por la Casa de Borgoña; y el jefe de los ballesteros es el *caballerizo mayor*. Y cuando el Rey ha de ir á caza, el primer caballerizo envía la orden á la *caballeriza* y *palafrenero principal* della, á quien se la dan, envía á avisar á los ballesteros con la orden que le han dado. Los ballesteros son 4; y demas destos cuatro hay uno que carga el arcabuz, con su ayuda. Hay 4 *mozos de trailla* en cuyo poder están los sabuesos para que cuiden dellos y los lleven al campo. Y cuando el Rey está en el campo, le toca el mandar lo necesario á su servicio, tocante á la caza, al que tiene la *plaza de armar la ballesta*; y á falta deste le toca al mas antiguo.

Tambien tiene caza de volatería con su *cazador mayor*, que asimismo lo es siempre un gran señor, y su *teniente*; y *capellán*, y *alguacil*. — Este es *gremio* aparte, y tambien es de la casa de Castilla como la de los monteros; que estas dos cazas las usaron los reyes antiguos de Castilla; y así tienen los unos y los otros grandes privilegios, y todos son oficios muy honrados.

Felipe IV, rey muy aficionado á la montería de jabalíes, dió varias veces á su corte una especie de diversion, usada ya en tiempo de Felipe III, y cuya idea, segun D. Gregorio de Tapia y Salcedo en su obra titulada «Ejercicios de la Gineta», vino á España de Flandes.

Llamábanla «montería de jabalíes con horquilla», y está representada en el dibujo que va á la cabeza de este artículo, copiado de una lámina grabada en Madrid en 1634, y publicada por el mencionado Juan Mateos en su citada obra.

Acostumbrábase á tenerla en el Pardo, asistiendo como espectadores la Reina, sus damas, y otras personas de la corte.

Hacíase á este efecto una especie de plaza pequeña y redonda, cuyo perímetro se formaba plantando una serie de estacones, á los cuales se ataban fuertes telas de lienzo de un estado de alto. Esta plaza denominada *contratela*, tenia en uno de sus lados una puerta tambien de tela, en la cual terminaba una especie de calle larga, hecha del mismo modo que la *contratela* y puerta, y cuya entrada se hallaba en el bosque á una considerable distancia, sobre todo desde que el Conde-duque de Olivares hizo traer de Flandes tanta tela, que con ella se cargaban 20 carros y se cogia medio monte.

El día en que se habia de dar la fiesta, despues de saberse donde habia jabalíes, se tomaba el monte con las telas que al efecto se llevaban en carros traídos de los pueblos circunvecinos. Entraban en la *contratela* los coches con la Reina y sus damas, y á caballo el Rey y sus criados. Luego, por medio de batidas se obligaba á los jabalíes á entrar en el *estrecho* ó calle de telas, y despues, persiguiéndolos en la misma forma, se les hacia ir hasta dentro de la *contratela*: cerrábase la puerta de esta, y el rey y los cortesanos montados á la *gineta*, que era, entre otras cosas, con estribos cortos, lidiaban al jabalí con una horquilla, haciendo muchas y variadas suertes, y deteniéndole en su acometida poniéndole la horquilla sobre el hocico y enganchándole con ella los colmillos.

Esta diversion que en el lenguaje de hoy llamaríamos *corridas de jabalíes*, se hacia con los mejores caballos, con trajes y arreos de campo, y con espuelas pequeñas.

Las horquillas eran de dos clases; unas y otras de pino limpio, es decir sin nudos, y todas de dos varas y tercia de largo contando la horquilla, á la cual iba pegada la virola de dos dedos de largo en que asentaba. La diferencia entre ambas clases consistia, en tener esta última pieza las unas de hierro, y las otras de pino de la misma forma y tamaño que la de hierro: — las primeras eran las de que usaban el Rey y los grandes; — y las segundas las que se daban á los caballeros á quienes se permitia entrar en la *contratela*. El hasta de la horquilla á veces se cubria de badana de color pajizo ó verde.

Al montero mayor, que estaba al frente de su compañía de monteros, le correspondia dar la horquilla á Su Majestad.

Las telas servian, mas para impedir á los jabalíes ver el si-

tio por donde podian huir, que para detenerlos con su fuerza; porque muchas veces se los vió romperlas y escaparse de la *contratela*.

Esta especie de diversion no se popularizó, probablemente por la dificultad de procurarse los *bichos* para la *lidia*.

MANUEL DE ASSAS.

LA LENGUA SANSKRITA EN ESPAÑA (I).

Dias pasados dijimos tener entendido que iba á establecerse en la Universidad Central una cátedra de lengua sanscrita: hoy podemos asegurarlo, habiendo visto la real orden de 27 de junio, en virtud de la cual dará principio á esta enseñanza en el próximo curso académico, el señor don Manuel de Assas.

Muy digna de elogio creemos esta disposicion superior que tiende á enriquecer con tan útiles conocimientos la facultad de letras, introduciendo en España un estudio hasta hoy desconocido entre nosotros. Por otra parte, no podemos menos de congratularnos con el señor de Assas, que ha tenido la suerte de inaugurar esta enseñanza en el Ateneo, y que, sin duda alguna, debe encontrarse en la Universidad rodeado de lo mas selecto de nuestra juventud estudiosa.

La lengua sanscrita, lengua sabia de la India oriental, puede decirse que es un descubrimiento moderno, al menos para los europeos, para quienes fué completamente ignorada hasta fines del pasado siglo. Estudiada y explicada primeramente por literatos ingleses, ha encontrado mas tarde en Alemania numerosos investigadores, que la consideran, bajo el aspecto gramatical y lógico, como la mas perfecta de las lenguas conocidas. Sus declinaciones y conjugaciones son mas regularmente formadas, mas ricas y de mayor variedad que las griegas; y sus reglas de eufonia, las derivaciones y composicion de sus palabras, atestiguan un sentido y un arte gramatical admirables.

Esta lengua, segun las noticias que de ella tenemos, no solamente es el origen de la mayor parte de las asiáticas, sino que tambien lo es de la griega y la latina, de la céltica, de la germánica y de la slavona; y por consiguiente lo es asimismo de la española y de casi todas las demás lenguas de Europa, denominadas hoy por esta causa indo-europeas.

Su vastísima y fecunda literatura, contenida en mas de un millar de libros conocidos, comprende todo género de composiciones, y ha obligado á los sabios modernos á conceder á la nacion india el primer lugar en la antigua civilizacion. No parece sino que á orillas del Indo hubo de extenderse aquella tierra destinada á que el hombre representase las primeras escenas de la vida civil. En el recinto aquel, formado por altísimas montañas, encontró sossegado asilo el pensamiento, y allí asentó sus reales como ha dicho un escritor moderno. Al sol vivificante de la India hubo de nacer y madurarse la primera idea, que perfumada con todos los aromas del Oriente, atravesara en su día los espacios, impelida por el aliento de Dios, para venir á reproducirse en el mundo occidental bajo una forma mas humana. En silencioso aislamiento buscó el indio la inspiracion y contempló la naturaleza, levantando, para penetrar sus misterios, el velo que la ocultaba á sus miradas.

La India es la tierra clásica de todo lo grande y maravilloso. Las naciones que en otro tiempo la poblaron, han sido evocadas

(1) Del apreciable y utilísimo periódico titulado *La Revista Universitaria* tomanos, con el previo beneplácito de su entendido director, este artículo que por su importancia han reproducido varios periódicos. El SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL, cuya índole es popularizar los conocimientos humanos recreando á la par á sus lectores, y dar á conocer los adelantos intelectuales del pais, nos ha parecido que no podia menos de decir algo sobre esta materia enteramente nueva entre nosotros; y como nada podriamos decir mas breve, mas comprensible ni mas elocuentemente, nos hemos decidido á insertarle tal como su autor le ha publicado, no pudiendo, á causa de la expresa prohibicion de este, suprimir en su artículo los dos primeros párrafos y el último, como hubiéramos deseado por las razones que adivinarán nuestros lectores.

de su tumba, y sacudiendo el polvo de los siglos se han presentado á nuestra vista, y ofrecido á nuestra admiracion y al laborioso estudio del filósofo que, por medio de su lengua y de sus gigantescos monumentos, ha penetrado en ese santuario de lo antiguo, en ese inmenso panteon que encierra las reliquias de muertas civilizaciones. — Hase visto al estudiar la lengua y la literatura sanscritas, que los indios fueron dotados de viva fantasia y sentido ideal. Así lo demuestra su mitología, fundada en la contemplacion poético-religiosa de la naturaleza, idealizada por la razon especulativa y reducida á la forma literaria en una magnífica epopeya, en la cual se personifican innumerables seres ideales y fantásticos. Así lo hace ver su poesia llena de sentimiento y de imágenes, poesia que como todo lo que pertenece al carácter indio, se encuentra en íntimo enlace con la religion.

Débense estos descubrimientos á la filología, que á su vez ha recibido inmensos beneficios del estudio de la lengua sanscrita, extendiendo maravillosamente el campo de sus exploraciones, y observando cómo se ramifican las diversas lenguas que sin duda han debido tener un centro comun y un punto de partida, no de otro modo que la humanidad reconoce un padre comun y un paraíso.

Con admirable actividad se han desarrollado estos estudios en las naciones mas cultas de Europa, haciéndose en muy corto espacio de tiempo muy serias y fecundas investigaciones sobre la lengua sagrada de la India.

En los primeros treinta años de este siglo se habian publicado ya en Europa 700 obras sanscritas de historia y de literatura; y sin embargo se dice «que los europeos apenas han podido explorar las inmensas riquezas encerradas en los libros sanscritos.» — Bien es verdad que la literatura indiana parece fuente inagotable de saber, y de ella brotan copiosos y armoniosísimos raudales de ciencia y poesia. — Los cuatro libros de los *Vedas*, que son los mas antiguos y reputados por divinos, contienen cuatro colecciones de himnos religiosos y oraciones; reglas sobre el órden de los sacrificios; doctrinas y sentencias morales; son la materia del estudio ó interpretacion de los *brahmanes*.

El *Dharmasastra de Manú* es el Código moral y civil del Indostan; contiene los preceptos y leyes sobre la educacion, el matrimonio, el culto, el gobierno, la administracion de justicia, etc.

Los 18 *Puranas*, especie de comentarios á los *Vedas*, voluminosos tratados de teogonía y cosmogonía, forman como una serie de enciclopedias de las creencias y de la ciencia indiana.

Los *Upanichads* tratan mas especialmente de la parte dogmática de los *Vedas*.

En los *Upavedas* y *Vedangas* aparecen los indios como los verdaderos inventores del sistema decimal, que pasó al Occidente por medio de los árabes, y como fundadores del álgebra y de la astronomía.

Consiste además la literatura profana en gigantescas epopeyas, formadas en los tiempos heroicos de la India, como el *Ramayana* y el *Mahabárata*; en poemas pastoriles, eróticos y dramáticos; leyendas y tratados científicos y filosóficos en que se ve que los sistemas de Pitágoras, Platon y Aristóteles han tenido su origen en la India, siendo sus inventores Capila, Vyasa y Gautama.

Bastan estas ligeras indicaciones para comprender la importancia de la real órden que al principio hemos citado, y que indudablemente producirá grandes beneficios á la instruccion pública, y para justificar nuestra felicitacion al señor de Assas que está llamado á propagar en España el estudio de la lengua y de la literatura sanscritas.

F.

EPISODIO HISTÓRICO DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA.

Extractamos de una narracion que en lengua flamenca publicó el francés J. Esquemeling, navegante que en la segunda

mitad del siglo XVII surcó los mares americanos, el siguiente episodio histórico, reducido á la conquista por los franceses de la isla de la Tortuga.

Esta, situada al norte de la Grande isla Española, cerca de la Tierra firme, en la altura de 20 grados y 30 minutos, fué primitivamente habitada por los españoles que la dieron el nombre á causa de tener la forma de un galápagos de mar.

La primera entrada de los franceses en ella fué del modo que sigue.

Habiendo plantado estos en la isla de San Cristobal cierto género de árboles, hicieron unas gabarras y barcos largos que enviaron hacia el poniente, bien provistos de gente y municiones, á descubrir otras tierras. Llegaron estos buques á la isla Española, á la cual abordaron con alegría, saltando en ella, y metiéndose tierra adentro: hallaron grande abundancia de ganados, de toros, vacas, jabalíes y caballos; mas considerando que de esto no podian sacar provecho sin hacer corrales en que encerrar las reses, y conociendo que la Isla estaba muy poblada de españoles, acordaron tomar la de la Tortuga. Hicieronlo sin mucha resistencia por no hallarse en ella mas que 10 ó 12 españoles que la guardaban, y estuvieron allí medio año sin estorbárselo nadie. Pasaban con sus canoas entre tanto á la Tierra Mayor, de la cual conducian á ella mucha gente, con que comenzaron á hacer plantaciones en toda la Isla. Viendo los pocos españoles que allí estaban irse aumentando diariamente el número de los franceses, y pesándoles de ello, llamaron á otros compatriotas de las tierras vecinas, que acudieron en bien armadas gabarras para echar de la Isla á los advenedizos. Los franceses viendo venir gran número de enemigos huyeron por de pronto, con todo lo que tenian, á los bosques, y luego se embarcaron de noche en sus canoas y pasaron á Tierra firme, en donde, hallándose desembarazados por no tener el estorbo de mujeres ni de niños, se metieron en las selvas á buscar el indispensable sustento, y con el objeto de avisar en secreto desde ellas á otros de su pais, teniendo por seguro el poder pronto impedir á los españoles el fortificarse en la isla de la Tortuga.

Buscaron los españoles á los recién venidos para arrojarlos de la Española ó hacerlos morir de hambre; pero fueron rechazados por los franceses que se hallaban muy bien provistos de pólvora, balas y buenos mosquetes. Aguardaron estos la ocasion en que sabian que los españoles debian salir para la Tierra Grande con sus armas y gente en busca de los franceses, y entonces volvieron á la Tortuga y la despojaron de los pocos españoles que habian quedado, preparándose á impedir la entrada para el caso de que los últimos quisieran tornar. Pidieron socorro al gobernador de San Cristobal, suplicándole que al mismo tiempo les enviara quien los gobernase, para poder unirse y sujetarse mejor en todas las ocasiones y contingencias.

El general de San Cristobal oyó con mucho gusto estas peticiones, y envió á Mr. Le Vasseur en calidad de gobernador, con un navio lleno de soldados y de todas las cosas necesarias para establecerse é impedir que los de otra nacion lo hicieran. Mr. Le Vasseur, en cuanto llegó á la Isla, hizo construir sobre un peñasco una fortaleza, desde la cual podia impedir la entrada y abord de las embarcaciones que pudieran tratar de venir al puerto. Para subir á dicho fuerte hay que ir casi trepando por un tan estrecho camino, que solo pueden pasar por él dos personas de frente, y con trabajo. Hay en medio de este peñasco una concavidad que sirve de almacén, y sobre él se puede con gran comodidad establecer una batería. El nuevo gobernador mandó poner allí dos piezas de artillería y edificar una casa dentro de la fortaleza; y despues de verificado esto, hizo cortar el camino y poner para la subida una escala. Dentro de la fortaleza hay una copiosa y cristalina fuente, que siempre corre en abundancia suficiente para surtir á mil personas. Con semejantes comodidades y seguridad los franceses comenzaron á poblar y cada uno empezó á buscar su modo de vivir, unos cazando, otros plantando tabaco, y otros cruzando las costas de las islas de España, como todavía lo hacen.

Erales insufrible á los españoles que unos extranjeros pobla-

sen allí tanto, temiendo los echasen, con el tiempo, de la Grande isla. Aguardaron pues á que muchos de ellos saliesen al mar y otros á la caza, y con 800 soldados en unas canoas que habian preparado, abordaron la tierra sin ser percibidos por los franceses; pero viendo que el gobernador habia hecho cortar muchos árboles para mejor descubrir al enemigo en caso de asalto, conocieron que nada podian emprender, con seguridad del éxito, sin hacer jugar la artillería; y conferenciaron para decidir á dónde seria conveniente colocarla. Convinieron en que, pues los advenedizos habian cortado los árboles que encubrian la fortaleza, y que solo podian cañonearla desde la cumbre de un monte que estaba á la vista, era preciso hacer un camino para llevar á él las piezas: el monte es algo eminente, y desde la meseta que constituye su cima, se descubre toda la isla: sus faldas son muy escabrosas por lo ceñido que le tienen infinidad de rocas inaccesibles, de manera que la subida es muy difícil, y siempre lo hubiera sido si los españoles no se tomaran el trabajoso afán de hacer dicha senda.

Tenian consigo los antiguos pobladores muchos esclavos y trabajadores indios llamados *matates*, es decir, *medio amarillos*, á quienes dieron orden de abrir con picos un camino por las peñas: ejecutáronle con la mayor presteza que les fué posible, y por él subieron los españoles dos cañones con muchos gi-

pos, y establecieron una batería con la cual al día siguiente cañonearon el fuerte. Descubrieron los franceses esta empresa y dieron aviso á sus parciales para que los ayudasen. Juntáronse los cazadores y piratas que se hallaban cerca, y llegada la noche entraron en la isla de la Tortuga, y á favor de la oscuridad de la noche subieron á donde los españoles estaban, siéndoles fácil por estar acostumbrados á hacerlo. Llegaron arriba á tiempo que otros de los suyos, habiendo tambien subido, se preparaban á hacer fuego, sin saber los unos que los otros los secundaban. Cogiendo así á los españoles por la espalda, los derrotaron é hicieron precipitar á la mayor parte desde lo alto de las rocas, y pasaron á cuchillo á los que arriba quedaron, sin dar cuartel á nadie. Algunos españoles que guardaban la falda del monte, al oír los gritos y lamentos que en lo alto lanzaban sus compañeros, conocieron que allí pasaba algo de terrible, y huyeron por el mar sin esperanza de recobrar jamás la Isla.

Los gobernadores franceses de la Tortuga conservaron el mando como propietarios y señores absolutos hasta que, en el año de 1664, la Compañía Occidental de Francia tomó posesion de ella, y puso por gobernador á Mr. Bertrand Ogeron, plan- tando para sí aquella colonia con sus comisarios y criados.



Doña Mencía de Mendoza.

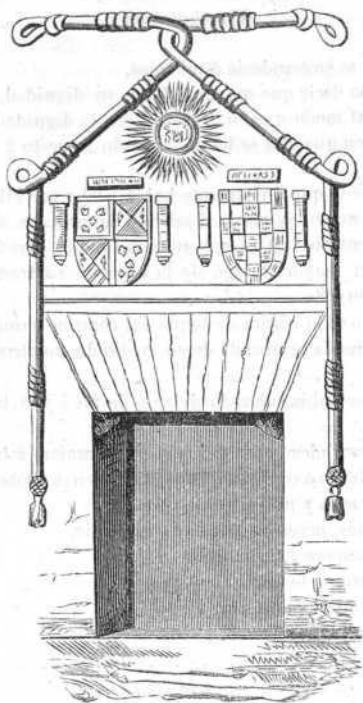
LOS AHORROS DE UNA CONDESTABLESA DE CASTILLA.

La muy ilustre señora Doña Mencía de Mendoza, condesa de Haro, hija de Don Íñigo Lopez de Mendoza y de Doña Catalina de Figueroa marqueses de Santillana, y esposa de Don Pedro Fernandez de Velasco condestable de Castilla, vivía en «la muy noble y muy mas leal ciudad de Burgos,» en el tiempo que reinaban en Castilla y Aragon los muy insignes Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel.

Cuéntase en Burgos como cosa auténtica, que en tanto que

el ilustre Condestable estuvo guerreando con los moros, su munífica esposa hizo tales economías, que con sus ahorros erigió dos magníficos edificios, compró un bosque é hizo en él construir una casa de pequeñas dimensiones, pero de elegante arquitectura. Aludiendo á estas obras y adquisicion, dijo á su marido al salir á su encuentro de vuelta de la guerra:—*«Ya tienes palacio en que morar, quinta en que cazar, y capilla en que te enterrar.»* La capilla es la llamada del Condestable, que puede con razon decirse ser la joya de la Catedral de Burgos:—la quinta se denomina la *casa de la Vega*, cerca de la

iglesia de Gamonal; — y el palacio es la casa apellidada del *Cordon*, por tener este figurado de relieve en su portada del modo que se vé en el adjunto grabado.



Puerta de la casa del Cordon en Búrgos.

La figura que encabeza este artículo presenta el traje y adornos de Doña Mencía, copiados de su retrato que se vé en la capilla mencionada.

A.

EXCENTRICIDAD INGLESA.

Es cosa que sucede frecuentemente en Madrid, como en el resto de España y fuera de ella, ver á algun inglés que pasa largo tiempo mirando de hito en hito algun cuadro, estatua, monumento arquitectónico ú otro objeto notable. Muchas gentes admiran el entusiasmo artístico del perseverante observador, y no pocas veces juzgan que debe ser muy entendido en materia de arte. Nosotros podemos asegurar que, por punto general, esta creencia es un completo error.

¿Pues qué hace, (nos preguntarán), en qué piensa aquel individuo que parece absorto en el estudio de una de las mejores producciones de un célebre artista ó en saborear interiormente sus bellezas?

Muy fácil nos será el contestar á semejante pregunta.

Apenas habrá un inglés que antes de emprender un viaje, especialmente si es á un país extranjero, no se provea de un libro de los conocidos con el título de *Guía del viajero*. Estos guías, que suelen estar hechos con datos bastante exactos, llaman la atención del lector hácia todos los objetos dignos de ella; y como sus inteligentes redactores, siendo ingleses, conocen bien el carácter de sus paisanos, apuntan en verdad el mérito y las bellezas del objeto artístico para los pocos que tienen el sentimiento ó la inteligencia del arte; pero para los demás tienen mucho cuidado de no olvidar nunca el precio mas subido que se ha ofrecido ó pagado por él. Casi todos los ingleses juzgan del mérito de tales obras por su precio, como lo hacen con otras cosas, no queriendo nunca sino lo que cuesta

mas caro; así, no los vereis detenerse delante de los cuadros de ciertos pintores que, aunque sean de primer orden, se han vendido comparativamente baratos, ya á causa de la fecundidad del autor, ya por haber vivido este en la miseria, ó ya por cualquier otro motivo. Notad por ejemplo, en el Museo de pintura y escultura del Prado, que casi todos se detienen delante de los mismos cuadros, y que estos han sido pagados ó solicitados en alguna ocasion á precios exorbitantes. Ahora bien, ¿quereis saber qué género de meditaciones son á las que, delante de aquellos cuadros se entregan los *excéntricos* hijos de la orgullosa Albion? Pues vamos á deciroslo. Ya habeis conocido por las premisas enunciadas, que el punto de partida de sus reflexiones debe ser el precio. — «Este cuadro (dice el inglés entre sí) ha costado tantas libras esterlinas..... ¡Debe de ser una *cosa excelente!* (*capital thing*). — Con las libras esterlinas que ha costado, se podría comprar tal barco..... ¡Debe ser cosa excelente! — Se podría si no comprar un cargamento de tal cosa que produciría tal suma..... ¡Debe ser excelente! — O se podría poner en Londres tal establecimiento que al cabo de tantos años produciría tanto, lo cual es un inmenso capital..... ¡Debe ser excelente! — O se podría comprar una casa que produjese, al tanto por ciento, tal cantidad, con lo cual se podría vivir bastante bien ayudándose con su trabajo..... ¡Debe ser excelente!»

Estas, ú otras análogas, son las reflexiones que á la mayor parte de los ingleses en tales casos los absorben acaso horas enteras, haciendo no pocas veces prolongadas operaciones aritméticas, que por cierto tienen bien poco de artísticas.

Su entusiasmo por la música es del mismo género: incapaces en general de comprenderla, y por lo mismo mucho menos de crearla bella, llenan las localidades de sus teatros de ópera italiana, porque les cuestan caros, y aplauden á los artistas que en otras partes han adquirido reputacion, porque se hacen pagar á precios muy grandes.

Podríamos añadir harto mas; pero basta lo dicho para despreocupar á muchos que, no conociendo el carácter ánglico, admiran falsamente en ellos una inteligencia y un entusiasmo que creen generales entre los británicos, y que, como en otras muchas partes, está limitado á un corto número de personas.

NOTABLES PARTICULARIDADES DEL CASAMIENTO DE LOS REYES CATÓLICOS.

El matrimonio de Fernando é Isabel se hizo de un modo muy singular. Despues de haber sido esta princesa ofrecida al príncipe de Viana Don Carlos, hermano mayor de Fernando, cuya vida y desgracias son tan interesantes en la historia de España; despues de haber sido solicitada por Alfonso, rey de Portugal, por el duque de Guiena hermano de Luis XI, rey de Francia, y por el hermano de Eduardo, rey de Inglaterra; se decidió Isabel por el jóven Fernando, heredero del trono de Aragón, y á la sazón ya rey de Sicilia. Era necesario engañar á su hermano Enrique IV, que aun ocupaba el trono de Castilla, y se oponía formalmente á este casamiento.

El arzobispo de Toledo Carrillo se encargó de arreglarlo todo: sacó á Isabel de la corte y la puso en seguridad en Valladolid: despues avisó con el mayor secreto al rey Fernando que viniese disfrazado y acompañado solo de cuatro caballeros.

En cuanto llegó el novio, se celebró el matrimonio con la mayor sencillez, y con el mas profundo secreto. Los nuevos esposos, que debían tener un día dominios en ambos hemisferios, se vieron precisados á pedir á sus criados dinero prestado para pagar los pequeños gastos de sus bodas, y á separarse poco despues á larga distancia.

Enrique IV se encolerizó cuando supo tal acaecimiento; y á esto atribuyen algunos las turbulencias, facciones y guerras civiles que agitaron el fin de su reinado y el principio del de los Reyes Católicos.

RASGO DE GENEROSIDAD DE LOS MOROS.

Garcí Gomez, gobernador de la ciudad de Jerez, á principios del reinado de Alfonso el Sabio, defendiendo la ciudad, sitiada por los muzlimes granadinos, no queria entregarse á pesar de hallarse casi aniquilada la guarnicion. Lleno de sangre y cubierto de flechas, en pié sobre el adarve sostenia él solo el choque de los enemigos que daban el asalto. Los moros convinieron unánimemente en no matar á tan gran héroe: le echaron ganchos de hierro, le arrebataron á pesar suyo, le trataron con respeto, curaron sus heridas y le dieron libertad, numerosos regalos de gran valor, y salvoconducto para reunirse con su rey.

PERSONAS QUE LEYERON MUCHAS VECES UN LIBRO.

Passeracio dice, en un prefacio suyo, que habia leído á Plauto 40 veces, y que jamás se fastidió de su lectura.

Uno de mis amigos me dijo en muchas ocasiones que habia leído á Terencio 80 veces; y era fácil creerle, porque no se le podian citar cuatro palabras de este poeta sin que continuase recitando toda la escena en que se hallaban las palabras citadas.

Otro habia leído mas de 50 veces á Virgilio con las notas de Servio, de Donato, de Pontano, de la Cerda, de Germano Valens, de Taubman etc.

Alfonso el Sabio, rey de Castilla y de Leon, hijo de Fernando III, leyó 44 veces toda la Biblia con los comentarios, y la hizo traducir al castellano.

Un célebre obispo asegura, en la Oracion fúnebre de Mr. de Montausier, que este duque habia leído 113 veces el Nuevo Testamento, con toda la aplicacion respetuosa que se puede tener.

¿Pero qué diremos del jefe de una secta, que no era ni sumo pontífice ni imán acem, y que habia leído hasta 7.000 veces el Corán en la larga prision en que murió? Este fué Abu Hanifah al Numan Ebn Thabet, que nació el año 80 de la Egira, y falleció el de 433; el año 151, ó segun Abul Farase y Ebn Chalecan, el año 450 de la Egira, que corresponde al de 767 de Cristo.

M. C.

En la batalla de Nervinde, el Mariscal de Luxemburgo viendole volver del combate á un soldado de guardias, que habia dejado su batallon, le preguntó *¿á dónde iba?*—Señor (respondió el soldado abriendo el vestido para enseñar una profunda herida) *voy á morir á cuatro pasos de aqui, contento de haber expuesto y perdido la vida por mi príncipe, y de haber combatido bajo el mando de un general tan digno como vos; y puedo asegurar en el artículo de la muerte, en que me hallo, que no hay uno de mis camaradas que no esté penetrado de los mismos sentimientos.*

Entre las hipérboles de los historiadores griegos es digna de notarse la de Herodoto, que al pintar lo numeroso del ejército de Jerjes dice serlo tanto que para beber secaba los rios. — ¿Y dónde (le preguntariamos) podia encontrar los víveres necesarios para tal cantidad de diluyente?

No lo es menos la de que Arquímedes quemase por medio de lentes, con los rayos del sol, las naves de Marcelo á la distancia de 3.000 pasos. Ningun motivo hay para creer que la física ni la fabricacion de objetos de vidrio, y mucho menos de cristal, se hallasen á la sazón mas adelantadas que ahora, y sin embargo, hoy mismo es imposible quemar naves, con semejante medio, ni aun á la mitad de la distancia susodicha.

AMPARO.

(MEMORIAS DE UN LOCO.)

(Continuacion.)

Amparo se engrandecía á mis ojos.

No puedo decir que me humillaba su dignidad, porque la amaba de tal modo que su dignidad era la dignidad mia; pero la posicion en que ella se habia colocado respecto á mí me desesperaba.

¿Con que lo que únicamente habia hecho por ella habia sido dárle la mano, ayudarla á salir de la precaria situacion en que se encontraba? ¿Con que solo me debia agradecimiento? ¿Con que el mayor trabajo de la obra de su transformacion habia sido suyo?

El dinero es la piedra de toque del corazon humano.

Amparo habia arrancado de en medio de nosotros dos el dinero.

Amparo se habia colocado delante de mí á una inmensa altura.

Elevándose, elevó ante mis ojos á la mujer, á la humanidad, y me obligó á confesar que existia la virtud sobre la tierra.

Y mi corazon y mi cabeza me decian:

— La amas, necesitas su amor para vivir.

Y mi desesperacion me decia:

— Amparo no te ama.

Entonces blasfemaba yo.

— ¡No hay Dios, decia!

Fuí á verla.

Habian pasado ocho dias desde mi visita de vuelta de viaje.

Tiré con fuerza de la campanilla y me hice anunciar.

Amparo salió hasta el recibimiento y me tendió la mano con la mayor naturalidad.

— Otra vez no pida V. que le anuncien, me dijo sonriendo.

Y me llevó á la sala asido de la mano.

El contacto de aquella preciosa mano, que estrechaba dulcemente la mia con una noble confianza, como se estrecha la mano de un protector á quien se ama, me causaba una impresion que en vano querria explicar: parecíame que aquella mano me trasmitia otra vida mas pura, mas fácil; me embriagaba en un goce lánguido y tranquilo.....

Indudablemente yo estaba enamorado de remate y divinizada todo lo que pertenecía á Amparo; todo lo que emanaba de ella.

Pero yo iba preparado, y tuve bastante fuerza de voluntad para no mostrarme ni mas ni menos interesado por ella que como lo estaba seis años antes.

Ella estaba perfectamente tranquila, alegre, confiada y retenia mi mano en la suya, no como la retiene una amante, sino como retiene una hija la mano de su padre, de quien ha estado separada muchos años.

La contemplé durante algun tiempo sin perder ni un instante el cuidado de mí mismo, temiendo que una mirada, un accidente cualquiera la hiciese conocer el verdadero interés que me inspiraba.

Yo era entonces un cómico que representaba dolorosamente su papel.

— Me alegro, la dije al fin.

— ¿Y de qué se alegra V.? me contestó mirándome con gravedad.

— Me parece que eres feliz.

— ¡Oh! sí; completamente feliz, me contestó; ya lo creo; al cabo le tenemos á V.

— ¡Le tenemos! exclamé con extrañeza.

— Sí, sí por cierto, el padre Ambrosio y yo. Y aun el mismo Mustafá, mírele V. echado entre nosotros y mirándole de hito en hito. A pesar de que es ya viejo no se ha olvidado de V.;

no es V. para él una persona desconocida.... ¿Ha ido á verle á V. el padre Ambrosio?

— No por cierto, y me hubiera alegrado mucho de verle.

— No se habrá atrevido.... es tan tímido.

— Yo iré á verle cuando salga de aquí; pero es necesario que me digas dónde vive.

Amparo se levantó y escribió las señas que me entregó.

Tenia un precioso carácter español.

— Escribes muy bien, la dije.

— Es mi obligación. ¿Se olvida V. de que soy maestra de escuela?

— Quisiera verte entre las niñas.

— Eso no puede ser. Pero figúrese V. que me vé: toda una madre de familia: me pongo muy seria, río mucho, las castigo con tratarlas secamente y las premio con un beso.

— ¡Ah! ¡Ah!

— Y paso buenamente la vida: no sé si es soberbia, pero se me figura, creo que el magisterio cuando se ejerce sobre niños es un sacerdocio que impone sagrados deberes; ¡y es tan dulce el cumplimiento del deber! Y cuando un ser cuya razon empieza á desarrollarse bajo nuestra influencia es una niña, todo cuidado es poco, porque de la niña se hace la mujer, la madre de familia, y la madre de familia, mal que les pese á los que niegan toda participacion á la mujer en el desarrollo social, es la que siembra el fruto que ha de coger la sociedad: formad buenas madres de familia y habreis formado una generacion llena de virtud, de entusiasmo, de valor, de abnegacion, de amor patrio, de virilidad, de grandeza: los hijos son la madre: si la madre es buena, el hijo es bueno; pero si la madre ha dado á sus hijos el pernicioso ejemplo de las discordias domésticas, la falta de sufrimiento y de abnegacion, el escándalo continuo, el repugnante espectáculo de preferencias odiosas respecto á este ó al otro de sus hijos; si esos jóvenes corazones no han tenido ningun buen ejemplo que imitar; si solo han debido á su madre un amor indiscreto y caprichoso, caricias exageradas, castigos inmotivados, se pervierten, se desnaturalizan embotando ó perdiendo todos sus buenos instintos y constituyendo un ser artificial formado por una mala educacion. ¡Oh! ¡Las madres! ¡Las madres!

Y Amparo inclinó la cabeza profundamente pensativa.

Como ven mis lectores nuestra conversacion no podia ir mas apartada del punto á que mi amor hacia Amparo hubiera querido llevarla.

Este alejamiento de nuestra conversacion de mi idea fija, me favorecia ayudándome á mantenerme firme.

Durante dos horas, Amparo, haciendo casi sola la conversacion, me dejó conocer cuánto valia su moral: vinimos al fin á recaer en mis viajes; me preguntó acerca de las civilizaciones extranjeras, y sin haber hablado ni una sola palabra de su pasado ni de sus proyectos me despedí de ella.

Fuí á ver al padre Ambrosio algunos dias despues.

Cuando entré en la casa de vecindad, al primero á quien pregunté me indicó la puerta del aposento del exclaustro.

Al asomar á ella, dí un paso atrás.

Le habia sorprendido.... mondando patatas.

Pero ya era tarde.

El padre Ambrosio me vió, se levantó, dejó sobre una pequeña mesa el plato donde tenia las patatas mondadas y me salió alegremente al encuentro; con timidez sí, pero no con una timidez de vergüenza, sino con su timidez característica.

— ¡Ah! exclamó: V. por aquí, cuánto me alegro. Yo debiera haber ido á verle á V.

— ¡Oh! de ningun modo....

— Sí, sí, pero no me he atrevido.

— Ha hecho V. muy mal en no.... atreverse.

— Dejemos, pues, estos cumplimientos: yo me alegro mucho de verle á V.: ¿y cómo le va á V.?.... Siéntese V. aquí en el sillón...., póngase V. el sombrero...., así.... ¿y qué me dice V. de nuestra hija? añadió sentándose en una vieja arca:

es un prodigio....; á mí ha acabado por hacerme feliz, me ha regenerado....: ¡qué niña, Dios mio, qué niña! Ya puedo morir tranquilo, porque Amparo no necesita ya de nadie, de nadie mas que de Dios.

— ¡Me pregunta V. qué pienso de Amparo! contesté: con V. puedo ser franco: pienso lo que piensa un hombre de una mujer que realiza todos sus sueños, todos sus deseos, todas sus aspiraciones: de la mujer á quien ama.

— ¡Ama V. á Amparo! exclamó el padre Ambrosio poniéndose mortalmente pálido.

— Sí, la amo con toda mi alma.

— ¿Y se lo ha dicho V.?

— No, ni se lo diré nunca.

Se tranquilizó el padre Ambrosio.

— Yo habia previsto desde hace mucho tiempo, me dijo, que V. acabaria por amarla, y me halagaba la esperanza de que mutuamente se harian VV. felices. El amor en V. le ví yo nacer hace seis años y.... Pero á que soñar.... Amparo no seria feliz con V.

— ¿Ama acaso á otro?

— Yo creo que sí.

— Yo tambien lo he creído.

— Sufre.... Algunas veces la he sorprendido llorando, y he comprendido la causa de sus lágrimas: he comprendido que estaba enamorada. Un dia la sorprendí mirando un retrato.

— ¡Un retrato! ¿Pero de quién?

— No lo sé. Al verme se puso vivamente encarnada, se volvió y ocultó el retrato en el pecho. Yo nada la pregunté, nada la dije. Amparo, con la fuerza de voluntad que Dios la ha dado, se serenó, y nada me dijo del retrato, ni de mi sorpresa involuntaria; dejó pasar algunos dias, y á la primera confesion la dije:

— Tú sufres, Amparo.

— Tengo el alma triste, me contestó.

— ¿Tienes triste el alma, porque amas?

— Yo.... No señor.... No amo á nadie: yo no puedo amar: yo no daria á mis hijos una madre sin nombre.

— Sé franca conmigo, repuse: ¿amas acaso á tu protector?

— ¡Qué si le amo!.... Ya se vé que le amo, me contestó con la mayor naturalidad: acaso ¿no es mi padre?

— No, no me refiero yo á ese amor, sino á otro mas íntimo: al amor que tiene una mujer al hombre de quien desearia ser esposa.

— No, no le amo así, ni le podria amar nunca de ese modo; me lo impediria el respeto que me inspira.

— Pues, si no amas á tu protector, ¿á quién amas?

— A nadie.

— ¿Y el retrato que ocultaste al verme el otro dia?

— ¡Ah! ¡el retrato de mi madre!

— El retrato de su madre, exclamé interrumpiendo al religioso; pues que, ¿ha encontrado Amparo á su madre? ¿Habrá alguna razon que la impida?....

— Lo mismo la pregunté; pero ella me contestó: es el retrato fantástico de mi buena madre, con quien sueño todas las noches; en quien pienso todos los dias; un rostro que yo he dibujado recordando mis sueños.... Mañana le verá V.

No supe que contestar.

La hacia llorar la vista de la reproduccion material de un fantasma.

En efecto, al dia siguiente me mostró una bellísima cabeza de mujer como de cuarenta años, y habia allí algo.... en el semblante triste de aquel fantasma estaba el alma de Amparo. Calló el religioso, y yo quedé profundamente pensativo.

Me habia dado á conocer un nuevo rasgo del carácter romanesco de Amparo.

— Pues bien, si ella no puede amarme, le dije, continuaré comprimiendo dentro de mi corazon el amor que me inspira: procuraré que no salga delante de ella ni en mis palabras, ni en mi mirada, ni en mi semblante la mas leve manifestacion de ese amor. Si no puedo vencerle, volveré á mis viajes.

— Mucho me temo que no sea ella la primera en apartarse de nosotros.

— ¡Cómo!

— Ella ama; estoy seguro de ello; y ama con toda la vehemencia, con toda la firmeza de su alma: una de dos, ó la persona á quien ama no repara en ella, ó no pertenece á esta vida. Amparo..... acaba de decírmelo hoy por la mañana, está resuelta á meterse en un convento, y me ha mandado practicar las prietas diligencias.

— ¡Oh! No, de ningún modo, exclamé. ¡Monja! ¡Monja Amparo! No puede ser.

— Ya es tarde, me dijo: es necesario decir á V. toda la verdad. Iba á decírsela á V.; pero al revelarme V. que la amaba..... temblé..... callé, no me atreví.....; pero..... en quince días que han pasado desde que la vió V. por la última vez, Amparo ha entrado en un convento, y dentro de tres días mas debe tomar el hábito de novicia. Esta mañana me dió esta carta para V. ¿Comprende V. ahora por qué no me atrevía á ir á su casa?

Yo estaba aterrado, y apenas pude leer una carta que me dió el padre Ambrosio y que contenía estas palabras:

«Convento de..... Perdóneme V. si por mí misma he tomado tan grave resolución. Yo no podía permanecer mas en el mundo, y V. se opone formalmente á que yo entre en el claustro. Perdóneme V. otra vez. Pero mi corazón necesita paz y he venido á buscarla á esta santa casa.» Su siempre agradecida, Amparo.»

Sin despedirme del padre Ambrosio salí, comprimiéndome las sienes con las manos.

Mi cabeza se rompió.

Aquella carta había sido para mí un golpe de muerte, y apenas pude salir á la calle.

No sé lo que me sucedió: solo recuerdo que al volver en mí me encontré en un lecho extraño rodeado de una familia desconocida, y con un médico á la cabecera.

(Continuará.)

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

Fantasia.

Á MI QUERIDO AMIGO DON MANUEL IBO ALFARO.

¿Dónde será el placer, amigo mío,
De entraña que el dolor ha desgarrado,
Corazón que adoró con desvarío
Y halló su amor y su esperar burlado?
¿Quién da miel á la hiel de oculto duelo,
Y al corazón la fé de los amores,
Al alma la esperanza sin recelo,
Luz á la mente y al deseo flores?
¿Quién les vuelve á las horas la ventura
Del juvenil afán, y aquel respiro
Dulcísimo de amor, que nos augura
La eternidad del goce en un suspiro?
¿Quién anima y enciende blanca estrella
Sepultada su luz en noche umbría,
Olvidada reliquia triste y bella
Que echa de menos su existir de un día?
¿Quién secará mis lágrimas si lloro
Desdenes de mujer que el alma adora?
¿Quién me dará las ilusiones de oro
Y el dulce rayo de mi blanca aurora?
¿Quién me dará las horas que he perdido,
Llagado el corazón y el alma inquieta;
Y quién comprenderá, ni ha comprendido,
El alma dolorida del poeta?
Dejame, pues, vivir en el pasado,
Al pálido alumbrar de mi memoria:
En las cenizas, que la muerte ha helado,

Quiero buscar la estrella de mi gloria.

Si en las sombras del tiempo va escondida,

Si no le ha visto nadie ni ha lucido,

Yo la hallaré, y alumbraré mi vida,

Eterna fé del que la fé ha perdido.

Ven conmigo á llorar. Tú tienes alma

Y sueñas un laurel para tu frente:

Ven, dulce amigo, y que la misma palma

Glorie un alma que lo mismo siente.

Juntos corramos la escabrosa vía

Que al templo lleva donde el genio mora:

Bella esperanza nuestros pasos guía:

La oscura noche encontrará su aurora.

Juntos hagamos el erial camino,

Y aliente el fuerte al que le falte aliento:

Con fuerza igual y con igual destino,

¿Quién sabe dónde irá nuestro ardimiento?

¿Quién sabe si, á un esfuerzo sobrehumano

Que al genio ilustre y la razón asombre,

Irá á posarse el pensamiento hermano

Donde no puso el pensamiento el hombre?

No desmaye tu fé, que Dios lo ha escrito

En el fulgor de misteriosa Estrella.....

Si muero de dolor, noble palpito

Y noble siga de su luz la huella.

Tú la sigues también y también sientes

El hervir de un volcán en tus anhelos,

Y alas de fuego, el pensamiento, ardientes

Lleva también á sus hermosos cielos.

Ven conmigo á llorar. Tú tienes alma

Y sueñas un laurel y eterna historia;

Ven, dulce amigo, y que la misma palma

Preste sus lauros á la misma gloria.

BIENVENIDO V. CANO.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

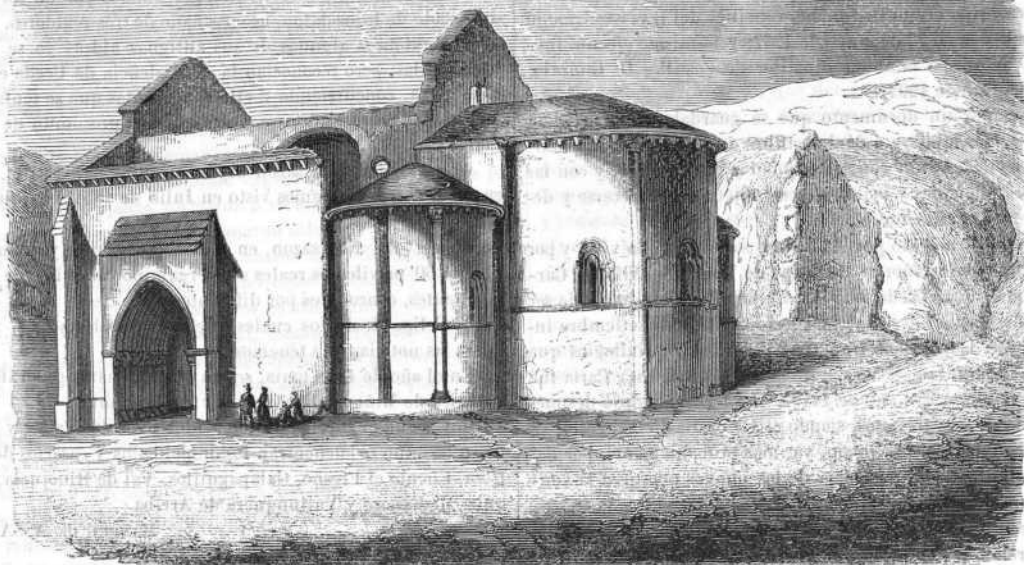
En tiempo del emperador Carlos V el estandarte español
fue llevado en triunfo hasta el mas remoto confín.

Geroglífico.



Director y propietario D. MANUEL DE ASSAS.

Madrid.—Imprenta de la VIUDA DE PALACIOS.



Antigua iglesia de la Virgen de la Varga en Uceda.

(Hoy cementerio.)

UCEDA.**HISTORIA.**

Yace la villa de Uceda en Castilla la Nueva, provincia de Guadalajara, á seis leguas de su capital; en el partido de Tamañón, distando de este pueblo cuatro leguas y media y nueve de Madrid, en una llanura en la parte denominada Campiña Alta.

Hay quien cree que fué la antigua *Barnacis*, ciudad citada entre las carpetanas por el geógrafo Ptolomeo en su *Iphigesis Geográfica*.—El conde de Mora en su *Historia de Toledo* dice que aquí existió la ciudad de *Vescelia*.—Otros, por último, pretenden que siempre tuvo el mismo nombre que hoy.—Resulta, pues, que la época de su fundación es del todo ignorada.

Es de creer que si esta población existía al tiempo de la invasión mahometana en España, sería ocupada por los islamitas poco después de la tristemente célebre batalla de Guadalete, acaecida en 711.

Parece cierto que, bajo la dominación de los prosélitos de Mahoma, estuvo ya fortificada con murallas flanqueadas por torres cuadradas, construidas de mampostería y ladrillo; que fuera de su recinto, pero contiguo á él, tenía á la parte del Poniente un castillo muy ventajosamente situado sobre un precipicio; y lejos, hasta á la distancia de legua y media, torres aisladas en diferentes direcciones, que servían, como ahora los telégrafos, para dar avisos á la villa por medio de ahumadas u otras señales, ya sea de la venida de enemigos, ya de la oportunidad para salir los habitantes de ella á correr, saqueando y talando el territorio de sus contrarios.

En el año de 1040, dominada aun por los musulmanes, corrió y taló sus campos Fernando I el Grande, rey de Castilla y de Leon, haciendo grandes estragos en sus inmediaciones y en las de Talamanca, Alcalá y Madrid.—Dícese que por entonces tenía 6,000 vecinos; pero esto nos parece increíble atendida la estrechez de su perímetro; en que apenas hubieran cabido en pié.

Por los años de 1083 á 1083 la reconquistó de los moros el rey Alfonso VI casi al mismo tiempo que á Hita, Guadalajara, Madrid y Toledo; y se asegura que á su conquista asistió el célebre Ruy Diaz de Vivar llamado el Cid Campeador. Alfonso VI conservó, y probablemente reparó sus murallas y fortaleza, ya para dominar aquella comarca, ya para servirse como de punto de retirada, en caso de insurreccionarse, como era de temer, la población, muzlimica que abundantemente habia quedado bajo el dominio de los cristianos, en la gran ciudad de Toledo, en Madrid y en otras villas entonces importantes, y que no podían considerarse á la sazón mas que como unos puestos avanzados de la monarquía castellana.

Parece que el santo rey Fernando III la reedificó; y es indudable que agradecido á los servicios hechos por Uceda á los reyes Alfonso VII el Emperador, Enrique I y al mismo Fernando III al principio de su reinado, este, como recompensa y premio otorgó á Uceda, *no á instancia ni á petición* de sus habitantes, sino *espontáneamente, honrosos y útiles fueros*.

En ellos concedía, — que los vecinos pusiesen á su arbitrio adelantados ó gobernadores, cuyos nombres debían enviar al Rey que con toda brevedad confirmaría su nombramiento por medio de Real Carta; — gran libertad en sus haciendas, sujetándolos á leves tributos; pero exceptuando totalmente de pechar á los que careciesen de los bienes raíces necesarios; — arcas reales, para que cobrasen las rentas del Estado, colectores nombrados la mitad por el monarca y la otra mitad por la villa; — y que fuesen inseparables de esta sus aldeas. La Carta de esta concesión, que se guardó en el archivo de Uceda, fue hecha por el rey Fernando en Peñafiel á 22 de julio, era de 1260 (año de Cristo 1222), y posteriormente confirmada por Alfonso el Sabio en 21 de julio de 1276.

El santo rey dió á la catedral de Toledo y á sus arzobispos el señorío de la villa de Uceda en el año de 1249.

Algunas relaciones aseguran que por entonces contenía la población 4,000 vecinos, y contaba 2,000 casas mas distribuidas

en 18 aldeas que eran: el Cubillo, la Casa, Mesones, Valdemuño-Fernández, Fuente la Higuera, Viñuelas, Villaseca, Matarubia, la Puebla de los Valles, Valdesotos, Tortuero, Valdepeñas, Alpedrete, el Berruoco, Cabanillas de la Sierra, Venturada, Redueña y Torrelaguna. — Si en efecto tuvo tan numeroso vecindario, que nos parece imposible por la misma razón que hablando de otros 6,000 vecinos hemos indicado arriba, su número disminuyó después mucho y rápidamente.

El arzobispo electo D. Sancho, canceller del rey, confirmó el fuero de Uceda en 23 de mayo de 1257; y lo mismo ejecutó luego otro arzobispo también canceller de Castilla, D. Gonzalo, á 8 de octubre de 1294.

Consta por un documento que se guardaba en su archivo, hecho en Guadalajara á 21 de octubre de 1319, que tenía contratada confederación con esta ciudad y la de Alcalá, y con las villas de Talamanca y Brihuega, con objeto de favorecerse y defenderse recíprocamente.

D. Juan II, movido por los buenos servicios de la villa y por las súplicas de su señor el arzobispo de Toledo D. Alfonso Carrillo, concedió á Uceda una feria, cuya duración había de ser de 20 días, á saber desde 21 de agosto hasta 10 de setiembre inclusive, con las mismas franquezas, gracias y privilegios que gozaban las mas famosas ferias de la monarquía. Esta Carta fué dada en Benavente el año de 1449. — La feria se redujo después al período de solo tres días, siendo el 1.º el día 15 de agosto, ya fuese por olvido del privilegio, ya, mas probablemente, por haber disminuido la importancia de los objetos puestos á la venta, ó el número de vendedores.

Parece que por la circunstancia de ser muy fuerte su castillo se enviaron á él presos personajes de consideración, ya en tiempo de Don Juan II segun manifiesta la crónica de este príncipe. — En él estuvieron encerrados, el arzobispo de Toledo y señor de esta villa Don Juan de Cerezuela, luego el Cardenal Jimenez de Cisneros siendo joven, y mas tarde el gran duque de Alba Don Francisco Alvarez de Toledo por orden del rey Felipe II, que después le sacó de allí, para enviarle á conquistar el Portugal.

Enrique IV la dió un privilegio con exenciones y franquezas para la cobranza, sin excepcion de persona alguna ni aunque fuese del mas alto rango ó dignidad, de los derechos de pontazgo en un puente, que á sus expensas construian los moradores de Uceda con objeto de evitar los innumerables perjuicios y desgracias que, por el arrebatado curso del rio Jarama, ocurrían á los que se veían precisados á atravesar su corriente. Este documento fué hecho en Segovia á 8 de junio de 1471.

D. Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo, eligió el castillo de Uceda como refugio seguro, y en él se fortificó por mucho tiempo durante las diferencias y parcialidades entre el rey de Portugal y los Reyes Católicos Fernando é Isabel, siendo él partidario del portugués.

Estuvo Uceda bajo el dominio y poder temporal de los arzobispos de Toledo hasta que Felipe II, habiendo conseguido del papa Gregorio XIII una bula para desmembrar de la jurisdicción de los arzobispos esta y otras villas, hizo volver á Uceda á la corona, tomando posesion de ella el día 4 de noviembre de 1575, siendo arzobispo de Toledo D. Juan Martinez Silíceo, maestro del mismo rey.

Felipe II mandó escribir una relacion de las cosas memorables de Uceda, y el ayuntamiento de ella comisionó á este efecto á Juan Hurtado de Valdés é Isidoro Lirueña, regidores de la villa; y al licenciado Francisco Ramirez, abogado de la misma; quienes desempeñaron su comision el año de 1579, y su relacion se archivó en la Biblioteca de San Lorenzo el Real del Escorial. Por ella se sabe que en este año tenia Uceda 500 casas con otros tantos vecinos, cuya mayor parte vivían en el arrabal que estaba contiguo á las murallas y puerta oriental de la villa; y que la causa de la disminucion del vecindario era el haberse establecido muchos de los habitantes por los pueblos comarcanos y 607 alquerías que existían en los alrededores.

En el año 1610 fué fundado en el arrabal su convento, de

frailes de la religion del seráfico padre S. Francisco de Asís.

La villa fué primero cabeza de condado, y después Felipe III la hizo serlo de ducado dando, en cambio del título de Conde de Uceda á su poseedor, el de Marqués de Lorianá, y creando Duque de Uceda á D. Cristoval Gomez Sandoval y Rojas, hijo primogénito del Duque de Lerma.

A principios del siglo XVIII tenia mas de cien vecinos, entre los cuales habia algunos nobles gobernados por un corregidor del estado de hijos-dalgo, acompañado de tres regidores.

Por entonces algunas de sus antiguas aldeas ya se habian hecho villas; pero reconocían la dependencia de Uceda en muchas cosas, concurriendo á ella á las juntas que se tenían para determinar sobre asuntos concernientes al procomún de la comarca.

Aun existían á la sazón algunos muros del castillo, de los cuales nosotros no hemos visto en Julio de 1851 mas que unos escasísimos restos.

Conservaba á la sazón, en el archivo de su ayuntamiento, mas de 50 privilegios reales en pergamino con sellos de plomo pendientes, concedidos por diferentes reyes desde los ya citados hasta Felipe II; de los cuales quedan aun algunos, si no son falsas las noticias que tenemos.

En el año de 1828 tenia, segun el Diccionario geográfico-estadístico de Miñano, 157 vecinos y 72 habitantes.

Hoy segun el Diccionario de Madoz tiene 160 casas; y dentro de su término se encuentran los despoblados y caseríos de Inestrosa, Fuente el Fresno, Galapaguillos, Val de Hinojuela, Carquiz, Medianero y Vallunquera de Arriba.

MANUEL DE ASSAS.

LA LEY SÁLICA.

En muy repetidas ocasiones desde el principio del actual reinado, y especialmente en estos últimos tiempos, se nos ha preguntado ¿qué es la *Ley Sállica*? Esto nos hace creer que la curiosidad del público respecto á este punto histórico es bastante general, y que por lo mismo será bien recibida de los lectores del SEMANARIO PINTORESCO la insercion en sus columnas de la siguiente *Carta al Excmo. Sr. Duque de Medina Sidonia sobre la Ley Sállica*, escrita por uno de los grandes eruditos del siglo próximo pasado.

«Excelentísimo Señor.

«Recibí la de V. E. y celebro mucho que V. E. se divierta con la lectura de *Enrico Caterino*, pues es autor cuya historia se debe tener presente á lo menos en general, no solo para saberla, sino tambien para no ser un puro oyente en las conversaciones con los que regularmente leen ese género de escritos.

«A la pregunta que V. E. se digna hacerme sobre la ley *Sállica* digo que, ó era preciso responder en un tomo si la respuesta hubiese de ser á satisfaccion y adecuada, ó será inevitable que, habiendo de ser en una carta y á vuelta de correo, sea muy ligera y superficial. Tengo á mano un tomo de la real Academia de las inscripciones y bellas letras de Paris, en el cual hay una curiosa memoria de Mr. de Foncemagne, que contiene cuanto V. E. podrá desear en la materia.

«Y por suponer que presto se restituirá la Corte á Madrid, y temiendo que se me extravié dicho tomo, y se me descabale el juego, no le remito á ese real sitio, esperando que V. E. venga, para que por sí mismo lea toda la dicha memoria y otras concernientes al mismo asunto.

«Entretanto y siguiendo al dicho Mr. de Foncemagne, digo: que jamás se escribió tal ley *Sállica*, y que es error común creer que entre las *leyes sállicas* escritas hable alguna de ellas de la exclusion de las mujeres á la corona. Y añado que la costumbre de esa exclusion es tan antigua, que se podrá mirar como si fuese ley escrita.

«Advierte el citado autor, que la ley *sállica* que ha dado motivo al error, es una que de ningún modo habla de la exclusion de las hembras á la corona, sino de la exclusion de ellas á las

• haciendas raíces en el territorio sálico; hablando de las herencias particulares de unos á otros, no de las personas reales.

• Y aun á esta ley la llama impía el autor Marculfo, que hace cerca de 12 siglos escribió: *Diuturna, sed impia, inter nos consuetudo tenetur, ut de terra paterna sorores cum fratribus portionem non habeant* (1). Este autor pone esto para fórmula de un principio de testamento, en el cual N., haciendo poco caso de la ley, quiere y manda que sus hijos é hijas partan entre sí igualmente toda su hacienda, raíces, alodiales, ganancias, muebles, etc.; lo cual prueba que ya en aquellos tiempos era ley de quitar y poner.

• Sobre el origen de la voz Sállica hay muchas opiniones, y algunas disparatadas. La comun es, que los Francos que habitaban el río Sala en Alemania, no cabiendo en su país, hicieron irrupción en Francia como vagabundos, y después que poseyeron tierras ajenas, formaron á su modo un género de cuerpo de leyes, que por eso se llamaron sállicas.

• Y como en los principios entraron en Francia aquellos usurpadores, no como reyes, sino como soldados y capitanes, era forzoso que sin esperar leyes ni costumbres, sino guiados únicamente por la razón natural, siempre eligiesen á un hombre muy esforzado, que los capitanease en la guerra y los gobernase en la paz. Para esto sería muy ridículo que pensasen en escoger alguna mujer.

• En donde la corona es electiva, milita la misma costumbre ó ley Sállica; y asimismo cuando los mayorazgos piden forzosamente varón con exclusion de las hembras. Y acaso esto se inventó al tiempo que se establecieron los mayorazgos, por querer remedar la costumbre sállica sin haber leído á Marculfo.

• Es bastante trivial que los reyes Merovingios, ó de la 1.^a raza de Francia, eran electivos, como hoy son los de Polonia; y así era inexcusable entonces la exclusion de mujeres á la corona. La dificultad consiste en qué al tiempo que la de Francia pasó de ser electiva á ser hereditaria, no se percibe bien por qué se debió continuar la costumbre sállica, y esta dificultad se aumenta, si se reflexiona que, continuando esa costumbre, pueden las mujeres heredar lo ajeno, estando excluidas de heredar lo propio.

• Es cuanto se me ofrece responder de pronto á V. E. hasta que tenga el honor de presentarle los tomos de la dicha Academia, para que V. E. se entere del asunto con toda extension; advirtiendo que para entender á Caterino, basta saber la práctica que hoy tiene la ley ó costumbre Sállica, sin cansarse en averiguar, ni su origen, ni su justificación, ni la compatibilidad de sus circunstancias activas y pasivas.

• Quedo á la obediencia de V. E. cuya vida ruego á Dios guarde muchos años. San Martin de Madrid y Junio 15 de 1752.

• Excelentísimo señor, B. L. M. de V. E. su mas humilde siervo y obligado capellan.

• FR. MARTIN SARMIENTO.

• Excelentísimo señor Duque de Medina Sidonia, mi dueño y señor.

LA VIRGEN DE LOS ALFILERITOS.

Existe en la imperial Toledo una calle, bien céntrica por cierto, y que á pesar de ser estrecha y obscura como son casi todas las de la tres veces coronada ciudad, no por eso ha dejado de adquirir una gran reputación y celebridad en todos aquellos contornos, debida sin duda á la imagen de la Virgen que se venera en un ventanillo bajo y obscuro situado en la pared y como al promedio de la calle, y cuya imagen lleva por advocación «la virgen de los Alfileres». Casi nadie conoce ya la calle por su verdadero nombre; este ha sido sustituido por el vulgar de calle de los Alfileritos: el culto y ofrendas que se tributan á dicha

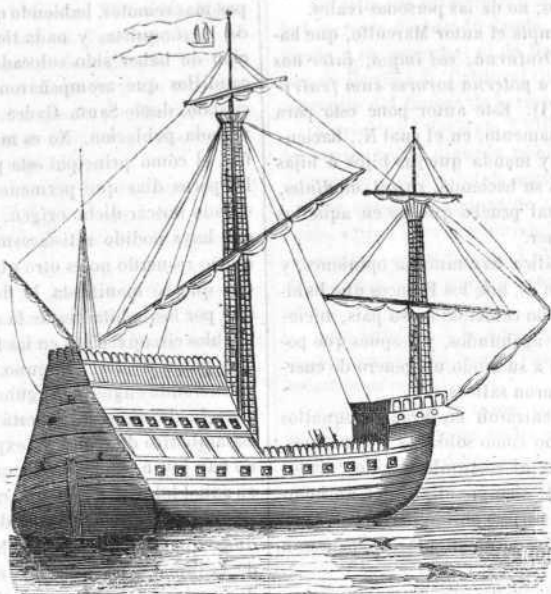
efigie, pintada no sé si en lienzo ó en tabla, data desde los tiempos mas remotos, habiendo quien hace subir su origen á la época de la conquista, y nada tiene de extraño sea verídica la tradición de haber sido colocada allí por algunos de los valientes caudillos que acompañaron al esforzado Ruy Diaz de Vivar cuando, desde Santa Gadea, vino á la conquista de aquella envidiada población. No es mi ánimo en este momento desentrañar el cómo principió esta piadosa creencia; baste decir que en los pocos dias que permaneci en Toledo, á pesar de haber procurado buscar dicho origen, no encontré ni persona ni apunte que haya podido satisfacerme. Por lo cual el objeto de este pequeño recuerdo no es otro que dar á conocer la manera especial con que se manifiesta la devoción á aquella santa imagen, no solo por los habitantes de la capital, sino tambien por los de los pueblos circunvecinos en las fiestas y dias que por cualquier motivo pasan á ella. Ninguno, repito, deja de visitar la secular y veneranda efigie, y ninguno deja igualmente de presentarle su ofrenda de alfileres. Ya está enunciado el modo extraño y algo estrambótico de cómo se expresa la devoción á dicha imagen: no hay jóven, de las casaderas principalmente, que no deposite en aquel lóbrego y reducido camarín una porción de alfileres que arrojan por entre las mallas de un espeso alambrado, y creen sin duda que su oración, si la hacen, no sería aceptable á los ojos de la inmaculada Virgen si no va acompañada de la correspondiente dosis de alfileritos: poco importa que estos sean nuevos ó viejos, esten torcidos ó derechos, hayan ó no perdido su blancura, el caso es regalarlos á la Virgen, cada cual segun sus fuerzas, siendo de admirar que con una limosna, al parecer tan insignificante, baste y sobre para alimentar la lámpara que constantemente arde ante la santa imagen.

El santero, séame lícito llamarle así, tiene buen cuidado de recoger tan homeopáticas como aguzadas ofrendas, y con una exactitud que le honra, cuida del aseo del nicho y de que jamás falte la luz, que aunque moribunda, escondida y triste, no deja de ser en ocasiones un faro consolador para los transeuntes nocturnos de aquella antigua calle.

Ahora bien: ¿qué habrá dado origen á la devoción de ofrecer alfileres á aquella santa imagen? ¿Quién la colocó en aquel sitio? Estas y otras preguntas análogas se repiten á cada momento por los viajeros que llegan á conocer esta singular práctica, y nadie la contesta satisfactoriamente: la jóven dice que así lo vió hacer á su madre cuando la llevaba de la mano, y que así lo aprendió de sus mayores; y solo algunos de imaginación poética cuentan que el referido cuadro fué traído de una torre inmediata, donde los árabes lo tenían como objeto de burla y de befa, por unos caballeros cristianos, que en una excursión de aquellas tan frecuentes en los campos fronterizos, se atrevieron á escalarla muriendo todos excepto el que había logrado recobrar el sagrado depósito, y que para conducirlo con mas seguridad le había prendido en lo interior de su capilla; pero como al sentar esta opinion no presentan dato ni fundamento que sea digno de crédito, de aquí el que no pase de ser un cuento tan inverosímil como las virtudes que por otros se atribuyen al mero acto de ofrecer tan caprichosa limosna: sabido es el valor que da el vulgo á todo lo que tiene cierto aire de misterio, y por consiguiente comprenderán nuestros lectores lo bien que se presta devoción tan fácil como es echar unos cuantos alfileres por una rejilla, á suposiciones gratuitas, y mucho mas si se sostiene por los que están interesados en la misma, y se viste de vez en cuando con sucedidos y anécdotas tan á propósito para admirar á la gente sencilla. Sea de ello lo que se quiera, es lo cierto que existe esta devoción; que desde tiempo inmemorial se ofrecen á la santa efigie gran cantidad de alfileres, cuyo número cada dia asciende á un guarismo prodigioso; y justo es que los aficionados é instruidos en nuestras antigüedades espongian el origen de tan piadosa cuanto extraña práctica.

DIEGO MONTAUT Y DUTRIZ.

(1) Se tiene entre nosotros una costumbre, antigua pero impía, de que las hermanas no participen, con sus hermanos, de la tierra paterna.



Galeon de la Armada Invencible.

LA ARMADA INVENCIBLE DE FELIPE II.

El año que siguió á la ejecucion de María Estuardo, ocurrió el acontecimiento mas grande, mas inesperado y mas fértil en consecuencias, tan dichosas para Elisabeth y para su reino la Inglaterra, como lamentables para la nacion española.

Por una larga série de provocaciones, de injurias y de agresiones excitó la cólera del rey de España Felipe II. Desde que las Provincias Unidas de Flandes se habian sublevado, la Inglaterra habia prestado constantemente su apoyo. Las enormes cantidades de dinero que los españoles sacaban del Nuevo-Mundo eran uno de los principales manantiales del poder de Felipe II; los corsarios ingleses comenzaron á atacar á las flotas españolas, y á interceptar la llegada de los galeones. El célebre almirante inglés Drake vino á incendiar una division de la escuadra española en el puerto mismo de Cádiz; y fué el primero que llevó á las colonias españolas de la América los estragos y la desolacion.

Felipe II, habiendo resuelto invadir á Inglaterra para vengarse de estos insultos, hizo construir y armar la mas formidable escuadra que hasta entonces se habia visto en el Océano. Esta flota, denominada antes de tiempo la *Armada Invencible*, se componia de 152 buques de mas alto bordo que todos los vistos hasta entonces; estaba armada de numerosa artilleria, llevaba 20,000 hombres de desembarco, debia tomar además un número superior de soldados aguerridos que se hallaban en Flandes á las órdenes de Alejandro Farnesio; y 12,000 franceses, acampados en las costas de la Normandía, esperaban la señal para pasar el estrecho de Calés.

El día 1.º de junio de 1588, la *Armada* salió del puerto de Lisboa. Elisabeth la vió sin temor acercarse, aunque sus medios de resistencia eran bien inferiores á los del ataque; puesto que no tenia ni 15,000 marineros. La ciudad de Londres armó á sus espensas 38 naves, que la mayor media 300 toneladas; la Reina tripuló 34, una sola de las cuales, el *Triumph* tenia 44 cañones, y el resto de la escuadra subia solo á 42 barcos de bajo bordo, incapaces de resistir el choque de las grandes naos españolas. Pero la habilidad de los primeros marineros de Europa, Drake, Hawkins, y Frobisher; y sobre todo un auxiliar con que los ingleses no habian contado, las tempestades, dispersaron y anonadaron aquella gigantesca expedicion, de la cual se salvaron á lo sumo 46 barcos que con gran trabajo volvieron á las costas de España.

Apenas habia doblado el cabo de Finisterre, cuando se levantó una tempestad, como funesto presagio del triste fin que á la escuadra estaba reservado en los altos y secretos juicios de la Providencia. Refugióse en los puertos de Asturias, Montañas de Burgos, y Vizcaya, en los cuales se reparó. Volvió á hacerse á la mar, y al llegar á las costas de Holanda fué asaltada por otros huracanes. Las naves, dispersadas por las borrascas y no teniendo ni un puerto amigo en que refugiarse, fueron atacadas por las escuadras de Inglaterra y de Holanda, que, como compuestas de bajeles mas finos y veleros, combatian con grandes ventajas. Para evitar una total destruccion, la *Armada Invencible* tuvo que penetrar hasta el Mar del Norte y doblar la extremidad septentrional de la Escocia. Los restos que de tan inmensa expedicion marítima volvieron, á los puertos de nuestra Península, llegaron en el estado mas lastimoso. Toda España se puso en consternacion al saber tan tremendo desastre; pero el rey Felipe II manifestó en aquella circunstancia, como en otras, su carácter impasible, respondiendo á los que deploraban la desgraciada pérdida de las poderosas naos: — *Yo las habia enviado á combatir con los ingleses, no con las tempestades.*

Elisabeth, enorgullecida con esta victoria, hizo asolar las costas de Galicia con una escuadra de 70 velas. — Siete años despues, en 1596, los ingleses vinieron á atacar á Cádiz, destruyeron la flota española, se apoderaron de la ciudad, y volvieron á Inglaterra despues de haber hecho un inmenso botin.

Se han comparado á los triunfos de los romanos las fiestas con que en Londres se celebró el suceso de la *Armada Invencible*, y se ha citado la medalla acuñada en esta ocasion con la leyenda *dux femina facti*. Si la Reina pareció olvidar entonces lo que debia á la fortuna, ó (para hablar mas exactamente) á la Providencia, el dean de San Pablo de Londres se atrevió á recordárselo en un sermón predicado ante ella, y en el que él habia tomado por texto el versículo del salmo 126: *Nisi Dominus custodierit civitatem*. Elisabeth comprendió la alusion, y aprovechó la leccion haciendo batir otra medalla representando unas naves que habia hecho zozobrar la tempestad, con la inscripcion: *Afflavit Deus et dissipantur*.

Las naves cuyo dibujo acompaña al presente artículo, están copiadas de las que se representan en estas medallas.

Tamaño triunfo colmó la prosperidad de Elisabeth, y redobló la fuerza de su despotismo. El parlamento votó subsidios extraordinarios; la Nacion no soñaba mas que expediciones con-

tra España; la Reina misma perseguía á Felipe II hasta en el corazón de la Francia dando á su rey Enrique IV socorros de hombres y de dinero. La abjuración de este último príncipe pareció afligirla mucho; pero no la hizo separarse de su alianza. En esta época le escribió la siguiente carta notable por el pensamiento, y por la precisión del estilo: — «Me ofreceis vuestra amistad como á vuestra hermana; sé que la he merecido y ciertamente á gran precio; yo no me arrepentiría si no hubieseis cambiado de padre. No puedo ser ya vuestra hermana de padre, porque amaré siempre mas profundamente al que me es propio que al que os ha adoptado.»

Por último la muerte de Felipe II libertó á Inglaterra de su mas peligroso enemigo.

El implacable odio de Drake contra los españoles le habia valido la confianza de Elisabeth é inmensas riquezas. Sus enemigos le trataban de pirata; pero la Reina para imponerles silencio fué á Deptford en el Támesis, en donde estaba surto el barco de Drake, comió á bordo de él, é hizo caballero al súbdito cuya gloria contribuía á la suya.

Drake nació en Trivstock en el Devonshire, en 1543. Un patron de barca le enseñó los elementos de un arte que él debia ejercer despues como almirante de Inglaterra. En 1589 Drake mandó la flota encargada de restablecer á Don Antonio en el trono de Portugal; pero el proyecto no se cumplió por no entenderse Drake con las tropas de tierra. Por último en el año de 1595 Drake y Sir John Hawkins propusieron á su Reina una expedición cuyo éxito debia eclipsar á todos los precedentes; pero reveses imprevistos burlaron sus esperanzas, y Drake murió de dolor y sentimiento. Este grande hombre era el idolo de los marinos y hacia de su haber el mas noble uso: consagró una parte de él á la construcción de un acueducto de 20 millas en la ciudad de Plymouth, cuya construcción duró 10 años; y cuando, al cabo de estos, vió Drake correr el agua por delante de su puerta se alegró tanto, que, segun cuentan, empapó en ella su capa de grana.

En el siglo XVI las naves tenian aun una dimension muy pequeña; cuando Drake dió la vuelta al rededor del globo, que antes de él solo habia dado Magallanes, montaba un barco de solo 100 toneladas, y era el mayor de toda su flota.



Galera de la Armada Invencible.

AMPARO.

(MEMORIAS DE UN LOCO.)

(Continuacion.)

Mi indisposicion habia sido un accidente pasajero. Muy pronto, á consecuencia de los auxilios que se me prodigaron, volví al uso de mis facultades.

Me encontré en la trastienda de una barbería. Una buena mujer me aplicaba á las narices un paño mojado con vinagre.

Su marido, lanceta en mano, estaba á punto de sangrarme.

Impedí que lo hiciese, y les rogué que me procurasen un carruaje.

Aquella buena gente me sirvió de la manera mas solícita y se negó de todo punto á recibir la gratificación que yo les ofrecia.

Es un bello rasgo exclusivo de los españoles el negarse á recibir una recompensa cuando creen que han debido hacer lo que han hecho, y este hecho se refiere á la caridad.

Es una bella manera de igualar al pobre con el rico.

En esos casos la palabra *gracias* del fuerte, vale tanto como el *Dios se lo pague* del desvalido.

Esto suponiendo que el rico que da las *gracias* tiene corazón.

Yo adoro la caridad: los hombres que tienen caridad son mis hermanos.

Débil, con la cabeza llena de una vaguedad febril, con el corazón fuertemente agitado, fui conducido á mi casa, donde hube de meterme en cama.

El efecto que habia causado en mí la resolución suprema de Amparo, mi terror por perderla, mi ansiedad, mi duda acerca de recobrarla, me decían claro que Amparo habia llegado á constituirse para mí en ese ser que es la mitad de nuestra existencia.

Sentia en el corazón un vacío doloroso: una hambre aguda, permitaseme esta frase, vacío que solo ella podia llenar, hambre que solo ella podia extinguir.

Nunca mi voluntad luchó tan poderosamente contra una dificultad que casi tenia para mí el carácter de un imposible.

Amparo huía del mundo y se encerraba con la desesperación de su misterioso amor en un convento.

Yo me desesperaba: yo tenia celos de un fantasma: yo aborrecia al hombre que Amparo amaba.

Ninguna solución me venia al pensamiento bastante á consolarme, ya que no á curarme de mi desesperación.

Yo, como todos los desesperados, como todos los vencidos, me hubiera creído feliz con muy poco: con vivir á su lado como su hermano.

Este tímido deseo me inspiró un pensamiento, y la inspiración de este pensamiento llevó mi mano al cordón de la campanilla, del que tiré fuertemente.

— Vaya V. mismo al instante, dije á mi ayuda de cámara, á la calle tal, tal número, tal cuarto; diga V. al padre Ambrosio que deseo verle al momento, que estoy enfermo, que le espero con impaciencia; lleve V. un carruaje, y traigase V. al padre Ambrosio.

Media hora despues el exclaustro entraba en mi alcoba.

Acercóse á mí con la mas viva solicitud.

— ¡Oh Dios mio! dijo, comprendiéndolo todo: ¿con que tanto la ama V.?

— Amparo me ha convertido en un niño, le respondí.

— ¡Qué feliz hubiera sido amándole á V.!

— No pensemos en eso. Le he llamado á V. no para hablarle de mi amor, sino para pedirle que me ayude, que me auxilie.

— ¿Y en qué? ¿Cómo?

— Yo comprendo que Amparo ha entrado en el convento desesperada.

— Es verdad: Amparo que nada espera en el mundo, se ha arrojado sollozando en los brazos de Dios.

— Pero Dios está en todas partes.

— Indudablemente.

— Por ejemplo: en mi casa puede encontrar á Dios como en el convento.

— Y ¿de qué modo puede estar Amparo en su casa de V. si no como su esposa?

— Cabalmente: eso es: quiero casarme con ella.

Volvió á ponerse pálido el padre Ambrosio como cuando le dije que la amaba.

— Si V. pide á Amparo su mano, me dijo gravemente, se casará con V.: si V. la abre sus brazos, se arrojara en ellos....; pero ¿olvida V. que ella ama?.... ¿Que ella al ser de V. apu-

rá un sacrificio mortal? ¿No ha comprendido V. á Amparo?

— Sí; y del mismo modo que la comprendo á ella, quisiera que V. me comprendiese.

— Comprendo que la ama V., que la desea, que quiere casarse con ella.

— Quiero darla únicamente mi nombre, y con mi nombre mi posición; quiero arrancarla de la exageración del claustro: si desea soledad, en mi casa la tendrá: independiente de mí su habitación, si lo desea, será una especie de celda: si acepta mi brazo, si me presta el suyo, nos apoyaremos el uno en el otro; seremos hermanos. Su virtud estará á cubierto de toda murmuración, sin que ella se vea reducida á un encarcelamiento eterno, á prácticas fatigosas, á rivalidades y á pasiones de mujeres irritadas por el secuestro, desnaturalizadas, convertidas en un ser de distinta especie por el aislamiento. Amparo tiene el corazón demasiado grande para que no sufra comprimido por los caprichos monjunos y por las mil penalidades sordas y continuas del claustro: en una palabra, Amparo se ha arrojado en una tumba, y es necesario sacarla de ella antes de que la tierra de esa tumba la cubra y la sofoque. Es necesario que Amparo sea mi hermana, y que viva á mi lado bajo el pretexto de que es mi mujer.

— ¿Y está V. seguro de que un día no se irritará su amor y abusará en su posición? ¿Sabe V. el inmenso sacrificio que será para Amparo pertenecer á un hombre á quien no ama?

— Era necesario para que llegase ese caso que yo dejara de amarla y que además abdicase de mi corazón y de mi orgullo.

— ¿Con que decididamente quiere V. casarse con ella?

— Sí.

— ¿Y con qué pretexto la haremos la proposición?

— Con ninguno. V. la dirá únicamente la verdad.

— ¡La verdad! ¡La diré que V. la ama!

— No; eso no sería la verdad. El amor que como mujer me inspira no es la causa de nuestro matrimonio. La causa de nuestro matrimonio es su aislamiento. Yo no me había de casar nunca; necesito por otra parte á mi lado un afecto dulce, tranquilo. Hágala V. comprender que me caso con ella.... por la misma razón por que la arranqué de su miseria.

— ¡Por caridad!

— No, no nombremos la palabra caridad: me caso por afecto.... por interés.... porque la amo como si fuese mi hermana.... quitemos á la verdad lo que pueda tener de humillante.... ya sabe V. que las habemos con un corazón altivo.

— Bien; la hablaré; pero desconfío: por lo mismo y como esta comisión es harto delicada, quiero que V. esté presente.

— ¡Yo!.... de ningún modo.

— Hay un medio: en el locutorio puede V. estar á un lado de la reja, sin que ella le vea.

— Eso es repugnante.

— Necesito que V. asista á esta grave conversación.... comprendame V., y disculpe como debe mi franqueza.

— Pero yo confío ciegamente en V.

— Y yo desconfío del buen éxito de mi mensaje. Por lo mismo quiero que V. asista á mi lado.

— ¿Y si yo resistiese?

— Resistiría yo.

— Pues bien: iremos.

.....

Dos días después estábamos en uno de los locutorios del convento de.... el padre Ambrosio y yo.

Colocado junto á la pared en que estaba la reja del locutorio, Amparo no podía verme.

El padre Ambrosio estaba sentado en un sillón delante de la reja, cabizbajo y profundamente pensativo.

Yo detrás de él á poca distancia, escuchaba con toda el alma en los oídos.

Oyóse abrir una puerta, y luego un paso reposado de mujer, el crujir de un vestido y luego el gruñido cariñoso é impaciente de un perro.

— ¡Ah! ¿Es V.? dijo Amparo.

— Sí, yo soy, hija mía, que vengo á sacarte del convento.

— Y ¿cómo? ¿Por qué? ¿Para qué?

— Tu protector conoce, como conozco yo, que no tienes vocación al claustro.

— Eso importa poco, porque tengo menos vocación al mundo.

— Tu protector comprende que has entrado aquí desesperada.

— No lo niego.

— Quiere que tu suerte sea menos triste.

— Eso depende de Dios.

— Pero Dios se vale de los hombres.

Guardó Amparo silencio durante un momento. Mustafá seguía avalanzándose á la reja y gruñendo.

— Yo no podía permanecer en la difícil posición en que me encontraba, dijo al fin ella: me veía expuesta á atrevimientos de todo género. No podía tener á mi lado mas que personas extrañas.... y luego.... en fin.... si el claustro es una tumba.... es lo que me conviene.... sufriré, concentraré mi dolor hasta que el dolor me mate.... le sufriré resignadamente y Dios me perdonará. Yo no puedo vivir como vivía, padre Ambrosio.... no.... no.... era un tormento para mí.... Dígame V. que yo le agradezco con toda mi alma el interés que por mí se toma. Que mi felicidad depende de un milagro de Dios, y que.... dentro de poco ese milagro será imposible.

— Amparo, repuso con autoridad y con firmeza el exclaustrado: las exageraciones jamás producen buenos resultados. Empiezas á vivir....

— Yo creo que ya he vivido toda mi vida.

— Sea como tú quieras; pero estamos perdiendo el tiempo. Tengo que hacerte una grave proposición.

— ¿De su parte?

— De su parte.

— ¿Y cuál?

— Te pide formalmente tu mano.

Sucedió uno de esos solemnes silencios que se hacen oír; uno de esos silencios cuya duración no se puede contar: uno de esos silencios que son mas elocuentes que todas cuantas palabras pudieran imaginarse para reemplazarlos.

Luego Amparo dijo con la voz trémula, como aterrada, con acento incomprensible:

— ¿Lo manda él?

— El desea que tú.... vivas mejor.... que.... en fin....

— No, no quiero explicaciones de ningún género, repuso con una precipitación entrecortada Amparo.... comprendo.... lo comprendo todo. ¿Lo manda él?

— El lo quiere.... porque....

— No, ni una palabra mas, padre Ambrosio: dígame V. que si él quiere.... yo también quiero....; pero pronto.... pronto por Dios.... que yo pare al fin donde Dios quiera que vaya á parar.

Y entonces no pudo contenerse y rompió á llorar, luego se oyó un paso precipitado, y la puerta que se cerraba.

— Ve a V. su obra, me dijo con desesperación y aun con ira el padre Ambrosio. Hemos desgarrado el corazón de esa pobre Amparo.

— No importa, le dije saliendo con él del locutorio. El tiempo la demostrará mis intenciones, y cuando las conozca recobrará la paz.

Y salimos del convento.

Aquel mismo día escribí á mi tío una carta que solo contenía estas breves palabras.

«Me caso con una mujer digna de mí, y espero que, saliendo por un momento de su retiro, venga V. á presenciar nuestra unión.»

Aquel mismo día también puse en movimiento mi casa.

Invadíronla tapiceros, renové el mueblaje, aumenté mis trenes y mi servidumbre, y preparé la servidumbre particular de Amparo.

En cuanto á las habitaciones de esta, no perdoné gasto ni cuidado y quedé satisfecho.

El dormitorio, el tocador, el cuarto de labor y el gabinete de Amparo eran sumamente bellos y ricos, en medio de una gran sencillez.

Solo se esperaba para efectuar el casamiento la llegada de mi tío.

Pero en vez de él llegó á vueltas de correo la lacónica carta siguiente:

«Cuando tú te casas, tu esposa debe ser un prodigio. Me alegro de tu resolución, porque el matrimonio te dará una vida nueva. *Quiera Dios que seas mas feliz que yo lo he sido.* Ofrece á tu para mí incógnita consorte todo el cariño que la corresponde por mi parte como cosa tuya, y si te pareciere bien, daos ella y tú por convidados á estas orillas en el estío próximo.»

Yo conocía á mi tío y sabía que no había de venir.

Así, pues, la tarde del mismo día en que recibí esta carta, el padre Ambrosio fué por Amparo al convento.

Se me presentó ricamente vestida de blanco, coronada de rosas blancas y mas pálida que las rosas de su corona.

Al darme la mano al pié de la escalera la sentí estremecerse; pero aquel estremecimiento pasó, y continuó serena hablando conmigo con suma naturalidad de cosas indiferentes.

La ceremonia fué muy triste: el padre Ambrosio nos dió la bendición, mi administrador general y mi mayordomo fueron nuestros testigos.

Nadie mas asistió.

Después de esto, Amparo quedó sola conmigo.

Yo estaba sobrecoigido.

No sabía hasta qué punto era grave el paso que acababa de dar.

Y la gravedad de este paso no me asustaba por mí; me asustaba por ella.

Al preguntarla el padre Ambrosio si quería ser mi esposa, un estremecimiento profundo agitó su mano, la sentí fria y pronunció un *si* apenas articulado.

(Continuará.)

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

EL ULTIMO BENI-OMEYA.

LEYENDA MORISCA,

POR DON VENTURA GARCIA ESCOBAR.

CALATAÑAZOR.

Allá entre las breñas de rústicos montes,
Velada entre bosques de oscuro verdor,
Perdida en las nieblas de sus horizontes,
Cual nido en las rocas que cuelga el azor,

Descuella una pobre, decrepita villa,
De negras murallas con ancho listón,
Y en ellas soberbio de Dios y Castilla
Clavado en la almena tremola el pendón.

Inmenso castillo de bárbara traza,
De un cerro en la punta, domina al confin,
Cual torvo gigante de pétrea coraza
Que guarda la herencia de Nuño y Lain.

Le sirven de planta titánicos riscos;
Inmensos abismos circundan su pié,
Do siempre miraron los tercios moriscos
Con rabia estrellarse su bárbara fé.

¡Venid!..... es de noche. La trocha molesta
Del cerro emprendamos, do asienta el lugar:

¡Así!.... ya ganamos la rústica cresta,
Y en pos del castillo el alto almenar.

Posad..... y esperemos. ¿No veis entre tanto
Antorchas errantes al léjos vagar,

Y hogueras que tiñen de púrpura en manto
La sombra pesada del vasto pinar?

No oís por los campos errantes sonidos,
Rumores variados de crudo dison,
Que traen en períodos los vientos perdidos
Y absorben los ecos del roto peñón?

Y aquí á nuestra planta, ¿no oís en los muros
Metálicos pasos que vienen y van,
Y en sus callejones, cruzándose, oscuros,
Las gentes del pueblo con tétrico afán?

Del sueño en las horas, ¿por qué el pueblo vela,
Por qué armas y pasos resuenan aquí?
¡Oh! ya en los collados la aurora riela.....
Y el sol su frente orla, cual ígneo rubí.

¡Tended ya los ojos!..... por esos oteros
Sus alas de hierro mirad extender
A huestes inmensas de audaces guerreros
Que un reto aceptaron poder á poder.

La luz reverbera en lanzas y almetes
Cual chispa que surge de fuego en un mar;
Y mecen al aura los ricos ginetes,
Penachos y flamas de arnés militar.

¡Allí está Castilla!..... Sus tercios potentes
De adusto talante y audaz corazón,
Murallas de acero figuran vivientes,
O eléctrico río de inquieto aluvion.

El Conde Don Sancho, que ufano cabalga
Un potro morcillo de arábigo ser,
Sus líneas recorre con cáfila hidalga.....
Y vítores altos resuenan do quier.

Navarra á la diestra con sus montañeses
Que al yugo no dieron jamás la cerviz,
Y allá, en sus breñales con rústicas reses
Aprenden invictos á ser en la lid.

Su rey no les rige: mas brilla en sus huestes
La insigne bandera del férreo eslabón;
Y agitan sus lanzas con bríos agrestes,
Y entonan terribles sangrienta canción.

En medio del llano las recias mesnadas
De Alfonso, el Monarca, mirad, Leonés;
Allí las banderas se adunan moradas
De Ordoño y Pelayo al rojo pavés.

¡Su causa es sublime!..... Justicia y venganza
Respiran los pechos al par de su Rey,
Escritas llevando con sangre en sus lanzas
La trágica ofensa de Dios y la ley.

Y ardiente la patria demándale fuerte
Del cerco de antaño tremenda expiación;
Y todos juraron á vida y á muerte
Con sangre la sangre lavar de Leon.

¡Quizá sea un sueño!..... De inmensa morisma
Enfrente contemplan el bélico aduar,
Cual luces que brota fantástico un prisma,
Cual gotas que cierne colérico el mar.

Y en móviles líneas se agitan y tienden
Cual sierpes inquietas de mórbida piel;
Metálicos brillos los ámbitos hienden,
Al son de las trompas relincha el corcel.

Nevados turbantes con áureas garzotas,
Y tocas de Tunez, color carmesí,
Bordados caftanes y ricas marlotas,
De cándidos linos y seda turquí.

Y al viento tendidos se ven tafetanes,
Que esmaltan las lunas del hijo de Agar,
Y corbas cuchillas, también yataganas,
Con piedras cuajados del rico Senaar.

Con vivos cambiantes en sus capellares
Se mezclan las tintas del gayo alquicel,
Vistosos luciendo de Alepo almalazares,
De Elvira, la regia, bizarro el Gommel.

Los brutos del Betis, del sol y del viento
Engendros ardientes, agitan su crin,
Y ostentan ufanos gentil paramento,
Y al eco piafan del rudo clarín.

Allí están los hijos de Zara y de Libia,
Del Cairo y Damasco los hijos allí,
Que beben del Nilo la sacra onda tibia,
Y moran las tiendas errantes de Ali. —

También del desierto las ordas sedientas,
Del Líbano y Atlas el fiero pastor,
Pintadas las pieles con manchas sangrientas,
Y el rostro curtido de oscuro color.

Inundan los llanos y ocultan los cerros,
Movibles montañas de hierro y carmin;
Y en ellos se aprestan los réprobos perros,
Del dogma de Cristo al trágico fin.

Y el campo una alfombra de lejos parece
Con orlas inmensas de plata y azul,
Do un bosque de plata pausado se mece
Cual nao en las aguas, que dora Stambul.

Y un golfo con ondas de llama semeja,
Un cielo sembrado con trozos de sol;
Verjel encantado, que móvil refleja
Colores sin cuento de alegre arrebol.

¡Que rudo contrastel...! Al frente de tanta
Profusa opulencia del torpe Muzlim,
Que roba los ojos y el ánimo encanta,
Cual suele de Armida soñado el jardín;

Cubiertos de mallás y de áridos cueros
Caballo y ginete, pechero y señor,
Sombrio el talante, sencillos y austeros,
Cual pobres, muy ricos en honra y valor;

De Oviedo y de Burgos, de Portu y Navarra
Los buenos vasallos esperan la lid...
¡Ya el bronce iracundo los aires desgarral...!
¡Ya el grito de guerra retumba del Cid!...

Y al punto atabales y en pos añadiles
Atruenan los riscos con nota mortal;
Y rugen las trompas con sonos viriles
Y exhala de muerte la voz el timbal!...

De lumbre un torrente eclipsa la aurora,
Y súbito al campo convierte en volcán;
Un trueno retumba que al viento devora,
La tierra estremece de nuevo un titán.

Las haces cristianas se lanzan al moro
De «ESPAÑA Y SANTIAGO» al grito común;
Y el árabe, alzando las lunas de oro,
Parece una tumba del negro Simun.

«¡ESPAÑA Y SANTIAGO!» repiten los ecos,
Que suben ardientes al trono de Dios,
Y gritan los siervos de Gaza y Marruecos
«¡Allah y Mahoma!...! ¡No hay dos cual los dos!

Y corren y chocan, y lidian y hieren
Llevados en alas de insano huracán;
Cual héroes se inmolan, cual mártires mueren;
Piedad no la piden, perdón no le dan.

Así el viento suele luchar con la tierra;
¡Así el océano con la tempestad!
Del cielo y del ángel rebelde la guerra
Renuévase horrenda quiza en esta edad?

¡Mas nada ya vemos!... densísimo empaña
De polvo el ambiente revuelto turbion;
Y en sus vagos senos heroicas hazañas
Envuelve y oculta de tanto campeón.

Y vela del día la diáfana lumbre
Con nubes flotantes de espeso cendal,
Y montes dibujan de efímera cumbre,
Y al viento se entregan en rauda espiral.

En lo hondo, y sombrío del antro ferviente
Fugaces metéoros irradian no mas,

Si el viento, rompiendo la nube insolente,
Da paso á los ojos un punto quizás.

Mas se oyen acerbos crugir los metales,
Las armas chocarse con tráfago atroz,
Coléricos gritos, quejidos letales,
En fin de la guerra la bárbara voz.

¿De quien será el día?... Los rojos laureles
Que sienes altivas habrán de ceñir?
¿De Córdoba acaso los mil capiteles?
¿Podrá otra victoria cantar el Emir?...

¡Ay! ¡Triste la España! ¡De Muza y Rodrigo
Los lúgubres días volvieren con el!
Mas no, ¡por Santiago! ¡mis bravos! ¿qué digo?...
Su santo sepulcro tendrá otro laurel.

Ya el sol en la tumba de frios cristales
Candente sumerge la plácida faz;
La noche sacude sus alas glaciales,
Y dura la lidia crudísima azaz.

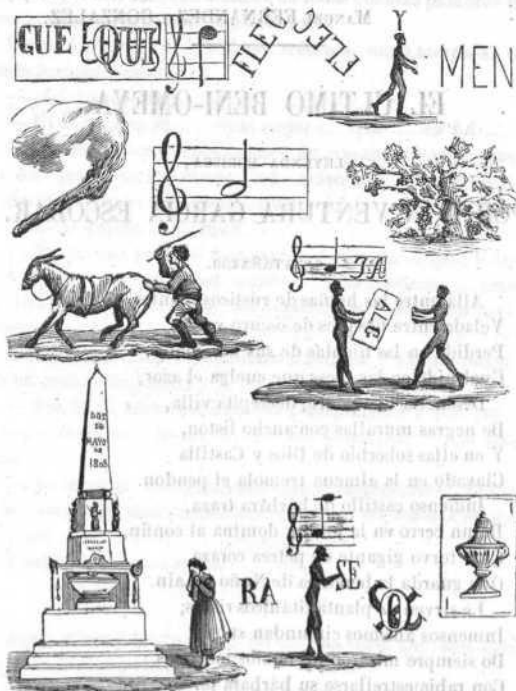
¡Las sombras descienden de la alta montaña,
Se oculta el espacio de intenso capuz;
Los hierros alzados con hórrida saña,
Caer no pudieron! Ha muerto la luz.

Y á poco se extinguen los trágicos ruidos,
Y luego se apaga postrero un rumor;
Los campos parecen en sombras perdidos
Sepulcros que velan la fé y el dolor.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

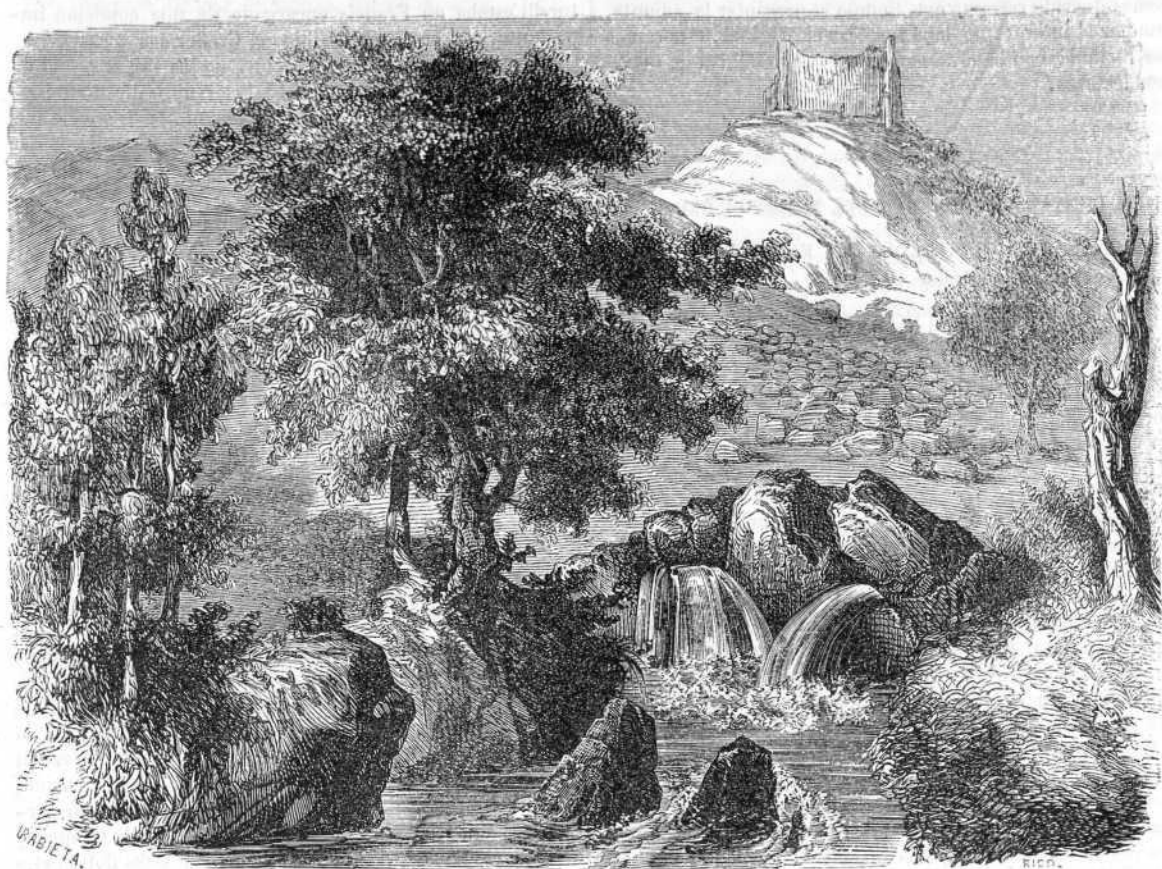
*A estudiante enamorado
Los libros le dan enfado.*

Geroglífico.



Director y propietario D. MANUEL DE ASSAS.

Madrid. — Imprenta de la VIEDA DE PALACIOS.



EL NACIMIENTO DEL EBRO.

El río Ebro, célebre, entre otras cosas, por haber dado (según el dictamen de muchos historiadores antiguos y modernos) el nombre de *Iberia* á la España, nace en el lugar de *Fontibre* ó *Fontible*, cuyo nombre se deriva del latino *Fons Iberi*, que significa *Fuente del Ebro*.

Según leemos en un tratado geográfico, está situado su origen entre los 12 y 13 grados de longitud oriental de Tenerife, y á los 43 de latitud Norte; hacia el centro, y en el punto al parecer menos elevado de la larga cadena de los Pirineos, que corriendo desde Francia al Oeste va á perderse en el mar de Galicia. Dista sobre poco mas ó menos una legua al Occidente, de la villa de Reinosa que es, después de la capital, la primera población de la provincia de Santander, por el número de sus vecinos y por la riqueza de sus comerciantes, dedicados principalmente al tráfico de cereales y de harinas.

Varios son los manantiales, que reunidos en un reducido espacio, dan desde luego al río un caudal tan considerable que sobre el mismo nacimiento podría flotar un barco de cubierta, y que las dos orillas están allí mismo á distancia de algunas varas. Unas fuentes brotan sobre la superficie del río; pero las mas abundantes, dicen los del país, ser las que están en el fondo del agua. A tan pequeña distancia, que nos pareció ser la de un quilómetro, hay una gran fábrica de harinas, cuyas máquinas se mueven con las aguas del río, apenas aumentadas con las de algunos arroyos.

En la vista que encabeza este artículo, copiado del natural por el autor de las presentes líneas, se halla en primer término el punto en que nace el río, viéndose en la parte mas cercana al espectador, el agua que cubre las fuentes mas abundantes y un poco mas hacia el fondo las otras

fuentes. En último término descuellan sobre una altura los paredones, casi totalmente destruidos, de una antigua torre solariega del apellido *Mantilla*, cuyas piedras han ido rodando desde lo alto hacia el río, y han formado como un depósito que hemos copiado en nuestro dibujo. Los árboles y demas accesorios del cuadro pueden dar una idea, aunque débil, de lo pintoresco del paisaje.

La altura en que se ve la torre de los Mantillas es la divisoria de las aguas que van, las del lado del Mediodía, que es el copiado en el grabado, al mar Mediterráneo en donde entra el Ebro por el puerto de los Alfaques cerca de Tortosa; las que brotan al lado del Norte marchan á aumentar las del Océano Cantábrico en numerosos ríos de corta extensión y de no grande caudal.

Cerca del origen del Ebro nacen los primeros afluentes del Pisuerga, que desemboca en el Duero mas abajo de Valladolid; yendo por consecuencia sus aguas al Océano Atlántico. Como todas estas corrientes siguen direcciones tan diversas, los geógrafos habían creído que existían allí grandes montañas y así lo figuraban en los mapas, hasta que habiendo en tiempo de Carlos III mandado el ministerio del Conde de Floridablanca, á ingenieros hábiles, hacer los estudios del Canal de Castilla, estos, examinando cuidadosa y diligentemente aquellas montañas imaginarias, hallaron precisamente en el sitio en que creían estar su supuesta mole, una pequeña diferencia de nivel.

La primera población notable, que en su tortuoso curso baña el Ebro, es la ya citada de Reinosa, que está en el camino real que de Valladolid va por Palencia á Santander.

Aunque muchos curiosos viajeros han visitado el nacimiento del Ebro, no sabemos que hasta ahora se haya pu-

blicado de él ni una ligera vista; motivo por el cual no hemos querido retrasar mas tiempo el presentar la adjunta, que por el interes que debe inspirar el original, esperamos sea recibida con benevolencia por la generalidad de nuestros lectores.

MANUEL DE ASSAS.

FIESTAS DE LA ORDEN DEL TOISON DE ORO. CELEBRADAS EN BARCELONA EN EL AÑO DE 1519.

La Orden del Toison de Oro, creada en Brujas en el año de 1429 por Felipe el Bueno, era una de las Ordenes de caballería mas ilustres y señaladas de Europa (1). Carlos I, Rey de Castilla, jefe soberano de la Orden como Duque de Borgoña, queriendo dar una elevada idea de su importancia y atraerse al propio tiempo el afecto y consideracion de la nobleza de los reinos de Castilla y Aragon, distribuyendo entre sus individuos algunos collares del Toison, convocó el capítulo de la Orden, para el 2 de marzo de 1519, en Barcelona á donde se dirigia con el objeto de hacerse jurar y reconocer por Conde.

El joven Príncipe llegó el día 14 de febrero del mismo año, á la capital de Cataluña en donde fué recibido con ostentoso aparato. Hubo con este motivo magníficas fiestas, alardes vistosos de guerra y torneos, que se suspendieron al recibir la nueva del fallecimiento del Emperador de Austria Maximiliano I, abuelo de D. Carlos.

Mucha gente había acudido á las fiestas reales, y no fue menos la que atrajeron las de una Orden de caballería tan insigne como la del Toison de Oro, que por primera vez iban á celebrarse en España. Varios Obispos y caballeros ilustres de estos reinos fueron invitados, dando con su asistencia mayor realce y ostentacion á las fiestas.

La primera reunion del capítulo fue el día 2 de marzo en el palacio del Arzobispo de Tarragona, en que se hospedaba el Rey. Solo asistieron á ella los caballeros Guillermo de Croy, señor de Chevres; D. Juan Manuel, señor de Cevico de la Torre; Juan, Marqués de Brandebourg; Lorenzo de Gorrevol Conde de Pont de Vaux; Felipe de Croy, Duque de Archot; Carlos de Lannoy, señor de Sencelles y Juan Conde de Egmont. De los grandes oficiales de la Orden (2) solo concurrieron el Tesorero, el Grefier y el Rey de

Armas llamado *Toison de Oro*. El Canciller Filiberto Naturelli estaba en Francia encargado de una comision importante, con cuyo motivo hizo el Grefier sus veces.

Abrióse el capítulo con la lectura de los registros del último celebrado en Bruselas á 13 de octubre de 1516; leyóse tambien una nota de las resoluciones del mismo que habian sido cumplidas, y una relacion de los caballeros que desde entónces habian fallecido, concluyéndose la junta con el exámen y reconocimiento de los poderes y cartas de los individuos de la Orden que no podian concurrir.

La sesion del segundo dia empezó con un discurso del Rey, en que manifestó que la eleccion de las diez plazas de las veinte con que se habia aumentado el número de los de la órden (3), que dejaron de proveerse en el capítulo de Bruselas, deseaba recayese en personas ilustres de sus reinos de Castilla y Aragon, para que de esta manera se estrechasen mas los lazos que ya unian á estos estados con los de Flandes, é indicó varios nombres que podian llenar con lustre de la Orden las diez vacantes mencionadas y las ocurridas desde el último capítulo. Los caballeros presentaron tambien listas de algunos individuos que por la nobleza de su sangre merecian igual honor. El Grefier, que como hemos visto ejercia tambien las funciones de Canciller, se dirigió á los caballeros preguntándoles si conocian á los que habian sido propuestos y si sabian alguna circunstancia de los mismos que les hiciese indignos de la honra de ser admitidos en la Orden. Habiendo contestado que no, se volvió á dirigir á los mismos y les dijo: «Esclarecidos señores, antes de proceder al nombramiento de los nuevos caballeros que vais á elegir, debeis jurar que por lo que á cada uno de vosotros toca, no os dejareis llevar ni de la nobleza por ilustre que sea, ni de la inclinacion, buena voluntad ni de otro afecto alguno, obligacion ó parcialidad, sino que nombrareis á los caballeros de nombre y armas y sin tacha que mas se aventajen en estas dotes (4).» Los individuos de la Orden se dirigieron hácia el solio é inclinándose reverentemente, prestaron el juramento indicado.

El jefe soberano les amonestó despues, declarasen cuales eran entre los propuestos los que creian mas dignos de ser admitidos en aquella amigable confraternidad y compañía. Los caballeros se fueron levantando por antigüedad y poniendo en una caja de oro que habia en la mesa frente al trono un papel enrollado con los nombres de los que cada uno deseaba fuesen elegidos. Despues que concluyeron los caballeros ejecutó lo mismo el Rey.

Hecha la votacion, el Grefier fué leyendo y sentando en un registro una por una todas las cédulas, y averiguado el número de votos que cada uno de los candidatos habia obtenido, declaró el rey electos y admitidos en la Orden á los individuos siguientes:

Cristerno II, Rey de Dinamarca y de Noruega.
Sigismundo I, Rey de Polonia.

(1) Los escritores que han tratado del origen de esta Orden de caballería no estan de acuerdo acerca de las causas que influyeron en su fundacion. Andres Favin en su *Teatro de Honor* dice, fue galanteria de Carlos el Bueno con cierta dama suya. Gregorio Leti, *Teatrum Belg.* atribuye la fundacion de la Orden á la política del mismo Duque, el cual trató por este medio, segun él, de dar impulso al comercio y á la industria, haciendo de la insignia de la Lana pendiese del cuello de los magnates, como un simbolo de honor y gloria. Otros creen que impulsó solo al fundador un motivo religioso. Porreño explica en nuestra opinion la verdadera causa en su *Historia ms. del Tusson*. «Casó, dice, el Duque Felipe en Brujas con Isabela, hija de don Juan, Rey de Portugal, primero de este nombre, y de la Reina doña Felipa de Lancaster, su mujer. El primero dia de sus reales bodas, esto es, á 10 de enero de 1429, en gracia de su esposa Isabela instituyó la dicha Orden para servicio y honra de Dios, y para mayor grandeza y magestad de su corte, á imitacion de muchos reyes y Príncipes cristianos que en aquellos tiempos daban divisas y órden de caballería á los mas valerosos caballeros, así naturales como extranjeros que se aventajaban en armas y hechos de caballería.»

(2) Los grandes oficiales de la Orden eran cuatro: el Canciller, Tesorero, Grefier y el Rey de Armas llamado *Toison de Oro*. Sus funciones eran las siguientes: El Canciller tenia en guarda los sellos de la Orden, refrendaba todos los despachos, trataba con el Rey de todos los asuntos de la Orden, y era el jefe de los otros tres oficiales.

El Tesorero tenia á su cargo la custodia de los mantos capitulares de la Orden, tónicas y gorras de los caballeros, las alhajas, dotacion, fondos y los libros de constituciones, y cuidaba del adorno de la iglesia en que se celebraba el capítulo.

El Grefier llevaba el asiento de los libros de la Orden, en que se regis-

traban las resoluciones y acuerdos de los capítulos, las acciones loables de los caballeros, y las dignas de correccion; y dirigia las cartas de convocacion para los capítulos y los avisos de la defuncion de los individuos de la misma.

El Toison de Oro, que segun queda dicho era el Rey de Armas, cuidaba como tal de la colocacion de los escudos en los capítulos segun la heráldica, llevaba mensajes y despachos á los caballeros de la Orden, é intervenia en las cuestiones de honor.

(3) El número de caballeros creado por el Duque Felipe el Bueno, era el de treinta y uno. Carlos V le aumentó hasta el de cincuenta y uno en el año 1516; pero dudando si esta alteracion era válida recurrió al Pontífice Leon X, el cual despachó Bula en 8 de Diciembre de 1516 confirmando dicho aumento.

(4) La eleccion de los caballeros, hecha por el capítulo de la órden, subsistió hasta el año de 1577 en que habiendo fallecido la mayor parte de sus individuos, obtuvo Felipe II Bula de Gregorio XIII para remplazarlos sin reunir el capítulo.

D. Fadrique Alvarez de Toledo, Duque de Alva.
 D. Diego Lopez Pacheco, Duque de Escalona.
 D. Diego Hurtado de Mendoza, Duque del Infantado.
 D. Íñigo Fernandez de Velasco, Duque de Frias, Condestable de Castilla.
 D. Alvaro de Zúñiga, Duque de Bejar.
 D. Antonio Manrique de Lara, Duque de Nájera.
 D. Fernando Folch de Cardona, Duque de Cardona.
 Pedro Antonio Sanseverino, Príncipe de Bisignano.
 Pedro Antonio, Duque de San Mayr.
 D. Fadrique Enriquez de Cabrera, Conde de Melgar, Almirante de Castilla.
 D. Alvaro Perez Osorio, Marqués de Astorga.
 D. Antonio Alfonso Pimentel, Conde de Benavente (1).
 Jacobo de Luzemburg, Conde de Gavre.
 Adriano de Croy, Señor de Beaurainy.
 Filiberto de Chalons, Príncipe de Orange.

Se acordó se diese aviso á los agraciados en la forma acostumbrada, y se levantó el capítulo. En la sesión del día 4 se presentaron los Duques de Alva, Frias, Bejar, Cardona, Conde de Melgar, Príncipe Bisignano y Jacobo de Luzemburg, dieron gracias por el distinguido honor que habían recibido, y manifestaron estaban dispuestos á observar cuanto tenia establecido la Orden y á cumplirlo exactamente. Prestaron los juramentos que marcan los estatutos, y el Rey les puso el collar diciéndoles: «La Orden del Toison de Oro os recibe en el número de sus miembros y en señal de ello quiera Dios, podais usar de él muchos años para mayor honra y gloria suya y exaltacion de su Iglesia, para mayor esplendor y lustre de esta nuestra Orden, y en particular para mayor aplauso y celebridad de vuestra esclarecida fama: en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amen.» A lo que contestaron «sea Dios servido de concedérmelo.» El decano de la Orden acompañó á los nuevos caballeros hasta el Trono, en donde el Rey les abrazó y dió el ósculo de paz; lo mismo hicieron los demás individuos del Toison.

Los Duques de Escalona y del Infantado se excusaron de presentarse por su avanzada edad; pero en atencion á que por sus cartas habian declarado querer aceptar su eleccion, se ordenó que las targetas y escudos de sus armas se colocasen en el coro de la iglesia, del mismo modo que si hubiesen recibido el collar.

El capítulo trató de varios asuntos de la Orden, y despues de leer el Grefier una relacion de las loables acciones ó defectos de los caballeros desde el último capítulo, se procedió al exámen de la vida y costumbres de cada uno de los caballeros y oficiales de la Orden, incluso el jefe soberano. No hemos podido averiguar si se halló que reprender en la conducta de los individuos presentes y ausentes, sometidos por los estatutos á esta formalidad (2).

El día 5 de marzo á las tres de la tarde todos los caballeros de la Orden, con sus trajes de terciopelo carmesí forrados de raso blanco, bordados los ribetes de oro con los eslabones y pedernales y la cruz de San Andrés, con gorras ó bonetes de terciopelo del mismo color, y el collar

pendiente del cuello, se presentaron en la cámara real precedidos del Grefier.

El traje de estos era igual al de los caballeros. El Toison de Oro vestia cota de armas como en otras ocasiones; y llevaba sobre sus hombros un collar grande de oro llamado *potencia*, compuesto de veinte y cinco eslabones y otros tantos pedernales, entre los cuales estaban engarzados cincuenta escudos con las armas de los caballeros de la Orden. Pendia de él una medalla con las armas reales, y de esta un pequeño tuson: en la mano llevaba una vara ó baston.

Salió la comision de palacio con el jefe de la Orden, que llevaba el mismo traje que los caballeros, montaron todos en caballos lujosamente enjaezados, dirigiéndose por el Regomir, casa de la ciudad y de la diputacion en el órden siguiente: La capilla real con cruz levantada, los capellanes con capas de brocado presididos por D. Juan de Tormo obispo de Vich: seguian varios trompeteros y músicos á caballo, dos maceros reales y un Rey de Armas en medio: un portero con la maza real y dos heraldos á los lados; el *Toison de Oro* en medio de algunos heraldos. Los oficiales de la Orden y los caballeros en dos filas, y el Rey detrás seguido de un crecido número de caballeros de la corte, grandes señores, heraldos y pajes, cerrando la marcha los archeros y alabarderos de la guardia española, flamenca y alemana.

Las campanas de las iglesias y conventos se tocaban á vuelo, al mismo tiempo que la artillería de la ciudad y la de algunos buques del puerto hacian salvas en celebridad de esta solemnidad. Las calles, balcones y plazuelas por donde pasaba la real comitiva estaban llenas de gente.

Al llegar á San Jaime salió á recibirla en procesion el clero de la catedral, con cruz y estandartes, incorporándose á la misma, entonando cánticos é himnos á la Virgen. Pasó por el palacio del Obispo y entró en la iglesia por la puerta principal. Los oficiales y caballeros de la Orden se dirigieron al coro, acompañados del clero, y los demás individuos al sitio que de antemano les estaba señalado.

El coro estaba colgado de terciopelo carmesí, la parte superior de todas las sillas pintada de oro y azul y encima los escudos de armas de todos los caballeros. Los que pertenecieron á los que habian fallecido desde el último capítulo estaban colocados sobre terciopelo negro. La silla en que se sentó el Rey estaba cubierta de raso de brocado, con dosel de lo mismo, y la destinada para colocar las armas del difunto Emperador Maximiliano, de terciopelo negro y lo mismo el dosel. El adorno de toda la iglesia correspondia al del coro.

La música de la capilla real dió principio á la ceremonia. Se cantaron completas con tanta solemnidad que se concluyeron bastante entrada la noche. La comitiva regresó á palacio en la misma forma, en donde dió el Rey una espléndida cena á los individuos de la Orden, oficiales y caballeros de la corte.

A las nueve de la mañana siguiente salió con el mismo órden la comitiva real encaminándose por la calle Ancha, Santa María del Mar, calle de Moncada, plazuela de la Lana, cárcel y palacio del Rey. A la puerta de la catedral esperaba el clero con el Obispo de Vich á su cabeza, se adelantó este y con un bispo de plata dió agua bendita al Rey.

Colocados el jefe de la Orden y los caballeros en el coro, y las personas convidadas en sus sitios, se dió principio á la misa mayor que ofició el ya mencionado Obispo de Vich y se cantó con acompañamiento de la música de la capilla real. Despues del evangelio el prelado que oficiaba, precedido del Rey de Armas, varios heraldos, y acompañado de algunos Obispos, llevó á besar el misal al jefe soberano.

Al ofertorio el *Toison de Oro* se adelantó hacia el Trono, hizo tres reverencias al Rey y le dijo en voz alta: «Muy alto, muy excelente y muy poderoso Príncipe, Rey de Castilla etc.

(1) Sandobal, *Historia de Carlos V.* lib. III, párrafo XXXII, refiere que el Conde de Benavente no quiso la divisa del Toison, diciendo que el era muy castellano, y que no se honraba con blasones extranjeros, pues los habia tan buenos en el reino y á su estimacion mejores. Chiffleio y otros escritores han desmentido este aserto manifestando que si el Conde no aceptó fué porque era caballero profeso de la Orden de Santiago, y como tal gozaba la encomienda de Castro-Torafe, la que debia renunciar aceptando.—El conde de Benavente estaba á la sazón en Barcelona.

(2) Uno de los electos en este capítulo, el Duque de Cardona, fue algunos años despues suspenso en sus funciones de caballero, y por sentencia de la Orden se le impuso la pena de pasar en peregrinacion á Nuestra Señora de Monserrat, y dejar en su templo una lámpara de plata, por haber jugado el collar del Toison. Véase Pinedo, *Historia de la Orden*, tom. II, pag. 356.

Jefe soberano de la Orden del Toison de oro venid á la ofrenda.» El Rey se levantó y lo mismo hicieron los caballeros, poniéndose en dos filas, y se dirigieron al altar precedidos de los grandes oficiales y de varios heraldos. Don Carlos ofreció cuatro ducados de oro y se volvió al trono con el mismo acompañamiento: entonces el *Toison* fué llamando de dos en dos á individuos de la Orden: saludaban estos al Príncipe y recogiendo las colas de sus mantos iban á ofrecer cada uno un ducado de oro. Los caballeros ausentes también fueron llamados ofreciendo en su nombre algunos de los presentes. Despues del ofertorio se predicó un sermón en que se hizo un elogio de la Orden, de su fundador y sucesores, y de los personajes ilustres que habian llevado el collar, estimulando el celo de sus individuos á que siguiesen tan noble ejemplo. Al *Agnus Dei* el prelado que oficiaba, precedido del *Toison* y de algunos heraldos, dió á besar la paz al Rey. Con la misa se dió fin á la fiesta de la mañana.

En este día se dió en palacio una espléndida comida á la que asistieron los caballeros, Obispos y oficiales de la corte.

A las tres de la tarde salió otra vez la real comitiva. El traje era de luto, de terciopelo negro sin arrastrar y sin cola, con el collar por encima.

Las trompetas guarnecidas de negro no se tocaban. En la catedral, que estaba colgada de negro, se cantaron con mucha solemnidad vísperas y completas de difuntos.

A la mañana del día siguiente en que se celebraba el aniversario por los caballeros difuntos, volvieron á la iglesia con los trajes de la víspera y en la misma forma. Al ofertorio llamó el *Toison* al Rey y á los demás individuos por sus nombres, ofrecieron cada uno de por sí una vela de cera de la que pendía el escudo de sus armas, las cuales eran colo-

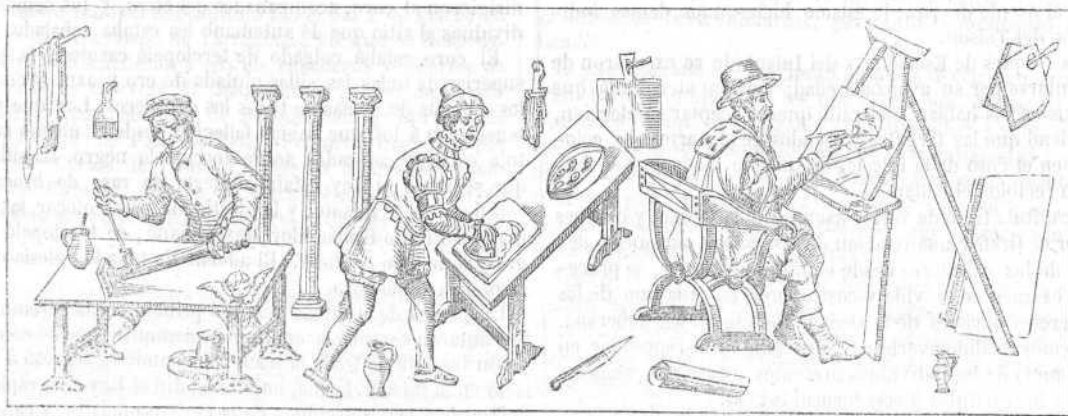
cadadas en un gran candelabro que tenia tantos brazos como caballeros la Orden: despues se hizo lo mismo con los ausentes, ofreciendo por ellos sus procuradores caballeros de la Orden; y últimamente llamó por sus nombres á los caballeros difuntos y con aire triste contestaba el mismo *Toison*: *ha muerto*, y apagaba sus velas y dos heraldos las colocaban en el candelabro. Al llamar al Emperador Maximiliano fué el Rey en persona á ofrecer su vela.

El Grefier leyó una lista de los nombres y títulos de los jefes y caballeros difuntos, cantándose en seguida el salmo *de profundis clamavi*. Ofició la misa D. Juan Rodriguez de Fonseca, Obispo de Búrgos, el cual comió en este día en la mesa del Rey y los caballeros en la misma sala en otra mesa mas baja.

Por la tarde asistieron á unas solemnes vísperas y completas vestidos de damasco blanco y gorras de terciopelo carmesí.

En la mañana del día 8 se reunió el capítulo de la Orden en la catedral: los caballeros y el Rey, vestidos como en la víspera, oyeron una misa que se cantó con mucha solemnidad en la capilla real, y ofició el Obispo de Barcelona don Martin García. En este día ofreció solo el Rey, precedido de todos los Reyes de Armas, heraldos y todos los caballeros. Dióse otro espléndido banquete en palacio, con lo que concluyeron las fiestas del *Toison*, en cuya memoria se conservan pintadas en el coro de la catedral las armas de los caballeros de la Orden y en la iglesia esta inscripcion.

Invictissimus Carolus, Dei gratia Hispaniarum Rex catholicus, et Archi-Dux Austriae, Dux Burgundiae, etc. Solemnitatem insignissimi ordinis aurei velleris, cui tanquam supremus praeerat in hac Ecclesia V, VI, VII, VIII. Diebus mensis martii, anno Domini MDXIX et regni ejus quarto, solemnissime celebravit.



Estudio de pintor del siglo XVI.

ARTES Y OFICIOS A PRINCIPIOS DEL SIGLO XVI.

Entre las muchas curiosidades que encierra la suntuosa catedral de Búrgos hay una en que muy pocas personas reparan, y que sin embargo es de bastante importancia para todos los que desean saber algo acerca del modo de vivir las gentes en las pasadas edades. Hablamos de diferentes escenas de la vida humana representadas en embutidos, hechos con boj sobre otra madera de color muy oscuro, en los asientos de la sillería del coro de la Santa Iglesia metropolitana burgense.

En unas se ven parejas que bailan al son del instrumento que toca un músico, en otras soldados en marcha, en

otra un astrólogo, en otra un zahorí, y en otras, otros diferentes asuntos.

Hoy damos en el SEMANARIO PINTORESCO, copiados con la mas prolija escrupulosidad, los dibujos de dos de aquellos asientos, presentándolos, no como modelo artístico ni como muestra del estado de las artes del diseño en aquella época, pues para esto podrian tomarse otros mejores en aquel mismo coro y en otras muchas partes de la ciudad; sino porque manifestando en lo posible la manera de trabajar sus obras los artistas y artesanos, en su estudio y taller, sirven bajo cierto respeto, para la historia de la *vida interior*, digámoslo así, de los que se han dedicado á las artes y oficios.

Los embutidos, fueron ejecutados á principios del si-

glo XVI, y los trajes y otros objetos hacen ver que las escenas allí copiadas pertenecen á esta misma época.

Las figuras y demas objetos en ellos representados son la parte que hay de chapa de boj, y sobre esta se ven rayitas negras grabadas, segun parece, con una punta de hierro candente, y que se han imitado con toda exactitud en los adjuntos grabados.

El primero de estos representa el estudio de un pintor. Al extremo derecho se ve al maestro sentado en un sillón y pintando un cuadro en el caballete, apoyando su mano derecha, que tiene el pincel, en el *tiento* que se supone tener con la izquierda: mas al extremo se ven colgados en la pared pinceles y paletas, y abajo en el suelo una gran cartera como para guardar dibujos ó bocetos. Junto á los piés del sillón hay un papel ó pergamino arrollado en el cual podia estar el diseño del cuadro que se está pintando. Detras del maestro se ve un aprendiz moliendo colores en una piedra colocada sobre una mesa, y sobre esta hay otra piedra en que se figura que el aprendiz ha ido depositando los colores preparados. A sus piés hay un cuchillo que á este sirve para las operaciones, en que está empleado.—La tercera figura representa un oficial de pintor, que al parecer prepara unas columnas de bulto para estofarlas, puesto que á su derecha se ve colgada una brocha plana como la que se usa á tal fin, y el paño que se necesita para impedir que el aire se lleve las hojas con que se dora; debajo de la mesa en que apoya la basa de la columna al prepararla, hay un puchero sobre las ascuas de un brasero. En un ángulo de la misma mesa está un querubín que tal vez se ha querido figurar de bulto y que ha de ser pintado ó estofado por el oficial. Detras de este se ven algunas otras columnas en pié, que han pasado ó van á pasar por sus manos. Algunos otros objetos

que se observan en el mismo estudio completan este cuadro.

El segundo grabado presenta un taller de zapatero. En el extremo derecho el maestro, en pié, corta suela sobre una mesa con la cuchilla corva. Sobre la mesa y colgando por delante de ella se ve un gran pedazo de material como badana ó becerro: en la misma mesa hay dos objetos que parecen una horma y una suela cortada.—Sigue á esta figura la de un oficial ó aprendiz de zapatero sentado, estirando con los dientes el material, y teniendo una horma asegurada con el tirapié: delante de él hay un cubo de agua para remojar el material, y encima de este una bota colgada. Entre esta y la cabeza del maestro hay una tabla ó vasar sobre el cual se divisan varios objetos del oficio.—Continuando hacia la izquierda se ve á un oficial barbudo probando un zapato á un parroquiano, de una manera nada cómoda.—Termina el cuadro con otro aprendiz ú oficial sentado y cosiendo; delante de él hay una jarra; sobre esta, colgado en la pared, un par de botas, y á la misma altura, á derecha é izquierda, dos pares de zapatos, el uno de punta redonda y altos, y el otro de punta roma y escotados; todos picados ó sea con aberturas en la parte superior del pié.

La perspectiva lineal de ambos dibujos es bastante imperfecta, aunque no tanto que no pueda comprenderse lo que representan; pero sería de desear que el dibujante del original hubiese por lo menos indicado el suelo. El autor de este artículo los calcó del mismo original, y ha procurado que aquí se reproduzcan tales como allí están con sola la diferencia del tamaño que en la sillería de la catedral de Búrgos es, en cada dibujo, considerado por su anchura, tan grande, sobre poco, como el de un asiento nada estrecho.

MANUEL DE ASSAS.



Taller de zapatero en el siglo XVI.

UNA VIOLETA, POR DON MANUEL IBO ALFARO.

Dedicada á su querido amigo

DON BIENVENIDO V. CANO.

INVOCACION.

....Hermosas niñas que aun absorbéis felices el nectar de la vida; mansas palomas que aun os adormeceis al suave arrullo de una esperanza acaso engañadora; tiernas crisálidas veladas todavía por el manto purísimo de la ilusion; suspended un momento vuestras diversiones, despertad un instante del ensueño magnético que os halaga, y prestadme

vuestro oído; pues en breves palabras á referiros voy la triste historia de una violeta.

EL BAILE.

I.

No hay cosa mas grande, mas bella ni mas adulatora, que un salón adornado para baile en alguna de las magnificas casas de la corte, que por la elegancia de sus maneras, y por el tono de sus costumbres, son bien conocidas en la alta sociedad.

Pero no hay tampoco cosa mas alegre y divertida que examinar las diferentes clases de jóvenes que á ellas concurren.

Unos van únicamente por lucir su botita de charol, por lucir su estirado guante color de canario, por lucir el lazo

de su corbata prendido segun ellos con mas elegancia que en el *soiré* anterior; por lucir su frac, sus *quevedos*, por lucir los nuevos botones que ostentan en su almidonada camisa.

Estos son los **POLLOS**.

Otros van por lucir ante las bellas su apasionado desden; por dirigir una mirada de indiferencia, á la que en otro tiempo dirigieron una mirada de amor; por galardear el lujo de un traje que aparentan despreciar, y por burlarse de una pasion que tal vez entonces mismo abrasa su pecho.

Estos son los **SEMIGALLOS**.

Otros van por despreciar á las niñas, por insultar á las doncellas, por obsequiar á las casadas, por ofender á los maridos.

Estos son los **GALLOS**.

Por último; otros van, y no son los menos, que habiendo salido hace tiempo de la edad de **POLLOS**, no tienen otro placer en el mundo, no saben hacer otra cosa en la vida, ni valen para mas en la sociedad, que para imitar todas las ridiculeces de aquellos.

Estos son los **NECIOS**.

Hé aquí hermosas mías, las observaciones que mi experiencia ha recogido en los bailes de la corte.

A la primera clase de donceles que os he mencionado, tenedle compasion; á la segunda desdeñadla; á la tercera huidla; á la cuarta despreciadla.

Pero es ya hora de que abandonando murmuraciones ajenas, nos ocupemos de la historia que os ofrecí referir.

Era una noche de primavera, y en casa de la Marquesa de Visleflor, se celebraba un suntuoso baile.

Junto á la puerta se veian multitud de coches con lacayos de librea; el vestíbulo despedia los májicos rayos de cien faroles de gas; las anchas y alfombradas escaleras estaban orilladas con grandes tóboles de aromáticas flores; y los salones de la fiesta ostentaban el lujo que en tales casos sabia desplegar la Marquesa de Visleflor.

Alcatifas, colgaduras, lámparas, pabellones, fanales, rosas, todo lo mas bello que el arte y la naturaleza producen, lo habia conuinado aquella noche en sus salones esta señora con gusto delicado y admirable artificio.

La concurrencia era tan numerosa como elegante; y al son de una ligera polca con que la orquesta se inauguró en una cámara inmediata, comenzó á bullir aquella selecta muchedumbre, confundiendo los sonidos de la orquesta con el blando crugir de los vestidos de seda; confundiendo el blando crugir de los vestidos con las dulces espresiones que murmuraban sus labios, con los suspiros mentidos ó verdaderos que despedian sus corazones.

No todos bailaban.

En uno de los ángulos de la habitacion, y casi oculto entre las hondas de dos pabellones carmesí, se veia enteramente distraido un jóven de veinte y cuatro años.

Vestia un traje negro con el frac abotonado: llevaba bigote y perilla, y la languidez de su mirada, y la palidez de su rostro hacian maravilloso contraste con su negra cabellera que flotaba sobre su espalda.

En su profunda distraccion jugueteaba con una cadena de oro que asomaba entre los botones de su frac.

—No baila usted Alfredo? le dijo la Marquesa acercándose á el con la amabilidad que le caracterizaba.

—Señora... respondió Alfredo despertando de su letargo é inclinándose con galanteria, estoy á las órdenes de usted...

—Mil gracias Alfredo, contestó la Marquesa; yo quería decir á usted con esa indicacion, que hay jóvenes hermosas en el baile que esperan con anhelo su mano de usted.

—Marquesa, permitame usted que le replique que no veo ninguna que me espere; á quién quiere usted que me dirija?

—A aquella niña que está sentada junto al macetero de tulipanes.

—Es verdad... exclamó Alfredo fijando en ella sus ojos; y es muy hermosa... y está sola...

—Sola y hermosa, amigo mio; respondió la Marquesa con espresion galante: y como yo no quiero que nadie presente un papel desairado en mi palacio... me he dirigido á Alfredo.

—Y Alfredo ha recibido en ello una honra que no merece. Pero dígame usted señora, cómo no se ha acercado á ella alguno de esa multitud de jóvenes que pasean en la antesala?

—Sin duda porque no es de Madrid; ó tal vez porque en el vestíbulo no la espera algun lacayo.

—Invéciles!... exclamó Alfredo mirando con ironía á los jóvenes que paseaban.

—Siempre Poeta!... repuso la Marquesa mirando á Alfredo con halagüena sonrisa.

—Siempre poeta! repitió Alfredo con amargura. Siempre poeta para lamentar las ridiculeces de la sociedad.

—Concluirá la polka? tornó á preguntar la Marquesa.

—No sin que baile aquella jóven; volvió á responder Alfredo.

En seguida se levantó; tendió su mano con elegancia á la Marquesa y cruzando el bullicioso salon hizo una profunda cortesía ante la jóven forastera.

Era esta jóven una niña de diez y nueve años; alta, lânguida y flexible.

Sus blandos movimientos, su dulce sonreir, su tímido mirar, revelaban al traves de sus bellísimas formas un corazon de tórtola y una alma de ángel.

Vestia con elegancia pero con sencillez: una guirnalda de flores de naranja alternaba ruborosa con los rizos de su peinado; y entre los encajes del pecho asomaba un ramo de violetas moradas.

—Usted me hará la honra de bailar conmigo? le dijo Alfredo.

—La honra será mia, caballero; contestó la jóven sonriendo con satisfaccion.

Y un iris de placer veló su rostro.

—Y cómo no? á qué niña le gusta verse postergada en una brillante reunion donde se la presenta por vez primera?

La jóven se sonrió al tomar con su brazo el brazo de Alfredo; y esta sonrisa fue la espresion de agradecimiento con que su alma pagaba aquel obsequio.

—Le gusta á usted el baile niña? le preguntó Alfredo.

—Si señor, me encanta: respondió ella con candor.

—Pues entonces desearia usted bailar...

—Asi es, pero como soy forastera ningun caballero ha tenido abien aproximarse á mí, hasta que lo ha hecho usted.

—Es que tambien yo soy forastero.

—Tambien usted?

—Si señora.

—Y está muy lejos su pueblo de usted?

—Cincuenta leguas, y el de usted?

—Yo no vivo en pueblo, vivo en una quinta junto á un lugar que dista de aqui doce leguas.

—Qué vida tan feliz disfrutará usted en la quinta! exclamó Alfredo conmovido.

—Cuanto mas feliz la disfrutará usted en la corte! repuso la jóven sonriendo.

—En la corte! murmuró Alfredo con amargura. Sabe usted lo que es la corte, hermosa niña?

—Una mansion de delicias.

—Para usted que cándida como el primer rayo de la aurora no puede usted ver todavía otra cosa en el mundo que bellezas y placeres; para usted que saluda esta noche la sociedad de Madrid: pero deje usted que se deslice algun tiem-

po y esta sociedad que hoy le alhaga emponzoñará de hiel su corazón como ha emponzoñado el mío. Aquí todo es falsedad, señora, aquí todo es mentira: ve usted esos caballeros que se desahacen en obsequios con las damas con quienes bailan? mienten en cuanto les dicen; y ve usted esas damas que suspiran apasionadas, que sonríen lánguidas á los galanteos que sus parejas les dirigen? mienten cuando suspiran; mienten cuando sonríen!

—De una manera tan odiosa me va usted pintando caballero la sociedad, que casi casi me hace usted desear volver á mi quinta.

—Vuelva usted niña, vuelva usted antes de que al volver tenga usted que derramar una lágrima de amargura. La quinta de usted será muy pintoresca?

—Oh muy pintoresca, eso sí: en la falda de un monte, á la orilla de un arroyo, y junto á una deliciosa vega, se levanta con sus cuatro torres entre los jardines que mi padre ha plantado para mi recreo.

—Ah! tiene usted padre... y una quinta... y bosques, y arroyos y jardines...

—Y fieles criados y tórtolas... y palomas...

—Y abandona usted aquel delicioso Eden para venir á la corte? ¡Ay señora mía, usted es ni mas ni menos que una blanca mariposa á quien compadezco.

—¿Por qué? preguntó la niña sonriendo.

—Porque cansada de aspirar el aroma de las flores de su quinta, viene usted á volar en torno de esta sociedad que la deslumbra hoy con su fulgor, pero que la abrasará mañana el corazón, como la luz le abrasa las alas á la infeliz mariposa.

—¿Qué comparacion tan bella! exclamó la jóven con inocencia: me gusta tanto el lenguaje de usted... me recuerda un tomo de poesías que hace poco me llevaron á mi quinta, y en el que leo todas las mañanas.

—Le gusta á usted la poesía niña?

—Sobre manera: me encanta en unos términos la música del verso, que cuando leo poesías me creo mas feliz.

—Es decir que para usted la poesía tiene su música?

—Ay! sí por cierto; así como la música tiene su poesía.

—Y quién le ha enseñado á usted eso? le preguntó Alfredo con curiosidad.

—Nadie; contestó la niña con estremada dulzura; el que ha enseñado al ruiseñor á trinar, y á los arroyos á murmurar.

—Esta contestacion dejó asombrado á Alfredo, quien volvió á preguntarle con algun interés:

—¿Cómo se llama usted niña?

—Adamina, servidora de usted.

—¿Qué nombre tan bonito! exclamó Alfredo.

—¿Le gusta á usted?

—Mucho.

—Me alegro: y usted cómo se llama, caballero?

—Me llamo Alfredo....

—Alfredo? lo interrumpió la niña sin dejarlo concluir.

—Sí señora.

—Y el apellido?

—Valparaiso.

—Alfredo Valparaiso, es el autor del tomo de poesías que tanto me agrada á mi.

—Soy el mismo, señora mía.

—Usted es el poeta? exclamó sorprendida.

—¿Qué tiene eso de particular?

—Nada.

Y bajó los ojos ruborizada.

El poeta la miró con interés.

La niña cambió una tierna y modesta mirada con la expresiva mirada del poeta.

En esto se acercó á ellos la Marquesa, y con su galante amabilidad, dijo á Alfredo;

—Amigo mío: parece que se dar remedios contra los esplines?

Siempre obra con acierto la Marquesa de Visleflor: respondió Alfredo.

—Pero no observa usted que esta niña tendrá gusto en bailar? repitió la Marquesa.

—Es verdad; contestó Alfredo.

Y adoptando una de las posturas mas lánguidas que la polka ofrece, se perdieron entre la acalorada muchedumbre del salon.

Los lejanos sonidos de la orquesta; la luz misteriosa de los mil fanales; el aroma de las flores y de las esencias; todo convertía aquellos salones en una mansion encantada de placer.

Alfredo y Adamina se hacian notar por la gallardía de sus movimientos, entre aquella multitud de invéciles que hollando con su afectacion la naturaleza, sacrificaban sus cuerpos por mantener ridículas posturas que solo la estravagancia ha podido descubrir, y el mal gusto secundar.

Pero no hacia ocho minutos que nuestros jóvenes bailaban cuando calló la orquesta; pararon de una vez las parejas como por encanto, ocupó cada una sus respectivos asientos, y el salon tomó de repente aquel aspecto serio y agradable, que en él infunde el conjunto de cien bellísimas jóvenes, cuando ofrecen su hermosura á un solo golpe de vista.

Tan luego como Adamina se hubo sentado, se le acercaron algunas jóvenes, y cruzaron con ella dulces palabras de amistad.

(Se continuará.)

EPIGRAMA.

Doña Catalina Opas
Preguntó al niño Jesualdo:—
«Dí, ¿qué quieres, pan ó caldo?»
Y respondió el niño,—«sopas.»

H. MUNARRIZ.

DAR POSADA AL PEREGRINO.

EL NIÑO.

Peregrino, peregrino,
que solitario y errante
ora traspones la sierra,
ora atraviesas el valle;
¿á dónde vas? ¿por ventura
no ves la noche acercarse?
¿No ves como surca el cielo
el relámpago brillante?
¿No sientes del trueno ronco
la voz misteriosa y grave,
ni te detiene la lluvia
que en espesas gotas cae?
¿A dónde vas peregrino,
tan solitario y errante?

EL PEREGRINO.

Llevo sagradas misiones
en mi penoso viaje;
por eso, niño, camino
tranquilo, sin inmutarme,

y la noche no me apena
ni la tormenta me abate.

EL NIÑO.

Y dí, romero no duermes?
¿No prestas descanso suave
á tus fatigados miembros
al declinar de la tarde?

EL PEREGRINO.

Niño, recorriendo el mundo
yo no tengo otros hogares
que los que Dios me depara
dónde la noche me alcance.
El árbol me da su sombra,
las flores lecho suave,
el cielo techumbre y manto,
y blando arrullo las aves.

EL NIÑO.

Pero hoy, pobre peregrino,
la tempestad formidable
desaliñará tu lecho,
encubrirá tu celaje,
y del canto que te arrulla
hará que las voces callen.

EL PEREGRINO.

Dios es misericordioso,
y espero que Dios me ampare.

EL NIÑO.

¡Ay! ¿y si yo te ofreciera
mi lecho en que reposases?..

EL PEREGRINO.

Dijera que en mi camino,
me enviaba Dios un ángel.

EL NIÑO.

Entra, peregrino anciano,
pasa, pasa estos umbrales,
porque no olvido que un día
me dijo mi buena madre:
»Dá posada al peregrino,
que Dios su reino ha de darte.»

EL PEREGRINO.

¡Niño, que Dios te bendiga!

EL NIÑO.

¡Anciano, que Dios te guarde!

FAUSTO LOPEZ VILLABRILLE.

A BRUTO, RRUTO Y MEDIO.

Apeóse en un meson
el caballero don Pedro
que viajaba por Campos
seguido de un paje negro,
y causó tamaño asombro
semejante advenimiento,
que no quedó aquella noche
vicho viviente en el pueblo

que no fuera á ver el rostro
del paje del caballero,
y á admirar, despues de visto,
rostro tan deforme y feo.
Cenaron amo y criado,
y acto continuo, el primero
hizo aparejar dos camas
ambas en un aposento,
encargando al acostarse
que le despierten del sueño
apenas la luz del alba
mande su primer destello.
Però una vez entregados
en los brazos de Morfeo,
introdujose en la sala
despachito el posadero
para admirar á sus solas
el rostro del paje negro.
«¡Por Barrabás! dijo el hombre,
despues de mirarle atento,
que el caballero sin duda
ha pintado á este mancebo,
pues no es posible que nazca
de alma cristiana este escuerzo.»
Y para salir de dudas,
fuese y volvió al poco tiempo,
y en un *santiament* transforma
al infeliz caballero,
embadurnándole el rostro
desde la frente al pescuezo.
Hallólos tan parecidos,
que quedó muy satisfecho,
y tornóse de puntillas
á salir del aposento.
Y allá, cuando el sol naciente
con sus dorados reflejos
las cumbres de las montañas
vino á iluminar de nuevo,
el castellano patron,
entre listo y soñoliento,
volvió á la cama del huésped
y llamóle con empeño,
hasta que con sus instancias
consiguió verle despierto.
Echóse fuera y vistióse
más que de prisa don Pedro;
pero ¡cuál fué su sorpresa
cuando al mirarse á un espejo,
tan negro encontró su rostro
como las alas de un cuervo!
¡Voto á Cribas! dijo al fin
entre iracundo y sereno,
ahora adivino claro
que no soy yo el que estoy viendo,
y este patron es un zote,
pues por más que se lo advierto,
en lugar de despertarme
ha despertado á mi negro.

Setiembre, 1836.

FAUSTO L. VILLABRILLE.

Director y propietario, D. MANUEL DE ASSAS.

Redaccion y Administracion, calle de Vergara, 4, principal izquierda.

Madrid.—Imprenta á cargo de JOAQUIN RENÉ,
calle de la Union, 3, bajo.



Casa en que murió Cristóbal Colon en Sevilla

CRISTOBAL COLON.

Al recordar la vida de los grandes personajes que han como vivificado el mundo material en que vivimos, no podemos menos que, llenos de asombro hácia sus gigantescas empresas ó grandiosas ideas, prorumpir en alabanzas y saludarlos con los mas gloriosos epítetos.

Cristóbal Colon se aparece á nuestra vista como el coloso mas elevado, teniendo bajo de sí á todos los hombres y á todas las naciones, como inferiores á él. Creemos mirarle á través del prisma de los siglos, aclamado por cien y cien hombres inmortales, é invocado por todos como el gran bienhechor de la especie humana.

El hombre que habia de dar al mundo conocido otro desconocido para la mayor parte, ó vago y quimérico para muchos, el que habia de dar tan gigantesco paso para la cultura del universo, el que habia de llenar los mas apartados países con su fama, el que habia de ser á un tiempo absoluto monarca y humilde vasallo, político y religioso, conquistador y misionero; no es posible, no, que este hombre haya nacido por casualidad, aun dado caso que esta existiera.

Buscad en la serie de los siglos un solo hombre que pueda competir con el coloso del Nuevo-Mundo.

Nos admira la empresa de Annibal, nos suspende el genio inmortal de Alejandro, no podemos menos de maravillarnos al ver levantarse entre la mas ciega idolatria á Homero en el pueblo griego; mas ¿qué podremos sacar al fin de tantas admiraciones?... diremos que Annibal fue un buen jefe, Alejandro un excelente Emperador, y Homero un sublime poeta; pero al primero, le veremos adormecerse bajo el hermoso cielo de Capua, olvidando sus empresas; al segundo querer elevarse hasta los honores divinos; y al último caer lastimosamente en las absurdas creencias de los idólatras.

En Colon no encontraremos nada que se le pueda tachar como á estos, porque Colon veneraba y seguia la religion del Crucificado, y esta santifica la humildad y abnegacion; y en efecto, nacido en las riberas del Océano, pobre y desconocido, vá levantándose poco á poco, pero á fuerza de humillaciones y de trabajos. ¡Cuán sublime no es cuando se le recuerda desoido de los Monarcas, despreciado de los sabios, abatido hasta mendigar su sustento, y siendo la mofa y el escarnio de las ciudades y de los reinos!

Pero nada es bastante á hacerle abandonar su proyecto: se le desprecia en esta corona, y recurre á aquella; no le admiten unas proposiciones y presenta otras; guiado por la mano del Omnipotente, como el mismo decia, su mision en este suelo creia ser descubrir el derrotero de los antipodas y librar de las manos de los infieles el Santo Sepulcro: esta segunda idea no la llevó á cabo, acaso por las injusticias de los hombres que tanto le vejaron siempre, y cuyas injurias con tan heroica constancia soportó.

A la verdad es cosa maravillosa ver á aquel genio sufrir las adversidades, con la misma serenidad que veia el logro de sus deseos, y suplicar con la misma humildad despues de ser conocido de todo el orbe, como cuando era completamente ignorado.

Todo en él es grande, gigantesco. Despues de haber descubierto el Nuevo-Mundo, cuando la gloria enchia su corazon y la envidia los agenos, cuando esta minó y sedujo hasta el sello real del Monarca español dando lugar al escarnio mas inmeracido, cuando en fin fue aherrrojado en una criminal mazmorra, y ultrajado el hombre que habia llevado á cabo el acontecimiento mayor en la historia de las naciones; ¡qué sufrimiento y que paciencia no hay que admirar en él, en aquella triste prision!

¡Oh, gran Colon! ¿quién te dió tanta mansedumbre? ¿quien te inspiró la sublime idea de conservar toda tu vida enfrente de tí los malhadados hierros? ¿En dónde hallaste

la inagotable fuente de sufrimiento y de humildad? ¿No le veis? ¿no le veis? su cabellera cana como la nieve de la sierra parece consolarle de su negro destino; su mirada fija é inmóvil, mas parece de idiota que de hombre pensador, su imaginación le representa el porvenir y mira el presente en un sopor indecible. Su compostura y modestia, su alegría y resignación, parecen emanaciones de algún espíritu invisible que le asiste en su desdicha.

Alza Colon, levántate de tu sepulcro y ven á mi: atraviesa los siglos con que el tiempo nos ha separado... baja de las regiones desconocidas y acercándote á mi revélame el secreto con que conservastes en tal desgracia tu serenidad... llega, llégate á mi, no tardes... ¿Pero qué digo? ¿qué espíritu me guía? ¿qué contradicciones sufro? ¿acaso podrán encontrarse dos como Colon fuera de la religion cristiana?... No, no y mil veces no; fuera de ella la soberbia derruye los mas altos monumentos, porque es su fragil base.

Criado en las inspiraciones de Dios y lo imperecedero, procuraste imitar á tu Redentor y marchar á tu fin. Inspirado por él sufriste toda clase de injurias, para llevar á cabo tu empresa que habia de ser agradecida, no de un hombre, no de una familia, no de un Reino, sino del mundo entero, porque te habian de admirar aun aquellos que habitaban los apartados y desconocidos paises que descubriste.

Hé aquí porque Cristóbal Colon se aparece á mi vista como el coloso mas elevado del universo, porque él es el único que ha logrado interesar á todo el orbe.

El abrió un inagotable manantial de riquezas y curiosidades, de rarezas y extravagancias. El mostró un pintoresco y variado panorama, descubriendo en los antípodas una naturaleza virgen y sin mancha, y en los europeos unos actos de valor, inestimables y nunca vistos.

Ah! ¿y es posible que semejante hombre recibiera el desprecio ó la indiferencia de parte de los demás? Lastimoso es verle en este estado cuando es tenido por loco, pero, ¡ay! cuánta mayor sensación no produce, el ver al venerable Almirante prosternarse á los pies del Monarca con una petición justísima y serle desoída; ser afligido por molestas enfermedades, y reclamarlas entonces con sublime celo para sus queridos hijos ó hermanos!

¿Cuánto no se quejaba de este olvido en sus últimos días, y sin embargo, qué risueñas esperanzas no mantenía en su alma cándida é inocente!

Pero ni los cuidados de la corte, ni el asegurar su reputación en sus hijos, ni el ver logrados sus deseos en su mayor parte, no fueron bastantes para perturbarle en lo mas mínimo en su hora postrera; preparado con evangélica mansedumbre, murió dando consejos á sus hijos, deseándoles ventura, y pronunciado el perdón para todos sus enemigos, el día 20 de mayo de 1506, cerca de los 70 años de su edad, en Sevilla, en la casa cuya copia que encabeza este artículo, dejando un nombre inmortal é imperecedero en la memoria de los hombres.

D. M. NOGUERA.

DISCURSO

pronunciado en la inauguración de la enseñanza de lengua Sanscrita en la Universidad Central de Madrid.

POR D. MANUEL DE ASSAS.

HISTORIA DE ESTE ESTUDIO.

La lengua sanscrita, cuyo nombre significa *lengua perfecta*, ó segun el estilo oriental *lengua de perfección*, es en

la que se hallan consignados los conocimientos de los antiguos sabios de la India en libros conservados y guardados misteriosamente por los sacerdotes de aquel país.

Aunque es una de las mas antiguas del mundo, ha sido ignorada en Europa, y poco conocida en la India misma (á pesar de ser su país natal), hasta la mitad sobre poco mas ó menos del siglo próximo pasado, habiendo sido, por espacio de muchas edades, sabida solo por los Brahmanes del Indostan que la creen sagrada, y circunscrita, por lo mismo, únicamente á los objetos religiosos.

El Obispo Heber parece fue el primero que en la indicada época llamó hácia esta lengua la atención del Occidente.

Luego el entendido é infatigable erudito Sir William Jones y otros dignos miembros de la Sociedad Asiática, de que este tuvo el honor de ser presidente, lograron con sus incansables trabajos hacérsela conocer al público, poniendo entre sus manos los inmensos é inapreciables tesoros de la sabiduría indiana, que despues se han ido difundiendo, no solo en Europa, sino tambien en el Asia que fué su cuna; conocimientos que, sin los esfuerzos de la mencionada Sociedad, probablemente hubieran permanecido aun ocultos á los ojos de la humanidad por un tiempo indefinido, y tal vez hasta el fin del mundo.

Miróse al principio con tal indiferencia el sanscrito, que todavía en el año 1830, se calculaba que apenas habria en todas las naciones de la culta Europa 50 personas que pudiesen comprender los autores originales de la literatura sanscrita, y otras tantas que mirasen con algun interés semejante estudio. Pero la infatigable perseverancia, que caracteriza á los eruditos, fue venciendo progresivamente la fuerza de inercia de los sabios y del público; y cuando se llegó á conseguir que se fundasen las primeras cátedras para su enseñanza en Berlin, en Breslaw, en Oxford, y en París, se pudo con razon creer asegurado su triunfo.

No hay para qué decir aquí cuán grande es la atención que hoy por todas partes se le da, ni cuanto se sentia en España la necesidad de establecer de él una pública asignatura.

LITERATURA SANSCRITA.

El sanscrito es el gran manantial de la literatura indiana, cuyo origen se remonta á los tiempos mas primitivos; literatura vasta y fecunda hasta el punto de abrazar todos los géneros conocidos, y probablemente todos cuantos puede comprender el ingenio humano; y literatura que ha obligado á la opinion pública de la Europa sabia, á colocar al Indostan en el primer lugar, que antes se daba á la Persia y al Egipto, en la civilización antigua; porque á proporcion que se ha ido profundizando en su estudio, ha ido creciendo la admiración de los investigadores, á causa de los maravillosos descubrimientos que á cada paso se han hecho.

Sus libros, cuyo número se hace subir al prodigioso guarismo de un millar, vienen, en su mayor parte, transmitiéndose religiosamente desde las edades primitivas de la sociedad humana.

Aunque hoy estamos todavía sin conocer mas que una porción, comparativamente muy pequeña, de la inmensa riqueza literaria encerrada en estos libros, descubrimientos importantes han recompensado ya los desvelos de los sabios, y se ha abierto un nuevo y anchuroso camino hácia el saber humano, aun para aquellos que no se dediquen al estudio de la lengua sanscrita. Se ha visto por ejemplo que los sistemas filosóficos de Pitágoras, de Platon y de Aristóteles, no son doctrinas peculiares de la Grecia, sino hijas del entendimiento indiano, invenciones del país que bañan el Indo y el Gan-

ges, habiendo sido allí desenvueltos mucho antes que por los griegos, por sus autores Capila, Viasa y Gautama.

La lectura de los Upavedas y Vedangas ha bastado para descubrir que los guarismos llamados cifras árabes, y el sistema decimal se inventaron en la India, desde donde pasaron á la Europa, como el álgebra y la astronomía.

Se ha traslucido que la poesía homérica ha podido beberse mas bien en los manantiales literarios del Davalagiri que del Parnaso, llegándose hasta á suponer que Homero se formó con el estudio de los antiguos libros del Indostan.

La poesía sanscrita hermana la monstruosidad con la gracia, la tierra sencillez con una multitud de ficciones extravagantes; en general exagera los pensamientos, abulta las imágenes, acumula los hechos y multiplica los períodos numerosos; pero al mismo tiempo simplifica el estilo, depura el colorido y economiza las metáforas y epítetos. No hay en ella la confusa brillantez, el hacinamiento de comparaciones fantásticas que derraman en la suya los poetas árabes y persas; al contrario en todas las colosales invenciones de sus inmensas epopeyas reinan la sencillez y la claridad: la redundancia está en las imágenes, no en las frases; en los conceptos, no en las palabras. La fábula es complicada, inmensa, maravillosa, á pesar de sus monstruosidades; pero la expresión corre como el agua de un arroyo cristalino. La mitología *bacanal*, por decirlo así, de que están llenos los poemas indostánicos, se halla expresada con un candor infantil y á veces magestuoso que toca en la noble sencillez de Homero. El *Maha-bárata* que es la mas antigua epopeya sanscrita, se eleva sobre la Iliada y la Odisea como las inmensas pagodas indianas por encima de los templos griegos: en ellas el lector debe olvidarse de Homero y de los poéticos rios de la Helenia, y figurarse que se encuentra en la India en el monte Himalaya, que es como el símbolo de una poesía cuyas dimensiones superan á las de todos los poemas conocidos, con sus cumbres, las mas elevadas del mundo, en que la respiración se apaga; con sus inmensos y antiquísimos bosques; con sus torrentes que bramaban como el Océano, y que tienen la extensión como de mares; con un hacinamiento, en suma, de objetos gigantesco bajo un cielo puro en cuya clara atmósfera se dibujan con toda distinción los mas complicados contornos. No hablamos así mas que de los verdaderos poemas sanscritos que llevan consigo mismos la prueba de su antigüedad; porque hay otros de épocas posteriores que han degenerado de la primitiva sencillez, habiéndose, en la India como en otras partes, corrompido el gusto literario, caminando por la afectación á la decadencia. Ha habido en el Indostan poetas que, como nuestro Góngora y sus secuaces, han confundido la sutileza con el ingenio, y buscado la novedad en el enmarañado laberinto de frases oscuras, campanudas y afectadas. Mr. Benoris publicó el *Nalodaya*, poema sanscrito moderno, cuyo estilo es tan intrincado y oscuro como claro y fácil el de las antiguas epopeyas indianas.

Los Vedas forman en la literatura sanscrita una división enteramente aparte, y son cuatro colecciones de himnos, de las cuales las tres primeras, por la naturaleza de las ideas que en ellas se encuentran expresadas, pertenecen á la época patriarcal de la historia de la sociedad humana, y constituyen los monumentos mas primitivos del pensamiento. La colección de estos himnos, segun el dictamen de los hombres que mas seriamente han profundizado en la materia, parece haber sido formada 14 siglos antes de la Era Cristiana; pero la época de la composición de cada poema se remonta á un período aun mas lejano, aunque no puede asegurarse fijamente cual sea.

A los Vedas se acercan por la naturaleza del asunto, pero no por la época ni por el estilo de composición, los *Puranas*, especie de comentarios históricos de aquellos libros reputados por divinos. Existen diez y ocho de estos Puranas, que

son voluminosos tratados de la teogonía y de la cosmogonía brahmánica, y forman como una serie de enciclopedias de las creencias y de la ciencia de la India.

La parte dogmática de los Vedas está tratada mas especialmente en los *Upanichads*.

El *Dharmasastra* de Manú, es para los indios lo que para los musulmanes el Koran, un código á la par moral y civil.

La literatura profana de la India consta de epopeyas gigantescas, de poemas pastoriles y eróticos, de dramas, de leyendas y de tratados filosóficos y científicos. El *RAMAYANA* del poeta *Valmiki* cuenta los hechos de *Vichnú* bajo la figura del héroe *Rama* y su victoria sobre el gigante *Ravana*, rey de Ceilan. Este poema, dividido en siete cantos, encierra sobre 25 mil versos. En el *Maha-bárata*, la mas considerable de las producciones épicas que se conocen, *Viasa*, ó el compilador, que se cree, como *Valmiki*, contemporáneo de Homero, canta la lucha de los Kurus y de los Pandus, dos antiguas familias reales de la India; y los hechos del mismo dios *Vichnú* oculto bajo la forma de *Krishna*. —*Pilpay* ó *Bidpay*, y mas bien aun *Vichnú-Sarmá*, que vivía, segun algunos, dos mil años antes de Jesucristo, compuso una colección de apólogos que formó el tema reproducido despues por los otros fabulistas del Oriente. *Calidasa* es uno de los primeros entre los poetas dramáticos, como *Jayadéva* entre los pastoriles.

La literatura sanscrita (siendo la lengua extremadamente libre en la construcción de sus frases) presenta en la prosa una gran variedad de giros, y en la poesía una inmensa riqueza de metro. El número de diferentes formas del verso y de la estancia, es sumamente considerable. El de 8 sílabas parece, sin embargo, ser el origen de todos los demas; y el doble dístico ó *sloca*, la forma de estrofa mas usada.

En la gran variedad de metros que posee la literatura sanscrita los mas comunes son:

1.º El *munni hurreneh chhund*, ó renglon de 12 á 19 sílabas, que está dividido por 3 sílabas en cada pié; y de estos el mas agradable es el *anapæsto*.

2.º El *cábi chhund*, ó renglon de 14 sílabas.

3.º El *anushtofe chhund*, ó renglon de 8 sílabas.

Los poemas sanscritos estan generalmente compuestos en estancias de 4 renglones ó versos, llamadas *ashlogues* que son regulares ó irregulares.

El *ashlogue* mas comun es el del *anushtofe chhund*, ó estancia regular de 8 sílabas en cada verso ó renglon. En esta medida se halla compuesta la mayor parte del *Maha-bárata*. El ritmo en este género de estancia debería ser alternado; pero los poetas parece que no son muy exactos en observar una estricta correspondencia en los sonidos de las sílabas en que termina el verso, atendiendo mas bien á que el pié esté primorosamente dispuesto. Este corto *anushtofe ashlogue* consta generalmente de dos versos en cada renglon con una pausa en el medio, formando así todo él un largo dístico, como se observa en los versos castellanos de 12 sílabas, llamados de arte mayor, y en los alejandrinos de 14 sílabas.

La estancia irregular se llama constantemente *aniachhund*, cualquiera que sea el género de su irregularidad; y está, en general, compuesta de renglones largos (*cábi chhund*) y cortos (*anushtofe chhund*) alternados.

(Continuará.)

SINGULAR COINCIDENCIA.

Los principales actores en la muerte del célebre romano Julio César, fueron Bruto y Casio, que después de varios sucesos, tiempo andando, fueron declarados enemigos de Roma por Octaviano, Lépido y Marco Antonio, cuando estos se hubieron apoderado del mando de Roma.

Entre los que en las discordias de aquel tiempo, siguieron el partido de Bruto y Casio, se halló un hombre principal llamado Marco Varron. Habiendo Marco Antonio y Octaviano ganado la batalla que en las Filípicas dieron á Bruto y Casio, Marco Varron que se hallaba en ella, temiendo ser conocido por los vencedores, se disfrazó de esclavo; se metió entre los que lo eran, y en calidad de tal fué vendido en almoneda á un caballero romano llamado Barbula. Este, notando los modales, y manera de expresarse de Marco Varron, sospechó que debía ser un insigne romano, que no quería ser descubierto. Hablóle en secreto preguntándole si en efecto era de Roma, y ofreciéndole que en caso necesario interpondría su valimiento para obtener de Octaviano su perdón.

Marco Varron lo negó con tanto aplomo, que Barbula des-

echó su sospecha y le llevó para su servicio á la ciudad eterna. Un día, estando Marco Varron á la puerta del Cónsul esperando á su amo que había entrado por cierto asunto, pasó por allí otro romano: reconocióle y se apresuró á descubrir á Barbula quien era su esclavo. Barbula sin darse por entendido con Varron, puso en juego cuantos resortes pudo tocar, y por último consiguió que Octaviano, además de perdonar al supuesto esclavo, le llamase á su presencia, le tratase muy bien y le tuviese en lo sucesivo por uno de sus mas apreciados amigos.

Pasado desde esto mucho tiempo, estallaron discordias entre Marco Antonio y su cuñado Octaviano César. Barbula siguió la parcialidad de Marco Antonio; y vencido en batalla este por Octaviano, Barbula que allí se encontraba, se acordó de la estratagema usada en ocasión análoga por Marco Varron, y echó mano de ella, vistiéndose como él de siervo. Casualmente el mismo Varron le compró sin conocerle á causa de no haberle visto en muchos años, y de la diversidad del traje, viniendo así á ser esclavo de aquel de quien había sido señor. Pocos días después Marco Varron, fijando su atención en él, le reconoció y sin manifestárselo, ni aun indicárselo le obtuvo de Octaviano la libertad y el perdón.



LA ISLA DE LOS FAISANES.

En el río Bidasoa, que sirve de línea divisoria entre Francia y España, hay enfrente de Irun y al Sur de Fuenterrabía, una isleta muy pequeña, situada á los 44 grados, 47 minutos y 20 segundos de longitud, y á los 43 grados y 20 minutos de latitud Septentrional. Esta isla, apellidada hoy de los *Faisanes*, y en tiempos anteriores de la *Conferencia*, y de la *Paz*; es célebre por algunos hechos notables que en su escaso suelo han acaecido á causa de considerársela como territorio neutral por la razón misma de sus exiguas dimensiones, que la hacen no ser codiciada de nadie.

En el siglo XVI fue designada para el desafío personal á que se retaron Carlos V, (I de España) y Francisco I de Francia.

En tiempo de estos dos Soberanos se efectuó en ella el

rescate y entrega del Delfín y Duque de Orleans, que estaban en España en calidad de rehenes.

El año de 1639 se hizo allí la entrega de la Infanta doña María Teresa de Austria, hija de nuestro Rey Felipe IV, para Reina de Francia y esposa de Luis XIV, con lo cual se hicieron las paces entre ambas coronas con asistencia de los dos Monarcas Felipe y Luis y sus correspondientes cortesanos.

En otras varias ocasiones se han tenido tambien en esta isleta conferencias para concluir tratados de paz, capitulaciones matrimoniales y vistas de Príncipes de las dos naciones limítrofes.

Los actuales Emperador y Emperatriz de los franceses, la han visitado en época muy reciente; y su visita es el hecho que representa el grabado que encabeza este artículo.

AMPARO.

(MEMORIAS DE UN LOCO.)

(Continuacion.)

Despues cuando nos quedamos solos, me miró frente á frente, pálida y conmovida; sus ojos se llenaron de lágrimas y luego me asió las manos y exclamó con un acento profundamente doloroso y sentido:

—Me ha consagrado V. su vida, á mí, á la pobre muchacha abandonada, á la infeliz traperera. Dios se lo pague á usted. ¡Quiera Dios que yo pudiese hacer á V. feliz!

—Yo soy feliz, la contesté, con que tú vivas tranquila, con que seas mi hermana. Ha sido necesario dar este paso para arrancarte del convento. Yo continúo mi vida sin deseos y sin esperanza, consagrada á tí, que continúas siendo mi hija.

Aproveché un pretexto y fui por un instante á encerrarme en mi gabinete. Allí, seguro de no ser oído, de no ser visto, rompí á llorar: sino hubiera llorado mi corazón se hubiera roto.

Yo la hubiera estrechado entre mis brazos, la hubiera arrancado frenético aquella corona de rosas blancas...

De seguro Amparo hubiera sido para mí una esposa sumisa...

Pero... yo queria su amor... y ella... ¡ella se habia casado conmigo porque se lo mandaba yo! ¡por agradecimiento!

Temia hablarla de mi amor; temia indicárselo; temia que ella se violentase, que se fingiese enamorada de mí para pagarme con un sacrificio inmenso mi proteccion... ¡No! Esto no podia ser... ¡yo debia continuar con mi careta puesta... es mas: debia mostrarme contento, feliz... solo me quedaba un recurso: estar poco tiempo á su lado y viajar mucho; evitar un momento de olvido.

Yo era infeliz.

Pero era indudablemente menos infeliz que lo hubiera sido siendo ella monja.

No sé qué alegría misteriosa inundaba mi alma. Si no era mia, no seria de otro...

Era una posicion de cierto género, y acaso... con la costumbre de verme... ¿quién sabe?

Yo esperaba.

¿Viviria el hombre á quien amaba Amparo?

¿La habria seducido este hombre?... ¿La habria abandonado?..

¡La duda! ¡Horrible espectro que ennegrece nuestra alma con su sombra!

¿Habeis dudado alguna vez de vuestra esposa ó de vuestra madre?

Porque sino habeis dudado alguna vez de cualquiera de esos dos seres que son vuestro corazón y vuestro nombre, no comprendereis lo terrible de la duda cuando se refiere á objetos tan sagrados.

Yo me encontraba en una situacion enteramente excepcional, y sufría todas sus consecuencias.

Sin embargo las aceptaba, y cien veces que hubiera sido necesario hubiera vuelto á casarme con Amparo.

¿Cómo llenaba mi alma! ¿Cómo la enloquecia! ¿Cómo la desesperaba!

¡Cuánto la habia divinizado mi amor!

Todo en ella para mí era perfecto.

Todo en ella para mí era ardiente.

Era un ángel de fuego que me precedia, me llevaba, me arrastraba, no sabia á dónde.

Ahora ya lo sé.

Ese ángel divino me ha traído á una casa de locos:

Volví á su lado perfectamente tranquilo.

Es decir, fingiendo de una manera perfecta una perfecta tranquilidad.

Ella estaba sentada en un sillón junto á la chimenea y arreglaba tranquilamente el fuego.

Cuanto me sintió se reclinó en el sillón, y me dijo sonriendo, con la cabeza echada atrás sobre el respaldo:

—¡Qué feliz soy, Luis!

Era la primera vez que Amparo pronunciaba mi nombre de una manera tan familiar.

Ahora recuerdo que es tambien la primera vez que yo le escribo en estas memorias.

En efecto, yo me llamo Luis.

Admiróme aquella tranquilidad, aquella familiaridad, aquella sonrisa, aquel no sé qué seductor, incitante, que emana de ella.

Sin duda Amparo habia tomado su partido, aceptando por entero el sacrificio.

Este pensamiento me desgarró el alma.

Sin embargo me mantuve firme.

—Yo tambien soy feliz, la dije: yo necesitaba el afecto desinteresado, noble y puro de una hermana, y le tengo en tí.

—¡Oh! yo le amo á V. como si fuera mi padre... ¡y cuánta generosidad, Dios mio! ¿Cómo no ha retrocedido V. ante la idea de que el mundo donde vive pretenda averiguar quien soy y de donde vengo?

—Nada me importa eso: lo que me estremecia era que sin vocacion...

—¡Y se ha sacrificado V. por mí!... se ha imposibilitado de ser feliz mañana... ¡si encuentra V. una mujer que le enamore!... ¡vamos, no sé en qué he estado pensando!... ¡yo no he debido!... ¡si por un acaso! pero no... no puede ser!...

Acercó su sillón al mio y me dijo pálida y conmovida:

—Estamos en una situacion solemne, Luis: en una situacion en que acaso no se han encontrado dos personas solas: debemos ser francos... ¿será acaso...?

Y se detuvo.

—Continúa, continúa; parece que te cuesta sumo trabajo lo que me vas á decir.

—Sí, sí: lo confieso; pero es preciso, es mi deber: habiendo llegado al punto en que nos encontramos, es necesario que yo sepa... lo que debo hacer para...

—¿Para qué?

—Para ser digna de tanto beneficio.

Y luego haciendo un supremo esfuerzo añadió de una manera penosa:

—Luis: ¿me ama V.?

—¡Yo! ¡no! la contesté sonriendo, porque habia adivinado la pregunta, y me habia preparado.

—¡No! es decir... que se ha casado V. conmigo... ¡por... por caridad!

—Amparo, hija mia, la dije: tu gran corazón te atormenta: crees que he hecho un sacrificio inmenso... que te he sacrificado mi libertad! no... te engañas: estoy muerto para el amor, para ese amor ardiente que nos embriaga y nos arroja á los pies de una mujer... no, hija mia, no: eres demasiado pura para que mi corazón, gastado ya, pueda amarte mas que con ese otro amor desinteresado de la amistad; si no hubieras pretendido entrar en un convento, yo... nada te hubiera propuesto: te hubiera tratado como un hermano y nada mas: el día en que te hubieras casado con un hombre de tu eleccion hubiera sido completamente feliz.

Pero te obstinabas, no se por qué no ser monja: habiais dado un paso decisivo, y era necesario dar otro paso contrario, decisivo tambien; me daba miedo tu resolucion... tu estas sin duda desesperada...

—No, me contestó tristemente.

—Tu has amado, Amparo; amas.

—¿Es decir que somos hermanos...? ¿que es usted tan generoso que no mira en mí siempre mas que á la pobre Amparo?

—No hay en mi generosidad, mas hay afecto.

—Pues bien: si somos hermanos, podemos hablar con franqueza.

Yo la observaba y ví que su frente se habia serenado.

—Sí, hablemos con franqueza la dije.

—Pues bien: he amado á un hombre.

—¿A un hombre digno de ti?

—Digno de mí! digno de ser adorado, digno de una felicidad que le ha negado Dios!

—¿Jóven?

—Jóven y hermoso.

—¿Y el te amaba?

—Sí, me contestó, con su triste sonrisa habitual.

—¿Y entonces... por qué no os habeis casado?

—¡Ha muerto! exclamó Amparo.

Y se cubrió el rostro con las manos y rompió á llorar.

Pero de una manera desconsolada, como si su alma entera se exhalase en aquel llanto.

—Pero, me dijo entre sus lágrimas: á V. le amo tambien: le amo de una manera profunda: como á mi hermano... mas... mas aun... como amaria á mi madre... por hacerle á V. feliz daria mi vida... y cuando el padre Ambrosio me dijo que queria V. casarse conmigo...

—¿Te aterraste!

—No, no: en el momento de hacerme el padre Ambrosio la proposicion en nombre de V. me dije: se casa conmigo por caridad; por arrancarme de esta sepultura á que he venido desesperada: en él la caridad es la vida: no amarguemos su vida: y consentí. Pero cuando me quedé sola se me ocurrió que tal vez podria haber en V. mas que caridad: acaso me ame, pensé: si me ama... yo le pertenezco, yo soy suya, yo debo amarle.

—¿Y tu amor?

—¡Es verdad! por eso debiamos hablar con franqueza y hemos hablado: en mí hay dos amores: uno puro, desinteresado, noble, profundo: el que V. me inspira: mi amor antes de hija, ahora de hermana: el otro amor es un desdichado amor, sin esperanza: un amor que enluta mi alma y la desespera: si un dia me sorprende V. llorando, no lo extrañe V.: yo cuidaré mucho que los extraños no vean el dolor en mi semblante; todo el mundo me creará feliz, y lo seré, en efecto, al lado de V.; pero... permítame V. que llore alguna vez por mi amor perdido; por el amor del hombre que Dios no me ha querido conceder. Esto no debe serle á V. doloroso, porque no me ama sino como un hermano; no puede V. temer que el objeto de mi amor manche su nombre, porque es imposible, de todo punto imposible que pueda mancharle.

—Me harás amar por tí á ese fantasma: fantasma para mí, puesto que ha muerto y no sé ni quiero saber su nombre.

—¡Oh, sí! yo le amaré siempre, siempre, con toda mi alma. V. no tendrá celos, ¿no es verdad?

—Siento únicamente que ese hombre haya muerto... porque al fin viviendo él hubieras sido su esposa...

—No hablemos nunca de esto mas: nunca... nunca: ha sido una explicacion precisa. Ahora, mi buen hermano, suplico á V. me diga cual es mi aposento. Necesito descanso; reposo; he sufrido mucho.

—Vamos á tener dentro de un momento al lado personas extrañas, es necesario que delante de ellas no me hables de V.

Aquello era ir de mal en peor.

Comprendí que no podia vivir al lado de Amparo sin que muy pronto me olvidase del todo y me convirtiese en su tirano.

En el tirano de una victima resignada.

¿Acaso no tenia el reciente recuerdo de su repugnancia y de su terror al sentir sobre su frente mis labios?

No, yo debia respetar aquella pasion viva; yo no debia ser infame, yo no debia cobrar mis beneficios á tanta costa para Amparo.

Pero no pude resistir á una atentacion.

Su aposento y el mio, para cubrir las apariencias, solo estaban separados por un gabinete y se comunicaban por dos puertas de escape.

Me retiré á mi aposento, cambié lentamente el traje negro que me habia puesto para la ceremonia por el de casa, dejé pasar, con una impaciencia mortal algun tiempo, y luego abrí silenciosamente la puerta de escape de mi alcoba, y me acerqué, sin causar el mas leve ruido, á la otra puerta de escape del dormitorio de Amparo.

Al frente, tras un bello pórtico de bambues con cortinas de muselina bordada, estaba su lecho.

Antes, esto es, entre la puerta desde donde yo observaba y el pórtico de la alcoba, habia un espacio cuadrado, y en su parte media, una mesa arrimada á la pared.

Sobre la mesa habia una lámpara con bomba de cristal opaca que esparcia una luz velada á poca distancia.

Lo demas del dormitorio estaba en sombra; en una media sombra fantástica.

Sentada en un sillón, junto á la mesa; apoyado en ella un precioso brazo, que dejaban descubierto hasta el codo los encajes de la ancha manga de su traje; apoyado el rostro en su mano, sola, inmóvil, profundamente pensativa estaba Amparo.

Tenia ceñida aun la corona de rosas blancas.

Los brillantes de la especie de ajorca árabe, que yo la habia enviado en el canastillo de boda y que rodeaba el brazo en cuya mano apoyaba su cabeza, me dejaban ver, heridos por la luz, destellos vivísimos, pero inmóviles.

Amparo parecia una estatua de cera, vestida de blanco.

Su mirada fija, abstraída, profunda, como vuelta hácia adentro, hácia su alma, ó como lanzada sin objeto á la inmensidad, al infinito, mirada que no veia, dilatada, lucida, brillante, llena de vida, pero de una vida que espantaba, dejaba comprender la desesperacion profunda, pero resignada, paciente, intensamente dolorosa de un alma desolada.

Nunca habia yo llegado á concebir tanto dolor y tanta resignacion: nunca unaagonia tan lenta; nunca un sufrimiento tan agudo soportado, apurado, dominado con tanto valor: en Amparo no habia esa expresion de disgusto, de rabia, de lucha impotente; expresion de ángel rebelde y condenado, que es una blasfemia muda; una blasfemia en imagen.

Era la victima resignada al sacrificio.

La victima humilde y fuerte, el alma cristiana que sufre la miseria de la vida en su manifestacion mas dolorosa sin revelarse contra la voluntad de Dios.

En vano esperé que Amparo diese una muestra de debilidad ni de impaciencia.

Continuaba inmóvil y tranquila: pero con una tranquilidad que me desgarraba el alma.

Yo sufría de mil maneras distintas.

Primero, el inmenso infortunio de Amparo.

Después mi propio infortunio.

Luego sentía celos; unos horribles celos.

Yo no podia dudar que un amor malogrado, un amor sin esperanza, era la causa de la desolacion de Amparo.

Yo hubiera dado toda mi vida, por sentirme amado un solo momento y de aquel modo por Amparo.

Además, al contemplarla tan hermosa, idealizada, trasfigurada, casi me atreveré á decir, divinizada por el sufrimiento, sentía hervir mi sangre, latir mi corazón, abrasarse mi cabeza.

Yo estaba loco.

La misma fuerza de mi locura me contenía, impedía que yo lo olvidase todo, que empujase la débil puerta que me separaba de ella y que me arrojase en sus brazos...

Yo blasfemaba.

Acusaba de injusto, de cruel, de tirano, á Dios que me hacía comprender de una manera tan horrible el tormento de Tántalo.

Estaba inmóvil; como petrificado.

La mirada de Amparo, aunque no podía verme, caía sobre mi mirada, absorbiendo mi alma, torturándola.

Lentamente fuí perdiendo la conciencia de mi mismo.

Un sopor extraño se apoderó de mí.

Amparo empezó á tomar lentamente un aspecto fantástico; á brillantarse su mirada, á resplandecer; su figura se aisló en medio de una niebla vaga azulada: desapareció á mi vista todo lo que la rodeaba, y quedó ella sola, inmóvil siempre, pero como suspendida en medio de un espacio indefinible, en que ni había luz ni sombra.

Luego la ví alzarse lentamente, arrancarse su corona de rosas, y luego irse despojando de sus joyas, de sus ropas: ví enteramente su hermoso cuello, sus redondos hombros: luego su cabellera destrenzada agrupándose de una manera maravillosa á ambos lados de su semblante: al fin se volvió y se alejó lentamente: se abrieron las cortinas de la alcoba y volvieron á cerrarse.

Amparo había desaparecido: la fascinación había cesado, y volví á sentir la vida real.

A mi vez me retiré en silencio y me acosté.

Me acosté para apurar una horrible noche de fiebre y delirio.

¿Por qué había yo encontrado seis años antes, sola en medio de la noche, recogiendo trapos á aquella niña?

¿Por qué me había causado compasión su miseria?

Yo maldecía mi caridad: la caridad que tan infeliz me había hecho, y que tan infeliz había hecho á Amparo.

Y me decía:

«La caridad es una debilidad: la caridad es la manía de los imbéciles; la caridad se vuelve contra quien la practica.

¿Por qué sentí caridad hacia Amparo?

Porque era un insensato.»

Al día siguiente Amparo se me presentó tranquila y afectuosa: en vano busqué alrededor de sus ojos ese círculo lívido que imprime una noche de insomnio y de fiebre.

En vano esa palidez vaga del cansancio.

Amparo estaba fresca, corriente; parecía feliz.

—¿Has dormido bien? la dije:

—Y por qué no? nunca se duerme mejor que cuando nada se desea, cuando se ha obtenido todo lo que se anhelaba: ¿y tú Luis? estás pálido, pareces triste: si continúas así, creere que te has sacrificado á mi felicidad.

—¡Oh! no: yo creía que tú... que sufrías: pero veo con placer que me he engañado: te prometo dormir esta noche tan bien como tú.

—Pues tranquilízate completamente, me contestó: yo nada deseo, nada quiero mas que tu amor... tu amor tal cual le siento, tal cual yo le siento por tí: hermanos, siempre hermanos: dos y uno... ¿no es cierto que es una felicidad que podamos amarnos de este modo?

—¡Oh! si el mundo conociese la verdad de nuestra posición qué diría?

—Se burlaría de nosotros, porque el mundo, que nunca profundiza, que nunca pasa mas allá de las apariencias, es muy injusto, ó por mejor decir, muy ciego. Pero si el mundo supiese que entrambos hemos amado y sufrido; que de nuestro sufrimiento y de nuestra lucha solo hemos sacado la conciencia ilesa, comprendería nuestra mútua posición: tu has dejado enterrado tu amor en el lodazal de tu juventud; ha muerto allí sofocado, no existe para tí: yo amo á un fantasma imposible y entrambos, con el corazón vacío para ese amor ardiente, que Dios ha puesto en el alma del hombre y de la mujer, satisfechos el uno del otro, nos apoyamos mutuamente y nos amamos con un amor infinitamente mas puro. Debemos, pues, dar gracias de nuestra felicidad á Dios.

¿Me había yo engañado la noche antes?

¿Era en efecto feliz Amparo?

¿O era que tenía tanta fuerza, tanto poder para ocultar su sufrimiento como para soportarle?

(Continuará.)

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

EL ULTIMO BENI-OMEYA.

LEYENDA MORISCA,

POR DON VENTURA GARCIA ESCOBAR.

EL CAMPO DE LOS CRISTIANOS

La blanca luna
en el cénit,
cortando espacios
de oro y zafir,
del campo mustia
pinta el confín
con melancólico
vago matiz;
rielando triste
sobre el carmin,
con que los prados
manchó la lid.

Es la alta noche!...
no hay ruido aquí,
pues todos duermen,
sin ver, ni oír.
Rojas hogueras
acá y allí,
al viento dando
su roja crin,
guardan los reales
de todo ardid.
Armadas rondas
de grey no ruin
lenta cruzando
la sombra gris,
el sueño velan
del paladin.
Sus escarcelas
se oyen crujir,
y de sus cotas
en el perfil
de cuado en cuando
suele imprimir

la inquieta llama
su luz febril,
que apenas nace,
vuelve á morir,
cual vagabundo,
raudo reptil.

Silencio y calma!...

No!... que el tapiz
de airosa tienda
cruza sutil
un rumor sordo...

Cierto que sí
ya es un gemido,
ya eco viril,
ya vagas frases...
voy pues á oír.

Que de este cuento
acaso al fin
pueda la plática
bien conducir.

«Buenos hidalgos,
ya estoy aquí;
también pariente
soy de Lain,
cristiano viejo:

mas no adalid.
Un bardo humilde
soy del país,
que contar quiero
lo que no ví.

Vuestras mercedes
pueden decir;
pues yo templando
mi bandolin,
con las fianzas,

que hayan de mí,
un cuento ansio
grato seguir
de los amores

de un buen zegri
con cierta niña,
como una hurí,
alla en el claro
Guadalquivir.

Y así diciendo,
y haciendo así,
con mano franca
tomo un cojín,
callo, y me siento,
cual un visir.

Y cuatro hidalgos
fijan en mí
sus nobles ojos,
y!... —soy feliz!...

—celebran mucho
mi humor gentil.
Y prometiéndoles,
por San Dionis,

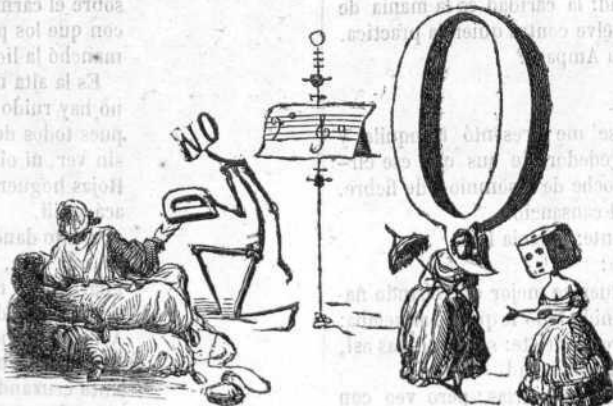
no poner nada
de mi magin,
su parla siguen.

Mirad y oid.

SOLUCION DEL GEROLIFICO ANTERIOR.

*Quien se entregue irreflexivamente á la vida relajada,
algun dia llorará las consecuencias.*

GEROLIFICO.



[Director y propietario, D. MANUEL DE ASSAS.

Redaccion y Administracion, calle de Vergara, 4, principal izquierda.

Madrid.—Imprenta á cargo de JOAQUIN RENE,
calle de la Union, 3, bajo.



Juan de Mal-Lara.

JUAN DE MAL-LARA.

SU FILOSOFIA VULGAR.

Escasas y confusas son las noticias que de este docto sevillano han visto hasta ahora la luz pública, no pudiendo menos de causarnos admiración el que tan poco caso se haya hecho de uno de los mas esclarecidos ingenios del siglo XVI y que mas profundamente comprendieron el espíritu y las necesidades de su época.—Juan de Mal-Lara, citado apenas por los críticos de nuestro tiempo, era en verdad digno de que se le tributase algun homenaje de reconocimiento, como humanista, como maestro de la juventud sevillana de aquel siglo tan feliz para el nombre español, y finalmente como filósofo. Desconocidas, sin embargo, sus principales obras por la mayor parte de los que han estado en situación de hacerle justicia, ó leídas quizá con demasiada precipitación, nadie ha dicho de él mas de lo que Juan de la Cueva nos refiere en su *Ejemplar poético*, y Moratin en sus *Orígenes del teatro*; nadie ha tratado de reconocer sus obras, para llenar este vacío que en la historia de nuestra literatura se advierte; y en ninguna parte mas que en sus producciones existían las noticias, de cuya falta tanto se han lamentado nuestros modernos escritores.—En efecto, en la obra, cuyo título ponemos al frente del presente artículo, hemos encontrado nosotros los datos apetecidos: *la Filosofía vulgar*, esa obra de que no hacen mencion alguna los historiadores, nos ha dado á conocer enteramente á Juan de Mal-Lara,

nos ha revelado sus estudios, sus conocimientos y el espíritu filosófico que fué el alma de sus producciones.—Después de conocerle, después de admirarle, hemos querido que el público le conociera también y hemos tomado la pluma para indicar á los jóvenes estudiosos y á los eruditos las fuentes en donde pueden saciar la curiosidad, excitada al escuchar el nombre del entendido escritor y poeta sevillano, á quien se han prodigado, sin conocerle, los mayores elogios.

Nació Juan de Mal-Lara en la capital de Andalucía, cuna de celebrados ingenios, á fines del primer tercio del siglo XVI, siendo sus padres Diego de Mal-Lara y Beatriz Ortiz, personas ambas de honradas familias, aunque pobres.—Ejercitábase Diego de Mal-Lara en la enseñanza de las primeras letras, y notando que su hijo manifestaba gran disposición para los estudios, resolvióse á que los continuara, poniéndole al cuidado del maestro Pedro Fernandez, quien le enseñó en breve la gramática griega y latina, cuyas lenguas poseía perfectamente, según el dicho del mismo Mal-Lara.—Dedicóse después al conocimiento del hebreo y del árabe, haciendo en todos estos estudios tan considerables adelantos que decidieron á su pobre padre á enviarlo á la Universidad de Salamanca, que gozaba de grande nombradía, para que prosiguiera los estudios mayores, frase con que principalmente se designaban la filosofía escolástica y la teología, que eran entonces, en especial la última, las ciencias de mas importancia que en aquella Universidad se cultivaban. Permaneció allí por el espacio de seis años, en los cuales cursó ambas facultades, siendo sus catedráticos, entre otros profesores, los maestros Leon

de Castro, Miguel de Palacios y Juan del Caño, quienes por ser Mal-Lara de natural dulce y afable, le tomaron grande cariño, conservando con él estrechas relaciones. Empapóse en aquella ciudad en el estudio de los poetas griegos y latinos del mejor tiempo, y manifestó desde luego su grande inclinación á la poesía, escribiendo una *Silva en verso latino* en alabanza de las mujeres célebres, tanto antiguas como modernas; trabajo que fué recibido con aplauso por los hombres mas entendidos de Salamanca, impulsándole á continuar estas sabrosas tareas. Comenzó entonces el poema titulado los *Trabajos de Hércules*, escrito en octavas, del cual solo han llegado á nuestras manos algunos excelentes trozos que cita en su *Filosofía*; y escribió para que se representase en las escuelas de tan insigne *Universidad* una comedia, á que puso por título *Locusta*, dando el primer ejemplo en España de la comedia de costumbres, en que se contuviera un pensamiento moral, propiamente hablando. Compuso además algunas églogas, en las cuales se propuso siempre un fin, reprendiendo sagazmente los vicios que en sus contemporáneos notaba, como refiere él mismo en la Centuria X de la citada *Filosofía*, al desaprobar la costumbre poco racional que obligaba á los hijos á seguir una carrera contraria á sus inclinaciones, por complacer á sus padres.

Pasó despues á Valencia, donde permaneció algun tiempo, yendo finalmente á Barcelona y terminando allí sus estudios bajo la dirección del maestro Francisco de Escobar y los auspicios del canónigo y Vicario general de aquel obispado don Francisco de Solsona. Restituyóse al cabo á su patria en 1549, no sin haber dado antes la vuelta por Salamanca, con el objeto de despedirse de sus maestros y amigos; volviéndose á representar en esta ocasion la *Locusta*, obra que habia él mismo traducido ya al idioma de Virgilio. Recogió en estos viajes cuantas noticias pudo haber á las manos sobre diferentes asuntos, y observó muy particularmente las costumbres del pueblo, cuyo estudio le parecia muy interesante, apartándose hasta cierto punto de la opinion que mas boga alcanzaba en aquella época entre los eruditos. Creia Mal-Lara que el estudio de la antigüedad podia prestar grande utilidad á las ciencias y á las artes, y que la historia de los griegos y los romanos debia tenerse presente para sacar de ella profundas lecciones; y dolíase de que tan poco aprecio se hiciera en España de los estudios históricos, prurriendo en estas palabras. «Nosotros los españoles tenemos en poco las hazañas de los nuestros y dejámoslas escurecer y aun gran parte es el odio que hay entre muchos, para que se cubran los grandes hechos.—Lucio y Floro, aunque los abreviaran no se olvidarian de ellos.»

Estuvo ausente de su patria por el espacio de diez años, segun refiere en la Centuria I, hablando de la magnificencia de Sevilla; y vuelto á esta ciudad famosa, se consagró á la enseñanza de la juventud, como expresa él mismo en estos términos: «Querer yo alabar la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla, á donde yo nací y donde me crié y comencé mis estudios de gramática latina y griega, debajo la doctrina del muy honrado maestro Pedro Fernandez, clérigo y presbítero, de cuya escuela salieron tantos doctores y maestros como en Sevilla hay, siendo padre de los buenos ingenios de esta inclita ciudad, de á donde estuve ausente diez años, en Universidades insignes, oyendo muy doctos maestros, adonde con gran deseo viví de volver á ella y adonde residí, sirviendo á mi patria con lo que pude traer, enseñándole sus hijos con toda la diligencia que yo puedo; no es razon que tan sumariamente ponga por obra, temiendo ser grande atrevimiento en un pequeño número de palabras comprender cosa tan grande.» —En los momentos que le dejaban libres tan penosas tareas, no abandonó Mal-Lara sus estudios, ni menos se olvidó de que ardía en sus venas el sagrado fuego de la poesía. —Es-

cibió, pues, algunas comedias y tragedias, entre las cuales tuvieron singular aplauso los *Celosos* y el *Absalon*; concluyó el poema de los *Trabajos de Hércules*; hizo varias églogas representables, siendo las mas aplaudidas las intituladas *Laurea* y *Narciso*; y emprendió últimamente tres poemas llamados la *Sinforosa*, en el cual trató del martirio de los santos, la *Muerte de San Hermenegildo*, patron de Sevilla, y el *Martirio* de las santas Justa y Rufina, obra que trasladó tambien al latin en elegantes versos (1). Aunque la mayor parte de estas producciones han desaparecido, quedándonos solamente algunos fragmentos y sus títulos, para conocer el estilo poético de Mal-Lara, parécenos conveniente el trasladar aquí las siguientes octavas de la *Sinforosa*, en que describiendo el incendio de una ciudad, pinta la piedad filial de esta manera:

Miran su padre y madre ya cansados,
sentarse en el umbral muy congojosos
no pudiendo huir, del miedo atados,
y por la edad antigua perezosos.

Los hijos de piedad alta inflamados,
por salvar á los dos van presurosos:
el uno en la cabeza alza á su padre,
el otro puso en hombros á su madre.

Dejad las ricas joyas avarientos,
la presa que hicisteis para el fuego,
¿No veis los juveniles pensamientos
contrarios de vuestro ánimo tan ciego?
¡Qué ricos! ¡Cuán dichosos! ¡qué contentos
salen por las hogueras los dos luego!..
el padre y madre solo es la riqueza
que robaron los dos con gran destreza.

Por medio de las llamas encendidas
dando el fuego señal de conservarlos
iban por las pisadas conocidas,
el calor aun no osando maltratarlos.
Porque los via dignos de mil vidas
vergüenza grande tuvo de dañarlos:
ó sublime piedad de alta ventura,
virtud para los hombres muy segura.

Pero si Mal-Lara se entregaba en sus ocios á tan gratas tareas, no olvidó tampoco lo que debia á sus discípulos y al ministerio que desempeñaba, consagrandose sus vigilias á otra clase de obras de utilidad mas inmediata para aquellos. Escribió con este designio una *Gramática castellana*, teniendo presente la ortografía del maestro Alejo de Venegas, á quien elogia mucho en diferentes ocasiones; compuso un *Diálogo sobre la lengua española comparada con la griega*, diálogo que consultó con el maestro Francisco de Vergara, catedrático de griego en Alcalá de Henares; formó un erudito *Discurso de la lengua árabe*, haciendo importantes observaciones sobre la literatura de los sarracenos; emprendió una obra de filosofía moral con el título de *Peregrinacion de la vida*; hizo la descripcion de las fiestas con que en 1570 recibió á Felipe II la ciudad de Sevilla, fiestas dirigidas por el mismo Mal-Lara; y finalmente dió á luz la *Filosofía vulgar*, que es quizá la mejor de sus producciones y una de las mas interesantes obras de su tiempo.

Redúcese la *Filosofía vulgar* á una explicacion de los mas importantes refranes castellanos, precedida de ciertos *preámbulos*, en los cuales se propone probar cuerdamente Mal-Lara que la primera forma de la filosofía ha sido constantemente y en todas las naciones la del *proloquio* ó del *adagio*, propiamente dicho. En efecto: despues de examinar la historia de la civilizacion de los pueblos, despues de

(1) Tambien escribió un poema sobre la fábula de Psichis y Cupido, con el título de *Psique*, cuyo original, firmado por el mismo poeta, se custodia en la Biblioteca nacional.

haber observado cómo se han ido desarrollando en su seno los elementos y los principios de las ciencias, pasando por tan diferentes aspectos hasta llegar á constituir un cuerpo respetable de verdades que puedan sufrir sin detrimento el toque de la análisis, imposible nos parece el encontrar otras primitivas fórmulas á la filosofía, que no es en aquel estado mas que la suma de los principios de la moral de los pueblos, sometida á sus largas especulaciones y á sus buenos instintos. —Mal-Lara que habia logrado comprender esta verdad, demasiado luminosa tal vez para unos tiempos en que solo se se respetaba y reconocia la filosofía de las aulas, con una convicción profunda que contrastaba singularmente con su virtuosa modestia, acometió sin pretension alguna la difícil obra de explicar y ordenar la *Filosofía del vulgo*, disculpando los defectos de su escrito con estas palabras dirigidas á sus lectores: «Sepan ser esta la primera mano de glosar en castellano refranes y agraciéscame el haber yo desbastado la madera.» Mal-Lara no fue, sin embargo, tan exacto como debia al hacer esta declaracion: ya en tiempo de don Juan II habia recopilado don Íñigo Lopez de Mendoza algunos refranes, que se publicaron quince años antes que los de Hernán Núñez, con algunas glosas puestas por Mosen Pedro Vallés, en la ciudad de Zaragoza. Pero el trabajo del humanista sevillano no deja por eso de ser menos estimable: nadie se habia atrevido, como él, á criticar las costumbres de su tiempo, nadie habia pensado en poner en ridículo los extravíos de un *caballerismo exagerado*, que no podia ya estar de acuerdo ni con el espíritu de la época, ni con la nueva constitucion de la monarquía, y nadie en fin habia tenido valor bastante para satirizar el *ergotismo* de las Universidades, que tantos y tan esclarecidos talentos habia ahogado bajo la balumba silogística. Sin presentarse Juan de Mal-Lara como el paladin de la reforma, lo cual hubiera valido tanto como romper las armas antes de entrar en el palenque, dejó caer de su erudita pluma las máximas saludables que debia á sus estudios, sembró dulcemente la crítica en toda su obra y llegó hasta usar de la sátira, sin apercibirse de ello y sin que los lectores lo esperasen tampoco. Su lenguaje es sencillo, así como su estilo que no puede ser mas natural y adecuado al objeto que se habia propuesto. Para dar mas amenidad é interés á su obra, sembró en ella trozos de poesías, sacados de los mas célebres autores sus coetáneos, tradujo con admirable exactitud y elegancia multitud de pasajes de escritores griegos, hebreos y latinos, y recurrió á la autoridad de los mas ilustres ingenios, para que sirviesen de apoyo á sus doctrinas. No nos parece fuera de propósito el trasladar á este sitio algunos epigramas que cita al explicar los refranes, propios unos y traducidos otros, como á continuación veremos. Cuando en la Centuria VI llega al adagio: «Apaña suegro para quien te herede: manto de luto, corazon de nieve,» pone estos cuatro versos:

El llorar del heredero
risa es disimulada:
la cara es la disfrazada,
y el corazon placentero.

Al explicar: «Después que te erré, nunca mas te pensé,» traduce el siguiente pasaje de la sátira VI de Juvenal, que ingiere en la epístola dirigida á Fabio Bartolomé Leonardo de Argensola:

Brava con el marido, como tigre,
de su mal sabidora, el gemir finge
contra sus hijos: que hay combleza inventa,
llora siempre con lágrimas que manan
en abundancia y siempre aparejadas
en su puesto esperando que las llame.

Lástima es que en estos versos abunden tanto los asonantes, destruyendo en parte la armonía de su construccion.

En el refran: «La que con muchos se casa á todos enfada,» pone estas redondillas, traducidas del epigrama XVI del libro IX de Marcial:

Donde sus siete maridos
Cloe tiene sepultados,
para mostrar cuán amados
le fueron y cuán queridos,
ha mandado allí escribir
que ella les dió sepultura;
y escribió la verdad pura,
que ella les hizo morir.

Conocidas ya estas muestras de versificación de Mal-Lara en el género satírico, no será mal que expongamos algunas de otra especie.—En el refran «quien no entra en la mar, no sabe á Dios rogar» se halla la traduccion del Salmo de David *Invoca me*, principiando de esta manera:

Lláname pecador, en cualquier día
que estés atribulado; yo prometo
librarte y lo terné por gloria mia.

Así traduce tambien la bellísima cancion de Petrarca que comienza «Vergine bella che di sol vestita etc.»

Virgen clara, que estas en sólo eterno,
estrella de este mar tempestuoso,
de todo fiel piloto cierto guía,
mira en cuán gran tormenta sin reposo
me hallo agora solo y sin gobierno,
y cuán cerca me está la muerte mia.

Hemos dicho que Mal-Lara criticó en su *Filosofía vulgar* las costumbres de su tiempo, satirizando el *ergotismo* de las Universidades y poniendo en ridículo el espíritu caballeresco que no estaba ya de acuerdo con las creencias y necesidades de su época; y todo esto necesita algunas pruebas.—En el refran «hijos de ciudad á la sogá del buey,» incluso en la Centuria VII, declama con la mayor vehemencia contra la inclinacion que manifestaban ya los jóvenes sevillanos á frecuentar el matadero. «Si quieren saber (dice) »donde se han de hallar los hijos de mi tierra y gran ciudad, no en estudios, no en iglesias, no en oficios honestos, »no sirviendo á sus padres y señores, no en escuelas ni en »otra cosa mas que á la sogá del buey, que tienen los carniceros atado al matadero.—Por esto, añade, que si resucitara un viejo de aquellos tiempos en que peleábamos con »los moros á la puerta, dijera: ¿Qué manera de hombres »tan bárbaros viven en mi tierra?...» Aquí no pudo menos de perder Mal-Lara su natural templanza. La glosa del refran segundo de la Centuria X se dirige toda contra los que sin tener mas ciencia que haber asistido á la Universidad por algun tiempo, defendido en ella unas lecciones que les habia dado algun amigo para que las tomasen de memoria, y recibido, en fin, los grados de bachilleres ó de licenciados en artes, aprendiendo á torcer los labios, manotear, descomedirse con los que argüían mejor que ellos, dar grandes voces y despreciar las dificultades, se creían unos sábios, siendo muy sensible que estuviesen las escuelas infestadas de semejante plaga.—Del mismo modo escribe contra los que sin tener los honrosos títulos que sus antepasados, exigian que se les rindiera igual vasallaje, sin advertir que habia desaparecido ya su preponderancia y que se les habia escapado el poder de las manos.—Otra clase de personas existian en tiempo de Mal-Lara, á las cuales no podia ver sin irritarse.—Hablamos de los médicos. En todas las ocasiones que se le ofrecen, se deja caer sobre los doctores de su tiempo quizá con severidad exagerada, lo cual nos hace sospechar que habia recibido de ellos alguna grave ofensa, ó que le habian mata'o algun pariente ó amigo, por falta de inteligencia ó por sobra de ignorancia. El mismo

Mal-Lara llega á reparar en su acritud y para disculparse, dice en el refrán décimooctavo de la Centuria X: «Diráme alguno que ¿por qué persigo esta manera de hombres, que se hacen médicos sin tener letras, cordura, experiencia, edad, ni dineros con que dilatar las curas?... Porque va mucho en ello á la república: que son gente que puede matar sin pena, y sus pecados encubre la tierra.»—Respecto á este último punto es preciso confesar que no hemos hecho en el espacio de tres siglos grandes progresos.

Escribía Juan de Mal-Lara la *Filosofía vulgar* por los años de 1536, si bien había empleado en reunir materiales mucho tiempo, siendo la obra que llamó mas seriamente su atención desde su vuelta á Sevilla y queriendo dejar en ella un testimonio irrecusable de los grandes estudios que había hecho, tanto de los poetas y filósofos griegos y latinos, como de los italianos, franceses y españoles que se habían señalado hasta su época. Pero á pesar de que hizo gala en la *Filosofía* de una erudición portentosa, no incurrió en el reprehensible abuso de amontonar citas impertinentes, que tan comun se hizo en el siguiente siglo, dando al traste con las bellas letras y ahogando los mas aventajados talentos.—Mal-Lara supo usar de su erudición con una oportunidad y parsimonia que demuestran su buen juicio, y si bien llegó á ser en algunos pasajes demasiado difuso, no por eso dejó de presentar con novedad sus doctrinas, explicando casi siempre con mucha felicidad el origen de los refranes y su sentido moral, sin apartarse jamás de la buena crítica.—Por estas razones el libro de Mal-Lara, que ha llegado á hacerse bastante raro, es muy interesante bajo diferentes aspectos.—En él se encuentran resumidas las creencias religiosas y políticas del pueblo español bajo las primeras formas que recibieron al constituirse la monarquía; en él los aficionados á los estudios arqueológicos hallan importantes y curiosas descripciones de las costumbres de nuestros abuelos; los que se dedican al conocimiento de la historia pueden recoger multitud de hechos ignorados por los autores de mas nota; y finalmente los jóvenes entregados al cultivo de las humanidades, encuentran en este libro un curso de literatura antigua y moderna de tanto mas fácil acceso, cuanto que está entretejido de halagüeñas y entretenidas historietas, que no pueden menos de cautivar el ánimo de los lectores.

Al terminar el exámen de esta obra, exámen que requería tal vez mas ancho campo, no podemos pasar en silencio el apuntar que se ha atribuido á Juan de Mal-Lara por el docto Rodrigo Caro en sus *Claros varones de Sevilla* un soneto dedicado á Hugo Hels Frisio, por haber entretejido en un reloj las armas de la casa de Rojas: ni el lenguaje ni otra alguna de las circunstancias del expresado soneto guardan la mas remota semejanza con el estilo y el lenguaje usado por el humanista sevillano en las composiciones que nosotros conocemos; pareciéndonos por estas razones que Rodrigo Caro padeció un error notable al atribuirle dicho soneto. Para que nuestros lectores puedan hacer por sí la comparacion, no nos parece descaminado el trasladarlo á este sitio:

Dice así:

Febo la clara España contemplando
para mejor en ella declararse,
quiso por un artifice reglarse,
el cómo y cuándo da su luz notando.

En las armas de Rojas reloj dando
hizo los signos, meses divulgarse,
el calendario, santo celebrarse,
las horas día y noche señalando.

Letra dominical, fiestas movibles,
elevacion del sol sobre horizonte
los puntos que d'ecliptica s'aparte.

Autor de las estrellas mas visibles
largura de una torre, pozo y monte
es Hugo Frisio quien escribió est'arte.

Nosotros confesamos ingenuamente que apenas entendemos palabra de todo el soneto.

Al dar á luz estos apuntes sobre un poeta y humanista que tan distinguido puesto tiene en nuestra historia literaria, manifestando al par las fuentes de donde hemos sacado las noticias de su vida, creemos prestar un servicio, aunque pequeño, á la literatura de nuestro pais, dando los primeros pasos para llenar el vacío que acerca del maestro de los celebrados Francisco de Medina, D. Juan de Arguijo y otros poetas sevillanos, se advertía. Juan de Mal-Lara era acreedor indudablemente á que se le sacase de la oscuridad; y nosotros damos por bien empleadas nuestras tareas, animados de la esperanza de que otras mas bien cortadas plumas se dedicarán con estos principios á ilustrar su vida, ya que su nombre es generalmente conocido y acatado. Ignórase cuál fué el año en que murió; pero sábase que en 1580 había pasado ya de esta vida, con grande sentimiento de sus amigos y discípulos. Hernando de Herrera, que era uno de los mas predilectos, lloraba su pérdida del siguiente modo:

ELEGIA A LA MUERTE DEL MAESTRO JUAN DE
MAL-LARA (*).

(Inédita.)

No se entristece tanto cuando pierde
Desnudo, el ramo fértil y florido

Ya sin vigor cortado, el árbol verde,

Cuanto yo, viendo suelto y dividido
Del alma el lazo estrecho, con la muerte
Que velo no podrá cubrir de olvido.

Oh duro corazon qu'en mal tan fuerte
No rompes, ¡cuándo esperas ablandarte,
Después d'esta terrible y grave suerte?

De mi alma murió la mayor parte,
Y el cielo, qu'en mi llanto es buen testigo,
Vé que nunca el dolor de mí se parte.

¡Oh ejemplo de virtud! ¡Oh caro amigo!
Que en mis entrañas vivas juntamente,
Lo mismo que ya fuiste eres conmigo.

Que la fé del amor jamás consiente
Que la muerte consuma con tu vida
La llama que mi pecho ardiendo siente.

Cortóse el paso á la amistad crecida;
Que nuestro dulce trato es acabado
Y el corazon de amarte no se olvida.

Pensaba yo qu'el cuerpo desatado
De los nudos del alma antes viviera
Que yo sin tí esperar solo, apartado.

Al fin pasé esta vida lastimera,
Y la sufrí... ¿qué aguardo? ¿por qué al cielo
No te muestras mi guía verdadera?

Cansado, ya procuro alzar el vuelo
Al lugar glorioso y soberano:

Que al ánimo es pequeño asiento el suelo.

Amor terreno y un deseo vano,

Cuidado y engañosa la esperanza

No me dejan un punto de la mano.

¡Cuándo pondré en mi estado tal mudanza

Que solo amor celeste en mí respire

Con segura firmeza y confianza?

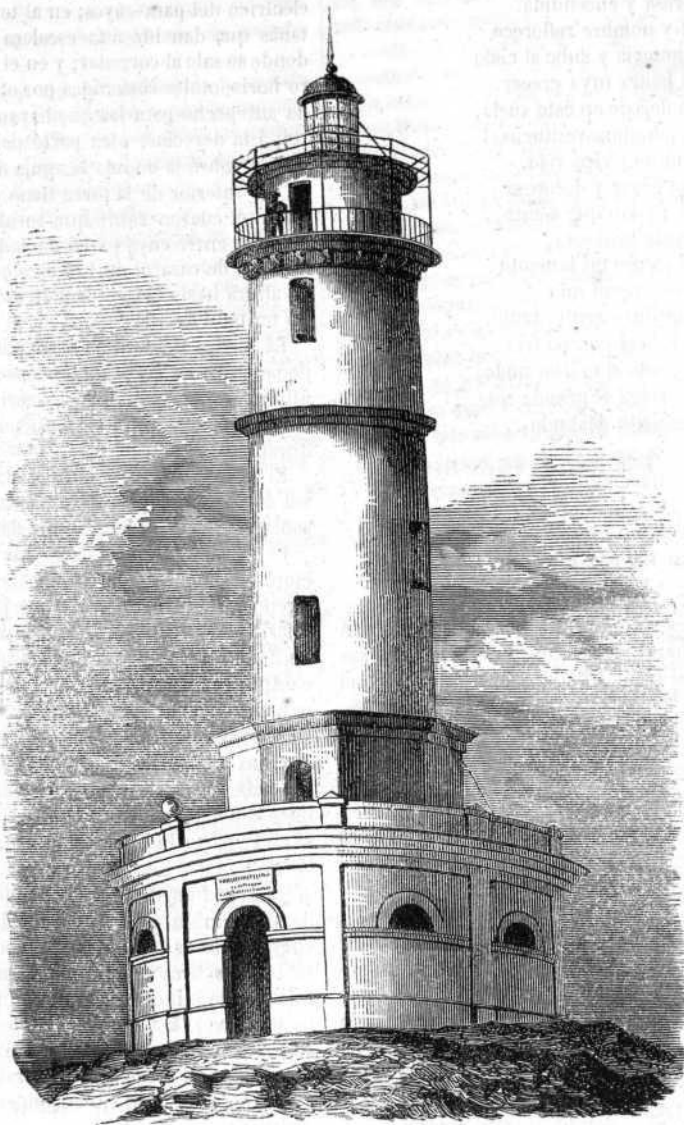
Divino celo al corazon inspire

Y te dé tal virtud que solo sienta

El alto bien que á mortal pecho admire.

No me deje caer en esta afrenta

(*) Consérvase esta bella composicion en el *Libro de descripcion de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones*, manuscrito debido al sevillano Francisco de Pacheco, y poseído hoy por nuestro amigo Don Juan José Bueno, distinguido poeta de aquella capital.



El Faro de Santander.

Donde me veo en confusion perdido,
Donde el mal que conozco me atormenta.

Tú qu'en el cielo estás esclarecido
Ruega por mí al Señor de cielo y tierra,
Porque no muera en sombra del olvido.

Valga la peligrosa y larga guerra
Que en mi alma se traba noche y día
Con quien el paso á bien obrar me cierra.

Despues que llevó muerte oscura y fria
De tu mortal cuidado los despojos,
Huyó de mí el contento y la alegría.

Lágrimas abundaron en mis ojos
Y por tu arrebatado apartamiento
En mí se renovaron los enojos,

El inmortal, el claro ayuntamiento
Celebró los trofeos de tu gloria,
Y gimió Bétis lleno de lamento.

Sonó una voz llorosa en tu memoria;
El ingenio y bondad junto acabaron,
Cuando el Hado gozó de tu victoria.

El valle y alto monte suspiraron

Y á Híspalis vestida en negro manto
Pluvias y ciegas nubes ocuparon.

Contigo pereció el alegre canto,
Y en reliquias del daño doloroso
Quedó grave y quejoso, y triste llanto:

Bétis, que al sacro Océano espumoso
Llevaba el son de tu adorada lira,
Altivo y con grandeza glorioso;

Mudo, en su oscura gruta se retira,
Y en el profundo vaso con gemido
Las tardas ondas, discurriendo mira.

De tu canto quedaba suspendido
El español osado y el romano,
Y el francés orgulloso y atrevido.

Por tí el ilustre *Príncipe Tebano*
Es mas famoso, y vive su memoria,
Que por vencer al bárbaro africano.

Aunque se estime con eterna gloria
Por la fiera de Arcadia embravecida,
Mas valor le dará tu noble historia.

Era trueno tu voz, pero tu vida.

Claro rayo que puro resplandece,
Con llama presurosa y encendida.

Que tu virtud y nombre reflorace
Con perpétua memoria y sube al cielo
La fama que con honra tuya crecer.

Aunque tú me dejaste en este suelo,
Queda con Dios, ¡oh alma venturosa!
Cubierta de purpúreo y rico velo.

Que si mi pena grave y dolorosa
Me dá lugar en la pasión que siento,
Yo cantaré su gloria generosa,

En tanto que lo sufre mi lamento,
Permite este lloroso verso mío,
Triste muestra de duro sentimiento.

Aquí yace sin vida el cuerpo frío
De Mal-Lara que, roto el mortal nudo,
Donde á Vandalia riega el grande río,
Voló al cielo su espíritu desnudo.

JOSE AMADOR DE LOS RIOS.

EL FARO DE SANTANDER.

En el extremo Nordeste de la península de Santander, á una legua poco mas ó menos de la ciudad del mismo nombre, á la inmediación del *Cabo Mayor*, y exactamente en el punto que las cartas y planos hidrográficos de Tofiño designan con el nombre de *Atalayon del Cabo Mayor*, se alza una torre tan elegante como sencilla, á manera de columna coronada con un faro de segundo orden moderno de *Fresnel*. Su situación es á los 43 grados, 30 minutos y 15 segundos de latitud, y á los 2 grados, 37 minutos y 20 segundos al Este del meridiano de Cádiz en la costa al Oeste de la boca del puerto de Santander.

El paraje es solitario y peñasco, su aspecto es agreste, y las olas del mar que con estrépito vienen á estrellarse en la roca en que asienta la torre, completan el efecto imponente de aquel escarpado sitio.

El edificio, representado en la página anterior, es todo de piedra de sillaría y consta de un primer cuerpo circular de 51 piés de diámetro exterior y 25 de altura hasta la parte superior de su cornisa, decorado con 8 arcos entre otras tantas pilastras empotradas, y con basamento y cornisa general, cuyas proporciones son las del orden Jónico de Vignola; teniendo en la parte superior una azotea. El espacio interior sirve de habitación á los encargados del edificio.—En el centro de este cuerpo, que sirve de zócalo, se alza en el lugar que ocuparía la basa de una columna, un segundo cuerpo octógono de 28 piés de diámetro y 44 de altura desde el terreno.—Sobre él sube otro circular como fuste de columna, disminuyendo de abajo arriba, siendo 25 piés su diámetro por la parte inferior y 23 por la superior, y cuya altura es de 55. Termina en vez de capitel en una cornisa sostenida por cartelas, sobre las cuales hay un corredor ó galería circular con balaustrada de hierro. La parte equivalente á la caña de la columna tiene poco mas arriba de su mitad una faja horizontal en forma de cornisa.—Sobre el plano del corredor se eleva otro cuerpo cilíndrico de 20 piés de diámetro y 10 de altura, sobre la cornisita del cual está plantado el farol.—Este es tambien cilíndrico, de 12 piés de diámetro y 19 y medio de altura hasta la parte superior de la cúpula, resultando una altura total de 111 piés. En nuestro grabado se vé en el cuerpo inferior la puerta de entrada sobre la cual hay una inscripcion; sobre la cornisa en el pretil de la azotea, á la izquierda del espectador, un reloj solar de forma esférica; en el segundo cuerpo la puerta que da co-

municación á la azotea, y á la derecha parte del conductor eléctrico del para-rayos; en el tercer cuerpo tres de las ventanas que dan luz á la escalera; en el cuarto la puerta por donde se sale al corredor; y en el quinto, unas barras de hierro horizontales sostenidas por otras verticales, y que sirven de antepecho para los que hayan de andar por fuera del farol; á la derecha, otra parte del conductor de la electricidad, y sobre la cúpula la aguja del para-rayos.

El interior de la torre tiene en el centro, desde el suelo hasta el cuerpo sobre que se alza el farol, un ojo ó hueco circular entre cuya pared de ladrillo y la exterior, sube una escalera de caracol de 124 escalones de piedra. Desde aquella altura hasta el farol hay otros 20 de madera, componiendo un total de 144.

La piedra del faro de Santander es de la mejor calidad y de color muy claro, habiéndose tratado de que tuviese esta última circunstancia para hacerla mas facil de divisar por los navegantes, pudiendo asi servir para guiarlos tambien durante el dia.

El terreno en que está fundada la torre tiene sobre el nivel del mar 220 piés de altura, resultando hallarse elevado sobre este nivel el foco de luz del farol á 326 piés.

El aparato luminoso da su luz por reflexion y por refraccion:—la primera aparece constantemente en toda la circunferencia producida por 100 espejos superiores á la luz, y 70 inferiores;—y la segunda intermitente, por 8 lentes giratorios de 2 piés de latitud y 3 de altura. Un solo *quinqué* en el centro del aparato, que tiene mechas circulares concéntricas, produce un cono de luz de 3 pulgadas de diámetro en su base, y 2 de altura. Hay en el todo dos movimientos producidos ambos por dos pesas independientes proporcionadas cada una á su destino; de las cuales la mayor, y que produce el primer movimiento, pasa por una media caña abierta en la parte interior del muro, y la otra descende por el eje de la torre, en la altura que hay desde el piso del farol al inferior inmediato.—El primer movimiento, por medio de una combinacion de ruedas dentadas, hace girar la circunferencia de los lentes, de modo que produce con regularidad la *oscuracion* y la *máxima iluminacion* de la luz, refractada de minuto en minuto de tiempo.—El segundo pone en juego 4 pequeñas bombas de fuelle, que desde el depósito inferior del *quinqué* elevan el aceite necesario á las mechas, de tal modo que el sobrante de la combustion vuelve á caer en el depósito, consumiendo media libra de aceite por hora.

Este aparato empezó á lucir el dia 15 de agosto de 1839; costó 180,000 reales, y se ha visto su luz alguna vez por los navegantes á la distancia de 12 leguas.

En las noches tormentosas, una considerable cantidad de aves de todos géneros, lanzadas de sus albergues por el temporal, van atraídas por aquella claridad á estrellarse contra los gruesísimos cristales del enorme farol.

A.

UNA VIOLETA,

POR DON MANUEL IBO ALFARO.

Dedicada á su querido amigo

DON BIENVENIDO V. CANO.

(Continuacion.)

II.

Concluyó la polka.

Una orquesta de regimiento comenzó á tocar en lejana cámara escogidas piezas de música italiana: lacayos de flamante librea cruzaban las alfombras con bandejas de dulce

y refrescos lijeros, y las hermosas coquetas aduladas por los galanteos de jóvenes aristócratas, se algolpaban á los balcones por respirar la suave brisa de una noche de primavera.

Mientras la reunion mas y mas se animaba; y el Dios de los amores batia sus alas sobre aquella escogida concurrencia; Alfredo y Adamina sentados ambos sobre un cómodo divan que llenaba el hueco de dos colgaduras de damasco blanco, dieron principio á este diálogo:

—Porque suspira usted? le dijo Alfredo.

—No se; contestó Adamina; pero á las veces es tan bello suspirar...

—Es muy cierto: cuando uno se encuentra en una estancia tan magnífica como esta; escuchando los lejanos sonidos de una orquesta tan melancólica; aspirando el aroma de mil esencias y de lozanas flores; un suspiro es la expresion del patético gozar de nuestro corazon.

—Es verdad! murmuró Adamina.

—Y cuando nuestro corazon, embargado por el suntuoso boato que le rodea; por las esencias mil; por las flores y por la orquesta, respira junto al ser á quien adora, ¡ay! un suspiro es el trasunto de las delicias puras de su alma.

—¿Habla usted de mí, caballero? le preguntó Adamina con sonrisa de ángel.

—No, señora, hablo de mí: le contestó Alfredo con gravedad, fijando en ella su mirada. Digo, señora, para que usted me entienda, que el mágico placer que goza mi espíritu esta noche, lo endulza doblemente el estar al lado de la mujer á quien amo.

—¿De la mujer á quien ama usted? preguntó Adamina con fugaz sonrisa.

—No; de la mujer, de la única mujer acaso, á quien ya pueda amar.

—Tendria singular placer en conocerla, ¿quiere usted enseñármela, Alfredo?

—Nada mas fácil, señorita, está muy cerca de mí.

—¿Cuál es?

—Es usted.

—¿Yo? exclamó Adamina sonriendo, y luego fijó los ojos en el suelo con aire de melancolía.

—¿Se rie usted? le preguntó Alfredo.

—Me rio... de que es muy cierto lo que me han referido de usted.

—¿De mí? exclamó Alfredo admirado: ¿y quién le ha hablado á usted de mí?

—No tengo inconveniente en decirlo: varias amigas de la casa de mi tia donde estoy hospedada, entre las cuales se cuentan las niñas que han venido á saludarme al concluir la polka.

—¿Pues no me ha recibido usted al principio como enteramente desconocido?

—Y lo era usted para mí; pero despues me ha dicho usted que es el poeta Valparaíso, y un buen poeta es conocido en todas partes.

—Mil gracias, señora mia, por una lisonja que agradezco sin aceptar, contestó Alfredo.

E hizo una cortesía de cabeza.

—Pero cuénteme usted ¿qué es lo que le han dicho á usted de mí?

—Me han dicho mil cosas y muy bellas.

¿Y cuáles son esas cosas?

—¿Qué empeño tiene usted en saberlas!..

—¿Tiene usted inconveniente en decirlas?..

—Ninguno. Me han dicho que era usted muy galante, que á todas las jóvenes rendia usted su amor, que tenia usted un pecho muy grande, pues que en él cabian todas, que su corazon de usted debia estar ya despedazado...

—¿Y qué mas, Adamina?

—Que se declaraba usted á una joven con la misma fa-

cilidad que pedía usted su mano para bailar una polka; por fin, me han dicho tambien... ¿lo digo? preguntó mirándolo con inocente sonrisa.

—Oh, sí, dígalo usted todo.

—Pues bien, me han dicho que esta noche se me declararia usted á mí, puesto que soy la última que ha llegado.

—¡Basta, Adamina! exclamó Alfredo palideciendo de coraje: ¿eso le han dicho á usted esas coquetas?

Y dirigió á las bellas una satírica mirada de compasion.

—Y no le han dicho á usted tambien que, sordas á mi pasion, han colmado mis anhelos con un redondo desprecio?

—No, señor, no me han dicho eso.

—Pues es mucho, porque todo eso cabe en el corazon de una coqueta.

—Pero es lo cierto, dijo Adamina con dulce sonrisa, que las coquetas le conocen á usted muy bien, pues han acertado en su profecía.

—¿Por qué?

—Porque al fin, segun ellas me habian prevenido, ha acabado usted por declararme á mí tambien su pasion.

—¡Adamina! exclamó el poeta con una extraña expresion que asustó á la joven.

—¿No es cierto? preguntó esta maquinalmente.

—No es cierto: respondió el poeta. Yo no le he dicho á usted que la amaba; yo le he dicho á usted que era acaso la única mujer á quien pudiera amar en la vida. ¡Ay Adamina! aun no ha entrado usted en la corte, y ya comienza la corte á destilar ponzoña en su inocente corazon... Flor purísima que viniste mojada con el rocío de una aurora plácida, ya comienza el ambiente fétido que respiramos, á envenenar grado á grado tu corola.

—Yo no veo en la corte ese veneno de que usted se lamenta, Alfredo; repuso Adamina, dirigiendo al poeta una mirada acariciadora.

—Lo creo: el dorado pez no ve el anzuelo oculto en el cebo con que se le engaña; el gilguero no ve la red escondida entre las flores por donde alegre brinca; la victima no ve la cuchilla del druida, hasta el instante mismo de descargar el golpe sobre su cuello.

—Vaya, vaya, dijo Adamina tratando de dar otro sesgo á aquella conversacion; usted maldice de la corte, pero bien disfruta usted de sus atractivos...

—Yo...

—No se haga usted el extraño que todo lo se.

—Pues qué sabe usted Adamina?

—Se que bailes tan suntuosos como el de esta noche solo los da la marquesa de Visteflor de tarde en tarde, pero se tambien que todos los jueves tienen ustedes aquí mismo una reunion donde concurren hermosas niñas, y donde usted se divierte de lo lindo.

—Yo por mi parte le aseguro á usted que no me divierto.

—Qué no? preguntó Adamina con franca y simpática sonrisa: ¿no es cierto que hace algun tiempo hizo usted el amor á la hermosa Elisa?

—Fingí que se lo hacia.

—Ola... tambien usted sabe fingir?

—En una sociedad en que todos fingen ¿por qué no he de fingir yo tambien?

—Y despues, no amó usted á Enriqueta?

—Fingí tambien que la amaba.

—Y á otras muchas que me han indicado mis amigas, ¿no les ha declarado usted su pasion?

—Mentía cuando se les declaraba.

—Pues entonces... tambien habrá usted mentido cuando ha comenzado á declararse á mí.

—¡Adamina! Entonces no mentia; entonces me engañaba.

—Se engañaba usted, y por qué?

—¿Por qué? fuerza será hablar con franqueza, hermosa niña.

—¡Oh! si por cierto, hable usted; yo soy muy franca, y aprecio mucho la franqueza.

Y despues de exhalar un lánguido suspiro, fijó los ojos en el suelo.

—Yo amo, exclamó Alfredo, como ama toda persona que siente las bellezas de la naturaleza: yo amé con delirio en los bellos dias de mi infancia; mi amor era una aureola de flores con que los ángeles velaban mi sueño; hoy mismo siento latir en mi pecho el germen del amor; pero el tiempo, la corte, la sociedad estudiada y artificiosa en que ahora vivo, han matado mi pasión. Usted cree Adamina que aquí se ama? Usted cree que aquí se siente la sublimidad del amor? ¡Ay, no! Aquí cada uno se ama solo á sí mismo; y al declarar á los demas su pasión, solo predomina en ello un sentimiento de orgullo ó de interés. El amor Adamina; el verdadero amor, puro, celeste y desinteresado, existe únicamente en los valles, en las aldeas y en las quintas...

Adamina continuaba con los ojos fijos en el suelo.

—Para mí, Adamina; es bello todo lo que la naturaleza crea; y es ridículo todo lo que la sociedad produce. Bellos son los montes, bellas son las florestas, bellas son las lagunas, los arroyos, las nubes, el céfiro sutil de primavera, y el vendabal furioso del invierno. Y ridículo, muy ridículo, es casi todo lo que la sociedad autoriza.

Adamina se sonrió.

—Se rie usted? le dijo Alfredo: ¿pues qué no es ridículo ver á una jóven morena untarse de almidon, raiz de lirio y otras porquerías por presentarse blanca? ¿No es ridículo el que estén una noche en tormento continuado por ocultar una pulgada de cintura? ¿no es ridículo ver esas viejas cargadas de perifollos, cuando debian estar pidiendo á Dios perdón, tal vez por las *flaquezas* que cometieron en el siglo pasado?

Adamina ocultó con el pañuelo la ruborosa sonrisa que asomó á su rostro.

—Pero al fin, continuó Alfredo; eso puede disculparse, porque la mujer es el sexo de las debilidades; mas dígame usted, jóven hermosa; ¿no es en extremo ridículo ver á esos pollos malgastando en necedades un tiempo precioso que debian emplear en educar su espíritu y su corazón? ¿no es ridículo... nó es doloroso, ver tantos hombres de bigote y perilla, sin otro pensamiento que el frac que ciñe su cuerpo, ó las gafas que esconden su atrevida mirada? Usted es muy jóven Adamina, pero esto entristece el alma; y esto es por desgracia lo que sucede en nuestra sociedad. Y luego vienen esas amigas de usted á decir que declaro mi amor á dos ó tres en un mes?... á veinte lo haria en una noche, si encontrara placer en hacerlo; porque en lugar de salirme cual otros, á fumar un puro en la antesala, me entretengo en decirles que las amo.

(Continuará.)

LOS AMORES DE ABEN-ZAYDE.

De eunucos acompañado
y precedido de guardias
en el haren de Abd-Allah,
moro que es rey en la Al-Hambra,
entró el valiente Aben-Zayde
en demanda de una esclava
que el rey á su amor concede,
en premio de noble hazaña,
que dejó sangrienta huella
en la frontera cristiana.
La esclava fija en el suelo
la hermosísima mirada,
y Aben-Zayde de rodillas,
de tal manera la habla.

Nazarena, que el rey moro
guarda en su haren, cual tesoro
á sus amores velado;
la sultana en hermosura;
la de gentil apostura;
la del cabello dorado;
yo al rey moro juré un dia,
si tu amor me concedia,
llevar su roja bandera
hasta el confin castellano
y entrar, vieniendo al cristiano,
en Jerez de la Frontera.

¡Tulipan de los harenes!
si á mis jardines te vienes;
si entre su verde espesura,
que agita el aura galana,
la luna alumbra mañana
el cielo de tu hermosura.
Si en mis divanes dormida,
te miro feliz, mi vida;
si al despertar á la aurora
sonries á quien te adora
y tu mirada hechicera
veo en mis ojos posada,
¡bendita sea mi entrada
en Jerez de la Frontera!

Alcaide soy en Alhama;
el rey su leon me llama;
tiembla á mi voz el cristiano;
cinco villas y un castillo
sustentan el régio brillo
de mi nombre soberano;
llevo á la lid mil zenetes
en blancas yeguas ginetes;
mi fama el mundo venera,
y una mora no se hallara
que al vencedor desdeñara
de Jerez de la Frontera.

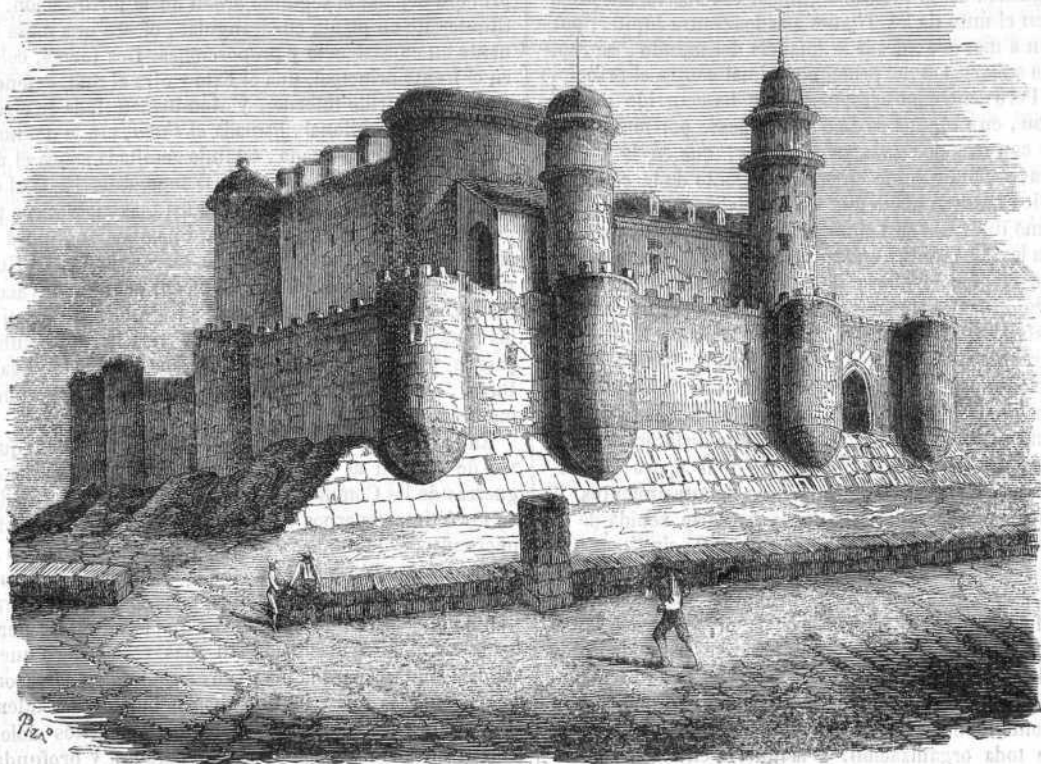
¡Eunucos! ¡francas esten
las salidas del haren!
¡el rey me da esta doncella!
¡Gacela, mi esclava eres!
¡ay de tí, si mi amor hieres,
y no es amarme tu estrella!
¡Pronto en mi haren estarás!
¡Atrás, esclavas, atrás!
¡Eunucos! ¡sacadla fuera!
¡Ay! ¡si mi fé no es premiada,
maldita sea mi entrada
en Jerez de la Frontera!

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

Director y propietario, D. MANUEL DE ASSAS.

Redaccion y Administracion. calle de Vergara, 4, principal izquierda.

Madrid.—Imprenta á cargo de JOAQUIN RENE,
calle de la Union, 3, bajo.



EL CASTILLO DE SIMANCAS.

—¿Así, mancas las quereis?—

—Así, mancas las quereimos.—

Poesía antigua.

Orillas del caudaloso Pisuerga, sobre una pintoresca cuanto riquísima vega, alza en prominente recuesto la villa humilde, que de origen mal columbrado entre la sombra de los tiempos ha llegado á tener célebre y respetable nombradía. Y esta importancia débela, no tanto á su historia local, no escasa por cierto en interés y consideración como al monumento artístico, que de alcázar de la opresión y de la guerra, pasó á ser tesoro de gloria é ilustración para el país. *El castillo de Simancas* tiene una doble significación; y es preciso contemplarle en su aspecto de fortaleza feudal y de cartofilacio de la corona de Castilla. Porque cada cual de esas fisonomías representa nada menos que toda una época; y se diferencian tanto entre sí, como la situación del mundo civilizado en ellas significada respectivamente. Esta es una apreciación muy curiosa para el observador filosófico; apreciación tan característica y singular que quizá no pueda hacerse sobre otra obra monumental. Bien que difícilmente se hallará un edificio que mejor simbolice y marque por su destino el tránsito de la edad media á la edad moderna, y que con tanta viveza y fidelidad refleje y reasuma la índole de cada sociedad y el estado de cada civilización.

Estudiando así su existencia nos representa por una parte el feudalismo militar y por otra el reinado de la inte-

ligencia; allí se trasluce la acción de la fuerza, aquí el influjo del espíritu; en lo remoto la espada, en lo próximo el pensamiento. ¡Qué diferencia tan radical y absoluta! ¡Qué serie de observaciones emanan de cada significación! ¡Cuántas y cuán profundas reflexiones se presta esa meditación! ¡hasta donde es elocuente ese recuerdo de la antigüedad!.. Trás de cada una de sus materiales apariencias de servicio y uso mecánico, está toda una fase del continente europeo, toda una jornada de sus pueblos en el camino de la humanidad hacia su perfección. Y confrontados y existimados entre sí esos pormenores, parece imposible que se hayan amalgamado en un mismo objeto, haciendo de él una verdadera esfinje: pero esta esfinje, este monstruo complejo significa una gran idea, y envuelve un misterio, que merece bien la faena de ser descifrado y entendido. El castillo de Simancas, del siglo XII, es la antítesis, el contrario del castillo de Simancas del siglo XVI. La fortaleza del poder es el polo opuesto del museo del saber, tanto como lo son la guerra de la paz, la violencia de la razón. El castillo de Simancas por su destino de ayer y su empleo de hoy es un enigma de sí mismo, que solo se explica en la sucesión de los tiempos y de los sucesos, bien apreciados en todas sus consideraciones, como lo hace la crítica de los modernos historiadores.

La fuerza y la inteligencia, esos dos grandes constitutivos del hombre, que amalgamados y en armonía forman el elemento de perfectibilidad social, han solido divorciarse radicalmente, y luchado por su respectiva superioridad. Y

asi como obrando de consuno son el mejor vehículo, la poderosísima palanca de la civilización, su divorcio y su lucha retardaron no pocas veces, ni por escasos tiempos, el progreso y natural corriente de la cultura y de la prosperidad humana. La fuerza no se resignó á comprender que, como hija de la materia, es un agente secundario de la inteligencia que emana del espíritu; y se reveló contra ella, y quiso compartir, sino usurpar, el reinado de la razón. La antigüedad acaso intentó significar esa aberración psicológica en el mito de los Titanes alzados contra Júpiter; porque bien á menudo, desde la infancia del mundo, se repitiera esa subversión del principio animal contra el principio moral. Pero entre las ocasiones, que ha ocurrido tal perturbación, en ninguna se dejó sentir acaso por tanto espacio, ni con mas decisivas condiciones, que en la Europa moderna, á contar desde el establecimiento de la conquista Germánica hasta la abolición del feudalismo. Durante ese larguísimo intervalo se vió sometida á tan brutal como avasalladora ley. La fuerza era el principio; el ejercicio de la fuerza el medio; el abuso de la fuerza el fin. Y bien ¿cómo nueve ó diez centenares de años pudo el Occidente vivir en tal estado de choque y de vaiven? ¿Cómo por tanto tiempo la fuerza llegó á ser el elemento dominante, típico y esencial de cien pueblos, precisamente los mas llamados á los adelantos de la sociedad? ¿Qué causas tan hondas y activas pudieron existir para tan dilatada y cruda dislocación?

Pero este era un resultado necesario de la época, determinado por la presión de inmensos acontecimientos. El Occidente, sumido en el caos de la barbarie venida de los bosques de Odino, casi en el estado natural, sin literatura, sin legislación, sin gobierno, sin costumbres, sin tradiciones, era un bajel entregado á sí mismo en medio del embravecido Océano. El valor personal, el poder del brazo fue el título de superioridad, estatuido por los soldados de Atila y de Alarico. Y partiendo de esta aberración irracional, el feudalismo constituyó un principio puramente mecánico como fuente de todo poder, y la fuerza ciega como pauta de toda organización. Y la guerra en todos sus aspectos fue la aplicación perentoria de la salvaje y degradante teoría. ¡Así es que la monarquía se hizo guerrera; guerrera también la aristocracia, y hasta guerrero el sacerdocio de la mansedumbre y de la paz!.. Ese era el vicio ingénito del feudalismo, ese el virus cardinal de su ser, la culpa irredimible de su existencia, cuyos efectos acaso estamos experimentando aun. Y como no habia firmes centros de poder público, fuertes asociaciones políticas, poderosos intereses sociales y grandes fuerzas de inteligencia, de moralidad y de justicia con que contrabalancear aquella fórmula feroz, como el fraccionamiento, el espíritu de individualidad y la intolerancia de las instituciones feudales operaban sin contradicción; y como los graves errores de la humanidad necesitan el lapso del tiempo, el concurso de los sucesos y la madurez de la ocasión para ser rectificadas por el influjo civilizador, de aquí la fácil explicación de tal cúmulo de años y monotonía de generaciones sujeta á la acción fiera y persistente de la guerra, como expresión genuina y connatural del imperio de los mas fuertes.

El castillo de Simancas representa bajo ese aspecto, como todas las fortalezas de la edad media, la época de su origen y la sociedad de su tiempo; significa la guerra, porque la guerra era la fórmula de la fuerza, y la fuerza el tipo de aquella menguada y negativa civilización. Y como establecimiento de guerra, el monumento aparece ser una fortaleza, bien conservada, de sillaría, de antigua pero sólida construcción, situado sobre cierta prominencia, que domina la comarca. Consta de dos recintos de fortificación; el uno exterior, formado por buena muralla de sillarejo, de considerable macizo, coronada de robustas almenas, con ladroneras para arquibujardía, y torreada por una serie de bas-

tiones redondas, que flanquean todo el frente; estando además precedido de amplísima cava, revestida de soberbia escarpa sillar, que sube á unirse con el basamento de la cortina. Dan ingreso á la plaza dos postigos, defendidos por dobles torreones, habiendo sido sustituidos los puentes levadizos por pontones de piedra, de traza vulgar. El muelle cobija por su línea interior sólidas casa-matas y puestos de guardia, y está ceñido de otro foso que sirve de primera defensa al segundo orden de la fortificación. Constituido este en planta cuadrangular, ofrece una masa imponente en consistencia y proporciones. Dos torres, colocadas en el frente principal, una al Este y otra al Sud, defendían el acceso al rastrillo interno, y dominaban toda la circunferencia. La meridional, llamada *el Cubo*, era la del homenaje, y tiene mayor alzada, estando resaltada sobre el ángulo mismo de las obras, y señorea la topografía hasta el extremo de ofrecer sus azoteas uno de los mas magníficos puntos de vista que puede concebir la imaginación, pues sobre abarcar desde Valladolid hasta las sierras de Avila y Guadarrama, en una extensión que se pierde la vista, los accidentes del vastísimo cuadro, trazan admirables perspectivas en los pinares, viñedos, alquerías y verjeles que cubren el paisaje y orlan las fecundas márgenes del Pisuegra y del Duero, que se deslizan por medio de aquella vega tan hermosa como feraz.

En lo interior de estas torres se halla el aposento que sirvió de prisión al celebre obispo Acuña, después de las guerras de las Comunidades. Es una pieza redonda, colocada en los últimos cuerpos de la torre, cubierta con bóveda semicircular, y de solidez á toda prueba, con un balcon á inmensa altura. También está en ella *el cuarto del tormento*, para los infelices allí sumergidos, cuando el castillo era prisión de Estado. Es de igual forma que la anterior; pero situada en el piso mas bajo, sin mas respiradero que una angosta ventana para la luz. Aun existen en su cascaron seis escarpas de las varias en que suspendían á los condenados á la tortura de la dislocación. ¡Cuántos gritos dolorosos habrán ahogado aquellas macizas paredes y profunda soledad!

La construcción de esta fortaleza debe remontarse al siglo XII ó XIII, pues su situación bajo el nivel de unos cerros que la dominan al Occidente, desde donde la artillería hubiera podido inutilizar las defensas de la plaza, indica que este arma aun no era usual á su origen.

Destinada á encierro de reos políticos, sirvió al efecto para hombres importantes, como el Mariscal de Navarra, y el Vice-canciller Antonio Agustín. La poderosa casa de los Almirantes de Castilla la contó en sus estados; pero mediante cierta indemnización, los Reyes Católicos la hicieron ingresar en el poder realengo, por el gran pensamiento de la desinfeudación. Luego de asentada la preponderancia monárquica sobre el elemento aristocrático, y sobre el principio municipal, don Felipe II dió á la fortaleza el destino de archivo general de la Corona, poniendo término á su historia militar.

Pues como los tiempos no paran su carrera, desde los de la fundación del monumento se fue preparando poco á poco el tránsito á otra situación mas digna y bonancible. En medio de las luchas, de la oscuridad, y del fraccionamiento de los siglos feudales, fuéronse creando las nacionalidades, robusteciéndose las organizaciones políticas, nivelándose los elementos sociales y haciéndose cada dia mas necesario é influyente el elemento intelectual. Al cabo pues de mucha labor, llegó el dia de extinguir la infeudación, y con ella abatir el principio materialista. Reservada estuvo al siglo XVI la consumación de tan grande mudanza, y la llevó á cima con acertada voluntad y buena fortuna. Verdad es que venia preparándose de antemano con precedentes históricos, tales como la emancipación de los concejos en Francia, la

creacion de las repúblicas italianas, el renacimiento de las letras en Europa por la conquista de Constantinopla, las Cruzadas para la toma de los Santos Lugares, la intervencion del *estado llano* en las Cortes españolas, el reinado de nuestros Reyes Católicos, el engrandecimiento del poder monárquico, las relaciones internacionales y la unidad Europea. Pero obras tales ni se improvisan ni se efectúan sin predisposiciones fortísimas, sin influencia *a priori* de intensa y absoluta accion. Desde aquella fecha, pues, data la época intelectual del mundo moderno; de entonces vienen tantos hombres eminentes en las artes y en las ciencias, los inmensos adelantos en los dominios del entendimiento, los altos descubrimientos, las empresas en grande escala; allí empieza el reinado del pensamiento.

Una vez cambiado el elemento generador de la sociedad, derrocado de su pedestal de hierro el ídolo ciego de la fuerza, y subordinado este agente en lo posible, á la supremacía del intelecto, hiciéronse inconvenientes, ó inútiles por lo menos, los medios de material dominacion. Y se hizo por ende á los ñeños feudatarios vivir en rededor del Monarca, se vedó la construccion de nuevas fortalezas y hasta el reparo de las antiguas; se extinguieron las mesnadas y los abanderamientos de pendon y caldera, y todo se sometió á la moderna tendencia de la sociedad. En esta peripecia universal, los castillos roqueros, las ferradas torres, los alcázares y atalayas del orbe feudal quedaron sin alcaldes ni castellanos, sin guarda ni presidios, sin servicio ni objeto. Desartilladas unas, arruinadas otras y abandonadas todas, algunas empero alcanzaron el privilegio de servir á la regeneracion intelectual, cambiando de suerte y de aplicacion. Y acaso ninguna tan favorecida y bien tratada como el castillo de Simancas, transformado de marcial baluarte en museo de gloria nacional y de engrandecimiento literario; significando en este concepto el tránsito de la edad de la violencia á la edad del estudio, de la Europa señorial á la Europa alodial, y revelando el carácter inteligente de la Europa moderna.

Aquí da principio la segunda fase del monumento, en su consideracion civil y literaria, que tiene una importancia muy conocida. Constituido en cartofilacio general del reino por el mandato regio de 1563; depositáronse en él los documentos esparcidos en varios puntos de Castilla, donde habia residido la corte, bajo la direccion de D. Diego de Ayala, primer archivero nombrado por el Monarca. Pero pronto se conoció la necesidad de hacer obras importantes en la fábrica, pues mal pudiera sinó corresponder á su nuevo empleo. Levantó los planos el insigne Herrera, como arquitecto de Felipe II, para el ensanche oportuno, comparticion y buen acondicionamiento, y los pusieron en ejecucion sus distinguidos discípulos Francisco de Mora y Pedro Mazuecos; continuando las reformas el tercer Felipe, y siendo ampliadas con posterioridad, segun lo ha ido exigiendo el cúmulo de papeles sucesivamente aglomerados. A esas obras corresponde el magnífico emplomamiento de toda la techumbre, la série de bohardas que corona graciosamente la cúspide, en derredor, las cúpulas de las torres y otras modificaciones que le han quitado parte de su perspectiva militar.

Comprende treinta y ocho piezas llenas de documentos, perfectamente colocados y ordenados. En algunas hay estantería de madera, cerrada con abalaustrados; y en otras, andenes incrustados en los macizos de la fábrica. Los papeles estan distribuidos por ministerios y ramos de la administracion pública, bien encarpetados y clasificados. Entre ellos hay las colecciones completas de los siglos XVI, XVII y XVIII, precisamente los mas interesantes para España y para toda Europa, terminando en los correspondientes al año de 1800. Hay allí manuscritos de la mas alta importancia; aquello es un tesoro magnífico é inagotable para la

historia moderna. Pudiéramos citar autógrafos curiosísimos, noticias preciosas y revelaciones muy interesantes de la política monárquica de aquellos tiempos. Ese inmenso depósito guarda, en fin, cuanto concierne á la gigantesca monarquía española, cuando se extendia desde los Estados de Flandes hasta las colonias del Perú, cuando en ella no habia ocase para el sol. *El archivo de Simancas* es un verdadero timbre para nuestra patria, que los extranjeros miran con codiciosa emulacion. Ya los franceses, cuando la pretendida conquista de su héroe, le despojaron de multitud de documentos que se llevaron á París; pero recuperados por el Gobierno de la nacion, y ordenados nuevamente por el archivero D. Tomás Gonzalez, atestiguan nuestras pasadas grandezas, y custodia los títulos del nombre español á la mas alta é imperecedera fama.

El mundo sábio acude solícito á los silenciosos y desmantelados umbrales de *Simancas*. Y el historiador, el crítico, el estadista, el erudito llegan constantemente y saludan con veneracion esos aportillados y vetustos murallones. Estos soldados de la inteligencia, estos obreros de la civilizacion no vienen á *Simancas* atraídos por el recuerdo de las campañas ó el rebato de las parcialidades; no traen consigo mesnadas de vasallos ni el sangriento botín del enemigo. Hubo un tiempo, es verdad, en que el estrépito de la pelea zumbaba por los ámbitos y contornos de la antiquísima villa; dias pasaron en que los castellanos recibian pecho á pecho sobre sus codiciados adarves la escalada de los agueridos sarracenos; y por muchos siglos sus moradores vivieron en ella como en un campamento militar. Pero ya no se oye aquí el son de la bocina del atalayero, ni cruje el feriado perne en pórticos y poternas, ni desde los altos baluartes descúbrense por la vega las lunadas tiendas de Almanzor. Cayeron los torreados muros, cegáronse las cavas y dejó de flotar sobre el vigía el morado estandarte castellano. Nadie en la actual *Simancas* conoceria el *Septimanca* de la antigüedad latina y gótica (1).

V. GARCIA ESCOBAR.

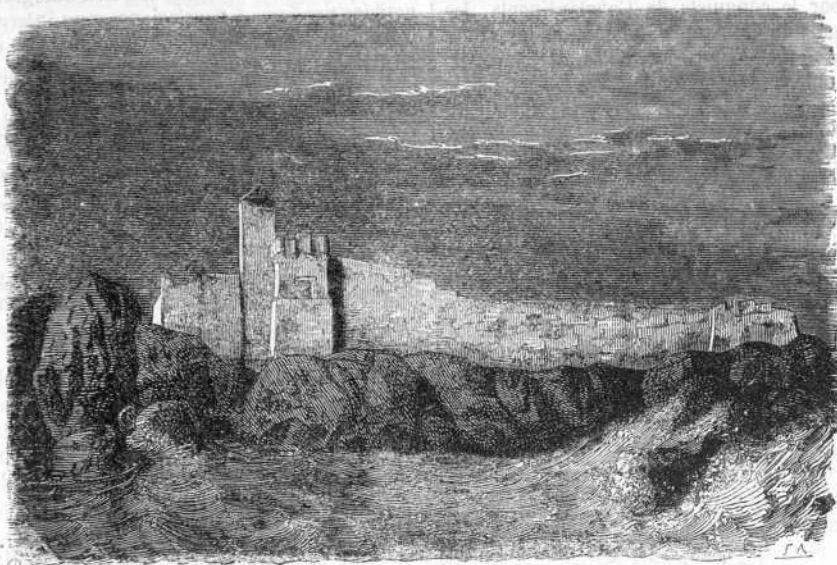
EL CASTILLO DE BAYONA DE GALICIA.

Cuando se llega á la hermosa ria de Bayona, cuando las elevadas cumbres del Cereijo asoman por encima de todas las demas montañas, semejando aquella larga cordillera un muro defensor de la pequeña villa que se tiende á sus piés, lo primero que se presenta á la vista del viajero, si este llega por mar, es la extensa fortificacion de la villa á quien los naturales llaman castillo. Sobre una eminencia, compuesta enteramente de rocas peladas y que entran en el mar, cuyas olas rompen continuamente en los bajos haciendo saltar la espuma, se levantan las extensas fortificaciones, como para demostrarnos su necesidad en no lejanos dias, hoy derruidas y condenadas al olvido, por la incuria de nuestros gobiernos y por las injurias del tiempo.

Sobresale en ellas la que lleva el nombre de la **TORRE DEL PRINCIPE**, que es la primera que se presenta á la vista entrando como hemos dicho por la parte de mar.

Si el castillo tiene una historia, si esa historia es la

(1) Nosotros tambien fuimos un dia á satisfacer la deuda de todos los españoles amantes del estudio y de las glorias históricas y literarias del pais. En una bellísima mañana del estío, y nuestro buen amigo y paisano La Fuente (Don Modesto) esperaba la visita en Simancas, donde se hallaba acopiando preciosos y abundantes materiales justificativos para la profunda y filosófica historia de España con que está enriqueciendo nuestra literatura clásica. En grata compañía y sabrosa plática, recorrimos el vastísimo receptáculo, que nos ofrecia materia de copiosos y aprovechados comentarios; donde la formalidad del historiador cedió alguna vez el puesto á la festiva imaginacion del periodístico *Fr. Gerundio*, á propósito de ciertas paridades de los antiguos tiempos. N. del A.



Castillo de Bayona de Galicia.

de nuestro comercio en antiguos tiempos, lo dicen muy bien aquellas torres, aquellas murallas, aquellos fosos, y todos aquellos departamentos de que consta, tanto que es hoy una de las mas grandes fortificaciones que cuenta España. La arquitectura gótica y la del renacimiento se dan la mano: á la obra de los Monarcas castellanos sucede la de la casa de Austria, cuyos escudos campean sobre los portones y en las paredes, atestiguando de este modo el interés que la monarquía austriaca, aquella monarquía que habia declarado guerra eterna á la Inglaterra, tenia en poseer un asilo seguro para las ricas flotas que venian de América seguidas y acosadas eternamente por los cruceros ingleses.

Si el castillo tiene una historia, como hemos dicho, la Torre del Príncipe tiene una leyenda, leyenda misteriosa, desconocida, que solo se oye en aquellos lugares, y á la que presta fundamento el nombre de la Torre. De padres á hijos, como toda tradicion, corre la leyenda, leyenda que encierra entre sus fantásticos misterios un suceso de nuestra historia nacional, suceso de que no existe nada escrito y que solo esa torre y esa tradicion son capaces de dar á conocer.

Es fama que un Príncipe de la casa de Austria estuvo encerrado en aquella torre á que dió nombre, y aun lo señala la historia oral como un hecho cierto. Si existe alguna época que mas se preste á lo horribilmente misterioso de este suceso que tiene mucho parecido con el de la *máscara de hierro* en la historia de Francia, y á la que dió popularidad el célebre Alejandro Dumas, será ciertamente aquella en que ocupaba el solio castellano el Rey Felipe *el Prudente*. En efecto, le señala la tradicion, como hermano del Príncipe prisionero, de quien aseguran que vió llegar la hora de su muerte, como la única de su libertad.

¡Cuánta hermosura! ¡qué vistas podia admirar el infeliz prisionero desde la reja de su reclusion!.. las Islas Cies en lontananza cubriéndose con ese color violado que las da el sol al ponerse en las olas; las Islas de San Martin mas cercanas y con mas señales de vejetacion; á un lado el puerto, al otro la mar descubierta, la mar en toda la grandeza de su inmensidad, la mar que ruga como un leon aprisionado y que bate furiosa los cimientos sobre que descansa la torre!..

Si es cierto que la historia ganaria mucho en descorrer el horrible misterio con que la tradicion cubre aquella torre, la poesía, esa pobre desterrada, perderia uno mas de sus tranquilos retiros y la leyenda despojada de su perfume no

seria un hermoso cuento que se oirá siempre que se visiten aquellos venerandos restos.

Si algun día vamos á descansar bajo la sombra de la deruida fortaleza; si avara el alma de esas delicadas creaciones del pueblo, el primer poeta de la tierra, volviésemos á escucharla allí en aquella torre silenciosa; tal vez en la misma prision del desventurado Príncipe escribiremos un libro que sea la tradicion, un libro que arranque al olvido una historia y una victima.

M. MURGUIA.

AMPARO.

(MEMORIAS DE UN LOCO.)

(Continuacion.)

Nunca me pareció un día tan largo.

Cuando nos separamos aquella noche ya bastante tarde, corrí á mi acechadero.

Amparo no estaba inmóvil como la noche anterior: tenia un cofrecito sobre la mesa y sacaba de él papeles escritos, que leía y ordenaba.

Amparo, con la cabeza inclinada sobre el pecho, lloraba leyendo aquellos papeles.

Lloraba de una manera desconsoladora, comprimiendo sus sollozos.

¡Era que la noche antes, sobrecogida, aturdida del golpe, por llamar así su casamiento conmigo, la intensidad del dolor habia comprimido sus lágrimas, anegado sus sollozos?

Era indudable que Amparo se rendia á su dolor.

Era indudable que Amparo sufría una desgracia inmensa. Y leía y releía aquellos papeles.

¡Cartas sin duda del hombre á quien amaba!

Después ví en sus manos un medallon que sacó tambien del cofrecito, parecia un retrato.

Amparo le estrechó contra sus labios, le separó de ellos, le miró de una manera ansiosa, y exclamó:

—¡Oh Dios mio! Dios mio! ¡tened compasion de mí!

Se puso á escribir lentamente.

Con mucha frecuencia se abstraía y pasaba sin escribir un largo intervalo.

Luego volvía á escribir.

Pasó así gran parte de la noche, y despues recogió en el cofre los papeles y el retrato, guardó cuidadosamente el cofre en un armario, se desnudó y desapareció tras las cortinas de su alcoba.

Yo no supe ya que pensar de Amparo.

Pero me cubrí con el mas perfecto disimulo, como ella se cubria conmigo.

Nos tratábamos como si hubiéramos vivido juntos desde nuestros primeros años.

Las gentes nos creían el matrimonio mas feliz del mundo.

La tranquilidad aparente de Amparo cuando yo era testigo de su agonía nocturna, de sus lágrimas y de lo intenso, de lo vivo, de lo inalterable de su amor hacía aquel hombre, que era para mí un misterio, la tranquilidad ficticia de Amparo, repito, me irritaba.

Durante un mes pude sufrir la lucha entablada entre mi razon y mis celos; pero llegó un dia en que me estremecí.

Empezaba á perder la razon: antes de perderla enteramente tomé una resolucion decisiva: la de separarme de Amparo, que era para mí un tormento y un peligro, con el pretexto de un viaje para ir á visitar á mi tio.

Amparo nada me dijo cuando la anuncié este viaje, mas que las siguientes palabras:

—Espero que volverás pronto.

Aquella noche salí de Madrid en una silla de posta.

Mi resolucion era, no volver á ver mas á Amparo.

Pero para cumplir una resolucion es necesario ser dueño de sí mismo, y yo no lo era

Parecia... voy á procurar explicarme: parecia que mi alma habia quedado fuertemente asida á Amparo, y que cada vuelta de las ruedas de la silla de posta que me conducia estriraba mi alma, haciéndome sufrir un tormento inexplicable.

Llegó un punto en que no pude resistir mas.

Habia pasado algunas horas de una tortura aguda que se hacia mas dolorosa á medida que me alejaba de ella.

Mandé al conductor que volviese á Madrid.

Luego, le ofrecí una recompensa por cada minuto que ganase.

La silla de posta volaba.

Yo me habia propuesto apurar mi destino, cediendo sin resistencia á los impulsos de mi corazon.

Habia resuelto quitarme mi doloroso disfráz y morir poseyendo á Amparo.

A medida que este pensamiento tomaba consistencia, estimulaba al conductor prometiéndole mas.

La silla apenas tocaba con las ruedas al camino.

Apesar de esta agudez no pudimos llegar á Madrid hasta el medio dia

Cuando llegué á mi casa, subí anhelante las escaleras como si hubiese estado mucho tiempo ausente de ella.

Dominado aun por la fiebre entré en las habitaciones de Amparo.

No estaba en ellas.

Pregunté á mi ayuda de cámara, y me dijo:

—La señora acaba de salir.

—¿Y adónde?

—Han traído una carta, y la señora apenas la ha leído se ha puesto pálida, ha pedido á Teresa una mantilla, y con el traje de casa, acompañada de la misma Teresa, ha salido precipitadamente.

—¿A pié?

—Sí, señor, á pié.

—¿Y no sabe V. á dónde ha ido?

—Nada ha dicho la señora.

Despedí á mi ayuda de cámara y me quedé solo paseándome por mi cuarto, aterrado, sintiendo no sé que recelos.

Ya no sabia qué pensar de Amparo; era para mí un misterio.

De repente una idea poco digna, pero disculpable en la situacion en que me encontraba me llevó á su dormitorio:

«En el armario, me habia dicho, encierra el cofrecillo donde tiene el retrato que besa, y los papeles que lee llorando. Si es necesario forzaré el armario y conoceré á ese hombre, leeré esas cartas, sabré á qué atenerme.»

Afortunadamente no me ví obligado á violentar nada: el armario tenia puesta la llave en la cerradura.

Antes de abrir el armario cerré las puertas para evitar una sorpresa casual de los criados.

Luego abrí temblando el espejo que servia de puerta al armario.

En una tabla, cuidadosamente pegado á un rincon, estaba el cofrecillo.

En aquella misma tabla habia otro objeto.

Un gancho de traperero.

El gancho representaba su pasado.

Acaso el cofrecillo constituia su presente.

Acaso yo al abrir aquel cofrecillo determinaria su porvenir.

Cuando el porvenir es sombríamente misterioso, tememos conocerle; como el preso por una causa grave teme conocer la sentencia del juez.

Durant algunos minutos vacilé; dudé si debía desentrañar el misterio que guardaba aquel cofrecillo, ó si preferia la duda á la verdad.

Tres veces estendí mi mano hácia el cofrecillo, y tres veces la retiré.

Pero por terrible que sea la verdad es preferible á la duda.

Me apoderé al fin del cofrecillo, le puse sobre la mesa y le abrí.

Al abrirle mi corazon no latia.

Lo primero que ví fué un pequeño estuche.

Le abrí y encontré... la cruz de brillantes que la habia regalado el dia que por primera vez almorzó conmigo.

La existencia en el cofrecillo de aquella cruz, me dió no sé qué aliento, qué esperanza vaga, que alegría íntima.

Luego seguí en mi inspeccion:

Buscaba el retrato y le hallé cuidadosamente envuelto en un papel muy usado.

Necesité hacer un violento esfuerzo para mirar aquel retrato: pero cuando le mire...

¡Oh Dios mio! cuando le miré creí morir!

El retrato que Amparo besaba llorando; que estrechaba contra su corazon y contra sus lábios contemplando el cual pasaba inmóvil hora tras hora... aquel retrato...

¡Aquel retrato era el mio!

¿Me habria yo engañado?

¿Habria otro retrato en el cofrecillo? seria aquel otro el que besaba Amparo.

Revolví, busqué y encontré otro retrato.

Pero era un retrato de mujer, y tenia el marco negro. Yo estaba seguro de que el retrato que besaba Amparo estaba contenido en un medallon dorado.

Aquel retrato era el mio.

Senti una vaguedad fria en mi cabeza: mis ojos se oscurecieron, no pude sostenerme de pié, y me senté en el mismo sillón en que ella se sentaba.

Y allí, plegado sobre mí mismo, con la cabeza entre mis manos, creí revolviendo mi destino; pasar mis dudas y mis celos; calmarse lentamente mi desesperacion; desapa-

recer mi presente de hacia un momento, é ir creciendo aquel mi otro presente que hacia un momento habia nacido.

Sentí comprimirse mi corazón; como necesitado de arrojar de sí un peso insoportable, y luego sentí que mi corazón se dilataba y lloré en un llanto largo, tranquilo dulce, toda la hiel que habia ido depositándose en mi corazón.

Y luego me sentí inflamado de un fuego dulce, para mí desconocido; de un fuego que parecia aislar dentro de sí mismo mi alma, purificarla, levantarla hasta el cielo; parecióme tenerla en contacto con Dios, bendecida por él; luego me sentí completamente abstraído, espiritualizado, fuera del contacto de todo lo terreno y parecióme tocar con mi espíritu el espíritu de Dios, del Dios justo y bueno que premia á los que lloran; y creí en Dios y le confesé con la inmensidad de mi pensamiento.

Y ya no dudé, no; y al consagrar mi felicidad á Dios, me alcé fuerte y tranquilo, lleno de vida de juventud y de esperanza.

Aquel sueño de redención y de paz habia pasado y su reciente recuerdo difundia en mí ser una calma inefable: ya mi aliento no salia ronco y fastigoso de mi pecho: la vida era fácil: el sol que penetraba por las ventanas del jardín tenia color de gloria: mis ojos veian luz: mi pecho respiraba aire: parecíame que el espacio era armónico, que todo me sonreía que todo se asociaba á mi felicidad.

Al fin habia encontrado aquel amor infinito, necesidad ardiente de mi alma.

Al fin Dios me dejaba ver al ángel de fuego que debia ser mi paz y mi gloria sobre la tierra.

Amparo me amaba.

Yo era el hombre mas rico de la tierra; todo lo que habia ansiado lo tenia.

Los que no hayais amado con toda vuestra alma y sin esperanza, no podeis comprender lo que acabo de deciros.

Os reireis de mí, y creereis hacerme mucho favor llamándome solamente loco.

Yo escribo para los que sufren; para los que lloran.

Los que no veis la vida sino á través del excepticismo, no podeis comprenderme.

¡Callad!

Porque si estoy loco, mi libro es una verdad.

La verdad de la locura.

¿Estais vosotros seguros de que teneis razon?

¡Ah! ¡ah! ¡ah!

Puse otra vez los dos retratos y el estuche en el cofrecito, este en su lugar cerré el armario, y no sabiendo á dónde habia ido Amparo, me resigné á esperar su vuelta con la menor impaciencia posible.

Al pasar por su gabinete vi una carta abierta sobre un velador.

Aquella carta era sin duda la que habia causado la precipitada salida de Amparo.

La lei y palidecí como ella habia palidecido.

El padre Ambrosio habia sido atacado de una congestión cerebral y el médico que le asistia lo participaba á Amparo. Entonces comprendí por qué Amparo habia salido de casa con tal precipitación.

Yo salí del mismo modo y recorrí en algunos segundos la distancia que separaba mi casa de la del exclaustro.

La primera persona que encontré en la habitación del religioso sentada y triste junto á una puerta cuyas cortinas estaban corridas, fue á Amparo.

Al verme se levantó de una manera nerviosa, y sus ojos se fijaron en mí con una alegría inmensa, pero aquella alegría tuvo la duración de un relámpago.

—¡Ah! dijo: yo no esperaba... que volviérais tan pronto.

—¡Oh! sí; la dije: no puedo vivir separado de ti.

Y acercándose á ella la abracé y la besé en la boca de una manera ardiente.

Amparo dió un grito, se retiró y me miró de una manera profunda.

Yo me relíce.

—He visto la carta en que te anunciaban el triste estado de nuestro amigo, la dije.

—¡Oh! si dijo ella rehaciéndose á su vez: yo corrí, volé pero, añadí tristemente, todos hemos llegado tarde.

—¡Ha muerto!

—No: pero no hay esperanza: se ha hecho cuanto puede hacerse.

Amparo calló y quedó profundamente triste.

—¿Y estás... sola?

—Sí... el infeliz duerme: Teresa ha ido á casa para que vengan Juan y María: he mandado traer una cama: me siento mala, desesperada, Luis: era mi padre.

El buen exclaustro murió aquella misma tarde.

Amparo volvió á casa desolada, impresionada fuertemente se encerró en su aposento y yo respeté su dolor.

Me vi obligado á continuar durante algunos dias mi antiguo papel de hermano.

Al fin, una mañana Amparo me dijo:

—Siéntate á mi lado, Luis.

Me senté en el sofá junto á ella.

—Necesito que me expliques, me dijo, ciertas cosas que no comprendo bien. Desde que has vuelto de tu extraño viaje eres otro.

—¿Otro?

—Sí por cierto. Antes sufrías: ahora no sufres: antes no tenias ni fé ni esperanza: ahora... Luis: yo veo en tus ojos otra vida... Luis: tu has encontrado la felicidad que buscas... yo quiero saber la causa de tu felicidad.

Amparo tenia menos paciencia que yo, y pasaba la primera el límite que tácitamente nos habiamos señalado.

Quise facilitarla el camino adelantándome á ella.

—Te engañas, Amparo, la dije; yo no soy feliz, bajo el punto de vista que tu crees.

—¡Oh! sí, sí: yo no me engaño, me respondió.

—Pues te has estado engañando hasta ahora: por mejor decir yo he sabido engañarte.

—¡Tú!

—Sí.

—¿Cómo!

—Tú no has conocido mis celos.

—¡Tus celos! ¡amas acaso!

—Sí con toda mi alma, con toda mi fé, con todo mi entusiasmo.

Y la rodeé un brazo á la cintura.

—¡Oh! ¡qué es esto! ¡Dios mio! exclamó Amparo levantándose pálida como un cadáver.

—Mis celos son justos, dije fingiéndome desesperado: te amo hacia un ser misterioso, te hace horrible toda demostración de amor por mi parte.

Amparo continuaba de pie, aterrada, muda, pálida, fijando en mí una mirada llena de ansiedad, de temor, de duda; ávida, dolorosa, suplicante, llena de impaciencia.

Yo la atraje á mí y la senté sobre mis rodillas sin que ella opusiese resistencia; inclinó la cabeza sobre el pecho luego la alzó, me miró destellando de sus magníficos ojos negros un fuego casi divino y me dijo con las manos puestas sobre mis hombros con la boca entreabierta, los labios trémulos, embriagándose con el perfume de su aliento.

—¡Luis! ¡Luis! ¡ten compasión de mí!

Y luego reclinó la cabeza sobre mis hombros y rodeó sus frescos brazos á mi cuello.

—¡Yo te amo! la dije con voz opaca y ardiente rozando con mis labios sus megillas.

Amparo se estremeció y rompió á llorar.

—¡Te amo, continué, no sé desde cuando! me parece que te he amado toda mi vida; que te amaba antes de nacer.

Amparo se estrechó mas contra mí.

—He callado, por que debía callar: he sufrido cuanto he podido sufrir; pero ya no puedo sufrir mas, porque tengo celos.

Amparo levantó su cabeza de sobre mi hombro y me miró con una expresion triste, grave, solemne, á través de sus lágrimas.

Luego me dijo con voz opaca y reconcentrada:

—¡Celos tú! ¡celos por mi amor y celos de otro hombre! ¡Esto es horrible! ¡Esto no puede ser!

(Continuará.)

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

EL ULTIMO BENI-OMEYA.

LEYENDA MORISCA,

POR DON VENTURA GARCIA ESCOBAR.

LA TIENDA DE DON BERNAL.

Es una espaciosa tienda del campamento cristiano de una tea iluminada por el resplandor escaso. Pendientes de los tapices lanzas, broqueles y cascos, y aquí y acullá esparcidos sobre aquel rústico estrado, paramentos de gamuza junto á bélicos tabardos, entre picas, partesanas y trofeos sanguinarios; parece aquel aposento con su tétrico aparato de la guerra y de la muerte el fatídico palacio.

¡De la muerte!... ¡Quizá es cierto... que, alla, escondido en un ángulo, destácase en la penumbra, de la luz al tibio rayo un lecho de marcial traza, que bajo sus pliegues anchos cobija á un triste guerrero exangüe y desfigurado. Cárdena está su mejilla, pálido y glacial el labio, turbia la luz de sus ojos, es casi su cuerpo un mármol. El viejo Rui-Clavijo, con solícito cuidado á su cabecera vela; y quizá el guerrero cano por vez primera en su vida siente el corazón honrado á la vista de la muerte blandear compasivo un tanto. Mas Rui es un escudero de la lealtad dechado, y allí estará... aunque importara

á Belcebut estorbarlo.

Su señor lo quiere; fia el huesped á su fiel trato: y para quien buen pan come, no hay mejor ley que el buen amo.

Silenciosa pues la tienda queda luego mucho rato; el doliente yace inmóvil; Clavijo quizá está orando. Sentados y pensativos en torno á un tronco de árbol, que de aparador campestre, sostenido en dos peñascos, para su yantar nocturno les sirvió á nuestros hidalgos, estan en aquella guisa del romance castellano «por camas las duras peñas; las veladas por descanso.»

Don Bernal, el viejo Conde, dejando el sitial al cabo, dirijese al triste lecho, con lentos y sordos pasos. Contempla al guerrero inerte, tómate la diestra mano, y de sus arterias busca el latido asáz opaco. con grave talante observa á su huesped mal parado, y acaso surge en su mente un presentimiento trágico.

Con religioso silencio Corada y Ponce á su lado miran, observan y esperan los afanes del anciano. Y cuando tornando místico á su escabél, quieren ambos preguntar... el noble Conde asiéntase, murmurando; —¡Infeliz!... ¡cuánto padece! —¡Dios sea con él!...

PONCE.

¿Qué acaso?...

EL CONDE.

Su vida toca al ocaso. ¡Tal desdicha me enternece!

PONCE.

Cierto es. ¡Tan jóven morir; espirar, cuando la vida, seductora nos convida con inmenso porvenir; cuando por senda de flores, bajo el sol de la esperanza, nuestra existencia se lanza tras sueños encantadores; cuando es el mundo un Eden, y en el corazón ardiente la dulce ilusion se siente, y se cree en todo bien, y el alma, sin una nube que empañe su albo cristal, hacia la dicha ideal en sus propias alas sube... triste es, tristísimo asáz la esperanza hacer pedazos, romper los mágicos lazos;

y morir!...

EL CONDE.

¡Cruel verdad!

PONCE.

Esto es tocar el dintel
del ansiado paraíso,
y hundirse el pié de improviso
y caer... ¡oh!... si, es cruel!

PEÑA-CORADA.

¡Lástima de mocedad,
tronchada en flor!...

EL CONDE.

¡Los impíos!...
Huyeron de mí y los míos!...

PONCE.

Cobarde y torpe maldad!

PEÑA-CORADA.

¡Moros al fin!...

PONCE.

¿Cómo fué,
Conde, ese sangriento caso?...

EL CONDE.

Ya lo sabreis. Un acaso...

PONCE.

Mas misterioso?...

EL CONDE.

Sí, á fé

PONCE.

Pues que estamos de velada,
y está lejana la aurora,
divertamos una hora
de la noche mal pasada
con el cuento de ese azar;
y, cual buen protagonista,
sed ademas fiel cronista
de esa aventura sin par;
pues vuestro ingenio sencillo
y vuestro labio severo
que nos han de dar infiero,
grande solaz, al oílo..

EL CONDE.

¡Paso, Ponce! Vais así
á la lisonja derecho;
y ¡pardiez!... que no se ha hecho
para vos ni para mí!

PONCE.

¡Por san Millán!... eso y mas
os mereceis.

EL CONDE.

Dad de mano...

PONCE.

Sea, pero hablad.

EL CONDE.

En vano
vuestro ruego no es jamás.

BIZARRÍAS.

Tornaba yo al campamento
de seguir con cien ginetes
una banda de Zenetes,
que huían de un fin sangriento.

Erasela mustia hora,
en que reina esa luz fria,
ni bien noche, ni bien día,
ni crepúsculo, ni aurora.

Cuando al tomar la vereda,
que cruza esos montes canos,
oímos gritos cercanos
salir tras de una arboleda.

«Traidores!..» con frenesí
clamaba una voz de saña,
en lengua agena de España,—
«Traidores!.. ¡tantos á mí!..»—

Y aunque aquel clamor tan fiero
era acento musulman,
voz era tambien de afán,
y la oía un caballero.

Puse espuela á mi caballo,
y del cuitado al socorro
al través del bosque corro...
¡pero qué á mis ojos hallo!...

Moros del Africa son,
que en contienda desigual
blanden el hierro mortal
contra un árabe garzon.

Le acosan cual la trailla
al ciervo en la red cogido;
blande uno puñal buido,
otro esgrime una cuchilla.

Sobre rápidos corceles
en torno del triste giran;
y los alfanges suspiran,
y flotan los alguiceles.

Y ciernen las cuchilladas
sobre el mozo, sin piedad
cual gotas la tempestad
en las rocas desoladas.

Y en tanto que el uno amaga
de frente un tajo sañado,
otro á su flanco desnudo,
y otro á su espalda divaga.

Y todos con férreos brazos
y esas ansias homicidas
arrancar por cien heridas
intentan su alma en pedazos.

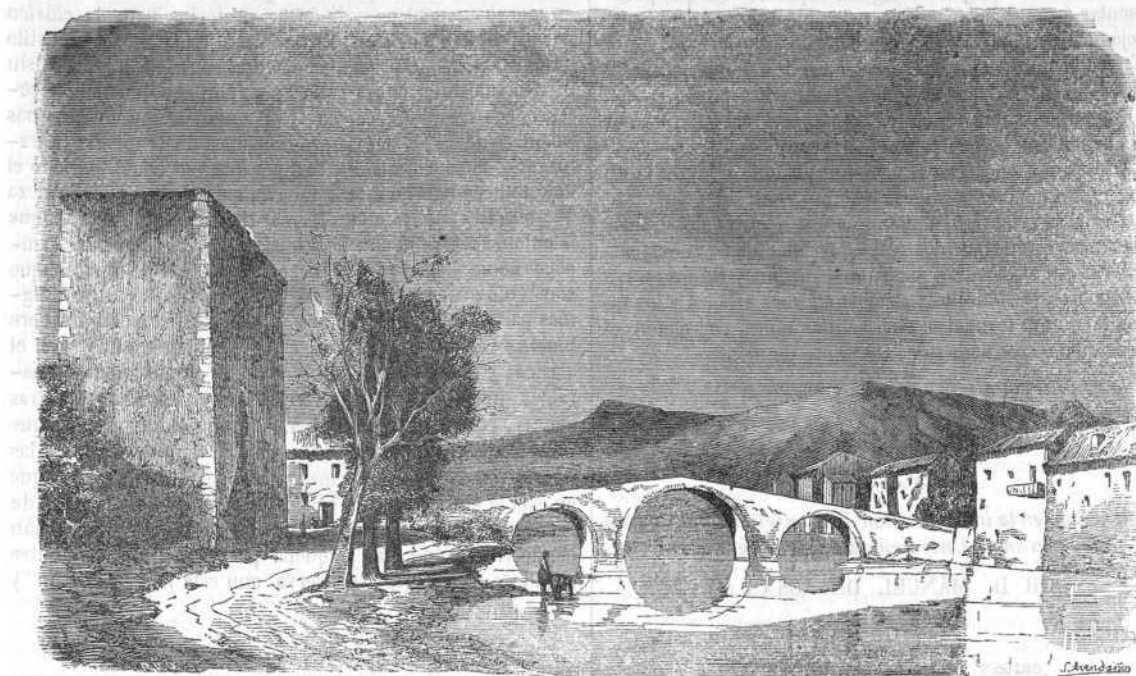
El bravo doncel, no obstante,
con ímpetu temerario
hace frente á los sicarios,
cual roca á la mar pujante.

Y la corva cimitarra
blande á su vez sin desmayo,
y es en su hábil diestra un rayo,
que cuanto encuentra, desgarrá.

Director y propietario, D. MANUEL DE ASSAS.

Redaccion y Administracion. calle de Vergara, 4, principal izquierda.

Madrid.—Imprenta á cargo de JOAQUIN RENE,
calle de la Union, 3, bajo.



LLODIO.

En la provincia de Alava, cuadrilla de Ayala, se encuentra el valle de Llodio, regado por el río Nervion que fecunda sus campos, y atravesado por el camino real que va de Pancorbo á Bilbao, y por el que de Bilbao conduce á Vitoria. Su gran cantidad de árboles frutales y otros, sus frondosos montes, su alegre campiña, los muchos caseríos que se alzan en una y otra parte del río, sus tres puentes de piedra y uno de madera, sus dos iglesias parroquiales San Pedro de Lanuza y Santa Maria de Yermo, y sus ermitas de Santa Agueda, San Juan, Santa Cruz y San Bartolomé, le dan un aspecto deliciosamente pintoresco que la generalidad de los viajeros no puede menos de admirar. La parte principal de su población se extiende por la amena llanura cruzada por el Nervion, en las tres barriadas de Gardia, la Plaza y Areta, hallándose los demás edificios esparcidos por los montes y encañadas que sirven de límite al llano, componiendo un total de 317 casas y caseríos que se distinguen con nombres propios y peculiares, tomados generalmente de su posición topográfica. La extensión de su término es de cinco cuartos de legua á lo ancho, y lo mismo á lo largo.

Su terreno es generalmente arcilloso. Su clima es templado y muy húmedo. Contiene varias canteras de mármol que admiten un bello pulimento. Nacen en él algunos manantiales de aguas ferruginosas que podrian aplicarse á la curacion de ciertas enfermedades, pero que solo se emplean como las de otras fuentes del valle, para los usos domésticos. Sus mas famosos montes, que son el Yermo, el Mostachá y el Tardamonte, se hallan cubiertos, en su mayor parte, de robles y castaños, cuya plantacion aumenta diariamente y constituye una gran parte de la riqueza del pais.

En el siglo XIII obtenia el Señorío de este valle D. Lope de Mendoza: el hijo y sucesor de este, con el mismo nombre y apellido, fué uno de los ricos-omes que se levantaron contra el rey D. Alfonso el Sabio. En el siglo XV perteneció á la jurisdiccion de Vizcaya, circunstancia por la cual concurrió á la junta de Guernica del año 1476, en que Fernando V, esposo de Isabel la Católica, juró y confirmó los fueros de

los vizcainos. Por una real provision de los mismos Reyes Católicos, dada en Valladolid á 15 de febrero de 1494, consta que el valle de Llodio, á causa de los daños é injusticias que á sus moradores hacian algunas personas del pais, presentó una peticion suplicando que el Consejo tuviese á bien mandar á la provincia de Alava recibirle en su hermandad, y que Sus Altezas acordasen al valle el goce de los privilegios disfrutados por las hermandades alavesas. El Consejo concedió lo suplicado, prescribiendo prestar el juramento de contribuir el valle por su parte á los gastos de la hermandad. A principios del siglo presente estaba dividido para su mejor gobierno en seis aldeas ó barrios, á saber: Larrea, Olarte, Gogenuri, Larrazabal, Isusi y Duviris, que contenian 476 vecinos, gobernados por dos alcaldes ordinarios con jurisdiccion acumulativa, nombrados uno por el valle y otro por el Conde de Ayala su señor. Hoy se compone de cuatro cuadrillas que son Gogenuri, Larra, Larrazabal y Olarte, que se subdividen en diferentes barrios. Su casa de Ayuntamiento está en el centro del valle.

La iglesia de San Pedro de Lanuza, situada junto á la Plaza, tiene cabildo compuesto de seis beneficiados que presentaba el Conde de Ayala, como patrono de ella, y que por esta misma razon percibia la cuarta parte de sus diezmos y primicias, dejando las otras tres para los beneficiados, y ademas los diezmos de cinco casas á eleccion del cabildo para pagar al que tuviese la cura de la iglesia. Este derecho se le disputaron al Conde los fiscales de S. M., consiguiendo al fin en 1824 que el patronato se declarase Real. Desde entonces los cuatro beneficiados y dos medio-beneficiados que componen el total de los seis referidos, con mas un capellan sochantre se nombran, por concurso, en terna por el diocesano y á eleccion del Monarca.

La iglesia de Santa Maria de Yermo, situada junto á la cuspide de la montaña de que toma su apellido, está servida por dos beneficiados, y percibe los diezmos como patrona del valle. Parece ser esta la mas antigua de las dos iglesias; y el edificio, segun las noticias que de él tenemos, debe pertenecer al estilo arquitectónico llamado *románico* y que pre-

cedió al *apuntado* ú *ojival*, impropriamente llamado *gótico*. Sentimos mucho no poseer alguna copia de ella que poder presentar á nuestros lectores; pues que segun creemos, es un ejemplar digno de darse al público.

En las ermitas del valle se celebran los Santos titulares con las danzas del pais al son de tamboril y pífano, y con una numerosa concurrencia de gentes de tan buen humor como sencillas é inocentes en sus costumbres.

La vista que encabeza el presente artículo representa un puente piramidal de tres ojos que en el centro del valle cruza sobre el rio Nervion, teniendo á uno y otro lado algunas de las casas desparramadas por la jurisdiccion: á la extrema izquierda del espectador se alza una antigua y ruinosa torre que recuerda los tiempos feudales: algunos árboles y los últimos términos formados por las montañas, completan el vistoso cuadro formado por este punto de vista.

MANUEL DE ASSAS.

DISCURSO

pronunciado en la inauguracion de la enseñanza de lengua Sanscrita en la Universidad Central de Madrid.

POR D. MANUEL DE ASSAS (1).

ORIGEN DE LA LENGUA SANSKRITA.

Si creemos á los Brahmanes, esta lengua es coetánea con el origen de la especie humana; teniendo en ello la misma pretension que otros pueblos que han atribuido á la suya una especie de primacia sobre las demas.

Sir Willian Jones y otros muchos han dado á algunas palabras aun subsistentes en el Sanscrito una antigüedad de cuatro ó cinco mil años; pero el profesor Adelung niega la validez de los argumentos que se han aducido en apoyo de tal suposicion.

Lo que parece cierto es que esta lengua tuvo como primer destino el apropiarse á las prácticas y usos de la religion; y aunque en contra de este aserto se diga que debió ser desde luego lengua popular, porque todos los dialectos hablados en el Indostán dimanan del Sanscrito; este argumento no se tiene por de gran peso desde que se cree que todos los idiomas europeos pueden deducirse de alguno de los comunes de la India; puesto que asi como los de nuestra region pueden provenir de los del Asia, igualmente los de aquella parte del mundo pueden proceder del Sanscrito, habiéndose este extendido paulatinamente sufriendo modificaciones en cada pais, sin haberse adoptado con igual pureza por todos ellos. Es decir, que de lengua sacerdotal, y acaso de convencion para ocultar misteriosamente las ciencias á la religion á los ojos del vulgo, pudo ir pasando por grados al dominio del público.

Si se opina por el contrario que esta es una de las lenguas que desde el principio fueron vulgares, no será fácil averiguar si es una de las que salieron de la confusion de Babel ó si de aquellos dialectos que de estas se fueron produciendo poco á poco, á medida que los descendientes de Noé se fueron separando del centro de poblacion.

PROGRESOS DE LA LENGUA SANSKRITA.

El estudio de la literatura sanscrita nos manifiesta en esta lengua, como dos dialectos, dos estados muy diferentes que corresponden á los dos principales períodos de su historia. En efecto, los monumentos mas antiguos de esta literatura,

los Vedas, sobre otros caracteres que ofrecen, presentan la lengua en un estado primitivo que difiere mucho de aquel en que se encuentra en la época posterior llamada *clásica* por los indianistas. Los Vedas estan escritos en un estilo irregular y casi informe: las palabras se emplean en ellos sin ninguna desinencia gramatical; y, por consecuencia necesaria, sus frases son cortas, y la construccion mucho mas sencilla que en las demas producciones de la misma literatura. Se conoce al mismo tiempo que en aquel período el oído indostánico no estaba todavia habituado á la delicadeza que despues influyó en las formas de la lengua; es decir, que la eufonia no habia aun hecho aceptar sus exigencias. Tampoco habia llegado á obtener la precision de formas que consiguió posteriormente; ni la distincion de los paradigmas parece definitiva. Ademas, una misma palabra difiere muchas veces por el sentido en el lenguaje védico y en el clásico; y finalmente, el empleo de las preposiciones separables, mas frecuente en los Vedas que en las obras de otras épocas, parece señalar un hecho en oposicion con lo que nos presenta la historia de las demas lenguas, en que las formas tienden á hacerse mas y mas analíticas, al paso que en esta la síntesis parece suceder al análisis. —A pesar de las numerosas revoluciones que de tiempo en tiempo han conmovido al Indostan, aquella parte de él que yace entre el Indo y el Ganges, conserva aun esta lengua íntegra y como intacta.

LENGUAS DERIVADAS DE LA SANSKRITA.

El sanscrito es el padre de casi todos los dialectos hoy existentes desde el golfo pérsico hasta los mares de la China, descubriéndose vestigios de haber estado difundido en casi todas las comarcas del Asia.

Algunos filólogos han encontrado la semejanza de muchas palabras sanscritas con otras persas y árabes, latinas y griegas, no ya en los términos metafóricos que las artes adelantadas y las costumbres refinadas han podido introducir, sino en la base esencial de la lengua, en voces monosílabas, en los nombres de los números, y en las denominaciones de aquellas cosas que primero se conocen y nombran al comenzar la aurora de la civilizacion.

Las antiguas monedas de muchos distantes y diferentes Estados del Asia estan acuñadas con caracteres sanscritos, y ordinariamente contienen alusiones á la mitologia sanscrita; al par que en los nombres de personas, de sitios, de títulos y de dignidades generalmente conocidos aun en los mas lejanos límites del Asia, se hallan manifestos vestigios de esta lengua.

Hay suficiente fundamento para creer que en un período muy primitivo existió cierta correspondencia entre el Egipto y la India: los indianos pretenden que los egipcios frecuentaron su pais, no como maestros, sino como discípulos, yendo á buscar al Indostan los conocimientos científicos que nadie podia darlos en las orillas del Nilo.

DIALECTOS ORIENTALES DE LA LENGUA SANSKRITA.

El Sanscrito aun en su primitivo estado es casi imposible que fuese completamente uniforme en todos los paises en que se habló; pero si lo fue, ha degenerado por grados, creando una gran variedad de dialectos modernos. Mas allá del Ganges la lengua le llama *Bali* ó *Magudha*, la cual dicen los misioneros, «escasamente,» se diferencia del Sanscrito; el término *Magudha* se dice que significa *mixta* ó *irregular*. En Siam el Sanscrito es aun la lengua de la literatura elegante; y frecuentemente se emplea en todas partes en la India con alguna diferencia de construccion, bajo el nombre de *Devanagari* (la lengua divina). El *Prakrito*, es mas bien un término vago, que significa, segun Mr. Co-

(1) Véase el número 41, páginas 322 y 323 de este tomo.

lebrooke, *comun ó vulgar*; pero se aplica también á la lengua de los libros sagrados del «*Jainas*.» Se encuentra en una pequeña población intitulada *Brief View of the Baptist Missions and Tranlations*, alguna útil noticia relativa á las lenguas y dialectos de la India, en un gran número de los cuales, laboriosas y desinteresadas personas han hecho ó procurado traducciones del total de los escritos que ellas han impreso en Serampore, cerca de Calcutta. Los dialectos que han enumerado, están distribuidos principalmente en un orden geográfico. Empezando por aquellos que se hablan hácia el Mediodía de la India, como el puro *Sanscrito* y sus menos modificados dialectos, podemos colocar como inmediatas á ellos las lenguas de los países limítrofes de las naciones monosilábicas, hácia el Norte y el Este: hay allí los dialectos de *Nepal*, *Assam* ó *Uhumia*, *Tiperah*, y *Kassai*, del cual se conoce poco mas que las traducciones ya hechas en los dos primeros: el *Bengali* que se habla dentro de Calcutta y sus cercanías; el *Hindi* ó *Hinduví* usado cerca de Agra é impreso en el carácter Devanagri, cuya fuente contiene mas de 800 variedades de letras y sus combinaciones; el *Urdu* ó *Ordú* es un subdialecto del *Hindi*, así como el *Brijbassa*, el cual es mas parecido al *Sanscrito* que algunos otros dialectos: el *Jypura* se menciona como otra lengua perteneciente á las mas semejantes á la *sanscrita*; el *Hindustani* se habla en el Indostan propio ó bajo Indostan, y dicen ser *diametralmente opuesto* al *Hindi*: el *Murs* ó «*Mongólico Indostanish*,» parece pertenecer al Mogol, y está mezclado con una buena parte de persa y árabe, aunque hay quien le cree derivado del *Hindi*: los dialectos de *Udaipura*, *Benares* y *Munipura*, se dicen también lenguas separadas: el *Goandé* se habla en Nagpore, en el país de Mahrata; mas al Este se halla *Orissa* ó *Uriya*, cuya lengua está impresa en un carácter que requiere 300 diferentes tipos: el *Telug* ó *Warug* se habla cerca de Cuddalore y Madrás: el *Telinga* mas al Oeste: el *Carnatic* tiene una lengua peculiar, que se asemeja al *Tamul* y se habla desde Paleacate, cerca de Madrás, hasta el cabo de Comorin, y el *Marwa* que parece pertenecer á una parte de este país. No lejos de Cochín en Travancore existe el *Maleiam*; mas al Norte las lenguas de *Malabar*, *Hanara*, y del *Decan*; el dialecto de Malabar es de considerable antigüedad, puesto que se halla en dos láminas de cobre de los siglos VIII ó IX: sigue el *Kunkuna*, hácia Bombay: el *Mahratta* está mas tierra adentro: el *Guzurat* en la costa: y al otro lado del Indo el *Beloshi*, en Beloshistan: al Norte de este hallamos el *Afghan* ó *Pushu*, el cual contiene mas palabras hebreas que ningun otro de los á él parecidos: la gente se dice haber venido del Norte hace sobre 2,000 años, y que segun una tradicion persa, es descendiente del rey Saul. La lengua *sanscrita* subsiste algo mas correctamente bajo la familia Meda, en el *Mithridates*; pero pues que forma el eslabon que une las dos familias, puede acaso colocarse convenientemente entre las numerosas especies del *Sanscrito*; está escrito en el carácter arábigo, con algunas letras adicionales para expresar los sonidos *sanscritos*. La lengua de *Multan*, al Norte de Sindhia, tiene sobre una décima parte de Persa, mezclado con el *Sanscrito*. Los gitanos (que se asegura haber sido expulsados de una parte de la India por las crueldades de Timur Leng (Tamorlan), hácia los años de 1400, y que fueron probablemente algunos de los *Zingans*, en las cercanías de Multan) tienen en su lengua un gran número de coincidencias con la de Multan, siendo aun mas manifestamente que esta un dialecto del *Sanscrito*, aunque los gitanos han adoptado muchas palabras europeas, y especialmente esclavonas.

El *Maldiviano* es peculiar del grupo de isletas de que toma nombre; los misioneros Baptistas han impreso ya algunos libros en esta lengua. La gente del país parece muy semejante á la de Ceilan. El *Cingalés*, que se habla en gran

parte de Ceilan, es una mezcla de varios dialectos continentales, y se ha observado que los nombres propios de Ceilan, mencionados por Ptolomeo, son de origen *Sanscrito*. El doctor Leyden da como prueba de la antigüedad del *Malayan*, que el *Temala* de Ptolomeo es derivado de *Tema*, estaño. La conexión de esta lengua con la *Sanscrita*, no se ha admitido muy universalmente; y algunos, de los que la han estudiado mas están inclinados á considerarla como completamente original; pero en la parte mas pura de la lengua, el Doctor Leyden confiesa que tiene notable semejanza con la *Avanesa* y *Siamesa*; las palabras derivadas de la lengua *Sanscrita*, que él considera como algo menos numerosas, suben sin embargo á 3,000 sobre poco mas ó menos; siendo generalmente menos semejantes al *Bali* que al *Sanscrito*, y un número aun menor, está tomado del *Arábigo*. El carácter de las lenguas monosilábicas está en cierto modo conservado en él. Sir William Jones, consideró el *Malayan* como derivado del *Sanscrito*: Mr. Marsden supone que ha recibido sus palabras *sanscritas* por medio de Gujerat; y el Dr. Leyden, que mas bien de Kalinga ó Telinga, y presenta algunos restos de los dialectos de Tamul y Maleialam. Ademas de estos varios orígenes, se dice haber tomado algunas de sus mas sencillas palabras del *Javanes* y del *Búgis*; y se ha hecho mas estrecha mente monosilábico, desusando las primeras sílabas de algunas de las voces que ha adoptado. El *Javanes* se dice ser mas antiguo que el *Malayan*: el imperio de Java, fué en su origen poderoso y floreciente: la antigua lengua, fué mucho mas semejante al *Sanscrito* que al *Malayan*, y se escribió en un carácter peculiar. Aun se hablan dialectos de esta lengua en *Bali* y en *Madura*. Leyden cree que los *Malayos* fueron originarios de Java; y Marsden mas bien que de Sumatra, aunque conviene en que hay algunas razones para conjeturar que una antigua colonia *sanscrita* pudo haberse fijado en Java hace muchos centenares de años, y haber mezclado su lengua con una supuesta lengua madre de esta raza asiática.

De los dialectos *Sumatranos*, el principal, segun el Doctor Leyden, es el *Batta*, hablado por una gente que ocupó el centro de la Isla, y la cual, como algunas otras naciones indianas, conserva todavía el uso de desaprobar sus antiguas relaciones. Su lengua parece ser en parte original, y en parte enlazada con la *Malaya* y otros dialectos de las islas vecinas. El *Reganga* es principalmente una mezcla de *Batta* y *Malayano*. En el *Tampuhn* ó *Lampung* hay también algo de *Javanes*. El *Achi* ha sufrido mas el influjo de todas las gerigonzas musulmanas de las cercanías, especialmente del *Mapulas* del Malabar. Hay otros dialectos de menos nota en Néas y las islas de Poggy, muy semejantes al *Batta*. Esta lengua está provista de un alfabeto peculiar, el cual es notable por estar escrito desde la parte inferior del papel hácia arriba como los geroglíficos mejicanos; aunque los *Battas*, asi como los *Chinos*, algunas veces tienen sus libros de tal manera que leen horizontalmente. En Borneo parece que hay varios dialectos ó mas bien lenguas separadas; dos de las cuales, segun el Dr. Leyden son el *Biaju* y el *Tisun*. El *Andaman* se pone aquí únicamente á falta de mejor sitio; no pareciendo que tenga ninguna conexión en el *Sanscrito*, y siendo posible que se parezca mas al de Madagascar: la gente parece pertenecer á los *Papuas*, raza distinta y original, segun el Dr. Leyden, negra y con cabellos lanudos.

DIÁLECTOS INDO-EUROPEOS DE LA LENGUA SANSKRITA.

No solamente los Persas y los *Malayos*, sino que también los *Slavos* y los *Germanos*, los *Griegos*, los *Latinos*, y los *Celtas*, nos ofrecen idiomas estrechamente emparentados con el *Sanscrito*. Los señores Bopp, Pott, Benfey, y Eichhoff han demostrado las relaciones del *Sanscrito* con el Persa, con el Griego, con las lenguas Germánicas y la familia In-

do-europea en general; los señores Burnouf y Lassen, sus conexiones con el Pali de la Indo-China; Guillermo de Humboldt, los del mismo con el Javanés y el Malayo. Mr. Picotet de Ginebra ha desenvuelto mas particularmente la afinidad del Sanscrito con las lenguas célticas; y los señores Adelung y Dorn de San Petersburgo, la existente entre la misma y el Eslavon y el Ruso. La identidad de forma entre el Sanscrito por una parte, y por la otra el Griego, el Latin y los dialectos Germánicos es tan marcada, que un sabio lingüista ha podido decir ser mas fácil notar los numerosos puntos de semejanza de estas lenguas entre sí, que el determinar el carácter propio y especial de cada una. Aunque sin presentar una relacion tan íntima con el Sanscrito, hay aun otras lenguas europeas, tales como el Lituano, el Letton y el antiguo Prusiano, que parecen atestiguar sin embargo un origen comun.

El Sanscrito, puede fácilmente emostrarse que está íntimamente conexionado con el Griego, con el Latin y con el Aleman, aunque hay una grande exageracion en asegurar la existencia de una grande identidad entre estas lenguas.

Así encontramos solamente dentro del Pater Noster, entre los términos sanscritos, *Pida*, *Pitir*, por Padre, en Griego *Oter*; *P Nama* ó *Namadheya*, por Nombre, en Griego *Onoma*, *Onomati*; *Radshiam*, Reino, en Latin *Regnum* de *Rego*; *Manasam*, voluntad, como el Griego *Menüo*, y el latino *Mens*; *Stira*, *Tierra*, en Griego *Era*, de donde acaso el Latino *Terra*; y *Danim* ó en Devanagri *Dia*, el Dia, en Latin *Dies*.—Hay tambien algunas notables semejanzas de declinacion y conjugacion entre el Sanscrito y el Griego, *Dodami* *Dodasti*, *Dodati*; en antiguo Griego *Didomi* *Didosi*, *Didoti*. En una tableta, cuya fecha es de 23 años antes de Jesucristo, se encuentra *Kritico* por juez, que en Griego es *Crites*, *Criticos*. En una obra de Mister Townsend encontramos algunos bien elegidos ejemplos de semejanzas entre el Sanscrito y otras lenguas; así, *Bhru* es en Inglés *Brow* ceja; *Pota*, á *Boat*, un *Bote* ó *Lancha*; *Bad*, Inglés á *Bath*, en Aleman *Bad*, baño; *Dhara*, en Latin *Terra*; *Nava*, Latin, *Novus*, Nuevo; *Nakta*, Latin, *Nocte* en Inglés *Night* en Aleman *Nacht*, Noche; *Pad*, *Foot*, *Patte*, *Pié*, *Pata*; *Pruthama* ó *Protoma* Primero, de donde se deducen el Griego *Protos*, y Latino *Primus*; y *Upadesaca*, *Didasco*, *Doceo*, y *Disco*. Tenemos ademas *Vayajan*, Viento, en Ruso *Vieyanie*; y *Vidhava*, viuda, en Latin *Vidua*, en Aleman, *Wittwe*, en Ruso *Vdova*.—El *nt* de los verbos en plural se encuentra tambien en el Sanscrito, como v. g. *Bhavanti*, ellos son; *Dadanti* ellos dan.

(Se continuará.)



RESTOS DEL TEATRO DE SAGUNTO.

Las ruinas de Sagunto hace tiempo que llaman la atencion de los curiosos, ya por lo interesantes que son para el artista y para el arqueólogo, ya por el inmenso renombre

que á su patria conquistaron los saguntinos con sus heroicos hechos.

Entre aquellas venerables reliquias del arte antiguo tie-

nen un lugar preeminente los restos de su teatro; cuya descripción, publicada en 1793 por D. Enrique Palos y Navarro vamos á extraer á continuación, pareciéndonos digna de ello, como hecha por testigo ocular en la época mas favorable al efecto, es decir cuando se quitaron los escombros que en gran parte le ocultaban, y cuando sus deterioros no habian llegado al grado que hoy, ni al que tenian cuando otros curiosos pudieron visitarle despues de que Palos y Navarro hizo de cuenta suya desbrozarle.

«El Teatro Saguntino (dice este escritor) está al pié del castillo á vista de un valle muy ameno frente al Septentrión y nacimiento del sol, en paraje muy acomodado, saludable y oportuno: solo da entrada á los aires Orientales y de Levante, tan frescos en el verano como templados en invierno; pues un monte que le ciñe, le defiende de los aires de Mediodía y Occidente...

»Desde él se descubre un espacioso y dilatadísimo pedazo de mar y las embarcaciones que le surcan, y una verde campiña, que con diferentes árboles floridos que hay en ella, presentan á su tiempo á la vista de los espectadores un ameno y delicioso jardín...

»Y situado nuestro teatro en la concavidad del monte, con esta ayuda natural del sitio, y con el arte é ingenio con que se edificó... se percibe la voz de los actores que en él representan con tanta claridad desde la última grada de encima del *pórtico superior*, lugar el mas apartado del *pulpito* y de la *escena* que desde la primera grada de los *Senadores* la mas inmediata. Esto lo observaron así varias gentes en las comedias que por mi dirección se representaron en los dias 30 de Agosto, 1, 3 y 4 de Setiembre del año pasado de 1785, á cuyo efecto se adornó la *escena* de diferentes decoraciones harto graciosas, de primorosas pinturas, que con diversas mutaciones presentaban varios objetos muy agradables á la vista de los espectadores; y cuantos en el dia concurren á ver nuestro teatro, si hacen la experiencia, quedan gustosamente convencidos, que á una distancia de 240 palmos castellanos como la que hay desde la *escena* hasta la última grada de las de encima del *pórtico superior*, se percibe clara y suave la voz de los que hablan en la *escena*, ó en el lugar que ocupaba el *pulpito*, aunque no la esfuerce mucho, como si estuvieran al lado de ellos: cuando en los teatros del dia apenas se oye á los actores desde sus últimos asientos; defecto que hasta ahora no ha sabido precaver la nacion mas culta de nuestros tiempos. Esto baste por lo que mira á la situación del teatro: ahora veamos su estructura.

»Es el Teatro Saguntino de *orden toscano*... Todo él es de piedra azul pequeña, mas prolongada que cuadrada, tan perfectamente unida por las juntas, que la argamasa parece especie de betun; á excepcion del *graderio*, que era de piedras sillares grandes, segun vestigios que restan. Y tiene dicho nuestro teatro de un cabo á otro, lo que comprende todo su frontispicio, 464 palmos compartidos de esta manera:—74 que contiene la línea ó diámetro de la *orquesta*, tomadas las medidas de un ángulo á otro de la primera grada de los *Senadores*;—y 195 palmos que hay á cada lado de los ángulos de la dicha grada hasta la pared que cierra el teatro por ambos cabos, el cual contiene aquellas cinco partes principales de que debia constar cualquier teatro para ser perfecto... las que se irán demostrando con su dimension separadamente, y cada una de por sí.

»La *escena*... tiene de un ángulo á otro línea recta 244 palmos de longitud y 44 de latitud. Toda ella se compone de 13 *pozos* prolongados, uno en el medio, y 6 á cada lado de este, los cuales estaban cubiertos y su *cooptura*, era arqueada ó de vuelta á la parte de la concavidad y llana por la parte de fuera, pues servia de pavimento á la *escena*; y para la mayor firmeza de las paredes intermedias que dividian los

pozos, el diestro arquitecto al tiempo de levantar las dos paredes principales de la *escena*, dejó en el grueso de ellas unos *encajes* ó *cortaduras*, donde entrasen dichas paredes intermedias, y se pudiesen hacer mas fuertes, unidas é incorporadas con las otras. (Se continuará.)

UNA VIOLETA,

POR DON MANUEL IBO ALFARO.

Dedicada á su querido amigo

DON BIENVENIDO V. CANO.

(Continuacion.)

—Eso hace usted? preguntó Adamina asombrada.

—Eso hago yo con las señoritas de la corte; eso no haria en modo alguno con una aldeana.

—¿Por qué?

—Porque el corazon de las aldeanas es un vaso sellado, donde una expresion de amor pudiera ser una chispa que produjera efectos desastrosos.

—Y el corazon de una señorita de la corte? preguntó Adamina.

—Es un vaso ya abierto á las pasiones: es un volcan que arde en deseos; pero en desos de brillar, en deseos de cintas, de adalaciones, de joyas, y donde el amor no es mas que un aderezo como otro cualquiera, y no de los de mas valor. Ve usted todas esas elegantes que nos rodean, que conmovidas están con las lisonjas de sus adoradores? pues no tenga usted cuidado, que ninguna de ellas se morirá de amor. En fin, Adamina, cuando yo me declaro á una de esas damas que tenemos delante, es únicamente para estudiarla; y cuando ella me desdén, porque no se, ó no quiero hablarle en el tono lloroso de esos invéciles; me estoy apoderando de sus ideas, me estoy apoderando de sus afectos; y cuando llega el dia en que se cortan nuestras relaciones, creyendo ella haber quedado victoriosa en aquella liza de amor, el victorioso soy yo; porque ella se despide sin saber nada de mí; y yo me despido sabiendo todo lo de ella: Despues... ella se rie de mí, porque cree que me ha despreciado; porque cree que mi amor ha estado sirviendo de alfombra á sus piés; y yo mas benigno, me compadezco de ella, porque sé que he estado especulando con su carácter, porque me ha servido de modelo para una de las coquetas que pinto en mis comedias.

III.

El baile estaba brillante.

Cien y cien parejas de transparentes faldas giraban sin he-
rir con sus pies la alfombra, y la sentida armonía de un tierno vals de Bossissio arrancaba dulces afectos á aquellos juveniles corazones.

No sabemos lo que Alfredo diria á Adamina, ni lo que esta responderia á Alfredo, porque el ruido de la danza no nos permitió oirlo; pero suponemos que tierna conversacion debió cruzarse entre ellos, porque las facciones de ambos fueron cambiando lentamente, hasta tomar ese dulce colorido que los goces imprimen en una alma entusiasta y sensible.

No queda duda; Alfredo y Adamina debian gozar mucho; porque el primero era poeta; porque la segunda se habia criado en una quinta; y sino mirados; mirados cual se doblegan al mágico influjo de la orquesta; mirados cual giran distraidos por la estancia, cambiando sus miradas; mirados que lánguidos suspiran, tal vez sin conocer que sus pechos han exhalado un suspiro...

Pero la orquesta calló á su tiempo; las parejas ocuparon sus asientos, y Alfredo y Adamina lo hicieron en el mismo divan donde habian estado anteriormente. Mas algo de ex-

traño se observaba en estos dos jóvenes; Alfredo estaba triste y Adamina pálida.

Una simpatía quizá se había desarrollado en sus corazones, arrancada por la tierna música de Bossissio.

Después de un instante de silencio, hablaron de este modo:

—¿Qué me contesta usted, Adamina? preguntó Alfredo.

—Si fuera cierto lo que usted me ha dicho... murmuró Adamina.

—No se lo he jurado á usted por la memoria de mi padre, que para mí es lo mas sagrado que existe en el mundo?

—Es verdad; y si usted faltara á ese juramento, sería usted un criminal.

—Y si engañara á una joven tan pura como usted, sería dos veces criminal.

—¡Ay! es verdad: si usted me engañara... me haría tan desgraciada... pero no creo que quien sabe sentir como usted siente, pueda ser tan ingrato.

—No lo seré, angel mio.

—Así lo espero de vos.

—¡Oh Dios! exclamó Alfredo levantando los ojos al cielo, gracias os da mi alma porque ha encontrado otra alma que siente como ella siente.

Y fijó una lánguida mirada en Adamina.

Adamina estaba pálida.

—¿Qué tiene usted, Adamina? le preguntó Alfredo.

—No sé, respondió la joven afectada; me estremezco, tiemblo, y no se por qué tiemblo, y mi corazón se aflige, y las lágrimas se agolpan á mis ojos...

—Ah... temblad, temblad... exclamó el poeta, eso es amor: tambien yo me estremezco, tambien yo tiemblo, porque el amor que está naciendo en nuestro corazón nos hace á los dos temblar...

—El amor... murmuró Adamina llevándose el pañuelo á los ojos.

—Sí, el amor, hija mia; el amor que es el alma del mundo, que es la vida de las almas virtuosas: el amor que para los dos está abriendo esta noche un encantado porvenir de delicias... ¿no es cierto Adamina?

Y dejó caer su mano entre las manos de la joven.

—Sí, cierto es, respondió Adamina; y querían decirme que usted no amaba.

—¿Qué no amaba un poeta! exclamó Alfredo: ¿qué no amaba un poeta cuanto el amor es la nutrición de su espíritu, la inspiración de su alma! ¿Que no amaba un poeta! cuando por amar, como amarse debe, no comprende su amor el común de las gentes. ¿Qué no amaba un poeta! Tasso, Dante, Homero, Milton... que no habeis amado dicen porque no comprenden vuestro amor... ¿Qué no amo yo porque no he amado las ridiculas exigencias de un capricho femenino!... ¡Si amo, Adamina, si amo!

—Si ama usted Alfredo, respondió la niña, porque su expresión no puede mentir; tambien yo amo.

—¿Tambien usted ama?

—¿Por qué me hace usted esa pregunta? mire usted esta lágrima que se ha desprendido de mis ojos, y ella le contestará.

En este momento tocó la orquesta una polka; y cien parejas se lanzaron al baile. Tambien Alfredo y Adamina bailaron; pero tan luego como en simétricos compases cruzaron dos veces el salón, se pararon junto á una consola donde habia un espejo entre dos jarrones de dalias y de camelias.

Los amantes se miraron instintivamente en aquel espejo, y ambos vieron reflejada en su rostro la vehemencia de la pasión que abrasaba sus corazones.

—¿Qué noche tan feliz es esta para mí! exclamó Alfredo.

—¿De veras? preguntó Adamina sonriendo con la sonrisa de los ángeles.

—Toda la vida permanecerá grabada en mi memoria.

—¿Tambien cuando yo me marche de aquí?

—¡Ah! no nombreis ese momento, pues aunque corto será el tiempo que vivamos separados el uno del otro, se presenta lleno de amarguras para mí.

—¿Para usted! para usted que vive en la corte donde sobran distracciones, que sino apagan, embotan los recuerdos... Esa amargura se reserva para mí, ¡infeliz! que volveré á mi quinta; y sola, entre aquellas paredes, sin otra compañía que mi anciano padre y mis criados; sin otras diversiones que mis palomas y mis flores, veré deslizarse uno á uno entre aquella soledad los instantes de mi juventud... siempre fija la imagen de esta noche en mi memoria gozaré en los tibios placeres de un recuerdo; y ¿quién sabe? ¡ay!...

Adamina palideció de repente.

—Usted mismo lo ha dicho...

—¿El qué? preguntó Alfredo asustado.

—El que acaso tenga que llorar no haber vuelto á mi quinta antes de que la corte me haga derramar al volver una lágrima de amargura.

Alfredo calló un momento; pero en seguida la halagó con tiernas caricias; y la inocente niña, sucumbiendo á los halagos de su amante, le correspondió con una dulce sonrisa.

Entonces Alfredo le dijo con cariño:

—Todavía, Adamina, no conservo la menor prenda de V.

—¿Ya la ha perdido V? le preguntó la niña con candor.

—No, respondió Alfredo, cruzando con ella una mirada de inteligencia; esa ha quedado pagada con otra igual ó mayor; además el amor es una cosa que no se vé, y yo quiero una que se vea y se palpe, para tenerla á todas horas delante de mí.

—¿Y qué quiere usted que le dé?

Alfredo la examinó un momento de arriba abajo.

—Esa violeta que adorna los encajes de su pecho.

—¿Esta violeta? murmuró Adamina algun tanto alarmada.

—Cosa mas insignificante que esa... repuso Alfredo.

—Para mí, no tanto como usted cree, repitió la joven con tristeza.

—¿Pero no me la da usted?

—Si señor, se la daré á usted, después que usted haya escuchado su historia, para que sepa apreciarla tanto como yo la aprecio.

—Escucho con avidez, dijo Alfredo.

Y la joven con melancólica dulzura habló de este modo:

—Mi papá ocupaba un destino brillante en la corte; pero la delicada salud de mi mamá le hizo abandonar Madrid, y retirarse á la quinta en que me he criado. La salud de mi mamá empeoró por grados, hasta el punto de no poder bajar al jardín, ni siquiera salir de su habitación. Mi mamá tenia una hermana que siempre habitaba en Madrid, y que es mi tía Adela, en cuya casa estoy hospedada. Cuando la indisposición de mi mamá llegó á impedirle salir de su habitación, marchó en su compañía mi tía para ayudar á mi papá en la asistencia de la enferma. Cuanto mas abatida se encontraba mi mamá, mayor afición se le despertaba por las flores: todo su gabinete lo tenia lleno de jarrones con las mas frescas y aromáticas que mi tía y yo le subíamos del jardín; con cacharros donde ella misma habia sembrado otras; y por último, una mañana de primavera en que se levantó mas triste que de costumbre, puso en un florero blanco tierra cernida; me hizo subirle una jarra de agua del arroyo del jardín; esparció en el florero un papel de semilla de violeta; la regó con el agua que yo la subí, y lo colocó al sol. Cuando hubo concluido esta operación, á la que mi tía estaba tambien presente, me abrazó y besándome con frenesí, me dijo:—Hija de mi alma, yo no veré nacer estas violetas; pero cuando tu las veas, acuérdate de tu madre que te dió un cariñoso abrazo el día en que las sembró.

(Se continuará.)

A JUANA.

Que tengas la gran simpleza
de plantar cual en un tiesto
mil flores en tu cabeza,
causando risa con esto
á cuantos pasar te ven;
está bien.

Mas que tu relinga (1) engrudes
con rica harina de trigo
dando lugar, no lo dudes,
á que siempre tu enemigo
sea el pobre en general;
está mal.

Que entre delgadita y gruesa
parecer esto prefieras,
y obrando como traviesa
te cuelgues de las caderas
de ropa gran almacén;
está bien.

Mas que tengas por horrible
tu lindo color cetrino
y con afán reprehensible
des unturas de contino
á tu rostro angelical;
está mal.

Que además de la abundante
faldamenta que tu llevas,
una relinga chocante
también á llevar te atrevas
con sogas á *tutiplén*;
está bien.

Mas que en sienes y mejillas
con abundancia te plantes
caprichosas sortijillas,
y des colores brillantes
á tus labios de coral;
está mal.

Que desprecies la pasión
del *pollo* mas guapo y tieso
regalandole á *foison* (2).
calabazas de buen peso
aunque maduras no esten;
está bien.

Mas que llorando por tí
pase el día un botarate
que en su loco frenesí
cometa el gran disparate
de dar muerte á su rival;
está mal.

Que al Prado sombrero lleves
con que tus calvas te tapes
tan blancas como las nieves,
y que de ese modo atrapes

amante en un santiamen.
está bien.

Mas que intentes hacer ver
que eres cándida paloma
cuando el mismo Lucifer
te regalara un diploma
por tu astucia sin igual;
está mal.

Que lágrimas de amargura
derrames con profusión
notando que tu hermosura
sufre al día alteración
que tú no ves con desden;
está bien.

Mas que por esta letrilla
que te levanta una ampolla
y colora tu mejilla,
verme quieras en la argolla
ó frito en una sartén;
esto es lo que no está bien.

DAVID ACEBÁL Y DE ROCHAMBEAU.

EL ULTIMO BENI-OMEYA.

LEYENDA MORISCA,

POR DON VENTURA GARCIA ESCOBAR.

LA TIENDA DE DON BERNAL.

Gira el revuelto bridon
do quiera con brio raro,
y vender quiere muy caro,
su esforzado corazón.

Y ante cada yatagan
siempre está su fuerte acero,
como el roble audaz y entero
ante impetuoso huracán.

A un tajo vuelve un cercén,
para y hiere, ataca y ceja,
y cual fúlgida madeja
los sables chocar se ven.

Uno de los seides viles
ya la traición fementida
pagó con la infame vida,
á sus golpes varoniles.

Pero también de las venas
del bizarro paladin
fluye líquido carmin
y enrogece las arenas.

Y viendo aquellos traidores
que á estorbar su horrible hazaña
llegaba gente de España
en corceles voladores,

Caen bramando de furor
sobre el héroe de consuno
y el corcel le mata el uno,
con semblante de traidor.

Mas no en valde; que un revés
del bravo, tremendo y breve,
partiendo el cuello á el alevé,
le tiende muerto á sus piés.

(1) Así se llama el cabo que guarnece las velas de los buques, y como hoy se emplea en muchas partes para armar los miriñaques, no hay que extrañarse de que se dé también por extensión el nombre de *relinga*, al risible ahuecador que tan en boga está.

(2) Con abundancia. Sigamos la moda de hablar francés.

¡Tal fúe, que al dar el corcel
en tierra el postrer singulto,
del moro el hórrido bulto
al par cayó junto á él.

Mas ¡ay! que mientras así
de un traidor toma venganza,
la punta al pecho le alcanza
del yatagan marroquí.

Cae en tierra... en ancha cinta
su sangre del vaso escapa,
y el jubon bordado empapa,
y el florido campo pinta.

¡Si todo acabó! el puñal
blandiendo torbo un beduino,
á él arrójase... ¡asesino!...—
como á la presa el chacal.

Ya está cerca... y el valiente
con esfuerzo sobrehumano,
venciendo al dolor tirano,
salta en pié y cierra de frente.

Y sobre el inerte potro,
al fin, puesta una rodilla,
esgrimiendo la cuchilla,
hiere al uno y para al otro.

Ya no puede el triste mas!...
si pasa un solo momento,
tanto, tan ínclito aliento
perdido, sea quizás.

Que los bárbaros sayones,
ébrios de rabia y despecho,
por la espalda y por el pecho
le asaltan, como leones.

Estréchadle!... El adalid
en torno un cerco de llama
con su alfanje atroz derrama
en aquella última lid.

Dos aceros á la par
sobre él brillan, cual el rayo,
en la tempestad de Mayo,
sobre un náufrago en el mar.

Brilla el acero, arde el viento
en rasgos de viva lumbre,
cual suele en la etérea cumbre
de la nube el rojo aliento.

Es el postrer lance... ¡ah!...
la catástrofe suprema,
la hora del combate extrema!...
un golpe, y no hay mas allá,

¡El va á morir!... ¡con horror
de allí aparta la mirada!...
¡No! que suya es la jornada
salvo está el buen lidiador!...

¡Vedle!... casi aun de hinojos
sobre el fúnebre teatro,
cadáveres mira cuatro,
de cólera y sangre rojos.

¡Absorto está!... su victoria
no comprende... acaso duda
¿si Alláh por dicha le escuda?...
¿será una ilusión de gloria?...

Lo ve... y no lo cree aun!...
¿cómo así?... Porque el no sabe
de su salvacion la clave,
que no es milagro ningun.

El ignora que mi mano
dando al viento agudo arpon,
rompió el torpe corazon
de aquel pérfido africano,

Que al berirlo por detrás,

sintió al acerado filo
roto de su vida el hilo,
sin poder orar á mas.

Y libre del riesgo atroz,
al moro que cara á cara
mortal golpe le dispara,
castigar pudo veloz.

Y aunque exangüe ya su brazo,
y abrumado de fatiga,
la gúmia troncha enemiga,
de su acero al raudo trazo.

Y el arma cae desleal
con trémulo movimiento,
en vuelo sanguinolento
sobre lóbrego jaral.

Lanza el moro un ¡ay!... salvaje;
y saltando en su caballo,
batir le hace el duro callo,
y se pierden en el ramaje.

Y yo con mis escuderos
llego al árabe gallardo,
y atajo con mi tabardo
de su sangre los regueros.

Entonces que soy comprende
á quien debe su salud;
y el fuego de gratitud
sus tristes ojos enciende.

Quiere hablar... pero en su boca
la palabra helada espira;
me estrecha al pecho... suspira...
y cae inerte en la roca.

(Se continuará.)

SOLUCION DEL GEROGLIFICO ANTERIOR.

*A un moro en almohadones reclinado
No le dá de las hembras gran cuidado.*

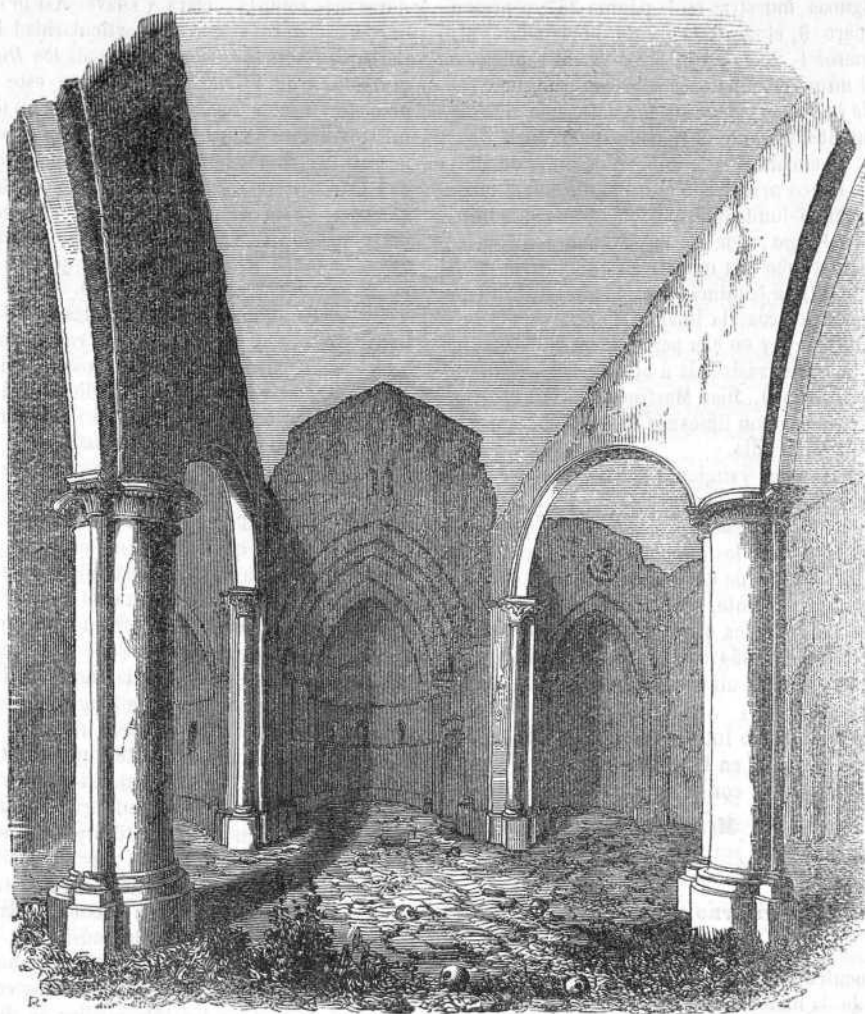
GEROGLIFICO.



Director y propietario, D. MANUEL DE ASSAS.

Redaccion y Administracion, calle de Vergara, 4, principal izquierda.

Madrid.—Imprenta á cargo de JOAQUIN RENE,
calle de la Union, 3, bajo.



UCEDA.

Antigua iglesia de la Virgen de la Varga.

Una de las cosas que mas llamaron nuestra atencion al visitar la villa de Uceda, fué que estuviesen fuera del recinto todos los edificios hoy existentes, si se exceptúa la destechada *iglesia antigua de la Virgen de la Varga*, que convertida en *Cementerio* no conserva ni un solo altar, ni otro ninguno de los objetos que en algun tiempo debieron adornarla. La actual poblacion es lo que antes fué arrabal al Oriente de la villa: el espacio comprendido dentro de las murallas, de las cuales quedan algunos restos, sirve hoy como tierra de labranza.

La *Antigua iglesia de la Virgen de la Varga*, consta de tres *naves* que comienzan en tres *ábsides*, (el *mayor* y los dos *colaterales*), y concluyen en la *imafronte* (fachada de los *pies* de la iglesia). La puerta está en la parte exterior de la nave del lado de la epístola. La *nave mayor* se halla dividida de cada una de las *colaterales* por medio de una arquería compuesta en cada lado, de dos arcos sostenidos por un pilar aislado en el punto en que se unen los dos arcos, segun se ve en el grabado que encabeza el presente artículo.

En este dibujo se ven los dos pilares en primer término; los tres ábsides en el fondo; y á la estremidad de la derecha la puerta de la iglesia. En el ábside mayor se ven tres

ventanas de *cabecera* semicircular, y en el muro que se eleva sobre el ingreso del ábside hay otras dos *ventanas gemelas de arcos apuntados*. Sobre el ingreso del ábside lateral de la epístola se abre otra *ventana circular*. Cada pilar de los que forman el primer término del cuadro se compone de una columna gruesa en la cual están empotradas otras dos muy esbeltas, una por el lado del ábside y otra por el de los pies del edificio.

En el dibujo publicado en la página 303 de este tomo se ve la iglesia por la parte exterior, presentando á la derecha sus tres ábsides con columnas empotradas, sobre cuyos fustes pasan unas fajas horizontales que corren por todo el ábside; en el cuerpo de la iglesia resalta la portada de esta con *arco ogival ó apuntado*, y un poco mas á la izquierda, un *contrafuerte* ó estribo: todas las cornisas se encuentran sostenidas por *canecillos*.

El edificio está poco deteriorado, pudiéndose asegurar que apenas le falta otra cosa que el tejado; puesto que se conoce no haber estado cubierto con bóvedas sino con techumbre de maderamen como las primitivas basílicas cristianas; así lo hacen ver los muros que cargan sobre los arcos y columnas en las divisiones de las naves.

Esta iglesia aun en su actual estado es un bello ejemplar

del *estilo románico*, á que pertenece, tanto por la unidad de su conjunto como por la disposicion de sus detalles, de los cuales damos algunas muestras en la página 357; representando,—el número 6, el *capitel corrido* de los pilares aislados;—los números 1, 2, 3, 4 y 5, otros varios capiteles de la iglesia;—y el número 7 una basa sobre su pedestal.

La *Virgen de la Varga*, debe su denominacion á la circunstancia siguiente. Durante el reinado de D. Juan II, en el año de 1426, se encontró una imagen de bulto de María Santísima en un hueco practicado entre la muralla y terraplen sobre que estuvo fundado el castillo de Uceda junto á la cuesta llamada *Varga*, que desde la llanura inferior y orilla del rio Jarama sube á la meseta en que yace la poblacion, y que á esta última conducia por el lado de Occidente y puerta principal. Colocóse la imagen en una capilla de la iglesia de que tratamos, y en ella permaneció hasta que hace no muchos años, fue trasladada á otra iglesia nueva que el Arzobispo de Toledo D. Juan Martinez Siliceo, hizo comenzar á sus expensas y con limosnas de los fieles, y es hoy la única parroquia de la villa.

No terminaremos estos renglones sin recomendar á los lectores á quienes hayan interesado las noticias que hemos apuntado acerca de la *Antigua iglesia de la Virgen de la Varga*, el examinar no solo los dibujos copiados del natural el año de 1851 por el autor de estas líneas y que acompañan á este artículo y al precedente, inserto en el número 39, sino tambien los dos grabados que se hallan en las páginas 28 y 29 del tomo de 1854 del *Semanario Pintoresco*, copiados á nuestra vista por un compañero de excursion artística.

Esta antigua iglesia, como interesante ejemplar arquitectónico del arte del siglo XII en España, seria de desear que se reparase y se conservase con el mayor esmero.

MANUEL DE ASSAS.

RESTOS DEL TEATRO DE SAGUNTO.

»El pozo del centro se mantiene aun entero con su *coovertura*; los 6 de la mano derecha se hallan descubiertos con sus paredes intermedias: de los otros 6 de la mano izquierda solo se conservan dos, pero descubiertos, pues los restantes se han deshecho y arruinado, á causa de haber querido aprovecharse del ámbito que ellos ocupaban los que fabricaron casas en tiempos pasados á sus inmediaciones.

»Dichos 13 pozos no convienen todos entre sí en las medidas. El del medio tiene 20 palmos de longitud, 10 de latitud, y 30 de altitud. Los dos primeros de ambos lados son iguales á este en longitud y latitud; su altitud no se puede asegurar, por hallarse descubiertos; los demas tienen 8 palmos de latitud y 20 de longitud; y sobre su altitud tampoco se puede formar concepto, por hallarse tambien descubiertos, aunque en algunos de dichos pozos quedan vestigios de su *coovertura*; la cual, segun aparece, en unos se eleva mas que en otros.

»Yo juzgo que en dichos 13 pozos se colocarian aquellos vasos de materia de cobre, que era la mas sonora, de que usaron los griegos en sus teatros para el buen sonido y percepcion clara de la voz de los actores: cuyos vasos estaban pendientes de ciertas argollas ó cadenas de hierro, y se concordaban con otros que inversos se fijaban en las *prescinciones*, á cuyo efecto debian tener estas sus cavidades ó huecos; pues los pozos y vasos vacios, como asegura Aristóteles, eran muy conducentes para la claridad y percepcion de la voz.... Y cuantas eran las *prescinciones*, tantas eran las *órdenes de vasos* que se colocaban en los pozos,..... y de esta colocacion de vasos en los pozos de la

escena y *prescinciones*, resultaba el efecto admirable de que la voz de los actores llegaba á los oidos de los espectadores mas robusta, clara y suave. Así lo contestan varios doctos escritores; pero con particularidad Monseñor Daniel Barbaro, traductor y comentador de los *Diez libros de Arquitectura de Vitrubio*. Y aunque este prescribe como precisas y necesarias 3 *prescinciones* en los teatros, en el nuestro solo se encuentran 2, en las que puede ser permanezcan todavia los vasos, pues en la primera *grada* del órden ecuestre se reconoce un agujero redondo ó camino, que recto se dirige á la concavidad ó hueco de la primera *prescincion*. Y por consiguiente, no teniendo nuestro teatro mas que 2 *prescinciones*, no podian colocarse en sus pozos mas que 2 *órdenes de vasos*.

»La escena tenia 3 divisiones, las que formaban 3 arcos *triumfales* que se llamaban *valvas regias* por su magnificencia y ornato, pues siendo como aparece nuestro teatro, griego, era preciso tuviese su escena dichas 3 divisiones, porque los griegos la dividian en 3 partes; una para las apariciones y desapariciones de los dioses, *vuelos*, y otras *máquinas* que era la del centro; otra para el coro de la música, que era la de mano derecha; y otra para el de los cantores, que era la de mano izquierda. La division de la escena de nuestro teatro, que estaba en el medio, y la de mano izquierda... están en el dia patentes, formando esta como una media-luna, cuyo diámetro comprende 32 palmos, en la que se conoce habia tambien sus gradas segun vestigios que de ellas quedan. La del centro tiene 40 palmos de diámetro; de que se evidencia que la media-luna de esta tenia una quinta parte mas de longitud que la otra, siendo por ello verosimil que su arco triunfal tuviese tambien una quinta parte mas de altitud que los otros dos, porque así correspondia á la mayor extension de su diámetro. Sobre estos 3 arcos *triumfales* de nuestra escena es regular hubiese muchas primorosas estatuas y otros adornos, pues así lo usaron los griegos, como lo atestigua Pólux. De la otra media-luna y arco triunfal de la mano derecha, cuya division servia para el coro de la música, nada resta. Y no solamente usaron los griegos de músicos y cantores en los juegos escénicos, si que tambien los romanos, entre quienes se atribuye á Neron la institucion de los coros, de la música y cantores para los intermedios de dichos juegos.

»A los ángulos de nuestra escena quedan vestigios de las *hospitalias* ó habitaciones donde se recibian los huéspedes ó convidados de otros pueblos que venian á ver los juegos, de las que se mantienen todavia pedazos de paredes que las formaban,..... cuyas habitaciones, que eran especie de salas, tenian 36 palmos de longitud, y 24 de latitud, y desde ellas por ciertos tránsitos pasaban los huéspedes ó convidados á sus asientos...

»Al respaldo de las *hospitalias* se reconocen vestigios de otras dos habitaciones que se estienden hácia el Norte con algunos pedazos de las cuatro paredes que las formaban, que en parages tienen en el dia hasta 20 palmos de altitud, y estas se llamaban *corágia*; en las que se vestian los actores, se preparaban los coros de la música y de los cantores, se guardaban los vestidos de aquellos, y los instrumentos de los músicos;.... conociéndose claramente tenian dos estancias ó cubiertas con sus ventanas en las paredes para tomar luz, y para la ventilacion de aires.

»El *proscenio* es el lugar que se avanza delante de la escena á manera de una calle,... y tiene 212 palmos de longitud, y 30 de latitud, en el cual, á las inmediaciones del púlpito, hablaban los *graciosos* ó *rufianes* segun costumbre entre los griegos.

»El *postcenio*... tiene la misma longitud que la escena, y solos 16 palmos de latitud; en cuyo espacio de lugar se acomodaban las *bigas* para las *tramoyas*, y se disponian tambien ciertos odres embutidos, unos de piedras, y otros

de áscuas, que agitados por el aire por unas mangas de cobre, imitaban con mucha perfección los estruendos de una tempestad de relámpagos y truenos cuando el acto lo exigía.

»El *pulpito*... en el medio del *proscenio*, tenía 16 palmos en cuadro, pequeñez en que reparará cualquiera que no sepa, que, entre los griegos no era permitido salir mas que cuatro actores á un tiempo á representar, segun Horacio. De él solo quedan los cimientos de las paredes que le formaban...

»La *orquesta* de nuestro teatro, contenida dentro la de la *periferia* de la primera *grada* de los *senadores*... tiene 74 palmos de diámetro de un ángulo á otro de dicha *grada*; y desde el centro de esta línea hasta el medio de la misma *grada*, 26 palmos; bien que hácia el *proscenio* se extiende 20 palmos. Su pavimento es llano y no con declive...

»Desde los ángulos de la primera *grada* de los *senadores* hasta las puertas por donde entraban estos, había un *pórtico*, segun claros vestigios que de él restan, así de la *bóveda* como de las paredes que la sostenían... y dicho *pórtico* servía para pasearse los *senadores* y *caballeros* y tambien para refugiarse unos y otros en cualquiera torbellino. Dicho *pórtico* tenía á cada lado 193 palmos de longitud, y 20 de latitud, y no se puede formar concepto de su altitud por hallarse del todo arruinado en su *cooptura*; si bien al parecer lo mas que podría elevarse sería hasta 20 palmos.

»El *graderio* de nuestro teatro se compone de 33 *gradas*... Las 3 primeras... estaban destinadas para los *senadores*: las 7 que siguen, para los *caballeros* mas ancianos; en seguida de las cuales se encuentra la primera *prescincion*, que es una *grada* doblada anchura y alta que las otras: despues siguen las otras 7 para los *caballeros* mas jóvenes; y tras estas se halla otra *prescincion*; y en seguida 10 *gradas* para la plebe llamadas *summa-cavea*... y sobre el *pórtico* superior hay 4 *gradas* que servían para las mujeres...

Las 3 *gradas* de los *senadores* solo tienen un palmo y un tercio de altitud, y 5 palmos y medio de latitud; y aunque á primera vista parecerá á cualquiera que dichas *gradas* eran sobrado anchas y poco altas, no es así, porque para los magistrados, sacerdotes y vestales, que tenían derecho á sentarse en silla *curul* ó de marfil, era conveniente tuvieran dicha latitud las *gradas* para que pudiesen estar sentados con comodidad; pues si solo tuviesen 3 palmos como las otras, ocupando este espacio las sillas, no quedaria en que poder apoyar ó descansar los pies. Y para los que no tenían derecho á sentarse en las *sillas curules* se colocaban sobre las *gradas* ciertos almohadones de estrado... sobre los cuales se sentaban con mucha comodidad y decencia, y por consiguiente no era defecto su poca altitud.

»Dichas *gradas senatorias* eran de piedras sillares grandes de color azul, pues en la tercera de ellas se encuentra en el día una piedra, que es la que forma la *grada*, y en la primera *grada* tambien se hallan dos pedazos de semejantes piedras con su moldura ó bordon delante; y en esta no se descubren en el día vestigios algunos de rotura ni otras señales, por lo que se pueda venir en conocimiento del *sugesto* ó *cadalso*, lugar del *pretor*...

»Todas las demas *gradas* así del *orden ecuestre*, como *plebeyo*, y las cuatro destinadas para las mujeres, tienen 2 palmos de altitud, y 3 de latitud... bien que la *séptima grada* de los *caballeros*, y la *cuarta* de las mujeres tenían doblada latitud que las otras, con motivo de que servían tambien de tránsito, y con ello no incomodaban á los que estaban sentados en ellas: todas las cuales *gradas* eran tambien de piedras sillares grandes del mismo color azul.

»Y por cuanto las *gradas* de nuestro teatro, así del *orden ecuestre* como de la *summa cavea*, tenían demasiada altitud para subir por ellas cómodamente los espectadores á sus asientos; se dispusieron nueve *escaleras*... repartidas

en el *semicirculo* que forma el *graderio*, una en su centro, y cuatro á cada lado de esta... De todas ellas quedan claros vestigios, y dichas *escaleras* no rompen su rectitud, y formando como forman especie de pirámide, proporcionan una vista agradable á los concurrentes.

(Se continuará.)

SOBRE LA POESIA ORIENTAL.

Al tratar de la poesía oriental, ni es ni puede ser nuestro propósito el ocuparnos de todos los pueblos que en el Oriente han cultivado la poesía, y que cuentan tesoros literarios dignos de estima, sino solamente de aquellos cuyo nombre suena desde los tiempos mas antiguos en nuestra historia, y que mayor huella han impreso en nuestra literatura. Pasando, pues, en silencio á los chinos, egipcios é indios, naciones famosísimas, pero de quienes apenas conservamos recuerdos históricos, y mucho menos literarios, vamos á tratar de los hebreos, persas y árabes.

De los hebreos, porque la religion cristiana nacida entre ellos, nos ha familiarizado con su poesía, y ha revestido á la nuestra de la magestad y grandeza del genio oriental, y porque su imitacion ha producido entre nosotros cuadros poéticos tan acabados como las magnificas odas de Herrera á la batalla de Lepanto, y la pérdida del Rey don Sebastian.

De los persas, porque en lo antiguo este país fué cuna de los pueblos scyticos ó góticos (1) conquistadores de nuestro suelo, y pobladores de la mayor parte de Europa, y porque en lo moderno la poesía persa ha prestado muchas de sus galas á la árabe, y esta á su vez á la nuestra.

De los árabes, en fin, porque estos hijos del desierto asentaron por tanto tiempo sus tiendas en nuestro suelo; porque encendieron en él una antorcha de ilustracion durante las tinieblas de la edad media, y porque de ellos nos han quedado tantos vestigios en el lenguaje, en las costumbres, y principalmente en la poesía y en las obras del arte.

Puesto que la poesía no sea otra cosa en nuestro concepto que un conjunto de imágenes tomadas de la creacion física ó moral, para presentar en breve cuadro y bosquejo la poesía de aquellas naciones del Oriente, cumplenos examinar las imágenes que le son propias y características, cuya razon ha de buscarse en la naturaleza física, en las costumbres, pasiones y creencias religiosas peculiares de tales pueblos.

La poesía hebrea ha tomado sus imágenes de la majestad religiosa de su *Yehovah* (2) y sus profetas, de los recuerdos de la creacion y las tradiciones de los tiempos patriarcales, de la peregrinacion de aquellas gentes por el desierto, de su destierro en Egipto y en Babel, (3) de sus guerras y sus héroes, y por último de las bellezas de su tierra de promision: de los *carmenes* de *Enghedi* (4) de los pintorescos montes Libano y Carmelo y de los jardines de rosas de Jericó. La poesía hebrea, puesto que descriptiva y floridísima

(1) Los Godos, que acaudillados por Ataulfo, fundaron la monarquía hispano-gótica, no traían su origen de los establecidos en la Escandinavia, como algunos han creído, sino de los que moraban al septentrion de la Grecia y en las riberas del Ponto Euxino, adonde habian pasado en época remota desde la Persia y países comarcanos. Véase al sábio inglés Pinkerton en su excelente obra titulada: «Investigaciones sobre el origen y primitivos establecimientos de los Scytas, Getas ó Godos.»

(2) *Yehovah*: nombre propio que daban los hebreos á su Dios para distinguirlo de las falsas divinidades que adoraban los gentiles, y significa el que es, derivandose de la raíz hebrea *havah*: ser, existir.

(3) *Babel*, nombre propio de Babilonia y de la famosa torre edificada por los descendientes de Noé en las llanuras de Sennar. Viene de la raíz semítica *balbal*, que aun se conserva en la lengua árabe y expresa confusion, por la que experimentaron los artifices de Babel cuando la division de lenguas.

(4) De la voz árabe *carm*, en hebreo *querem*, que significa viña y campo cultivado, ha venido en nuestro castellano la palabra *carmenes*, que expresa un terreno fértil ó ladera de monte plantado de viñas. Esta palabra conservase particularmente en Granada, donde se llaman *carmenes* ciertos parages muy amenos y deliciosos en las márgenes del Darro.

en sus formas, en cuanto al pensamiento que la domina es por excelencia épica. Los monumentos de esta poesía que son los libros del antiguo testamento, no forman mas que una epopeya mística, cuyo protagonista es Dios y el asunto las relaciones de la Divinidad con el hombre desde la fatal caída del linaje humano en Adán hasta su salvación en el futuro Mesías. El Evangelio y creencias cristianas, nacidas también en aquel misterioso Oriente, continúan esta grandiosa epopeya con las escenas de redención del Calvario, y la terminan maravillosamente con las promesas de la Jerusalén celestial que predijo el poético profeta de *Patmos* (1).

Los monumentos mas notables de la poesía hebrea, entre otros libros del antiguo Testamento son Job, el Cantar de los Cantares, los Salmos y los Profetas. Con algunos trozos tomados a la ventura de estos libros, vamos a dar muestra de las imágenes que según hemos notado, prestan su forma peculiar a esta poesía.

Imágenes religiosas: de los *Psalms*:

«En los cielos tiene Dios su morada: (desde allí) sus ojos miran al pobre, y sus párpados preguntan á los hijos del hombre (2).» — «Ampárame, oh Dios, bajo la sombra de *tus alas*.» (3) — «Los cielos celebran la gloria de Dios, y el firmamento anuncia el poderío de sus manos.» (4) — «Abrios oh puertas de la eternidad y entrará el Rey de la gloria.» (5) — «La voz del Señor resuena sobre la voz de las aguas, y ante ella se abaten los cedros del Líbano.» (6) — «Dios les abrió las puertas del cielo... y el hombre comió el *pan de los ángeles*.» (7) — «Asentó el Altísimo los cimientos de *Sion* en los montes santos y amó sus puertas mas que todas las tiendas de Jacob.» (8) — «El es quien desata las nubes en lluvia y saca los vientos de sus tesoros.» (9)

De *Jeremías* en sus *Threnos*.

«Los caminos de *Sion* lloran, porque ya no hay quien venga á la solemnidad» — «En vano *Sion* alza sus manos suplicantes, porque ya no hay quien la consuele.» (10)

Imágenes históricas de los *Psalms*:

«En la orilla de los ríos de Babel nos sentamos, y allí nos arrancó lágrimas el recuerdo de *Sion*: en sus sauces colgamos nuestros laúdes... por no entonar el cántico del Señor en la tierra extraña (11).» Moró Israel en Egipto, y Jacob habitó en la tierra de *Ham*... (12). Alegróse el Egipto á su partida... Dios extendió una nube para que los protegiese (guiándolos por el día) y fuego que los alumbrase por la noche (13).» — «Confesad al Señor por las maravillas de su mano creadora... El que afirmó la tierra sobre las aguas... el que hizo los grandes luminares y las estrellas... el que dividió el mar Rojo... y por medio de él condujo á Israel... y le guió por el desierto... y le dió en herencia la tierra de promisión (14).»

Imágenes del campo: de *Job*:

«El hombre... como *flor* nace y se agosta, y su vida huye veloz como la sombra (15).»

De los *Psalms*:

«Mis días declinaron como la sombra y yo mismo me sequé como el heno (16).»

«El justo es como el árbol plantado junto á la corriente de las aguas, que á su tiempo dará su fruto, y jamás caerán sus hojas (1).»

«Bendígate mi alma, oh Señor... que te envuelves en la luz como en un vestido... que extiendes los cielos como la piel de un pabellón... que huellas, como un escabel, las nubes, y que caminas por los espacios en alas de los vientos (2).»

Del *Cantar de los Cantares*:

«Reposando el Rey en su lecho, mi *nardo* derramó su aroma. Hececito de *mirra* es mi amado para mí... *Racimo* hermoso es mi amado para mí, en los cármenes de Engedi (3).» — «Yo soy flor del campo y azucena de los valles. — Como el manzano entre los árboles de la selva, así mi amado entre los hijos: bajo su sombra codiciada reposé, y sus frutos fueron dulces á mi paladar (4).» — «¿Quién es esta que sube por el desierto como leve columna de humo de los aromas de la mirra y del incienso y de todo leño oloroso (5)?» — «Tus mejillas son como un casco de *granada*... tus pechos como dos *cabritillos* que pacen entre azucenas... *Panal* de miel son tus labios... Huerto cerrado, fuente sellada eres, hermana y esposa mia... fuente de los huertos, manantial de aguas vivas, que corren impetuosamente del Líbano (6).» — «Los cabellos de mi amado son como el follaje de las *palmas*, negros como las alas del *cuervo*: sus ojos como *palomas* sobre arroyuelos de agua (7).» ¿Quién es esta que se levanta resplandeciente como la *aurora*, hermosa como la *luna*, sin par como el sol? (8) — «Tu estatua esbelta es semejante á la palma y tus pechos á dos racimos (9).»

Imágenes militares: del *Cantar de los Cantares*:

«Tu cuello es como la torre de David coronada de *almeas*: de ella cuelgan mil *escudos* y todo el *arnés* de los guerreros (10).»

«Soy negra, pero hermosa, oh hijas de Jerusalem, como las tiendas de *Quedar* (11), como los pabellones de pieles de Salomón (12).»

«Eres hermosa, amiga mia, agradable y vistosa como Jerusalem, magestuosa como un *campamento* ordenado (13).»

De *Job*:

«(El caballo en la guerra) audaz se regocija y sale al encuentro á la gente armada. Desprecia el miedo y no cede á la *espada*. Sobre él resonará la *aljaba*, vibrarán la *lanza* y el *escudo*... Al escuchar la *trompeta*... ya desde lejos percibe la guerra, las arengas de los caudillos y los clamores del ejército (14).»

De *David* en su elegía sobre la muerte de *Saul* y *Jonathas*:

«¡Oh! montes de Gelboé (15), ni el rocío ni la lluvia os fecunden... porque en vosotros fue humillado el *escudo* de los fuertes... ¡Cómo cayeron los valientes y faltaron las armas de la guerra! (16)»

Los breves límites que nos es forzoso dar á este artículo, no permiten extendernos como quisiéramos, sobre las infi-

(1) El Evangelista San Juan en su *Apocalipsis* ó revelación, cap. XXI y XXII.

(2) Salmo X.

(3) Salmo XVI.

(4) Salmo XVIII.

(5) Salmo XXIII.

(6) Salmo XXVIII.

(7) Salmo LXXVI.

(8) Salmo LXXXVI.

(9) Salmo CLXXXV.

(10) *Threnos*, cap. I, v. 4 y 17.

(11) Salmo CXXXVI.

(12) La tierra de Ham: es decir el Egipto poblado por *Missraim* hijo de Ham ó Cam, segundo hijo de Noé.

(13) Salmo CLV.

(14) Salmo CXXXV.

(15) Job, cap. XLV.

(16) Salmo CI.

(1) Salmo I.

(2) Salmo CIII.

(3) Cant. Cant. cap. I. Véase una nota anterior.

(4) Cant. Cant. cap. II.

(5) Cant. Cant. cap. III.

(6) Ibid. cap. IV.

(7) Ibid. cap. V.

(8) Ibid. cap. VI.

(9) Ibid. cap. VII.

(10) Ibid. cap. IV.

(11) *Quedar*, significa cosa negra, y es nombre propio de un hijo de Ismael, y de sus descendientes los *Beni Qedar*, tribu de árabes.

(12) Cant. Cant. cap. I.

(13) Ibid. cap. VI.

(14) Job, cap. XXXIX, v. 21 a 25.

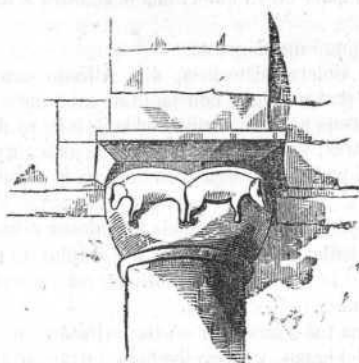
(15) En hebreo *Guilboa*, montes situados en la tribu de Isacar, llamados así por mirarse desnudos de toda vegetación.

(16) Libro II. de los *Reyes*, cap. I, v. 21 á 27.

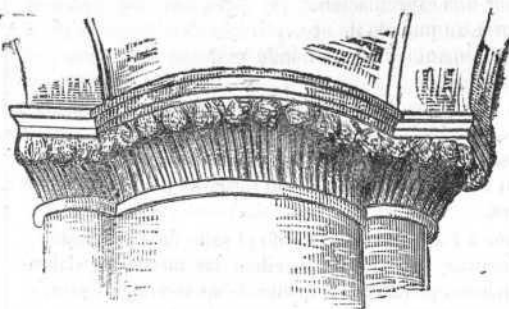
nititas bellezas de todo género que adornan la poesía de los hebreos, ricas y hermosas primicias de la musa oriental, cuyo acento es grave y augusto como la voz de Jehovah en la boca de los Profetas, y que derraman una luz risueña y

pura como las primeras auroras que alumbraron en el Oriente los pasos de la naciente humanidad.

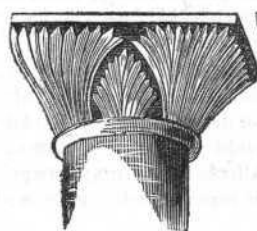
F. JAVIER SIMONET:



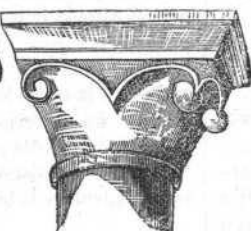
1



6



2



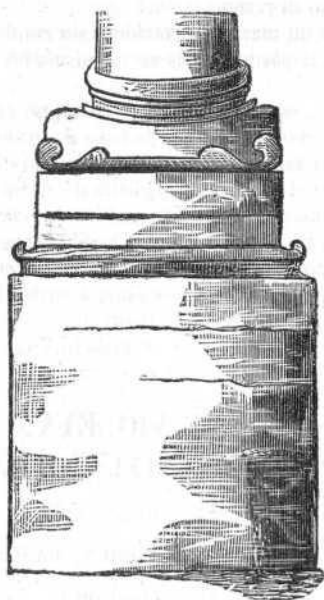
3



4



5



7

Detalles de la antigua Iglesia de la Virgen de la Varga en Uceda.

FANTASIA.

Dar tregua al lloro es dormir;
ser dichoso, eso es soñar,
volver al llanto y gemir
¿sabeis lo que es?—Despertar.

JUAN DE AROLAS.

I.

Empiezan á caer las primeras hojas de los árboles.

Tambien caen las primeras ilusiones de mi corazon.

El sol toca en su ocaso, como mis esperanzas, y la brisa de la noche es húmeda y fria como las lágrimas del dolor que se agolpan á mis ojos.

A su soplo, esas hojas, pálidas como mis ensueños, se arremolinan y confunden, igual á los confusos recuerdos que brotan de mi delirante imaginacion.

Estoy solo.

La soledad es una vírgen misteriosa que enjuga con su blanco cendal el llanto de los desgraciados.

La noche los cubre con su manto protector.

Las tinieblas son la luz de los corazones que sufren.

El día no recoge un suspiro.

La noche le recoge y prolonga.

Por eso vengo á sus sombras á recibir las inspiraciones del silencio.

Aquí no llega la risa sarcástica del imbécil, ni el estrépito de mil repugnantes orgías, ni las maldiciones del mundo...

Todo calla.

En rededor veo la naturaleza acorde con mi corazon.

Ella se despoja de las galanuras de la primavera, como la jóven de los lujosos atavíos para vestir el sencillo traje de esposa.

II.

El rayo rasga el cenit.

Las pasiones rasgan mi seno.

Los torrentes marchan con atronador murmullo y no hay dique que pueda contener sus espumantes aguas.

¡Ay! ¿Quién puede hacerse superior al veneno corrosivo

de las pasiones, inculcado en nosotros desde que perdemos las risueñas riberas de la niñez?..

Marchamos.

La ambición es nuestro porvenir.

El egoísmo nuestro faro.

El amor una especulación.

La gloria un puñado de oro...

¡Pobre humanidad! Y ¿á dónde vas?

¡Al Calvario!!

Todas las sendas de la vida están cubiertas de punzantes espinas.—

El positivista muere escarneciendo los mezquinos latidos de su corazón que no conoció ninguna de las puras afecciones.

El amor á Faon hace dar á Safo el salto de Leucades.

Las locuras de Baltasar escriben las terribles palabras que le hicieron palidecer en medio de su sacrilego festín.

¡Napoleon apenas conquistó un sepulcro!

Sócrates bebe la cicuta. Su inteligencia filosófica se turba y muere al hálito emponzoñado de una mujer...

¡Pobre humanidad!

El vértigo es tu existencia.

El delirio tu razón.

Nave en un mar embravecido y sin confines, tu destino es naufragar porque llevas en tí misma los gérmenes de la tempestad.

El amor, ese sentimiento inefable ¿no ruge muchas veces dentro de nosotros con la furia de los aquilones?

¡Ay! En vano desde la tierna juventud dirigimos las ardientes miradas hácia las regiones del Oriente. Si en óptica ilusoria vemos los horizontes coloreados con tintas de rosa, esas tintas no son mas que los resplandores del incendio á donde vamos á depositar las flores de nuestra efímera primavera. Mas allá estan los estériles arenales del desierto; mas allá la tumba; ¡mas allá... Dios!

EVARISTO VIGIL ESCALERA.

UNA VIOLETA, POR DON MANUEL IBO ALFARO.

Dedicada á su querido amigo

DON BIENVENIDO V. CANO.

(Continuación.)

La pobre Adamina se conmovió á medida que avanzaba en su relación; y Alfredo la escuchaba con el interés con que se escucha á la mujer á quien se ama.

—Pasados quince días, continuó la niña; á las tres de la mañana espiró mi mamá. Después de abrazar su cadáver mi tía y yo, abrimos el balcón para llorar en él con mas desahogo; y ¡ay Dios mío! las violetas comenzaban á brotar de la tierra aquella mañana.

Después, cuando mi tía se vino á Madrid; se empeñó en traerle aquel florero; mi papá no ha querido ya separarse de la casa en que murió su esposa: todas las noches, él, los criados y yo, la encomendamos á Dios de rodillas; mi tía me remite todos los años la primera maceta de violetas que produce la mata, y yo la coloco en medio de un altar adornado de flores que tengo formado en la misma alcoba en que espiró.

Alfredo se conmovió de esta candorosa relación.

—Buscando mi tía un aderezo para adornar mi pecho esta noche, le he dicho; «el adorno mas precioso para mí, de cuantos hay en Madrid, será una violeta del ramo de mi mamá.» Hemos ido en su busca, y no había ya en él otra que esta.

—¿Y me la entrega usted á mí? dijo Alfredo enagenado.

—Se la entrego á usted; respondió la niña arrancándola con languidez del pecho.

Y al ponerla en manos del poeta añadió:

—Tome usted: esta violeta es la voz de mi madre: si usted me engaña en su amor, ella le acusará á usted desde el cielo.

Y se enjugó una lágrima.

—Esta violeta misteriosa, dijo Alfredo con gravedad al recibirla; será un signo constante de mi amor; si el matrimonio corona nuestro cariño, se la devolveré á usted al pie de los altares; y si me muero antes, le juro á usted en nombre de mi padre; que bajará conmigo á la sepultura.

Concluyó el baile. Ya sabéis hermosas niñas como concluye un baile. Se cruzaron las despedidas de fórmula y los salones de la marquesa de Visleflor se fueron despejando rápidamente.

Adamina fué á buscar á su tía: Alfredo tomó á estas dos señoras del brazo, y luego les hizo entrar en un coche.

Verdad es que los pollos y pollas habían murmurado bastante de que Alfredo bailase toda la noche con Adamina; pero á Alfredo le importaba bien poco de las pollas y de los pollos.

Cuando el carruaje llegó á casa de la tía de Adamina, se apretaron la mano los dos amantes, y la tía ofreció la casa á Alfredo con expresión de verdadero afecto. Alfredo les ofreció visitarlas al día siguiente y se separaron.

Mucho anhelaba Alfredo esta visita; pero apesar de todo en sus adentros había resuelto visitar antes á otra persona.

EL AMOR.

I.

Hay en la vida una noche sin igual. Viene purísima, nos colma de delicias, y marcha llenando nuestra alma de esperanzas adúladoras.

La infancia la columbra en sus ensueños: la juventud se extasia al contemplarla; la vejez la recuerda como el momento bello del vivir.

Esta noche es la noche que sucede al día en que se han enamorado dos jóvenes.

No es el alba tan plácido como ella; no es tan fresco el rocío de Mayo; no es tan risueña el agua de los arroyos, no es tan dulce el sonreír de una virgen...

¡Noche feliz...! ¡engañadora noche...! Tú al batir tus alas de perfumado crespón, despliegas promesas mil de seductores goces: tú arrullas un instante el encantado sueño, y cual vestal ruborosa desapareces fugaz.

Tu viertes una gota de celeste silfio en el corazón de los amantes; pero ¿qué amante hay que habiendo libado una vez tus caricias, no vierte después en lágrimas de fuego, un torrente de amargura?

Esta es la noche, hermosas niñas, que debéis huir. Esta noche tan bella y seductora, es el genio misterioso que marchitará las rosas de vuestras mejillas; que apagará el carmin de vuestros labios; que hará nacer una arruga en vuestra frente, y el primer dolor en vuestro corazón. Huid de ella, queridas lectoras, huid; sed siempre niñas, pues esto os amonesta quien día y noche llora haber salido ya de aquella edad feliz.

Alfredo y Adamina están hoy gozando los placeres de esta noche de encantos. Fragantes pimpollos sonríen al amor que los saluda, como la blanca rosa sonríe al primer rayo del sol que abre su corola: pero inocentes no conocen que abierta una vez la rosa, jamás se puede cerrar; y que tras aquel sol templado que la halaga, vendrá otro sol abrasador que la marchite sin piedad.

Alfredo y Adamina no pensaban en esto, y cada uno en su casa se sienten satisfechos con el fuego que devora sus corazonas.

II.

Son las diez de la mañana.

Alfredo tira del cordón de la campanilla y se presenta un criado que penetró en la alcoba.

La alcoba en que dormía Alfredo, se hallaba separada del gabinete por un cortinaje de damasco blanco, con pabellones de damasco carmesí.

Frente á la alcoba se abre, también entre cortinajes y pabellones blancos y encarnados, el balcón que da á la calle Ancho de San Bernardo.

Entre la alcoba y el balcón se abre la puerta del gabinete; y frente á la puerta del gabinete está la mesa de escribir. En ella se acumulan en desorden multitud de papeles impresos y manuscritos, con varios libros, abiertos unos y cerrados otros; á los lados hay dos estantes al traves de cuyos cristales se ve una lujosa librería. Junto á la mesa hay una butaca; y sobre la mesa, prendidos á una esкарpia dorada, clavada á la pared entre ambos estantes, se ostentan en cruz dos floretes con botones de acero; en la cruz que forman los floretes, dos caretas y manoplas; bajo la cruz, en otra esкарpia, una pistola de sala; y junto á los puños, en otras dos esкарpias mas pequeñas, dos pistoletos de bolsillo.

Tal era el gabinete de Alfredo.

Apenas dieron las once y media en un péndulo, que se nos ha olvidado enumerar entre los objetos que cubrían la mesa del poeta, cuando este jóven salió de la alcoba, lavado ya, peinado, y envuelto en una bata de merino azul turquí, con un gorro de terciopelo verde que ceñía su negra y lustrosa cabellera.

Alfredo abrió el balcón, se puso en él de pechos; y con una violeta en la mano, respiró algunos instantes el vívido ambiente de Abril.

A las doce se quitó la bata que tiró á la alcoba, ajustó un corbatin de raso negro sobre el cuello de su finísima camisa; se cambió el gorro verde por un sombrero de felpa; se abrochó una elegante levita negra, colocó la violeta en uno de los ojales del pecho con estremado esmero; se sirvió unos guantes negros, y tomando un flexible baston, cerró tras de sí la puerta del gabinete.

Al cuarto de hora se encontraba Alfredo en el palacio de la Marquesa de Visleflor, sentado en mullida butaca, frente por frente á aquella amable señora, que en lujoso traje de mañana lo saludaba arrellanada en cómodo divan de terciopelo verde.

Seré conciso, hermosas niñas que me escucháis, pues conozco que voy abusando demasiado de vuestra paciencia.

El objeto de la visita que tan temprano hizo Alfredo á la Marquesa de Visleflor, fue declararle que se encontraba ciegamente apasionado de la encantadora Adamina; que esta niña correspondía á su amor con otro amor tan vehemente como el suyo; y suplicarle á la vez que tomase á su cargo el empeño de pedir su mano con formalidad á su señora tia.

A la Marquesa no dejó de sorprenderle esta repentina determinacion de Alfredo; y despues de hacerle algunas juiciosas observaciones, que Alfredo desvaneció con el fuego de la pasion, le dió palabra la Marquesa de dejarlo complacido aquel mismo dia á las seis de la tarde.

Alfredo le dió las gracias muy contento; pero como la franqueza era el lema de todas sus acciones, le hizo tambien presente para que lo pusiese en conocimiento de un amante, que en tiempos anteriores le habian propuesto sus tíos una boda ventajosa, segun ellos aseguraban, con una jóven forastera á quien él no conocia; que como indiferente que estaba entonces al bello sexo, habia accedido á ello sin reparo; pero que ni se habia vuelto á acordar de tal cosa una

sola vez, ni sus tíos le habian hablado una palabra en los años que llevaba en Madrid.

La Marquesa le ofreció dejarlo servido en todo lo que le habia encargado, y apretándole Alfredo la mano con galantería, salió de su gabinete para dirigirse desde allí á visitar á Adamina.

La tia de Adamina que sentia la poesia aunque no la expresaba; que era poeta de corazon aunque no de cabeza; habitaba un bonito cuarto principal en las Vistillas, con dos balcones desde donde se disfrutaba el deliciosísimo panorama que ofrecen las bastas y frondosas campiñas que riega con sus aguas el placentero Manzanares.

Eran las doce y media del dia.

Adamina estaba sentada en el balcón marcando un pañuelo de hilo, y su tia junto á ella, tambien sentada y leyendo el folletín de la ESPERANZA, periódico á que hacia largos años estaba suscrita.

Un canario trinaba melodioso en una jaula chinesca, colgada en el cancel del balcón; y en la falda de la tia de Adamina se dormía un robusto gato de Angola.

Aquel cuadro, fiel reflejo de la vida mas dulce y tranquila, guardaba sepulcral silencio (á excepcion del canario); pero algo de particular ocurría en el corazon de Adamina, porque de tiempo en tiempo dejaba la aguja distraida, y como absorta en una idea poderosa, en un pensamiento seductor, tendía la vista por la mansa corriente del Manzanares, ó por los bosques que nacen á sus orillas, ó por las praderas que hay mas allá de los bosques, ó por los lejanos pueblecillos que dibujan sus punteagudas torres en el último vapor del horizonte, ó tal vez por las nubes que en penachos de espuma ó en ráfagas de coral, se mecían blandas en una atmósfera diáfana y azul.

Otras veces trabajaba sin interrupcion; pero cuando mas afanada estaba en el bordado, que primoroso nacía entre sus dedos, despedía su pecho un suspiro involuntario; y este suspiro que estremecía á la jóven, se perdía en el espacio sin llamar la atencion de la vieja, embebida en la lectura del periódico.

De esta manera continuaban tia y sobrina, cuando sonó la campanilla; y á los pocos instantes entró la doncella anunciando la visita de un caballero jóven.

Al oír este anuncio tembló Adamina, dejó maquinalmente la labor, y palideció su rostro, cuando su tia con la frialdad propia de su avanzada edad, le dijo:

—¿Será Alfredo...?

—Puede ser; murmuró Adamina.

Y en seguida continuó la tia dirigiéndose á la doncella:

—Que pase.

A los dos minutos se presentó Alfredo en el gabinete.

(Se continuará.)

LA VUELTA DE LA VACADA.

Ya llega la vacada; ya inunda la pradera:
El sol que la ilumina se alegra de brillar;
Ya suenan las esquilas... ¡Feliz la primavera!
Tan solo á ella le es dado su música gozar.

Me ha dicho un pastorcillo que cuando al monte llegan
Las auras se estremecen gimiendo de placer;
Me ha dicho que los claros arroyos que le riegan,
Sus ondas refrescando, convidan á beber.

El plácido murmullo del agua y de las hojas
Se mezcla de las vacas al tímido bramar;
Y tronchan los becerros las amapolas rojas
que suelen las espigas doradas adornar.

La atmósfera se muestra mas pura y azulada;
La sombra es mas espesa, mas triste el ruiseñor;

Y cruzan los insectos en turba desbandada,
Formando en leves giros conjunto embriagador.

Ya llegan, ¡cuán hermosas! Aquella es la traidora
Que me embistió en el río, haciéndome correr;
Aquel el tierno choto, que en suerte burladora
Ha visto á mis hermanos, siguiéndoles, caer.

¡Qué llena y satisfecha regresa la vacada!
¡Qué noches nos esperan, amigas, de gozar!
Será por nuestras manos la leche condensada,
Contando historias tristes delante del hogar.

Vendrán nuestros parientes, vendrán nuestros amantes
Al lado y en voz baja secretos á decir.

¡Qué días de ventura tendremos las constantes,
Un niño en nuestra falda, rendido, al adormir!

Coged las pocas flores que restan en los valles:
Las vacas en guirnalda las lleven al lugar.
Y siembren de sus hojas las solitarias calles,
Que volverán con ellas la vida á recobrar

¡Qué tristes deslizaron las horas que lejanos
Tuvimos los pastores de melodiosa voz!
¡Qué cortas y que alegres teniéndolos cercanos!
El tiempo pasa presto: no llega tan veloz.

¡Cuán misera y angosta sería nuestra vida
Si no nos fuera dado dulcísimo esperar!
¡Qué presto se acabara la dicha apetecida
Si no por la esperanza de que podrá tornar!

Aun no hace cuatro meses subieron la montaña,
Y ya junto á nosotras volvémoslos á ver.
Despoja los nogales del ábrego la saña;
Y él abre las ventanas las noches de placer.

BENITO VICENS Y GIL DE TEJADA.

EL ULTIMO BENI-OMEYA.

LEYENDA MORISCA,

POR DON VENTURA GARCIA ESCOBAR.

LEYES DE CABALLERIA.

Dando fin el noble Conde
de aventura tan bizarra
á la narracion ardiente;
de su sitial se levanta.

Todavía el eco debil
de sus sabrosas palabras
entre las campestras lonas
divagando resonaba;

Cuando en torno de los reales
súbita voz se levanta,
que rauda y creciente grita;
«¡Gloria al patron!... ¡Viva España!...»

Es grito de los cristianos
de las guardias avanzadas,
que al albor del nuevo día
hacen belicosa salva.

En la tienda al punto mismo
un escudero se lanza,
con el contento en el rostro,
y el entusiasmo en el alma.

—Victoria, dice, buen Conde;
victoria por nuestras armas!...—

Y el Conde sin inmutarse
dando al cielo una mirada,

Clama, de hinojos cayendo;
—¡Gloria al Dios de las batallas!...—

—¡Gloria á Dios y al Rey!... repiten
todos allí... y una lágrima

Surca los curtidos rostros...
y todos despues se abrazan.

Este patético cuadro
túrbase con la llegada

De un oficial de la corte
camarero del Monarca.

—¡Salud, el Conde!... Su Alteza
os la envía en mi palabra.

Los moros huyen; por nuestra
quédase al fin la jornada;
pues á favor de la noche,
y al pavor debiendo alas,

Sus cuarteles han dejado
con fugaz y astuta planta.
Por los valles y los montes
van sus huestes aventadas,

Cual manada de venados
mal heridos en la caza.

El Rey os ordena, Conde,
que junteis vuestra mesnada,

Y salgais tras esos canes
con ballestas y con lanzas.—

—¡Hola!... Don Bernal prorumpen.
abrochando la coraza;

Aquí, los mis caballeros,
y las gentes de mi casa!

¡A mí, pues, los mis vasallos,
á mí Nuño, á mí Corada;

Y trescientos corredores
y otros tantos hombres de armas!...—

Y saliendo de la tienda
con su bandera en el asta

Y entre el animado estruendo
de mosquetes y espingardas;

al lecho vuelve los ojos
do el triste mozo descansa,

Y comprendiendo á Clavijo,
que con los ojos le habla;

—Rui, dice, tu y el moro:
á mi castillo mañana.

Hidalgo y cristiano eres.
él infeliz... esto basta

—¡Cómo!.. ¡aquí un moro!.. "prorumpen
algunos de la compañía:

Pero el Conde asaz severo
tales razones les habla.

—Un moro. Cual enemigos
en la lid les ha mi espada:

Como hermanos les contempla
en la desdicha mi raza.—

Esta es la ley de los buenos,
la hidalguía castellana;

El deber de los cristianos
y la antigua preza de España!—

dice... y en tanto que todos
le aplauden, loan y ensalzan,

Pone el Conde al potro espuelas,
y se pierde en la campaña.—

Director y propietario, D. MANUEL DE ASSAS.

Redaccion y Administracion, calle de Vergara, 4, principal izquierda

Madrid.—Imprenta á cargo de JOAQUIN RENÉ,
calle de la Union, 3, bajo.



AZCOITIA.

En la provincia de Guipúzcoa, á 4 leguas y media de Tolosa, en una frondosa llanura que se extiende al pie del encumbrado monte *Itzarriz*, y á la orilla del río *Urola*, yace la villa de *Azcoitia* dividida en tres barrios llamados *Ipercale*, *Laguardia*, y *Santa Clara*; constituyendo empero el centro del pueblo 130 casas de buen aspecto y cómoda distribución. Su plaza, embellecida con la casa consistorial construida de piedra de sillería con 5 arcos de frente; una calle de 2,000 pies de largura por 30 de anchura, bien empedrada y con aceras enlosadas; y las pintorescas vistas que presenta, hacen ser á esta poblacion una de las mas hermosas y agradables de la comarca.

Tiene una iglesia parroquial; 6 ermitas denominadas *San José*, *El Espíritu Santo*, *San Martin*, *San Sebastian*, *Nuestra Señora de la Concepcion*, y *El Angel de la Guarda*; 2 conventos de monjas, de *Santa Clara* el uno, y de *Brigidas recoletas* el otro; 380 casas, situadas en el llano y en las faldas y declives de ásperos montes; y 3 puentes de piedra y de madera.

El templo de *Nuestra Señora de la Antigua*, donde hoy se halla el cementerio, situado en terreno de la casa solar de *Balda*, patrona de la iglesia y que la daba nombre; fué la parroquia de *Azcoitia* hasta que en 1340 fué trasladada á *Santa Maria la Real* en el centro de la villa, en donde hoy existe, bajo el patronato del Sr. Duque de Granada de Ega, que le obtuvo por real merced.

Hay en su jurisdiccion canteras de mármol; «una fuente de agua sulfúrea de acreditada virtud contra las hemorroides y afecciones dimanadas de esta dolencia;» los arroyos *Egurvide* y *Chalon*, que, como otros, se unen al río *Urola*; abundante arbolado de hayas, encinas, robles, álamos, nogales y castaños, y prados naturales y artificiales.

En la Edad-media, *Azcoitia* se llamó *Miranda de Iraurgui*, y *San Martin de Iraurgui*; aunque algunos creen que el nombre de *Iraurgui* designaba al valle del río *Urola* por hallarle tambien en la villa de *Azpeitia*.

Alfonso XI de Castilla la concedió el privilegio de *villazgo*, haciendo hidalgos á sus vecinos en Burgos á 4 de enero de 1334,—Enrique II, en Valladolid á 12 de Julio de 1369, confirmó la regalia de su alcalde ordinario en quien hubo de residir la jurisdiccion; siendo una de las 4 villas en que debía de hacerlo por 3 años la diputacion general y el tribunal del corregidor; y de las 18 en que se celebraban las *Juntas Generales*, teniendo el *sesto asiento* en ellas.—Fué ocupada por las tropas francesas el año de 1794, despues de haberse posesionado de Vergara.

A.

RESTOS DEL TEATRO DE SAGUNTO.

»Los escalones del medio tienen 4 palmos y medio de longitud, un palmo de latitud y medio palmo y un cuarto de altitud; y los escalones de las ocho restantes son iguales, y tienen 3 palmos y tres cuartos de longitud, un palmo de latitud, y medio palmo y un cuarto de altitud... y cada uno de dichos escalones le formaba una piedra, como se conoce en el diapor ocho escalones enteros que permanecen en la tercera escalerilla contando desde la del ángulo de mano izquierda; y dos escalones en la del centro.

»Despues de la última grada popular está el pórtico superior... y dicho pórtico tiene 16 palmos y un cuarto de latitud, y 14 palmos de altitud, y aunque esto parecerá defecto de arquitectura no lo es: porque teniendo la altitud que basta, era muy conveniente tuviese mayor latitud para que las muchas gentes, en la entrada y salida ó cuando se refugiaban en algun repentino torbellino ó tempestad de agua, no estuviesen constreñidas por la estrechez del lugar, y este era el destino que tenía el referido pórtico; el cual seguía el semicírculo del teatro, solo que no terminaba en los ángulos de este, pues á cada lado quedaba un espacio de lugar

de 32 palmos de largaria; en el que, despues de la última *grada del pueblo*, se elevaban cuatro mas... En ellas se sentaban los ministros de justicia para apaciguar á los de la *summa cavea*, si movian alguna contienda, ó para aquietarles si metian ruido ó algazara; de cuyas gradas con dicho destino usaron los griegos en sus teatros, como del de Atenas lo asegura el Escoliastes sobre la Irene de Aristófanes; y desde las dichas gradas podian subir tambien los ministros de justicia á las de encima del *pórtico* al mismo fin por ciertas escalerillas, pues de la de mano izquierda quedan vestigios.

»Dicho *pórtico* superior tiene una cortadura en el centro de 30 palmos de longitud, en cuyo espacio de lugar se reconocen vestigios de una *basa* en la que se colocaria alguna estatua, como lo acostumbraron hacer los griegos; y á cada lado de la *basa* cuatro gradas pequeñas de solos 8 palmos de largaria... y en dichas graditas se sentaban otros ministros de justicia con el sobredicho objeto, los cuales por dos escalerillas que habia, una á cada parte de la cortadura, subian á las gradas de las mujeres cuando convenia. Estas escalerillas están patentes y á la vista, aunque no llegan al pavimento del *pórtico* por haberse arruinado este: sus escalones tienen 6 palmos de longitud, uno y medio de altitud, y uno y un cuarto de latitud.

»El referido *pórtico* tenia seis puertas á la parte de la graderia... y otras tantas á la parte del monte, que se miran oblicuamente. Las de fuera son arqueadas y tienen 8 palmos de altitud y 4 de latitud. Las de dentro son cuadradas y tienen 10 palmos de altitud y 5 de latitud: de las seis puertas de la parte del monte solo existen en el dia cuatro, por haberse arruinado las otras dos juntamente con el pedazo de *pórtico* donde estaban.

»En lo interior del Teatro existe otro *pórtico*, el cual no se extiende á todo su ámbito ó semicírculo, pues á poca distancia de su centro rompe hácia el Mediodia á la parte del monte donde tenia su puerta para entrar y salir, y por la parte de Poniente otra para el mismo efecto que se mantiene en el dia y es arqueada, la cual tiene 16 palmos de altitud y 8 de latitud; la otra puerta se arruinó enteramente. Dicho *pórtico* á la entrada por la parte de Poniente solo tiene 8 palmos de ancharia y 16 de elevacion, y poco á poco se va extendiendo y disminuyendo su altitud por estar formado sobre el monte, y con actividad; por manera que, á la parte de Mediodia tiene 16 palmos de latitud, y solos 12 de elevacion, cuyo *pórtico* tiene cinco puertas que facilitan la entrada al teatro...: dos de ellas están en la *segunda grada popular*, y las tres restantes en la *prescincion* intermedia entre estas y las del *orden ecuestre*; y dichas cinco puertas son cuadrilongas, las cuales tienen 4 palmos de latitud y 8 de altitud.

»A mas de dichos dos *pórticos*, por los que entraban los del pueblo á sus asientos, tenian estos otras cuatro entradas por cuatro puertas que existen en la *sexta grada popular*; dos á cada lado de la misma... evidentemente se conoce que eran puertas ó vomitorios con su *andadorcito* ó *corredor* cubierto con puertas á la otra parte del monte, y dichas puertas tienen 5 palmos de latitud y 10 de altitud.

»Solamente en la última *grada popular* hay dos *ventanas arqueadas*... una á cada ángulo, y servian para dar luz á ciertas escalerillas, que hay en lo interior del Teatro, por las que se subia al *pórtico* superior, pues no la podian tomar por otra parte...

»En la séptima *grada del orden ecuestre* hay dos puertas, una á cada ángulo... por las que entraban los caballeros á sus asientos, á cuyas puertas se subia por unas escaleras muy espaciosas que existen cubiertas con su bóveda, una á cada ángulo del Teatro... Sus escalones tienen 14 palmos de longitud, 3 de latitud, y un palmo y un cuarto de altitud... por las que subian tambien los caballeros á sus asientos: sus

escalones tienen 6 palmos de longitud, uno y medio de latitud, y uno y un cuarto de altitud.

»A cada lado del Teatro existe un *corredor*... por cuyos corredores se transitaba á las escalerillas que habia en lo interior del edificio, que ya no subsisten, por las que supone el Dean Martí, bajaban los reos ó delinquentes á las cárceles. Se entraba á dichos *corredores* por dos puertas que hay, una á cada ángulo de la *segunda grada popular*... las cuales tienen 4 palmos de latitud, y 8 de altitud. Las argollas y cadenas que supone el Dean Martí, permanecian en la *cárcel* existente, ya no se ven: ella es tan lóbrega, que sobre estar en lo interior del edificio sin ventana alguna, solo tiene una puertecita muy pequeña para entrar en la misma.

»Como los senadores, caballeros, y los demas del pueblo tenian respectivamente sus entradas al Teatro por las puertas y escaleras de que ya he hecho mencion; las mujeres tambien tenian dos puertas para entrar á sus gradas en la *parietina* ó pared que circuye el Teatro á la parte del monte, una á cada ángulo: la de mano izquierda que está existente... es arqueada y tiene 13 palmos de altitud y 7 y medio de latitud. Luego que se pasa de ella, se divide en dos ramos ó dos escalerillas, la una hácia la mano derecha, y la otra hácia la izquierda, para subir las mujeres cómodamente á sus asientos; sus escalones tienen 6 palmos de longitud, uno y medio de latitud, y uno y un cuarto de altitud; y por mas vivas diligencias que he practicado por ver si podia descubrir en dichas cuatro gradas destinadas para las mujeres otras tantas escalerillas, como se reconocen en las demas gradas del Teatro, solamente he encontrado vestigios de una escalerilla, siendo muy regular que fuesen tambien nueve en la misma linea que las otras; pues habiéndose destinado á los caballeros y á los del pueblo nueve escalerillas para bajar ó subir á sus asientos, ó para irse cuando bien les pareciese, por la sobrada elevacion de las gradas, no era regular que hubiesen escaseado esta comodidad á las mujeres. Por lo que estoy firmemente persuadido que en dichas cuatro gradas habia tambien nueve escalerillas como en las restantes del Teatro; siendo igualmente verosímil que delante de dichas cuatro gradas hubiese su *antepecho* ó *antemural*, que sirviese de defensivo, y de una elevacion que no impidiese la vista del espectáculo á las mujeres.

»Como nuestro Teatro se construyó en descubierto, para poderle cubrir con *toldo* ó *vela* que defendiese á los concurrentes de los ardores del sol, en la pared exterior se dejaron dos piedras perpendiculares que salen 2 palmos de la pared: la de la parte superior tenia un agujero circular, y la de bajo un hoyo excavado en medio; por manera que, entrando un madero redondo por el agujero de la primera, se fijaba y aseguraba en el hoyo ó excavacion de la segunda, de tal modo que no podia resbalar ni inclinar á parte alguna. Toda la circunferencia de la pared del Teatro estaba llena de dichas piedras, distantes unas de otras 12 palmos; y á los maderos que fijaban en ellas ataban ciertas cuerdas que se aseguraban por delante en una entena ó maroma muy fuerte que cruzaba desde un ángulo á otro del Teatro, y sobre las cuerdas se colocaba la *vela* tan bien asegurada que podia resistir cualquiera impetuoso viento: de cuyas velas usaron tambien los romanos en sus teatros y anfiteatros, y las hacian unas veces de lino y otras de seda, como la que hizo César bordada de estrellas de plata para ostentar su magnificencia; sobrepujando á todas las que hizo Neron de color de púrpura con estrellas de oro muy relucientes.

»A los ángulos de nuestro Teatro quedan vestigios de varios arcos, y en particular de los dos en donde estaban las puertas por las que entraban los senadores y caballeros... El de mano derecha se mantiene en el dia perfectamente

formado, su altitud es de 32 palmos, y su latitud de 16. Las paredes sobre que estriban dichos dos arcos se elevan hasta 108 palmos, y esta era toda la altitud que tenía la pared del teatro á los ángulos, cuya elevacion se va disminuyendo en lo interior de la pared así como va subiendo á buscar el centro, en el que solo tenía 20 palmos de altitud, y esto es porque el monte sobre que está fundada dicha pared se eleva lo que falta para igualar con la que tiene á los ángulos; pues toda ella al extremo estaba igual y paralela. Tomadas las medidas desde los ángulos de dicha pared tiene de circunferencia por la parte exterior 654 palmos, cuya dimension comprende todo el semicírculo del Teatro.

»Como este se construyó en el declive del monte, y por ello estaba espuesto á las furiosas avenidas de las aguas pluviales, cuya violencia podría ocasionarle algun daño; por la parte superior le repararon con dos murallas en forma de alas, que desviando los torrentes por los precipicios del monte, defendían dicho precioso edificio. Y por lo que mira al agua que llovía en lo interior del Teatro, por cierto agujero que había en el pavimento de la *orchestra*, el cual existe en el día, se metía en el *conducto ó acequia* que se dispuso para su desagüe; y cruza por el *pozo del centro*....: bien que por el *proscenio* también se desahogaba mucha porcion de ella.

»Este es el estado que en el día tiene nuestro *Teatro saguntino*. En él, cuando se quiera, pueden renovarse los antiguos juegos escénicos haciendo el *tablado ó foro* para representar en el lugar que ocupaba el *púlpito*, como lo ejecuté yo cuando les renové en el citado año de 1783; cuya función no vista hasta entonces en nuestros tiempos, se publicó en una de las *Gacetas de España*. Y sin embargo de que el *Dean Martí* dice en su *Carta* que es capaz de mas de 9,000 personas aunque se dé á cada una un espacio proporcionado de 2 palmos para poder estar con comodidad, yo hago concepto que es capaz de 12,000 personas y aun mas; porque en el último día de dichas funciones en que se juzgó por un juicio prudente de hombres juiciosos, que habrían concurrido 4,000 personas, advertí quedó mas de la mitad del *graderio* por ocupar, y las 4 gradas de encima del *pórtico superior*.

»Su fundacion no me puedo persuadir haya sido de los romanos, como han juzgado algunos escritores, queriendo sea del tiempo de los Scipiones, y hecho á solicitud de estos á expensas del erario de Roma para manifestar su gratitud hácia los Saguntinos, que por haber querido sostener la fidelidad, nunca bastantemente ponderada á sus amigos y aliados los romanos, estimaron en mas quemarse vivos en sus propias casas y en la plaza de la ciudad, que rendirse á sus contrarios y enemigos los cartagineses. Y no falta quien atribuye su fundacion con el propio designio al Emperador Claudio Germánico, por lo aficionado que fué á levantar suntuosos y magníficos edificios. Pues yo siempre he hecho concepto que nuestro Teatro ya subsistía antes que los romanos señoreasen en España; y siguiendo la opinion del abate D. Xavier Lampillas, soy de sentir, que su fundacion fué de griegos; y me confirmo mas en ello por la *lápida de caracteres desconocidos* que subsistía en la ventanilla del *vestuario ó corágia* de la mano izquierda del Teatro, la cual juntamente con otras de los mismos caracteres, que se cree ser de los primeros pobladores de España, coloqué en la *Casa de Ayuntamiento* de esta villa, extrayéndolas, de los parajes donde estaban, en virtud de comision que para ello tuve de su Real Magestad; y á buen seguro que si el abate Lampillas hubiese visto dicha *lápida* ó copia de ella, no hubiera temido afirmar que nuestro Teatro fué fábrica de tiempo anterior á la entrada de los romanos en España; ni recelaría tuviesen su opinion por paradoja no solo los italianos, si también los españoles. Pues atribuyéndose á los primeros pobladores de Sagunto la obra tan celebrada de *alfarería*

por las varias inscripciones de dichos caracteres desconocidos, que se han encontrado en diferentes pedazos del *barro saguntino*, celebrado últimamente por el Excmo. Sr. Conde de Lumières en la *disertacion* que publicó del mismo; no hay razon para que les privemos del buen gusto de levantar tan suntuoso y magnífico edificio como el de nuestro Teatro, mayormente cuando en él hemos encontrado inscripcion de los mismos caracteres grabada sobre un ladrillo grande de 3 palmos en cuadro, y de *medio* palmo de gordaria, obra de *alfarería* mas fuerte que los mas duros peñascos; de cuyos ladrillos se advierte en el día una hilera en el pedazo de pared que hace frente al *proscenio*,.... sobre la cual estribaba el *pórtico de los Senadores*; en cuyo particular pocos de los que han venido á ver este Teatro han puesto la consideracion, con todo lo que dichos ladrillos están patentes y á la vista, formando como especie de moldura, puestos de llano, cargando el resto de la pared sobre ellos.

»Sobre la época en que se levantó nuestro Teatro no se puede formar seguro concepto. Pero si atendemos al tiempo en que se fundó la antigua Sagunto, y al en que entraron en ella los griegos de Zacynto, que segun aseguran algunos autores fue 200 años antes de la guerra de Troya; y á lo que nos dice Tito Livio, de que dicha ciudad en muy corto tiempo se hizo opulentísima, y que creció en muchas riquezas por el comercio que dilataron sus ciudadanos hasta las tierras mas remotas del Oriente; aunque le demos algun tiempo de consideracion, como por ejemplo 500 años, durante los cuales hubiese podido hacerse tan rica y opulenta como nos la pinta Livio, y con disposicion de poder levantar á costas de su erario tan soberbio edificio; habremos de confesar que su fundacion fue mas de 2,800 años ha.

»Lo cierto es que nuestro Teatro saguntino es la admiracion de las gentes que vienen á verle, así de la nacion como extranjerías y por ello se hace digno se ponga el mayor cuidado para que se conserve.»

FENOMENOS EXTRAORDINARIOS.

Entre las obras quirúrgicas del parisiense *Ambrosio Parei*, cirujano del Rey de Francia, hay un curioso tratado de *monstruos y prodigios*, del cual nos ha parecido conveniente publicar en el SEMANARIO PINTORESCO algunos dibujos con las noticias que en la citada obra los acompañan. Lo raro del tratado, lo voluminoso del libro en que se halla impreso (1), la antigüedad de su fecha, lo lejano del pueblo en que se hizo la edicion, y el estar escrito en latin, son circunstancias por las cuales podrá ser manejado en el original por un pequeño número de nuestros lectores: estas son las razones que nos han movido á dar de él aqui un extracto traducido.

«En el año de 1254 (dice el autor) una yegua parió en

(1) Este libro en folio, que tiene 1164 páginas, sin contar con la portada, prefacio, introduccion é indice, se titula: «*Thesaurus Chirurgiae*, continens præstantissimorum autorum, utpote, ANIMOSII PAREI PARISIENSIS, JOANNIS TAGAULTII AMBIANI VIMACI, IACOBI ROLLEII STEMPANI, MARIANI SANCTI BAROLITANI, ANGELI BOLOGNINI, MICHAELIS ANGELI BLONDI, ALPHONSE FERRI NEAPOLITANI, JACOBI BONDI, ET GUILLEMI FABRITII HILDANI. Opera Chirurgica in quibus non solum perfectissima, tumores præter naturam, vulnera, ulcera, luxationes et fracturas ratio curandi; Verum etiam humani corporis singularumque partium exactissima anatome; Curationes item multorum aliorum affectuum, rare observationes et varia medicamenta ad chirurgiam pertinentia demonstrantur. Ante quidem disjunctim edita: Nunc vero in unum collecta et ab omnibus mendis repurgata, per Petrum Uffenbachium, reipubl. Francofurtensis ad Manum Physicum Ordinarium.—Francofurti, Prodit typis Nicolai Hoffmanni, Impensa Jacobi Fischeri Bibliopole.—Anno MDCX.»

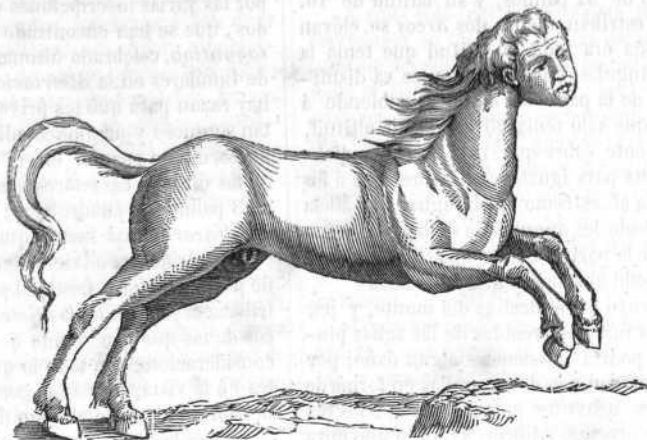


Figura del Potro con cara humana.

Verona un potro que tenía la cara completamente humana, al par que todo el resto de caballo. Poco despues estalló la guerra entre los toscanos y pisanos que encendió á casi toda la Italia. Por tanto quisimos pintar aqui la figura de aquel mónstruo.

«Casi al mismo tiempo que el pontífice máximo Julio II conmovió á toda la Italia y á la mayor parte del orbe cristiano contra Luis XII Rey de los franceses (de donde provi-

no aquella gravísima batalla de Rávena el día de Pascua de 1512, en la cual fue derrotado el ejército pontificio), nació en la misma ciudad de Rávena un mónstruo que tenía un cuerno en la parte alta de la cabeza, dos alas, un solo pie muy semejante al de las aves de rapiña, un ojo en la rodilla; era de los dos géneros masculino y femenino, con lo restante de hombre, segun puede verse en la adjunta figura.»



Figura del mónstruo de Rávena.

JUSTAS Y TORNEOS.

APUNTE HISTÓRICO.

A mediados del siglo XIV, el fanatismo por las justas y torneos, era tal entre los caballeros moros de Granada, que si bien se verificaban algunas veces para diversion de la corte de *Audalla el Chico*, corriéndose toros y cañas, sin embargo casi siempre tomaban un aspecto bélico; las cañas eran substituidas por las lanzas, y los *rejoncillos* por la *espada*, resultando en definitiva la muerte de alguno de los combatientes; cuyo abuso fue, á no dudar, la causa principal de la division de bandos que formaron los caballeros moros, designados bajo el nombre de *Cegries*, *Gomeles*,

Abencerrages, *Alarefes* y otros, quienes sostuvieron durante mucho tiempo, las conocidas guerras civiles de Granada que desolaron el pais.

Enojados los *Cegries* con la Reina mora, esposa de *Audalla*, porque distinguia un tanto á los del bando *Abencerrage*; imbuyeron al Rey contra estos últimos, y muchos fueron desterrados de Granada y aun asesinados: semejante injusticia decidió á los *Abencerrages* á convertirse al cristianismo y pasaron á engrosar las filas de los Reyes Católicos Isabel y Fernando, que por entonces se aprestaban á conquistar el reino de Granada.

No contentos los *Cegries* con esto, acusaron públicamente de adulterio á la Reina; y el Rey, siguiendo las leyes bárbaras del pais, segun las cuales se reconocia por mas hermosa aquella dama que defendida por un determinado caballero, vencía en el palenque; el mismo modo encargó

el Monarca la vindicta de su propio honor á la suerte de las armas; ordenando que se celebrase una justa en la cual pelearan los acusadores de la Reina con cuatro caballeros que esta eligiese por defensores: si vencían los primeros sería quemada viva por adúltera, y si los segundos declarada inocente: costumbres bárbaras que se han transmitido hasta nuestros días en las leyes del duelo.

La siguiente carta que la Reina mora dirigió al caballero cristiano que servía á D. Fernando de Aragon, llamado D. Juan Chacon, Señor de Cartagena y casado con Doña Luisa Fajardo, hija de D. Pedro, Adelantado y Capitan general del reino de Murcia, nos instruirá de lo ocurrido.

«La infeliz y desdichada Sultana, Reina de Granada, del antiguo Moraicel hija: á ti D. Juan Chacon, Señor de Cartagena, salud para que con ella, ayudado de Dios Nuestro Señor y de su Santísima Madre, puedas darme el favor que mi gran necesidad te pide, con la cual muy grandemente estoy puesta, por un testimonio que me han levantado unos traidores caballeros, que son Cegries y Gomeles, diciendo que violé con varon ageno el aposento Real de mi marido y que delinquí con un noble caballero, llamado Albin-Hamad, abencerrage, lo cual ha sido causa é instrumento de que los caballeros Abencerrages fuesen degollados sin culpa; y no obstante esto, haber por ello en esta desdichada ciudad muchas guerras civiles, de las cuales se han seguido muchas muertes de caballeros; y lo que mas siento es, que se haya puesto dolo en mi honra, tan sin culpa, que si en espacio de quince días no doy quien defienda mi honra, se ha de ejecutar en mí la sentencia en que estoy condenada, que es á quemar. Y avisándome una cautiva cristiana de tu valor, esfuerzo, piedad, virtud y bondad, acordé de favorecerme de tí, pues eres padre de necesitados y vengador de agravios. Mi necesidad es grande, pues soy mujer sola y triste; mi agravio es el mayor que en el mundo se ha hecho, pues se han atrevido, traidores, á poner mácula en esta triste Reina, y á levantarme lo que jamás imaginé. Yo estoy afrentada y en el peligro dicho, si no me socorres, soy perdida; no me niegues tu favor, pues encomiendo en tus manos toda mi honra; y si por ser yo infiel no me quieres favorecer, considera que no lo soy, que creo en Dios poderoso y en la Virgen Santa María su madre, en quien confío que alcanzarás gloriosa victoria de mis enemigos, con la cual quedará libre mi honra, y se sabrá la verdad cierta; y confiada que te dolerás desta desconsolada Reina. No mas.»

Sultana Reina de Granada.

A la cual contestó Chacon en estos términos.

«A tí Sultana, Reina de Granada, salud. Para que te pueda yo besar tus Reales manos, por la singular merced que me haces en querer servirme de este humilde siervo, para un negocio tan árduo, y de tanta gravedad. Muchos, y muy principales caballeros hay en esta corte, á quien pudieras mandar lo que á mí; y pues me lo mandas, obedezco, y acepto lo que me pides, confiando en Dios, y en su bendita madre, y en tu inocencia; y así digo, que el último día del plazo partirémos á servirte yo, y tres caballeros amigos, y no habrá falta. Encomiéndate á Dios, el cual te guarde y defienda. De Talavera.»

D. Juan Chacon.

Efectivamente, el último día del plazo fijado para defender la honra de la Reina, se hallaba esta con sus damas Zelina y Esperanza, colocada sobre un tablado enlutado frente á un gran palenque mandado construir al efecto, en el cual esperaban los cuatro caballeros acusadores, que eran, Mahomad y Hamete, cegries, Mahandon, y Mahandin gomeles. Desde las ocho de la mañana hasta las dos de la tarde estuvieron aguardando los jueces del campo colocados al do derecho del tablado y los mantenedores; y además puede decirse que toda Granada agrupada en derredor del

palenque: poco despues de las dos un prolongado murmullo anunció la llegada de los llamados aventureros defensores de la Reina; y efectivamente, entraron en el palenque cuatro turcos, que eran los disfrazados caballeros cristianos, Don Manuel Ponce de Leon, Duque de Arcos, descendiente de los Reyes de Xerica y Señores de la casa de Villagarcía; D. Alonso de Aguilar, D. Diego de Córdoba y D. Juan Chacon.

El primero llevaba por divisa en el pendoncillo un leon de oro sobre escudo de campo blanco, y entre sus garras un moro á quien estaba despedazando con el siguiente lema:

«Merece mas dura suerte
»Quien va contra la verdad,
»Y aun es poca crueldad
»Que un leon le de la muerte.»

D. Alonso de Aguilar llevaba en su escudo un aguila dorada, en campo rojo, en ademan de remontarse, sosteniendo con las garras la cabeza de un moro y el verso:

«La subiré hasta el cielo
»Para que dé mas caída,
»Por la maldad conocida
»Que cometió sin recelo.»

D. Diego de Córdoba llevaba una espada dorada sobre campo blanco, y en la punta clavada la cabeza de un moro, y debajo:

«Por los filos de la espada
»Quedará con claridad,
»El hecho de la verdad
»Y la Reina libertada.»

Y D. Juan Chacon, un lobo en campo verde, en actitud de despedazar á un moro con el mote:

«Por su mal le devora.»

Hecha por los trompeteros la señal de batalla, se lanzaron los caballeros á la pelea; y la trabaron, D. Diego Fernandez de Córdoba con Mahomad; D. Manuel Ponce con Ali Hamete; D. Alonso Aguilar con Mahandon, y D. Juan Chacon con Mahandin; fueron muchos los actos de valor desesperado que hubo por una y otra parte; pero los moros fueron al fin vencidos y muertos no sin haber confesado en público su calumnia antes de espirar el traidor Mahomad, cegri, viéndose en tierra, y sobre el pecho una rodilla de D. Juan Chacon.

«Ya no es menester darme mas heridas de las que tengo, exclamó, porque esta postrera bastaba para echar del mundo á un tan gran traidor alevoso como yo; y pues me pedís (vencedor caballero) que declare la verdad, yo lo diré. Sabrás que habiendo muerto algunos de mi linage los del bando Abencerrage, y á otros afrentado, y que valían tanto con los Reyes, y que no nos podíamos vengar de ellos, ordené yo que fuesen perseguidos los caballeros Abencerrages, y por mi traición fueron muertos sin culpa. La Reina no debe cosa ninguna de lo que yo la levante acerca del adulterio de que fué acusada; esta es la verdad allegado he á punto de decirlo, y no hay otra cosa sino lo que he dicho.»

Este fué el resultado afortunadamente favorable á la virtud é inocencia de la Reina mora, que se libró de morir en la hoguera como adúltera, segun sentencia de su mismo esposo.

Concluiré estos apuntes citando algunas de las leyes que se observaban en la antigüedad para las Justas y Torneos, segun instrucciones dictadas por varios Monarcas entre ellos Don Juan II.

Una vez publicada la Justa llamando á todos los caballe-

ros del reino y extranjeros, que quisieran combatir con los mantenedores del campo ó retadores; los que deseaban entrar en lid, mandaban sus escudos al palenque, para que fueran expuestos públicamente, por si habia *home á denostarlos ó fembra injuriada* por alguno de los dichos caballeros; caso de presentarse alguien en queja, se abria juicio entre el acusador y acusado y si resultaba cierto el delito, el lidiador se retiraba de la justa, pues no podian tomar parte en ella sino caballeros sin tacha.

En todo torneo debia nombrarse una Reina del dia que presidiese la funcion y de cuya mano debian recibir los caballeros el premio, que por lo comun eran tres; uno para el vencedor de la justa, otro para el mas diestro en el manejo de las armas y caballo, y otro para el mas galan; cuya eleccion la hacian, para los dos primeros, los jueces del campo, y para el último las mismas damas.

Como cortesía en el acto del combate se observaban, con ligeras modificaciones, las siguientes reglas.

Ningun caballero podrá usar otras armas ofensivas mas que espada y daga con filos embotados, las que serán antes examinadas y revistadas por los jueces destinados al efecto.

Como armas defensivas no se podrán usar peto ni espaldar, y si cota de malla con antecuello debajo de la sobrepuesta, las que serán tambien revisadas.

No se podrá tirar estocada, sino solo tajo ó revés, y estos siempre dirigidos al tronco del caballero, y no á la cabeza y á los otros miembros.

Cada uno de los caballeros, deberá respetar á cualquiera otro, á quien en el acto de la embestida se le cayese la lanza, pues no seria honroso herir á un indefenso.

Tampoco podrán acometer dos ó mas caballeros á uno solo.

A cualquiera caballero tapado que se presentase y admitiese á la pelea le será permitido conservarse incógnito, pero deberá esto entenderse solo en el caso de ser vencido, pues vencedor, tendrá que descubrirse.

Los caballeros que justaren no deberán hacer mas de tres corridas, y el que en una de ellas rompa una lanza contra otro será tenido en mas que el que no haya roto ninguna.

Si un caballero, ya retado, ya retador, rompiere dos lanzas y otro no mas que una, que esté la ventaja por el que rompiere las dos, y si por un acaso el que rompiere la una derribare el morrion del contrario se reputen iguales á entrambos; y asi mismo deberá entenderse de la espada y algunas otras armas á juicio de los heraldos y reyes de armas, pero que siempre se espresaba en el cartel de anuncio.

En la actualidad esta clase de diversiones guerreras están completamente en desuso, y si bien en casos dados se han querido renovar en este siglo, nunca han llegado, ni con mucho á semejarse á las de la antigüedad; tanto por los crecidos gastos que son necesarios para disponerlas, cuanto por la poca inteligencia por parte de los que se han encargado de dirigir las; debiendo exceptuar únicamente al Esclentísimo Sr. D. Juan de la Pezuela, capitan de caballeria que era en el año 1838, quien con motivo de la jura de nuestra Reina Doña Isabel II, organizó y dirigió en Barcelona, unas Justas y Torneos célebres por el lujo con que se verificaron y por la propiedad que se observó hasta en las mas insignificantes ceremonias.

EMILIO DE TAMARIT.

UNA VIOLETA,

POR DON MANUEL IBO ALFARO.

Dedicada á su querido amigo

DON BIENVENIDO V. CANO.

(Continuacion.)

La tia lo saludó con amabilidad; pero Adamina convertida en bermellon la palidez de su rostro, fijó los ojos en el suelo. Luego... se cruzaron entrambos esa mirada inexplicable que sucede á la primera noche de amor, y los dos jóvenes se sonrieron al oculto influjo de un poderoso iman.

Dulce fue la conversacion que entre ellos se sostuvo; y como dulce se deslizó con ella breve el tiempo; y temeroso Alfredo de hacerse molesto la primera noche que se ponía á sus órdenes, se retiró despues de mil felicitaciones con la tia, y despues de apretar la mano en silencio á la sobrina.

Cuando Alfredo llegó á su gabinete, se quitó los guantes, las botas, el sombrero y la levita; se puso las chinelas la bata y el gorro, y tomando un cuaderno con cubierta de tafete azul, se sentó en la mesa de escribir.

Aquel cuaderno era su diario.

Despues de pasar algunas hojas manuscritas escribió en una estos renglones:

Viernes 10 de Abril de 1855.

Una de la tarde.

La noche del 9 de Abril fue el telon corrido á la primera parte del drama de mi vida. Mi infancia, mis recuerdos, mi cariño doméstico, todo ha quedado sepultado en él, y ha comenzado para mí una vida de amor. Adamina me ama; yo la adoro; y un hombre y una mujer que se adoran pueden disfrutar en esta vida las delicias del Paraíso. Adamina y yo disfrutaremos las delicias del Paraíso.

III.

Veinte dias habian transcurrido desde la noche en que Alfredo conoció á Adamina en el baile de la Marquesa de Visleflor.

Veinte dias son muy bastantes para familiarizar las relaciones de dos jóvenes cuando un amor puro y vehemente une sus corazones; y como el amor que unia los de Alfredo y Adamina era mas puro que el sonreír de los ángeles, y mas vehemente que los rayos de un sol de estío; nuestros jóvenes se trataban ya con la misma confianza y libertad que si se hubieran conocido toda la vida. Hay mas: aquel amor no era cortesano; y en medio de la pasion voraz que abrasaba sus almas, ambos sentian una dulce languidez que se confundia con el amor de hermano, con los bellos placeres que ofrece la amistad.

La tia de Adamina, estaba como no podia menos de suceder, enterada de la situacion de su sobrina; le halagaban en extremo aquellas relaciones; y lo mismo que Adamina esperaba la llegada del padre de la jóven, para hablarle de semejante asunto.

Adamina por su parte habia experimentado en pocos dias un cambio notable. Palideció su rostro, desvaneciose carmin de sus labios, se apagó el fuego de su mirada, pero una suave melancolia daba á sus facciones cierto aire de magestuosa languidez que la convertian en una virgen dormida.

Tambien Alfredo habia experimentado su variacion; pero variacion que se presentaba con caracteres distintos.

Como poeta que era, como hombre dotado de inspiracion, habia vagado de continuo su mente por los espacios imagi-

narios, siempre viendo fantasmas, siempre creando seres ideales mas ó menos bellos, mas ó menos vaporosos, que todos venian de continuo á adular su imaginacion, á desvanecer su espíritu.

Pero hoy, una severa gravedad se ha apoderado de su rostro; su mente mas que nunca vaga por la region del deal; pero todas sus creaciones reconocen un mismo tipo; este tipo es una mujer grabada en su corazon; esta mujer es Adamina.

Alfredo y Adamina han renunciado á la sociedad de la corte. El uno vive exclusivamente para el otro; y los dos viven solo para el amor.

Alfredo pasa el dia haciendo poesías; Adamina lo pasa bordando ricos pañuelos de Holanda, ó tules ó cenefas; y por la noche Alfredo busca á Adamina para leerle sus poesías, para ver sus bordados, para mirarse uno á otro, para sonreirse, para apretarse la mano, para estremecerse ambos, con la oculta y divina corriente que se infiltra en sus venas al mirarse, al sonreirse, al apretarse la mano.

Tan luego como el bello crepúsculo de mayo anunciaba las sombras misteriosas de la noche en las gratas florestas que riega el Manzanares, recogia Adamina la labor, su tia se retiraba de casualidad ó de intento, á evacuar algunos quehaceres domésticos; y la niña, de pechos ó sentada en el balcon, esperaba palpitante al objeto de su amor, que no se hacia mucho de desear.

Sentados los dos al frente de un espacioso campo; aspirando las brisas de un rio plateado; percibiendo el aroma de no lejanos jardines; y contemplando un cielo de arboles, de plata y de zafir, se adormecian nuestros amantes mecidos por el purísimo arrullo del amor.

De este modo se deslizaron algunos dias.

Este fue el método de vida que Adamina y Alfredo siguieron desde la noche feliz que se conocieron en casa de la Marquesa de Visleflor.

.....Ahí teneis cortesanas, ahí teneis el poeta que en nadie fijaba su cariño; ahí lo teneis siendo un modelo de amor y de constancia, porque encontró la flor que buscaba; porque escuchó el eco que anhelaba, porque halló su centro y salió de la esfera emponzoñada en que vosotros vivis.

Una noche en que Alfredo encontró á Adamina mas contenta que de costumbre, la preguntó afanoso:

—¿Qué tiene usted, Adamina, que está usted tan alegre?

—Que tengo de tener, respondió la niña sonriendo de gozo, que viene mañana mi papá, y hace tanto tiempo que no lo he visto...

—¿Tante tiempo llama usted á veinte dias que han transcurrido despues que está usted aquí..?

—Es que cuando me vine aquí, ya hacia un mes que no lo habia visto,

—¿Pues cómo?

—Como que por primera vez en la vida despues que murió mi madre; emprendió un largo viaje, segun él me dijo al marchar, para completar mi felicidad.

Alfredo se alarmó al escucharla, y volvió á preguntarle:

—¿Y no le dijo á usted de qué modo iba á completar con ese viaje la felicidad de usted?

—No me dijo mas que eso, repuso la niña con angelica inocencia: despues imprimió un beso en mi frente y partió.

Una amarga sospecha nació en el corazon de Alfredo, que lo tuvo pensativo algunos momentos. Pero Adamina dejó caer su mano entre las manos de su amante, mirándolo con acariciadora sonrisa; y Alfredo desechó aquella idea, no queriendo empañar con ella el cielo puro de amor, en que desde algun tiempo vivian sumergidos.

Cuando la tia de Adamina entró en el gabinete en cuyo balcon estaban sentados los tiernos jóvenes, convinieron los tres en que el mismo dia en que llegase el padre de Adami-

na, le enteraria la tia de las relaciones de su sobrina, y le pedirian permiso para su próximo enlace.

En este momento dieron las doce, hora en que Alfredo acostumbraba á retirarse. Lo hizo así; mas aquella noche dejó muy satisfecha á la tia, y nadando en gratas esperanzas á la sobrina.

Pasado un cuarto de hora entró Alfredo en su gabinete, pero entraba meditabundo y como disgustado.

Dejó el baston, se quitó los guantes, y tomando su diario escribió:

Dos de Mayo.

Doce y media de la noche.

El ambiente de Madrid infunde amor esta noche: mi pasion sigue creciente: yo amo mas que nunca á Adamina, y este amor se ha apoderado de mi alma. Para mi ya, vivir es amar á esa jóven; pero ¡ay! una idea terrible se ha fijado en mi mente, y me asesina con su amargura. Mi padre hizo un viaje para completar mi felicidad, me ha dicho. Su angélico corazon no conoce el oculto sentido de estas palabras. Adamina... querida Adamina; la violeta que me entregaste la noche en que te conocí; te la devolveré como te dije al pié de los altares... ó bajará conmigo á descansar en el silencio de la tumba...?

(Se continuará.)

MADRID 26 DE NOVIEMBRE DE 1856.

Sr. D. Rafael Coronel y Ortiz:

Muy Señor mio y querido amigo: en EL PORVENIR, periódico á que estoy suscrito, en el número 21, correspondiente al dia 24 del presente mes, en la seccion de *Bibliografía*, he leído con sumo placer un artículo que V. se ha servido dedicar á la critica de mi novela titulada LA BANDERA DE LA VIRGEN DEL MONTE Ó LA MORA ENCANTADA.

Yo faltaria seguramente á un deber sagrado de gratitud y de cortesania, si al ver el aventajado juicio que V. ha formado de mi humilde composicion, no tomara inmediatamente la pluma para manifestarle todo mi reconocimiento.

Me orgullece sobremanera la protexta que V. hace al final de su artículo, asegurando que al analizar mi obra, no ha estado V. subyugado por afeccion alguna que pudiera preocupar su espíritu; y que sí ha marchado este libre en alas de esa franqueza desinteresada y pura, propia del hombre que comienza á vivir.

Me congratulo tambien al ver la justa importancia que V. da á las novelas históricas; y ojala que mi humilde ensayo, la novela mia de qué V. se ocupa, estimulará á los jóvenes que vienen detras de nosotros á cantar las glorias de nuestra adorada patria, separándose del trillado sendero de las traducciones, que apaga la inspiracion y mata la literatura nacional.

No necesita el español salir á naciones extranjeras para templar su laud; basta levantar el velo del pasado, y se encuentra la poesia brotando á torrentes de nuestro suelo. Las generaciones que murieron ya, fueron heroicas sobremanera; los siglos por otros siglos ya empujados, fueron testigos de romancescas escenas; hable el poeta con aquellos siglos y con aquellas generaciones, y unos y otros prestarán á su lira con profusion, encantados sonidos de placer.

Continúe V., amigo mio, analizando las novelas españolas y estimule V. sobre todo á la juventud, con su natural persuasion, á que abandone ese prurito que se ha apoderado últimamente, de no hacer otra cosa que traducir al castellano toda clase de obras, sin mas título algunas para ello, que el de estar escritas en otro idioma.

Vuelvo á dar á V. las mas expresivas gracias por la distincion con que me ha honrado, y á ofrecermelo como siempre su amigo y S. S. Q. B. S. M.

MANUEL IBO ALFARO.

EL ULTIMO BENI-OMEYA.

LEYENDA MORISCA,

POR DON VENTURA GARCIA ESCOBAR.

Todo eslamientos y cuitas
en las orillas del Bétis,
tan tristes hoy y apenas
como ayer gratas y alegres.

Pálidos y mustios rostros
muestran do quiera las gentes;
suspiros lanzan los labios,
lágrimas los ojos vierten.

De pavor huyen henchidos
unos de otros los vivientes,
cual si á Córdoba amagase
la guerra, el fuego ó la muerte,

Cesaron las ledas zambras,
y los alardes equestres;
ni á toros se clavan hierros,
ni rompen cañas ginetes.

Enmudecieron las trovas
dulcísimas y corteses;
ahogaron sus melodías
los arábigos rabeles.

Ni justan bravos los hombres,
ni hablan de amor las mujeres,
ni tienen celos las niñas,
ni envidia las viejas tienen.

En la mezquita los unos
humíllanse asaz dolientes:
los otros con los derviches
astros y horóscopos leen.

Cual de partida se abrazan
los amigos y parientes;
lentos de dolor los bravos,
yertos de terror los débiles.

¿Qué, pues, en Córdoba pasa?

¿Qué de siniestro acontece
en la corte encantadora
del Califa de occidente?

¿Qué pasa? ... ¡Tremendo caso!...

¡Azar temeroso y fuerte,
que pone al ánimo grima,
y al corazón estremecer!...

Por las riberas del río,
que murmura tristemente,
una aparición divaga,
lúgubre, fatal, solemne.

Se forma en el ser del viento,
la tierra su pie no hierre;
de día es cárdena sombra,
fuego de noche parece.

Su melancólico aspecto
enturbia la luz riente,
su aliento al céfiro mancha;
las aguas á su voz hierven

Los árboles caen sus frutas,
marchítanse los claveles,
mudas se quedan las aves,
las piedras pártense inertes.

Los canes huyendo ahullan
en son áspero y doliente,
y hasta las fieras del bosque
su innata fiereza pierden.

Y en tanto de noche y día
vagando el aciago huésped,
con un acento punzante;
cual la lengua de una sierpe;

EN CALATAÑAZOR (canta
cual trovador de la muerte,)
¡ALMANZOR PERDIÓ EL TAMBOR!...

¡Ay del misero creyente!...

Apenas en torno suenan
de los muros Cordobeses,

cual del tártaro evocadas,
estas cláusulas crueles,

En pós del fantasma salen
corredores y ginetes...
pero á su voz se horripilan
y llenos de pavor vuelven.

Al fin, el Califa ordena,
Hixen, el ocioso y débil,
que, muerto ó vivo, le traigan
al pastor sus Bereberes.

Por que es de saber que, en forma
de pobre zagal imberbe,
según la crónica añeja,
el fantasma se aparece.

Pero ni flechas le alcanzan,
ni los alfanges le ofenden;
ni manos tocarle logran,
ni brios vencerle pueden.

Pues cual espiral de humo,
móvil, vaporosa y feble,
que se la ve ante los ojos,
y al tocarla, no parece,

Así el pastorcillo en medio
de soldados y corceles
como el humo, se desliza,
cual niebla se escapa ténue.

Y diz que de cuando en cuando
dar una mirada suele,
que deja ciegos los hombres,
y yertos los palafrenes.

Y en tanto, orillas del río,
que murmura tristemente,
tornando al cantar punzante,
como el arpon de la sierpe;

EN CALATAÑAZOR (canta
en trova de llanto y muerte,)
ALMANZOR PERDIÓ EL TAMBOR...
para siempre... para siempre!...

SOLUCION DEL GEROGLIFICO ANTERIOR.

El A, B, C, de la Cartilla da enojo é infunde pavor á los
niños, y es en realidad engorroso.

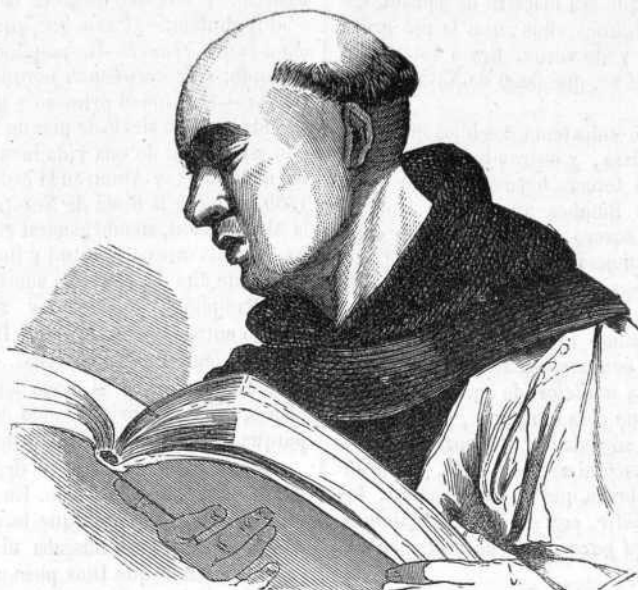
GEROGLIFICO.



Director y propietario, D. MANUEL DE ASSAS.

Redaccion y Administracion, calle de Vergara, 4, principal izquierda.

Madrid.—Imprenta á cargo de JOAQUIN RESÉ,
calle de la Union, 3, bajo.



FRAY ANTONIO DE VILLACASTIN.

Muy lejos estamos de creer que el monasterio de San Lorenzo el Real del Escorial es la *Octava Maravilla*; pero ni nosotros ni nadie podremos ni podrá menos de confesar que es un suntuoso monumento arquitectónico, y una preciosa muestra del arte greco-romano restaurado del siglo XVI; y que por consecuencia son interesantes todas cuantas noticias pertenezcan á su fundacion. Hé aquí, pues, lo que nos ha movido á publicar en el SEMANARIO PINTORESCO la biografía de Fray Antonio de Villacastin. Fácil nos hubiera sido redactarla á nuestro modo y con nuestro peculiar estilo; pero hemos preferido extractarla de manera que queden textuales las palabras del historiador de la orden de San Gerónimo, ya por no quitarla nada de su autenticidad; ya porque siendo el autor contemporáneo de Fray Antonio, su estilo parece que por su candor nos hace confiar en la veracidad de sus palabras, al par que parece identificarnos con su época; ya en fin porque hay circunstancias y pormenores que nos encantan saliendo de la pluma del cronista y que tal vez perderian su belleza expresadas por la nuestra.

Dice, pues, *Fray Joseph de Sigüenza* en la «Tercera parte de la Historia de la orden de San Gerónimo,» lo que transcribimos á continuacion.

»Para fin y remate de toda esta historia, quiero decir la vida de Fray Antonio de Villacastin, y sirva de clave en este edificio espiritual, pues dió principio y puso la postrera piedra desta fábrica insigne. Vive agora, y al punto que esto escribo le dejo ayudando á misa, y aunque de 90 años de edad, tiene tan claro y entero juicio, que pudiera comenzar otra tan grave fábrica como esta. No se sufre alabar á nadie viviendo, por el peligro de la inconstancia humana, parece aquí no hay que temerlo porque cuando la hubiese, mas culpa seria de la edad que suya, pues le tiene ya muy acabado (aunque era un sugeto fuerte) y consumida la vista, que es otra razon que da ánimo para escribir esto, pues no podrá leerlo.

»Es este siervo de Dios, natural de Villacastin, de donde conforme al estilo de la Orden tomó el nombre: de padres honrados: ni pobres ni ricos: faltáronle presto, quedaron él y una hermana menor, y otro hermano bastardo. Llevólos á

su casa un su tío que quedó como tutor: el muchacho aprendió leer y escribir medianamente.

»Como tenia tan claro entendimiento echó de ver á tres ó cuatro años como estuvo con su tío, que se hacia hombre y no deprendia nada, hechando los ojos adelante para ver qué habia de ser de sí, pues ni sabia oficio ni letras, ni con que pasar la vida; que á mi cuenta quien la hacia tan buena entre sí mismo, no habia menester tutor, ó era de mas prudencia que el que tenia. Pensando el mozuelo un dia y otro atentamente en esto, se determinó á dejar el tío y irse por ese mundo á ser hombre. Envióle un dia con un real y un jarro por vino, comprólo, y cuando volvia encontróse con su hermanilla y díjole: *toma este jarro y estos menudos y llévalos á casa, porque voy á otro mandado*. Así en cuerpo sin una blanca y sin un bocado de pan se partió de Villacastin; tan fiel y tan desinteresado fué desde que nació, que ni aun en esto osó faltar ni llevarse aquellos pocos ochavos, que fuera el primer y el postrer dinero que hubiera tenido en su vida; porque hasta el dia de hoy no ha tenido un real suyo el que ha gastado tantos millones: ¡singular pobreza y extrema lealtad de un muchacho, que en tanta determinacion y aprieto, aun no faltó en tan poca cosa! ¡Cómo se ve luego el buen natural y masa!...

»Pasando por el campo de Azalvaro, que está allí cerca, encontró con un arriero que habia descargado unas bestias que llevaba para que paciesen un rato: llamóle que le ayudase á cargarlas; dióle en pago un pedazo de pan y á beber, que llevaba ya harta necesidad, y tiró su camino.

»Llegó aquella noche (creo, me dijo á Naval Peral, sacándole yo á pedazos este su discurso, sin que entendiase el fin, algunos años ha) encontróse en el meson con un lacayo de un caballero que iba á Toledo con unas cartas; dióle de cenar aquella noche y en la mañana se partieron juntos y caminaron de manera que aquella noche, aunque tarde llegaron á Toledo y durmieron debajo de unas mesas de aquellas vendedoras de Zocodover.

»A la mañana, en amaneciendo, ya le tenia Dios buscado un amo; pasó por allí un hombre honrado, y como vió el mozuelo allí echado le llamó, y, preguntándole ¿quién

hacia allí, y si tenía amo? sabido que no, y que *venía á buscar su vida*, como van otros muchos de aquella manera, se le llevó, concertados que le enseñaría un oficio de asentar ladrillos y azulejos, que era maestro de aquello. Estuvo en casa deste hombre algunos años, que le fué padre y maestro, le dió de comer y de vestir. Era á esta sazón de 16 á 17 años, y bien se ve, que llegó de Naval Peral á Toledo en un día y á pié.

»El maestro de nuestro aprendiz tenía dos hijos que también profesaban el mismo oficio, y entrambos le cobraron tanto amor como si fuera el tercero hermano, gran señal de sinceridad y virtud: el hombre aunque era honrado y de verdad, era áspero, severo, y así procuró no darle ocasión jamás para que se enojase con él ni le digese una palabra mala, como si se ensayara para ser religioso y obediente. Los días de fiesta se estaba recogido en casa, procuraba haber á las manos los papeles de las *trazas* de su maestro, *lazos y compartimentos* de los que se usaban en el *enladrillado* y *azulejos* de aquel tiempo: de suerte que ni nunca supo que cosa era jugar, ni otras travesuras, liviandades y aun suciedades, de mozos; ni tuvo un real en su poder, ni le buscó ni se le dió nada, practicando allí en el siglo aquella pobreza que decia el Apóstol: *teniendo que comer y que vestir, con eso nos contentamos, pues no hay otra necesidad para pasar bastante el curso desta peregrinación*.

»Estaba ya nuestro *Anton* (así quiere él que le llamen y no *Antonio*, pareciéndole que le repulen el nombre) estaba ya buen oficial en todo, en saber obedecer, sufrir, callar, clausura, pobreza y castidad, y en asentar azulejos y enladrillar; y su maestro se holgaba en verle tan aprovechado, y aunque vía que le tomaba las *trazas* callaba, no le decia nada, loando en su pecho la virtud del mozo, aunque una vez me dijo que se las había escondido. Casó sus hijos y apartaron casa: el uno dellos, que le amaba mas tiernamente, le rogó que se fuese con él, porque aunque su padre recibiese algun enojo, luego se aplacaría. Estuvo con este su compañero, que ya no le tenían por mozo si no como hermano, algunos años, sin hacer *iguales* ni pedir una blanca, ni tener mas que la comida y vestido que le daban, aunque era *muy largo oficial*.

»Como se vió ya tan hombre, que tenía de 27 á 28 años (tampoco tuvo mucho cuidado con esta cuenta) parecióle era tiempo de tomar estado: como fue siempre puro y honestísimo, no se aficionó á casarse; aquella libertad y generosidad que Dios puso en su alma para no rendirse á cosa de la tierra, le hacia rehuyese de tan pesado yugo: parecióle sería bien retirarse en una religion, y servir allí á Dios en lo que le mandasen. Había trabajado con su amo en diversos monasterios de aquella ciudad, y particularmente en San Francisco y en la Sisla. Fué á San Francisco á pedir el hábito, y no se le dieron diciendo que *tenían muchos frailes*: no le tenía Dios para allí. Fué luego á nuestra casa, de la Sisla; habló con un fraile que le conocia, descubrióle su intento, y respondióle, que le *recibirían de buena gana*. Tornóse con esta respuesta á su compañero; y por no dejarle así sin decirle nada, fingió que le habían escrito de su tierra que *había necesidad fuese allá: pidióle que le diese algun dinero para el camino*. Habíase muerto aquellos días la mujer á su amigo, y respondióle:—*Anton yo os prometo que no tengo dineros, porque en el entierro y en otros embarazos lo he gastado; mas veis aqui las joyas que dejó la malograda, empeñadlas vos por lo que quisieredes, y llevad lo que os pareciere*.—Respondió nuestro *Antonio*:—*Nunca Dios quiera yo haga eso: tantos años ha que estamos en compañía y nunca os he sido molesto, y ahora habia de empeñar las joyas que tanto quereis? dadme lo que tuviéredes en la bolsa que eso bastará para mi jornada*.—Sacó la bolsa y vacióla en una mesa: partió el mismo *Anton* el

dinero, tomando un real para sí y otro para su compañero, y desta manera los demas; y dijo:—*Esto me basta: queda con Dios, que no puedo escusar este camino*. Fuese al monasterio, y diéronle luego el hábito.

»Preguntéle:—*¿Para qué queria aquel dinero; pues se iba á meter fraile?*—Respondióme, que *por no ir así tan desnudo; y de vergüenza porque no dijese que no llevaba blanca*.—Este fué el primero y postrero dinero que tuvo en su vida, y no le sirvió de mas de llevarlo de Toledo á la Sisla. Con este caudal de una vida inculpable, sencilla y santa, entró nuestro *Fray Anton* en la órden de San Gerónimo el año 1539, cerca de la fiesta de Nuestra Señora de Marzo, que es la Anunciación, siendo general el padre *Fray Pedro de la Vega*. Aquella misma rectitud y limpieza de vida ha guardado hasta este año de 1602; de suerte que el mes de marzo pasado cumplió 73 de hábito, y 27, que por lo menos tenía cuando entró, son 90 y mas. Diéronle el hábito, no para hermano lego sino para corista... (1) Y díjome que habia escogido esto, porque si acaso algun prior no le ocupase en oficios, pudiese servir de algo estando cantando en el coro, porque aborreció siempre la ociosidad...

»También ha sido obrero desde que tomó el hábito, y nunca se desdeñó del oficio. En su casa primera de la Sisla hizo muchas obras, las que le mandaron y eran forzosas; porque tampoco las buscaba ni inventaba, porque aquella quietud grande que Dios puso en su alma le hizo siempre enemigo de invenciones; y cuando veía que la cosa se podía entretener y pasar sin mucho detrimento ó fealdad, quería pasase y entretuviese así: los ingenios desasosegados no querian que ninguna cosa estuviese quieta, sino revolverlo y mudarlo todo, y perder tiempo y dineros y dejarlo peor que estaba.

»En el monasterio de nuestras religiosas de San Pablo, hizo también muchas obras y de gran importancia; y cuando acabó, que duraron años, no dejó allí ninguna de estas que llaman devotas, ni devociones, ni quien le escribiese billetes, que también son pocos los que se escapan de este lazo cuando es mucho el curso.

»Después desto se le llevaron á hacer aquel aposento y celda, (llamémosla así) del gran emperador Carlos V, en el monasterio de Yuste, conforme á la traza que él (2) habia enviado de Flandes. (3)

»Lo que en él (en el aposento) hay, (porque lo digamos aquí de una vez, que todo es harto poco) es esto. Está plantado al Mediodía en respecto de la iglesia que le hace espaldas al Norte, y á la parte de la huerta, donde se descubre una larga y hermosa vista. Lo principal de toda la fábrica son 8 piezas ó cuerdas de á 20 piés, poco mas ó menos, en ancho, y 25 en largo. Las 4 piezas estan á la huella y casi al mismo andar del claustro bajo; y las otras 4 responden puntualmente debajo de ella, porque como la casa está levantada en la ladera de una cuesta muy alta, el edificio va cayendo como por sus poyos. Estas 4 piezas así altas como bajas, las dividen dos tránsitos ó callejones que van de Oriente á Poniente: el alto sale á una plaza con un colgadizo grande al Poniente, adornado de muchas flores y diversidad de naranjos, cidros, limones, y una fuente bien labrada. El bajo á la huerta, y á lo que cae debajo desta plaza ó colgadizo, que se sustenta sobre columnas de piedra y pilares de ladrillo. Las piezas tienen sus chimeneas en buena proporcion puestas; y sin esto, una estufa á la parte de Oriente,

(1) «Corista, que es en esta órden un estado medio entre sacerdotes y hermanos legos.»—(El mismo P. Sigüenza, Tercera parte de la Hist. de la órden de S. Gerónimo, Lib. III, Discurso III.)

(2) El Emperador.

(3) «Para maestro, digo obrero principal de esta fábrica, que no era grande, señaló el general (Fr. Juan de Ortega) á Fr. Antonio de Villacastin.» Sigüenza, lugar citado.

donde tambien hay otro jardín y fuente, de mucha variedad de flores y plantas singulares buscadas con cuidado. Escaleras para subir al coro y bajar á los aposentos, bien trazadas; y al fin rodeado todo de naranjos y cidros que se lanzan por las mismas ventanas de las cuerdas alegrándolo con olor, color y verdura. Esta es la celda de aquel gran Monarca Carlos V, para religioso harto espaciosa, para quien tanto abarcaba pequeña. Hizola Fray Antonio de Villacastin en año y medio, para que acabase allí la vida este Monarca, con la fidelidad, facilidad y prudencia que despues acá ha hecho este famoso *mausoleo* de San Lorenzo para sepultura del mismo y de su hijo.

«Vuelto á su casa tan humilde y tan pobre como se fue, allí le cargaban de mil oficios: díjome que habia sido 13 años hornero, y que sabia bien heñir: y junto con esto hacia la portería y otras haciendas, sin rehusar punto de la carga que le ponía la obediencia.

»De allí le llevaron á un monasterio que se llama *la Luz*, y hizo otras cien obras de sus manos. Finalmente le trageron aqui, para donde parece le habia Dios guardado y traído por todos estos pasos.

A lo que agora resta de su vida de obrero no sé que nombre le ponga para que lo abraza todo. A veces me parece un gran caudal de prudencia; otras excelente claridad de juicio y un marco extraordinario; y aunque tiene cada cosa destas mucha parte, para atribuirle todo lo que se halla en este fraile ninguna lo abraza todo, y siempre me resuelvo en ponerlo debajo del título de un obrero santo, que es decir, ha sido Fray Antonio de Villacastin un obrero que comenzó y acabó una obra que ni basta prudencia, ni claridad, ni marco de entendimiento á darle tan feliz, tan pacífico, tan claro y tan liso remate, sin cuentas ni trabacuentas, ni ojos, ni sospechas, ni engaños, si no le tuviera Dios de su mano, si no estuviera muy en su amor y en su gracia, si no lo hiciera por solo Dios y por la obediencia, sin respeto ó pretension terrena, ó favor ni gloria humana. Creo que lo he dicho todo en una breve suma: no bastará para que lo entiendan todos; haré algun descenso á los particulares en que se declarará lo que basta. Presupongamos primero las diferencias de gentes y naciones diversas que han concurrido en esta fábrica (1). De las provincias de España no ha faltado ninguna: castellanos, aragoneses, portugueses, navarros, vizcainos, valencianos, gallegos. De Italia y Flandes han acudido muchos, diferentes en condiciones, aficiones, oficios; trazadores, arquitectos, hombres de pluma y papeles, veedores, pagadores, contadores, sobrestantes, (pretendientes todos que buscan mejorar sus puestos y adelantarse: sugeto de envidia, puntas y repuntas,) aparejadores de cantería, albañería, carpintería, pintores, doradores, iluminadores, escritores, bordadores, ensambladores, canteros, carpinteros, herreros; campaneros, asentadores, soladores, pizarreros, plomero; y todos estos de muchas suertes, unos mas bajos, otros mas altos, mas bastos y mas primos. Dejo otra infinidad de gente mas ordinaria, que apenas sabemos poner nombre á sus oficios y ejercicios: los que hacian sogas, maromas, espuestas, serones, capachos; otros redes de hierro, otros vidrieras, otros cal, otros estuque, otros ladrillos, teja y yeso, y un tropel grande de peones. Todos estos colgaban de un solo obrero, Fray Antonio, todos acudian á él, á todos los entendia, componia, concertaba y despachaba; y (lo que pone espanto) contentaba y satisfacía; y hasta el dia de hoy no se á través, ni tuvo palabras con nadie ni nadie con él, ni se le descomedía hombre; y las diferencias y pleitos que entre ellos nacia, (que eran muchas, por encontrarse en mil cosas, y no podia ser menos), en un punto los atajaba, desahacia, concertaba con grandísima brevedad y facilidad, y

aun con equidad y justicia; y cosas no de pequeño interés y diferencia, que en otro menor marco y valor no tuvieran tan buen suceso. ¡Qué prudencia seria menester para componer en tan excelente concordancia cuerdas tan diferentes! Muchas veces me iba allí á su celdilla, que era el tribunal de su audiencia, y via despachar una infinidad de negocios y pleitos, bien graves y de interese, con tanta facilidad y claridad que me reia de las decisiones de Cebola, Trebacio ó Papiniano. Admirábame la obediencia y el respeto que tantos hombres, tan libres, tan ariscados y enojados unos con otros, tenían á un fraile, que al fin ni era letrado ni sacerdote, y cuán rematado y en paz quedaba todo, y qué contentos volvían unos y otros. Esto me parecia á mi que era de mas alto principio que de la que llamamos *prudencia humana*; y en la verdad así era, porque habian concebido todos la pureza del alma deste hombre, aquella lisura con que sin pasion ni aficion, lo miraba todo. Esto les hacia rendir sus pareceres, y perder sus intereses aun cuando fuese manifesto el agravio, que raro ó nunca lo era. Tambien era muy de ver las respuestas que daba á las dudas y á las preguntas de todos cuantos allí venian: llegaba un extranjero ó un asentador de la iglesia ó otra cualquier parte de la fábrica, colegio, pórtico, casa Real, y deciale:—*padre Fray Antonio, á tal parte llegamos con la froga, ó sillares, ó carpintería y madera; ofrécese este inconveniente si proseguimos desta ó estotra manera; no está bien en la traza ó en los trazos, ¿qué haremos?*—Como si estuviera presente, como si él fuera el trazador ó el que iba ejecutando ó asentando, respondia con suma resolucion:—*haced esto, dejareis eso, quitareis aquello, añadireis lo otro; y esto hacia con todas las diferencias de oficios que hemos dicho, como si fuera ángel que sin pasar por el medio, súbito se ponía en cualquier lugar: así lo determinaba y acertaba; y como decia, quedaba bien hecho, y la dificultad allanada. Yo me quedaba mil veces admirado con qué seguridad y con qué presteza estaba en ello y al cabo dello.*

»Y no solo en estas cosas que como mas gruesas y de tomo, parecen que aunque eran muchas, embarazadas y distantes podia tener memoria y cuidado dellas; de las menudas era lo mismo: del clavo, del ladrillo, del encerado, de la pizarra, del azulejo y aun de la tachuela, y de otras cien mil baratijas tenia la misma providencia y noticia, como un dios desta fábrica. Al dorador le daba el oro, al pintor los colores, y conocia sus finezas y diferencias, al que pintaba al oleo unas, al del fresco otras, al iluminador otras: los pinceles, el algodón, las salseras, todo lo tenia tan prevenido y tan á punto, que ninguna cosa estorbaba con la otra, ni por falta desta paraba aquella. En asentándose las jambas, ya tenia prevenidas las rejás ó el parapeto; en llegando la froga y la pared á su altura, ya estaba la madera labrada...

«Estuvo muchos dias en esta obra despues de venido que nunca habló con el Rey: si le via venir por una parte echaba por otra. El Rey tenia gana de hablarle por las buenas nuevas que le daban de su juicio; y cuanto mas via que el fraile huia las ocasiones, tanto le estimaba en mas y le crecia la gana, porque en aquello se le echaba de ver el buen seso; que otro fuera que se le atravesara en cada parte. ¡Tanta gana tienen los indiscretos que los conozcan!

»Al fin un dia le vió el Rey encima de un paredon comenzado (que no tenia salida, donde no se le podia ir), y allí le habló la primera vez: preguntóle algunas cosas de la fábrica; respondióle con prudencia, y en la plática le dió algunos avisos de cosas que tenia advertidas, para que Su Magestad las mandase remediar: contentáronle al Rey; vió que tenia razon, y mandó que se hiciese como Fray Antonio decia. Desde esta vez le mandó llamar á menudo, y oia sus pareceres; y vino á estimarle en tanto, que ninguna cosa quiso hiciese el arquitecto Juan de Herrera, que no la comunicase, con Fray Antonio, primero; y si no le conten-

(1) La del Escorial.

taba tampoco le asentaba al Rey: ¡tanto concepto tuvo de su claro juicio y de sus pareceres asentados y seguros!

»Estaban una vez el Rey y su obrero Fray Antonio tratando del discurso de la fábrica y de cosas muy adelante: dijo Su Magestad con algun sentimiento:—*¡Como hablamos, Fray Antonio, desto como si lo hubiésemos de ver!*—Respondióle con un ánimo grande y con un espíritu como profético, diciendo:—*¿Cómo no, señor? Por el hábito que tengo, si no estuviese muy cierto que V. M. lo ha de ver acabado y gozarlo muchos años, que no pusiese un ladrillo mas.* Y es sin duda que le animaron al prudente Monarca estas palabras, de suerte que concibió en su corazón le había Dios enviado aquella respuesta por la boca de aquel su siervo. Ello, á lo menos, sucedió así; y no dijo cosa este fraile, de lo que tocaba á cosas por venir acerca desta fábrica, que no le saliese verdadera; y esto todo mas parece que pende de otra parte que de sola claridad de juicio humano.

»Como vian los caballeros que el Rey hacia tanto caso de Fray Anton, y hallaban en él tanto valor y tanto marco, quisieran regalarle y servirle en algo: enviábanle algunas cosas del Estado ó de la mesa del Rey; jamás recibió ninguna: decia que se las llevasen al Prior, que él no recibia nada. Estando en la celdilla donde despachaba los negocios, le envió uno de los mayordomos un gran regalo (como ellos llaman) de cosas de comer, en unas fuentes de plata: dijo al que las traia, *que se las volviese, porque él no las habia de recibir.* El paje porfió diciendo *que no las osaria volver, que las dejaria allí.*—*Haced, señor* (dijo Fray Antonio) *lo que quisiéredes.* Dejólo todo allí y fuese. Volvió de allí, á no sé cuánto, por las fuentes, y preguntando por ellas, le dijo: *mirad lo las pusistes, que allí estarán:* hallólas de la manera que las habia dejado, y lo que tenían dentro ya pasado y corrompido: llevósele harto maravillado de la entereza del fraile, que aun no habia mirado lo que tenían dentro. Con estos despegamientos ó sacudimientos (como quisieron llamarlos los cortesanos) los despidió á todos, y los escarmiento para que no enviasen estos recados ó regalos, que si se reciben no hacen todas veces buen provecho, y por lo menos quitan gran parte de libertad.

»Ha sido maravilla y como milagro haberse sustentado este siervo de Dios tanto tiempo entero, y que no haya peligrado en medio de tantas desgracias y muertes como en esta fábrica han sucedido (accidente ordinario en las obras grandes; y en respecto de las que en otras menores suceden, han sido pocas aunque ha habido hartas); parece que Nuestro Señor le ha guardado, porque él jamás tuvo miedo, ni recatos demasiados (mas de aquellos que una ordinaria prudencia pone), confiando en Nuestro Señor, y en que solo trabajaba por la *obediencia*, porque es imposible prevenirlo todo. Dió una caída de un andamio abajo, que fue como milagro no morir: hirióse bien; y Dios le sanó presto. Otra vez le dió un ladrillo en la cabeza y le hizo una mala herida: tambien sanó luego. En estos desastres, y en otros, estaba con tanta entereza como si no pasara por él. Otros lo celebrarán y vendieran mucho, y los supieran curar con mas regalo...

»Jamás tuvo ruido ni trabacuentas, aunque todo cuanto dinero se daba era por cédula suya, y cuanto dinero se iba librando á los estajeros y sobrestantes y á tanto género de oficiales; y para esta claridad y llaneza tan grande, ni tenia oficiales ni escribiente, sino él asentaba en un cartapacio ó libro, de su misma mano, todo lo que mandaba pagar y iba librando. Tenia tan buen tanteo y juicio en todo, que no daba blanca que no supiese como y en qué estado traia el maestro ó estajero ó oficial la obra, para no darle mucho dinero adelantado, y si muriese ó faltase, quedase el Rey y la fábrica con pérdida. Quien viera sus libros se riera mucho dellos: ¡asi fueran todos los de la Hacienda del Rey de tal

claridad y limpieza, aunque no tuvieran mejor aliño ni letra; que por lo menos fueran *de buena tinta!*..

»Acabada toda esta fábrica; quiso Nuestro Señor visitarle con otro toque de merecimiento,... fuéronsele haciendo unas cataratas, que casi de todo punto le dejaron ciego. Abatiéronle la del ojo derecho, que parecia la mas cuajada: erráronle la cura, y padeció mucho trabajo en ella con harta paciencia; y al fin corrompido el ojo se le va secando y consumiendo. Despues le abatieron la otra, y se acertó algo mas; aunque es poco lo que ve.

»Tal cual está hace todo lo que debe á buen fraile, y tiene tanto cuidado en acudir al coro todos los dias, como si agora comenzara á ser fraile; aunque la vejez es tanta que por mas que se esfuerza le derriba. Va á la sacristia, pónese su sobrepelliz á tienta y como puede, y ayuda á misa como un novicio: el mayor dolor que siente en la falta de sus ojos es no poder hacer esto tan bien como quisiera, y estarse allí todo el dia haciendo este santo ministerio. En este estado le tenemos hoy dia de San Mateo, el año 1602, que es gran consuelo tener tal ejemplo á los ojos.»

A.

SOBRE LA POESIA ORIENTAL.

II.

Los persas, moradores de un pais de los mas amenos y deliciosos del mundo, han tomado las imágenes de su poesía de la fecundidad y lozanía de sus campos, de la benignidad de su clima, de sus floridos pensiles, del amor á los placeres y dulzuras de la vida, y de los sentimientos mas tiernos y dulces del corazón. Y aunque son tres los géneros de poesía que han cultivado con preferencia descollando en ellos sus tres ingenios mas famosos, á saber: *Firdusi* en la épica, *Sadi* en la moral y *Hafedh* en la descriptiva, sin embargo, al último género merecen reducirse en rigor los dos anteriores, dejando sentado que es su poesía mas sensual que la de ningún otro pueblo. Casi todas las imágenes de la poesía persa se reducen á las flores, al ruiseñor y al vino. Si alguna vez se eleva á asuntos mas altos y se reviste de la magestad de la epopeya, no por eso se despoja de tales similes é imágenes. *Firdusi* (1), el *Homero* de los persas, en su famoso poema *Xah Nameh* ó el libro de los Reyes, donde celebra las hazañas de los antiguos reyes y héroes de Persia, llora en la siguiente elegía al Príncipe *Isfendiar* muerto en un combate por el esforzado *Rustem*.

»En la oscura solitaria noche suena el canto del ruiseñor.

»Mas el viento y la lluvia combaten á la rosa...

»¿Por qué causa se habrá entristecido el ruiseñor?..

»Posándose en la rosa desata su voz.

»¿Quién puede entender lo que el ruiseñor habla?..

»¡Ah! gime por la muerte de *Isfendiar*.»

Los amores del ruiseñor y la rosa, son el asunto favorito de la poesía persa. De las poesías de *Hafedh* (2) consagradas todas al elogio del vino y del amor, copiaremos traducidos los siguientes trozos, como muestra del gusto poético de los persas.

»Preséntanos el vino, oh mancebo, pues llega la estación de las rosas...

»Con festivo alborozo dirijámonos al verjel.

»Como ruiseñores, busquemos un nido de rosas.

»En el retiro del verjel libemos la copa del generoso vino.

»Pues llegan las rosas anunciando la alegría.»

»Cuando mires sonreír á la rosa, no te dejes engañar por vanas esperanzas, oh ruiseñor.

(1) *Firdusi*: este famosísimo poeta persa floreció desde mediados del siglo IV de la egira (X de nuestra era) hasta principios del siguiente.
(2) *Hafedh*: fue naturalde Xiráz en Persia, y murió en 797 de la egira 1395 (de J. C.)

»Porque no hay que fiar en la rosa, aunque ella sola encierre la hermosura de todo el mundo.»

Los siguientes versos del mismo Hafedh, y en que se halla resumida toda la poesía de los persas, prueban hasta qué punto domina en ella el sensualismo.

«No hay placer como el florido huerto; besar las tiernas mejillas, libar el generoso vino y aspirar el perfume de las rosas.»

La flor del nenufar presta imagen á otro poeta persa para los siguientes bellísimos versos que dirige á su amada:

«Si visitando en la noche el jardín, llegas á la orilla de un estanque, en donde crece el nenufar, sus flores, engañadas por el resplandor de tus gracias, se alzarán al punto sobre las ondas, creyendo al sol de retorno.»

F. JAVIER SIMONET.

FENOMENOS EXTRAORDINARIOS.



Figura de la mujer con dos cabezas.

»Cuenta Cælio Rhodigino que se vieron en Italia dos monstruos, varón el uno, y el otro hembra, cuyos cuerpos eran en todo bellos y hermosos, excepto en tener dos cabezas. El varón murió á los pocos días de nacer; pero la hembra, cuya figura es adjunta, vivió 23 años, lo cual es contrario á la comun condicion de los monstruos, porque con mayor frecuencia sucede que su vida sea sumamente breve; pareciendo que nacen y viven á pesar de la naturaleza. Añádese que á sí mismos se desagradan mucho, por ser el lu-

dibrio de los demas mortales, y así creen serles acerba la vida.—Es sin embargo dignísimo de notarse lo que Lycosthenes cuenta de este monstruo hembra: pues, aparte la duplicidad de la cabeza, la naturaleza le habia formado todos los miembros á cual mas lindos y perfectos. Aquellas dos cabezas tenían el mismo deseo de comer, de beber, de dormir, de hablar, de todas las cosas: mendigaban de puerta en puerta su sustento; y todos liberalmente se la daban.



Figura de las dos niñas unidas por la espalda.

»En el año de 1473 en Verona, ciudad de Italia, nacieron dos niñas estrechamente unidas por la espalda desde la parte inferior de los húmeros hasta las nalgas. La novedad

del monstruo impelió á sus pobres padres á llevarle por todos los pueblos de Italia para sacar dinero de la multitud que se reuniese para verle.»

UNA VIOLETA, POR DON MANUEL IBO ALFARO.

Dedicada á su querido amigo

DON BIENVENIDO V. CANO.

(Continuacion.)

IV.

El día siguiente á las cuatro de la tarde, estaban sobre mesa en el sencillo comedor de su casa, la tía de Adamina, esta y su padre.

En todos reinaba la mayor alegría, y la joven especialmente se deshacía en caricias con su amado padre.

Este caballero era alto, seco, canoso y con bigote largo. Aun en aquel instante de placer aparecía severa su mirada, su fisonomía adusta; y al traves de sus arrugadas facciones se leía un rasgo muy caracterizado de orgullo.

Todos estaban muy complacientes unos con otros, y en la mesa reinaba completa jovialidad: mas á pesar de esta jovialidad, facilmente se dejaba traslucir el excesivo respeto y aun temor conque Adamina y su tía trataban al padre de esta.

Tía y sobrina habian convenido aquella mañana, en que tan luego como comiesen los postres, los dejase solos Adamina para enterar ella á su padre del estado de su corazón.

Así fue en efecto: no bien la doncella habia retirado de la mesa un plato de aceitunas y una taza de cristal con almivar, cuando levantándose de su asiento Adamina, dijo mirando con cariño á su padre.

—Si usted me da su permiso, papá, me retiraré á mi gabinete á terminar una labor.

—No te fatigues mucho, hija mía, le dijo su padre.

—No me fatigo, respondió Adamina.

E imprimiendo un beso en la frente de su padre, cerró á su espalda la puerta del comedor.

Entonces la buera Adela fue á comenzar á hablar, pero se lo impidió su cuñado que se espresó en estos términos, mientras encendía con gravedad un puro.

—Ahora que nos ha dejado solos la niña, voy á enterarte, Adela, del pensamiento que he determinado realizar con ella.

La pobre anciana se estremeció á esta introduccion, pero no se atrevió á responder una palabra.

El padre de Adamina prosiguió:

—Ya sabes, Adela, que desde que murió mi esposa, no he tenido otras delicias que las que me ha proporcionado mi hija, y que todos mis desvelos se han dirigido siempre á labrar su felicidad.

—Lo se; repuso maquinalmente la anciana.

—Yo temo mucho el matrimonio, porque en mis rígidos principios, son muy pocos los que encuentro como debieran ser; por lo que obedeciendo mis instintos, quisiera que mi Adamina no se casase nunca, porque francamente Adela, en estos tiempos de corrupcion que atravesamos, es tan difícil encontrar un buen marido como una buena esposa: pero yo soy viejo, no quiero hacerme ilusiones; mi Adamina no debe quedar soltera en el mundo si yo me muero; y puesto que se me presenta un joven de buena posicion y bellísimas prendas, no creo oportuno desperdiciar para ella esta ocasion: ¿Qué te parece Adela?

—No me parece mal; respondió la anciana asustada: ¿pero ella lo conoce?

—No lo conoce; mas eso ¿qué importa? este joven es hijo de un amigo mio que murió hace años, y nos apreciábamos en el alma.

—Si, pero... murmuró entredientes Adela.

—¿Qué pero? repitió con severidad su cuñado.

—Nada; respondió con timidez Adela, pero si acaso la niña estuviese encaprichada con otro...

—¿Con quién ha de estarlo, si no ha visto á nadie nunca...?

—Si, mas pudiera ocurrir...

—¿Sabes tu algo? dijo con terrible mirada el anciano.

—No, no se nada; respondió asustada la tía; mas como hace un mes que está en la corte...

—En todo caso serian amores de corte... repuso el anciano sonriendo con ironía. Nada, nada, Adela; el joven con quien se va á casar está en Madrid ocupando una brillante posicion; y aunque á mi no me acomodara este enlace, que bajo todos conceptos deseo; ya no tiene remedio, está comprometida mi palabra; y Adamina, ya verás, es tan buena que al instante entrará en este matrimonio muy gustosa.

—¿Y si lo resistiese? preguntó afligida Adela.

—Le obligaré á obedecer: respondió su padre con enfado.

La pobre anciana no se atrevió á replicar.

El padre de Adamina tiró el cordon de la campanilla. Cuando se presentó la doncella le dijo:

—Dí á la señorita que entre. Y tu, prosiguió dirigiéndose á Adela, déjanos solos, veras que errada sales en tus cálculos.

—¡Adios Leopoldo! exclamó la anciana; y enjugándose furtivamente las lágrimas con el pañuelo, se dirigió á su cuarto.

V.

A los pocos instantes se presentó Adamina en la habitacion en que estaba su padre.

El pez que otra vez surca la corriente del cristalino arroyo de donde se le ha arrancado; el pájaro que huyendo de la jaula tiende otra vez sus alas por el aire; el pichon silvestre que entre la espesura de los bosques vuelve á encontrar la paloma que el estampido de la pólvora auyentó de su nido; no se hallan mas alegres, mas risueños, ni mas ufanos que lo estaba Adamina cuando se acercó á su padre.

Inocente niña y sin orgullo, columbraba en su esperanza de virgen, un blanco porvenir que enagenaba su alma; y aunque en su padre observó un gesto mas severo que de costumbre; no hizo esto otra cosa que alegrarla mas y mas, porque era de opinion que el hombre cuando trata un asunto de interés, aunque aquel sea halagüeño, reviste sus facciones de dignidad.

Adamina anhelaba que hablara su padre, porque la infeliz niña esperaba de cada una de sus espresiones, ver brotar un raudal de felicidad.

Su padre no se hizo esperar mucho, pues tan luego como su hija se sentó frente á frente, le dijo en tono dulce aunque siempre grave:

—Acabo, hija mía, de hablar con tu tía de un asunto concerniente á tu dicha.

—Ya supongo yo que todo aquello en que usted se ocupe de mí, será para labrar mi dicha. Respondió la niña sin poder ocultar una halagüeña sonrisa.

—Así es en efecto; yo solo anhelo la vida por serte útil: pero como no debo vivir tanto como tu, quisiera dejarte acomodada antes de que llegase el terrible instante de separarme para siempre de ti.

—Papá, lo interrumpió Adamina; para hablar de mi felicidad no hay necesidad de recordar ese instante, cuyo solo pensamiento me llena el alma de amargura.

—Tienes razon hija mía: en fin, la mujer ha nacido para unirse á un hombre; y cuando se encuentra uno que por su carácter y su posicion puede labrar la felicidad de la mujer no deben despreciarse sus ofrecimientos. Yo se tu manera de pensar, y por ello estoy seguro que no desperdiciarás la ocasion que hoy te presento

—No la desperdiciaré, padre, respondió la niña, y bajó la vista ruborizada.

Su padre la miró con satisfacción.

—Yo no conozco al novio que te ofrezco; pero sé que es elegante, rico, de talento, de muy buena conducta, y sobre todo sé que te ama.

—Sí, padre, me ama, también yo le amo: exclamó la niña enagenada.

—¿Pues qué, lo conoces tú? preguntó su padre admirado.

—¿Pues no he de conocerlo? ¿pues qué no le ha dicho á usted mi tía que viene á visitarnos todas las noches?

—¿Quién?

—El novio de quien usted me habla; el joven que me ama y á quien amo.

—¿Qué joven es ese? exclamó su padre pálido por la sorpresa.

—¿No le ha enterado á usted mi tía de todo? preguntó Adamina alarmada.

—Tu tía no me ha dicho nada; pero ahora todo lo comprendo.

—¡También yo lo comprendo, papá mío!

—¿Es decir, que te has encaprichado con algun nécio de la corte?

—No es un nécio...

—¿Pero lo amas?...

La niña fluctuó en la duda mas acerva.

—¿Lo amas? volvió á preguntar su padre con encono.

—Sí señor, respondió Adamina con timidez.

—Pues es necesario que lo olvides.

—¡Papá!...

—Y pronto. Yo vengo ahora de un largo viaje solo por ajustar tus bodas con la familia de un brillante mancebo que vive aquí en Madrid: yo he empeñado ya mi palabra de casamiento en tu nombre; mañana te será presentado tu futuro, y es preciso que borres de tu memoria todo lo que no sea él.

—¡Por Dios papá! exclamó Adamina anegada en lágrimas, tenga usted compasión de su hija...

—Porque te tengo cariño, que es mas que compasión, estoy dando estos pasos: yo arrancaré de tu espíritu esos desvaríos de la corte.

—No son desvaríos, papá; es un cariño sincero que mi tía tiene ya autorizado

—¿Y dónde ves á ese joven?

—En casa.

—¿Viene á visitarlos? preguntó con mas encono.

—Todas las noches.

—Yo haré que no venga mas.

Y se levantó de la silla.

—¡Por Dios papá! ¿qué va usted á hacer? exclamó la niña angustiada.

—A labrar tu felicidad: respondió el padre saliendo bruscamente del comedor.

La niña anegada en lágrimas corrió al gabinete de su tía.

...¡Oh esperanzas de placer... que engañadoras sois sobre la tierra!...

VI.

—¡Tía de mi vida!... exclamó Adamina dejándose caer sollozosa en los brazos de su tía.

—¡Hija de mi alma! exclamó su tía apretándola contra su regazo.

—¡Todo se ha perdido!...

—¡Tu padre es un tirano!...

—¡No habéis mal de mi padre; es mi padre!

—¡Es tu verdugo!...

—¡Por Dios, tía!

—Siempre ha sido ese su defecto; hacer su voluntad sin compadecerse de nadie; ese carácter seco é insensible, envidió cuanto antes á tu madre á la sepultura...

—¡Madre de mi corazón...! exclamó Adamina.

Y de nuevo se anegó en lágrimas.

—Llora hija mía; la decía su tía llorando también: llora en el regazo de esta anciana que te idolatra; yo soy ahora tu madre, tu única madre, porque al morir aquella, me dijo con voz moribunda, *vela hermana mía en este mundo por mi hija, pues no le queda otra madre que tu.*

Al oír estas palabras cesaron de brotar lágrimas los ojos de Adamina; se arrodilló delante de su tía; cruzó las manos junto al pecho; inclinó al suelo su frente de jazmin; y permaneció algunos instantes dominada por un sentimiento religioso.

Después de contemplarla un minuto su tía, prosiguió conmovida.

—¿Qué te ha dicho tu padre?

La niña se sentó en una silla inmediata á su tía.

—Me ha dicho, respondió con languidez, que no vuelva á acordarme de ese joven, porque mañana vendrá á visitarme el que tiene comprometido para mi esposo.

Tía y sobrina estaban sentadas en el balcón; en el mismo sitio donde tantas veces habían visto deslizarse dulces momentos de felicidad.

—¿Y qué diremos á la noche á Alfredo? preguntó la tía con acento de dolor.

—No lo veremos mas, respondió la niña con acento languido de resignación.

—¿Por qué? preguntó la tía admirada.

—Porque ha dicho mi papá que él hará que ese joven no ponga mas los pies en esta casa.

Las dos callaron, y el canario cual si conociera la triste situación de sus amas, comenzó á píar á media voz con suave modulación, mirándolas con acariciadores gestos.

Después de un largo rato de misterioso silencio, exclamó Adamina fijando su vista en las nubes de jacinto que festonaban la atmósfera.

—¡Dios mío! ahora que lo pierdo para siempre, conozco cuanto lo amaba mi corazón...

Y rompiendo en un raudal de lágrimas se dejó caer de golpe en el regazo de su tía.

Su tía la abrazó cariñosa, y levantó los ojos al cielo.

Mientras esta patética escena ocurría en el gabinete de Adamina; sentado su padre en el escritorio de otra habitación inmediata, escribía esta carta:

Muy señor mío: he sabido que con intenciones de pretender la mano de mi hija, la honraba usted todas las noches viniendo á hacerles la tertulia á ella y á su tía. Yo doy á usted las gracias por su fineza; pero como mi hija está comprometida con otro caballero, le suplico á usted que desista de su empeño, y por lo tanto que no se moleste en continuar sus visitas á esta casa.

Con este motivo se ofrece de usted S. S. Q. B. S. M.

LEOPOLDO LOZANO.

Cuando hubo cerrado esta esquila con lacre, y puéstole el sobre, tiró el cordón de la campanilla, y en tono severo dijo á la doncella que se presentó al instante:

—Leonor; conoces tú á ese caballero que venia todas estas noches, á hacer la tertulia á las señoras?

—Sí señor.

—¿A qué hora acostumbra á venir?

—De ocho y media á nueve.

—Pues toma esta carta: espéralo esta noche á esa hora en la puerta de casa; cuando venga le dices que las señoras han salido, le entregas la carta, y cuidado que tu ama ni mi hija lleguen á traslucir nada de esto.

—Bien señor.

La doncella salió del gabinete y cerró tras de sí la puerta.

(Se continuará.)

EPIGRAMAS.

Un *probo* Escriba pidió
guantes á Juan cierto día,
y entre dos mil que probó
ni un solo par le venia.

Miró Juan al Escribano
y exclamó sin vacilar:
«¿cómo guantes á su mano
pretende usted ajustar,
teniendo mas largas uñas
que las rapaces garduñas?»

Un lindo cuadro miraba
cierto estudiante *tronera*,
y al pintor aseguraba
que si su Tío le viera,
por él su fortuna daba.

El pintor sin ningun ruego
el cuadro le llevó al Tío,
y este dijo: «desde luego
diera yo, querido mío,
mis bienes por no ser ciego.»

A su cotorra una Inés
daba besos abundantes,
yo la dije: «¡qué bueno es
amar á sus semejantes!»

DAVID ACEBÁL.

EL ULTIMO BENI-OMEYA.

LEYENDA MORISCA,

POR DON VENTURA GARCIA ESCOBAR.

LA CORTE DEL CALIFA.

Ha muerto Almanzor, el grande,
el guerrero, el victorioso,
de dolor y de vergüenza,
al verse vencido y roto.

En CALAT-AÑAZOR queda
escrito en sangriento polvo
de su estrella deslumbante
el eclipse pavoroso.

Y en METYMA-SELIM yace
convertido en frio tronco
entre el hierro de las lides
del Islam el brazo heróico.

¡Ha muerto Almanzor!... El grito
de aquel ser, de aquel aborto,
pastor en las apariencias,
y en realidad sombra ó monstruo,

Fue una adivinanza horrible;
asaz cierto testimonio
de catástrofe tan fiera
para el Agareno Emporio.

Y los de Córdoba plañen,
y lanzan ayes sonoros,
que repiten por las vegas
ecos tristes y medrosos.

¡Bien os doleis los creyentes,
bien podeis llorar, los moros,
que la tempestad arrecia,
y el bajel perdió el piloto!

¡Ya lo veis!.. Bandos y azares
la corte de Hixen es solo,
una vez desecho el lazo
que unia en su gloria á todos.

En el serrallo el Califa
sumido en placer y en ócio
á merced de sus esclavas
se olvida hasta de sí propio.

Víctima de favoritos
y ludibrio de ambiciosos
ni ve, ni piensa, ni siente...
¡qué degradacion! ¡qué oprobio!...

Teneis un Rey sin reinado,
una sombra ocupa el sólio;
pues tiene el Monarca el nombre,
y el mando, en realidad, otro.

¿Que ha de suceder, creyentes,
que ha de suceder, los moros?...
¡Ay! Rota fué la columna
y en el aire tiembla el solio.

¡Ha muerto Almanzor!... El era
del Califato el tesoro,
de Hixen el alma y el brazo,
la salud, en fin, de todos.

¡Cayó en la lidia!... y entonces
los rivales envidiosos
de la estirpe Beni-Omeya
en rencor estallan y odio.

Y surgen parcialidades;
y nacen designios torvos
y Córdoba régia hierve
en conjuras y trastornos.

Quieren unos que el serrallo
á Hixen proporcione un tósigo,
y llevar los Beni-abades
del poder supremo al colmo;

Otros, de ambicion ardiendo,
la monarquía hacer trozos,
y arrebatarse cada uno
su presa en aquel expolio.

Y todo es cábala y crimen
temor, malandanza y dolo;
su faz la discordia asoma,
y de guerra atiza el soplo.

Y en la tempestad desecha,
cuyo trueno ruje sordo,
por la fiel METYMA tiemblan
los prudentes y los doctos.

Pues sin timon y sin brújula
en su barco ciego, impróvido,
los Califas de occidente
cerca estan de un mar sin fondo.

(Se continuará.)

Director y propietario, D. MANUEL DE ASSAS.

Redaccion y Administracion, calle de Vergara, 4, principal izquierda.

Madrid.—Imprenta á cargo de JOAQUIN RENÉ,
calle de la Union, 3, bajo.



JUAN BAUTISTA DE TOLEDO.

Juan Bautista de Toledo creeríamos fuese natural de la ciudad de este nombre por el apellido, y por asegurarlo Juan de Arfe, que como arquitecto y contemporáneo parece verisimil no se equivocase, si otros escritores no le contradijesen, asegurando que su patria fué Madrid. Gil Gonzalez Dávila (*Grandezas de Madrid* página 222), le coloca entre los hombres ilustres naturales de esta villa. Leon Pinelo (*Anales manuscritos de Madrid*), D. Juan de Quiñones (Alcalde mayor del Escorial, en la explicacion de unas medallas de Emperadores que se hallaron en el puerto de Guadarrama, folio 61), y el licenciado Porreño (*Dichos y hechos de Felipe II*, capítulo 13), dicen asertivamente fué natural de ella. Esta opinion tiene el apoyo que diré al fin; y en cuanto al apellido Toledo le juzgo de familia, pues con él se le nombra en todas las cédulas reales.

Despues de haber estudiado en su patria lo que entonces se podia aprender de arquitectura, pasó á Roma á continuar sus estudios con los grandes maestros que florecian y con el exámen de las ruinas de la antigüedad. Leon Pinelo dice que le llamaron allí el *valiente español*: Gil Gonzalez, «que ejecutó buena parte de la fábrica de San Pedro,» y D. Juan de Quiñones, que «fué aparejador de aquella fábrica en tiempo de Micael Angelo.» No se si podremos juntar estas noticias con las que dan los escritores italianos de lo que sus arquitectos hicieron en España; pero á lo menos es verisimil que asistiese á ver edificar el mayor templo del mundo.

De Roma pasó á Nápoles donde se estableció y adquirió 200 ducados de renta y un molino de viento sobre el muelle grande. Los 200 ducados parece eran producto de algun oficio, pues cuando vino á España dejó un teniente; y como este oficio solo pudo dárselo el Virey, conjeturo que algun Virey le llamaria de Roma para ocuparle en su

profesion (1). Contrajo allí matrimonio con Ursula Jabarria, hija de Gerónimo Jabarria, que le llevó algun dote, y antes de venir á España tuvo en ella 2 hijas.

Cuando falleció el Emperador Carlos V dejó á la voluntad de Felipe II su hijo todo lo tocante á exequias, y particularmente á su sepultura y de la Emperatriz su mujer. Se hallaba el Rey en Flandes, y desde luego concibió la idea de fundar una insigne casa de religion para sepulcro digno de la grandeza de sus padres, y para que tambien lo fuese suyo y de sus mujeres y hermanos, poniendo en ella monjes de San Gerónimo. Eligió la advocacion de San Lorenzo, no por haber asolado en San Quintín otro monasterio de la misma advocacion, como vulgarmente se dice y escribió Antonio de Herrera en la historia universal del mundo, ni por voto que hiciese entonces, «sinó por la particular devoción que debia á aquel glorioso santo, y en memoria de la merced y victorias que en el dia de su festividad comenzó á recibir de Dios;» como el mismo Rey dice en la escritura de dotacion del monasterio.

Determinado á construir un suntuoso edificio, debió elegir para trazarle y dirigirle un arquitecto que pudiese desempeñar su idea. Sobre ser Felipe II apasionado á fábricas, como lo prueba el gran número de las que hizo y reedificó

(1) Le llamó el Virey D. Pedro de Toledo, primer marqués de Villafra, señalado protector de las bellas artes. Despues de haber puesto en buen estado las cosas pertenecientes al gobierno político de aquel reino, volvió su atencion hacia el ornato de la ciudad. Eran sus miras vastísimas y magníficas en sumo grado, y por consiguiente le era forzoso buscar uno de los mas aventajados profesores. Creyó hallar cuanto deseaba en Juan Bautista de Toledo; y así le obtuvo del Emperador el título de Director de las obras reales de Nápoles. Construyó y trazó el palacio de los Vireyes, una iglesia dedicada al apóstol Santiago para los españoles, y en el coro un magnífico sepulcro con figuras de bajo-relieve, trabajadas por el célebre escultor Juan de Nola; y una calle, que aun conserva el nombre de la *Strada de Toledo*.

siendo Príncipe y siendo Rey, era instruido y de gran gusto en la arquitectura, y con la buena forma de sus edificios la dió generalmente á todos los que se hacian en el Reino. Conocia personalmente ó de reputacion los mejores artífices de Europa: honraba á los suyos, y conferenciaba con ellos los asuntos relativos á las artes.

Llevado de su afición á la arquitectura estableció en una torre del Palacio de Madrid un gabinete «cuya bóveda,» dice Vicente Carducho, diálogo 8.º de la Pintura, «está pintada al fresco por el famoso Becerra... En lo bajo á la redonda están puestos estantes de nogal, tallados de medio relieve y dorados sus perfiles, en que están las trazas y papeles tocantes al oficio de trazador... y en él se demuestran las trazas de la gran fábrica de San Lorenzo el real y las del alcázar de Madrid, del alcázar de Toledo, del real sitio de Aranjuez y de todo lo que en el falta de edificar... Las trazas del alcázar de Segovia... donde hay muchas escritas y resueltas sus dudas por el Rey; y las trazas de otras casas reales, las de los alcázares de Sevilla, y casa real de la Alhambra de Granada y otras... en las dos Castillas y reinos de Aragon y Portugal. Trazas de túmulos, entradas públicas, fiestas reales; y en fin, todo lo que era diseño de arquitectura.» Todo esto se conservó hasta el incendio del Palacio. La mayor parte se salvó de las llamas; pero lo que no hicieron ellas lo hizo la ignorancia, el descuido y acaso el interés. Las trazas del Escorial se vendieron públicamente en Madrid no hace muchos años, y las de otros edificios andan dispersas. El depravado gusto de un arquitecto francés, que despreció lo que no entendia, fué causa de que el Rey no volviese á adquirir las del Escorial, que ahora se ignora donde paran.

Sabia Felipe II que aunque el corazon de nuestros arquitectos no se había desprendido enteramente del gusto semi-gótico, Machuca y Bustamante, en la Alhambra y en Toledo, habían pretendido emular á los italianos en correccion y buen gusto. Se distinguían á la sazón Gaspar de Vega y Francisco de Villalpando. Este último tenia toda la aptitud que era posible con los libros y la práctica, pero le faltaba la inspección de las antigüedades y de las célebres obras modernas de Italia: inspección que no ignoraría el Rey cuanto contribuye á agrandar las ideas y el ánimo. Si hubiese pretendido traer el mejor arquitecto extranjero, es bien verisímil, que ni Palladio, ni Vignola, ni otro cualquiera se negase á servir á Felipe II ni á emplear sus talentos en una obra superior á todas las de su especie. Debe creerse pues, que si eligió á Juan Bautista fué porque tuvo informes seguros de que concurría en él toda la capacidad necesaria para fiarle tan gran proyecto.

Hallándose el Rey en Gante mandó á Juan Bautista se transfiriese de Nápoles á Madrid, y por cédula de 15 de julio de 1539 le asignó en interin 220 ducados de sueldo: en cuya cortísima asignacion siguió Felipe II su costumbre de empezar por poco hasta experimentar por sí mismo las habilidades. Vino el Rey por agosto del mismo año, y el de 1560 trasladó su corte de Toledo á Madrid, donde se hallaba Juan Bautista.

Construía entonces Antonio Sillero de orden de la Princesa Doña Juana el Monasterio de las Descalzas Reales; y yéndose á empezar la iglesia y toda la casa de Misericordia, debe tenerse por seguro que hizo Juan Bautista los diseños; pues se advierte en ambas obras su estilo natural y grande, muy diferente del semi-gótico que usó Sillero en lo demás del edificio. La fachada es de orden dórico con la organizacion de piedra y los entrepeños deladrillo. Sobre su zócalo general se elevan en el primer cuerpo pilastras arquitrabadas sin cornisa. Se sube á la puerta por tres escalones: las jambas y lintel en cuadro hacen 3 fajas: á los lados de las jambas 2 medias pilastras, y sobre ellas carga un entablamento con frontispicio. El segundo cuerpo tiene las mismas pilastras.

Encima de la puerta el escudo de la fundadora; y el todo remata en cornisa recta y frontispicio, en cuyo neto hay una claraboya.

El maestro Juan Lopez de Hoyos (*Historia y relacion verdadera de la enfermedad, tránsito y exequias de la Reina Doña Isabel de Valois, año 1568*), hablando de esta fachada, dice, fue la primera cosa que en España se labró con noble sencillez. (1)

Establecido Juan Bautista en Madrid, quiso traer de Nápoles su casa y familia. Envió á su suegro 600 ducados para los gastos del trasporte, que determinó fuese por mar. Naufragó la embarcacion; se ahogaron su mujer é hijas, y lo perdió todo.

Puso á su cargo desde luego el Rey la direccion de todas las obras reales, y entretanto que se disponia la principal para que le había llamado, le ocupó en otras menores. Por abril de 1564 le mandó hacer las trazas para añadir el castillo de Azeite, y fabricar la casa de oficios y caballerizas que hay allí. Son estas obras, como las que hizo Gaspar de Vega, de pura mampostería sin orden alguno; pero con todo se nota gran diferencia entre las columnas toscanas que puso en el zaguan y las que ya había en el patio interior. En la caballeriza cubierta con una bóveda se ve lo que hace un buen arquitecto aun cuando se le encargan cosas comunes.

Pensaba el Rey... reedificar el palacio de Aranjuez, y en 22 de julio del mismo año dió la instruccion que debia observarse: en la cual hay este artículo. «Y porque hay algunas obras y cosas que es mejor hacerlas á destajo que no á jornal ni tasacion; y otras que es mejor hacerlas á tasacion que no á jornal ni destajo; y otras que es mejor hacerlas á jornal; en todo lo que de aquí adelante se hubiere de hacer... se tomará el voto y parecer de Juan Bautista de Toledo, nuestro arquitecto... y ordenarse ha lo que con acuerdo de dicho Juan Bautista parezca.» Se suspendió sin embargo esta reedificacion hasta el año de 1566, y entonces se empezó por la capilla, cuya forma interior cuadrada y llena de puertas no merece elogio. La diseñó y empezó Juan Bautista...

Aunque en esta instruccion le llama el Rey su arquitecto, no tuvo título formal, hasta que por agosto del mismo año le dió el que sigue: «El Rey.—Acatando la suficiencia y habilidad de vos Juan Bautista de Toledo...» (2)

(Se continuará.)

FESTEJOS REALES.

LA ESPADA ENCANTADA.

En la época feliz para la España, en que su nombre era escuchado con respeto en los diversos ámbitos del mundo, en que el pendon pátrio tremolaba victorioso en mil remotas naciones, y en que su Monarca podia exclamar desde el trono, levantando con orgullo el cetro de oro, *Nunca el sol se pone en mis dominios*; en aquella época feliz, se desarrolló una peste terrible en Augusta, ciudad de Alemania, y el Monarca español quiso consolar en persona aquel pueblo afligido.

Era el año 1547.

El Emperador D. Carlos V acababa la guerra en la baja Alemania, y su hijo, el Príncipe D. Felipe II, despues de celebrar en Monzon córtes para los reinos de Aragon, Valencia y Cataluña, pasó á Alcalá de Henares, con objeto de

(1) Lo interior de la iglesia se reedificó hace pocos años con diseño de D. Diego Villanueva.

(2) Fecha en Madrid á 12 de agosto de 1561.

asistir á las bodas, que en dicha ciudad se celebraban, de su hermana, la esbelta infanta doña María, con el ilustre Maximiliano, Príncipe de Hungría; y con el objeto de comenzar en seguida el viaje á Alemania, que su augusto padre el Emperador habia dispuesto.

Tres fueron los objetos que Carlos V se propuso en este viaje: que su hijo el Príncipe se solazase una temporada, recorriendo las provincias de su vasto imperio; que socorriese al pueblo afligido por la peste; y que aquellas provincias conocieran y coronasen á su futuro rey.

Diversas y encontradas sobremanera son las opiniones de los historiadores acerca de Felipe II; acerca de ese génio inflexible que nos legó su nombre impreso en el gigantesco monumento del Escorial; y no falta tampoco alguno mas avanzado que lo presente como un Príncipe odiable, y aborrecido de sus vasallos; pero lo cierto es que jamás Rey alguno ha merecido del pueblo y magnates, ovaciones mas entusiastas, ni festejos mas grandiosos que Felipe II en su viaje á Alemania.

II.

Algunos dias hacia que el Príncipe y su corte se encen- traban en la ciudad de Vins, muy festejados por los súbditos del pueblo y sus comarcas, y sobre todo por la Infanta Doña María, Reina ya de Hungría, por su enlace con el Príncipe Maximiliano; cuando á los postres de una opípara cena, se presentaron con las ceremonias á tan grande corte corres- pondientes, dos pajes, con ricos atavíos de plata y terciopelo, los cuales presentaron al Príncipe una esposicion en preciosa bandeja de oro conducida.

El Príncipe la tomó con muestras de contento, y con gran regocijo de todos, fue leida en alta voz.

El extracto de aquella esposicion es el que sigue, segun datos que hemos podido recoger en las antiguas crónicas que de este asunto se ocupan.

«SEÑOR: Sabido es que en todo tiempo ha habido cabal- leros andantes, que despues de jurar por su Dios, y por su dama, hacer todo lo bueno y nada malo, como proteger á las viudas; ayudar al desvalido, defender á las doncellas, y desfacer en singular batalla toda clase de entuertos, que con- tra Dios y el cristiano, por malandrines cometerse qui- siera: pero tambien es cosa de todos sabida, Cesárea Mage- stad; que desde los tiempos mas remotos ha habido asimi- mismo caballeros de baja ralea que teniendo mas saña en su corazon que brio en su brazo para romper lanzas en singu- lar batalla, han querido antes entregarse á las perniciosas máximas de Merlin, que á las nobles fazañas del célebre en- tre los célebres Amadis de Gaula; en todos los siglos ha habido hombres que se han entregado al estudio de la magia, para encantar en soterráneos castillos sin luz ni aire, á los caballeros mas valientes, y á las mas hermosas doncellas.

Ya en nuestra juventud nos hablaron con rencilla, Señor, nuestros padres, de un tal *Norabroch*, hábil encantador y grande alquimista, que en sola una noche, dicen que leván- tó un castillo invisible, aqui mismo, cerca de la ciudad de Vins, para desgracia del pueblo y tormento de todas sus comarcas.

Este *Norabroch*, aunque nadie lo ha visto hasta el dia, ni verlo en lo venidero cosa facil será; puede asegurarse que es un hombre gigantesco, fornido, velludo y muy iracun- do, porque así se le presentó hace siglos en ensueños, á la mas hermosa doncella que nacer de madres puede.

Este tal *Norabroch* vive rodeado de muchas y muy fuertes murallas, dentro de las cuales murallas, pero á la otra parte del rio, que sus posesiones baña; tiene un castillo invisible, porque densa nube lo cubre dia y noche, cuyo castillo se llama EL CASTILLO TENEBROSO: y en el cual castillo hay pro- fundos calabozos, donde el inexorable *Norabroch* apena con rollos tormentos á cuantos caballeros andantes ha podido

sumerjir en sus lóbregas cavernas: y tiene tambien delicio- sos jardines de encantadas flores, donde pasean las donce- llas impuras que abrieron sus brazos á aquel velludo pecho; y tiene ademas calderas de azufre derretido donde hierven los miembros de malhadadas damas, que fueron á implo- rar clemencia por sus infortunados caballeros andantes.

Estos tormentos que unos y otros padecen, deberian ser eternos, y eterna tambien la desgracia que amenazara al pueblo y sus comarcas, porque el feroz *Norabroch* nunca se cansa del mal ageno; pero la clemencia de la *Reina Fadada*, que aunque humana es por lo comun invisible, y el dominio de los encantamientos tiene á su cargo, ha dis- puesto que los tormentos de los encantados, y el poder del tirano *Norabroch* concluyan de un golpe, cuando haya al- gun caballero andante tan felice, que arranque de un solo tiron una espada de oro finísimo, y de ricas piedras guar- necida, la cual espada, de todos los sabios envidiada, la ha clavado la *Reina Fadada* hasta la mitad de la hoja, en un pa- dron de duro mármol. Pero grandes y peligrosas pruebas tiene que hacer; grandes y peligrosos torneos que sostener el atrevido caballero andante que se proponga arrancar la espada del padron, porque el sabio *Norabroch* ha sabido muy bien defender su morada con fuertes barreras y con pasos difíciles, como por sabios contruendos. Son á saber, los pa- sos que hay que atravesar, y las pruebas que hay que hacer, las siguientes:

Para llegar al castillo de *Norabroch*, Cesárea Magestad, es preciso cruzar primero EL PASO AFORTUNADO, despues LA TORRE PELIGROSA, y luego LA ISLA VENTUROSA. En medio de esta Isla se levanta una colina á manera de pirámide, en cuya cumbre ó cúspide, está el padron de mármol pero rodeado de yerba verde y lozana, como que muchos siglos han pasado, sin que pie humano haya pisado aquel suelo, por lo difícil que es acercarse allí: y en este padron está clavada la espa- da de la *Reina Fadada*. Mas allá de la Isla venturosa, ya todo es misterio que la débil inteligencia del hombre compren- der no puede. Por allí corre el rio con sus aguas silenciosas; sobre el rio está el puente invisible, y al otro lado del puente se levanta el castillo de *Norabroch* entre densas nubes de vapores negros.

Ademas de todo esto, el cruel *Norabroch* ha defendido tambien con valientes caballeros, los tres pasos referidos por donde es fuerza cruzar para llegar á su negra morada.

El paso afortunado lo defiende el caballero DEL GRIFON CO- LORADO; la Torre peligrosa la defiende el caballero de LA AGUILA NEGRA, y la Isla venturosa está fielmente resguarda- da por el jamás vencido caballero DEL LEON DE ORO.

A estos tres caballeros, que con denuedo han cumplido siempre su deber, custodiando tan peligrosos pasos; les llama *Norabroch*, LOS CABALLEROS MANTENEDORES; y CABA- LLEROS AVENTUREROS llama á todo caballero andante cual- quiera que sea su patria, el cual guiado del buen deseo de salvar del encantamiento á tantos otros caballeros y damas, que allí yacen sumergidos, se presenta á romper lanzas con los caballeros mantenedores. El sábio *Norabroch*, para mayor seguridad de sus prisiones, ha establecido ansimismo ciertas leyes de torneo, que escritas estan con invisible ma- no, en las diferentes barreras que lo resguardan, y á las cuales leyes hóbán de jurar atenerse los caballeros aven- tureros, si pretenden que para batallar con los mantenedo- res, las puertas de las barreras les sean abiertas. Mas la *Reina Fadada*, que tan clemente y pía se ha manifestado con los errantes caballeros, que en pro de la noble órden de la caballería pelean, ha dispuesto, bien á pesar del cruel *Nora- broch*, que lo mismo en el paso afortunado, que en la Tor- re peligrosa, que en la Isla venturosa, haya el número com- petente de Jueces justos, que colocados en cuadras para ellos edificadas encima de grandes arcos, adornadas con mucha riqueza de púrpura y brocados, presencien cada uno

de los torneos, para evitar las sutilezas, astucias y arterias, con que Norabroch fascinar sabe á los caballeros aventureros, venciéndolos, no con la fuerza del brazo, ni con la pericia de los mantenedores en la batalla, si es con los secretos de su maléfica ciencia.

Las leyes que de muchos siglos á esta parte vienen rigiendo en la terrible mansion de Norabroch, son las siguientes:

«Que como el caballero aventurero viene al lugar, delante de la barrera, la cual halla cerrada, debe tomar una bocina de marfil que cuelga del padron, que esta cabe dicha barrera, á cuyo son asoma un enano, fuera de un torrejon, el cual dice que será luego servido, y va á avisar de su venida al caballero mantenedor. En este medio el caballero del Grifon, habiendo oido ya el ruido de la bocina, sube al caballo y se pone en el lugar del combate: despues manda al portero que abra la barrera, y alli es recibido. Y si el caballero aventurero hace mejor su deber que el del Grifon; es á saber; si rompe mejor su lanza, hace mejor encuentro, ó se ha mejor en las tres carreras que el mantenedor, podrá pasar adelante del primer paso; pero si el caballero del Grifon hace mejor su deber que el aventurero; el caballero aventurero es obligado en el mismo instante á rendirse prisionero y ser conducido al castillo tenebroso: mas como este castillo es invisible, el caballero prisionero será guiado de gentiles hombres para este efecto ordenados. Pero si el caballero aventurero sale mejor que el mantenedor en este primer paso, será llevado al segundo donde le recibe el caballero del águila negra á un golpe de lanza y siete de espada; y si el mantenedor hace mejor su deber así de lanza como de espada, es obligado el aventurero á rendirse prisionero y ser conducido al castillo de Norabroch. Pero si el aventurero hiciere mejor su deber que el mantenedor, se le abrirá la Torre peligrosa, y alli se debe apearse, para pasar adelante, donde entra en el tercer paso, en el cual es recibido del caballero del Leon de oro, á tantos golpes de espada, y á tan luengo combate, hasta que la una de las dos espadas del aventurero ó mantenedor se rompa, ó se pierda; que uno de los combatientes sea desarmado ó herido, ó hasta que los Jueces del torneo les tiren el baston para despartarlos. Si el mantenedor hace mejor su deber que el aventurero, es obligado el aventurero á rendirse por prisionero, como dicho es. Pero si el aventurero hace mejor su deber que el mantenedor, serále permitido de ser recibido en la barca, y pasar de la otra parte del agua, á la Isla venturosa. Llegado el aventurero á este paso, debe decir y declarar su nombre y sobrenombre sin disimulacion alguna, para que sea escrito en la memoria de los caballeros extremados y valerosos, la cual memoria tiene cargo de hacer el capitan de la barca que los pasa á la Isla venturosa, establecido para esto por la Reina Fadada, á donde se guardan otros muchos secretos; y despues debe el dicho caballero subir á la peña que está en la dicha Isla venturosa, y llegar al padron que está sobre ella, y alli se probará si podrá de un solo tiron arrancar una espada que está hincada en el padron, acompañado para este efecto, del capitan de la barca y de su compañía. Y en caso que el caballero aventurero despues de se haber probado, no arrancase la dicha espada, debe encontinentemente tornar á pasar la barca y volver atrás, por los pasos por donde habia pasado, donde segun el estatuto de la Reina Fadada, por haber tan valerosamente hecho su deber, y alcanzar á pasar los dichos tres pasos, se le hace presente de un hermoso crancelin de oro, de manera que al efecto quede con honra con el presente, que se le hace, y pueda salir fuera de los dichos tres pasos, franco y libre, á pie ó á caballo, como mas quisiere, segun á ellos habia venido ó llegado.»

Todos los cuales pactos, condiciones y puntos susodichos, nos han sido declarados de poco acá por cierto caballero

que en ello se habia probado, afirmando por la orden de caballeria, haberlos sacado de los padrones, columnas, obeliscos y pilares diversamente intrustos y ordenados en los dichos tres pasos donde estaban escritos en antiquisima lengua, los cuales enviamos á vuestra Magestad, con la mayor humildad, para que sea servido hacerlos publicar y divulgar á todos los caballeros y nobles de su corte y otros, á fin que estando V. M. en Bius, quieran probar esta aventura, porque como muchos ó casi todos, habiendo navegado todos los mares, y frecuentado la Asia, Africa, Indias y los extremos del mundo, han probado muchas y muy loables experiencias, acabando diversas y estrañas aventuras dignas de admiracion: así se espera que entre tan gran multitud de todas las naciones, de que vuestra Magestad es servida, honrado, temido y amado, habrá algun dichoso y venturoso que podrá llegar al cabo de esta aventura y encantamiento tan estraño, la cual haciendo de esta manera, como placirá á Dios que suceda, vuestra Magestad usará de su justicia y clemencia: es á saber; de la justicia para castigar al dicho Norabroch de sus ofensas enormes, demas de la restitution que se hará de todos los pobres presos en las manos de vuestra Magestad: y de la clemencia, para usar como fuere servido de los bienes y personas de los que fueren restituidos, como de siervos de vuestra Magestad, y á su servicio muy obligados.»

Esta exposicion que venia firmada por los *humilísimos y obedientísimos servidores*.—Los caballeros errantes de la *Gallia Bélgica*, fue oida con sumo contento por el Príncipe y por su Corte; y conociendo todos desde luego, que era un festejo dado por la Reina de Hungría; festejo tan bello y original que hasta entonces ninguno como él se habia conocido, todos los donceles de la corte sintieron nacer en su pecho un fuerte deseo de que llegase el sol siguiente, para romper lanzas en tan fastuoso torneo; y las damas comenzaron tambien á anhelarlo no menos, por asistir á una fiesta donde tanto lujo, tanto valor y tanta gallardía de consumo se iban á desplegar.

(Se continuará.)

MANUEL IBO ALFARO.

FRAY ANTONIO DE VILLACASTIN.

Para completar cuanto nos parece conveniente las noticias dadas acerca de Fray Antonio de Villacastin en las páginas 369, 370, 371 y 372 del SEMANARIO PINTORESCO, he aquí lo que acerca de él dice *D. Eugenio Llaguno y Amirola* en su obra titulada *Noticias de los Arquitectos y Arquitectura de España desde su restauracion*, capítulo XXIX, páginas 131 y 132.

«Merece se haga de él particular mencion, por la mucha parte que tuvo en la construccion del monasterio del Escorial. El P. Sigüenza escribió su vida, y es de creer no olvidó circunstancia que pudiera exaltar su mérito.

«Fué natural de Villacastin; aprendió en Toledo el oficio de solador y asentador de ladrillos y azulejos con aquellos compartimentos y lazos que entonces se usaban. Con estos cortos principios, su talento claro y continua observacion llegó á adquirir alguna práctica de la arquitectura; y habiendo tomado el hábito de monje corista de San Gerónimo en el monasterio de la Sista, le emplearon alli en algunas obras. Otras de mas consideracion hizo en el monasterio de Santa Paula de monjas de la misma orden; y despues le enviaron á hacer el aposento y celda para el Emperador Carlos V á Yuste.

«Cuando se empezó el Escorial le trajeron para el oficio de obrero, esto es, para que cuidase é interviniese en la ejecucion de la obra. Fué suya la idea de elevarla mas sobre

los fundamentos que dejó sacados Juan Bautista de Toledo. Le debió mucho el edificio para que saliese tan acomodado á los usos monásticos; y mucho mas para la economía, como superintendente de los maniobrantes, que este nombre podremos dar al oficio que tuvo por la confianza que de él hacia el Rey. Vió empezar y concluir la obra y sobrevivió algunos años, habiendo fallecido el de 1603, á los 91 de edad.

»Lucas Cambiaso retrató al fresco en la bóveda del coro del Escorial al Padre Villacastin. Dirigia tambien este religioso desde su monasterio las obras que se hacian en la par-

roquia de su patria. Fué sepultado á la puerta de la celda en que vivió en el Escorial, desde que se edificó; y sobre la losa se puso este epitafio.

FR. ANT. DE VILLACASTIN.
HJUS REGIAE FABRICAE PRAEPECTUS:
HIC ANTE JANUAM CAELULAE SUAE SEP.
OBIIT NONAGENARIUS
IV. DIE MARTII ANNO 1603.»

A.

FENOMENOS EXTRAORDINARIOS.



Figura del hombre de cuyo vientre colgaba otro.

En el año de 1530 se vió en París un hombre, de cuyo vientre colgaba otro como pegado, con todos los miembros completos escepto la cabeza. Aquel hombre tenia 40 años; y

con tanta admiracion de todos llevaba en sus brazos al otro ingerto en él y que de él parecia salir, que á porfia corrían á verle.



Figura del niño monstruoso que tenia 2 cabezas, 2 brazos y 4 piernas.

En el año de 1546 una mujer de París parió, en el sexto mes de su embarazo, un feto que tenia dos cabezas, dos

brazos y cuatro piernas. Cuando disequé su cadáver encontré un solo corazón.

UNA VIOLETA, POR DON MANUEL IBO ALFARO.

Dedicada á su querido amigo

DON BIENVENIDO V. CANO.

(Continuacion.)

VII.

Llegó la noche.

Adamina y su tia continuaban sentadas en el balcon, en el mismo lugar donde otras mil habian aguardado á Alfredo; pero no cual otras veces, una dulce esperanza halagaba sus corazones; ambas padecian, y padecian mas, reflexionando los medios de que el padre de Adamina se valdria para rechazar á Alfredo.

Por este golpe de sociedad padecian tia y sobrina; pero la infeliz sobrina padecia además, por verse separada tal vez para siempre del objeto de su amor.

Mientras tanto Alfredo, que segun costumbre habia esperado el crepúsculo de la tarde en los deliciosos bosques de la montaña de Príncipe Pio, se dirigia velado por gratas ilusiones, á pasar las primeras horas de la noche en compañía de su adorada Adamina: mas cual fué su sorpresa cuando al entrar en el vestibulo, tropezó con la doncella que le dijo:

—Señorito: las señoras no están en casa; y el papá de la señorita que ha llegado esta mañana, me ha entregado esta carta para usted.

Alfredo tomó la carta: pero asustado, pálido y frio, permaneció algunos instantes inmóvil en el mismo sitio, sin saber que decir ni que hacer.

Quando la doncella se hubo retirado despues de saludarlo con una cortesía, se obró de repente una reaccion en el ánimo del poeta; afluyó á su rostro toda la sangre que se habia agolpado al corazon, y furioso echó á correr por las calles de Madrid hasta llegar á su cuarto. Cerró de un golpe la puerta del gabinete, tiró el baston y el sombrero sobre las sillas, se sentó á la mesa, rasgó el sobre de la carta, y la leyó de un golpe.

Alfredo calló; hincó los codos en la mesa, y escondió su rostro entre las manos.

Los niños sienten llorando; las mujeres gritando; los hombres blasfemando; los poetas callando.

El corazon del poeta es un vaso nacido para recibir mil pesares y un solo placer. Todos los pesares que ofrece la sociedad, y el único placer con que la santa inspiracion le brinda.

Alfredo era un volcan apagado en cuyo seno hervia esponjosa lava, era un mar en aparente calma en cuyo abismo se estaba fraguando horrible tempestad.

El volcan reventó por fin; la tempestad estalló tambien. Alfredo lanzó un profundo suspiro, brotaron á sus ojos dos lágrimas de hiel; y levantando la cabeza con descaro, fijó la vista en las pistolas que colgaban á los lados de los floretes.

Las miró un momento, y despues de mirarlas, prorrumpió en una estrepitosa carcajada.

—Vosotras sois, amigas mías, dijo luego sonriéndose con amargura; vosotras sois las que sembrareis la calma en mi corazon.

Y despues de un instante de silencio prosiguió en tono meditabundo.

—¿Y por qué no he de morir yo? Yo no tengo ni padre, ni madre, ni hermanos, ni amigos... ¿Quién soy yo en el mundo? Soy un copo de espuma que vaga impelido por el viento, sin encontrar una roca donde pegarse. ¿Qué hago

yo en la tierra? Escupir á una sociedad que detesto; y que tambien ella me escupe á mí porque no me comprende. Yo debo morir esta noche.

Y levantándose de la silla descolgó una de las dos pistolas de bolsillo, sacó de la faltriquera un pañuelo blanco, la limpió bien con él y la dejó sobre la mesa.

Entró en seguida á la alcoba; y sacó elegantes chismes de caza que colocó sobre una silla, midió una porcion de pólvora y la echó en el cañon; en seguida le puso taco y la atacó. Luego tomó la bala, pero al sentirla entre sus dedos, parece que aquel jóven se estremeció un poco, la contempló un momento y exclamó con sardónica sonrisa:

—Esta bala vale para mí mas que toda la sociedad; esta bala vale tanto como Adamina. ¡Ay Adamina! tornó á exclamar palideciendo al pronunciar este nombre: ¡ay hermosa jóven de mi alma! ¡cuánto te he adorado en poco tiempo! tu me reconciliaste con la sociedad, y tu me separas para siempre de ella. Jóven divina; ¿verterás una lágrima sobre mi sepultura?

Y sus ojos se anegaron en llanto.

Frenético entonces, puso la bala en el cañon y la atacó con rabia; puso el piston, amartilló la pistola, y se sentó en la butaca de escribir.

Alfredo estaba pálido: sus ojos desencajados, su mirada indecisa, su pulso alterado... ¡Ah! ¡quién no se estremeció en el instante de morir...!

Alfredo se echó atrás con la mano izquierda la negra y blonda cabellera; despejó su frente espaciosa; reclinó su espalda en el respaldo de la butaca; y cual si ya no quisiera padecer mas, gritó con acento dolorido:

—A Dios para siempre Adamina...

Colocó en su frente la boca de la pistola; tiró el gatillo y estalló el piston; pero el tiro no salió.

—¿Qué es esto? exclamó Alfredo mirando asustado á su alrededor: ¿aun vivo? ¡Ah! no ha querido salir el tiro... ¡Padre; vuestra mano lo ha contenido sin duda desde el cielo...! ¿Quién sabe lo que esconderá para mí el misterioso velo del porvenir? viviremos hasta mañana, pero tu, continuó mirando á la pistola, no te apartarás de mí.

Y despues de ponerle otro piston, se la metió en el bolsillo.

Mientras estas escenas ocurrían en el gabinete de Alfredo, Adamina y su tia aunque sentadas en el balcon, veían deslizarse uno á uno los instantes de la noche, sumergidas en el dolor mas profundo.

La pobre tia reprimia su pena en lo posible, y empleaba todos sus recursos para consolar á su sobrina; pero en vano: Adamina se deshacia por intervalos en amargo llanto.

¡Infeliz... ya le hacia la sociedad verter una lágrima de amargura antes de regresar á su quinta...!

¡PERDON!

I.

A las cinco de la tarde del dia siguiente á las dolorosas escenas que hemos presenciado en casa de nuestra heroína, estaba sentado en una butaca de su gabinete, el caballero Leopoldo, en ademan pensativo ó con rostro sério.

De repente, y cual si se hubiera decidido á una cosa que le hiciera luchar largo rato entre la duda y el deseo, tiró el cordón de la campanilla.

—¿Dónde está mi hija? preguntó á la doncella que se presentó solícita.

—Con su tia: respondió la doncella.

—Dile que entre.

La doncella salió del gabinete.

A los cuatro minutos entraba en él Adamina. Pero Adamina era otra de la jóven seductora que conocimos en e

baile de la marquesa de Visleflor. Estaba lánguida, pálida, ojerosa, con el cabello tendido y sin peinar, y con el rostro inclinado hacia el suelo.

—Cierra la puerta, y siéntate á mi lado; le dijo su padre:

Adamina cerró la puerta y se sentó al lado de su padre. Pero tenía las manos cruzadas, la bata suelta, y los ojos fijos en el suelo.

—¿Porqué no me has visitado esta mañana? le preguntó su padre.

—Porque he estado enferma.

—¿Qué has tenido?

—No lo sé, padre: y exhaló un suspiro, y sus ojos se arrastraron en lágrimas.

—¿Lloras...? le dijo su padre enfadado.

—¡Déjeme usted llorar, padre mío! exclamó la jóven: y no pudiendo contener los sollozos, se cubrió el rostro con el pañuelo.

—¡Llorar...! murmuró el padre mirándola con enojo, ¡llorar... porque tu padre se desvela por labrar tu dicha!

—¿Y mi padre puede estar quejoso de su hija? murmuró la jóven sollozando aun.

—No lo sé.

—¿No le ha dicho á usted mi tía mi resolución?

—Me ha dicho que accedías á dar la mano al jóven que yo te ofrezco solo por complacerme.

—¡Y qué mas puede hacer esta infeliz!

—Olvidar para siempre á ese mancebo á quien yo destesto.

—Olvidarle. ¡Dios mío! exclamó la jóven levantando los ojos anegados en lágrimas, eso no puede ser; arránqueme usted el corazón, y entonces le olvidaré.

Su padre le dirigió una mirada de furor.

La jóven lloraba en silencio.

—¿Pero es decir que me obedeces? dijo despues el padre.

—¿He dejado alguna vez de obedecer á usted.

—¿Con qué te unirás al gallardo jóven que yo te presento?

—Me uniré; murmuró la jóven.

—Y serás feliz con él: porque toda hija que obedece á su padre es feliz en la tierra, y despues en el cielo.

—Es verdad; dijo la jóven para sí, quiero acabar mi vida con un acto de obediencia.

—Ataviate, hija mía, repuso entonces su padre en tono mas dulce; ataviate, enjuga las lágrimas y vístete de gala porque ahora mismo voy á visitar tu prometido, y esta noche lo presentaré en tu gabinete.

Adamina se puso á estas palabras pálida como la cera.

—Vaya, á Dios; continuó su padre.

E imprimiendo un beso en la frente de su hija salió de la habitacion.

II.

La mayor parte de mis lectoras sabrán que el cementerio de la sacramental de San Luis, es una obra magnífica, poética y suntuosa.

Rodeado de verjas y de pilastras, se ostenta espacioso frente al arrabal llamado CHAMBERI: y en las inmensas praderas que le rodean se levanta grave y sublime con sus cruces, con sus capillas y misteriosos rótulos, como el Rey de las generaciones, como el padre de los siglos, como el vehículo entre el mundo conocido y el mundo desconocido.

Jigante inmóvil, de origen imponente, de esencia no sabida... allá existe día y noche, remendando lo que ayer fuimos; sin querer decirnos sino entre sombras lo que mañana seremos.

El cementerio de la sacramental de San Luis, es de exageradas formas, y dentro de su verjado encierra maravillas dignas de ser notadas.

No os hablaré yo en este lugar, de los lujosos nichos que ocupan sus paredes, pero si os recordaré aquellos bosques de acacias, que á espensas del céfiro, aparecen murmuran-

do de trecho en trecho; aquellos grupos de flores que con sus aromas quieren velar la hermosa Virgen que junto á ellas duerme para siempre; os recordaré tambien aquellas estatuas escondidas en el follage de los árboles, aquellos desmayos, aquellos cipreses, y sobre todo, aquellas lámparas macilentas que de trecho en trecho alumbran con fúnebre luz, el opaco seno de algun suntuoso mausoleo, último suspiro de las grandezas humanas.

Pues bien, lectoras mías: vaya una coincidencia demasiado insípida al parecer. En el mismo instante en que el padre de Adamina salía de su casa para ir á casa del prometido de su hija, entraba en el cementerio de la sacramental de San Luis, un jóven como de veinte y cuatro años.

Es alto, bien formado, pero su rostro pálido, su paso magestuoso, sus ademanes lánguidos.

Viste bota de charol, pantalon, frac, chaleco y sombrero, todo negro; el frac lo lleva abotonado, y en uno de sus ojos se ve una violeta morada pero ya marchita. Camina sin baston, y de vez en cuando dirige lánguida mirada á la violeta de su pecho.

Este jóven es Alfredo: ¿verdad lectoras que ya le habeis conocido?

Alfredo, con el sello del dolor impreso en su rostro, cruzó dos ó tres paseos de los mas bellos del cementerio: y cuando pasaba junto á algun sepulturero le dirigía una mirada de terror.

¿Por qué se asusta Alfredo de ver aquellos hombres, si él es jóven, robusto y lleno de vida...?

Despues de dar el poeta dos ó tres vueltas por los rincones de aquel sagrado lugar, se sentó en un poyo de céspedes que habia al pié de una estatua de mármol blanco, bajo un copudo sauce de Babilonia, y rodeado de rosales cubiertos de multitud de pimpollos al abrirse.

Al sentarse Alfredo en aquel delicioso lugar, exhaló un profundo suspiro; y luego... parecia que todo respetaba su dolor: ¿y cómo no? era el crepúsculo de la tarde; era ese momento sublime en que callan las aves; en que duerme la tierra; en que reposa el mar, y en que el cielo se cubre de transparentes arboles.

—Buen lugar, dijo Alfredo para sí; buena hora para acariciar el objeto de su amor; pero buena hora y buen lugar tambien para olvidar su amante, para cerrar los ojos á lo pasado y dar su último adiós al mundo.

Y sacó del bolsillo del frac una pistola.

—Fiel compañera mía; prosiguió preparándola y mirándola con intension: tu eres la única que no me abandona hasta el último momento; tú, tú vas á poner fin á mis desgracias...

Y se aplicó el cañon á la frente; pero al sentir en ella el frio del acero se lo retiró asustado.

—¿Qué es esto Dios mío! exclamó: ¡siempre temblando! treinta veces he aplicado hoy la pistola á mi frente, y treinta veces la he retirado asustado... ¿Qué fuerza es esta que no me deja morir? ¿Quién es esa voluntad poderosa que se opone á mi voluntad? ¿Eres tú, padre mío, que desde la region de los justos contienen mi mano? ¿Eres amor... eres tú, que quieres que aun viva un día para apurar hasta las heces la copa de la amargura... ó es el eterno Dios que no quiere que este sagrado lugar se manche con la sombra de un suicida...?

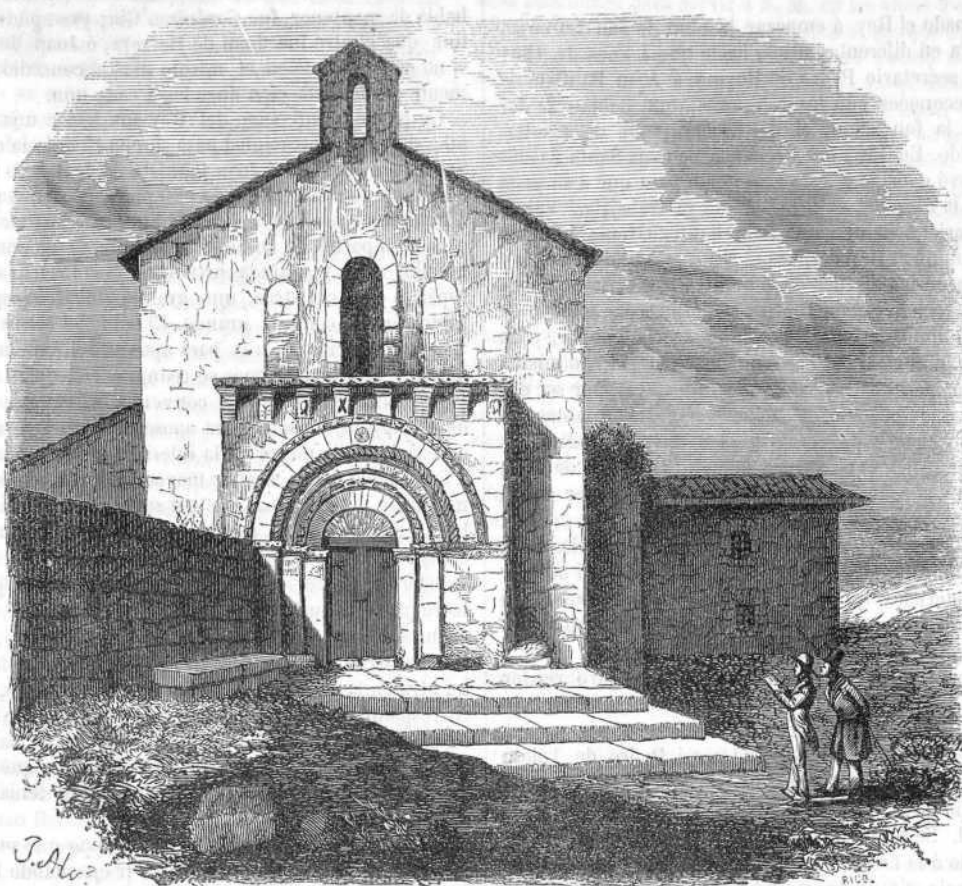
Alfredo dejó caer la cabeza sobre el pedestal de la estatua, y sobre ambos muslos la mano que empuñaba la pistola.

Todo callaba; y en este silencio magestuoso se veían cruzar los aires nubes mil de púrpura y jacinto.

—¡Adamina...! exclamó de repente Alfredo.

Y luego, cayendo en su antigua melancolía, prosiguió:

—¡Ah! siempre esa imagen delante de mí; siempre Adamina y la pistola en torno mio, y la una me ha vendido, y la otra me horroriza... ¿y por qué ha de horrorizarme á mí



IGLESIA DE SANTIAGO EN LUNA

en Aragon.

Este pequeño y antiguo templo cuya arquitectura es del estilo románico de los siglos XI y XII, ostenta sobre su puerta el *Lábaro de Constantino* tan común en todas las iglesias construidas en aquella época: á la izquierda de su entrada, y bajo de la escalera que conduce al coro, se halla una lápida embutida en la pared con adornos góticos y dos escudos en redondo, en los que se ve la media luna, blason de la villa: esto que al parecer es un sepulcro, pretenden que sea el sitio donde se conservan los documentos de consagración de dicha iglesia en el año 1111, por el obispo de la Cesaraugustana; en lo que están conformes todos los escritores.

Es la primitiva parroquia de Luna; y bajo la advocación de Santiago apóstol, se halla hoy día en uso y es iglesia de grandes privilegios: está situada en la llanura de una eminencia que llaman vulgarmente *la Corona*, y dominando á la moderna parte de la población.

El grabado que encabeza el presente artículo presenta la *imafronte* (1) y parte de lo demás de la iglesia. Esta fachada se levanta sobre tres escalones, y consta,—de una *portada resaltada*;—tres ventanas de arco abocinado, de las

cuales la central es mayor, y las colaterales de igual altura ambas entre sí;—y de una *espadaña* de un solo vano con *cabecera semicircular*.

La portada se compone de jambas *acodilladas* con dos *codillos* cada una, *impostas corridas* por todo el muro sobre las jambas; *arco abocinado* y con su *entresaco lleno*; *cornisa con canecillos* junto á la parte superior de la *archivolta*. Esta se ve adornada con *epiurage* ó *falso ajedrezado*, y un *funiculo*, además del círculo que contiene el monograma de Cristo semejante al del *Lábaro de Constantino* de que va hecha mención. Los *canecillos* y la *cornisa* tienen toscos *relieves*.

Los *vanos* de las ventanas, á medida que van entrando en la pared se van estrechando hasta quedar reducidos á meras *aspilleras*.

Todas las *partes componentes* y *ornamentales*, que acabamos de enumerar, son otros tantos caracteres del *estilo románico* á que en el ingreso del presente artículo hemos atribuido este monumento, y del cual es un importante ejemplar.

JULIO ALVAREZ Y ADÉ.

(1) *IMAFRONTE* se llama la fachada de los pies de una iglesia.

JUAN BAUTISTA DE TOLEDO.

Determinado el Rey á empezar la obra de San Lorenzo, puso la mira en diferentes sitios, hasta que á fines de 1561 envió á su secretario Pedro de Hoyo y á Juan Bautista de Toledo, á reconocer con los religiosos, que habian de dar principio á la fundacion, el del Escorial, que de resultas quedó elegido. En 1562 fue á tener la Semana Santa á Guisando, y llevó consigo á este arquitecto para que á su vista continuase la idea del edificio en que ya trabajaba. Volvió por el Escorial á tiempo que Juan Bautista tenia hecha la planta. Examinó el Rey despues el sitio; le agradó mucho; y se continuaron los diseños de la montea «en carta de cuerpo entero, secciones ó miembros, y despues en modelo de toda la obra de madera para que junta se viese mejor, y en su figura y compartimiento se enmendase lo que ello mismo mostrase ser necesario, procurando su mejora, por ser difícil acertar de la primera intencion y disposicion tantas cosas; todo por mano y diseño de Juan Bautista de Toledo, su arquitecto mayor.» (1)—«Traza famosa (dice Juan de Arfe; *Varia Conmesuracion*), en que se acabó de poner en su punto el arte de la arquitectura.» (2)

Entretanto se iban disponiendo las cosas necesarias para la obra. Nombró el Rey veedor y contador: mandó acopiar gente y materiales; y por lo respectivo á aparejadores ó maestros subalternos para ponerla en ejecucion expidió la cédula que se sigue: «Venerables y devotos padres, prior y vicario del monasterio de San Lorenzo... y nuestro veedor y contador de la fábrica... Porque habemos encomendado á Juan Bautista de Toledo etc.»

Elegió Juan Bautista por aparejadores á Pedro de Tolosa y á Lucas de Escalante: concluyó las trazas, las firmó el Rey, y partió de Madrid con ellas y el modelo, para la aldea del Escorial. Se preparó el sitio, se empezaron á abrir las zanjas dando á la fachada de Mediodía medio grado de declinacion hacia el Oriente, y á 23 de abril de 1563 juntando Juan Bautista los religiosos, aparejadores, oficiales y peones, sentó la primera piedra debajo de la silla prioral del refectorio, con esta inscripcion:

En la superficie alta.

DEUS O. M. OPERI ASPICIAT.

En el un lado.

PHILIPPUS II. HISPANIARUM REX.

A FUNDAMENTIS EREXIT.

MDLXIII.

Y en el otro lado.

IOAN. BAPTISTA ARCHITECTUS.

IX. KAL. MAII.

Empezados los fundamentos dió el Rey en 10 de agosto una instruccion general para el gobierno de la fábrica, en que previno que los oficiales y maestros que trabajasen en ella, los hubiese de recibir el maestro mayor con intervencion del prior, vicario, veedor y contador, y que fuese maestro Juan Bautista de Toledo: «llevándola á debida ejecucion hasta que de todo punto fuese finida y acabada llaves en mano»

Gratificó el Rey entonces á Juan Bautista con dos ayudas de costa de á 200 ducados cada una, pagadas en el Escorial y en Madrid, y le asignó 400 ducados de pension anual sobre las rentas del obispado de Segovia, de los cuales no habia cobrado cosa alguna al tiempo de su muerte. A principios del mismo año le habia acrecentado el sueldo con otros 200 ducados á fin de que mantuviese discípulos que le ayu-

dasen en las trazas y modelos, «que le ordenáremos y se hubiesen de hacer para nuestras obras, y á las demas cosas de la arquitectura, y para que en su lugar asistan en las obras que él les mandare.» (1) Uno de estos discípulos que habia de mantener, fue Gerónimo Gili; y se pudiera presumir que el otro fue Juan de Herrera, ó Juan de Valencia, si no constase que en el mismo dia se concedió separadamente el sueldo de cien ducados á cada uno.

La primera intencion del Rey fue hacer una casa para 50 religiosos y otra igual para sí, con la iglesia en medio. Sobre esta idea formó Juan Bautista las trazas de un edificio dórico en un cuadrilongo de 580 pies castellanos de Oriente á Poniente, y de 740 de Norte á Sur. Dividió este cuadrángulo en 3 partes de Oriente á Poniente: la de enmedio para templo, atrio y entrada principal: el lado hácia Mediodía repartió en 5 claustros, uno grande y cuatro pequeños que juntos fuesen como el grande. El lado del Norte dividió en 2 partes principales, una para aposento de damas y caballeros, y otra que despues se redujo á colegio y seminario, para oficinas de casa real y convento. Al Oriente sacó fuera de la línea otro cuadro para aposento real, que abrazase la cabeza ó capilla mayor de la iglesia; y así se pudiesen hacer tribunas con vistas al altar mayor. Los claustros menores no habian de tener mas que un suelo alto, esto es, un suelo bajo y otro principal con dos órdenes de ventanas; y el claustro grande, mayor altura y mas órdenes de ventanas á lo exterior. Entre los claustros grandes y los pequeños una torre para disimular la diferencia de alturas: de modo que ademas de las 4 torres de las esquinas del cuadro, se deberian construir otras 4, una en medio de la fachada del Norte, otra en la del Sur, y dos en la de Poniente, para que correspondiesen á las dos de las campanas, que se habian de hacer á los lados de la capilla mayor de la iglesia al Oriente. Así era el modelo de Juan Bautista, que en cuanto á la planta en su extension y disposicion no tenia diferencia sustancial de lo que se ve edificado...

Asistia Toledo en aquella obra el tiempo que se necesitaba para disponer lo que habian de ir ejecutando los aparejadores: en lo demas residia en Madrid, y seguia al Rey en sus jornadas, dándole alojamiento en los sitios, particularmente en el Escorial, donde le tenia estable. Puede inferirse que desde su venida dirigió las obras del alcázar, mediante que sobre sus fondos se le asignó el sueldo y una ayuda de costa; pero no se le encargaron formalmente hasta que habiendo fallecido Luis de Vega, dió el Rey una instruccion en 10 de agosto de 1563, mandando que Juan Bautista de Toledo fuese maestro mayor de dichas obras: que fuese de su cargo recibir los maestros y oficiales que hubiesen de trabajar, comunicándolo con el proveedor y contador; y que firmase con ellos las libranzas, y tuviese una de las llaves del dinero. Ratificó el Rey esta disposicion por cédula de 6 de agosto de 1564, en que dice: «Y es nuestra voluntad que Juan Bautista de Toledo, nuestro arquitecto, sea maestro mayor de dichas obras; y como tal, intervenga en todas las cosas arriba declaradas, y lleve á debida ejecucion dichas obras, hasta que de todo punto sean finidas... conforme á las trazas generales y particulares que están hechas, y las que de aqui adelante mandaremos hacer.»

Debe notarse que sin embargo de que Juan Bautista era el arquitecto del Rey, fue necesario declararle maestro mayor para que interviniere en las cosas referidas. Solo él tenia título de *arquitecto* y el de *maestro mayor* le tenian varios. El *arquitecto*, era el inventor ó trazador de una obra, el que proyectaba y ordenaba lo que se habia de hacer en ella: el *maestro mayor* el que despues de inventada y ordenada, por sí ó por otro, tenia encargo particular de construirla, reconociéndole por cabeza, y obediendo sus órdenes los

(1) Cabrera, libr. VI, cap. XI.

(2) Debe entenderse en España.

(1) Cédula de 18 de enero de 1563.

subalternos. Había y hay ocasiones en que estos respetos van separados; inventando uno, y presidiendo otro á la ejecucion; pero las mas veces andan juntos, como sucedió á Juan Bautista en el Escorial y alcázar de Madrid.

Aunque no se sabe que obras hizo en este alcázar, se puede presumir continuó las que en la galería del cierzo había empezado Luis de Vega, pues hay una traza con una nota de mano de Felipe II, que dice: *Hase de pasar á Juan Bautista*; y que diseñó y empezó la galería y torres de poniente. Nada existe con que importa poco averiguarlo.

Por su direccion se hizo el cuarto que tenía el Rey en San Gerónimo, antes de que se edificase el Buen Retiro, que es aquel pedazo de habitacion que une á la iglesia por la parte de oriente, donde hay un pequeño pórtico sobre columnas. Bajo sus órdenes hizo un holandés, llamado Pedro Janson los estanques de la Casa del Campo para criar pescados esquisitos. Diseñó el palacio que el cardenal de Espinosa, presidente del Consejo real, valido de Felipe II, hizo construir en Martin Muñoz de las Posadas, su patria, y la capilla que erigió allí para su entierro.

Otros edificios hay que es dudoso si son suyos ó de Juan de Herrera, como la casa del secretario Diego de Vargas en su villa de Esteban Ambran, y la excelente parroquia de Villacastin de 3 naves, toda de piedra. Por falta de papeles ó poca diligencia de las personas á quienes se pidieron noticias, queda en duda cual de los dos hizo el diseño; pero es fama en aquella villa, que fué el arquitecto del Escorial, y que la construyó el de la iglesia de Segovia.

Echada ya la mayor parte de los fundamentos de la obra del Escorial, y empezándose á levantar la montea, que por la torre que llaman *del Prior* entre oriente y sur, y por toda esta línea, llegaba casi á la mitad de la altura que ahora tiene, murió Juan Bautista en Madrid á 19 de mayo de 1567. Había otorgado su testamento cerrado en 12 del mismo, siendo testigos, entre otros, Juan de Herrera, Juan de Valencia y Gerónimo Gili, y otorgó un codicilo el mismo dia que falleció: uno y otro ante Cristobal de Riaño, escribano del número. No hizo memoria de sus padres ni patria. Se mandó enterrar en la iglesia de Santa Cruz, comprando para ello sus albaceas una sepultura, sobre la cual se puso una lápida de mármol con un letrero que dijese su nombre y el dia de su fallecimiento, y que fuese en el coro, y se hiciese un altar embebido en la pared con un arco, donde se celebrase misa, poniendo en él un cuadro al óleo con la imagen de Nuestra Señora.

Dispuso que con el valor de sus bienes se comprase renta para emplearla perpétuamente en la limosna de 3 misas cada semana en dicho altar por su alma y la de sus difuntos, diciéndolas Juan de Valencia, mientras viviese; y que lo demás se emplease cada año en casar huérfanas, dando á cada una 15,000 maravedís, las cuales hubiesen de ser honradas y pobres, naturales de Madrid, prefiriendo á sus parientes en cualquier grado, aunque fuesen transversales. Dejó por patronos de esta memoria pia al prior de San Gerónimo, al guardian de San Francisco y á un regidor de Madrid; y el haberla fundado á favor de naturales de esta villa, parientes suyos, es un argumento casi decisivo de que él era tambien natural de ella. Se depositó su cadáver el día 20 de mayo en el coro de la parroquia de Santa Cruz; pero no existe el altar ni la sepultura. Acaso no llegaría á hacerse, pues no los menciona Quintana mencionando otros que había en la iglesia antigua; y si se hicieron, se quitarían cuando se demolíó para construir la moderna.

En el codicilo encargó á sus albaceas Luis Hurtado, vecedor, Pedro de Santoyo, pagador de los alcázares de Madrid, y Francisco Giralta escultor, entregasen al Rey un memorial que debia firmado, por el cual le suplicaba se sirviese, segun el órden que en él se contenia, de las personas, á que

»son suficientes para servir á S. M. en las obras y edificios, »de que en el memorial se hace mencion, porque aquello es »lo que conviene á la utilidad y buen suceso de dichas »obras; y como persona que desea esto, y especialmente el »servicio de S. M. ha procurado de pensar y tratar consigo »mismo lo que seria mejor para ello, y cierto no halla otra »órden ni cosa mejor que aquello;» y que tambien se entregasen á S. M. 10 envoltorios de papeles que en el mismo memorial decia dejaba apartados. Los sugetos que recomendó para las obras, puede inferirse, segun los destinos que despues les dió el Rey, fueron en primer lugar Juan de Herrera, y despues Juan de Valencia y Gerónimo Gili.

Juan de Arfe dice que la muerte de Juan Bautista causó mucha confusion y tristeza, «por la desconfianza de hallar otro hombre semejante» Cabrera le llama *arquitecto inmortal*; y el P. Sigüenza, que tenia voto en el asunto, «avaron de gran juicio y escultor (1), que entendia bien el diseño, sabia lengua latina y griega, y tenia mucha noticia de filosofia y matemáticas, y al fin se hallaban en él muchas partes que Vitrubio, príncipe de los arquitectos, quiere que tengan los que han de ejercitar la arquitectura y llamarse maestros en ella.»

DISCURSO

pronunciado en la inauguracion de la enseñanza de lengua sanscrita en la Universidad Central de Madrid

POR D. MANUEL DE ASSAS.

PARTICULARIDADES DE LA LENGUA SANSKRITA.

La lengua sanscrita es muy abundante y nerviosa. La primera de estas cualidades nace en gran manera del inmenso número de palabras compuestas, de que está casi enteramente llena. «El Sanscrito,» dice Sir William Jones, «como el griego, el persa y el alemán se complace en hacer compuestos; pero en mucho mas alto grado, y ciertamente con tanto exceso que puedo presentar palabras de mas de 20 sílabas; no formadas jocosamente como aquella por la que el bufon en Aristófanes describe una fiesta, sino con toda seriedad, en las mas solemnes ocasiones, y en las obras mas elegantes.» Pero el estilo de sus mejores autores es admirablemente conciso. En la regularidad de su etimología excede mucho al griego y al árabe; y, como ellos, tiene un prodigioso número de derivados de cada raíz primitiva. Las reglas gramaticales son tambien numerosas, aunque no hay muchas anomalías. Como ejemplo de esta asercion se puede observar que todas las declinaciones de nombres tienen los números *singular*, *dual* y *plural*, y todas ellas estan diferentemente formadas segun que terminan en consonante, ó en vocal corta ó larga; difiriendo ademas segun los diversos géneros. Ni un caso nominativo se le puede formar á ninguno de estos nombres sin la aplicacion de cuatro reglas al menos, las cuales varían igualmente con cada particular diferencia de los nombres; y á esto puede añadirse que cada palabra en la lengua puede usarse en todas las declinaciones.

La parte fundamental de la lengua sanscrita está dividida en 3 clases: *Dhaat*, ó raíz de verbos, que algunos llaman elementos primitivos; *Shabd*, ó nombres originales; y *Eva*, ó partículas. Las últimas son indeclinables, como en las demás lenguas; pero las palabras comprendidas en las 2 primeras clases pueden ser preparadas por ciertas adiciones é inflexiones para ajustarlas al sitio que las corresponde en la

(1) Esta es la única noticia que hallo de que fuese escultor.

composicion. Y aqui es donde el arte gramatical ha encontrado espacio para explayarse y emplear todos los poderes del refinamiento. Ni una sílaba, ni una letra se puede añadir ó alterar sino por régimen; ni la mas insignificante variacion del sentido, en la mas minuciosa subdivision de declinaciones ó conjugaciones, puede efectuarse sin la aplicacion de varias reglas; todas las diferentes formas de cada cambio de género, número, caso, persona, tenso, modo ó grado, estan metódicamente arregladas para auxilio de la memoria, con arreglo á una escala inerrable. El número de las partes radicales ó elementales es sobre 700; y á estas, como á los verbos de otras lenguas debe su origen una copiosísima familia de nombres verbales; pero el número de las últimas se cree que no esceden á las de los griegos ni en cantidad ni en variedad.

Al triple manantial de voces mencionado, se puede reducir toda palabra de origen verdaderamente indiano, por medio de un laborioso y crítico análisis. Todos aquellos términos que está enteramente probado no tener relacion con alguna de las raices sanscritas son considerados como productos de algun remoto y extraño idioma, progresivamente injeridos en el tronco principal; y se cree que juiciosas investigaciones, partiendo de este principio, pueden arrojar nueva luz sobre la primera invencion de muchas artes y ciencias, y hallar una rica mina de descubrimientos filológicos.

Las raices de la lengua sanscrita son monosilábicas; y, al contrario de lo que se observa en las lenguas semíticas, las vocales importan aquí al sentido de las radicales, que terminan en efecto, tomando en cada caso valores primitivos diferentes, ya por una consonante, ya por una vocal. Los catálogos ordinarios de las radicales sanscritas no contienen mas de 1,700 de estos elementos etimológicos de la lengua; pero de las voces simples se puede formar un número indefinido de voces compuestas.

La eufonia hace un gran papel en la formacion y cambio de las formas gramaticales; y la escritura, segun dejamos dicho, sigue y consagra las modificaciones que esta causa da á las inflexiones normales de las voces. Los gramáticos indios designan bajo los nombres de *guna* y de *vridhhi* dos grados de modificacion por alargamiento de la vocal, que se encuentran frecuentemente en los derivados, y dan el nom-

bre de *sandi* á la alteracion no menos frecuente que sufre una palabra empleada en composicion en la parte que se encuentra en contacto con el otro elemento del compuesto.

No consiste la analogia que presenta el Sanscrito con nuestras lenguas clásicas solamente en la identidad de las radicales; sino que tambien se encuentran en la estructura gramatical de las lenguas otras conexiones no menos íntimas. El Sanscrito ofrece, por ejemplo la *a* privativa, los aumentos y reduplicaciones de los griegos, los incrementos de los latinos. El Sanscrito tiene como el latin y el griego, tres géneros gramaticales, que no están mas que en estas lenguas ó en el alemán siempre en relacion con el género natural del objeto nombrado. Tiene como el griego tres números. Su declinacion ofrece ocho casos, (dos mas que en latin, el *locativo* y el *instrumental*); pero en el número dual los casos se reducen á tres. El adjetivo toma como el sustantivo las inflexiones de los casos. En el nominativo singular sus terminaciones son lo mas comunmente, como en latin y en griego, la vocal *á* para el femenino y una nasal para el neutro. La *s* es como en nuestras lenguas clásicas y en los idiomas germánicos, la final mas ordinaria del genitivo. La conjugacion presenta 6 tiempos, 6 modos y 3 voces. Entre los tiempos se cuentan en indicativo 3 presentes y 2 futuros. Los otros modos, que no tienen cada uno mas que un solo tiempo, (el presente), son el subjuntivo ú optativo, el imperativo, el precativo, el condicional y el infinitivo. La voz media de los tiempos griegos existe igualmente en Sanscrito. En el activo los verbos regulares presentan un número de conjugaciones que varia, segun los autores, de 7 á 14. El pasivo no tiene mas que una forma; pero á esta conjugacion única se deben añadir, como formas ó conjugaciones derivadas las de los verbos *causativos*, *desiderativos*, *frecuentativos*. La conjugacion no admite mas que escepcionalmente el empleo de un auxiliar, que es el verbo sustantivo *contracto*.

Aunque nuestras preposiciones sean de continuo reemplazadas en Sanscrito por las inflexiones finales de los nombres, esta lengua no es menos abundante en particulas de toda especie.

El Sanscrito abraza en su inmensa estructura todas las formas gramaticales y todas las principales raices que sirven de base á los idiomas de los pueblos mas civilizados.

FENOMENOS EXTRAORDINARIOS.



Figura del mónstro que salió de un huevo.

El mónstro que aquí se vé pintado se encontró dentro de un huevo en su parte mas central. Su cara era realmente humana, pero la cabellera horrorizaba, siendo toda de

culebras. De la barbilla salian otras tres culebras á manera de barbas. Se vió primero en Autun en casa del abogado Bancheron en ocasion de cascar su criada muchos huevos

para freirlos con manteca. Dada la clara de aquel huevo á un gato, este murió repentinamente. Por último habiendo llegado el mónstruo á las manos del Baron Senescal se le

llevó al Rey Carlos IX de Francia que á la sazón estaba en Metz.

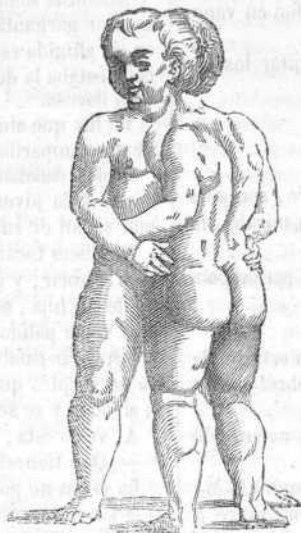


Figura de los gemelos unidos en una sola cabeza.

En el año de 1569 una mujer turonense parió dos gemelos unidos en una sola cabeza y abrazándose mutuamente.

Envióme su esqueleto Renato Ciretus famosísimo en la comarca de Tours.

UNA VIOLETA, POR DON MANUEL IBO ALFARO.

Dedicada á su querido amigo

DON BIENVENIDO V. CANO.

(Conclusion.)

Una terrible dotonacion rompió el silencio del cementerio. Una densa manga de humo se levantaba junto á una estatua de mármol blanco: un hombre vestido de negro se veía tirado en tierra junto al pié de aquella estatua; pero aquel hombre no estaba muerto; estaba luchando con las terribles angustias de la agonía.

Su rostro está pálido, sus ojos cerrados, sus labios entreabiertos: la mano derecha descansa en una violeta que lleva en el pecho, y la sangre roja brota á borbotones de su costado.

Al soltar el gatillo tembló de nuevo Alfredo, y el tiro en lugar de ir á la frente, se deslizó al costado.

Tan luego como oyeron la detonacion, los sepultureros, corrieron al lugar donde salía el humo; y al ver aquel hombre tendido, gritaron dando un paso atrás:

—¡Suicida...!

A este grito abrió Alfredo sus negros ojos, y ya encontró junto á sí al capellan del cementerio que era un anciano y venerable sacerdote.

El capellan se sentó en el poyo de cesped en que poco antes le habia estado el infeliz Alfredo; tomó al herido de los sobacos, y haciendo un grande esfuerzo logró incorporarlo.

Alfredo dejó caer con languidez la cabeza sobre el pecho del sacerdote, y el brazo derecho tendido hacía el suelo.

Su sombrero andaba rodando por la tierra; y junto al sombrero se veía la fatídica pistola.

—Hijo mio: le dijo el sacerdote en tono apostólico; ¿quieres confesar?

Alfredo abrió los ojos en ademan afirmativo.

El sacerdote hizo despejar á los sepultureros. Cuando hubieron quedado solos, volvió á decirle:

—Hijo mio; ¿crees en ese Dios Omnipotente que ha criado los cielos y la tierra?

—Si creo: murmuró el herido.

—Pues entonces, ¿porqué te has muerto?

—Por amor...

—¡Maldito amor! exclamó el sacerdote levantando los ojos al cielo.

Luego prosiguió:

—¿Y tienes alguna manda que hacerme en tu hora postrimera?

—Si señor.

—¿El qué?

—Que todo mi dinero lo repartan entre los pobres...

Alfredo no podía hablar: las ansias de la muerte apagaban su voz: la sangre de su herida corría espumosa por la sotana del buen sacerdote.

—¿Qué mas tienes que decirme? tornó á preguntarle.

—Que entregueis esta carta á quien va dirigida.

El sacerdote sacó con dificultad una carta de la faltriquera del herido.

—¿Qué mas?

Alfredo ya no podía hablar: su rostro estaba blanco como el papel.

—¿Qué mas? volvió á preguntarle el sacerdote.

—Que me entierren aquí... con el traje que llevo... y sin quitarme esta violeta.

El sacerdote le limpió el sudor frio que bañaba su frente; y conociendo que se aproximaba el último momento de aquel desgraciado; le dijo en alta voz:

—Hijo mio; ¿pides á Dios perdon de todas tus culpas?

La voz del sacerdote se tendió sublime por aquel solitario lugar.

Alfredo abrió los ojos en ademan afirmativo.

El sacerdote fijó la vista en el cielo; elevó á Dios su espíritu; y levantando la mano derecha con dignidad, hizo en

el aire la señal de la cruz sobre el cuerpo del herido. Y como si aquella cruz fuera el signo escrito por el Eterno, se estremeció el herido, hizo un leve movimiento, y dejó caer de golpe la cabeza sobre los muslos del sacerdote.

El sacerdote lo estimuló con la mano, pero fué en vano, Alfredo había muerto.

El suave vientecillo de la noche comenzó á agitar los árboles del cementerio.

III.

Eran las nueve de la noche.

Adamina y su tía estaban como de costumbre, sentadas en el balcón: pero Adamina callaba, y la tía la miraba sin atreverse á interrumpir su silencio.

En esto entró la doncella, y entregando un periódico á Adamina le dijo:

—La Esperanza.

—Se la leere á usted tía, dijo Adamina con estinguida voz; otras noches se la leía á usted Alfredo. ¡Pobre! ¿dónde estará ahora?

—No te acuerdes ya de él, le dijo la tía con acento de dolor.

—Tiene usted razón, no me pertenece; respondió la joven con amarga conformidad: mañana tal vez me uniré á otro hombre, y pasado mañana me uniré á mi madre.

Y levantó los ojos al cielo.

—¿Y abandonas á tu tía que tanto te quiere? exclamó la pobre anciana.

—¡Ay tía de mi vida! no puedo vivir sin él.

—Vaya, lee, lee el periódico hija mía, dijo la tía por distraer aquella conversacion.

—¿Qué quiere usted que lea?

—Lo de siempre, la gaceta.

La joven leyó:

BAILE: según se nos ha asegurado, el jueves próximo se celebrará un suntuoso en casa de la Marquesa de Visleflor, por haber llegado de Inglaterra su hermano el Conde de Cloustard.

—¡Ay tía mía! exclamó la niña: ¡para que me llevaría usted á casa de esa marquesa...!

—¿Cómo ha de ser hija mía! murmuró la tía con dolor.

—¿Asistirá Alfredo? preguntó Adamina.

—No te acuerdes ya de él; respondió la tía.

—Es verdad; repuso la joven, pero no puedo borrarle de mi memoria.

Después continuó leyendo:

SUICIDIO:

—Eh... no leas eso; la interrumpió la tía, me arrendran esas cosas.

Pero á pesar de lo que dijo la tía, continuó la joven leyendo:

Al entrar nuestro periódico en prensa, nos ha llegado la triste noticia de que en el cementerio de la Sacramental de San Luis, se ha pegado un pistoletazo en el pecho un óven de veinte y cuatro años: y nos cabe el doble disgusto de tener que noticiar al público que este joven era el distinguido poeta español D. Alfredo Valparaíso.

—¡Ay! exclamaron á la vez tía y sobrina lanzando un agudo chillido; y la una cayó desmayada; y la otra se arrojó delirante á socorrerla.

La desmayada era Adamina: la delirante era su tía.

Al grito agudo que ambas lanzaron, entró acelerada la doncella; al ver aquella escena desastrosa comenzó también á gritar, y á abrazarlas y á llorar, y bajaron los vecinos, y todos gritaban, y nadie se entendía, y la anciana sollozaba, y la pobre Adamina continuaba sin sentido: y de esta manera borrascosa, se deslizó un cuarto de hora.

IV.

A las diez de la noche, el aspecto de aquella humilde habitación era menos ajitado, pero más serio y melancólico.

Adamina sollozando con pena, cual si áspero dogal apretara su garganta, se veía tendida sobre un lecho de acero; su tía afligida estaba sentada á su lado: en la puerta de la alcoba estaba la doncella, también sentada en una silla, también llorosa.

La luz que alumbraba el gabinet era el triste resplandor de una lamparilla casi oculta entre dos sillas de un rincón.

Todos callaban; y en este silencio se escuchaban los sollozos de la joven, sollozos de amargura, gemidos mortales que salían de su corazón dolorido.

Entonces tocaron el cordón de la campanilla. La doncella salió á abrir, y á los cuatro segundos entraba en el gabinete de su hija, seguido de la misma doncella, D. Leopoldo; pero venía pálido, ojoso, asustado.

Sin decir palabra, sin saludar á nadie, y tal vez exhalando un suspiro que en vano tratara de reprimir, penetró en la alcoba, y se sentó junto á la cama de su hija.

Al verlo esta, comenzó á llorar de nuevo.

—¿Qué tienes? le preguntó entonces su padre.

La joven no pudo responder.

—Un nuevo disgusto, contestó la tía afligida.

Si los disgustos que te agobian, prosiguió el padre de Adamina, nacen de haberte separado de tu amante, ya pueden cesar todos, pues desde este momento estás en libertad para unirte á quien quieras.

—¿Qué dices? preguntó la vieja atónita.

—Si; prosiguió el padre, el novio que yo le tenía preparado á mi hija, acaba de pegarse un pistoletazo.

Un fuerte movimiento de sorpresa se observó en las tres mujeres.

—¿En dónde se lo ha pegado? preguntó la vieja.

—En el cementerio de la Sacramental de San Luis.

—¿Cómo se llamaba?

—Alfredo Valparaíso.

—¡Dios mío...! gritaron desesperadas las tres mujeres: y otra vez se anegaron en amargo llanto.

—¿Qué es esto? preguntó el padre asombrado.

—¡Alfredo de mi alma...! gritó desde su lecho la joven afligida; y se arrancó los cabellos á puñados.

—¿Qué es esto...? ¿qué quiere decir esto...? volvió á gritar atónito D. Leopoldo.

—Que ese mismo Alfredo que se ha suicidado, era el joven á quien amaba tu hija.

—¡Santo Dios...! exclamó D. Leopoldo pegando una patada en el suelo.

Y escondió su rostro entre las manos.

Sordos gemidos salían de aquella habitación.

Luego, levantando en alto los brazos D. Leopoldo, exclamó como un demente.

—Yo soy la causa de esta terrible catástrofe...

—Vos sois la causa de la muerte de mi Alfredo... gritó su hija desde el lecho del dolor.

—¡Perdon... hija mía! exclamó su padre cayendo de rodillas junto á la cama.

Entonces, fijando en él Adamina su lánguida mirada, le dijo con voz entera.

—Un padre nunca debe pedir perdón á su hija; ese perdón pedídselo al cielo.

—¡Perdon... Dios mío! exclamó entonces el padre, y acongojado dejó caer la frente sobre la cama.

Hubo un instante de profundo silencio; y en este silencio se dejó oír sonora la campanilla de la puerta.

La doncella salió á abrir ligera; y á los pocos momentos volvía acompañada de un sacerdote con el sombrero en la mano.

—Esa es la señorita Adamina, dijo la doncella señalando la cama.

El sacerdote hizo una modesta cortesía, y después habló así:

—Señores, el triste aspecto que reina en esta habitación, me hace conocer que no ignoran ustedes la desgracia que ha ocurrido esta tarde en el cementerio de la Sacramental de San Luis.

Adamina comenzó á llorar con desesperación.

—¿Usted tal vez la haya presenciado? dijo en tono afligido la anciana.

—Sí señora, la he presenciado.

—¿Y cómo ha sucedido ese catástrofe? cuéntelo usted por piedad.

—¿Para que quiere usted señora, oír escenas tan tristes y desagradables? releguémoslas al silencio; y bástele á usted saber que aquel infeliz mancebo que en un momento de ciego frenesí, ha atentado contra su vida; ha muerto al fin como cristiano, ha espirado entre mis brazos, y preguntándole yo si me dejaba alguna manda que cumplir; me ha contestado entre los suspiros de la muerte, que repartiera todo su dinero entre los pobres, que se le enterrara en aquel mismo sitio y sin quitarle una violeta que llevaba en un ojal del frac.

Adamina redobló su llanto al oír estas palabras.

—Y que entregase esta esquela á la señorita Adamina.

Todos se admiraron sobre manera; pero la joven lanzó un grito de terrible sorpresa; y sentándose desgreñada sobre la cama, exclamó:

—Dádmela por Dios, señor cura.

El sacerdote se la entregó. Ella la besó primero, la apretó contra su corazón, rasgó el sobre; y á la luz de una vela que acercó su tía, comenzó á leer de este modo:

Cuando leas estas letras, querida Adamina, sera cadáver tu Alfredo. Una carta de tu padre me rechaza de tu lado, y como yo no puedo ya vivir separado de ti, huyo de un mundo en que todo me es odioso. Tu vice feliz, hija mía, en el mundo en que te dejo, y cuando vayas á casa de la marquesa de Visteflor, y aquellas coquetas que me insultaban, hablen de mí; diles que el poeta sabía amar, porque ha sellado el amor con su propia sangre. A Dios Adamina; una lágrima... solo una lágrima de cariño implora de ti, en el último momento de su vida, tu apasionado ALFREDO.

La impresión que en aquella familia produjera la lectura de esta esquela, se deja conocer fácilmente, por lo cual omitimos tan lamentable descripción.

Pasados dos minutos exclamó el padre de Adamina con acento desgarrador.

—Yo he labrado para siempre la desgracia de mi hija; ¡Dios mío! ¿cómo me haré merecedor á su perdón!

—Otorgándome un favor. Respondió la joven con lánguida voz, pero sin verter una lágrima.

—¿Cuál? preguntó su padre convulso.

—Permitirme entrar mañana mismo, en el convento de las monjas del Carmen descalzas.

—Y me abandonas á mí, ¡hija mía! gritó afligida su anciana tía.

—Sí, Adamina, vete á un convento; repuso su padre conmovido hasta el corazón, huye de este padre que te ha asesinado; yo no soy digno de vivir mas contigo...!

—Profundos sollozos y suspiros, sucedieron en aquel gabinete á la exclamación del padre.

Después dijo Adamina con melancólica voz, rompiendo el silencio en que todos yacían.

—Señor cura.

—Que quiere usted hija mía, respondió el sacerdote.

—Que puesto que me retiro del mundo mañana; justo es que hoy escuche usted también mi última voluntad.

La tía se deshacía en llanto; el padre permanecía con la cabeza baja y los brazos cruzados.

—¿Qué ordena usted hija al abandonar el mundo? repuso el sacerdote.

—Que yo deseo espirar en los mismos brazos en que espiró mi Alfredo; que cuando dé usted tierra á su cadáver, le diga usted en mi nombre *Adamina te amó*; que cuando yo me muera me entierren ustedes junto á él; y puesto que él ha pedido como me ofreció la noche en que lo conocí, que lo entierren con la violeta que yo le entregué aquella misma noche; yo le suplico á usted que me entierren á mi también, con esta carta que me envía él al tiempo de morir, cuya carta será mi único consuelo en la austera celda donde voy á entrar.

—Todo se cumplirá como usted desea cuando llegue ese caso. Repuso el sacerdote.

Y después dirigiendo una mirada escuadrinadora en torno suyo, prosiguió:

—Señores, puesto que el dolor ha sembrado la discordia en esta casa, aunque por breves momentos; justo es que antes de despedirnos, invoquemos el perdón del cielo.

A esta palabra del sacerdote se arrodilló la primera Adamina sobre la cama; cruzó las manos é inclinó la frente. Se arrodillaron en el suelo su padre, su tía y la doncella; y puesto de pie el sacerdote en medio de todos; exclamó con voz conmovida.

—¡Señor... caiga vuestro perdón sobre esta desgraciada familia..!

Y lleno de magestad hizo en el aire la señal de la cruz.

El sacerdote salió del gabinete y un profundo silencio se apoderó de aquella estancia.

CONCLUSION.

Junto á uno de los ángulos del cementerio de la Sacramental de San Luis, al pie de una estatua de mármol blanco y en medio de una plazuela irregular que formaba un cerco de copudos rosales, se veía la tierra removida como de haber aprovechado aquel solitario recinto para sepultura; y en el centro de aquella humilde sepultura, nacía una fresca mata de violetas moradas.

En efecto, aquel era el lugar en que estaba enterrado Alfredo.

Muchas personas de Madrid y casi todos los habitantes de Chamberí acudían todas las mañanas á contemplar aquella violeta. De ella referían mil cuentos mas ó menos supersticiosos; pero lo cierto es que cada día se desplegaba mas fragante y robusta la misteriosa violeta.

A los quince días justos de haber brotado de la tierra esta violeta, espiró en calidad de justa una joven monja en el convento de las descalzas del Carmen. Esta joven era Adamina que fue enterrada dentro del mismo vallado de rosales, y pegada á la sepultura de su desgraciado amante.

Allá duermen los dos; id jóvenes que me escucháis, id á visitar sus sepuleros, y aprended á amar.

De don Leopoldo, de doña Adela y de la doncella no sabemos nada.

Al día siguiente de dar sepultura á Adamina acudía multitud de gente á ver si encontraban algo de nuevo en sus sepulturas; y en efecto encontraron que la fragante y fresca mata de violetas se había marchitado.

A todas horas del día se encontraban por entonces hermosas jóvenes de la corte y de Chamberí, orando arrodilladas junto aquellas misteriosas sepulturas.

Esta es queridas lectoras, la historia de una violeta que os ofrecí referir: si he sido pesado en la narración, dispensad á vuestro S. S. Q. B. V. P.

MANUEL IBO ALFARO.

AMOR DEL CIELO.

¿A dónde te remontas alma mía?
¿Qué agitacion es esta? ¿qué locura?
¿Es amor por ventura?
No sé si amor será: pero es María.
Y si es María, que es amor recelo;
Y siendo suyo debe ser del cielo.

Hay otros mil amores
De las ninfas nacidas,
Que del aire y la tierra moradores,
Roban el alma, abrasan los sentidos.
Mas el amor, que en el empíreo habita.
Bellas almas herir tan solo anhela,
Y aunque la dulce libertad les quita,
Con místico deleite las consuela.

Por este amor te quiero,
Y por tu amor me muero;
Y con tan grata muerte
Nunca osaré quejarme de la suerte.
Ni de este amor se queje tu marido,
Aunque en tu alcoba le sorprenda, y mire
Cual pajarillo revolando en torno:
Aunque le halle escondido
Entre las flores de tu huerto adorno,
Cuando en tu huerto por la noche gire.

Amor tan pudoroso, tan bonito,
Tan inocente y blando,
Daré á tu esposo mas placer que susto,
A tí tambien te agradará infinito:
Porque este amor que sabe amar callando,
Ni pide, ni da celos, ni disgusto.
Rápidas alas lleva,
Sin que á otra parte que hacia tí las mueva.
Mayor delicadeza no atesora
El amor del cantar de los cantares,
Hasta en el cielo desterrado llora,
Es, por su candidez como de nieve;
Por su ardor, es de fuego:
Y si en tu seno á reposar se atreve,
Como es tan limpio, y leve,
Ni le mancha, ni turba tu sosiego.

EL ULTIMO BENI-OMEYA.

LEYENDA MORISCA,

POR DON VENTURA GARCIA ESCOBAR.

DOLENCIAS DEL CORAZON.

Pálida, doliente y débil
está le cándida Djida,
tibia la luz de sus ojos,
sin cármin en sus mejillas,
en las soledades llora,
ante las gentes suspira.—

Misteriosas emociones
su corazon volcanizan;
vibra su espíritu ardiente.
cual harpa del viento herida
un ¡ay! la turba el sentido,
una cancion la aniquila.

En vano sabios doctores

cabe su lecho vigilan,
y de su arte oscuro en vano
los tesoros la prodigan.

Cual una flor, que á la aurora
dió la primera sonrisa,
y que al caer de la tarde
sobre su tallo se inclina,
sin matices, sin perfumes,
pura, inocente, marchita,

Porque un gusano implacable
mordió su córola limpia,
una por una soltando
las hojas descoloridas,
de su beldad pobres restos,
bellas memorias de un día;

Asi de un mal misterioso
presa la cándida niña,
enloquece á los doctores,
á la ciencia esteriliza,
y consume poco á poco
al son del llanto su vida.

Nadie, lo que tiene, sabe,
todos piérdense en su cuita,
y todos lloran!... Tan solo
ella con calma dulcísima
lleva al corazon la mano,
y dice ¡aquí está!.. y suspira.

Otras veces en vago éxtasis
absorta su fantasía,
deja escapar de su pecho
palabras de voz suavísima
y sonos, que al alma hieren,
y ayes que el corazon vibra.

Hay momentos que en el éter
sus ojos célicos fija;
y dibujando en sus lábios
ténue y doliente sonrisa,
parece que intenta en alas
volar de la fantasía
hacia una vision suprema,
que el Eden claro la brinda.

Y entretanto que sus deudos
cabe su lecho suspiran,
que enloquecen los doctores,
y que nadie da en su cuita,
la luz de aquella existencia
cual santa antorcha tranquila,
al compás de sus dolores
se estingue dia por dia;
sobre el corazon la mano,
la vista en el cielo fija,
cual flor á la aurora abierta
que, al caer el sol; espira.

¿Por qué así?.. ¿quién á la hermosa
causó la incógnita herida?

¡Ay!.. Murió el bueno de Zaide,
(segun la voz lo publica
de sus llorones guerreros,
en los campos de Castilla),
y sin Zayde, ya no puede
vivir la cándida Djida.

Director y propietario, D. MANUEL DE ASSAS.

Redaccion y Administracion, calle de Vergara, 4, principal izquierda.

Madrid.—Imprenta á cargo de JOAQUIN RENE,

calle de la Union, 3, bajo.



EL AGUINALDO.

Ahi tienen nuestros lectores copiada del natural esa coleccion de cobradores de la contribucion *indirecta*, llamado *aguinaldo*, á los que será muy facil reconocer por sus respectivos atributos.

Cada vez que transcurridos 365 dias aparece el 24 de Diciembre, vense renovar estas mismas escenas, con la misma intencion y por los mismos individuos.

Instalados nosotros en el cuarto de enfrente al en que vive nuestro buen amigo D. Onofre, objeto en el momento á quien se dirigen tan benévolas atenciones, nos permitiremos escuchar cuanto á este matutino coloquio concierne: ocupa el primer lugar el cartero que modestamente llama á la puerta y entrega su billetito concebido en estos términos:

Ninguno se afana tanto,
Nadie te sirve mejor
Con agua, nieve ó calor
Para evitarte un quebranto:
Con el alba me levanto,
Siempre voy pensando en tí,
Todo el año estoy así,
Te visito con frecuencia,
Y el darte correspondencia
Es un placer para mí.

Si de mi servicio estas
Como creo satisfecho,
Y has visto que en tu provecho
Yo no he podido hacer mas;
Las albricias me darás
Que es hoy lo que solicito,
Las Pascuas te felicito;

Recíbelas en buen hora,
Y por siempre desde ahora
Tu servidor me repito.

EL CARTERO.

D. Onofre lee la felicitacion con mucha calma y alargando á la muchacha una moneda, aquella la entrega al espendedor del correo, que alegre baja la escalera: tras este sube el *mozo de la compra* y felicita verbalmente porque, no solamente no tiene quien le componga una mala redondilla, si no es porque su caudal no le permite estenderse (aunque poco cueste) á gastos de impresiones ni papel. Sigue el *sereno del barrio* y casi puede decirse que es el que con mas justicia pide: tambien va provisto de su papelito impreso, el que poco mas ó menos principia así:

Yo que por tí me desvelo
Y apenas el gallo canta
Dejo el calor de mi manta
Por la crudeza del hielo, etc., etc.

EL SERENO.

ambien nuestro buen amigo gratifica al sereno porque como dice él «al fin es uno de los que mejor lo ganan» pero no lo hace sin maldecir interiormente los aguinaldos y á quien los inventara: vuelve á sonar la campanilla presentándose á la puerta la *lavandera*, tras esta los *barrereros*, el *aguador*, el *repartidor del Semanario*; ¡hola! el repartidor del SEMANARIO! dice admirado D. Onofre; ¿tambien traerá versitos, eh? Si señor; contesta la Maritornes, vea usted.

Deja ya la blanda cama,
Señor suscriptor, despierta
Y oye á un triste que á tu puerta
Semanariamente llama;
La brisa del Guadarrama
Le regala sus primicias,
Mas tan pérdidas caricias
Resistiendo con valor,
A ley de buen suscriptor
Hoy llega á pedirte ALBRICIAS.

EL REPARTIDOR DEL SEMANARIO.

A este sigue el portero, el repartidor del Diario, el fru-
tero, el vinatero, el...

Cansado D. Onofre de tanta socaliña, coge su sombrero y
oímos que amostazado y cansado de tanto abrir y cerrar su
gabeta le dice á su amable y obesa esposa:

Si vinieran los demonios
Y preguntaran por mí,
Diles... que no estoy en casa:
Que se te lleven á ti.

¿Y adónde se dirigirá nuestro hombre que no le aburra
el zumbido de los rabeles, el ruido de las panderetas, el
chirrido de las chicharras, el zurreo de los tambores y las
voces atronadoras de cientos de vendedores? En la peluque-
ría entra: pero ¡oh fatalidad! la inevitable cestita suspendi-
da del techo, adornada de lazos y cintas, es lo primero que
se ofrece á su vista: aquella cestita maliciosa se estaba me-
diendo irónicamente y aun cuando nada decía, decía mucho;
estaba insultando el bolsillo de D. Onofre, y este á fuer de
caballero, tuvo que meter en él la mano y depositar en
aquella (no sin maldecirla en silencio) los últimos cuatro
reales que llevaba encima...

Por fin despues de recibir los cumplimientos de aquellos
muchachos con quienes su cabeza se halla en relacion todo
el año, vuelve á su casa donde á la puerta encuentra un ga-
ñan de Fuencarral que le trae dos descarnados pollos y una
cestita de tortas amasadas con agua-miel, obsequio que
tiene que devolver con usura al cariño de sus parientes. Don
Onofre sube á la cocina instigado por el olorcillo seductor
que sale de su fogon y espera desechar el mal humor recon-
ciliándose con la inevitable sopa de almenôra, pero jura
tambien no volver á dar mas aguinaldos... *hasta el año que
viene.*

JULIO ALVAREZ Y ADÉ.

SOBRE LA POESIA ORIENTAL.

III.

La poesia de los árabes es mas variada, sublime y magní-
fica, puesto que ha tomado sus imágenes de la vida pasto-
ril, errante y guerrera del desierto, de las palmeras, los
oasis, y de una naturaleza, en fin, en partes amena, risueña
y florida, y en partes árida, triste y salvaje, que tales con-
trastes presenta su áspero *Hicház* (1) y su delicioso *Ye-
men* (2). Los árabes es la nacion, á quien la naturaleza ha
concedido con mano mas liberal el talento poético y que con
mayor afan se ha consagrado á su estudio. En sus tiempos
mas antiguos, mientras vagaban por sus patrias soledades,
divididos en pequeñas tribus, y sin nacionalidad ni leyes,
ya tenian un templo dedicado á la poesia y una palestra para
competir en certámenes de ingenio. El templo era la Ca-
ba (3) ó casa santa de la Mecca, donde exponian escritos en
letras de oro los poemas que se consideraban dignos de este

honor. La palestra era el *suc* ó plaza de Ocatd, (1) donde
se juntaban todos los años los árabes para recitar sus poe-
mas en gloriosa competencia, obteniendo los que alcanzaban
el triunfo en estas lides liberales, premios y distinguidos ho-
nores. Ademas el ingenio para la poesia se contaba por los
árabes del desierto entre las prendas que se requerian en un
hombre para que mereciese la calificacion de perfecto (*Cá-
mel*). Un antiguo escritor árabe dice á este propósito: «En
los tiempos del paganismo dábase el dictado de varon per-
fecto al que reunia en sí las cualidades de poeta, guerrero,
escritor, nadador y tirador.» A la poesia deben los árabes
la conservacion de su lengua, por haber consignado en ella
desde la edad mas remota sus historias, genealogías y cuan-
tos conocimientos por entonces alcanzaban. Para ofrecer
una idea de la poesia de los árabes, la mas exacta y cabal
que nos permiten los breves límites de estos artículos, vamos
á presentar en sucesivo exámen las imágenes peculiares de
ella y que la distinguen de la cultivada por otros pueblos y
naciones.

Las nubes: para los árabes moradores de un pais tan
abrasado y ardiente, nada hay mas poético que las nubes y
su rocío, los arroyos y fuentes, los prados y los sombreros
bosques.

Un poeta árabe canta en estos versos los amores de la
nube y la pradera:

«La nube llega sobre los prados, que llenos de angustia
se lamentaban por su ausencia.»

«La nube se acerca, los besa y llorando con ternura, der-
rama sobre ellos el rocío bienhechor. Y los prados sonrien
de júbilo por la vuelta de su amada.»

En sus poesias fúnebres suelen arengar los árabes á los
sepulcros por esta manera:

«Bañente con su rocío, riego sobre riego, las nubes de
la mañana.»

En el sepulcro del Rey de Granada *Abulhechág Yu-
suf* (2) se lee una inscripcion en verso que comienza:

«El abundante rocío de las nubes humedezca la tierra de
este sepulcro.»

La aurora es otra imagen de las mas favoritas para los
árabes, puesto que nada mas bello para aquellos naturales
que la aparicion de la aurora contemplada desde sus adua-
res y tiendas en el desierto. En ella hallan los árabes la imá-
gen de una hermosa cuando descubre su rostro, apartando
el velo ó la espesa y negra cabellera que la envolvía, como
en estos versos:

«El brillante resplandor de la aurora aparece por la parte
del valle: acaso *Leila* aparta los velos que cubrian su sem-
blante.»

¿Quién formó las sombras de la noche del negro de sus
cabellos, y de la luz de su frente el resplandeciente brillo
con que aparece la aurora?

«Cual nace la aurora de la oscura noche, tal asoma tu
frente á través de tu negra cabellera.»

La luna llena, porque alumbraba sus zambros y confe-
rencias nocturnas á las puertas de sus tiendas (3), es otra
de las imágenes que mas prodigan los árabes en poesia,
aplicándola á muy diversos objetos, como se ve en los si-
guientes fragmentos:

«Yo ví á dos jóvenes beldades que yacían dormidas sobre
la tierra.

(1) *Ocatd*: poblacion de la Arabia en la jurisdicción de la Mecca, cé-
lebre por las ferias anuales y mas por los certámenes poéticos que en ella
celebraban los antiguos árabes por la luna nueva del mes de Dzulecda: Ma-
homa suprimió estas justas literarias.

(2) El Rey *Abulhechág Yussuf* murió el año 820 de la hégira, y su se-
pulcro, á que aludimos, se halla en la Alhambra de Granada.

(3) Tal es la significacion que tiene en árabe el verbo *sámara*, de don-
de se deriva la palabra *zambora*.

(1) *Hicház*: Arabia petrea.

(2) *Yemen*: Arabia Feliz.

(3) Llamóse así este famoso templo por su forma cuadrada, que esto
significa en árabe la voz *Caba*.

«Eran dos soles de la mañana, dos lunas de la negra noche, dos gacelas de la soledad, dos imágenes de la hermosura.

«Tenia dientes brillantísimos que resplandecían como la luna nueva.»

De un corcel:

«Es negro, pero manchado de blanco en la frente y en los pies:

«Es como una noche del invierno en que brilla la luna llena rodeada de luceros.»

Imágen exajerada pero muy conforme al génio de la poesía árabe.

La flor del granado, que los orientales llaman *gullanar* (rosa de fuego); por su bellissimo color de púrpura, inspira á un poeta árabe esta hermosa imágen.

«El agua del arroyo se ruborizó de vergüenza, porque la miró la flor del granado.»

El *ban*, arbusto de ramas esbeltas y flexibles, la *gacela*, la *palma*, la *violeta* el *céfiro*, los *arroyos*, el *leon*, la *espada*, prestan á la poesía árabe imágenes bellísimas, como en los fragmentos que traducimos á continuación tomados de varios de sus mas notables poemas.

Del poema histórico caballeresco de *Antara*. (1)

«Abla es la gacela que caza al leon con sus ojos enfermos de amor, pero puros.

«Antara es el caballero de los caballeros, el leon de la selva cuando batalla; mas copiosa como el mar es su indulgencia.

«Y nosotras (2) somos flores fragantes, con el hálito de las violetas y de la planta del alcanfor.

«Y Abla entre nosotras como una rama del ban, sobre la cual se alza la luna ó el sol de la mañana.»

De otros poemas:

«Cuando desata los rizos de su negra cabellera, la mañana mas clara se torna en oscura noche.

«Mas si descubre en la oscuridad su semblante, la claridad que derrama ilumina el mundo del Oriente al Occidente.

«El aura de la mañana exhala el olor del ambar; acaso el el aliento de mi amada que discurre por la pradera.»

«Vi en el huerto una violeta, cuyas hojas brillaban con el rocío.

«Era semejante aquella flor á la doncella de ojos azules, cuyos párpados están bañados en lágrimas.»

«Brilló su rostro como la luna, movióse cual la rama del ban, y fue su olor el de ámbur y su tierna mirada la de la gacela.

«El cuello de *Fathima* se muestra erguido con gracia como el de la gacela; pero le vence en el adorno de sus atractivos.

«Su copiosa y negra cabellera se derrama cubriendo sus espaldas, como cubren el tronco de la palmera sus ramas cargadas de espesos racimos (3).»

Sobre un verjel.

«Las rosas crecen entre el follaje como se extiende el rubor sobre las mejillas de una vírgen.

«Y el agua se desliza sobre el césped que cubre el suelo,

como el letargo del sueño sobre los ojos del que se adormece.»

De un *batel*.

«Contempla ese batel; su vista arrebatará tus ojos. Emulo del rayo corre sobre las olas.

«Diríase que es un ave, que acosada de la sed, se ha precipitado en las aguas.»

Sobre un *canal*.

«Su cristalino cauce es como el acero de una espada bruñida y luciente, solo que en vez de pavor da gozo al que le contempla.»

Al *céfiro*: así le introduce hablando un poeta oriental:

«Yo soy quien hago llegar á sazón las mieses; por mí ostentan su hermosura las flores, y corren suavemente los arroyos y se fecundan los árboles.

«Y se comunican sus secretos los amantes. Anuncio al amanecer la visita del amigo; soy el mensajero del amor, y llevo el deleite y el bienestar á cuantos lloran y sufren.»

Y es muy comun entre los poetas árabes arengar al *céfiro* de esta suerte:

«Oh *céfiro*, si acertares á pasar por la mansion de mi adorada, tráeme el aroma de sus suaves rizos y sus palabras de amor.»

De lo dicho puede concluirse que en la poesía de los orientales sobresale el género descriptivo, y que ella es por excelencia alegórica y de imágenes. La expresion del pensamiento, que es casi siempre figurada é hiperbólica, suele ser fuente de grandes bellezas, cuando no la deslucen la afectación y la oscuridad, cosa no rara por cierto, como se ha podido notar en las muestras de poesía oriental que hemos presentado. Son de notar asimismo la prodigalidad de los adornos, la frescura y brillantez del colorido, lo vigoroso de las pinceladas, la variedad y feliz combinacion de las tintas, y en fin, toda la lozanía y riqueza de invencion que reluce en aquellos cuadros. Por lo demas, ni por nuestros gustos, ni por nuestros preceptos literarios, podemos juzgar de la poesía de unos pueblos que tienen su gusto y sus reglas particulares y distintas, sino que prescindiendo de nuestras teorías y opiniones en tal punto, nos será forzoso el admirar en ella cualidades y caracteres de atractivo y hermosura, que nada pierden de su valor en sernos desconocidos, y por ignorados, misteriosos.

F. JAVIER SIMÓNET.

DE LA GUERRA DE DURANGO CON EL LINAJE DE ZALDIVAR.

A grandes rasgos vamos á trazar una de las mas importantes cuestiones, quizá la mas notable, de las guerras de los bandos y familias en Vizcaya. El gran número de víctimas, el aniquilamiento de una de las mas temibles casas, y la traicion y terror del gefe de otra, son las interesantes circunstancias que concurren á dar una gran importancia á este hecho histórico. La insuficiencia de las crónicas que existen, la incuria de los encargados de los archivos municipales, los límites de un artículo, y nuestras menguadas fuerzas, nos impiden tratarla de la manera que deseamos. Mas si nuestro trabajo no tienen ningun mérito literario ni histórico, es al menos la fiel expresion de los deseos que animan al vizcaíno que lo escribe.

Días de luto y consternacion habia proporcionado á la villa de Durango el inquieto y revoltoso caballero Fernando de Zaldivar, antes de proporcionarle los que nos proponemos trazar, pero si todos tienen hechos dignos de estudios de narracion, ninguno como el que nos proponemos dar á conocer á nuestros lectores: la muerte del causador, y de muchos de sus auxiliares son los resultados de esta última ten-

(1) *Antara* *ebn Xedda* el Absita, célebre poeta y guerrero de la antigüedad árabe, personificación inmortal del espíritu caballeresco y de la afición á la poesía y las armas de los hijos de esta nacion.

(2) El poeta introduce hablando á las esclavas de Abla la amante de Antara.

(3) Versos de *Amrula* en su *Mosallaa*: *Fathima* era la amante de aquel famoso poeta.

tativa contra el reposo de tranquilos ciudadanos. El año 1468 Zaldívar cansado de la inacción de algunos años, declaró la guerra á la villa de Durango; arrastrando tras sí al caballero Pero Ruiz de Ibarra que vivía y tenía una torre en las inmediaciones de Elorrio. Pronto se decidieron los principales caudillos de Vizcaya por estas banderías; juntándose Juan Alonso de Mujica, señor de Aramayona, á los rebeldes Zaldívar é Ibarra; y su rival Pedro de Avendaño á las villas amenazadas. 1200 infantes y 150 ginetes de caballería del conde de Salinas, presentó Avendaño en Elorrio, dejándolos bajo la conducta de su hijo, Juan, Juan Briviesca y otros capitanes de la casa de Haro; colocándose él en la villa de Durango. La primera operación del esforzado Juan de Avendaño fue poner cerco á la torre de Ibarra, guarnecida solamente de 150 hombres, gente insuficiente para defenderla largo tiempo. Mujica que vió el aprieto en que se encontraba su aliado, amenazado por buena y decidida gente, con magníficas lombardas de batir, pidió al Marqués de Santillana 60 caballos, que bajo las órdenes de Juan de Leiva y Lope Hurtado de Salcedo fueron puestos á su disposición: *Caballeros fueron estos, los primeros que pisaron la tierra de Vizcaya, y esto para grande mal suyo.* Pero estos socorros eran insuficientes, la situación de Ibarra no mejoraba, y si cada día era mas desesperada, por lo cual Mujica llamó en su ayuda á los Salazares, los que no obstante la maldición que recibieron de su padre, por ir á talar las tierras de su aliado Avendaño, se adelantaron con 300 de sus parciales hasta cerca de Durango donde se reunió un ejército de 4000 hombres y 80 caballos, y gruesas lombardas traídas de tierra de Santander por el infatigable y enconado Mujica, que á todo se arriesgaba por herir á su poderoso rival. En frente de Durango desecharon las proposiciones de paz que les hizo el Corregidor Juan García de Santo Domingo, y dispusieron á atacar á la villa de Elorrio de la cual habían ya salido algunas gentes á escaramuzar. Los hijos de Lope García de Salazar, Fortun Gomez y Ochoa Gomez eran los encargados de asentar las lombardas, para cuya operación adelantáronse con 600 hombres de Butron. Apenas habían comenzado á sentar sus reales y establecer las baterías, la gente que había quedado atras con el Juan Alonso, no se sabe si por traición ó por uno de esos incomprensibles misterios de la Providencia, empezó á huir, al decir de Lope de Salazar, «desarrancadamente» arrojando los paveses en tierra mas de 3000. Esta huida sin motivo, sin temor de ningún enemigo, ha permanecido hasta ahora envuelta en el misterio, aunque nosotros nos inclinamos á creer fuese una traición. Lo cierto es que apercibidos los de la villa del desorden de los enemigos, salieron precipitadamente y cargando de improviso sobre los pocos que en el campo quedaban, mataron á Gonzalo de Salazar, Fortun Gomez de Butron, Ochoa Abad, Juan de Butron hermanos bastardos; á Juan Alonso Ochoa de Butron nieto de Ochoa, y Gonzalo Gomez, siendo herido en la cara Gonzalo de Salazar el mas valiente entre tantos valientes; tiró el pavés, sacó la espada y sostuvo un reñido combate con varios, matando el caballo de Juan de Avendaño que de Elorrio había salido, é hirieron al mismo, hasta que al fin tuvo que rendirse al número cayendo muerto gloriosamente, y á su lado Pedro de Salazar de Montaña, Men Sanchez de Bañares y Ochoa de Loizaga; siendo presos Juan de Salazar, su hermano, con siete heridas, y Ochoa de Salazar los cuales siendo llevados por dos hombres por espresa orden de Avendaño fueron, según se asegura, muertos en las puertas de la villa. De la gente de tropa tuvieron doscientos muertos, huyendo los demas desordenadamente por la cuesta arriba; de los cuales muchos murieron ahogados por la sed y el cansancio, y entre ellos Fernando de Salazar, Rodrigo de Achurriaga y Pedro de la Bárcena, con mas 45 hombres, parte de ellos heridos. Entre los de Butron y de Mujica

contábase entre otros á Gonzalo de Guecho, Juan de San Juan, bastardo de Butron, Ochoa de Unzueta y otros varios. Tambien fué herido en las piernas de dos saetas el caudillo Juan Alonso de Mujica. El triunfo ocasionó la toma de la torre de Ibarra, Ermua y sus tierras. Pocos dias despues murió junto á Durango Fernando de Zaldívar, y tambien su aliado Diego de Basurto con gran contentamiento de los vecinos y naturales de la villa. Lo que la crónica no nos dice, es que fué de Ibarra. Probablemente arrastraría una vida penosa. Un año despues el conde de Haro desterró de las tierras de Vizcaya á Avendaño y Mujica, los cuales dos años mas tarde debieran combatir en Munguia en su contra. He aquí en dos palabras un hecho notable de la historia de Vizcaya, y que da á conocer el carácter de los caballeros vizcainos de la Edad media.

C. DE V.

EL CATILLO DE FUENSALDAÑA.

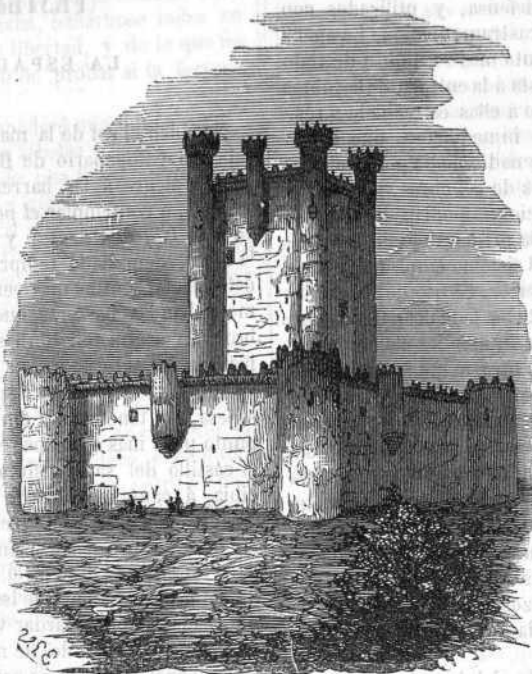
«De la pompa feudal resto desnudo,
Sin árboles, sin aguas, sin alfombra,
Hoy no cobija su recinto mudo
Mas que silencio, soledad y sombra.»
ZORRILLA.

El castillo de Fuensaldaña constituye una de esas añejas páginas, que escribiera el génio de las batallas, y que desahía aun la huella de los tiempos y el olvido de los hombres.

Situada la poblacion en la cuenca de un vallecito, rodeado de pequeñas colinas, levanta por la parte meridional su mole la poderosa fortaleza, dominando todas las alturas del confin. Alzada sobre un plano cuadrangular, ofrece desde luego á la vista dos órdenes de fortificación, en toda la escala que permitia el arte á la fecha de su fábrica. Consiste el exterior en un robustísimo murallaje, de cuatro frentes, con 90 pies de línea, resaltado en los ángulos por macizas torres redondas, y en las casas por elegantes linternas, con objeto de barrear los lienzo y los fosos, á cuyo fin conducen asimismo varias troneras abiertas en la parte baja de los cubos, sobre las paralelas de las obras externas. Corona vistosamente este muro, una hilera de fuertes matacanes cerrados, sobre la que monta el parapeto, intercalado de troneras para artillería menor, y sobrepuesto del competente almenage. Una y otra línea se hallan guarnecidas de ladroneras, para espingardaría gruesa, que protegiere ademas á la gente encargada de servir los falconetes y pasavolantes aparejados sobre las esplanadas del murallón.

La entrada al interior de la fortaleza, está construida en el lienzo N. del recinto exterior, con bien entendidas condiciones de defensa. Consiste en un arco apuntado, y blasonado con grande escudo de armas, abierto en el fondo del doble ángulo entrante, que allí forma con el muro el resalto de la torre principal, estando ademas fortalecida con los dos tambores, que en aquel punto tienen las obras exteriores la base geométrica de la posicion. De modo que, avanzándose mucho sobre el trayecto de la avenida las curvas salientes de los baluartes contiguos, el acceso quedaba reducido á un tránsito angosto y aventurado, que defendían á mayor abundamiento con sus tiros verticales los almenages y plataformas.

Este postigo desemboca sobre la plaza de armas, que en forma de cuadrángulo, hace 100 pies de estension. En lo antiguo se hallaban construidos aquí los cuarteles y piezas de servicio para la gente de armas, según los signos de construcción que se notan en las paredes, y que marcan perfectamente los pisos, las habitaciones y demas trazas del edificio. Ahora no existe ninguna de esas piezas que sin duda ocupaban tres frentes de la placeta, y desde las cuales se subía al glacis de la muralla. En cada ángulo de este patio hay una casa-mata, construida en el cuerpo de los cubos exteriores, abovedada de sillería y perfectamente acondicio-



Castillo de Fuensaldaña.

nada para los puestos y vigilantes interiores de la plaza.

La torre se levanta en el centro de la cortina del norte, y hace el segundo centro de la fortificación. Arrogante y poderosa en su perspectiva, robusta y fortísima en sus condiciones de fabricación, superior y de todo punto inexpugnable á los esfuerzos del arma blanca, nada debía dejar en sus tiempos que desear al arte de la guerra. Frente á su cara interior, y como á doce pies de distancia, álzase sobre la plaza de armas una caponera, en forma de machon cuadrangular, que da subida á la puerta de la torre, colocada á respetable altura, por medio de una escalera de anillo, tan angosta y revuelta, que casi hace un hombre de frente, y que imposibilita el manejo de las armas. Sobre la meseta de este pilastron caía el puente volante, largo de 18 pies, por lo menos, que daba paso al postigo de las obras interiores; y que, una vez alzado, dejaba cortada la comunicación entre la torre y la caponera, impidiendo el acceso del enemigo. Dos poternas en arco hemisférico, con sus compuertas internas, servían para dar ingreso al cuerpo principal de la fortaleza.

Consta este de un salon bajo, y sobre él dos pisos muy elevados, con grandes estancias, cubiertas por bóveda de sillarejo. Además tiene otro departamento, subterráneo, llamado los calabozos, donde existen recias argollas de fierro suspendidas de la techumbre, y en el fondo del pavimento ciertos silos, de formas moriscas. Todo esto indica, que efectivamente esas piezas tenían el destino de prisiones; aunque pudieran también valer para almacenes de vituallas y menesteres de guerra. Por una larguísima escalera de caracol se asciende á los terraplenes de la torre, coronada de elegantes adarbes, sobre andenes corridos, que vuelan por cima de canes abiertos, para la defensa vertical de los frentes rectos del torreón. Guarnecen además el coronamiento cuatro cilindros angulares que arrancan desde la planta del alzado, y dominan la altura de las plataformas; como igualmente dos atalayeras circulares, montadas en los centros longitudinales del cuadrilátero. Todas estas obras altas se hallan rematadas por almenages idénticos en trazas y condiciones á los de las azoteas laterales de la torre.—

Apreciando ahora por las formas materiales las cualida-

des militares de este punto fuerte, parece que el pensamiento dominante en su construcción fue impedir el embate de las fuerzas expugnadoras en grandes porciones, y reducir su acción al mínimum del esfuerzo individual. Esta idea bien concebida y mejor organizada se percibe claramente en todos los pormenores de las obras. Aquellos postigos tan reducidos y escasos, aquellas escaleras tan estrechas y difíciles, aquellas vueltas y recodos en los puntos de tránsito y acceso, todo manifiesta con evidente precisión el intento fundamental de imposibilitar el rebato simultáneo, y de inutilizar las masas del sitiador, no dándolas terreno en que operar de consuno.

Este sistema tenía conocidas y poderosas ventajas. Permitía, en primer lugar, sostener el puesto con un corto presidio, economizar los servicios de la guarnición, y dar la grande preponderancia en la pelea. Pues teniendo el enemigo que penetrar á la desfilada por los ingresos de las obras, con un hombre por frente, no podía emplear esfuerzos colectivos en el ataque, ni utilizar en conjunto sus medios de acción, ni casi hacer uso de las armas en tan apocados é incómodos pasajes. Así es, que unos pocos combatientes, colocados en las escalinatas, en los postigos, en cualquiera de esos tránsitos podían dar cara casi impunemente á mucho número de adversarios; que, empuquetados en tales angosturas, debían ser batidos hombre por hombre, y sobre seguro. Este método en suma, reduce la expugnación á un combate parcial, á una lucha en detalle cuya superioridad estaba toda de parte de los sitiados. Pues por mucha cantidad de adversarios que diese sobre los puestos, nunca podía pelear mas del que iba á la cabeza de las hileras de desfilada, puesto que las proporciones de aquella no permitían mayor frente de combate. Y tenían que ser vencidos uno á uno, sin poder los demas prestarse mutuos auxilios, ni avanzar un paso contra los defensores. Nada mas fácil, por otra parte en una situación crítica, que obstruir el exiguo trayecto de tales avenidas con cualquier obstáculo material; y aun sin medios artificiales, los mismos enemigos muertos por los encastillados pudieran muy bien cerrar el avance á los demas de la acometida, y hacer inacesible la posición.

Así en eso como en todo lo demás están muy bien comprendidas las necesidades de la defensa, y utilizados con mucho ingenio los recursos de la castramentación. La apertura de la puerta exterior es el punto mas recóndito de todo el perímetro, y en direccion opuesta á la entrada de las obras interiores del homenaje; el acceso á ellas estrechado y resguardado por los baluartes de la inmediación, que hacen inabordable aquel tránsito, donde nadie podía poner el pie, sin ser desecho por los proyectiles de las obras volantes, y donde por lo reducido del espacio no podian desplegarse abundantes fuerzas, demuestra á la primera ojeada la inteligencia del constructor, y revela el sistema empleado y ampliado en las trazas de defensa interior. El uso de las caponeras, no muy comun en los castillos feudales, tiene aqui excelente aplicacion, y aumenta en mucho los elementos de repulsion. Recordamos haber visto otra al modo en *Torremormojon*, con la diferencia de servir aquella para las obras exteriores. Los postigos de la torre tambien dan notable idea de pericia artistica. Situados en los dos frentes del espesísimo codel del muro interior, no se hallan en línea recta de correlacion: sino que el macizo forma un recodo estrecho y tortuoso, que traza entre ambos vanos un ángulo recto, que hace mas difícil y aventurada su reciproca comunicacion. Por supuesto que conforme al pensamiento cardinal del artista, por ninguno de estos pasadizos puede ir mas de una persona, y lo mismo sigue la subida hasta los terrados de la fortaleza.

La situacion del castillo, como la del lugar, está en un terreno bajo: pero este defecto se corrige en gran parte con la aventajada elevacion de la fábrica, especialmente en la torre, que se sobrepone á las alcoradas que corren en derredor, hasta alcanzar vistas sobre las vegas del Pisuerga. Y teniendo en cuenta, aparte de eso, que cuando el origen de esta fortaleza, se peleaba generalmente al arma blanca, y que era escaso el arte y débiles los medios de expugnacion, el inconveniente de la posicion topográfica se hacia menos sensible, y no contrarrestaba las condiciones favorables de la fortificacion. De modo que, atendidos esos detalles, el castillo era para aquel tiempo una obra muy segura y difícil de tomar. Pues no siendo batido con ingenios, tenian que emplearse las escaladas y el combate personal para su rendicion; contra cuyos recursos ya hemos visto que ofrece grandes elementos de resistencia el trazado y combinacion de sus defensas materiales.

La construccion de esta fortaleza debe ascender al siglo XIII, segun lo significa la elipse del arco de la puerta exterior, que pertenece al gótico primitivo. Y aun hay alli ciertos cortes de remedo bizantino en algunos postigos y luceras. Pero hubo de tardarse mucho en su conclusion, ó recibir reformas posteriores. Así lo hace entender el troneraje del parapeto exterior; para piezas de artillería, que manifiesta el uso de este arma ya generalizado y ejercido en considerable escala. Y la colocacion del fuerte en una hondonada, circuida de puntos dominantes, no dice que estuviere muy adelantado, cuando su ereccion, el empleo de la batería, que hubiese hecho inútiles los reparos y dejado sin efecto la obra militar.

Decoradas se hallan su torre y puerta con heráldicos escudos: sus cuarteles ostentan las calderas feudales, antiguo y característico de los señores de vasallos; y en otros se dibujan ciertos matorrales de ortigas en lo alto de unos riscos, batidos por las olas del mar agitado; haciendo por cima colosal y enroscada serpiente como penacho del solario morrion.

Radica hoy el castillo en los estados de la casa de Alcañices, que le tiene destinado á albóndiga; debiéndose á esto quizá la conservacion de este bello recuerdo de la antigüedad, cuando tantos y tantos ruedan por el polvo en estériles y bochornosas ruinas.

V. GARCIA ESCOBAR.

FESTEJOS REALES.

LA ESPADA ENCANTADA.

III.

No bien el sol de la mañana deraba con sus rayos la vellea del campanario de Bins, cuando un inmenso gentío acudia alegre á las barreras, á los árboles y á los collados vecinos, á contemplar *el paso afortunado, la torre peligrosa y la Isla venturosa*; y tambien el Príncipe se asomó con la corte, demasiado temprano á las ventanas de la torre alta del palacio, y otras mas ventanas, debajo de las cuales comenzaban las barreras que defendian el castillo de Norabroch. Y segun refieren las crónicas de donde esta curiosa historia ha sido tomada; maravillábanse los que aquello veían, y con razon se maravillaban, al ver una nube tan espesa, tan tenebrosa y tan grande, estarse queda sobre el punto poco mas ó menos, en que debia hallarse construido el castillo del sapientísimo Norabroch; el cual no se percibia, á causa de haberlo fabricado invisible con su magia. El día avanzaba, y el gentío esperaba con impaciencia que algun caballero andante se acercara á la barrera; pero ninguno se descubrió en muchas horas, efecto sin duda del grande temor que los mantenedores infundian; hasta que cansado de aguardar vió venir un caballero con unas armas negras, y todo de negro, y su escudero vestido de luto, el cual caballero se paró delante de la barrera; se enteró por el letrero que encima habia, de lo que le correspondia hacer, y habiendo tocado la bocina de marfil, vió que por la ventana del torrejon, que junto á la puerta se levantaba, se asomaba un enano vestido de carmesi, el cual enterado del objeto á que el caballero aventurero venia, fue á avisarle al caballero del grifon colorado, que segun dicen las crónicas, era Juan de Lignes, Conde de Arceberge. El caballero mantenedor mandó abrir la puerta desde luego, envió al caballero aventurero dos lanzas para que escogiera una, y montado á caballo, armado de todas armas, y luciendo sobre ellas un fayete ó sobreveste de terciopelo encarnado, golpeado sobre tela de plata; y dándole en la mano el escudero la otra lanza, partió impetuosamente contra el caballero aventurero que ya corria á su encuentro, y el cual perdió en las dos primeras lanzas de modo que habiéndose apeado y declarado su nombre, fue conducido prisionero al castillo de Norabroch. Este caballero, que se apellidaba EL CABALLERO TENEBROSO, se llamaba *Maximiliano de Melum*.

Al caballero tenebroso sucedió en el combate, EL CABALLERO DEL SOL, nombrado así por un sol grande y cuatro pequeños, que llevaba pintados en el pecho, y era *D. Juan de Acuña*, el cual penetró hasta la torre peligrosa, donde rompió lanzas con el caballero del Aguila negra; pero tambien fue vencido, y conducido por lo tanto al castillo tenebroso.

Al caballero del Sol, siguió EL DE LA MULA BLANCA, que era *Pedro Ernest Conde de Masfelt*; quien despues de haber peleado muy bizarramente con el caballero del Leon de oro, fue asimismo á hacer compañía, á sus antecesores amigos en el castillo del inhumano Norabroch, y de este modo concluyeron las justas y torneos aquella tarde, quedando muy contento Norabroch, pero muy asustados los caballeros aventureros, y en extremo doloridas sus hermosas damas.

IV.

«Gran sentimiento, dicen las crónicas, era el que la Reina Fada tenía, de que tales caballeros, como los que en el castillo de Norabroch presos quedaban, dejasen de probar otra vez la aventura pues eran tan valientes y esforzados, lo cual podrian hacer mudándose los nombres; y así luego, con su gran poder y encantamiento, sin que Norabroch lo

sintiese, los sacó de la prision aquella noche estando dormidos, y despertandose á la mañana, halláronse todos en sus camas muy espantados de su libertad, y de lo que les habia acontecido, y determinaron de probar si la fortuna les seria mas favorable.»

Con efecto, al dia siguiente se apoderó una inmensa muchedumbre de las barreras, de los árboles y de los collados vecinos, por ver la continuacion de una fiesta tan notable, y sin tardanza aparecieron en gran número caballeros asaz gallardos, y con lujosas sobrevestas engalanados, los cuales tocaron la vocina de marfil uno tras otro, y habiendo sido vencidos sucesivamente unos en el paso afortunado y otros en la torre peligrosa, todos fueron prisioneros al castillo de Norabroch, y con tan mala ventura iba pasando la tarde.

El sol se oscurecía al través de un vapor amarillo que asustó á la concurrencia; densas nubes encapotaban la atmósfera, y relámpagos de una luz siniestra brillaban centellantes en lo alto del firmamento; cuando se presentó un caballero, que el CABALLERO EBBE se apellidaba, el cual tocó con mucha ira la bocina, y abierta la puerta entró al paso afortunado, y venciendo al caballero del Grifon encarnado, pasó á la torre peligrosa y venciendo al caballero del águila negra, pasó á la Isla venturosa, venció asimismo con asombro del pueblo y de la corte al caballero del Leon de oro, y corrió sin detenerse á la pirámide á arrancar de un golpe la espada encantada, pero la tarde se puso entonces oscura, mientras que pesadas gotas de agua caían de las nubes: sin embargo, el intrépido caballero sin hacerse cuenta de esto, subió con grande alinco al padron de mármol, y leyendo en una profecía escrita por la Reina Fadada, que PRINCIPE DEBERIA DE SER EL QUE ARRANCASE LA ESPADA ENCANTADA, echó mano al puño; pero aseguran las verídicas crónicas que en este momento se sintieron grandes alaridos en el castillo tenebroso, quedaba el mismo Norabroch porque creía que llegaba la hora de deshacerle su encantamiento. En esto tiró de la espada el caballero aventurero mas no pudo arrancarla del padron: muy triste se quedó en verdad el tal caballero, mas en lugar de ir este al castillo Tenebroso como los demas habian ido, le entregaron un CRANCELIN de oro, que la Reina Fadada le enviaba con un enano, en premio de haber llegado á tan distinguido puesto; y se salió fuera por el mismo camino que habia entrado. Este caballero declaró ser el esforzado PRINCIPE DEL PIAMONTE.

Ya el sol era puesto, y la noche cubierta de densas nubes, cuando el caballero BELTENEER tocó la bocina de marfil con gran contento de todos, que pensaban que por haber sido vencido el esforzado Principe del Piamonte, y por ser tan oscura la noche que comenzaba, no habria caballero alguno que pelear osara con los mantenedores de Norabroch; pero desmintiendo Belteneer con su apuesta arrogancia esta opinion, tocó tan fuertemente la bocina, que el enano de ropaje encarnado se asomó asustadizo á la ventana y dijo á grandes voces: *no se aguise por tal cosa el caballero, que luego se le abrirá la puerta.* Y la puerta le fue abierta en seguida, y el caballero Belteneer arremetió furioso al del rifon encarnado, y lo venció; al primer golpe de lanza, corrió como un tigre al de la águila negra, y lo venció dejando asombrados á los que lo miraban, ya por su porte airado, como por el valor con que descargaba golpes, como por la destreza con que volvía y revolvía el caballo; y poniendo muy contentos á todos, porque veían que este caballero iba á rematar sin duda, la aventura de LA ESPADA ENCANTADA dando de aquesta guisa libertad y placer á tanto caballero andante y noble dama, como gemían en el castillo tenebroso, se apeó de su caballo y pasó á la Isla venturosa, y al cuarto golpe de espada venció al caballero del Leon de oro, que muy medroso lo habia recibido al ver el denuedo con que habia roto lanzas con los demas mantenedores; y despues de leer la profecía escrita en el padron

con letras casi ininteligibles, la cual decia, *qué principe habia de ser el que arrancara la espada de su padron*, subió á la pirámide, y puso su mano en el puño de aquella espada pero segun refieren las crónicas, que nunca mienten, grande oscuridad se apoderó de la tierra, y profundos truenos resonaron en las nubes, y rayos y centellas surcaron la atmósfera, y muchos gritos y lamentos salían del castillo de Norabroch, quien se esforzaba por amedrentar al valiente caballero que empuñada tenia ya la espada encantada y así, amilanado por sus gritos, obligarle á volverse atras, y dejar allí la espada sin acabar la aventura; pero todos estos insidiosos aparatos fueron en vano, porque animado el caballero aventurero por la Reina Fadada, que invisible lo acompañaba en este riesgo de honra y de fortuna, tiró de la espada con fuerza, y la arrancó del padron.

Y entonces las nubes se rasgaron de golpe; y callaron los truenos y los gritos del subterráneo; y desaparecieron los vapores que cubrian el castillo de Norabroch; y el castillo se hizo visible; y una luna hermosa despuntó en un cielo de estrellas; y olor como á jacintos y á claveles se percibía por do quiera; y una armonía dulce como de mil querubenes que tañeran instrumentos, se escuchaba por todas partes; y en aquel punto levantando en alto la espada encantada, el feliz caballero que en pie estaba aun sobre el padron de mármol, se alzó la visera, y una inmensa multitud de vítores resonó espontáneamente por el monte, por barreras y collados al ver el pueblo que aquel denodado caballero era el PRINCIPE DON FELIPE II FUTURO Rey de las Españas.

El Principe Felipe II, acompañado de reyes de armas y de los caballeros que de jueces habian servido en los torneos, pasó al castillo de Norabroch, donde hicieron mil cosas prodigiosas, pero demasiado prolizas para referirse en este lugar. Abrieron las puertas de los calabozos de Norabroch, en los cuales tantos ilustres caballeros y tantas hermosas damas estaban padeciendo penas de muchos siglos atrás sin interrupcion de tiempo y con variedad de tormentos: despojaron de sus enseñas al fatal Norabroch, que no era otro que el valiente Claudio Bouton, y acompañados de este y de la Reina Fadada, que alzándose el velo fue conocida ser la hermosa Reina de Hungría, se dirigieron todos al Palacio del Emperador, donde la corte pasó la noche en alegres danzas y festines, mientras el pueblo quemaba con grande algazara la torre peligrosa, el padron y el castillo de Norabroch, que eran de lienzo pintado, pero todo dispuesto con mucho lujo y sabio artificio, por la noble y simpár benígna Reina de Hungría.

De este modo acabó la aventura de la espada encantada acerca de la cual, el que quiera tomar mayores detalles, puede consultar el libro titulado VIAJE DE DON FELIPE, HIJO DEL EMPERADOR DON CARLOS V. MAXIMO DE ESPAÑA A LAS TIERRAS DE LA BAJA ALEMANIA: impreso en Amberes en el año 1532; donde se tratan con toda estension este y otros puntos no menos curiosos que tuvieron lugar en tan fatuoso viaje.

MANUEL IBO ALFARO.

LOS LUNARES DE LA VIDA.

Es nuestra vida una obra que por *tomas* se reparte, y á fuer de *clichés* ilustran pequeñas enfermedades. Ellas las horas matizan de los miseros mortales, cual los cometas el cielo, cual el rostro los lunares. Duéñenle á Pedro las muecas *verbi gratia*, y al instante sube hasta el sol con sus gritos

y hasta el techo con sus bailes.

Mira legiones de estrellas
al medio día ó la tarde,
y se le pone un carrillo
en estado interesante.

¡Feliz si prueba en su boca
entre tenazas y sangre
las fuerzas y la sandunga
de un sacamuelas notable;
y un pañuelo por cenefa
orla su hinchado semblante,
y cual esquina en carteles
se viste y forra con parches
—En pies y manos y orejas
rojos puntitos te nacen:
son sabañones ¡oh dicha!
sin ganas vas á rascarte.

A manojos de chorizos
tus manos son semejantes,
y en sus matices imitan
berengenas y tomates.

Ya su creciente grandeza
no admite prision de guantes
y son postes en lo gordos,
merengues en rebentarse.

—Bien hayan los guijarrillos
blanda alfombra de las calles
y de embutidos pedestres
deliciosos fabricantes.

Bien haya quien nuestras plantas
forra en charol relumbrante,
y mas pequeña que el preso
construye siempre la cárcel.

Ellos son de mil placeres
manantial inagotable,
y de los gestos y el llanto
guardadas tienen las llaves.

Ellos las bases del hombre
adornan para ilustrarle
con callos y deliciosos
diminutivos de Juanes.

No el pié tan listas encogen
la Nena y la Flora Fabri
como quien siente en los suyos
de un aguador el herraje.

¡Cual de su lengua española
brotan energías frases,
y andando como las grullas
es de la fama una imagen!

—¡Ay! que tus lábios derraman
armonía infatigable,
y roja púrpura vierte
la nieve de tu semblante.

¡La tos! ¡Bendita mil veces
porque te obliga á que cantes,
y dos hileras de perlas
nos enseña entre corales!

¡La tos! que fuera sin ella
de los nombres elegantes.
de gripes y coqueluches
laringitis y bronquiales!

Ella corona de gloria
al artista de jarabes,
y al que vuelve caracoles
en pastillas pectorales.

Y mas si lleva á su lado
la ronquera de ayudante;
haciendo bajos de tiples
y destemplando gazañates;

y si cubren barricadas
nuestros órganos nasales,
entre batista imitando
los clarines militares.
En fin, contar las estrellas
fuera tarea mas fácil,
que las gangas y placeres
que adornan nuestros instantes.
Goza de tanta ventura,
¡oh prógimos apreciables!
que oro son para nosotros
las lágrimas de este valle.
Así cantaban en coro
tres fabricantes de parches,
cien galenos, seis dentistas
y un monda callos de extrangis.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

A LA MUERTE DE CAROLINA.

SONETO.

En el páramo yerto de la vida
Brotaste blanca flor de la pureza,
Acarició mi amor tanta belleza
Y mi amor la miró desvanecida;
El Señor te escogió, prenda querida,
Para honrar de su treno la grandeza
Pero nada mitiga mi tristeza
Que no discurre el alma dolorida.

Bien sé que entre la voz de los querubes
Se oye tu voz regocijando el cielo,
Y que tu alfombra son pintadas nubes,
Que los espacios dominó tu vuelo
Y que á las plantas del Eterno subes,
Mas yo no encuentro á mi dolor consuelo.

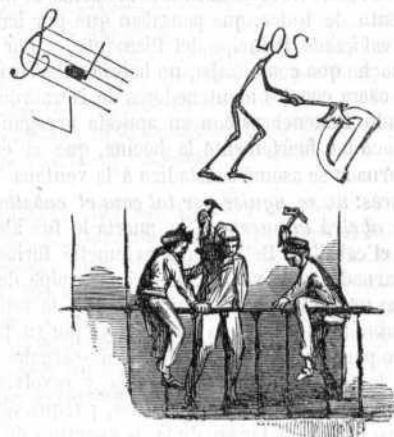
Madrid 12 de Setiembre de 1854.

SERAFIN OSABE.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO ANTERIOR.

La mentira no se encuentra en pechos generosos.

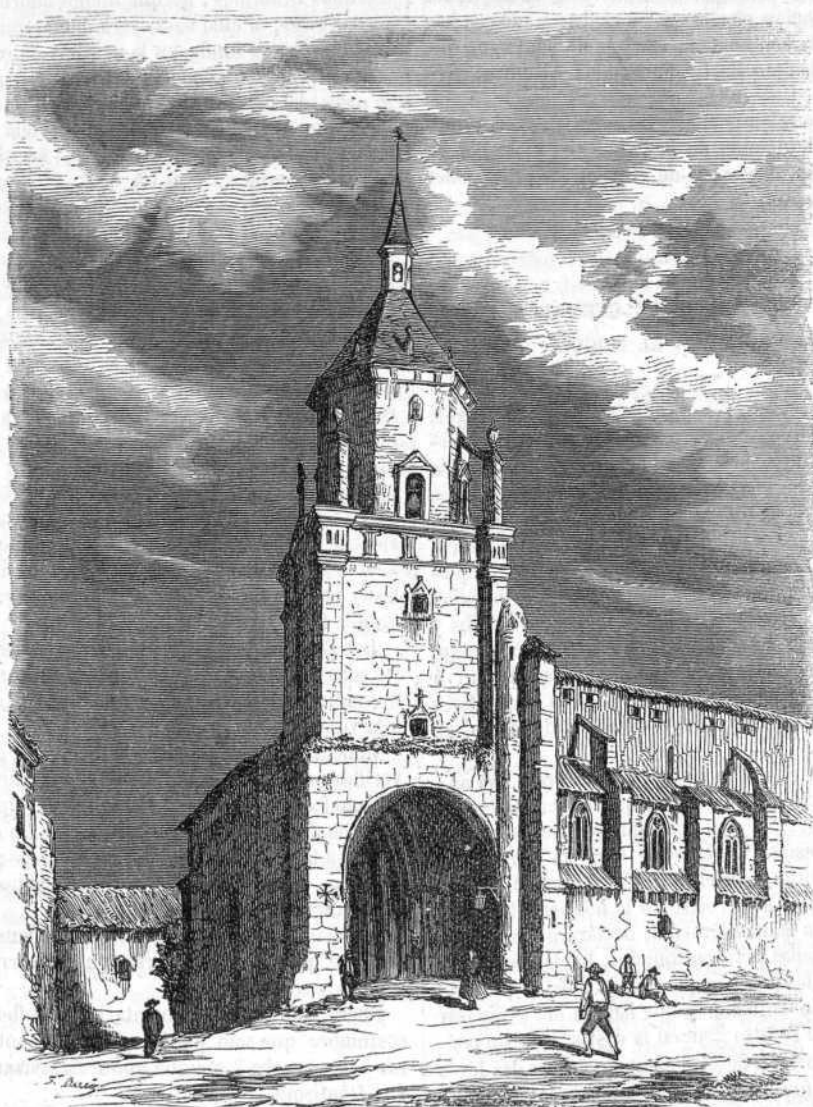
GEROGLIFICO.



Director y propietario, D. MANUEL DE ASSAS.

Redaccion y Administracion, calle de Vergara, 4, principal izquierda.

Madrid.—Imprenta á cargo de JOAQUIN RENÉ,
calle de la Union, 3, bajo.



LA COLEGIATA DE VITORIA.

Todavía se ignora la verdadera época de la fundación de este suntuoso templo que tanto adorna y embellece á la culta capital de Alava, y que tan de lejos distingue el viajero por cualquiera de los varios y bien conservados caminos que conducen á la misma.

Lo único que se sabe es que cuando concedió á Vitoria el Rey D. Sancho el Sabio de Navarra el fuero de población, había diversas iglesias en la antigua villa de Suso ó Gasteiz, y se cree que la Colegiata de Santa María fuese una de las que en plural menciona dicho fuero.

Garivay dice que este templo existía antes de la conquista de Vitoria por los Reyes de Castilla en 1200 y conviene tal noticia con los documentos que se conservan en su archivo. El 14 de febrero de 1498, en virtud de Bula de S. S. Alejandro VI, se trasladó á la iglesia de que tratamos la Catedral de Armentia, pueblecito hoy insignificante, á media legua de Vitoria y casi tocando con la carretera de Francia.

En el tomo 3.º de la historia del país Vascongado, libro 4.º, se dá extensa noticia de cuanto precedió hasta el

referido año de 1498, relativo á este insigne templo, y en los apéndices de la citada obra se copiaron á la letra la Bula de que hemos hablado antes, conseguida á solicitud de los Reyes Católicos.

El elevado sitio en que se tuvo el buen gusto de edificar aquel, contribuye no poco á que luzca mas si cabe, su sólida, elegante y esbelta arquitectura; pero sobre todo la torre, como verán nuestros lectores en el grabado, es hermosa y construida en el siglo XVII, con los mayores perfección y gusto: su mole y los florones de los ángulos, la dan un aspecto muy majestuoso é imponente.

También es digno de ser admirado y estudiado el anchuroso pórtico sobre que descansa y estriba dicha torre, el cual acaba de cerrarse con una bonita verja de hierro al hacerse otras varias obras y reparaciones para la preparación é instalación de la Catedral y nuevo Obispado que se estipularon en el último Concordato.

El interior consta de tres magníficas naves sustentadas por columnas y rodeada la parte superior de corredores que

revelan la antigüedad de la obra, y el estilo ogival florido de su atrevida arquitectura: tiene diez y ocho altares de buena talla, especialmente el principal dedicado á la Reina de los Angeles en su Asuncion gloriosa á los cielos; y ademas hay contigua una capilla con cuatro, titulada de Santiago, que fundó el Ilustre Caballero Martin Fernandez Abaunza, cuyo sepulcro existe aun.

En este templo se celebran todas las funciones del Ayuntamiento y de la Diputacion de la Provincia, y las honras fúnebres de personas Reales; y de él salen las procesiones de Jueves y Viernes Santo.

REMIGIO SALOMON.

ORIGEN DE LA COSTUMBRE DE QUEMARSE LAS MUJERES VIUDAS EN EL MOGOL.

Los esfuerzos de los Vireyes y Gobernadores del Mogol, que profesan el Mahometismo, han llegado á minorar el número de víctimas inmoladas á la bárbara costumbre de quemarse las mujeres cuando muere un marido; pero no han bastado para abolirla totalmente: arraigada de un modo especial en varias sectas Banianas, se ven todavía sacrificios de esta especie, y algunas mujeres por huir de semejante crueldad emigran á otros países, pues las que no quieren sujetarse á ella, son objeto de los mas viles escarnios y atropellos, las precisan á cortarse el pelo, que es el castigo mas vergonzoso que se las puede imponer, las obligan á ocuparse en oficios mecánicos y las distinguen haciéndoles vestir una túnica encarnada, trage considerado como de oprobio y desprecio.

Algunos atribuyen el origen de esta costumbre á una antigua ley que se dictó para evitar el que envenenasen las mujeres á sus maridos, la cual prevenia que se quemasen con el cadáver de estos. Creen otros que las mujeres de Brama, ídolo que adoran, sintieron tanto su muerte que no quisieron sobrevivirle y se arrojaron á la hoguera: los Bramines, sectarios de la transmigracion, declararon entonces; que las almas de aquellas heroicas mujeres, habian concluido por este solo hecho, las pruebas que debian sufrir, pasando por varios cuerpos de animales y que habian ido á reposar al paraíso, por lo que se hizo general la costumbre: sin embargo, el verdadero origen de este atentado contra las leyes divinas y humanas, fue sin duda la avaricia de los sacerdotes Bramines, quienes utilizaron el fanatismo y la ignorancia de aquel pueblo y lograron con esta fabula y otras semejantes hacer pasar por punto de religion, lo que no era mas que su codicia: ademas han persuadido al vulgo de que las mujeres que no quieren quemarse con el cadáver de su marido, quedan infamadas, por manera que tan luego como este enferma, acuden los parientes de la mujer, y con las mayores instancias la obligan á que dé palabra de quemarse, cuyo compromiso una vez contraído, no puede revocarse y la quemarian por fuerza si llegado el caso resistiese; así es que la infeliz mujer acostumbrada á la esclavitud de que es objeto por las leyes del país, acosada por los ruegos y lágrimas de los parientes, aterrada con las supersticiosas amenazas de los Bramines é incierta de la muerte de su marido, quien si sanase la maltrataria y repudiaria por haberse negado al sacrificio, concluye por aceptar ferozmente el martirio, que en Europa se considera como voluntario.

Para obtener la vénia del Gobernador á fin de que permita esta bárbara ceremonia, es preciso abonar crecidas sumas en particular si la familia es rica y de clase distinguida.

Una vez obtenido el permiso, adornan á la víctima con las mejores alhajas que posee, á las que se agregan los regala-

das por los parientes y amigos, á fin de que la infeliz vaya suntuosamente vestida á la hoguera, al menos así lo aconsejan los Bramines, porque dichos adornos pasan á ser propiedad suya, lo cual basta para demostrar que tan inhumana costumbre, se funda en la avaricia de estos malvados.

La ceremonia principia llevando el cadáver del marido á la orilla del rio mas próximo á la poblacion, en donde preventivamente se construye una glorieta como de seis pies en cuadro, rodeada de leña y paja; seguidamente conducen á la viuda cubierta con un velo, acompañada de todas sus amigas, los sacerdotes y un inmenso gentío, atraído por la estrepitosa música de trompetas y timbales que preceden al séquito, á cuyo son van cantando y bailando varias jóvenes: la viuda vestida con el traje mas rico que tiene y cubierto el cuello, manos, brazos y piernas de ricas joyas, camina lentamente y una vez llegada al sitio designado, se despoja de sus galas, que entrega á los sacerdotes y acompañada de algunas parientas ó amigas, se mete en el agua para bañarse y rezar ciertas oraciones: en el interin, los sacerdotes conducen el cadáver del marido á la hoguera y le colocan debajo de la glorieta; sale luego del rio la mujer y cubriéndose solamente con una túnica, se acerca tambien á la hoguera y dá tres vueltas en rededor de ella, abraza despues á los parientes, quienes la dan el parabien como despedida y sube á la hoguera, pone el cadáver de su marido sobre las rodillas y la dan un hachon encendido para que ella misma prenda fuego.

Los Bramines se postran delante del sacrificio, la víctima les echa la bendicion y despues se retiran, fingiendo grande sentimiento, pero cargados con el botin que arrebataron á la viuda.

Inmediatamente que prende fuego á la glorieta, lo cual se verifica por tres diferentes lados, una turba de hombres de aspecto feo, preparada al efecto, se precipita á tapar la entrada de dicha glorieta con mas leña, á fin de que no se pueda ver á la infeliz viuda y dando fuego por todas partes á la hoguera, prorrumpen en furiosos gritos y alaridos para confundir los quejidos de aquella.

Semejante espectáculo atrae una concurrencia crecidísima, que parece complacerse con tan horrible escena segun aplaude y se agita.

Fuera inútil hacer comentarios y reflexiones sobre una costumbre que solo puede mantenerse entre gentes bárbaras y que prueba hasta qué punto esclavizan, la supersticion y el fanatismo.

EMILIO DE T. MARIT.

CARTA FEDERATIVA DEL SIGLO XIV.

El documento que sigue á estas lineas, y que extragimos íntegro de un manuscrito de los sucesos de aquella época, nos parece bastante curioso y digno de que figure en las columnas de EL SEMANARIO, hermoso album que se propone atesorar las curiosidades de España. Da una idea clara de como se encontraba el partido de D. Pedro I cuando sublevadas por D. Enrique algunas ciudades de Castilla, entre ellas la importante de Burgos, se refugió aquel en Galicia, desde donde envió á los nobles asturianos la carta que cita el mismo documento, refiriéndoles las miras del pretendiente y excitándoles á la defensa de sus derechos; carta que fue acogida con toda la exaltada indignacion, hija de su acrisolada lealtad.

Los que concurrieron á la solemne jura, que constituye el indicado escrito, como representantes de los respectivos Señorios, de que tambien se hace mérito en él, eran á la sazón los mas escogidos, como claramente se echa de ver por

sus nombres, aun hoy muchos conocidos en este país, y los pueblos por quienes venían los de mas importancia. Esto parecerá extraño, si se tiene en cuenta que el Bastardo poseía los Condados de *Gijón* y *Noreña*, por haberlos heredado de su ayo D. Rodrigo Alvarez de las Asturias; es decir, era Señor en este principado (que no lo fue hasta que el Rey D. Juan II le cedió á su primogénito con este título) de las dos poblaciones de consideracion despues de Oviedo. Sin embargo, estas y algunas otras, cuya pequeñez nos obliga á omitirlas, fueron las únicas que siguieron la voz del de Trastámara, cuya bandera ilegítima condenaron los que por su posicion independiente podian seguir los impulsos de su corazon. D. Enrique en persona que conocía la influencia que ejercian en el país algunos caballeros, no se desdenaba de visitarlos y hacerles ventajosas proposiciones, que siempre desairaron, probando así su adhesión al Rey. Contábase entre estos el famoso Diego Menendez de Valdés de *San Cacao*, que fué uno de los que con Men Rodríguez de Sana-bria se vió en la tienda de Montiel (4), en donde D. Pedro murió á manos de su hermano, merced á la célebre traicion del caudillo francés Duguesclin, yendo despues á encerrarse en un convento de las inmediaciones de Lago (2), confiscados aqui sus bienes y arrasadas sus casas.

Sucesos que pasaron con anterioridad, prueban por otra parte lo poco que en Asturias dominaba el partido de Don Enrique. Cuando este huye precipitadamente de Sevilla acompañado de Doña Juana Manuel, hermana del señor de Villena, con quien momentos antes se enlazara secretamente, burlando con perfidia las miras del Rey que pensaba unirse á esta ilustre dama, elige estas montañas para ponerse á cubierto de la justa indignacion que produciría en el ánimo del Monarca. Llega, y penetrando en el concejo de Miranda (3), ni le reciben ni le ofrecen los servicios que merecia tan alto personaje, creyéndole solo un rebelde, y un crimen de lesa alteza rendirle el debido homenaje. Busca entonces otro pueblo menos leal que le dé hospitalidad y le encuentra en las Regueras, en donde un hijo-dalgo conocido por su carácter benéfico le alojó en su casa, poniendo á su disposicion unos cuantos peones para que le sirvieran de escolta hasta Oviedo. Empezó el viaje hacia este punto al otro día, y al tocar ya sus alrededores, fue avisado de que el Gobernador de la ciudad queria apoderarse de él, lo que le precisó á refugiarse en sus fortalezas de *Noreña* (4).

(1) Trelles.—Asturias ilust.

(2) *Carballo* dice que permaneció algun tiempo en dicho monasterio, y que no salió de él hasta que habiendo promovido un palenque en la corte de D. Enrique varios caballeros franceses, partió disfrazado para tomar parte en una lucha, en la que llevaban la peor parte los adalides castellanos. Su arrojo en la demanda salvó el honor de aquellas jornadas caballerescas, pues consiguió abatir la arrogancia de sus contrarios vencidos. Interesado D. Enrique en conocer al esforzado aventurero, le llamó á su presencia. En ella, D. Diego le demandó gracia y el Rey le contestó «que aunque fuera el mismo Menendez de Valdés se le concedería.» Entonces el antiguo soldado de D. Pedro levantó la visera, y desde aquel momento se reconcilió con el Monarca de Castilla, que conociendo su lealtad le nombró adelantado mayor de Asturias, recomendándole últimamente á su hijo el Príncipe D. Juan, en el sabio testamento que nos legó.

(3) Al pasar D. Enrique la puente de Orbigo le intimaron sus guardias que descubriera el rostro que traía encubierto para conservar el incógnito. En vez de hacerlo aplicó las espuelas á su caballo que partió á un galope rápido. Siguiéronle los deudos que le acompañaban; pero su esposa quedó un tanto rezagada en la carrera, lo que hubo de costarle la vida; porque los guardias, infiriendo malicia de la precipitacion de la huida, se avalanzaron sobre los ginetes azuzando unos cuantos mastines que llegaron á hacer presa en el caballo de Doña Juana. Afortunadamente volvió bridas uno de los suyos que dejó muertos un guardia y dos perros, aunque á su vez recibió la muerte de un saetazo.

(4) Los que quedan apenas son bastantes á determinar la forma de su antigua fábrica. Sus muros eran de diez pies de espesor, infiriendo una estensa elevación y por ellos se advierte que tenia la figura de un paralelogramo rectángulo. Rodeando estos muros se observa la cavidad de sus fosos que indican mucha profundidad pues su base debía estar al ni-

Y si por el contrario miramos adelante, cuando los gritos de la victoria anunciaban que D. Enrique acababa de empuñar el cetro de Castilla, brindando á los partidarios de su hermano con un generoso perdon, los vemos permanecer proscritos, sin aceptarle, perdidas las haciendas que con él podian recuperar, y perseguidas sus personas. Vemos á los que guardaban la muy noble y muy leal ciudad de Oviedo defenderla hasta hacerse fuertes algunos caballeros en sus propias torres, cuando el adelantado Quiñones vino á posesionarse de ella.

Todo esto demuestra, en nuestro entender, que Asturias en su mayor parte no seguía la bandera de D. Enrique como creen algunos, sino la de D. Pedro, con el acrisolado patriotismo que se pudo admirar mejor en los últimos infortunados días de su reinado.

Oviedo.—Octubre 1.º de 1836.

EVARISTO ESCALERA.

«Hermanad, ayuntamiento, confederacion ó jura que nos los muy leales; é nobles caballeros, é diputados de las villas y lugares, é Merindades é tercios é Josticias, é Castellánias, é Casas fuertes facemos en pró de nosa ley; é en defensa de noso Rey é natural Señor don Pedro é de nosa grey.

«En el nombre de Dios Padre, que es eterno poder: en el nombre de Dios Hijo, que es eterno saber, é en el nombre de Dios Espiritusanto, que es eterno querer, tres personas diferentes é un solo Dios verdadero inacabable de todo poder, é Criador de todas las cosas que se ven é que no pueden se ver: sin el qual toda creatura non es en sí creatura, é al qual todo home debe dar mucho acatamiento, é amor, é en el qual toda Creatura debe creer, é aguardar el bien de su cuerpos é buen paradero de su Anima cuando finare; é porque todos los homes leales, é fieles, é nobles, é cristianos somos obligados á poner á nosas personas é Vasallos, é tierras é señorios; é á morrer en pró é defensa de nosa ley, é de noso Rey, é de nosa pátria, é de nosa grey, é por bien de todes, é de nosa libertá, per ende á todo su saber, é por nosa voluntad, é obligacion, é buena fama, é fechos, é fiéldá á noso Señor, é buen Rey, é natural Señor don Pedro, que muchos é prosperos é muy compridos anos viva é reyne: Nos Diego Menendez de Valdés, é Pedro Menendez de Valdés, fijos del señor Martin Fernandez de Valdés é de doña María de Oviedo, vasallos de S. A. é caballeros de la Casa del Rey, ajuntados en un ser é querer con las villas é lugares, é tercios, é Merindades, é Josticias, é Castellánias, é Casa, fuertes de Llanca, é Llanes, é Onís, é Colunga, é Cabranes, é Cables, Ponga, Ayer, Lena, Grado, Salas, Valdés, Carreño, Gauzon, Amieba, Babia, La Ciana, el Alfoz, Arcon, la Forcada, San Juan, Castrobrabo, Sebares, Quirós, Prendes, Coianza, Serino, é nos en su nome é con todo su poder, Alvargonzalez de Valdés por Llanera, Rodrigo de Ponsada, por Llanes, Pedro Suarez, por Onís, Sancho Sanchez, por Colunga, Diego de Arguello, por Cabranes, Alfonso Roiz, por Cables, Hernando Perez, por Ponga, Suer, Fanjul, por Amieba, Diego Ordoñez, por Ayer, Ilben Bernaldo, por Lena, Pelayo Froilaz, por Grado, Gonzalo Basco, por Salas, Garcí Hernandez, por Valdés, Juan Gonzalez de Ponsada, por Carreño, Tristan Gutierrez das-Mariñas, por Gauzon, Menen Pelaez, por Babia, Rodri-Alfonso por la Liana, Menen Sanchez de Castro, por el Alfoz, Gomez Perez, por Arcon, Ramiro Suarez, por la Forcada, Fernan Gomez, por San Joan, Pedro de Castro, por Castrobrabo, Hernan-

vel del río *Nora* que lame la eminencia sobre que se elevaban. ¡Lástima grande que haya desaparecido completamente una fortaleza tan célebre en los anales de Asturias por la rebeldía de sus Condes á la Corona de Castilla! Los primeros disparos de cañon que se oyeron en Asturias se hicieron por mandado de D. Juan II contra sus paredes para desalojar al pertinaz Conde D. Alonso, que de allí se refugió á Gijón, donde su esposa mantuvo un obstinado cerco.

do de Castro por Sebares, Gutier Bernaldo, por Quirós, Ramiro Suarez, por Prendes Suero Diaz, por Coianza, Bernardo de Parga, por San Pedro y Boiso Solis, por Serino: cá somos muy ciertos é asegurados de que don Enrique é otros poderosos con sus allegados, se revelaron á Dios, é noso Rey, y Señor don Pedro en muncha mengua, é queriéndose alzar con las sus tierras; é rentas, é pechos, é corona, non queriéndole acatar, nin facer sus mandamientos, faciendo ayuntamientos é asonadas, é juntando armas é vasallos, é deudos, é poderío, para facer guerra á dicho Señor Rey, el cual así nos lo envía á decir *por su carta*, é por Suer Pelaez, criado de S. A. pidiendo nos allegásemos á él con todas nosas fuerzas, é vasallos, é criados, é llanzadores, é homes de á pie, é de á caballo, é deudos, é allegados bien armados, é á tal guisa que hagamos por él todas las villas é lugares é merindades, é tercios, é Josticias é Castellánias é casas fuertes de toda la tierra de Asturias; é que fagamos guerra á don Enrique é á sus allegados hasta los allanar, é prender, é matar, é que allanada y quieta toda la tierra vayamos con todas las gentes en pro de S. A. á Galicia, é non fagamos paz nin concordia, nin tregua con don Enrique é los suyos, si non que los desfagamos y arrollemos, fasta los acabar, é prender, é matar, é echar de la tierra é las sus casas, é villas, é poblos, quememos é arrasemos é salemos; cá son traidores é rebeldes á S. A. é á su corona, é se quieren alzar con sus reinos, é habiendo conocimiento de todo, é considerando que en lo facer así eramos obligados á Dios, é al Rey, é á nosa patria como buenos christianos, cuanto á Dios é leales vasallos con el Rey, que á ello la ley, é lealtá, é fiedlá nos obliga, cá si non fuéramos enemigos nos non faciendo lo que cumple en pro nosa grey; é para quitar los malos fechos é casos feos en que venríamos si lo non así ficiésemos, é que seríamos en mucho cargo é culpa é non pagabamos lo que eramos tenidos á facer nos los suyo nombrados, en esta iglesia del Monasterio de Santa Maria cabe la ciudad de Oviedo, somos venidos, é allegados, conoscemos, é otorgamos por esta presente carta, nos aliamos, hermandamos é confederamos, é nos queremos allegar, é allegamos nosas personas vasallos é siervos é llanzadores, é tierras é señoríos é todo noso leal poder, á vos el muy esclarecido Señor Rey don Pedro, é facemos jura á Dios, é las palabras de los Santos Evangelios, que con nosas manos tañemos, é prometemos á S. A. de non regular de lo que aquí declararemos, acordaremos, ordenaremos, é prometeremos en pro de la Santa fee de Jeso-Christo, é de nosa tierra é de nosa grey. Lo primero declaramos, acordamos, ordenamos, é prometemos nos los dichos caballeros, por nos é por las villas é lugares de suyo nombradas, é juramos á Dios é prometemos á noso Señor Rey don Pedro con todas las personas de noso poder é que de fuera se nos alleguen, la guerra á don Enrique é á todos los suyos, é allegados, cual traidores, é rebeldes, fasta los matar é prender, é allanar con todas sus tierras, señoríos é fortalezas é casas, é que las quemaremos, é arrasaremos, é salaremos con todo lo que dentro fuere, é tomarlas emos é tendremos á ley de S. A.—Otro si juramos á Dios é prometemos al Señor Rey, *que así como quemamos en esta foguera que arder ficimos, las bainas de las espadas, así queremos é sofriremos ser quemados ainda que nos dar é allanar á los traidores.*—Otro si juramos á Dios é prometemos á noso Rey, que fasta los prender, é matar é allanar é poner toda la tierra por su alteza non serán posadas nosas armas, é atras non volveremos ni faceremos mas comida nin bebida que pan é carne de baca, é agua, é non tornaremos á morar á nosas casas.—Otro si juramos á Dios é prometemos á S. A. que magüer morramos una é mil veces non daremos fabla á los traidores nin agua, nin pan, nin vino, nin carne, nin otra comida nin bebida, nin candelá, nin llechu, nin soberado,

nin otra cosa.—Otro si juramos á Dios é prometemos á noso Rey, que allanada la tierra é puesta en par, é seyendo por S. A. nos juntaremos á él é á los suyos en Galicia, é darle emos ajuda con toda nosa gente armada.—Otro si juramos á Dios é prometemos, que nos daremos ajuda los unos á los otros é nos allegaremos con toda gente que podamos, cá ninguno de nos haya mengua, nin mal fecho por los traidores.—Otro si juramos á Dios é prometemos á noso Rey, que non daremos plática nin paz á los traidores, sin mandamiento de S. A., é de un ser ó querer, é como dicho Señor Rey ordenare; é que todos seamos en uno é consentidos en ello, cá ensi é bien de todos.—Otro si juramos é prometemos que si alguno de los caballeros presentes, refugare de guardar é comprir, lo que habemos jurado é prometemos facer en esta hermandad, ayuntamiento, é jura, en todo ello, ó en cada qual de sus partes, que los otros caballeros rogarles han con buena razon; é para á lo cumplir é guardar; é si ainda lo refugaren, non se lo consientan ó les fagan facer fuerza, cá, dende aora á los malaventurados, é malditos de Dios, é traidores al Señor Rey é á nosa grey, que la tal maldá menguadamente ficiéren é en tan mal fecho afincaren, declararemos por rebeldes, é alzados contra nos, cual los otros traidores, é faceremos á igual con ellos fasta los prender, é matar é allanar con todas sus tierras.—Otro si juramos á Dios é prometemos, que rescibiremos á nos, é nos hermandaremos é allegaremos con todo noso poder é personas que quieran ser hermandadas, é allegadas á nos á facer esta jura, é homenaje, é á ello requerimos á la ciudad de Oviedo, una, é dos, é tres veces para lo cual así guardar, é tener, é facer todo, é obrar, é comprir conforme va relatado en esta carta de hermandad, ayuntamiento é jura é en todos sus capitulos, Nos los dichos caballeros, por nos, é por las villas é lugares, é tercios, é merindades é castellánias é casas fuertes, los unos á los otros, é los otros á los otros, todos en uno, por nosas personas, volvemos á jurar á Dios é á tocar é tañer é jurar á los Santos Evangelios, é á prometer á dicho Señor Rey don Pedro, (el cual ayudarnos há con su poderío é fuerzas conforme así por su carta prometido nos lo há); que le guardaremos é compriremos é non desfaceremos la jura é prometimiento que fecho habemos, é por mas afincadamente á ello non faltar, facemos en mano del susodicho Suer Pelaez, Caballero, é vasallo é criado de la Cámara del Rey, pleiteria é omenage, de comprir é guardar, todo lo que jurado é prometido habemos en esta Carta de hermandad, conforme en ella va relatado, la cual fué fecha dentro de el Monasterio de Santa Maria á doce de las Kalendas de Noviembre de la era de mil cuatrocientos cinco. (1)—Diego Menendez Valdes.—En el nombre de Dios, Juan su hermano, Pedro su hermano, Alvargonzalez, Rodrigo de Ponsada, Pedro Suarez, Sancho Sanchez, Hernando Perez, Diego de Arguello, Alonso Roiz, Suer Fanjul, Basco, Garci Hernandez, Diego Ordoñez, Illen Bernaldo, Pelayo Froilez, Joan Gonzalez de Ponsada, Tristan Gutierrez das-Mariñas, Menen Perez, Rodrigo Alfonso, Menen Sanchez de Castro, Gomez Perez, Ramiro Suarez, Hernan Gomez, Pedro de Castro, Hernando de Castro Roi Ximeno testigos; E yo Arias Perez notario de mi Señor el Rey lo escribi.—

DANZA DEL SIGLO XVI.

Hemos dicho en la página 316 del presente tomo, que en algunos asientos de la sillería del coro de la catedral de Burgos, se ven representadas con embutidos de boj, *parejas que bailan al son del instrumento que toca un músico.* Ahora damos la copia fiel de una de estas danzas, digna de

la atención de nuestros lectores por algunas de las circunstancias que en ella se advierten.

Los trajes y las actitudes de los cuatro que bailan y del músico; el instrumento á manera de viola ó violin, que este

toca, y la manera de tocarle; la elegante silla en que está sentado; la forma en que tienen recogidos atrás, la dama que se ve á la izquierda el vestido, y el caballero que es su pareja las mangas perdidas, son sin duda cosas harto nota-



Danza del siglo XVI.

bles; pero lo es, en nuestra opinion, mucho mas, el conservar los caballeros ceñidas sus espadas en el acto de bailar; lo cual, si por una parte indica que la danza no podía

tener mucho movimiento, demuestra por otra cuan poco tiempo debia estar aquella arma separada de sus dueños.

MANUEL DE ASSAS.

EL MONTE DEL ERMITAÑO,

tradicion popular.

Era una hermosa noche de julio del año 1530. La plateada luna esparcía sus luminosos rayos sobre la antigua ciudad de Córdoba, cuyas estrechas calles yacían sumergidas en sepulcral silencio, que solo de vez en cuando solía ser turbado por el lúgubre graznido de la lechuza ó por los acompasados pasos de la ronda que desde el toque de queda recorria las solitarias calles de la capital. El reloj, de la Inquisición dió pausadamente doce campanadas: dos individuos colocados ante la fachada de cierta casa principal, situada en el barrio llamado hoy Alcázar-viejo, que á juzgar por el traje que vestían demostraban ser escuderos, entablaron la siguiente conversacion:

Yo apostaría, Anton, (dijo el mas alto de ellos, de tez morena, mostacho y ojos negros y voz algo ronca,) que nuestro señorito D. Nuño, ama á Doña Matilde ciegamente y que su determinacion no tiene mala tendencia.

Por San Bruno, Martin, repuso el interpelado, que no conoces el mundo, ¿crees tu que D. Nuño ama á Doña Matilde como dice?... basta que ciña espada y calce espuela de oro, para que su pasión...

Vaya, vaya, interrumpió Martin queriendo revestir sus palabras de cierta autoridad, D. Nuño obra siempre con hidalguía, y pensamiento villano nunca abrigará su corazón: es aunque joven persona de juicio, y en fin el tiempo será testigo; pero sabes Anton, que me estoy durmiendo y deseo que llegue cuanto antes.

Pues ya poco ha de tardar, porque el tío Pero tenía órden suya de ensillar el kolkan antes de las doce,—dijo con voz de violin el que parecia mas viejo de los dos interlocutores que era de baja estatura, abdomen prominente, ojos microscópicos y nariz afilada.

¡Mira, allí viene!

¡Es verdad!

¿Y trae al trote el caballo?

Podría no, cuando todo el mundo está ahora en siete sueños y por las calles no transita un alma.

A poco de concluir Anton estas palabras llegó D. Nuño, que apeándose de su brioso corcel dijo con arrogancia os aseguro buenos escuderos que antes de media hora estaré con mi dama á los piés de un sacerdote.

¡Envidio la suerte de vuesa merced! exclamó Anton en tono de sacristán.

—¿La razón?

Porque no encuentro en el mundo dama como Doña Matilde.

Calle, calle, el viejo Maladin, y á lo que vamos, vamos, ¿teneis ya preparada la escala?

Si señor, aquí está, contestaron los dos.

Pues échala al instante, dijo dirigiéndose á Martin, y tu Anton ten mientras tanto las riendas del caballo.

Acto continuo una escala de gruesos cordeles de cáñamo pendía de una tapia de cuatro varas de altura y que caía al jardín de la casa de Matilde. Por ella trepó precipitadamente el temerario D. Nuño y solo un minuto tardó en hallarse sentado bajo la verde yedra y madre selva, que formaban entrelazadas el cielo de un cenador en el centro de aquel poético vergel. No bien hubo llegado á este delicioso paraje, cuando una sombra blanca, con pasos mesurados y ademan majestuoso se acercaba hacia él.

¡Nuño!

¡Matilde!

Hé aquí las únicas frases que se oyeron en aquel instante. Nuño en prueba de su amor puso en contacto sus labios con el nacarado cútis de la mano de Matilde, la cual sobresaltada, no acertaba á pronunciar una palabra; su corazón alterado latía fuertemente.

No, no temas, vida de mi vida, (exclamó Nuño también algo conmovido), que dentro de pocos momentos estaremos fuera de la ciudad.

¿Me amas? preguntó la bella virgen con tono que parecía haber salido del fondo de su corazón.

¿Dudas acaso de mis innumerables juramentos de amor eterno?—repuso Nuño con ademán en extremo caballeresco.

Concluidas estas sentimentales frases se dirigieron ambos amantes hacia la escala que primero Matilde y después Nuño recorrieron velozmente.

Este último habiendo colocado á su dama en la delantera del caballo de la mejor manera que pudo, dijo á sus escuderos, «marchaos á casa, y cuando mi padre os pregunte por mí decidle que he salido para Portugal con mi novia Matilde».—Concluidas estas palabras metió espuelas al caballo.

Pocos momentos después la puerta de Almodovar giró sobre sus goznes y se oyó echar su ferreo y pesado cerrojo. Acababa de salir por ella un caballo negro llevando velozmente dos personas:

Los escuderos cabizbajos y sin hablar palabra por temor de ser oídos, se dirigieron á su casa y se entregaron al sueño. Eran las doce y media de la noche.

II.

Escusado sería decir que al siguiente día, el pueblo Cordobés se hallaba sumamente preocupado con el hecho que acabo de describir. Cada cual formaba, según su modo de ver, los comentarios que le parecía.

Unos afirmaban que no habiendo querido los padres de Matilde casarla con D. Nuño por tenerla destinada al claustro en el que debía entrar muy en breve, había sido robada por su amante por casarse con ella. Así opinaban las personas mas relacionadas con la familia de Matilde por ser sabedoras de estos pormenores. Y á la verdad querido lector que no fue otra la causa, si es cierto lo que se lee en un roído pergamino de aquella época donde se halla escrito este verídico hecho.

Otros decían que el motivo de semejante atentado había sido el querer satisfacer su deseo, y que pronto se vería á D. Nuño pasear por la ciudad. Pero así hablaban malas lenguas que juzgaban sin ningunos antecedentes mas que su capricho.

No faltó vieja ochentona que afirmase haber visto por un pequeño ventanujo que caía al jardín de Matilde, un zángano descolgarse por las tapias, el cual volando por los aires se la había llevado hacia la huerta del Rey.

Otra vieja vecina contradecía el aserto de la anterior, y sostenía haber visto con sus propios ojos á un apuesto caballero llevarse á la señorita en un alado caballo.

Finalmente un pobre viejo, lleno de preocupaciones, afirmaba con bastante calma que los dos amantes debieron estar sin duda en relación con el demonio, porque á media noche oyó junto á la puerta de Almodovar ruido de cadenas y cerrojos y como abrirse y cerrarse las puertas del infierno.

Pero cesando en la reseña de los infinitos comentarios que en aquel día se formaron, en obsequio á la brevedad diré, que el padre de D. Nuño, persona de alta posición y de edad avanzada, sabida la mala acción de su hijo no pudo sobrevivir á tamaño disgusto; y una fiebre maligna cortó en breves días el hilo de la vida de tan respetable señor; el cual *in articulo mortis* le desheredó por mal hijo dejando todos sus bienes y hacienda á su primogénito, que á la sazón se hallaba en la guerra que el Rey Carlos V hacía á Francisco I.

Los padres de Matilde cayeron en una enagenación mental que se agravaba cada día; y llegó á su colmo cuando después de haber buscado por todos los medios posibles el paradero de su hija no se logró dar con él. Ambos esposos cayeron en un grave delirio que vino á poner fin al número de sus días antes de cumplir el año.

Pero concluyamos esta puntual narración, viendo la suerte que cupo á los jóvenes amantes que en el número anterior dejamos fuera de la ciudad.

III.

Nuño y Matilde siguieron su camino, y al romper el alba llegaron al sitio do debían aposentarse. Este era un fértil valle á la falda de un elevadísimo monte casi inaccesible. Apeáronse del caballo y entraron en una ruinosa iglesia á pedir á su respetable párroco la bendición conyugal.

A los pocos días se levantaba en la llanura una pequeña choza con su cruz encima, oculta por los espesos y altos matorrales que la cercaban.

De frutas, yerbas y semillas silvestres debieron alimentarse aquellos tiernos esposos, pues jamás se acercaron á las puertas de los inmediatos caseríos en demanda de alimento.

Escritos de aquel tiempo afirman que á los nueve meses dió á luz Matilde un precioso niño, el cual murió á los pocos momentos de nacer, y que su desconsolada madre espiró muy luego no pudiendo sobrevenir la pérdida del fruto de sus entrañas.

Desde entonces parece que un pastor llamado Alonso que llevaba al anochece su ganado á un cristalino arroyuelo á la orilla del erguido monte, oía grandes lamentos, lo que puso en conocimiento de todos los campesinos. Era D. Nuño que postrado de rodillas sobre la tumba de Matilde y de su hijo solía pasar las noches enteras en oración expiando de este modo su delito... lloraba amargamente, y pedía á Dios, á su hijo, y á Matilde perdón de sus pecados...

Dicen, en fin, los autores que D. Nuño sobrevivió á su esposa en aquella soledad cerca de cuarenta años, teniendo una vida eremítica y de verdadero arrepentimiento. Que durante este tiempo los habitantes de aquella feraz comarca cesaban en sus faenas campestres desde que se ponía el sol, porque en aquella hora comenzaban á oír los lúgubres gemidos; que en medio de la noche descendía una sombra fantástica de la cúspide del monte á la cristalina fuente que nacía en su falda; y por último, que al cabo de dicho tiempo cesaron de oír los fatídicos lamentos y de ver la tétrica fantasma; por cuyo motivo apellidaron aquel sitio *el Monte del Ermitaño*, y aun hoy después de mas de tres siglos, conserva todavía el mismo nombre.

El Monte del Ermitaño se halla situado en medio de Sierra Morena, como á cuatro leguas de Córdoba, en la parte del Noroeste.

Abril de 1856.

JUAN DE DIOS MONTESINOS Y NEYRA.

AMPARO.

(MEMORIAS DE UN LOCO.)

(Conclusion.)

Fue para mí tan inesperada esta exclamación de Amparo que me estremecí, y brotaron á mis ojos, sin duda, todos mis enamorados deseos, porque las mejillas de Amparo se coloraron, y pasó por sus labios una indicación de sonrisa inefable.

—¿Conque yo lo soy para tí? añadió; ¿con que has sufrido y has callado y has mentido, como yo he sufrido mentido y callado? conque por una obcecación mútua hemos estado á punto de ser los mas desgraciados de la tierra?

—¿Pero ese hombre? ese hombre á quien amas? ese imposible de tu deseo?..

—Ese hombre eras tú, me dijo exhalando en un grito inmenso toda su alma y dejándose caer abandonada y trémula entre mis brazos.

—¡Oh! ¡que feliz soy, añadió sollozando de placer: ¡Dios! ¡y tú!

La memoria es un don funesto.

¡La memoria que nos trae en la desgracia, el encendido recuerdo de la felicidad perdida!

¡Oh! ¡la memoria!

¡Si Satanás no tuviese memoria no estaría condenado!

Después de esto había en el manuscrito que me había entregado mi amigo el loquero del hospital de Zaragoza, algunas hojas rasgadas.

Púsome de muy mal humor esta laguna que aparecía de repente, acaso en la parte más interesante de la historia de aquel pobre loco; y tanto más cuanto en algunos girones de hojas que habían quedado adheridos, se leían algunas frases que demostraban que Luis no había sido muy feliz después de su matrimonio.

Pero para subsanar en cierto modo esta falta, quedaban íntegras más allá de las hojas rasgadas, algunas otras escritas con seguridad, y aun nos atreveremos á decir con reflexión, en estado de razón completa.

Hé aquí aquellas páginas:

He despertado de un largo sueño.

No sé cuánto tiempo ha durado mi sueño.

Pero ha debido de ser largo.

Me he encontrado en una prisión.

Esto es: en un pequeño aposento, cuya puerta demasiado fuerte, tiene una regilla espesa, y al que da luz una ventana conreja que corresponde á un jardín abandonado.

En este aposento he visto algunos muebles modestos y una cama de forma extraña, inclinada, y á lo largo de cuyas maderas hay algunas correas.

Estas correas demuestran, que algunas veces ha habido necesidad de sujetar en aquel lecho á la persona que en él durmiese.

Estando ese lecho en mi aposento, ó yo en el aposento donde está ese lecho, claro es que la persona á que alguna vez se han visto en la necesidad de sujetar, soy yo.

¿Y por qué razón ha podido haber esa necesidad de sujetarme?

Yo no me acuerdo de nada.

Tengo un recuerdo confuso de una noche en que bebí demasiado, en que me escité demasiado, en que ardía mi cabeza, en que me parecía sentir dentro de ella un vacío doloroso.

Recuerdo que entonces tenía yo veinte y cuatro años; que era desgraciado, porque la vida era para mí monótona; porque me había hastiado de todo.

Recuerdo que yo buscaba una vida artificial, en los excesos en el abuso de los licores fuertes.

He debido pasar mucho tiempo sin la conciencia de mi existencia ó mejor dicho, el periodo de mi existencia cuyos sucesos no recuerdo, ha debido de ser largo.

Porque me he mirado á un espejo que tengo aquí colgado en la pared, y me he encontrado viejo, enfermo, horriblemente demacrado, con todas las señales de la tisis.

He encontrado sobre mi mesa un manuscrito: manuscrito mío: no puedo dudar de ello.

Ese manuscrito me ha dicho que he estado loco, que he soñado.

Que he vivido muchos años, entregado á una pesadilla dolorosa y que despierto para morir.

He recuperado indudablemente la razón.

Al entrar un hombre con mi comida me ha mirado con asombro, y me ha llamado: «señor duque.»

¡Conque ha muerto mi pobre tío!

¿Con que es verdad lo que dice ese manuscrito!

¿Quién sabe?

He preguntado acerca de mí mismo, acerca de mi tío, y nada ha sabido contestarme el director del establecimiento.

Un día me trageron aquí, porque estaba enteramente loco.

Un curador, nombrado judicialmente, ha cuidado de mis bienes, porque yo no tengo parientes.

He mandado llamar á ese hombre.

—¿Qué sabe V. de la causa de mi locura? le he preguntado.

—Nada puedo contestar á V. E., me ha respondido, sino

que fué recogido de las calles públicas por donde V. E. discurría diariamente perdida la razón: ningún pariente se presentó á reclamar la curaduría de V. E. como demente, y esa curaduría se me ha conferido por providencia judicial: V. E. ha recuperado la razón, y estoy dispuesto á darle cuentas.

—No se trata ahora de eso. ¿Soy yo viudo?

—Lo ignoro, señor: en Zaragoza se sabe únicamente que un día llegó V. E. en una silla de posta, procedente de Madrid, á la fonda de las Cuatro Naciones, en donde tomó el mejor aposento: en el pasaporte de V. E. constaban su nombre y su título: muy luego se comprendió que V. E. estaba gravemente enfermo: al cabo su enfermedad se agravó: lo que antes era una monomanía tranquila, se convirtió en una locura furiosa, y fue preciso...

—Bien, bien: pero para reconocer mi título y mi nombre debí identificarme mi persona.

—Si señor.

—¿Y no consta en las diligencias judiciales mi estado?

—No señor.

—¿Y nadie me conocía en Zaragoza?

—No señor.

—Pues bien: es necesario que V. ó otra persona de confianza vayan á Madrid; yo daré á V. ó á esa persona cartas para mis antiguos amigos. Necesito saber un periodo de mi historia que durante mi enfermedad he olvidado.

Este hombre que es un honrado propietario aragonés, he partido para Madrid.

Pero me temo que cuando vuelva...

Esta tos seca, lenta, sin esfuerzo...

Me he visto obligado á guardar cama.

¡Amparo!

¡Una mujer formada por la educación, sostenida por la virtud, por lo esquisito de su sentimiento!

Esta mujer debe de haber sido un sueño mío.

Esta mujer no ha existido.

Ha sido un hermoso sueño de primavera.

Una horrible pesadilla de verano.

¡Esa mujer!

¿Y si ella hubiera existido?

¿Si no hubiera sido el sueño de un loco sediento de amor?

¡Oh! ¡qué horrible desgracia!

He rasgado la parte más dolorosa de ese sueño ó de esas memorias.

La he rasgado y la he quemado temeroso de volver á la locura si leo mucho ese fragmento horrible.

Pero su recuerdo está fijo en mi memoria.

Un día entré yo en mi casa, como suele entrarse por casualidad, sin ser notado.

En el gabinete de mi mujer hablaba un hombre.

Uno de mis mayores amigos.

Pretendía una cosa horrible.

Pretendía que ella me hiciera traición.

Yo maté á aquel hombre.

Le maté como mata un caballero á un infame que le ha ofendido.

En duelo, con peligro de mi vida.

Todo esto ha debido ser un sueño.

¡Pero qué sueño tan horrible!

Y sino ha sido sueño, ¡qué verdad tan aterradora!

Parece que Dios me ha dicho:

«Tu dudaste de mí, y me negaste al cabo.

»Yo tuve compasión de tí, y te envié en Amparo un ángel de redención;

»Después te sujeté á una prueba;

»Te hice sufrir una injuria;

»Tu no supiste perdonar la injuria y levantaste tu mano armada contra un hombre y le mataste.

»Tu no eras merecedor de la felicidad.

»El ángel que yo te había dado vió sangre humana en tu frente y se horrorizó de tí...

»Y el horror le mató.

»Le maté como un tósigo lento.

»Y el hijo, el hermoso hijo que el amor de Amparo te ha-

bia dado, privado de la ternura de su madre murió también...

«Y tu enloqueciste.

»Y como Cain el maldito fuiste separado de tus hermanos.»

Si esto ha sido verdad... ¡Oh Dios mío! tu justicia ha sido severa; severa é implacable.

Si ha sido un sueño, ¿para qué me has dado ese ardiente sueño, Dios mío, ese sueño escrito por mi mano, que me hace dudar, que me envenena el alma?

¿Será acaso ese sueño un castigo á mi impiedad, á los impuros desórdenes de mi juventud?

¡Cuánto tarda ese hombre que ha ido á Madrid!

Me siento cada día mas débil.

Cada día escribo con mas dificultad.

Ignoro si podré concluir.

Escribo estas últimas líneas en el lecho.

Apenas tiene fuerza mi mano para sostener la pluma.

Tal vez ese hombre no llegue á tiempo.

Oídme por la última vez:

No dudeis de Dios: si sois desgraciados aceptad resignadamente la desgracia: si Dios os da la felicidad no os hagais indignos de ella: y nunca, oyendo la voz de vuestras pasiones, siguiendo á ese fantasma que se llama honor, echeis sangre sobre vuestra frente; sufrid y perdonad, no sea que os pregunte Dios cuando en un momento de desesperacion le pidais cuenta de vuestra desgracia:

¡Cain! ¿qué has hecho de tu hermano Abel?

Aquí concluian las memorias del loco.

Tuve la tentacion de esclarecerlas, pero me detuvo el temor de encontrar en el esclarecimiento de estas memorias algo demasiado horrible.

Si hemos presentado á nuestros lectores una obra incompleta, perdónennos, porque no hemos podido hacer mas.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

ANACREÓNTICAS DE JACOBO VITTORELLI.

traducidas

POR DON JOSE GONZALEZ DE TEJADA.

I.

Si entre silvestres ramos,
la luz de tus luceros,
ó rosas ó jazmines,
produce con su fuego;

Si blando cefirillo
volando va á tu encuentro,
y en agitar se goza,
Irene, tus cabellos,

Si verdes yerbecillas
alfombran tu sendero,
la huella de tus plantas
en galardón pidiendo:
Sabe que, gracias solo
á Amor, el niño ciego,
yo soy, graciosa ninfa,
flores y yerba y céfiro.

II.

Ya el mes se va acercando
que agrada á Citera,
y montes y llanuras
despiertan y se alegran.

El tulipán se estiende,
y pálidas violetas
cual virgencitas castas
asoman entre yerba.

Los rojos botoncillos
el verde arbusto alegran,
y olor, frescura y vida
respiran las florestas.

Todo en el tiempo brota

de la estacion que llega;
solo amor en tu pecho
no brota en primavera.

III.

Salve dichoso plátano,
que un día yo plantara,
el mas feliz de todos
los que hasta el cielo se alzan.

¿Por qué tan pronto estiendes
la pompa de tus ramas,
y nunca tempestades
tus galas despedazan?

En tu corteza aun verde
grabé el nombre que guardas,
y lejos de tu tronco
los huracanes lanza.

También ¡ay! en mi pecho
amor me le grabara,
y dentro sin embargo
se ajitan las borrascas.

IV.

Escucha, ingrata un sueño
de la pasada noche:
llegar de Alfeisibeo
al antro pareciome.

De Alfeisibeo el sábio,
que si su cetro coje,
las olas alborota
y anubla el horizonte
«¡Padre, grité, mi seno
acerba herida rompe:
dadme una yerba mágica
que aplaque mis dolores!»

«De la que adoras huye,
el sábio respondiome,
que para tí otras yerbas
no tengo yo mejores.»

V.

¡Qué azul está la noche!
¡qué cándida la luna!
las hojas no se mecen,
las auras no susurran.

El ruiseñor tan solo
de rama en rama cruza,
y, suspirando amores,
á su pareja busca.

Ella que le oye apenas,
ya viene y va confusa,
y «aquí estoy no me flores»
parece que murmura.

¡Oh Irene cuanto afecto!
¡oh cuanto amor anuncian!
¡ay! tú tan dulcemente
no me respondes nunca.

VI.

No al túmulo te acerques
que encierra mis cenizas:
sagrada es esta tierra
á mi dolor benigna.

Desprecio ya tus lágrimas,
tus frescas siempre vivas;
¿de qué el llanto á los muertos?
¿de qué las florecillas?

Cuando entre afán y penas
pasé mi triste vida,
entonces si debiste
compadecermé, impía.

¿A qué con llanto inútil
el bosque en torno agitas?
respetá mas mi sombra,
y duerme ya tranquila.

Director y propietario, D. MANUEL DE ASSAS.

Redaccion y Administracion, calle de Vergara, 4, principal izquierda

Madrid.—Imprenta á cargo de JOAQUIN RENÉ,
calle de la Union, 3, baja.



EL ILMO. SR. D. JOSE MARIANO VALLEJO.

Este célebre matemático español, nació en Albuñuelas (villa situada á cinco leguas de Granada), el 30 de mayo de 1779.

Desde su niñez dió pruebas nada equívocas del gran talento que mas tarde, y con el estudio de la filosofía llegó á su completo desarrollo, siendo el discípulo mas aventajado de la Universidad de Granada.

Los progresos que hizo al aprender las matemáticas, llamaron la atención de los profesores de la Universidad, que le aconsejaron pasase á Madrid para perfeccionarse en este ramo tan importante del saber humano; lo que Vallejo ejecutó presentándose á la Real Academia de San Fernando para que la admitiese en clase de alumno de las clases de matemáticas. Desde aquel momento empezó sus estudios bajo la dirección del eminente y respetable profesor D. Antonio Varas y Portilla á quien Vallejo respetó siempre como padre. No fueron estériles las lecciones de tan digno profesor, pues muy luego se vieron los adelantos del discípulo con las adiciones que escribió (y publicó la Academia) á la Geometría de D. Benito Bails.

Terminados sus estudios, obtuvo la cátedra de matemáticas del Real Seminario de nobles de Madrid, en una lucida oposición en que reveló sus dotes como profesor y como hombre de ciencia. Desempeñó este cargo hasta que con motivo de las ocurrencias del año de 1808 se trastornó completamente la marcha de todos los asuntos.

Después de haber estado en la defensa de Madrid contra os franceses, se trasladó á Cádiz donde prestó servicios de

gran consideracion al Estado, contribuyendo de una manera admirable á la defensa de esta plaza, y dedicándose exclusivamente á la enseñanza de los cadetes para dotar de oficiales al ejército, teniendo que escribir obras de texto y hacer otros trabajos, sin los que hubiera sido imposible crear en corto tiempo el prodigioso número de instruidos oficiales que tanto honor hicieron al país.

A la par que Vallejo prestaba estos servicios, hacia otros no menos notables como Diputado de las Cortes que se celebraron en Cádiz, donde obtuvo una gran reputacion desempeñando las comisiones mas importantes y difíciles que surgieron en tan calamitosa época.

Terminada la guerra, y restablecido el Gobierno legítimo en Madrid, se dedicó á continuar la publicacion de su tratado de matemáticas, y en 1818 al estudio de conducir aguas á Madrid, en vista de la escasez que ya entonces se notaba; presentando en 1819 al Rey D. Fernando VII una memoria sobre tan importante asunto, y otra al Excmo. Ayuntamiento. Estos trabajos fueron bien acogidos por el Monarca y por la Corporacion Municipal; y, á no ser por las ocurrencias del año de 1820, se hubiera llevado á cabo tal proyecto que posteriormente se intentó realizar, pero cuyas circunstancias especiales retardaron la ejecucion.

La fecunda imaginacion de este hombre, su verdadero patriotismo y el deseo de hacer la felicidad del país, dieron origen al proyecto de union del Mediterráneo con el Océano canalizando la sierra del Oria que en el punto llamado Otsaurte, un poco mas abajo de Cegama en Guipúzcoa, se

divide en dos riachuelos, de los que uno vierte sus aguas en el Mediterráneo cerca de Tortosa, y el otro en el Océano en Oria. Este punto de Otsaurte, que se halla al pie de la montaña de San Adrian, está 2,000 pies mas bajo que el de Salinas por donde el canónigo Pignatelli se proponia realizar igual proyecto. Tan importante punto fue descubierto por Vallejo en los diferentes reconocimientos que practicó con este objeto; y á no haber ocurrido la muerte del señor Yandiola que estuvo á terminar la formacion de una gran compañía para tal fin, se hubiera llevado á cabo lo proyectado por D. José Mariano, cosa que ni el Gobierno ni otra compañía ha podido realizar por las circunstancias especiales del pais. El proyecto está ya hoy modificado por las grandes ventajas que se han obtenido por medio de las vias férreas.

A la vez que desempeñaba multitud de comisiones del Gobierno y su destino de oficial del ministerio de la Gobernacion, escribia obras importantes que han contribuido de una manera muy eficaz á la ilustracion del pais, siendo muy notable la Memoria sobre la curvatura de las líneas, que se recibió con mucho aplauso en la Academia de París.

Retirado en Francia desde el año 23 al 29, se dedicó á viajar por Francia, Bélgica, Holanda é Inglaterra, estudiando y adquiriendo datos para la obra que sobre el movimiento y aplicaciones de las aguas publicó en tres volúmenes en el año de 1833, obra que contiene todos los conocimientos adquiridos y desenvueltos hasta aquella época.

Vallejo pertenecía al partido liberal progresista, en cuyas filas ha permanecido constantemente hasta su muerte; y, por lo mismo, no figuró hasta el año de 1834 en que volvió á desempeñar el cargo de Director de Instruccion pública. Con este motivo redobló su celo; y con la constancia que le era tan característica, se dedicó á escribir varias obras de instruccion primaria (de cuyo desarrollo y engrandecimiento era el mas entusiasta partidario) estableciendo aparatos sencillos para facilitar la escritura y el estudio de la Aritmética.

Nombrado Senador del Reino, contribuyó con cuanto estuvo de su parte para la resolucion de muchas cuestiones importantes, hasta que se disolvió y reorganizó de nuevo el Senado en 1845.

Vallejo ha sido presidente de la seccion de ciencias físicas y matemáticas de la Academia de ciencias, y Vice-Director de la Sociedad Económica de Madrid.

Cooperó para el establecimiento del Ateneo en 1820, y para su restablecimiento en 1835; y presidió sus secciones de ciencias físicas y matemáticas.

El carácter dulce y amable de este sabio, al que se agregaba una extremada filantropía, demasiado conocida, le condujo naturalmente á ingresar en la Sociedad para mejorar el sistema carcelario en España; y en ella ha dejado los mas gratos recuerdos.

A las eminentes cualidades que quedan enumeradas, reunia la consecuencia y respeto á todos los hombres, pues nunca se le oyó murmurar de nadie ni aun quejarse de los muchos desengaños que recibió en el curso de su vida, de los mismos á quienes habia dispensado multitud de beneficios.

El 4 de marzo de 1846, murió tan insigne varon, llorado por sus amigos, y dejando un vacío difícil de llenar.

A pesar de tantos méritos, si no fuera porque sus discípulos y admiradores, D. Agustin Pascual y el autor de estas líneas, propusieron á la Sociedad Económica Matritense que formase un busto por la mascarilla que el segundo hizo sacar de D. José Mariano Vallejo á su fallecimiento, no habria medio de perpetuar la fisonomía de un hombre que tantos trabajos ejecutó y tan gran celo desplegó en favor de su pais.

JUAN BAUTISTA PEYRONNET.

GEROGLIFICOS EGIPCIOS.

El hombre, que se distingue de todos los demas animales por la gran facultad de formar ideas, de compararlas entre sí y de comunicar á sus semejantes los juicios que son el resultado de esta comparacion, por medio del misterioso artificio llamado palabra; no hubiera quedado jamás satisfecho de lo mismo que hacia si no hubiera podido dejar consignados sus juicios de un modo mas estable, que confiándolos á la memoria (que no suele ser muy fiel la mayor parte de las veces), y aun transmitirlos á distancias y épocas indefinidas por medio de unos signos convencionales, que ó bien espresaran las ideas de una manera material, ó bien los sonidos de las palabras con que se hubieran comunicado de hombre á hombre. Es decir, que se hubiera considerado imperfecto si no hubiera podido crear la escritura.

Para lograr este objeto ¿cuál seria el primer medio de que el hombre se valdria? Facultad es suya tambien la de imitar ó representar con mas ó menos perfeccion por medio de líneas que determinan los contornos que á su vista presentan los objetos ó las sombras que la luz hace proyectar, de modo que al querer expresar la idea de un hombre, trazaria su imágen, y lo mismo haria respecto á los demas objetos que le rodeaban. Este sistema que puede considerarse como el origen de la escritura es el que hoy se conoce con el nombre de GEROGLIFICO, sistema que debió durar muchos siglos entre los hombres, (tal como lo han conservado en Africa los Egipcios, en Asia los Chinos y en América los Aztecas), hasta que poco á poco estos mismos signos vinieron á espresar mas bien sonidos que ideas, como entre los primeros; ó lo uno y lo otro como sucede hoy con los segundos; pudiéndose decir que en cuanto á los Aztecas solo queda la memoria. Aunque lo mismo ha ocurrido respecto á los Egipcios siendo sus monumentos para nosotros de mas importancia, hallándose su lengua completamente restablecida, los consideramos todavia como vivos.

Como las ideas crecen segun la civilizacion aumenta las necesidades de la vida social, y como las ideas morales debían ofrecer mucha dificultad para que las espresaran unos signos materiales, debió tener lugar el cambio, que indudablemente se hizo, de admitir los sonidos completos ó iniciales de los nombres que los signos espresaran, ó los de las palabras ó sílabas de que estas se compusieran, para espresar las ideas agrupando estos signos de modo que facilitaran su lectura.

Este sistema de escritura ha permanecido en el misterio hasta que lo descubrió el genio superior de uno de nuestros contemporáneos, aun cuando ya lo habian indicado otros.

A fines del siglo pasado el diuamarqués Zoega fue el primero que supuso, aunque vagamente, la existencia del elemento fonético y pudo reconocer el sonido de algunos pocos signos. Todo lo hecho antes por el jesuita Kircher, no habia sido mas que dar suelta á su pluma para llamar la atención pública sobre sí y los suyos, sin cuidarse de la verdad ni aun de la crítica.

Mr. Bouchard, uno de los oficiales franceses en la expedicion de Egipto, halló la célebre Estela de Roseta, escrita en tres géneros de caracteres distintos, siendo griego el uno de ellos y cuya traduccion manifestaba ser un decreto del cuerpo sacerdotal egipcio, reunido en Menfis, para decretar grandes honores á favor de Ptolomeo Epifanio. Aquella estela fue á manos del célebre Silvestre de Sacy, y éste halló la correspondencia de los signos que formaban los nombres de Ptolomeo, Arsinoe, Alejandro y Alejandria; pero sin poder pasar adelante á causa de que la lengua en que estaban escritas las palabras le era desconocida.

Ackerbald, sábio sueco, formó un pequeño alfabeto deno-

tico siguiendo los pasos del ilustre francés en el análisis de un fac-simile de esta inscripción, pero no pudo aplicar su sistema sino á los nombres propios por no haber sospechado la supresion de las vocales mediales, uso tan constantemente seguido en todas las lenguas semíticas.

Young examinó esta inscripción con mas reflexion y vió la correspondencia entre la parte escrita con geroglíficos, con la de los caracteres demóticos, y con la de los griegos; y estableció algunas nociones ciertas sobre los procedimientos propios de las diversas formas de la escritura egipcia.

Por fin Champolion con su genio privilegiado, observó, que en general eran sonidos lo que representaban aquellos signos; y en 1824 publicó, en su *Precis du systeme hieroglyphique*, el resultado mas completo y menos esperado en que comprobaba que esta representacion de sonidos forman mas de las tres cuartas partes de los escritos geroglíficos, y que la lengua egipcia es la misma que los monges coptos han conservado hasta nuestros días, á pesar de que hoy han desaparecido por completo del Egipto.

Pueden servirnos de muestra de esta escritura los mismos nombres propios hallados en la Estela de Roseta.



Estos nombres se hallan escritos así: Ptolmaas y Ptlumaas, Aleksndros, Arsinoe, y los últimos signos de este nombre que representan el caracter femenino.

F. BERMUDEZ Y SOTOMAYOR.

CASTILLO DE CASTRO DE REY.

Esta fortaleza perteneciente en otros tiempos al Conde de Lemus, y hoy de propiedad particular; esta situada sobre una colina, y una media legua distante del camino de Lugo á Mondoñedo.

Su construccion es la que generalmente tienen los de estos contornos como puede verse por el *del Castro de Oro* inserto en el número 46 de este Semanario y año de 1855 (cuyo equivocado epígrafe dice *Castillo de Orce*.)

El torreón pequeño de la derecha cubierto ahora, y antes almenado, como á primera vista se conoce, ha sido con la casa contigua casa de justicia y cárcel hasta hace unos 14 años; está el interior perfectamente conservado aunque carece de mérito artístico, á no ser los dinteles de su puerta y ventana, que tiene adornos particulares de piedra berroqueña.

Lástima que en España, tan rica en monumentos de esta clase, no se vele mas por la conservacion de edificios, que cual en este, con bien poco coste podia evitarse su completa ruina.

SAN MARTIN DE VALDEIGLESIAS.

San Martin de Valdeiglesias, es una villa con Ayuntamiento, de la provincia y Audiencia territorial de Madrid partido judicial de su nombre, diócesis de Toledo, situada entre varios cerros, á 12 leguas al Oeste de la corte.

Tiene 700 casas de mediana y regular construccion, distribuidas en varias calles y 2 plazas; casa de Ayuntamiento de nueva planta y bastante capaz, en la que se encuentra la cárcel; una casa hospital; un castillo antiguo; un convento de monjas casi destruido; una iglesia parroquial bajo la advocacion de San Martin y con curato de segundo ascenso y de provision ordinaria; 3 ermitas al cargo de sus cofradías, y la titulada de la Vera-Cruz, que fue la primitiva parroquia del pueblo; escuela de niños, dotada con 19 reales diarios y casa para vivir, obligándose el maestro á pagar un pasante, otra de niñas con 6 reales diarios y casa, y un profesor de latinidad con 9 reales y casa.

En las afueras se encuentra el cementerio, que no perjudica á la salud pública; un pequeño paseo con arbolado; y fuentes públicas, de las cuales se utilizan los vecinos para sus usos, y 6 ermitas, Nuestra Señora de la Nueva, de la Salud, del Rosario, de los Dolores, de San Sebastian y del Ecce-homo. La primera á una legua y las restantes alrededor de la poblacion.

Confina el término por el Norte con Cebreros; por el Este con Navas del Rey; por el Sur con el Prado y Cadalso, y por el Oeste con Navahondilla y el Tiemblo; extendiéndose dos leguas de Norte á Sur, y una y media de Este á Oeste, y comprendiendo un despoblado que dicen Navarredonda, del cual existen, entre otros vestigios, la torre de la iglesia que aun conserva el hueco de las campanas; varios montes situados á la parte de Norte, Este, Sur y Oeste, que producen jaras, chaparros y otros arbustos; algunas canteras de piedra berroqueña y de cal; estas últimas sin uso; 4 dehesas de pasto de bastante estension; abundante viñedo, diferentes huertas y muchos olivares. Le cruzan el rio *Alberche* y 4 arroyos llamados de *Tórtolas*, *La Avellaneda*, *La Presa* y el *Rucero*, cuyas aguas se utilizan para el riego de las huertas.

El terreno es de mediana é infima calidad.

Tiene caminos de herradura en mal estado, que dirigen á los pueblos limítrofes.

Produce algo de trigo, cebada y centeno, con abundancia de frutas de todas clases, legumbres, vino y aceite; mantiene ganado cabrio, vacuno y de cerda, y cria caza de liebres, conejos y perdices.

Tiene una fábrica de jabon, otra de chocolate, tres de aguardiente, una de curtidos, seis molinos de aceite y uno harinero; dos tiendas de lienzo, paños y quincalla; tres de vestir y de los artículos de primera necesidad; una confitería, una cerería, una tahona, cinco posadas, y cuatro fraguas de cerrajería.

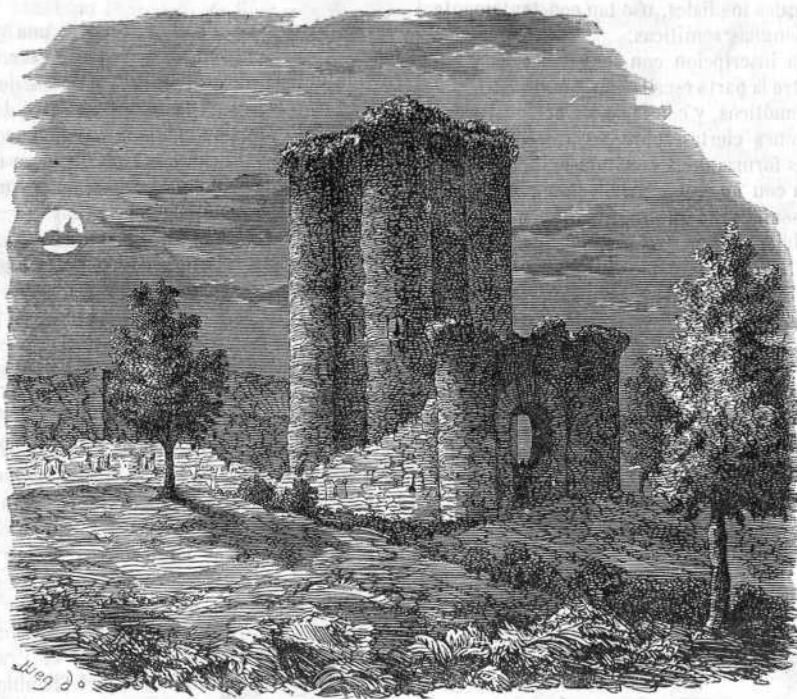
Exporta los frutos sobrantes, en particular vino y piñones.

Su poblacion es de 627 vecinos y 3,023 almas.

En sus inmediaciones jurisdiccionales se halla el monasterio de gerónimos de Guisando, cerca de los célebres toros de piedra.

Es patria de D. Pedro Sanchez de San Martin, jesuita y provincial de Méjico (elegido para este cargo por San Francisco de Borja), y autor de una obra en ocho libros, impresa en Madrid en el año de 1599, é intitulada: *Del Reino de Dios y camino por donde se alcanza*.

El adjunto dibujo, copiado del natural por D. Juan Mieg en una de sus excursiones científicas, representa el ruinoso castillo de San Martin de Valdeiglesias. En él se ve la



Castillo de San Martín de Valdeiglesias.

puerta exterior flanqueada por dos cubos, y parte del muro. La torre principal cuadrangular, que también tiene cubos reforzando sus ángulos, se eleva magestuosamente en el

centro. Tanto en la torre, como en la puerta y muro exteriores hay abiertas aspilleras para arcabucería, y el almenaje se halla derruido.

A.

SERENATA EN PINTO.

Al dintel de tu puerta
ladrando vengo,
porque piense tu madre
que es algún perro.

Echame, niña,
tu corazón revuelto
con tu saliva.

Ayer tarde te he visto
las pantorrillas,
y quise por besarlas
volverme liga.

Que desde entonces
á mi alma en sus nudos
los das garrote.

Cuando da alguna niña
besos al gato,
por corona en la frente
le sale un rabo;

Por eso llevan,
sus guirnaldas de pelo
las madrileñas.

Nunca gastes, bien mío,
las faldas huecas,
que así están las campanas
en las iglesias,

Y ya tu sabes,
que aquellos esquilonos
todos los tañen.

Para amarme no viertas
mares de llanto.
que mas lloran las fuentes
y no hago caso;

Y amor, que es niño,
se enfria con el aire
de los suspiros.

A millones sus ojos
abre la noche,
y envidiosa contempla
nuestros amores:

Es que te acecha
por decirme si otro hombre
viene á tus rejas.

JOSÉ GONZÁLEZ DE TEJADA.

SOLUCION DEL GEROGRAFICO DEL NUM. 50.

La menor parte de los hombres machacan en hierro frío.

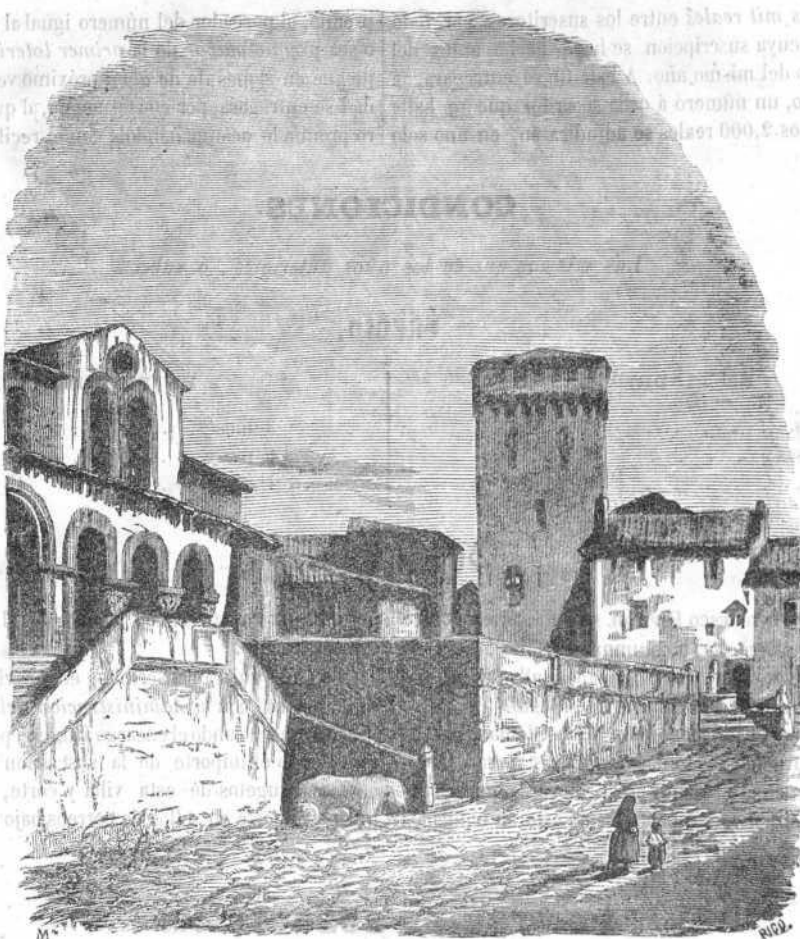
Director y propietario, D. MANUEL DE ASSAS.
Redaccion y Administracion, calle de Vergara, 4, principal izquierda.

Madrid.—Imprenta á cargo de JOAQUÍN RENÉ,
calle de la Union, 3, bajo.

SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL.

AÑO DE 1870

REGALO.



PROSPECTO.

Al adquirir la propiedad y tomar la direccion del SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL D. Manuel de Assas, que actualmente las tiene, no fué de ningun modo su fin el hacer de este antiguo é interesante periódico un objeto de lucrativa especulacion; sino, por el contrario, elevarle á toda la altura á que sus fuerzas alcanzasen. Así desde fines de Agosto del presente año, en que ha estado en su posesion, no han podido menos de observar todos cuantos constantemente se dedican á su lectura, las notables mejoras que tanto en los grabados y en lo demas de la parte material, como en todo lo restante, se han ido introduciendo en el SEMANARIO, á pesar de los innumerables y poderosos obstáculos que, como á toda nueva empresa, se le han opuesto.

No son menos importantes las que se tienen proyectadas y que se tratará de llevar á cabo con la mayor brevedad posible, procurando, ante todo, que las glorias españolas ocupen en esta publicacion la parte mas importante de ella, ya por medio de *biografías y retratos* de los personajes céle-

bres de nuestra historia, ó de los españoles que por otras razones merezcan la atencion del público; ya por medio de copias de monumentos y vistas de poblaciones del Reyno con sus correspondientes artículos; ya por noticias y dibujos de nuestros antiguos trages, muebles, armas, usos y costumbres; ya en fin por narraciones de hechos memorables y de grabados que los representen.

No escluirá esto de ningun modo la parte de amenidad que consiste en buenas composiciones en verso, breves novelas, cuentos etc., ni mucho menos otras materias instructivas que vengan á hacer del periódico lo que debió ser, y lo que hasta cierto punto ha sido siempre, es decir; una *enciclopedia popular* en que bajo una forma y distribucion llenas de variedad, se instruyan los lectores al par que se recreen.

En resumen: el SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL en el año 22 de su existencia, será, ante todo, *español*; tendrá las mismas formas y distribucion que hasta ahora, pero se

procurará que instruya deleitando, y que su parte material sea lo mejor que hacerse pueda.

El público, que conoce al actual director y propietario, sabe que, enemigo del charlatanismo, ha dado siempre mas de lo que ha ofrecido; y los últimos meses del SEMANARIO son una débil muestra de ello, puesto que las mejoras en él introducidas no habian sido antes anunciadas. Creemos pues

del todo innecesario hacer en este prospecto grandes ofertas ni frases pomposas; y lo creemos de tal modo, que no hubiéramos estampado ni aun las presentes, sinó fuera por habérsenos hecho saber que muchos están en el doble error de creer, que no ha cambiado de dueño ni de direccion, y de que ha muerto ó vá á morir, cuando acaso mejor que nunca se le puede augurar una larga vida llena de vigor y bienandanza.

REGALO.

Se rifarán dos mil reales entre los suscritores por todo el año de 1857, cuya suscripcion se haya hecho antes del día 1.º de Marzo del mismo año. A este fin se entregará, á su debido tiempo, un número á cada suscriptor que se halle en dicho caso. Los 2,000 reales se adjudicarán, en uno solo

premio, al poseedor del número igual al del *primer extracto* ó sea *premio mayor* de la *primer loteria moderna* que se juegue en el mes de de *abril* próximo venidero. Dicha cantidad se entregará, por consecuencia, al que presente el número premiado acompañándole con el recibo de la suscripcion.

CONDICIONES.

Las mismas que en los años anteriores, á saber:

PRECIO.

EN MADRID.

1 mes.	4 reales.
6 meses.	20 reales.
1 año.	36 reales.

EN PROVINCIAS.

3 meses.	14 reales.
6 meses.	24 reales.
1 año.	48 reales.

PUBLICACION.

El SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL se publicará todos los Domingos; en un pliego de 16 columnas en folio, igual en tamaño á dos pliegos de la marca del papel sellado; con bellos grabados en madera intercalados en el testo.

Como cada tomo es independiente de los demas, no es necesario tomar ni tener los tomos anteriores para suscribirse al anunciado en el presente prospecto. Los que se suscriban por un mes, por tres ó por seis, no estarán obligados

á continuar la suscripcion concluido el tiempo porque se hayan suscrito.

Los que quieran suscribirse en provincias y entenderse directamente con la *Administracion del Semanario*, podrán hacerlo, ya sea dando el encargo á alguna persona en Madrid, ya remitiendo el importe de la suscripcion en libranza sobre correos ó sugetos de esta villa y corte, ó ya enviando el mismo importe en sellos de correos bajo un sobre certificado.

PUNTOS DE SUSCRICION.

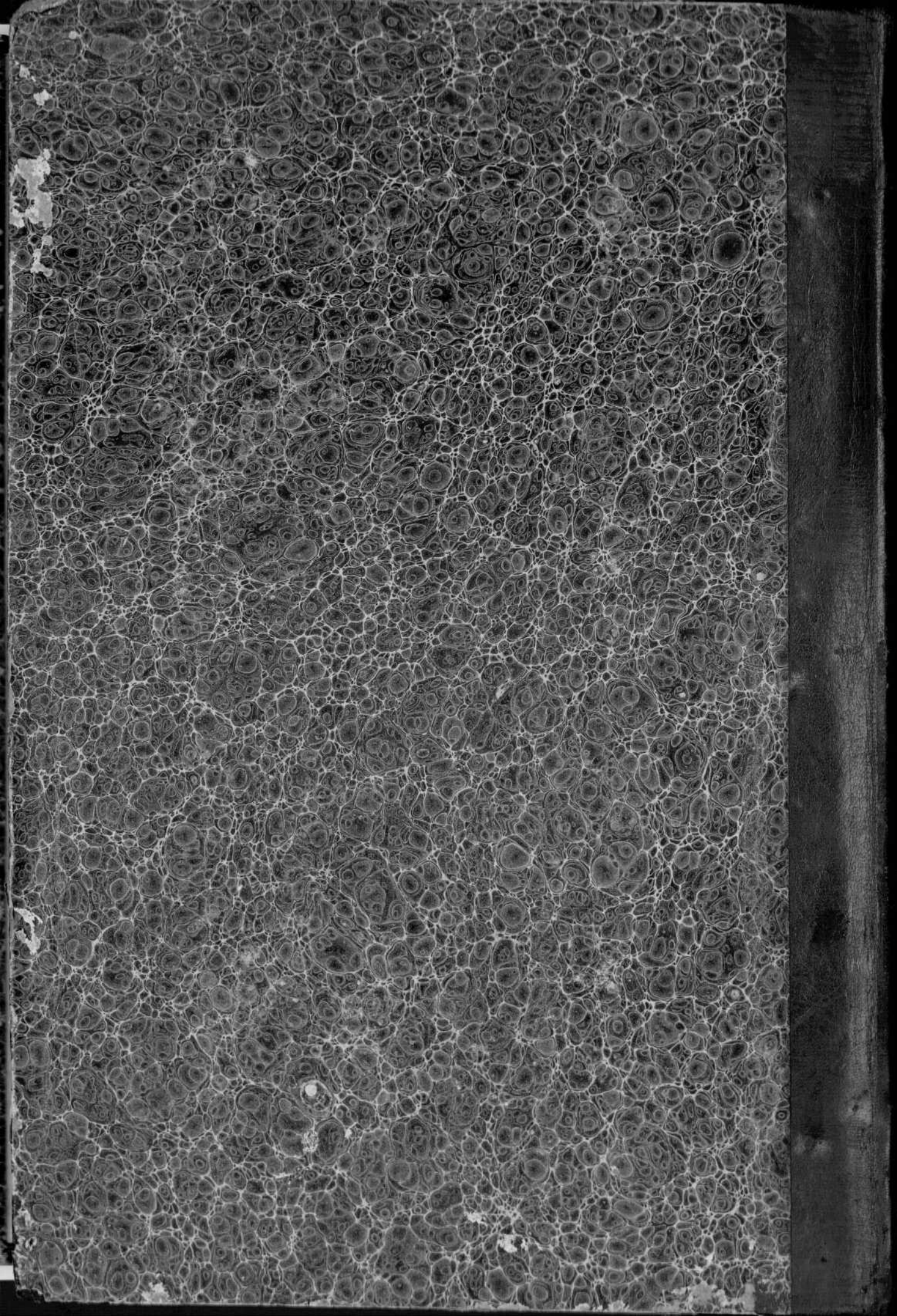
EN MADRID, en las librerías de D. Leocadio Lopez, calle del Carmen.—Cuesta, calle Mayor.—Baylli-Bailliere, calle del Príncipe, Matute calle de Carretas.—Sanchez Rubio, calle del Prado;—y en la *Administracion del Semanario*

Pintoresco Español, calle de Vergara, 4, principal izquierda.

EN PROVINCIAS, en las principales librerías y correspondientes sales del *Semanario Pintoresco Español*.

Madrid 15 de Diciembre de 1856.





SEMANARIO

PINTOYESCO

21

1856